



**El poblamiento protohistórico del occidente de La Meseta**  
*(Sistema Central y Campo Charro).*  
**Estudio de las culturas indígenas a través de su hábitat.**

**Cristina María Mateos Leal**  
*Octubre 2015*



**El poblamiento protohistórico del occidente de La Meseta**  
*(Sistema Central y Campo Charro).*  
**Estudio de las culturas indígenas a través de su hábitat.**

**Cristina María Mateos Leal**

*Director*  
**Dr. D. Luis BERROCAL RANGEL**  
**Departamento de Prehistoria y Arqueología**  
*Octubre 2015*  
*Madrid*



## INDICE

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>1</b>
<b>I. DOCUMENTACIÓN .....</b>	<b>9</b>
1. FUENTES BIBLIOGRÁFICAS .....	11
2. FUENTES CARTOGRÁFICAS .....	13
3. FUENTES ARQUEOLÓGICAS .....	14
4. FUENTES ETNOLÓGICAS Y FUENTES ORALES .....	14
<b>II. METODOLOGÍA .....</b>	<b>15</b>
<b>III. ARQUEOLOGÍA DEL PAISAJE. ESTUDIO DEL ENTORNO DE LOS ASENTAMIENTOS DEL OCCIDENTE MESETEÑO (SISTEMA CENTRAL Y CAMPO CHARRO) .....</b>	<b>29</b>
1. CONFIGURACIÓN GEOLÓGICA DEL TERRENO .....	31
1. A. Sierra de Francia .....	31
1. B. Meseta .....	32
1. C. Fosa de Ciudad Rodrigo .....	35
1. D. Las Arribes del Duero .....	36
2. CLASIFICACIÓN DE LOS YACIMIENTOS .....	40
2. A. Clasificación formal .....	41
2. B. Clasificación zonal .....	52
3. ESTUDIO DE LA CARACTERIZACIÓN ECONÓMICA DEL TERRITORIO .....	61
3. A. Motivos relacionados con la ganadería y la agricultura .....	61
3. B. Razones vinculadas con las actividades mineras .....	70
3. C. Recursos hídricos .....	82
3. D. Estudio de las vías de comunicación .....	85
4. ESTUDIO DEL DOMINIO VISUAL .....	102
4. A. Análisis de la visibilidad virtual de los yacimientos del territorio .....	103
4. A. a. Zona serrana oriental .....	103
4. A. b. Zona occidental .....	118
4. A. c. Zona oriental .....	134
4. A. d. Valle del Tormes .....	138
4. B. Casos concretos: Visibilidad virtual comparada con la real .....	155
4. B. a. Yecla de Yeltes .....	155
4. B. b. Picón de la Mora .....	162
4. B. c. Pico Monreal .....	168
4. B. d. El Teso de El Cuerno .....	173

4. B. e. Teso de la Ermita de la Virgen del Castillo .....	179
4. B. f. Teso de San Cristóbal de la Cuesta.....	184
4. B. g. Castro de El Castillo de Saldeana.....	189
4. B. h. Castro de Castelmao.....	195
4. B. i. Cuesta de Santa Ana .....	201
4. B. j. Las Merchanas.....	207
4. C. Conclusiones del estudio del dominio visual.....	213
5. CONCLUSIONES .....	214
<b>IV. VESTIGIOS ARQUITECTÓNICOS .....</b>	<b>217</b>
1. TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS I: TALUDES, MURALLAS Y SISTEMAS DEFENSIVOS .....	219
1. A. Las cortinas amuralladas.....	220
1. A. a. Bronce Final/I Edad del Hierro .....	220
1. A. b. II Edad del Hierro .....	223
1. B. Las piedras hincadas .....	233
1. C. Caminos de rondas .....	243
1. D. Los antemuros .....	244
1. E. “Bastiones” .....	245
1. F. Fosos.....	249
1. G. Puertas.....	253
1. H. Categorías funcionales .....	261
1. H. a. Funciones sociales .....	262
1. H. b. Funciones defensivas .....	264
1. H. c. Funciones emblemáticas y políticas.....	271
1. H. c. 1. Propuesta de organización territorial durante la II Edad del Hierro .....	278
1. H. c. 1-1. Zona oriental .....	280
1. H. c. 1-2. Zona occidental.....	283
1. C. c. 1-2.1. Las Arribes .....	285
1. C. c. 1-2.2. Abadengo .....	287
1. C. c. 1-2.1. Campo de Vitugudino .....	287
1. C. c. 1-2.4. Campo de Yeltes .....	289
1. C. c. 1-2. 5. Campo de Azaba - Campo de Argañán.....	290
1. C. c. 1-2. 6. Campo de Ledesma .....	293
1. H. c. 1-3. Zona serrana.....	295
2. TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS II: ARQUITECTURA INTRAMUROS .....	302
2. A. Arquitectura .....	302
2. A. a. Bronce Final/Hierro I .....	302

2. A. b. Hierro I.....	303
2. A. c. Hierro II .....	311
3. LAS NECRÓPOLIS .....	326
4. LAS CANTERAS .....	332
5. SANTUARIOS .....	338
5. A. Santuarios intramuros.....	338
5. B. Santuarios extramuros.....	346
5. C. Santuarios sin relación directa con un poblado .....	359
5. C. a. Descripción de los santuarios.....	359
5. C. b. Asociación santuarios-lugares de hábitats .....	370
5. D. Hallazgos rituales .....	373
5. E. Consideraciones sobre los santuarios .....	373
6. CONCLUSIONES.....	382
<b>V. CULTURA MATERIAL .....</b>	<b>397</b>
1. VASIJAS DE COCINA, MESA Y ALMACENAMIENTO.....	399
1. A. Elaboración.....	400
1. B. Cocción.....	400
1. C. Acabados.....	401
1. D. Desgrasantes .....	401
1. E. Técnicas decorativas .....	402
1. F. Análisis de las bases .....	428
1. G. Caracterización de las pastas .....	431
1. H. Análisis morfológico de las cerámicas.....	433
2. INSTRUMENTAL TEXTIL.....	459
2. A. Pesas de telar.....	461
2. B. Fusayolas .....	462
2. C. Punzones.....	463
2. D. Torteras .....	463
2. E. Agujas.....	464
2. F. Husos.....	464
2. G. Peine .....	464
2. H. Tensores.....	464
3. ALFARERÍA.....	466
3. A. Alisadores.....	467
2. B. Espátulas .....	468
2. C. Piezas dentadas .....	468

2. D. Pulidores .....	468
4. METALURGIA .....	469
4. A. Moldes bivalvos .....	471
4. B. Varillas .....	471
5. ACTIVIDADES CINEGÉTICAS Y GUERRERAS .....	472
5. A. Puntas de flecha .....	474
5. B. Puntas de jabalina .....	474
5. C. Puñales .....	474
5. D. Coraza .....	475
5. E. Arma .....	475
5. F. Arnés .....	475
5. G. Cuchillos .....	475
5. H. Grabados .....	480
6. AGRICULTURA, PESCA, RECOLECCIÓN Y GANADERÍA .....	480
6. A. Elementos de hoz .....	485
6. B. Molinos .....	485
6. C. Morteros .....	488
6. D. Hoces, podones y demás instrumental cerealístico .....	488
6. E. Pesas de redes .....	490
7. CANTERÍA Y MINERÍA .....	492
7. A. Cinceles .....	494
7. B. Escoplos .....	494
7. C. Núcleos .....	495
7. D. Percutores .....	495
7. E. Yunques .....	495
7. F. Lascas .....	496
8. CARPINTERÍA Y EXPLOTACIÓN MADERERA .....	496
8. A. Azuelas .....	497
8. B. Hachas .....	499
8. C. Clavos .....	500
8. D. Cantos tallados .....	501
9. TALABARTERÍA .....	501
9. A. Agujas .....	502
9. B. Leznas .....	503
9. C. Punzones .....	503
9. D. Cuchillos .....	503

9. E. Cepillos, raederas y demás útiles rasuradores.....	504
10. ÚTILES E INSTRUMENTOS DIVERSOS .....	504
10. A. Afiladeras.....	504
10. B. Mazas .....	505
10. C. Enmangues .....	505
11. ACTIVIDADES LÚDICAS, PREMONITORIAS Y SIMILARES.....	507
11. A. Canicas.....	507
11. B. Fichas .....	510
12. ORFEBRERÍA Y METALISTERÍA DE ADORNO Y PRESTIGIO .....	511
12. A. Alfileres.....	512
12. B. Colgantes.....	512
12. C. Brazaletes.....	512
12. D. Anillos.....	513
12. E. Torques.....	515
12. F. Falera.....	515
12. G. Fíbulas.....	516
12. H. Objetos ornamentales .....	526
12. I. Arrancada.....	528
12. J. Cuentas de collar .....	528
12. K. Asadores.....	530
12. L. Tésera.....	530
13. ESCULTURAS Y GRABADOS EN PIEDRA .....	532
13. A. Las cabezas cortadas.....	532
13. B. Los grabados.....	537
13. B. a . Grabados de Yecla de Yeltes .....	537
13. B. b . Grabados de Las Merchanas .....	540
13. B. c . Grabados de El Castillo de Saldeana .....	543
13. C. Verracos .....	551
13. C. a . Morfología de los verracos .....	552
13. C. a. 1. Toros.....	552
13. C. a .2. Suidos.....	556
13. C. a. 3. Verracos indeterminados .....	563
13. C. b. Funcionalidad de los verracos .....	566
13. C. b. 1. Verracos como marcadores territoriales .....	568
13. C. b. 2. Verracos como imágenes sacralizadas .....	583
13. C. b. 3 Verracos como marcadores funerarios .....	590

14. ARAS VOTIVAS Y ESTELAS FUNERARIAS: UN ESTUDIO PROPIO .....	593
14. A. Estudio de la formulación y la onomástica .....	594
14. B. Aras votivas.....	596
14. B. a. Aras con deidades romanas.....	596
14. B. b. Aras con sincretismo religioso .....	597
14. B. c. Aras con deidades indígenas .....	598
14. C. Motivos decorativos .....	604
14. C. a. Las “ruedas” .....	604
14. C. b. Crecientes lunares .....	605
14. C. c. Antropomorfos.....	606
14. C. d. Zoomorfos .....	610
14. C. e. Vegetales .....	611
14. C. f. Arquitectónicos .....	612
14. C. g. Otros .....	613
15. ELEMENTOS DELIMITADORES.....	616
16. IMPORTACIONES .....	617
16. A. Vasijas de mesa, cocina y almacenamiento.....	617
16. B. Material numismático .....	617
16. C. Objetos orientalizantes.....	624
17. CONCLUSIONES .....	631
<b>VI. CONCLUSIONES.....</b>	<b>643</b>
1. PATRÓN DE ASENTAMIENTO DE LAS POBLACIONES.....	645
2. EVOLUCIÓN Y ORGANIZACIÓN DEL POBLAMIENTO DURANTE LA PROTOHISTORIA.....	652
3. APROXIMACIÓN A LOS YACIMIENTOS PROTOHISTÓRICOS.....	662
4. CONSIDERACIONES FINALES .....	682
<b>VII. BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>683</b>
<b>VIII. ÍNDICE DE FIGURAS .....</b>	<b>737</b>
<b>IX. ÍNDICE DE TABLAS .....</b>	<b>747</b>
<b>X. ANEXOS .....</b>	<b>000</b>

# Introducción





La cronología que abarca este trabajo de investigación comprende desde el siglo IX/VIII a. C. al II d. C., incluyéndose algunos yacimientos del Bronce Final porque algunos de estos yacimientos o sus características perduren en el territorio durante los primeros siglos de la Edad del Hierro.

Los primeros apartados abordados han sido la *documentación*, donde se explica que tipo de fuentes documentales se han empleado y se realiza unos comentarios sobre ellas, y la *metodología*, donde se presenta cómo se ha llevado a cabo la investigación y se explican los campos de la ficha que se ha utilizado.

A continuación, se ha desarrollado un capítulo dedicado a la *arqueología del paisaje*, en donde se aborda, primeramente, una descripción geográfica somera del territorio, fundamental para entender el motivo de la elección del emplazamiento de los asentamientos. Seguidamente, se realiza una *clasificación tipológica* de los yacimientos, basada en la publicada por Martín Valls en 1997, si bien con algunas modificaciones propias. La siguiente tipología se basa en la situación geográfica del yacimiento y en unas características arqueológicas comunes que se ha observado por zonas. Cada grupo se ha dividido en dos partes; la primera englobaría los yacimientos del Hierro I y la segunda los de La II Edad del Hierro. A continuación se aborda el estudio de la caracterización económica del territorio, ya que existen una serie de factores que influyeron en la elección de los lugares de hábitat por parte de las poblaciones protohistóricas como son los motivos relacionados con la ganadería y la agricultura, las razones vinculadas con las actividades mineras, el dominio de vías de comunicación o las cuestiones defensivas. Por último, se acomete un estudio de las vías de comunicación, tanto terrestres como fluviales. La presencia de éstas para la elección de un emplazamiento es importante porque abriría el asentamiento a otros poblados, al comercio y a las relaciones culturales y demográficas. Primero se ha centrado en las vías de comunicación en sí y después se expondrán los resultados del estudio de visibilidad de los castros respecto a ellas. Este estudio también aborda una serie de aspectos como son el paisaje de los accesos, el paisaje del dominio visual y el paisaje del horizonte.

El siguiente capítulo describe y analiza los elementos que consideramos que componen los yacimientos en estudio, empezando por los estructuras extramuros, como las defensivas; centrándonos a continuación en las situadas intramuros de los que se tenían alguna noticia y para terminar se ha hecho referencia a la cultura material que ha deparado los yacimientos, bien mediante prospecciones o bien mediante su excavación. Vestigios de la cultura material como los verracos y las estelas se han analizado de forma individual en sendos capítulos. Así mismo, también se han estudiado los santuarios rupestres, no sólo sus características sino también las relaciones que pudieron haber existido con determinados poblados, analizando en este apartado la religiosidad de los pueblos de La Edad del Hierro. Por último, se han elaborado una serie de conclusiones a las que se ha llegado tras analizar todos los datos obtenidos.

Uno de los objetivos de la tesis era intentar hacer un compilación actual de todos los yacimientos de los que se tienen noticia, ya que los publicados datan de varias décadas atrás como la

*Carta arqueológica de la provincia de Salamanca* realizada por Maluquer en 1956, el *Catálogo Monumental de España, Provincia de Salamanca* llevado a cabo por Gómez Moreno en 1967 y *Los Vettones*, escrito por Álvarez Sanchís en 1999. Un cuarto compendio sería el *Inventario Arqueológico de Castilla y León*, una carta arqueológica digital muy actualizada y bastante completa, documento inédito donde hemos encontrado algunas lagunas.

Las dos primeras publicaciones son dos obras magníficas, y las más completas que existen sobre la arqueología en nuestro territorio, ya que hacen referencia a yacimientos que actualmente no se consideran como tal, bien porque se han llevado a cabo prospecciones y no se ha encontrado nada o bien porque se han realizado nuevas prospecciones y se ha modificado la cronología inicial. Este es el caso del Castro del Castillo de Valero, que el padre Morán (1926) y, después, Maluquer (1956) consideraron como tal, y unas excavaciones posteriores dieron como resultado que un asentamiento defensivo correspondiente a los momentos de inestabilidad militar entre los siglos VIII y XII d. C. El problema reside en que, al ser publicaciones viejas, algunos de sus datos están desfasados, aunque hay que decir que otros son muy válidos y, en muchos casos, los únicos existentes sobre algunos yacimientos que posteriormente no han dado una información fiable. El tercer libro es más reciente que los anteriores, por tanto los datos y la bibliografía están más actualizados. El problema es que es más general y se centra en todo el territorio que ocuparon los vettones, con muchísima información sobre Ávila y Extremadura, que es donde se han llevado a cabo más excavaciones y por ende son los territorios que más información aportan. El cuarto, que a partir de ahora se referirá a él con las siglas IACyL, consiste en una base de datos reciente y que se va actualizando conforme se van realizando excavaciones; el problema es que no toda la información es fiable, como se ha podido comprobar sobre el terreno. Por tanto, creemos que juntando y analizando todos los datos que nos ofrecen estos documentos, más los recogidos en campo y los obtenidos en otros libros o artículos se ha conseguido un compendio suficientemente actualizado sobre los yacimientos de nuestro territorio.

Esto era fundamental para los siguientes objetivos: la realización de una ficha de cada yacimiento, el análisis de la organización territorial y el estudio del paisaje y la evolución del poblamiento durante la etapa prerromana. Teniendo en cuenta las limitaciones de información, pensamos que las fichas están lo más completas posibles. No obstante, hay que matizar que algunos datos como las distancias tanto entre los distintos yacimientos, como a los recursos hídricos y a los recursos estratégicos, son subjetivos y están sujetos a modificaciones, según sea el criterio de otros investigadores interesados por el tema. Otro matiz es que existen fichas cuyos datos han resultado imposibles de obtener debido a la incapacidad de localizar exactamente el yacimiento.

El objetivo final de todo esto es realizar un análisis de la organización territorial que hubo en la territorio durante época prerromana y si ciertos elementos como el control de las vías pecuarias o zonas de paso, la proximidad de los recursos hidrológicos, la cercanía de los recursos susceptibles de explotación como los pastos, los campos de cultivos, las vetas minerales... condicionaban la elección

de los asentamientos. El resultado es que todos estos elementos eran tenidos en cuenta a la hora de elegir un lugar u otro para asentarse y que, por tanto, sí influyeron en la organización y caracterización jerárquica del territorio.

Respecto a la evolución del poblamiento, con el estudio y análisis tanto de los yacimientos como del material arqueológico, se quería comprobar si existía un patrón de jerarquización territorial, que reflejaría esa estructura social que se da a lo largo de la Edad del Hierro, culminando a finales de la misma, y que se observa en el resto de La Meseta. Creemos haber demostrado que existe una subordinación de los hábitats, aunque el modelo que aquí se propone hay que “cogerlo con pinzas”, ya que es probable que futuras excavaciones aporten información nueva que pueda modificarlo o mejorarlo.

Asimismo se quería aportar una opinión, apoyándola con argumentos sólidos en los que se ha tenido en cuenta tanto los “pros” como los “contras”, sobre algunos temas como los verracos o si algunos yacimientos que se supone que aparecen de *ex-novo* en la Segunda Edad del Hierro como Yecla de Yeltes, entroncan o no con poblados de la Primera.

Otro punto que se ha tratado es si se produjo un arraigo de la cultura romana desde el primer momento o si, por el contrario, la tradiciones y las costumbres indígenas continuaron teniendo un peso mayor durante los primeros siglos de dominación itálica (S. I a. C.-I d. C.). Los restos materiales como los verracos, la cerámica, el trazado urbano, las murallas, las inscripciones funerarias,... muestran una influencia de la cultura romana en ciertos aspectos; pero no es muy profunda; es más, la romanización completa del territorio no se producirá hasta el siglo II d. C.

No menos importante entre los objetivos de este estudio ha sido la profundización en los valores funcionales de los sistemas defensivos. Es decir, se quería demostrar que las murallas, las piedras hincadas, los fosos y otros elementos naturales, no sólo tenían un carácter defensivo, sino que cumplían otras funciones dentro de las comunidades prerromanas, como pueden ser valores sociales, políticos, económicos y emblemáticos. Creemos que esto ha quedado demostrado y que las murallas son un elemento más que manifiesta que las sociedades prerromanas eran complejas y tenían una serie de valores e ideas que las cohesionaban; es decir que antes de la llegada de los romanos ya existía una sociedad organizada, con un entramado cultural en el que hay que incluir un intercambio de productos con el resto de la Península, unas costumbres y una organización social por las que se podrían considerar como sociedades de jefaturas complejas.

De igual manera nos interesaba comprobar si había una homogeneidad cultural en el territorio. El estudio del material arqueológico dio como resultado que este espacio durante el Hierro I, por lo menos la zona noreste, estuvo bajo la influencia de la Cultura del Soto. Sin embargo, durante la II Edad del Hierro, los vestigios muestran un mismo sustrato cultural, con algunas diferencias según las características geológicas del terreno, pudiendo dividir el territorio en tres zonas, tanto por los rasgos de los yacimientos como por el aprovechamiento del suelo y el sustrato geológico. Así mismo, se ha

identificado unos niveles vettones similares a los hallados en otros yacimientos meseteños a partir del siglo III a. C.

Por último y para terminar con esta introducción quiero agradecer a Luis Berrocal Rangel, la ayuda prestada para la realización de esta investigación y la posibilidad de hacerla bajo su tutela. Así mismo, se agradece a la Universidad Autónoma de Madrid, en especial al Departamento de Prehistoria y Arqueología, que hayan hecho posible su realización.

También hay que agradecer a Rosario Pérez Martín y Alberto Bescós Corral, directores del Museo de Bellas Artes de Salamanca, las facilidades que nos ha dado para acceder a la biblioteca del museo y a todo el personal del mismo que nos ha facilitado todas aquellas publicaciones e informes de excavaciones y prospecciones que se han necesitado y que tenían disponibles para la elaboración de este trabajo. El agradecimiento se extiende a tres profesores de la Universidad de Salamanca, por una parte a Jesús Liz Guiral, Catedrático de Arqueología, fallecido poco antes de que concluyera la redacción de estas páginas y al que siempre recordaré como uno de los mejores arqueólogos que tuve la suerte de conocer durante mis estudios, y Ángel Esparza Arroyo, Catedrático de Prehistoria, porque me enseñaron la metodología arqueológica de forma excepcional, tanto la teoría como la práctica. Sin ellos no se habría podido realizar el trabajo de campo para esta investigación. Por otra parte a Manuel Salinas, Catedrático de Historia Antigua, que me enseñó a mirar con ojos muy críticos las fuentes escritas, sobre cualquier soporte, y también a analizar piezas arqueológicas desde muchos puntos de vista y sacarles la máxima información posible.

Tengo que agradecer a mis padres, Begoña Leal Sánchez y Bienvenido Mateos Payán, su apoyo incondicional y su ayuda. Sin su “beca” permanente no habría podido cumplir ni mi sueño de estudiar Historia ni dedicarme, aunque sea por unos años, a lo que me gusta: la arqueología. También tengo que agradecer a David Sánchez Nicolás que me acompañara y me transportara pacientemente en coche a todos los castros que nos ha dado tiempo a ir a visitar. Sin su ayuda no habría podido realizar el trabajo de campo. A mi hermana, Marina Mateos Leal, que tanta paciencia ha tenido conmigo y que siempre ha estado a mi lado. Tanto a mi familia como a mi novio, tengo que agradecerles que me apoyaran y me animaran en los momentos en los creía que iba a ser incapaz de terminar mi tesis. Otra persona que me ha ayudado en este trabajo es José Luís Sánchez Iglesias, que quien me introdujo en el manejo del SIGPAC, que tanto me ha facilitado el trabajo.

También quiero mencionar a un grupo de amigos que me han acompañado en mis salidas al campo y que gracias a su ayuda he visto mucho más que si hubiera ido yo sola. Gracias a Raúl González Panchuelo, Helena Gutiérrez García, Javier Recio García y Patricia Cárdenas de Bernardi.

Para terminar, quiero agradecer a dos amigos muy especiales, Gustavo González Garrido y a Óscar Rodríguez Monterrubio, su ayuda a lo largo de toda la carrera, del doctorado y sobre todo su compañía en las numerosas excavaciones a las que hemos asistido juntos. Gracias a las

*Cristina Mateos Leal*

conversaciones que hemos tenido sobre muchos temas de arqueología, he visto con claridad aspectos de muchos trabajos, incluido éste, que no tenía muy claras o que no terminaba de enfocar.

Salamanca, a 26 de septiembre de 2015.

Cristina Mateos Leal



# I. Documentación





Las fuentes usadas para este trabajo de investigación han sido principalmente los materiales arqueológicos, los cartográficos y la documentación bibliográfica disponible, artículos, libros e informes de excavación y prospección, así como el *Inventario Arqueológico de Castilla y León*, al que se hará referencia como IACyL a partir de ahora. Las bibliotecas, con sus respectivas hemerotecas, a las que ha acudido para consultar la bibliografía son la de la Universidad Autónoma de Madrid, la de la Universidad de Salamanca, la del Museo de Salamanca y la de la Casa de las Conchas.

## 1. FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Las revistas más consultadas para este trabajo fueron *Acta Salmanticensia*, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, *Congreso Nacional de Arqueología*, *Complutum*, *CuPUAM*, *Durius*, *Emerita*, *Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, *Noticiario de Arqueología Hispánica*, *Numantia*, *Pyrenae*, *Revista de Estudios Provinciales (Provincia de Salamanca)*, *Revista de Guimaraes*, *Studia Histórica*, *Historia Antigua*, *Trabajos de Prehistoria* y *Zephyrus*.

Entre las obras de consulta más habituales destacan la “*Carta arqueológica de España (Salamanca)*” (1956) escrita por Juan Maluquer, algunas monografías sobre los vettones, como son la elaborada por Álvarez-Sanchís en 1999, 2008 o 2010 y las editadas bajo los nombres de “*Celtas y Vettones*” (2001), “*Arqueología vettona. La Meseta occidental en la Edad del Hierro*” (2008) o “*Lusitanos y vettones, los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa, Alto Alentejo y Cáceres*” (2009). Igualmente se han examinado una serie de compendios de arqueología sobre Salamanca que, a pesar de su antigüedad, todavía sirven como base, como por ejemplo el “*Catálogo Monumental de España, provincia de Salamanca*” escrito por Gómez Moreno (1967) o “*Investigaciones acerca de Arqueología y Prehistoria en la región de Salamanca*” de Morán Bardón (1919), los cuales son un buen exponente de las investigaciones y las excavaciones llevadas a cabo en los comienzos del siglo XX. A pesar del desfase de algunas conclusiones, tanto los materiales como la información recogida en ellos son fundamentales para cualquier estudio de nuestro territorio, ya que en muchas ocasiones se han perdido y sólo contamos con este registro.

Las prospecciones realizadas para la elaboración del IACyL fueron fundamentales para obtener información sobre los yacimientos identificados en todo el territorio, pero existen algunas zonas con lagunas en cuanto a datos se refiere, sobre todo de determinadas épocas. Un área de éstas sería la serrana. Así, se acudió a la Biblioteca de la Casa de las Conchas, en donde se pueden encontrar libros como el escrito por García Martínez, *Béjar en su historia. Libro 1* (1989), o el escrito por Jiménez Hernández, *La Villa de Montemayor. Historia y Monumentos* (1982), que contenían datos sobre la prehistoria y la arqueología de esa zona, los cuales son muy escasos, aunque también se tuvo que cribar esta información porque algunos no fueron comprobables en absoluto. Los únicos estudios arqueológicos publicados sobre ella han sido los realizados por Maluquer de Motes en la zona de El

Berrueco (1958) y los trabajos del esquivo de Sánchez-Palencia, tanto en la zona de Los Cavanés (2003) como en el complejo de El Berrueco (2009). El resto no están publicados y tan sólo se conocen por los informes consultados en el Museo de Salamanca, aunque uno de los problemas con que se encuentra es que la Edad del Hierro no está muy representada en dichos documentos, centrándose la mayoría de las investigaciones en yacimientos de cronología romana o posteriores.

Otro autor cuyas obras han sido consultadas con bastante asiduidad, como ya se mencionado, ha sido el padre Morán Bardón, ya que muchos investigadores hacían en su obra una referencia constante a las intervenciones que él realizó. Sus publicaciones han sido de gran ayuda, ya que han dejado constancia de muchos yacimientos o hallazgos que hoy en día han desaparecido o no se sabe su paradero exacto, como pueden ser estelas funerarias o piedras con grabados. Gracias a él, hay muchas piezas que se saben en qué colección particular están o por dónde fueron encontradas. El único problema que tienen estos compendios de arqueología es la cronología, la cual no está muy clara o no aparece o ha sido revisada y no coincide con la que Morán dio a algunas piezas.

El libro *Del Paleolítico a la Historia* (1991), publicado para una exposición temporal realizada por el Museo de Salamanca fue muy útil, pues lleva a cabo una síntesis de todos los yacimientos arqueológicos del territorio por orden cronológico y de las excavaciones realizadas hasta 1991, completándola con una bibliografía muy completa al final de cada capítulo.

Además, se han consultado una serie de fuentes bibliográficas que hablaban directamente sobre los yacimientos que abarca esta investigación, los informes de prospecciones y de las excavaciones llevadas a cabo y que se hallan en depósito en el Museo de Salamanca, informes inéditos en la mayoría de los casos. Entre las prospecciones tenemos las llevadas a cabo por Benet Jordana entre 1999 y el 2002 en el Campo de Argañán y Abadengo, y en la zona del Campo de Ledesma-Vitigudino y Arribes del Duero; las llevadas a cabo por Cruz Sánchez y por Alonso Gregorio entre el 2001 y el 2002 en Ciudad Rodrigo, Campo de Azaba y Sierra de Gata; y entre 1990 y 1991 en Almenara de Tormes, Arapiles, Barbadillo, Cabeza del Caballo, Cepeda, Fuenteguinaldo, Garcihernández, Ledesma, Los Santos, Saucelle y Vitigudino. Destacan, entre los informes de excavación, el realizado por Domingo Sánchez sobre Irueña y, sobre todo, los relacionados con las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en la ciudad de Salamanca. Una mención especial merecen los informes relacionados con las excavaciones realizadas en el Cerro San Vicente, las cuales revelan cómo era el poblado de la I Edad del Hierro y su evolución. Actualmente, se ha publicado parte de estos resultados bajo el título *“Los orígenes de Salamanca. El poblamiento protohistórico del Cerro San Vicente”* (Macarro y Alario, 2012).

También se han consultado libros o artículos sobre otras zonas y áreas culturales como la vaccea, la celibérica o la castreña; ya que debido a las escasas excavaciones existentes sobre el período que se aquí se estudia, hay muchas cosas que se desconocen totalmente o parcialmente, por lo que hay muchos datos y conclusiones a los que se ha llegado extrapolando los datos plausibles de

dichas regiones; y por supuesto, los datos obtenidos en las zonas *vettonas* limítrofes (Ávila, Cáceres y Tras-Os-Montes), que han sido fundamentales.

También se ha acudido a bibliografía extranjera, para poder comparar nuestros hallazgos con otros producidos en Irlanda, Francia, Alemania o Inglaterra, porque culturalmente hay elementos similares y se han encontrado paralelos muy interesantes, que denotan posibles relaciones entre estas regiones y el Noroeste peninsular, como por ejemplo las cabezas cortadas y otros ritos y creencias.

Por último, mencionar que mucha información se ha obtenida a través de los artículos subidos a páginas web tales como [www.academia.edu](http://www.academia.edu) o [www.dialnet.unirioja.es](http://www.dialnet.unirioja.es) y a la información contenida en otras webs como por ejemplo [www.eda-bea.es](http://www.eda-bea.es) (*Hispania Epigráfica online*).

## 2. FUENTES CARTOGRÁFICAS

Los materiales cartográficos empleados son:

- Mapa de la Provincia de Salamanca editado por el Consejo Superior Geográfico, Registro General de Cartografía nº 218 del año 1992.
- La Cartografía Militar de España, Serie L. Escala 1:25000 del año 1993.
- El Mapa Topográfico Nacional de España. Escala 1:25000, con varios años de edición, dependiendo de la zona que estudiase.
- El Mapa geológico de España. Escala 1: 50000.
- Los Mapas metalogenéticos de España. Escala 1: 200000, 36, 37 y 44.

Alternando estos mapas con otros, que se citan más adelante, se ha obtenido las coordenadas UTM (Datum ED50) y la altitud a la que se encontraban los yacimientos. No obstante, ha habido problemas para localizar algunos castros en estos mapas, bien por falta de datos sobre el emplazamiento geográfico en las fuentes escritas o en los propios mapas, es decir, por la ausencia de nombres de tesoros o arroyos que se tenía como referencia para ubicarlos. También se han empleado otros materiales cartográficos como la página web: <http://sigpac.mapas.es>. Esta página es una aplicación del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, en la que es posible ampliar la zona de interés, hasta llegar a mostrar ortofotos, que se acercan aproximadamente a una escala 1: 90 m. Esta página también ha servido para averiguar cómo llegar a la mayoría de los castros, ya que al venir tan detallado se pudo trazar un camino que llevase hasta el yacimiento. También ha servido para medir la extensión topográfica de los poblados, el InRhKm., el InReKm. y el InVprox., que se explicarán en el siguiente capítulo.

Otra herramienta que se ha usado es la Carta Digital v.2.0 del Servicio Geográfico del Ejército del año 1999. Esta aplicación se ha empleado sobre todo para el estudio de la arqueología del paisaje (paisaje de los accesos, dominio visual, paisaje del horizonte).

La litología de los yacimientos se ha obtenido de distintas fuentes como un mapa general sobre la litología del territorio estudiado, encontrado en la *Gran Enciclopedia Larousse. Atlas de España*, 1. Planeta (1995); un mapa incluido en el libro *Patrimonio Geológico de Castilla y León* (2001) y los mapas geológicos de España, escala 1: 50000 y 1: 500000. Otros planos que se han empleado en el trabajo para completar la información de las fichas son los de las plantas de los castros, que aunque se han sacado de varios libros de la bibliografía, se ha retocado por ordenador y en algunos casos se han modificado a partir de los datos de los que se disponen y se han contrastado.

### **3. FUENTES ARQUEOLÓGICAS**

Los vestigios constructivos que quedaban en pie en los yacimientos han sido fundamentales en este estudio. Para su análisis nos hemos desplazado hasta un total de 45 yacimientos, pudiendo completar los datos que no se han encontrado en la documentación bibliográfica. El resto de los yacimientos del estudio se han analizado sólo con la información disponible sobre el papel o el soporte informático.

No se ha podido acceder a otros materiales, como son los cerámicos, los líticos, los óseos,... ya que su análisis supera los límites propuestos para esta tesis y habría requerido de una innumerable cantidad de permisos por parte de autoridades autonómicas, legales, propietarios, etc. Por tanto, el estudio de esta cultura material es parcial y se basa en la información obtenida de la bibliografía consultada.

### **4. FUENTES ETNOLÓGICAS Y FUENTES ORALES**

Por último, otra fuente de información han sido los habitantes de los pueblos cercanos. En numerosas ocasiones se ha hablado con personas que vivían allí, como el encargado del aula de Yecla de Yeltes o el dueño de las tierras donde está situado el Picón de la Mora, y en algunas ocasiones se ha obtenido información que no estaba reflejada en la bibliografía consultada, como por ejemplo en el Castro de Saldeana. Sandra Valle Herrero, que tiene allí una casa familiar, tuvo la amabilidad de mostrarme muchos más objetos, que el alcalde y otro vecino del pueblo ocultaron entre los matorrales para evitar el expolio del yacimiento. Entre los materiales que pudimos ver, lápidas y un molino de mano circular.

En cuanto a la información etnológica, y para terminar con este capítulo, se ha recurrido a la comparación entre las actividades tradicionales y las desarrolladas en los poblados, debido a que las herramientas documentadas son muy similares.

## II. Metodología



Metodológicamente, la premisa con la que se empezó a trabajar es que *la organización territorial de los asentamientos prerromanos de la Edad del Hierro en el Campo Charro respondía a unos criterios, asociados a una sociedad sedentaria y a una economía mixta con una organización cultural, territorial y comunitaria compleja y unas creencias religiosas importantes que influían en dicha organización*. A esta idea se llegó a través de la observación de elementos cuya complejidad se constata sin ningún tipo de estudio, como la monumentalidad de sus murallas, las piedras hincadas y las piezas que hay tanto en el Museo de Salamanca como en las aulas arqueológicas de Yecla de Yeltes y de Lumbrales.

Para su comprobación escogimos un enfoque metodológico típicamente inductivo: lo primero que se hizo para abordar el estudio del poblamiento fue localizar todos los yacimientos *grosso modo* sobre un mapa del territorio, separarlos por su cronología y ver las características generales del amurallamiento, ya que son los únicos datos fiables que sirven a falta de la realización de excavaciones. El objetivo fue realizar unos grupos más manejables, lo que facilitó el trabajo con la cartografía, porque resultó más sencilla la búsqueda de la situación de todos los yacimientos y su estudio.

Una vez reunidos todos los datos disponibles sobre los yacimientos en cuestión, tanto los encontrados en la bibliografía como los que se obtuvieron de nuestras propias observaciones, se procedió a la elaboración de una ficha por cada etapa documentada en cada poblado. El estudio de las fichas tuvo dos partes: primero, una comparación de los vestigios arqueológicos entre sí, tanto de los elementos arquitectónicos como de la cultura material. En segundo lugar, se cotejaron los resultados obtenidos con los datos de otros yacimientos análogos de los que se tiene un mayor conocimiento, sobre todo de la zona abulense y vallisoletana. Las conclusiones a las que se llegaron sobre el tipo de planificación urbana, sobre las técnicas constructivas, sobre la organización y la jerarquización territorial, sobre el carácter aperturista de estas comunidades, sobre el comercio con otros puntos de la Península,... están expuestas al final de su capítulo correspondiente.

Los campos recogidos en las fichas<sup>1</sup> y sus pormenores son los que siguen:

#### **A) Identificación/Localización.**

Nombre: recoge el nombre genérico con el que se conoce el yacimiento, habiéndole añadido un número que corresponde a las distintas fases de ocupación. En el caso de los yacimientos de la Edad del Hierro que entroncan con la Edad del Bronce, se ha dejado el número I para remarcar de una forma genérica este hecho.

*Nº identificación:* refleja la clave numérica de cada yacimiento. Habiéndose dado un número consecutivo para todos ellos, que coincide con el asignado en el mapa que acompaña la base de datos.

---

<sup>1</sup> En caso de desconocer algún dato de los campos se rellena con un “-” y en el caso de no estar muy seguros de la información aportada se incluye un “?”.

*Término*: demarcación municipal al que pertenece el yacimiento.

*Provincia*: registra la provincia.

*Cartografía*: recoge los datos necesarios para su localización sobre el mapa citado, partiendo de la designación de la zona y de las coordenadas por el Sistema Geodésico ED50 (Datum europeo de 1950 Proyección UTM: Universal Transverse Mercator). También se ha hecho referencia al mapa geográfico empleado y a la altitud máxima en metros de la cota superior intramuros tomada sobre el nivel del mar en Alicante.

## **B) Emplazamiento.**

*Enclave*: registra su morfología. Una parte de los casos estudiados pueden designarse como cerros, así que, a la hora de clasificarlos, se ha tenido en cuenta si estaban en un espigón, en el meandro de un río, en una meseta, sobre un llano o en ladera. El resto de los emplazamientos responderían a aquellos situados en las vegas de los ríos o en zonas llanas.

*Litología*: hace referencia al material predominante en el subsuelo del yacimiento; es decir si es calizo, arcilloso, pizarroso, granítico,...

*InRhKm.*: distancia en kilómetros que hay entre el poblado y los recursos hídricos más cercanos, en una línea recta de aire y con una aproximación de dos decimales. Para medirla se ha empleado el Sigpac del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, como en el resto de índices siguientes.

*InReKm.*: distancia en kilómetros que hay entre el poblado y los recursos estratégicos básicos más cercanos, en una línea recta de aire y con una aproximación de dos decimales.

*InVprox.*: distancia en kilómetros que hay entre los dos poblados más cercanos, en una línea recta de aire y con una aproximación de dos decimales.

*ExtTopo.*: hace referencia a la superficie aproximada del emplazamiento del yacimiento en hectáreas, con una aproximación de dos decimales.

*ExtArq.*: recoge la superficie aproximada de los vestigios arqueológicos del yacimiento en hectáreas, con una aproximación de dos decimales.

*ExtPub.*: registra la superficie aproximada publicada del yacimiento en hectáreas con una aproximación de dos decimales.

*ExtPro.*: superficie aproximada del yacimiento en hectáreas calculada a partir de los datos recopilados y sirviéndonos del Sigpac, con una aproximación de dos decimales. En algunos no se ha podido delimitar, debido a que no se ha conseguido los permisos de prospección correspondientes y/o los materiales en superficie no permitían más.



### C) Defensas y muralla.

*Entorno:* recoge el dominio visual del yacimiento para lo cual se ha teniendo como referencia los cuatro punto cardinales. Calificándolos como Dominantes en 1, 2, 3 o 4, dependiendo de sobre cuántos azimuts controle, y Dominados. Al mismo tiempo se calcula el índice de visibilidad del yacimiento, obteniéndose el dominio del mismo sobre el terreno.

*Recintos:* hace referencia a si la muralla está completa o incompleta, considerándolos como Continuos o Discontinuos, respectivamente.

*Líneas:* constata las líneas de defensas identificadas. Las tres categorías responden a los tipos identificados en otros yacimientos peninsulares.

- Únicas: una sola línea, ya sea continua o discontinua.
- Adosadas: dos o más líneas con núcleo lateral.
- Concéntricas: dos o más líneas con un núcleo más o menos centralizado.

*Trazado:* recoge el desarrollo formal genérico de las murallas:

Irregular: líneas “amorfas”, adaptadas a un terreno irregular.

Lineal: líneas más o menos lineales, con curvas abiertas.

Curvilíneo: líneas con curvas marcadas o cerradas.

Rectilíneo: hay un predominio de las líneas rectas.

*Materiales:* hace referencia a la materia prima empleada en la construcción de la muralla.

*Estructura:* tipo de construcción de la muralla.

*InAdap:* registra un *ratio* (con un decimal) proporcionado al aplicar la fórmula propuesta por F.J. González Tablas (*et al.* 1986: 113-126), referida a la adaptación del trazado de la muralla al terreno. Las categorías resultantes son:

- Autónomos: <1,0
- Mixtos: de 1,1 a 1,5
- Adaptados: > 1,6

Lógicamente, este apartado sólo se ha rellenado cuando, los yacimientos presentan muralla o se sabían suficientes datos como para calcular *la ratio*.

*Nº de puertas:* identificadas en los castros.

*Puerta Ppal.:* categoría de ésta. En el territorio en estudio se han documentada solamente dos tipos, en embudo o en esviaje.

*Defensas:* categorías genéricas:

- Naturales: sin murallas y con defensas naturales.
- Cercadas: muro simple, incompleto o no, que cuenta sólo con elementos naturales como sistemas defensivos.

- Amuralladas: muralla sencilla, de uno o más recintos, que cuenta con un único elemento defensivo, un foso o unas piedras hincadas.
- Fortificadas: muralla compleja que cuenta con más de un elemento defensivo, bastiones, piedras hincadas, fosos,...

*Cimientos:* hace referencia al tipo de cimentación sobre el que apoyan las murallas. En nuestro caso, la falta de excavaciones no permite asegurar qué tipo de base tienen las murallas, a excepción de unos cuantos donde sí se han llevado a cabo, como es el caso de Monleón, Yecla de Yeltes, Las Merchanas o Salamanca. No obstante, hay indicios observables a simple vista que parecen indicar que la mayoría de los muros apoyan sobre la roca madre o el suelo natural.

*Sistemas defensivos:* se incluye en este apartado la combinación de los elementos de avanzada, especificándose dos categorías:

- Simples: con uno solo.
- Complejas: se combinan varios elementos.

También recoge la presencia o ausencia de los elementos defensivos especificados en la ficha, incluyendo las medidas de los fosos (longitud, anchura y profundidad media) y de las piedras hincadas (altura media de las piedras, anchura media de la banda de piedras que se conserva y la distancia media desde las murallas al comienzo de la banda de piedra); todo ello medido en metros con una aproximación de dos decimales. También se especifica la existencia de elementos naturales que sirvieron como dispositivos defensivos.

*Grosor aproximado:* registra la anchura media de la muralla.

*Altura aprox.:* recoge la altura media de la muralla que se conserva.

*Armas:* recoge si se han documentado algún tipo de arma asociada a la muralla o a la necrópolis. Los yacimientos que presentamos no han deparado este tipo de objetos ni asociados a la muralla ni a las necrópolis prerromanas, las cuales no han sido localizadas.

#### **D) Urbanismo.**

*Planim.:* registra la organización del hábitat de acuerdo a las siguientes categorías:

- Disperso: organización por separado de las unidades domésticas, de las zonas de trabajo y las públicas.
- Agrupado: organización de las unidades domésticas y públicas agrupadas en conjuntos separados por espacios de comunicación comunes.
- Ordenado: organización del espacio aparentemente planificada de antemano u organizada socio-funcionalmente.
- Aislado: unidades separadas y sin una aparente organización, dependiendo de la orografía del terreno.

*Materiales constructivos:* registra la materia prima utilizada en las estructuras de habitación.

*Técnicas constructivas:* hace referencia a las empleadas para la edificación.

#### *Categorías de edificios:*

- Casas: recoge la planta de las casas, si estaban o no compartimentadas, la localización del hogar,...
- Edificios singulares: registra si se han encontrado construcciones destinadas a alguna actividad específica.
- Santuario: suscribe la existencia o no de santuarios domésticos o colectivos intramuros o extramuros, depósitos votivos u otros elementos simbólicos relacionados con las murallas, como los grabados.
- EmpSant.: hace referencia al emplazamiento de dicho santuario respecto del poblado, de acuerdo a los criterios de Moneo (2003): extramuros, intramuros o extraurbanos

#### **E) Datos cronológicos.**

En esta sección se exponen los restos materiales recuperados en los yacimientos. Las categorías en que se han dividido son cerámicos, líticos, metálicos, óseos, cuernas y marfiles. Otro apartado indica la presencia de verracos en el mismo.

También se ha incluido otro epígrafe en el que se especifica la cronología que se le ha adjudicado a cada yacimiento, a partir de los resultados obtenidos tanto en las excavaciones como en las prospecciones realizadas en el momento de terminar este estudio (Alario, 1999; Alario *et al.*, 1998; Alario y Macarro, 2003, 2007 y 2012; Benet, 1990 y 2001; Benet *et al.*, 1991; Benito del Rey y Grande, 1994 y 2000; Grande, 1987, 1998, 1999, 2001, 2007,... ; IACyL; Macarro, 1999, 2000, 2004,...; Sánchez Palencia *et al.*, 2003 y 2004; Martín Valls y Pérez, 2004; Martín Valls y Carnicero, 2008; López y Martínez, 2009; STRATO, 1994, 1995, 1999-2000, 2001-2001, 2005,...). Por último, se incluye otro campo en el que se detalla si hubo una pervivencia de hábitat entre el Hierro I y el Hierro II o una romanización del poblado.

#### **F) Musealización**

*Accesibilidad:* recoge el grado de accesibilidad al lugar donde está emplazado el yacimiento, de acuerdo a los siguientes criterios: buena, regular o mala.

*Idoneidad:* hace referencia al tipo de lugar en el que se encuentra, de acuerdo a los siguientes criterios: paraje natural, entorno urbano/casco urbano, labores agrícolas, mina en explotación, cubierto por embalse.

*Conservación:* señala el estado en el que se encuentra el yacimiento, de acuerdo a los siguientes criterios: buena, mala (se han incluido aquellos en los que los vestigios arqueológicos están tapados porque imposibilita su evaluación) y regular. Para este apartado se ha tenido en cuenta la descripción del IACyL.

*Musealización:* recoge si el yacimiento está musealizado, vallado, señalizado, panelizado, si está en proceso o si por el contrario la musealización es nula.

*Reconstrucción:* hace referencia a tal posibilidad, siguiendo los siguientes criterios: factible o no factible, de acuerdo a una evaluación personal sobre cada uno en el caso de haberlos visitado o visto en foto.

*Rehabilitación:* suscribe si es posible o no<sup>22</sup>.

## **G) Bibliografía**

Se citan las publicaciones donde se ha encontrado la información más completa sobre los yacimientos.

## **H) Documentación gráfica**

*Planimetría:* en esta casilla se incluyen las figuras en las que se pueden ver planos, en caso de que los haya, de los poblados con la signatura "F+ nº". Todas las fichas cuentan con unas imágenes que se repiten, constituidas por distintos mapas mudos del territorio, en donde se han situado todos los yacimientos que abarca este trabajo. Cada mapa se corresponde con una etapa: Bronce Final-Hierro I, Hierro II y el período de romanización que va desde mediados del siglo I a. C a mediados/finales del siglo I d. C.

*Fotográfica:* en esta casilla se indican las láminas en las que se pueden ver fotografías sobre los poblados con la signatura "F+ nº". Parte de las fotos se han tomado de libros y de artículos y otra parte han sido realizadas por la autora. En cada lámina se especifica de dónde se han tomado y quién es el autor. En el procedimiento vectorial de las plantas, materiales y planos se han empleado las siguientes aplicaciones informáticas: *FreeHand MX* para el tratamiento vectorial, *Adobe Illustrator* y *Adobe Photoshop CS* para el de la imagen digital.

*Otros:* documentación gráfica no habitual que se ha encontrado sobre algunos yacimientos. Siguen la signatura F+nº.

*Mapas:* se adjunta un mapa de situación de cada yacimiento.

Los datos recopilados en estas fichas sirvieron para realizar los diversos estudios que se expondrán a continuación. El primer análisis partió de la premisa de que los poblados y los castros se situaban en zonas desde donde pudieran controlar los recursos económicos y las vías de comunicación tanto terrestres como fluviales. Así se analizó el tipo de emplazamiento, el dominio visual y la caracterización económica del entorno de los mismos. Para esto último, se tuvo en cuenta el InReKm. y se realizó un estudio para determinar las características agropecuarias y metalogenéticas de los suelos, empleando para ello unos módulos de 1, 2 y 5km. de radio, tomados del estudio que Álvarez-Sanchís realizó sobre la caracterización económica de los poblados *vettones* (1999: 121). También Berrocal-Rangel, siguiendo los estudios de Chisholm (1968), de Hodder y Orton (1976: 229-236) y de Vita-Finzi y Higgs (1970: 1-37), aplica un radio de 5 km. para ver el dominio de los asentamientos de Suroeste peninsular sobre los recursos críticos (1992: 221).

---

<sup>22</sup> Cuando en estos dos últimos apartados se califica como factible, siempre es con vistas a si se llevara a cabo una excavación del yacimiento previamente.

Este patrón se superpuso sobre los mapas de usos de los suelos realizados por el Instituto Geográfico Nacional, aunque se tenido presente el *Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina*, realizado por la UNESCO y el CSIC (AA.VV., 1977-78), en el cual no se tiene en cuenta el uso actual sino el más idóneo de acuerdo a sus características. Esto ha ayudado a rectificar en algunos casos los mapas del Instituto Geográfico Nacional; no obstante, hay que decir que tan poco se han encontrado grandes diferencias porque se han empleado los realizados entre los años 40-50, momento en el cual el aprovechamiento agrícola-ganadero del territorio no estaba modernizado y se ajustaba a lo que las características del terreno permitían. Estos patrones también se superpusieron sobre los mapas metalogenéticos elaborados por el Instituto Geológico y Minero de España.

Respecto al tema de las vías de comunicación y partiendo de la dificultad que entraña la identificación de caminos prerromanos (Alfaro, 2001: 218; Sáez, 2001: 159; Galán y Ruiz-Gálvez, 2001: 263; Gil, 2006: 16), se ha acometido la realización hipotética de un “mapa de rutas prerromano”. Las bases de partida para elaborarlo fueron las siguientes:

1. Los restos de calzadas romanas documentadas en El Campo Charro, asumiendo que algunos tramos de éstas pudieron aprovechar rutas anteriores.
2. Las cañadas, cordeles, veredas y coladas empleadas desde antaño por los pastores para la trashumancia, por la misma razón expuesta en el párrafo anterior.
3. La toponimia, porque como se verá, hay caminos que se han perdido, pero se pueden recuperar gracias a topónimos tales como majadas, Arroyo de la Calzada, La Calzada, Calzadillas,...
4. Los verracos, ya que una de las funciones que se barajan para su uso es el de marcadores de paso. Su presencia no sólo indicaría la propiedad de las tierras sino que también señalarían vías, zonas de abrevadero y la idoneidad de su explotación (Álvarez-Sanchís, 1999; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2008).

El segundo estudio relacionado con los hábitats se centró en la organización territorial. La premisa de partida es el hecho de que durante la Edad del Hierro se produce un proceso de creciente jerarquización entre los asentamientos, quedando unos núcleos subordinados a otros, y complicándose paulatinamente las formas de organización territorial (Rodríguez 1993 y 1996; Collis, 1996; Chapa y Belén, 1997; Abarquero 1997;...). Para identificar los poblados principales y los secundarios se han tenido en cuenta los siguientes criterios:

- La extensión o el tamaño posible de los yacimientos.
- Su ubicación en el paisaje: vegas de ríos, cerros, espigones fluviales, terrazas fluviales, campos abierto,...
- La presencia o ausencia de verracos en el caso de los adscritos al Hierro II.

- La existencia o no de elementos defensivos-monumentales, tales como fosos, piedras hincadas o murallas. Dentro de este criterio se ha distinguido entre los que cuentan con un sistema defensivo complejo y los que cuentan con uno simple.

El análisis del Hierro I no ha sido fructífero ya que al no haberse realizado más excavaciones que daten con exactitud los yacimientos de este período, la mayoría de ellos están encuadrados en una cronología amplia, que abarca desde el Bronce Inicial hasta la Primera Edad del Hierro en el IACyL. Esta falta de datos impide saber si estos yacimientos de carácter secundario funcionan todos a la vez o si por el contrario la población se va moviendo de un punto a otro del territorio en función de las necesidades que tuvieran en cada momento, así como su verdadera entidad, enmascarada a menudo por ocupaciones posteriores.

Por el contrario, el estudio de la jerarquización y organización del territorio durante el Hierro II ha sido más completo que el de la etapa anterior, porque se cuenta con más información y datos más claros sobre los yacimientos. El proceso de jerarquización tuvo su apogeo durante este período, que se traducirá en una subordinación de los asentamientos, indicándolo entre otros aspectos el tamaño o la existencia de elementos defensivos, ya que el fenómeno del amurallamiento responde a un desarrollo de la complejidad social, con una estructura jerarquizada, que trae consigo que las élites sociales creen símbolos para realzar su poder económico y político (Berrocal-Rangel, 2004). Otros autores que ven en las defensas una exhibición del poder y de la pujanza de la comunidad son Ruiz-Zapatero (2005: 13) o Álvarez-Sanchís (2007: 246).

Por supuesto hay que tener en cuenta las dificultades que entraña este estudio debido a la falta de datos exactos, ya que durante las prospecciones se identificaron una serie de yacimientos prerromanos indefinidos y otros que han sido clasificados como romano-republicanos, con pervivencias hasta época tardorromana (Cruz y Alonso, 2001-02; STRATO, 2001-02). Al no especificar el material recogido en cada uno, no se sabe si se refieren a poblados creados por los romanos o a castros en donde se han documentado elementos romanos de cronología republicana, como sucede en Los Tejares (López Jiménez *et alii*, 2003). Sin embargo, es probable que en la mayoría de los casos se pueda hablar de una cronología del Hierro II, aunque sin una excavación nos movemos en el campo de las conjeturas. Por otra parte, la falta de éstas en los yacimientos con una cronología más o menos definida y aceptada, provoca la ausencia de datos que pueden llevar a errores o a una interpretación sesgada de la organización territorial.

Inicialmente, para realizar este estudio se partió de la premisa de una velocidad media de 5km. /h. de marcha, una medida teórica pero factible que permitiría recorrer 20 km. en un día concreto (ferias, mercados, festividades<sup>3</sup>), con más o menos dificultad. Por tanto el radio máximo de extensión del territorio de un castro principal, que se marcó, fue de 20 km. No obstante, según se fue aplicando

---

<sup>3</sup> La realización de este tipo de actividades es defendida para el castro de Ulaca por su carácter jerarca en el valle del Ambles (Álvarez-Sanchís *et al.*, 2008: 347).

este patrón, se comprobó que en la mayoría de los casos sólo se podría aplicar un radio aproximado de entre 5 km. y 10 km., pues distancias más amplias hacían que se entrecruzasen territorios o se documentasen barreras físicas de entidad, como ríos, barrancos, etc.. Hay que matizar que algunas veces no se ha dibujado más que el radio de 5 km. para facilitar la visualización de los mapas. La riqueza y el poder de cada comunidad se podría ver reflejada en la extensión de su territorio, explicando los cambios en los parámetros, entre 5 y 10 km, que se van a ver a lo largo de todo el estudio.

Otro detalle que se ha tenido en cuenta son los elementos naturales de la propia orografía del terreno. Esto es porque en las ocasiones donde se cruzan territorios de varios castros suelen existir una serie de elementos que marcan unas fronteras naturales, como son las montañas o los ríos, que se irán especificando para cada caso según se desarrolle el texto. Otros autores que también emplean estos elementos como delimitadores son Álvarez-Sanchís, quien establece la línea del Duero como frontera entre Zamora y el NE de Portugal en el estudio sobre los verracos de ambas zonas (1999: 241), y Kelly, quien considera que los pantanos irlandeses actuaron de marcadores naturales entre los territorios de las poblaciones celtas (2006: 1; 2012: 232-240; 2013: 11).

Además hemos desarrollado estudios relacionados con los hábitats, que se han realizado en relación con “el paisaje del dominio visual”, con el llamado “paisaje de los accesos” y “el paisaje del horizonte”. Estos tres aspectos fueron analizados por Berrocal-Rangel para el castro de Capote; proponiendo una distancia de 2500 m. de radio máximo desde el perímetro exterior de la muralla para considerar el dominio visual de un poblado; 250 m. de radio para el paisaje de los accesos; y 7500 m. de radio para el paisaje del horizonte. Para este último se basó en un estudio realizado por Cuaderay (1994), según el cual una bandera de 5 m. de la cruz roja se puede ver desde un punto fijo entre los 250 m. y los 2500 m. Los dominios expuestos son relativos, sobre todo el primero y el tercero, y no puede colegirse la capacidad real de dominio visual de un poblado en un período concreto debido a múltiples factores que intervendrían en él, como son la situación meteorológica o las circunstancias del observador, pero sí se puede calcular una aproximación (2007: 273-74). Nuestro estudio se ha realizado mediante el uso de la Carta Digital Militar v.2. El dominio visual se ha ejecutado con torres hipotéticas visuales de 10 y 15 metros, ya que son las que mejor reflejaron el alcance visual real en Capote (2007: 274). De los resultados que aquí se presentan han podido ser comprobados sobre el terreno diez castros, aquellos que por su emplazamiento ofrecían las condiciones más favorables para ello. Este porcentaje es pequeño, sí se compara con el número de yacimientos que abarca este trabajo, si bien los criterios para su elección se basaron en gran medida en su accesibilidad y en la vegetación circundante, y por ser representativos de una o de varias etapas cronológicas.

Uno de los elementos que se quería estudiar con la visibilidad eran las vías de comunicación, tanto fluviales como terrestres. Se quería comprobar si los caminos de comunicación propuestos entrarían dentro de esos campos visuales o no. Por otra parte, en “el paisaje de los accesos” se estudió

la organización de la entrada a los castros, comprobándose que los pobladores del Hierro II las diseñaron, valiéndose de la orografía del terreno, situando estratégicamente las piedras hincadas, lienzo de muralla y fosos.

Respecto al estudio de los verracos, se partía de la premisa de considerarlos como símbolo importante de las comunidades *vettonas* con una simbología polivalente y no excluyente, pudiendo tener un posible significado religioso y apotropaico, a parte del de marcadores territoriales y el de indicadores de zonas de pastos. Nuestro estudio confirmó lo que Álvarez Sanchís (1990) documentó para los verracos del Valle Ambles: que estas esculturas, sobre todo las del tipo 1 y 2, podrían haber marcado los recursos económicos explotados por cada comunidad. No obstante, también se ha visto que estarían relacionados con las vías pecuarias, con los lugares de pasto y abrevadero de los ganados y, probablemente, con las creencias mágico-religiosas de las poblaciones que los erigieron.

El estudio de nuestros ejemplares se abordó de la siguiente manera: primero se buscaron todos los verracos de los que había noticia, estuvieran o no en paradero desconocido. Una vez que se ubicaron en el mapa, el estudio realizado tomó como modelo el trabajo de Álvarez-Sanchís (1999: 121ss.); sirviéndonos de los módulos concéntricos de 1, 2 y 5 km. de radio como referencia para establecer la caracterización económica de los campos próximos a las esculturas. Para obtenerla, dichos radios se han superpuesto sobre los Mapas de Cultivos y Aprovechamiento de los Suelos, escala 1: 50000. Sólo se ha realizado con los verracos que se creen *in situ* o próximos a sus emplazamientos originales, lo que se corresponde con un 62% de la muestra. En este último caso, la situación aproximada de las esculturas no modifica en gran medida los resultados, ya que la diferencia puede ser de unos metros más o menos de zonas agropecuarias.

Una vez hecho esto se buscó sobre los mapas la relación existente entre los verracos, las posibles vías de comunicación y los lugares de recursos hídricos permanentes. El uso de elementos pétreos como marcadores del territorio no es algo nuevo, que surja durante la Edad del Hierro, ya que diferentes estudios han demostrado que podrían estar vigentes en etapas anteriores (Criado, 1986: 144; Galán y Martín, 1991-92; Ruiz-Gálvez y Galán, 1991; Gil, 2006: 16).

La siguiente función analizada fue la religiosa, tanto la tutelar de la comunidad como la propiciatoria de la fertilidad de pastos y ganados. Este estudio se llevó a cabo analizando la fisonomía (postura y detalles anatómicos) de las propias esculturas y comparándolas con otros hallazgos de similares características tanto de períodos anteriores como de la Edad del Hierro, no sólo a nivel peninsular (“cabezas cortadas”, guerreros castreños, falos líticos, grabados, exvotos cerámicos) sino también a nivel europeo (las “stones” irlandesas). También se investigó el papel de los verracos como protectores del cuerpo/alma del difunto en contextos funerarios, hecho que se constata ya época romana.

Para concluir con el apartado de la metodología, otro tipo de yacimientos con los que se han trabajado son los identificados con el mundo ritual, conocidos, generalmente, como santuarios rupestres.



Estos se presentan como lugares con entidad arqueológica propia. El estudio realizado consiste en un intento de asociación entre lugares de hábitats y santuarios. Partiendo de análisis como los de Benito del Rey, Bernardo y Sánchez Rodríguez (2003) y Fabián (2010), se ha comparado la situación de los santuarios con los yacimientos identificados hasta el momento: de los 17 complejos identificados como tales en la zona de estudio, sólo 12 se han podido asociar a poblados de la Edad del Hierro. Los datos de referencia se han obtenido de los santuarios localizados en Las Yegüerizas (Monleón) y en El Risco de Los Altares (Herguizuela de la Sierra) por su datación segura durante la Edad del Hierro (Grande, 1987: 133; IACyL). En ambos casos se ha medido el trayecto en línea recta de aire que hay entre ellos y los asentamientos cercanos, empleando el SIGPAC; comparando las distancias obtenidas con las reflejadas en el estudio realizado por Moneo en los santuarios extraurbanos del mundo ibérico (2003: 296).



III. Arqueología del paisaje.  
Estudio del entorno de los  
asentamientos del occidente  
meseteño  
(Sistema Central y Campo Charro)



Este capítulo consta de varios apartados en los cuales se pretende hacer un estudio del territorio del entorno de los yacimientos. En primer lugar se ha realizado una descripción de la configuración geológica de la zona y, en segundo lugar, se han elaborado dos clasificaciones de los yacimientos. La primera se basa en el emplazamiento de los mismos y la segunda agrupa a los poblados en zonas. Finalmente, se incluye un estudio sobre la visibilidad de los yacimientos respecto a vías de comunicación, recursos hídricos y recursos económicos de entorno, ya sean zonas de pasto o de agricultura. Estos factores también son importantes para comprender por qué eligieron los lugares de asentamiento.

## **1. CONFIGURACIÓN GEOLÓGICA DEL TERRITORIO**

El territorio en estudio ocupa *grosso modo* lo que actualmente se conoce como la provincia de Salamanca. Se extiende sobre dos unidades morfológicas diferenciadas: la Sierra y la Meseta, separadas ambas por otra, la Fosa de Ciudad Rodrigo; pudiéndose añadir una unidad más, Las Arribes del Duero (Fig.1).

La Sierra se sitúa al Sur y al Suroeste de la región y está formada por las serranías de Gata, La Peña Francia, que penetra profundamente en la provincia en dirección NE hasta Peña Gudiña, y la de Béjar. Todas ellas, junto con las de Navacerrada, Somosierra, Gredos y Ávila, vertebran la Península Ibérica en el eje este-oeste conocido como el Sistema Central. Litológicamente está constituida por materiales paleozoicos que se pueden dividir en rocas ígneas (granitos), al Oeste, metamórficas (pizarras) y sedimentarias (areniscas, cuarcitas y calizas), al Este (García *et al*, 1993: 569; Nuche del Rivero, 2001). Aunque los materiales de origen sedimentario se encuentran plegados, la tectónica de la fractura, que afecta a todas las rocas mencionadas por igual, es la responsable del relieve actual. No obstante, el modelado del paisaje lo han realizado las corrientes de agua en combinación con los procesos periglaciares. Su altitud oscila entre los 380 y los 2.425 m. (Arribas y Jiménez, 1978; Oteyga Equipo, 1988: 67; García *et al*, 1993: 569).

### **1. A. Sierra de Francia**

Consta de tres unidades morfológicas: las sierras, las pequeñas elevaciones y altiplanicies y los piedemontes. Las primeras, que siguen una dirección NO-SE, las conforman las serranías de La Mayor y la Peña de Francia y, en donde se distinguen la Sierra del Guindo, de La Alberca, del Castillo y de El Pardo (Fig. 1). Son montañas con una altitud elevada cuyas principales cumbres siguen un criterio latitudinal decreciente a medida que se acerca a las penillanuras (Barbero, 2002: 11). Las pequeñas elevaciones y altiplanicies actúan como nexo de unión entre ambas sierras, presentado altitudes por encima de los 900-1000m. Destacan también por su descenso gradual hacia la falla de Herguijuela de La Sierra, tan sólo alterado por los fuertes y bruscos encajamientos del arroyo de La Umbría de San Benito y el río Francia a partir de los 950-800m (*Ibidem*, 2002: 12). Los piedemontes

actúan como zonas de transición y contacto entre éstas y las penillanuras. Al Norte se ubica la Sierra de Linares y al Oeste la zona de Pastores-Zamarra (*Ibidem*, 2002: 13).

La Sierra de Béjar (Fig. 1) está situada entre dos fallas, la de Oliva de Plasencia-Béjar por el flanco noroccidental y Alentejo-Plasencia por el sureste, con una altitud comprendida entre los 1000 y los 2425 m. con una dirección predominante N-SE a S-SW (García *et al*, 1993: 569).

El clima de la región, por su latitud y orientación, está situado entre la influencia mediterránea y la templada-atlántica; pero la orografía y la morfología de la zona serrana han producido un régimen térmico específico con distintos bioclimas. Los inviernos son largos con temperaturas bajas y los veranos cortos pero con temperaturas elevadas, siendo el mes más cálido, Julio. En cuanto al régimen de humedad la pluviometría es elevada porque las cadenas montañosas actúan de barrera frente a las borrascas del frente atlántico (Fig. 2 y 3). Las lluvias son mínimas en verano y máximas en invierno. (Oliver y Luis, 1978: 101-155; García *et al.*, 1993: 569).

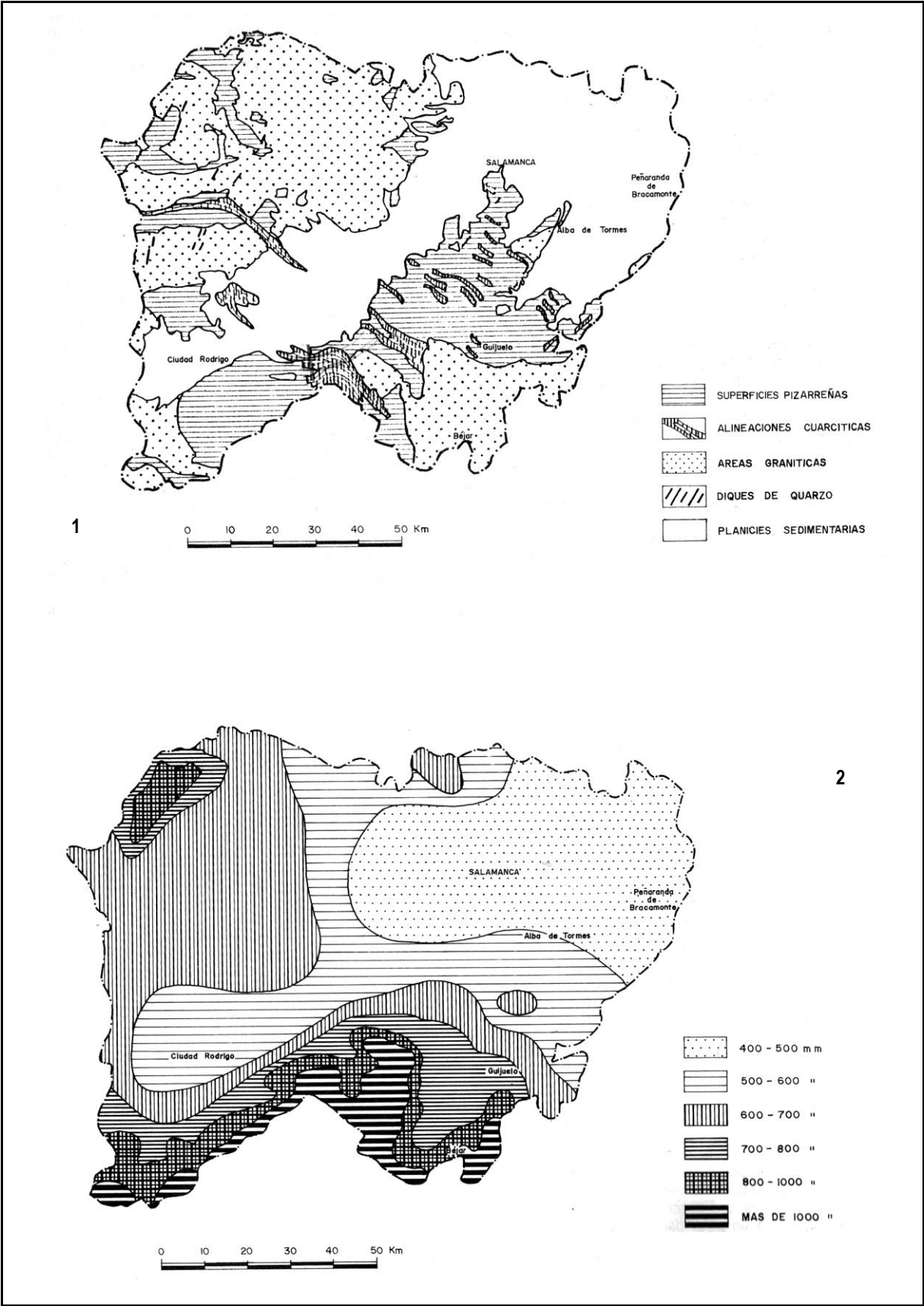
Los suelos serranos son pobres, poco profundos, deficientes en base y ricos en materia orgánica. Tipológicamente, dominan los Cambisoles, aunque también los Litosoles y los Rankers, así como los afloramientos rocosos (García *et al*, 1993: 569). La vegetación que predomina es la de *Aestilignosas*, excepto en el valle de Alagón, y la *Aciculilignosa* y la *Frigorideserta*, ambas partir de los 1500m. de altitud. La degradación provocada por el hombre ha provocado la existencia de matorrales pirofitos. Tanto el tipo de suelos como la morfología de la zona, con fuertes pendientes, hace que el aprovechamiento principal de esta zona sea el ganadero y el forestal, existiendo pequeñas zonas de agricultura de autoconsumo en el fondo de los valles fluviales y en las zonas pobladas (Orteyga Equipo, 1988: 67).

## 1. B. Meseta

Se identifica con la llamada Penillanura salmantina-zamorana y se localiza al noroeste del territorio (Fig. 1). Litológicamente se desarrolla sobre materiales precámbricos y paleozoicos, estando constituida por conglomerados, arenas y arcillas de origen fluvial, relacionadas con abanicos aluviales, intercalados con materiales pizarrosos, cuarcitas porfiroides, granito y rocas filonianas. Éstas van siendo reemplazadas hacia el norte por sedimentos más finos como limos, arcillas y calizas, que son registros de depósitos fluvio-lacustres, fluviales o lacustres más o menos efímeros. Esta litología produce un relieve acastillado, en las zonas graníticas, y alomado en las pizarreñas. En esta zona se encuadra la ciudad de Salamanca, en cuyo suelo encontramos el punto de separación de las unidades geomorfológicas; así desde el teso de los Pizarrales pueden ser observadas, hacia el Oeste y el Sur la Sierra y la Fosa de Ciudad Rodrigo y, hacia el Norte, la Penillanura (*Ibidem*, 1988: 67).

En esta unidad predomina el clima mediterráneo subhúmedo, aunque en el núcleo oriental cobra importancia el semiárido y en los más sureños se manifiesta el húmedo. Las precipitaciones aumentan de Norte a Sur en las dos unidades más pequeñas y de Este a Oeste en la porción norte de la penillanura (Fig. 3) (Orteyga Equipo, 1988: 67).







Sus suelos son pobres en la base, de moderada a acusadamente ácidos, y retienen muy poca agua debido a la composición mineralógica de la fracción arcilla y a la escasa o nula permeabilidad de las rocas subyacentes. La vegetación predominante consiste en encinares, robledales y matorrales. Así, su uso principal es la producción ganadera, quedando los cultivos de cereales y de forrajes relegados a una actividad secundaria (*Ibíd*em: 67).

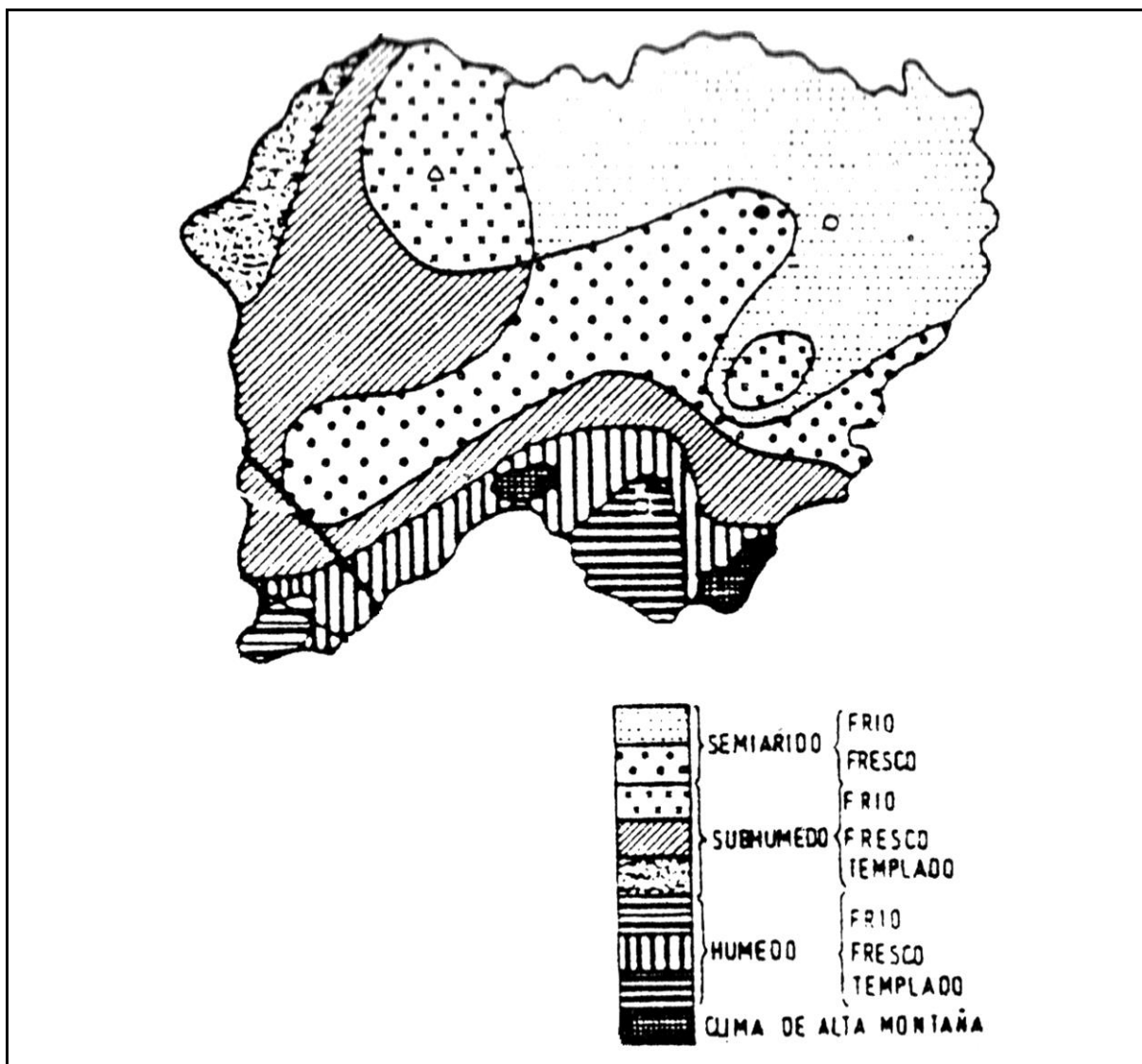


Figura 3: Mapa meteorológico. (Según Arribas y Jiménez, 1978)

## 1. C. Fosa de Ciudad Rodrigo

Generada a finales del Mesozoico, es una depresión tectónica alargada en dirección SO-NE con forma asimétrica, rellenada por sistemas y abanicos aluviales enraizados en el borde norte y el sur. Esta superficie plana se ve interrumpida por el resalte cuarcítico que conforma las sierras de Torralba y de Camaces, y está salpicada por algunos oteros y cerros de color blanco, compuestos por margas y

calizas (Fig. 1). Así mismo, consta de una gran cantidad de afloramientos graníticos y, juntos a éstos, pero en menor medida, pizarrosos (Fig. 2-1). Esta fosa se considera como parte de la cuenca del Duero. En dirección Norte hacia Salamanca, está salpicada por encinas, quejigos y campos de pastizales, que es lo que se conoce como Campo Charro, y los conglomerados y fangos se vuelven rojizos y ocres (Nuche del Rivero, 2001). Los suelos son profundos y fértiles, lo que propicia que el uso principal de los mismos sea los cultivos de secano y algunas leguminosas. No obstante, también se da un aprovechamiento ganadero en algunos puntos del corredor de Ciudad Rodrigo y en el entorno de Salamanca, cuyos suelos se caracterizan por ser ácidos. El clima que predomina es el mediterráneo semiárido frío y fresco (Fig. 3), provocando que esta zona sea la que menos precipitaciones registra de todo el territorio (García *et al.*, 1978: 66).

## 1. D. Las Arribes del Duero

Se extienden por el sector occidental de Salamanca y de Zamora en la frontera con Portugal (Fig. 1). Se trata de un paisaje característico de la penillanura occidental de la región (cota de 600 m. y 700 m. de altitud) ocupando principalmente las comarcas de Sayago (Zamora) y el Campos de Vitigudino (Salamanca). Su paisaje está formado por barrancos, cañones y escarpes con alturas considerables, que engloban una sucesión de cañones fluviales del Duero y sus afluentes (Huebra, Águeda, Tormes,...), entallados en un zócalo granítico y pizarroso. Geológicamente, están compuestos por materiales del Precámbrico superior-Cámbrico inferior, principalmente por granito y materiales del complejo esquito-grauváquico; aflorando en algunas zonas diques de cuarzo (Fig. 2-1) (Nuche del Rivero, 2001). Las encinas y los melojares son los árboles predominantes aunque según se va incrementando la altitud, se mezcla con robles, enebrales, quejigos y alcornocales. Destaca, también la vegetación riparia que acompaña a la numerosa red de arroyos, riberas y regatos con especies tan características como sauces, chopos, fresnos, y algunos bosques de almezares de gran interés que descienden hasta el río Duero. En toda la zona hay amplias superficies de matorral (piornales, aulagares, retamares, jarales,...) junto con pastizales y pequeñas huertas<sup>4</sup>. La actividad económica principal es la ganadería, más concretamente la bovina. El Campo de Ledesma (Fig. 1) es una continuación de este paisaje con suelos graníticos, aunque también aparecen pizarras y diques de cuarzo (Fig. 2-1). La cubierta vegetal está dominada por la encina, que se mezcla con los robles, los quejigos y los alcornocales. El uso principal del suelo es agrícola y cuenta con un aprovechamiento ganadero importante, sus tierras no son muy aptas para la agricultura porque sus suelos son pobres, ácidos y retienen mal el agua (García *et al.*, 1978: 63-66).

En general los suelos de esta zona Oeste, son delgados sobre rocas silíceas, pizarras, cuarcitas, granitos y rocas metamórficas con tierras pardas meridionales, tierras pardas e isleos de suelos rojos en los que adquiere mayor importancia el velo de cantos de cuarcita. Se caracterizan por ser suelos pobres, ácidos y retener mal el agua en comparación con las zonas anteriores debido a la

<sup>4</sup> Parte de esta información ha sido obtenida de <http://www.jcyl.es/.../9-Salamanca%20completo.pdf>. (2/02/2015)

profundidad. Debido a la composición mineralógica de la fracción arcilla y a la escasa o nula permeabilidad de las rocas subyacentes (García *et al.*, 1978: 67).

Respecto a los suelos de la zona Noreste integrados por la Comarca de La Armuña y la de Peñaranda-Alba (Fig. 1), constan de dos perfiles: el suelo calizo y el silíceo, siendo más fértil el suelo calizo. En La Maya, sus suelos son de gran fertilidad. Así, estas tierras son adecuadas para el cultivo de cereales, sobre todo la zona de La Armuña y en el Campo de Salamanca (Fig. 1), por lo que se ha producido una acusada deforestación en todo el espacio con la presencia únicamente de pequeñas y aisladas masas forestales de chopos, pinos y encinas. Por otra parte, el resto del territorio es propicio para la cría de ganado lanar, vacuno y de cerda (García *et al.*, 1978: 66; Cabo, 1978: 63-64 y 66<sup>5</sup>).

En cuanto a la red fluvial que atraviesa el territorio estudiado; tanto El Duero como el Tajo (Fig. 4) atraviesan la mayor parte del territorio de Este a Oeste, y sus afluentes lo hacen de Sur a Norte. La cuenca del primero tiene una topografía con llanuras labradas sobre materiales blandos, arcillas y arenas, escalonadas a diferentes alturas. Las campiñas que van desde el Norte de Ávila y Noroeste de Salamanca hasta el Sureste de Zamora forman amplios valles y estrechos interfluvios con pequeñas motas y tesos aislados (Arribas y Jiménez, 1978: 42 ss.). Los suelos arcillosos del norte de Ávila, del Noreste de Salamanca y del Sureste de Zamora y los suelos aluviales están articulados por la red hidrográfica del Duero, en la que se integran los valles del Tormes, del Ambles y del Tiétar. Uno de sus ríos más importantes es el Águeda cuyo curso es muy accidentado y está muy encajado entre grandes pendientes hasta el término de Pastores, donde se ha construido el Pantano del Águeda. A él tributan el Riofrío, el Agadones, el Alagón, los tres de poco caudalosos, el Azaba y el Turones. Los valles que forman los ríos de esta zona son abiertos, pero el fuerte encajamiento de la red fluvial y la topografía quebrada les hace partícipes también de las características serranas, aunque suavizadas. El río Alagón aprovecha la falla de El Pardo, con un trayecto muy encajado, a excepción del gran espacio abierto al sur del municipio de Sotoserrano donde le vierte sus aguas el río Francia y el arroyo Servón (*Ibidem*, 1978: 42 ss.). Por otra parte, está el río Huebra que nace en la Sierra de las Quilamas y desemboca en el Duero en el término de Saucelle. El único afluente digno de mención es el Yeltes que nace en la Sierra de Francia y se une al Huebra en el municipio de Yecla de Yeltes. De todos los ríos mencionados, que afectan al territorio en estudio, los únicos que mantienen su curso y no se secan en época estival son el Águeda y el Alagón.

<sup>5</sup> <http://www.jcyl.es/.../9-Salamanca%20completo.pdf>. (2/02/2015)



A lo largo de esta descripción se puede ver como hay un predominio de las zonas de pastos, y es que el aprovechamiento tradicional de los suelos, debido a sus características, en la mayor parte de la región ha sido la ganadería. Se pueden distinguir distintas zonas: los eriales que no son aconsejables para las labores de agropastoriles por su baja productividad y dificulta la preparación de las tierras, aunque tradicionalmente se han empleado para el pastoreo de las ovejas y cabras. La segunda zona son los pastos permanentes que han sido destinados al ganado bovino, aunque también para las ovejas. Las áreas de pastoreo que engloban estos espacios son las dehesas, los majadales, las riveras y los valles. Por último, contamos con los carrascales y los bardales, que son terrenos cubiertos en mayor o menor grado con monte denso de encinas, carrasca y otros arbustos y matorrales y algo de pastos en los claros. Aquí se dejaban a las cabras (Gómez-Gutiérrez, 1977: 219-220).

Las dehesas mencionadas son explotaciones agrarias, preferentemente silvo-pastoriles, que debido a su abundancia y amplitud constituyen una de las notas más representativas del campo salmantino. Los árboles que salpican este paisaje son encinas, quejigos, rebollos y alcornoques, junto con matorrales como las retamas, las jaras, los tomillos, la santolina, cantueso y ericáceas. El pasto que crece bajo su sombra se mantiene verde y provechoso más tiempo que el no sombreado, y en los años de lluvia abundante se mantiene verdes casi todo el verano. Los suelos propicios para las dehesas son menos aptos para el cultivo porque son suelos de escasa miga, de cascajo y ligeramente ácidos. Como se ha visto, se sitúan en la zona central o más al interior de la región, extendiéndose por el S hasta donde empiezan las estribaciones serranas y por el W terminan donde se abre la fosa de Ciudad Rodrigo, en donde por su menor altitud y su depósito de sedimentos recientes se han producido suelos de vocación agraria. Por el NW, los límites de las dehesas los imponen las cortaduras fluviales y por el E terminan donde se inician las depresiones peñarandinas y armuñesas, ambas de vocación agrícola (Cabo, 1978: 63-64 y 66).

El árbol predominante en estas dehesas es la encina, aunque también es frecuente el roble en las zonas húmedas. Tradicionalmente, las bellotas de mala calidad que producían se daban de comer a las vacas y ovejas como complemento al heno en invierno. Por el contrario, las bellotas que comienzan a madurar en octubre-noviembre, se empleaban para la ceba del cerdo. Entre ambos frutos es mejor el de la encina, pero los del roble son más tempranos y el ganado los come bien. Al mismo tiempo, también se aprovechaba la madera de la encina para la construcción de aperos, para leña, para hacer carbón o para curtidos (Gómez, 1978: 224-225).

Por último, mencionar que el complejo geológico del territorio consta de pequeñas zonas auríferas, minas de cobre, de hierro y de estaño, sobre todo en la zona de Lumbrerales-Vitigudino, rica en estaño y hierro, con afloramientos bastante importantes en Barruecopardo, Encinasola, Villares de Yeltes y Golpejas (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36). El área suroccidental, aunque con menos afloramientos que la zona anterior, también consta de vetas de hierro, estaño y de oro y su explotación a lo largo de la historia destaca por ser de tipo aluvial. Se

caracteriza por ser materiales con leyes bajas, de ahí que su potencial metalogenético no sea grande, al ser depósitos de pequeña potencia y no muy extensos debido a la poca evolución de su red fluvial; no obstante esto se compensa con el hecho de que son muy sencillos de tratar (Fort y Gonzalo, 1984: 204). Esto conlleva la existencia en esta área de una gran cantidad de minas como por ejemplo La Mina Aurora (Villar de Argañán), la “Insuperable” (Puebla de Azaba), La Alamedilla (La Alberquería de Argañán)<sup>7</sup>,... aunque se han documentado explotaciones a pequeña escala en algunos filones de estaño por todo el área (Fort y Gonzalo, 1984: 207) e incluso se sabe que los pobladores de la zona se dedicaban a recoger mineral por el terreno para ganarse la vida bien con permisos de las empresas que tenían la concesión o bien furtivamente<sup>8</sup>. Otra zona rica en estaño es la integrada por los términos municipales de Morille, de Mozárbez, de San Pedro de Rozados, de Martinamor, de Alba de Tormes, de Encinas de Arriba, de Buenavista y de Monterrubio de la Sierra al noreste del territorio (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 37).

Por último, el sector suroriental también tiene vetas explotables de oro, hierro y estaños sobre todo en el área minera de Guijuelo como por ejemplo en La Mina (Fuentes de Béjar), en Herguizuela del Campo; en la mina de La Tala (Guijuelo) o en Los Santos (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 44<sup>9</sup>). Vestigios antiguos de aprovechamiento de esta zona serían tanto la explotación aurífera romana en la vertiente Norte de la Sierra de Francia, conocida con el nombre de Las Cavenes (El Cabaco) (Sánchez Palencia *et al.*, 2003) como una mina de hierro llamada el Pozo Airón, explotada en la antigüedad, situada en la Sierra de Camaces (Morán 1943: 437). Según Martín Valls (1997: 152) y Salinas (1992-93: 179-180) todos estos recursos metalogenéticos fueron explotados por los pueblos prerromanos que se asentaron en el territorio. Analizaremos cada caso representativo más adelante.

## 2. CLASIFICACIÓN DE LOS YACIMIENTOS

Las tipologías elaboradas sobre los yacimientos se basan en el emplazamiento y se pueden englobar a la vez en una clasificación formal y en otra por zonas. Esta división se basa en una realizada ya por Martín Valls (1997: 152-154), que este trabajo toma como referencia, pero además incluye los yacimientos de Hierro I ya que este investigador se centró únicamente en los castros prerromanos. Además se incluye en cada grupo el resultado del dominio visual, que se ha calculado para cada castro a partir de a los datos obtenidos en la Carta Militar Digital<sup>10</sup>; para el cual se ha tenido como referencia los cuatro puntos cardinales que permiten controlar.

Una vez especificado esto, la categorización es la que sigue:

<sup>7</sup> Mapa Geológico y Minero E.1: 400.000 de Castilla y León. Base de datos de minas e indicios mineros.

<sup>8</sup> Información obtenida de <http://javiersevillano.es/VillardeArganan/mina.htm>. (15/02/2015)

<sup>9</sup> También se ha consultado el Mapa Geológico y Minero E.1: 400.000 de Castilla y León. Base de datos de minas e indicios mineros.

<sup>10</sup> El dominio visual individual de cada yacimiento se puede consultar en las fichas de la base de datos.

## **2. A. Clasificación formal.**

### *Grupo A. Yacimientos en zonas altas*

- *Tipo I. Emplazamiento en meandro*
- *Tipo II. Emplazamiento en espigón*
- *Tipo III. Emplazamiento en cerro amesetado o acrópolis*

### *Grupo B. Yacimientos en campo abierto*

- *Tipo I. Castros en llano*
- *Tipo II. Castros en ladera*

## **2. B. Clasificación zonal.**

- *Tipo I. Yacimientos de la zona serrana del Sureste*
- *Tipo II. Yacimientos de la zona oriental*
- *Tipo III. Yacimientos de la zona occidental*

## **2. A. Clasificación formal**

Esta clasificación y los análisis que se muestran a partir de estas páginas se han realizado sobre una muestra de 96 yacimientos sobre 96 para el Hierro I (Fig. 5) y de 84 sobre 109 para el Hierro II (Fig. 6), siendo el criterio la cantidad de información existente sobre cada uno y si esta era suficiente para poder llevar a cabo los diferentes análisis.

### **Grupo A**

Los asentamientos de este tipo se caracterizan por estar en los sitios más elevados del terreno e integran los propios elementos naturales en sus sistemas defensivos. Este conjunto se puede dividir en tres tipos.

#### *Tipo I. Yacimientos con emplazamiento en meandro*

Este grupo engloba los yacimientos en donde el río está encajado y ha tallado el sustrato lítico formando un meandro más o menos marcado, con lo que se constata una especie de foso natural que se añade al sistema defensivo del mismo. De 96 yacimientos adscritos al Hierro I, 11 responderían a este tipo; mientras que en la etapa siguiente tendríamos 20 sobre un total de 84. Ejemplos de poblados en esta situación son el Tranco del Diablo (Béjar); Las Merchanas (Lumbrerales); Castelmazo (San Felices de los Gallegos); El Castillo de Saldeñuela (Bermellar); Los Castillos (Retortillo); Las Cercas (Villavieja de Yeltes); Coca de Alba; Casa Quiquín (Barruecopardo) (Fig. 9-2); La Plaza (Gallegos de Argañán); el Teso de San Cristóbal de la Cuesta (Villarino de Los Aires); el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña); Las Uces (Valsalabroso); El castro de La Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero); Salamanca; Ledesma (Fig. 9-1); Florida de Liébano; Alba de Tormes; Los Olmillos (Juzbado); Yecla de Yeltes y Ciudad Rodrigo... Su emplazamiento responde a lugares dominantes sobre el terreno, siendo la excepción Las Uces, que está dominado. Así se ha calculado que el 54% de la muestra<sup>11</sup> responde a un dominio absoluto sobre el entorno mientras que el resto de los asentamientos dominarían entre 1 y

---

<sup>11</sup> El número total de la muestra son 21, ya que algunos de los yacimientos tienen ocupación durante toda la Edad del Hierro, por lo que sólo se ha contabilizado una vez.

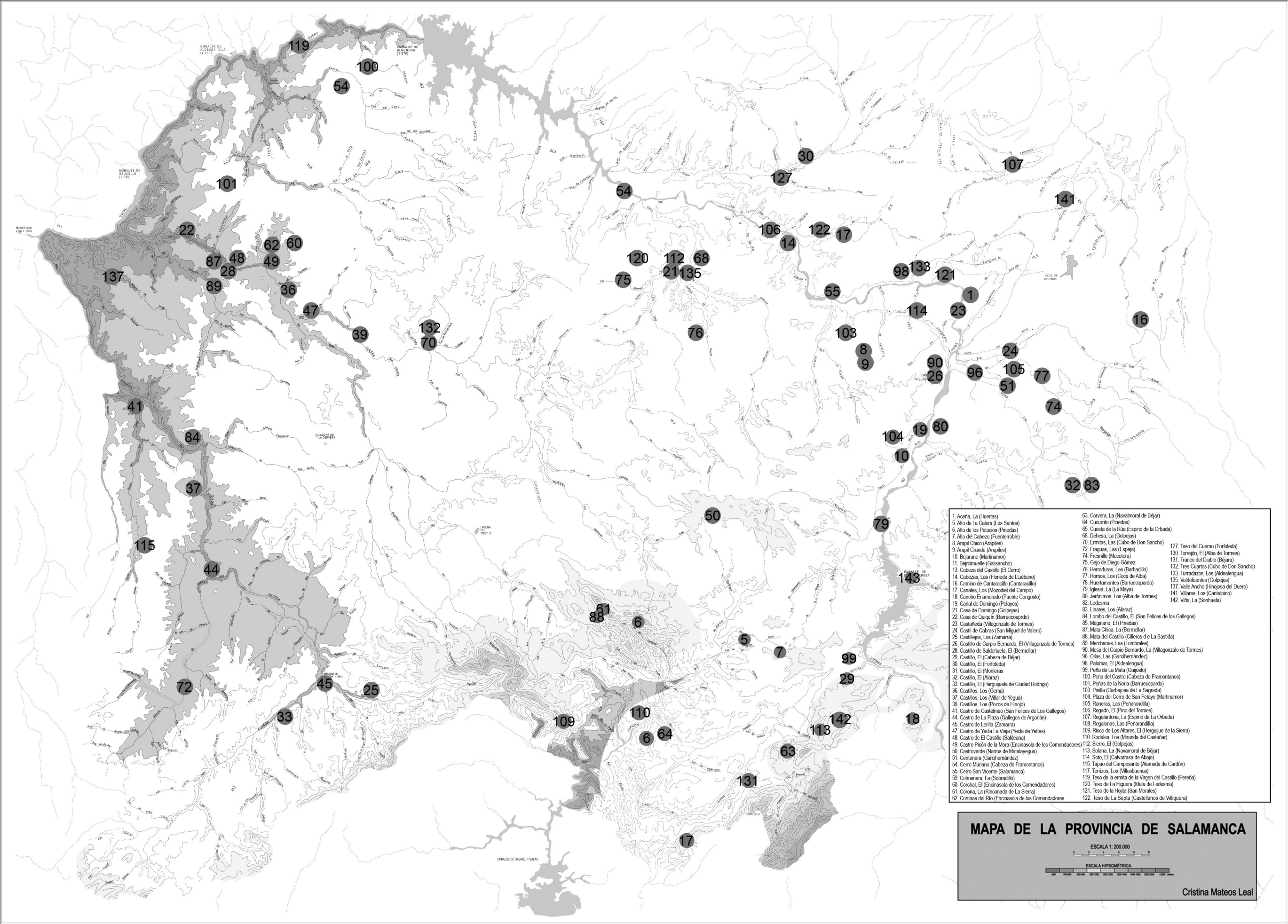


Figura 5: Mapa de dispersión de los yacimientos del Bronce Final/Hierro I (C. Mateos).



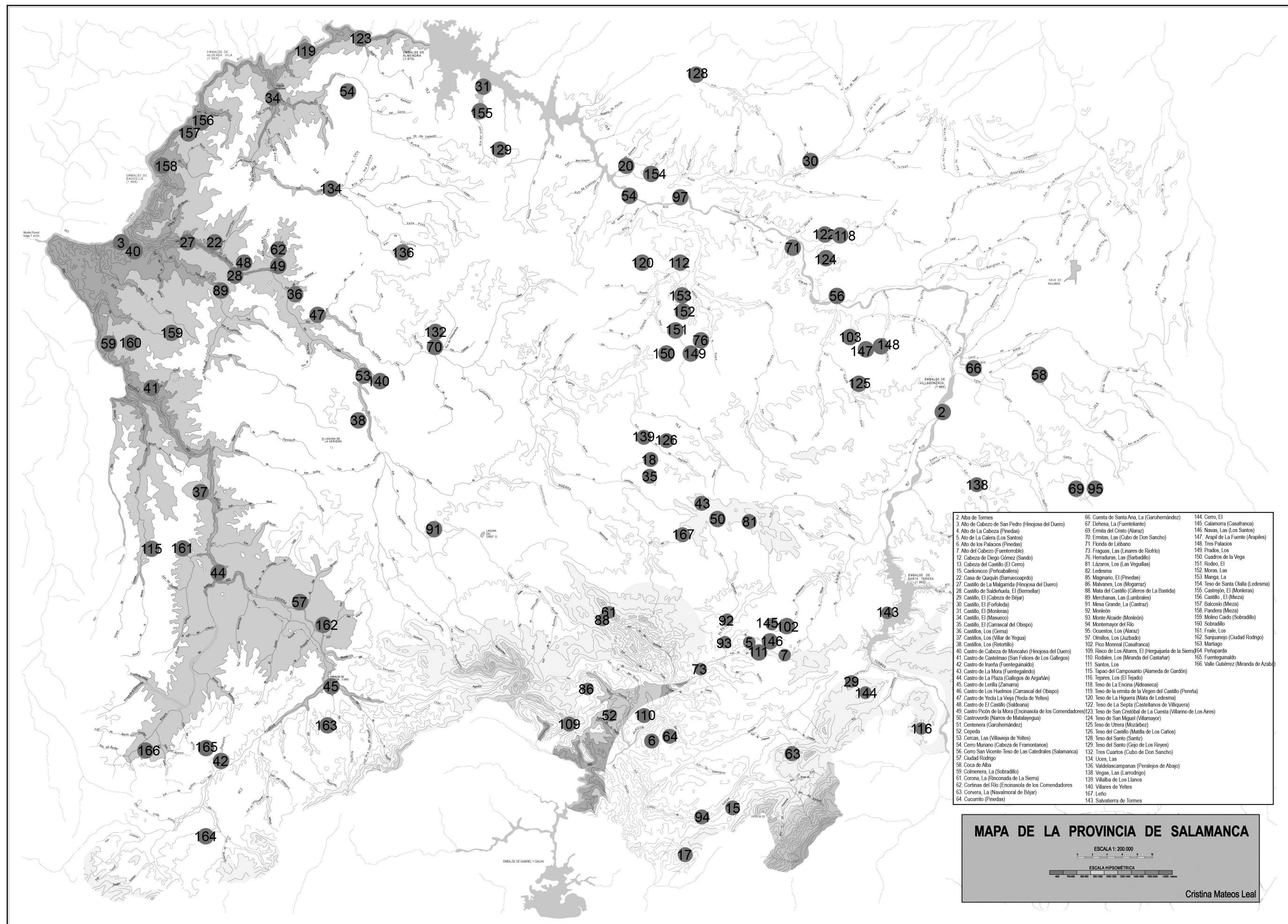


Figura 6: Mapa de dispersión de los yacimientos del Hierro II (C. Mateos).

3 de sectores de su terreno inmediato, entrando en este campo visual hitos importantes del terreno como son vías de comunicación naturales o recursos agropecuarios (Fig. 7). Así, por ejemplo, en el caso de Saldañuela, “dominante 2”, controla el curso del río Huebra y en el caso de Las Merchanas, “dominante 1”, no sólo controla el valle del Camaces sino también el acceso natural al castro, como se verá más adelante.

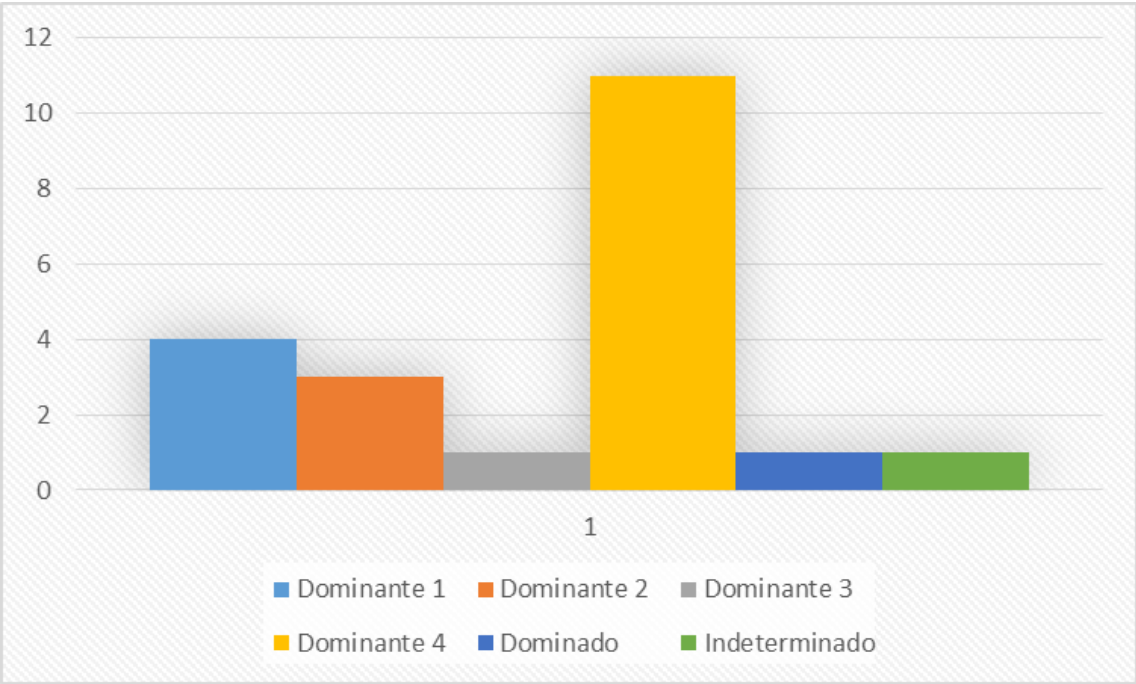


Figura 7: Gráfico del estudio del dominio sobre los octantes de los yacimientos en meandro. (C. Mateos)

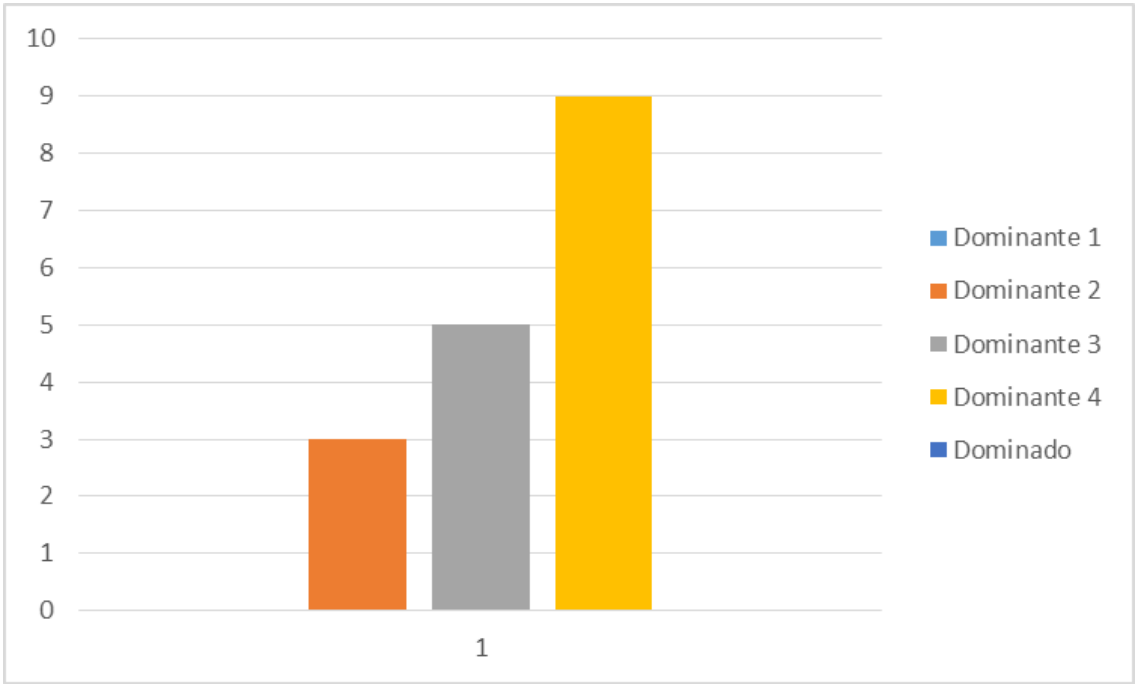


Figura 8: Gráfico del estudio del dominio sobre los octantes de los yacimientos en espigón fluvial. (C. Mateos)



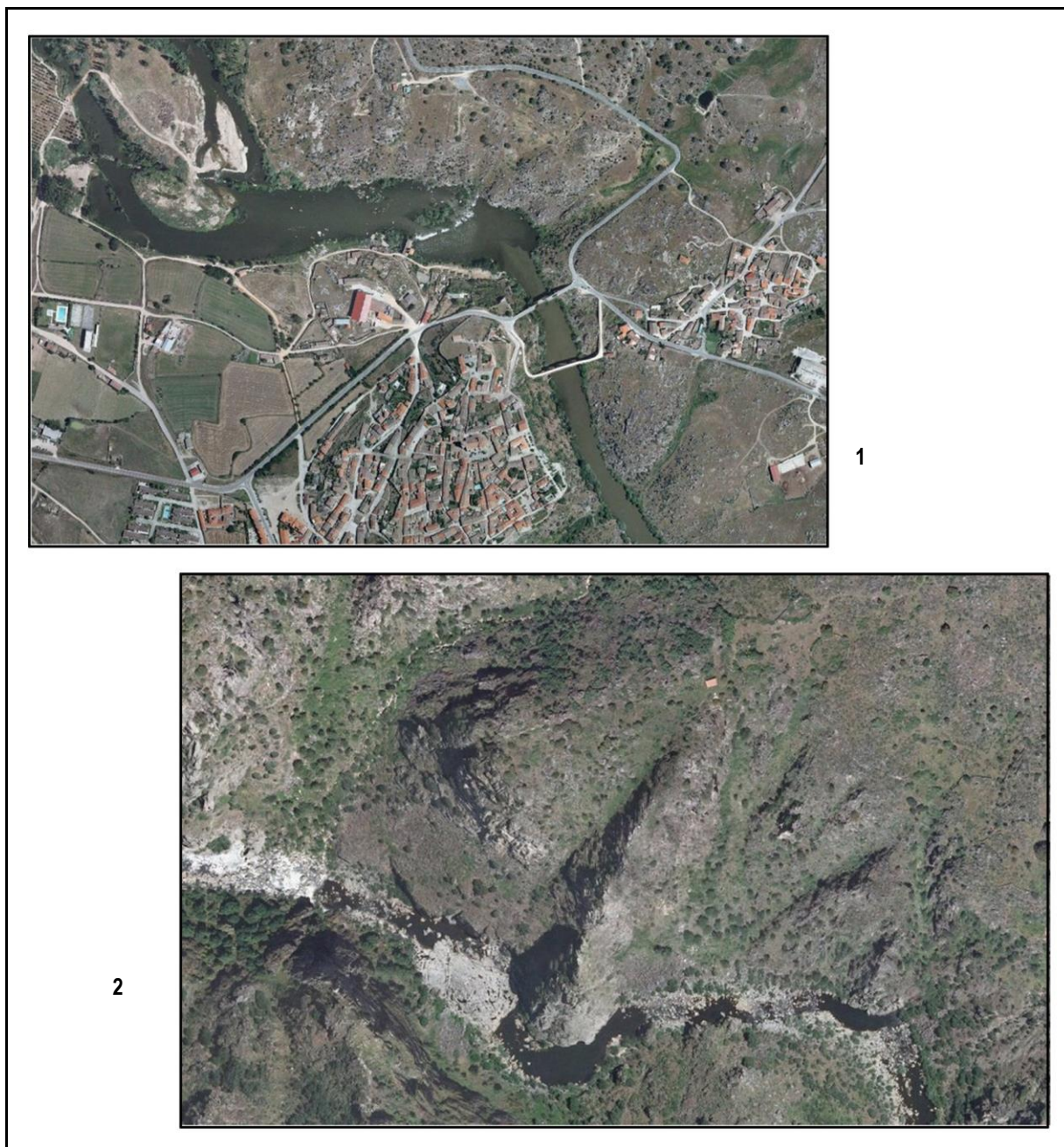


Figura 9: Emplazamiento en meandro. Ledesma y Casa Quiquín (Barruecopardo). Vista aérea tomada del SIGPAC

*Tipo II. Yacimientos con emplazamiento en espigón fluvial.*

En este grupo los poblados se sitúan en la confluencia de dos o varios cursos de agua como El de Castillo de Saldeana (Fig. 10-2); El Castillo de Gema; Lerilla (Zamorra) (Fig. 10-1); Irueña (Fuenteguinaldo); el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores); Villares de Yeltes; El Castillo de Herguizuela de Ciudad Rodrigo; Monleón; Los Castillos de Pozos de Hinojo; La Plaza del Cerro de San Pelayo (Martinamor); Los Castillejos (Zamorra); el Teso del Cuerno (Forfoleda); el Lombo del Castillo (San Felices de Los Gallegos); el Gejo de Diego Gómez y La Cuesta de Santa Ana



(Garcihernández). De 96 yacimientos adscritos al Hierro I, 13 responderían a este tipo; mientras que en la etapa siguiente tendríamos 11 sobre un total de 84.

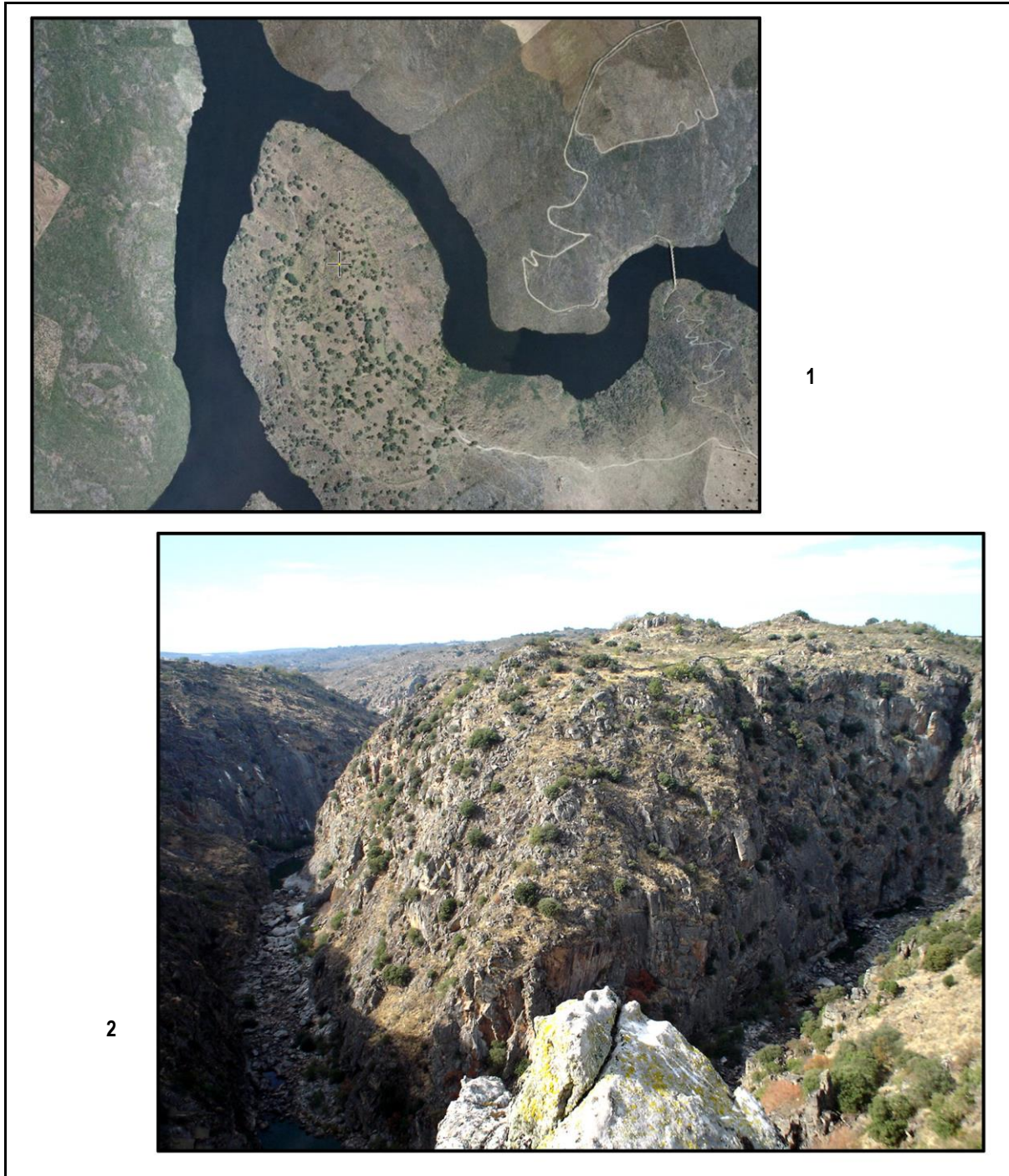


Figura 10: Emplazamiento en espigón fluvial. Lerilla (Zamorra), vista aérea tomada del SIPAC. El Castillo de Saldeana. (Fotografía de la autora, Septiembre, 2005)

El cálculo realizado refleja de los 17 yacimientos<sup>12</sup>, el 53% de los emplazamientos de estos castros responde a sitios totalmente dominantes sobre el terreno, un 29% se corresponde con lugares que dominan tres de sus cuatro cuadrantes mientras que sólo el 18% controlan dos sectores; volviéndose a constatar en estos campos visuales hitos importantes del terreno como son vías de comunicación naturales o recursos agropecuarios (Fig. 8). Así, por ejemplo, en el caso de Monleón, “dominante 2”, estos cuadrantes coinciden con el valle del Alagón, que no sólo es un vertebrador de las comunicaciones en la zona serrana, sino que es el camino natural que comunica el Tajo y el Duero, como se verá más adelante (Santoja, 1997: 42).

*Tipo III. Yacimientos con emplazamiento en cerro.*

Se corresponde con hábitats situados en un cerro amesetado, más o menos aislado y elevado respecto de una llanura o penillanura, como es el caso del Teso de Utrera (Mozárbez); Arapil Grande y Arapil Chico (Arapiles) (Fig. 11-2); La Mesa del Carpio Bernardo (Fig. 11-1) y El Castillo (Villagonzalo de Tormes); La Mesa Grande (Castraz); Alto del Otero (Béjar), La Cabeza (Diego Gómez); El Castillo (Forfoleda); Los Ocuestos (Alaraz); Cepeda, Tres Cuartos y Ermitas (Cubo de Don Sancho); el Teso de la Septa y el Teso de la Encina (Aldeaseca); el Teso de San Miguel (Villamayor); Los Castillos (Masueco); La Pinilla (Carbajosa de La Sagrada); El Castillo (Alaraz); Bejarano (Martinamor); el Teso de la Hojita (San Morales); Los Linares (Alaraz); Las Vegas (Alconada); Cuesta de la Rúa (Cuesta de La Orbada); La Regalatona (Espino de La Orbada); El Sierro (Golpejas); La Dehesa (Golpejas); el Teso de la Higuera (Mata de Ledesma) y el Cerro Muriano (Cabeza de Framontanos).

También agrupa a los castros situados en un cerro, pero en una cadena montañosa. Se pueden citar los yacimientos de Cancho Enamorado (El Berrueco), La Corvera (Navalmoral de Béjar), El Tranco del Diablo (Béjar), Las Cabezas (Florida de Liébano), Alto del Cabezo (Fuenterroble) (Fig. 12-1), La Corona (Rinconada de la Sierra), Cucurrito (Pinedas), Alto de La Calera (Los Santos), La Corvera (Navalmoral de Béjar), Teso de Utrera (Mozárbez), La Dehesa (Fuenteliante), El Cabezo del Castillo (Lagunilla), Los Rodales (Miranda del Castañar), Pico Monreal (Casafranca) (Fig. 12-2), El Castillo (Monleras), El Castillo (Cabeza de Béjar), Los Castillos (Villar de Yegua), Alto de Los Palacios (Pinedas), La Cabeza (Pineda) y Peña de La Mata (Guijuelo).

De 96 yacimientos adscritos al Hierro I, 20 responderían a este grupo; mientras que en la etapa siguiente tendríamos 21 sobre un total de 84.

---

<sup>12</sup> Una vez más algunos yacimientos cuentan con ocupación en ambas fases de la Edad del Hierro, habiéndose contabilizado para este cálculo como uno.



Figura 11: Emplazamientos en cerro 1. 1. La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) (Fotografía de la autora, Enero, 2005) y Arapil (Arapiles). (Fotografía de la autora, Junio, 2007)





Figura 12: Emplazamientos en cerro 2. 1. Alto del Cabezo (Fuenterroble) y 2. Pico Monreal (Casafranca).  
(Fotografías de la autora, Mayo, 2009)

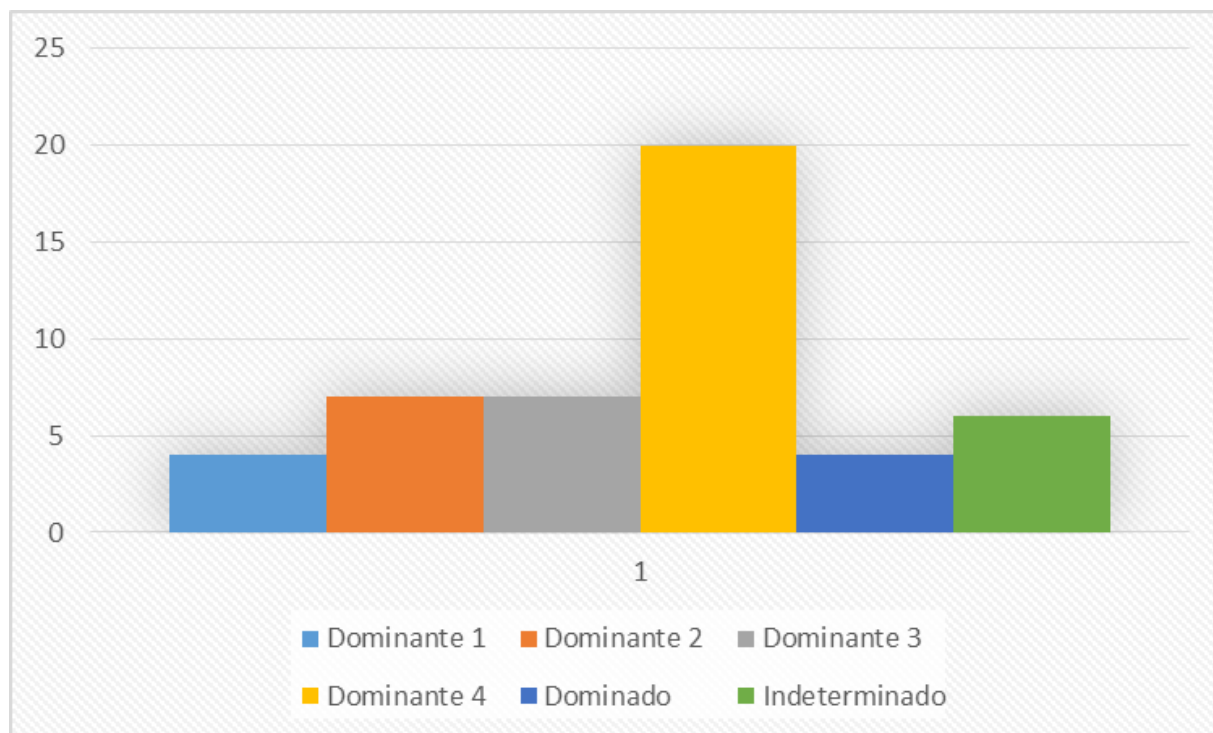


Figura 13: Gráfico del estudio del dominio sobre los octantes de los yacimientos en cerro. (C. Mateos)

El análisis de los 48 yacimientos en esta situación dio como resultado que el 42% respondería a sitios totalmente dominantes sobre el terreno, un 15% se correspondería con lugares que dominan tres de sus cuatro cuadrantes, otro 15% controlaría dos sectores y sólo un 8% dominaría un cuadrante (Fig. 13). Se vuelve a comprobar que en los últimos tres supuestos, los campos visuales controlan hitos importantes del terreno como en los grupos anteriores. Así en el caso de La Corona, “dominante 2”, en los cuadrantes controlados se engloba no sólo la Vereda de Vecinos, que sigue una ruta de comunicación natural en la zona serrana sino el un paso de montaña que comunica la Sierra de Tamames con La Meseta. Igualmente, en el mismo caso se encontraría La Corvera, desde donde se pueden controlar diversas rutas que unían la Meseta con Extremadura como son la Vía de La Plata y la conocida como Cordel de Merinas-Puente Congosto, como se verá más adelante. En este grupo se constatan cuatro castros dominados por su entorno.

### Grupo B.

Son yacimientos con un emplazamiento sin preocupación defensiva. Se han dividido en:

#### *Tipo I. Asentamientos en llano.*

Los poblados se localizan en zonas llanas y de campo abierto totalmente dominados por su entorno inmediato, como son El Regado (Pino del Tormes); Las Fraguas (Linares de Ríofrio); Las Vegas (Larrodrigo); La Ermita del Cristo (Alaraz); El Soto (Calvarrasa de Abajo); Bercimuelle (Galisancho); Castañeda (Villagonzalo de Tormes); La Iglesia (La Maya); Las Ollas (Garcihernández); El Palomar (Aldealengua); Los Jerónimos (Alba de Tormes); Los Turradazos (Aldealengua); El Corchal



(Encinasola de los Comendadores); Las Fraguas (Espeja); Las Cabezas (Florida de Liébano); Centenera (Garcihernández); Las Herraduras (Barbadillo); Los Moledores (Garcihernández); Casa de Domingo (Golpejas); Las Vegas (Larrodrigo), Valdefuentes (Golpejas); Villalba de Los Llanos; Fresnillo (Macotera); La Solana (Navalmoral de Béjar) y Los Huelmos (Carrascal del Obispo). De 96 yacimientos adscritos al Hierro I, 25 responderían a este grupo; mientras que en la etapa siguiente tendríamos 4 sobre un total de 84.

*Tipo II. Asentamientos en ladera.*

Este último grupo son poblados situados en la falda de una montaña o colina. Al estar en ladera, la mayoría de ellos están en una posición dominada, pero se han documentado una serie de excepciones como son Los Tejares (El Tejado), La Mata del Castillo (La Bastida), el Cañal de Domingo (Pelayos), Los Malvanes (Mogarraz); Monte Alcaide (Monleón), dominantes en dos de sus cuadrantes, y Valdelascampanas (Peralejos de Abajo), Risco de Los Altares (Herguijuela de la Sierra) y Peña del Castro (Cabeza de Framontanos), dominantes en tres de sus cuadrantes. Estas zonas se corresponderían con áreas de control de recursos agropastoriles como verá más adelante y en el caso de Los Tejares, además, con el valle del Tormes a su paso por Puente Congosto-Tejado-Barco de Ávila que se erige como única zona de comunicación natural con el valle del Jerte, conectando así La Meseta con Extremadura. En el caso de La Mata del Castillo se corresponde con la ya mencionada Vereda de Vecinos. Por su parte, en el caso de Los Malvanes coincide con el valle del río Francia, que también vertebrará las comunicaciones en el área montañosa como se verá más adelante.

Otros yacimientos que responden a esta situación y están dominados por su entorno totalmente son Huertamontes (Barruecopardo); Peñas de La Noria (Berruecopardo); Los Lázaros (Las Veguillas); Montemayor; Los Santos; Los Terrizos (Villasbuenas); El Torrejón (Alba de Tormes); Valle Ancho (Hinojosa del Duero); Cortinas (Encinasola de los Comendadores); La Aceña (Huertas); La Mata Chica (Bermellar); el Tapao del Santo (Alameda de Gardón); Montemayor del Río; San Roque (Ahigal de Villarino) y Peñas del Castro (Cabeza de Framontanos). De 96 yacimientos adscritos al Hierro I, 13 responderían a este grupo; mientras que en la etapa siguiente tendríamos 11 sobre un total de 84.

Tanto el grupo A como el B cuentan con sus paralelos en las campiñas del Duero, entre Tordesillas y Zamora, en La Tierra del vino zamorana o en las provincias de Valladolid y Ávila. Se pueden citar como ejemplos El Poleo y El Palomar (Tagarabuena), El Tomillar (Fresno de la Ribera), Las Poza (Casaseca de Las Chanas), Pozoblanco (Cazurra), La Requejada (San Román de La Hornija), El Raso (Candeleda), Ulaca (Solosancho), Las Cogotas (Cardeñosa), Prado de la Carrera (Candelada), El Castañar (Candeleda) (Martín Valls y Delibes, 1972: 8 y 9; 1975; 1978 y 1981; Álvarez-Sanchís, 1999: 103 y 115ss.).

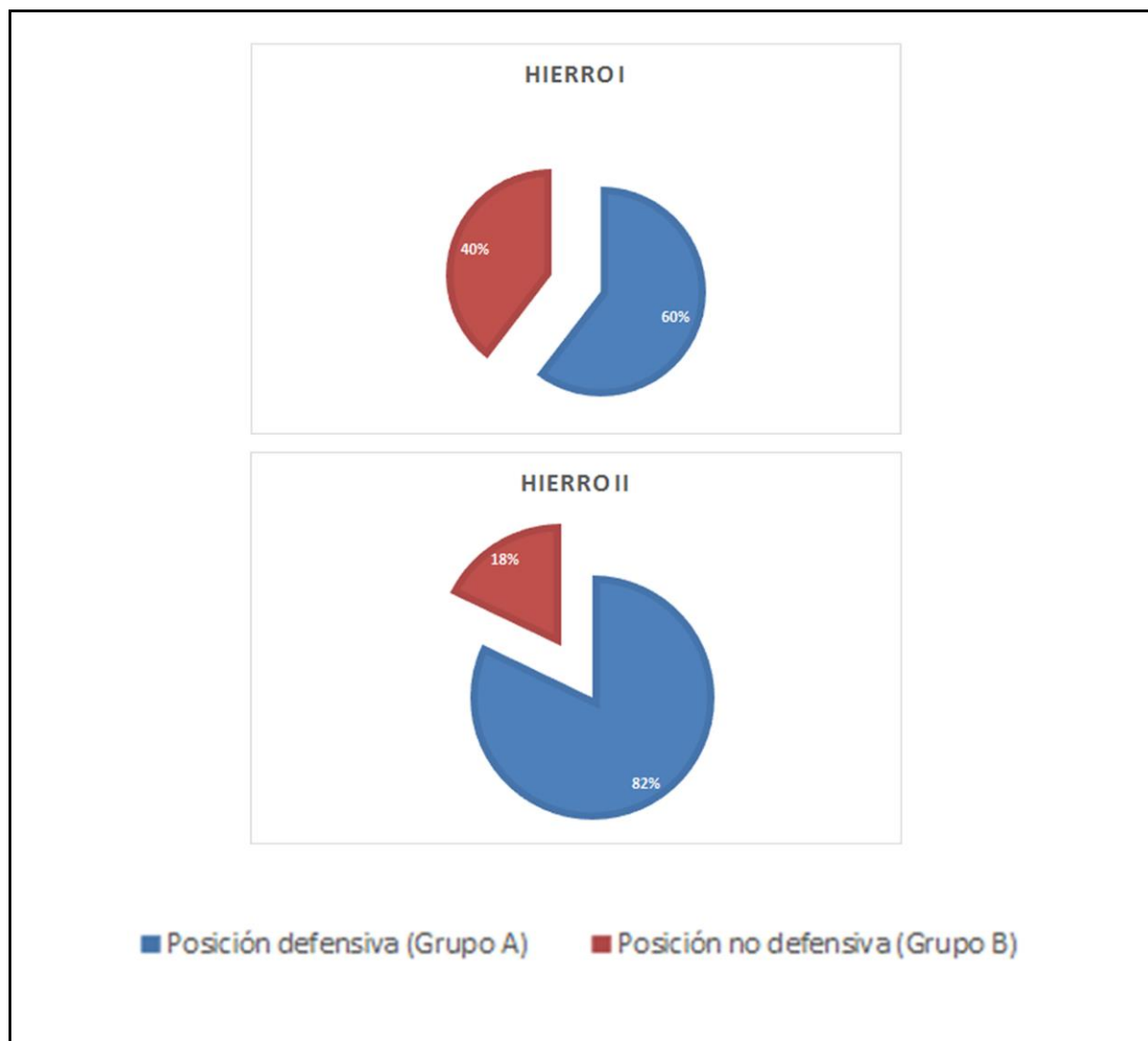


Figura 14: Gráficos que comparan los yacimientos con y sin posición defensiva durante la Edad del Hierro. (C. Mateos)

El estudio realizado se ha reflejado en el gráfico de la figura 14, que con los datos disponibles actualmente muestra como durante la Edad del Hierro hay una preocupación evidente por elegir emplazamientos en zonas altas con defensas naturales (escarpes, barrancos, berrocales,...), aunque se ve que durante el Hierro II esta tendencia se acentúa claramente con un 82% de los 84 yacimientos analizados frente al 60%, sobre 96, que se registra para el período anterior.

Otro dato, que se ha mencionado en cada grupo, está relacionado con el emplazamiento y el entorno, es el dominio visual. Los resultados, reflejados en los gráficos de la figura 15, revelan como los asentamientos dominados por su entorno durante el Hierro I son sólo el 29% de la muestra, mientras que en la etapa siguiente hay un descenso considerable a un 17%. Por contra, los yacimientos con una posición dominante absoluta aumentan de una fase a otra, del 29% al 37%. Buscar posiciones desde las que dominar su entorno será una prioridad, como se puede apreciar en las gráficas, ya sea en su totalidad o se concentre en determinados recursos, como se ha visto para La

Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida) o Los Tejares (El Tejado de Béjar), ambos “dominantes 2”; pero coincidiendo dichos sectores con zonas naturales de comunicación, como son la Vereda de Vecinos Camaces y el valle del Tormes respectivamente, y con recursos agropastoriles, como se podrá comprobar a lo largo de este capítulo. Es decir, teniendo en cuenta esto, la preocupación por escoger entornos dominantes es clara y se acentúa con en el Hierro II, ya que de un 64% se pasa a un 76% de enclaves desde donde se domina el entorno circundante, en menor o en mayor medida.

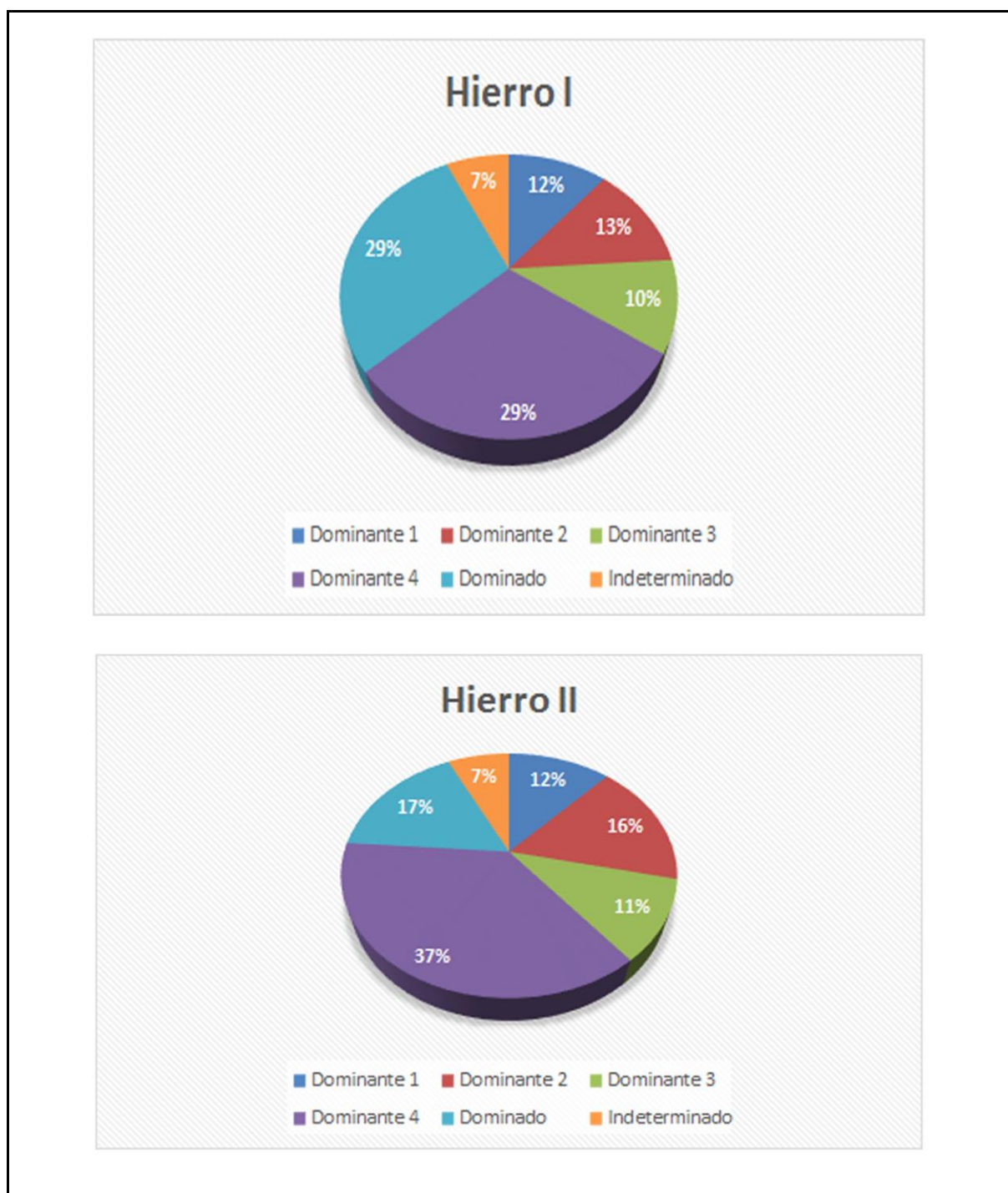


Figura 15: Gráficos de comparación de dominios visuales en las fases de la Edad del Hierro. (C. Mateos)

Si aunamos los datos tanto del estudio del emplazamiento como del entorno, los patrones de asentamiento de la Edad del Hierro se basan principalmente en la elección de lugares con posiciones lo más dominantes posibles y en altura, con defensas naturales muy marcadas (escarpes, berrocales, ríos,...). Los asentamientos dominados pueden corresponder a posibles hábitats de ocupación intermitente sobre todo los situados en las zonas inundables de los ríos, aunque esto sólo se ha podido comprobar en el caso de La Aceña (Huertas) porque es donde se han llevado a cabo excavaciones (Sanz *et al.*, 1994). González, por analogía de emplazamiento, extiende a El Torrejón (Alba de Tormes), a Las Ollas (Garcihernández), a Castañeda (Villagonzalo de Tormes), a El Palomar (Aldealengua) y al Teso de la Hojita (San Morales) esta consideración de estacionales (2005: 150).

En otras zonas de la Península Ibérica también ocurre algo similar, como demostró el estudio realizado por Pierre Moret sobre 150 emplazamientos íberos, de los cuales sólo el 10,6% se localizaban en zonas llanas y abiertas (1996: 62). Berrocal-Rangel afirma que este porcentaje descendería si se analizarían los castros celtíberos, los galaicos, los cantábricos y los yacimientos del Sureste, donde tales ejemplos son más escasos (2004: 56).

## **2. B. Clasificación zonal**

La siguiente tipología se basa en la situación geográfica y en unas características arqueológicas comunes que se han observado por zonas, fundamentalmente el amurallamiento, ya que ante la falta de excavaciones intramuros que existe en el territorio estudiado, no se puede precisar más. Cada grupo se divide en dos subgrupos; el primero englobaría los yacimientos del Bronce Final/Hierro I y el segundo los del Hierro II.

### *Tipo I. Yacimientos de las zonas serranas del Sureste.*

El área englobada se corresponde con la unidad morfoestructural denominada Sierra y es comparable con los poblados abulenses. Se caracteriza por el amurallamiento de los poblados, incluso algunos de la I Edad del Hierro. No obstante, hay que matizar que los muros documentados pertenecientes al Hierro I parecen tener en muchos casos un carácter de protección contra los elementos atmosféricos o de delimitadores de la comunidad, que de muralla propiamente dicha, como se analizará en el capítulo 5. Así, se puede citar a modo de ejemplo Cancho Enamorado (Puente Congosto) o Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Maluquer, 1956; López *et al.*, 2003f: 31 y López *et al.*, 2003d: 61).

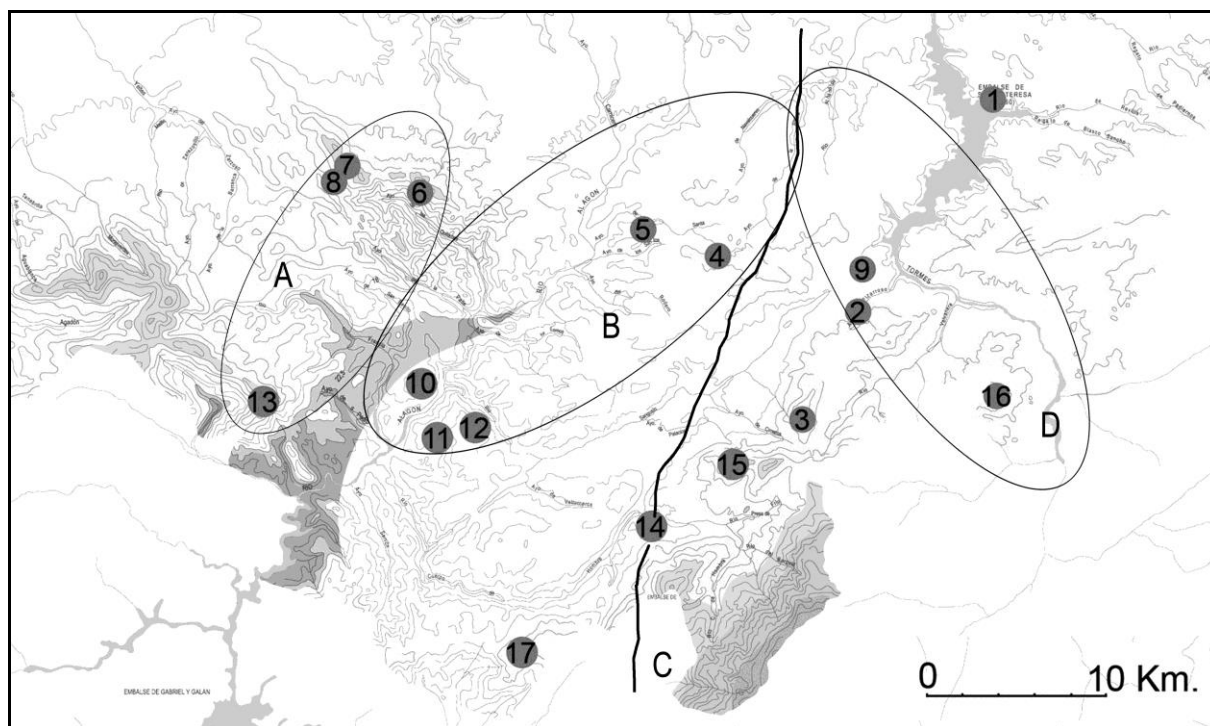


Figura 16: Poblamiento de la zona serrana durante el Bronce Final/Hierro I. 1. Cañal de Domingo (Pelayos) (¿). 2. El Castillo (Cabeza de Béjar). 3. La Solana (Navalmoral de Béjar). 4. Alto del Cabezo (Los Santos). 5. Alto de La Calera (Los Santos). 6. Castil de Cabras San Miguel de Valero). 7. La Corona (Rinconada de La Sierra). 8. La Mata del Castillo (La Bastida). 9. Peña de La Mata (Guijuelo). 10. Los Rodales (Miranda del Castañar). 11. Alto de Los Palacios (Pinedas) (¿). 12. El Cucurrito (Pinedas) (¿). 13. Risco de los Altares (Herguijuela de la Sierra). 14. Tranco del Diablo (Béjar). 15. La Corvera (Navalmoral de Béjar). 16. Cancho Enamorado (Puente Congosto). 17. Cabezo del Castillo (Lagunilla). (C. Mateos)

Durante el Hierro II (Fig.17), este área se caracteriza por un poblamiento prerromano escaso, comparándolo con sistemas cercanos más densos, como el norte de Cáceres (Celestino, 1999) o el Valle Ambles (Álvarez-Sanchís, 1999: 115). A pesar de ello, en comparación con el Hierro I (Fig. 16), se produce un aumento de los yacimientos, de 17 a 28, y una perduración de algunos de los ya existentes, a excepción de Cañal de Domingo, El Tranco de Diablo, Castil de Cabras, Cancho Enamorado y Peña de La Mata, como indica el material recogido (IACyL)

Los asentamientos, en ambas etapas, se han localizado en torno a la Sierra de Las Quilamas, cuya importancia estratégica reside en que es zona de paso hacia el oriente y el occidente del Campo Charro por los llanos del pie de la sierra, desde Gata hasta Béjar y Candelario (Sánchez *et al.*, 2000b: 69) (Fig. 16-A; 17-A). Por el contrario, al Norte de la Sierra de Francia, los resultados de las prospecciones han sido negativos y los vestigios documentados sólo hablan de las labores mineras de época altoimperial (Sánchez Zapatero y Ruiz, 2000: 25-26). Las otras zonas de asentamiento están vertebradas tanto por los ríos principales de la Sierra, como son el Alagón, el Tormes y el Cuerpo de Hombre (Fig.16 B y D; 17 B y D) como por la conocida como Ruta de La Plata (Fig. 16-C; 17-C) (Grande, 1987 y 1998; Santonja, 1997; ARQUETIPO, 1999- 2000; Barbero, 2002; IACyL). El asentamiento en valles de dichos ríos como entorno a esta vía, responde a que son caminos naturales

de comunicación en el área serrana. Este mismo hecho ocurre en diversas zonas como por ejemplo en Asturias, donde el Eo, el Porcía y otros ríos y arroyos costeros sirven de nexo de comunicación entre la costa y el traspaís (Álvarez y Pajares, 2011: 186).

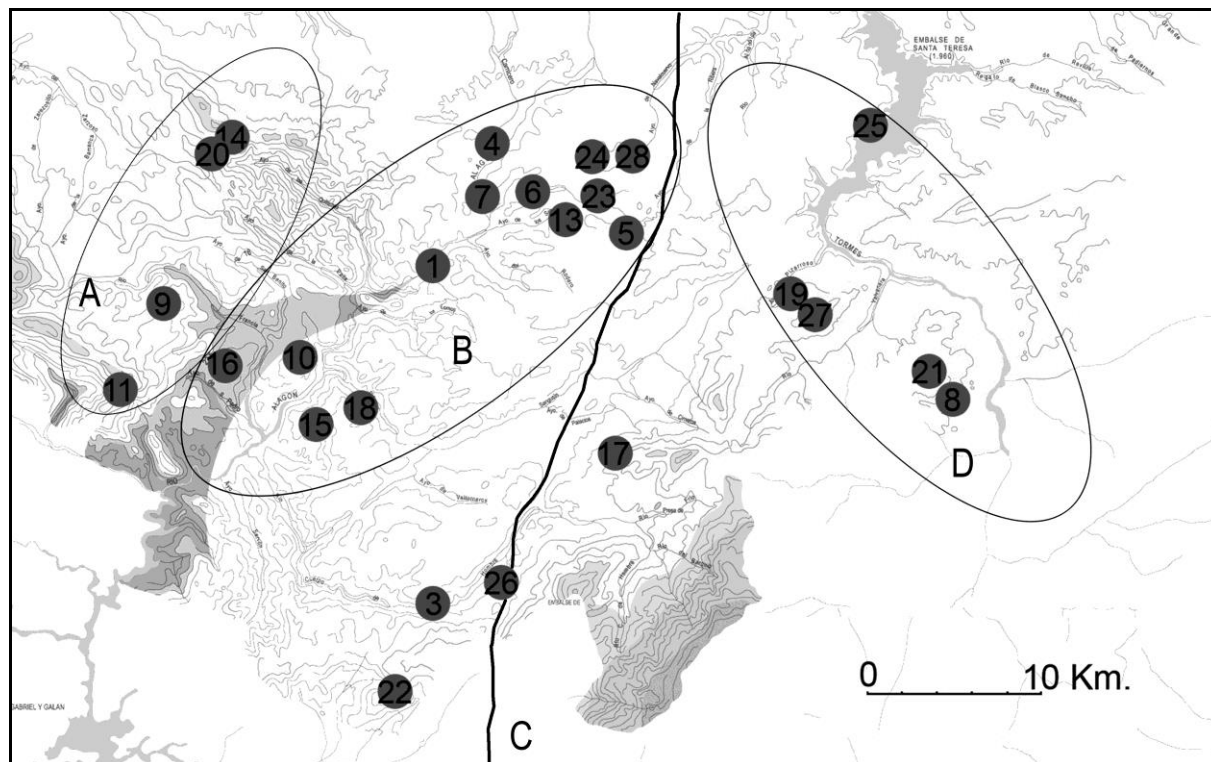


Figura 17: Poblamiento de la zona serrana durante el Hierro II. 1. Las Fraguas (¿). 3. Montemayor (¿). 4. Monleón. 5. Alto del Cabezo (Fuenterroble). 6. Alto de La Calera (Los Santos). 7. Monte Alcaide (Monleón) (¿). 8. El Tejado (Los Tejares). 9. Los Malvanes (Mogarraz). 10. Los Rodales (Miranda del Castañar). 11. Risco de los Altares (Herguijuela de la Sierra). 12. El Rodeo (¿). 13. Los Santos. 14. La Corona (Rinconada de la Sierra). 15. Alto de Los Palacios (Pinedas). 16. Cepeda (¿). 17. La Corvera (Navalmoral de Béjar). 18. Cucurrito (Pinedas) (¿). 19. El Castillo (Cabeza de Béjar). 20. La Mata del Castillo (La Bastida). 21. Las Paredejas (Medenilla, Ávila). 22. Cabezo del Castillo (Lagunilla). 23. Las Navas (Los Santos). 24. Calamorra (Los Santos). 25. Salvatierra de Tormes. 26. Castro-Mansión romana (¿). 27. El Cerro. 28. Pico Monreal (Casafranca) (C. Mateos)

#### *Tipo I. Yacimientos de la zona oriental.*

Esta área se caracteriza por ser una zona de aprovechamiento agrícola y los yacimientos parecen comparables con los documentados en la Tierra de Campos (Martín Valls y Delibes, 1972: 8 y 9; 1975; 1978 y 1981; IACyL). A lo largo de toda la Edad del Hierro, los poblados no presentan *a priori* vestigios de estar amurallados, aunque cabe la posibilidad de que el sistema defensivo hubiera sido levantado con adobe y madera, como los castros de Zamora y de Valladolid, y que las labores agrícolas continuadas a lo largo del tiempo los hayan podido destruir o “camuflar” en el terreno. Esto es plausible porque la piedra escasea en esta zona, en donde por el contrario el sustrato arcilloso es perfecto para obtener adobes. No obstante, contamos con vestigios en contra de la existencia de este tipo de sistemas defensivos y es el uso de la piedra en Salamanca tanto en la construcción de la

muralla del Cerro San Vicente como en la que rodea al Teso de Las Catedrales (Benet *et al.*, 1991: 137-163; Macarro, 1999a: 42 y 48; 1999: 67-70) o los muros simple de mampostería en seco, datados en el Hierro I, de El Castillo (Monleras), de El Castillo (Alaraz) y de El Castillo (Forfoleda) (IACyL). Así mismo, las excavaciones llevadas a cabo en La Plaza del Cerro de San Pelayo (Martinamor) no documentaron muralla alguna (Benet, 1990). Lógicamente, sin una excavación en este tipo de yacimientos, todo lo que se pueda decir se reduce a meras especulaciones.

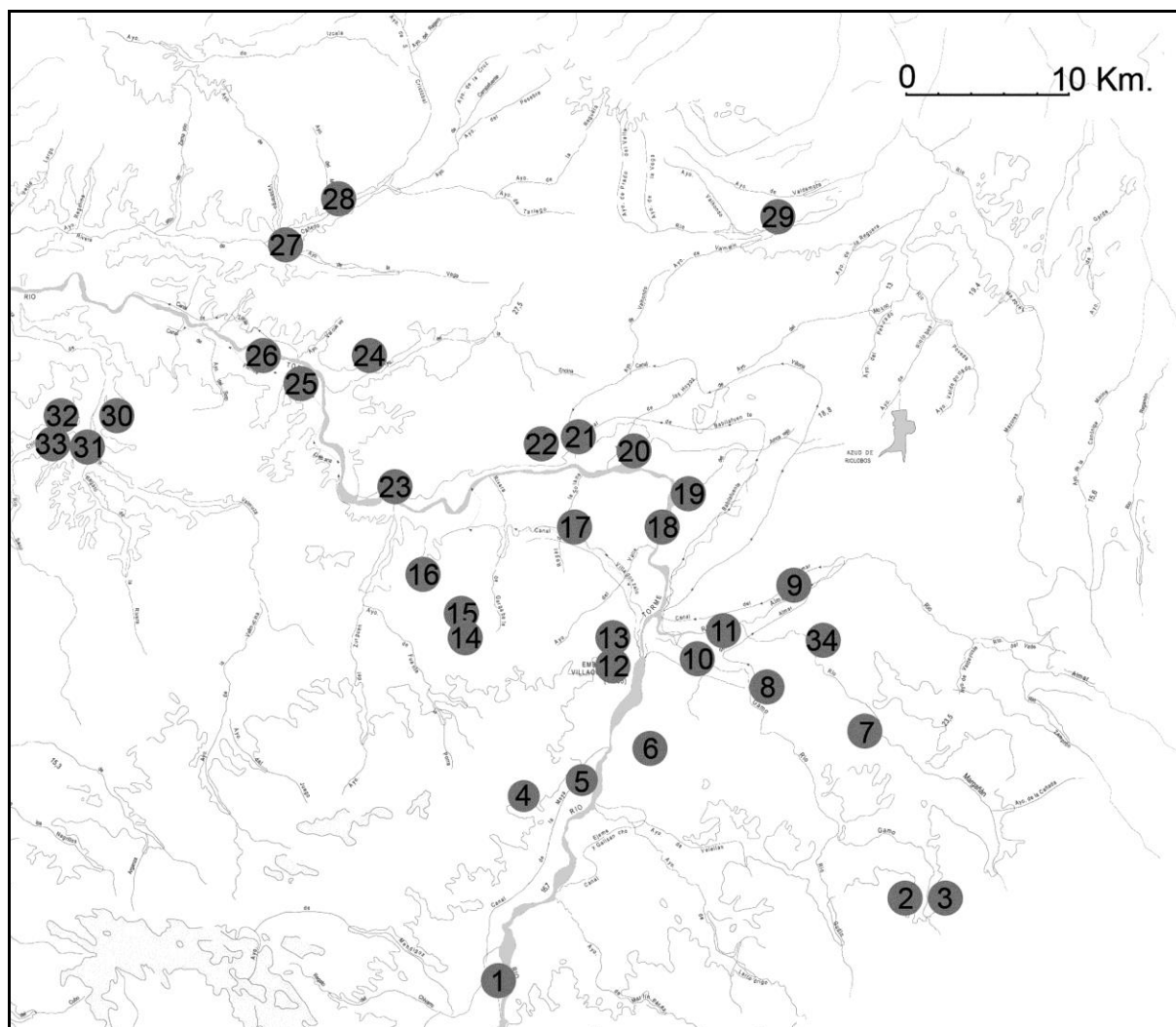


Figura 18: Poblamiento de la zona oriental durante el Bronce Final/ Hierro I 1. La Iglesia (La Maya). 2. El Castillo (Alaraz). 3. Los Linares (Alaraz). 4. El Cerro de San Pelayo (Martinamor). 5. El Torrejón (Alba de Tormes). 6. Los Jerónimos (Alba de Tormes). 7. Fresnillo (Macotera). 8. Centenera (Garcihernández). 9. Las Vegas (Alconada). 10. Las Ollas (Garcihernández). 11. Moladores (Garcihernández). 12. La Mesa del Carpio Bernardo (Villazongalo de Tormes). 13. El Castillo del Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes). 14. Arapil Grande (Arapiles). 15. Arapil Chico (Arapiles). 16. La Pinilla (Carbajosa de La Sagrada). 17. El Soto (Calvarrasa de Abajo). 18. Castañeda (Villagonzalo de Tormes). 19. La Aceña (Huertas). 20. Teso de la Hojita (San Morales). 21. Los Turreros (Aldealengua). 22. El Palomar (Aldealengua). 23. Cerro San Vicente (Salamanca). 24. Teso de la Septa (Aldeaseca). 25. Las Cabezas (Florida de Liébano). 26. El Regado (Pino del Tormes). 27. Teso del Cuerno (Forfoleda). 28. El castillo (Forfoleda). 29. La Regalantona (Espino de la Orbada). 30. La Dehesa (Golpejas). 31. Valdefuentes (Golpejas). 32. El Siero (Golpejas). 33. Casa de Domingo (Golpejas). 34. Los Hornos (Coca de Alba). (C. Mateos)



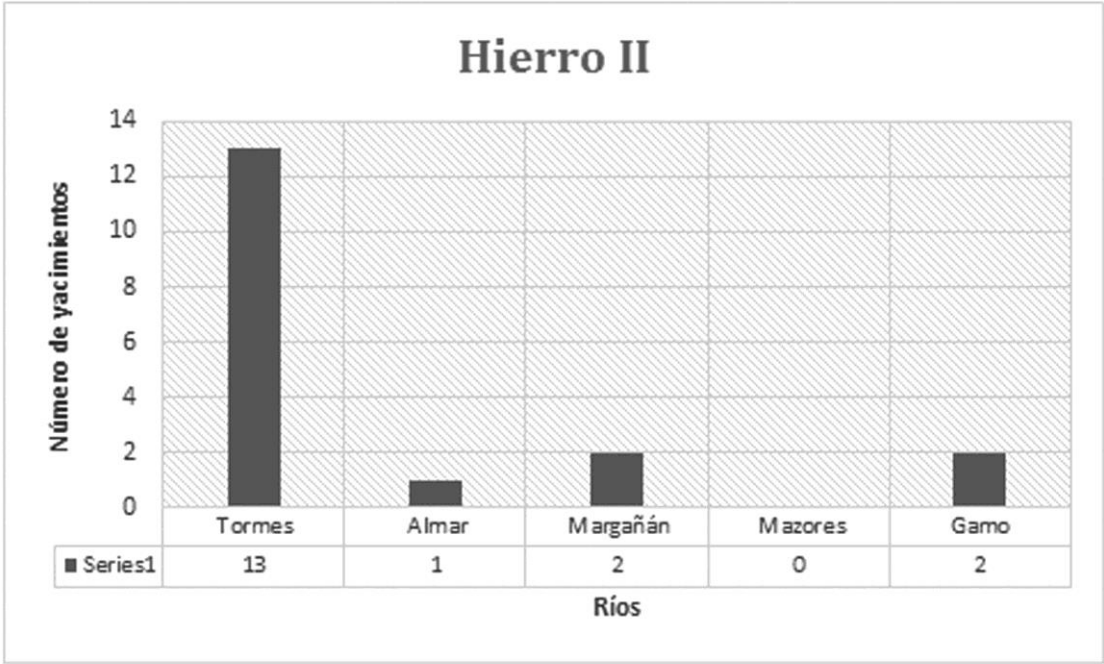
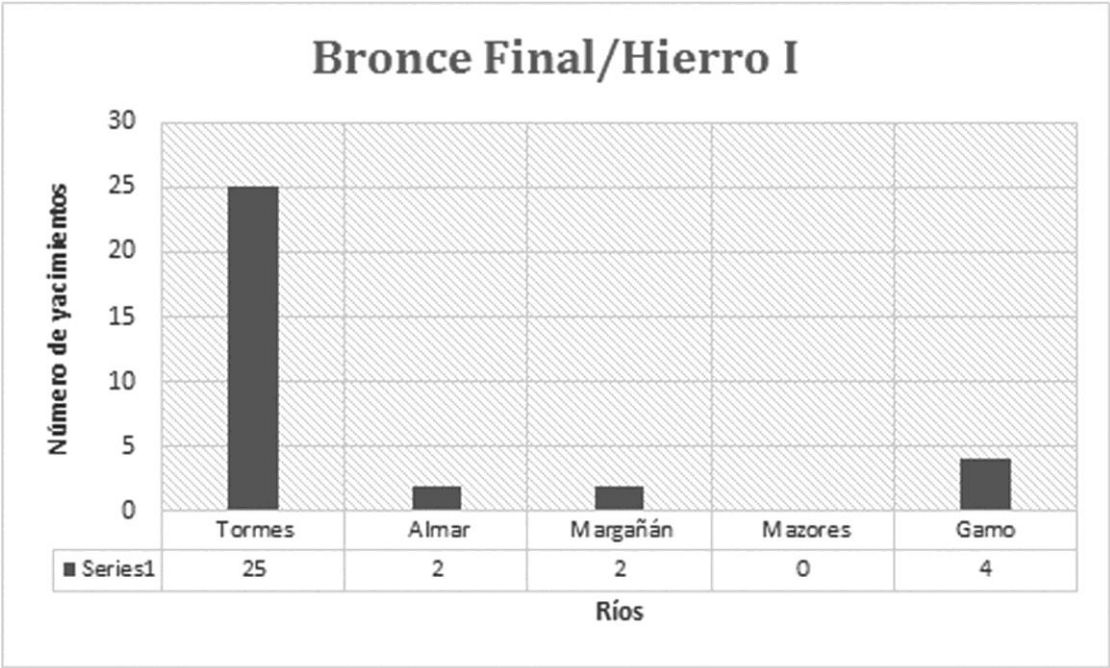


Figura 19: Gráficos que muestran la distribución de los yacimientos en torno a los ríos de la zona oriental.



Como se aprecia en los mapas de la figuras 18 y 19 el río Tormes es el vertebrador de esta zona; habiéndose calculado que el porcentaje de yacimientos entorno a éste durante el Bronce Final/Hierro I es del 67%, sobre un total de 34, y para la etapa siguiente del 72%, sobre un total de 18. Mientras que los porcentajes restantes se corresponderían con hábitats situados en los ríos menores que bañan esta zona como son el Gamo, el Margañán o el Almar. Se observa una gran densidad de población, no obstante hay que ser prudentes ya que muchos de estos asentamientos se localizan en zonas inundables de los ríos y cabe la posibilidad de una ocupación temporal de los mismos por parte de una misma población, por tanto no todos los yacimientos estarían ocupados de manera simultánea.

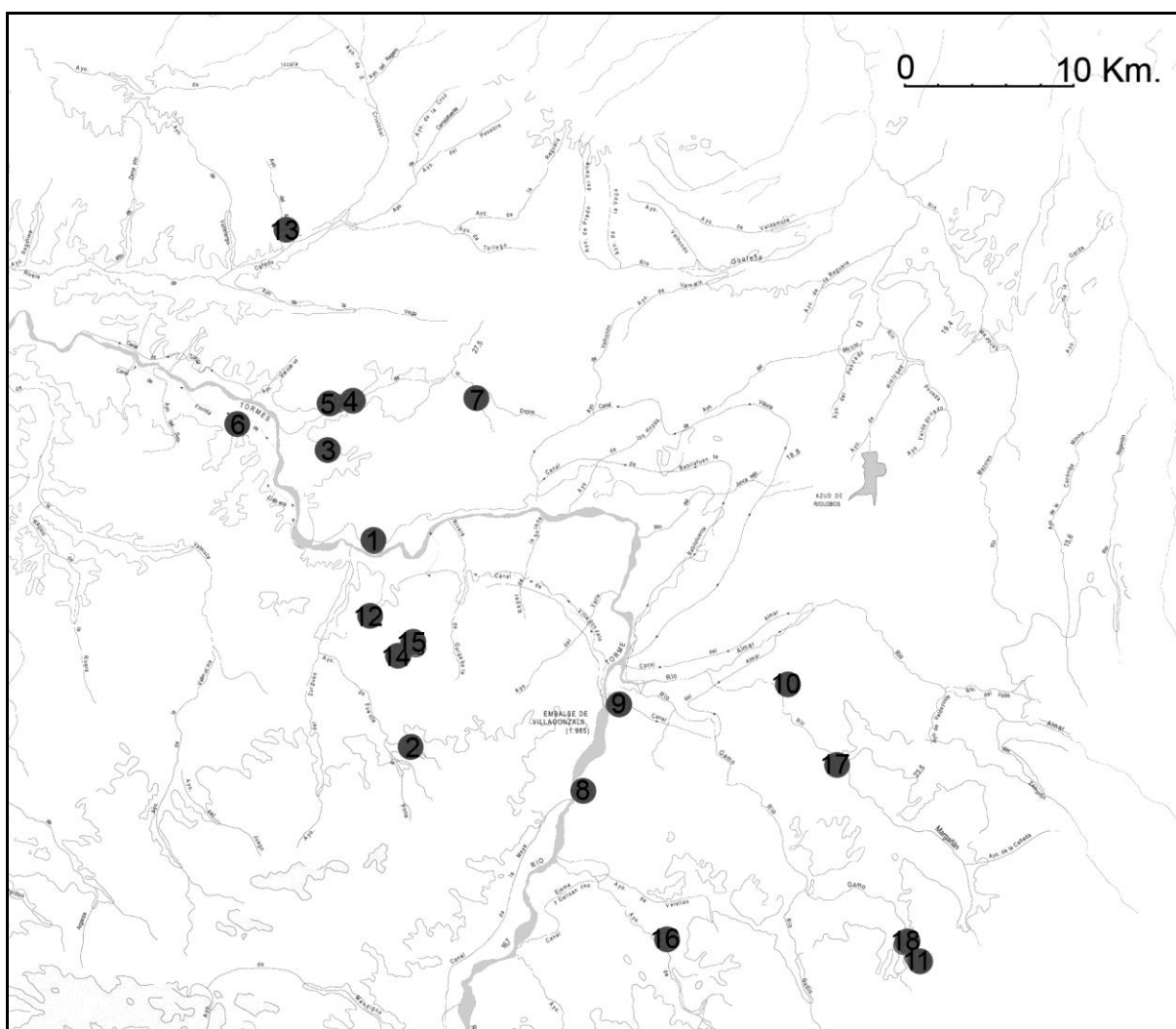


Figura 20: Poblamiento de la zona oriental durante el Hierro II 1. Teso de Las Catedrales (Salamanca). 2. Teso de Utrera (Mozárbez). 3. Teso de San Miguel (Villamayor). 4. Teso de la Encina (Aldeaseca). 5. Teso de la Septa (Aldeaseca). 6. Florida de Liébano (¿). 7. El Castillo (Forfoleda). 8. Alba de Tormes (¿). 9. Cuesta de Santa Ana (Garcihernández). 10. Coca de Alba (¿). 11. Los Ocuestos (Alaraz). 12. Peñas del Gejo (¿). 13. El Castillo. 14. Arapil de la Fuente (¿). 15. Tres Palacios (¿). 16. Las Vegas (Larrodrigo). 17. Fresnillo (Macotera) (¿). 18. Los Linares (Alaraz) (¿). (C. Mateos)

Respecto a la densidad de poblados durante el Hierro II, el mapa de la figura 20 muestra unos vacíos en el sector NE en La Armuña, Las Tierras de Alba y el Campo de Peñaranda que, sin embargo, durante el Hierro I sí estaban habitadas. Los informes de prospecciones, cartas arqueológicas, artículos y libros consultados (Piñel, 1980; Gómez, 1990; Benet, 1998: 325; IACyL) nos hablan de un vacío habitacional. De hecho, las prospecciones más recientes en esta franja ratifican este hecho y sus resultados muestran un mayor índice de ocupación en época romana y altomedieval (Aguilar, 2006; Sánchez, 2007). Los posibles motivos para esta despoblación se analizarán en el capítulo 5. Así mismo, el número de yacimientos es inferior respecto a la etapa anterior, de 34 asentamientos se ha pasado a 18. Esto es contrario a lo que sucede en las otras dos zonas, en donde el número de poblados aumenta durante el Hierro II. El vertebrador de la zona sigue siendo el río Tormes, en torno al cual se han localizado la mayoría de los poblados.

#### *Tipo I. Yacimientos de la zona occidental.*

Se localizan en el bajo Tormes, en la línea del Yelta-Huebra y el río Águeda. La cultura material recogida hace pensar en la posibilidad de que muchos de los castros de esta área hundan sus raíces en el Bronce Final y pervivan durante toda la Edad del Hierro. Incluso, en algunos casos, se ha podido detectar su habitación en época romana, como sería el caso del Picón de la Mora (Martín Valls, 1986-87: 62), Yecla de Yeltes (Maluquer, 1956a: 122; IACyL) o Las Merchanas (Lumbrales) (IACyL; Museo arqueológico de Lumbrales; STRATO, 2005a).

Los vestigios arqueológicos indican que la mayoría de los asentamientos de la I Edad del Hierro no estaban amurallados, amparándose tan sólo en las protecciones naturales, debido quizá a que no habría una excesiva preocupación por la defensa (STRATO, 2001-02a y b). Las excepciones hasta el momento son El Castillo (Herguijuela de Ciudad Rodrigo), Los Castillejos (Zamorra), El Gejo de Diego Gómez y El Lombo del Castillo (San Felices de Los Gallegos), que presentan un muro simple de mampostería en seco y sin cara vista (IACyL).

Por el contrario, los yacimientos de la II Edad del Hierro presentan unas defensas que son auténticas fortificaciones. A pesar de que muchos recintos han servido de canteras, se conservan bastante bien los trazados amurallados. Tal vez el hecho de que las tierras del occidente salmantino se hayan dedicado a la ganadería haya influido en la conservación de estos, ya que en muchos casos han sido reutilizados tal cual como encerraderos de ganado.

Comparando los mapas de poblamiento (Figs. 21 y 22), se aprecia un aumento significativo de los poblados, de 30 a 69, durante esta etapa; no obstante, hay que matizar que la mayoría de los yacimientos localizados son aquellos que cuentan con vestigios de un sistema defensivo, por lo que es posible que en un futuro esta diferencia aumentará con la identificación de otros hábitats que no cuenten con este tipo de vestigios arquitectónicos.

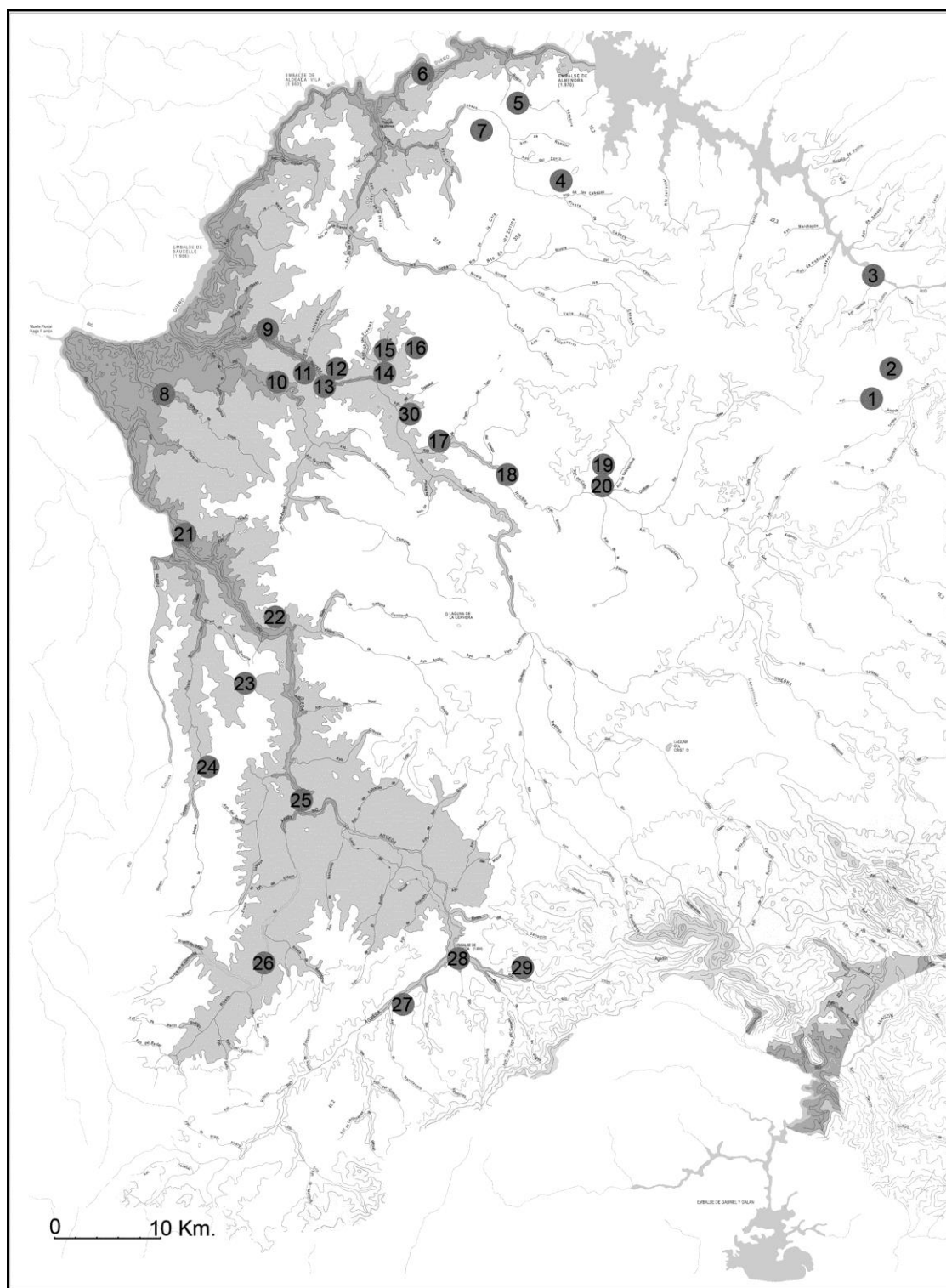


Figura 21: Poblamiento de la zona occidental durante el Bronce final/Hierro I. 1. Gejo de Diego Gómez. 2. Teso de la Higuera (Mata de Ledesma). 3. Ledesma. 4. San Roque (Ahigal de Villarino). 5. Peña de Castro (Cabeza de Framontanos). 6. Muriano (Cabeza de Framontanos). 7. Teso la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña). 8. Valle Ancho (Hinojosa del Duero). 9. Casa Quiquín (Barruecopardo). 10. Las Merchanas (Lumbrales). 11. La Mata Chica (Bermellar). 12. El Castillo de Saldeana. 13. El Castillo de Saldeñuela (Bermellar). 14. Picón de la Mora (Encinasola de Los Comendadores). 15. Cortinas (Encinasola de Los Comendadores). 16. El Corchal (Encinasola de Los Comendadores). 17. Yecla de Yeltes. 18. Los Castillos (Pozos de Hinojo). 19. Tres Cuartos (Cubo de Don Sancho). 20. Ermitas (Cubo de Don Sancho). 21. Castelmao (San Felices de Los Gallegos). 22. El Lombo del Castillo (San Felices de Los Gallegos). 23. Los Castillos (Villar de Yegua). 24. Tapao del Santo (Alameda de Gardón). 25. La Plaza (Gallegos de Argañán). 26. Las Fraguas (Espeja). 27. El Castillo (Herguijuela de Ciudad Rodrigo). 28. Lerilla (Zamarra). 29. Los Castillejos (Zamarra). 30. Los Castillos (Gema). (C. Mateos)

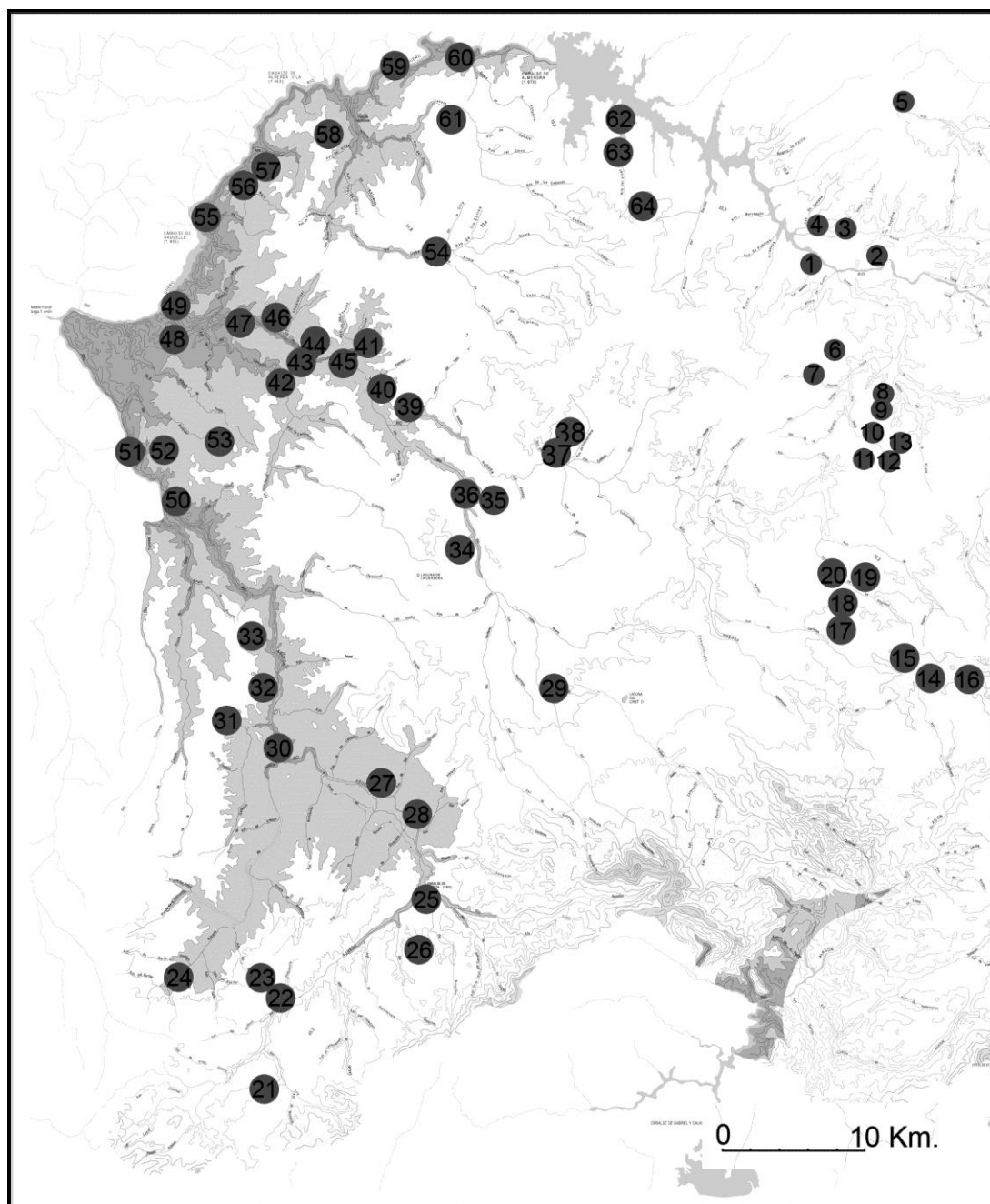


Figura 22: Poblamiento de la zona occidental durante del Hierro II. 1. Ledesma. 2. Los Olmillos (Juzbado). 3. Teso Santa Olalla (Ledesma) (¿). 4. El Cañedo (Ledesma). 5. Teso del Santo (Santiz). 6. Teso de la Higuera (La Mata de Ledesma). 7. Gejo de Diego Gómez. 8. La Manga. 9. Las Moras (¿). 10. El Rodeo (¿). 11. Cuadros de Las Vegas (¿). 12. Los Praditos (¿). 13. Las Herraduras. 14. Castroverde (Narros de Matalayegua). 15. La Mora. 16. Los Lázaros (Las Vegasillas). 17. Los Castillos (Carrascal del Obispo). 18. Los Huelmos. 19. El Castillo. 20. Villalba. 21. Peñaparda (¿). 22. Iruña (Fuenteguinaldo). 23. Fuenteguinaldo (¿). 24. Valle Gutiérrez (Miranda de Azaba) (¿). 25. Lerilla (Zamarra). 26. Martiago (¿). 27. Ciudad Rodrigo. 28. Sanjuanejo (¿). 29. La Mesa Grande (Castraz). 30. La Plaza (Gallegos de Argañán). 31. Los Frailes (¿). 32. Tapao del Santo (¿) (Alameda de Gardón). 33. Los Castillos (Villares de Yeltes). 34. Los Castillos (Retortillo). 35. Villares de Yeltes (¿). 36. Las Cercas (Villares de Yeltes). 37. Ermitas (Cubo de Don Sancho). 38. Tres Cuartos (Cubo de Don Sancho). 39. Yecla de Yeltes. 40. Los Castillos (Gema). 41. Cortinas (Picones). 42. Las Merchanas (Lumbrales). 43. El Castillo de Saldeñuela. 44. El Castillo de Saldeana. 45. Picón de la Mora (Encinasola de Los Comendadores). 46. Casa de Quiquín (Barruecopardo). 47. La Malgarrida (Hinojosa del Duero). 48. Moncalvo (Hinojosa del Duero). 49. Cabezo de San Pedro (Fuenterroble). 50. Castelmoo (San Felices de Los Gallegos). 51. La Colmenera. 52. Sobradillo (¿). 53. Molino Caído (¿). 54. Las Uces. 55. Pandera (Monleras). 56. Balcosio (Monleras). 57. Los Castillos (Monleras). 58. El Castillo (Masueco). 59. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña). 60. Teso de San Cristóbal (Villarino de Los Aires). 61. Cerro Muriano (Cabeza de Framontanos). 62. El Castillo (Monleras). 63. El Castrejón (Monleras). 64. Teso del Santo (Gejo de Los Reyes). (C. Mateos)

El mapa (Fig. 23) muestra como en el cambio de era el número de castros que perviven se reducen a 30. No obstante se han localizado diversos yacimientos altoimperiales que vendrían a aglutinar a los pobladores del territorio durante esta etapa. Estos asentamientos no entran en el estudio realizado, pero diremos brevemente que a partir del siglo I d. C., con el territorio bajo dominio romano, se observa un cambio en cuanto al patrón, dándose más importancia a la zona oriental del territorio, debido a que sus tierras son propicia para el cultivo, y es que la economía romana tenía una base agrícola, de ahí la importancia de este área. Por otro lado, los sistemas de propiedad y explotación indígena de la tierra serán sustituidos de forma paulatina por los sistemas romanos; sustitución que fraguará en época tardorromana (Salinas, 1997: 312). A parte de esta zona, también se han localizado pequeñas explotaciones, en terrenos fértiles sobre valles aluviales, cerca de cursos fluviales pero elevados a cierta altura, para evitar las humedades y permitir el control del territorio circundante, aunque con una densidad menor que en el área oriental (ARQUETIPO, 1999-2000).

### **3. ESTUDIO DE LA CARACTERIZACIÓN ECONÓMICA DEL TERRITORIO**

Los factores que influyeron en la elección de los lugares de hábitat por parte de las poblaciones protohistóricas son:

- 3.1. Motivos relacionados con la ganadería y la agricultura.
- 3.2. Razones vinculadas con las actividades mineras.
- 3.3. Recursos hídricos
- 3.4. Dominio de las vías de comunicación.
- 3.5. Cuestiones defensivas<sup>13</sup>.

#### **3. A. Motivos relacionados con la ganadería y la agricultura**

Primero se analizarán los pastos y cultivos y para ello se ha escogido una muestra de poblados con cronologías seguras, adscritos tanto al Hierro I como al Hierro II, que se muestra en la tabla 1. Los módulos empleados para el estudio de la caracterización económica son 1, 2 y 5km. de radio, tomados del estudio que Álvarez-Sanchís realizó sobre la caracterización económica de los poblados *vettones* (1999: 121) y de Berrocal-Rangel (1992: 221)<sup>14</sup>. Estos se han superpuesto sobre los mapas de usos de los suelos realizados por el Instituto Geográfico Nacional, aunque se ha tenido presente el Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina, realizado por la UNESCO y el CSIC (1977-78), en el cual no se tiene en cuenta el uso actual del suelo sino el uso más idóneo de acuerdo a las características del mismo. Esto ha ayudado a rectificar en algunos casos los mapas del I.G.N., aunque

---

<sup>13</sup> Este punto ya se ha analizado a la hora de realizar la clasificación tipológica de los yacimientos y se volverá sobre él en el capítulo 5.

<sup>14</sup> Este investigador tiene en cuenta diversos factores que pueden limitar el radio de control como son el grado de pendiente, el cruce de los ríos o arroyos torrenciales, barrancos, bosques,...

hay que decir que tan poco se han encontrado grandes diferencias porque se han empleado los realizados entre los años 40-50, momento en el cual el aprovechamiento agrícola-ganadero del territorio no estaba modernizado y se ajustaba a lo que las características del terreno permitían.

Yacimientos	S. IX-VIII-VII-VI-V-IV-III-II-I a.C./ I-II d.C.
Alba de Tormes	
Cabezo, El (Fuenterroble)	
Cabeza de San Pedro (Hinojosa del Duero)	
Cancho Enamorado (Puente Congosto)	
Casa Quiquín (Berruecopardo)	
Castelmao (San felices de Los Gallegos)	
Castillos, Los (Pozos de Hinojo)	
Castillos, Los (Villar de Yegua)	
Las Merchanas (Lumbrales)	
La Plaza (Gallegos de Argñán)	
Yecla de Yeltes	
Cercas, Las (Villavieja de Yeltes)	
Cuesta de Santa Ana (Gacihernández)	
Ciudad Rodrigo	
Corona, La (Rinconada de La Sierra)	
Irueña (Fuenteguinaldo)	
Lázaros, Los (Las Veguillas)	
Ledesma	
Monleón	
Ocuestos, Los (Alaraz)	
Olmillos (Juzbado)	
Pico Monreal (Casafranca)	
Picón de La Mora (Encinasola de los Comendadores)	
Pinilla, La (Carbajosa de La Sagrada)	
Salamanca	
El Castillo de Saldeñuela	
Tejares (Tejado de Béjar)	
Teso de la ermita de la Virgen de Castillo (Pereña)	
Teso de San Cristóbal (Villarino de Los Aires)	
Teso del Santo (Santiz)	
Villares, Los (Cantalpino)	

Tabla 1: Yacimientos sobre los que se ha realizado el estudio agropecuario del entorno. (C. Mateos)

La muestra de yacimientos se ha dividido en tres grupos y es que, al superponer los módulos sobre los planos, se puede apreciar que en la mayoría de los asentamientos, siempre hay una actividad agropecuaria que está subordinada a la otra, dependiendo de las características del suelo de la zona.

### 3. A. a. Caracterización económica 1 (Fig. 24)

El primer grupo engloba los yacimientos situados en tierras fértiles (casi todos en el área oriental), propicias para la agricultura, pero con zonas de pastos, aunque con una proporción menor (García *et al.*, 1978c: 66), en donde se engloba Salamanca, Alba de Tormes, Los Lázaros (Las Veguillas), La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada), La Cuesta de Santa Ana (Gacihernández), Los



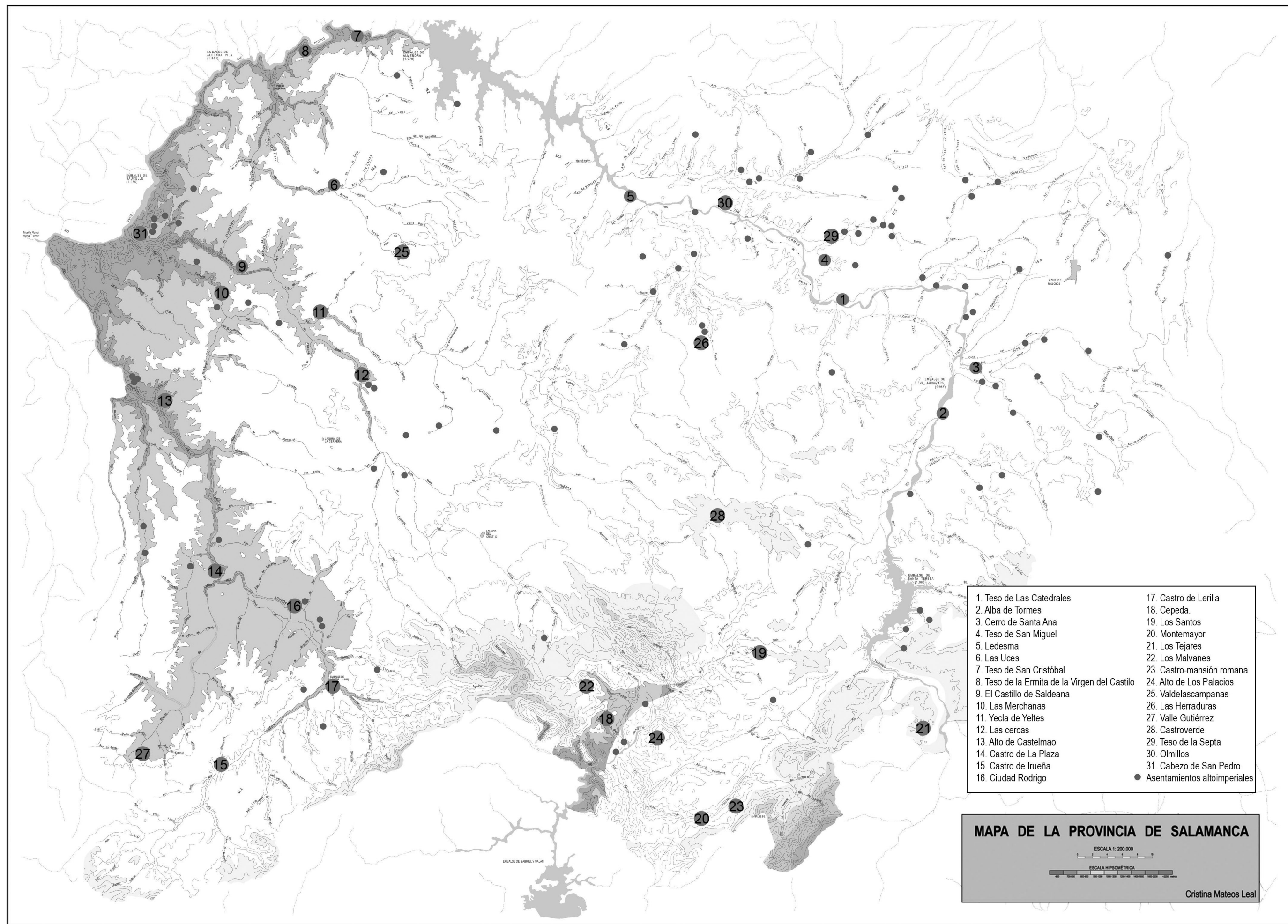


Figura 23: Mapa del territorio entre el S. I a. C. y I d. C. (C. Mateos).

Villares (Cantalpino), el Teso del Cuerno (Forfoleda), el Pico Monreal (Casafranca) y el Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires) (todos ellos en la figura 24). Las zonas improductivas que se señalan en El Pico Monreal coinciden son áreas susceptibles de explotación forestal. Dichas zonas estarían presentes en las zonas de captación del resto de los yacimientos, como demuestra el análisis polínico realizado en Salamanca, pero la deforestación que se ha producido en el territorio, sobre todo en el área oriental, ha sido muy grande y ha terminado con las masas boscosas (Benet, 2001: 19).

En el caso concreto de Salamanca, las analíticas de los pólenes y de los restos de fauna recogidos durante las excavaciones de los solares de la ciudad informan sobre las condiciones ambientales en las que se desarrolló el poblamiento y el factor ganadero de este pueblo. El resultado fue un paisaje abierto con prados en donde predominan las gramíneas con pequeños bosques de encinas, robles, pinos, abedules, enebros y quejigos. La ribera del Tormes estaba salpicada por avellanos, olmos, negrillos, álamos, sauces y saucos. Entre los arbustos estaban las jaras y los brezos, y otras herbáceas como la col, el hinojo, el apio, la zanahoria, el haba, el guisante o la lenteja. Los resultados dieron un predominio de los cereales domésticos sobre los salvajes, que completarían la alimentación (Benet, 2001: 19). La recolección y el tratamiento de la bellota quedan bien atestiguados en Salamanca por su presencia tanto en los niveles del Hierro I del Cerro San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 40 y 76) como en los niveles tardíos del Teso de Las Catedrales (STRATO, 1995: 49-87).

Por otra parte, el estudio de la fauna presentado por Benet dio como resultado un predominio de la domesticada, integrada por ganado vacuno, ovicáprido, suido, equino y cánido, sobre la salvaje, compuesta en su mayoría por ciervos. El análisis óseo puso de manifiesto que la mayoría de los individuos tenían una edad elevada cuando murieron, lo que implica que no tendrían un carácter primario para la obtención de carne, sino que jugarían un carácter secundario para la obtención de leche, cuero o lana o serían empleados como fuerza de tracción (2001: 27). El aprovechamiento del ganado para obtener productos tales como leche, queso, mantequilla o nata es algo que dan por supuesto los investigadores, pero se desconoce si en este caso se han llevado a cabo análisis arqueométricos de algún recipiente para determinar su contenido exacto. Así pues se remite a las pruebas realizadas en las cerámicas de la necrópolis de Las Ruedas (Valladolid) o los del área Celtibérica, en donde sí se han detectado restos de productos lácteos, entre otros<sup>15</sup> (Sanz *et al.*, 2003: 153; Blasco, 2005; Torres, 2005: 64). En cuanto al uso de animales para tracción, se puede rastrear en otras áreas como la galaica o en el Duero Medio, donde se registra un sacrificio de los ejemplares en edad adulta, deformaciones en los huesos apendiculares así como la presencia de individuos castrados, relacionándose todo con animales de tiro y carga (García, 1999: 313 y 314; Sanz y Velasco, 2003: 121). Además, a través de Columela se conoce que el empleo del yugo, especificando que era una costumbre típicamente hispana (*De re rust.* 2, 2, 22).

---

<sup>15</sup> Este tema se tratará más ampliamente en el capítulo 6.



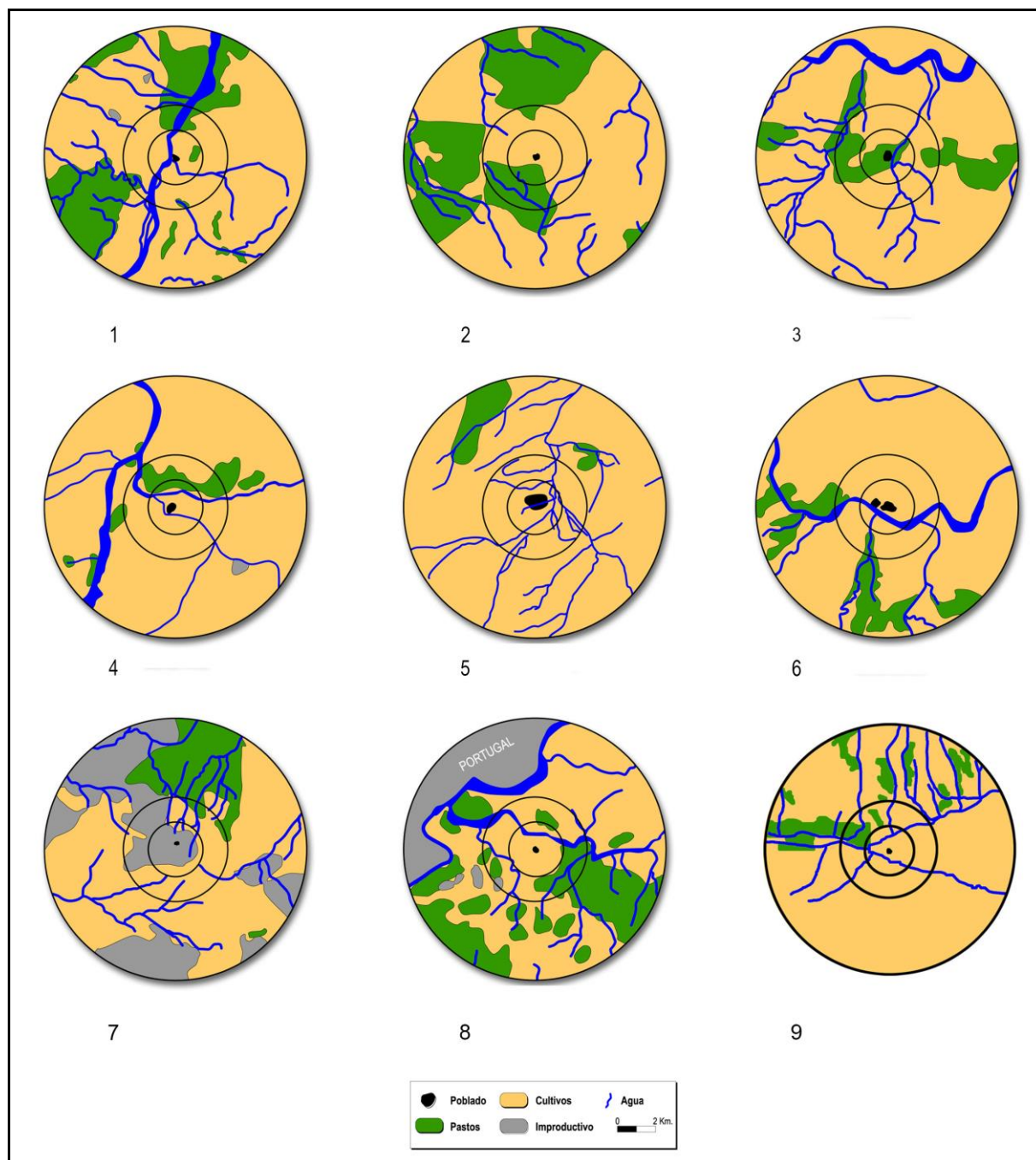


Figura 24: Caracterización económica 1. Módulos 1, 2 y 5 km. de radio. 1. Alba de Tormes. 2. Los Lázaros (Las Veguillas). 3. La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada). 4. La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández). 5. Los Villares (Cantalpino). 6. Salamanca. 7. Pico Monreal (Casafranca). 8. Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires). 9. El Teso del Cuerno (Forfoleda). (C. Mateos)

Por otro lado, existe una serie de restos materiales que habla indirectamente del uso del ganado. Suscitamente se mencionarán algunos de ellos, ya que este tema se desarrollará en capítulos sucesivos. Los primeros vestigios son una serie de estructuras que los investigadores han identificado con corrales para estabular el ganado, ya sea a nivel familiar, como en el Cerro San Vicente

(Salamanca), o a nivel comunal, como en Yecla de Yeltes, Las Merchanas (Lumbrales), La Corona (Rinconada de la Sierra) o el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) (Maluquer, 1956: 97; Mangas, 1985; Martín Valls, 1973: 130 y 1997: 161; Macarro, 2000: 12; Sánchez *et al.*, 2003: 30). Esta estabulación prevendría tanto del pillaje de otras comunidades como de los ataques de animales salvajes, pero también servirían para ordeñar y esquila al ganado (Blasco, 2008: 123).

Otros objetos que indican el uso del ganado para la obtención de productos secundarios o la realización de otras actividades, a parte de los propios restos faunísticos, son las fusayolas, las queseras, las pesas de telar, las agujas o los punzones, los cuales han sido recuperados, como se verá más adelante, en muchos yacimientos de la muestra, como Salamanca (Maluquer, 1951; STRATO, 1994; Macarro, 1999a.), Ledesma (Benet *et al.*, 1991), Yecla de Yeltes (Martín Jiménez, 1919), Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales; Maluquer, 1968), Los Tejares (Morán, 1924; López *et al.*, 2003d y 2004),...

Por tanto, los vestigios arqueológicos muestran una cabaña ganadera similar a la existente en otros territorios peninsulares. Por ejemplo, en la Celtiberia o en la zona del Sado-Bajo Guadiana, donde los yacimientos de Numancia, Belén, Segovia, Los Castillejos o Capote muestran una cierta homogeneidad ganadera, centrada principalmente en los bóvidos y los ovicápridos (Berrocal-Rangel, 1992: 232; Jinemo *et al.*, 2005: 57). De hecho diversos autores clásicos mencionan la importancia de la ganadería bovina, ovina y caballar en la economía de los pueblos peninsulares (Estrabón, *Geog.*, III, 2, 6; Plinio, *His. Nat.* 8, 191; Marcial, 1, 96, 5; 37, 3; 9, 61, 3; 12, 98, 2; 12, 63, 3-5; Columela, *De re rust.* 7, 2, 4; Diodoro Sículo, *Hist.* 5, 34, 2; Polibio, *Hist.* 31, 4, 4; Posidonio, citado por Estrabón; Trogo Pompeyo, *Iust.* 44, 12; César, *B. C.* 1, 59).

*Per ende* se podría hablar de una cabaña ganadera que necesitaría pastos y lugares para abreviar. Además, esta ganadería sería un buen complemento para la agricultura, ya que los animales se comerían los rastros y abonarían el campo con sus heces, tal y como sucede hoy en día. Por consiguiente, el enclave de Salamanca, y seguramente de otros muchos yacimientos, es propicio para una economía mixta, con zonas para la ganadería, pero también para la agricultura.

### **3. A. b. Caracterización económica 2 (Fig. 25 y 26)**

El segundo grupo está formado por aquellos yacimientos en donde se aprecia una preeminencia del suelo ganadero sobre el agrícola, pero aun así se puede observar pequeños hitos de zonas agrícolas. En esta situación se encuentran principalmente los castros del Occidente charro tales como La Plaza (Gallegos de Argañán), Las Merchanas, Castelmao (Hinojosa del Duero), Yecla de Yeltes, Alto del Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero), El Castillo de Saldeñuela, el Teso de la ermita Virgen del Castillo (Pereña), Casa Quiquín (Barruecopardo), Los Castillos (Gema), Los Castillos (Pozos de Hinojo), el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), Los Castillos (Carrascal del Obispo) y Las Cercas (Villavieja de Yeltes) (todos ellos en la figura 25 y 26). En esta zona, las escarpadas paredes que las corrientes de los ríos Huebra y Águeda han creado, constituyen una

barrera natural que podría haber limitado las áreas de captación sino en todos los casos, sí en la mayoría.

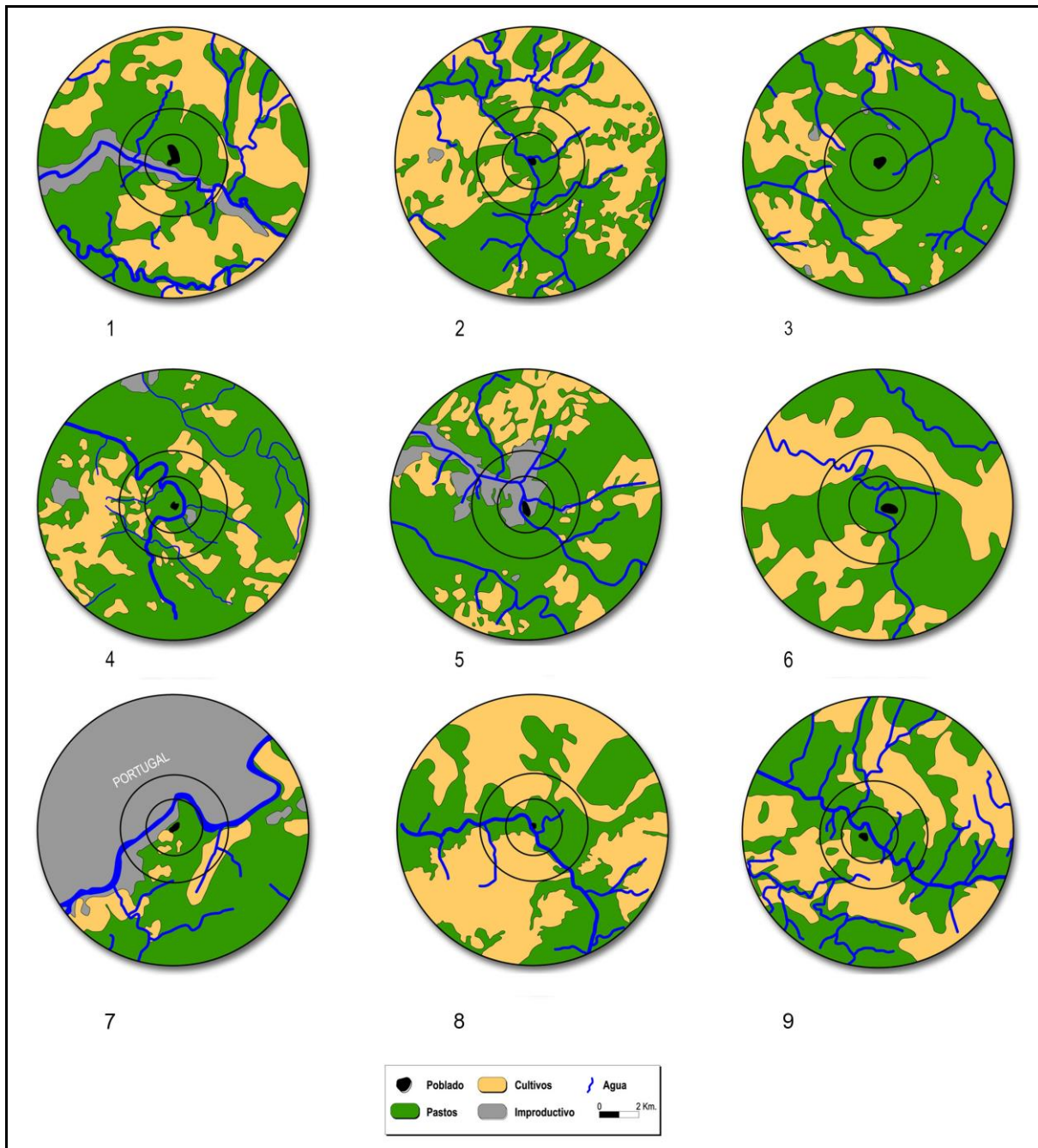


Figura 25: Caracterización económica 2a. Módulos 1, 2 y 5 km. de radio. 1. Casa Quiquín (Barruecopardo). 2. Los Castillos (Gema). 3. Los Castillos (Carrascal del Obispo). 4. Las Cercas (Villavieja de Yeltes). 5. Los Castillos (Pozos de Hinojo). 6. Las Merchanas (Lumbrales). 7. El Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña). 8. Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores). 9. El Castillo de Saldeñuela. (C. Mateos)



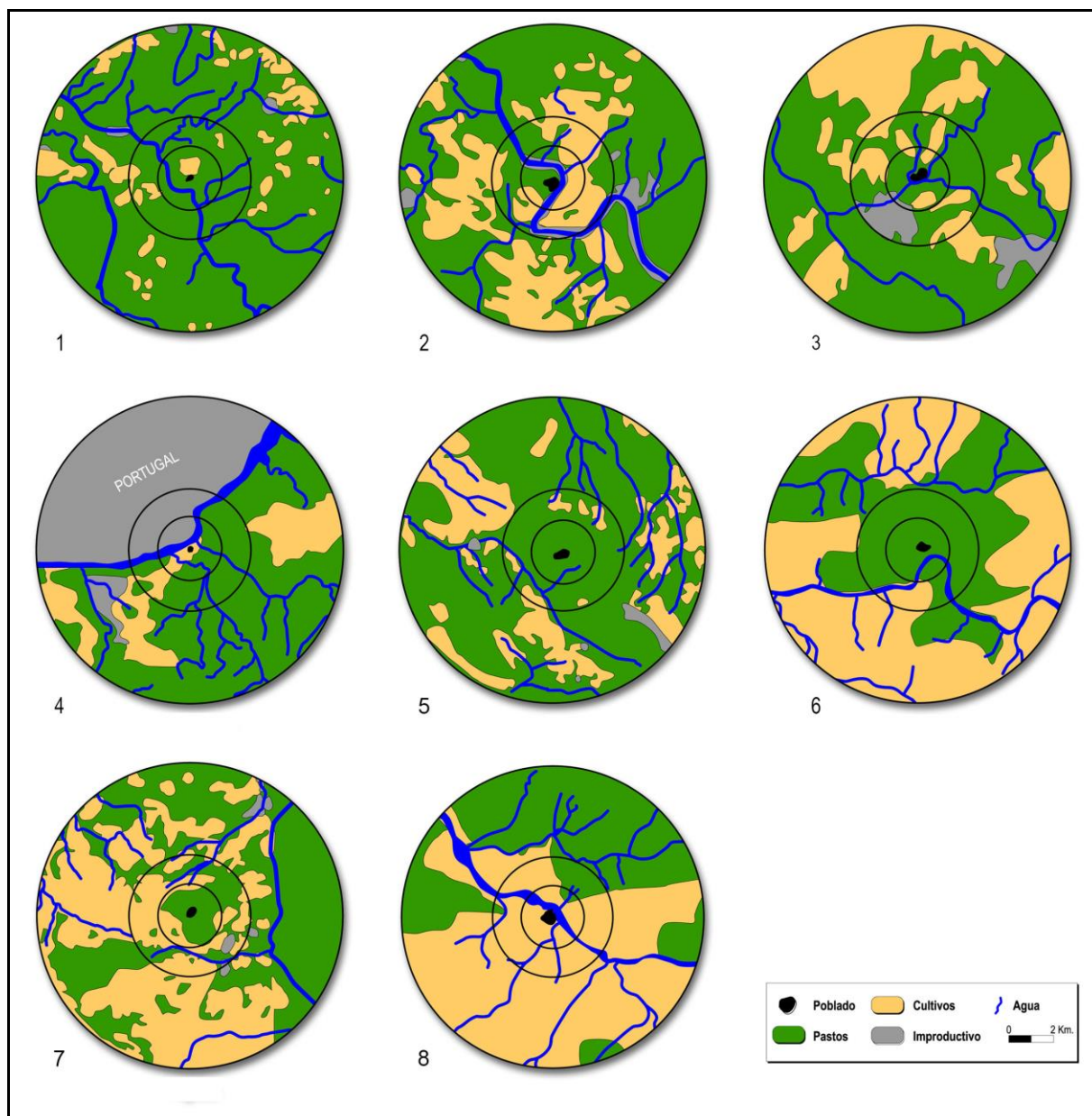


Figura 26: Caracterización económica 2b. Módulos 1, 2 y 5 km. de radio. 1. Castelfraque (San Felices de los Gallegos). 2. La Plaza (Gallegos de Argañán). 3. Yecla de Yeltes. 4. Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero). 5. La Corona (Rinconada de la Sierra). 6. Los Olmillos (Juzbado). 7. Los Tejares (El Tejado). 8. Ledesma. (C. Mateos)

Este segundo grupo incluye una serie de castros situados en el área serrana, que como ya se ha visto tanto por el tipo de suelos como por la morfología del terreno con fuertes pendientes, hace que el aprovechamiento principal de esta zona sea el ganadero y el forestal, existiendo pequeñas zonas de agricultura de autoconsumo en el fondo de los valles fluviales y en las zonas pobladas (Oteyga Equipo, 1988: 67). Los yacimientos que se han estudiado son La Corona (Fig. 26-5), Los Tejares (Fig. 26-7), Monleón (Fig. 26-7) y habría que añadir el estudio de La Mata realizado por el equipo de Sánchez Palencia (2001a: 23). Se han escogido dos yacimientos situados en el centro de la Sierra en zona

montañosa, otros dos que están situados en el área limítrofe con los campos de la penillanura oriental, que como se ha visto son más aptos para el cultivo, y los dos últimos emplazados en el valle del Alagón. Así en los primeros casos, La Mata del Castillo y La Corona, se observa efectivamente, un predominio de los suelos aptos para la ganadería; mientras que en los otros dos casos los porcentajes de los usos del suelo están a la par. Además, en esta zona se cuenta con los análisis polínicos realizados en Los Cavanés que confirmarían la existencia en época prerromana de pastizales húmedos en la zona, coincidiendo *grosso modo* con el área de captación de recursos de ambos poblados (Sánchez Palencia et al., 2001a: 23). Por todo ello, los usos del suelo propuesto para época prerromana son bastante plausibles.

Por último, podría incluirse el yacimiento de Ledesma (Fig. 26-8), aunque en la imagen se ve como hay un predominio de los campos de cultivo. Las tierras ledesminas no son muy aptas para la agricultura porque sus suelos son pobres, ácidos y retienen mal el agua (García et al., 1978: 63). Por tanto, por naturaleza, su uso más apropiado es para pastos, ya que cultivarlos y sacarles rendimiento supone una gran inversión de medios con los cuales las poblaciones prerromanas no contarían. A pesar de ellos, no se descarta la posibilidad de que existieran pequeñas explotaciones agrícolas.

### 3. A. c. Caracterización económica 3 (Fig. 27)

Un tercer grupo estaría formado por aquellos castros en donde en un principio la proporción de áreas de pasto y cultivo estarían a la par, pero la falta de datos procedentes de los mismos hace inviable poder decir nada más. En esta situación están los yacimientos de Los Castillos (Villar de Yegua) (Fig. 27-1), Los Ocuestos (Alaraz) (Fig. 27-2), Ciudad Rodrigo (Fig. 27-5), Iruña (Fuenteguinaldo) (Fig. 27-6), Cancho Enamorado (Puente Congosto) (Fig. 27-4) y Los Olmillos (Juzbado) (Fig. 27-6).

Relacionado con las zonas de captación de recursos, se ha calculado la distancia en kilómetros que hay entre los hábitats y las riquezas estratégicas básicas más cercanas, obteniendo una oscilación entre los 100 m. y el kilómetro<sup>16</sup>.

A modo de conclusión, el estudio del entorno inmediato de los yacimientos de la muestra arroja territorios con suelos aptos para una economía mixta, predominando en la zona oriental, como ya se había dicho, los suelos agrícolas; mientras que en el resto del territorio hay una mayoría de suelos ganaderos. No obstante, tan sólo se puede certificar ambas actividades en Salamanca ya que es donde se han realizado tanto estudios faunísticos como análisis polínicos. A pesar de ello, la similitud del material arqueológico disponible en el resto de hábitats estudiados tal como cerámicas de almacenamiento, molinos, elementos de hoz, fusayolas,... (Martín Valls, 1971: 134; Benet et al., 1991: 144; ARQUETIPO, 1999-2000d; López y Martínez, 2006,...) hace posible extrapolar los resultados de

<sup>16</sup> Los datos exactos de cada yacimiento están en su ficha correspondiente.

la capital al resto del territorio, es decir, los pueblos asentados en las comarcas estudiadas tendrían una economía ganadera mixta muy clara, con un mayor peso del sector agrícola en la oriental. Por otra parte, la distancia existente entre los hábitats y los recursos estratégicos básicos más cercanos no supera el kilómetro, por lo que la cercanía a éstos es esencial para la elección de un asentamiento por parte de la población.

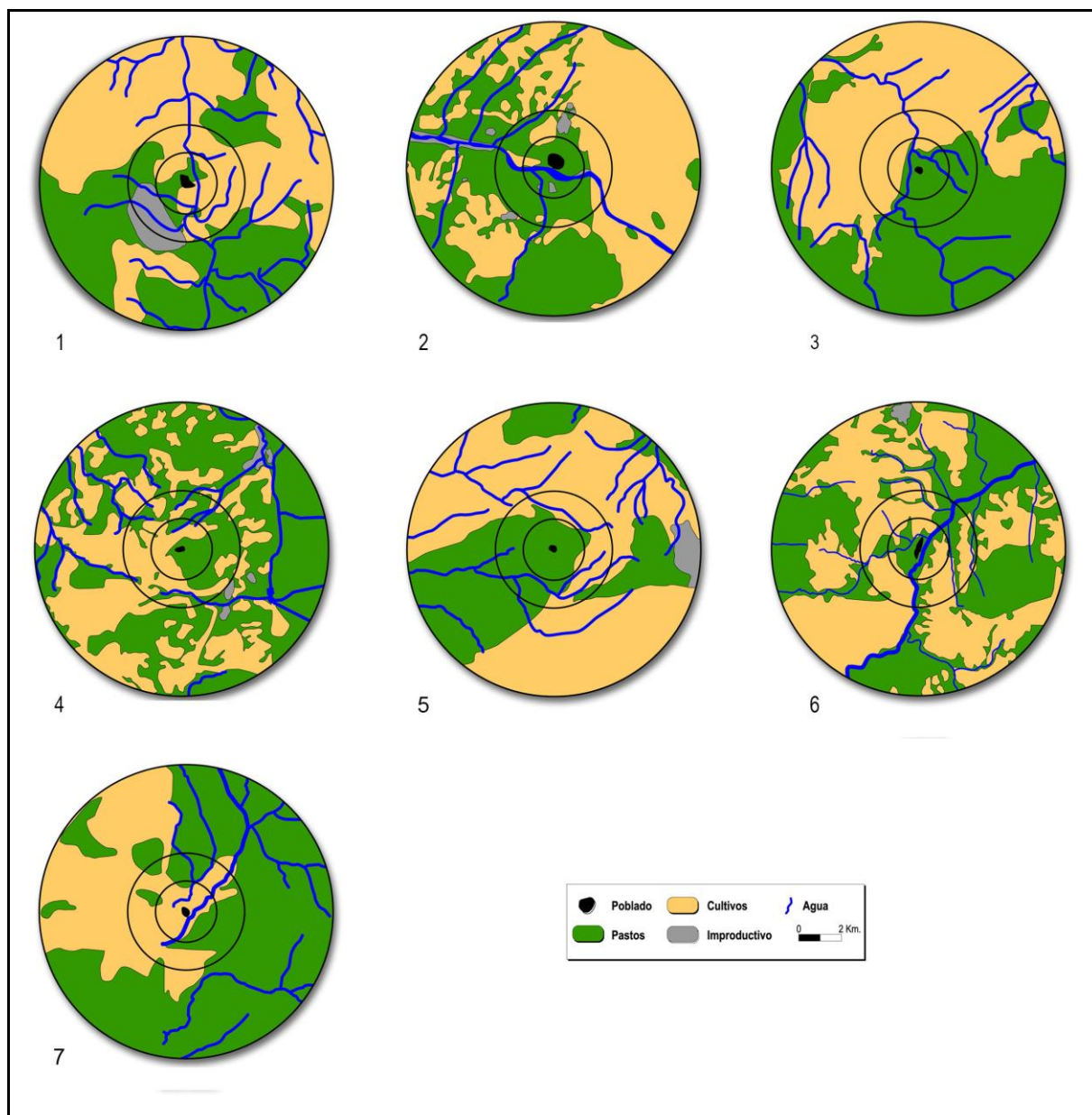


Figura 27: Caracterización económica 3. Módulos 1, 2 y 5 km. de radio. 1. Los Castillos (Villar de Yegua). 2. Ciudad Rodrigo. 3. Los Ocuestos (Alaraz). 4. Cancho Enamorado (El Berrueco). 5. Alto del Cabezo (Fuenterroble). 6. Iruña (Fuenteguinaldo). 7. Monleón. (C. Mateos)

### 3. B. Razones vinculadas con las actividades mineras

Esta situación es análoga a la de otras regiones como la extremeña (Berrocal-Rangel, 1992: 226; Esparza y Blanco, 2008: 85) o la celtibérica (Echevarri, 2005: 45) en donde los pobladores debieron de tener en cuenta para asentarse la abundancia de pastos y los recursos cinegéticos y forestales, pero también contarían con zonas cultivables. Incluso en la actualidad es posible observar como los condicionantes ambientales que rodean a los castros marcarían los ritmos de las actividades de los lugareños, como por ejemplo en El Raso. Allí, las tierras situadas al Norte permiten el pastoreo de verano, mientras que al Sur se extienden las tierras de cultivo, habiéndose recogido trigo y cebada carbonizados en las viviendas del castro, y los pastos de invierno, por lo que las necesidades de subsistencia quedarían cubiertas (Blasco, 2008: 129). En otros castros *vettones*, con una economía eminentemente ganadera, se ha recogido también cebada y trigo carbonizado, como es el caso de Sanchorreja o de Las Cogotas (Cabré 1930: 98-99).

La hipótesis con que se trabaja es que, aunque no fuera un factor principal, sí que sería importante y se tendría en cuenta a la hora de elegir ciertos emplazamientos, sobre todo en la zona occidental que es rica en recursos naturales como el estaño, el hierro, la plata o el cobre (Álvarez-Sanchís, 1999: 90-93; Esparza y Blanco, 2008: 89). Si bien es verdad que no todos los asentamientos buscarían afloramientos minerales; sí se ha registrado una minoría que podría haberlos tenido en cuenta. El estudio se ha efectuado sobre los mapas metalogenéticos elaborados por el Instituto Geológico y Minero de España, superponiendo los mismos módulos de 1, 2 y 5 km. empleados para la caracterización agropastoril.

A la hora de abordar este estudio existen dos grandes problemas. El primero es tener la seguridad de que las vetas fueron explotadas en época prerromana y hasta el momento no existen indicios ni en sentido afirmativo ni en negativo, ya que no se han llevado a cabo estudios sobre el tema. Además esta comprobación no estaría exenta de errores ya que actuaciones en épocas posteriores podrían haber eliminado toda huella de una explotación prerromana, como sucede en Los Algarres (Aljustrel) (Domergue, 1990). De hecho, en la mayoría de los casos, las huellas de explotación antigua a gran escala que han pervivido son de época romana, como por ejemplo en la mina de Los Cavenes (Sánchez Palencia *et al.*, 2003). Diversos investigadores defienden la vigencia de pequeñas actividades mineras por parte de las poblaciones protohistóricas, las cuales aprovecharían las pequeñas menas almagreras, que afloran en las barranqueras abiertas por la erosión en todo el territorio peninsular, asociándose con una explotación de autoabastecimiento (Gamito, 1988: 195; Berrocal-Rangel, 1992: 235; Martínez y Arenas, 1999; Ruiz, 2001: 125...).

El segundo inconveniente sería reconocer a ciencia cierta si existe una relación entre los poblados y las vetas. Sin análisis metalográficos en donde se comparen la composición de los objetos metálicos y la de los minerales presentes en el territorio, es imposible estar seguros de dicha correlación.

A pesar de estas dificultades, es posible que la minería también influyera a la hora de la elección de los asentamientos de este territorio, como se verá a continuación con la concentración de una serie de poblados cercanos a vetas minerales susceptibles de explotación, sobre todo en la zona occidental donde el sustrato geológico de la zona de Lumbrales-Vitigudino, es rico en estaño y hierro, con afloramientos bastante importantes en Barruecopardo, Encinasola y Villares de Yeltes (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36), y en oro, aunque en menor medida (Mapa geológico de España, Escala 1: 50000, 449 y 475). La explotación de estos minerales, por parte de los pobladores prerromanos en la Península, fue reflejada por algunos escritores clásicos como Plinio<sup>17</sup>, Mela<sup>18</sup>, Trogo Pompeyo<sup>19</sup> o Estrabón<sup>20</sup>.

La tabla 2 expone una relación de los yacimientos en donde se han identificado, durante el estudio de los mapas metalogenéticos elaborados por el IGME, vetas cercanas a ellos, para después estudiar cada caso concreto con los mismos módulos empleados para los recursos agropastoriles.

A la hora de exponer los resultados se han agrupado los yacimientos por zonas para facilitar la lectura.

### 3. B. a. Zona oriental.

El estudio llevado a cabo en esta área revela una curiosa concentración de cuatro yacimientos entorno a Golpejas (Fig. 28) durante el Bronce Final/Hierro I. Esta área coincide con una serie de vetas de estaño que se explotan actualmente, y una franja del mismo catalogada como susceptible de beneficio. Se ha superpuesto los módulos en los cuatro poblados y se ha comprobado que cubrirían todos los filones de esta área (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36)

---

<sup>17</sup> "Frente a Celtiberia hay un grupo de islas, llamadas por los griegos Casitérides por su abundancia en estaño" (Nat. Hist. IV, 119). "... Plomo blanco (estaño) es muy apreciado, llamado por los griegos cassiteridum... también produce estaño Lusitania y Gallaecia, apareciendo en lecho de torrentes secos y en yacimientos de oro". (Ibidem, XXIV, 156).

<sup>18</sup> "es abundante en... hierro, plomo, cobre, plata y oro" (De Choro., 2, 86).

<sup>19</sup> "no han de alabarse solamente los bienes que ofrece la superficie de la tierra, sino también las abundantes riquezas en metales que ella esconde" (Iust. 44, 6).

<sup>20</sup> "... Mas el estaño -dice [Poseidónio]- no se encuentra en la superficie de la tierra, como repetidamente afirman los historiadores, sino excavando. Y se produce tanto en la región de los bárbaros que habitan más allá de la Lusitania como en las Islas Casitérides... Entre los ártabros, que habitan en lo más lejano del Septentrión y del Ocaso de Lusitania, el suelo tiene, según dicen, eflorescencias de plata, estaño y oro blanco, mezclado con plata. Esta tierra es arrastrada por los ríos, y las mujeres, después de haber amasado la arena, la lavan en tamices tejidos en forma de cesta. Tal es lo que aquél [Poseidónio] ha dicho sobre los metales" (Geog., III, 2, 9). "Las Islas Casitérides son en número de diez.... Una de ellas está desierta; las demás están habitadas por hombres... Viven, en general, del producto de sus ganados, a la manera de los pueblos nómadas. Tiene metales de estaño y plomo, y los cambian, así como las pieles de sus bestias, por cerámica, sal y utensilios de bronce que les llevan los mercaderes" (Geog., III, 5, 11).



Yacimientos	S. IX-VIII-VII-VI-V-IV-III-II-I a.C./ I-II d.C.	Vetas metalogenéticas
Alba de Tormes		Sn
Valle Ancho (Hinojosa del Duero)		Sn
Cabeza de San Pedro (Hinojosa del Duero)		Sn
Cancho Enamorado (Puente Congosto)		Sn
Valdefuentes (Golpejas)		Sn
Castillos, Los (Villalba de Los Llanos)		Sn
Torrejón, El (Alba de Tormes)		Sn
Teso de Utrera (Mozárbez)		Sn
Las Merchanas (Lumbrales)		Sn
Teso de la Higuera (Mata de Ledesma)		Sn
Alto de La Calera (Los Santos)		Sn
Sierro, El (Golpejas)		Sn
Peña de La Mata		Sn
Cerro de San Pelayo (Martinamor)		Sn
Mata Chica (Bermellar)		Sn
Gejo de Diego Gómez		Sn
Fuenteguinaldo		Sn
Fraguas, Las (Ituero de Azaba)		Sn
El Castillo de Saldeñuela		Sn
Dehesa, La (Golpejas)		Sn
Mesa del Carpio Bernardo, La (Villagonzalo de Tormes)		Sn
Frailas, Los (Villar de Argañán)		Sn
Casa de Domingo (Golpejas)		Sn
Castillo, El (Cabeza de Béjar)		Sn/Fe
Castelmao (San Felices de los Gallegos)		Sn/Fe
Castillos, Los (Villar de Yegua)		Sn/Fe
Cabeza de Diego Gómez		Sn/Fe
Malvanes, Los		Sn/Fe
Santos, Los		Sn/Fe
Rodales, Los (Miranda del Castañar)		Sn/Fe
Picón de la Mora, El (Encinasola de los Comendadores)		Sn/Fe
Valle de La Gutiérrez (Alberguería de Argañán)		Sn/Fe
Tapao del Campo Santo (Alameda de Gardón)		Sn/Fe
Castillos, Los (Pozos de Hinojo)		Fe
Plaza, La (Gallegos de Argañán)		Fe
Cercas, Las (Villavieja de Yeltes)		Fe
Corona, La (Rinconada de la Sierra)		Fe
Castillos (Gema)		Fe
Castillos, Los (Retortillo)		Fe
Casa de Quiquín (Barruecopardo)		Sn/Au

Tabla 2: Caracterización económica 4: los yacimientos y las vetas metalogenéticas cercanas. (C. Mateos)

Esta misma circunstancia se ha documentado para otros tres hábitats situados en el área de Alba de Tormes. Los dos primeros, adscritos al Hierro I, serían el Cerro de San Pelayo (Martinamor) (Fig. 28-A) y El Torrejón (Alba de Tormes) (Fig. 28-B). Ambos cubrirían un área extensa de yacimientos de estaño, unos se han catalogado como susceptibles de ser explotados y de otros se obtiene mineral en la actualidad, la cual, seguramente, impida reconocer marcas más antiguas. Durante el Hierro II, los habitantes más cercanos para aprovechar esta zona serían los de Alba de Tormes (Fig. 28-C);

entrando en el radio de 5Km. parte de ella. No obstante es factible, por cercanía, que entrara toda el área (IGME, Mapa metalogénico de España, Escala 1: 200000, 37).

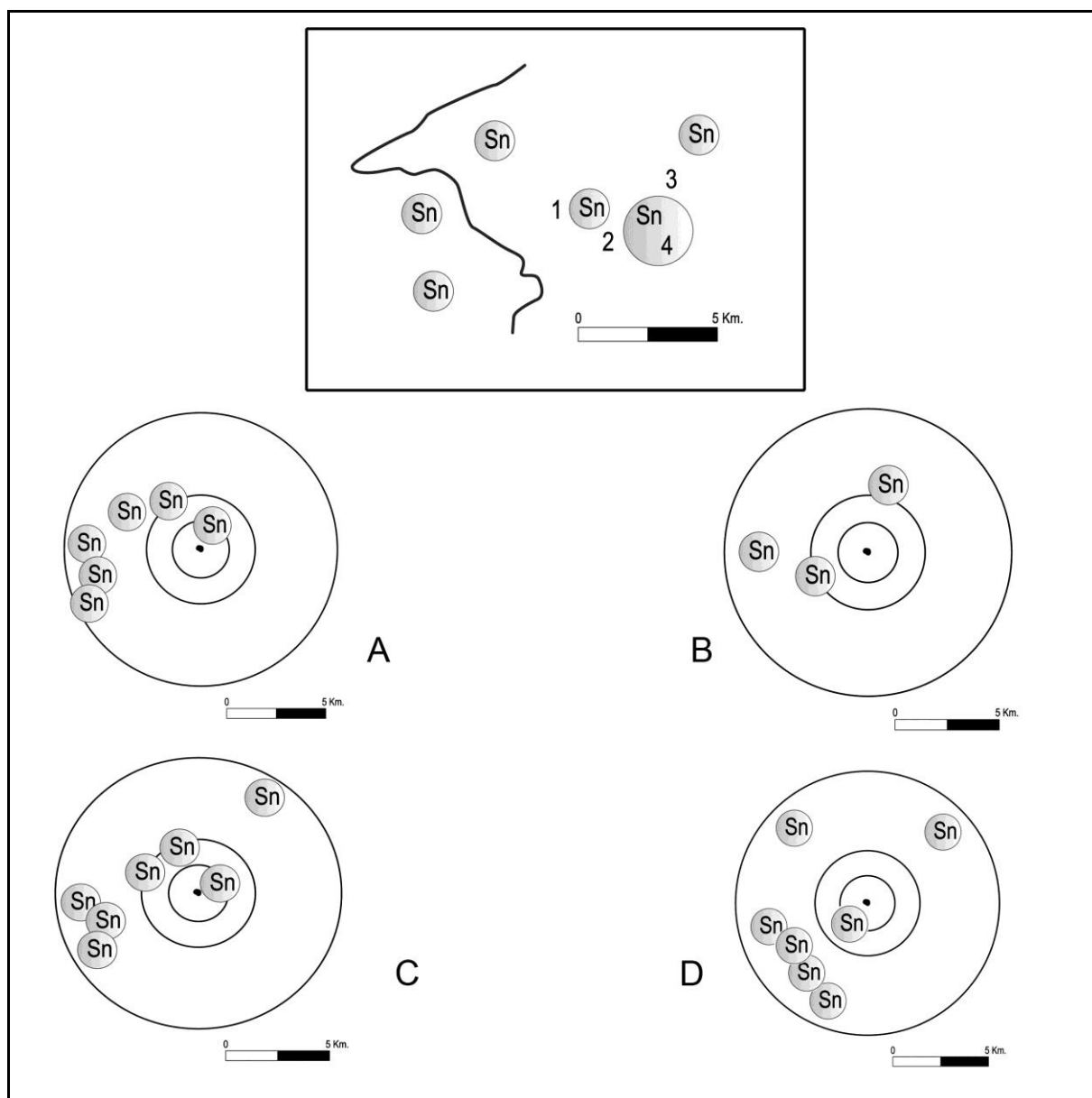


Figura 28: Caracterización económica 4a: minería zona de Golpejas. A y 2: Valdefuentes. B y 3: La Dehesa. C y 4: Casa de Domingo. D y 1: El Sierro. Módulos de 1, 2 y 5 km. (C. Mateos)

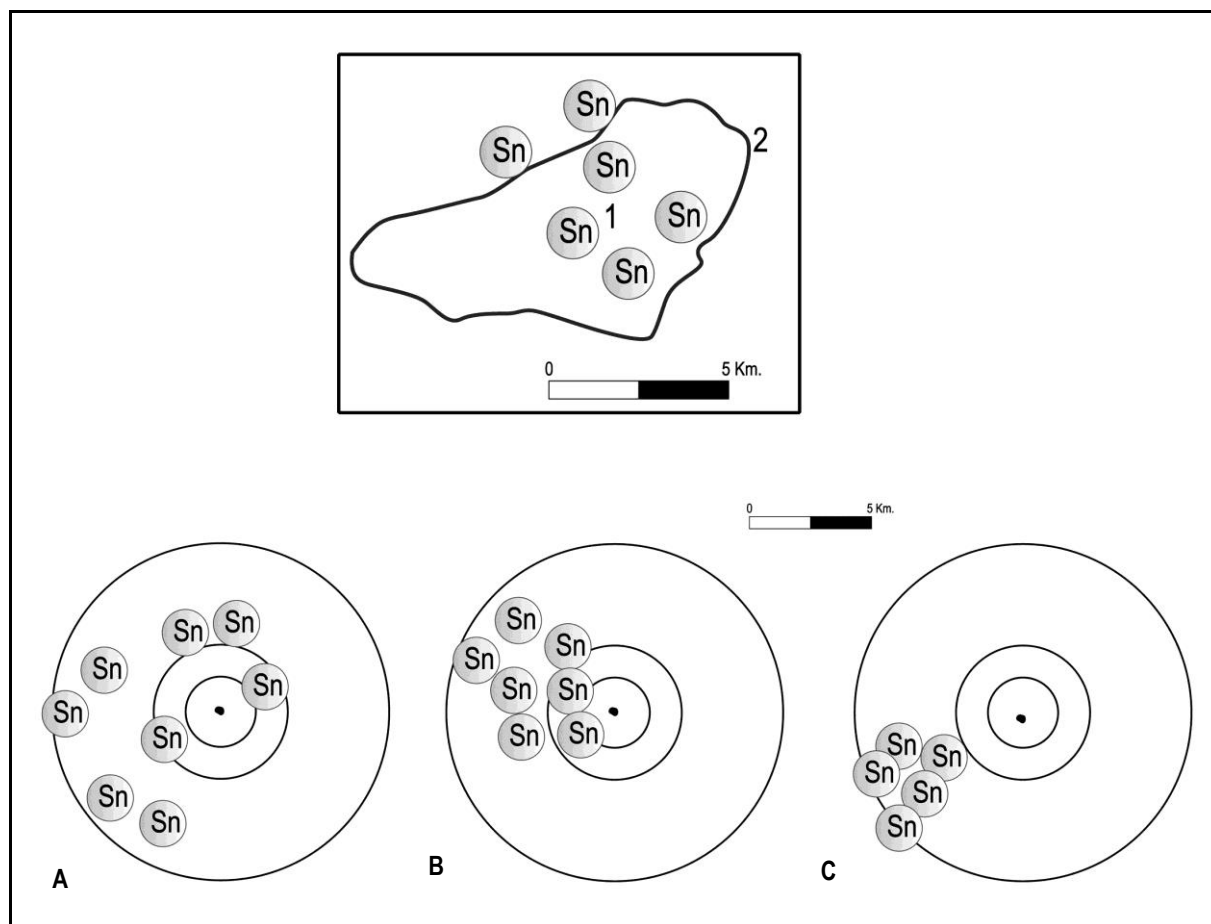


Figura 29: Caracterización económica 4b: minería zona de Alba de Tormes. A y 1: Cerro de San Pelayo. B y 2: El Torrejón. C: Alba de Tormes. Módulos de 1, 2 y 5 km. (C. Mateos)

Arqueológicamente, no se ha demostrado la explotación del estaño por parte de estas poblaciones, pero en las prospecciones realizadas en La Mesa del Carpio se han recogido escorias de fundición y numeral de cobre en bruto, concretamente en forma de pequeñas láminas de malaquita encajadas en rocas de tipo cuarcítico y mineral alóctono posiblemente venido de los no muy lejanos filones abulenses del Valle Ambles. No obstante, la presencia de afloramientos de estaño en mínimas cantidades incluidos en matrices pizarrosas y que también se han reconocido en la ladera norte del yacimiento, puede indicar una producción *in situ* (Cruz, 1997). Además, se han recogido alisadores con brillo metálico o ciertas piedras duras alóctonas de superficie pulimentada que pudieron formar parte del instrumental metalúrgico. A esto se le suman los objetos metálicos hallados en el yacimiento, de los cuales hay algunos que se creen importados y otros que debido a su sencilla fabricación, pudieron ser elaborados en el propio yacimiento, como son las leznas, los escoplos y las hachas planas (*Ibidem*, 1997). Por tanto, estos hallazgos parecen indicar no sólo la posible explotación de los yacimientos mineros circundantes sino la importación de mineral desde otros territorios.

Una situación análoga podría a verse dado en las minas actuales de Neves-Corvo (Almodóvar) y de Santa Eulalia (Elvas), en donde existen demasiados indicios de pequeños poblados de la Edad del Bronce en la zona como para descartar un sistema de explotación menor de las vetas estanníferas (Gamito, 1988: 195).

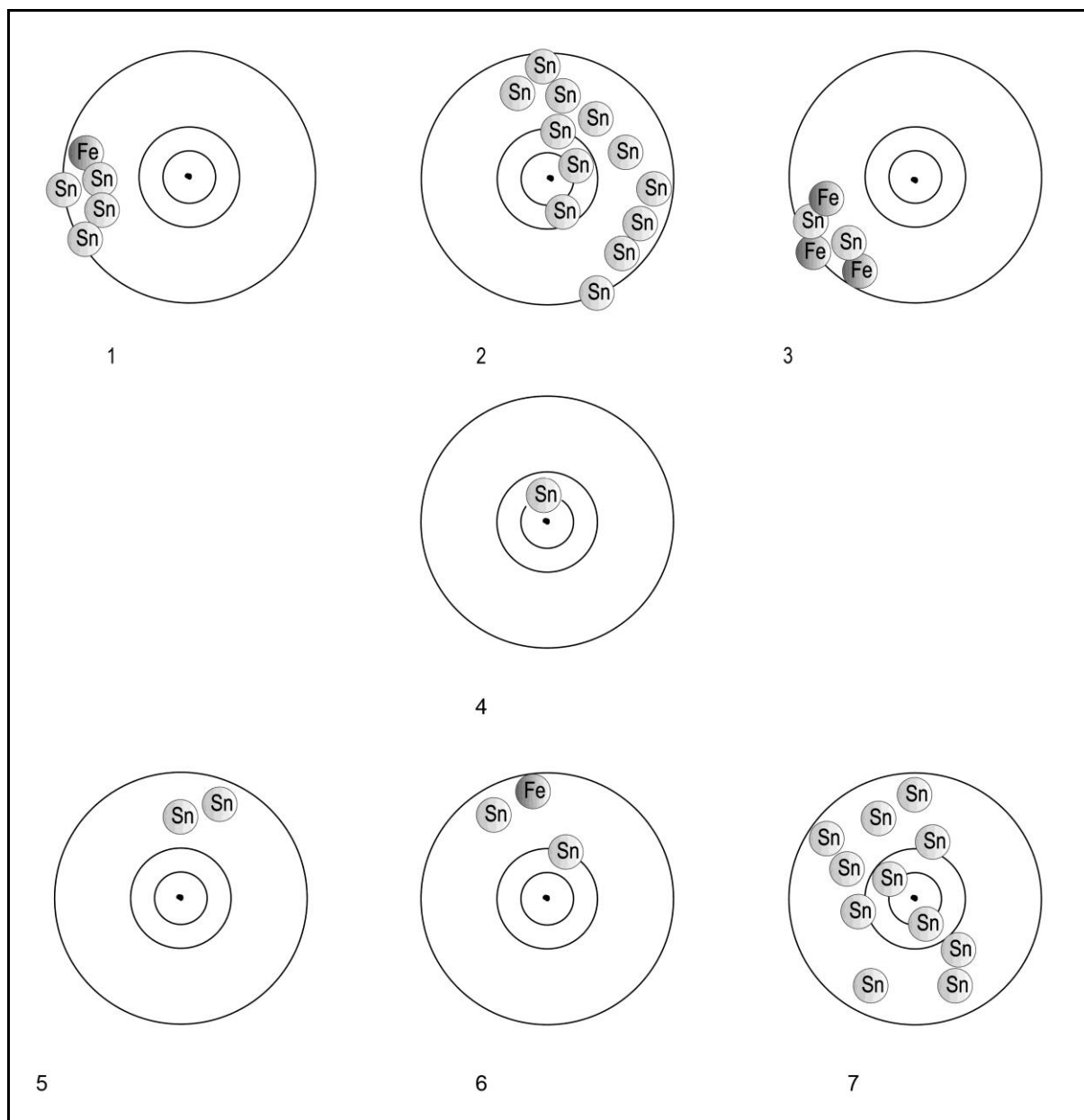


Figura 30: Caracterización económica 4c. Minería zona oriental. Módulos de 1, 2 y 5 km. 1. El Teso de Utrera (Mozárbez). 2. Gejo de Diego Gómez. 3. Cabeza de Diego Gómez. 4. La Mesa del Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes). 5. Los Castillos (Villalba de Los Llanos). 6. Tapao del Santo. 7. Teso de la Higuera (La Mata de Ledesma). (C. Mateos)

El Cerro San Vicente (Salamanca) ha deparado crisoles de bronce y objetos de hierro (Macarro, 1999: 167), la cuestión es que no se han identificado vetas estanníferas de estos minerales en ese radio de 5km., sino que hay que buscarlos a 19 km., en los ya mencionados términos

municipales de Morille, de Mozárbez, de San Pedro de Rozados, de Martinamor, de Alba de Tormes, de Encinas de Arriba, de Buenavista y de Monterrubio de la Sierra. Dicha área se encuentra más cerca del Cerro de la Plaza de San Pelayo (Martinamor) o de El Torrejón (Alba de Tormes), por lo que es posible que fuera explotada por sus pobladores. Esta actividad minera en Salamanca capital se mantuvo durante el Hierro II, ya que en las diferentes intervenciones realizadas en el Teso de Las Catedrales se han documentado nódulos de hierro, crisoles y escorias (Macarro, 1999a: 43 y 241, 268 y 310; Alario, 1999: 30; Sector C, U. E. 437-38, nº 129-132). (Macarro, 1999a: 43) y una estructura de combustión posiblemente vinculada a la fundición de los metales (Alario et al., 1998a: 302). No obstante, en cuanto al abastecimiento de materia prima sucede lo mismo que en la etapa anterior, por lo que volvemos a remitirnos a las vetas anteriores; pero esta vez posiblemente explotadas por los pobladores de Alba de Tormes. Ferias y mercados pudieron ser la vía de intercambio de esta materia prima.

Otros yacimientos en donde se han identificado vetas de estaño y hierro son: el Teso de Utrera (Mozárbez) (Fig. 30-1), el Gejo de Diego Gómez (Fig. 30-2), Cabeza de Diego Gómez (Fig. 30-3), Los Castillos (Villalba de Los Llanos) (Fig. 30-5), el Tapao del Santo (Fig. 30-6) y el Teso de La Higuera (La Mata de Ledesma) (Fig. 30-7).

### **3. B. b. Zona occidental.**

Como ya se ha mencionado, la zona de Lumbrales-Vitigudino es rica en estaño, hierro y, en menor medida, oro. El análisis realizado demuestra que existen una serie de yacimientos en esta área que en su zona de explotación no sólo contaría con pastos y suelos agrícolas sino que también tendrían afloramientos metalogenéticos susceptibles de aprovechamiento. La figura 31 se puede apreciar los yacimientos y las distancias a las que se localizan estas vetas minerales. En todos los casos las concentraciones mineras se sitúan dentro del radio máximo de 5 km.

Los hallazgos arqueológicos que confirmen esta explotación, recuperados en los yacimientos de esta área, son nulos y tan sólo contamos con crisoles, escorias y gotas de bronce en El Castillo de Saldeana (Maluquer, 1956) y en El Castillo de Saldeñuela (STRATO, 2001-02), que si bien no hacen referencia a la minería en sí; se pueden poner en relación con el trabajo del metal. Otro dato que se puede aportar sobre el aprovechamiento del estaño cercano a Las Merchanas es que sería de tipo aluvial (Maluquer, 1968: 120; Salinas, 1992: 180), suponiendo, por cercanía, esta misma producción para las vetas existentes en las cercanías de los castros anteriores (Fig. 31-6).

El Campo de Argañán y El Campo de Azaba, como ya se ha dicho, tienen menos afloramientos que la zona anterior, pero también constan de vetas de hierro, estaño y de oro y su explotación a lo largo de la historia destaca por ser de tipo aluvial y muy sencillos de tratar (Fort y Gonzalo, 1984: 204). A pesar de esta menor densidad de filones, se han identificado una serie de poblados que pudieron explotarlos.

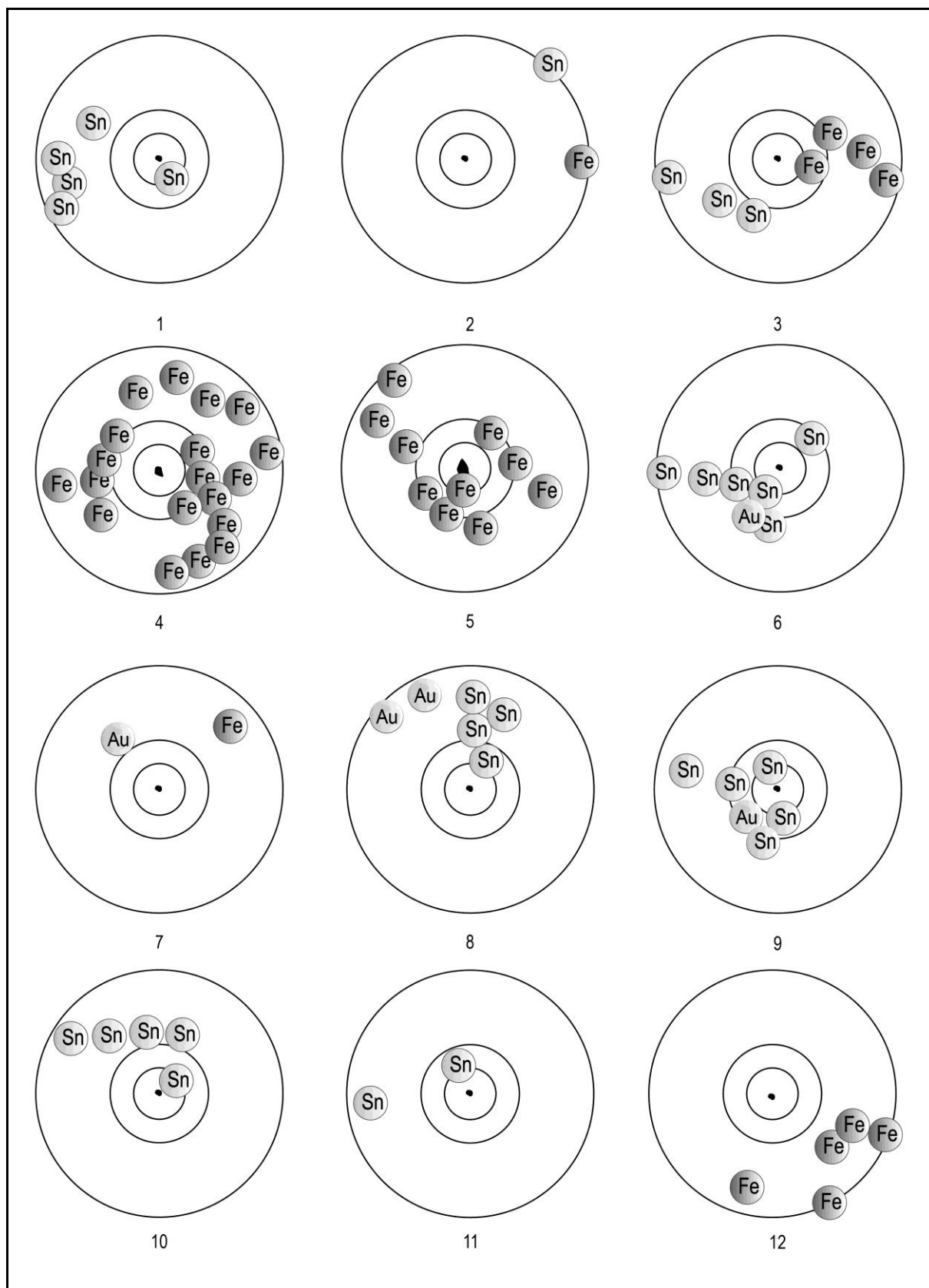


Figura 31: Caracterización económica 4d. Minería zona occidental 1. Módulos de 1, 2 y 5 km. 1. Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero). 2. Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores). 3. Castelmoo (San Felices de los Gallegos). 4. Las Cercas (Villavieja de Yeltes). 5. Los Castillos (Retortillo). 6. El Castillo de Saldeñuela. 7. Los Castillos (Gema). 8. Casa Quiquín (Barruecopardo). 9. La Mata Chica (Bermellar). 10. Las Merchanas (Lumbrales). 11. Valle Ancho (Bermellar). 12. Los Castillos (Pozos de Hinojo). (C. Mateos)

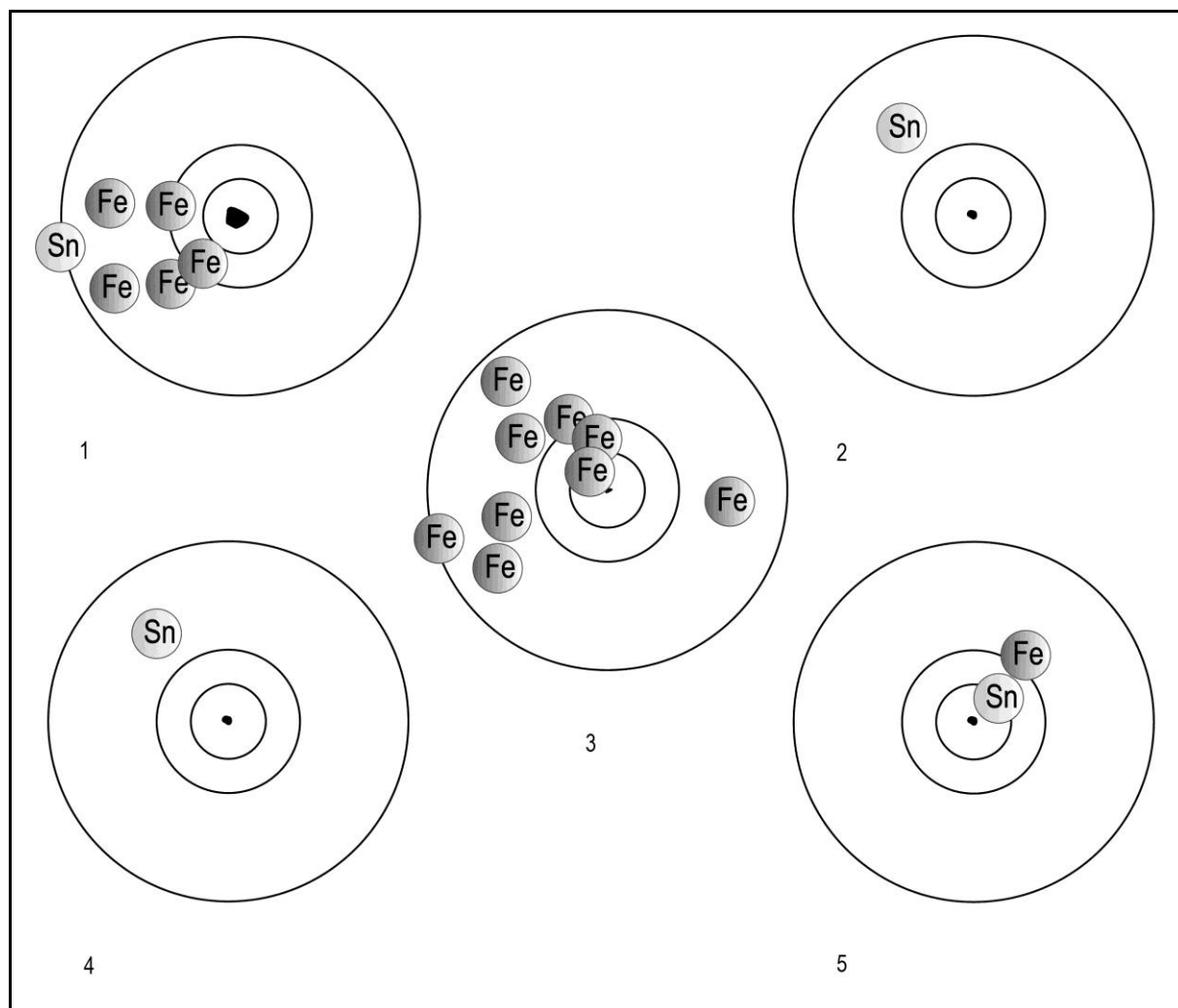


Figura 32: Caracterización económica 4e. Minería zona occidental 2. Módulos de 1, 2 y 5 km. 1. Los Castillos (Villar de Yegua). 2. Los Frailes (Villar de Argañán). 3. La Plaza (Gallegos de Argañán). 4. Valle de la Gutiérrez. 5. Fuenteguinaldo. (C. Mateos)

Así, La Plaza (Fig. 32-3) está situada en un terreno con una gran cantidad de vetas de hierro. Otros yacimientos situados cerca de vetas de estaño y/o hierro son Los Castillos (Villar de Yegua) (Fig. 32-1) y Los Frailes (Fig. 32-2). Según Roldán, el castro de Iruña pudo explotar los recursos mineros del área del Puerto de Perales (1998: 315). No obstante, la distancia en línea recta de aire es de 15,70km. , demasiado lejos para una explotación directa por parte de este castro, aunque es posible que poblados subordinados a él, cumplieran con esta función, como Peñaparda, Valle de La Gutiérrez (Fig. 32-4) y Fuenteguinaldo (Fig. 32-5). El aprovechamiento de las vetas en los dos últimos casos está atestiguado en época moderna en relación a los diques estanníferos de la Rivera del Azaba (Mapa geológico de España, 551: 57-58). Hay que decir que, arqueológicamente, no se ha documentado una explotación por parte de estas poblaciones y una vez más sólo podemos remitir al material recogido en La Plaza, consistente en escorias que indicarían la existencia de metalurgia, cuya materia prima podría provenir de estas vetas indicadas. Otro yacimiento donde de la zona en donde se ha documentado, en prospección, escorias férricas y un fragmento de tobera de fuelle es El Castillo de Herguijuela de

Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito, 1994: 119; Esparza y Blanco, 2008: 89) En este caso no se ha detectado ninguna veta metalogenética cercana, por lo que es posible que este yacimiento sólo se encargara de la transformación del metal, lo que podría explicar la muralla tan potente que se ha documentado.

### **3. B. c. Zona serrana.**

Los poblados identificados con vetas de estaño y hierro en su entorno inmediato serían seis: Las Fraguas (Linares de Riofrío), Los Santos, El Castillo (Cabeza de Béjar), Peña de La Mata (Guijuelo), Los Malvanes (Mogarraz), La Corona (Rinconada de la Sierra), Los Rodales (Pinedas), Ropino (Pinedas) y Alto de La Calera (Los Santos) (todos en la figura 33).

Dentro de este grupo habría que mencionar el yacimiento de Cancho Enamorado, ya que los resultados de las últimas investigaciones hacen pensar que esta población conocía perfectamente la metalurgia y explotaban los recursos de su entorno para tal fin (López *et al.*, 2006). Los hallazgos metálicos situados en su sector oriental muestran todos los elementos de la cadena del proceso metalúrgico, como son restos de crisoles, gotas de bronce fundido desechadas durante el trabajo y objetos terminados. Los análisis arqueometalúrgicos indican que dichas piezas son producciones autóctonas, y es que el estaño se encuentra de forma abundante en la zona (López *et al.*, 2003f: 54-55). No obstante, en el mapa metalogenético consultado las vetas más próximas se sitúan entre los 6 y los 10 km. de distancia (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 44), por lo que quizá habría que plantearse ampliar los radios de captación.

Por otra parte, de los asentamientos identificados en la comarca de Entresieras, sólo se ha documentado en el Alto de la Calera escorias de fundición de hierro (Grande, 1987: 63). Coincidiendo esto con el hecho de que sólo en su territorio cercano se han localizado, por un lado, unas vetas de hierro a unos 5 km. al NE.; y por otro lado, el poblado se asienta sobre una franja de estaño que se extiende casi los 3 km. en dirección NE-SO. (Fig. 33-9). El resto de yacimientos (Alto del Cabezo, Pico Monreal, Las Navas y La Calamorra) no se han podido relacionar con ningún filón metalogenético.

No contamos con ninguna evidencia, una vez más, de la explotación de estos minerales y, otra vez, tenemos que remitir a los indicios de la actividad metalúrgica, para presuponer que la materia prima provendría de su entorno inmediato.

Los datos disponibles hasta la actualidad revelan que de 96 poblados sólo el 31%, con una cronología entre Bronce Final/Hierro I y Hierro I, tuvieron filones en su radio de captación de recursos. Para la etapa siguiente el porcentaje se reduce a un 24% sobre una muestra de 84 yacimientos. Los porcentajes de hábitats cercanos a las vetas no son muy altos, si se compara con el resto de la muestra en donde, a priori, no parece haber una relación con ningún yacimiento metalogenético; pero está claro que la explotación de estos recursos debieron tener algún peso a la hora de la elección de los asentamientos. Los minerales que parecen buscar son principalmente el estaño y el hierro, aunque



también contamos con unos pocos hábitats próximos a vetas de oro. El hecho de que las posibles minas no se sitúen en el entorno inmediato de los poblados no es un caso aislado, ya que el estudio sobre las explotaciones mineras y la posible relación con los poblados en el Sado-Bajo Guadiana, también dio un rango de 5,5 km. como término medio (Berrocal-Rangel, 1992: 238).

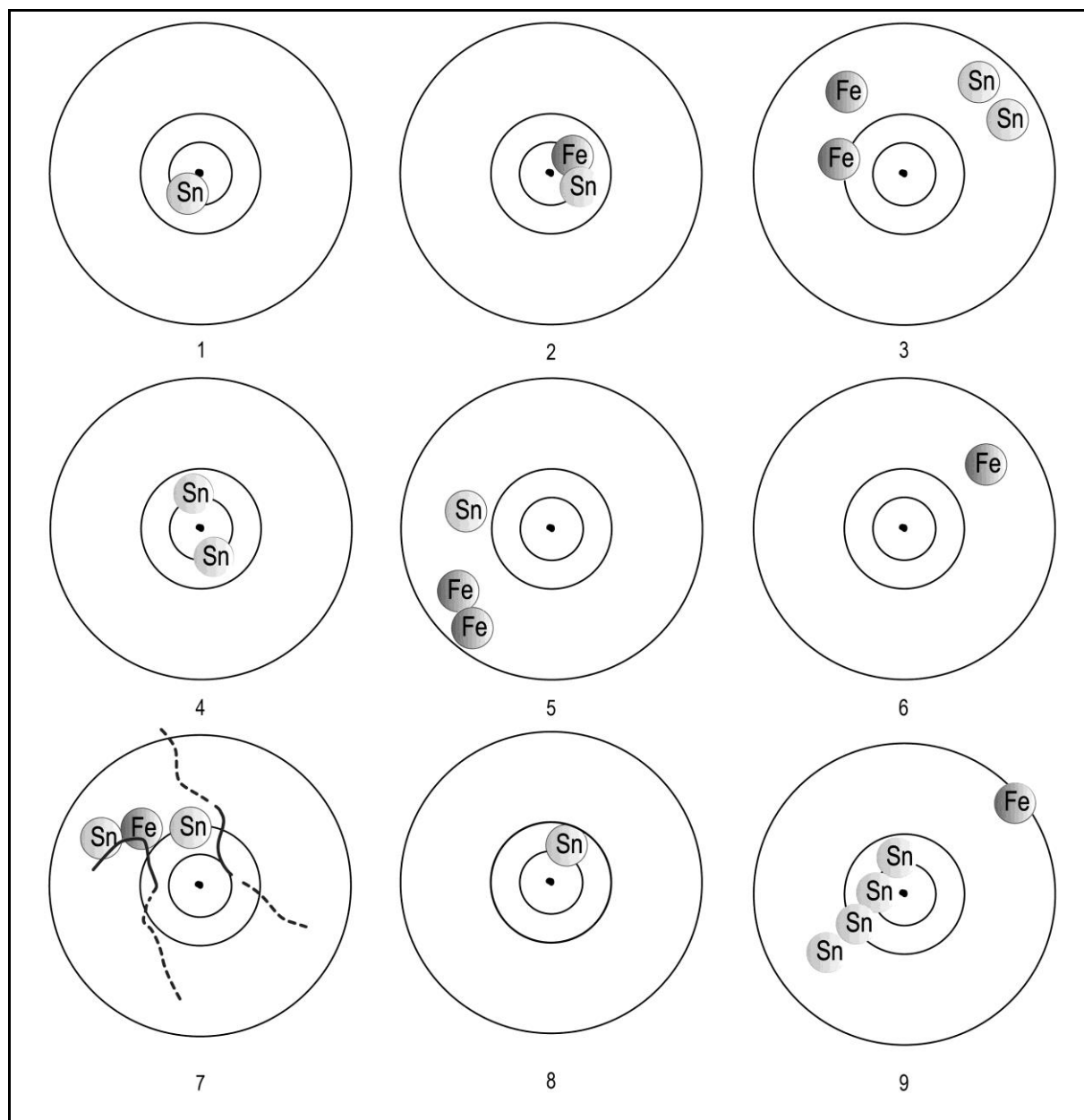


Figura 33: Caracterización económica 4f. Minería zona serrana. Módulos de 1, 2 y 5 km. 1. Las Fraguas (Linares de Riofrío). 2. Los Santos. 3. El Castillo (Cabezo de Béjar). 4. Peña de La Mata (Gujuelo). 5. Los Malvanes (Mogarraz). 6. La Corona (Rinconada de la Sierra). 7. Los Rodales (Pinedas). 8. Ropino (Pinedas). 9. Alto de La Calera (Los Santos). (C. Mateos)

Casos análogos se encuentran en Burgos, en los yacimientos de Miraveche y Villanueva de Teba, cuya producción metalúrgica está bien documentada. Los análisis realizados demuestran que la tecnología metalúrgica era muy pobre, pero existía; remontándose al Bronce Final. Al igual que ocurre

en los castros de Salamanca, los burgaleses estarían enclavados en zonas ricas en presencia de vetas metálicas, de donde podía proceder la materia prima (Ruíz, 2001: 125).

Así mismo, en el curso alto del río Mesa (Guadalajara), se conocen diversos afloramientos de hierro de tamaño pequeño, que sí bien son improductivos en términos actuales de rentabilidad; pudieron ser explotados en época prerromana, ya que suministrarían el material necesario para la producción de utillaje doméstico y bélico. Además, parece que los poblados de la zona están situados en función de dichas vetas (Martínez y Arenas, 1999).

Más cercano a nuestro territorio son las áreas abulense y cacereña, caracterizadas geológicamente por contar con afloramientos mineros de plata, estaño, cobre, hierro y oro, en cuyas proximidades se asentaron grandes *oppida*. Además, las evidencias arqueológicas, tales como instrumental minero, de orfebre y escorias, en las poblaciones de esta zona, no dejan dudas sobre la explotación minera, la transformación del mineral y trabajo del metal en los mismos poblados, como por ejemplo Las Cogotas, La Coraja, Villasviejas del Tamuja (Cáceres), Arroyo Manzanas (Toledo), Sanchorreja o Sierra del Aljibe (Cáceres) (Sánchez Moreno, 2000: 210-211; Celestino *et al.*, 2009: 198ss.). También en la penillanura cacereña, durante el Hierro I parece que la presencia de los minerales de estaño, los afloramientos de galena argentífera y de oro jugaron un papel importante a la hora de asentarse en un lugar. Así en El Cerro de San Cristóbal (Logrosán) existen evidencias tanto de la explotación de los filones estanníferos (mineral triturado, zanjas de explotación, martillos líticos...) como de su transformación metalúrgica *in situ* (crisoles, moldes, toberas...) (Esparza y Blanco, 2008: 85).

De hecho, en otros sectores cercanos al territorio vettón, como La Beturia túrdula, se sabe de minas prerromanas de cobre, plata estaño o cinabrio (Rodríguez, 1995: 112 y 116). Así mismo en tierras de León se ha documentado en el yacimiento de cobre de “La Profunda”, instrumental minero prehistórico tanto de extracción de mineral como de trituración del mismo, como por ejemplo hachas de cobre y mazos mineros de cuarzo. La adscripción cronológica de esta mina es amplia desde el Calcolítico hasta el Bronce Final (Neira *et al.*, 2005: 225-228).

Otros casos en los que sí se ha podido establecer una relación directa entre la explotación de las minas y los poblados prerromanos son los de Castilmontán (Soria), El Cerco (Sejas de Aliste) y el de Lubián. En las cercanías del primero se ha señalado la presencia de algunas minas, especialmente la de San Salvador (Sagidos) cuyo mineral presenta una composición relacionable con la de las escorias halladas en el castro (Madroñero *et al.* 1992). El mineral documentado Lubián procede de las proximidades del asentamiento, y en el caso de El Cerco parece provenir de La Sierra de La Culebra, y no de los afloramientos más próximos, lo que indicaría que el área de captación podría ser bastante mayor que el territorio inmediato a los poblados (Esparza, 1999: 101).

A modo de conclusión, el estudio del entorno inmediato muestra que la presencia de vetas metálicas, sobretudo de hierro y estaño, tuvo una cierta importancia a la hora de la elección de algunos

asentamientos, aunque parece que debió ser un factor secundario ya que el número de yacimientos con menas cercanas no es muy elevado, como se ha comprobado.

### 3. C. Recursos hídricos

Se ha medido la distancia en kilómetros existe entre poblados y ríos, arroyos o fuentes naturales más cercanos. El resultado es que estos últimos se pueden encontrar entre 8 metros y menos de un kilómetro de distancia e incluso hay una serie de ellos contarían con una fuente dentro del propio poblado, como son Las Merchanas (Lumbrales), Lerilla (Zamarra), Las Uces, Cortinas del Río (Encinasola de los Comendadores), La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada), Cancho Enamorado (Puente Congosto) o Los Tejares (El Tejado de Béjar). No obstante, también se constatan seis excepciones: Cucurrito (Pinedas), Camino de Cantaracillo (Cantaracillo), Peña del Castro (Cabeza de Framontanos), Peñas de la Noria (Barruecopardo) y el Teso del Santo (Gejo de los Reyes), que superan el kilómetro de distancia. La media para recoger agua en los hábitats de la primera etapa de la Edad del Hierro es de 0,34 km. mientras que para la segunda etapa se reduce a 0,29 km., trayecto coherente con un hábitat de estas características.

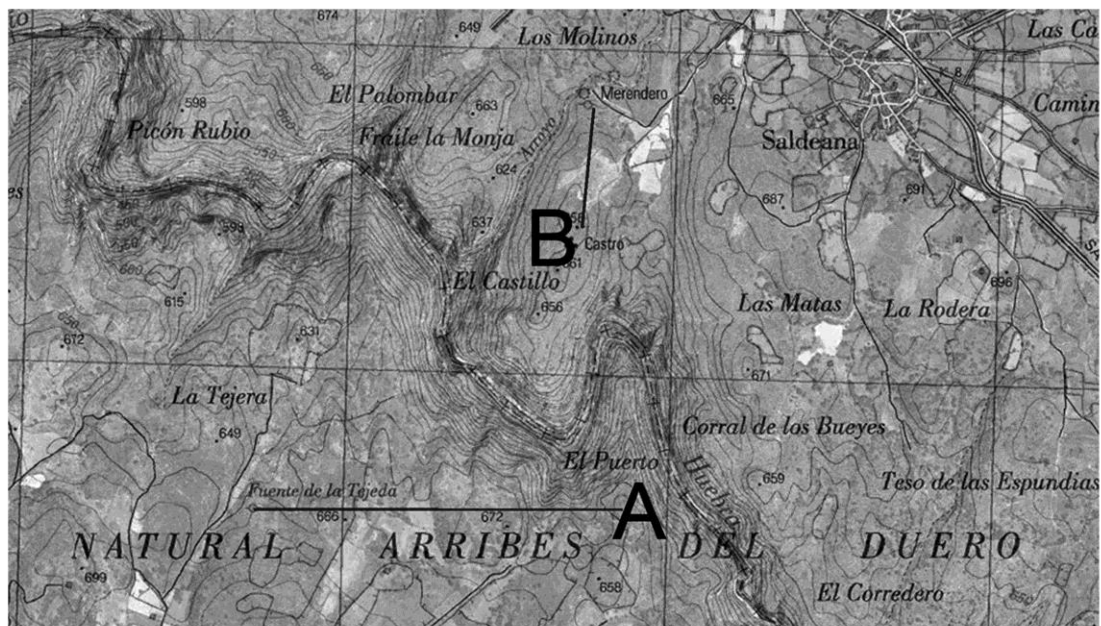
Los ríos y los arroyos, a parte de una función defensiva, fueron aprovechados por la población para el abastecimiento de agua, como demuestra la existencia de portillos que van a dar a ellos en castros como Yecla de Yeltes, Las Merchanas (Lumbrales) o Irueña (Fuenteguinaldo), como se verá en el capítulo siguiente. Incluso, algunos en los que no existen estas puertas tienen un camino de acceso hacia el río oculto a la vista que normalmente suele estar ubicado en un lateral o en la zona que da a los escarpes del río. En esta situación estaría La Plaza (Gallegos de Argañán) con el vado de Flores (Fig. 34-2), El Castillo de Saldeana o Las Cercas (Villavieja de Yeltes).

En la mayoría de los castros emplazados en lugares altos y con fuertes cortadas hacia el río, como es el caso de la mayoría de los asentamientos de ubicados en Las Arribes, el propio emplazamiento parece un inconveniente para obtener el agua del río. No obstante, este problema no es tal ya que existen corrientes de aguas subterráneas que permiten la presencia de fuentes, muchas de las cuales hoy en día siguen en uso. Este parece ser el caso del castro del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña), en cuyo el lienzo Suroeste se intuye una puerta que va a dar a la denominada Fuente Santa (Maluquer, 1956a: 93). El Castillo de Saldeñuela también cuenta con una gran pendiente hacia río Huebra, pero a 1,13 km. en línea recta de aire, existe una fuente natural llamada Fuente de la Tejeda. En el mismo caso está El Castillo de Saldeana, en donde a unos 380 m. existe otra fuente<sup>21</sup> (Fig. 34-1).

Por otra parte hay yacimientos rodeados de uno o varios arroyos como por ejemplo La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada) (Fig. 35-1), El Castillo (La Cabeza de Béjar), el Teso del Cuerno (Forfoleda) o el Teso de San Miguel (Villamayor) (Fig. 35-2).

---

<sup>21</sup> Sandra Valle, vecina del pueblo, nos informó que la fuente actual se alimentaba de un pozo natural.

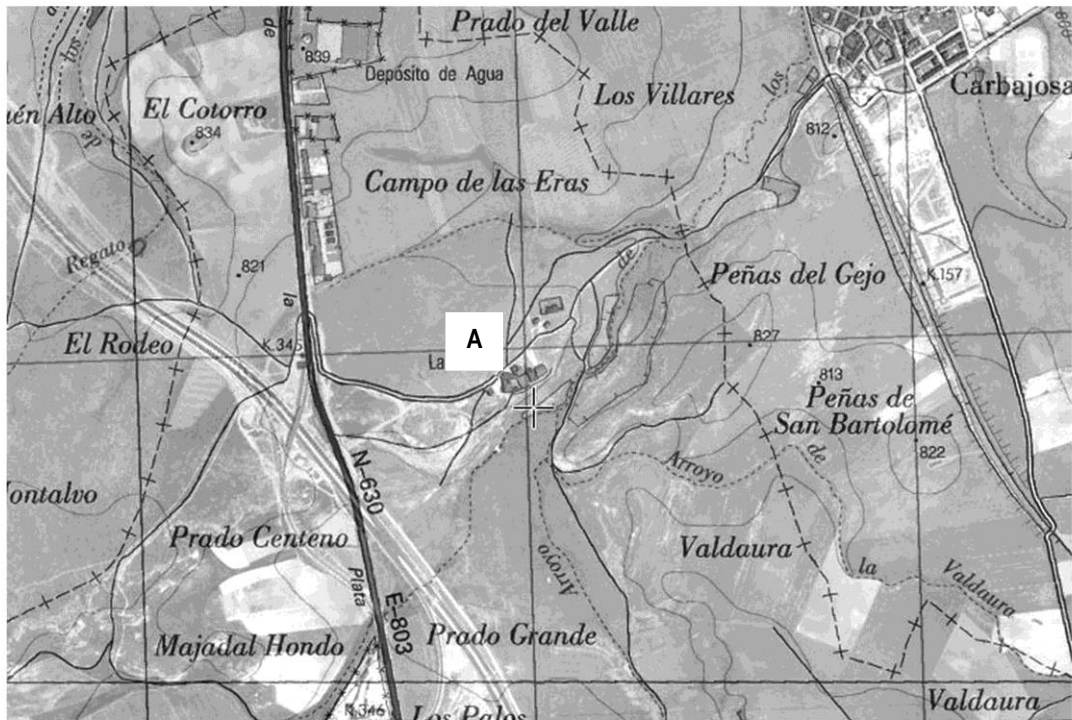


1 La imagen muestra la línea recta de aire que une el castro de Saldeñuela (A) y de Saldena (B) con las fuentes naturales.

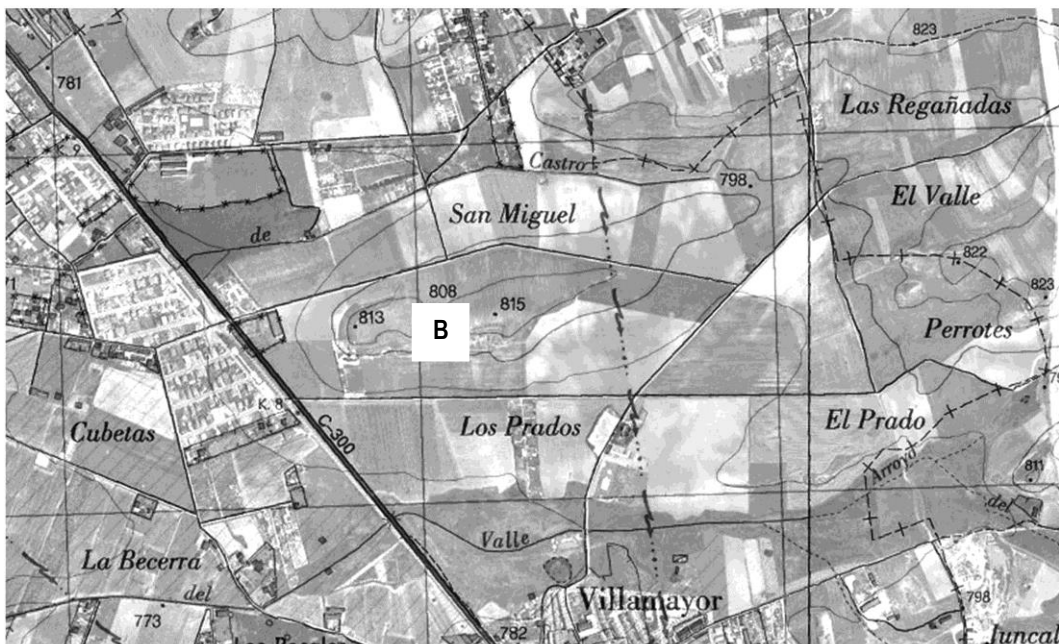


2 La imagen muestra la situación del castro de La Plaza y el camino que va a dar al vado de Flores.

Figura 34: Recursos hídricos 1. 1. El Castillo de Saldeñuela. 2. La Plaza (Gallegos de Argañán).  
Imágenes tomadas del SIGPAC



- 1 La imagen muestra la situación de yacimiento de La Pinilla y su situación respecto a los diferentes arroyos que lo circundan.



- 2 La imagen muestra la situación del yacimiento Teso de San Miguel y su situación respecto a los diferentes arroyos que lo rodean.

Figura 35: Recursos hídricos 2. La Pinilla (Carbajosa de La Sagrada) y Teso de San Miguel (Villamayor).  
Imágenes tomadas del SIGPAC

Por tanto, se ve como los pobladores buscaban lugares donde se pudieran abastecer de agua con facilidad. Una vez trasladada al poblado sería almacenada en las grandes vasijas que se han recuperado en el Teso de Las Catedrales (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 1; STRATO, 1994); La Corona (Sánchez-Palencia et al., 2001: pieza SF/202/183); en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/53/4); en el Cerro San Vicente (Forma 6 de Macarro, 1999: 96); en Cancho Enamorado (López et al., 2003: 356, 360 y 384) o en Los Tejares (López, 2004: pieza 573). En nuestro caso no se han realizado análisis sedimentológicos en la mayoría de los recipientes, por lo que no se puede asegurar esta función, pero en otros yacimientos contemporáneos si ha sido posible aventurar esta conjetura, como por ejemplo en Pajares (Villanueva de La Vera, Cáceres), en donde los análisis realizados a una vasija empotrada en la roca documentada en una cabaña son negativos en cuanto a restos alimenticios, por lo que seguramente su función fuera la de almacenar el agua procedente de las fuentes y manantiales que existen en los alrededores (Celestino, 2008: 95 y 104).

Este aprovechamiento de los recursos hídricos es similar a la mayoría de los hábitats prerromanos, como por ejemplo en la zona del Sado-Bajo Guadiana (Berrocal-Rangel, 1992: 226) o en zona de La Vera (Celestino, 2008: 95).

### **3. D. Estudio de las vías de comunicación**

Este apartado trata sobre la situación de los yacimientos respecto a las vías de comunicación, tanto terrestre como fluvial. La presencia de éstas para la elección de un emplazamiento sería importante porque lo abriría a otros poblados, al comercio y a las relaciones culturales y demográficas. Primero nos centraremos en las vías de comunicación en sí y después se expondrán los resultados del estudio de visibilidad respecto a ellas en una selección de diez castros. Así mismo, se analizarán otros resultados obtenidos al realizar este estudio.

Lo primero que se ha acometido es la realización hipotética de un “mapa de posibles vías protohistóricas” en el territorio estudiado, aunque es cuestionable ya que todos los investigadores coinciden en la dificultad que entraña la identificación de caminos prerromanos (Alfaro, 2001: 218; Sáez, 2001: 159; Galán y Ruiz-Gálvez, 2001: 263; Gil, 2006: 16...).

La base de partida es interdisciplinar:

1. Arqueológica: restos de calzadas romanas y otros testimonios.
2. Etnográfica: cañadas, cordeles, veredas y coladas empleadas desde antaño por los pastores para la trashumancia extraídas de diversas fuentes, tales como Morán (1950); García Martín (2000); González Sánchez (2009), así como el SIGPAC y los mapas topográficos correspondientes.
3. Toponímica, porque, como se verá, hay caminos que se han perdido, pero que se pueden recuperar gracias a topónimos tales como Arroyo de la Calzada, La Calzada, Calzadillas, el Puerto... Ya el padre Morán, empleó esta disciplina en su estudio sobre

las antiguas vías de comunicación, asociando en él muchos caminos con calzadas romanas (1950). Un ejemplo muy claro de la utilidad y veracidad del estudio de los topónimos se encuentra en el pueblo de Calzada de Valdunciel, en donde la fotografía aérea muestra el trazado de la calzada romana, conocida como Vía de La Plata, en paralelo a la carretera (Ariño, 2007: 248). De hecho, allí se conservan restos de una fuente romana, que se asocia a la calzada como punto de abastecimiento de agua de los viajeros.

4. Ideológicos: al estudiar los verracos, ya que una de las funciones que se barajan es el de marcadores territoriales, su presencia no sólo indicaría la propiedad de las tierras sino que también señalarían vías de paso, zonas de abrevadero y la idoneidad de esas tierras para su explotación (Álvarez-Sanchís, 1999; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2008). De hecho, el estudio realizado sobre los verracos<sup>22</sup>, demuestra que la ubicación de algunas esculturas coinciden con las vías propuestas.

Con todo ello nos proponemos obtener un mapa de vías antiguas de comunicación, con la esperanza de que lagunas de éstas fuesen usadas en la Edad del Hierro, hipótesis que podrá comprobarse mediante su relación espacial con los poblados.

### **3. D. a. Calzadas romanas y cañadas.**

Primeramente, los motivos para tomar como base las calzadas y las cañadas son básicamente de carácter:

*3. D. a. 1 Textuales: las fuentes clásicas*

*3. D. a. 2 Arqueológicos*

*3. D. a. 3 Argumentos geográficos y morfológicos*

*3. D. a. 4 Argumentos históricos y etnográficos*

*3. D. a. 1. Testimonios literarios clásicos:* De las fuentes clásicas se puede inferir el carácter ganadero y trashumante de los pueblos de la Antigüedad, no sólo en la Península Ibérica sino también en el resto de Europa (Sáez, 2001: 159ss.; Gómez, 2001: 177ss.; Alfaro, 2001: 215ss.; Pastor y Novoa, 2003: 24). A pesar de la escasez de información sobre el aspecto ganadero, se puede intuir que ocupó un lugar importante en ámbitos tanto económicos como sociales y políticos. Esta falta de datos puede responder a que la agricultura era el motor del imperio romano, por tanto en los tratados conocidos se la incentiva (Magón, Catón o los *Sasernae*), en detrimento de la ganadería (Sáez, 2001: 159-169; Gómez Pantoja, 2001: 188). Esta situación se invierte en el siglo I a. C. debido a que las fundaciones coloniales trajeron consigo el acceso a la tierra de la plebe y la ganadería pasó a ser una actividad de patricios. Así Cicerón o Salustio menospreciaban el estudio de la agricultura y Varron, en su tratado *De re pecuaria*, considera la ganadería como una ocupación de aristócratas y menciona los problemas

<sup>22</sup> Este apartado se desarrollará en el capítulo 6.

existentes entre agricultores y ganaderos debido a los recorridos trashumantes. Por su parte, Virgilio en el siglo II d. C. denuncia el maltrato de pequeños propietarios debido a la extensión ganadera. Mecenas también defiende la idea y la grandeza de la ganadería extensiva (*Ibídem*, 2001: 159-169). Referencias más concretas las encontramos en Plinio en su *Naturalis Historia*, en donde se menciona la trashumancia en la Galia Narbonense. En Grecia también está documentada, en *Oedipus rex* (ca. 425 a. C.) y en una inscripción del II a. C., que indica un acuerdo entre las ciudades de Myania e Hypnia para regular la permanencia de los pastores en la zona durante el esquilado primaveral de la lana (Gómez, 2001: 188).

En la Península, Tito Livio (*Ab. Urb. Con.*, 21, 43,8) expone que Aníbal arenga a los soldados lusitanos y celtíberos con un discurso en el que dice “...el éxito de la empresa supondría el abandono de todo el tiempo que hasta ahora habéis pasado siguiendo el ganado en los pelados montes de Lusitania y Celtiberia sin ver ninguna recompensa a tantas fatigas y penalidades”. Estrabón hace referencia a los pueblos ganaderos del interior cuando expresa que los turdetanos empleaban pesetres de plata (*Geog.*, III, 2, 14). Otros autores como Tito Livio (*Ab. Urb. Con.*, XXIX, 3, 5), Diodoro Sículo, (*Hist.*, XXXIII, 16, 1) o Appiano (*Ib.* 53-54) hablan sobre la forma de pago de los tributos de los pueblos del interior a Roma: lana, mantos y otras manufacturas hechas con esta materia; productos típicos de poblaciones ganaderas.

Por otro lado, en el siglo I d. C., Columela en su tratado *De re rustica* (7, 2, 4) defiende la agricultura especializada y considera la ganadería como algo desgraciadamente necesario, como fuerza de trabajo. En su obra hace referencia a las rastrojeras y a su aprovechamiento por el ganado. En el siglo V la situación es la misma según las palabras de Paladio y en época visigoda la *Lex Visigothorum*, de los siglos V y VI d. C., hace referencia a la trashumancia al hablar de que no se pueden poner trabas en los caminos a los rebaños y al establecer una indemnización si aquellos sufrían algún daño por cepos o fosos (Sáez, 2001: 173).

Además, las fuentes clásicas, como Jenofonte, exponen que en Grecia, y probablemente en el resto del mundo antiguo, era normal tomar rehenes para que las poblaciones sometidas prestaran su ayuda al conquistador. Alfaro Giner (2001: 221) interpreta que esta ayuda se traduciría en guías, normalmente pastores, que les conducirían por el territorio a través de los caminos por lo que ellos se movían. También se encontraban estos guías dándoles unos bienes de alto precio. Así es posible que Aníbal contara con ellos para su marcha contra los vacceos del Duero medio, *Helmantica* y *Arbukale*, ya que los ólcades de la zona de La Mancha fueron sometidos por Aníbal (Tito Livio, *Ab. Urb. Con.*, XXI, 5,4; Polibio, *Hist.*, III, 13, 5) y hemos de suponer que estas gentes conocían bien las zonas de paso entre Despeñaperros y el valle del Tormes. De hecho y según Arias (1987: 386), habría un camino prerromano que uniría *Cartagonova* con *Helmantica* pasando por la actual Madrid, el llamado Camino del Esparto. Las fuentes narran que al regresar Aníbal de esta campaña su ejército pasa apuros porque sus guías han huido. Como consecuencia, en la campaña siguiente, los hijos de los



jefes de todos los pueblos de *Hispania* se quedan en la fortaleza de Sagunto como rehenes (Tito Livio, *Ab. Urb. Con.*, XXII, 22,4). Por tanto es de suponer que con él se llevaba guías ibéricos y que los rehenes son usados para evitar otra deserción (Alfaro, 2001: 221).

Otro dato que demuestra la existencia de guías-pastores y de caminos prerromanos se vuelve a encontrar en relación con las campañas de Aníbal. En su marcha hacia el Norte, recurrió a alianzas con los galos para cruzar los Alpes. Éstos le dijeron que el paso era difícil y duro, pero no imposible (Polibio, *Hist.*, III, 34, 6). Tito Livio recoge que Aníbal expuso que si los caminos eran transitables para unos pocos (pastores) también lo serían para el ejército (*Ab. Urb. Con.*, XXI, 30,7). Es en este paso de los Alpes en donde se hace referencia a los pastores-guías (Tito Livio, *Ab. Urb. Con.*, XXI, 34, 3) con frases como “... *desaliñados pastores locales*” y “... *proporcionan provisiones y guías para el camino y rehenes como garantía de su compromiso*”. Estos pastores-guías también fueron empleados por los romanos (Tito Livio, *Ab. Urb. Con.*, XXI, 19, 6) (*Ibidem*: 222).

En relación con la interpretación de los datos de los autores clásicos, Sánchez-Corriendo expone que los lusitanos con los que se enfrentaba Roma debían ser pastores por tres motivos. El primero es que los enfrentamientos se producían en otoño y primavera, coincidiendo con la época de trashumancia de los rebaños. El segundo es que el botín mencionado, obtenido por los romanos, consistía en ganado. Y por último, el hecho de que los incidentes parecen haber sido provocados por los romanos, ya que el año que el *praetor* de la Ulterior estuvo gravemente enfermo fue el único período en que no hubo problemas. En este contexto, el enfrentamiento entre vettones, vacceos y celtíberos contra M. Fulvio Nobilior en las cercanías de Toledo hacia el 193 a. C. pudo responder a un intento de los romanos de fiscalizar la trashumancia con el control del cruce del Tajo. Este vado es un paso crítico para el tránsito de los ganaderos entre las dos mesetas. Por tanto, es posible que las fuentes escondan una realidad pastoril deformada (Gómez Pantoja, 2001: 210-11).

Por último, mencionar que existen otros yacimientos que están situados cerca de vías pecuarias como por ejemplo los vallisoletanos de El Soto (Medenilla), La Mota (Medina del Campo) o Melgar de Abajo (Galán y Ruiz-Gálvez, 2001: 271-272).

3. D. a. 2. *Los vestigios arqueológicos*. Los restos materiales podrían ratificar el carácter ganadero-trashumante de los pobladores prerromanos. Es decir, la trashumancia explicaría porque en un conjunto de estelas romanas (I d. C.) encontradas en Soria y en La Rioja, sus titulares portan una onomástica con rasgos muy claros del Valle del Ebro. La teoría de Gómez Pantoja es que al quedar los campos de las ciudades del valle abrasados por la canícula, los rebaños serían llevados a los cursos altos de los ríos Cidacos, Alhama y Queiles (2001: 197). Así mismo, una posible interpretación del texto de una estela encontrada en Santo Tomé, en una zona de aprovechamiento de pastos invernales hoy en día, parece que pudiera hacer referencia a los *ovarii* (los que tratan y/o cuidan a las ovejas) (*Ibidem*: 199).

En Capilla (Badajoz) se documentó una inscripción votiva dedicada a la diosa Pales, la cual se ha relacionado con las labores pastoriles. En este lugar, antes de que La Mesta ganara preminencia absoluta, existía uno de los puentes que los trashumantes atravesaban. Se especula que estos pastores procedían de Uxama y Clunia (Gómez Pantoja, 2001: 203) y es que Extremadura es el objetivo de comunicación más primitivo entre las comunidades norteñas y centro-meridionales de España. Algunas de las cañadas que la cruzan coinciden, al menos parcialmente, con el trazado de antiguos caminos ibéricos y romanos como La Zamorana o La Plata. En otoño los rebaños se encaminan a las llanuras extremeñas o manchegas y a finales del verano emprenden camino al revés, hacia montañas de La Meseta Norte. Así, la concentración de lápidas sepulcrales de uxamenses, que murieron lejos de su tierra, se produce en ambas vertientes del Sistema Central y a lo largo de la vía natural que une las tierras del macizo galaico con el interfluvio Tajo-Guadiana. Ambos caminos siguen lo que luego se conocerá como dos transitadas cañadas durante la época de esplendor de La Mesta. De hecho, los emigrantes de Clunia y de Uxama se han registrado siempre entorno a las cañadas meseteñas tradicionales. Por otro lado, en Caparra está atestiguada la presencia de una colonia de Clunia que desarrollaron instituciones de autoayuda como atestiguan los epitafios puestos por ellos a compatriotas muertos lejos de su tierra (Pastor y Novoa, 2003: 33-34).

Todos estos datos proceden de un mundo ya romanizado, pero es de suponer que estos caminos y esta actividad ya estarían presentes en el mundo prerromano, aunque no nos hayan llegado vestigios tan claros, ya que, como se ha visto, la ganadería tiene un gran peso en su economía, por lo que las necesidades de pasto son las mismas en ambas etapas.

Indicadores, en el registro arqueológico, del peso de la ganadería en la economía de los pobladores prerromanos serían objetos tales como queseras, tijeras de esquileo, cencerros, ganchos, punzones, espátulas, colodras, enmangues, los verracos, cerámicas decoradas con motivos animales, corrales, fusayolas, pesas de telar,... Arqueológicamente estos elementos se han documentan con claridad a partir del Hierro II (Novoa y Pastor, 2003: 24 y 26), pero también se pueden rastrear en muchos yacimientos adscritos al horizonte cronológico del Hierro I, como por ejemplo las queseras o vasos coladores del Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 272, Fig. 7b superior), de Cancho Enamorado (López, 2003b), de Sacaojos (Misiego *et al.*, 1995-96: 55), de la necrópolis de Urrea de Jalón (Pérez, 1990: 113), de San Román de La Hornija (Delibes y Martín Valls, 1972: 15)... Igualmente se han identificado diversas estructuras que parecen haber cumplido la función de encerraderos de ganado, como son los posibles corrales identificados en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 25; 2000: 12). Por otro lado, también se plantea que una parte de la superficie cerrada por las murallas prerromanas sirviera como encerradero de ganado. Ejemplos de esto último los encontraríamos en La Corona (Sánchez *et al.*, 2003: 30); en La Coraja (Redondo *et al.*, 1991: 277); en La Mesa de Miranda (Álvarez-Sanchís, 2003: 42-44); en Peñalara o Navas del Pinar (Ruíz, 2001:51); en Las Merchanas (Martín Valls, 1973: 130); en El Castillar (Castiella, 1986-87: 243) o en el irlandés de Dún Aghasa (Clark y Piggott, 1965: 328; Hárke, 1982: 200; Cunliffe, 1997: 225), por mencionar algún ejemplo.

Así mismo, el análisis de los restos faunísticos, realizados en diversos yacimientos meseteños de la Edad del Hierro, indican un claro predominio de la fauna doméstica sobre la salvaje y en algunos casos se defiende la existencia de un pastoreo trashumante desde el Neolítico (Blasco y Liesau, 1999: 142-143; Benet, 2001: 27; Gardes, 2001: 288; Macarro y Alario, 2012: 81). En esta misma línea habría que interpretar las evidencias de perros anormalmente grandes (similares en su morfología al mastín), que no muestran huellas de aprovechamiento cárnico, en El Soto (Valladolid), en Castilmontán (Soria), en El Cerro del Castillo (Valladolid) o en La Hoya (Álava). En otros yacimientos tan sólo se menciona la existencia del *canis familiaris*, pero no se especifica su tamaño como es el caso de La Coronilla. Así mismo, en Medellín se hace referencia un hueso de lobo, pero podría ser un perro tipo mastín (Toscano y Cerdeño, 1999: 122-123; Blasco y Liesau, 2008). En el caso de Salamanca se han identificado restos óseos de perro, que si bien presentan signos de descarnado antrópico en algunos casos, no es lo habitual; además la presencia del ganado ovino en el poblado hace pensar en una relación de guarda y custodia entre los perros y la ganadería (Macarro y Alario, 2012: 82). Por tanto, de confirmarse esta teoría estaríamos ante un indicio que apoyaría a existencia de perros pastores que cuidarían y guiarían a los rebaños, tal y como sucede en la actualidad.

Otros elementos que se han asociado con la trashumancia son las téseras de hospitalidad. Estos objetos tendría una función de contraseña y salvoconducto, garantizando una serie de derechos y permisos para sus portadores y quizá pagos y obligaciones en relación con las mercancías en movimiento, en este caso los rebaños (Elías y Novoa, 2003: 30). Así, parece ser en el caso de la hallada en fuentes de Claras (Teruel), que certifica la presencia de gentes celtibéricas en el territorio de la colonia Metellinense. De hecho, en la actualidad los pastores de la comarca de Villar del Cobo, próxima a Fuentes Claras, siguen bajando a La Serena a pasar el invierno (Gómez, 2001: 206). Esta misma hipótesis se ha planteado para la procedente de Las Merchanas, en donde se establece un pacto de hospitalidad entre la ciudad de Coria y un magistrado indígena llamado *Turos*, el cual debió, según Salinas (1997: 294) ser un representante de la comunidad que vivía en este castro.

No sólo transitaría ganado por estas vías, sino que también servirían para el movimiento de otros productos, habiéndose identificado un comercio muy claro entorno a la Ruta de la Plata con piezas de tipo oriental localizadas desde el Bajo Guadalquivir hasta las zonas altas de Salamanca y Ávila (Álvarez-Sanchís, 1997: 63-100; Cuadrado, 1966). Este reparto coincide con el de los jarros de bronce de tipo tartésico, las fíbulas de codo y las de tipo Bencarrón y Acebuchal. Señalando así un camino Sur-Norte, que parte del Bajo Guadalquivir hacia el Norte, a través de Extremadura, entrando en la Meseta por el valle de Plasencia y continuando por el curso del Tormes y del Ambles (Celestino, 1995: 68; Álvarez-Sanchís, 1997: 63-100; Cuadrado, 1966) (Fig. 36).

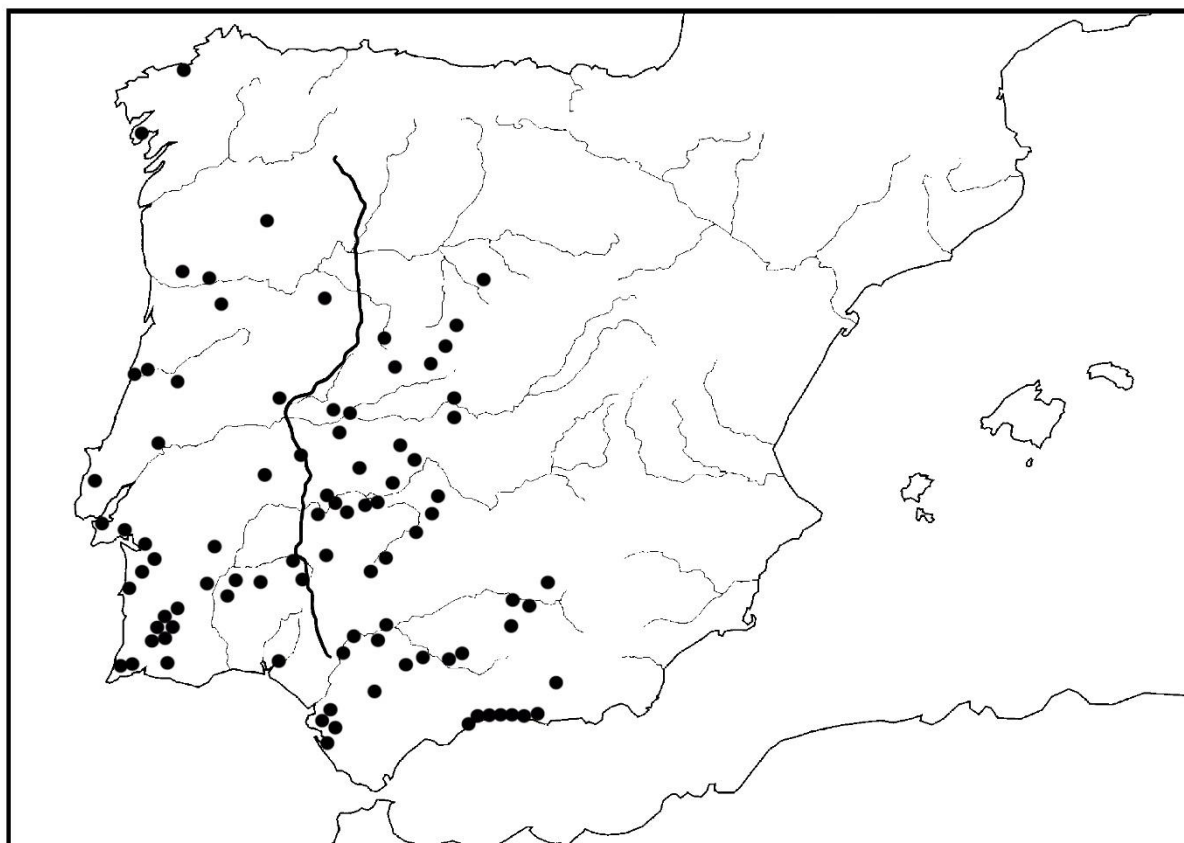


Figura 36: Mapa con los hallazgos orientalizantes y su introducción al interior peninsular. (C. Mateos)

3. D. a. 3. *Argumentos geomorfológicos y económicos*. Las vías son de difícil identificación, pero hay unos elementos fundamentales que se repiten y que son necesarios tanto para el ganado como para el hombre: cursos de agua o zonas de abrevadero, zonas de vados que permitan sortear los cursos fluviales, puertos para salvar las zonas montañosas y la presencia de sal para el buen funcionamiento de los animales (Alfaro, 2001: 218). Por tanto, la morfología del terreno o las características del suelo son elementos importantes a la hora de identificar estas rutas prerromanas, ya que en carecían de la tecnología necesaria para salvar obstáculos naturales o a traer agua para el ganado. Ni tan poco existirían pienso especiales para contrarrestar la escasez o la mala calidad de los pastos.

Teniendo en cuenta estos datos, a la hora de elaborar hipotéticos caminos prerromanos, uno de los elementos que se ha tenido en cuenta es la calidad de los suelos y su aprovechamiento. Como ya se ha expuesto, la dehesa ocupa buena parte del territorio estudiado y nace durante la Edad Media, cuando las zonas de explotación ganadera comunales son acotadas por los señores feudales, (Cabo, 1978: 66). Estas áreas de pasto seguramente ya existirían durante la Edad del Hierro, ya que las características de los suelos no han cambiado desde la Edad Media, por lo que difícilmente podrían variar en época prerromana. Por tanto, se podría decir que las zonas de pasto actuales podrían, no sin reservas, haber sido las áreas de pastoreo de los pobladores prerromanos; de hecho estudios

paleoambientales y paleoeconómicos en la cuenca media del Guadiana parecen indicar que el paisaje agropecuario actual no diferiría de la época protohistórica (Rodríguez Díaz, 2000: 103; Hernández Carretero *et al.*, 2003: 260). Al hilo de esta hipótesis, el estudio realizado demuestra que tanto las vías pecuarias tradicionales, de las que todavía queda constancia, como aquellos caminos que por los topónimos podrían haber sido antiguas rutas, se superponen con las zonas de dehesas (Fig. 39).

Otros elementos que se ha tenido en cuenta para realizar el mapa son los recursos hídricos. El agua es fundamental tanto para los animales como para el hombre. Así, es lógico que las rutas prerromanas estuvieran cercanas a recursos hídricos tales como fuentes naturales, arroyos y ríos. Incluso en muchas ocasiones, como ya se ha mencionado, el valle de los ríos es un paso natural usado por las poblaciones antiguas para moverse. Muchas de las vías marcadas en el mapa tienen asociadas fuentes, algunas de origen romano como es la asociada a la Calzada de la Plata a la altura de Calzada de Valduciel o la situada en la Calzada Extremadura-Ledesma a la altura de Villarmayor (IACyL).

Por otra parte, el mapa elaborado muestra como las vías que se han propuesto cruzan o van en paralelo a arroyos y ríos. Este hecho no ocurre sólo en el territorio en estudio sino que al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX, las calzadas y cañadas tenían muchos de sus trechos sobre valles o riberas e incluso por el mismo cauce fluvial, como por ejemplo el ramal de la soriana que se incorpora a la de Cuenca por el río Jalón. Así mismo, en el término abulense de Higuera de las Dueñas, la cañada leonesa baja un trecho por el arroyo abajo del Parrón y en el pacense de Castuera continúa subiendo por el río Guadalefra. Otro ramal que va desde Medellín hasta Fuente de Cantos (Extremadura) lo hace por el arroyo Arriba de Botocillo, en Usagre, y continúa por la margen izquierda del Ardila en Fuente de Cantos (Redondo *et al.*, 1995: 42).

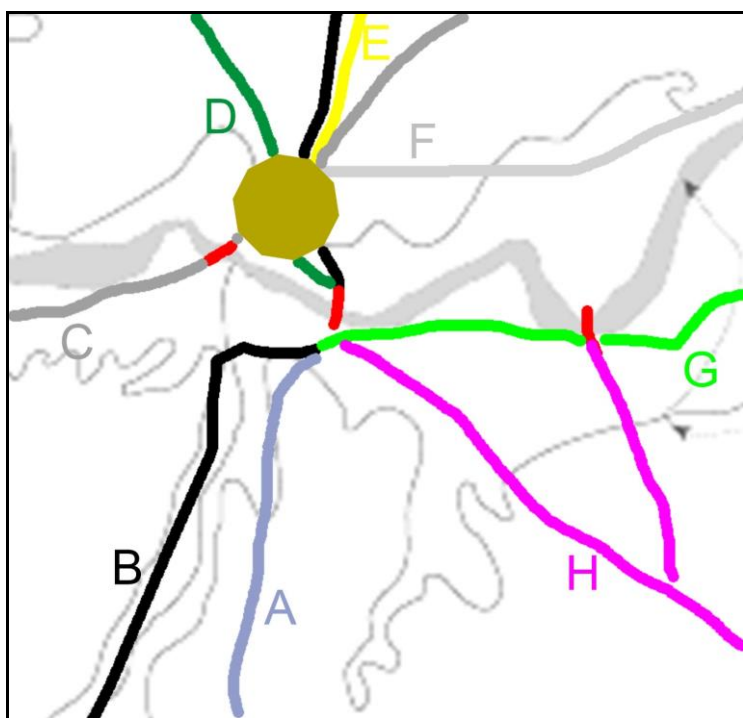


Figura 37: Vías y vados identificados en el entorno del castro de Salamanca.  
(C. Mateos)

En relación con los recursos hídricos, está también la cuestión del cruce de los mismos. Es de suponer que se emplearían vías naturales que facilitarían el tránsito como son los vados (Gil, 2006: 16); de hecho, las fuentes clásicas los mencionan, como por ejemplo Polibio (*Hist.*, III, 14,5) y Tito Livio (*Ab. Urb. Con.*, XXXIX, 30-31). El grueso de las calzadas y cañadas tomadas como base en nuestro estudio atraviesan los arroyos y los ríos por dichos lugares (González, 2009); como por ejemplo, las identificadas en torno a Salamanca, procedentes de la zona suroccidental y meridional (Fig. 37). La mayoría de las posibles vías se encaminan hacia el vado donde se levantó el puente romano (Fig. 37-A, B, D, E, F, G, H). Las excepciones serían la Real calzada de Extremadura (Fig. 37-C) que se dirige hacia el vado sobre el que construyó el puente de Enrique Esteban y un ramal de la Calzada de Béjar (Fig. 37-H) que se encamina hacia una zona de paso situada en Santa Marta. Una situación similar se produce en Tordesillas (Redondo *et al.*, 1995: 39). Por otra parte, como se verá más adelante, muchos de estos vados quedan dentro del campo de control visual de muchos castros. Como sucede entre Talavera de Reina y Talavera la Vieja, en donde una serie de yacimientos de la Edad de Hierro están en un área en la que se localizan tres zonas por donde cruzar el Tajo (Pereira, 2008: 122). También El Soto está emplazado a la salida del vado de Valladolid, en donde se situaba un descansadero de ganado durante la Edad Media (Almagro-Gorbea, 2001: 272).

Anteriormente se ha mencionado que dos de las posibles vías van a dar al puente romano de Salamanca. Pues bien, los puentes construidos en esta etapa estaban situados en las zonas vadeables de los cauces de ríos y arroyos, como demuestra una gran cantidad de ejemplos no sólo en nuestro territorio, sino también en otras zonas peninsulares; así se pueden citar Puente Mocha (Ledesma) (Frades, 1993: 18); Puente Redondo (Tamames) (Grande, 1999: 34); Puente de La Malena o de La Magdalena (Montemayor) (Redondo *et al.*, 1995: 28; González, 2009: 119); el puente de Calzadilla de La Valmuza (González, 2009: 259); el de Retortillo (García, 2005: 38); el puente sobre el río Turienzo (Astorga) (García, 2000: 59); el de Alcántara (Cáceres) (Acero, 2003: 108); el de Mérida (Cáceres) (*Ibidem*, 113); el de Becilla de Valderaduey (Valladolid) (Castañeda, 2010),... Por tanto, en el trazado de las vías se han tenido en cuenta tanto los vados como los puentes romanos en caso de existir. En muchos de estos vados se levantaron en época moderna pontoneras para facilitar aún más el paso, como en el situado en el río de Peñaparda (González, 2009: 290).

### 3. D. a. 4. Argumentos históricos y etnográficos.

A pesar de la controversia en torno a este tema, cabe la posibilidad que durante los primeros años de la presencia romana en *Hispania*, sólo se contara con las rutas prerromanas para moverse (Alfaro, 2001: 216). Gran parte de ellas serán acondicionadas y dotadas con infraestructuras viarias (miliarios, *mansios*, alcantarillas, empedrado, fuentes, puentes...) por el Imperio romano para la continuación de su uso, ya que eran necesarias para el trasiego de sus tropas (Morán, 1950; Redondo *et al.*, 1995: 25 ss.; Mariné, 2001: 374; Esparza, 2008: 84). Se presupone que el trazado de muchas sería modificado ya que la ingeniería romana que era capaz de solventar obstáculos naturales, que los

pueblos prerromanos no podrían. No obstante, los ingenieros romanos tuvieron en cuenta la orografía del terreno para trazarlas, como demostraría la preferencia del empleo de las zonas de vados para construir los puentes o la denominada Vía 24 de los itinerarios hispanos romanos que emplearon los caminos naturales que atraviesan el territorio situado entre la Cordillera Central y el río Duero en su sector medio (Blanco, 2006: 42). Por tanto, al menos un porcentaje del trazado de los caminos prerromanos perduraría gracias a las calzadas romanas, que a su vez perviven gracias a las cañadas, las veredas y caminos usados actualmente<sup>23</sup>.

En relación con este hecho, diversos investigadores han afirmado que la presencia de Cogotas I en Andalucía y Levante demostraría la existencia de la trashumancia desde el Bronce Final (Gil, 2006: 16). Así mismo, la presencia de productos importados durante los siglos VIII-V a. C. en el interior peninsular tales como brazaletes acorazonados, “braseros”, calderos y jarros de tipos orientalistas, cerámicas pintadas, cerámica griega, representaciones iconográficas de dioses con elementos orientales (Morán, 1950: 603; Maluquer, 1958: 92; Gómez-Moreno, 1967: 43; Blázquez, 1968: 109, nota 1; Almagro-Gorbea, 1977a: 254; González-Tablas, 1988: 125; Jiménez, 2002: 322; Cuadrado, 2002: 109 y 110; Jiménez y Ortega, 2004),... indican un comercio con los pueblos del interior, por parte de fenicios, cartagineses y griegos. De hecho, a raíz de estos hallazgos, Cuadrado expuso una posible vía de penetración hacia el interior: Carambolo-Mérida-Siruela-Valdegamas-Aliseda-Villanueva-Candeleda-Sanchorreja y Coca. Este itinerario coincidiría con dos cañadas: primero la leonesa, en su mitad sur, y luego, cruzando por su ramal, la segoviana (Alfaro, 2001: 225).

Este comercio es anterior a la romanización, por tanto las vías de comunicación estarían ya abiertas. Dichos caminos seguirían pasos naturales. De hecho, en el caso de nuestro territorio, en el mapa se aprecia como algunos yacimientos de la I Edad del Hierro están situados cerca o al lado de zonas de paso naturales, empleados por vías pecuarias actuales (Fig. 40). Un buen ejemplo de esto se encuentra en el municipio de Puerto Seguro, en donde se ha identificado una ruta natural que unía, a través de Escariago y San Felices de Los Gallegos, cruzando el río por Barba de Puerco, las tierras del Còa con las del este del Águeda (Ferreira y Sevillano, 1999: 19). En su entorno se levantó el castro de Castelmao. Casos análogos son: la supuesta vía que comunica en el Suroeste peninsular la costa de Sur a Norte, y especialmente, en su tramo septentrional, los estuarios del Sado y del Tajo. A lo largo de ella se han localizado diversos asentamientos: Miróbriga, Galeado, Odemira, Salacia, Setúbal, Alferrar, Chibanes,... (Berrocal-Rangel, 1992: 239); o los caminos mencionados entre la Cordillera Central y el río Duero que comunicaban, a través de los pasos de la Sierra de Guadarrama, dos áreas meseteñas de gran potencial económico como eran el centro de la cuenca del Tajo y la zona media del Duero. Este trazado está jalonado por los yacimientos segovianos de Cauca, Segovia o del Cerro de la Virgen de Tormejón (Blanco, 2006: 43).

<sup>23</sup> El IACyL menciona que varios tramos de la calzada romana de La Plata documentados a la altura de Navarredonda de Salvatierra y de Palacios de Salvatierra son de uso agrícola. Esta calzada al entrar en Pedrosillo se aparta de la carretera de Salamanca-Frades y asciende por la falda oriental de la Sierra de la Dueña convertida en una simple vereda.

Por último, hay que tener en cuenta los libros de los viajeros que recorrieron España durante el siglo XVIII, que coinciden en señalar que hasta finales de dicho siglo se emplearon las viejas cañadas y las antiguas calzadas medievales, muchas de ellas de tradición romana (Grande, 1999: 21). De hecho, la Ruta de La Plata (Fig. 38-B) fue abandonada a finales del siglo XIX, cuando se inaugura la carretera nacional Gijón-Sevilla y la vía férrea entre Palazuelo y Astorga (Redondo *et al.*, 1995: 25). Igualmente, la Calzada de Salamanca-Alba (Fig. 38-A) continuaba en uso, como enlace entre Salamanca y Ávila por Piedrahita, en el siglo XIX (Morán, 1950: 608). En el territorio charro no será hasta mediados del siglo XX cuando se asfalten gran parte de estos viejos caminos, convirtiéndose en las carreteras secundarias por las que se circulan hoy en día; efectivamente el camino romano de La Plata a la altura de San Pedro de Rozados se haya totalmente desfigurado al coincidir con la carretera que se dirige a Frades de la Sierra (Morán, 1950; IACyL).



Figura 38: A. Calzada de Salamanca-Alba-Piedrahita. B. Ruta de La Plata. (C. Mateos)

3. D. a. 5. *La Toponimia*. Se ha recurrido a la toponimia como ciencia auxiliar para la identificación de posibles vías desaparecidas u olvidadas, que han sido sustituidas por caminos o carreteras. Los topónimos que se han tenido en cuenta son aquellos como “calzadas”, “la calzada”, “calzadillas”, “la coladina”, “puerto de”, “puente de”... pero también otros que indican pasos naturales y puntos de agua. Entre los segundos destacan los vados; los cuales estaban en uso en el siglo XIX,



como demuestran las descripciones de los viajeros cuando hablan de los cruces fluviales de las ovejas por vados en distintos puntos del territorio español como por ejemplo el vado de Villoldo (Palencia), de Hornachos (Badajoz) o Villanueva de Perales (Madrid) (Antolín, 1995: 39). Además, se ha comprobado la asociación entre muchas de las vías pecuarias documentadas y estos vados.

Vías pecuarias documentadas	Topónimos asociados
Calzada de Alba de Tormes	Arroyo de La Fontanilla, Las Cañada de Matarralas, Las Praderas,
Vía /Calzada de La Plata	Fuente de La Morena, Majada Llana, Valle de la Calzada, Descansadero, La Calzada de Béjar, Calzada Lengua, Prados Merinos, La Calzada, La Majadilla, Cruz de Los Cuatro Mojones, Descansadero de Los Ballesteros, Fuente Santa, Dehesa Boyal, Fuente de Valdemiaja, Dehesa de Segovia, Puente de La Malena, Prado de Las Pozas, Los Vaqueriles, Prado de La Plaza, El Cordel, El Majadal, Las Cañaditas, Dehesa Calzadilla de Los Mendigos, Entre Calzadas, Majadal Hondo,
Calzada de Salamanca	Cercado de Malpartida, El Vaqueril, Arroyo de La Guareña
Calzada de Tamames	La Cañada, Laguna Grande, Arroyo Valcavero, Regato de la Fresneda, Majadal de Las Cabras,
Cañada de Extremadura	Cerro de La Cabaña, La Cañada, La Mesta, El Vaqueril de La Aldehuela, Las Majaditas, Majadas, El Vaqueril de Campocerrado, Fuente de La Herrada, Casa de Las Cañadas, Dehesa del Mejorito, Puente del arroyo del Mazo de Prado Álvaro, Vado de Las Vacas, Puente del Villar, Puerto Real, La Dehesa, Arroyo de Los Sauce, El Vaqueril, Dehesa de Las Yugadas, Majadal de Resina
Cañada de Peñaranda	Arroyo de La Cañada
Cañada Real Soriana Occidental	Dehesa de Hornacinos, La Merina, Fuente del Guijo, Descansadero, Majada Llana, Las Cañadillas, Fuente de La Morena
Cañada de La Berzosa	Las Cañadas, Prado del Campo, Charca del pocito de la cañada
Cañada de La Rodera de La Molinera	Cañada de Los Mártires, Dehesa de Martillán, Dehesa de Matamala Conejera, Dehesa de Rivilla, Regato de Pocilgas, Fuente fría, Arroyo de Fuentevieja, Vaqueril, El Majadal, Prado de Perdiguero, Charca de la Tía Dionisia, Cercado Chico
Cañada de Salamanca-Ávila	Cañada Vieja
Cañada Chica	Majadal y Dehesa de Aliseda
Colada del Asmensal	Las Calzadas
Colada de Ledesma	Valle de La Calzada
Cordel de Los Alambres	Puente de La Redonda, Fuente Roldán
Colada de Medina	Los Majuelos, Majuelo Aragonés, Majuelo del Gallinero
Colada de Tamames	El Majadal, Las Majaditas, Fuente de Santa Anica, Majadal del Carmen, Majadal de Homa, Calzadas, Prado del Caño
Colada de Villares y Boada	Las Cercas,
Cordel de Almeida a Sayago	Majadal Alto, Dehesa de Estaquillas, Majadal del Pinto, Majadal de Enmedio, Fuente Nueva, Fuente Vieja
Cordel de Medina del Campo Cordel de Toro	El Cordel, Majadal Hondo, Charca de Velasco Charca del Franco
Cordel de Valladolid	Paso abrevadero de Las Lavanderas
Vereda de Alba de Tormes	Puente de Terradillos, abrevadero del Plantio, descansadero-abrevadero de Arapiles, Puente de Carpihueto
Vereda de Madrid	Descansadero del Cementerio
Vereda de Ledesma	Alto Majadal, Los Prados, Prados Viejos
Vereda de Peñalvo	Alto de La Calzadilla, Las Majaditas, Las Majadas,
Vereda de Los Mártires	Puente de Santo Tomás de Colledo, Puente antiguo de Torre Martín Pascual,

Tabla 3: Cuadro de algunas vías pecuarias del territorio con los topónimos asociados. (C. Mateos)

El cuadro de la tabla 3 presenta una pequeña muestra, aunque bastante representativa, de algunos los topónimos existentes, ya que enumerar todos puede llegar a ser muy tedioso para el lector. Se ha añadido los recursos hídricos que como ya se ha mencionado son fundamentales tanto para el hombre como para el ganado a lo largo del camino. Muchos de los topónimos identificados hacen referencia a unas infraestructuras mínimas establecidas para garantizar el tráfico de rebaños: comida, agua, descanso y seguridad (González, 2009: 17-20). A continuación se definirán estas subestructuras siguiendo a González Sánchez (2009: 17-20).

- *Descansaderos*: son terrenos comunales o de propiedad particular donde se detienen los ganados durante la noche. Cuando la parada es al mediodía se llaman sesteaderos. También es frecuente detenerse en la plaza de los pueblos, en el corral del concejo o en alguna cortina particular.
- *Puertos Reales*: eran unas de estaciones de peaje en los que se cobraba el impuesto de servicio y montazgo.
- *Abrevaderos*: lugares donde el ganado bebía agua tales como arroyos, fuentes, charcas, pozos...
- *Majaditas o majadas*: lugar donde se recogen los rebaños y los pastores para pasar las noches. En estos sitios se levantan los chozos para los pastores y una cerca, normalmente de piedra, que sirve de corral para el ganado. Suelen escogerse sitios con agua y pastos.
- *Puentes*: los rebaños cruzaban los ríos por ellos y cuando el caudal era escaso se atravesaban los ríos y los arroyos por los vados. En ocasiones se utilizaron barcas.
- *Pastos*: la anchura de las cañadas permitía el tráfico de rebaños en ambas direcciones y proporcionaba forraje al ganado. Cuando el pasto era insuficiente los pastores pagaban a los propietarios de las fincas colindantes para aprovechar sus prados. Como se ve en los topónimos hay gran cantidad de dehesas, majadales, vaqueriles y prados en las inmediaciones de las vías.
- *Mojones*: son hitos de piedra que se colocaban a ambos lados del camino vía para delimitar su ancho e impedir que los agricultores ocuparan parte de la misma.
- *Ermitas*: es frecuente su presencia junto a las vías pecuarias.

El seguimiento de los topónimos, los cuales se repiten en algunos casos a lo largo del recorrido, ha dado distintos resultados:

- En algunos casos, la línea trazada coincidía con senderos de tierra que desembocaban o continuaban en tramos de calzadas, cañadas y viejos caminos bien documentados. De hecho, la Vereda de Los Mártires en algunos tramos ha quedado reducida a un camino vecinal, por lo que los senderos mencionados bien podrían haber sido antiguas vías pecuarias (Fig. 39) (González Sánchez, 2009: 296). Así mismo, la Calzada de Salamanca

a Ciudad Rodrigo, en palabras de Morán, a la altura de Carrascal del Obispo es un “camino vulgar” (1950: 609) Igual de claro es el camino llamado “Cañada Carbonera”, que indica que este sendero pudo ser una cañada (SIGPAC).

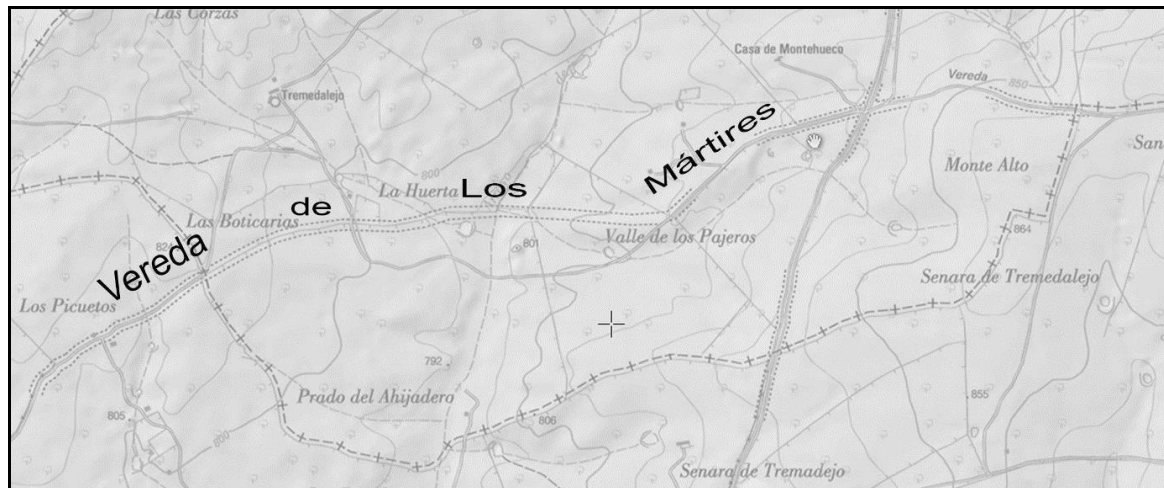


Figura 39: Vereda de Los Mártires. (Imagen tomada del SIGPAC)

- Otros senderos se interrumpían bruscamente en zonas que tradicionalmente han sido dehesas. Por ejemplo, el camino de Cañada de Carbonera (SIGPAC).
- Por último, se ha topado con casos en los que ha sido imposible fijar esas líneas, debido a que sólo se contaba con uno o dos topónimos aislados sin opción de continuidad. También, se da el caso de líneas que no se han podido seguir por la falta de topónimos y/o la bifurcación de los caminos de tierra. Así mismo, el abandono de algunas de ellas ha propiciado que se vuelvan intransitables y no se reconozcan como tal, como es el caso de la Calzada de Béjar a Ciudad Rodrigo a la altura de Palla (Morán, 1950: 605). Igualmente, ocurre la Calzada de Béjar-Medina una vez atravesado Salvatierra de Tormes<sup>24</sup>. El tramo que abarca desde este pueblo hasta Bóveda de Río Almar está completamente abandonado desde los años 40 y sirve para paso de ganados; mientras que otros tramos se convirtieron en carretera (Morán, 1950: 607). El abandono en ambos casos es fruto de la construcción de nuevas carreteras que comunicasen diversos pueblos.

### 3. D. b. Resultado final

La compilación de todos los datos se ha plasmado en el mapa que se presenta en la figura 40; las líneas continuas se identifican con calzadas, cañadas, veredas,... suficientemente documentadas mientras que las líneas discontinuas de puntos representan aquellas que han sido consideradas como posibles. Al superponerlo con la situación de los poblados, tanto del Hierro I como del Hierro II, y de los

<sup>24</sup> Este abandono no tiene nada que ver con la construcción del embalse de Santa Teresa, el cual se construyó en 1957 y la cita del Morán es de 1950.

verracos, se observa una evidente correlación en gran parte del territorio. La mayoría de los hábitats están en las inmediaciones de alguno de los caminos propuestos, sin menospreciar la importancia de las vías fluviales. Aquellos que no se han podido asociar a uno en concreto, se han puesto en relación con el valle de algún río como son los grupos marcados como A y B en el mapa. El primero se corresponde con el del Águeda y el segundo con el del Tormes.

Después de un exhaustivo análisis se han considerado que las principales vías que pudieron estar en uso durante la Edad del Hierro serían las siguientes:

3. D. b. 1. *Cordel de las Merinas-Puente Congosto (Fig. 40-1)*. Esta vía comunica el sudeste serrano con el Valle Ambles y a su vez, por un paso secundario, la Meseta con Extremadura por el área sudoeste, conociéndose también por Cañada real soriana occidental.

3. D. b. 2. *Cañada de La Plata (Fig. 40-2)*. Atraviesa el territorio de S a N. Su tramo Sur coincide parcialmente con tres vías pecuarias: la vereda de Aldeatajada (Salamanca-Cilleros el Hondo), la cañada real de La Plata o de la Vizana (Cilleros el Hondo-Arroyomolino y La Calzada de Béjar-límite con la provincia de Cáceres) y el cordel de Fuenterroble (Arroyomolino-La Calzada de Béjar). En algunas partes no es seguro el carácter romano del camino, como entre Fuenterroble de Salvatierra y Valverde de Valdelacasa, o el ascenso del puerto de Béjar. Sin embargo en otras es uno de los mejores conservados, pudiéndose apreciar restos como terraplenes, bordillos, alcantarillas y miliarios. En general se puede recorrer por caminos, en ocasiones paralelos a la calzada, y también hay tramos solapados por carreteras. Por el contrario, su trazado desde Salamanca hasta Astorga no está claro debido a la ausencia de restos materiales. Tan sólo se ha documentado un tramo a la altura Calzada de Valdunciel. Después la mayoría de los autores llevan la vía por el recorrido primitivo de la cañada real de La Plata, es decir, junto a la carretera N-620 por Izcala hasta El Cubo de la Tierra del Vino. Sin embargo Javier González propone que la vía prosigue más al este, por San Cristóbal del Monte. En esta finca quedan algunos restos de la calzada, sobre los que se han realizado catas en el año 2009. Así, cruzaría el río Duero por la *mansio* de *Ocelo Duri*, situada no en Zamora, sino en el yacimiento romano de El Alba en Villalazán (2009<sup>25</sup>).

3. D. b. 3. *Cañada de Béjar (Fig. 42-3)*. Esta ruta es un corredor natural que va por Medenilla, Sorihuela, Viajera, Palomares y Béjar, enlazando con calzada anterior (Morán, 1924: 7; Gil, 2006: 22). Fue empleada hasta tiempos modernos, momento en que se construye la carretera y queda relegada a un camino secundario, como zona de paso entre la Meseta y Extremadura por el Puerto de Vallejera. Llegaba hasta El Berrueco desde donde parte otra vía en dirección a Plasencia. Ambos caminos tienen pasos difíciles y huellas de un uso prolongado, como se observa en el desgaste de peñas debido al paso continuo de carros y otros vehículos (Morán, 1924: 7). El Berrueco es un cruce de caminos en donde se han reconocido distintos asentamientos con una cronología que abarca desde el Paleolítico hasta el siglo I a. C. (Maluquer, 1958a). Entre los yacimientos del período de este trabajo tenemos la

<sup>25</sup> [http://www.caminoshistoricos.es/Calzadas\\_salamanca\\_detalle.htm](http://www.caminoshistoricos.es/Calzadas_salamanca_detalle.htm) (13/10/2014)

*mansio Caelionicco*, el Tranco del Diablo, La Solana, Peñas de las Norias, El Tejado o Cancho Enamorado.

3. D. b. 4. *Vereda de Linares (Fig. 40-4)*. El trazado de esta vía está marcado por el valle del Alagón, que es el camino natural entre el Tajo y el Duero. Esta circunstancia fue aprovechada por los pobladores del territorio desde el Pleistoceno medio para poder trasladarse, como demuestran la gran cantidad de yacimientos paleolíticos documentados (Santonja, 1997: 42). De 28 yacimientos del Hierro II localizados en la zona serrana, el 61% se sitúan en torno a este río, como por ejemplo Monleón, el Alto de Los Palacio, Las Fraguas, Los Rodales,... Esta vereda une el Sur de territorio con el Norte, juntándose con la Vía de La Plata unos kilómetros antes de llegar a Salamanca.

3. D. b. 5. *Corredor de Las Huerdes/Las Batuecas, con el Puerto de Las Batuecas (Fig. 40-5)*. Considerado como un puerto secundario de la Sierra de Francia (Gil, 2006: 21), permite cruzar la serranía de Las Mestas. Este paso está asociado con la actual Vereda de Vecinos, que comunicaría la Meseta con Extremadura, uniéndose también con La Plata.

3. D. b. 6. *Real calzada de Extremadura (Fig. 40-6)*. Esta ruta se abre camino por la Sierra de Gata al SO del territorio, por el Puerto de Perales Gil (2006: 21). Una vez superado este obstáculo, el camino cruza el territorio de SO a NE., en dirección Salamanca pasando por Ciudad Rodrigo. En su entorno se ubican una gran cantidad de yacimientos de la Edad del Hierro y verracos.

3. D. b. 7. *Colada de Ledesma-Ciudad Rodrigo (Fig. 40-7)*. Su trazado uniría las tierras del Norte del territorio con Extremadura, al desembocar en la calzada anterior, y con las zamoranas, ya que continúa hasta Bermillo de Sayago. A ella se han vinculado 6 yacimientos, entre los que se encuentra Ledesma, El Cañedo o el Teso de Santa Olalla, y el verraco de Berrocal de Padierno. Parece perpetuar una vía romana a juzgar por los vestigios documentados como son el denominado Puente Mocha y los restos del empedrado original (Frades, 1993: 18).

3. D. b. 8. *Colada de Vitigudino a Ciudad Rodrigo (Fig. 40-8)*. Su trazado original está bastante alterado por lo que hemos creído conveniente ponerlo con una línea discontinua. Está jalonada por diferentes castros, entre los que se encuentra Yecla de Yeltes. A cuya altura se ha documentado un tramo de una calzada romana, por lo que esta vía era transitada como mínimo desde esta época sino antes.

3. D. b. 9. *Cañada del Monte (Fig. 40-9)*. Este camino se localiza en el municipio de Puerto Seguro y su trazado coincidiría con una ruta natural que une las tierras portuguesas del Còa con las del Este del Águeda (Ferreira y Sevillano, 1999: 19). Se pierde a la altura de Vitigudino cerca del yacimiento de El Corchal, bien podría unirse a la Vereda de Vitigudino, con lo que tendríamos un eje

que comunicaría el territorio de O a E. Está jalonado por los verracos de San Felices de Los Gallegos y de Puerto Seguro<sup>26</sup>, y por los castros de Castelmazo y de Los Castillos de Gema.

3. D. b. 10. *Colada de las Aceñas (Fig. 40-10)*. Está incompleta, aunque se puede apreciar que se uniría a la cañada anterior en dos puntos distintos y podría haber articulado la comunicación en esta área de Las Arribes. De hecho, la carretera de Saucelle fue construida encima de ella debido a que la orografía del terreno condiciona el trazado a seguir. En sus inmediaciones se han localizado diferentes castros como Cabezo de San Pedro, La Malgarrida o el Moncalvo. Los dos verracos que se observan en el mapa son los procedentes de Las Merchanas, que como se verá más adelante estaban en la entrada del poblado con lo que en principio no tendrían nada que ver con esta colada.

3. D. b. 11. *Vereda Salamanca-Ledesma-Fermoselle (Fig. 40-11)*. Su trazado sigue el valle del Tormes y vertebraría las comunicaciones de E a O. A grandes rasgos mantiene el itinerario de la calzada romana hasta pasado Ledesma, como demostraría el puente romano de Peñacerracín a unos 4, 22 km. de distancia (Morán, 1950: 613; Martín y Martín, 2008: 12). A partir de esta población se superpone con la carretera SA-316 que cruza Las Arribes por el puente de San Lorenzo, en dirección Portugal, a excepción del tramo construido para salvar el embalse. Llegados a esta zona y a juzgar por la orografía del terreno el “camino original” no coincidiría con la carretera, sino que daría un leve rodeo, siguiendo las curvas de nivel, para llegar al río.

3. D. b. 12. *Vereda Ledesma-Aldeadávila (Fig. 40-12)*. Va en paralelo a la anterior, pero se desvía para llegar a la zona de Aldeadávila. Está jalonada por cuatro yacimientos de la Edad del Hierro y al poco de abandonar Ledesma su trazado coincide con el hallazgo de un tramo de una calzada romana.

3. D. b. 13. *Vereda Vitigudino (Fig. 40-13)*. Este camino también comunicaría el territorio de E a O, incluso podría enlazar con la Cañada del Monte en dirección Portugal. En sus inmediaciones se han localizado diversos yacimientos de la Edad del Hierro, entre ellos los de la zona de Golpejas o el Teso de La Higuera.

3. D. b. 14. *Cordel/calzada de Cantalapiedra (Fig. 40-14)*. Camino que sale desde Salamanca hacia tierras vallisoletanas, jalonado por yacimientos con una cronología del Bronce Final/Hierro I.

3. D. b. 15. *Vereda de Madrid (Fig. 40-15)*. Vía que comunicaría las tierras salmantinas con las abulenses por una zona de paso natural ya que la Sierra de Villanueva y la Sierra de Ávila dificultarían el tránsito por este sector. Se observa que en su primer tramo iría en paralelo con el río Tormes y que los yacimientos asociados a ella pertenecerían a la fase más antigua de la Edad del Hierro.

---

<sup>26</sup> Se desconoce su ubicación exacta habiéndose tomado como referencia los datos recogidos por Ferreira y Sevillano (1999).



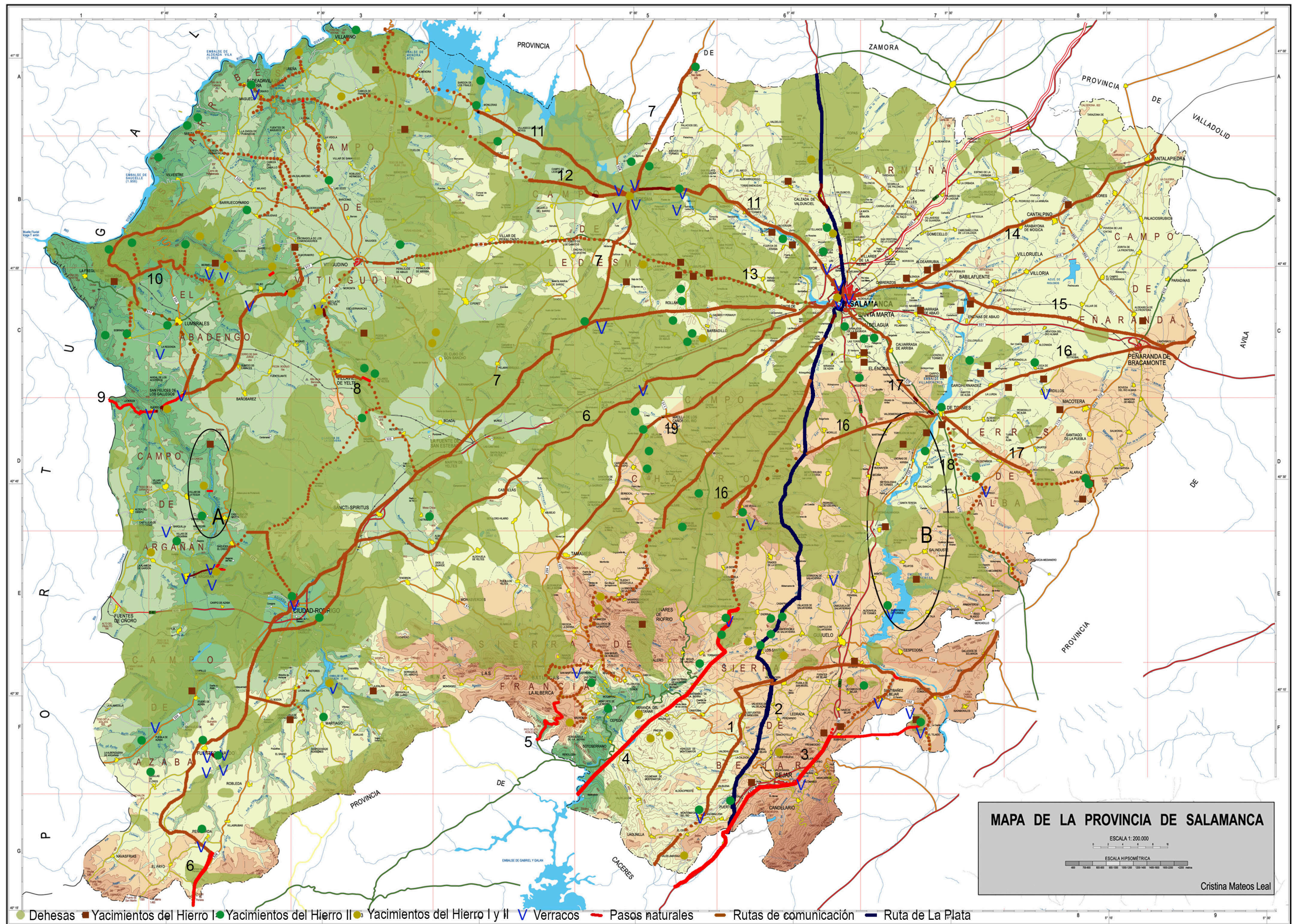


Figura 40: Propuesta de las posibles vías principales de comunicación de la Edad de Hierro (C. Mateos).



3. D. b. 16. *Cordel Ciudad Rodrigo-Peñaranda de Bracamonte* (Fig. 40-16). Uniría los extremos SO y NE del territorio, aunque como se aprecia en la figura al llegar al punto donde se cruza con la Vía de La Plata ha sido difícil seguir su trazado hasta perderlo definitivamente a la altura de Castroverde. Este camino se termina en el anterior a la altura de Peñaranda de Bracamonte. Se han identificado diversos yacimientos de la Edad del Hierro a lo largo de su recorrido como Alba de Tormes o Los Hornos.

3. D. b. 17. *Colada de Alba de Tormes-Alaraz* (Fig. 40-17). Roldán Hervás la menciona como una vía secundaria de Salamanca a Alba de Tormes de origen, al menos, romano (1971: 161). Prueba de ello sería el tramo de calzada romana conservado a la altura de Terradillos (Macarro y Alario, 2008: 13 ss.), a que el resto ha sido destruido al construir la carretera actual encima (IACyL). Una vez que abandona Alba, su trazado coincidiría con la carretera actual SA-CV-204 dirección Alaraz, la cual sigue un camino natural que comunica con las tierras abulenses, ya que en esta zona se levantan una serranía que condiciona el movimiento y sólo es posible atravesarlo por este punto, siguiendo el valle del Margañán o el del Gamo (Fig. 62-2.1).

3. D. b. 18. *Calzada Alba-Piedrahita* (Fig. 40-18). Su trazado no está muy claro y tenemos dudas sobre su uso en la Edad del Hierro. Hay indicios toponímicos y en su entorno se han yacimiento de Las Vegas y el verraco de Larrodrigo. No obstante, éste último este en su posición original por lo que no sería un indicador muy fiable.

3. D. b. 19. *Cordel de los Alambres* (Fig. 40-19). Esta calzada atraviesa el territorio de N a S y su itinerario original llegaría, según González Sánchez<sup>27</sup>, de Salamanca hasta Tamames, aunque actualmente está muy desfigurado desde Villalba de los Llanos, que es donde se ha dado por terminada por falta de más datos. Se puede apreciar en el mapa tres yacimientos que estarían en su trazado Los Huelmos, El Castillo de Carrascal del Obispo y Villalba de los Llanos.

## 4. ESTUDIO DEL DOMINIO VISUAL

Este apartado sintetizará los resultados del estudio de dominio visual de alguno de los yacimientos sobre las vías naturales de comunicación (valles fluviales y caminos) y sobre el paisaje. Berrocal-Rangel define que el paisaje dominado es el alcance visual ordinario que desde las murallas permite reconocer imágenes con ciertos detalles. En su estudio del castro de Capote propone una distancia de 2500m. de radio desde el paramento exterior de la muralla para considerar el dominio visual de un poblado. Este dominio es relativo pues no puede colegirse la capacidad real máxima en un período concreto debido a múltiples factores que intervendrían como la situación meteorológica o las circunstancias del observador, pero sí se puede calcular una aproximación (2007: 273-74). Se ha tomado como premisa este trabajo y se ha realizado mediante el uso de la Carta Digital Militar v.2. El

<sup>27</sup> <http://www.caminoshistoricos.es/CORDEL%20DE%20LOS%20ALAMBRES.htm> (08/10/2014).



dominio visual virtual se ha ejecutado con torres hipotéticas visuales de 10 y 15 metros, ya que son las que mejor reflejaron el alcance visual real en Capote (Berrocal-Rangel, 2009: 274). De los resultados presentados, han podido ser comprobados sobre el terreno diez castros los cuales nos han parecido suficientemente representativos. Primero se expondrán los resultados obtenidos con el estudio de la visibilidad virtual de 65 hábitats, seleccionados también por sus características emblemáticas que los identifica como poblados o castros, dependiendo del caso, y después los casos concretos, para a continuación extraer una serie de conclusiones.

#### **4. A. Análisis de la visibilidad virtual de los yacimientos del territorio**

De un total de 141 yacimientos se ha estudiado el 35% en cuanto a visibilidad digital se refiere, unos 65 hábitats; de los cuales el 50% se corresponderían con una cronología del Bronce Final/Hierro I y el otro 50% con una cronología del Hierro II. Los resultados se presentarán por zonas, viéndose en cada apartado el dominio de los yacimientos elegidos sobre el paisaje, los recursos hídricos, los cruces franqueables y las vías propuestas.

##### **4. A. a. Zona serrana oriental**

Esta área se ha subdividido usando el criterio de las vías que se han identificado para facilitar su seguimiento.

##### *4. A. a.1. Corredor de Las Huerdes/Las Batuecas.*

Los yacimientos que se han puesto en relación con éste son Los Malvanes (Mogarraz) y El Risco de Los Altares (Herguijuela de la Sierra). El primero controla desde su emplazamiento la subida del Puerto de Las Batuecas (Fig. 41-1. B). Este camino al llegar a la cima se bifurca para converger otra vez en La Alberca; habiendo sido empleado el trazado de uno de ellos para la carretera Sa-202, que coincide con la Vereda de Vecinos (Fig. 41-1. A).

El estudio de Los Malvanes (Fig. 41-2) demuestra que, a pesar de estar dominado en tres de sus cuadrantes, desde este emplazamiento se controlaría, durante 3,47 km., uno de los vertebrados de las comunicaciones en la Sierra de Francia, el valle de Rio Francia. Esta zona, como se ve en la imagen, es muy escarpada y la mejor manera de moverse por ella sería empleando cursos fluviales que han horadado el terreno a lo largo de millones de años.

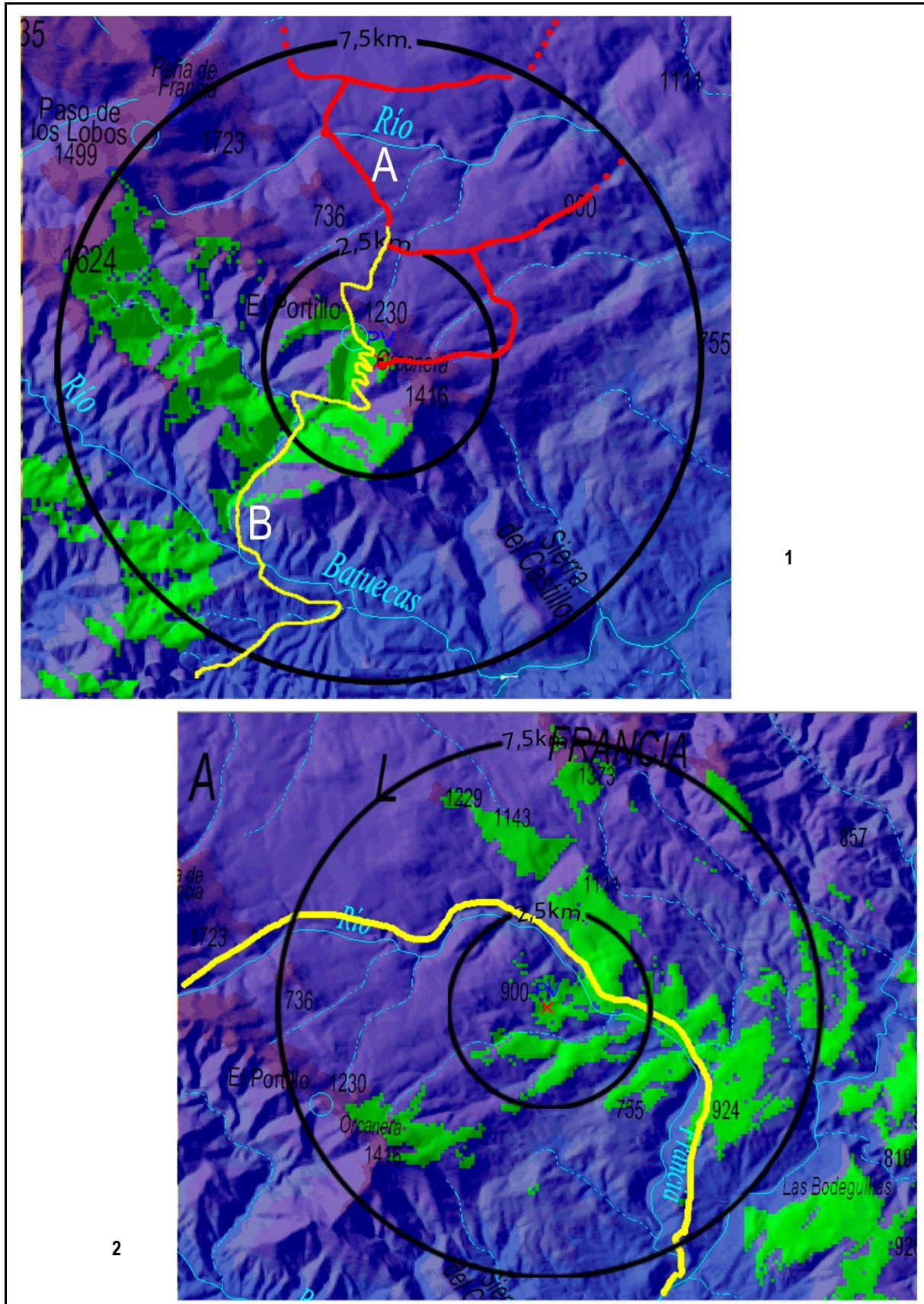


Figura 41: Dominio visual 1. 1. Risco de Los Altares (Herguijuela de la Sierra). 2. Los Malvanes (Mogarraz). Amarillo: paso naturales. Rojo: posibles vías. Verde: visibilidad digital. (C. Mateos)

#### 4. A. a.2. *Cañada de Béjar (Fig. 42-1. A) y Cordel de las Merinas-Puente-Congosto (Fig. 42-2).*

El estudio de visibilidad sobre estas cañadas se ha llevado a cabo en seis hábitats de distintas cronologías (demostraría una costumbre de uso): Montemayor (Fig. 41-2.1), Tranco del Diablo (Béjar) (Fig. 41-1.1), La Solana (Navamoral de Béjar) (Fig. 41-4), Peña de la Mata (Guijuelo) (Fig. 42-2), El Castillo de Cabeza de Béjar (Fig. 41-2), Los Tejares (El Tejado de Béjar) (Fig. 42-7) y Cancho Enamorado (Puente Congosto) (Fig. 41-1)<sup>28</sup>. La imagen de este último muestra un control absoluto del terreno no sólo en el dominio visual y el paisaje de los accesos sino también en el del horizonte. El campo visual engloba diversas cañadas, como son la de Béjar (Fig. 42-1.A); la de Cabeza de Béjar (Fig. 42-1.D); otra que hemos denominado Camino de El Tejado (Fig. 42-1. B), cuyo trazado sigue la orografía marcada por el valle del Tormes (el alcance visual medio sobre este es de 4,75km.), el cual se erige como comunicación natural con el valle del Jerte, conectando así la Meseta con Extremadura; y el Cordel de Las Merinas-Puente Congosto (Fig. 42-1. C).

El segundo es El Castillo (Cabeza de Béjar) (Fig. 42-2). Tiene un campo visual dominado reducido a dos sectores el NO y el SO, ya que en el resto los accidentes geográficos lo limitan; no obstante, en este dominio, en sus tierras septentrionales, entraría un tramo de un posible camino prerromano que se correspondería con el ya mencionado Cordel de Las Merinas-Puente Congosto (Fig. 41-2. C). Respecto a la Cañada de Béjar, debido a la orografía del terreno, en una zona muy montañosa, no se dominaría ningún tramo.

Un tercer yacimiento es La Solana. Como se puede ver en la figura 43-1, su campo de visión se limita al sector NE debido a su emplazamiento en una zona llana, no obstante esta visibilidad coincide con el trazado de esta la Cañada de Béjar y el paso de montaña de Puerto de Vallejera. Así mismo, otro posible camino es la Cañada de Cabeza de Béjar (Fig. 43-1. B), aunque su control es intermitente.

El cuarto hábitat analizado es la Peña de la Mata (Fig. 43-2). Su dominio visual se limita a su sector E-O, aunque con grandes zonas ciegas. Es en esta área donde se localizaría el Cordel de Las Merinas-Puente Congosto (Fig. 43-2. C).

Otro posible enclave relacionado tanto con la Cañada de Béjar como con el Cordel de las Merinas-Puente-Congosto es Montemayor del Río (Fig. 44-2). El modelo digital registra un paisaje de los accesos totalmente dominado mientras que el dominio visual y el paisaje del horizonte estaría muy condicionado por la orografía del terreno, lo que se traduce en un asentamiento supeditado, con la excepción del área E., que coincide con el valle del río Cuerpo de Hombre, que controla durante 2,41 km. Dentro de este alcance se engloba un vado sobre el que se construyó el puente romano, como ya se ha observado en otros casos.

---

<sup>28</sup> Debido a que en alguno de los casos analizados hay un dominio sobre ambas cañadas se ha decidido unificar ambas cañadas en un solo epígrafe.

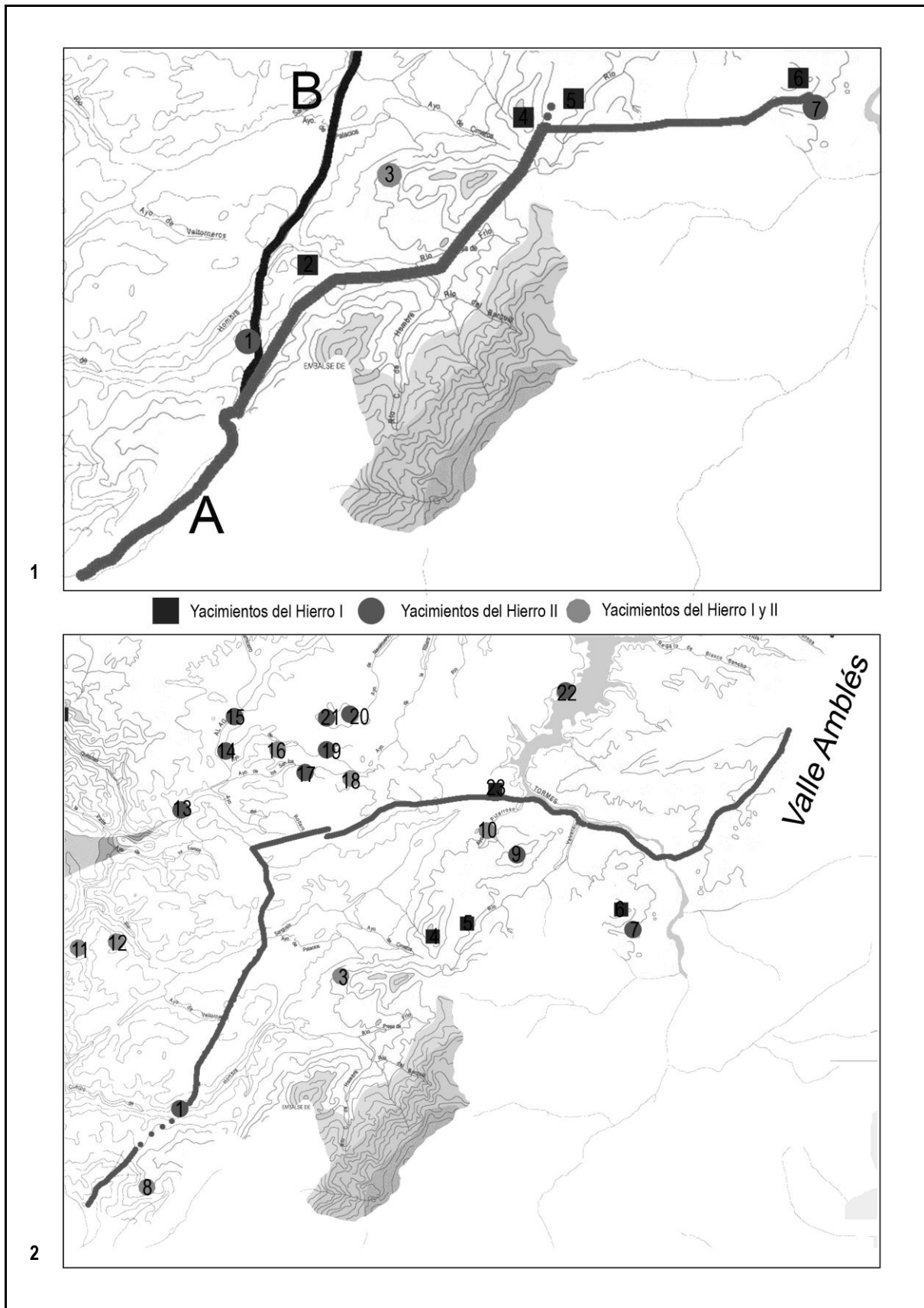


Figura 41: 1. A. Cañada de Béjar. B. Tramo de la Calzada de La Plata. 2. Cordel de Las Merinas-Puente Congosto.



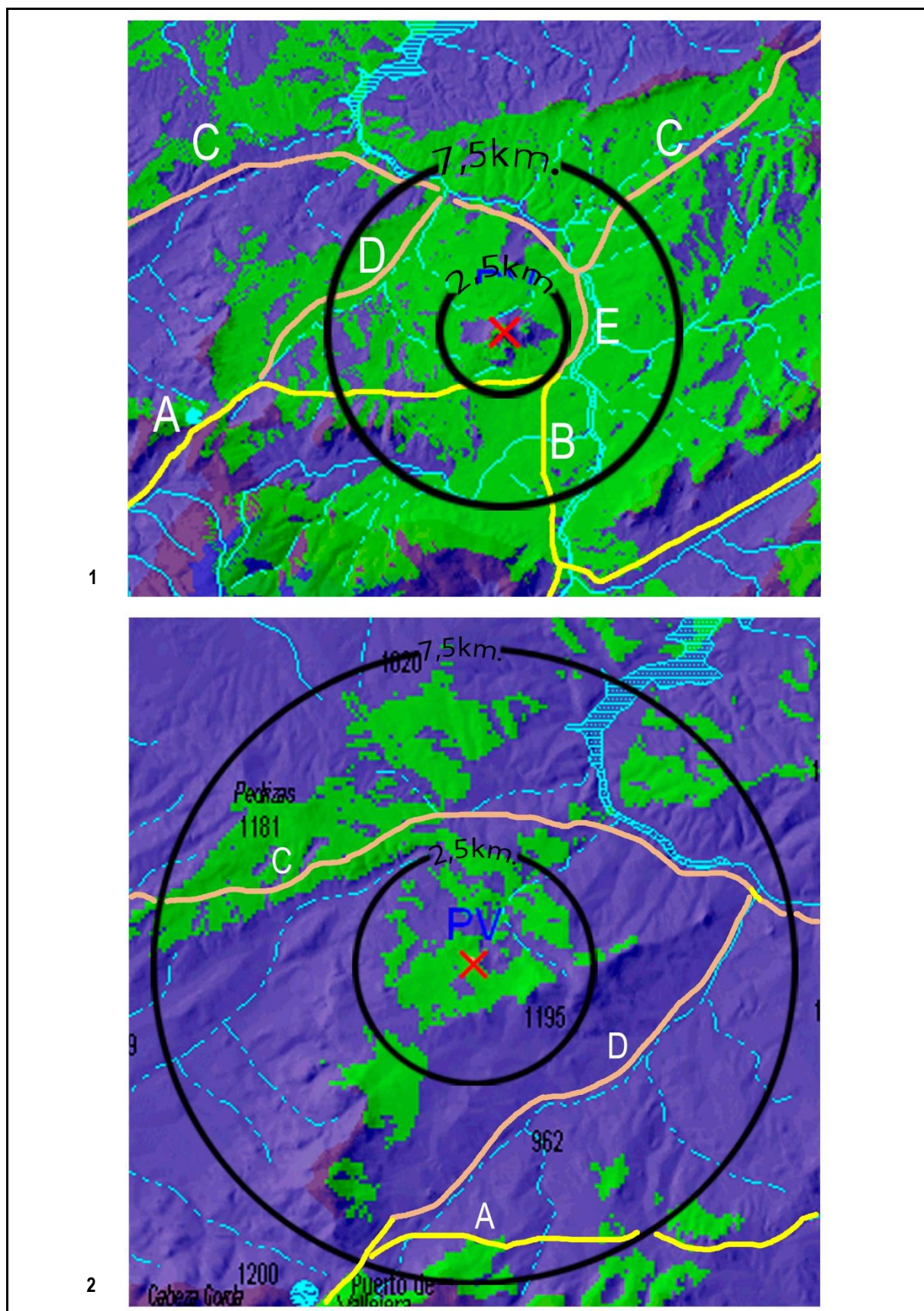


Figura 42: Dominio visual 2. 1. Cancho Enamorado (Puente Congosto). 2. El Castillo (Cabeza de Béjar) Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



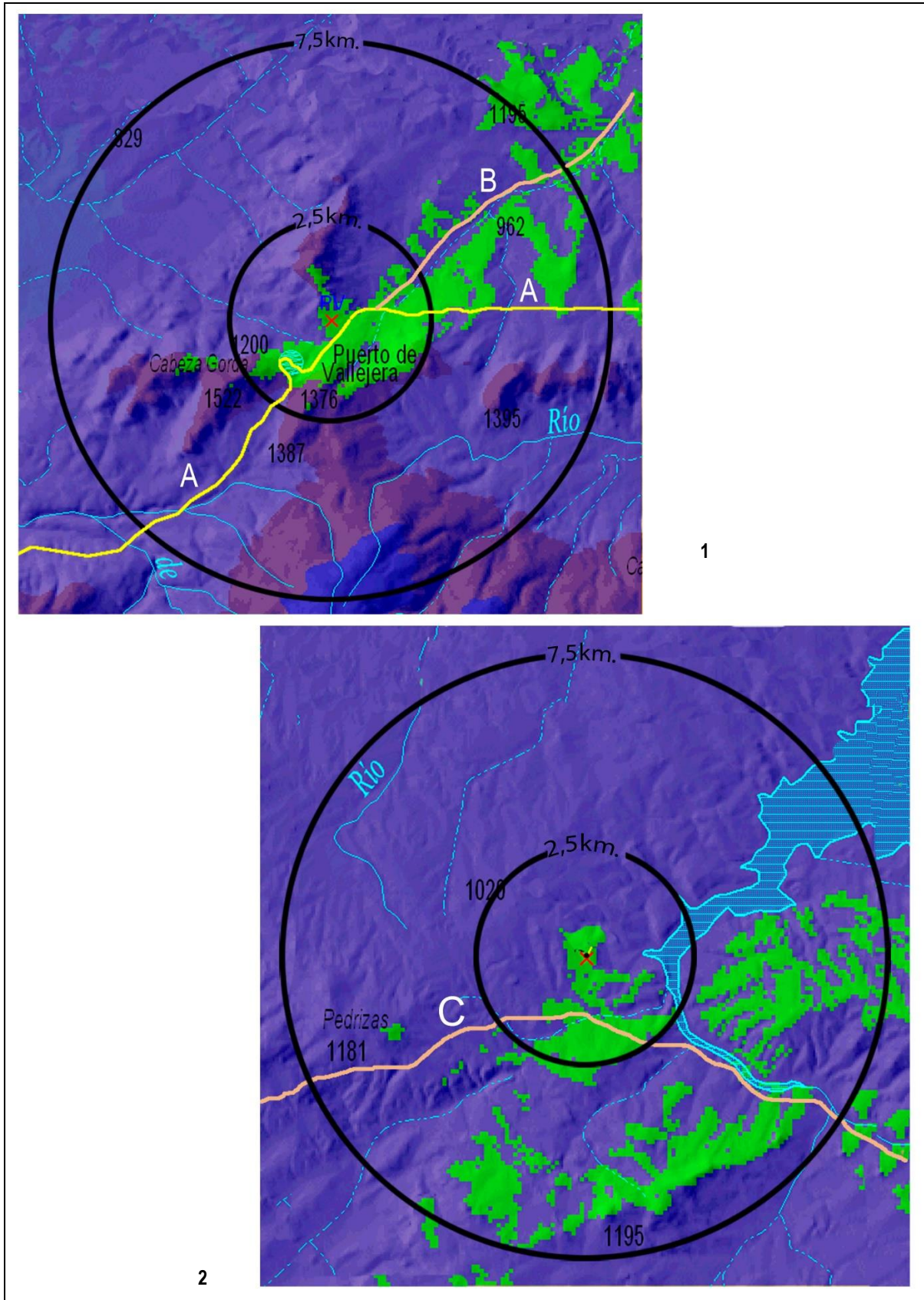


Figura 43: Dominio visual 3. 1. La Solana (Navamoral de Béjar). 2. Peña de la Mata (Guijuelo). Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)





El modelo digital de El Tranco del Diablo (Fig. 44-1) muestra un emplazamiento dominante en cuanto a paisaje de los accesos y dominio visual se refiere, pero con un paisaje del horizonte limitado por los accidentes naturales, en el que sólo se controlaría por completo el área SO y el NE, que coinciden con el valle del río Cuerpo de Hombre, con un alcance visual medio sobre el mismo de 3,39 km. En este campo de visión se englobaría dos vados, el primero, está marcado por el puente de La Magdalena o Malena, de origen romano. El segundo se sitúa justo debajo del asentamiento. Como se puede observar en la imagen las posibles rutas prerromanas terrestres que entrarían en el campo de visión son las anteriormente mencionadas, Cañada de Béjar (Fig. 44-1. A) y la Calzada de La Plata (Fig. 44-1. B) y la Cañada de Béjar-Medina (Fig. 44-1. C).

#### 4. A. a. 3. El valle del Alagón.

La siguiente ruta importante en la zona serrana sería el valle del Alagón (Fig. 45). Los yacimientos seleccionados para realizar el estudio han sido Monleón (Fig. 45-12), Los Santos (Fig. 45-14), el Alto del Cabezo (Los Santos) (Fig. 45-15), el Alto de la Calera (Los Santos) (Fig. 45-13), Los Lázaros (Las Veguillas), La Corvera (Navamoral de Béjar), La Corona (Rinconada de la Sierra) (Fig. 45-9) y La Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida) (Fig. 45-8).

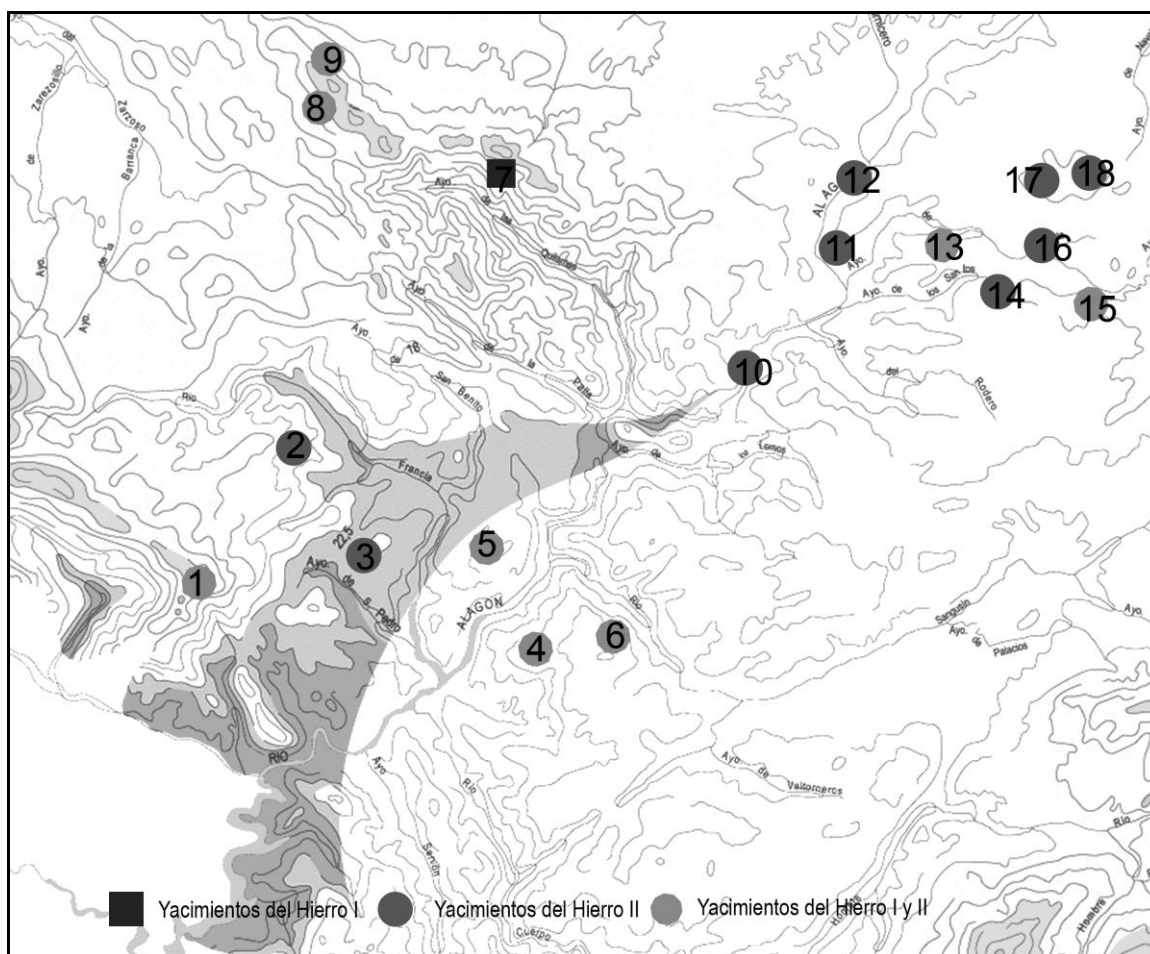


Figura 45: Valle del Alagón (C. Mateos). 1. Risco de los Altares. 2. Los Malvanes. 3. Cepeda. 4. Alto de la Cabeza. 5. Los Rodales. 6. Cucurrito. 7. Castil de Cabras. 8. La Mata del Castillo. 9. La Corona. 10. Las Fraguas. 11. Montealcaide. 12. Monleón. 13. Alto de la Calera. 14. Los Santos. 15. Alto del Cabezo. 16. Las Navas. 17. Calamorra. 18. Pico Monreal. (C. Mateos)



El primer castro, Monleón (Fig. 46-1), tiene una visibilidad muy limitada, alcanzando los 2,5 km. del dominio visual establecido solo en dos puntos, hacia el NE y el SW, coincidiendo ambos con el valle del Alagón. El Alto del Cabezo (Fig. 46-2), tiene en su campo de visión varias posibles rutas prerromanas, quizá rastreables a través de las conocidas como Vereda de San Miguel de Valero a Los Santos (Fig. 46-B), Cañada de Los Santos (Fig. 46-2. C), Cañada de La Plata (Fig. 46-2. D) y la Calzada de La Plata (Fig. 46-2. A). Así mismo, dentro de su campo de dominio visual tiene diversos cauces de agua como son el arroyo La Calera, el arroyo Aceiteros del Huesillo y el de Zorreras. El emplazamiento de este castro es totalmente dominante sobre su entorno en el paisaje de los accesos y en el dominio visual: en cuanto al paisaje del horizonte se observa que se alcanzan esos 7,5 km. de radio propuestos en todos sus sectores, a excepción del cuadrante E-S y N, donde se levantan sendas barreras montañosas.

El Alto de La Calera (Fig. 47-2) tiene un control absoluto del paisaje de los accesos y del dominio visual, quedando limitado en este caso por las elevaciones montañosas del sector SO. Respecto al paisaje del horizonte, se aprecia que no se llega a cubrir el radio propuesto, pero la máxima visibilidad, que se da es su mitad occidental, incluye el valle del Alagón (Fig. 47-2. H), dominándose incluso más allá de los 7,5 km. Igualmente, se puede ver como numerosas corrientes de agua entrarían en su campo de visión. Por último, este enclave está situado en un cruce de varias de las calzadas propuestas, pero sólo se tendría control sobre algunos tramos de la Vereda de San Miguel de Valero (Fig. 47-2. B), la Calzada Béjar-Ciudad Rodrigo (Fig. 47-2. E), la Cañada de Los Santos (Fig. 47-2. D), la Cañada de La Plata (Fig. 47-2. G), la Calzada de Plata (Fig. 47-2. A) y la Vereda de Linares (Fig. 47-2. F). El dominio visual de Los Lázaros (Fig. 47-1) es cruzado por dos posibles vías, la Vereda de Linares (Fig. 47-1. A) y un camino de ganados que va a morir justo a la zona de pastos del yacimiento (Fig. 47-1. B). A pesar de estar dominado por su entorno inmediato debido a su posición en una ladera, su mayor dominio visual, curiosamente, coincide con el valle del Alagón y el paso de montaña que une las primeras estribaciones de la zona serrana con la Penillanura.

A continuación, se ha analizado el posible yacimiento de Los Santos, que según Grande, controlaría un tramo de la Calzada de La Plata, que discurre tres kilómetros al Este del pueblo (1987: 44); no obstante la figura 48-1 muestra que tan sólo vería un punto de la misma en el sector E-S (Fig. 48-1. F), justo donde se cruza con el Cordel de Merinas-Puente Congosto (Fig. 48-1. A), que quedaría dentro del “paisaje del horizonte”. Otras posibles vías prerromanas coincidirían con las conocidas como Vereda de San Miguel de Valero (Fig. 48-1. B), Cañada de Los Santos (Fig. 48-1. D) y Cañada de La Plata (Fig. 48-1. E) y estarían controladas a su paso por este poblado, tanto en el “dominio visual”, como en el “paisaje del horizonte”. La visibilidad de este asentamiento estaría muy limitada por los accidentes geográficos de su entorno, ya que está emplazada en una zona de valle, así aunque el paisaje de los accesos queda totalmente controlado, en el dominio visual y en el paisaje del horizonte no se llegaría a cubrir las distancias propuestas por completo.

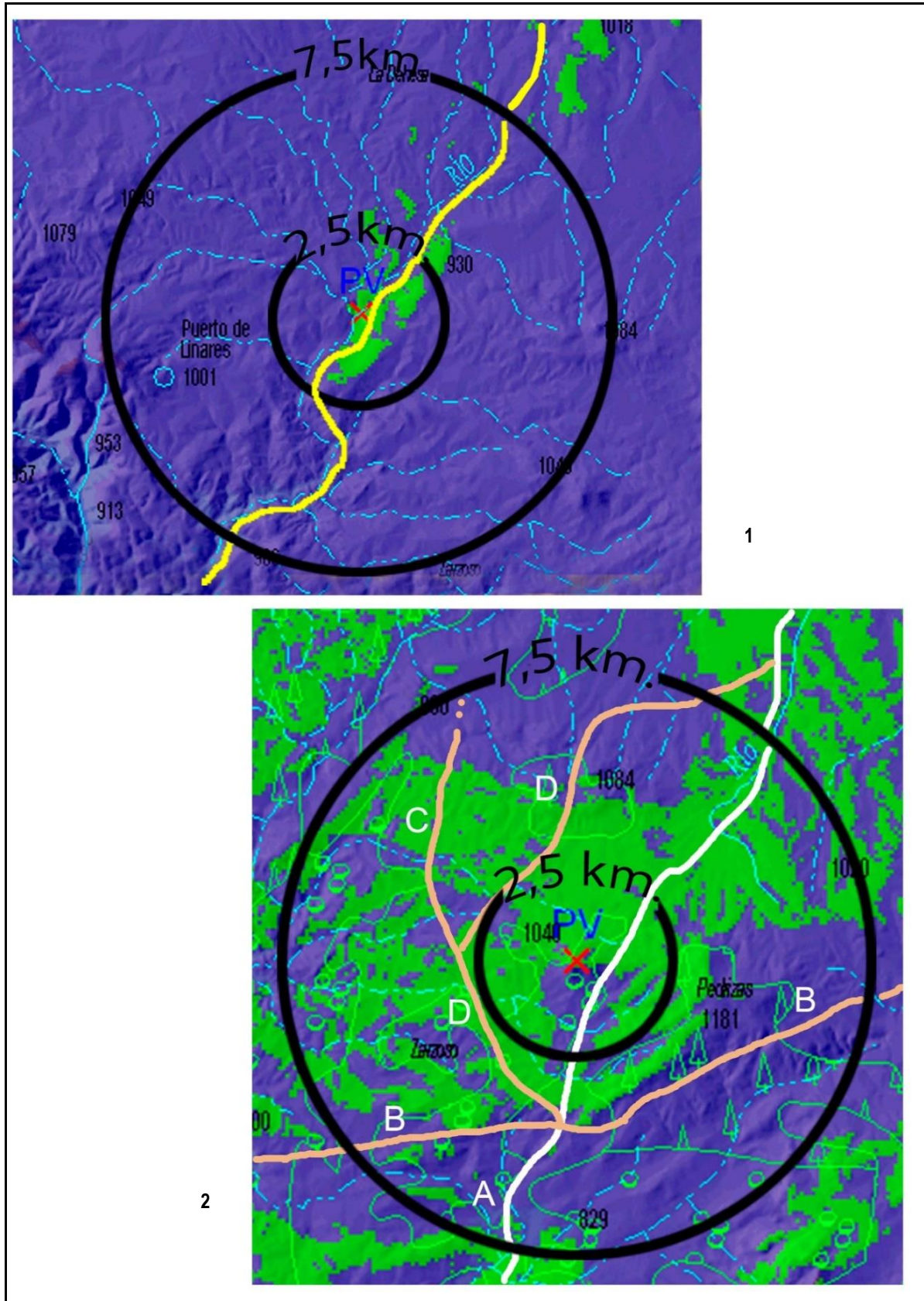


Figura 46: Dominio visual 5. 1. Monleón. 2. Alto del Cabezo (Fuenterrroble de Salvatierra). Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada de La Plata. (C. Mateos)



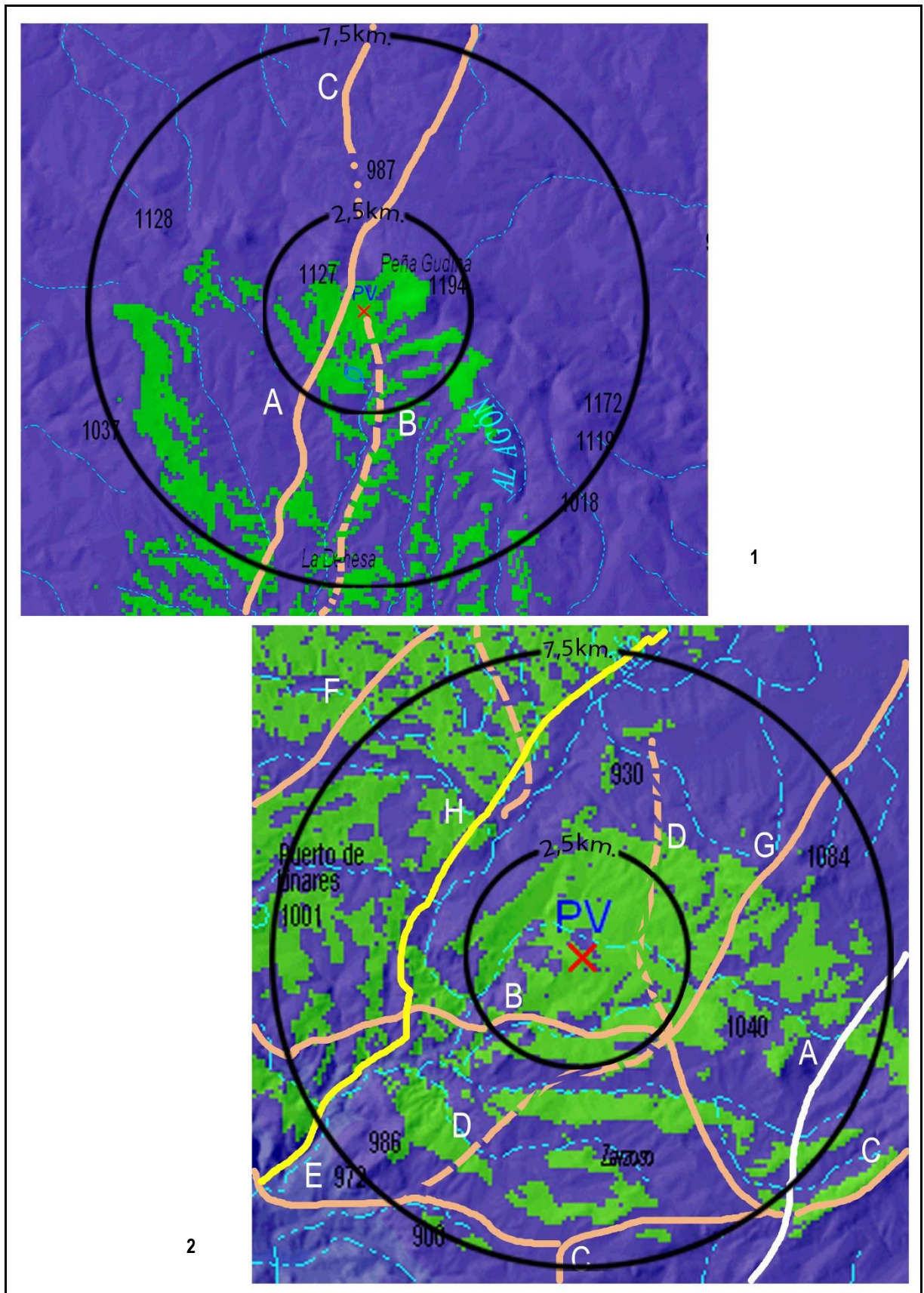


Figura 47: Dominio visual 6. 1. Los Lázaros (Las Veguillas). 2. Alto de La Calera (Los Santos). Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada de La Plata. (C. Mateos)

El siguiente es el castro de La Corvera (Fig. 48-1), situado en el valle del río Sangusín, subsidiario del Alagón, y otro vertebrador de las comunicaciones en la zona serrana. De hecho, en dominio visual demuestra que el emplazamiento está dirigido al control del Sangusín, con un alcance medio sobre el mismo de 5,72 km. Por otra parte, sus tierras noroccidentales son atravesadas tanto por la Calzada de La Plata (Fig. 48-2. A) como por tres posibles vías visibles desde el yacimiento, El Cordel de Merinas-Puente Congosto (Fig. 48-2. C) y Cañada de Béjar-Medina (Fig. 48-2. D).

Los dos últimos yacimientos de la zona serrana se van a analizar juntos debido a su proximidad. El primero es La Corona (Fig. 49-1). El modelo digital realizado para nuestro estudio muestra un paisaje de los accesos totalmente bajo control y una un dominio visual muy limitado debido a la orografía del terreno (Fig. 49-1). Así mismo, en el paisaje del horizonte se vuelve a ver estas limitaciones en todos los cuadrantes, a excepción del Norte, en donde se obtiene una gran visibilidad sobre el Campo Charro, y del Oeste. No obstante, las investigaciones llevadas a cabo, pusieron de manifiesto que la Sierra de Francia queda totalmente dominada por el Oeste (Sánchez *et al.*, 2003: 31). El otro sitio es La Mata del Castillo (Fig. 48-2) desde donde se controla una gran extensión de terreno y de los pasos que se crean en la Sierra de Tamames a partir de los cauces hídricos (IACyL).

En ambos casos, la elección del lugar no creemos que fuera fruto del azar, ya que controlan la zona que articula el acceso, por esta sierra al Campo de Tamames, desde el Norte, y hacia el valle del Alagón, en el Sur. En el caso del segundo esta vía coincide con la conocida como Vereda de Vecinos (Fig. 49-2. A), la cual queda englobada en el dominio visual de La Corona, que va a unirse con otra conocida como Cañada de Tamames (Fig. 49-2. C), cuyo trazado se aprovechó para la carretera SA-CV-139, que comunicaría esta área con el occidente del territorio estudiado.



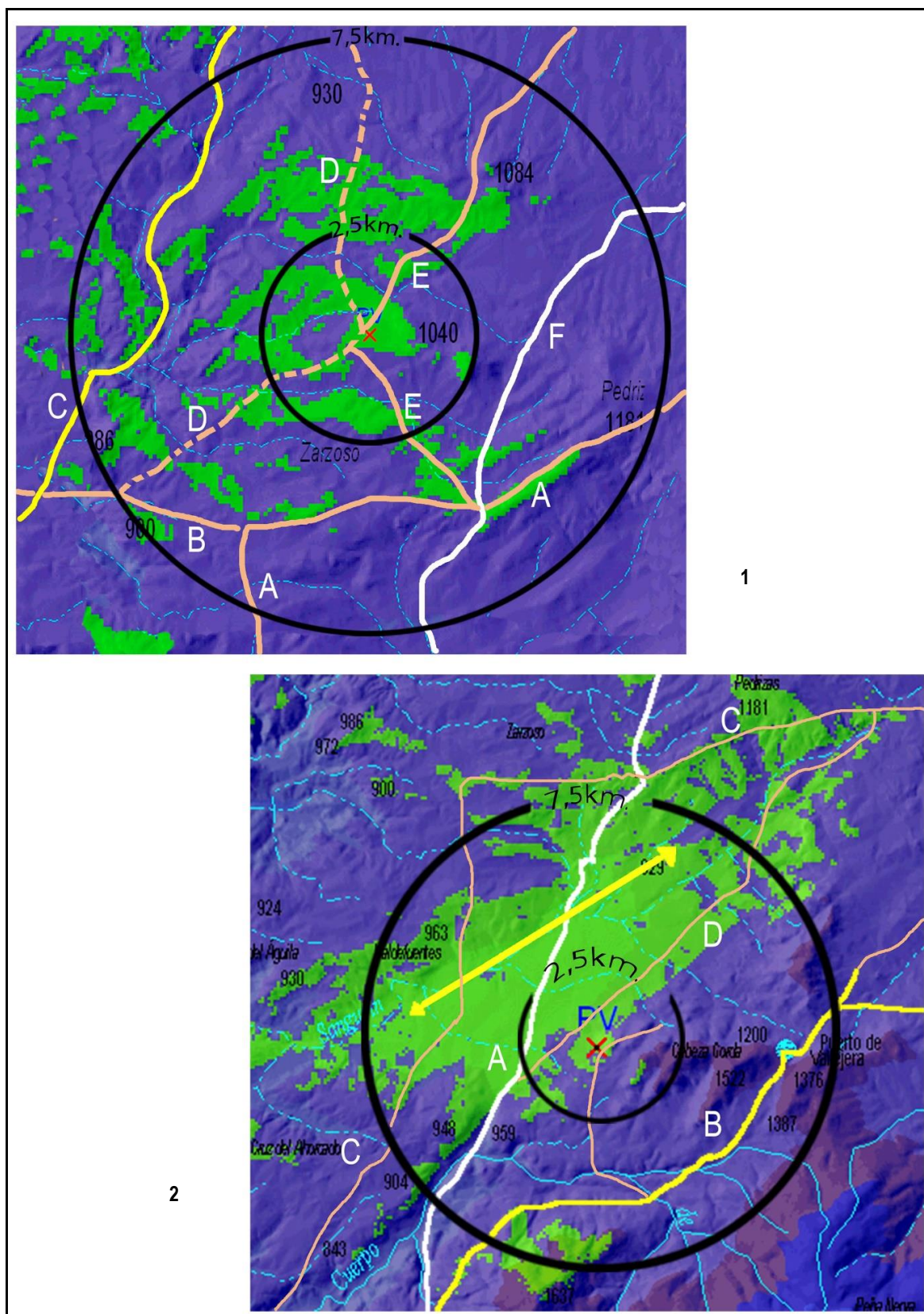


Figura 48: Dominio visual 7. 1. Los Santos. 2. La Corvera (Navamoral de Béjar). Blanco: Calzada de La Plata. Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



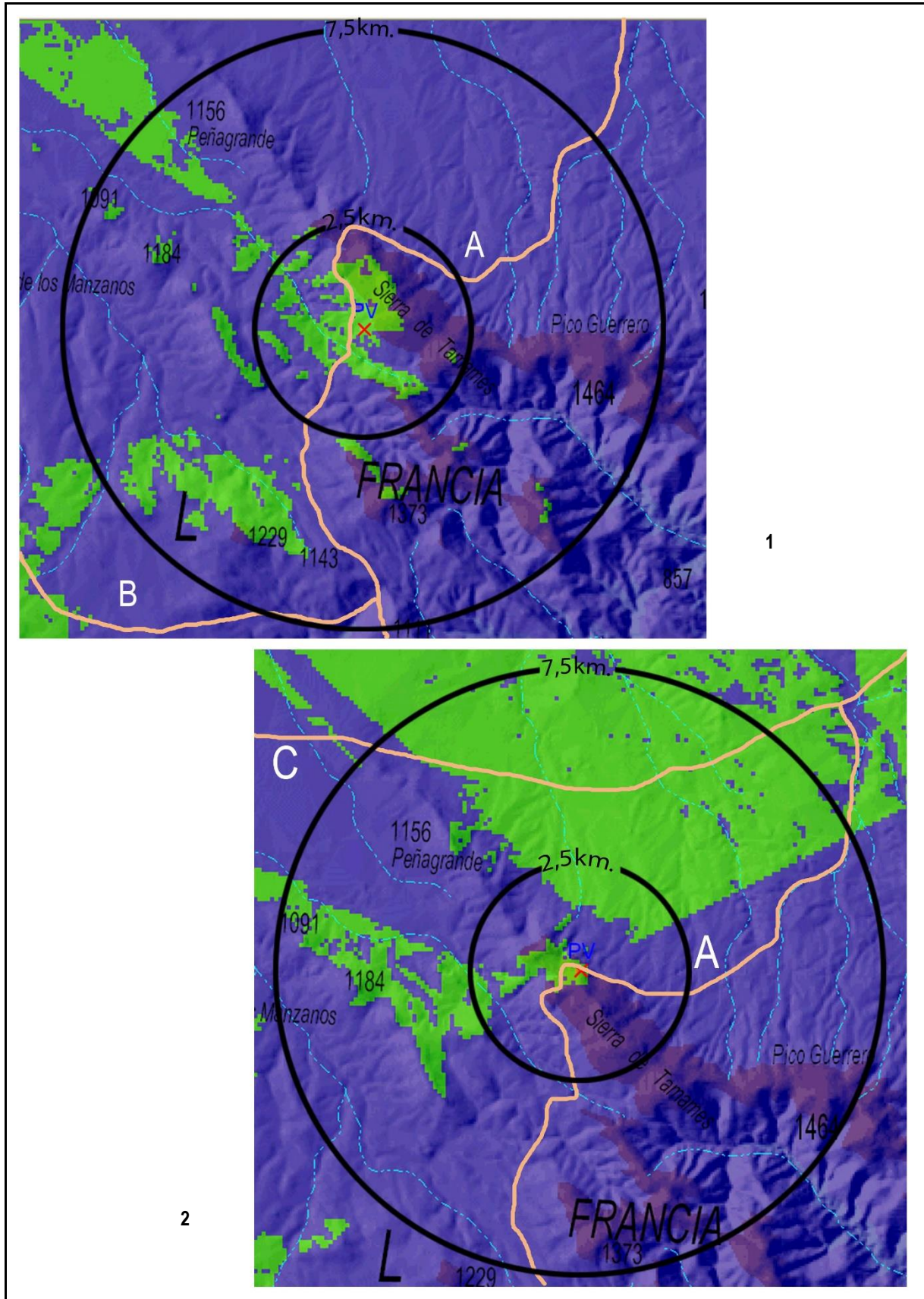


Figura 49: Dominio visual 8.1. La Corona (Rinconada de la Sierra). 2. La Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida).  
 Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



#### **4. A. b. Zona occidental.**

Como ya se ha mencionado los yacimientos de esta área se localizan en torno al bajo Tormes, en la línea de los ríos Yeltes, Huebra y Águeda. Los valles de estos caudales de agua se han considerado como posibles vías durante la etapa prerromana y en muchos casos los vados de estos ríos están dentro del dominio visual de los poblados, como se verá durante el desarrollo de este.

##### *4. A. b. 1. El valle del Águeda*

Los yacimientos seleccionados para este estudio son el Lombo del Castillo (San Felices de los Gallegos) (Fig. 50-2), Los Castillos de Villavieja de Yegüa (Fig. 50-3), La Plaza (Gallegos de Argañán) (Fig. 50-5), Ciudad Rodrigo (Fig. 50-6), Lerilla (Zamarra) (Fig. 50-8), Los Castillos de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Fig. 50-11) e Iruña (Fuenteguinaldo) (Fig. 50-12).

Así, Los Castillos de Villar de Yegüa (Fig. 51-1) tiene una visibilidad media de 1,55 km. sobre este. Su paisaje de los accesos queda totalmente controlado; no obstante su dominio visual y el paisaje del horizonte nos muestran un enclave dominado por la orografía del terreno circundante, que sólo tendría control sobre el sector SE. Los Castillos (Pozos de Hinojo) controlan el valle durante 3,5 km. con un alcance visual medio sobre él de 1,5 km. El modelo digital (Fig. 51-2) indica que el paisaje de los accesos y el dominio visual queda totalmente controlado desde el poblado, mientras que el paisaje del horizonte queda limitado, una vez más, por los accidentes geográficos, teniéndose mayor visibilidad sobre el área SE. y sobre algunos hitos en la N y la NE. En ambos casos, no se han identificado vías cercanas, tan sólo la marcada por el curso del río.

El castro de La Plaza (Fig. 52-1) cuenta con una alcance visual medio sobre el Águeda de 1,11 km., controlando su curso durante 3,18 km. Su paisaje de los accesos queda totalmente controlado, mientras que en el dominio visual no se alcanzan los 2,5 km. en todos los sectores, ya que en el Oeste y en el Sudeste, la elevación del terreno lo impide. Esto mismo sucede en su paisaje del horizonte, en donde sólo en su zona NO-NE, se controlaría algunos hitos del territorio. No obstante, esta visibilidad permite vigilar dos vados cercanos conocidos como “de Las Flores” y “de La Parra”. El segundo uno de las cañadas la conocida como “de los Prados”, procedente del NE con la de “Gallegos” que continúa hacia el SO, coincidiendo su trazado con un tramo de una antigua calzada romana documentado arqueológicamente (IACyL); ambas también dominadas por el castro dentro de esos 2,5 km. marcados.

El yacimiento del Lombo del Castillo (Fig. 52-2) domina parte del valle del Águeda con alcance medio visual de 3,14 km., controlando un tramo de 4,34 km. La zona donde está emplazado es muy escarpada y el cauce marcado por la corriente del agua sería la manera más fácil y cómoda de moverse por el territorio. Esto mismo origina una visibilidad muy limitada, centrándose en el sector SO, coincidiendo con el curso del río. Una vez más el modelo digital nos muestra un dominio absoluto sobre el paisaje de los accesos.



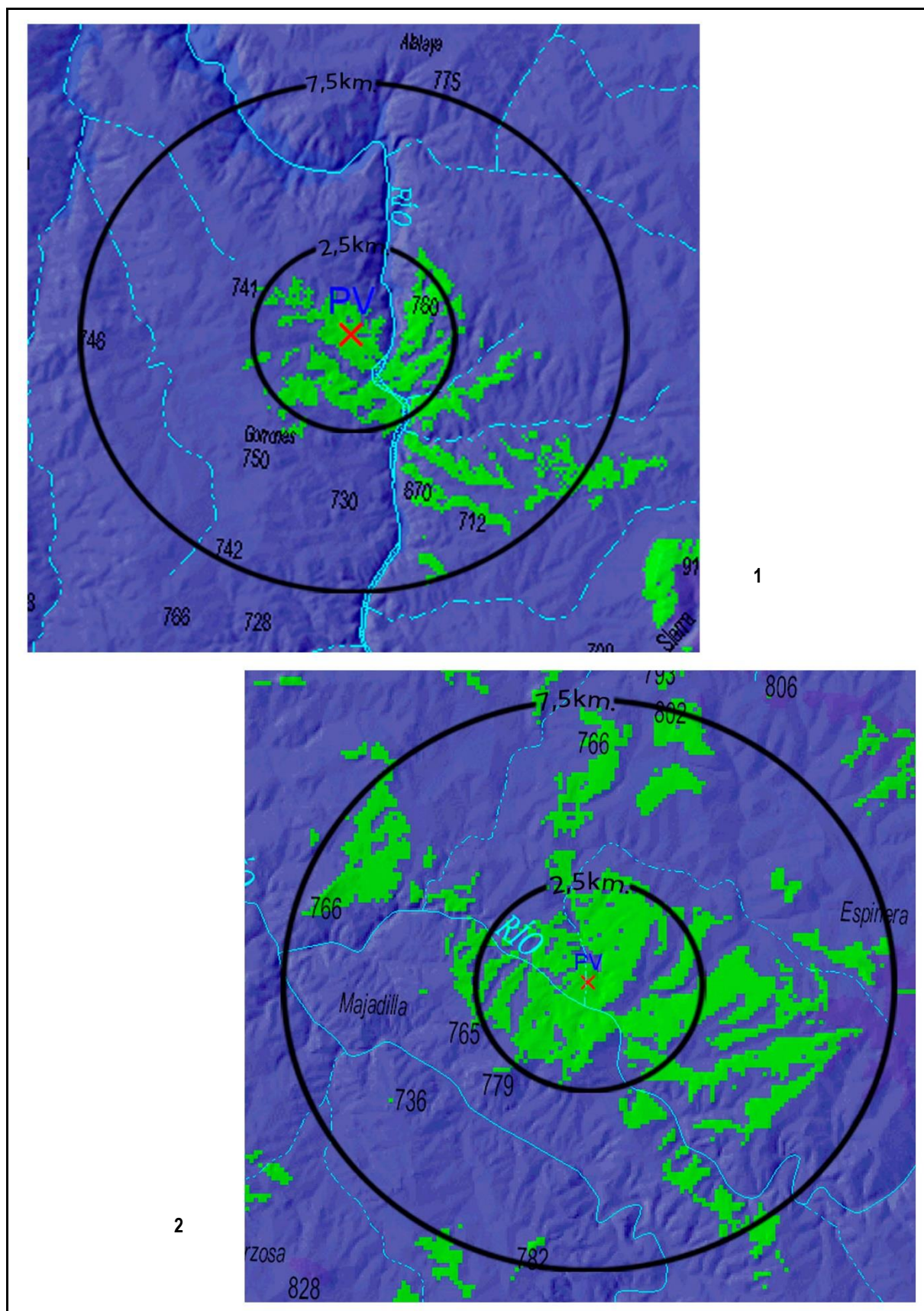


Figura 51: Dominio visual. 9. 1. Los Castillos (Villar de Yegua). 2. Los Castillos (Pozos de Hinojo). (C. Mateos)

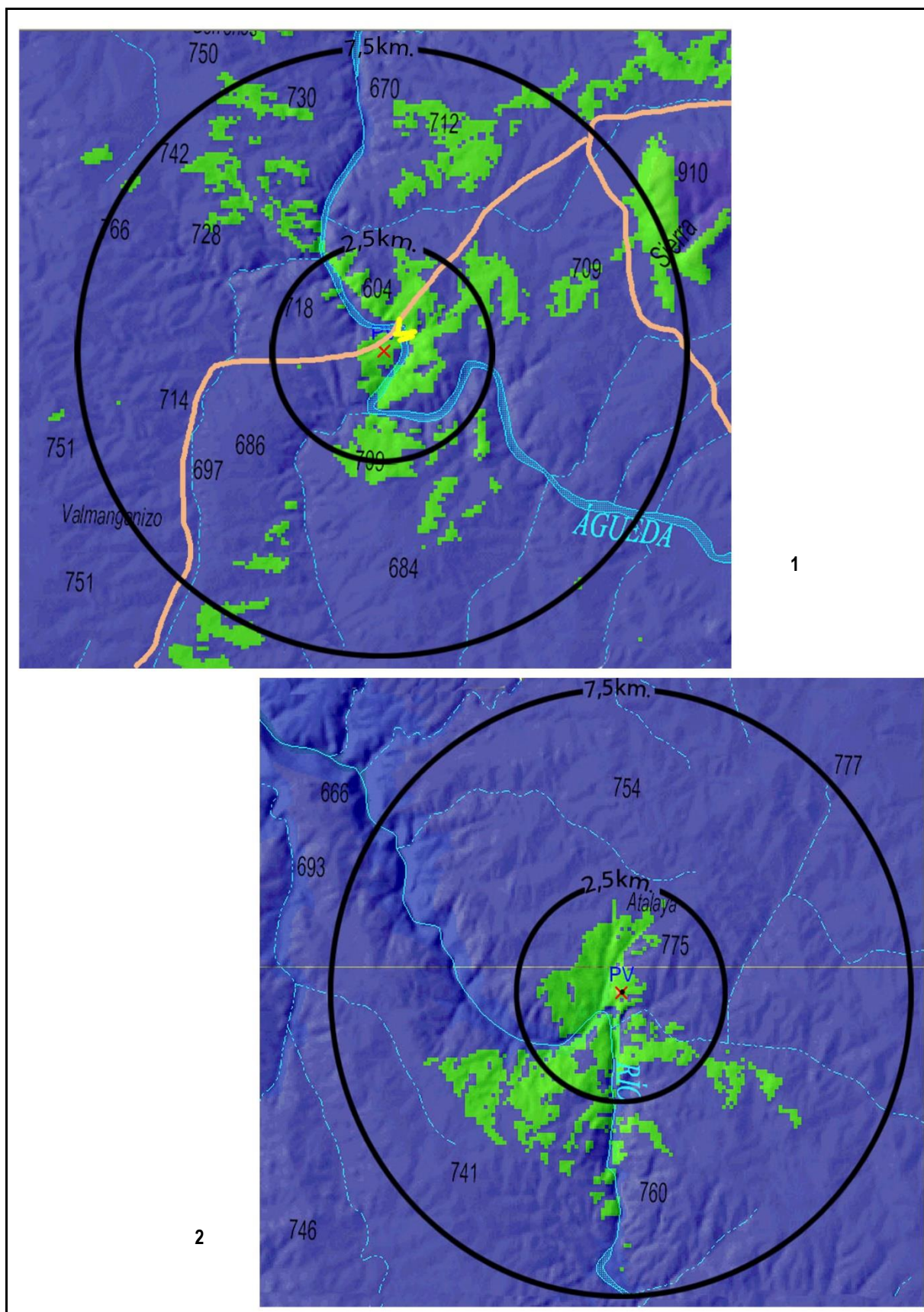


Figura 52: Dominio visual 10. 1. La Plaza (Gallegos de Argañán). 2. El Lombo del Castillo (San Felices de los Gallegos).  
Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



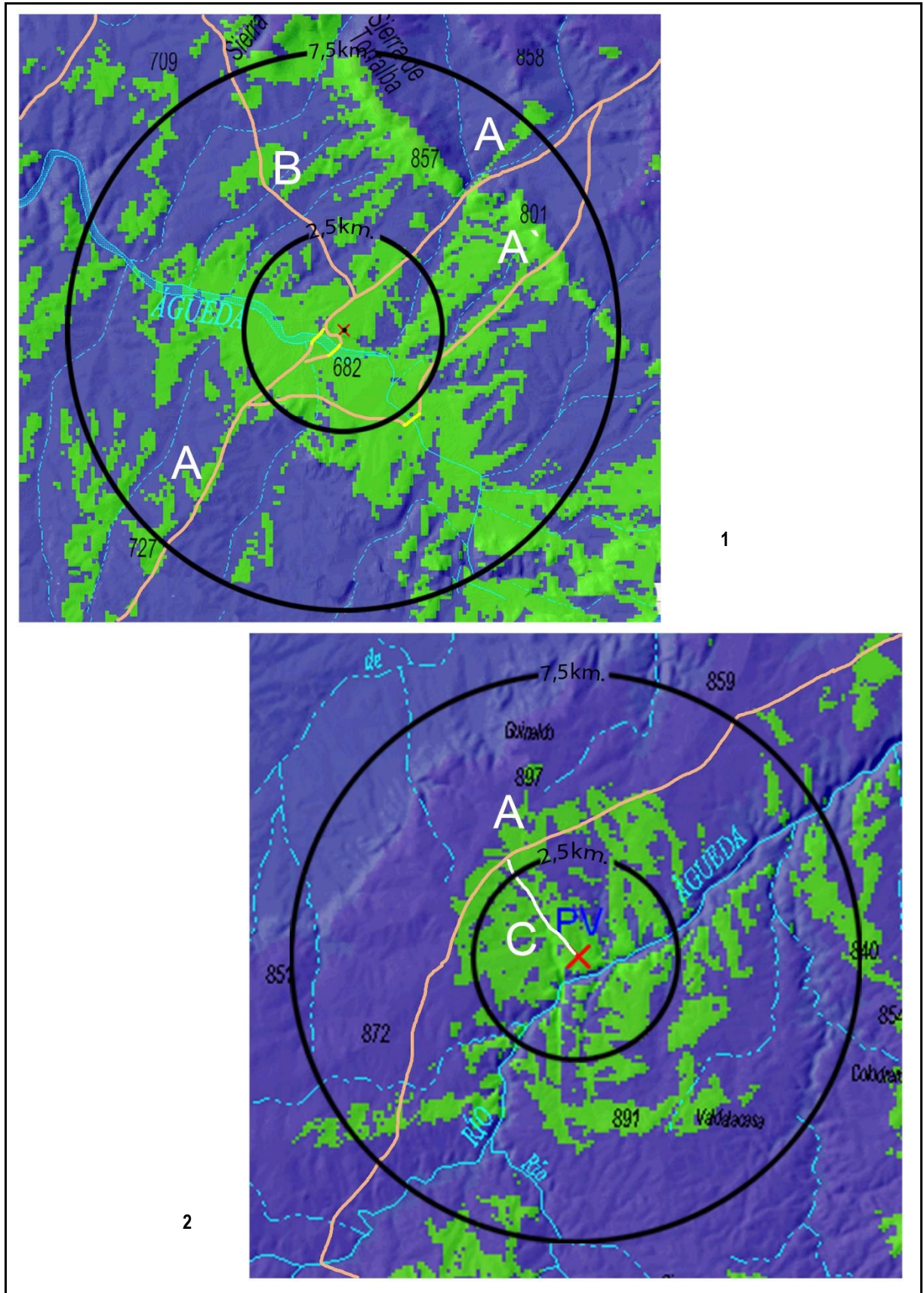


Figura 53: Dominio visual 11. 1. Ciudad Rodrigo. 2. Iruña (Fuenteguinaldo). Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. Blanco: calzada romana. (C. Mateos)

Desde Ciudad Rodrigo (Fig. 53-1), el alcance visual medio sobre el Águeda es de 3,29 km., dominando su curso durante 12,92 km. El estudio de visibilidad demuestra que tanto en el “dominio visual” como en el “paisaje del horizonte” se centraría sobre el valle. Además, dentro de los 2,5 km. se apreciar el control sobre una zona con diversos vados sobre los que se han construido diferentes puentes, entre ellos el de época romana. A parte de la vía fluvial, dentro de su dominio visual entrarían dos posibles vías prerromanas conocidas como la Real calzada de Extremadura (Fig. 53-1. A), que cruza el campo de visión de NE a SO, con dos posibles ramales, y el antiguo camino de Villavieja de Yeltes-Ciudad Rodrigo (Fig. 53-1. B), cuyo trazado lo marca el curso del río, como se puede apreciar en la imagen.

El siguiente castro que controla parte del curso del Águeda es Irueña (Fig. 53-2) durante 4,26 km., habiéndose calculado un control visual medio de 1,97 km. El modelo digital muestra una visibilidad limitada al valle del río, tanto en su dominio visual, en el cual se alcanza esos 2,5 km. en todos sus sectores, con una posible vía que se correspondería con el trazado de una calzada romana de la que ha documentado un tramo en Charaíz Redondo (Blázquez, 1980: 7) (Fig. 53-2.C), posiblemente enmascarando el acceso prerromano original al yacimiento. Mientras que en el paisaje del horizonte se observa una limitación debido a los accidentes geográficos, que ceñirían el campo visual otra vez al curso fluvial, pero sin llegar a los 7,5 km. propuestos. Un segundo camino entraría dentro de este dominio atravesándolo de NE a SO (Fig. 53-2. A), la Real calzada de Extremadura (Fig. 54).



Figura 55: Real calzada de Extremadura a su paso por el territorio y yacimientos situados en sus inmediaciones. (C. Mateos)



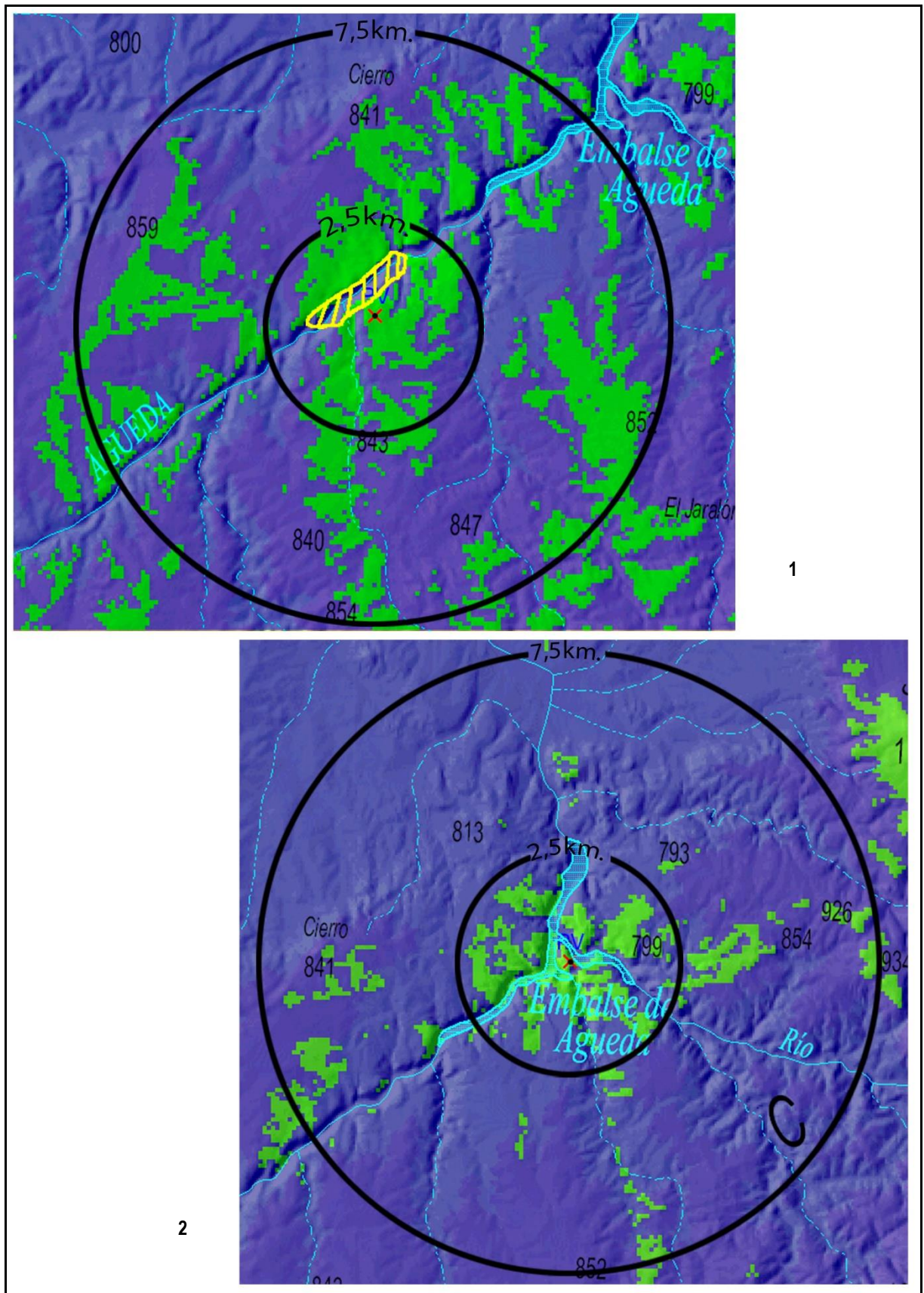


Figura 55: Dominio visual. 12. 1. El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo. 2. Lerilla (Zamorra). (C. Mateos)

El en el caso de El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo se controla aproximadamente unos 3,12 km. del valle, aunque, según el modelo digital, el río no se veía desde el emplazamiento, pero durante la visita al yacimiento se comprobó que se veía todo el tramo, que se señala con la trama amarilla en la imagen (Fig. 55-1). Por otro parte, el análisis demuestra un control absoluto sobre el paisaje de los accesos y, prácticamente, sobre el dominio visual.

El último castro analizado de la cuenca del Águeda es Lerilla, El alcance visual medio (Fig. 55-2) sobre el río es de 1,05 km., controlando su curso durante 2,97 km., centrándose su visibilidad en una tramo del valle, ya que la orografía no permite un campo visual más allá de los 2,5 km.; incluso en este radio existen sectores con puntos ciegos Tanto en el caso anterior como en este no se han identificado posibles vías, aunque no se dudan de su existencia. El único dominio absoluto es sobre el paisaje de los accesos, como viene sucediendo en el resto de los casos estudiados.

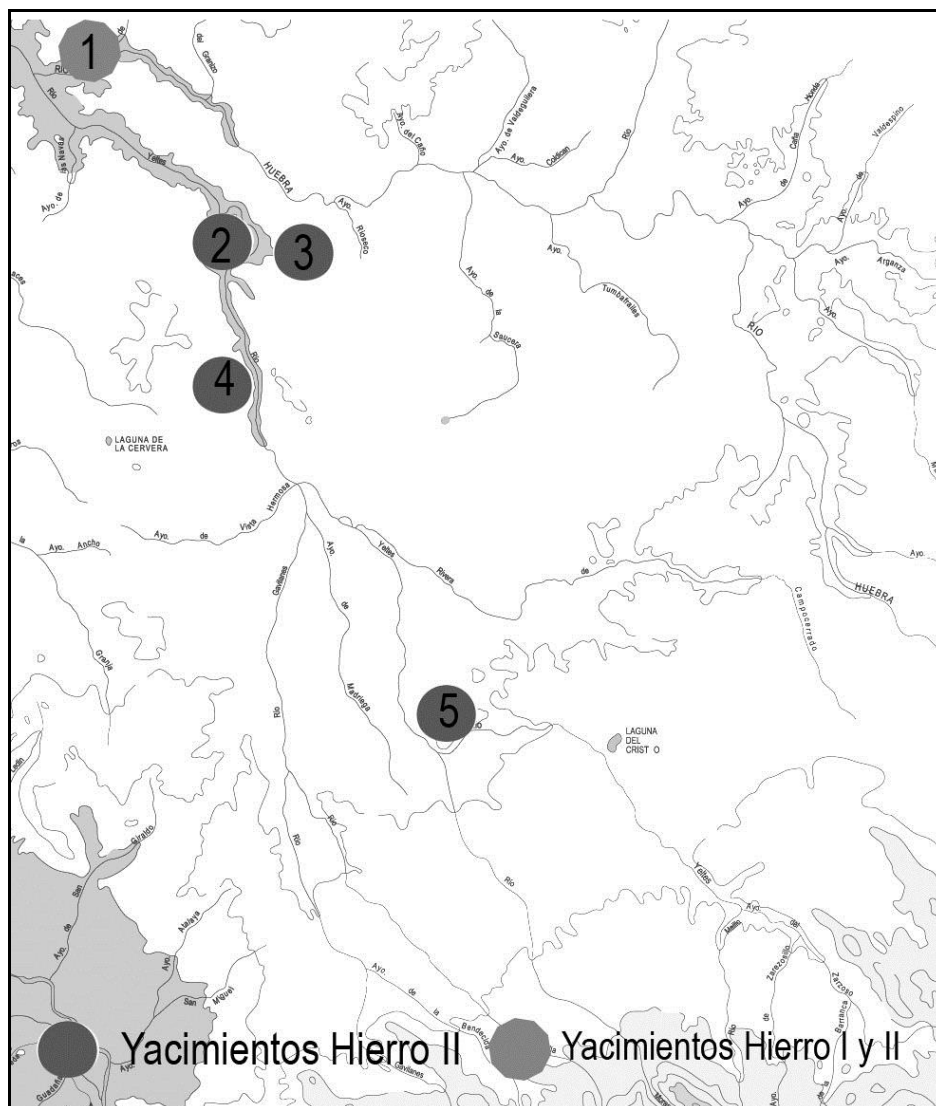


Figura 56: Valle del Yeltes (C. Mateos). 1. Yecla de Yeltes. 2. Las Cercas. 3. Villares de Yeltes. 4. El Castillo de Retortillo. 5. La Mesa Grande. (C. Mateos)



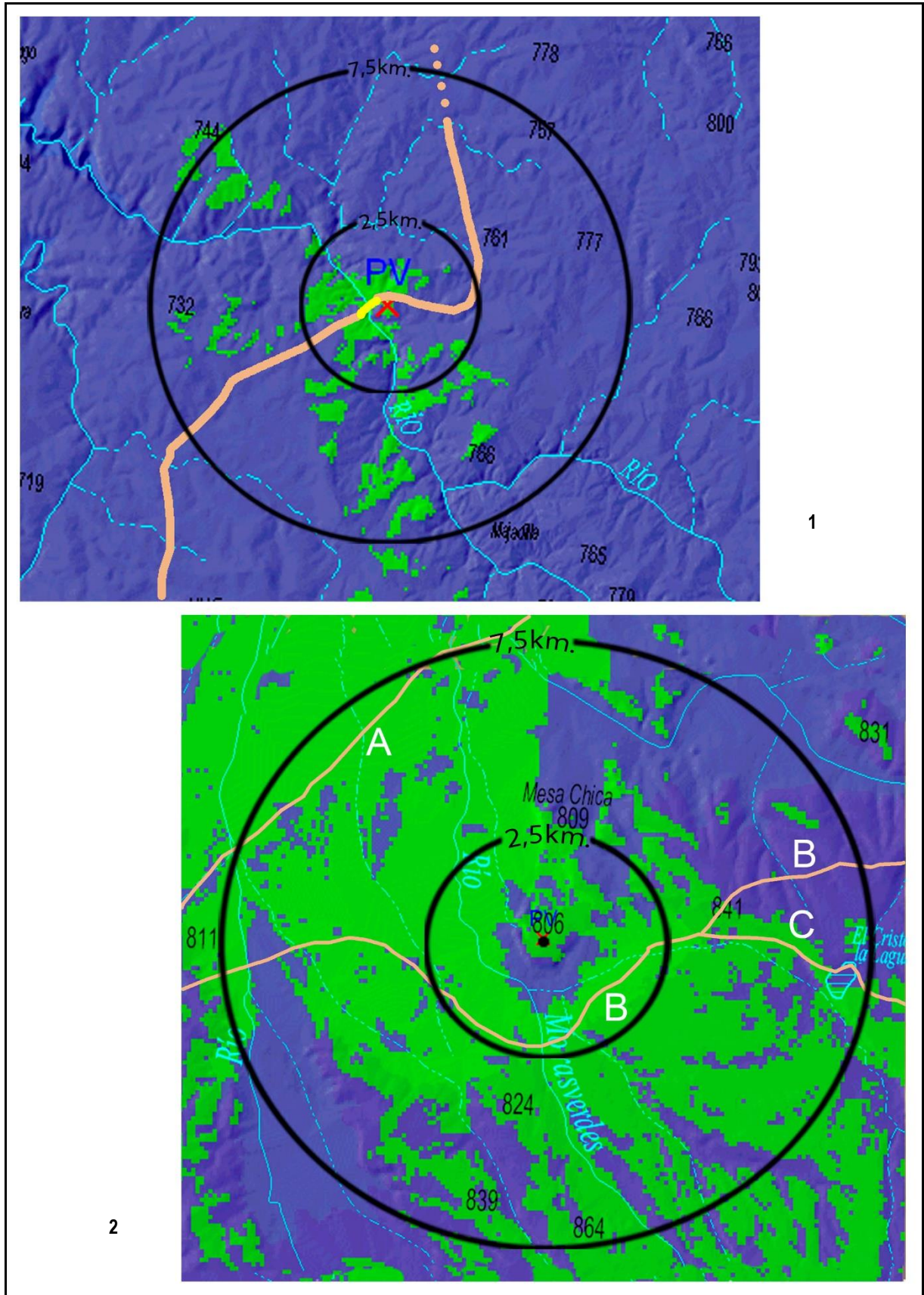


Figura 57: Dominio visual 13. 1. Los Castillos de Gema. 2. La Mesa Grande (Castraz). Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



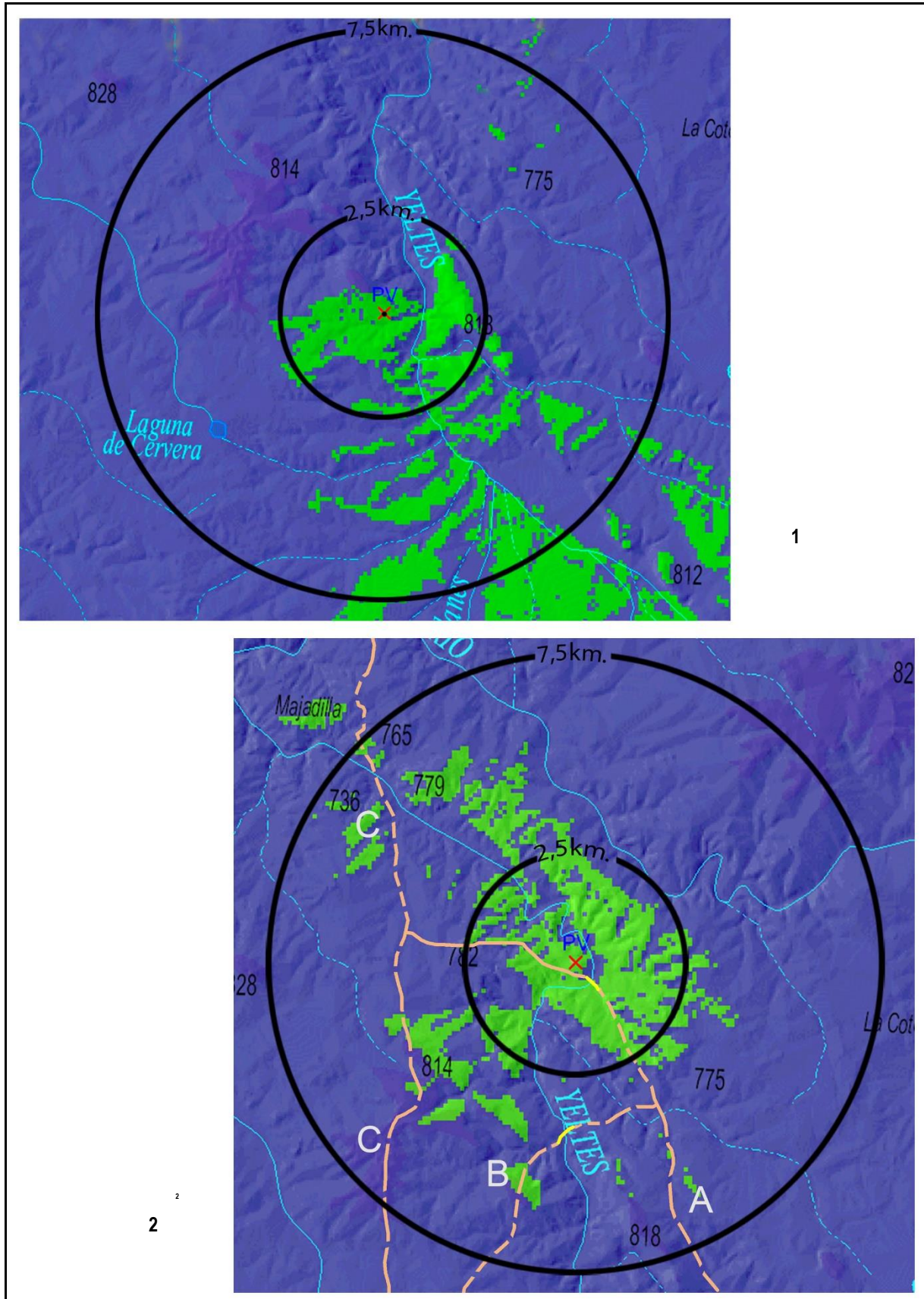


Figura 58: Dominio visual 14. 1. Los Castillos de Retortillo. 2. Las Cercas (Villavieja de Yeltes). Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



#### 4. A. b. 2. *El valle del Yeltes*

La siguiente cuenca que se va a analizar es la del Yeltes, que como se aprecia en el mapa de la figura 56 no cuenta con una gran cantidad de yacimientos. Los analizados en este apartado son Las Cercas (Villarvieja de Yeltes) (Fig. 56-2), El Castillo (Retortillo) (Fig. 56-4) y La Mesa Grande (Castraz) (Fig. 56-5).

La Mesa Grande (Fig. 57-2) tiene en su campo de visión se han reconocido tres posibles caminos prerromanos, el Cordel de Ledesma en sus tierras septentrionales (Fig. 57-2. A) y la Calzada de Extremadura (Fig. 57-2. B) y una cañada (Fig. 57-2. C) que va a dar a ésta última, procedente de Puebla de Yeltes, en las meridionales. El alcance medio visual de 5,18 km., controlándose su curso durante unos 12 km. Así mismo, el modelo digital muestra una amplia visibilidad, llegando a superar los 7,5 km. en los cuadrantes NO y SE; con una serie de puntos ciegos, debido a las elevaciones en el terrenos, en los sectores NE y SO.

Desde Los Castillos (Retortillo) (Fig. 58-1) se divisa el curso del río durante 4,4 km, con una visibilidad media de 4,25 km. En este caso no se han registrado posibles vías más allá de la marcada por el cauce fluvial. La geografía del terreno centra el campo visual hacia el SE, tanto en el paisaje del horizonte como en el dominio visual, aunque se observan puntos ciegos. Respecto al paisaje de los accesos, queda totalmente controlado.

Por último, el modelo virtual obtenido para castro de Las Cercas engloba la vía pecuaria conocida como Colada de Villares-Boada (Fig. 58-2. A), que cruza el río por la única zona vadeable del mismo en esta zona, justo donde se levantó el poblado. El dominio sobre el Yeltes es de 6,30 km., con una visibilidad media de 1,56 km. Una vez más, el campo visual queda limitado por la orografía en el paisaje del horizonte, centrándose sobre el curso fluvial en el sector NO. Por el contrario, en su dominio visual prácticamente se alcanzan los 2,5 km. propuestos.

#### 4. A. b. 3. *El valle del Huebra*

Los siguientes yacimientos analizados pertenecen a la cuenca del Huebra, entorno a la cual como se puede ver en la figura 59 se aglutinan una gran cantidad. Los escogidos para su análisis son Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero) (Fig. 59-1), Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero) (Fig. 59-2), El Castillo de Saldañuela (Fig. 59-5), El Castillo de Saldeana (Fig. 59-6), Los Castillos de Gema (Fig. 59-10), Ermitas (Cubo de Don Sancho) (Fig. 59-13), Tres Cuartos (Cubo de Don Sancho) (Fig. Fig. 59-14) y Cabeza de Diego Gómez (Fig. 59-15).

El primer poblado es Los Castillos de Gema (Fig. 57-1) con un alcance visual medio sobre el río de 1 km., dominando su curso durante 1,76 km. Dentro de este campo de visión, se registra un vado que se integraría en la denominada Cañada del Monte, la única vía identificada en sus inmediaciones,

a parte del curso fluvial. Respecto a la visibilidad, se tiene un control absoluto del paisaje de los accesos, pero los accidentes geográficos la limitaría, no al radio propuesto en el dominio visual y tan poco en el paisaje del horizonte.

El castro de Cabeza de Moncalvo (Fig. 60-1) consta de un dominio visual y paisaje del horizonte limitado en su sector oriental, por los escarpes que caracterizan Las Arribes del Duero; concentrándose la mayor visibilidad en la zona occidental, coincidiendo con una vía natural que se bifurca hacia Portugal (Colada de Las Aceñas) (Fig. 60-1. A) y hacia Zamora (Colada de Los Cañales) (Fig. 60-1. B). No obstante, no se alcanzarían los 7,5 Km. propuestos, mientras que los 2,5 km. sí. A parte de este camino terrestre, tendría un dominio visual medio sobre el Duero de 2,66 km., controlando su valle 4,58 km. Así mismo, dentro de este campo visual se encuentra una depresión del terreno, el cual es muy escarpado en esta zona, que permite cruzar el río y pasar hacia Portugal. Por otro lado, también se controla el tramo final del Huebra cerca de 0,98 km., con un dominio medio de 1,35 km.

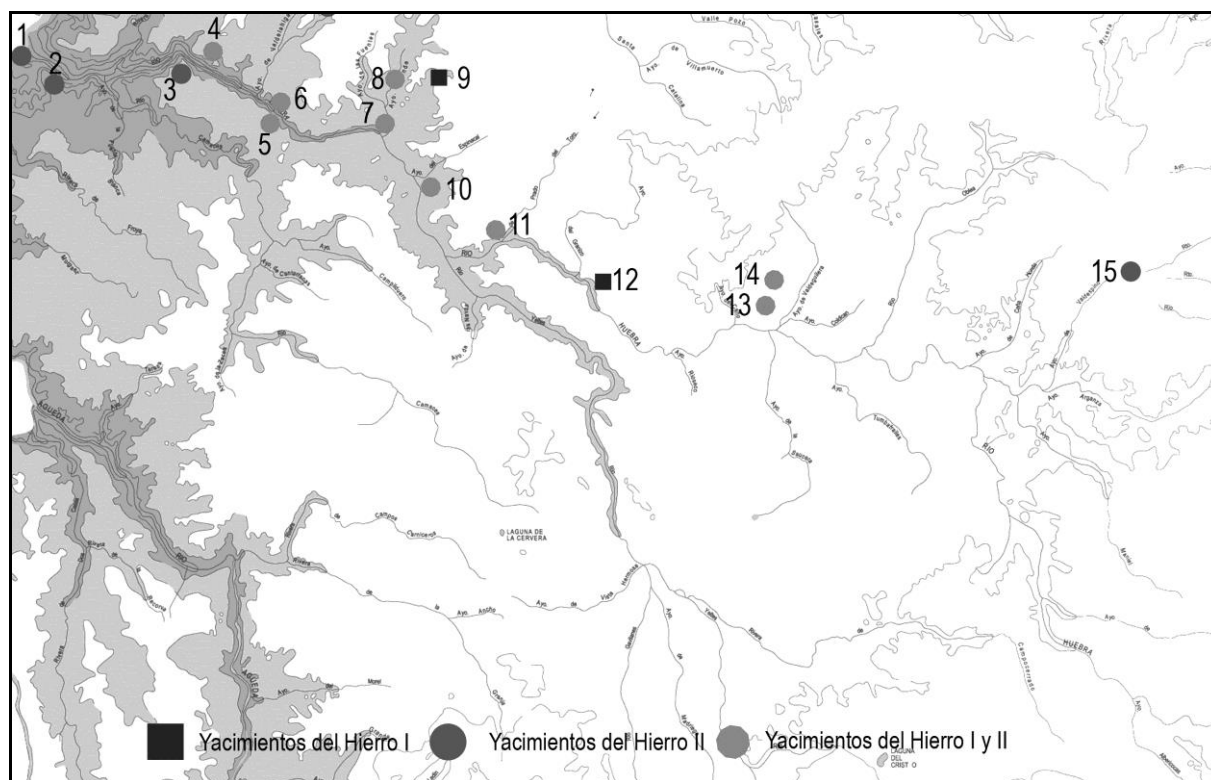


Figura 59: Valle del Huebra. 1. Cabezo de San Pedro. 2. Cabeza de Moncalvo. 3. Malgarrida. 4. Casa de Quiquín. 5. El Castillo de Saldeñuela. 6. El Castillo de Saldeana. 7. Picón de la Mora. 8. Cortinas del Río. 9. El Corchal. 10. Los Castillos de Gema. 11. Yecla de Yeltes. 12. Los Castillos de Pozos de Hinojo. 13. Ermitas. 14. Tres Cuartos. 15. Cabeza de Diego Gómez. (C. Mateos)

Desde El Castillo de Saldañuela (Fig. 60-2) se otea el valle durante 2,22 km, con un alcance visual medio sobre el mismo de 1,19 km. Dentro de su dominio visual entraría la zona vadeable del río

en esta área, el cual en esta área se caracteriza por ir muy encajonado en el paisaje con unas paredes muy escarpadas. No se ha identificado ninguna posible vía de comunicación terrestre, aunque no se descarta su existencia.

El estudio de El Castillo (Carrascal del Obispo) muestra una posición dominante respecto a su entorno, con control casi absoluto del mismo, en el que incluyen tres posibles vías terrestres de comunicación como son la Vereda de Vecinos (Fig. 61-1. B), al Sureste del castro, y el Cordel de Los Alambres (Fig. 61-1. A) junto con la Colada de Cabeza de Diego Gómez-Matilla (Fig. 61-1. C) en su zona occidental.

Ermitas (Fig. 61-2) está situado en una zona con diversos recursos hídricos. Desde su posición se divisa el Huebra durante 4,9 Km., con un alcance visual medio de 3,09 km. Tanto en este caso como en el siguiente no se han identificado vías terrestres de comunicación.

El siguiente yacimiento es el de Tres Cuartos (Fig. 62-1) desde donde se controla el curso del valle durante 9,68 Km., con una visibilidad media de 4,48 km. Su campo de visión alcanzaría los 2,5 km en su dominio inmediato, con la existencia de dos vados, mientras que en el paisaje del horizonte alcanzaría los 7,5 km. en su mitad meridional mientras que en su mitad septentrional se reduce en el sector N-NO. debido a la orografía del terreno, con cotas superiores a la del emplazamiento.

Cabeza de Diego Gómez (Fig. 62-2) está emplazado en la confluencia de varias vías pecuarias conocidas como la Colada de Los Mártires (Fig. 62-2. A), la Colada de Ledesma (Fig. 62-2. B), la Colada de Cabeza de Diego Gómez (Fig. 62-2. D) y el Cordel de los Alambres (Fig. 62-2. C). El modelo digital muestra un control casi absoluto sobre el dominio visual; mientras que en el paisaje del horizonte los accidentes geográficos limitan la visibilidad en su sector occidental a esos 2,5 km. con la excepción de algún hito. Por el contrario, en su sector oriental sí que se alcanzan los 7,5 km. propuestos, aunque con algún punto ciego.

Por último, se ha analizado el Alto de Cabezo de San Pedro, que está situado en la cuenca media del Duero y enclavado en Las Arribes. Las características del terreno, muy escarpado, limitan la visibilidad sobre el mismo, enfocándose ésta sobre el valle, dentro de esos 2,5 km. establecidos para el dominio visual; más allá de esta distancia el modelo digital muestra una posición dominada, aunque el paisaje de los accesos sí que daría bajo control. En principio, ningún camino, de los propuestos para esta área se vería desde su posición (Fig. 63-1).

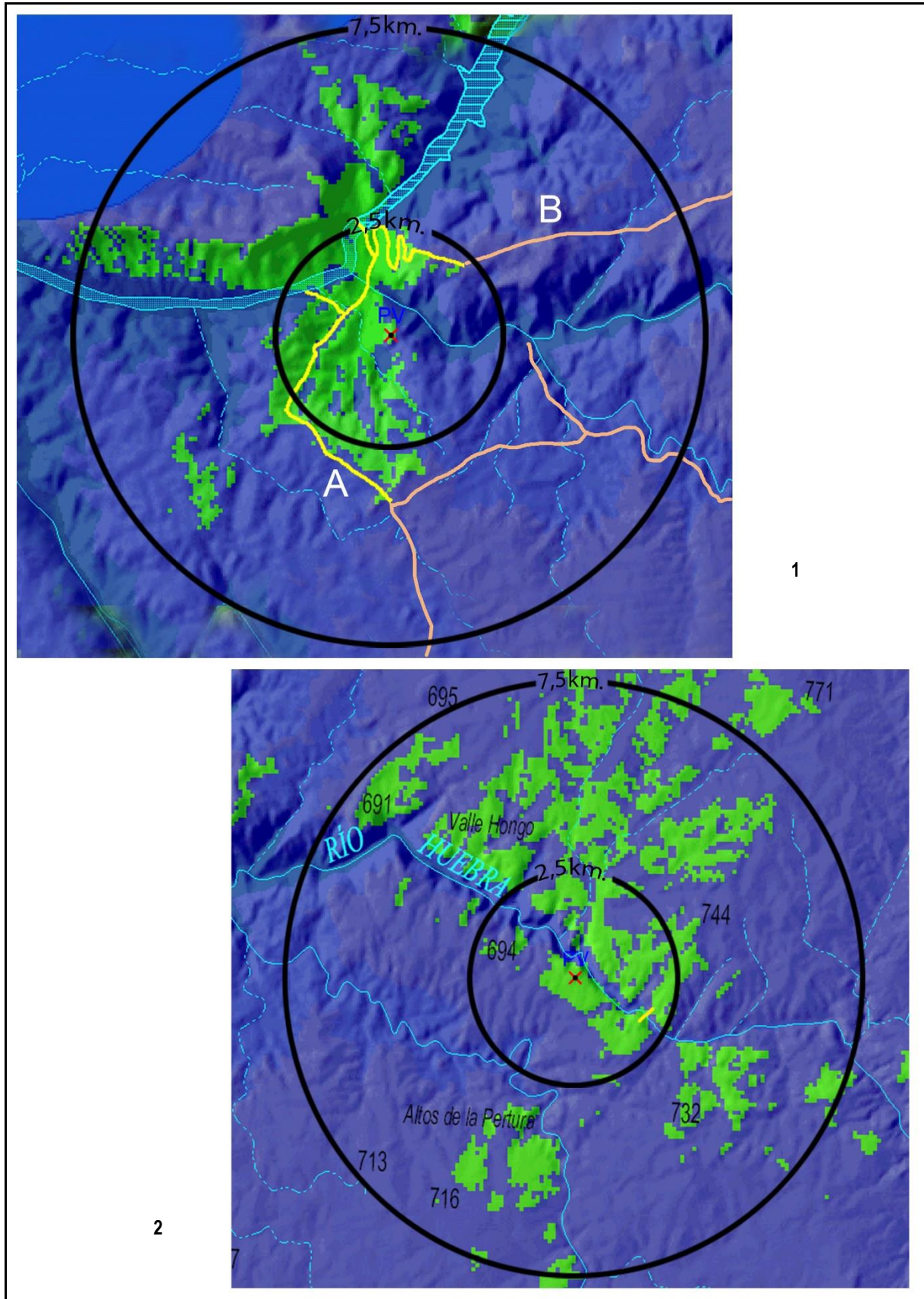


Figura 60: Dominio visual 15. 1. Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero). 2. El Castillo de Saldeñuela. Amarillo: pasos naturales. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



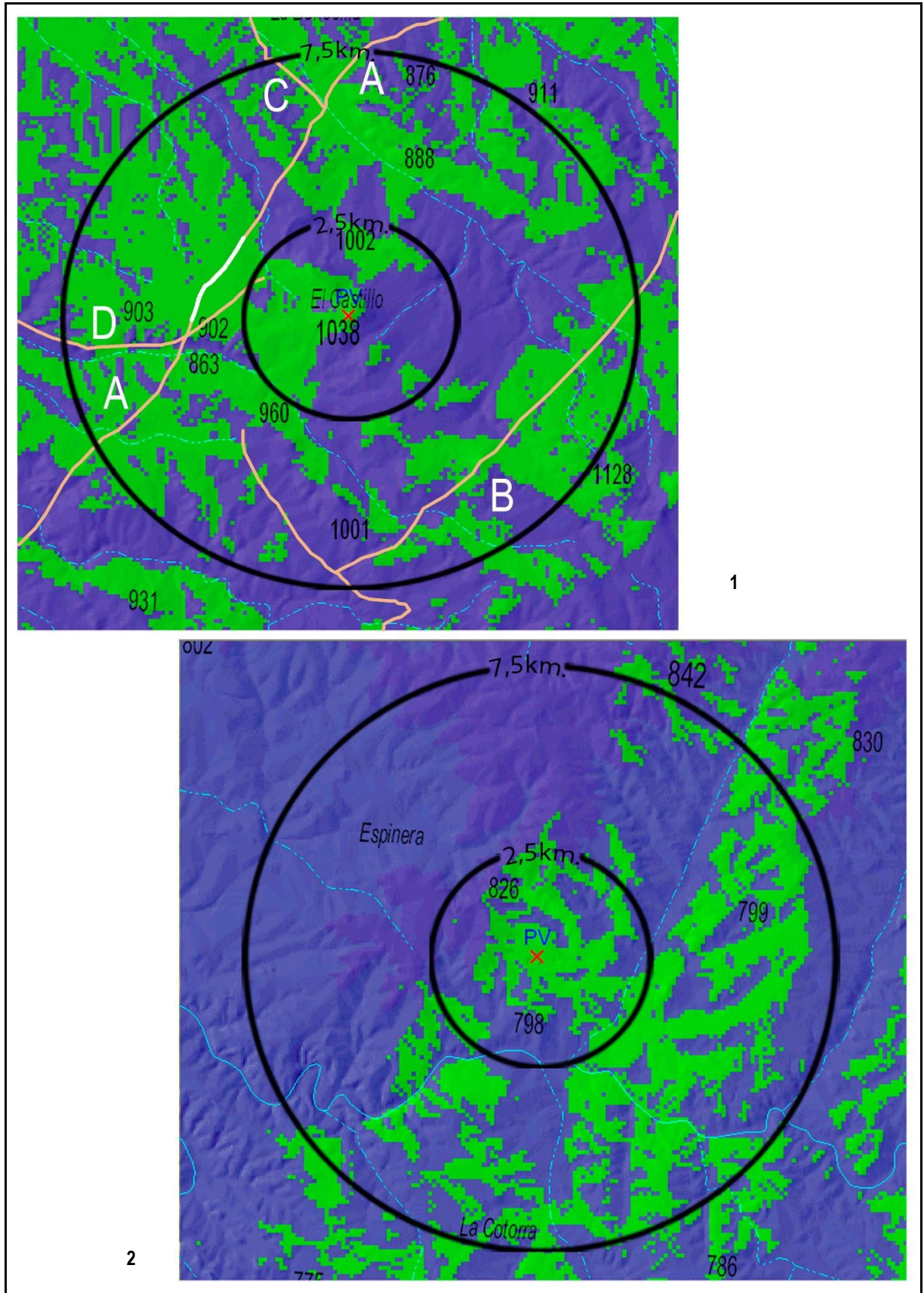


Figura 61: Dominio visual 16. 1. El Castillo (Carrascal del Obispo). 2. Ermitas (Cubo de Don Sancho). Naranja: posibles vías. Blanco: tramo de calzada romana documentada. (C. Mateos)



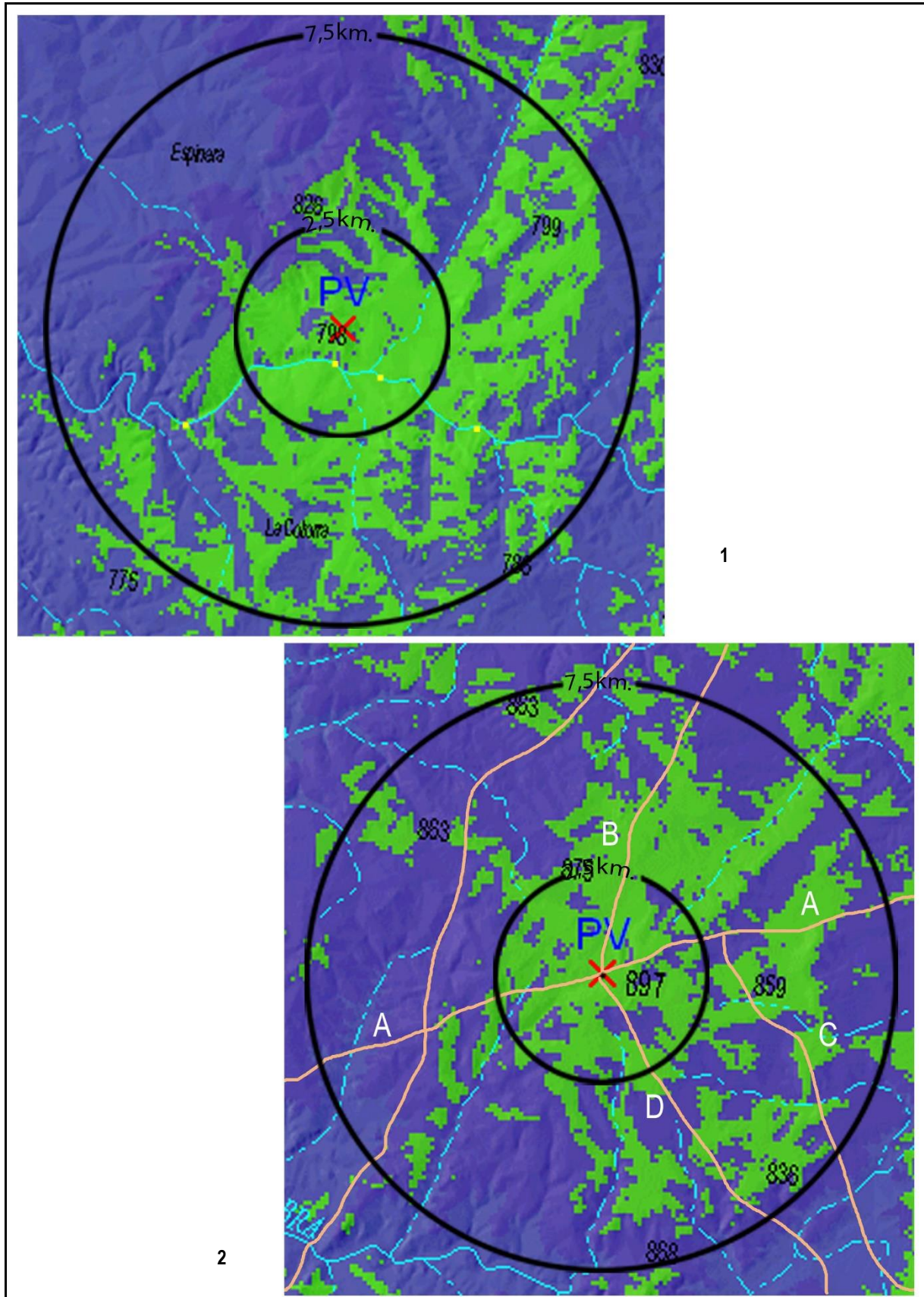


Figura 62: Dominio visual 17. 1. Tres Cuartos (Cubo de Don Sancho). 2. Cabeza de Diego Gómez. Naranja: posibles vías. Blanco: tramo de calzada romana documentada. (C. Mateos)



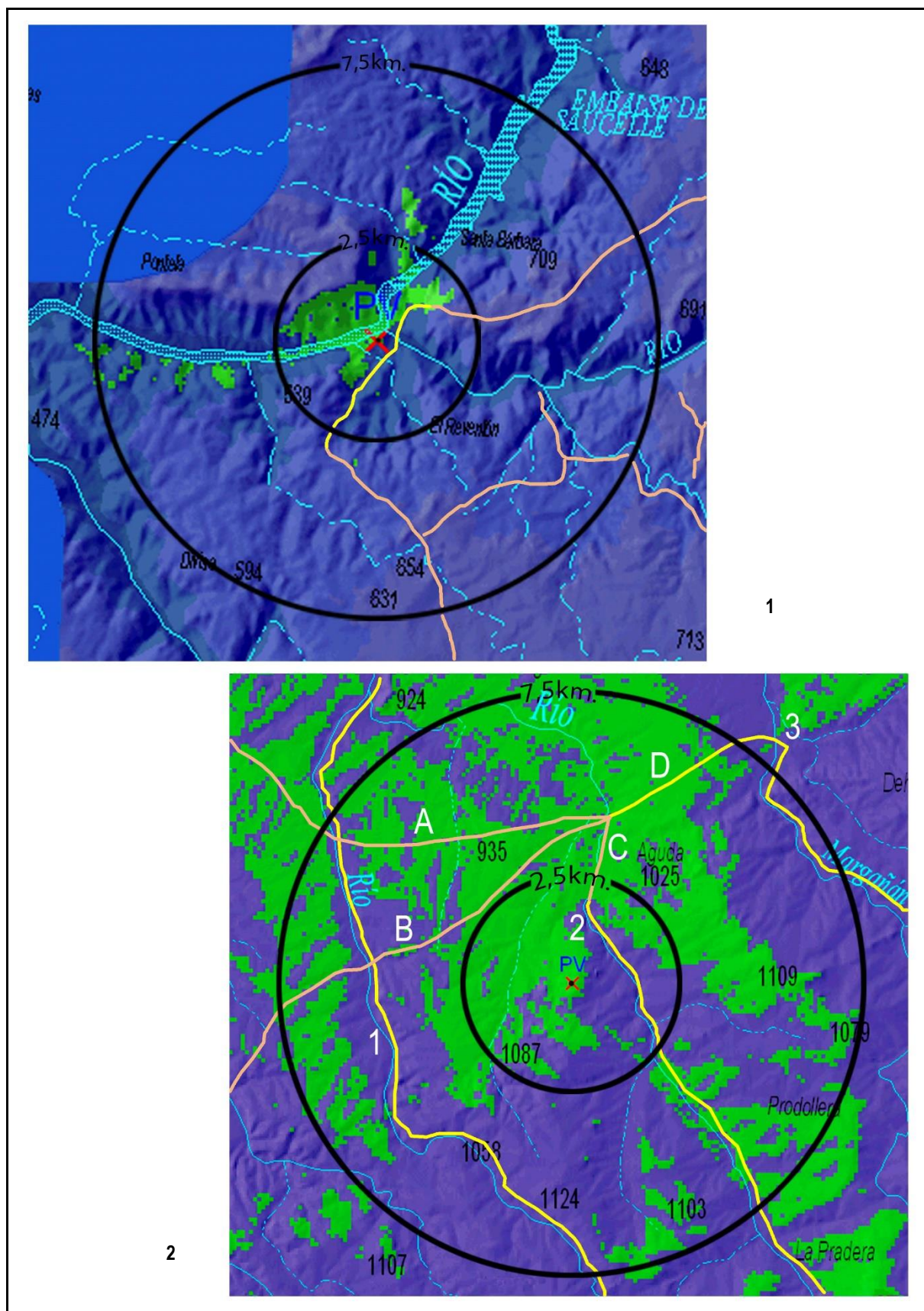


Figura 63: Dominio visual 18. 1. Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero). 2. El Castillo (Alaraz). Naranja: posibles vías. Amarillo: pasos naturales. (C. Mateos)



#### 4. A. c. Zona oriental

Los ríos entorno a los cuales se localizan los yacimientos en esta área son El Gamo, El Margañán y El Guareña. Los sitios elegidos para el análisis son El Castillo (Alaraz) y Ermita del Cristo (Alaraz) del Hierro II y el Fresnillo (Macotera), Los Hornos (Coca de Alba) y La Regalantona (Espino de la Orbada) del Hierro I. Por último, Las Herraduras (Barbadillo) que pervive durante toda la Edad del Hierro.

El modelo digital de El Castillo (Alaraz) muestra una situación privilegiada desde donde se dominan las tierras septentrionales más allá de los 7,5 km. determinados aunque con algunos puntos ciegos en el paisaje (Fig. 63-2). Esta área se encuentra atravesada por tres posibles vías, que van a confluir en Alaraz, desde donde la carretera actual SA-CV-204 cuyo trazado sigue un camino natural que comunica con las tierras abulenses, ya que en esta zona se levantan una serranía que condiciona el movimiento y sólo es posible atravesarlo por este punto (Fig. 63-2. 3), siguiendo el valle del Margañán, que está un kilómetro antes (Fig. 63-2. 2), o el del Gamo (Fig. 63-2.1). Lo curioso de este caso es que ninguno sería visibles desde el yacimiento. Por otro lado, el alcance visual medio sobre el Río Gamo es de 4,65 km., dominando su curso durante 7,95 km. De nuevo se observa que el paisaje de los accesos está sometido totalmente. Estos mismos caminos son los que se registran desde el yacimiento de la Ermita del Cristo (Fig. 64-1), que controla el Gamo durante 3,57 km., siendo su alcance visual medio de 1,42 km. El modelo virtual establece una visibilidad muy limitada, sobre todo en el paisaje del horizonte, debido a su situación en un llano.

Desde el poblado de Fresnillo (Fig. 64-2) la única vía identificada que se domina es la marcada por el trazado del valle durante 5,8 km., con una visibilidad media de 2,9 km., El campo visual está limitado a los 2,5 km. debido a la posición del poblado en una vega del Margañán; dentro de este se encuentra el único vado de la zona. El paisaje del horizonte muestra pequeños hitos controlados del terreno hacia el SE y el NO. El modelo digital obtenido para Los Hornos muestra una situación similar al anterior con una visibilidad limitada y enfocada hacia este río, con un control de un tramo de 7,98 km. y un alcance visual medio de 3,57 km. En este caso, en sus inmediaciones se localiza el cruce de la Calzada de Ciudad Rodrigo-Peñaranda por el río Gamo (Fig. 65-1).

El dominio visual del poblado de Las Herraduras (Fig. 65-2) es casi absoluto; mientras que en el paisaje del horizonte se muestra un mayor control de las tierras meridionales, por las cuales pasa una de las denominadas como Calzada de Extremadura (Fig. 65-2. B). Por sus tierras septentrionales, aunque sobre ellas habría un control menor, sí se otearían algunos tramos de la Cañada de Los Mártires (Fig. 65-2. A).

La visibilidad calculada desde La Regalantona muestra el alcance visual medio sobre el valle del Guareña de 1,97 km., dominando su curso durante 4,30 km. Por otro lado, se tendría un control completo sobre el dominio visual; mientras que en el paisaje del horizonte es mayor en sus tierras meridionales, por donde cruza la denominada Calzada de Medina (Fig. 66-1. A).

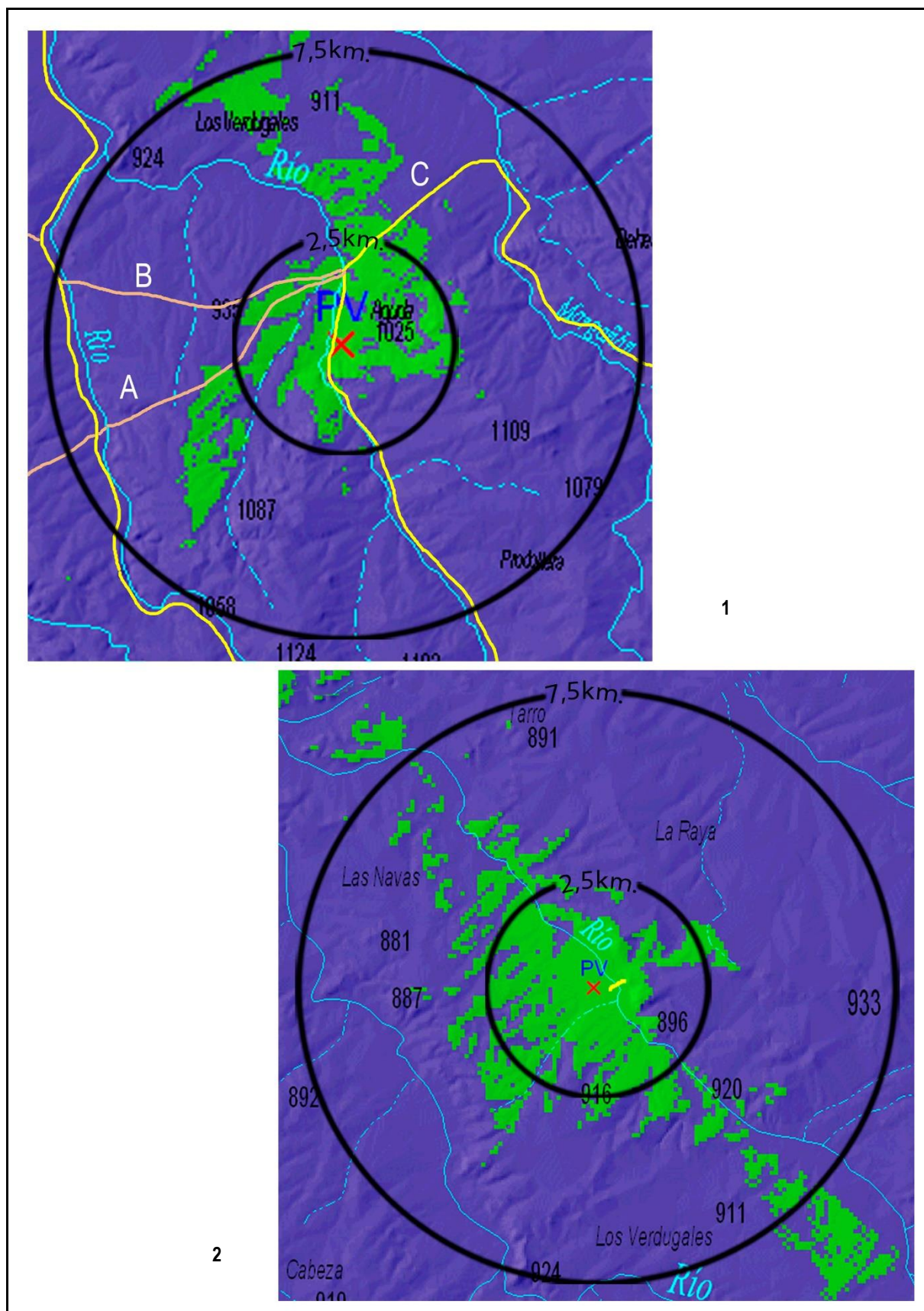


Figura 64: Dominio visual 19. 1. Ermitas del Cristo (Alaraz). 2. Fresnillo (Macotera). Naranja: posibles vías. Amarillo: pasos naturales. (C. Mateos)



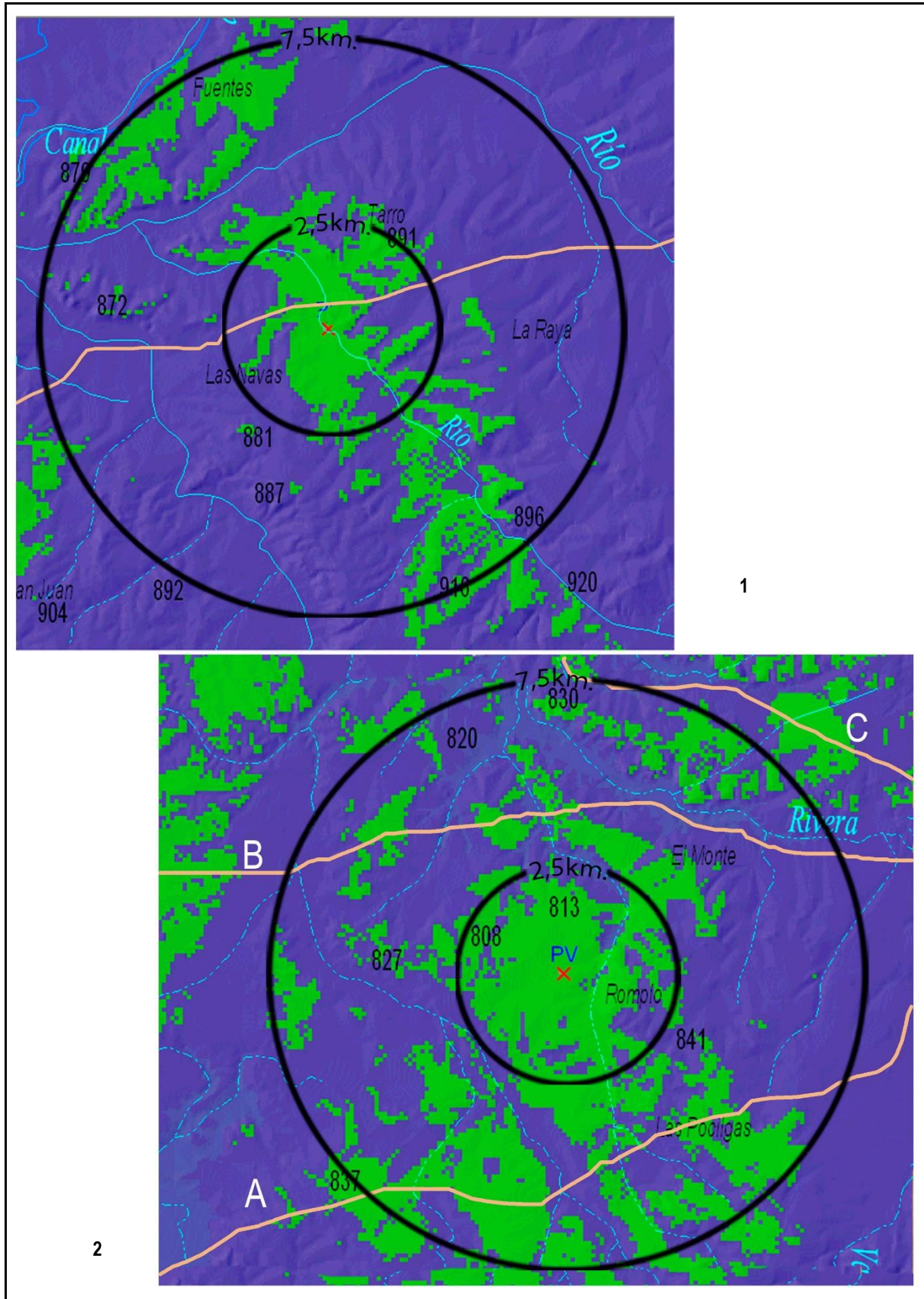


Figura 65: Dominio visual 20. 1. Los Hornos (Coca de Alba). 2. Las Herraduras (Barbadillo). Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



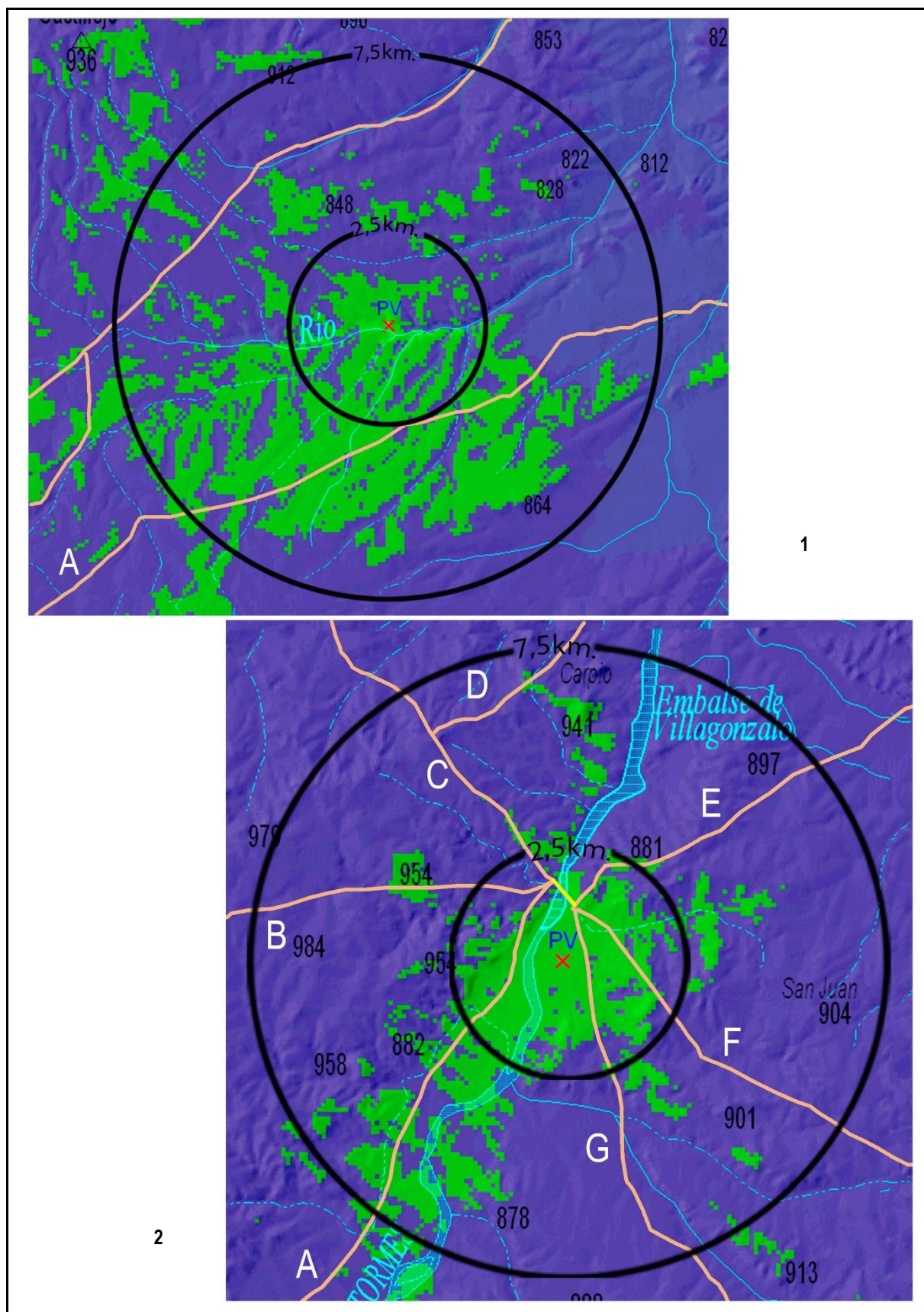


Figura 66: Dominio visual 21. 1. La Regalantona (Espino de la Orbada). 2. Los Jerónimos (Alba de Tormes). Naranja: posibles vías. (C. Mateos)

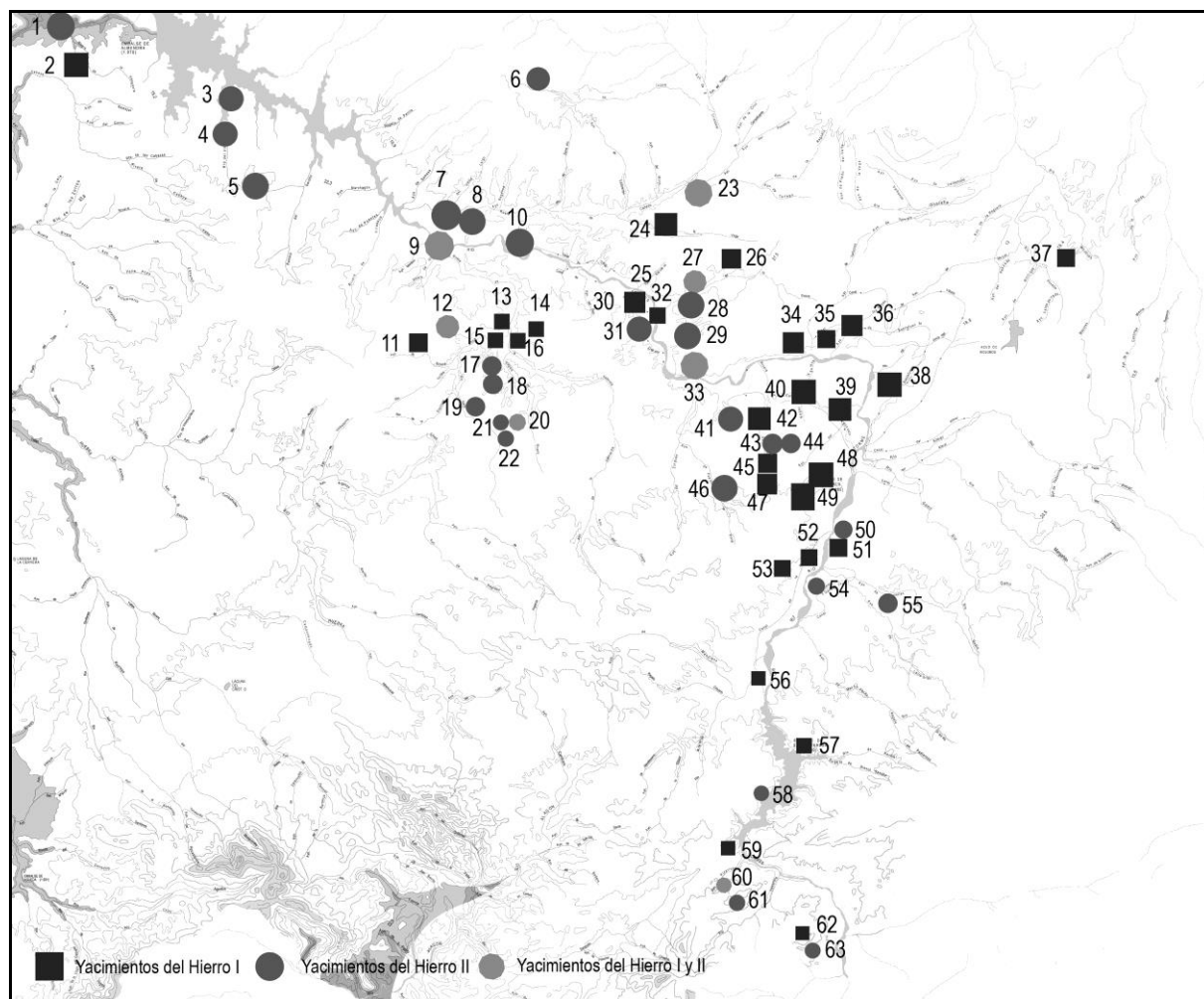


Figura 67: Valle del Tormes. 1. Teso de San Cristóbal. 2. Peña del Castro. 3. El Castillo de Monleras. 4. El Castrejón. 5. Teso del Santo. 6. Teso del Santo de Santiz. 7. El Cañedo. 8. Teso de Santa Olalla. 9. Ledesma. 10. Olmillos. 11. Gejo de Diego Gómez. 12. Teso de la Higuera. 13. El Sierro. 14. La Dehesa. 15. Casa de Domingo. 16. Valdefuentes. 17. La Manga. 18. Las Moras. 19. El Rodeo. 20. Las Herraduras. 21. Cuadros de la Vega. 22. Los Padritos. 23. El Catillo de Forfoleda. 24. Teso del Cuerno. 26. Los Canales. 27. Teso de la Septa. 28. Teso de la Encina. 29. Teso San Miguel. 30. El Regado. 31. Florida de Liébano. 32. Las Cabezas. 33. Salamanca. 34. El Palomar. 35. Los Turrazos. 36. Teso de la Hojita. 37. La Regalantona. 38. La Aceña. 39. Castañeda. 40. El Soto. 41. Peñas del Gejo. 42. La Pinilla. 43. Tres Palacios. 44. Arapiles de la Fuente. 45. Arapil Chico. 46. Teso de Utrera. 47. Arapil Grande. 48. La Mesa de Carpio Bernardo. 49. El Castillo de Carpio Bernardo. 50. Alba de Tormes. 51. Los Jerónimos. 52. El Torrejón. 53. El Cerro de San Pelayo. 54. La Cuesta de Santa Ana. 55. Las Vegas. 56. La Iglesia. 57. El Cañal. 58. Salvatierra de Tormes. 59. Peña de la Mata. 60. El Castillo de Cabeza de Béjar. 61. El Cerro. 62. Cancho Enamorado. 63. El Tejado. (C. Mateos)

#### 4. A. d. Valle del Tormes

A continuación, se analizarán otra serie de yacimientos situados en torno al valle del Tormes (Fig. 67), el cual atraviesa todo el territorio de NO a SE, convirtiéndose en el gran vertebrador de las comunicaciones en nuestro territorio lo que explicaría la gran cantidad de asentamientos identificados en su entorno durante todo el período de la Edad del Hierro, como se puede apreciar en la figura 66. Se ha incluido en un apartado propio precisamente por este gran recorrido que abarcaría zonas de las



tres áreas anteriores. Los yacimientos escogidos para el análisis han sido Los Jerónimos (Fig. 67-51), El Castillo de Monleras (Fig. 67), el Gejo de Diego Gómez (Fig. 67-11), Los Canales (Mozodiel del Camino) (Fig. 67), La Aceña (Huertas) (Fig. 76-38), Cerro Muriano (Cabeza de Framontanos) (Fig. 67), El Cañedo (Ledesma) (Fig. 67-7), Ledesma (Fig. 67-9), Las Cabezas (Florida de Liébano) (Fig. 67-32), Teso de la Encina (Aldeaseca) (Fig. 67-28), Teso de la Septa (Castellanos de Moriscos) (Fig. 67-27), Teso de San Miguel (Villamayor) (Fig. 67-29), Teso de la Hojita (San Morales) (Fig. 67-36), Salamanca (Fig. 67-33), El Castillo de Forfoleda (Fig. 67-23), La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) (Fig. 67-48), El Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) (Fig. 67-49), Alba de Tormes (Fig. 67-51), Los Tejares (El Tejado de Béjar) (Fig. 67-63), La Dehesa (Golpejas) (Fig. 67-14), Casa de Domingo (Golpejas) (Fig. 67-15), Valdefuentes (Golpejas) (Fig. 67-16) y El Sierro (Golpejas) (Fig. 67-13).

El modelo digital obtenido para Los Jerónimos (Fig. 66-2) muestra una visibilidad centrada en este valle con un alcance visual medio de 2,06 km. Se aprecia un control de las tierras situadas en el radio de 2,5 km.; mientras que en el paisaje del horizonte el máximo campo visual se alcanza sólo en el sector SO. Por otra parte, en su dominio inmediato se registra el único vado en este tramo y siete posibles vías, de las cuales sólo entrarían en su campo de visión la Calzada de Alba (Fig. 66-2. F), la Cañada de Alaraz (Fig. 66-2. G) y la Cañada de La Rodera Molinera (Fig. 66-2. A). A pesar de estar oculto por el embalse de Almendra, la aplicación virtual ha permitido obtener una visibilidad hipotética de El Castillo (Monleras). Se observa una visibilidad limitada a los sectores SO y NO en el paisaje del horizonte y centrada en el valle, del cual se vería un tramo de 4,5 km., con un alcance visual medio de 1,45 km. Por otro lado, en las tierras meridionales se han identificado dos caminos conocidos como la Vereda Ledesma-Aldeadávila (Fig. 68-1.A) y la Vereda Ledesma-Fermoselle (Fig. 68-1.B).

El siguiente poblado analizado es el Gejo de Diego Gómez, enclavado en una zona por donde pasan bastantes vías, no obstante en su campo de visión sólo entrarían las conocidas como Colada de Tamames-Calzada de Doñinos de Ledesma (Fig. 68-2.A), que uniría el norte del territorio con la zona serrana, y la Cañada de Los Mártires (Fig. 68-2. B). Además de estar emplazado en un territorio con gran cantidad de corrientes de agua. Su visibilidad muestra un control absoluto tanto del paisaje de los accesos como del dominio visual; mientras que en el paisaje del horizonte no se alcanzarían los 7,5 km. más que en dos zonas, en la SO y la SE, pero con puntos ciegos en el paisaje. El modelo digital de Los Canales (Fig. 69-1) muestra que su visibilidad está limitada por los accidentes del terreno debido a su situación en una vega, centrándose en el Arroyo de la Encina, subsidiario del Tormes, durante 11,53 km., con un alcance visual medio de 3,12 km. Las posibles vías prerromanas que se localizan en su campo de visión son varias, pero llama la atención la de La Plata (Fig. 69-1. A) por su proximidad y porque en el área de dominio inmediata se localiza un vado por el que cruza el arroyo. Este yacimiento, entraría dentro de aquellos hábitats considerados como temporales, situados en las riveras, pero el hecho de que se eligiera un emplazamiento cercano a las vías de comunicación y a un vado, creemos que no es una coincidencia y que fue intencional.

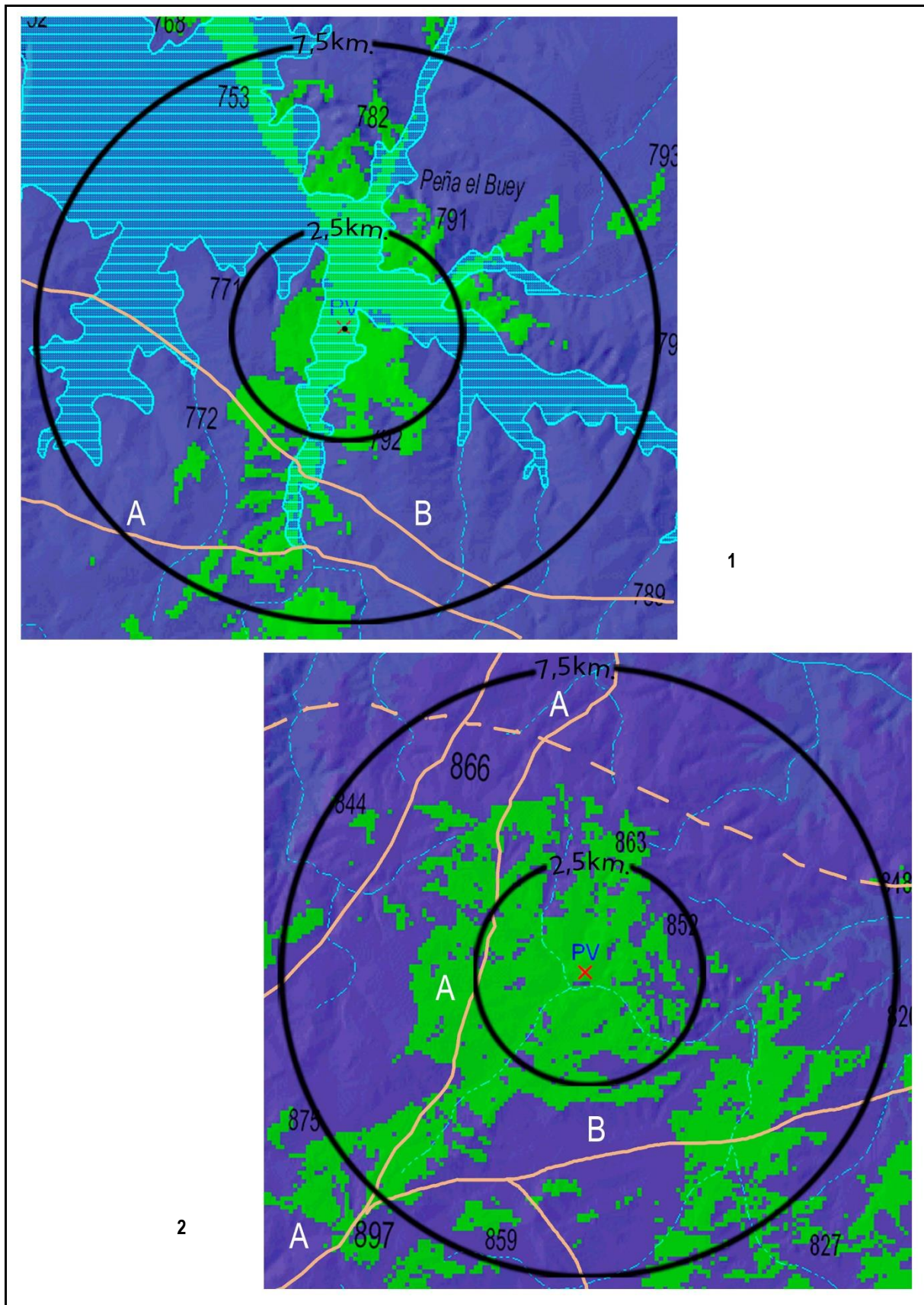


Figura 68: Dominio visual 22. 1. El Castillo (Monleras). 2. Gejo de Diego Gómez. Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



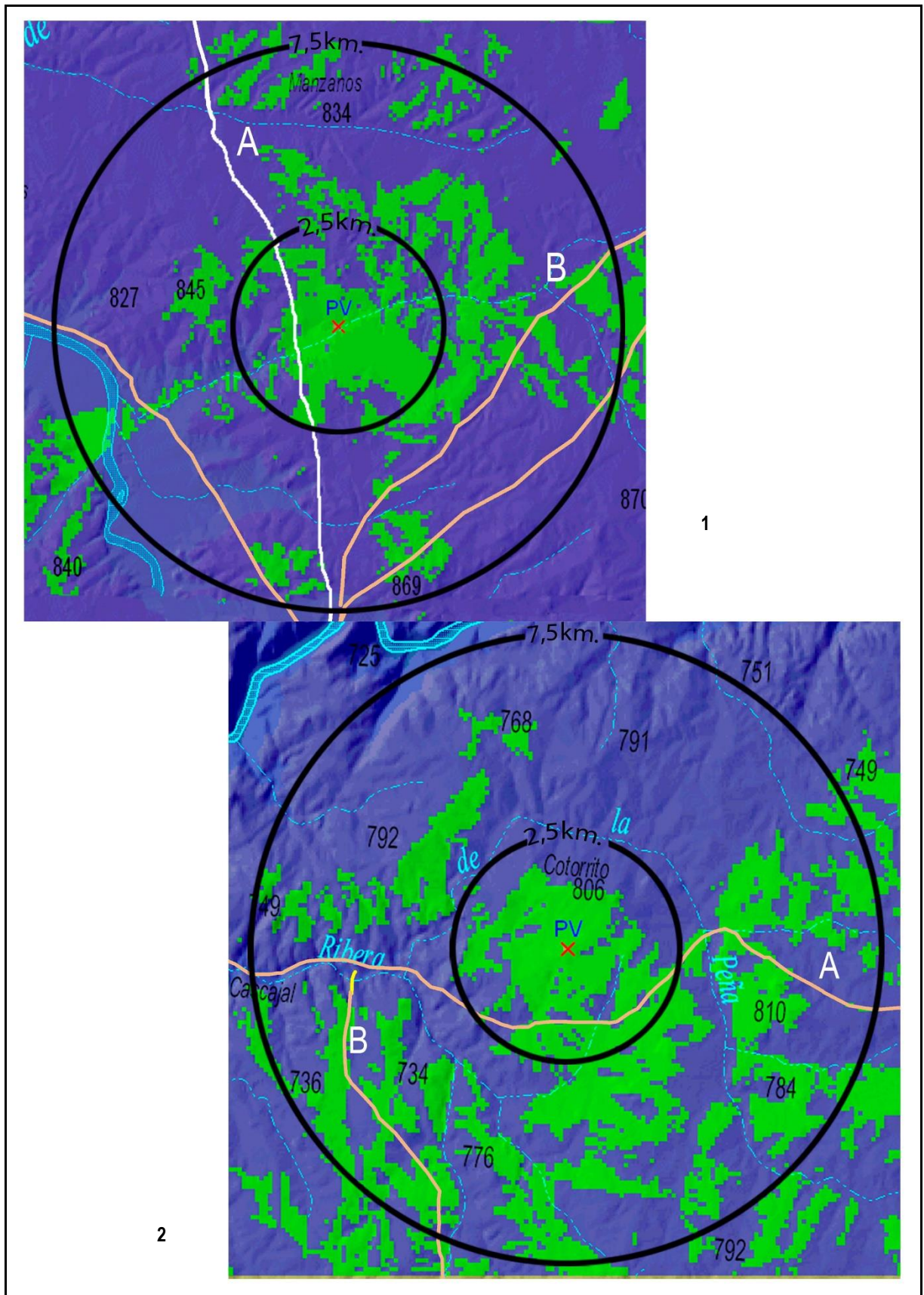


Figura 69: Dominio visual 23. 1. Los Canales (Mozdiel del Campo). 2. Cerro Muriano (Cabeza de Framontanos). Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada romana documentada. Amarillo: zona de paso natural. (C. Mateos)

La visibilidad del Cerro Muriano, en su paisaje del horizonte, se concentra en sus tierras meridionales, en donde se ha identificado una posible vía prerromana, la denominada Vereda Ledesma-Aldeadávila (Fig. 69-2.A), que como ya hemos visto comunicaría todo el territorio de Oeste a Este. Se observa que su dominio visual queda limitado por la orografía del terreno, por lo que no se llega a abarcar los 2,5 km. de radio propuestos en las tierras septentrionales.

La Aceña (Fig. 70-1) sería un poblado situado en una loma de la penillanura por lo que esta posición facilita, como se observa en la imagen, un dominio absoluto sobre el terreno no sólo en el dominio visual sino también en su paisaje del horizonte. Respecto a las posibles vías, a menos de un kilómetro, en dirección Norte, se han identificado dos cañadas, la de la Garda (Fig. 70-1. B) y la Vereda de Madrid (Fig. 70-1. A) y dos ramales de ésta última, conocidos como Cordel de Cantalapiedra (Fig. 70-1. C) y Colada de Los Sordos (Fig. 70-1. D). Por último, en el sector SO se alcanzaría a visualizar la Vereda del Valle (Fig. 70-1. E) y el conocido vado de Colloruelo que ayuda a salvar el Tormes en este tramo. Por otra parte, el dominio este valle es de 16,37 km., siendo el alcance visual medio de 3,99km. Como se aprecia en la imagen, el control sobre las terrazas fluviales es amplísimo, las cuales son tierras fértiles para el cultivo.

Según Benito y Grande, el poblado de El Cañedo ocupa un altozano, desde donde se dominaría un vado sobre el río, el cual fue usado para construir en época romana El Puente Mocha (2000: 143). El aprovechamiento de zonas naturales de paso para la construcción de puentes romanos es habitual, como se ha podido observar en el caso de Salamanca o en el vado de Alconetar, únicos puntos vadeables de los ríos en época de crecidas (Gil, 2006: 21).

El patrón digital de Ledesma marca un alcance visual medio sobre el Tormes de 5,26 km., controlando su curso durante 8,45 km. Por otro lado, muestra un dominio visual en donde se alcanza los 2,5 km. marcados, incluyéndose en él un vado sobre el que se levantó Puente Mocha, de factura romana, y un tramo de una calzada de la misma época (Frades, 1993: 18). Igualmente, se otearían todas las posibles vías identificadas en el territorio. Por el Este vendría la conocida Vereda Salamanca-Ledesma (Fig. 70-2. A). Hacia el NE están la Colada de Ledesma (Fig. 70-2. B) y la Cañada de Ledesma (Fig. 70-2. C). Hacia el Noroeste contamos con El Cordel de Almeida de Sayago (Fig. 70-2. D), con la Vereda de Ledesma-Fermoselle (Fig. 70-2. E) y la de Ledesma-Aldeadávila (Fig. 70-2. F). Al Sudoeste se ve la Calzada Sando-Ledesma (Fig. 70-2. G) y al Sur la de Doñinos de Ledesma (Fig. 70-2. H). Por el contrario, en el paisaje del horizonte la visibilidad que se muestra está condicionada por la orografía del terreno, alcanza su máxima en el sector Noroeste, aunque con muchas zonas muertas.

La visibilidad calculada para el Teso de la Encina muestra un dominio del terreno inmediato, alcanzándose, prácticamente, los 2,5km. propuestos (Fig. 71-1). En cambio, en el paisaje del horizonte está limitada, centrándose en el curso del Arroyo de La Encina, que vierte sus aguas al Tormes (Fig. 71). Así mismo, en su campo de visión entrarían algunos tramos de las siguientes vías propuestas: la Calzada de La Plata (Fig. 71-1. A) situada en sus tierras orientales junto con el vado por donde cruza el

río; la Vereda Salamanca-Ledesma (Fig. 71-1. B) en su sector occidental; y en la zona SE el Cordel de Toro (Fig. 107-1.C) y el Cordel/Calzada de Valladolid (Fig. 71-1. D), aunque con una visibilidad sobre ellas mucho menor que en los primeros casos. A pesar de estar en la misma línea de terreno y muy próximo al anterior, el Teso de la Septa tiene un campo visual menor, aunque se orienta también hacia el mismo curso fluvial (Fig. 71-1). Los caminos identificados son también los mismos, la Calzada de La Plata (Fig. 71-2. A) por sus tierras orientales; la Vereda Salamanca-Ledesma (Fig. 71-2. B) en su sector occidental, junto con un tramo del Tormes con sus fértiles vegas, y los Cordeles de Toro (Fig. 71-2. C) y de Valladolid (Fig. 71-2. D). En ambos casos existe una línea de visión directa entre ellos.

El campo visual desde Las Cabezas se centra en el cauce del río, con un alcance visual medio de 3,95km., dominando su curso durante 5,7 km.; no llegándose a los 7,5 km. del paisaje del horizonte más que en dos zonas el NE y el NO. Por el contrario, sí que se tendría un control casi absoluto en el territorio marcado por los 2,5 km. de radio propuestos, con las limitaciones impuestas por la orografía del terreno en el área NE y SO (Fig. 72-1).

En la Rivera del Cañado, afluente del Tormes, se encuentra emplazado El Castillo (Forfoleda) (Fig. 72-2). La visibilidad que muestra el modelo digital está muy condicionado por los accidentes geográficos, lo que significa que aunque se llega a las distancias propuestas tanto en el dominio visual como en el paisaje del horizonte existen puntos ciegos. Las vías determinadas que entrarían en su campo de visión son la Vía de La Plata (Fig. 72-2. A) en su área oriental; la Cañada Las Negras (Fig. 72-2. B), en sus tierras septentrionales, que se une con la anterior; y la Calzada de Torresmenudas (Fig. 72-2. C), que actúa de nexo entre la cañada anterior y la Vereda de Salamanca-Ledesma (Fig. 72-2. D).

El campo visual obtenido de la Carta Digital (Fig. 73-1) desde la oposición que ocupa el Teso de San Miguel está limitado por los tesos existentes en las tierras próximas al río, alcanzándose los 7,5 km. del paisaje del horizonte en sus tierras occidentales; dominándose el Tormes durante 12,74 km. y un vado. Por otro lado, los posibles caminos establecidos son en su área oriental, la Vía de la Plata (Fig. 73-1. A), el Cordel de Toro (Fig. 73-1. C) y la Calzada Vieja de Valladolid (Fig. 73-1. D), con una visibilidad limitada sobre ellas. En su cuadrante occidental, donde se desarrollaría su máxima visibilidad, se encuadra la Vereda de Salamanca-Ledesma (Fig. 73-1. B), que pasaría a escasos metros del castro.

La situación del Teso de la Hojita permite tener un gran dominio del territorio tanto en su dominio visual como en el paisaje del horizonte, el cual sólo se encuentra limitado en su zona septentrional (Fig. 73-2). Así el control medio sobre el valle durante es de 3,76 km. Por otra parte, las posibles rutas que se otean son, de Oeste a Este, la Vereda de Madrid (Fig. 73-2. B), la cual se ramifica de Norte a Sur en las conocidas como Calzada de Cantalapiedra (Fig. 73-2. D), Colada de Los Sordos (Fig. 73-2. C), Cañada de la Garda (Fig. 73-2. E) y Camino de Alba (Fig. 73-2. F); y, en el cuadrante Suroeste se vería la Vereda del Valle (Fig. 73-2. A), así como un vado del Tormes.



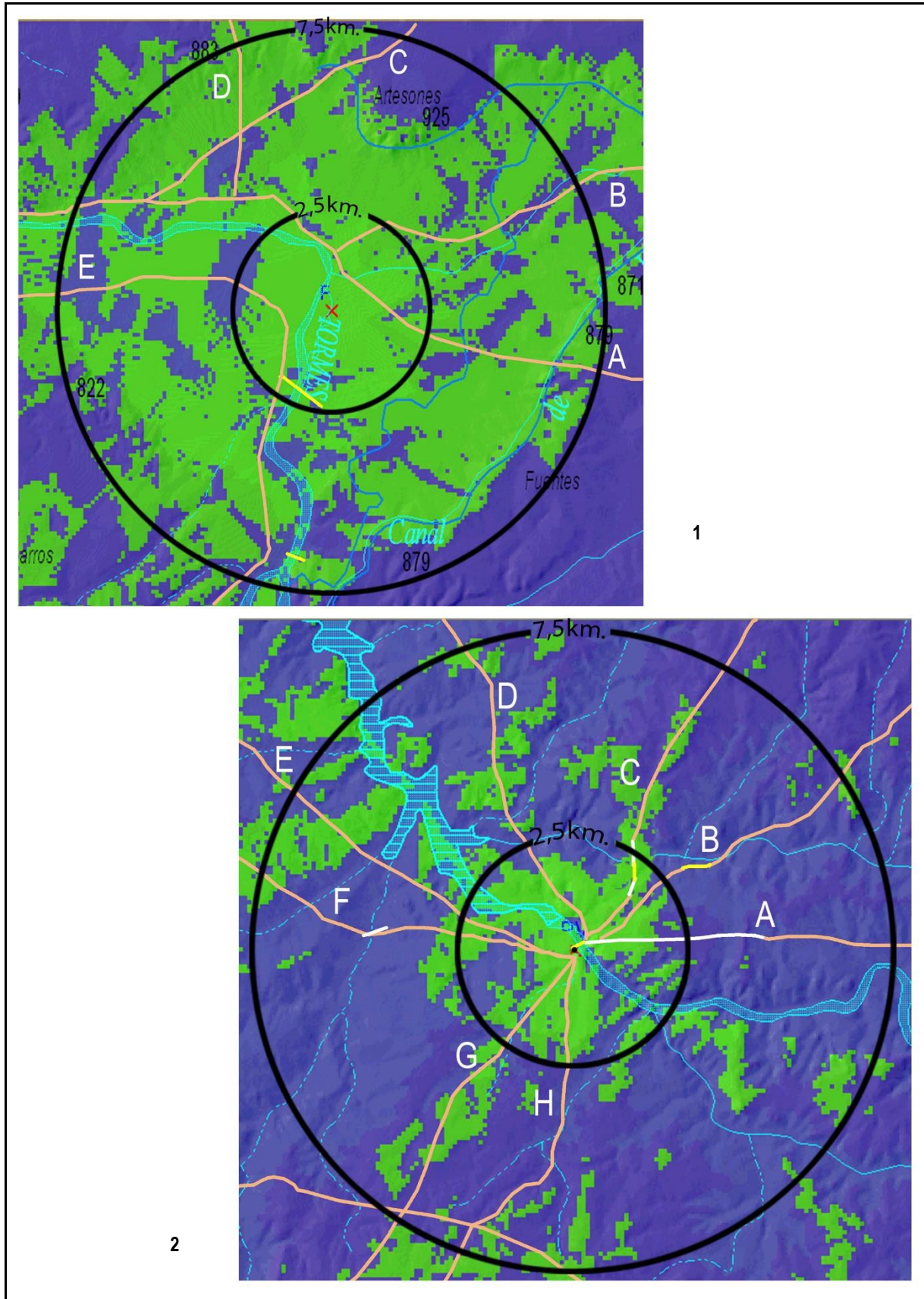


Figura 70: Dominio visual. 24. 1. La Aceña (Huertas). 2. Ledesma. Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada romana documentada. Amarillo: zona de paso natural. (C. Mateos)



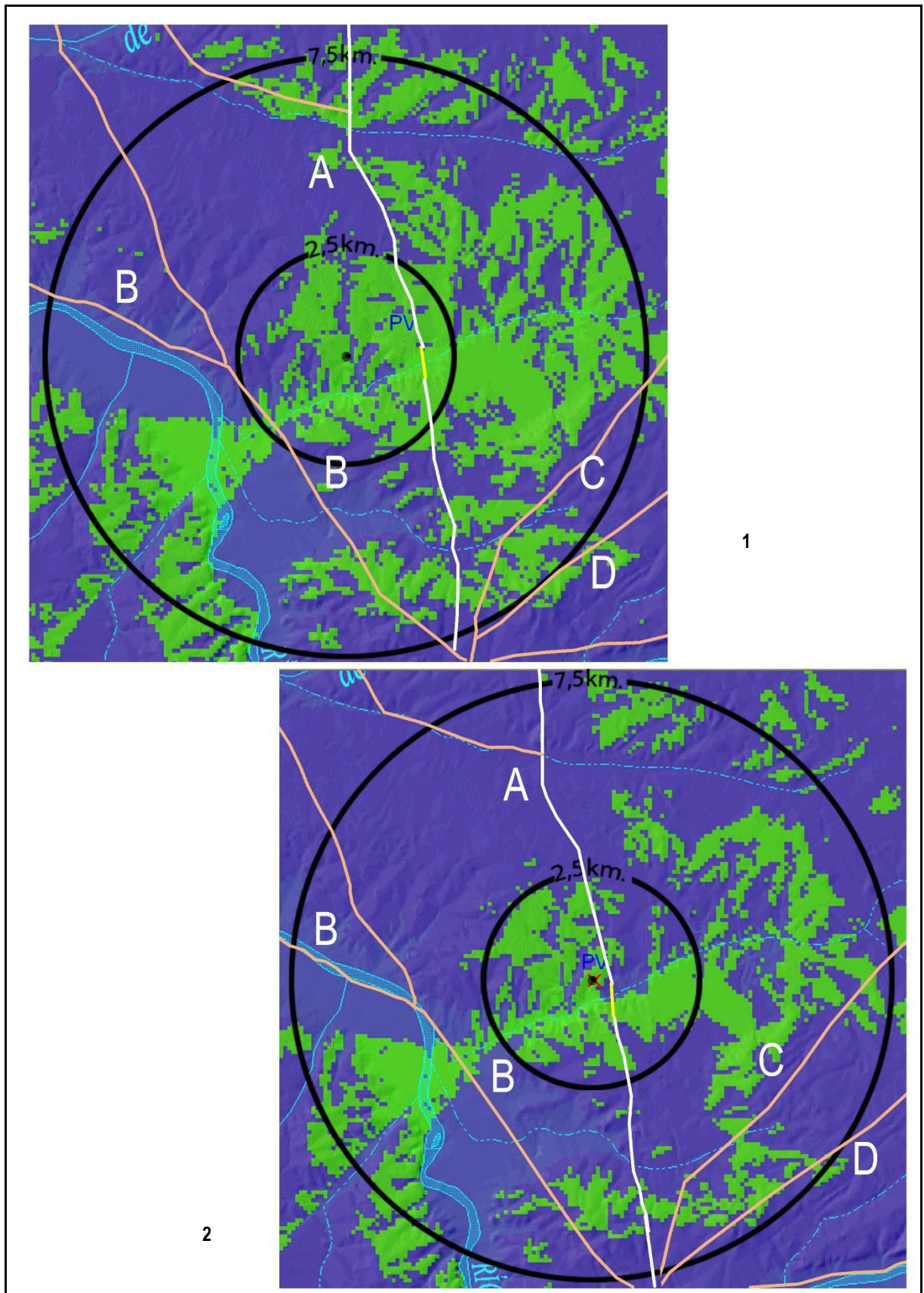


Figura 71: Dominio visual 25. 1. Teso de la Encina (Aldeaseca). 2. Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera). Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada romana documentada. Amarillo: zona de paso natural. (C. Mateos)

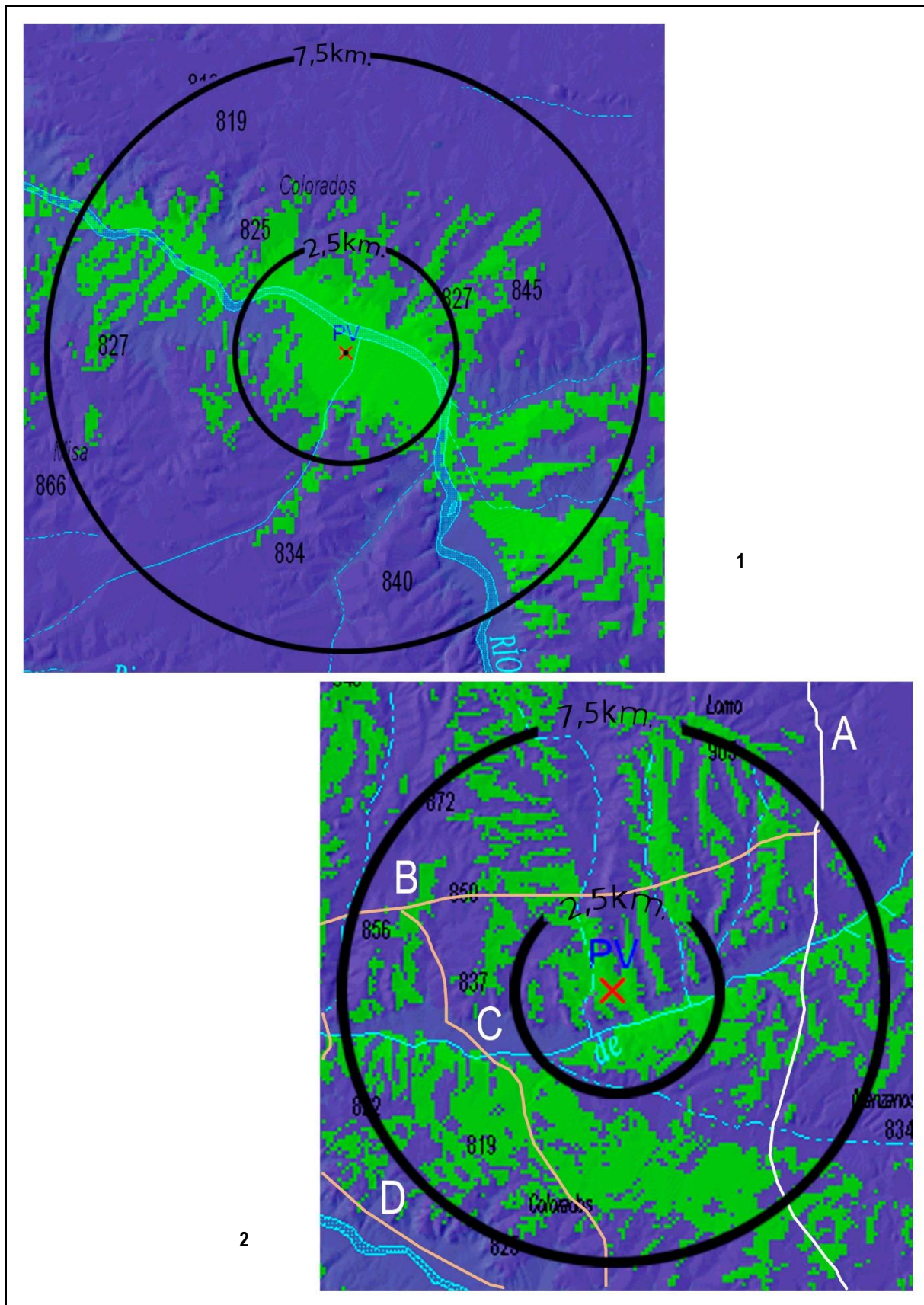


Figura 72: Dominio visual. 26. 1. Las Cabezas (Florida de Liébano). 2. El Castillo (Forfoleda). Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada romana documentada. (C. Mateos)



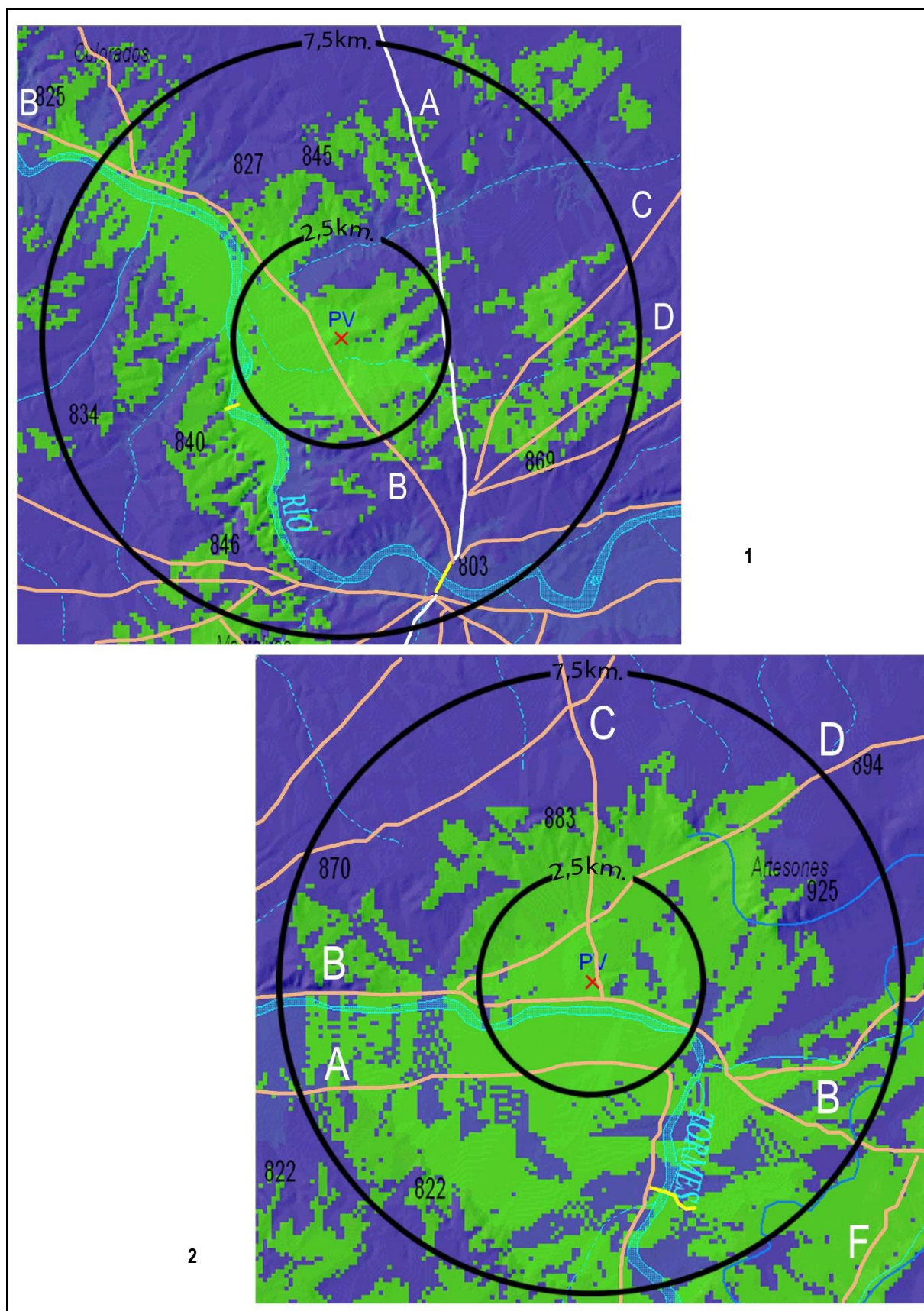


Figura 73: Dominio visual 27. 1. Teso de San Miguel (Villamayor). 2. Teso de la Hojita (San Morales). Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada romana documentada. Amarilla: paso natural. (C. Mateos)



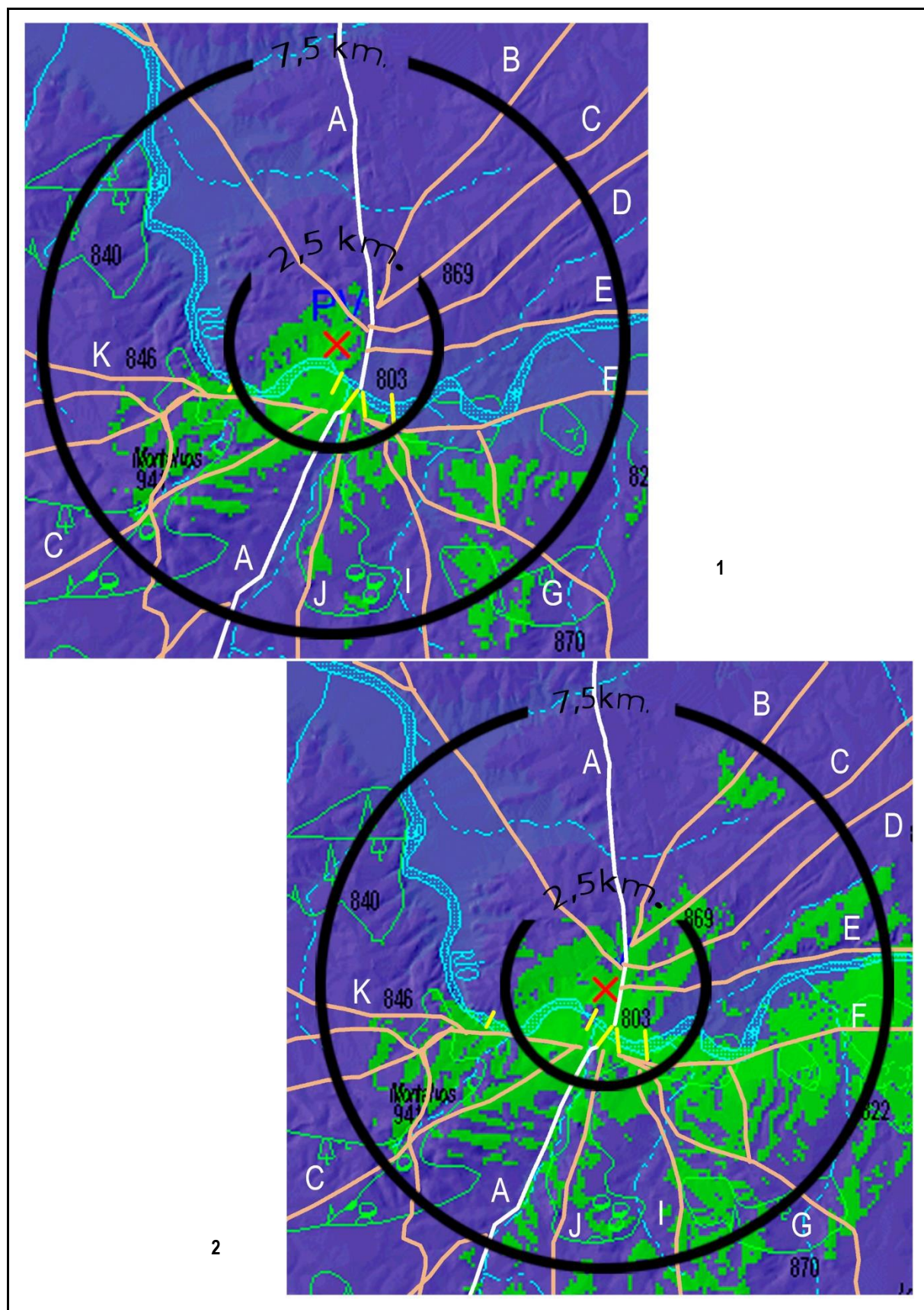


Figura 74: Dominio visual. 28. 1. Cerro San Vicente (Salamanca). 2. El Teso de Las Catedrales (Salamanca). Naranja: posibles vías. Blanco: Calzada romana documentada. Amarilla: paso natural. (C. Mateos)



La ciudad de Salamanca tiene su origen en el Cerro San Vicente en donde se han localizado los vestigios del asentamiento del Hierro I (Macarro y Alario, 2012: 25-26). Desde este lugar se ha realizado el estudio de la visibilidad obteniéndose un control medio sobre el valle de 1,43 Km., controlándolo durante 4,62 km. Así mismo, se observa un campo visual limitado a su zona meridional, aunque con grandes áreas muertas tanto en el paisaje del horizonte como en el domino marcado por los 2,5 km., que es donde se sitúa el río Tormes (Fig. 74-1). Hacia el siglo V-IV, este poblado se extiende hacia su vecino El Teso de Las Catedrales, como demuestran las numerosas excavaciones llevadas a cabo en los solares de la ciudad (Macarro, 1999: 160, 161, 180; Benet, 2001: 27-28; Macarro y Alario, 2012: 30). El modelo digital obtenido desde este enclave demostraría que con la ocupación de esta posición, la visibilidad sobre el terreno aumenta, aunque volviéndose a ver como se centra en ese sector meridional (Fig. 74-2). El lugar elegido para ambos poblados se sitúa en un tramo donde el río es vadeable por diferentes puntos, en los cuales se han construido varios puentes, entre ellos el de época romana. En el caso del asentamiento de la I Edad del Hierro sólo se controlarían tres vados, pero desde El Teso de Las Catedrales se pueden vigilar los cuatro, por tanto se observa como con la expansión durante el Hierro II se gana dominio visual.

Respecto a las posibles vías en ambos casos se controlarían en mayor o menor medida las localizadas en su área meridional, que son la Real calzada de Extremadura (Fig. 74-B), la Vereda de Vitigudino (Fig. 74-K), la Vía de Plata (Fig. 74-A), el Cordel de Miranda (Fig. 74-J), la Colada de Monterrubio y la Colada de Alba de Tormes (Fig. 74-G). Como ya se ha mencionado, con el traslado a El Teso de Las Catedrales se aumenta el campo de visión, y en consecuencia, se extiende el dominio a otros plausibles caminos; así en su zona septentrional Norte se otearían la Calzada de Cantalapiedra (Fig. 74-E), la Calzada de Medina (Fig. 74-D), la Calzada Vieja de Valladolid (Fig. 74-C) y la Vereda de Salamanca a Ledesma (Fig. 74-L).

Los yacimientos de La Mesa de Carpio Bernardo (Fig. 75-1) y El Castillo de Carpio Bernardo (Fig. 75-2) dominan un terreno cuyo topónimo es "Las Cañadas", donde existen dos caminos: la Vereda del Valle (Fig. 75-E) y el del Río (Fig. 75-A), el cual termina en un vado del Tormes. Ambos senderos pudieron ser cañadas, actualmente en desuso, y de ahí el topónimo. Además, en el campo visual del primero existen otras posibles vías: la Calzada de Alba de Tormes (Fig. 75-B) y el Cordel de Alba (Fig. 75-F), en su sector suroeste, el Cordel de Ciudad Rodrigo-Peñaranda (Fig. 75-C), en su sector noreste, y La Cañada de Alba-Alaraz (Fig. 111-D), en su cuadrante sureste. Desde este asentamiento se controla una zona muy amplia del valle, llegándose a cubrir en la mayoría de los octantes la distancia propuesta tanto para el paisaje del horizonte como para el dominio inmediato. Del cauce del río se otea aproximadamente unos 12,94 km., siendo su visibilidad media sobre el mismo de 4,34 km. El campo visual desde el segundo poblado es menor, centrándose en el sector NE del valle, pero aun así se domina 9,09 km. del río y su visibilidad media es de 4,24 km.

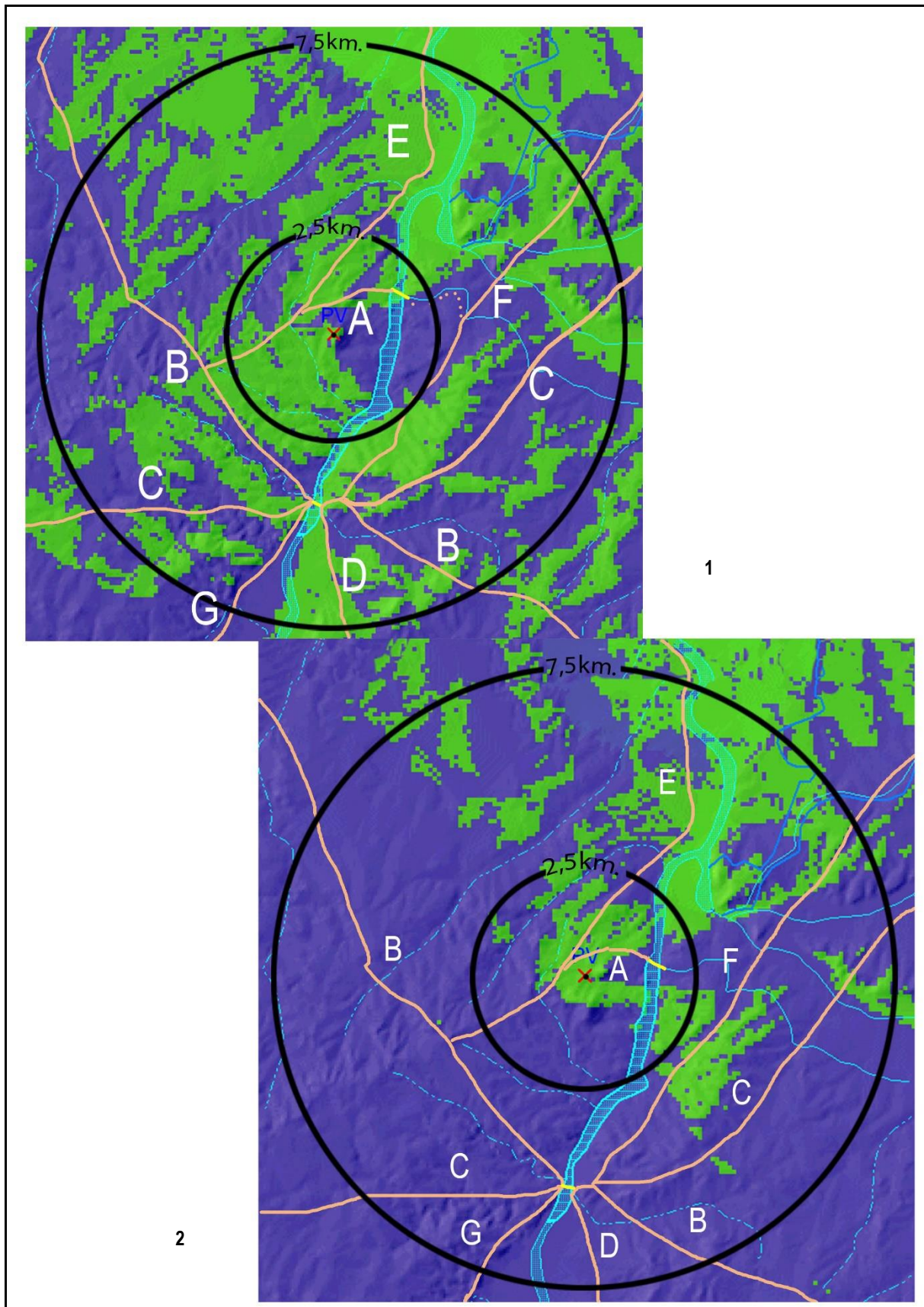


Figura 75: Dominio visual 29. 1. La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes). 2. El Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes). Naranja: posibles vías. Amarillo: paso natural. (C. Mateos)



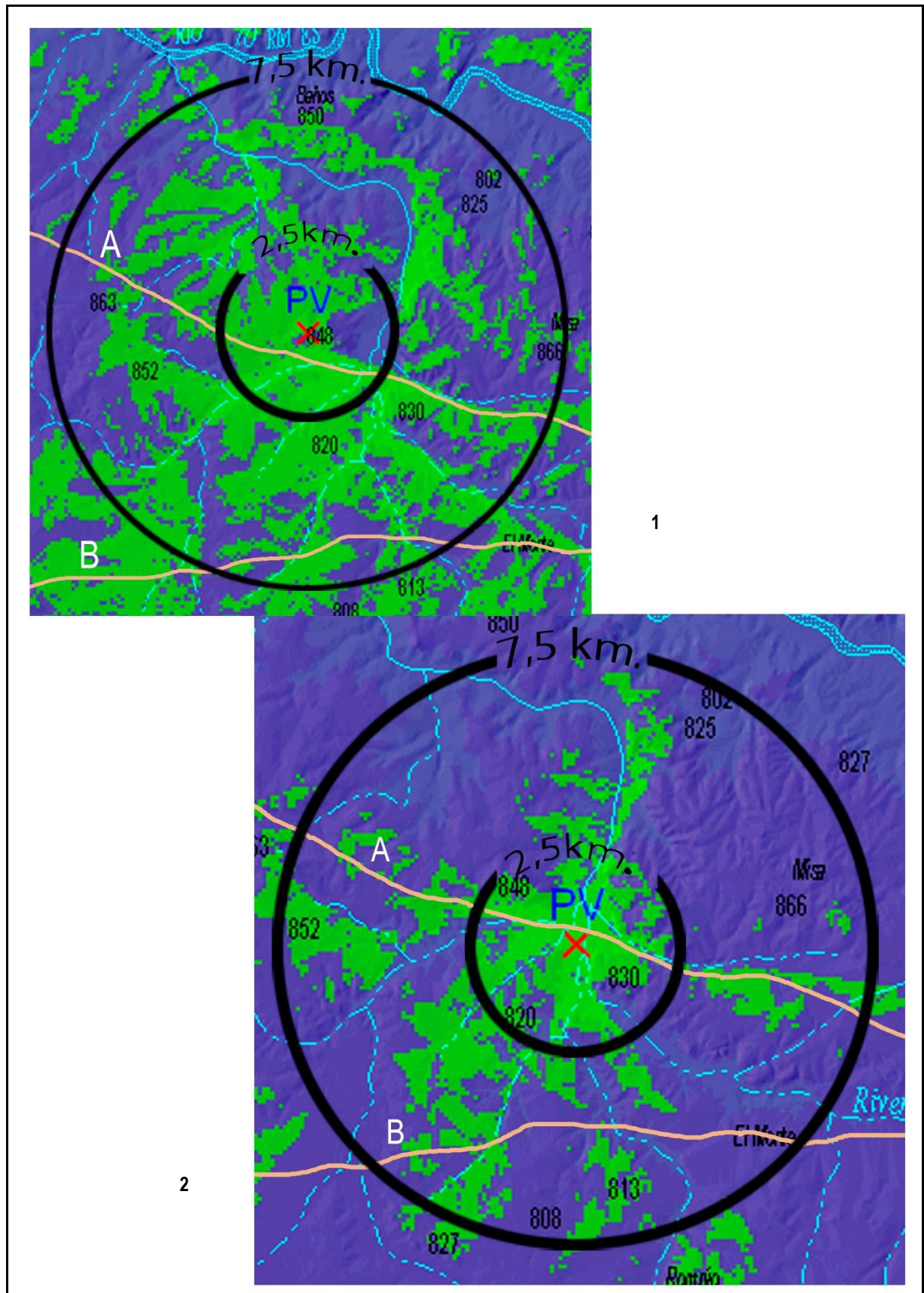


Figura 76: Dominio visual 30. 1. El Sierro (Golpejas). 2. Valdefuentes (Golpejas). Naranja: posibles vías. (C. Mateos)

Los modelos digitales obtenidos de los cuatro yacimientos del Hierro I situados en las inmediaciones de Golpejas (La Dehesa, La Casa de Domingo, Valdefuentes y El Sierro) muestran que sus campos de visión se complementan, sobre todo en el caso de los tres primeros cuya visibilidad está limitada por la orografía del paisaje. El cuarto poblado sería el único que tendría un mayor campo visual, aunque sin llegar a alcanzar los parámetros propuestos, en todos los sectores, tanto para el paisaje del horizonte como para el dominio visual. La cuestión aquí es si todos estuvieron habitados al mismo tiempo o si fueron ocupados en distintas etapas por la misma población. Sea como fuere, en todos los casos se controlan en menor o mayor medida diversos recursos hídricos. En cuanto al control de las posibles vías identificadas, en los cuatro casos se observan dos: la Cañada de Los Mártires (Fig. 76-B y 77-B) que cruza sus territorios por las tierras meridionales y que, excepto en el caso de El Sierro, es sobre el que se tendría una menor línea de visión, controlando sólo algunos puntos del recorrido. Sin embargo, la llamada Vereda de Vitigudino (Fig. 76-B y 77-A), que atraviesa sus terrenos por el Norte. Esta sería sobre la que los cuatro emplazamientos tendrían un mayor control visual.

La visibilidad de Alba de Tormes (Fig. 78-1) tanto sobre su dominio visual como sobre su paisaje del horizonte está condicionada por la orografía del terreno, centrándose en el tramo del valle del área SO, con un alcance visual medio sobre el valle del Tormes de 3,92 km., dominándolo durante 10,98 km. Respecto a las posibles vías de comunicación se han reconocido la Calzada de Alba (Fig. 78-1. A), el Cordel de Ciudad Rodrigo-Peñaranda (Fig. 78-1. B), la Cañada de la Rodera Molinera (Fig. 78-1. C), la Cañada de Alba (Fig. 78-1. E) y el Camino de Alba (Fig. 78-1. D).

El último yacimiento a analizar es Los Tejares (El Tejado de Béjar) (Fig. 78-2), el modelo digital muestra que desde su posición se domina una zona de confluencia de distintos valles, que en el área montañosa donde está, articularían las comunicaciones. El primero es el del Tormes (Fig. 78-2. A), que permite la circulación Norte-Sur en el territorio; desde el poblado se controla un tramo del mismo de 8,75 km., siendo el dominio visual medio de 5,62 km. El segundo, hacia el Este, es el de Corneja (Fig. 78-2. B), oteándose 2,64 km. con un dominio visual medio de 3,96 km. y une este área con el Valle Ambles mediante el Puerto de Villatoro. El tercero es el del Becedillas, que junto con la ya mencionada Cañada de Béjar, establece los caminos naturales de comunicación. El dominio visual medio sobre este último río es de 4,54 km.



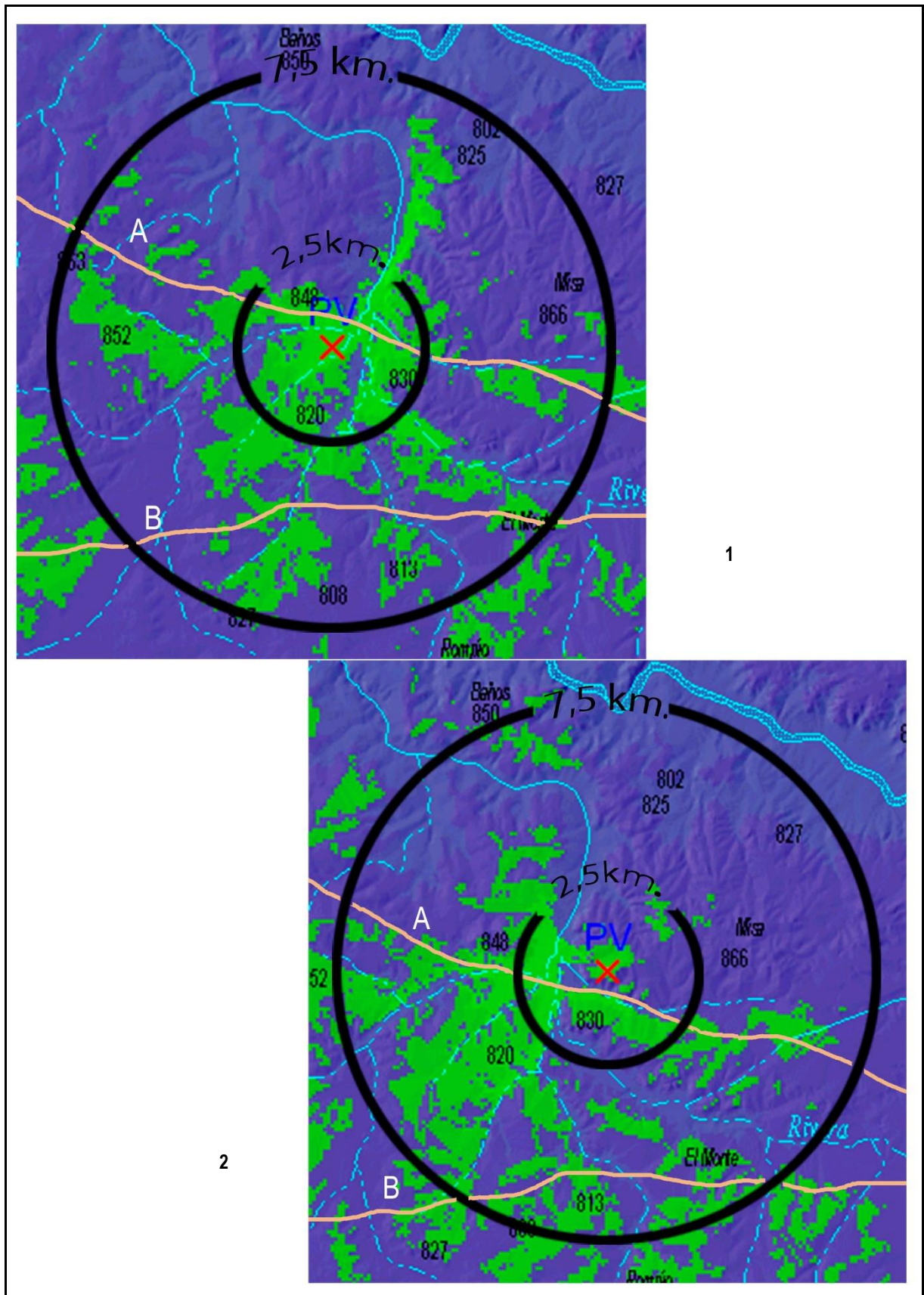


Figura 77: Dominio visual 31. 1. Casa de Domingo (Golpejas). 2. La Dehesa (Golpejas). Naranja: posibles vías. (C. Mateos)



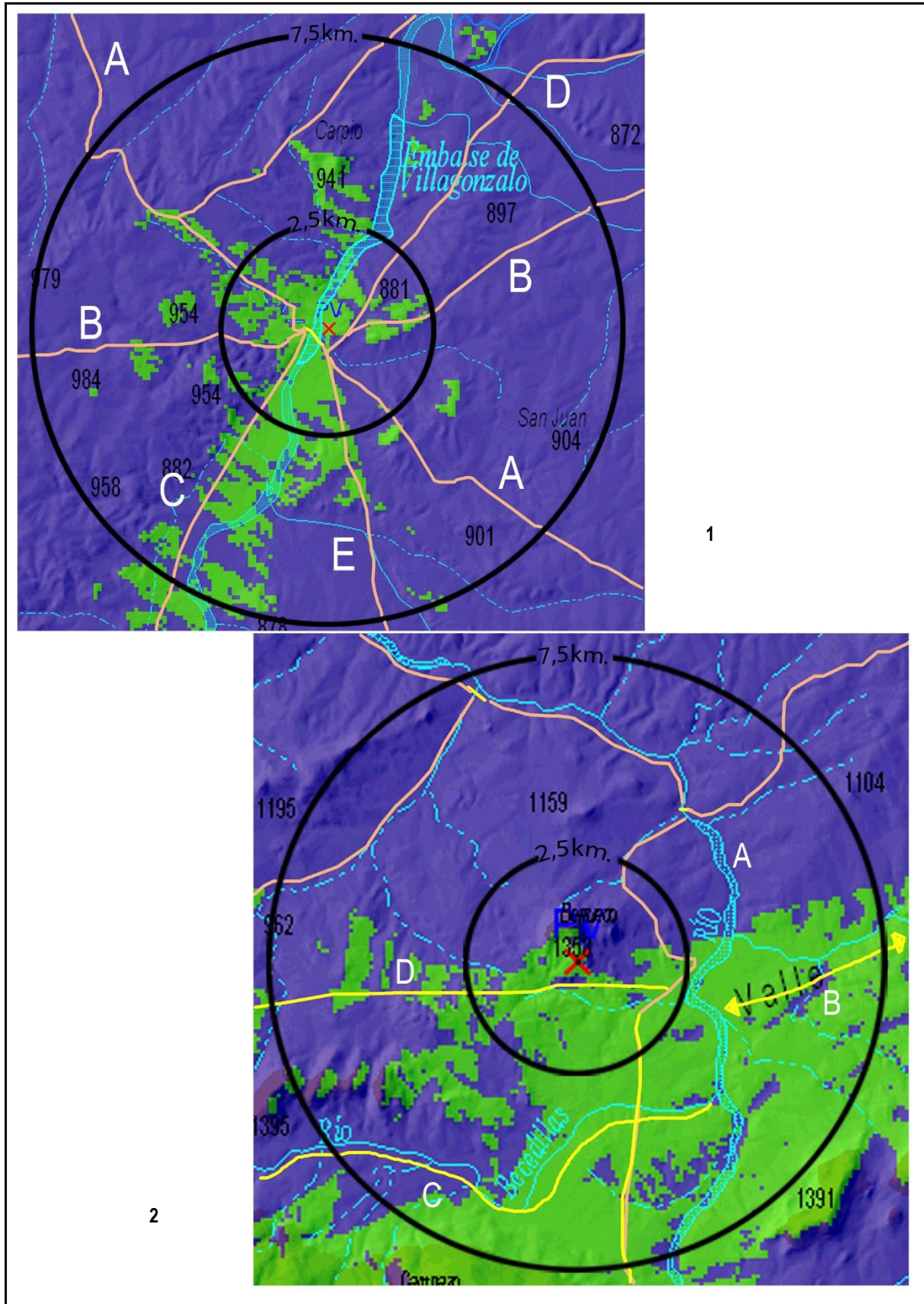


Figura 78: Dominio visual 32. 1. Alba de Tormes. 2. Los Tejares (El Tejado de Béjar). Naranja: posibles vías. Amarillo: paso natural. (C. Mateos)

#### 4. B. Casos concretos: Visibilidad virtual comparada con la real

En este apartado se tratan una selección de 10 yacimientos, en los que se ha ponderado la visibilidad virtual con la real, para valorar si hay muchas diferencias y si se puede tener en cuenta las visibilidades presentadas anteriormente. El porcentaje que se presenta es pequeño, si se compara con el número de yacimientos que abarca este trabajo; no obstante hay que recordar que éste no es un estudio exclusivo de la visibilidad, el cual daría por sí sólo para otra tesis doctoral. Los criterios para su elección se han basado en gran medida en su accesibilidad y en la vegetación circundante, pero también por ser representativos de una o de varias etapas cronológicas.

##### 4. B. a. Yecla La Vieja (Yecla de Yeltes)

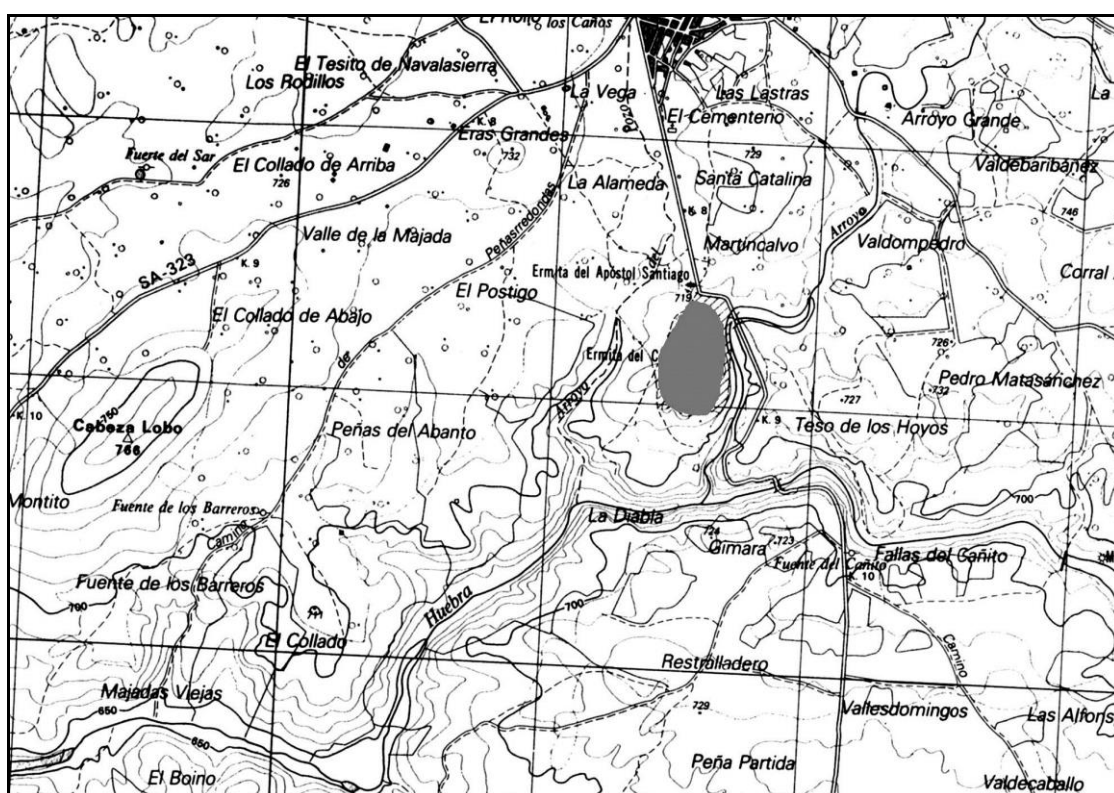


Figura 79: Situación de Yecla de Yeltes. Mapa topográfico 1: 25.000

##### *Paisaje de los accesos*

La tabla 4 muestra unos desniveles del terreno no tan marcados como en otros yacimientos que se verán más adelante e incluso no existen afloramientos graníticos ni grandes escarpes que se pudieran emplear para sustituir el lienzo de la muralla; de ahí que se entienda el motivo de estar ante un recinto totalmente cerrado, lo cual no es lo habitual en el territorio.

TABLA. Paisaje de los accesos.							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia. M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,69º	4	705	16	1,60%	250 m.	250 m.
45º	46,96º	9	710	11	3,63%	248 m.	248 m.
90º	90,69º	16	703	18	6,39%	250 m.	250 m.
135º	134,77º	13	705	16	5,06%	257 m.	256 m.
180º	180,69º	3	708	13	1,20%	250 m.	250 m.
225º	226,79º	3	700	21	1,21%	248 m.	248 m.
270º	270,69º	1	702	19	0,40%	250 m.	250 m.
315º	314,76º	6	702	19	2,34%	256 m.	256 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	5
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	3
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	0
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	0

$(5 \times 1) + (3 \times 2)$	
8	
	1.03

Tabla 4: Paisaje de los accesos. Yecla de Yeltes.

Los tramos de mayor pendiente y mayor desnivel se encuentran en el N, NE y E (3,63%/4m., 6,39%/16m. y 5,06%/13m.) coincidiendo con los escarpes naturales formados tanto por el río Yeltes como por el Arroyo Varlaña y las elevaciones del terreno, que dificultaría el acceso al castro. El resto de sectores cuentan con pendientes más suaves cuyos valores se sitúan entre el 2,34% y el 0,40% y un desnivel de entre 1 y 6m., lo que no dificultaría el acceso al castro, reforzándose la muralla en estos sectores con una barrera de piedras hincadas y un trazado ondulante de la muralla, que permite el tiro cruzado y una mejor prevención del ataque.

La orografía del terreno marca la zona de acceso natural: el área occidental, en donde se sitúan dos de sus tres grandes puertas, protegidas por las piedras hincadas, que ayudarían a organizarían el paisaje exterior, conminando al visitante a acceder al poblado por un lugar predeterminado, como se podrá comprobar en el capítulo 5. La entrada septentrional en principio quedaría oculta al visitante tras el trazado ondulado de la muralla en esta área. La cuestión aquí es si las tres puertas estuvieron en uso al mismo tiempo o no, lo cual se desconoce por el momento. A partir de estos resultados y aplicando los baremos e índices de accesibilidad del Servicio Geográfico del Ejército Español (1974)<sup>29</sup>, se deduce que este yacimiento tiene una accesibilidad abierta (Tabla 4).

<sup>29</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.





Figura 80: Visibilidad de Yecia de Yeltes 1.1. Hacia el Este. 2. Hacia el Oeste. (Fotografías de la autora, Junio, 2011)



1



2



Figura 81: Visibilidad de Yecla de Yeltes 2.1. Hacia el Norte. 2. Hacia el Sur. (Fotografías de la autora, Junio, 2011)



Por otro lado, la tabla 4 también muestra como el asentamiento se encuentra en una posición dominante respecto de su entorno inmediato con unas diferencias de cotas de nivel entre la máxima del emplazamiento (721) y las del terreno circundante de entre 11 y 21 metros.

#### *Paisaje del dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado el resultado de la aplicación virtual con el de la visibilidad real obtenida sobre el terreno desde diferentes puntos de la muralla del castro. Tal y como se aprecia en el mapa de la figura 82-1, el dominio visual real es muy inferior a la virtual. En esta última se alcanza en varias direcciones la distancia teórica elegida de 2,5 Km.; sin embargo sobre el terreno dicha propuesta sólo se consigue hacia el NO y el SO, e incluso se rebasa unos kilómetros. A pesar de que en el cuadrante oriental, la aplicación digital muestra una mayor visibilidad, desde el castro el control de este sector queda limitado por una serie de elevaciones del terreno, que impiden ver más allá de estos puntos. Por el contrario, en la mitad occidental la real y la virtual coinciden bastante, situándose en esta área los accesos principales al castro.

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 Km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo la tabla de la figura 82. Se puede apreciar, como el poblado se encuentra hundido respecto de su entorno. Tan sólo en dos octantes el asentamiento domina el paisaje, no obstante la diferencia de cota en estos sectores no es tan grande, entre 1 y 2 m. Por otro lado, los porcentajes de pendientes son muy bajos debido al largo recorrido registrado.

Dentro de este campo de visión, existe un vado sobre el cual se erigió el puente romano. De igual forma, su campo de visión engloba tramos de diferentes vías pecuarias, que bien podrían haber sido caminos prerromanos. La occidental se conoce como la Colada de Vitigudino-Ciudad Rodrigo (Fig. 82-A), y su trazado bien podría coincidir con una calzada romana, ya que se han descubierto restos de una en algunos de sus tramos. La posible vía más oriental (Fig. 82-B) se ha reconstruido a raíz de los topónimos y de la presencia de varios tramos de cañadas hoy olvidadas, pero muchos de sus tramos se han incorporado a caminos actuales que sí se transitan. Esta colada podría ser un ramal que iría hacia la zona de Ciudad Rodrigo. Por otro lado, desde el poblado el alcance visual virtual medio sobre el río Yeltes es de 1,11km.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia Aire
0º	0,87º	17	720	1	0,68%	2503 m.	2503 m.
45º	45,74º	12	719	2	0,48%	2504 m.	2504 m.
90º	90,85º	28	733	-12	1,12%	2503 m.	2503 m.
135º	135,74º	13	722	-1	0,52%	2504 m.	2504 m.
180º	180,85º	30	731	-10	1,20%	2503 m.	2503 m.
225º	225,92º	23	705	19	0,91%	2531 m.	2531 m.
270º	270,58º	6	736	-25	0,24%	2503 m.	2503 m.
315º	315,94º	21	733	-12	0,84%	2514 m.	2514 m.

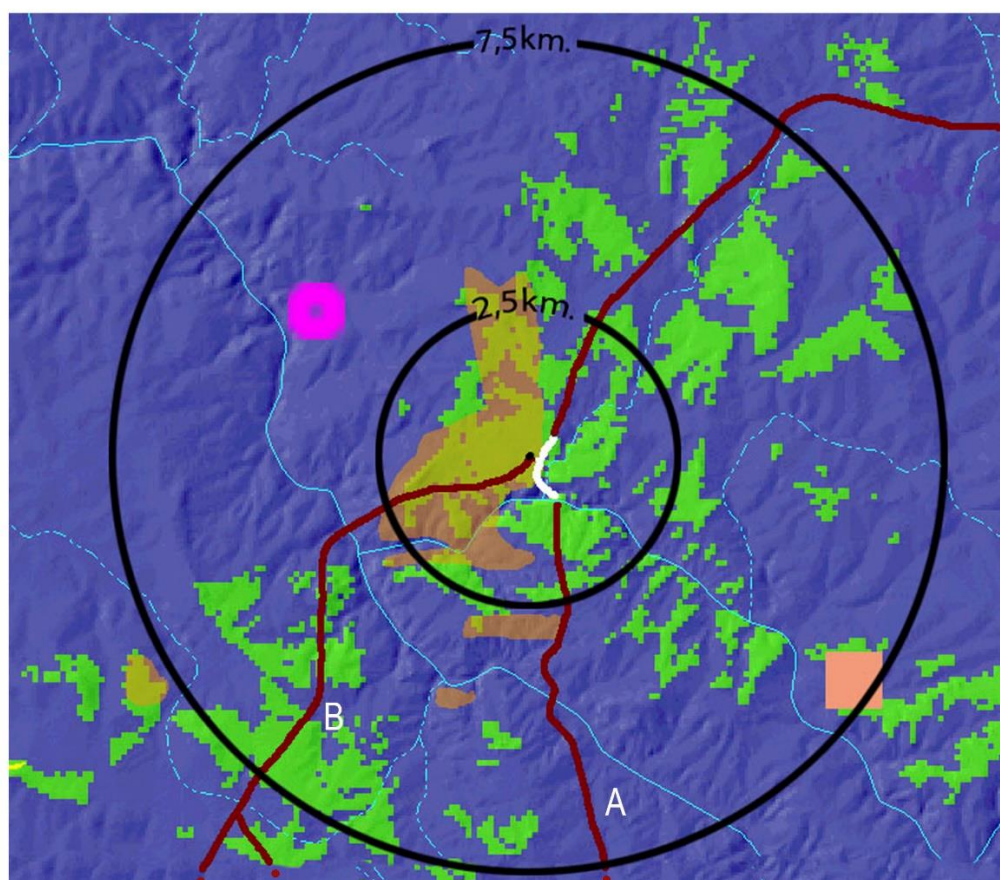


Figura 82: Dominio visual de Yecla de Yeltes. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: posibles vías prerromanas. Blanco: vestigios de la una calzada romana. Ocre: Yacimiento del Hierro I. Rosa: Yacimiento del Hierro II. (C. Mateos)

Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios del epígrafe del aprovechamiento del entorno (Fig. 83). Como se puede observar en la imagen, desde el castro se dominarían tierras propicias tanto para el ganado como para la agricultura e

incluso parte de “tierras improductivas”, pero que se podrían destinar a la recolección, caza y obtención de otras materias primas, como la madera.

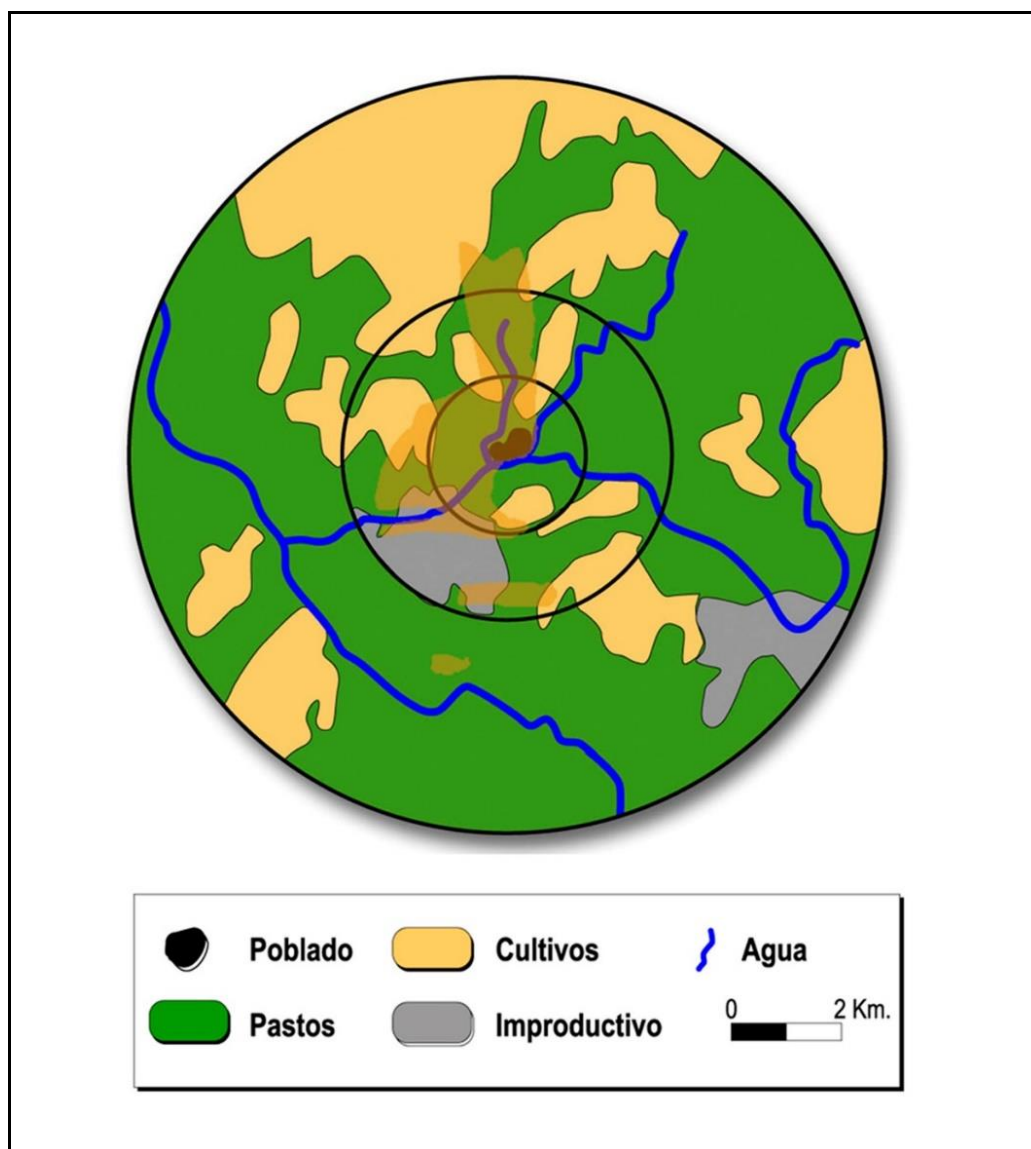


Figura 83: Dominio visual de Yecla de Yeltes sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)

### *Paisaje del horizonte*

Respecto al radio de visibilidad de 7,5km., desde el castro realmente no se ve apenas nada del territorio marcado por el modelo digital (Fig. 82), pero sí existen dos puntos hacia el Sur que se otean desde el yacimiento y que la carta digital muestra como no visibles. Por otro lado, las prospecciones realizadas en esta zona tan sólo han sacado a la luz dos yacimientos contemporáneos a Yecla de Yeltes, cada uno en una etapa del poblado: Los Castillos de Gema, durante el Hierro II, y Los Castillos de Pozos de Hinojo, durante el Hierro I. La orografía del terreno sólo permite una línea de visión directa real con el segundo emplazamiento.

This topographic map depicts the Fresno Gordo region, characterized by numerous contour lines indicating elevation. Key settlements and landmarks include:

- Settlements:** Valdelobos, El Jaral, Fresno Gordo, Los Bardiones, Picones, El Garrobal, Las Eras, La Palomera, Teso Encina, El Tesoro, Lindón Gordo, Las Regaleras, Peña la Vela, El Pizarón, and Cuco.
- Infrastructure:** A network of roads, including a prominent road labeled 'Carretera' and another labeled 'K. 79'. A railway line is also visible.
- Geographical Features:** The 'Arroyo de la Cofa' (Cofa Creek) flows through the central part of the map. Other features include 'Molino de la Cofa' (marked with a black dot), 'Molino de la Cofa', 'Molino de Picones', and 'Molino de Abel'.
- Elevation:** Contour lines are labeled with values such as 650, 660, 670, 680, 690, 700, 710, 720, 730, 740, 750, 760, 770, 780, 790, 800, 810, 820, 830, 840, 850, 860, 870, 880, 890, 900, 910, 920, 930, 940, 950, 960, 970, 980, 990, 1000, 1010, 1020, 1030, 1040, 1050, 1060, 1070, 1080, 1090, 1100, 1110, 1120, 1130, 1140, 1150, 1160, 1170, 1180, 1190, 1200, 1210, 1220, 1230, 1240, 1250, 1260, 1270, 1280, 1290, 1300, 1310, 1320, 1330, 1340, 1350, 1360, 1370, 1380, 1390, 1400, 1410, 1420, 1430, 1440, 1450, 1460, 1470, 1480, 1490, 1500, 1510, 1520, 1530, 1540, 1550, 1560, 1570, 1580, 1590, 1600, 1610, 1620, 1630, 1640, 1650, 1660, 1670, 1680, 1690, 1700, 1710, 1720, 1730, 1740, 1750, 1760, 1770, 1780, 1790, 1800, 1810, 1820, 1830, 1840, 1850, 1860, 1870, 1880, 1890, 1900, 1910, 1920, 1930, 1940, 1950, 1960, 1970, 1980, 1990, 2000, 2010, 2020, 2030, 2040, 2050, 2060, 2070, 2080, 2090, 2100, 2110, 2120, 2130, 2140, 2150, 2160, 2170, 2180, 2190, 2200, 2210, 2220, 2230, 2240, 2250, 2260, 2270, 2280, 2290, 2300, 2310, 2320, 2330, 2340, 2350, 2360, 2370, 2380, 2390, 2400, 2410, 2420, 2430, 2440, 2450, 2460, 2470, 2480, 2490, 2500, 2510, 2520, 2530, 2540, 2550, 2560, 2570, 2580, 2590, 2600, 2610, 2620, 2630, 2640, 2650, 2660, 2670, 2680, 2690, 2700, 2710, 2720, 2730, 2740, 2750, 2760, 2770, 2780, 2790, 2800, 2810, 2820, 2830, 2840, 2850, 2860, 2870, 2880, 2890, 2900, 2910, 2920, 2930, 2940, 2950, 2960, 2970, 2980, 2990, 3000, 3010, 3020, 3030, 3040, 3050, 3060, 3070, 3080, 3090, 3100, 3110, 3120, 3130, 3140, 3150, 3160, 3170, 3180, 3190, 3200, 3210, 3220, 3230, 3240, 3250, 3260, 3270, 3280, 3290, 3300, 3310, 3320, 3330, 3340, 3350, 3360, 3370, 3380, 3390, 3400, 3410, 3420, 3430, 3440, 3450, 3460, 3470, 3480, 3490, 3500, 3510, 3520, 3530, 3540, 3550, 3560, 3570, 3580, 3590, 3600, 3610, 3620, 3630, 3640, 3650, 3660, 3670, 3680, 3690, 3700, 3710, 3720, 3730, 3740, 3750, 3760, 3770, 3780, 3790, 3800, 3810, 3820, 3830, 3840, 3850, 3860, 3870, 3880, 3890, 3900, 3910, 3920, 3930, 3940, 3950, 3960, 3970, 3980, 3990, 4000, 4010, 4020, 4030, 4040, 4050, 4060, 4070, 4080, 4090, 4100, 4110, 4120, 4130, 4140, 4150, 4160, 4170, 4180, 4190, 4200, 4210, 4220, 4230, 4240, 4250, 4260, 4270, 4280, 4290, 4300, 4310, 4320, 4330, 4340, 4350, 4360, 4370, 4380, 4390, 4400, 4410, 4420, 4430, 4440, 4450, 4460, 4470, 4480, 4490, 4500, 4510, 4520, 4530, 4540, 4550, 4560, 4570, 4580, 4590, 4600, 4610, 4620, 4630, 4640, 4650, 4660, 4670, 4680, 4690, 4700, 4710, 4720, 4730, 4740, 4750, 4760, 4770, 4780, 4790, 4800, 4810, 4820, 4830, 4840, 4850, 4860, 4870, 4880, 4890, 4900, 4910, 4920, 4930, 4940, 4950, 4960, 4970, 4980, 4990, 5000, 5010, 5020, 5030, 5040, 5050, 5060, 5070, 5080, 5090, 5100, 5110, 5120, 5130, 5140, 5150, 5160, 5170, 5180, 5190, 5200, 5210, 5220, 5230, 5240, 5250, 5260, 5270, 5280, 5290, 5300, 5310, 5320, 5330, 5340, 5350, 5360, 5370, 5380, 5390, 5400, 5410, 5420, 5430, 5440, 5450, 5460, 5470, 5480, 5490, 5500, 5510, 5520, 5530, 5540, 5550, 5560, 5570, 5580, 5590, 5600, 5610, 5620, 5630, 5640, 5650, 5660, 5670, 5680, 5690, 5700, 5710, 5720, 5730, 5740, 5750, 5760, 5770, 5780, 5790, 5800, 5810, 5820, 5830, 5840, 5850, 5860, 5870, 5880, 5890, 5900, 5910, 5920, 5930, 5940, 5950, 5960, 5970, 5980, 5990, 6000, 6010, 6020, 6030, 6040, 6050, 6060, 6070, 6080, 6090, 6100, 6110, 6120, 6130, 6140, 6150, 6160, 6170, 6180, 6190, 6200, 6210, 6220, 6230, 6240, 6250, 6260, 6270, 6280, 6290, 6300, 6310, 6320, 6330, 6340, 6350, 6360, 6370, 6380, 6390, 6400, 6410, 6420, 6430, 6440, 6450, 6460, 6470, 6480, 6490, 6500, 6510, 6520, 6530, 6540, 6550, 6560, 6570, 6580, 6590, 6600, 6610, 6620, 6630, 6640, 6650, 6660, 6670, 6680, 6690, 6700, 6710, 6720, 6730, 6740, 6750, 6760, 6770, 6780, 6790, 6800, 6810, 6820, 6830, 6840, 6850, 6860, 6870, 6880, 6890, 6900, 6910, 6920, 6930, 6940, 6950, 6960, 6970, 6980, 6990, 7000, 7010,

### *Paisaje de los accesos*

Por otro lado, las cotas de nivel de la tabla 5 también muestra como el asentamiento se encuentra en una posición dominante respecto de su entorno inmediato por todos sus sectores.

— 162 —

TABLA. Paisaje de los accesos.							
Octante	Azimut	Desnivel M.	Cota Max.	Diferencia M.	Pendiente	Distancia geométrica	Distancia aire
0º	0,64º	15	669	3	5,99%	250	250
45º	44,5º	16	646	26	5,84%	250	249
90º	90,41º	52	657	15	20,78%	255	250
135º	136,58º	27	652	20	10,88%	250	248
180º	180,41º	25	635	37	9,99%	251	250
225º	224,56º	3	638	34	1,17%	250	250
270º	270,64º	23	646	26	9,19%	251	250
315º	315,76º	5	652	20	2,02%	250	250

1	Pendientes inferiores al 3%	2
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	2
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	3
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	1

$(2 \times 1) + (2 \times 2) + (3 \times 3) + (5 \times 1)$	2'5
8	

Tabla 5: Paisaje de los accesos. Picón de la Mora. (C. Mateos)

### *Paisaje del dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado el resultado de la aplicación virtual con el de la real, obtenida sobre el terreno desde los afloramientos de granito de la cara occidental del asentamiento, donde se encuentra la cota de mayor altitud del mismo. El dominio visual real es muy inferior al obtenido a través de la aplicación virtual (Fig. 85); mientras que en esta se alcanza en varias direcciones la distancia teórica propuesta de 2,5 km.; sobre el terreno tan sólo hacia el SO y el SE llega a controlar una distancia de 2 km., mientras que hacia el O y el N, el dominio visual de El Picón de La Mora quedaría reducido a 580 m. e incluso menos en algunos puntos, ya que el entorno queda oculto por las colinas que lo rodean (Fig. 86 y 87). Otro dato que se puede extraer es que el alcance visual medio sobre el río es de 2 km.

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo la tabla de la figura 85. Se puede apreciar, como el Picón de la Mora se encuentra hundido respecto de su entorno. Tan sólo en un caso, hacia el O, el asentamiento se encuentra en un posición dominante, mientras que en todas las áreas restantes, las cotas máximas se sitúan por encima de los 672 m. de altitud del castro. Por otro lado, los porcentajes de pendientes son,



sin embargo, menores, suavizados por el largo recorrido registrado. Todo los datos muestra un poblado hundido en el terreno respecto de su entorno, dominado por las colinas circundantes salvo hacia el N., donde se localiza su zona natural de acceso, y un dominio visual muy limitado, que tan sólo se extiende algo más hacia el SO y el SE, zonas en donde se pueden apreciar dos de los vados que permiten franquear el Huebra en esta zona.

Octante	Azimut	Desnivel m.	Cota Max.	Diferencia M.	Pendiente	Distancia geométrica	Distancia aire
0º	0,82º	2	673	-1	0,08%	2503 m	2503 m
45º	45,30º	16	681	-9	0,64%	2503 m	2503 m
90º	90,25º	33	693	-21	1,32%	2502 m	2502 m
135º	135,30º	7	674	-2	0,28%	2503 m	2503 m
180º	180,25º	52	696	-24	2,08%	2503 m	2502 m
225º	225,70º	64	698	-26	2,55%	2506 m	2505 m
270º	270,94º	2	666	6	0,08%	2501 m	2501 m
315º	315,30º	49	709	-37	1,96%	2504 m	2503 m

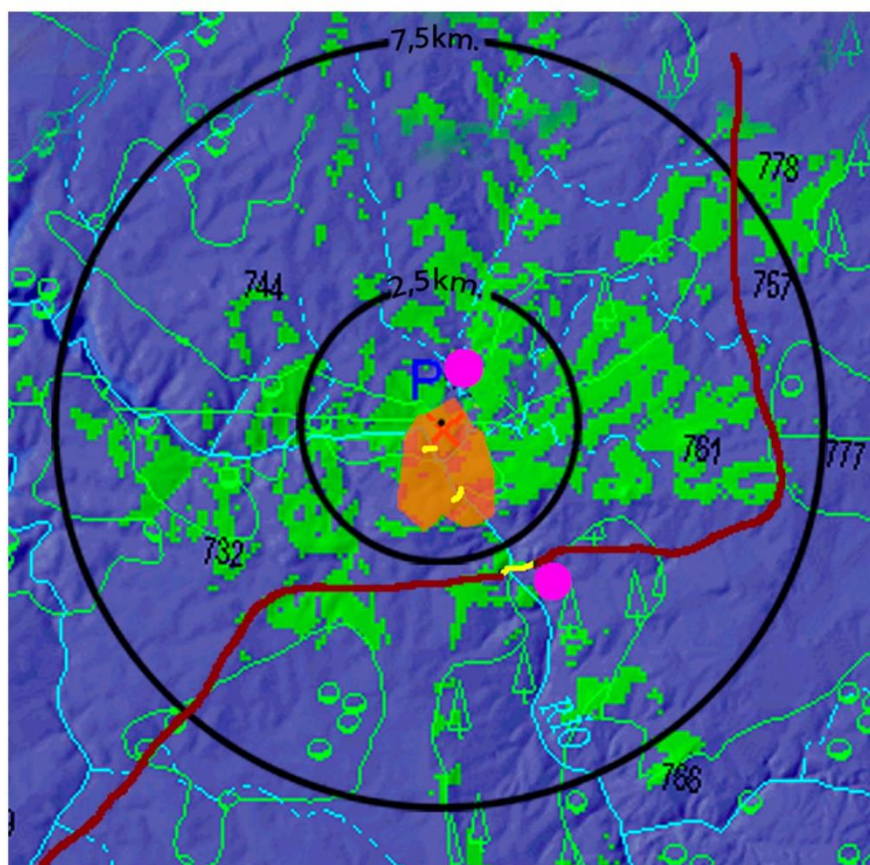


Figura 85: Dominio visual del Picón de la Mora. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: posibles vías prerromanas. Rosa: Yacimientos del Hierro II. Amarillo: vados. (C. Mateos)

1



2



Figura 86: Visibilidad del Picón de la Mora 1.1. Hacia el Norte. 2. Hacia el Sur. (Fotografías de la autora, Junio, 2011)



1



2



Figura 87: Visibilidad del Picón de la Mora 2.1. Hacia el Este. 2. Hacia el Oeste. (Fotografías de la autora, Junio, 2011)

### *Paisaje del horizonte*

A pesar de los resultados digitales, se ha visto que el dominio visual es muy limitado e inexistente en cuanto al radio del paisaje del horizonte se refiere. Las prospecciones realizadas en esta comarca tan sólo han sacado a la luz dos yacimientos contemporáneos del Picón de la Mora: Los Castillos de Gema y Las Cortinas del Río (Fig. 85); pero de nuevo, la situación del poblado, hundido en el paisaje, impide una relación visual con ellos.

Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios (Fig. 88). Como se puede observar en la imagen, desde el castro se dominarían visualmente tierras propicias para la actividad ganadera, principalmente, y la agrícola.

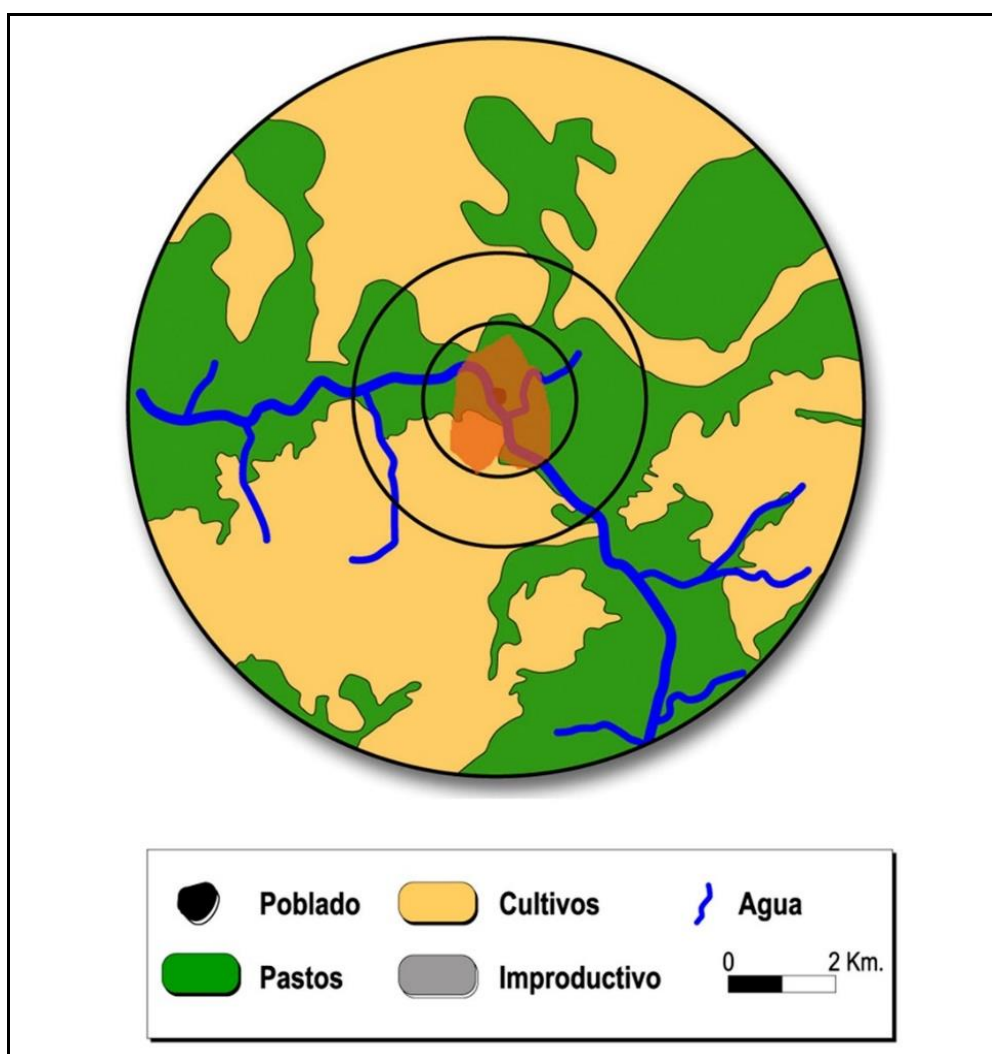


Figura 88: Dominio visual del Picón de la Mora sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)

Resumiendo, el Picón de la Mora es un asentamiento hundido respecto a su entorno inmediato, con unas defensas naturales idóneas, pero emplazado en una situación totalmente dominada por su entorno, rodeado por colinas, que limitan su dominio sobre el paisaje. Así mismo



Por todo ello, la justificación para el emplazamiento del castro así como la notable inversión de recursos que requirió la construcción de su sistema defensivo, con un carácter monumental, tal vez deba ponerse en relación con la presencia de un posible santuario rupestre, situado en la zona de acceso natural al asentamiento (Mateos *et al.*, 2005-06).

— 168 —



### *Paisaje de los accesos*

Tal y como se aprecia en la tabla 6, la orografía del terreno permite un acceso más fácil por el sector Sur-Sudeste debido a que se corresponde con la zona menos escarpada, con una pendiente de entre el 12.38% y el 15.57%; ya que el resto de los cuadrantes muestran un desnivel del terreno muy elevado con valores de entre 40-60 metros de diferencia y una grado de pendiente alto que oscila entre el 15.98 % y el 23.57%. A estas condiciones del terreno hay que sumarle los grandes canchales que rodean al castro y que dificultarían aún más el acceso por cualquier otro sector que no fuera el Sur-Sudeste. De hecho, el foso se ha construido en esta zona, extendiéndose hacia el NO. Estos datos y los baremos e índices de accesibilidad ya mencionados, indican que este yacimiento tiene una accesibilidad restringida o muy restringida<sup>31</sup>.

La tabla también muestra como el asentamiento se encuentra en una posición dominante respecto de su entorno inmediato, ya que las cotas de nivel del terreno circundante son menores que los 1082 m. de altitud a la que se encuentra el yacimiento.

TABLA. Paisaje de los accesos.							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,95º	40	1069	13	15,98%	253 m.	250 m.
45º	45,10º	45	1064	18	17,57%	260 m.	256 m.
90º	91,18º	31	1076	6	12,38%	252 m.	250 m.
135º	135,25º	40	1076	6	15,57%	259 m.	256 m.
180º	181,18º	35	1057	28	13,98%	252 m.	250 m.
225º	221,15	49	1051	31	19,08%	261 m.	256 m.
270º	271,18º	59	1051	31	23,57%	257 m.	250 m.
315º	315,10º	60	1069	13	23,43%	263 m.	256 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	0
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	0
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	2
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	2
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	4
$\frac{(3 \times 2) + (4 \times 2) + (5 \times 4)}{8}$		4,25

Tabla 6: Paisaje de los accesos. Pico Monreal

<sup>31</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,20º	161	1069	13	6,44%	2506 m.	2501 m.
45º	45,02º	157	1064	18	6,27%	2507 m.	2503 m.
90º	90,22º	122	1076	6	4,88%	2504 m.	2501 m.
135º	134,61º	106	1057	28	4,24%	2505 m.	2501 m.
180º	180,79º	114	1057	28	4,56%	2505 m.	2502 m.
225º	225,44º	140	1051	31	5,59%	2507 m.	2503 m.
270º	270,20º	98	1051	31	3,92%	2503 m.	2501 m.
315º	315,44º	151	1069	13	6,03%	2508 m.	2503 m.

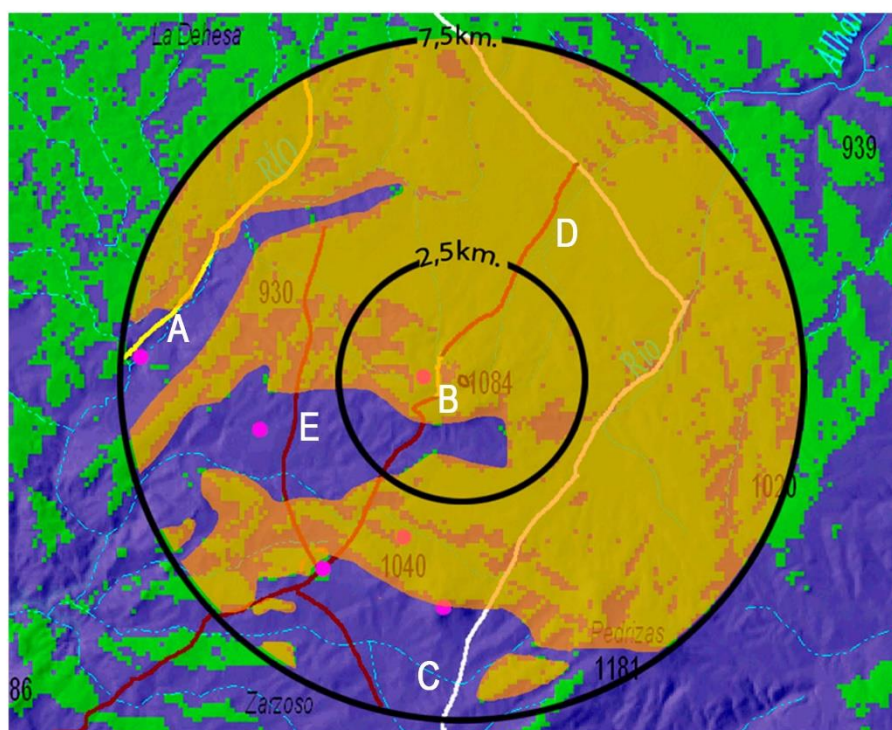


Figura 90: Dominio visual del Pico Monreal. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: posibles vías prerromanas. Blanco: Vía de La Plata Rosa: Yacimientos del Hierro II. Amarillo: zona de paso natural. (C. Mateos)

### *Paisaje del dominio visual*

Tal y como se aprecia en el mapa de la figura 90, las dos visibilidades calculadas coinciden *grosso modo*, alcanzándose en casi todas las direcciones la distancia teórica propuesta de 2,5 Km., a excepción de la franja Sursudoeste debido a una pequeña loma del terreno. Por otro lado, dentro de este campo visual se engloba un paso natural entre el valle del Alagón y el del Alhándiga, con lo cual estas dos vías naturales en el área serrana quedan enlazadas. De hecho, este paso coincide con el viejo camino vecinal que unía Los Santos con Casafranca, el cual desembocaba en la Vía de La Plata.

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje del dominio visual obteniendo la tabla que se muestra en la figura 90. Los datos indican que el emplazamiento del castro está en una posición dominante respecto de su entorno, ya que las cotas de nivel máximas no superan los 1082 m. del yacimiento, oscilando dichas cotas entre los 1076 m. de máxima y los 1051 m. de mínima. Por otro lado, el grado de porcentaje de las pendientes es, sin embargo, menor, suavizados por el largo recorrido registrado. La zona que tiene una pendiente menor es la Oeste, coincidiendo con el paso de montaña que une ambos valles, por donde se alcanzaría el yacimiento, al cual sin embargo se accedería por su lado Sur-Sudeste, debido a que la orografía del terreno redirige a este punto a toda persona que quiera llegar al poblado.

#### *Paisaje del horizonte*

La superposición de la visibilidad real y de la digital coinciden totalmente, de hecho sobre el terreno el campo visual es mucho más amplio de esos 7,5 km., perdiéndose la vista mucho más allá de la línea del horizonte, tan sólo en el cuadrante Sur-Sudoeste quedaría limitada la línea visual por una serie de elevaciones, tal y como se ve en la imagen de la figura 90.



Figura 91: Paisaje del horizonte. Desde el Pico Monreal hay una línea de visión directa con el Alto del Cabezo (flecha roja). (Fotografía de la autora, Mayo, 2010)



Las prospecciones realizadas en esta comarca marcan varios posibles yacimientos contemporáneos: Las Navas, Calamorra, Alto del Cabezo, Los Santos, Alto de la Calera y Monleón. La situación del poblado proporcionaría, según la Carta Digital, una relación visual directa con los cuatro primeros (Fig. 90 y 91). El estudio de la visibilidad real realizado coincide con esto, a excepción de Los Santos, que desde el yacimiento no se ve, porque queda oculto por una loma. No obstante, hay que apuntar que la digital se ha realizado sobre una torre hipotética de 20 metros y durante comprobación en campo fue imposible subirse a ningún sitio, desde donde el campo de visión fuera más amplio, ya que la muralla está totalmente en ruinas o enterrada y no proporciona, como ha ocurrido en el caso de Yecla de Yeltes o el Picón de la Mora, un poco más de altura. Esta diferencia de alturas es importante porque unos metros más o menos a la hora de realizar el estudio en campo pueden ser la diferencia entre que un punto concreto, como en este caso Los Santos, se vea o no. De hecho, se comprobó que la visibilidad de Yecla de Yeltes desde un mismo punto no era la misma si estabas sobre la muralla que sí a la tomabas desde abajo. Por otro lado, la situación del castro permite controlar diversas vías de comunicación como sería la calzada romana de La Plata (Fig. 90-C), la Cañada Real de La Plata (Fig. 90-D) y la conocida como Cañada de Los Santos (Fig. 90-E), en su área más oriental. Así mismo, se controla la cuenca alta del río Alhándiga con un alcance visual medio de 5,25 km. También entra en su campo de visión el valle del río Alagón, con un alcance visual medio de 6,6 km. (Fig. 90-A). El control de estos corredores naturales es estratégico porque son los vertebradores de la comunicación en la zona serrana y permiten la comunicación entre Extremadura y la Meseta (Santonja, 1997: 42).

Su posición estratégica en el terreno hace pensar en un pequeño fortín o puesto de control del territorio dependiente de otro, seguramente el Alto del Cabezo, como se plantea en el estudio de territorio desarrollado en el capítulo 5. Algo similar a lo que ha se propuso para los castros de la serranía soriana (Jimeno y Martínez, 1999: 176) y más recientemente para algunas fortificaciones de la Sierra de la Culebra (Rodríguez y Sastre, 2014: 216).



#### 4. B. d. Teso del Cuerno (Forfoleda)

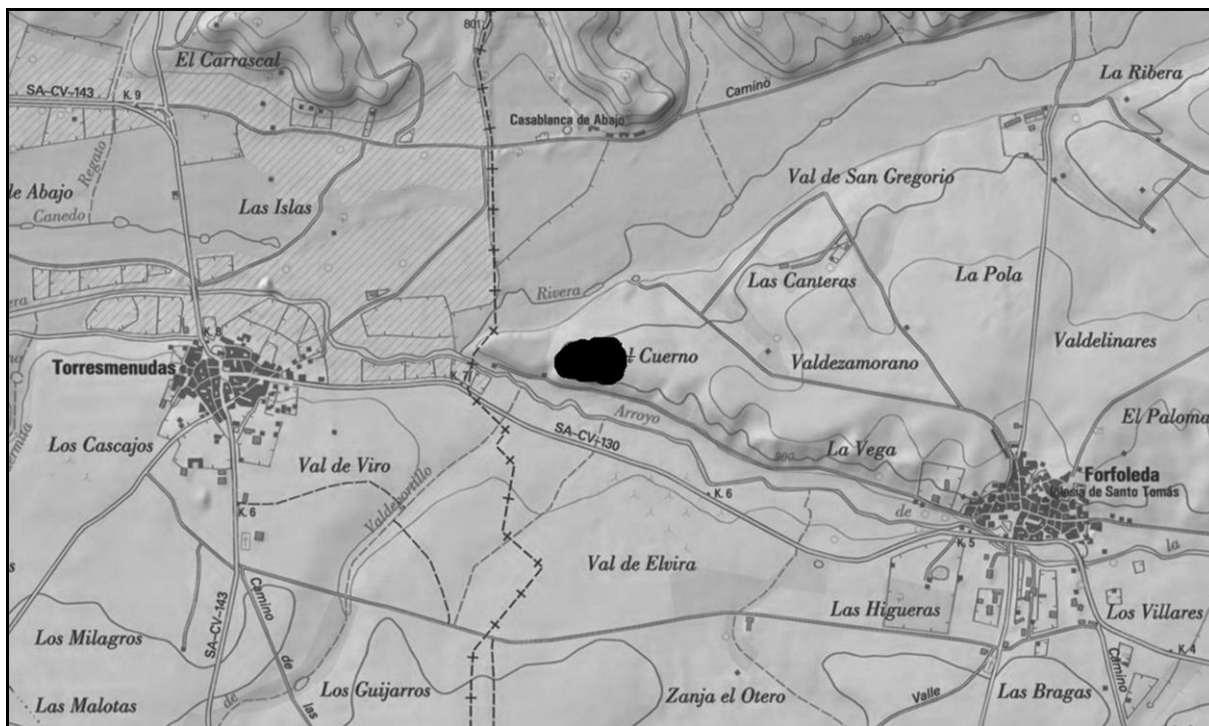


Figura 92: Situación del Teso del Cuerno. (Imagen tomada del SIGPAC)

##### *Paisaje de los accesos*

Tal y como se aprecia en la tabla 7, las pendientes del terreno no son demasiado pronunciadas, aunque destacan por su menor porcentaje, especialmente, las situadas en los sectores NE y SE, que bien podría haber sido los accesos naturales al tesoro. No obstante, si se analiza también las diferencias entre las cotas de nivel entre estas dos áreas, el NE queda descartada ya que las mejores condiciones para llegar al enclave se dan en el área SE., cuya pendiente es del 1,56% y su desnivel, 5 m., es el más bajo. Justo en esta zona se situaría el camino de entrada actual al castro, el cual coincide con una cañada trashumante (Fig. 93). El dominio visual inmediato, esos 250 m. marcados para el paisaje de los accesos, sobre este camino es total desde el yacimiento como se aprecia en la figura 92. Estos datos y el índice de accesibilidad calculado nos indican, según los baremos ya mencionados, un acceso condicionado por la orografía del terreno<sup>32</sup>.

A pesar de no ser pendientes tan pronunciadas, como en otros casos, tanto el desnivel como la presencia de los arroyos de la Ribera y de la Vega actuarían como un elemento de limitación del asentamiento en los sectores S-SO y O-N, aparte del mismo cerro, ya que las crecidas de ambos cursos de agua son frecuentes y contundentes, tanto que, en la actualidad, las crecidas del Arroyo de

<sup>32</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.

la Vega dificultan e, incluso en algunos casos, impiden cruzar el puente sobre el mismo situado en el pueblo de Forfoleda<sup>33</sup>.

TABLA. Paisaje de los accesos.							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	1,16º	8	698	129	3,20%	250 m.	250 m.
45º	45,23º	4	807	20	1,56%	257 m.	257 m.
90º	90,93º	7	827	0	2,80%	250 m.	250 m.
135º	135,08º	4	812	5	1,56%	256 m.	256 m.
180º	178º	19	802	25	7,60%	250 m.	250 m.
225º	227º	13	799	28	4,89%	266 m.	265 m.
270º	268,18º	10	795	32	4,00%	250 m.	250 m.
315º	317º	17	794	33	6,40%	266 m.	265 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	3
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	4
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	1
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	0

$\frac{(3 \times 1) + (4 \times 2) + (1 \times 3)}{8}$	1.75
--	------

Tabla 7: Paisaje de los accesos. Teso del Cuerno. (C. Mateos)

### *Paisaje del dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado el resultado de la aplicación virtual con el resultado de la visibilidad real obtenida sobre el terreno desde las zonas más elevadas del yacimiento. Los resultados se pueden apreciar en el mapa de la figura 93; tal y como se puede ver, el dominio visual real se ajusta bastante al obtenido a través de la aplicación virtual, siempre teniendo en cuenta que el digital se calcula a partir de una supuesta torre de 20 m. En ambas visibilidades se alcanza en todas las direcciones la distancia teórica propuesta de 2,5 km., siendo la excepción el sector Este en donde el terreno mucho más elevado no permite llegar a esta distancia sino que habría zonas que quedarían fuera de su campo visual. Otro dato que se puede extraer es que domina el valle del Arroyo de la Ribera del Cañedo, que es la corriente de agua principal, durante 13 km. y controla unos 4.5 km. del valle del Arroyo de la Vega. Así mismo, dos posibles vías naturales estarían en el campo del dominio visual las denominadas Calzada de Torresmenudas (Fig. 93-B), que desemboca en la Vereda

<sup>33</sup> Información obtenida de José Luis Sánchez Iglesias, antiguo profesor del CRAC de Rivera del Cañedo.

de Salamanca-Ledesma (Fig. 93-A), y Calzada de Extremadura (Fig. 93-E), de hecho esta última atraviesa el yacimiento de Oeste a Este y se une a la Vía de La Plata (Fig. 93-D), la cual no se vería desde el yacimiento.

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo la tabla de la figura 93. Se puede apreciar, como el Teso del Cuerno se encuentra hundido respecto de su entorno en dos sectores el N. y el E., ya que las cotas de nivel del terreno circundante son superiores a la del teso. De hecho por el levante la visibilidad es nula no alcanzado esos 2.5 km., mientras que por la zona septentrional si se alcanzaría esa distancia debido a que esa cota superior a la del teso se encuentra en el límite de ese trayecto. Por otro lado, los porcentajes de las pendientes son todavía mucho menos pronunciados, suavizados por el largo recorrido registrado, ya que el enclave se sitúa una zona más bien llana con pequeñas lomas con cotas inferiores o no mucho más altas de la registrada en el yacimiento.

#### *Paisaje del horizonte*

La visibilidad real y la digital coinciden *grosso modo* en ese radio de 7,5km. en la zona E-S-O. La zona O-N-E, en el modelo digital (Fig. 93), muestra unos puntos elevados del terreno que se verían desde el yacimiento, pero que no se han podido observar durante el trabajo de campo.

Como se observa en la imagen de la figura 93, las prospecciones realizadas en el terreno han sacado a la luz tres yacimientos contemporáneos: El Regado (Pino del Tormes), El Castillo (Forfoleda) y Los Canales (Mozodiel del Camino). No habría una línea de visión directa con ninguno de ellos, ya que los accidentes orográficos lo impedirían; de hecho es que durante el reconocimiento de campo no se identificaron. Por otra parte, las calzadas de Torresmenudas y de Extremadura continúan estando dentro del campo de visión de este denominado paisaje del horizonte.

Como dato a aportar, durante la realización de la visibilidad real se comprobó que, desde el yacimiento, se veía las estribaciones montañosas que marcan el inicio de la Sierra de Béjar (Fig. 95), a pesar de estar un poco nublado en esta zona ese día. La cuestión es que es demasiada distancia como para que realmente esta vista fuera útil a los pobladores de la zona, a no ser una gran humareda que sí se vería desde el Teso del Cuerno<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> Los vecinos del pueblo de Forfoleda nos aseguraron que los incendios que se han declarado en La Sierra a lo largo de los años se han podido observar desde el pueblo.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,77º	21	829	-2	0,84%	2502 m.	2502 m.
45º	45,42º	3	821	6	0,12%	2503 m.	2503 m.
90º	90,18º	23	829	-2	0,92%	2501 m.	2501 m.
135º	135,40º	1	814	13	0,04%	2502 m.	2502 m.
180º	180,47º	6	811	16	0,24%	2502 m.	2502 m.
225º	225,60º	4	809	18	0,16%	2512 m.	2512 m.
270º	270,47º	6	799	28	0,24%	2502 m.	2502 m.
315º	314,80º	3	821	6	0,12%	2511 m.	2511 m.

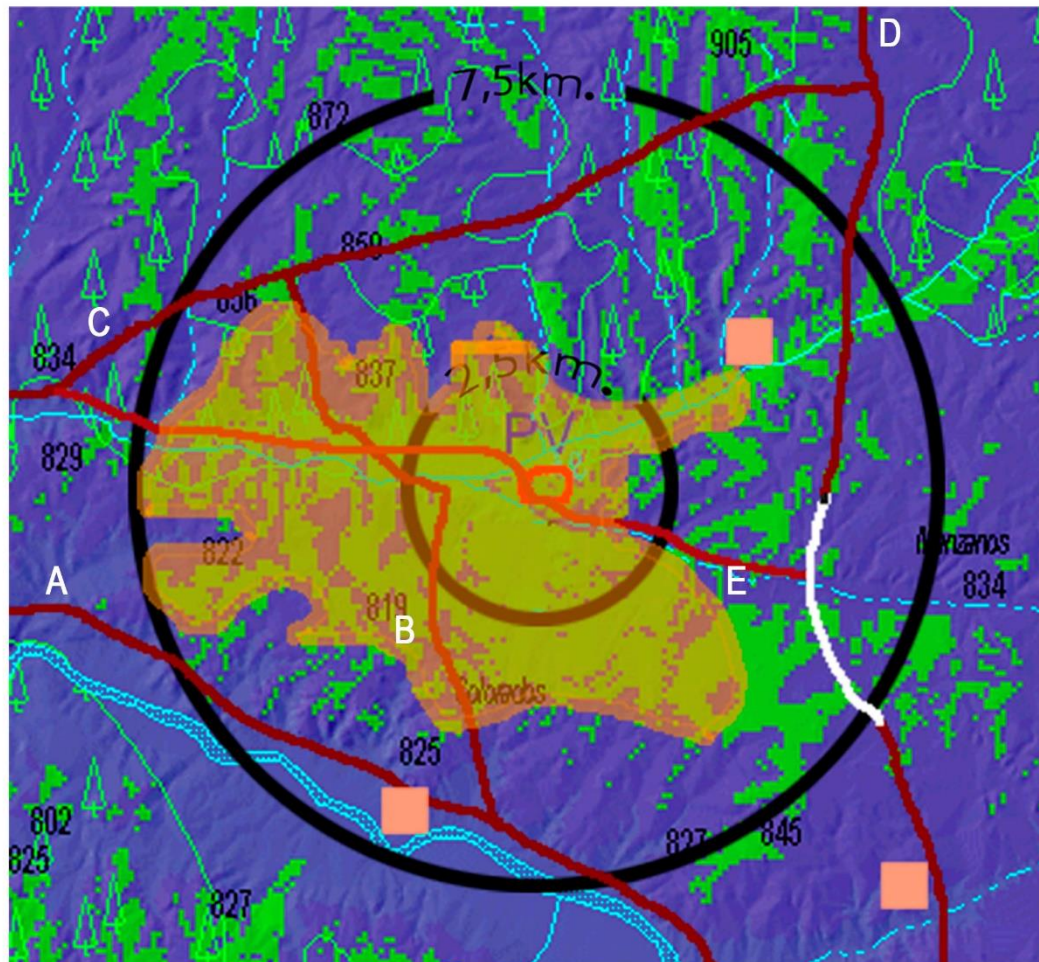


Figura 93: Dominio visual del Teso del Cuerno. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: posibles vías prerromanas. Blanco: Vía de La Plata Ocre: Yacimientos contemporáneos. (C. Mateos)





Figura 94: Paisaje de los accesos S-SE. Teso del Cuerno. En ambas fotos se aprecia parte del camino actual de acceso y la gran franja de tierra dominada desde ambas posiciones. (Fotografía de la autora, Febrero, 2015)



Figura 95: Vista de la Sierra de Béjar desde el Teso del Cuerno. (Fotografía de la autora, Febrero, 2015)

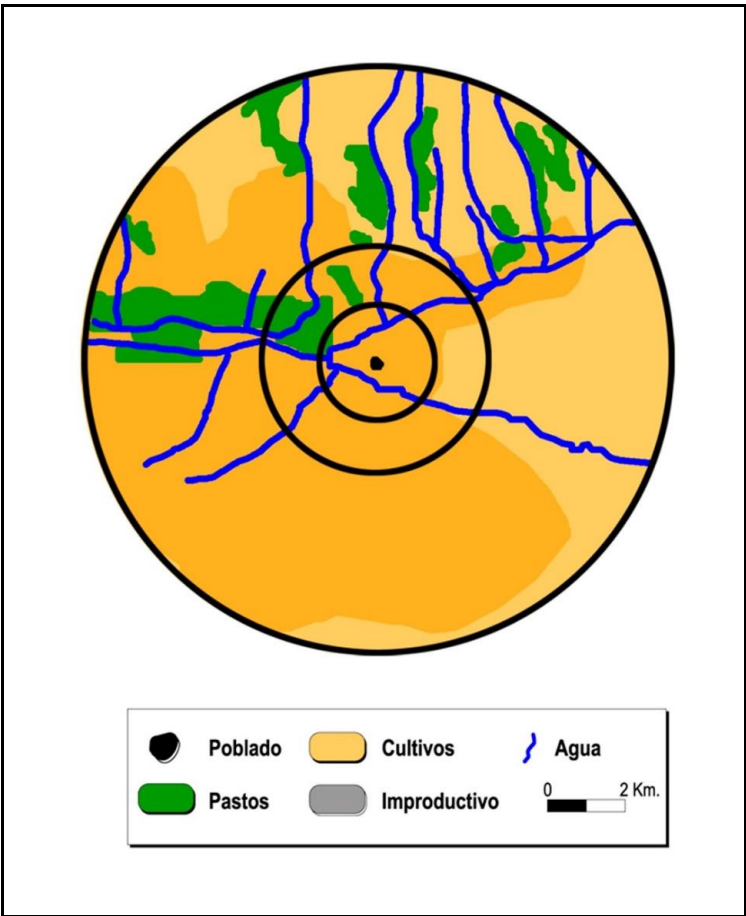


Figura 96: Dominio visual del Teso de Cuerno sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)

Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios (Fig. 96). Como se observa en la imagen, este yacimiento también dominaría visualmente tierras propicias tanto para el ganado como para la agricultura de su entorno, aunque existe un claro predominio de las tierras propicias para la segunda actividad.

#### 4. B. e. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña)

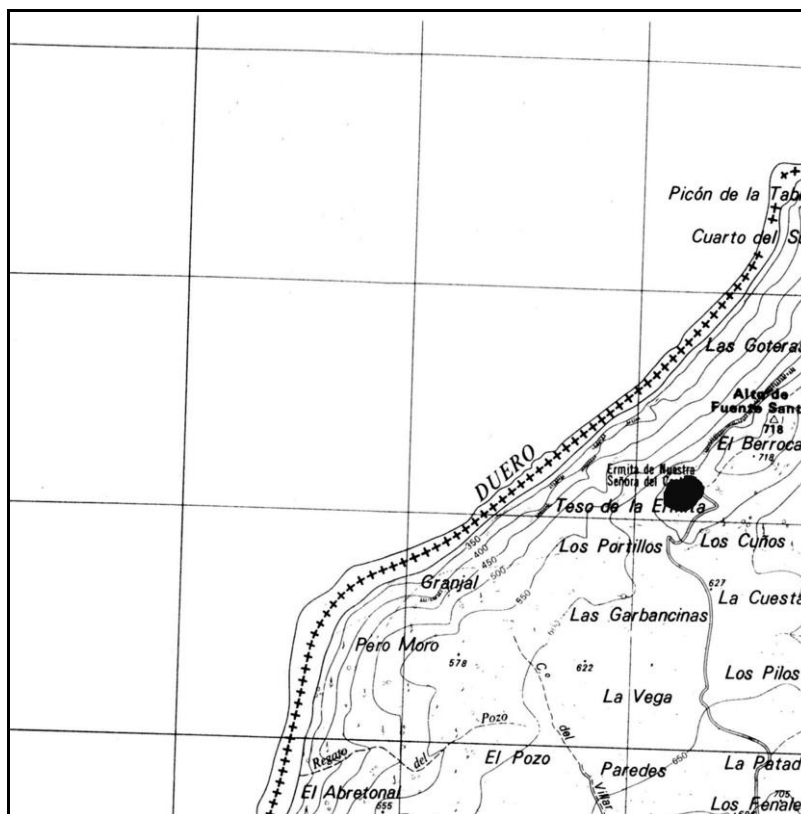


Figura 97: Situación del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. (Imagen tomada del Mapa de 1:25000)

#### *Paisaje de los accesos*

Tal y como se aprecia en la tabla 8, las pendientes de acceso al poblado son muy marcadas superando todas el 10% de desnivel y alcanzando, incluso, el 56% y del 73%. El área con pendientes más suaves se sitúa en el sector NE-O, y aun así el porcentaje medio de la pendiente en esta zona es del 17,57%. Aquí es dónde se centró el levantamiento de elementos defensivo, incluso en el área E, con un desnivel de 11,33%, pudo existir un campo de piedras hincadas, según expone Maluquer (1956a: 93). A parte de este sistema defensivo y de las pendientes tan pronunciadas; los numerosos berrocales graníticos y los escarpes propios del territorio de Las Arribes, donde se enclava este poblado, restringen la accesibilidad al mismo, induciendo al visitantes a dirigirse hacia la puerta principal situada en la zona SE, por dónde hoy día sube el camino a la ermita, seguramente el acceso antiguo del castro. Por otro lado, las diferencias entre la cotas de nivel (la cota más alta del yacimiento es de 721 m) muestra un enclave dominante respecto a su entorno inmediato con unas diferencias de

nivel muy significativas, que oscilan la mayoría entre 12 y 104m.; el único sector con una cota baja es el SE., 6 m., zona en donde se situaría la puerta principal, que aun así estaría por encima del terreno circundante. Por tanto y teniendo en cuenta estos datos y los baremos e índices ya mencionados, la accesibilidad es muy restringida<sup>35</sup>.

TABLA. Paisaje de los accesos.							
Octante	Azmut	Desnive l metros	Cota Máx.	Diferenci a M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,42º	142	617	104	56,73%	287 m.	250 m.
45º	44,73º	47	709	12	18,30%	261 m.	256 m.
90º	90,56º	27	670	51	11,33%	240 m.	240 m.
135º	134,57º	61	715	6	23,82%	263 m.	256 m.
180º	180,65º	56	687	34	22,37%	256 m.	250 m.
225º	224,57º	57	683	38	22,26%	262 m.	256 m.
270º	270,65º	50	661	60	19,97%	255 m.	250 m.
315º	314,73º	190	635	86	73,97%	319 m.	256 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	0
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	0
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	1
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	7
$\frac{(1 \times 3) + (7 \times 5)}{8}$		4.07

Tabla 8: Paisaje de los accesos. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. (C. Mateos)

#### *Paisaje del dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado el resultado de la aplicación virtual con el resultado de la visibilidad real obtenida sobre el terreno desde distintos puntos del yacimiento, ya que la orografía del terreno no permitía hacerla sólo desde un mismo punto (Fig. 98). Por esta misma razón,

<sup>35</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.



se realizaron diversos modelos con la Carta Digital, tomando diferentes puntos de referencia, y se superpusieron para obtener una visibilidad lo más ajustada posible a la realidad. Los resultados se pueden apreciar en el mapa de la figura 60; tal y como se puede ver, el dominio visual real a la distancia teórica propuesta de 2,5 km. coincide *grosso modo* con la digital.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,54º	259	621	100	10,35%	2516 m.	2503 m.
45º	45,10º	190	706	15	7,56%	2519 m.	2512 m.
90º	90,54º	285	709	12	11,39%	2519 m.	2503 m.
135º	135,90º	26	738	-17	1,03%	2514 m.	2514m.
180º	180,54º	41	689	32	1,64%	2503 m.	2503 m.
225º	225,95º	179	697	24	7,22%	2485 m.	2478 m.
270º	270,48º	96	697	24	3,76%	2554 m.	2553m.
315º	315,10º	136	691	30	5,41%	2516 m.	2512 m.

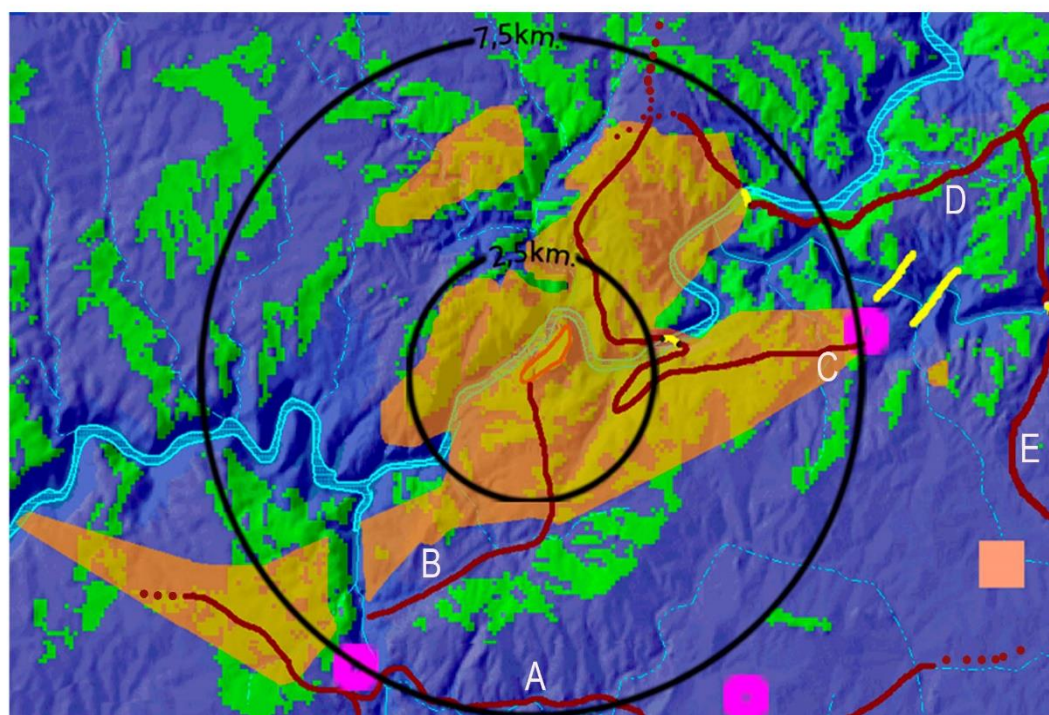


Figura 98: Dominio visual del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña). Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: posibles vías prerromanas. Amarillo: pasos naturales Ocre: Yacimientos contemporáneos del Hierro I. Rosa: Yacimientos del Hierro II. (C. Mateos)

Otros datos que se pueden extraer son: el primero que el alcance visual medio sobre el valle del río es de 2,75 km. El segundo es que dentro de este tramo entraría un paso sobre el Duero, el único por el que se podría atravesar a las tierras portuguesas a esta altura del río. La bajada hasta dicho cruce se realiza por un camino, marcado por la orografía del terreno, que bien pudo unir este castro con el del Teso de San Cristóbal de la Cuesta. Igualmente, el trazado del camino que sube por Portugal desde el vado, condicionado por la orografía del terreno, también queda dentro del campo de visión del castro (Fig. 98-C). El tercer dato es que el supuesto camino prerromano que conduciría al castro queda totalmente en la línea de visión real del castro desde un poco antes de los 2,5 km. de distancia (Fig. 98-B).

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo los resultados que se muestran en la tabla de la figura 43. Se puede apreciar, como el castro se encuentra en una posición dominante respecto de su entorno, con diferencias en la cota de nivel que oscilan entre los 12 y los 32 metros, a excepción de la zona N, en donde el desnivel llega a los 100 metros propiciado por la bajada al río. Tan sólo en un caso, hacia el SE, el asentamiento se encuentra en una posición dominada, coincidiendo con el área de acceso al mismo, aunque el camino propuesto como acceso al castro, que vendría desde el S queda totalmente dominado ya que el desnivel es de 32 metros a favor del castro. Por otro lado, los porcentajes de pendientes son menores, suavizados por el largo recorrido registrado.

#### *Paisaje del horizonte*

El estudio de este elemento ha dado resultados interesantes. La visibilidad real y la digital coinciden *grosso modo* en ese radio de 7,5 km., incluso una vez superada esa distancia en el sector SO, existe un franja de terreno visible desde el castro en donde se sitúa un posible camino prerromano conocido como Vereda de Ledesma-Aldeadávila (Fig. 98-A). Las prospecciones del terreno circundante han identificado varios yacimientos contemporáneos. El primero sería Peña del Castro y se correspondería con la fase del Hierro I del castro de Pereña. Los accidentes orográficos impedirían una línea de visión directa, como se puede apreciar en la imagen, aunque en principio el hecho de estar fuera del radio de los 7,5 km impediría una línea de visión. Igualmente, realizadas en el área delimitada por los 7,5 km., han sacado a la luz otros tres yacimientos contemporáneos de este castro en su etapa de la II Edad del Hierro: Cerro Muriano, Teso de San Cristóbal de la Cuesta y El Castillo de Masueco (IACyL; Maluquer, 1956; Morán, 1926; Álvarez-Sanchís, 1999). Se ha comprobado sobre el terreno que con el primero tendría una línea de visión directa; mientras que el segundo y el tercero quedarían ocultos, una vez más, por los promontorios y las elevaciones de terreno. Hacia el NE se observa que la visibilidad real obtenida rebasa el límite que suponen los 7,5 km., abarcando el ya mencionado Teso de San Cristóbal de la Cuesta mientras que más hacia el Norte no rebasa este límite, pero en su campo visual se encuadra la vía de comunicación natural entre las tierras zamoranas y portuguesas, conocida

como CL-527 o Ruta de Portugal (Fig. 98-D), en su tramo portugués. Así mismo, también queda dentro de este campo el vado por donde cruzaría este camino el río Duero.

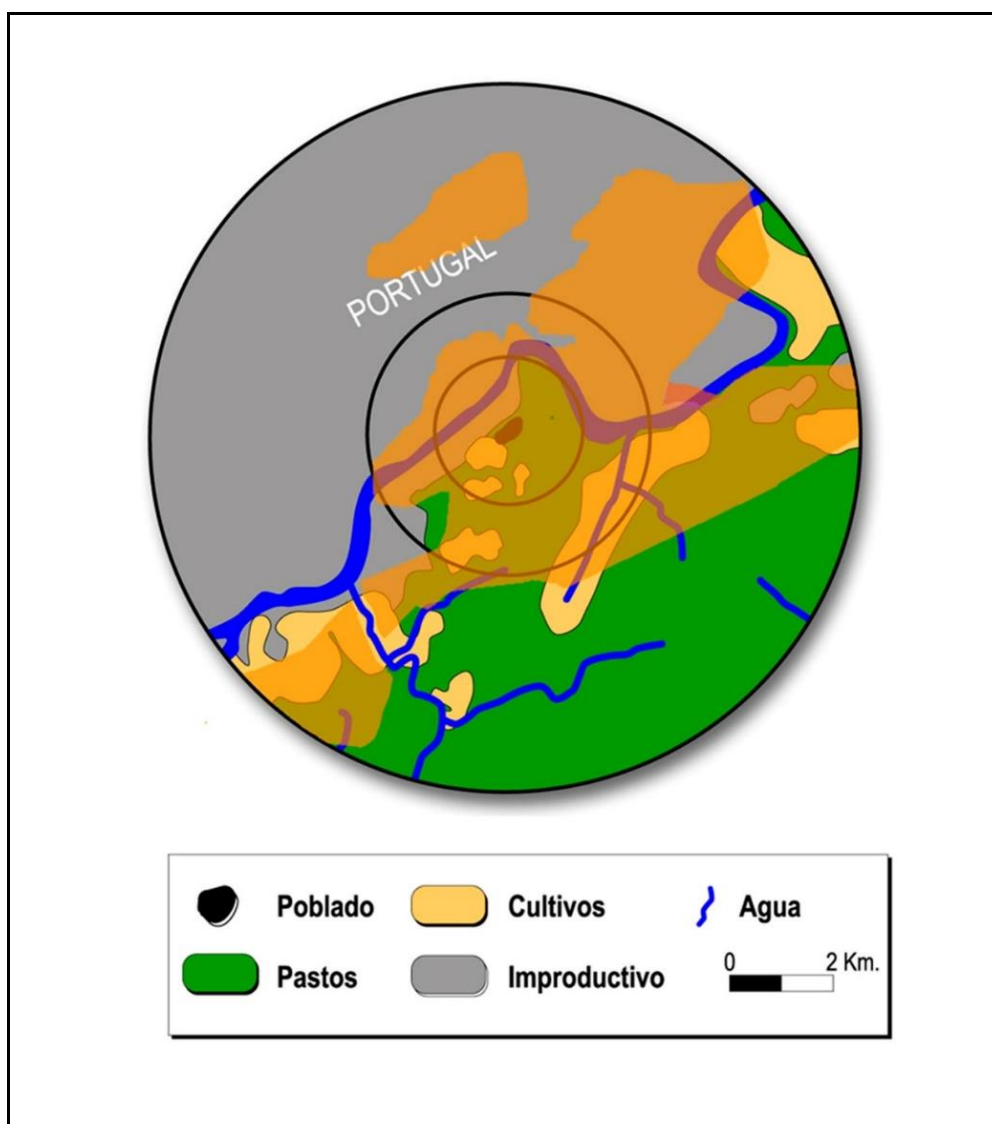


Figura 99: Dominio Visual del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo sobre sus recursos críticos.  
(C. Mateos)

Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios del epígrafe del aprovechamiento del entorno (Fig. 99). Como se observa en la imagen, este castro también dominaría visualmente tierras propicias tanto para el ganado como para la agricultura de su entorno. El sistema de explotación de las tierras es muy primario, incluso en la actualidad, ya que las características del suelo sólo permiten pequeñas parcelas agrícolas intercalas entre montes, dehesas y riberas; siendo el cereal de secano (cebado, trigo y centeno) el que mejor se adapta a estos suelos de Las Arribes del Duero<sup>36</sup>.

<sup>36</sup><http://www.jcyl.es/web/jcyl/binarios/870/910/9Salamanca%20completo.pdf> (02/02/2015)

#### 4. B. f. Teso de San Cristóbal de la Cuesta (Villarino de Los Aires)

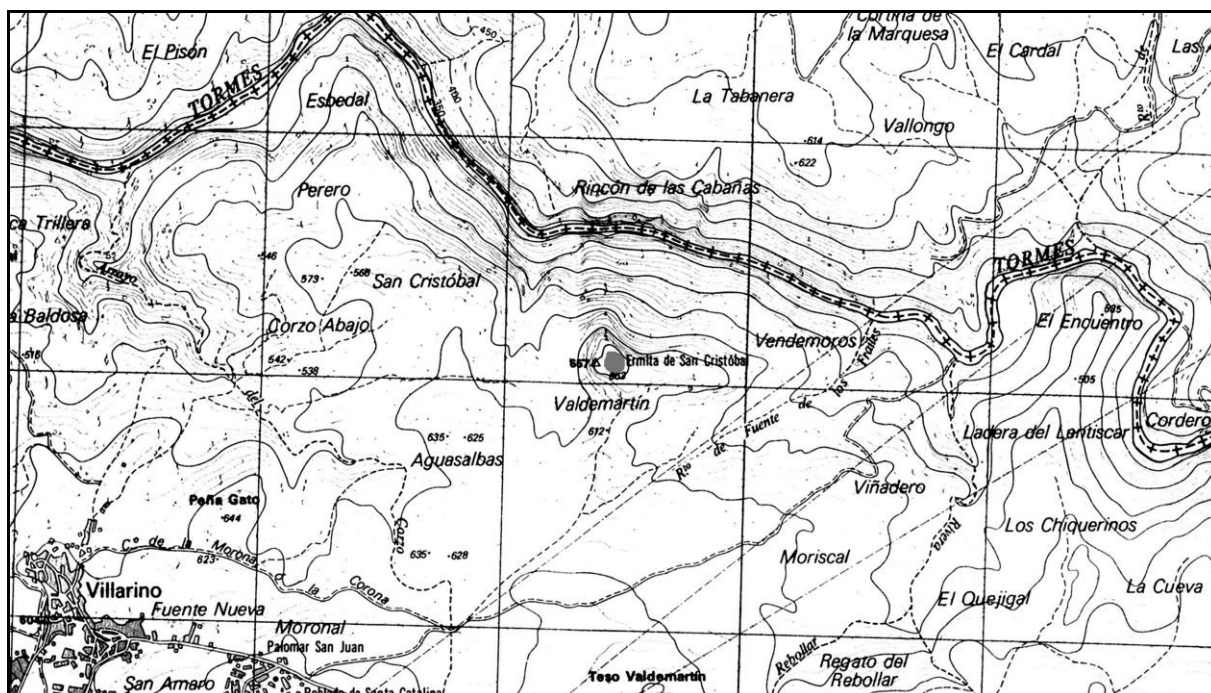


Figura 100: Situación del Teso de San Cristóbal de la Cuesta. (Imagen tomada del Mapa de 1:25000)

#### *Paisaje de los accesos*

Tal y como se aprecia en la tabla 9, las pendientes de acceso al poblado son muy marcadas lo que restringe la accesibilidad al castro, marcando la entrada natural al mismo, que coincide con el trazado de la carretera actual. Así el ascenso a la cumbre comenzaría por las vertientes S-SE (Fig. 101-2) en donde el desnivel es de 9,55% y 10,80%, respectivamente, y continuaría hacia el Este, cuya pendiente es la de menor porcentaje, aunque aun así su valor es alto, en comparación con otros yacimientos, 8,79%. El resto de las vertientes de la montaña se caracterizan por ser muy escapadas con un desnivel del terreno que oscila entre los 22 y los 48 metros, e incluso en el sector Oeste-Noroeste se alcanza los 63 y los 81 metros, con unas pendientes muy pronunciadas y con un porcentaje medio del 24,32%. Por tanto, de acuerdo a estos datos y aplicando los baremos e índices de accesibilidad, ya mencionados, se deduce que este yacimiento tiene una accesibilidad restringida<sup>37</sup>. Por otro lado, la posición del enclave sobre su entorno es totalmente dominante, ya que la cota máxima de nivel es de 663 m. y en ninguno de los octantes, en que se ha dividido el terreno para su estudio, existe una más alta; todas oscilan entre los 18 y los 47 metros de diferencia, excepto en el sector Norte que es de 3 metros.

<sup>37</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.



1



2



Figura 101: Visibilidad del Teso de San Cristóbal. 1. Hacia el Norte. 2. Hacia el Sur, en donde se aprecia parte del camino actual de acceso. (Fotografía de la autora, Diciembre, 2011)

TABLA. Paisaje de los accesos							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,48º	34	660	3	13,58%	252 m.	250 m.
45º	44,78º	26	645	18	10,12%	258 m.	256 m.
90º	90,48º	22	639	24	8,79%	251 m.	250 m.
135º	140,86º	27	645	18	10,80%	251 m.	250 m.
180º	183,44º	24	643	20	9,55%	252 m.	251 m.
225º	226,54º	48	623	40	18,06%	270 m.	265 m.
270º	273,44º	63	580	83	25,07%	259 m.	251 m.
315º	317,13º	81	616	47	35,14%	244 m.	230 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	0
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	0
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	5
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	3

$(5 \times 3) + (3 \times 5)$		3.75
8		

Tabla 9: Paisaje de los accesos. Teso de San Cristóbal. (C. Mateos)

### *Paisaje del dominio visual*

Los resultados se pueden apreciar en el mapa de la figura 101; tal y como se puede ver, el dominio real no coincide con el virtual. La real muestra que el campo visual no alcanzaría en varias direcciones la distancia teórica propuesta de 2,5 km., tan sólo hacia el N, el NE, el E. y el SO. Asimismo, tanto el terreno accidentado como los meandros tan marcados formados por el río Duero, existentes tanto hacia el SE, el S (Fig. 102-1) y el NO, limitarían el dominio visual inmediato a 2,04 km., 1,70 km. y a 1,59 km., respectivamente. Dentro de este control, en el cuadrante NE entraría parte de la cuenca del Tormes, dominando su curso durante 3,75 km.; incluyendo una pequeña zona de comunicación natural entre los valles de este río y del Duero (marcado por dos líneas amarillas en el mapa). De la misma forma, hacia el Norte se observa que en el límite del campo de visión existe una posible vía de comunicación natural entre las tierras zamoranas y portuguesas, cuyo trazado sigue los accidentes del terreno. Dicho camino se conoce como CL-527 o Ruta de Portugal (Fig.102-D). El mapa topográfico muestra como algunos tramos de este camino no fueron empleados para el trazado de la misma, así a la altura del río Duero se desvió del camino original, para que la carretera pasara por

encima de la presa. No obstante, en los mapas se ve la trayectoria del camino viejo, que cruzaría el río por una zona vadeable; y aunque los escarpes propios de Las Arribes impiden ver dicho vado desde el castro, en su campo de visión sí que entraría gran parte de este camino. Igualmente, en el paisaje del dominio visual se observa otra posible vía de comunicación con Portugal (Fig. 102-B), sí bien sólo un tramo y, en principio, la orografía del terreno impediría dominar la zona vadeable del Duero.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia Aire
0º	0,59º	115	660	3	4,59%	2558m.	2531 m.
45º	45,57º	13	619	44	0,52%	2495 m.	2495 m.
90º	90,59º	189	619	44	7,55%	2510 m.	2503 m.
135º	136,76º	36	681	-18	1,43%	2516 m.	2516 m.
180º	180,02º	103	719	-56	4,12%	2504 m.	2502 m.
225º	225,57º	76	704	-41	3,05%	2496 m.	2495 m.
270º	270,59º	133	607	56	5,31%	2506 m.	2503 m.
315º	315,91º	161	562	101	6,31%	2554 m.	2549 m.

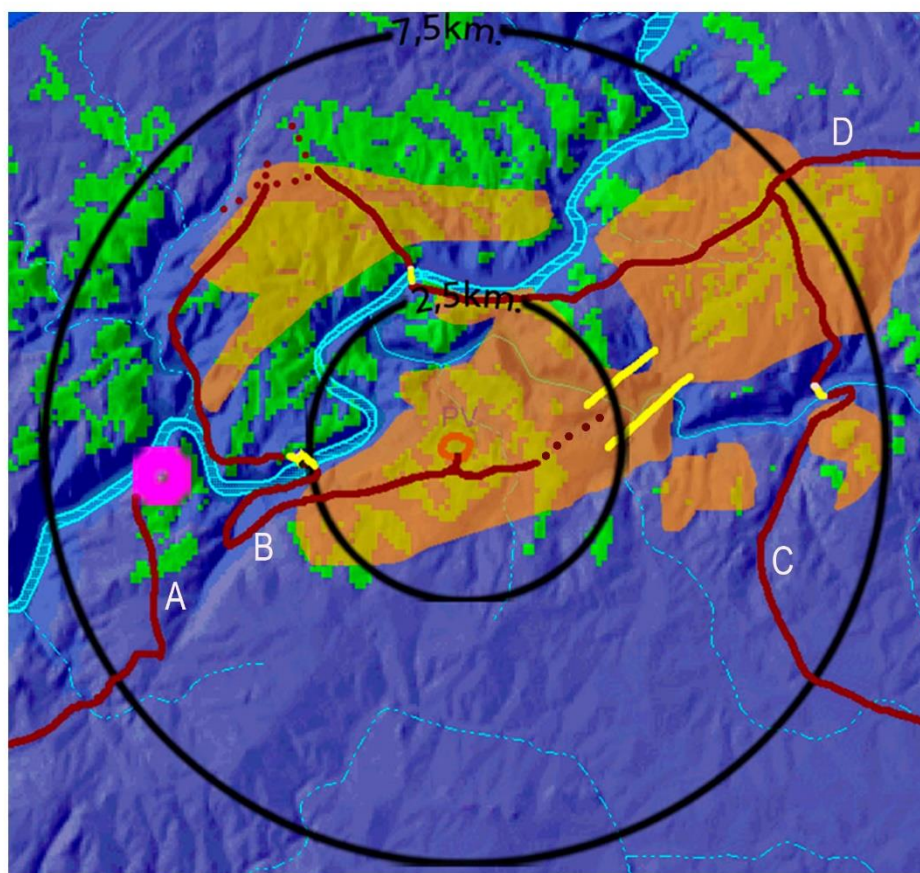


Figura 102: Dominio visual del Teso de San Cristóbal. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: posibles vías prerromanas. Amarillo: pasos naturales. Rosa: Yacimiento del Hierro II. (C. Mateos)

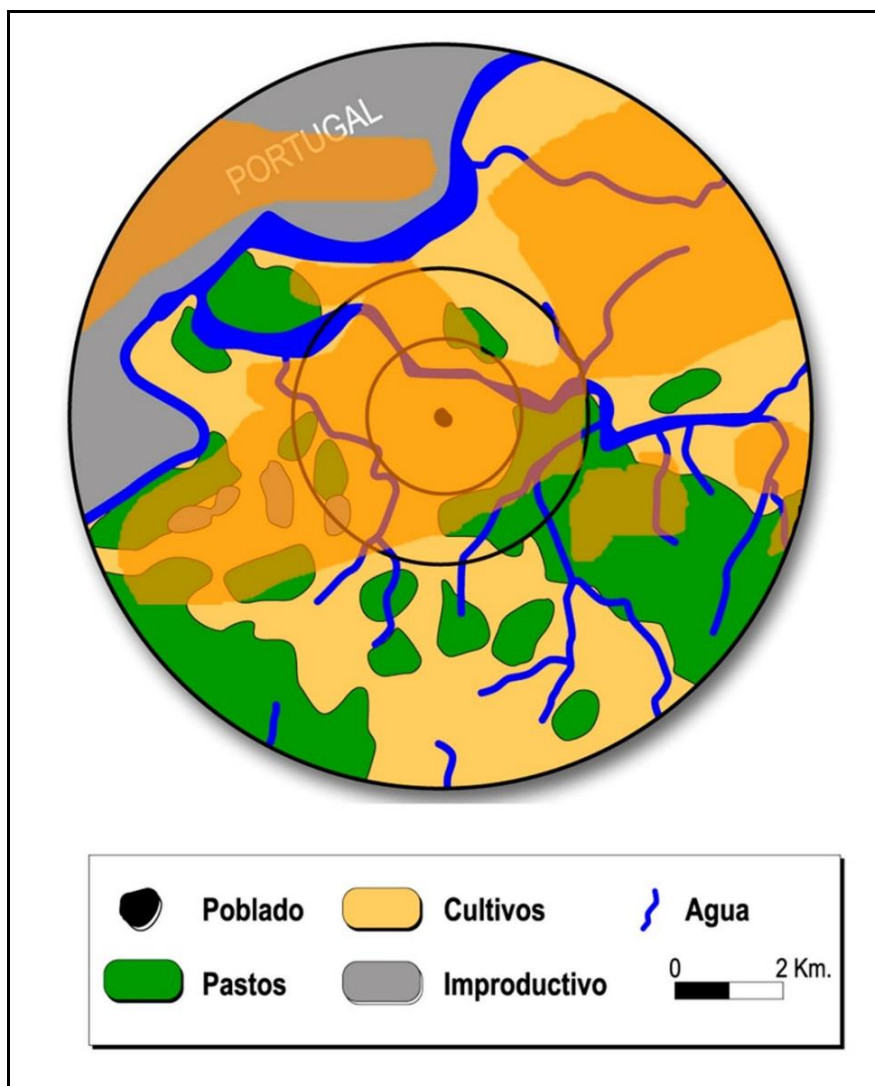


Figura 103: Dominio visual del Teso de San Cristóbal sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo la tabla presentada en la figura 101. Se puede apreciar, como el castro se encuentra en una posición dominante respecto de su entorno en 5 de los 8 octantes en que se ha dividido el terreno para su estudio. Las diferencias de cotas oscilan entre los 44 y los 101 metros de altitud, volviéndose a encontrar en el sector N. la altura mínima con 3 m. Por el contrario, hacia el SE, el S y el SO, el asentamiento se encuentra en un posición dominada, coincidiendo con el área de acceso natural al mismo (Fig. 102-2). Por otro lado, los porcentajes de pendientes son, sin embargo, menores, suavizados por el largo recorrido registrado, aunque el desnivel del terreno es muy marcado y desigual, ya que en 6 octantes se superan los 100 m., alcanzado incluso los 189 de máxima; mientras que los tres restantes oscila entre los 13 y los 76 m.



### *Paisaje del horizonte*

Las prospecciones realizadas en el área delimitada por los 7,5 km. (Fig. 102), tan sólo han sacado a la luz un yacimiento contemporáneo: el Teso de la ermita de la virgen del Castillo, aunque no existiría una línea de visión directa ya que la orografía de la zona lo impediría; lo cual es curioso teniendo en cuenta que desde la ermita sí que se ve este yacimiento. Hacia el NE se observa que la visibilidad real obtenida rebasa el límite que suponen los 7,5 km., continuando el dominio de la mencionada vía de comunicación natural entre las tierras zamoranas y portuguesas, conocida como CL-527 o Ruta de Portugal (Fig. 102-D). Igualmente, en este campo visual se engloba la Vereda Ledesma-Fermoselle (Fig. 102-C), que comunica los territorios zamoranos con los salmantinos, cruzando el río Tormes por una depresión natural que ofrece el terreno escarpado de Las Arribes. No obstante, huelga decir que dicho vado no queda visible desde el castro, aunque sí toda el área inmediatamente anterior y posterior del mismo.

Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios del epígrafe del aprovechamiento del entorno (Fig. 103). Como observa en la imagen, este castro también dominaría visualmente tierras propicias tanto para el ganado como para la agricultura de su entorno. Las características del uso de los suelos son las mismas que las mencionadas para el caso anterior.

### **4. B. g. El Castillo de Saldeana**

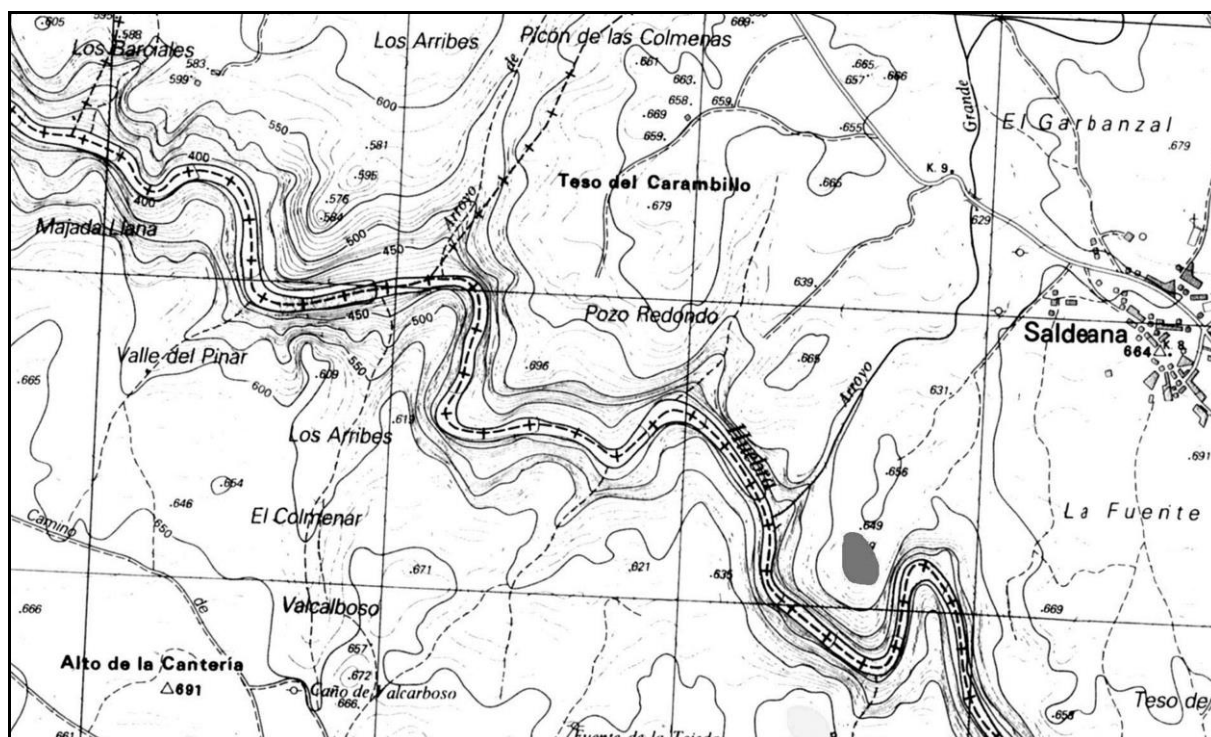


Figura 104: Situación de El Castillo de Saldeana. (Imagen tomada del Mapa de 1:25000)

TABLA. Paisaje de los accesos							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,35º	23	638	21	9,19%	251 m.	250 m.
45º	46,85º	15	635	24	6,04%	248 m.	248 m.
90º	90,58º	2	636	23	0,80%	250 m.	250 m.
135º	134,50º	50	643	16	19,52%	260 m.	256 m.
180º	183,32º	8	638	21	3,18%	251 m.	251 m.
225º	233,91º	112	632	27	41,42%	269 m.	269 m.
270º	273,32º	44	623	36	17,51%	255 m.	251 m.
315º	316,42º	23	634	25	8,65%	266 m.	265 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	1
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	2
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	2
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	1
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	2
$\frac{(1 \times 1) + (2 \times 2) + (2 \times 3) + (1 \times 5) + (2 \times 5)}{8}$		3.02

Tabla 10: Paisaje de los accesos. El Castillo de Saldeana. (C. Mateos)

### *Paisaje de los accesos*

Tal y como se aprecia en la tabla 10, de los ocho sectores en que se ha dividido el área, cinco cuentan con unas pendientes de acceso al poblado muy marcadas, oscilando entre el 8,65% y 19,52%, alcanzando el 41,42% en el sector SO. Las áreas con pendientes más suaves serían la S, la E, y la NE, pero se reforzaron con una barrera de piedras hincadas que dificultaría el acceso al poblado. Aparte, en el lienzo E, con una pendiente del 0,80%, se recurrió a un trazado ondulante, lo que permitiría el tiro cruzado y facilitaría la prevención de un ataque. Estos datos revelan la zona de acceso natural, de hecho la puerta en embudo, considerado la entrada principal, estaría situada en el NE., con una pendiente del 6,04%. Por otro lado, el campo de piedras hincadas también se extendería a parte de las áreas con una pendiente muy marcada y escarpada, en concreto la NO, la SE y la N., reforzándose y complementándose la defensa que ofrece el terreno con la artificial, debido a que, a pesar de ser zonas escarpadas podrían considerarse como puntos de entrada, más complicados, pero hasta cierto punto accesibles. Tan poco hay que olvidar el factor prestigio de los sistemas defensivos de los castros prerromanos, del que se hablará en el capítulo 5, a la hora de entender e interpretar la monumentalidad de esta barrera. Los otros dos sectores con una gran pendiente, el SO y el O, 41,42%

y 17,51% respectivamente, coinciden con las zonas que miran al río Huebra, cuyo curso ha horadado el terreno de tal manera que los barrancos y los escarpes son muy pronunciados e impiden el acceso desde ellos. Estos datos y los índices de accesibilidad, ya mencionados, establecen un tipo de accesibilidad fuertemente encauzada, casi restringida<sup>38</sup>. Otro apunte que se extrae es la posición dominante del asentamiento, respecto de su entorno inmediato; ya que las diferencias entre las cotas de nivel son grandes, oscilando entre los 16 m. de la mínima y los 36 de la máxima; siendo la del yacimiento de 659 m.

#### *Paisaje de dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado el resultado de la aplicación virtual con el resultado de la visibilidad real obtenida sobre el terreno desde distintos puntos de los lienzos de la muralla. Si se tienen en cuenta los paseos de ronda de las murallas y el hecho de que hacia el interior no se detecta ninguna estructura tipo torre, desde el punto de vista defensivo, parece más lógica pensar que la visibilidad obtenida desde la muralla se acercaría más al paisaje dominado real. Los resultados se pueden apreciar en el mapa de la figura 105. El dominio visual real coincide *grosso modo* con el obtenido en la aplicación virtual, sobre todo en el área meridional. Este estudio muestra que el campo visual no alcanzaría en varias direcciones la distancia teórica propuesta de 2,5 km., tan sólo hacia el N, el NE y el SE, ya que su mitad meridional queda limitado por una elevación del terreno que impide ver más allá de éste; distinguiéndose tan sólo dos puntos de mayor altitud, uno de ellos se conoce como La Mata Chica y se correspondería con un yacimiento del Hierro I.

Así mismo, tanto el terreno accidentado como los meandros tan marcados formados por el río, existentes hacia el Este y el Oeste, limitarían el dominio visual inmediato a 625 m. y a 1,5 km., respectivamente. No obstante, el castro tendría un claro control sobre el valle del Huebra y el valle del arroyo, los cuales podrían haber actuado de vías naturales en este paisaje tan escarpado. Además, en su campo de visión se encuentra una zona vadeable del río, que bien hubiera podido articular la comunicación entre este castro y el de El Castillo de Saldeñuela, situado enfrente, en cual existe una bajada hasta el río, justo a la misma altura. Por otro lado, los propios accidentes del terreno mencionados hacia el NE y el SO, así como los escarpes del Huebra, marcarían la zona de acceso natural del castro entre el área N-SE, la cual está totalmente controlada desde el mismo hasta los 2,5 km., proveyéndose de un amplio campo de piedras hincadas, del que se ha conservado unos 100 m. de longitud (Fig. 106-1 y 2). Otro dato que se extrae es que desde el castro el alcance visual medio sobre el valle del Huebra es de 1,60 km.; dominándose también el valle del Arroyo Grande, subsidiario de este río, con un alcance visual medio de 1,40 km. Por otra parte, en principio no se han identificado ninguna posible vía pero, seguramente la carretera que atraviesa el pueblo pudo ser un antiguo camino, aunque no se han identificados topónimos o mapas antiguos, que apunten a esta hipótesis. No

<sup>38</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.

obstante, como ya se ha mencionado muchas carreteras coinciden el trazado de viejos caminos que se asfaltaron. Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 Km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo la tabla que se muestra en la figura 105. A diferencia de la posición dominante en su entorno inmediato, se observa como el castro se encuentra en una posición dominada respecto a todos los octantes en que se ha dividido el terreno para su estudio, excepto en el Oeste, coincidiendo con el curso bajo del río. Por otro lado, los porcentajes de pendientes son menores que en el estudio del paisaje de los accesos, suavizadas por el largo recorrido registrado, aunque el desnivel del terreno es bastante pronunciado con un valor medio de 36 m.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,76º	22	665	-6	0,88%	2503 m.	2503 m.
45º	45,65º	37	681	-22	1,48%	2505 m.	2505 m.
90º	90,74º	71	714	-55	2,84%	2504 m.	2503 m.
135º	135,24º	27	660	-1	1,08%	2503 m.	2503 m.
180º	180,47º	14	681	-22	0,56%	2503 m.	2503 m.
225º	225,24º	1	676	-17	0,04%	2503 m.	2503 m.
270º	270,76º	10	641	18	0,40%	2503 m.	2503 m.
315º	315,23º	26	669	-10	1,04%	2504 m.	2504 m.

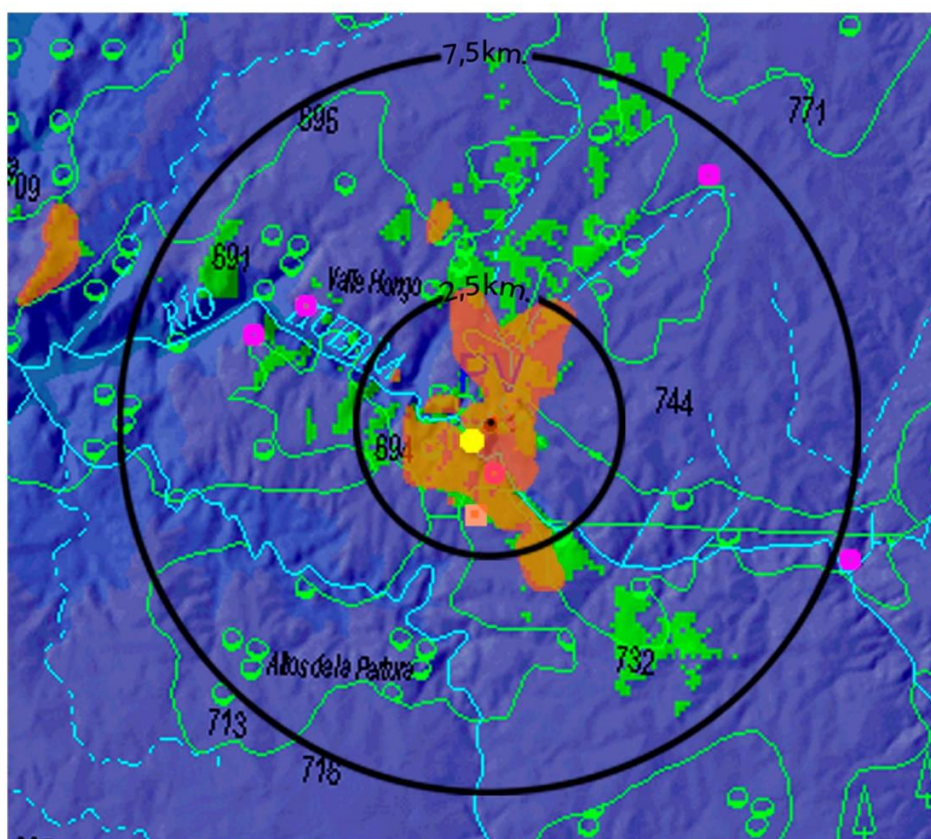


Figura 105: Dominio visual de El Castillo de Saldeana. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Amarillo: pasos naturales. Ocre: Yacimientos del Hierro I. Rosa: Yacimiento del Hierro II. (C. Mateos)



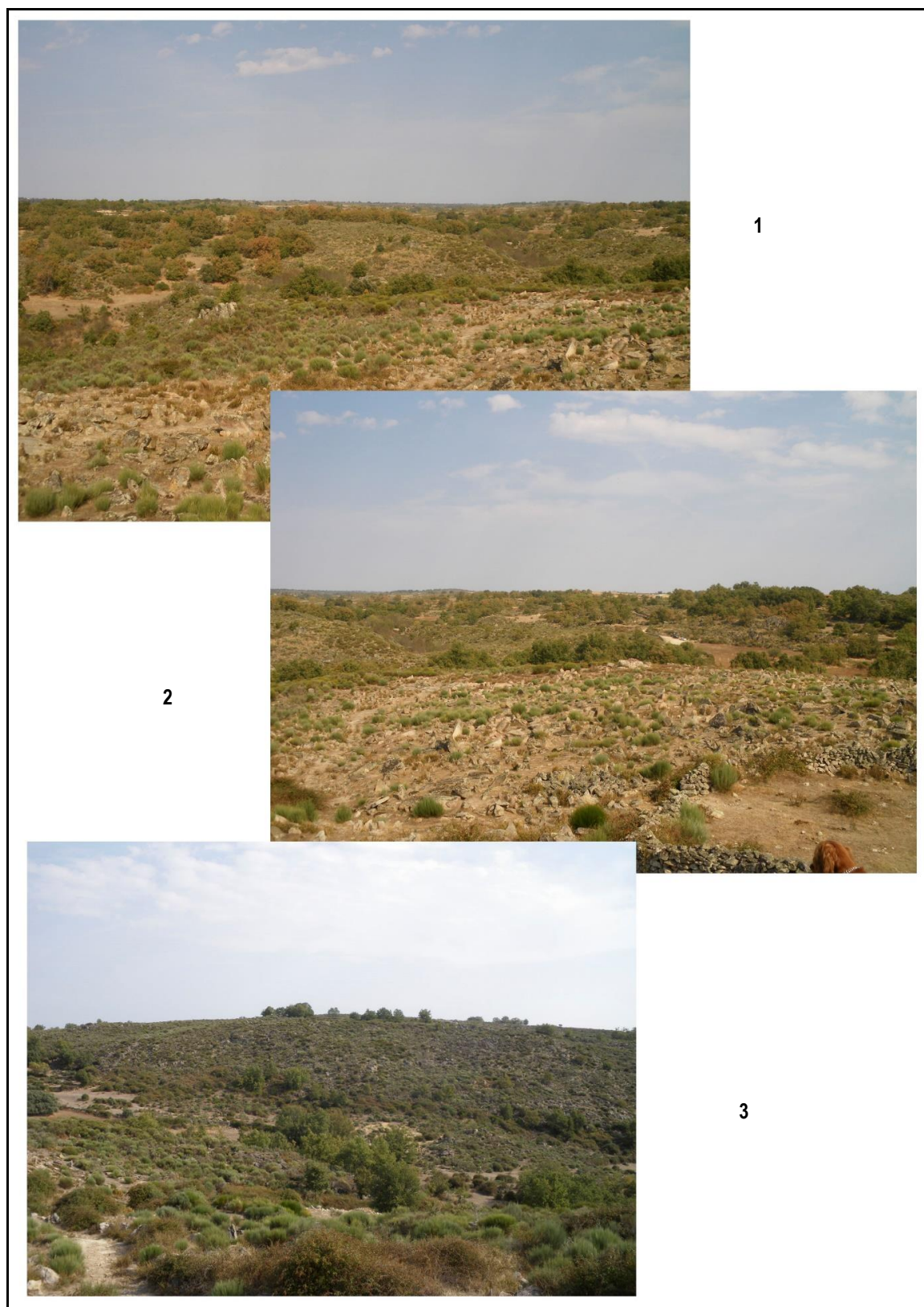


Figura 106: Visibilidad de El Castillo de Saldeana. 1. Hacia el Norte. 2. Hacia el Nordeste. 3. Hacia el Este.  
(Fotografía de la autora, Octubre, 2011)

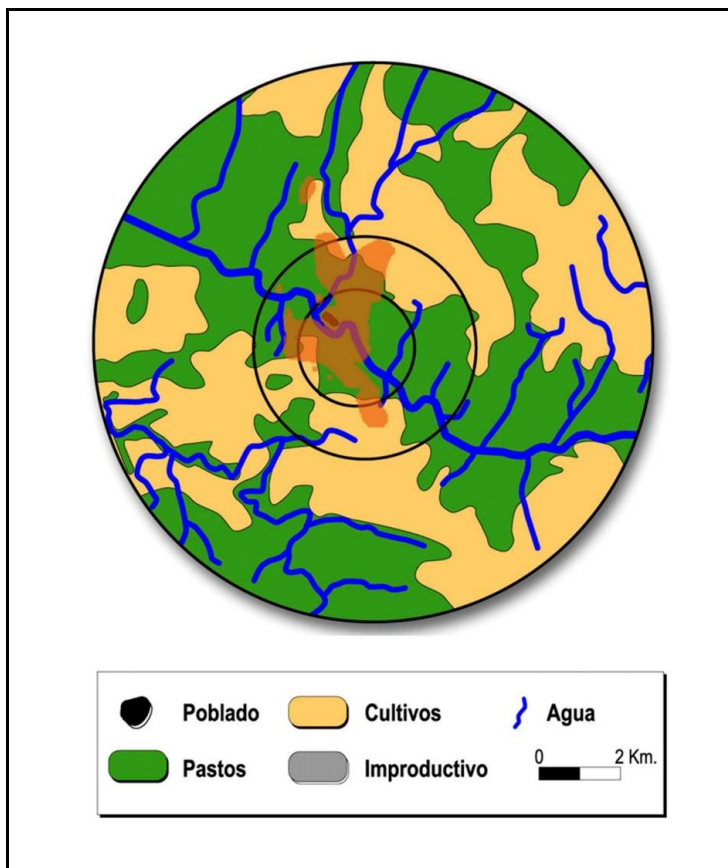


Figura 107: Dominio visual de El Castillo de Saldeana sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)



Figura 108: Paisaje del horizonte. Desde El Castillo de Saldeana hay visión directa con La Mata del Castillo (flecha negra) y El Castillo de Saldeñuela (flecha roja). (Fotografía de la autora, Octubre, 2011).

Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios (Fig. 107). Como observa en la imagen, este castro también dominaría visualmente tierras de su entorno propicias tanto para el ganado como para la agricultura.

#### *Paisaje del horizonte*

Las prospecciones realizadas en el área delimitada por los 7,5 km., han sacado a la luz diversos yacimientos contemporáneos de este castro, bien en su etapa de la I Edad del Hierro bien en el Hierro II. Asociado al primer período sólo se cuenta con La Mata Chica (Bermellar) que como ya se ha indicado tiene una línea de visión directa, tanto en el modelo digital como en el real (Fig.106 y 108). Respecto a los asentamientos de la siguiente época, según el modelo digital, aunque en la imagen no se aprecia bien, tendría visión directa con Casa de Quiquín (Barruecopardo) y con El Castillo de Saldeñuela. No obstante, sobre el terreno, se ha podido comprobar que sólo se cumple en el segundo caso; mientras que en el primero el terreno accidentado impide la existencia de esa línea de visión, aunque quizá algún tipo de señal de humo sí se vería o quizá con las murallas en su máxima altura sí sería posible una visión directa. Así mismo, otra vez las elevaciones del terreno no permiten una relación visual con el resto de castros contemporáneos como son el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), La Malgarrida (Hinojosa del Duero) y Los Terrizos (Villasbuenas).

#### **4. B. h. Castro de Castelmao (San Felices de Los Gallegos)**

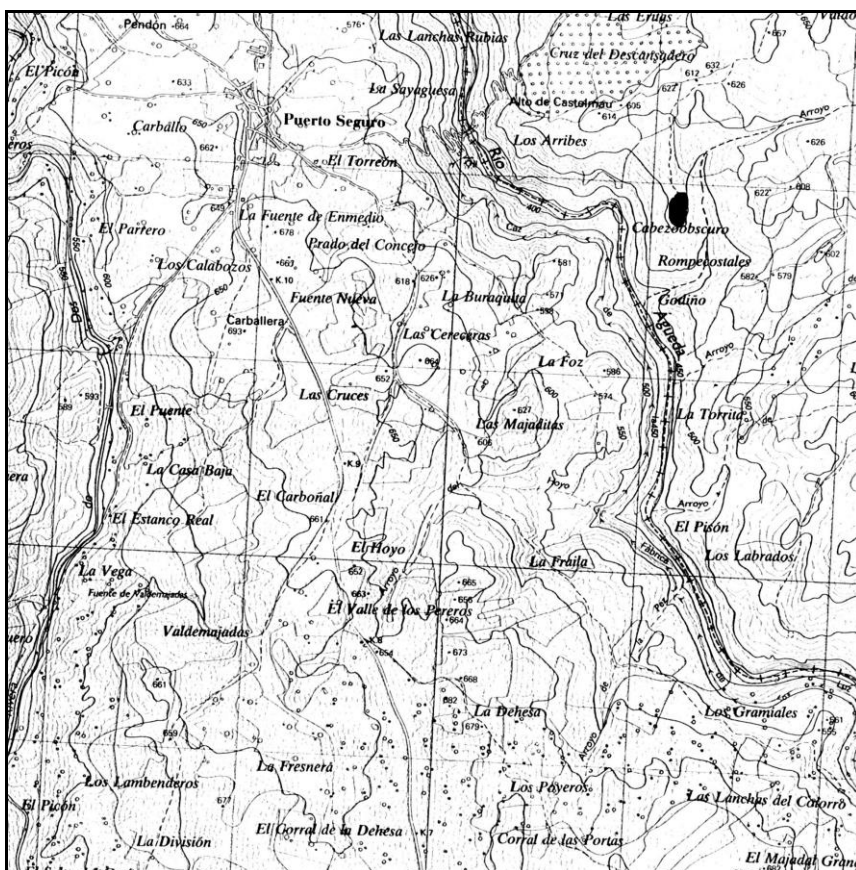


Figura 109: Situación del castro de Castelmao. (Imagen tomada del Mapa de 1:50000)

TABLA. Paisaje de los accesos							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,54º	25	525	40	5,49%	251 m.	250 m.
45º	42,56º	24	550	15	2,77%	248 m.	247m.
90º	90,31º	2	580	-15	0,80%	250 m.	250 m.
135º	138,56º	7	510	55	9,00%	257 m.	257 m.
180º	180,54º	6	510	55	9,00%	250 m.	250 m.
225º	224,62º	15	500	65	9,00%	257 m.	256 m.
270º	278,88º	14	430	135	9,99%	255 m.	255 m.
315º	314,46º	21	540	25	8,20%	251 m.	250 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	2
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	1
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	5
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	0

$\frac{(1 \times 2) + (2 \times 1) + (3 \times 5)}{8}$	2,87
--	------

Tabla 11: Paisaje de los accesos. Castro de Castelmao. (C. Mateos)

### *Paisaje de los accesos*

Los datos obtenidos con la Carta Digital (Tabla 11) revelan que la zona de acceso natural al cerro sería el área Nornordeste, ya que es donde el grado de pendiente es menor, oscilando entre el 0,89% y el 2,74%; reforzándose tanto con una barrera de piedras hincadas como con un lienzo de muralla, que dificultaría la entrada al castro al mismo tiempo que induce al visitante por dónde pasar. El camino marcado Esto llegaría por el Noreste y el sistema defensivo redirige al visitante hacia el Noroeste, dónde está situada la puerta, la cual realmente queda oculta hasta que no rodeas la muralla. Las pendientes del resto de los octantes son muy marcadas como en otros castros de la zona, con un desnivel del terreno muy elevado, debido a que curso del río Águeda ha horadado el terreno de tal manera que los barrancos y los escarpes son muy pronunciados y dificultarían el acceso al castro. De hecho, el camino que lleva en la actualidad hasta el cerro llegaría por este sector y parte de una ruta natural de comunicación que permite el tránsito hacia Portugal; cruzando el río por el único vado que



existe en este tramo y que entraría dentro del dominio visual del asentamiento. Por tanto, estos datos y los baremos e índices, ya mencionados, indican una accesibilidad encauzada<sup>39</sup>. Una peculiaridad de este poblado es que está hundido en el terreno, es decir, excepto en la zona Sursudoeste, el terreno circundante más inmediato tiene unas cotas de nivel superiores, con lo que Castelmao queda en una depresión del terreno. La excepción se produce en la zona del río, donde sí que hay un dominio claro sobre el terreno. Quizá la explicación se puede encontrar en el hecho de que dentro del dominio visual directo entran una serie de afloramientos de estaño, que quizá fueran explotados por los habitantes del poblado, lo que explicaría el esfuerzo invertido en el sistema defensivo y su posición, dándose, tal vez, preferencia al control desde el castro de dichos afloramientos. Igualmente, la situación del lugar facilitaría el desplazamiento hasta los afloramientos de mineral de hierro que se encuentran en las inmediaciones. No obstante, a pesar de estar hundido en el terreno el estudio de visibilidad realizado demuestra que el área marcada como “paisaje de los accesos” queda totalmente controlada desde el castro.

#### *Paisaje de dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado el resultado de la aplicación virtual con el resultado de la visibilidad real obtenida sobre el terreno desde los puntos con más altura que se encontraron en el castro (Fig. 110). Así, el campo visual no alcanzaría la distancia teórica propuesta de 2,5 Km., ya que queda limitado a una media de 1,4 km. por las elevaciones del terreno en el área N-NE-S (Fig. 112-1 y 2); aunque la mayor distancia (1,5 km.) de visión en esta área coincidiría con la zona de acceso natural al castro. La excepción se encontraría en el sector SO en donde sí se alcanza. El estudio realizado indica que lo que realmente parece que se controla desde este punto es, por una parte, el tramo del valle y, por otra, la zona donde se concentran las vetas de estaño. Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 Km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo los resultados que se ofrecen en la tabla de la figura 109. Se observa como el castro se localiza en una posición dominada respecto a su entorno en todos los octantes, excepto en el Este, coincidiendo con el curso de río. Por otro lado, los porcentajes de pendientes son menores que en el estudio del paisaje de los accesos, suavizadas por el largo recorrido registrado.

---

<sup>39</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,72º	9	632	-84	0,36%	2503 m.	2503 m.
45º	46,62º	59	670	-115	2,36%	2500 m.	2499 m.
90º	90,43º	92	644	-78	3,68%	2504 m.	2503 m.
135º	135,80º	41	693	-128	1,64%	2496 m.	2496 m.
180º	180,43º	15	557	8	0,60%	2503 m.	2503 m.
225º	225,61º	6	605	-40	0,24%	2505 m.	2505 m.
270º	278,21º	46	640	-75	1,84%	2506 m.	2506 m.
315º	315,61º	60	617	-52	2,39%	2506 m.	2505 m.

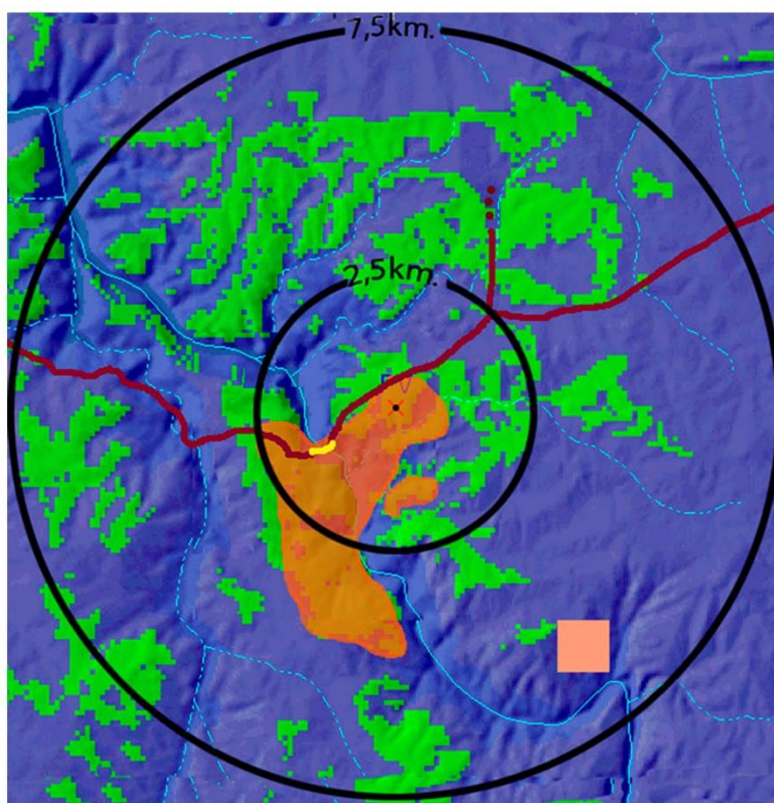


Figura 110: Dominio visual del castro de Castelmalo. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: Vías. Amarillo: pasos naturales. Ocre: Yacimientos del Hierro I. (C. Mateos)

### *Paisaje del horizonte*

Las prospecciones realizadas en el área delimitada por los 7,5 km. tan sólo han sacado a la luz un yacimiento contemporáneo a la primera etapa de este castro, El Lombo del Castillo (San Felices de Los Gallegos); no obstante, no existe una relación visual directa entre ambos sitios. La visibilidad real sobre este paisaje muestra que, a pesar del modelo digital, no se llegaría dominar nada más allá de los 4 km., aproximadamente, que se pueden apreciar en el sector SO debido a la orografía del terreno (Fig. 110). Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos

metalogenéticos (Fig. 111). Aparte de dominar tierras propicias para la ganadería, en su dominio visual entrarían parte de esas zonas de posible explotación minera, que podrían explicar esa fortificación y monumentalidad de las defensas de este castro, con una posición dominada en el terreno, pero con una gran visibilidad hacia el río y dichos vetas. Apuntar, que aunque las vetas de hierro no se vean desde el castro, seguramente también fueron explotadas y la cercanía a ellas pudo influir a la hora de elegir la situación del hábitat.

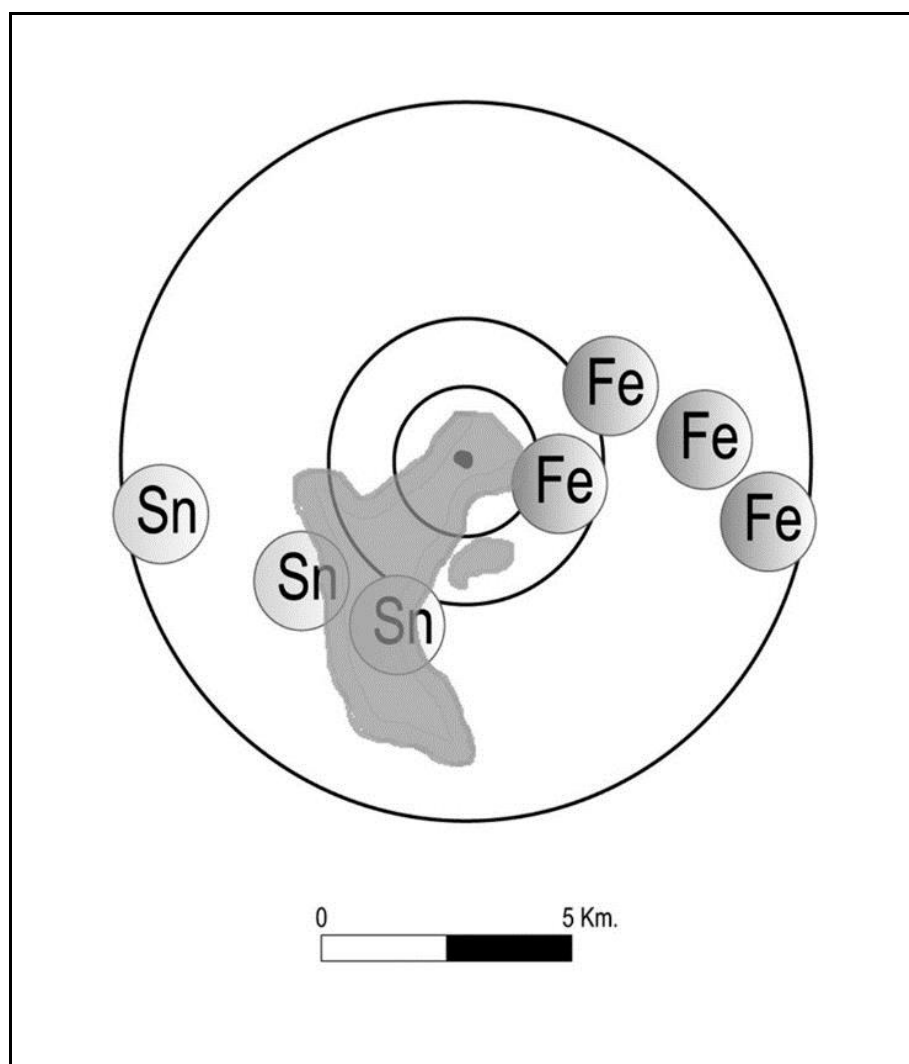


Figura 111: Dominio visual del castro de Castelmalo sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)



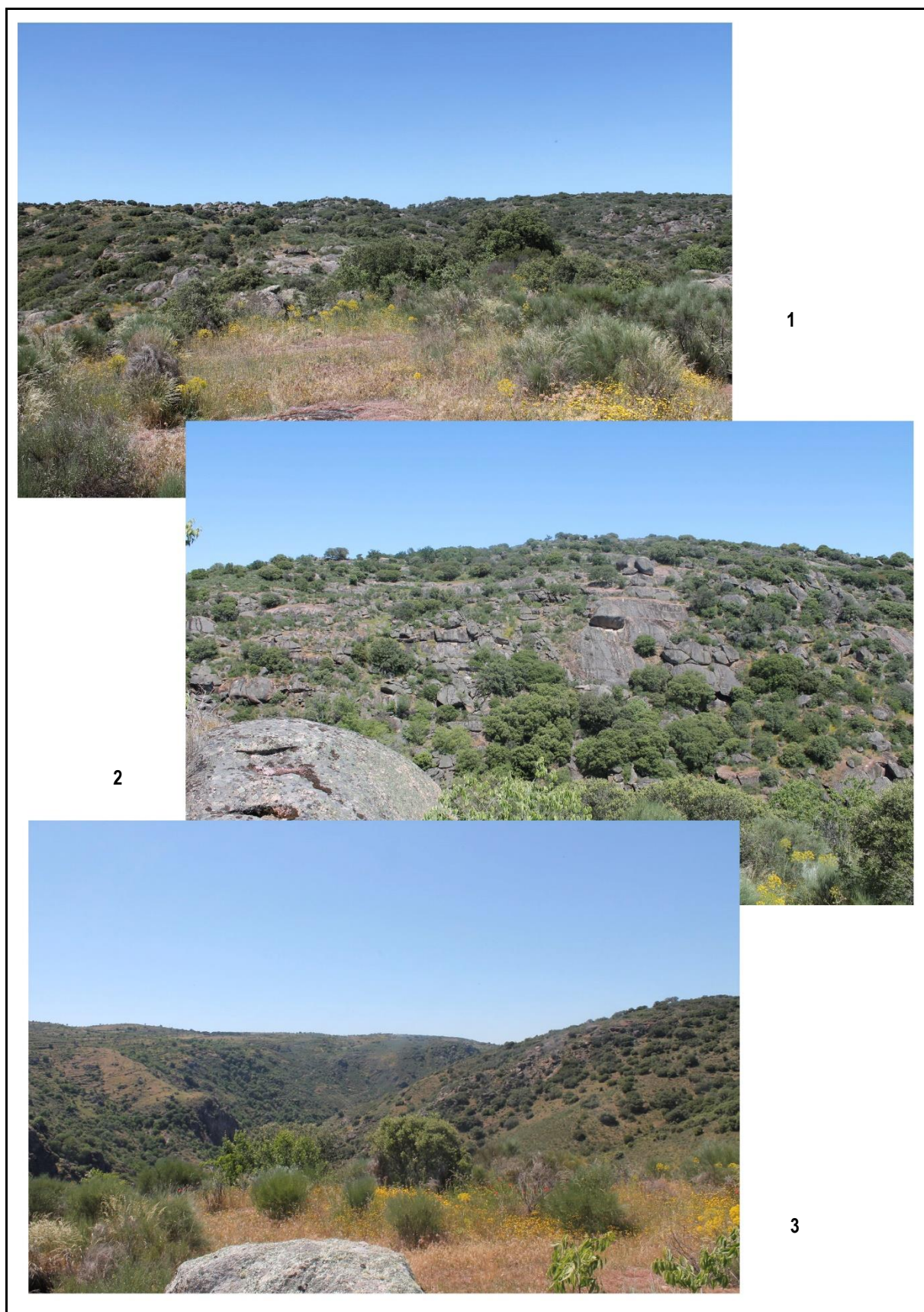


Figura 112: Visibilidad del castro de Castelmao. 1. Hacia el Norte. 2. Hacia el Este. 3. Hacia el Noroeste. (Fotografía de la autora, Mayo, 2013)



#### 4. B. i. La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández)

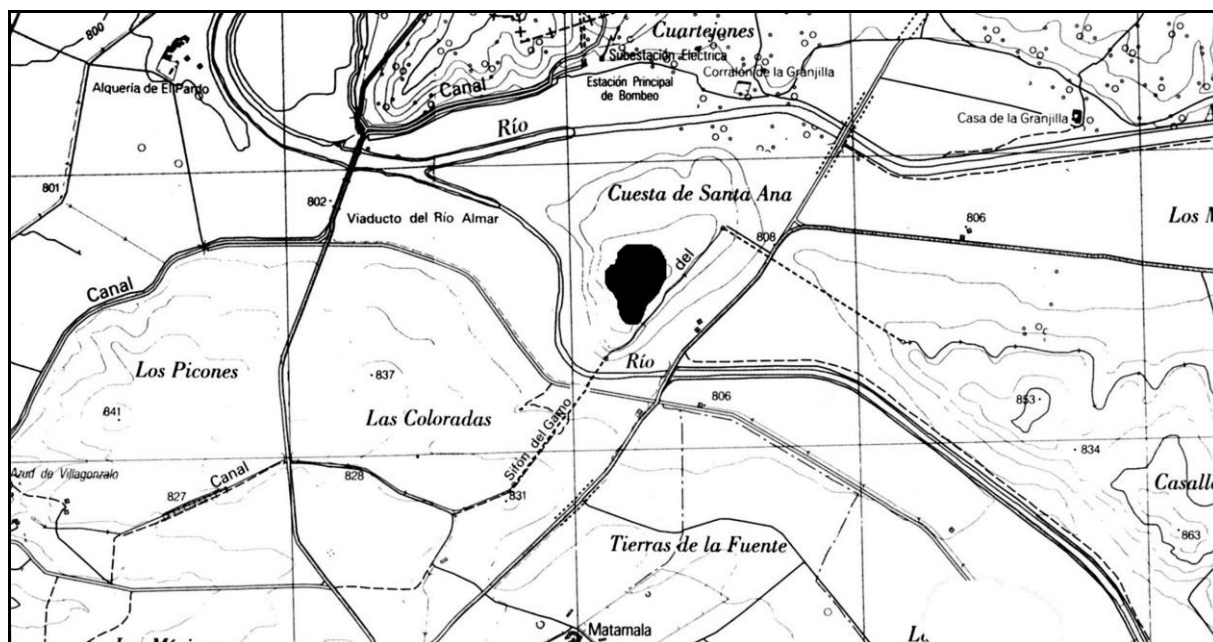


Figura 113: Situación de La Cuesta de Santa Ana. (Imagen tomada del SIGPAC)

##### *Paisaje de los accesos*

Tal y como se aprecia en la tabla 12, el acceso idóneo al poblado sería la zona NE, ya que es allí donde el terreno se caracteriza por un menor grado de pendiente, entorno al 3,51%, como por una pendiente del terreno de unos 9 m.; frente a un desnivel medio de 22 m. y una pendiente media del 8,78% en el resto de los sectores. Estos datos y los baremos e índices, ya mencionados, indican una accesibilidad encauzada al emplazamiento<sup>40</sup>.

Otro dato que se extrae es la posición dominante, respecto de su entorno inmediato, ya que las diferencias entre la cota más alta del yacimiento (848) y las cotas de éste, oscilan entre los 6 m. de la mínima y los 9 de la máxima. Así mismo, el área de 250m., marcado como “paisaje de los accesos”, queda totalmente controlada desde el enclave. Este es debido a que el yacimiento está emplazado en un teso sobre la Penillanura salmantina-zamorana (Fig. 114).

<sup>40</sup> Accesibilidad abierta: > o igual a 1,49; Accesibilidad condicionada: < o igual a 1,50/>2,49; Accesibilidad encauzada: < o igual a 2,50/>3,49; Accesibilidad restringida: < o igual a 3,50/>4,49. Inaccesibles: < o igual a 4,50.

TABLA. Paisaje de los accesos							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	1,14º	16	840	8	6,39%	250 m.	250 m.
45º	45,29º	9	842	6	3,51%	256 m.	256 m.
90º	91,36º	23	841	7	9,19%	251 m.	250 m.
135º	135,44º	25	839	9	9,73%	258 m.	256 m.
180º	181,14º	15	839	9	5,99%	250 m.	250 m.
225º	223,39º	28	844	4	11,31%	249 m.	247 m.
270º	271,37º	29	842	6	11,58%	252 m.	250 m.
315º	321,52º	21	839	9	8,40%	250 m.	250m

1

Pendientes inferiores a 3%

0

2

Pendientes entre 3.1 y 7%

3

3

Pendientes entre 7.1 y 14%

5

4

Pendientes entre 14.1 y 17%

0

5

Pendientes entre 17.1 y 45%

0

(2x3)+(3x5)

8

2.62

Tabla 12: Paisaje de los accesos de La Cuesta de Santa Ana. (C. Mateos)



Figura 114: Emplazamiento de La Cuesta de Santa Ana. (Fotografía de la autora, Enero, 2004)

### *Paisaje de dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado el resultado de la aplicación virtual con el resultado de la visibilidad real obtenida sobre el terreno desde distintos puntos del yacimiento (Fig. 116). Teniendo en cuenta que este yacimiento no cuenta con vestigios visibles de muralla ni ningún otro punto más elevado que el propio terreno, los resultados obtenidos pueden variar; pero aun así se observa una gran coincidencia entre ambas. El campo visual alcanzaría casi en su totalidad la distancia teórica propuesta de 2,5 km., siendo la excepción los sectores NE (Fig. 116) y SO donde el relieve del terreno limita su visibilidad. Por otro lado, la propia orografía marcaría el acceso natural por el NE la cual queda totalmente controlada más allá de esos 2,5 km.



Figura 115: Visibilidad hacia el Norte. La Cuesta de Santa Ana. (Fotografía de la autora, Enero, 2015)

El poblado tiene en su campo de visión un tramo de tres posibles rutas terrestres prerromanas las conocidas como Vereda del Valle (Fig. 116-B), “Camino de Alba” (Fig. 116-C) y Cordel de Ciudad Rodrigo-Peñaranda (Fig. 116-A). Así mismo desde su emplazamiento se controlan parte de los valles por donde fluyen los ríos Tormes, Almar, Gamo y Margañán. La visibilidad media sobre ellos es de 2,77, 0,97, 1,97 y 5.41km., respectivamente.

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esa distancia de 2,5 km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo tabla que se puede ver en la figura 115. A diferencia de la posición dominante



absoluta en su entorno inmediato, se observa que este poblado en su sector Sur se encuentra en una posición dominada, con un teso de una altitud mucho mayor (889 m.) justo en el límite del diámetro marcado. En el resto de los octantes su posición es dominante sobre el terreno. Por otro lado, los porcentajes de pendientes son menores que en el estudio del paisaje de los accesos, suavizadas por el largo recorrido registrado, aunque el desnivel del terreno es bastante alto con un valor medio de 31 m.

<b>Octante</b>	<b>Azimut</b>	<b>Desnivel metros</b>	<b>Cota Máx.</b>	<b>Diferencia M.</b>	<b>Grado pendiente</b>	<b>Distancia Geométrica</b>	<b>Distancia aire</b>
0º	0,40º	37	846	2	1,48%	2501 m.	2501 m.
45º	45,00º	13	842	6	0,52%	2511 m.	2511 m.
90º	90,11º	29	841	7	1,16%	2501 m.	2501 m.
135º	135,61º	33	839	9	1,32%	2503 m.	2502 m.
180º	180,38º	43	887	-39	1,72%	2501 m.	2501 m.
225º	226,01º	15	839	9	0,59%	2522 m.	2522 m.
270º	270,95º	44	840	8	1,76%	2502 m.	2502 m.
315º	315,20º	49	839	9	1,96%	2503 m.	2503 m.

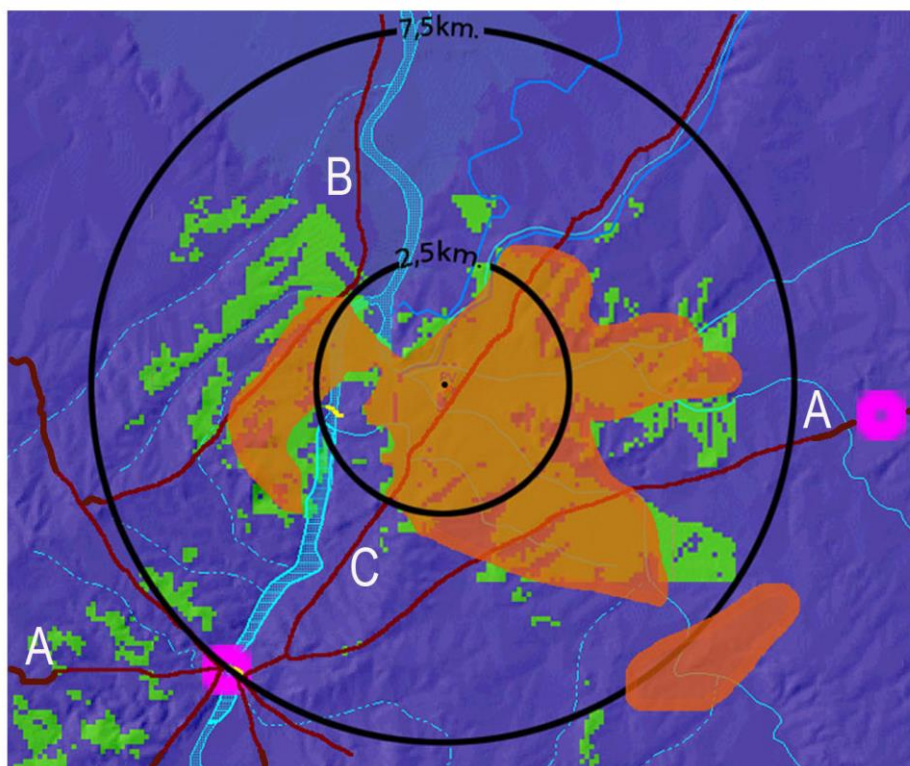


Figura 116: Dominio visual de La Cuesta de Santa Ana. Mapa: Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: vías. Amarillo: pasos naturales. Rosa: Yacimientos contemporáneos. (C. Mateos)





Figura 117: Visibilidad de La Cuesta de Santa Ana. Hacia el Sur. 2. Hacia el Oeste. 3. Hacia el Noroeste. (Fotografía de la autora, Enero, 2015)

Una última comparación se ha realizado entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios. Como se observa en la figura 118, las tierras inmediatas de este castro son propicias sobre todo para la agricultura, con algunas zonas de pastos, quedando gran parte las mimas bajo su control directo.

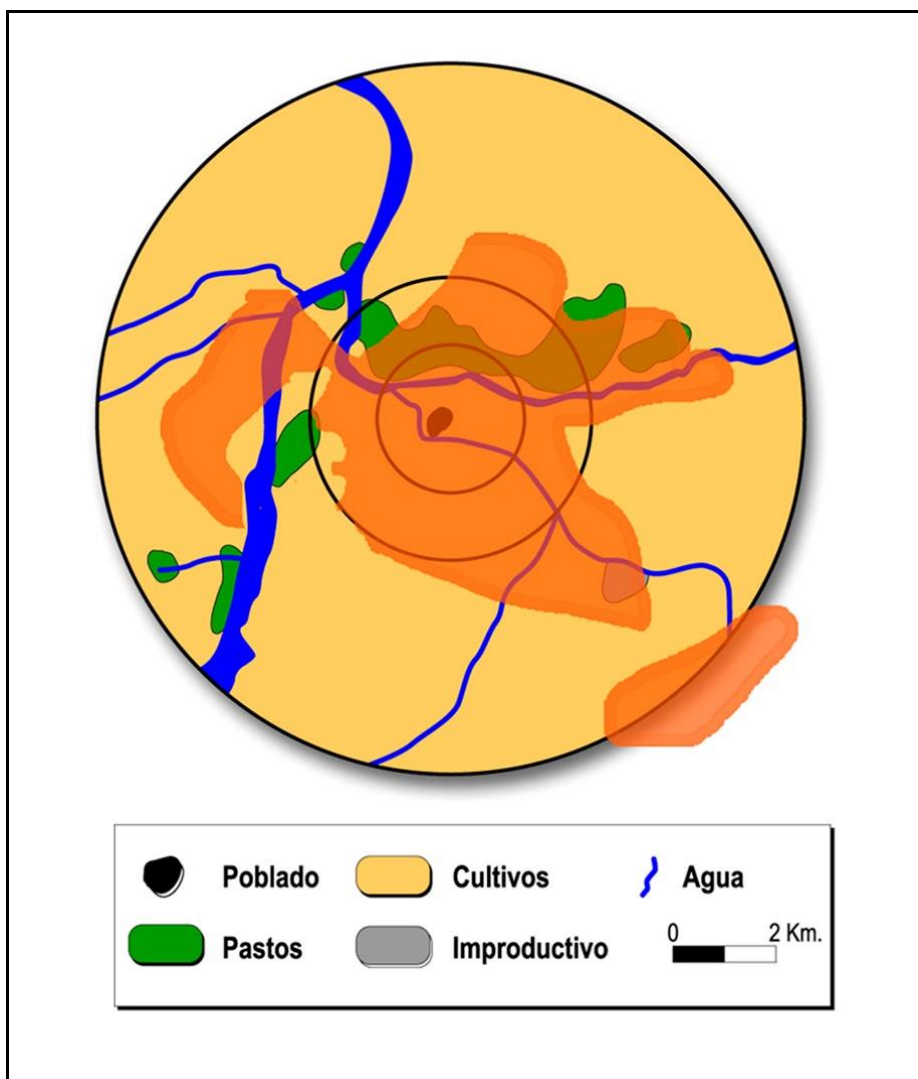


Figura 118: Dominio Visual de La Cuesta de Santa Ana sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)

### *Paisaje del horizonte*

Las prospecciones realizadas en el área delimitada por los 7,5 km. no han identificado poblados contemporáneos; estando los dos más cercanos Alba de Tormes y Coca de Alba fuera de este radio y sin ninguna relación visual directa con La Cuesta de Santa Ana. Por otro lado, la visibilidad sobre este paisaje no llega a cubrir el radio propuesto en ningún sector. La máxima visibilidad se tendría hacia el Oeste con 5 km. y hacia el Nordeste y el Sudeste con 6 km., existiendo un punto elevado del terreno en esta zona que se vería en el radio inicial (Fig. 116).

#### 4. B. j. Castro de Las Merchanas (Lumbrales)

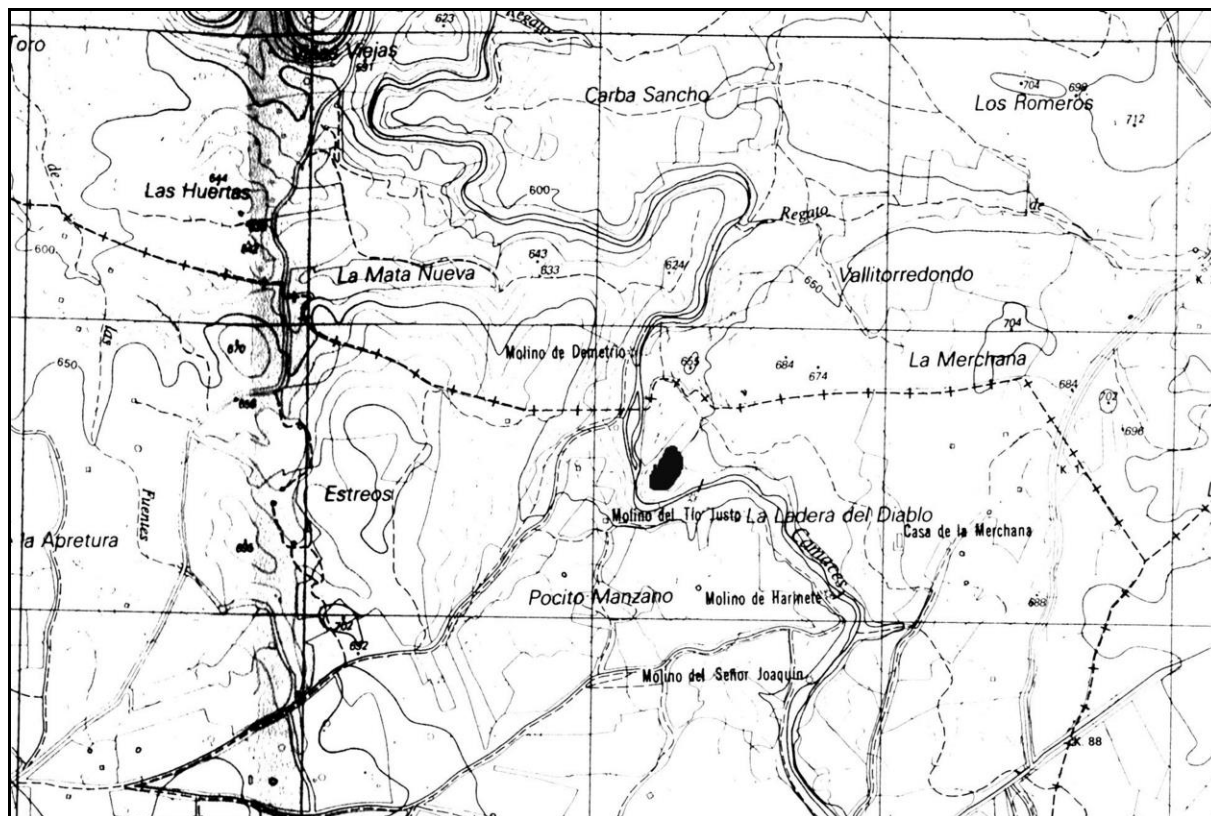


Figura 119: Situación de Las Merchanas. (Imagen tomada del Mapa topográfico 1:50000)

##### *Paisaje de los accesos*

Tal y como se aprecia en la tabla 13, el acceso idóneo al poblado se podría realizar por dos zonas, NE-E y E-S, ya que el grado de las pendientes del terreno oscila entre el 9,78% y el 3,76%, marcado así el acceso natural del emplazamiento; el resto de los octantes contarían con mayores desniveles y la defensa natural que es el río. Coincidiendo con estas áreas de ingreso, se ha localizado dos puertas, la SE y la Sur. La primera sería la entrada principal del castro ya que la orografía del terreno encauza hacia esta puerta, existiendo aquí una menor pendiente (3,76%); así mismo es en esta zona donde se ha levantado el campo de piedras hincadas, las cuales condicionan el acercamiento al poblado al cubrir ese cuadrante, que abarca desde el NE hasta el SE, donde el grado de pendiente del terreno continúa siendo menor (8,76-6,37%). Además, en esta área se localizó *in situ* una base de verraco, justo antes de la entrada, que resultó ser de uno de los expuestos en el pueblo, como resolvió la analítica (Manglano, 2013). La presencia de estas esculturas en un sitio tan visible, como se verá en el capítulo 8, no sólo tendría un carácter apotropaico sino que también monumentaliza, junto con el sistema defensivo, el castro, convirtiéndose en un símbolo del poder de esta comunidad, por lo que se situaría en una zona bien visible para todos aquellos que accedieran al mismo. Por el contrario, la

puerta Sur<sup>41</sup>, no podría ser la principal porque su situación en el paisaje, totalmente hundida respecto de su entorno inmediato, facilita que pase desapercibida, a no ser que se accedas exclusivamente por este lado; que además está protegido por el río (Fig. 119).

TABLA. Paisaje de los accesos							
Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	3,32º	40	644	26	15,92%	254 m.	251 m.
45º	50,73º	28	669	1	11,20%	251 m.	250 m.
90º	93,31º	22	669	1	8,76%	252 m.	250 m.
135º	136,42º	10	657	13	3,76%	265 m.	265 m.
180º	183,32º	16	641	29	6,37%	251 m.	251 m.
225º	226,42º	26	632	38	9,78%	267 m.	265 m.
270º	273,31º	41	631	39	16,32%	254 m.	251 m.
315º	312,60º	44	625	45	17,78%	251 m.	247 m.

1 Pendientes inferiores a 3%	0
2 Pendientes entre 3.1 y 7%	2
3 Pendientes entre 7.1 y 14%	3
4 Pendientes entre 14.1 y 17%	2
5 Pendientes entre 17.1 y 45%	1

$\frac{(2 \times 2) + (3 \times 3) + (2 \times 4) + (5 \times 1)}{8}$	3,25
---	------

Tabla 13: Paisaje de los accesos. Las Merchanas.

El estudio del paisaje de los accesos muestra una posición dominante del asentamiento, respecto de su entorno inmediato, ya que las diferencias entre la cota más alta del yacimiento (670) y las cotas del entorno inmediato, oscilan entre 1 metro de mínima y 45 metros de máxima. Así mismo, esa área de 250m., marcado como "paisaje de los accesos", queda totalmente controlado.

#### *Paisaje de dominio visual*

Para obtener este paisaje, se ha comparado la visibilidad de la aplicación virtual con el resultado de la visibilidad real obtenida sobre el terreno desde distintos puntos de la muralla. Ambas coinciden bastante bien (Fig.120). Esta visibilidad comparada muestra que el campo visual no alcanzaría la distancia teórica propuesta de 2,5 km., siendo la excepción el sector NO (Fig. 120-2) y el

<sup>41</sup>Esta puerta originariamente era de la muralla *vettona*, pero en época romana se modificó su estructura (STRATO, 2015: 15)



S-SE. El área dominada queda muy limitada por las características del terreno, un tanto accidentado, y con muchas zonas con una altitud más elevada que la del emplazamiento, debido a que el cauce del río ha ido horadando el terreno, creando zonas muy escarpadas. Por otro lado, la orografía del terreno marca el acceso natural por el sector E-S, que queda controlado durante esos 2,5 km.

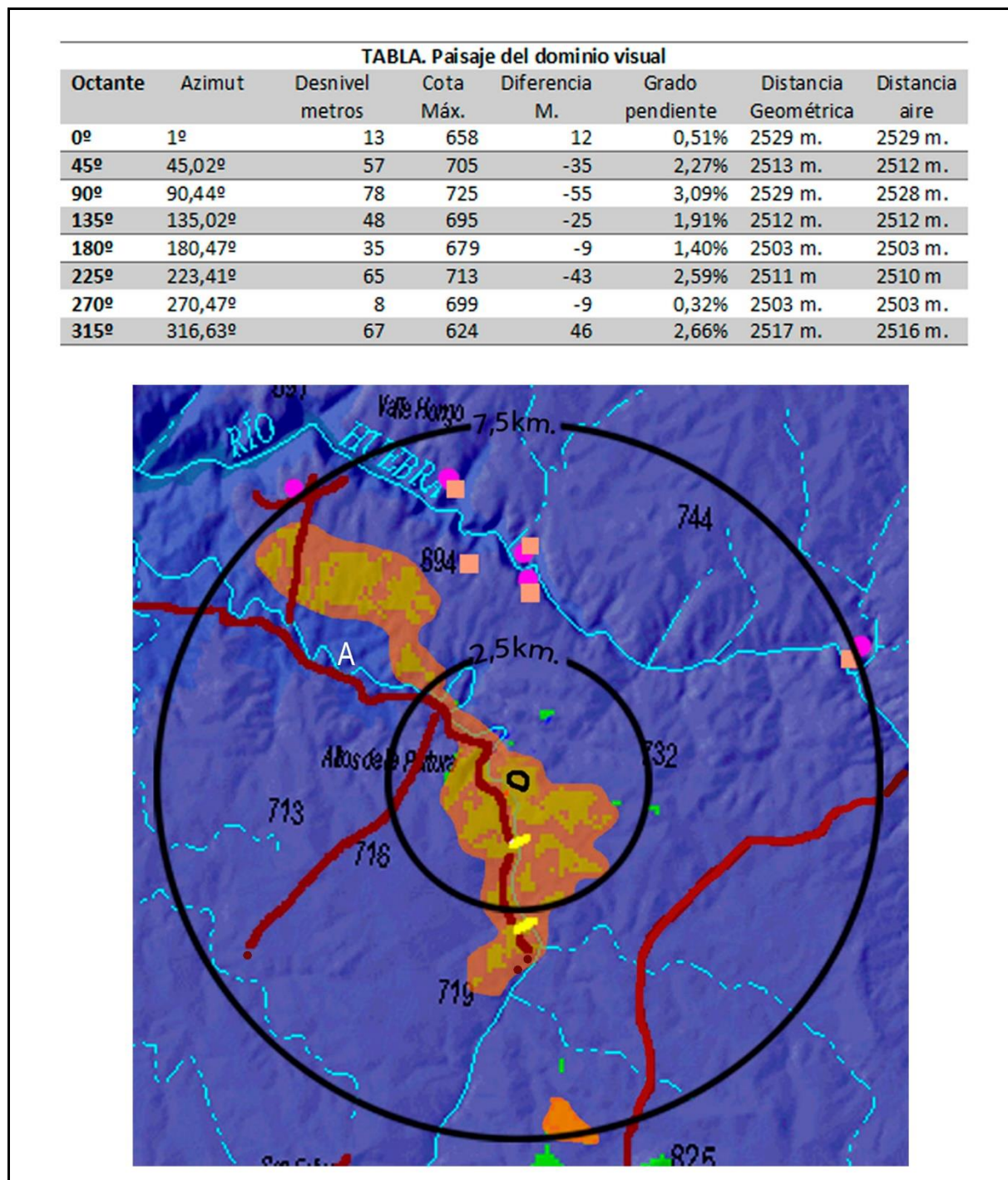


Figura 120: Dominio visual de Las Merchanas. Verde: visibilidad virtual. Naranja: visibilidad real. Rojo: vías. Amarillo: pasos naturales. Ocre: Yacimientos del Hierro I. Rosa: Yacimientos del Hierro II. (C. Mateos)



Figura 121: Puerta secundaria de Las Merchanas. (Fotografía de la autora, Marzo, 2015)



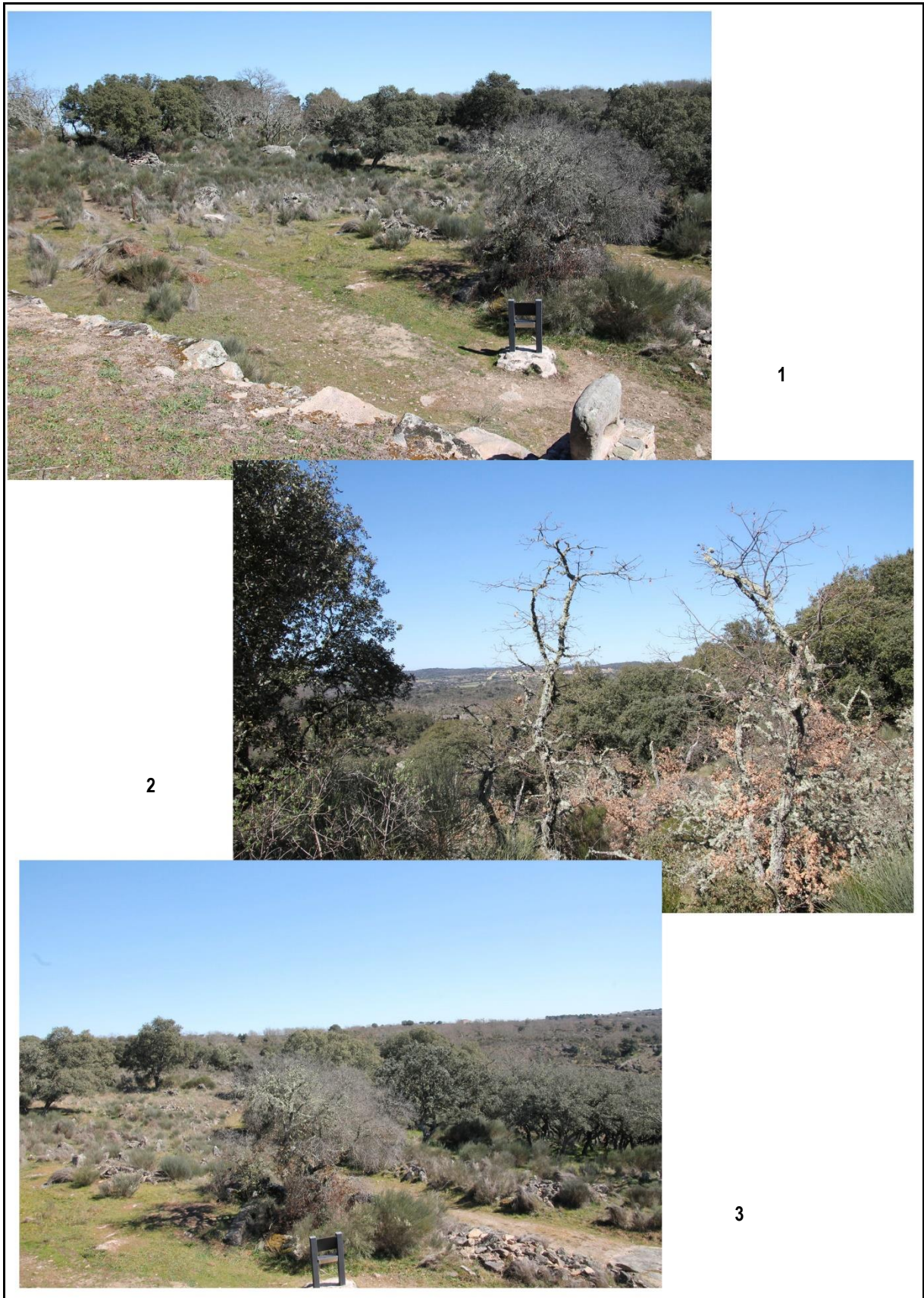


Figura 122: Visibilidad de Las Merchanas. 1. Hacia el Norte. 2. Hacia el Noroeste. 3. Hacia el Nordeste. (Fotografía de la autora, Marzo, 2015)

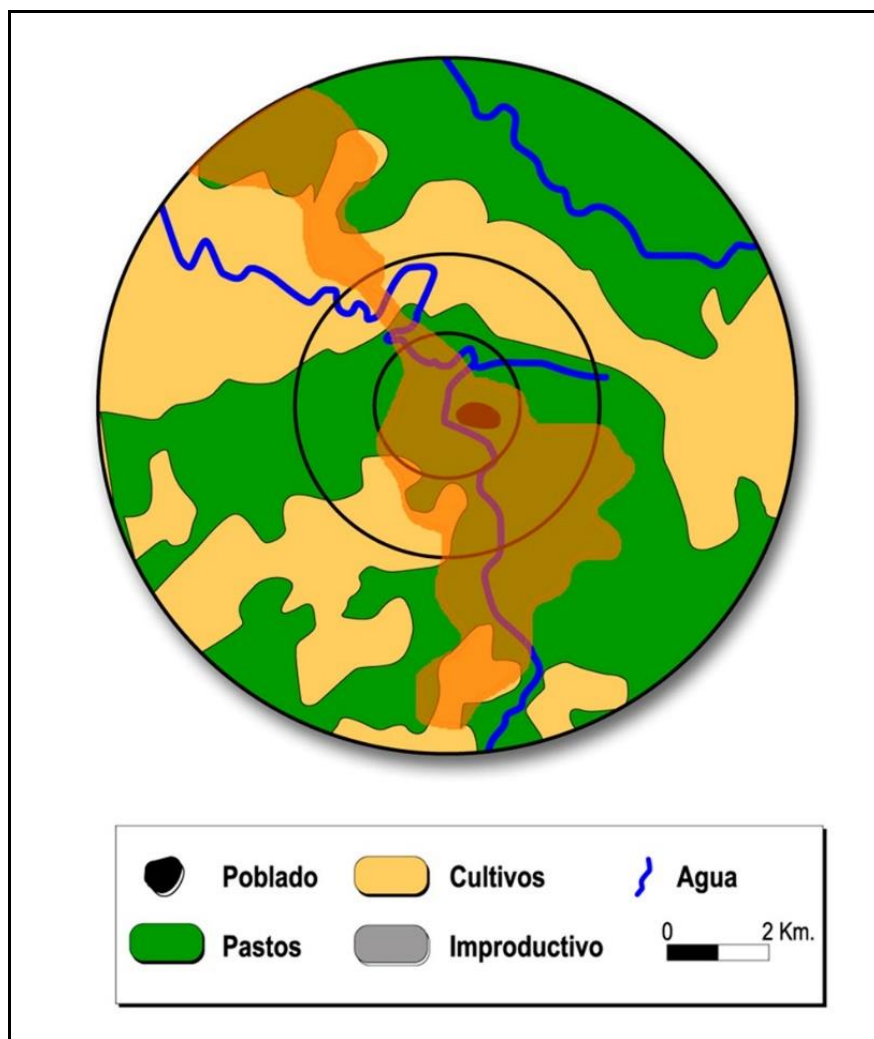


Figura 123: Dominio Visual de Las Merchanas sobre sus recursos críticos. (C. Mateos)

De los cuatro posibles caminos prerromanos, sólo uno entra en su campo de visión, el conocido como Colada del Camaces (Fig. 120-A). Así mismo desde su emplazamiento se controlan unos 2,74 km. del valle del río Camaces, vía natural de comunicación debido al terreno tan escarpado que ha creado el caudal del río; entrando en su campo de visión dos vados naturales por el que cruzarlo, en el primero se levantó un antiguo puente, por el que hoy pasa la carretera nacional y el segundo viene marcado por la toponimia “Los Pontones de Madroñal”.

Del mismo modo, al igual que se hizo con el paisaje de los accesos, se ha estudiado el paisaje de dominio visual a través del cálculo de esta distancia de 2,5 Km. a lo largo de los ritmos azimutales de un octante, obteniendo la tabla que se muestra en la figura 120. Este estudio demuestra que, a diferencia de la posición dominante absoluta en su entorno inmediato, el castro se encuentra en una situación dominada en todos los octantes, excepto por el NO y el N, aunque sin un control absoluto del terreno ya que hay franjas de tierra que quedan sin dominio visual debido a lo accidentado del terreno.



Por otro lado, los porcentajes de pendientes son menores que en el estudio del paisaje de los accesos, suavizadas por el largo recorrido registrado.

#### *Paisaje del horizonte*

Las prospecciones realizadas (IACyL), en el área delimitada por los 7,5 km., han sacado a luz una serie de yacimientos contemporáneos a Las Merchanas, como son el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), El Castillo de Saldeana, El Castillo de Saldeñuela, La Mata Chica (Bermelalr), Casa de Quiquín (Barruecopardo) o La Malgarrida (Hinojosa del Duero), pero no existe ninguna relación visual directa con ninguno de ellos (Fig. 120). De la misma manera, los estudios de visibilidad realizados demuestran que la situación de este castro no respondería a un control del “paisaje del horizonte” ya en ningún sector se llega a un dominio visual absoluto sobre el mismo. Por tanto, habría que buscar otras razones para la elección de este emplazamiento, como puede ser el control del valle del río, de sus vados, de las tierras circundantes, propicias sobre todo para la ganadería, y las vetas minerales susceptibles de explotación del sustrato geológico de la zona de Lumbrales-Vitigudino, rico en estaño y hierro (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36).

Una última comparación que se ha realizado sería entre el dominio real y el mapa de los recursos agropecuarios (Fig. 123). Como se observa en la imagen, las tierras inmediatas de este castro son propicias sobre todo para la ganadería, tendiendo una gran visibilidad sobre las situadas en el área meridional, en donde también se sitúan tierras agrícolas.

#### **4. C. Conclusiones del estudio del dominio visual**

El análisis de los diez ejemplos pone de manifiesto que, en principio, en siete de ellos la visibilidad real y la digital coinciden bastante bien, pudiendo deberse las diferencias al hecho de que la segunda está tomada desde una torre hipotética mientras que la primera se ha calculado sobre los puntos más elevados de los yacimientos. Lo ideal hubiera sido poder montar un andamio para realizarla el trabajo de campo, por tanto es posible que esos puntos de disensión entre una visibilidad y otra sean fruto de la metodología empleada para calcular la real. Una vez aclarado esto, el análisis ha determinado que el modelo visual obtenido con la Carta Digital se aproxima bastante al real por lo que se procederán a sacar conclusiones contando partiendo de esta basa. De un total de 141 yacimientos se ha estudiado el 35% para esta variable, unos 75 hábitats, de los cuales el 50% se corresponderían con una cronología del Bronce Final/Hierro I y el otro 50% con una cronología del Hierro.

Respecto a las vías de comunicación, el 100% de los casos analizados demuestran que los hábitats están emplazados en lugares desde donde se podrían controlar las vías propuestas en menor o mayor medida, ya fueran terrestres o fluviales, entiendo por fluviales, los valles de las corrientes de agua, que actuarían de rutas naturales, que no sólo propiciaban el movimiento a través del territorio sino también el abastecimiento de agua tanto a los hábitats como a los viajeros. El estudio de visibilidad muestra que muchos hábitats controlaban diferentes hitos importantes del paisaje como son

los pasos de montaña, caso de Cancho Enamorado, Los Tejares, el Risco de Los Altares o el Pico Monreal; o los vados como es el caso del Cerro San Vicente, El Teso de Las Catedrales, Castelmao, Los Jerónimos o El Castillo de Saldeñuela. Castros estratégicamente situados sobre vías de comunicación son también los de La Sierra del Aljibe (Cáceres), ubicados sobre varios puertos que comunican la penillanura con las vegas bajas del Gadiana, como Puertollano, Los Terreros y los Acebuches (Rodríguez, Enrique y Pavón, 1995: 44). El Torrejón de Abajo (Cáceres) emplazado en una zona atravesada por un cordel ganadero que une los vados de Medellín, sobre el Tajo, con el de Alconetar, que permitía vadear el Tajo (García-Hoz y Álvarez, 1991: 199). La situación de La Mesa de Miranda (Ávila) permite controlar, desde el extremo Norte del primer recinto, el paso a la sierra desde las llanuras del Duero (Álvarez-Sanchís, 2009: 51).

Los resultados del estudio de visibilidad sobre si los emplazamientos están dominados por el paisaje o son dominantes, muestran como los asentamientos dominados por su entorno durante el Hierro I son sólo el 29% de un total de 98, mientras que en la etapa siguiente hay un descenso considerable a un 17%, de un total de 86. Por contra, los yacimientos con una posición dominante absoluta aumentan de una etapa a otra, del 29% al 37%. Buscar posiciones desde las que controlar su entorno será una prioridad, como se puede apreciar en las gráficas, ya sea en su totalidad o se concentre en determinados recursos o hitos del paisaje. El estudio de visibilidad de los casos concretos ratifica lo ya expuesto; buenos ejemplos de esto lo tenemos en Castelmao, Las Merchanas o el Pico Monreal. Los dos primeros han sido calificados, y así consta en sus fichas correspondientes, como “Dominante 1”, coincidiendo ese sector con vías de comunicación o recursos críticos del paisaje (metalogenéticos o suelos agropastoriles). Mientras tanto, el Pico Monreal se ha calificado como “Dominante 4”, ya que desde su posición se controla todo el territorio circundante.

Por último, respecto al paisaje de los accesos; mientras que la visibilidad real y la digital del “dominio visual” y del “paisaje del horizonte” no coincide al cien por cien en la muestra analizada; en todos los casos se ha comprobado que el control sobre el paisaje de los accesos sí que es fiable y todos los yacimientos analizados tienen un control absoluto sobre ese terreno inmediato, que en el caso de algunos, durante el Hierro II, se modifica con elementos antrópicos (piedras hincadas, fosos, murallas) para encauzar y condicionar el acceso al castro. En todos los casos estudiados, la orografía del terreno lo condicionará<sup>42</sup>.

## 5. Conclusiones

Para finalizar con este capítulo y a modo de conclusión, como se ha podido comprobar los pobladores de la Edad del Hierro tuvieron en cuenta diferentes factores para ubicar sus poblados. Primero, hay una preferencia por emplazamientos con posiciones lo más dominantes posibles sobre su entorno y en altura, con defensas naturales muy marcadas (escarpes, berrocales, ríos,...). Los asentamientos dominados de esta etapa se han identificado con posibles hábitats de ocupación intermitente, aunque esto sólo se ha podido comprobar en el caso de La Aceña (Huertas) (Sanz *et al.*,

---

<sup>42</sup> Este aspecto se estudia más detenidamente en el capítulo 5.

1994). El segundo factor que se tendría en cuenta para la elección de los emplazamientos, como ha demostrado el estudio del entorno inmediato de 34 yacimientos de la muestra, sería el tipo de suelos del territorio circundante. La mayoría de los analizados serían aptos para una economía mixta, predominando en la zona oriental, como ya se había dicho, los agrícolas; mientras que en el resto del territorio hay un predominio de los ganaderos. No obstante, tan sólo se puede certificar ambas actividades en Salamanca ya que es donde se han realizado tanto estudios faunísticos como análisis polínicos. A pesar de ello, la similitud del material arqueológico disponible en el resto de hábitats estudiados tal como cerámicas de almacenamiento, molinos, elementos de hoz, fusayolas,... (Martín Valls, 1971: 134; Benet et al., 1991: 144; ARQUETIPO, 1999-2000d; López y Martínez, 2006,...) hace posible extrapolar los resultados de la capital al resto del territorio, es decir, los pueblos asentados en el territorio estudiado tendrían una economía agropastoral muy clara. Por otra parte, la distancia en kilómetros que hay entre los hábitats y los recursos estratégicos básicos más cercanos no supera el kilómetro, excepto un en La Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida). Otro recurso económico que pudieron tener en cuenta pudieron ser las vetas metalogenéticas. Los datos disponibles, hasta la actualidad, muestran que un 31% de los yacimientos en estudio, con una cronología entre Bronce Final/Hierro I y Hierro I cuentan con filones minerales en su radio de captación de recursos; mientras que para la etapa siguiente el porcentaje se reduce a un 24% de los castros. Los porcentajes no son muy altos, pero está claro que los recursos metalogenéticos debieron tener algún peso a la hora de la elección de los asentamientos. Los minerales que parecen buscar son principalmente el estaño y el hierro, aunque también contamos con unos pocos hábitats próximos a vetas de oro.

El tercer factor es la cercanía a recursos hídricos, ya sean ríos, arroyos o fuentes naturales donde se abastecían de agua, almacenándola en los poblados, probablemente, en las grandes vasijas documentadas en numerosos poblados del territorio como El Teso de Las Catedrales (Salamanca) (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 1; STRATO, 1994); La Corona (Rinconada de la Sierra) (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: pieza SF/202/183); Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/53/4), Cerro San Vicente (Salamanca) (Macarro, 1999: 96), Cancho Enamorado (Puente Congosto) (López et al., 2003: 356, 360 y 384) o Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López, 2004: pieza 573). Se ha calculado (InRhKM) que la distancia media para recoger agua en los hábitats de la primera etapa de la Edad del Hierro es de 0,34 km. mientras que para la segunda etapa se reduce a 0,29 km. Esta situación se muestra claramente en las imágenes del estudio de visibilidad realizado, en donde todos los hábitats cuentan en su dominio visual inmediato con uno o varios recursos hídricos. Este aprovechamiento de los recursos hídricos es similar a la mayoría de los hábitats prerromanos, como por ejemplo en la zona del Sado-Bajo Guadiana (Berrocal-Rangel, 1992: 226) o en zona de La Vera (Celestino, 2008: 95). Además, hay que tener en cuenta que seguramente los recursos hídricos tendrían un mayor caudal en épocas pasadas, cuando la Península presentaba una gran masa forestal y, por tanto, tanto el régimen de pluviosidad y el grado de humedad edafológica serían más elevados que los actuales. La importancia de los cursos de agua viene también por su carácter como vía, lo que seguramente condiciona el emplazamiento de muchos castros a los espigones fluviales y a los meandros de los ríos, como es el caso de Lerilla (Zamarra) y de Las Merchanas (Lumbrerales), respectivamente.

El cuarto factor pudo ser, el control de las vías de las comunicaciones tanto terrestres como fluviales. En este estudio se ha propuesto una “mapa” con los posibles caminos prerromanos, basándonos en topónimos, caminos naturales, calzadas, cordeles, veredas, vados de cruce, verracos, castros,... Al superponerlo con la situación de los poblados, tanto del Hierro I como del Hierro II, y de los verracos, se observa una evidente correlación en gran parte del territorio. La mayoría de los hábitats están en las inmediaciones de alguno de los caminos planteados, sin menos preciar la importancia de las vías fluviales, como son el valle del Águeda o del Tormes. Después de un exhaustivo análisis, las principales vías que pudieron estar en uso durante la Edad del Hierro serían las siguientes: Cordel de las Merinas-Puente Congosto, Cañada de La Plata, Cañada de Béjar, Vereda de Linares, Corredor de Las Huerdes/Las Batuecas, Real calzada de Extremadura, Colada de Ledesma-Ciudad Rodrigo, Colada de Vitigudino a Ciudad Rodrigo, Cañada del Monte, Colada de las Aceñas, Vereda Salamanca-Ledesma-Fermoselle, Vereda Ledesma-Aldeadávila, Vereda Vitigudino, Cordel/calzada de Cantalapiedra, Vereda de Madrid, Cordel Ciudad Rodrigo-Peñaranda de Bracamonte, Colada de Alba de Tormes-Alaraz, Calzada Alba-Piedrahita y Cordel de los Alambres. El estudio de visibilidad sobre los diez casos concretos demuestra el alcance visual sobre dichos caminos y por ende la importancia que pudieron tener a la hora de elegir un asentamiento. Así, Yecla de Yeltes tendría en su campo visual un tramo de la Colada de Vitigudino a Ciudad Rodrigo. En el caso del Pico Monreal se controla un paso natural entre el valle del Alagón y el del Alhándiga, que coincide con el viejo camino vecinal que unía Los Santos con Casafranca, el cual desembocaba en la Cañada Real de La Plata, la cual está dentro de su paisaje del horizonte. También englobado en éste tenemos la conocida como Cañada de Los Santos, la cuenca alta del río Alhándiga y el valle del río Alagón. Su control es estratégico porque son los vertebradores de la comunicación en la zona serrana y permiten la comunicación entre Extremadura y la Meseta (Santonja, 1997: 42). El Teso del Cuerno tendría en su dominio visual las denominadas Calzada de Torresmenudas, que desemboca en la Vereda de Salamanca-Ledesma, y Calzada de Extremadura que atraviesa su territorio de Oeste a Este. El Teso de la ermita de la Virgen del Castillo y el Teso de San Cristóbal cuentan en su campo visual con la vía natural entre las tierras zamoranas y portuguesas, conocida como CL-527 o Ruta de Portugal, así como el vado por donde cruzaría este camino el río Duero y un tramo de la Vereda de Ledesma-Aldeadávila. Por último, La Cuesta de Santa Ana tiene el Cordel de Ciudad Rodrigo-Peñaranda. Así mismo desde su emplazamiento se controlan parte de los valles por donde fluyen los ríos Tormes, Almar, Gamo y Margañán.

Por último, el estudio de visibilidad muestran que visibilidad real y la digital del “dominio visual” y del “paisaje del horizonte” no coinciden al cien por cien en la muestra analizada; pero en todos los casos se ha comprobado que el control sobre el paisaje de los accesos sí que es fiable y todos los yacimientos analizados tienen un control absoluto sobre ese terreno inmediato, que en el caso de algunos, durante el Hierro II, se modifica con elementos antrópicos (piedras hincadas, fosos, murallas) para encauzar y condicionar el acceso al castro.

Por tanto, se puede ver como la elección de los emplazamientos no es fortuita y responde a una serie de patrones que se ajustan a las necesidades que tuvieron los pobladores de la Edad del Hierro.



## IV. Vestigios arquitectónicos



## 1. TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS I: TALUDES, MURALLAS Y SISTEMAS DEFENSIVOS

Este apartado se centra en los tipos de defensas de los castros. Los sistemas defensivos estudiados combinan en la mayoría de los casos la topografía del terreno (canchales, pendientes, ríos...) con elementos antrópicos (murallas, piedras hincadas y fosos) (Esparza, 2003: 156ss.). Esto mismo ocurre en distintos asentamientos tanto de la Península como de Europa, por ejemplo Capote (Berrocal-Rangel, 2004b: 62), Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 133), Pech Maho (Sigean, Aude) (Galilledrat y Moret, 2003: 122-123), Entremont (Francia) (Cunliffe, 1997: 213; Ralston, 2006)... Primero se procederá a una descripción de los distintos elementos que componen el sistema defensivo de los castros estudiados, para después centrarnos en los valores plurifuncionales de los mismos.

Durante la Edad del Hierro, como ya se adelantaba, la mayoría de los asentamientos se caracterizan por contar con sistemas defensivos artificiales, completados por elementos naturales, es decir aprovechaban la topografía del terreno para construir sus defensas. Así, la existencia de grandes afloramientos de granito en ocasiones hace innecesario el amurallamiento completo y entonces simplemente hay que rellenar los espacios libres entre los canchales con una muralla, como es el caso del Pico Monreal (Casafranca), El Castillo de Saldeñuela, El Castillo de Saldeana, el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), Irueña (Fuenteguinaldo), Los Castillejos (Zamarra), Los Castillos de Herguijuela de Ciudad Rodrigo o Moncalvo (Hinojosa del Duero),... lugares donde se puede observar a simple vista como ésta se une al canchal granítico.

Esto mismo se ha podido intuir en el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña), ya que, aunque Maluquer (1956a: 93) sólo menciona un derrumbe de muralla, se ve perfectamente que ésta sigue el terreno, pero está incompleta debido a que por el Norte y por el Noroeste está protegido por los canchales graníticos y por la cortada del río. Por el Sur y el Sureste se puede apreciar la línea de muralla, e incluso es probable que se pudiera sacar a la luz bastante lienzo de la misma, porque ha servido para aterrazar el terreno en algunos tramos y en otros se ve la elevación del terreno que produce la misma al estar enterrada. De hecho, unas excavaciones ilegales realizadas en este castro dejaron a la vista un tramo de muralla que volvió a ser cubierto (Benet y Santonja, 1990: 287)

No obstante, también se encuentran otros casos que pese a que las cortadas del río y del arroyo son pendientes salpicadas de canchales rocosos, dificultando el acceso por dichas zonas, la muralla circunda todo el yacimiento, como suceden en los castros de Irueña y de Yecla de Yeltes (Fig. 115). Este aprovechamiento de los accidentes naturales es propio en otros muchos yacimientos como por ejemplo en *Pintia* que queda delimitada hacia el noroeste por el curso natural del río Duero (Sanz y Velasco, 2003: 53), los poblados de la penillanura cacereña tales como La Muralla y El Risco (Esparza y Blanco, 2008: 85) o en el castro de las Charcas, cuyo crestón de rocas lo hace inaccesible por el norte (Virgilio, 1978: 46 y 83). También se puede citar los leoneses de La Muela y La Laguna (Marcos y Herrán, 2010: 198).



Figura 124: Paramento de la muralla del Cerro San Vicente (Macarro y Alario, 2012).

A continuación, nos centraremos en los sistemas defensivos construidos por el hombre.

## **1. A. Las cortinas amuralladas**

### **1. A. a. Bronce Final/I Edad del Hierro**

Los sistemas de defensa documentados en el territorio hasta el momento durante esta etapa son escasos, componiéndose de un sólo elemento: la muralla. Durante las excavaciones llevadas a cabo en el Cerro San Vicente se descubrió un lienzo en su ladera Noreste (Fig. 125). Su estructura está fabricada con bloques grandes y medianos de arenisca local, lajas de pizarra y, en menor medida, cantos rodados trabados con una tierra arcillosa rojiza. Su disposición es irregular aunque predomina una superposición de las pizarras sobre los bloques de areniscas, los cuales apoyan directamente sobre el suelo. Su paramento interno parece que estuvo recubierto por arcilla, lo que dificultaría la escalada al eliminar los resaltes del núcleo lítico. Esta muralla se fecha entre los siglos VI-V a. C. y estuvo en uso hasta la transición a la II Edad del Hierro, siendo demolida en torno a la primera mitad del siglo IV a. C., momento en el cual se construye el recinto fortificado de El Teso de Las Catedrales (Macarro, 1999: 67-70).

Como se ha mencionado se construye en la ladera Noroeste, el flanco más vulnerable; ya que sus otros tres consisten en escarpes rocosos de arenisca, reforzados por los foso naturales que crean el río Tormes, el arroyo de Los Milagros y la vaguada situada al Oeste. La topografía del terreno ofrece



un estrangulamiento del mismo que permite, con la construcción de la muralla, el aislamiento y defensa del poblado (Fig. 125).

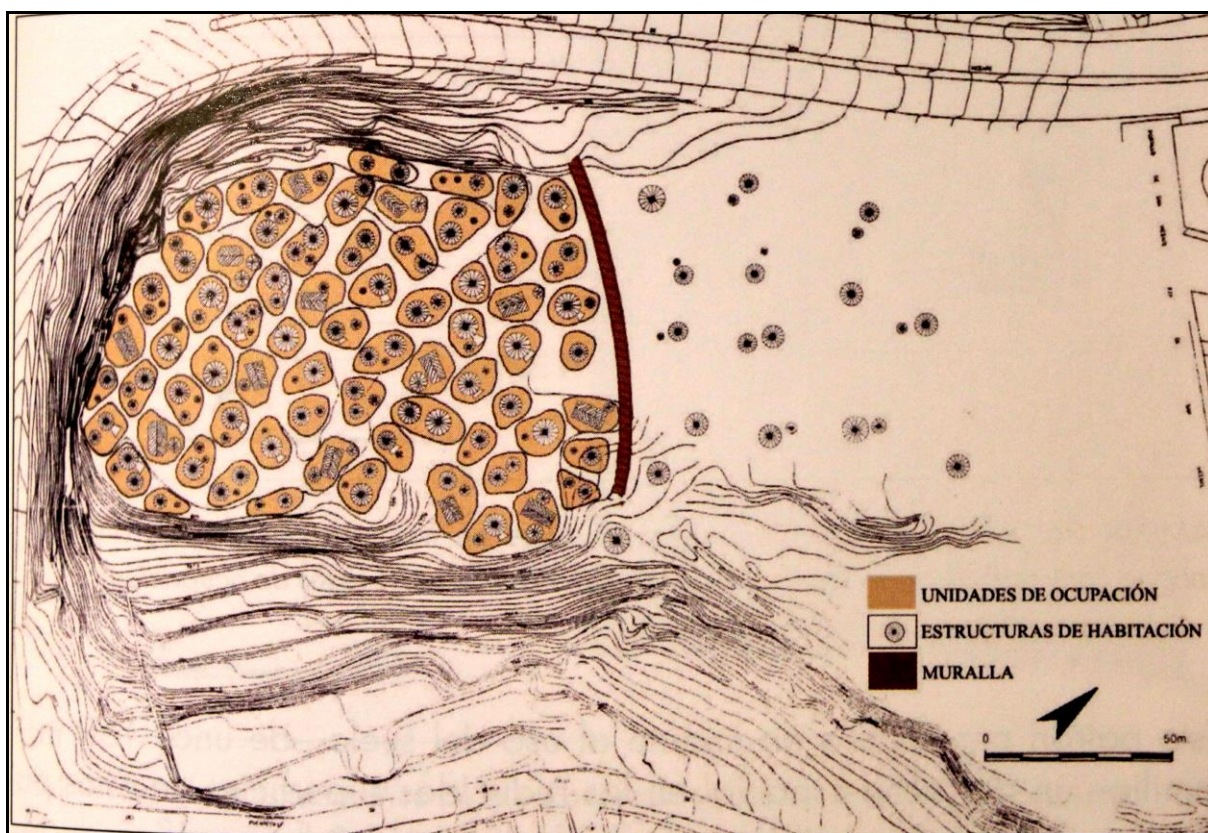


Figura 125: Reconstrucción del asentamiento del Cerro San Vicente (Según Macarro y Alario, 2012)

En el yacimiento de Los Castillejos (Zamarra) se observan, en la ladera Sureste, restos de muralla de unos 4m. de ancho, realizada en mampostería en seco (Arquetipo, 1999-2000d). Así mismo, El Lombo del Castillo (San Felices de Los Gallegos) cuenta con las defensas naturales que ofrecen los escarpes de ambos cursos de agua por el Este, el Oeste y el Sur; situándose la zona accesible por el Norte donde se pueden reconocer derrumbes estructurales, levantados en granito, pertenecientes a un posible recinto defensivo (STRATO, 2001-02a: 188).

El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo consta por el Este de una muralla construida a base de lajas de pizarra en seco, con un aparejo sencillo, que circunda la zona accesible del mismo, y cuyos derrumbes nos hablan de un muro de bastante potencia tanto en altura como en anchura (Figs. 126 y 131-1).



Figura 126: Derrumbe de la muralla de Los Castillos de Herguijuela de Ciudad Rodrigo. (Fotografía de la autora 2007)

Por último, en la zona serrana existen algunos yacimientos cercados total o parcialmente como Castil de Cabras, Risco de Los Altares, La Corvera o Cancho Enamorado. Aquí Maluquer identificó una muralla que iría uniendo los canchales graníticos, empleándolos como parte del sistema defensivo, pero las prospecciones posteriores pusieron de manifiesto que esta supuesta estructura había desaparecido (1956). Sin embargo, actuaciones recientes han desenterrado un muro que cuenta con 4m. de ancho y que se puede seguir por todo el perímetro, aprovechando los afloramientos rocosos para su construcción. No existe un tratamiento de la piedra, utilizándose en seco y sin devastar. Los bloques se eligen por sus caras planas para el exterior de la estructura. Su relleno constaba de piedra mediana y grande de granito local. Esta estructura levanta lo suficiente para resaltar el recinto y delimitarlo, así como para ocultarlo a la vista (López *et al.*, 2003f: 31).

En Castil de Cabras se aprovecha un espolón de las cuarcitas para construir un muro de piedra en seco de contención, más que una muralla (López *et al.*, 2003d: 61).

Los vestigios de La Corvera consisten en un muro con un paramento sin cara vista y sin formar hileras, levantado durante el Hierro I (Álvarez-Sanchís, 1999: 53, pie de nota nº 38). No se han podido establecer posibles poblados secundarios para estos asentamientos, como en el caso del Cerro San

Vicente, pero la construcción de un muro indicaría que son asentamientos estables, desde donde se moviera la población a otras zonas, cuyos recursos fueran susceptibles de explotación.

Poblados análogos se encuentran en la penillanura cacereña, como La Cabeza (Araya) o El Risco (Sierra de Fuentes) (Esparza y Blanco, 2008: 85); en Ávila, Sanchorreja (González *et al.*, 1986: 113-126) y en las tierras altas del norte de la provincia de Soria; asentamientos cuyas murallas siguen un esquema constructivo similar como por ejemplo el poblado de Langosto, Valdeavellano, Valdeprado, Castilfrío o El Royo (Lorrio, 1997: 71-74). Los yacimientos de La Cultura del Soto también contarían con una muralla, pero no tendrían el mismo sistema constructivo, sino que emplearían el adobe de arcilla cruda, como sería el caso de El Soto o de Cuéllar (Barrio, 1993: 178). Como se puede comprobar por los ejemplos citados la construcción de muros/lienzos amurallados durante esta etapa no es la norma y de 96 yacimientos que componen la muestra tan sólo se ha registrado en un 14 % (Fig. 127).

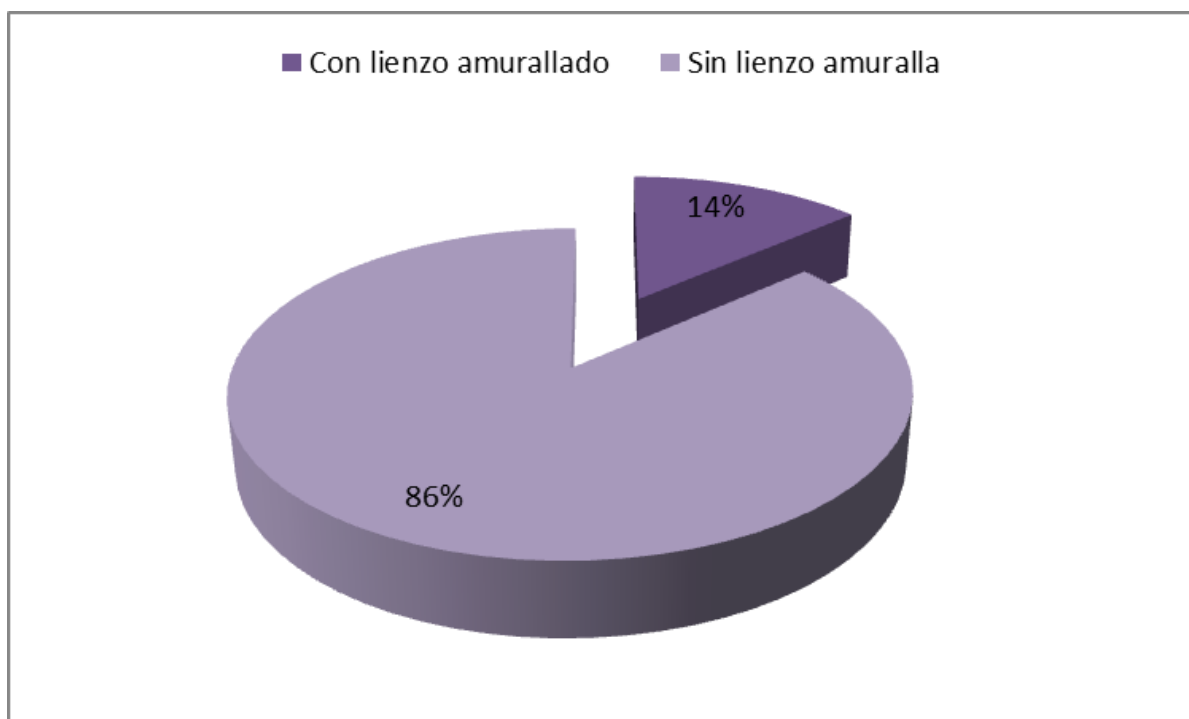


Figura 127: Gráfico 1. Muestra el porcentaje de yacimientos amurallados durante el Hierro I (C. Mateos).

### 1. A. b. II Edad del Hierro

Los sistemas artificiales defensivos de esta etapa son más complejos que los vistos anteriormente. Los elementos que los componen son: las cortinas amuralladas, las piedras hincadas, los caminos de ronda, los antemuros, los “bastiones”, los fosos y las puertas.

Son el elemento principal de los sistemas defensivos. El material constructivo de los lienzos es la piedra local, predominando el granito, la pizarra y la caliza. La estructura consta de un doble paramento, estando el exterior ataludado y rellenándose el espacio entre ambos con piedras menores,



cascotes, barro y arena. Los bloques se disponían ordenadamente en capas horizontales y trabadas unas con otras en seco (Martín Valls, 1997: 157; Esparza, 2003: 156; Berrocal-Rangel, 2003: 213; Moret 1996: 77 ss.). Un corte en la muralla del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) permite apreciar este relleno realizado con cerámica, huesos, tierra prensada y piedras de distintos tamaños (Fig. 128-2). Así mismo en Yecla de Yeltes tras la restauración del lienzo, se dejó un tramo del mismo en el que se aprecia también dicho relleno (Fig. 128-1).

Estos muros alcanzaban una anchura de entre 4 y 8 m. aproximadamente, siendo el grosor superior en su base, dependiendo del grado de inclinación de los externos. La norma es el doble paramento, pero el castro de Bermellar es la excepción, ya que el gran grosor de sus muros se debe a que tiene un paramento múltiple. Este hecho se puede apreciar también en La Mesa de Miranda (Cabré *et al.*, 1950: 19).

La altura media conservada en las murallas oscila entre 3 y 4m., aunque por los derrumbes vistos en El Castillo de Saldeñuela, en el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña), en Casa de Quiquín (Barruecopardo) o en el Pico Monreal (Casafranca), es probable que llegase a los 5 ó 6m. También, es viable que se rematasen con una empalizada de madera, aunque hasta el momento no han llegado vestigios de ninguna (Martín Valls, 1997; Álvarez-Sanchís, 2001: 262; Sánchez *et al.*, 2003: 30; Martín *et al.*, 2004). Se han identificado unos posibles escalones en las murallas de Las Merchanas y de El Castillo de Saldeana que bien podrían ser un indicativo de que hubiera una plataforma superior en la muralla o camino de ronda, el cual estuviese limitado con dicha empalizada de madera (Fig. 129). Este mismo tipo de culminación se ha interpretado en el caso de Las Cogotas, a raíz de la descripción de Apiano de la muralla de *Pallantia* durante el asedio de Pompeyo (Ruiz, 2005: 21). Así mismo, Berrocal-Rangel propone que en la parte superior de los lienzos en talud de los poblados, comprendidos en la comarca definida por las cuencas del río Sado y la del bajo Guadiana, fuese coronada con una empalizada como los yacimientos centroeuropeos y occidentales (1992: 213).

Los aparejos utilizados se caracterizan por ser de mampostería en seco o lienzos ciclópeos en tramos rectilíneos unidos con ángulos rectos. Estas murallas carecen de cimentación, ya que se construían sobre la roca natural y se reforzaron en algunos puntos con un engrosamiento de los muros a modo de bastiones, de los que se hablará más adelante (Esparza, 2003: 156).





Figura 128: Murallas 1. 1. Yecla de Yeltes, Marzo 2007. 2. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. (Fotografías de la autora, Diciembre 2006)

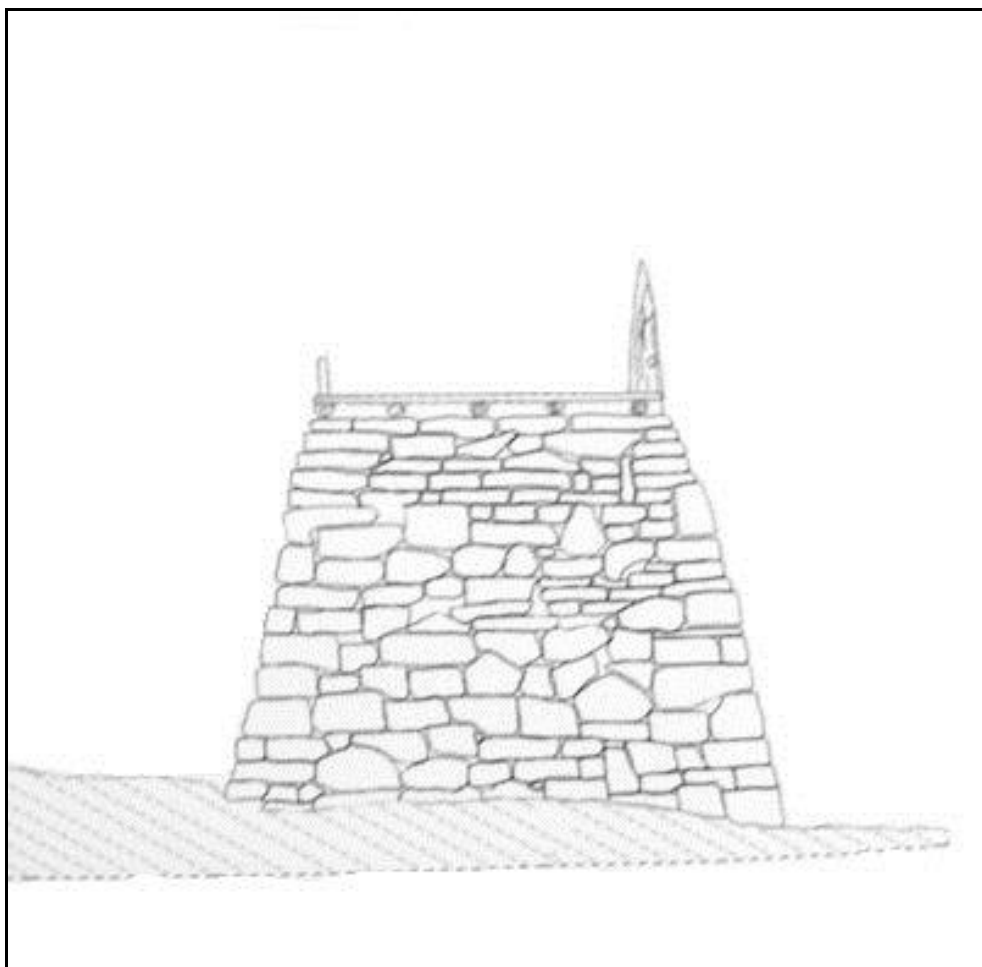


Figura 129: Reconstrucción de la empalizada de madera de la muralla de La Corona (A partir de Sánchez *et al.*, 2003)

La muralla mejor documentada es la de El Teso de Las Catedrales (Salamanca), gracias a las diferentes intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en los solares del casco antiguo de la ciudad. De hecho la conservación era tan buena que algunos tramos de ella se han consolidado y restaurado para su exhibición pública (Martín Valls *et al.*, 1991; Macarro, 1999). Su base discurre en algunos tramos paralela a la cerca vieja y en otros se solapa. Sus piedras de cimentación se apoyaban, en el solar de La Cuesta Carvajal, sobre una capa de arenas que bien podría ser para facilitar el drenaje al estar en la zona más baja del solar. Esta parte de cimentación está realizada con grandes piedras de arenisca local y franca mezcladas con otras medias y trabadas con tierra, a menudo mezclada con cenizas y fuertemente concrecionada hasta adquirir textura pétreo. Consistía en dos paramentos, rellenos con pedruscos y cascotes trabados con tierra, levantados con grandes bloques de arenisca local y franca, en seco (Macarro, 1999a: 48).



Figura 130: El Teso de Las Catedrales. A. 1. Foso prerromano. 2. Base cimentación muralla. (González y Sarabia, 2000: 34, Foto 6). B. Muralla: se aprecia el paramento exterior, parte del interior y el relleno entre ambos (Fotografía de la autora, 2007.).



Esta muralla perdió a finales del siglo II o principios del I a. C. sus funciones defensivas a tenor del cenizal que apoya sobre ella y las cabañas que en ese relleno se han documentado. Este hecho bien se podría asociar con la campaña romana de *Postumio Albino* y *T. Sempronio Graco* en la Celtiberia en el 179 a. C., con las campañas de Viriato o con las Guerras Sertorianas del primer tercio del siglo I a. C., momento al que se adscribe el tesorillo del solar de la C/Libreros (García, 1974: 380) y por el cual nos inclinamos.

Otro tramo de muralla ha sido documentado en La Clerecía, en donde apoya directamente sobre la roca preparada (Fig. 130-1). Los sillares de arenisca son bloques de grandes proporciones (1,30x0,50x0,60m.), aunque también se documentaron otros de granito y pizarra (González, 2000: 33). En la calle del Silencio, aparece la cimentación de la muralla construida a base de una hilada de grandes sillares de granito en seco de 4,5m. de espesor por 10m. de longitud (130-2). Entre el paramento interno, que estaba intacto, y el externo que estaba degradado, se constató un relleno. Este tramo estaba asociado a un nivel arqueológico datado entre los siglos III y II a. C., y se prolongaría hasta conectarse con los dos lienzos aparecido en La Cuesta de Carvajal (Martín Valls *et al.*, 1991: 143; Macarro, 1999a: 48).

El estudio realizado sobre el grado de adaptación al relieve de estos lienzos amurallados sigue los parámetros establecidos por González-Tablas (1986: 116ss.). Así los grados de adaptación al terreno resultantes son:

#### A. Autónomos.

Las características principales son:

- los lienzos de muralla cortan arbitrariamente las curvas de nivel
- bastiones, torres u otros elementos defensivos que refuerzan el sistema
- se atraviesan las líneas de vaguada
- los canchales rocosos se rodean o integran en el sistema defensivo
- se construye cerca murada, aún cuando existen barrancos de pronunciada pendiente

Hasta el momento no se ha documentado ningún castro que se adscriba a esta categoría en el territorio en estudio, aunque en el territorio abulense existe un buen ejemplo de ello en el castro de Las Cogotas (González-Tablas, 1986: 116ss.).

#### B. Mixto.

Se define por:

- apenas cortan las curvas de nivel
- los entrantes y salientes de la muralla tienden a seguir las líneas de vaguada y divisorias de aguas
- los canchales no irrumpen los lienzos murados
- los barrancos están amurallados



- las zonas de fácil acceso se refuerzan con mayor número de elementos defensivos

El único yacimiento que respondería a estas características sería Monleón y La Plaza, aunque hay que matizar que podría haber errores de cálculo debido a que se ha seguido parte de la muralla medieval para realizarlos. A pesar de que la muralla prerromana sirve de base a la medieval (Vinuesa y Aparicio, 2007: 26), cabe la posibilidad de que ésta no siga el trazado de la primera en todo su recorrido. Un ejemplo seguro sería el castro de La Mesa de Miranda (González-Tablas, 1986: 117.).

#### C. Adaptado.

Los rasgos de este tipo son:

- el trazado del sistema defensivo sigue las curvas de nivel en sus cierres
- Aprovecha los grandes afloramientos rocosos para la construcción de la muralla, integrándolos en la misma
- barrancos y pendientes son integrados y no se construye muro en ellos

El resultado del estudio de los recintos amurallados del Hierro I es de los 13 en los que se ha podido calcular esta variable, absolutamente todos están adaptados al terreno. Respecto al Hierro II, de 31 castros en los que se ha determinado ésta variable 29 son adaptados y 2 mixtos, constatándose una inexistencia hasta el momento, de recintos autónomos.

Esta adaptación al terreno en el caso de Yecla de Yeltes (Fig. 132-1), Las Merchanas (Lumbrales), El Castillo de Saldeana y, probablemente, Salamanca produjo un trazado ondulado de sus murallas, permitiendo un tiro cruzado y una mejor prevención del ataque.

En el caso de El Castillo de Saldeana, el tramo de muralla con ondulaciones más marcadas, coincide con el área dónde la pendiente de acceso al poblado es más suave, de un 0,80%, como se ha comprobado en el estudio del paisaje del capítulo 4. Por tanto, para compensar este punto débil se recurrió a este tipo de trazado, a parte del campo de piedras hincado. El resto de su muralla sigue las líneas de nivel y el trazado es más bien rectilíneo (Fig. 131-3).

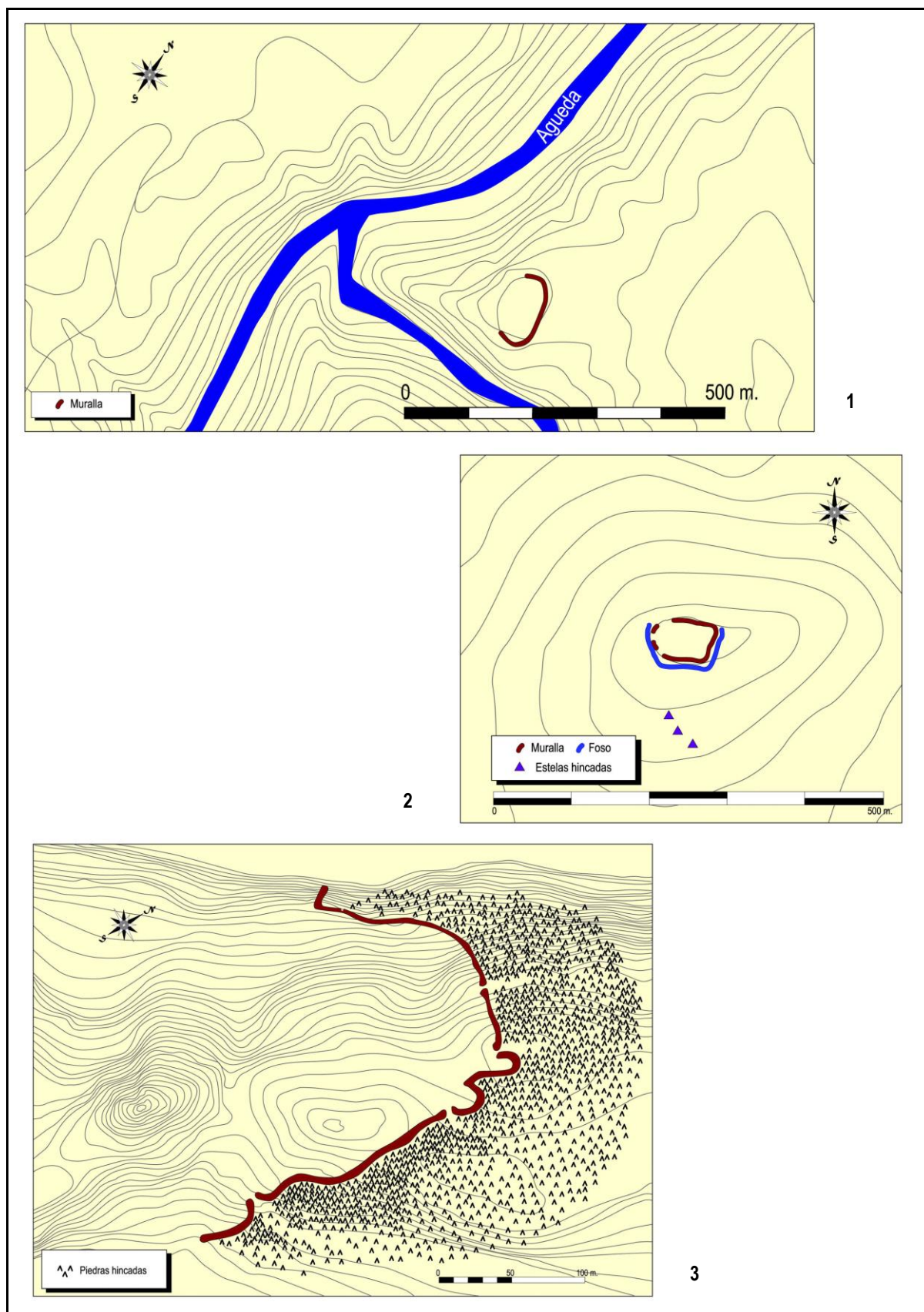


Figura 131: Planos 1. 1. Croquis de la muralla de Los Castillos (Herguijuela de Ciudad Rodrigo) (C. Mateos). 2. Croquis de la muralla del Pico Monreal (C. Mateos). 3. Plano de El Castillo de Saldeana (Vectorizado de Esparza, 2003).

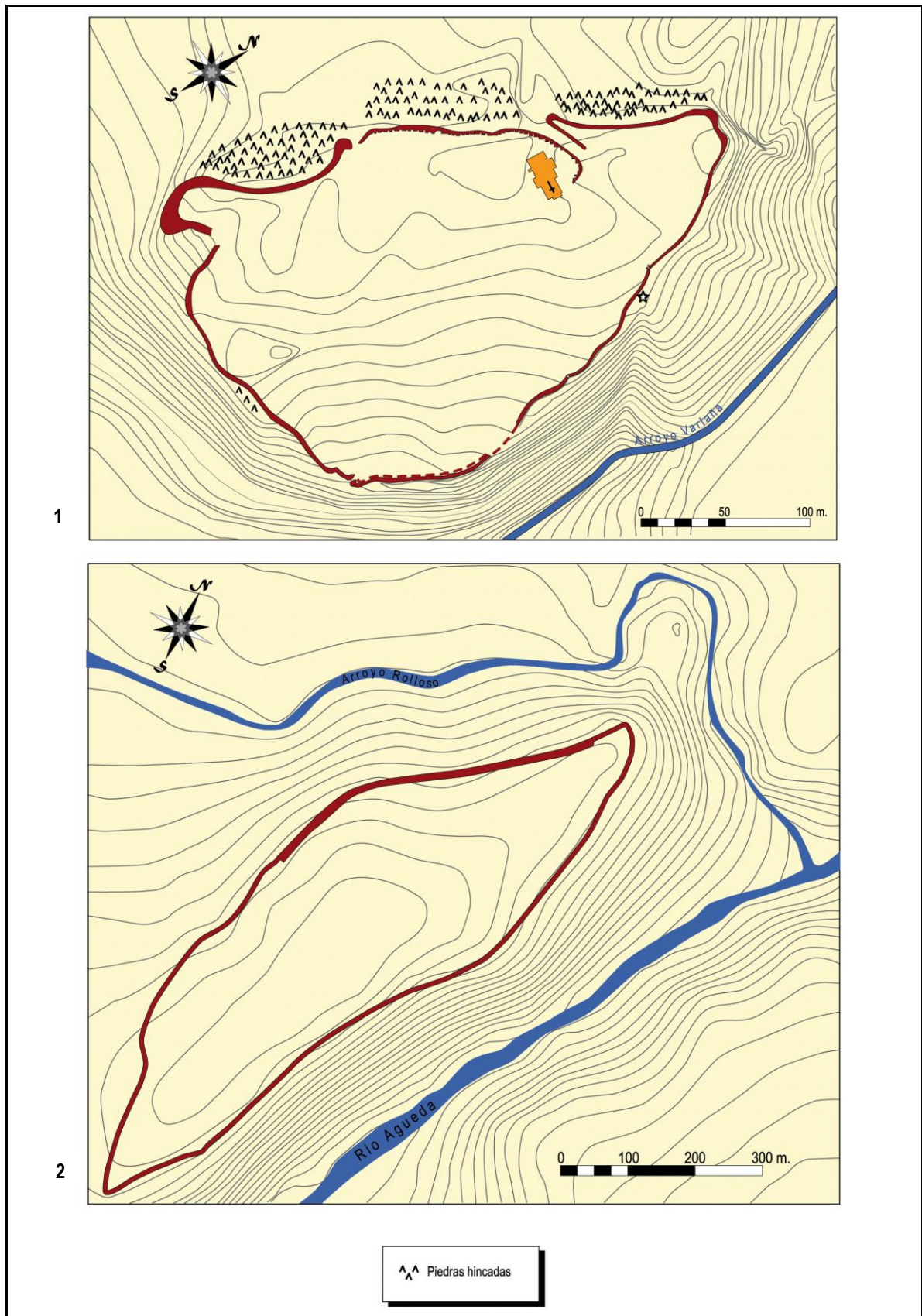


Figura 132: Planos 2. 1. Yecla de Yeltes. 2. Iruña. (Vectorizado de Martín Valls, 1997)



Las tablas de Yecla de Yeltes del capítulo 4 mostraban unos desniveles no tan marcados como en otros yacimientos. Además no existen afloramientos graníticos ni grandes escarpes que se pudieron emplear para sustituir el lienzo de la muralla; de ahí que se entienda el motivo de estar ante un recinto totalmente cerrado, lo cual no es habitual en el territorio. Los tramos de mayor pendiente y mayor desnivel se encuentran en el N, NE y E (3,63%/4 m., 6,39%/16 m. y 5,06%/13 m.) coincidiendo con los escarpes naturales formados tanto por el río Yeltes como por el Arroyo Varlaña y las elevaciones del terreno, que dificultaría el acceso al castro. El trazado en estos sectores sigue las líneas y de nivel y su ondulación no es tan marcado como en el resto de sectores, cuyas pendientes más suaves, con valores situados entre el 2,34% y el 0,40% y un desnivel de entre 1 y 6 m. lo que no dificultaría mucho el acceso al castro. Es en estos puntos donde se sitúan las dos puertas principales, procediéndose al uso de un trazado ondulado y reforzando la muralla con una barrera de piedras hincadas, que a su vez organizan el paisaje de entrada, como se verá más adelante (Fig. 132-1).

A raíz de la excavación llevada a cabo en el patio de La Clerecía (González Echevarría, 2000: 35) se baraja la siguiente hipótesis sobre la muralla del *oppidum* de *Salmántica*. Los datos arqueológicos existentes indican, más bien, un trazado rectilíneo de la muralla, que seguiría las curvas de nivel (Martín Valls *et al.*, 1991; Macarro, 1999 y 1999a: 48). No obstante la propia morfología del cerro sobre el que se asienta podría indicar un esquema ondulado, aunque de manera natural y no artificial como en el caso de Yecla de Yeltes o El Castillo de Saldeana. De hecho, las excavaciones del patio de la Facultad de Geografía e Historia ponen de manifiesto una pequeña incurvatura en este tramo de la muralla (Balado y Marcos, 2004a). Los datos obtenidos del modelo de la carta digital indicarían que esta zona se podría incluir en el área de acceso natural del castro, la cual tiene unas pendientes suaves que oscilan entre el 1,99% y el 0,40%, como se analizará más adelante. Recientemente, en el sector SE de esta franja de terreno ha salido a la luz una puerta monumental de la muralla prerromana<sup>43</sup>, seguramente la entrada principal del asentamiento, coincidiendo *grosso modo* con una orografía de pendientes más suaves en esta franja, que sería su acceso natural, entorno al 0,40%, y un desnivel insignificante. Otro dato significativo es que el foso defensivo posiblemente rodearía toda esta área, describiendo una semicircunferencia de Norte a Sur. Efectivamente, a partir de los resultados de la Carta Digital Militar y aplicando los baremos e índices de accesibilidad mencionados en el capítulo 4, se deduce que este yacimiento tiene una accesibilidad condicionada hacia este lado.

El trazado ondulado del recinto de Las Merchanas se emplearía en los sectores NE, E, SE y S donde el grado de las pendientes del terreno oscila entre el 9,78% y el 3,76% y marca el acceso natural del emplazamiento, ya que el estudio de la carta digital demuestran que el resto de los octantes contarían con desnivel mayor y la defensa natural del río. Además es en el área de acceso donde se

<sup>43</sup> Inédito. En prensa en El Adelanto y La Gaceta de Salamanca, el 23 y 27 de Diciembre de 2010. Su descubrimiento se encuadra en la excavación de urgencia realizada para la construcción del solar de la Calle de la Rúa Mayor 49-51.



han localizado tanto las dos puertas principales, que tuvo el castro, la Este y la Sur como el campo de piedras hincadas (Fig. 135-2).

Por tanto, la adaptación a la orografía de los lienzos amurallados es muy habitual en el territorio durante la Edad del Hierro. Estudios similares en la zona del Sado-Bajo Guadiana muestran como sólo las fundaciones de naturaleza romano-republicano parecen presentar un grado de autonomía respecto de las condiciones del terreno, ya que entre las poblaciones prerromanas lo habitual era que los sistemas defensivos se adaptasen a la morfología del suelo tal y como ocurre en nuestro territorio (Berrocal-Rangel, 1992: 210-11).

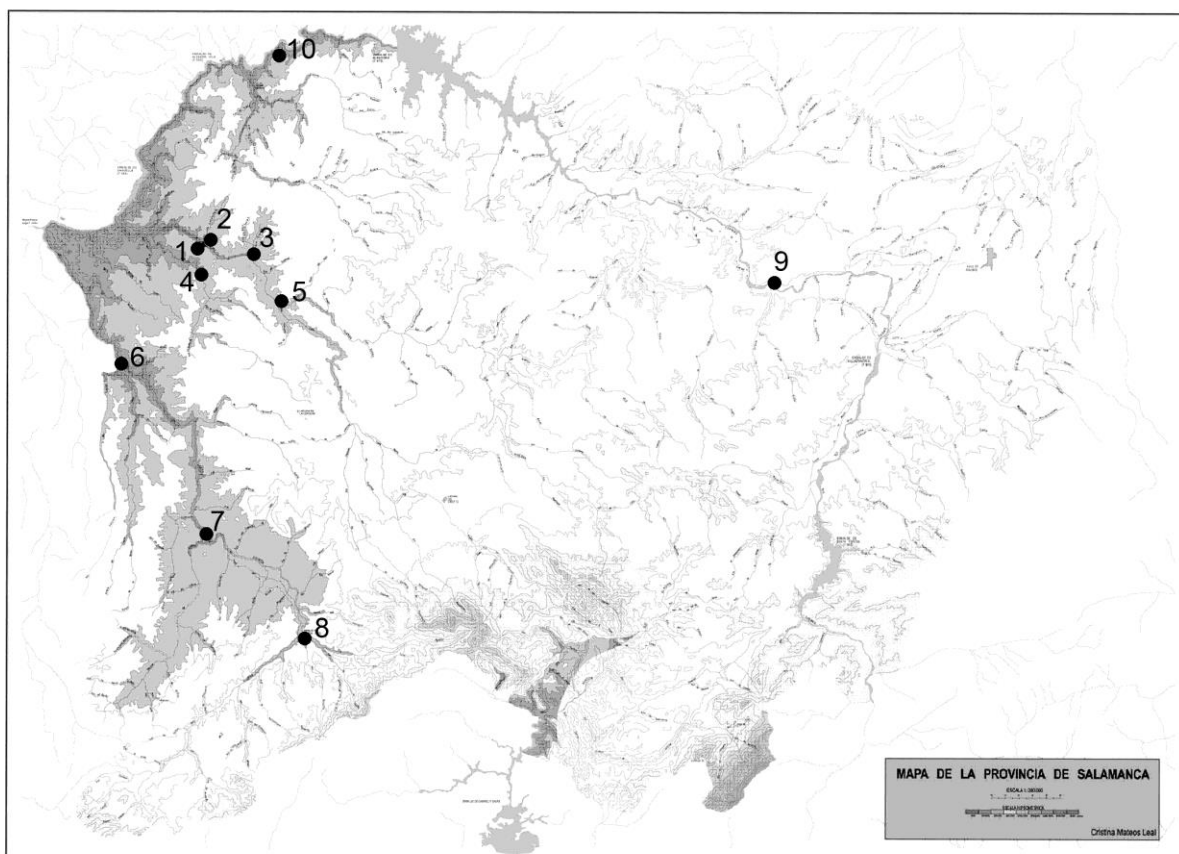


Figura 133: Mapa de dispersión de las piedras hincadas. (C. Mateos). 1. El Castillo de Saldeñuela. 2. El Castillo de Saldeana. 3. Picón de la Mora. 4. Las Merchanas. 5. Yecla de Yeltes. 6. Castelmalo. 7. La Plaza. 8. Lerilla. 9. Salamanca. 10. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo.

## 1. B. Las piedras hincadas

El segundo elemento consiste en lajas colocadas de forma vertical y muy juntas delante de la muralla, llegando en algunos casos hasta su base. Su altura media es de 0,60m. Pueden rodear todo el castro, aunque en los casos analizados sólo se han localizado en sus sectores más accesibles (Esparza, 2003: 157). El territorio estudiado se han contabilizado 10 ejemplos de los cuales los mejor conservados son los campos de El Castillo de Saldeana (Fig. 136-2), el de Las Merchanas (Lumbrerales) (Fig. 136-3), el de Yecla de Yeltes, el de La Plaza (Gallegos de Argañán) (Fig. 36-1), el del Picón de la

Mora (Encinasola de los Comendadores), el de Castelmao (San Felices de los Gallegos) (Fig. 134) y el de El Castillo de Saldeñuela, aunque los tres últimos están inundados por la vegetación, dificultando su apreciación (Martín Valls, 1997: 158; Esparza, 2003: 156). Por otra parte, hay dos casos dudosos como son el de Salamanca y el del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) y un tercero, el de Lerilla (Zamarra), que no son exactamente piedras talladas como se estudiará más adelante. Por último, el mapa de la figura 133 muestra una concentración de este elemento en el occidente del territorio.



Figura 134: Campo de piedras hincadas del castro de Castelmao. (Fotografía de la autora, Mayo, 2013)

Para demostrar esta situación de los campos de piedras hincadas se ha acometido el estudio del paisaje de los accesos que faltaban de los mencionados en el párrafo anterior. Se comenzará por el castro de La Plaza (Gallegos de Argañán). La tabla 14 muestra que la zona más abrupta se encuentra en las laderas Nor-nordeste con desniveles en el terreno que oscilan entre los 46 y los 18 metros debido a los escarpes que han formado las corrientes del río Águeda y de los arroyos Regejal y Zamarreño.

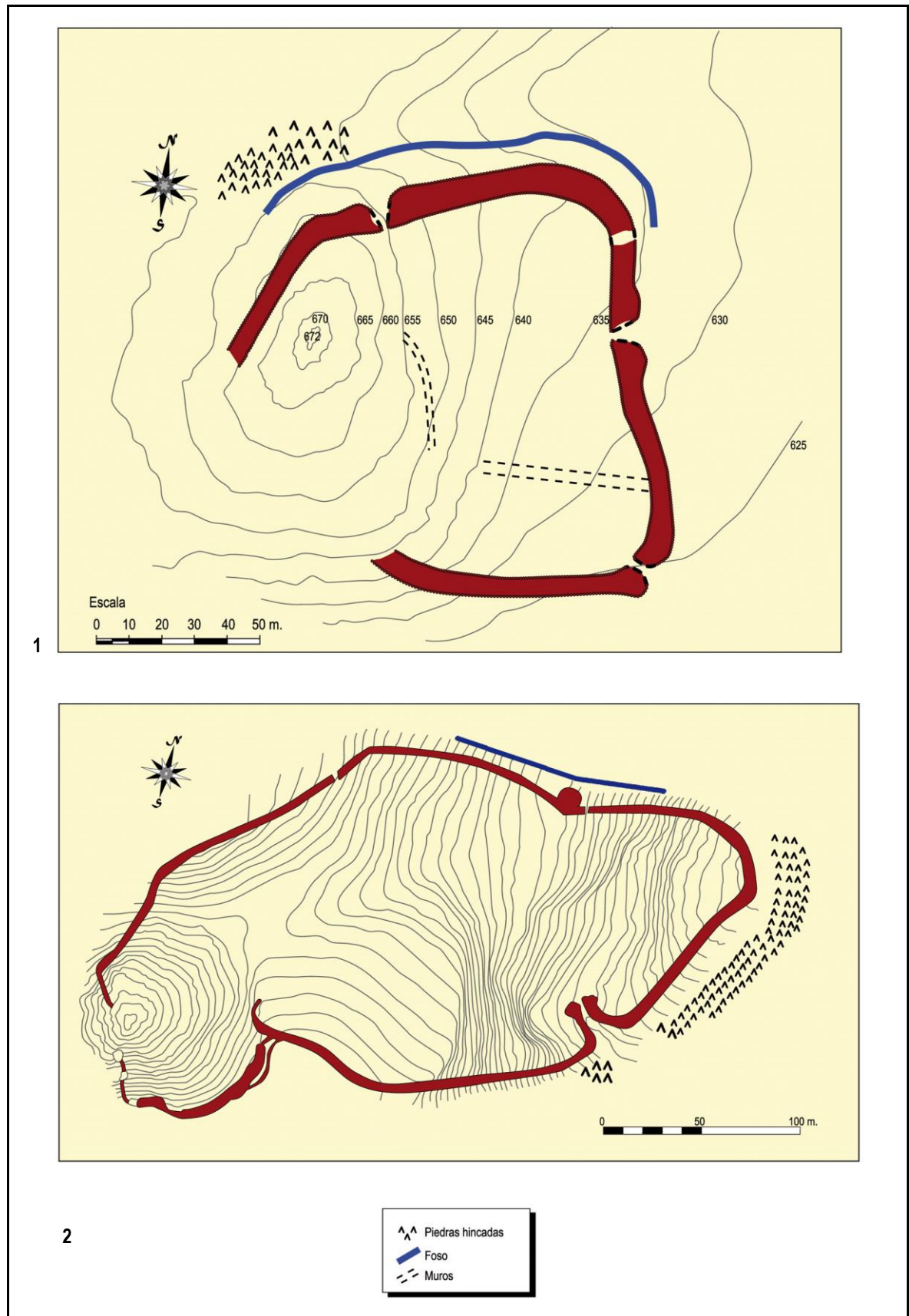


Figura 135: Planos 3. 1. Picón de la Mora. 2. Las Merchanas. (Vectorizado de Martín Valls, 1997, completado por C. Mateos)



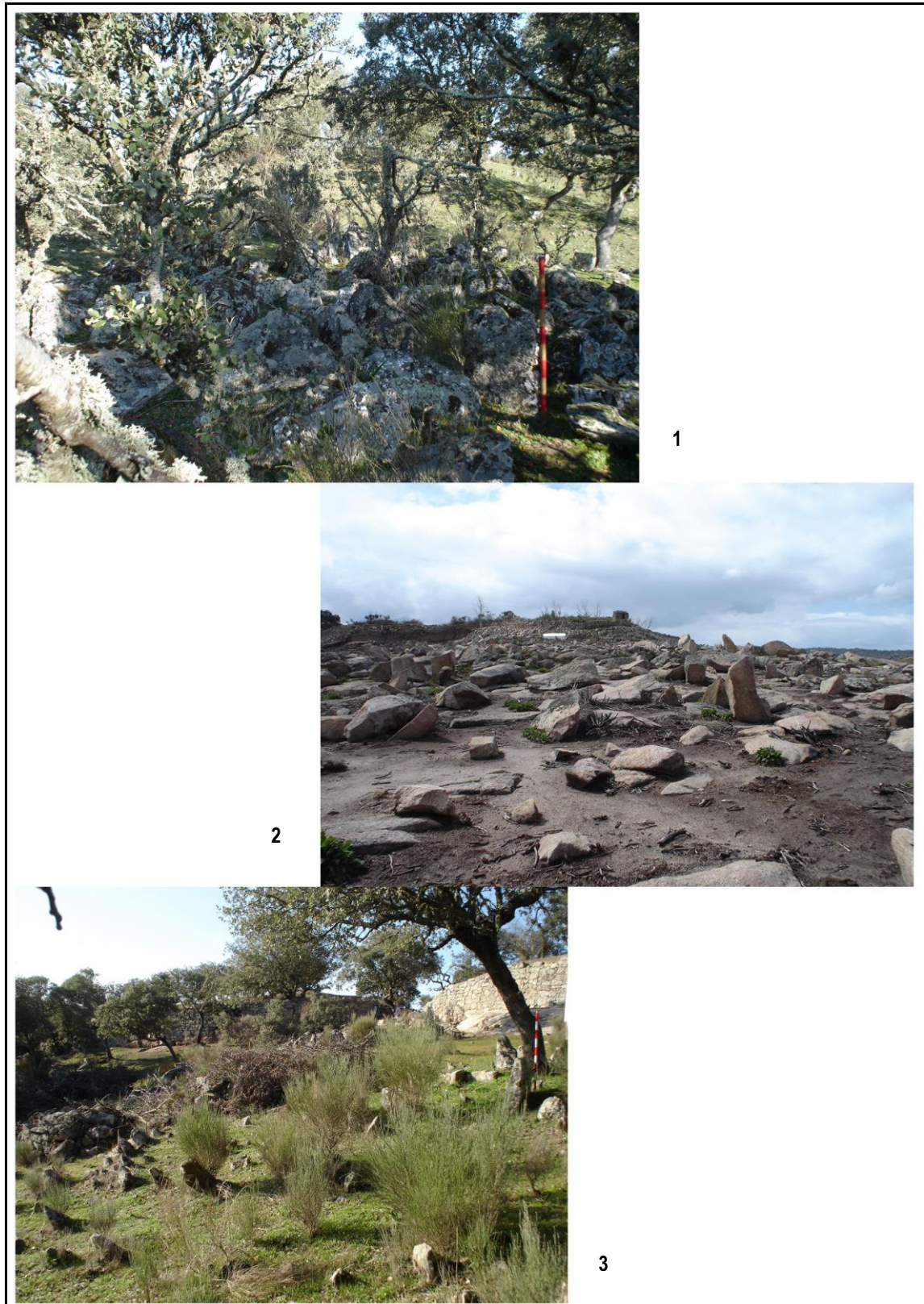
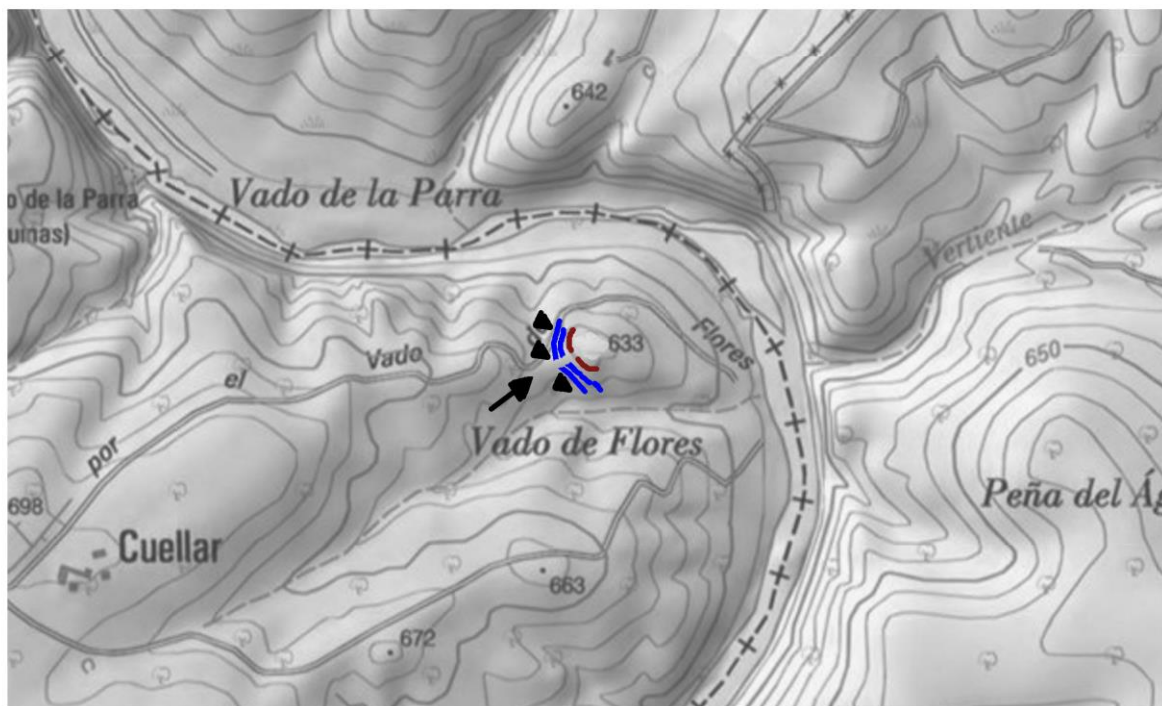


Figura 136: Campos de piedras hincadas. 1. La Plaza, (Enero, 2006). 2. El Castillo de Saldeana, (Marzo, 2005). 3. Las Merchanas, (Diciembre, 2005). (Fotografías de la autora)





1

2



— Foso

— Muralla

▲ Campo piedras hincadas

Figura 137: Croquis campos de piedras hincadas. 1. La Plaza. 2. El Castillo de Saldeñuela. (C. Mateos).

Así el acceso natural queda restringida a la franja occidental, en donde las pendientes son más suaves, oscilando entre el 1,88% y el 0,80%. No obstante, se puede concretar tanto por los elementos defensivos y por el terreno en sí. El área SO tiene una leve pendiente que unida a los fosos y al campo de piedras hincada organiza la entrada al castro, redirigiéndola hacia el NO, en donde se ha intuido una posible puerta del poblado así como una interrupción del campo de piedras hincado a la misma altura. De hecho aplicando los baremos ya mencionados su accesibilidad es encauzada (Fig. 137-1), lógicamente, hacia ese lado de pendientes más suaves, como ya se ha explicado.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia media	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	3,34º	18	620	15	7,16%	251 m.	251 m.
45º	42,62º	35	600	45	14,14%	249 m.	247 m.
90º	93,34º	46	590	55	18,31%	255 m.	251 m.
135º	132,63º	40	590	55	16,16%	250 m.	247 m.
180º	188,93º	37	663	-18	14,51%	257 m.	255 m.
225º	22,44º	5	645	0	1,88%	265 m.	265 m.
270º	273,34º	2	620	25	0,80%	251 m.	251 m.
315º	312,62º	2	646	7	0,81%	247 m.	247 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	3
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	0
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	1
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	3
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	1

$\frac{(1 \times 3) + (3 \times 1) + (4 \times 3) + (5 \times 1)}{8}$	2,87
---	------

Tabla 14: Paisaje de los accesos del castro de La Plaza (C. Mateos).

También las piedras hincadas de El Castillo de Saldeñuela dirigen al visitante el área de acceso natural, situada en el sector Sur (Fig. 137-2), que es la zona de menos pendiente, aproximadamente del 0,40%; donde se sitúa la puerta principal, en esviaje que se ha estudiado en este mismo apartado. El camino que llega hasta el castro, lo hace por el sector Oeste que también es el que menos desnivel tiene, de un 2% y las piedras hincadas van dirigiendo al visitante hacia el Sur. No se afirma que este camino sea el original utilizado por los moradores del castro, pero por la orografía del terreno, está en la zona de paso más probable. De hecho el índice de accesibilidad es restringida, lo que refuerza esta probabilidad (Tabla 15).

Octante	Azmut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia Media	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,35º	53	630	28	21,18%	255 m.	250 m.
45º	44,50º	24	620	38	9,37%	257 m.	256 m.
90º	90,58 º	30	640	18	11,98%	252 m.	250 m.
135º	134,50º	7	635	23	2,73%	256 m.	256 m.
180º	180,35º	1	656	2	0,40%	250 m.	250 m.
225º	224,65º	8	656	2	3,11%	250 m.	250 m.
270º	270,35º	5	650	8	2,00%	250 m.	250 m.
315º	318,60º	13	630	28	5,05%	257 m.	257 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	0
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	0
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	4
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	4

$\frac{(3 \times 4) + (5 \times 4)}{8}$	4.00
---	------

Tabla 15: Paisaje de los accesos del castro de El Castillo de Saldeñuela (C. Mateos).

El estudio del paisaje de los accesos de Castelmao (San Felices de los Gallegos), de El Castillo de Saldeana, del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña), de Las Merchanas (Lumbrales) y de Yecla de Yeltes dieron los mismos resultados: las piedras hincadas estaban situadas en los sectores más accesibles de los yacimientos y sirvieron para organizar el acceso a los mismos. Independientemente, se han constatado varios casos interesantes que se mencionarán a continuación. El primero es el castro de Lerilla (Zamorra) en donde ni hay noticias ni quedan vestigios sobre la existencia de un campo de piedras hincadas. Sin embargo, lo que sí se advierte son unos canchales de pizarra que afloran de forma oblicua y puntiaguda, extendiéndose delante de la muralla. Son canchales bajos que no impiden la visibilidad desde la altura máxima de las murallas, pero sí dificultan el tránsito hacia la misma. De hecho, el estudio de accesibilidad (Tabla 16) realizado para este castro da como resultado un acceso tan restringido que el terreno, que sólo admite su entrada por el sector Sudeste donde el grado de pendiente del terreno es del 0.78%; mientras que el resto de las zonas el desnivel de terreno oscila entre los 29 y los 104 metros y se caracteriza por ser muy escapado, con lo que se dificultaría la llegada por dichos cuadrantes. La única entrada localizada hasta el momento en este yacimiento se sitúa al Sudeste y delante de ella es donde se sitúan esos afloramientos pizarrosos mencionados; curiosamente a pesar de que por todo el solar se ven afloramientos, sólo éstos muestran una silueta afilada, que imitaría el perfil de las piedras hincadas.

Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0º	0,49º	29	720	74	11,59%	252 m.	250 m.
45º	50,87º	49	733	61	19,60%	254 m.	250 m.
90º	90,57º	101	740	59	38,36%	282 m.	263 m.
135º	134,79º	2	741	58	0,78%	256 m.	256 m.
180º	18,72º	93	733	66	37,15%	267 m.	250 m.
225º	230,87º	104	741	58	41,60%	270 m.	250 m.
270º	270,49º	103	740	59	41,15%	270 m.	250 m.
315º	318,73º	72	740	59	27,97%	267 m.	257 m.

1	Pendientes inferiores a 3%	1
2	Pendientes entre 3.1 y 7%	0
3	Pendientes entre 7.1 y 14%	1
4	Pendientes entre 14.1 y 17%	0
5	Pendientes entre 17.1 y 45%	6

$(1 \times 1) + (3 \times 1) + (5 \times 6)$		4.25
8		

Tabla 16: Paisaje de los accesos del castro de Lerilla (C. Mateos).

Esta teoría puede ser factible si se tiene en cuenta que los pobladores de estas tierras empleaban los recursos naturales como sistemas defensivos, en vez de construirlos ellos. Además concurren otros casos similares como es en el Picón de la Mora y en Castelmalo, cuyos campos de piedras hincadas no sólo están formados por piedras manipuladas por el hombre sino que se han diseñado teniendo en cuenta los canchales graníticos. Los grandes bloques existentes en el entorno del segundo castro han propiciado que las piedras sean apoyadas unas contra otras de manera que dificultan todavía más el paso. Por otro lado, en Iruña (Fuenteguinaldo) se aprecian canchales rocosos por la superficie, con cortes y partes puntiagudas que también dificultarían el paso. Esta misma hipótesis fue barajada por Esparza para algunos castros de Zamora como el de Muga de Alba (1987: 248; 2003: 169).

Maluquer menciona la existencia en el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) de piedras hincadas (1956a: 93). Actualmente han desaparecido, quedando tan sólo en pie unas pocas delante de las dos puertas y en una hondonada donde probablemente, por la vulnerabilidad que caracteriza esta área, debió levantarse un lienzo de muralla. Además, se aprecian muchas de ellas amontonadas a los lados de los caminos que llevan al tesoro, en algunos muros de aterramiento y en las cercas que hay alrededor. El estudio de accesibilidad realizado muestra unas pendientes de acceso muy marcadas superando todas el 10% de desnivel y alcanzando, incluso, desniveles del 56 y del 73%.



La zona más suave iría de NE a O, y aun así el porcentaje medio es de 17,57%. Es aquí donde se centró el levantamiento de elementos defensivos, incluso en el tramo E, con un desnivel de 11,33% es donde Maluquer sitúa el campo de piedras hincadas (1956a: 93). A parte de este sistema y de las pendientes tan pronunciadas, los numerosos berrocales graníticos y los escarpes propios del territorio de las Arribes, donde se enclava este poblado, restringen la accesibilidad al mismo, induciendo al visitantes a dirigirse hacia la puerta principal situada en la zona SE, por dónde hoy día sube el camino a la ermita, seguramente el acceso antiguo del castro.

No obstante, tanto la morfología del terreno como la situación de las dos puertas detectadas hacen factible que existieran dos campos de piedras hincadas diferenciados. Es decir, delante de las dos se han visto piedras y debido a que el área, que separa ambas, es muy escarpada; no haría falta añadir más defensas. De hecho, las únicas zonas accesibles del castro, una vez amurallado, serían las de ambas puertas. Un caso paralelo lo hemos observado en La Mesa de Miranda, donde las dos puertas de la acrópolis están precedidas por sendos campos de piedras. No obstante, tan poco hay que descartar que haya desaparecido debido a la roturación de los campos o por haber sido empleados como material de construcción.

En Salamanca ciudad se ha identificado un posible elemento, que como las piedras hincadas, dificultaría el paso tanto de animales como de personas. Consiste en unas huellas de poste situadas a lo largo del escalón norte del foso (González, 2000: 31). Los investigadores no han sabido interpretarlo, pero de ser coetáneos con el foso, podrían ser estacas de madera como las documentadas recientemente en *Pintia* y en el Soto de Medenilla (Sanz *et al.*, 2010: 17) o en los yacimientos franceses de El Fou de Verdun y el Bois de Boubier (Ralston, 2006: 86). De hecho, estas huellas de poste sólo se han documentado en esta zona de acceso natural que ya se ha mencionado anteriormente.

El empleo de las piedras hincadas se circunscribe a etapa de la II Edad del Hierro y como se ve en el gráfico (Fig. 138) es muy poco frecuente, ya que de los 50 yacimientos con sistema defensivo, sólo se han documentado en 10 casos, tres de ellos dudosos.

A continuación se expondrá la extensión de las piedras hincadas por la Península y su filiación, aunque de forma suscita, ya que otros investigadores han realizado un estudio mucho más extenso del que se pueda hacer aquí sobre el tema (Alonso coord., 2003; Berrocal-Rangel, 2004b: 39, 40 y 43; Ralston, 2006: 86-88). Las piedras hincadas son características del reborde montañoso oriental, meridional y occidental de La Meseta, documentándose en ciertos castros del suroeste peninsular. Por mencionar algún yacimiento, en donde se aprecian este tipo de defensas, citaremos el de Las Cogotas (Fernández, 1995: 135) y La Mesa de Miranda (Cabré *et al.*, 1950: 16 y 17); los zamoranos de Fresno de la Carballeda o de Las Laradas (Esparza, 1987: 248); el portugués de Cigaduenha en Miranda do Douro (Natàlia *et al.* coord.: 2003: 433); el asturiano de San Isidro en San Martín de Oscos (Ibíd.: 431) o en los sorianos de Guijosa y Hocincavero (Lorrio, 1997: 90).

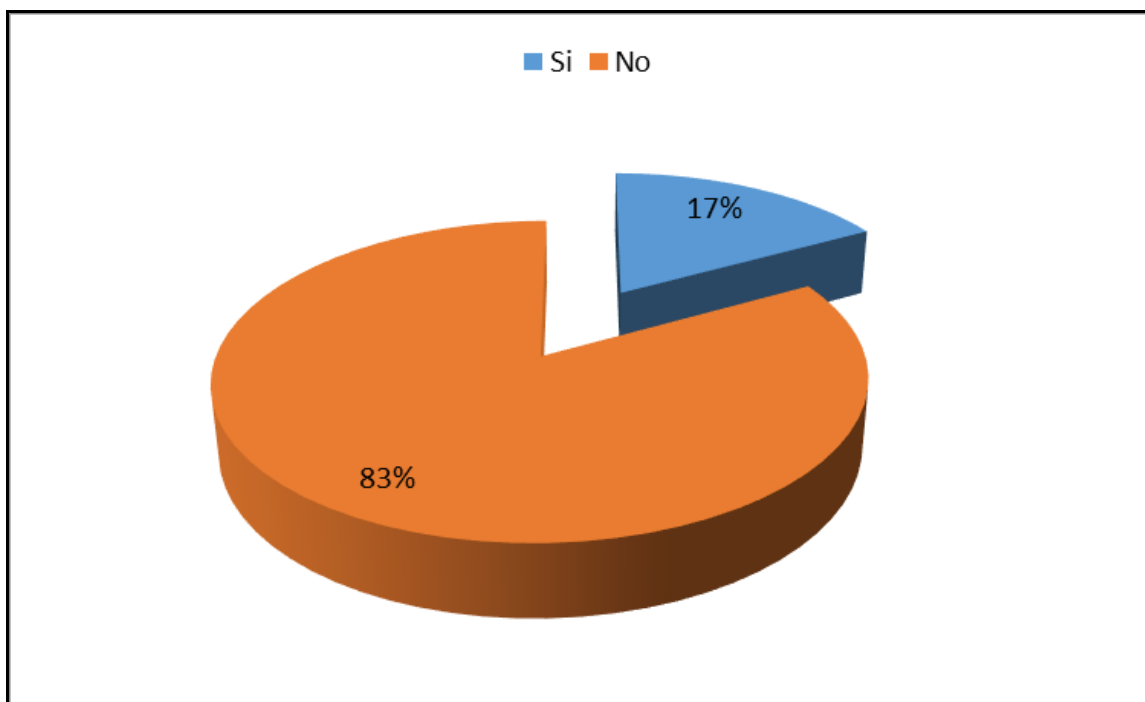


Figura 138: Gráfico 4. Muestra el porcentaje de sistemas defensivos con y sin piedras hincadas (C. Mateos).

Harbison propone una filiación centroeuropea ya que en la fachada atlántica es donde se dan los casos más antiguos y una mayor concentración de campos de piedras hincadas (1971). Así, contamos con los fuertes de Dun Dúchathair y de Dun Aoughasa en las Islas de Arán (Galway, Irlanda), datados a finales de la Edad del Bronce o principios de la Edad del Hierro (Cotter, 2003: 103ss.). En España contamos con una fecha similar para el campo de piedras hincadas de Els Villars (Lleida), entre el VIII-VII a. C.) (G. I. P., 2003: 244). La datación de otros campos de piedras hincadas, como el francés Pech-Maho (Aude, Languedoc) (Galilledrat y Moret, 2003: 119-133) o el inglés de Carnarfonshire (Gales, Inglaterra) (Ralston, 2006: 86; Cunliffe, 1997: 159), nos llevaría al Hierro II. Berrocal-Rangel sugiere que fue un recurso surgido en diferentes focos del mundo celta durante la misma etapa. De hecho, su estudio demuestra que en la Península habría tres o cuatro focos con escasa o nula relación entre ellos (2004: 40) (Fig. 139).

Las fechas de construcción de las murallas en nuestro territorio, con un sistema cuidado, y de los otros elementos defensivos de los castros se produciría a partir del siglo IV a. C. Así se deduce por las dataciones obtenidas en Sanchorreja, que suelen ser usadas de referencia; por la asociación del campo de piedras hincadas con una fase anterior a un nivel de cerámicas *vettonas* en Yecla de Yeltes (Martín Valls *et al.*, 2004: 291); por la aparición de una fibula anular de bronce con una cronología temprana entre los siglos V y IV a. C asociada a la construcción de la puerta meridional de Las Merchanas (STRATO, 2005: 66); por las fechas obtenidas para la muralla de Salamanca, siglos III y II a. C. (Martín Valls *et al.*, 1991: 143; Macarro, 1999a: 48) y para La Mesa de Miranda, cuyas últimas

investigaciones<sup>44</sup>, han puesto de manifiesto que este sistema estaría en desuso en el siglo II a. C., ya que su segundo recinto ha sido datado sobre estas fechas.

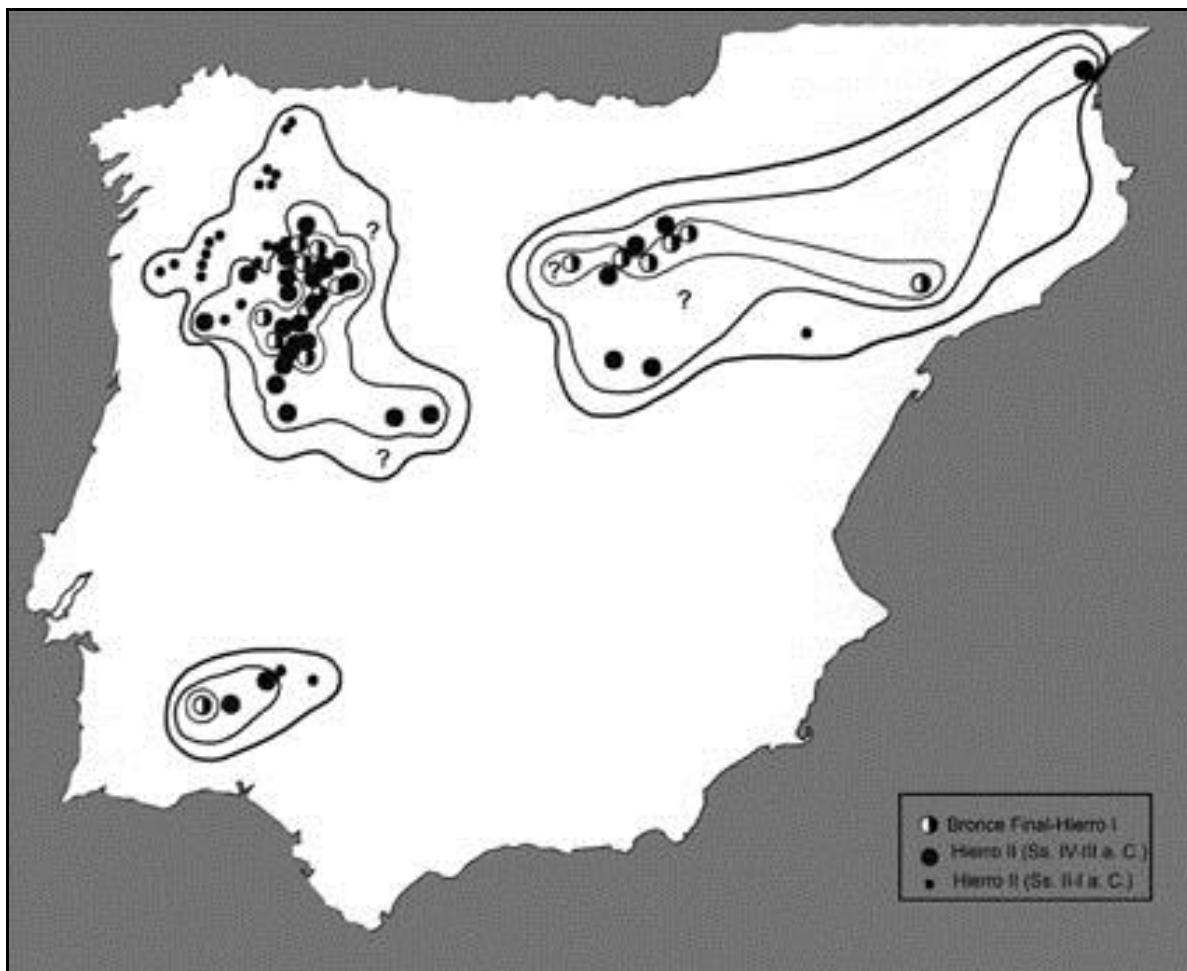


Figura 139: Mapa de dispersión de los campos de piedras hincadas en la Península. (A partir de Berrocal-Rangel, 2004)

### 1. C. Caminos de ronda

La existencia de espacios murarios interpretados como caminos de ronda, se ha realizado en El Teso de Las Catedrales (Salamanca), en las zonas identificada como el cenital de la ciudad prerromana del siglo IV a. C. En los solares excavados en la franja oriental, se documentaron varias fases de deposición de basuras, separadas entre sí por unas capas arenosas, colocadas intencionadamente e interpretadas tal vez como una forma de sellado higiénico o como un espacio de ronda intramuros (Macarro, 1999a: 43). Este mismo hecho se atestiguó en la zona occidental, tras la excavación del patio de la Facultad de Geografía e Historia (Balado y Marcos, 2004a: 21).

<sup>44</sup> Fue expuesto por Álvarez-Sanchís en el congreso *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro peninsular y su contexto europeo* que tuvo lugar en la Casa de Velázquez, Madrid, entre los días 16 y 17 de octubre de 2006

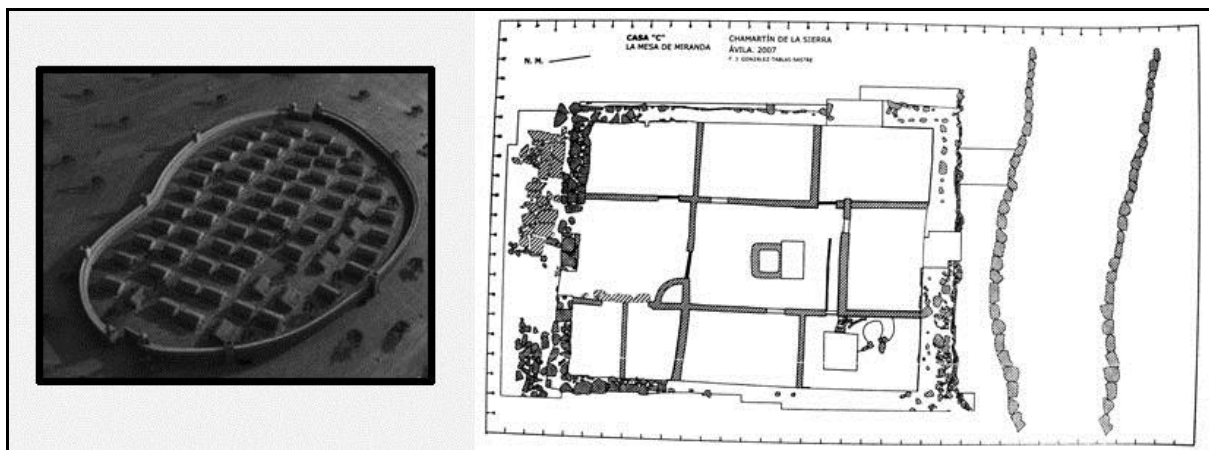


Figura 140: Caminos de Ronda. Reconstrucción en 3D de Numancia en donde se aprecia cómo sería el camino de ronda. ([www.artehistoria.com](http://www.artehistoria.com), 25/05/2010) y dibujo de la ronda entre una casa y la muralla de Chamartín de la Sierra (A partir de González-Tablas, 2009)

Caminos de ronda han sido reconocidos en otros castros como por ejemplo en El Raso (Fernández, 1986: 498); en Oceanilla; en Numancia (Fig. 140-1); en Los Castillejos de Pelegrina (Lorrio, 1997: 75) o en La Bastida de Mogente (Quesada, 2007: 80). Servirían para vigilar los campos cultivados, ya que la mayoría se encontraban a escasos metros de los poblados, y facilitarían la movilidad de los defensores a lo largo de todo el recinto amurallado. Igualmente, en Las Cogotas se han identificado dos posiciones de estos caminos de ronda. Unos se fijaron en la parte superior de la muralla, en las zonas más difíciles de defender (Ruiz, 2005: 21). El otro consistiría en un camino empedrado, que ceñido a la muralla recorría sino todo, parte del perímetro interior del poblado (Álvarez-Sanchís, 2009: 48). Así mismo se especula con un posible en el primer recinto del castro de La Mesa de Miranda (Fig. 140-2) (González-Tablas, 2009: 73).

### 1. D. Los antemuros

Este elemento se ha registrado tan sólo en el castro de El Castillo de Saldeñuela. La puerta principal en esviaje cuenta con un ante muro, fabricado con la misma técnica de la muralla y entrelazado con uno de sus paramentos. Actualmente, ha sido desmontado en algunos tramos, pero está claro que era un antemuro que corría paralelo al lienzo de la muralla porque han dejado su base, donde se aprecia que continuaba por debajo de la cerca moderna que ciega la puerta. Esto dificulta, junto con la cantidad de maleza que hay al otro lado de la cerca, sus mediciones (Fig. 141).





Figura 141: Entrada principal del castro de Saldeñuela. En la imagen se aprecia un muro de factura moderna cegando la puerta en esviaje y parte de un antemuro. (Fotografía de la autora, Septiembre, 2005)

### 1. E. “Bastiones”

Se han considerado como “bastiones”, los engrosamientos de forma cuadrangular o circular y macizos de las murallas en las zonas de las puertas, en los tramos más vulnerables, para reforzar el sistema defensivo, (Moret, 1996: 512-513; Gómez, 2006: taf 1; Berrocal-Rangel y Moret, 2007: 20; Martín y Torres, 2007: 40). Al no haber constancia de que estos elementos superaran la altura de la muralla, no se han considerado como torres (Moret, 1996: 512-513). Aclarado esto, se han podido observar, hasta el momento, en Yecla de Yeltes (Fig. 143-1), Las Merchanas (Fig. 143-2), La Plaza, El Castillo de Saldeñuela (Fig. 144) y en El Castillo de Saldeana (Fig. 131) (Martín Valls, 1997: 157; Esparza, 2003: 156; STRATO, 2005: 26; Berrocal-Rangel y Moret, 2007: 20).

En el caso de Las Merchanas, excavaciones recientes han demostrado la contemporaneidad de su torreón con la muralla. Así en el lateral oriental de la puerta, el bastión apoya sobre el sustrato geológico, asociándose al momento de construcción de la puerta y al otro que se localiza enfrente a él y con el que se define un acceso en esviaje. Segundo, contaba con un grabado realizado durante la II Edad del Hierro. Por último, inmediatamente a este torreón se halla el paramento de cierre central de mampostería careada que se asocia a una segunda fase de construcción de la puerta meridional, siendo posterior su construcción respecto al torreón citado. Por otro lado, la puerta oriental de este

castro, que es por la que se accede actualmente, está flanqueada por dos engrosamientos de la muralla en forma de bastiones que dibujan una entrada en embudo (STRATO, 2005: 26 y 34).

Existen otros dos castros, el de La Plaza (Gallegos de Argañán) y el de El Castillo de Saldeñuela, en los que se pueden observar bastiones circulares y huecos que sobresalen y se integran a lo largo de los lienzos. El primer castro cuenta con dos circulares y huecos en su lienzo occidental, el cual está precedido por dos fosos (Morán, 1942: 250; IACyL). Respecto a El Castillo de Saldeñuela, Maluquer indicó que posee dos puertas defendidas por salientes de la muralla en forma de bastiones (1956). Sobre esta apreciación conviene que hacer unas aclaraciones: lo que se ve es que uno de los lienzos de su puerta principal tiene un bastión circular, cuyo diámetro es de 3,90 m. y su altura es 2,16 m. y parece que su muro está entrelazado con el paramento; dicho paramento se va engrosando desde 1,47m. de anchura hasta llegar a los 8 m. Sin embargo, esta construcción parece un añadido de época moderna, un chamizo de pastores, ya que su sistema constructivo coincide con el empleado para este tipo de edificaciones (Martínez y Valiente, 2001: 532). Este tramo de paramento que mide 1,47 m. es también a nuestro parecer un añadido porque no concuerda con la anchura del resto de la muralla. Además, se ven dos muros modernos que ciegan la puerta, quedando, en conjunto, un encerradero de ganado. De hecho, lo que sí se puede observar es un ensanchamiento en la zona de la puerta original, de unos 9 o 10 m. de diámetro, que bien podría ser un “bastión”, aunque la cantidad de maleza que lo cubre sólo permite hacerse una idea aproximada (Fig. 142).

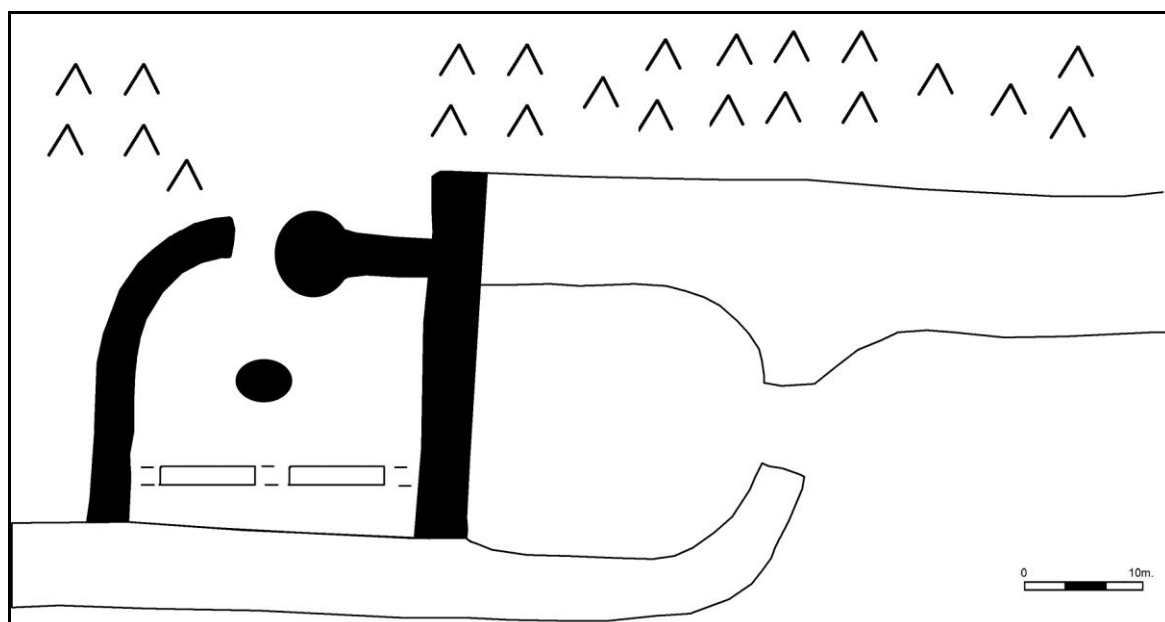


Figura 142: Croquis de la entrada principal del castro de Saldeñuela. Los muros negros señalan el encerradero de ganado moderno y los muros blancos la puerta en esviaje y los antemuros (C. Mateos).





1



2

Figura 143: "Bastiones". 1. Yecla de Yeltes (Proyecto Fortificaciones BHA2003-02199). 2. Las Merchanas (Fotografía de la autora, Abril, 2015)





1



2

Figura 144: “Bastiones” circular del castro de Saldeñuela. 1. Recrecimiento moderno de un bastión. 2. Derrumbe interior de uno de ellos. (Fotografía de la autora, Septiembre, 2005)



También se observa en este castro unos bastiones circulares huecos a lo largo de la muralla, muy uniformes en sus medidas, con un diámetro exterior medio de 3,55 m. y uno interior de 1,15m. (Fig. 144). Esto es interesante porque no se han documentado en ningún otro castro del territorio. A simple vista parece que todos están integrados en la muralla y son contemporáneos a ella y en algunos casos se distinguen perfectamente las recreaciones y las modificaciones que se han realizado en épocas posteriores a su construcción, como por ejemplo puertas, aunque sería necesario llevar a cabo una excavación y un estudio detallado de este sistema constructivo.

Casos análogos se encuentran en los bastiones macizos salientes curvilíneos, siempre engrosamiento y no elemento anexo, se evidencian también en Las Cogotas y en La Coraja (Álvarez-Sanchís, 1999: 133). El Raso contaría con dos fortines huecos, en su zona más vulnerable (Fernández, 1986: 509).

## 1. F. Fosos

El foso pertenece a la categoría de obstáculos excavados con cierta profundidad y anchura. Es de mayor utilidad cuándo se ubica cerca de la muralla para aumentar la altura física del defensor sobre el atacante (Quesada, 2003: 72). Su empleo es muy poco frecuente en el territorio estudiado, si comparamos el número de yacimientos existentes con la cantidad de los cuales donde se aprecia este elemento, pudiendo citar de forma segura los yacimientos de Salamanca, el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) (Fig. 134-3; Fig. 124-1), La Mesa Grande (Castraz), El Castillo de Forfoleda, La Plaza (Gallegos de Argañán), el Pico Monreal (Casafranca) (Fig. 168-3), Las Merchanas (Lumbrales) (Fig. 124-2), el Teso de ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) y El Castillo (Cabeza de Béjar). En La Plaza, el foso interno tiene una orientación Este-Oeste en el sector noroccidental con una longitud de 35 m., una anchura de 10 m. y una profundidad visible de 3 m., doblando en un recodo de 90° para seguir una dirección Norte-Sur (Fig. 134-1). Paralelo a éste discurre el segundo foso con una anchura máxima de 12m. y una mínima de 5,70 m. y una longitud de 95 m. (Fig. 134-2).

Según Martín Sánchez, Muñoz García y Pérez Gómez hay indicios de un foso tanto en el castro de El Castillo de Saldeñuela como en el de El Castillo de Saldeana (2004: 43). Maluquer expone que en el Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera) se puede apreciar por el Sur y el Oeste dos grandes zanjas que se juntan y forman un círculo; siendo estas zonas las más expuesta del castro (1956). Así mismo, Morán señala que en La Mesa Grande por el Norte y el Este se veía un foso artificial que lo rodeaba (1926: 29). Gómez Moreno apuntó la posibilidad de que en Las Merchanas existiera un foso en la parte oriental del recinto, junto al paramento exterior de la muralla porque existe una depresión de entre 5 y 10 m. de anchura (1967). Iruña cuenta en su único punto de acceso no defendido, el SO, una profunda vaguada, seguramente artificial (IACyL)<sup>45</sup>.

<sup>45</sup> La abundante y frondosa vegetación impidió en nuestra visita localizar e identificar este posible foso por lo que no nos pronunciamos al respecto.



Figura 145: 1. Foso interno de La Plaza. 2. Foso externo de La Plaza (Enero 2006). 3. Foso del Picón de la Mora. (Diciembre, 2005). Fotografías de la autora.



El Pico Monreal cuenta con un foso (Fig. 146) que rodea casi todo el promontorio, menos por el Norte donde la pronunciada pendiente de la montaña lo hace innecesario, y su profundidad máxima visible es de 6 m. El Castillo consta de un foso excavado en la roca por su ladera, completando el sistema fortificado junto con la muralla que lo protegía por los flancos Norte, Este y Oeste.



Figura 146: Foso del Pico Monreal (Fotografías de la autora, Mayo, 2009).

Las excavaciones realizadas en Salamanca capital han desvelado que la muralla del siglo V a. C., quedaba complementada por un foso. El tramo de foso recuperado en el patio de La Clerecía (Fig. 147), se caracteriza por contar con varios escalones, de anchura variable en ambas orillas, que lo cortan dejándolo en unos 5 m. de anchura en su base, por estar excavado en la roca madre y por su sección en “U”. La profundidad se acerca a los 3 m. y se desarrolla en dirección E-O durante unos 20 m. (González, 2000: 31-33). Los materiales cerámicos recuperados del fondo del foso se datan entre los siglos III-I a. C, por tanto ya estaría excavado, coincidiendo seguramente con la fecha de construcción de la muralla, el siglo V a. C.

Otro tramo de este foso se ha localizado en el patio de Facultad de Historia con las mismas características, aunque discurre en paralelo a la muralla con una distancia de 8 m. (Balados y Marcos, 2004a:13 y 36). Igualmente y con las mismas características se ha documentado en la C/ Carvajal y en la C/ San Pablo, yendo también en paralelo a la muralla prerromana, estando separado de ella unos

4/5 m. y continuando hacia el Este bajo los solares contiguos. Este tramo se caracteriza porque su sección en “V” abierta y unas pendientes alisadas, en el espacio correspondiente a la parcela de la calle Carvajal y su proyección hacia el Sur. Sin embargo, hacia el Norte, su anchura se reduce y sus paredes se verticalizan de manera sinuosa e irregular con sección en “U”. Esto se ha considerado como consecuencia de los distintos grados de dureza de la roca arenisca, sustancialmente más compacta en la mitad norte del solar (Macarro, 2004/06: 126-128)

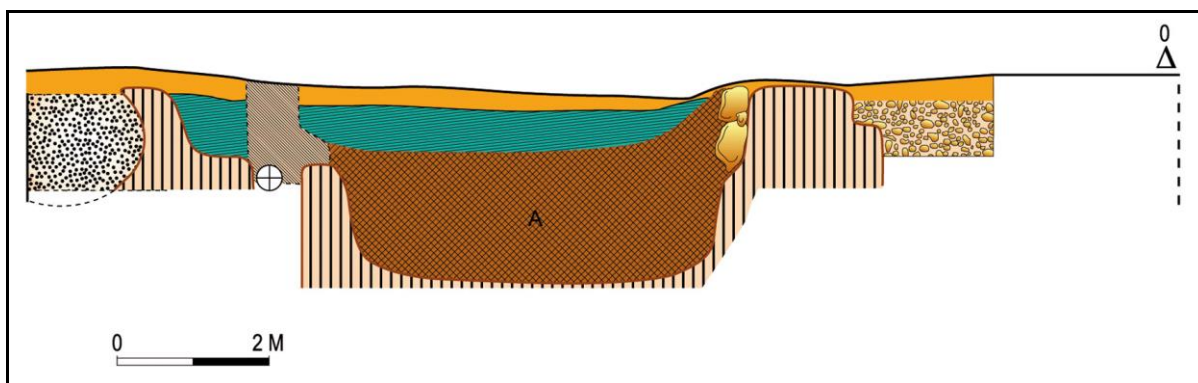


Figura 147: Corte del foso de Salamanca en el Patio de La Clerecía. La “A” indica nivel de relleno más inmediato. (Vectorizado de González y Sarabia, 2000)

El empleo del foso, como ya se ha visto, es muy poco frecuente; sobre un total de 50 yacimientos con sistemas defensivos sólo se introdujo este elemento en 16 y en todos los casos se circunscribe a los castros de la II Edad del Hierro tal y como sucede con las piedras hincadas (Fig. 148).

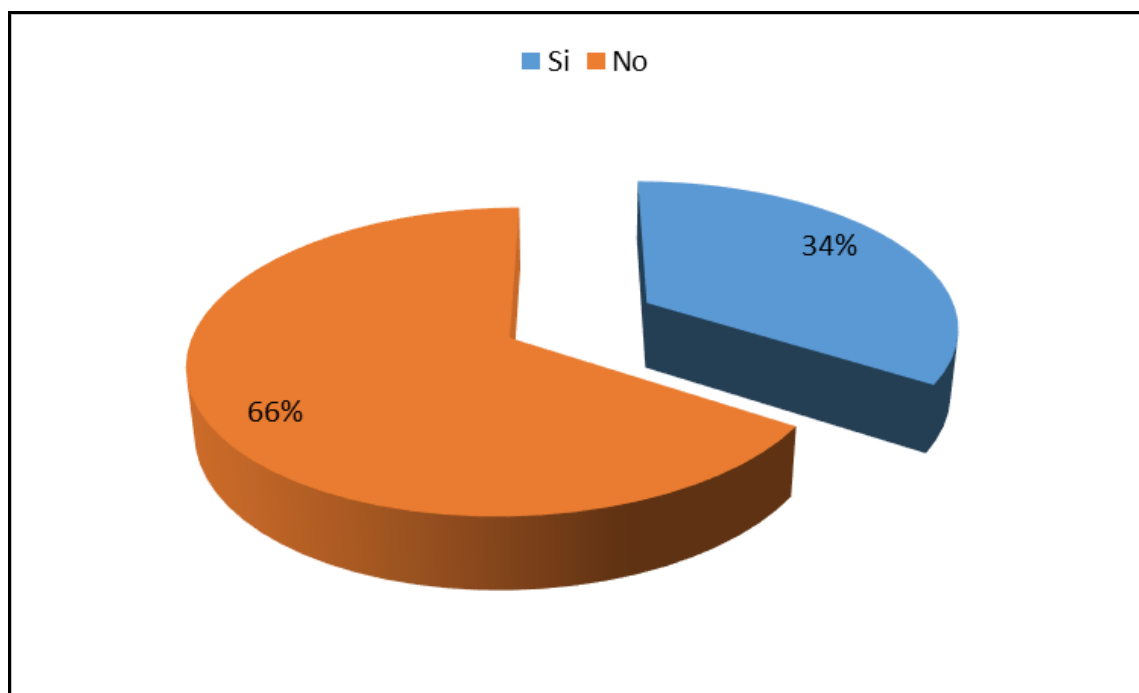


Figura 148: Gráfico de sistemas defensivos con foso y sin foso (C. Mateos).



Este elemento defensivo se ha puesto en relación con el grupo Zamora/Orense/Tras-os-Montes, pero hay otros poblados *vettones*, como El Raso de Candeleda (Fernández, 1995: 166), Villasviejas (Martín Benito y Martín Benito, 1994: 126), Hornachuelos (Rodríguez, 1991: 291), El Castillejo de Gutiérrez (Martín, 1993: 344) o La Coraja (Redondo *et al.*, 1991: 274), que cuentan con fosos situados en sus zonas más accesibles. No obstante, la situación de los castros con fosos, más cercanos a los territorios del Noroeste, hace pensar en una influencia proveniente de esta zona. De esta manera se cuenta con numerosos ejemplos de castros con fosos en su sistema defensivo: los zamoranos de Lubián, Las Muradellas (Virgilio, 1978: 83), El Castro (Esparza, 1987: 58) o El Castillote (*Ibidem*: 112-114), el asturiano de La Corona de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 84) o el gallego de Troña. La finalidad de todos estos fosos es la de controlar la zona de fácil acceso de todos estos castros, ya que fueron situados frente a los puntos vulnerables de los emplazamientos, reforzando las murallas y, en su caso, los campos de piedras hincados. Además, todos estos castros culturalmente entroncan con los de la fachada atlántica en donde existen “hillforts” de la Edad del Hierro, que cuentan con fosos defensivos como el de *Finavon* en Angus, el de *Ivinghoe Beacon* en Buckinghamshire, el de *Barrule* en la Isla de Man o el de *Maiden Castle* en Dorset (Taylor, 2005: 12-15; Cunliffe, 1997: 95). Además, hay otras características que los castros salmantinos comparten con este grupo como son el empleo de las piedras hincadas, la técnica de construcción de las murallas o la elección del lugar de asentamiento.

## 1. G. Puertas

Generalmente encontramos de dos a cuatro puertas por recinto, potenciadas por pasillos laterales, baluartes o engrosamientos. Se han identificado dos tipos de trazados (Moret, 1996: 120-124; Martín Valls, 1997: 157; Esparza, 2003: 156):

1. *B. g. 1. Puerta en embudo*. Se forma mediante la abertura que ofrecen los dos lienzos de la muralla al incurvarse hacia el interior, formando un callejón en forma de embudo más o menos pronunciado (Fig. 149). Otras veces los paramentos quedan rematados por uno o dos bastiones proyectados hacia el exterior para permitir su defensa frontal, formando un pequeño callejón en embudo.

La puerta principal, orientada hacia el Noroeste, de El Castillo de Saldeana podría pertenecer a esta categoría, ya que se aprecia una curvatura en el lienzo de la muralla. Dicha puerta está actualmente cegada por un derrumbe de piedras. Así mismo, El Castillo de Saldeñuela cuenta con portón en embudo que quedaría escondida a la vista tanto por su pequeño tamaño, como por su situación en un extremo del castro y por el mimetismo con la muralla, pudiéndose confundir con una inflexión del trazado de la misma. Otros dos yacimientos con este tipo son Las Merchanas y Yecla de Yeltes. En ambos casos se han documentado dos entradas en el mismo lienzo, cegándose una de ellas. No obstante, las excavaciones y las limpiezas que se han realizado en los dos no son concluyentes sobre si ambas puertas son contemporáneas en uso o si se procedió a una

reorganización de la entrada, cerrando una y abriendo otra. En el caso de Yecla de Yeltes una de ellas no se ha excavado por lo que se carece de datos. Lo que sí se puede decir tras la excavación de su puerta oeste (Fig. 149) es que ésta estuvo en uso en la Edad del Hierro, durante la cual sufrió una remodelación. Posteriormente, los habitantes del castro llevaron a cabo un estrechamiento de la misma en época tardorromana y finalmente fue cegada durante la Edad Media (Iglesias del Castillo, 1989; Pérez Gómez, 1990/9; Benet y Martín Valls, 1997; Martín Valls y Pérez Gómez, 2004 STRATO, 2005).



Figura 149: Puerta en embudo de Yecla de Yeltes donde se aprecia las distintas fases de remodelación de la misma.  
(Fotografía de la autora, Mayo, 2014)

El yacimiento de Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero) cuenta con una puerta de este tipo según el IACyL, pero se ha comprobado que dicha puerta no se corresponde con la muralla, de la cual sólo queda un tramo del lienzo sur, sino que se ha relacionado con un recinto que se ve perfectamente y del cual hablaremos en el apartado siguiente. Sobre el terreno no se aprecia ninguna puerta, pero los lienzos conservados y los accidentes naturales, berrocales y hondonadas muy marcadas, del terreno limitan la zona de asentamiento tal como ocurre en otros casos, como el castro del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) o el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores).

1. B. g. 2. *Puerta en esviaje*. Consiste en situar los dos lienzos en posición paralela, dejando un espacio libre entre ambos para pasar. Dentro de este grupo la más impresionante de nuestro territorio sería la puerta principal de El Castillo de Saldeñuela, la cual está enmascarada por varios muros modernos, que forman un encerradero de ganado, y por los zarzales. Se ha llegado a la conclusión de

que esta es la principal porque la otra localizada, en embudo, es más pequeña, menos monumental y está más escondida a la vista. La puerta de Los Castillos (Villar de Yegua) también pertenecería a este grupo (IACyL), al igual que una segunda puerta localizada en El Castillo de Saldeana en su paramento Noroeste (Fig. 136-3). Se cree que pudo ser un acceso secundario del asentamiento debido principalmente a su posición, en un extremo del recinto y cerca de los escarpes que dan río, con una pendiente de entre el 8,65% y el 9,19%, según se deduce del estudio del paisaje de los accesos del capítulo 4. Estos factores, y por propio comprobación, facilitan la ocultación de la puerta al visitante, que accedería por la puerta Noreste, antes mencionada. Además, desde esta puerta se podría acceder al Arroyo Grande, de hecho la ruta de senderismo habilitada sigue un camino que va desde el merendero del Arroyo Grande hasta esta puerta, por lo que bien podría haber servido para el abastecimiento de agua de los habitantes como sucede en Yecla de Yeltes o en Las Merchanas.

Martín Valls expuso que en el Picón de la Mora habría localizado tres puertas (1971: 127, Fig. 2) (Fig. 135-1), pero lo que se ha observado es que dichas entradas no son más que huecos abiertos en la muralla para que pase el ganado, ya que se si se observa detenidamente el hueco se puede entrever el restos del lienzo en el suelo, que fue destruido para abrirlos (Mateos *et al.*, 2005-06). El problema que presenta este castro reside en que la muralla está muy escondida tanto por el derrumbe de la misma como por la cantidad de maleza y tierra que la cubre, que se ha calculado en tres o cuatro metros, y hasta que no se realice una limpieza va a ser difícil localizar las puertas que tuviera. No obstante, la hipótesis que se baraja es que la entrada principal estuviera situada en el lienzo Noroeste, zona natural de acceso y lugar donde se concentran las defensas del castro, como ya se ha estudiado. Es posible que existiera un portón en el lienzo Oeste, como el de Yecla de Yeltes (Fig.132-1) o el de Las Merchanas (Fig. 136-2) para abastecerse de agua. Este tipo de salidas hacia el río se ha observado en otros castros como por ejemplo El Castrejón de Capote (Badajoz) (Berrocal-Rangel, 1992: 213).

Otro yacimiento del que se puede aportar datos, sobre este elemento, es el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. Maluquer distinguió una puerta en esviaje (1956a: 93), la cual todavía hoy se intuye en el lienzo Suroeste (Fig. 150-A y B), aunque está muy desfigurada por uno de sus lados debido a que han limpiado y ampliado el camino que la cruza, ya que se ven amontonamientos de lajas a ambos lados e incluso han dejado a la vista una sección de la muralla, donde se ve perfectamente cómo se construyó. Nuestro criterio es que esta puerta no sería la principal, sino una secundaria para recoger agua, ya que queda en una zona muy lateral y resguardada que va a dar a la denominada Fuente Santa. La puerta principal (Fig. 150-C) se ha podido intuir, aunque estaría totalmente enterrada y bastante desfigurada. Está situada en el lienzo Sureste, por donde va el camino para subir a la ermita, en la parte más accesible del castro, y parece pertenecer a la categoría de embudo.

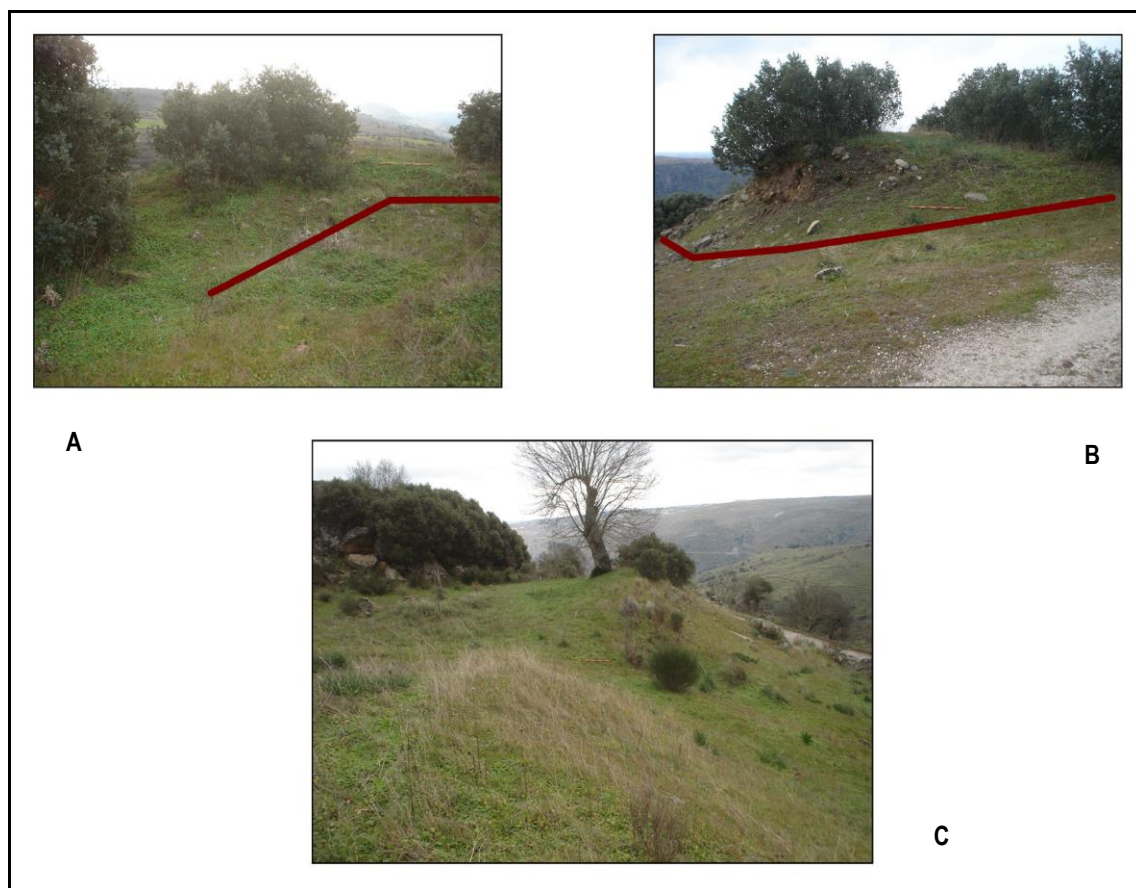


Figura 150: Puertas del castro del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. A y B. Lienzos interior y exterior, de la puerta donde se aprecia la incurvatura de los mismos hacia el interior. C. Puerta principal del castro. (Fotografías de la autora, Diciembre, 2006)

El castro de Irueña cuenta con una puerta principal, replegada hacia el interior, en el paramento Norte, otras dos posibles en el lienzo Nordeste y otra que va desde el castro hasta el río y que llaman la Puerta del Sol (Gómez-Moreno, 2003: 34). De todas ellas, sólo se ha documentado ésta última durante la visita realizada, cuya posición coincide con una de las zona de acceso natural que la orografía del terreno permite, ya que el desnivel es del 3.04%, como muestra la tabla 17.

Recientes excavaciones de urgencia en la ciudad de Salamanca han puesto al descubierto lo que podrían ser restos de una puerta monumental de la muralla prerromana<sup>46</sup>. En concreto, se trata de un “cubo defensivo de planta circular” que se abriría al Norte del recinto amurallado, en el lugar donde se situaría la denominada Puerta del Sol medieval de la Cerca Vieja. El cubo se correspondería con los “bastiones circulares” ya mencionados en otros castros y está construido sobre el sustrato natural con aparejo de piedra franca (Fig. 151).

<sup>46</sup> Inédito. En prensa en El Adelanto y La Gaceta de Salamanca, el 23 y 27 de Diciembre de 2010. Su descubrimiento se encuadra en la excavación de urgencia realizadas por Elvira Sánchez para la construcción del solar de la Calle de la Rúa Mayor 49-51.



Octante	Azimut	Desnivel metros	Cota Máx.	Diferencia M.	Grado pendiente	Distancia Geométrica	Distancia aire
0°	3,34°	17	810	36	6,77%	251 m.	251 m.
45°	44,53°	35	809	37	13,67%	258 m.	256 m.
90°	90,25°	8	805	41	3,04%	263m.	263 m.
135°	134,53°	47	805	41	18,35%	260 m.	256 m.
180°	180,61°	62	805	41	24,77%	257 m.	250 m.
225°	224,69°	32	805	41	12,46%	258 m.	256 m,
270°	270,61°	6	805	41	2,40%	250 m.	250 m.
315°	314,68°	6	807	39	2,34%	256 m.	256 m.

Tabla 17: Paisaje de los accesos de Irueña (C. Mateos)



Figura 151: Cubo de la puerta monumental del castro de Salamanca. (En prensa, 2010)

Sin embargo, la tradicional Puerta del Río de La Cerca Vieja (Muñoz, 1953: 31; Martín Valls *et al.*, 1991: 147), sobre la que se basa la reconstrucción de Benet del trazado urbano de la ciudad prerromana, no ha podido probarse su existencia en dicha época (2001: 27). Es decir, las excavaciones llevadas a cabo tan sólo han sacado a la luz la calzada bajomedieval, no habiéndose documentado ni restos de la Vía de La Plata ni de una puerta romana o prerromana. Es más lo que sí se ha identificado en esta zona es un cenital de finales de la Edad del Hierro (Muñoz, 2000: 66-67ss.). A luz de estos datos, no se encuentra lógica tapar una puerta por la que se accede al río y por la que se supone, que más tarde, entraría la Vía de La Plata, por tanto la hipótesis que se plantea es que esta puerta se abriría al construir La Cerca Vieja y no antes.

La última puerta de la que se puede hablar es la de El Castro de Castelmao. A pesar de que la gran cantidad de maleza que había no dejó realizar una foto en la que se apreciara bien, se pudo distinguir que la única puerta fue construida en esviaje, situada en el sector Oeste del mismo. Como ya se ha estudiado, la barrera de piedras hincadas y la orografía del terreno conduce hacia este lugar como punto de acceso.

Como ya se ha visto, del tipo de puertas elegidas tan sólo se pueden analizar las correspondientes al período de la II Edad del Hierro porque las de atapa anterior no se han documentado, por el momento; así los tipos identificados se reducen, básicamente, a dos en embudo y en esviaje. El número de puertas principales conocidas no es muy amplia, tan sólo un 26% de un total de 50 castros, como se puede observar en la gráfica de la figura 152, que se traduce en 7 puertas en embudo y 6 en esviaje. Se observa una leve preferencia por las primeras, aunque la muestra es tan pequeña y está tan condicionada por lugares donde no se han realizado ningún tipo de intervención que creemos que, por el momento, este hecho ni es significativo ni representativo ni ayuda a intentar encontrar qué podría motivar la elección de un tipo u otro de puerta, quizá algo relacionado con la orografía del terreno o más bien con el tipo de organización del acceso que cada comunidad tuviera en mente.

Por otro lado, en el caso de las puertas secundarias también nos encontramos con el mismo problema, la falta de datos. No obstante, aquí la diferencia entre los tipos es un poco más amplia (Fig. 152), debiéndose quizá la elección de las puertas en embudo al hecho de que fueran más fáciles de disimular en el trazado de la muralla y menos costosas en lo que se refiere a esfuerzo/tiempo invertido y por tanto un elección más lógicas para puertas secundarias, que en muchos casos debían pasar desapercibidas.

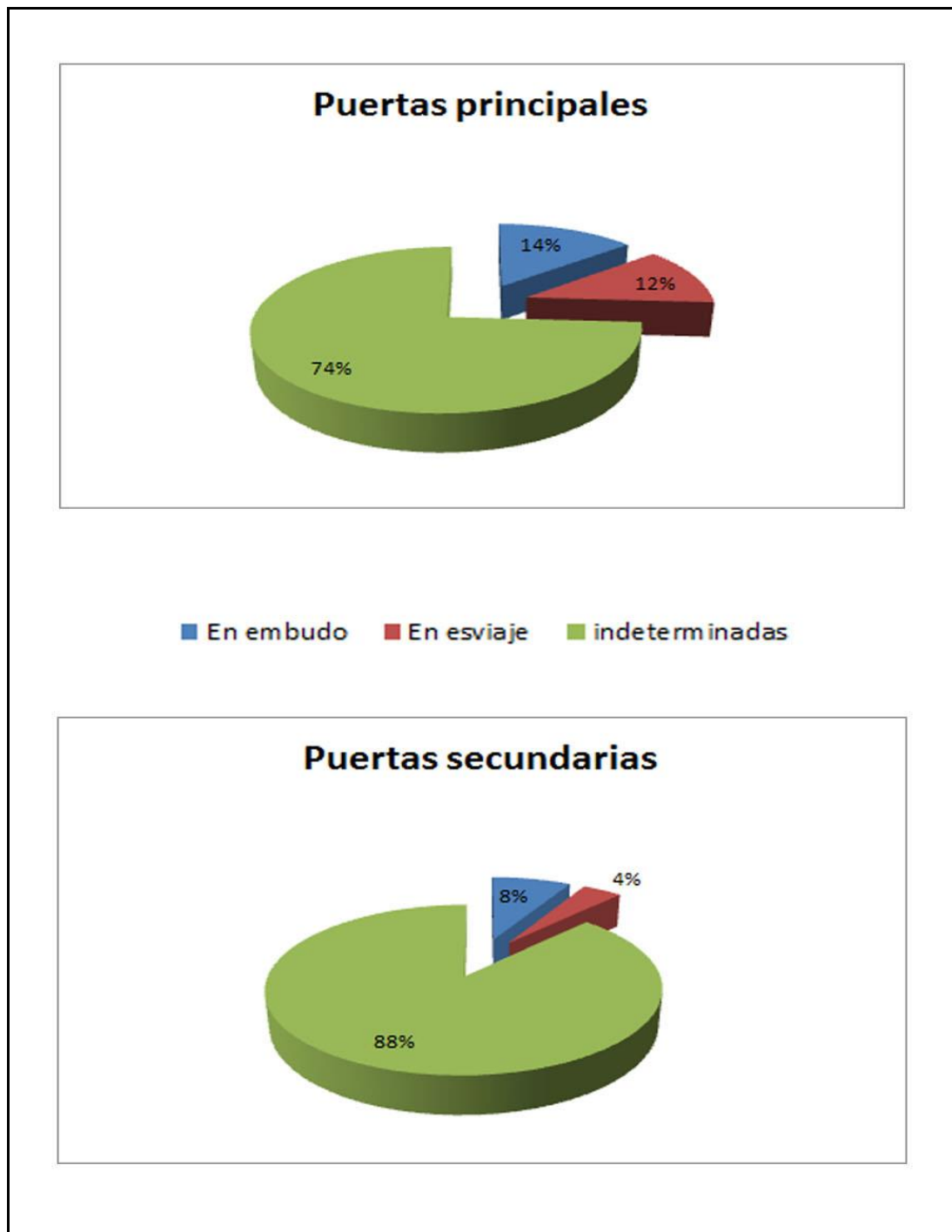


Figura 152: Gráficos del tipo de puertas existentes de los recintos amurallados (C. Mateos).

Estos castros conviven, en la misma zona, con asentamientos que han sido fechados también en la II Edad del Hierro, pero que no se aprecia en superficie ningún elemento defensivo, sino que se desconoce si estuvieron o no fortificados y, en caso de estarlo, sus elementos y sus materiales, como ocurre en Las Cercas (Villavieja de Yeltes) o Las Cortinas (Encinasola de los Comendadores). No obstante, el grueso de poblados en esta situación se concentran en el cuadrante NE, donde hay



localizados muchos, siendo la excepción el yacimiento de Salamanca. Bien podrían estar emparentados con los poblados vacceos vallisoletanos y haber contado con una estructura realizada en adobe, material fácil de conseguir en esta zona, y que de hecho es la materia prima empleada en la construcción de las casas documentadas en la capital (Benet *et al.*, 1991: 137-163). No obstante, sobre este tema profundizaremos más adelante.

La hipótesis mantenida para yacimientos como Los Lázaros (Las Veguillas), el Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera), La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández) o el Teso de la Encina (Aldeaseca) es que pudieron estar amurallados o contar con una empalizada artificial en sus flancos más débiles. Esta defensa artificial, en caso de La Cuesta de Santa Ana pudo haber sido construida en pizarra, ya que en un corte, producido por el desprendimiento del suelo, se puede apreciar un muro de este mismo material. En este caso cabe la posibilidad de que el muro fuese bien perimetral o bien sólo se levantara en la zona NE, que es la más propicia para ser la zona de acceso al poblado.



Figura 153: Detalle de la supuesta muralla prerromana de Ledesma, enmascarada por cemento. (Fotografía de la autora, 2007)



Hay otros castros, como Florida de Liébana, Alba de Tormes o Ledesma, de los que se desconoce sus murallas, sus estructuras de hábitat, sus materiales, las técnicas constructivas empleadas,... El motivo es que el pueblo actual está construido encima del asentamiento prerromano, lo que dificulta su excavación y por tanto impiden profundizar en su estudio. En el caso de Ledesma, han sido constatadas dos murallas una del siglo XII, restaurada parcialmente en el siglo XV, y otra del siglo XVIII (Benet *et al.*, 1991: 118). Sin embargo, se observa en el lienzo Norte, en el teso donde se situaría el castro prerromano, varios fragmentos de una muralla, sobre la que apoyaba las dos primeras, cuya factura recuerda a las murallas prerromanas mencionadas anteriormente. Estaba construida en seco con bloques graníticos. El problema es que está muy enmascarada ya que se le ha aplicado cemento por encima (Fig. 153). Roldán hace referencia a unos restos de muralla prerromana, pero no especifica más (1997: 274), por lo que no sabemos si se refiere al mismo tramo que nosotros.

Otros pueblos en los que sí se ha confirmado la presencia de muralla prerromana como base de la medieval, y por tanto se confirma su origen como un castro, han sido Monleón y Las Uces. Las excavaciones llevadas a cabo en el primero sacaron a la luz restos de un muro de lajas de pizarra y mampuesto de roca autóctona, dispuesto de forma muy irregular y en seco, con un perfil ataludado. Estaba apoyada sobre el sustrato natural y se conservaba una altura de 1, 50 m. (Vinuesa y Aparicio, 2007: 23-30). Así mismo, en el casco urbano de Las Uces se conservan lienzos de una muralla de granito, en mampostería en seco y de 2,5m. de altura, en el Sur y en el Este (IACyL).

Un último apunte se centraría en el entorno inmediato de los yacimientos. Berrocal-Rangel apunta que alrededor de los castros se habría eliminado las arboledas por necesidades defensivas, constructivas y productivas, señalando la escasez del cerdo frente al alto porcentaje de bóvido y ovicápridos como evidencia de la deforestación del entorno (1992: 232). En nuestro caso este hecho sólo se ha podido comprobar en el Teso de Las Catedrales, donde el grueso de la cabaña ganadera estaría formada por las tres especies, aunque la presencia del ganado porcino es casi nula si se compara con el ganado bovino y ovicáprido (Macarro, 1999a: 52).

## 1. H. Categorías funcionales

Actualmente, hay investigadores que abogan por la idea de que las murallas no siempre fueron levantadas con una finalidad exclusivamente defensiva (Collis, 1993; Ruiz Zapatero, 2003; Berrocal-Rangel, 2004). Las características de uso de estos elementos defensivos son un compendio de funciones; no sólo son un símbolo del proceso de jerarquización que se produce durante el Hierro, sino que también servirían para otros fines tales como la protección o la reafirmación de la comunidad como tal. Esto se puede observar en cualquier territorio europeo, como afirma Harding (2003: 292) y ha sido comprobado por diversos autores como Berrocal en la península ibérica (2004) o Cunliffe en el territorio que ocupaban las tribus celtas en Europa (1997). Estas interpretaciones se agrupan en:

## 1. H. a. Funciones sociales

La construcción de las murallas debió ser de forma colectiva, ya que no se ha encontrado en la bibliografía ninguna referencia a marcas de cantero en las murallas que nos han llegado; una forma de fortalecimiento de la cohesión social y de mantener unida y articular la comunidad basada en la realización de actividades colectivas, junto con otras como la explotación común de los recursos económicos.

Otra función social que tendrían las murallas o las empalizadas, sería la de dar entidad a las comunidades como tal, es decir tener un espacio propio en el que se organizaba y desarrollaba la vida cotidiana. Esta idea es defendida por autores como por ejemplo Fernández-Posse y Sánchez-Palencia (1988: 239), Esparza y Blanco (2008: 89), Ruiz-Zapatero para los castros abulenses (2005: 13), Barroso Bermejo para los poblados del Tajo Superior (2002: 184) o Laing para el caso de los asentamientos de la misma época en Gran Bretaña (1979: 52-53). Este último investigador defiende que el hecho de elegir una colina como lugar de asentamiento, entre otros motivos, sería porque los límites del propio espacio sirven como definidores a la población. Esta reafirmación como comunidad es la que hace barajar la hipótesis de que en los yacimientos donde parece no haber elementos artificiales, es posible que se levantaran empalizadas, que actuarían de la misma manera que las murallas pétreas, aunque no se ha documentado ningún cercado de madera o adobe, como el en Sacaojos (León), que cuentan con este sistema perimetral asociado a la I Edad del Hierro (Misiego *et al.*, 1995-96: 57), pero sí se aprecia que en muchos yacimientos, el propio enclave delimitaría el lugar de asentamiento como por ejemplo en Los Ocuestos (Alaraz) o en Los Tejares (El Tejado de Béjar). En este poblado las zonas E, S y SE están marcadas por un berrocal y en las franjas NO, O y SO nos encontramos las elevaciones hacia la ladera del cerro del Berrueco, actuando de barreras naturales. Mientras que el flanco NE en su zona más accesible se ha documentado una muralla (López y Martínez, 2009: 120).

De hecho, los lienzos que se han identificado adscritos al Hierro I, los consideramos como muros perimetrales que darían entidad a la comunidad, ya que no tienen una factura tan cuidada como en la etapa siguiente, sino que son “murallas” de piedra mejor o peor careadas y trabadas en seco, como se ha comprobado en el caso de Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez *et al.*, 2000b: 61), de El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo o de Cancho Enamorado (Puente Congosto) (López *et al.*, 2003f: 319). Esta misma hipótesis fue planteada por Tablas para el muro de Los Castillejo de Sanchorreja (2002: 47).

Por tanto, si esta idea parece arraigada durante la fase inicial de la Edad del Hierro, lo lógico es que en el apogeo de la jerarquización del territorio y de la sedentización de estas poblaciones la idea de comunidad estuviera fuertemente asentada y por tanto se manifestara en la construcción de las murallas. De hecho, de los 102 yacimientos catalogados como secundarios, el 14% de ellos están

amurallados, concentrándose en el sector occidental y en la zona serrana (Fig. 154), aunque no son tan monumentales como los enclaves dominantes.

Por el contrario, en las zonas NE y N del área en estudio sólo se han documentado murallas en los castros considerados como principales. No obstante, la escasez de piedra en el oriente salmantino y las características similares con el territorio vacceo, nos hace pensar en la posibilidad de la existencia de una empalizada o de una muralla de adobe, como sucede en la Cultura del Soto, donde hay evidencias de murallas de tierra y madera asociadas a fosos. De hecho, en el yacimiento del Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera), Maluquer constató la existencia de un doble foso (1956a), por lo que puede ser que existiera la asociación muralla-foso de la cultura vaccea, aunque hay que matizar que este poblado no se ha excavado. En caso de confirmarse esta hipótesis, indicaría que en esta zona también habría poblados secundarios con unos elementos defensivos con los que otros poblados no contarían, tal y como ocurre en el sector occidental del territorio.

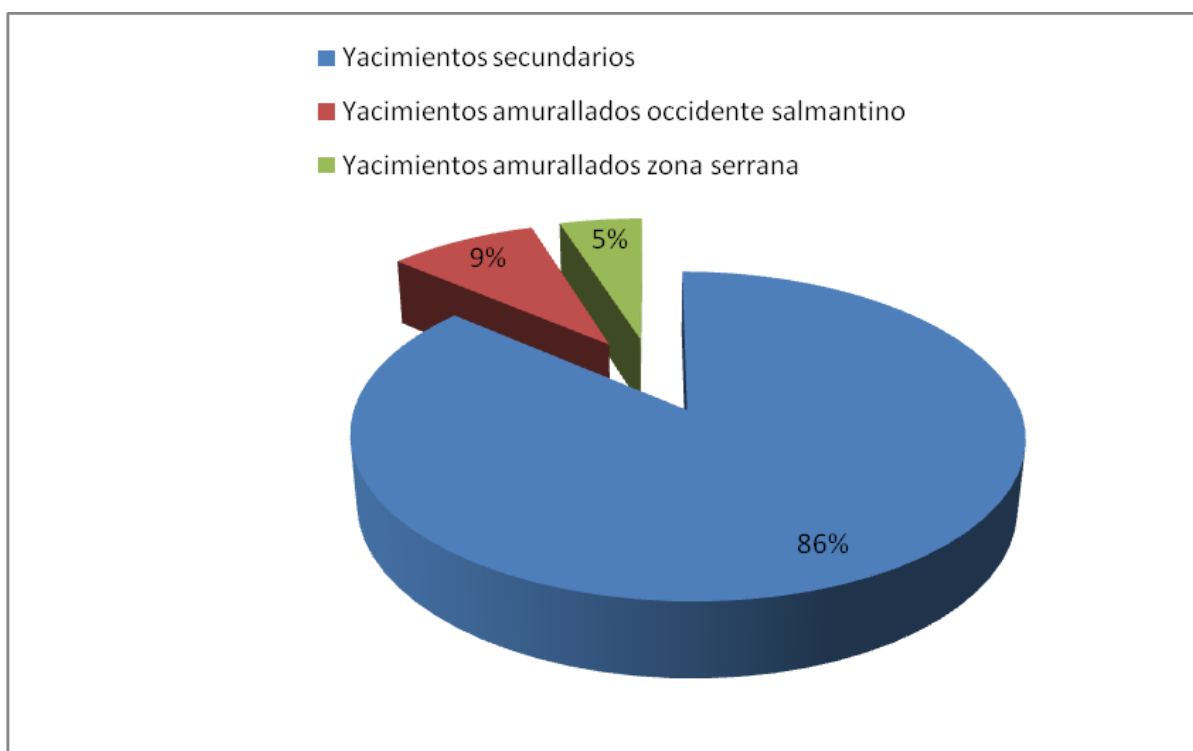


Figura 154: Gráfico de yacimientos secundarios y aquellos que están amurallados en el occidente del territorio (C. Mateos).

Así mismo, los yacimientos secundarios no amurallados del occidente y de la Sierra pudieron contar con una empalizada para delimitar su espacio, explicando la diferencia de material por el hecho de que el aprovechamiento minero de esta zona quizás obligó a los pobladores a establecer unas defensas más contundentes para proteger el mineral obtenido. O quizás el hecho mismo de esta explotación minera implica un cierto estatus frente a los otros poblados secundarios. De hecho, estudios recientes de la morfología del yacimiento de El Tejado revelan la existencia de una pequeña

muralla longitudinal que hoy se encuentra totalmente perdida (López y Martínez, 2009: 120). Este castro ha sido considerado como secundario en este estudio y hasta las investigaciones llevadas a cabo por el CSIC en la zona de El Berrueco (*Ibidem*, 2009: 120), en la bibliografía se clasificaba como un yacimiento sin muralla (Morán, 1924; Maluquer, 1956a; Fabián, 1986-87: IACyL).

Sea como fuere, el hecho es que no sólo los castros principales están amurallados sino que también algunos de los secundarios, redonda en la validez de la hipótesis de que un muro que delimitase las poblaciones reafirma su identidad como comunidad. Esta idea se aprecia en el castro leonés de Borrenes, en donde lo primero que se iba a construir eran los elementos defensivos, acomodando posteriormente las construcciones intramuros al trazado amurallado; lo que indica esa importancia de la muralla como elemento definidor (Fernández-Posse, 1998; Berrocal-Rangel, 2004: 30; Alfayé, 2007: 9). Moret plantea que, además, se convierte en un signo de posesión, de apropiación del espacio porque diferencia el espacio propio del ajeno (1996: 288).

### **1. H. b. Funciones defensivas**

La importancia del carácter defensivo de estas estructuras viene avalado por el emplazamiento elegido para erigir los castros, situados, generalmente, en zonas con buenas defensas naturales tales como acantilados, laderas muy escarpadas, roquedos graníticos,... (Berrocal-Rangel, 2004: 56). Los sectores más desprotegidos naturalmente serían los más accesibles y por ellos son los elegidos para emplazar la entrada y es allí donde se construyeron muralla de unos 4 ó 5 m. de anchura por otros 6 ó 7 m. de altura. Estas murallas junto a los dispositivos defensivos, piedras hincadas y fosos, organizarían el paisaje exterior, conminando al visitante a acceder al poblado por un lugar predeterminado. Así mismo estos recintos los protegían, no ya de incursiones humanas, sino también de ataques de animales salvajes, sobre todo cuando escaseara el alimento. Además, como ya se ha mencionado, la protección de los recursos obtenidos de la explotación minera y ganadera, que era la base de la economía entre las comunidades del occidente meseteño, requeriría unas defensas que disuadieran a un posible enemigo de una incursión en el poblado. Esta protección de la producción metalúrgica también se ha indicado en el caso de las primeras murallas del Noroeste peninsular (Martins y Jorge, 1991-92: 356).

La combinación de elementos naturales con los artificiales para el sistema defensivo se observa en otros yacimientos como el poblado burgalés situado entre los términos de La Polera y Páramo Ciudad, que estaba amurallado al este y al oeste, contando para su defensa por el Norte y por el Sur con farallones rocosos (Ruiz Zapatero, 2001: 14), o el asentamiento vacceo de *Pintia* que contaba con una línea defensiva artificial consistente en una doble cerca frente a la que se dispuso un foso (Sanz y Velasco, 2003: 53), dirigiendo al visitante hacia la puerta, ya que la única manera de atravesar un foso es hacerlo por las rampas que se han construido para tal fin y que solían estar enfrente o cerca de la puerta de acceso.



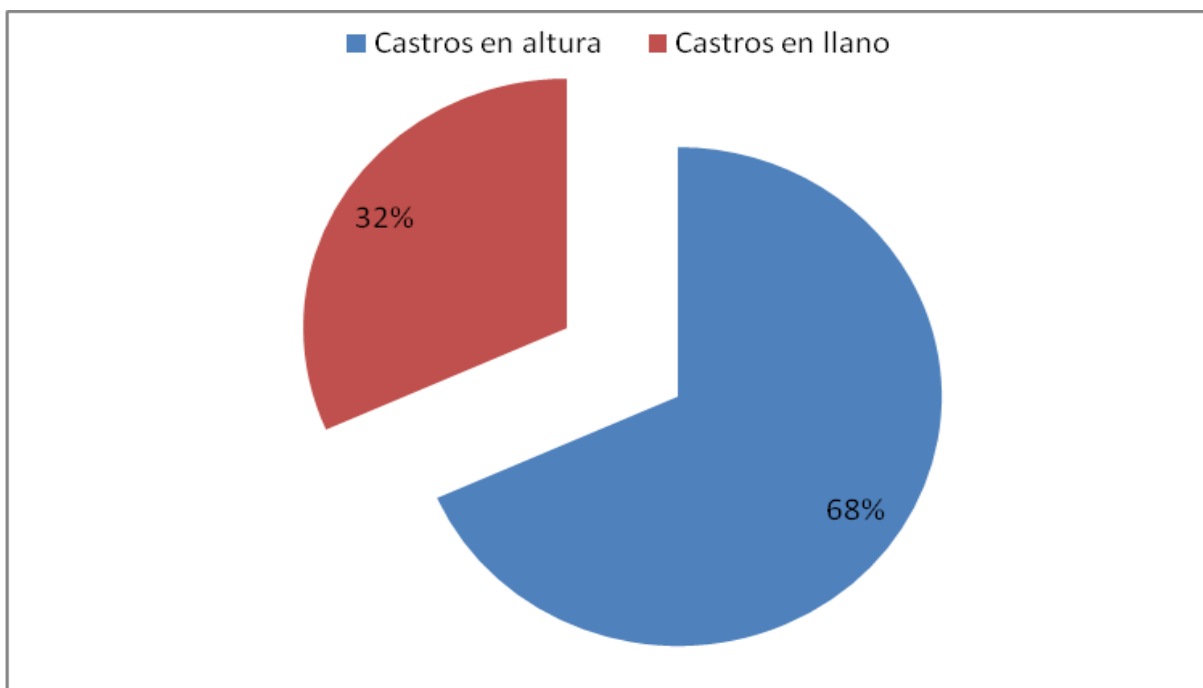


Figura 155: Gráfico de yacimientos en altura y en llano (C. Mateos).

De hecho, Pierre Moret realizó un estudio sobre 150 emplazamientos iberos, de los cuales sólo el 10,6% se localizaban en zonas llanas y abiertas (1996: 62). Berrocal-Rangel afirma que este porcentaje descendería si se analizarían los castros celtíberos, galaicos, los cantábricos y los yacimientos en espigón del Sureste (2004: 56). Los resultados de nuestro estudio demuestran que de 120 yacimientos, el 68% están en zonas altas y protegidas por los propios elementos naturales (cerros, tesos, laderas escarpadas...) (Fig. 155). En conclusión, el propio emplazamiento muestra el carácter defensivo implícito de las fortificaciones protohistóricas.

John Collis expuso que el levantamiento de las defensas debió estar motivado tanto por la existencia de amenazas externas, pero también internas (1984: 107). Y es que en un sitio cerrado se puede controlar mejor tanto a los habitantes como el tráfico de bienes y productos (Álvarez-Sanchís, 2007: 246). En este contexto, la hipótesis que se maneja es que la mayoría de las murallas de los castros servirían de refugio a las cabañas ganaderas, como por ejemplo Las Merchanas, el Picón de la Mora, Irueña, Salamanca o Los Castillos (Villar de Yegua) (Maluquer, 1956: 97; Martín Valls, 1973: 130; 1997: 161; Mangas, 1985). En todos se ha localizado una posible superficie para este fin, así se ha calculado que de las 11 ha que ocupa el castro de Las Merchanas, 4 ó 5 ha estarían dedicadas al caserío y el resto servirían para el encierro del ganado. En el Picón de la Mora se puede observar un amontonamiento de piedras que señalan un muro orientado de N a S, cerca del lado este de la acrópolis, y hay otro muro que está relativamente claro y que va de O a E, quedando así el castro dividido en dos. La parte meridional ocupa una cuarta parte del castro, en la cual no se han producido

hallazgos arqueológicos, por lo que se debió de usar como cercado para el ganado (Martín Valls, 1971: 130).

El castro de Salamanca, a partir de la II Edad del Hierro, ocupó dos tesos y entre ambos queda una vaguada que no era apta para hábitat, pero que sí lo era para encerrar el ganado, porque pasaba por allí el arroyo conocido como de Los Milagros, el cual serviría como abrevadero para los rebaños; de hecho recientemente se han documentado un conjunto de hoyos que podría pertenecer a una posible empalizada que ampliaría la superficie del castro hacia esta zona (Maluquer, 1956: 97; Martín Valls, 1997: 161; Macarro, 1999: 172; Macarro y Alario, 2012: 96). Las excavaciones del Cerro San Vicente han confirmado esta hipótesis para la I Edad del Hierro, ya que los restos de caballos se han documentado en la zona de la muralla siendo escasos en el núcleo del poblado, lo que respondería a una organización del espacio interno, en donde los grandes cuadrúpedos se situaría en áreas más despejadas (Macarro y Alario, 2012: 82).

Otro castro en el que se puede apreciar esto es en el de Iruña, cuyo recinto se divide en tres zonas, siendo la que nos interesa la más estrecha y de nivel más bajo, que corresponde al polo agudo o extremo septentrional del recinto y que se extiende unos 180-200 metros hacia el sur (Domingo Sánchez; Mangas, 1985). En ella hay indicios de construcciones visibles, pero es improbable que haya algunas ocultas porque hay muchos puntos de roca viva al descubierto y escasea la tierra. Además las estructuras que se han observado son romanas, por lo que es posible que en la etapa prerromana, este lugar, sirviera para guardar el ganado.

La Corona (Rinconada de La Sierra) está delimitada por una gran muralla que circunda todo el castro. Los últimos trabajos realizados en él, ponen de manifiesto que gran parte del terreno cercado no se habitaría sino que serviría para el ganado y pequeñas explotaciones agrícolas (Sánchez *et al.*, 2003: 30). Por último, el IACyL cita que en el interior de Los Castillos (Villar de Yegua) se distingue restos casas en la zona O, mientras que en la zona E quedan vestigios de un recinto. La teoría que se plantea es que dicho recinto fuera empleado para guardar el ganado.

Castros en una situación análoga se citarán el cacereño de La Coraja (Redondo *et al.*, 1991: 277), el tercer recinto de La Mesa de Miranda que pudo aprovecharse, entre otro tipo de actividades, para este fin en caso de sitio, ya que la cimentación de edificios es inexistente, el pasto es abundante (7Ha.) y en él se encontró un verraco (Álvarez-Sanchís, 2003: 42-44). Así mismo, Molinero (1958: 31), Cabré (1930: 21), Fernández (1986: 502) o Álvarez-Sanchís (1999: 143, Fig. 52; 144, Fig. 53) sugirieron esta misma hipótesis para Ulaca, Sanchorreja o Las Cogotas, aunque en este caso las excavaciones ponen de manifiesta que en el recinto exterior se llevarían a cabo actividades artesanales (Mariné y Ruiz Zapatero, 1988). Otros casos similares se encontrarían en las tierras burgalesas como por ejemplo en Peñalara o Navas del Pinar (Ruíz, 2001:51) o en El Castillar, en donde el extremo del cerro, por su flanco oeste, ha sido interpretado como un lugar para recluir el ganado, tanto por los

restos arquitectónicos como por los materiales recuperados, ya que aumentan los restos óseos y disminuyen los cerámicos (Castiella, 1986-87: 243).

Esta hipótesis, según algunos autores, también se puede aplicar a otros asentamientos europeos como el francés Kelheim que abarca 21,80 Ha, de las cuales 1,4 estarían destinadas al ganado; el irlandés Dún Aghasa que tiene varios recintos fortificados, estando considerado el último de ellos como un posible encerradero de ganado (Clark y Piggott, 1965: 328; Hárke, 1982: 200; Cunliffe, 1997: 225) o el área que hay entre la muralla y la zona de hábitat en Manching, situado en el Valle bajo del Danubio (Cunliffe, 1997: 225).

Relacionado con este control de bienes se puede mencionar que los poblados secundarios de El Castillo de Saldeñuela, Casa Quiquín (Barruecopardo) y El Castillo (Gema), podrían deber su muralla a la explotación minera del estaño y del hierro expuesto en el capítulo 4. Su finalidad, por tanto, sería la de proteger la producción de ambos minerales.

De hecho, las intervenciones llevadas a cabo en el lienzo norte de Las Cogotas ponen de manifiesto que posterior a la construcción del gran bastión, se realizó una reparación con mucha premura, tanta que no se buscó una cimentación adecuada, sino que el muro se levantó sobre escombros poco firmes. Este hecho fue interpretado por González-Tablas como una reparación rápida en respuesta a una situación conflictiva que obligó a mejorar el sistema de la muralla incorporando elementos que le dieran mayor consistencia. Por tanto, esto reafirma la necesidad de defensa, y su efectividad, de los castros frente a posibles conflictos locales, que no frente a los ejércitos cartagineses y romanos, más poderosos, organizados y con maquinaria de asedio (2009: 69 y 78).

Para terminar con este apartado, hablaremos sobre las piedras hincadas. López Monteagudo (1989: 19), Martín Valls (1997: 158), Benet (1997: 114), Sánchez Moreno (1995-1996: 215), Burillo (1987: 82), Carrocera (1990: 162) o Martín Benito y Martín Benito (1994: 128), exponen que sirvieron principalmente para frenar un ataque de la caballería, aunque no dudan que también serviría contra un ataque de “tropas” a pie. No obstante, en la actualidad la mayoría de los investigadores apoyan la hipótesis de que fuesen una protección más eficaz contra cualquier tipo de ataque o aproximación no deseada (Moret, 1991: 11; 1996: 227; Álvarez-Sanchís, 2001: 264; Ruiz Zapatero, 2003: 18; Quesada, 2003: 92)....

Quesada defiende que una carga de jinetes contra una muralla carece de sentido, por lo tanto el asedio de los castros debía de realizarse por medio de la infantería. También da una serie de pautas para que este elemento fuera eficaz contra atacantes a pie, como son: un tamaño inferior a un metro de las piedras para no ofrecer cobertura, una zona de batida desde la muralla no superior a 60 m. y una anchura del campo superior a 10 m. (2003: 92-95). Los casos de nuestro estudio cumplen con dos de los requisitos, ya que la altura media de las piedras es de 0,60 m. y la anchura media de los campos es de 0,90 m. La distancia de los campos a la base de la muralla es más complicada de calcular porque en la mayoría de los casos los derrumbes de la propia muralla, su desaparición o la construcción de

cercados impide saber la distancia exacta. El cálculo aproximado que se ha realizado da una distancia media de 12,5 m. Pero de 7 castros con campos, la distancia de 6 oscila entre 0 y 10 m. y Quesada considera que cuanto más cerca estén de la muralla, su valor como obstáculo es menor (2003: 93). Lorrio, en esta misma línea, expone que la escasez de arreos de caballo en las sepulturas de La Meseta oriental contemporáneos a los castros provistos de piedras hincadas hace pensar, no en un ataque de caballería sino de infantería. Además las fuentes iconográficas, tales como las monedas, las estelas, la cerámica pintada, y otros vestigios materiales, fibulas, báculos o figuras exentas de caballito con jinete nos muestran que la importancia del caballo se produjo durante el período avanzado de la cultura celtibérica (1997: 93, 243 y 237) y sobre todo cuando los hispanos se integran en el ejército romano como un cuerpo auxiliar, citándolos las fuentes (Lucano, *Fars* IV, V-V, 8-10 o César, *B.C.I.*, 38, I-3) como *Ala Hispanorum Vettonum Civium Romanorum* (Galán, 1989-90: 189-195; Salinas, 2001: 81). Así mismo, el panel 3 de Vermelhosa (río Côa) muestra dos guerreros de la Edad del Hierro luchando y uno de ellos lleva sujeto el caballo a su cintura, reforzando la idea del combate a pie (Baptista, 1999: 170).

En nuestro caso es difícil llevar a cabo, por el momento, dicho estudio porque tan sólo hay hipótesis sobre la situación de las necrópolis y no se han realizado excavaciones. No obstante, se puede comparar este territorio con Ávila, por proximidad geográfica y cultural. Tras el análisis pertinente sobre los arreos de caballos, el resultado es que sólo el 2,68% de las sepulturas de Las Cogotas contaría con este elemento entre su ajuar. Este porcentaje indicaría que sólo 5 ó 6 personas, de las 225 que estima Álvarez-Sanchís, tendrían caballo (1999: 306). Esta misma operación, pero aplicada a La Mesa de Miranda da como resultado que sólo el 1,1% de los ajuares tendrían arreos de caballo y por tanto sólo 4 ó 5 personas de las 370 que habitarían el poblado, según Álvarez-Sanchís, poseerían caballo. Además, hay que tener en cuenta que estas necrópolis son anteriores al período que Lorrio indica como el apogeo de la caballería en La Meseta. Por tanto, en el momento de levantar las piedras hincadas no habría ataques de caballería, ya que el caballo era un bien muy costoso y un símbolo de prestigio; pero sí de “infantería”, como demuestra el hecho de que en las necrópolis hayan aparecido tumbas que muestran panoplias completas, las menos, y otras, las más, en las que se observa una combinación de armas: dos lanzas y un puñal, dos lanzas y una espada, dos lanzas, un puñal, una o dos lanzas y un escudo, una espada y un escudo o un puñal y un escudo (Álvarez-Sanchís, 1999: 177; Gabaldón, 2003: 220). Recientes investigaciones en la necrópolis prerromana de El Romazal I (Plasenzuela, Cáceres) la adscriben al siglo II a. C., coincidiendo con las Guerras lusitanas y las celtibéricas. Los resultados son una gran cantidad de tumbas, 42 de 272, con ajuar bélico sí lo comparamos con las otras dos necrópolis asociadas a Villasviejas de Tamujas. Este hecho estaría acorde con el período mencionado. No obstante, entre esta panoplia tan sólo se han documentado dos equipamientos para caballos (Hernández *et al.*, 2008: 330-335). Por tanto, los datos arqueológicos disponibles demuestran la existencia de una caballería durante época prerromana, pero es de élite y prestigio, no de ataque (Gabaldón, 2003: 222).



Por otra parte, la situación de estos campos de piedras hincadas están organizando las entradas a los castros, como ya se ha demostrado. Estas barreras están colocadas de tal manera que cualquiera que quisiera entrar o salir del castro tendría que hacerlo por los sitios marcados por dichas barreras, que estarían controlados por la comunidad (Fig. 156). Además, la única manera de tomar uno de estos castros hasta la llegada de los romanos y sus máquinas de guerra, sería la de alcanzar la base de la muralla y subir por ella con escalas. Por tanto, los campos de piedras hincadas suponen un obstáculo para el avance del enemigo y como Ruiz Zapatero estudió, permite una defensa desde la muralla a base de ondas, que ralentizaría aún más su avance (2003: 18-19). Este empleo de las piedras hincadas para marcar la entrada al castro se puede observar en diversos yacimientos como por ejemplo en Guijosa y en Hocincavero, donde se ha detectado sendos pasillos que van dirigiendo al visitante (Lorrio, 1997: 90). Así mismo Berrocal-Rangel demostró en Las Peñas de Aroche (Huelva), en donde las piedras hincadas estarían a más de 200 m. y servirían para encauzar la aproximación a poblado por el acceso mejor controlado por sus habitantes (2003: 227). Incluso en Yecla de Yeltes y en El Castillo de Saldeñuela se cree haber distinguido estos mismos pasillos en un área donde se interrumpe las piedras y que dirige los pasos del visitante ante las puertas de los castros.

Esta inducción a pasar por un sitio controlado es una buena estrategia cuando se producen las *razzias* de los castros vecinos o de pueblos como los *vacceos*, los cuales extendieron sus dominios a costa del territorio de *vetton* hasta la línea que forma el río Huebra y La Sierra de Frades al sur de Salamanca, las sierras de Ávila y el límite de la provincia de Segovia. De hecho, estas luchas y movimientos de las líneas de frontera en la zona de estudio, se plasman en las fuentes clásicas. Hay autores que adscriben ciudades como *Salmantica* (Salamanca), *Ocelum Duri* (Zamora) o *Albocela* (Toro) unas veces a los *vettones* y otras a los *vacceos*. Polibio (*Hist. Unv.*, III, 14, 1), Tito Livio (*Ad urbe condita*, XXI, 5, 8), Plutarco (*De Vir. Mul.* X) o Polieno (VII, 48), narran que Aníbal luchó contra los *vacceos* en *Salmantica*; mientras que Ptolomeo (*Geo.*, II, 5, 7) incluye a "*Salmantika*" como una ciudad *vettona*. Almagro-Gorbea indica que los límites que los autores clásicos dan para los *vettones* parecen contradictorios, pero en realidad están reflejando las variaciones que se producen a lo largo del tiempo (2008: 54).

Por otra parte, las *razzias* como actividad socio-económica entre los pueblos lusitanos<sup>47</sup> están documentadas en las fuentes clásicas, en Diodoro (*Biblio. Hist.*, V, 34, 6) y en Estrabón (*Geo.*, III, 3, 5):

<sup>47</sup> Al leer los textos clásicos citados a lo largo de este trabajo, se ha llegado a la conclusión que al hablar de los *lusitanos* (Estrabón, III, 3, 3) se está incluyendo a varios pueblos que se agruparán en la futura provincia romana de la Lusitania, de ahí la extrapolación de datos para nuestro territorio. Esta misma hipótesis es suficientemente defendida por otros autores tales como Pérez Vitela (2000: 73), Salinas Frías (2001: 19) o Bonnaud (2002: 186) y no creemos necesario extendernos más sobre el tema.

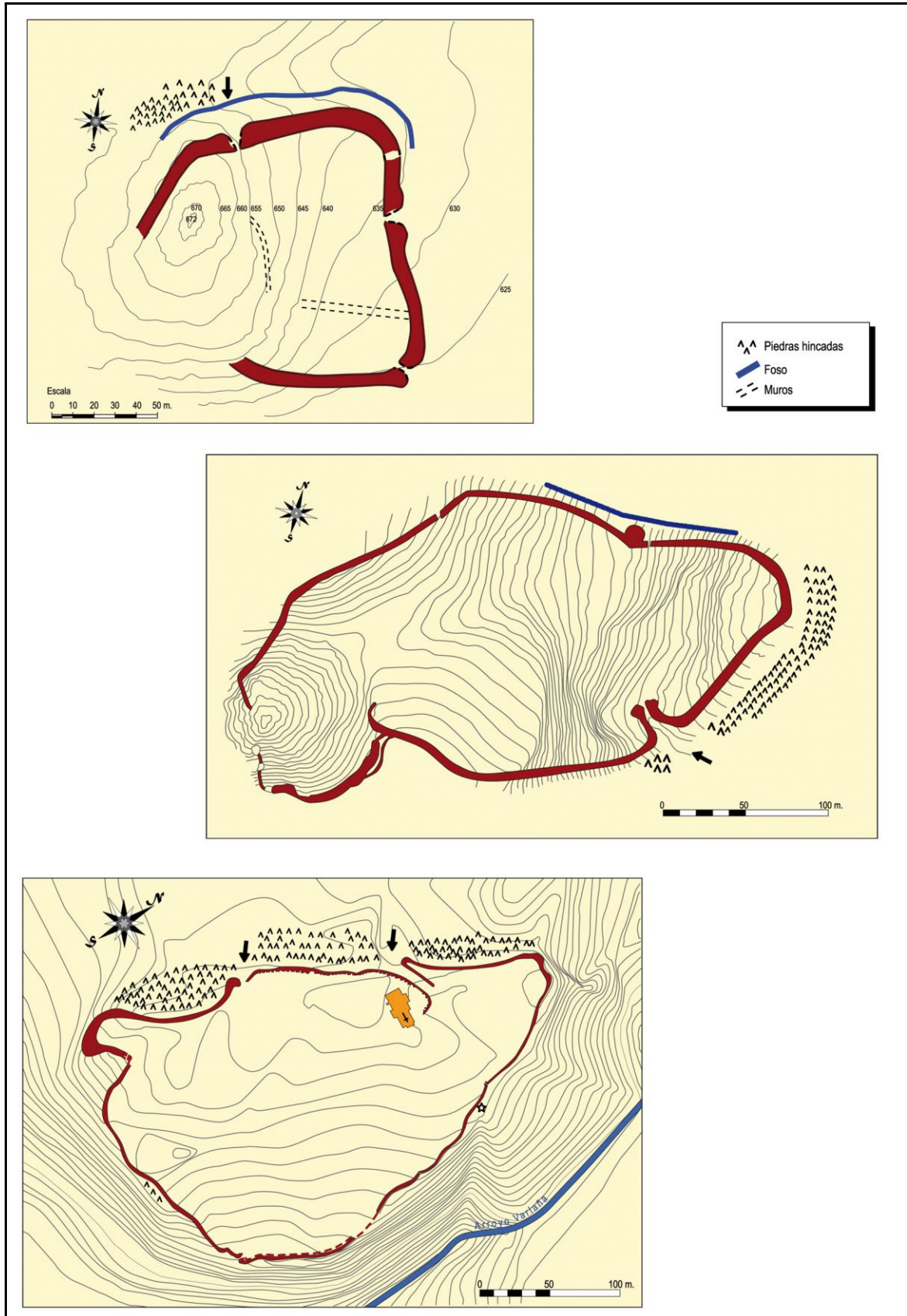


Figura 156: Las flechas indican como los campos de piedras hincadas del Picón de la Mora, de Las Merchanas y de Yecla de Yeltes, están organizando la entrada a los mismos. (Mapas vectorizados de Martín Valls, 1997 y completados por C. Mateos)

*“... La mayor parte de estas tribus han renunciado a vivir de la tierra para medrar con el bandidaje, en luchas continuas mantenidas entre ellas mismas o, atravesando el Tajo, con las provocadas contra las tribus vecinas...”*

Otros autores como Tito Livio (*Hist. Roma*, V, 41, 5) o Polibio (*Hist.*, II, 25, 5) narran el asalto a Roma por los celtas y cómo saquearon la ciudad. Por otra parte, Estrabón (IV, 3, 3) describe este mismo hecho entre los helvecios, y en Asia Menor, conocidos por el nombre de Galatas, en donde también se produjeron este tipo de agresiones, asociados siempre a los celtas, como una forma de vida para conseguir oro, plata y otros objetos de lujo que ayudaban a mantener el prestigio social de los líderes que las comandaban. En nuestro caso, lo más seguro es que estas *razzias* estuvieran, también, motivadas por la situación precaria de muchos jóvenes que sin recursos para vivir o sin prestigio social por ser pobres, se dedicaban a esta actividad para ganar todo aquello de lo que carecían, como da a entender Diódoro (*Biblio. Hist.*, V, 34, 6):

*“... los lusitanos: pues, entre los que se hallan en la plenitud de la edad, los más desprovistos de bienes familiares... una vez que forman bandas numerosas, hacen correrías por la Iberia, practicando el bandidaje, acumulando riquezas...”*

La lectura entre líneas de las fuentes nos dicen que *las razzias* eran comunes entre los pueblos celtas y volvemos la hipótesis que planteamos: es que las llevarían a cabo hombres a pie, ya que en las necrópolis *vettonas*, que se han excavado, los arreos de caballos no han aparecido como algo generalizado, sino tan sólo en algunas tumbas, muchas de ellas asociadas a individuos pertenecientes a una clase social alta; es decir, el caballo sería un elemento de prestigio que no estaría al alcance de todos y, como tal, no se arriesgarían a perderlo.

### **1. H. c. Funciones: emblemáticas y políticas**

Ambas funciones van a la par en los castros y quedan patentes por la monumentalidad de los elementos defensivos o por el tamaño de los yacimientos.

Se ha constatado que durante la Edad del Hierro se produce un proceso de creciente jerarquización entre los asentamientos, quedando unos núcleos subordinados a otros y complicándose paulatinamente las formas de organización territorial (Collis, 1996; Chapa y Belén, 1997). En el caso de las poblaciones del Hierro I, que entroncan con el Bronce Final, se observa también una jerarquización, pudiendo citar como ejemplo La Mesa del Carpio, el cual está emplazada en un cerro desde el que poseía un amplio dominio visual de los poblados de El Torrejón, Las Ollas, Castañeda, La Aceña, El Palomar y el Teso de la Hojita (San Morales) (González, 2005: 145ss.; Esparza y Blanco, 2008: 90).

Si seguimos el modelo al que Almagro Gorbea planteó para el valle del río Henares, y que Delibes (1998) aplicó a la provincia de Ávila, nos encontramos que a La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) (Fig. 146) podrían haber estado subordinados una serie de poblados encargados de los campos de cultivos de la vega del Tormes; mientras que éste cumpliría la función de

transformar y redistribuir sus excedentes. Esta hipótesis se apoya tanto en la misma situación de los poblados, como en que en La Mesa de Carpio Bernardo se han hallado molinos para tratar el grano y un centro de producción metalúrgica, no habiéndose encontrado ni metal ni elementos de transformación de alimentos en los otros yacimientos, por el momento. Además, la conclusión a la que se llegó tras la excavación de La Aceña es que este poblado no estuvo habitado de forma continuada sino que habría unos “saltos” de ocupación, aunque los arqueólogos no pudieron afirmar si éstos fueron debidos a esto o a las crecidas del Tormes, que habrían arrasado parte de los estratos del yacimiento (Sanz *et al.*, 1994). Se considera más lógico que estos yacimientos en zonas llanas fueran temporales porque si no se inundarían durante las crecidas del río. De hecho, antes de estar represado con la presa de Santa Teresa, el caudal del Tormes era muy irregular a lo largo del año. El máximo nivel de aguas se alcanzaba durante la primavera, hacia el mes de Abril, y el caudal mínimo se producía hacia la mitad del verano (Santonja, 1997: 37). Otro dato que lo avalaría sería la extensión de La Mesa de Carpio Bernardo que se ha calculado en 5 ha. frente a las 3 ha. de La Aceña. El tamaño de los poblados es como veremos más adelante, un factor a tener en cuenta a la hora de considerarlos como principales o secundarios en esta etapa prerromana.

Otro yacimiento principal de esta zona, sería el Cerro San Vicente por su extensión, 3 ha.; por la presencia de su muralla y por su emplazamiento en un cerro fuera del alcance de las aguas del Tormes. Hay distintos yacimientos, como Las Cabezas (Florida de Liébano) o El Regado (Pino del Tormes), que bien podrían haber sido dependientes de él, por su menor extensión como por su situación en vegas o zonas llanas.

Esta hipótesis fue planteada por Rodríguez (1993; 1996) o Abarquero (1997) para los hábitats de Protocogotas y Cogotas I situados tanto en Valladolid como en Palencia, y según ésta, los yacimientos situados en cerros, en los extremos de las lenguas de los páramos o en lugares destacados del paisaje serían los poblados neurálgicos y los emplazados en zonas llanas o alrededor de los primeros funcionarían como alquerías destinadas a la explotación del terreno, dependientes de los primeros. Sin embargo, hay sectores del territorio en la que tan sólo se han documentado los asentamientos en llanos, pudiendo responder a una modalidad en la que no existieran diferencias políticas y económicas entre los distintos hábitats (Abarquero, 1997: 74). A pesar de ello, la hipótesis que se plantea para los asentamientos en estudio es la de una jerarquización incipiente hacia finales de la Edad de Bronce y durante el Hierro I. Además, los yacimientos a los que hace referencia Abarquero eran ocupados de forma esporádica, como ocurre en La Aceña y en Huertas, por tanto es factible que los pobladores de estos lugares vinieran de otros asentamientos en una época del año determinada para la explotación del terreno circundante, en un sistema agrícola de rozas. Estos ejemplos son los únicos que se pueden exponer con cierta seguridad, ya que no se han realizado más excavaciones que daten con exactitud los yacimientos de este período; de hecho en el IACyL la mayoría de ellos están encuadrados en una cronología amplia, que abarca desde el Bronce Inicial hasta la Primera Edad del Hierro. Al mismo tiempo, esta falta de datos impide saber si estos yacimientos, de carácter secundario,



funcionan todos a la vez o si por el contrario la población se va moviendo de un punto a otro del territorio en función de las necesidades que tuvieran en cada momento.

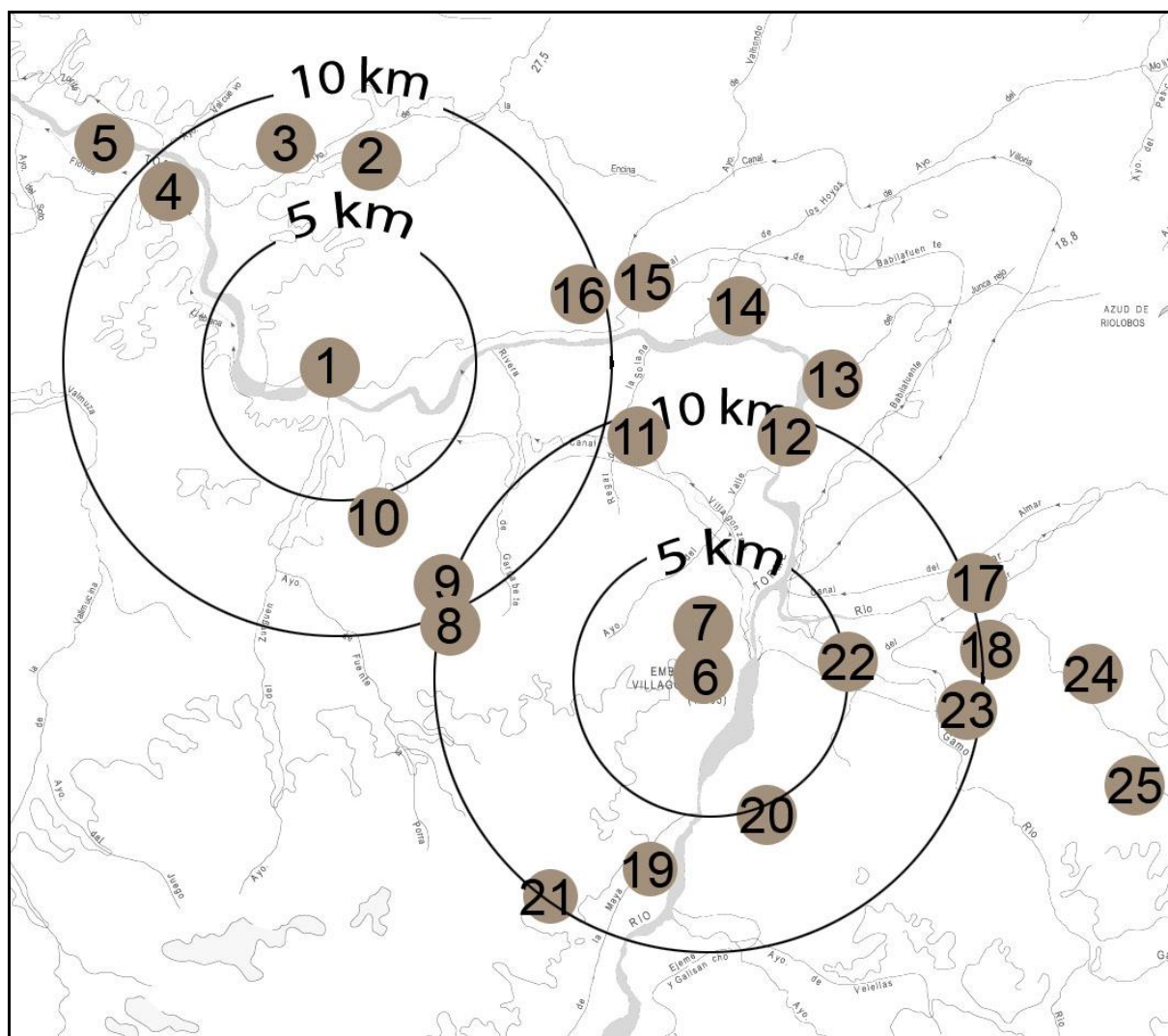


Figura 157: Mapa de los posibles yacimientos subordinados a La Mesa del Carpio (Villagonzalo del Tormes) y el Cerro San Vicente (Salamanca). 1. Cerro San Vicente. 2. Los Canales (Mozodiel del Camino). 3. Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera). 4. Las Cabezas (Florida de Liébano). 5. El Regado (Pino de Tormes). 6. La Mesa de Carpio Bernardo. 7. El Castillo del Carpio Bernardo (Villagonzalo del Tormes). 8. Arapiles Grande (Arapiles). 9. Arapiles Chico (Arapiles). 10. La Pinilla (Carbajosa de La Sagrada). 11. El Soto (Calvarrasa de Abajo). 12. Castañeda (Villagonzalo de Tormes). 13. La Aceña (Huertas). 14. Teso de la Hojita (San Morales). 15. Los Turracos (Aldealengua). 16. El Palomar (Aldealengua). 17. Las Regalonas (Peñarandilla). 18. Las Raneras (Peñarandilla). 19. El Torrejón (Alba de Tormes). 20. Los Jerónimos (Alba de Tormes). 22. Las Ollas (Garcihernández). 23. Centenera (Garcihernández). 24. Los Hornos (Coca de Alba). 25. Fresnillo (Macotera) (C. Mateos).

En cambio, los datos con los que contamos de la II Edad del Hierro son un poco más claros. El proceso de jerarquización tuvo su apogeo durante este período, que se traducirá en una subordinación de los asentamientos, indicándolo entre otros aspectos el tamaño o la existencia de elementos defensivos. Respecto a la extensión de los hábitats, es complicado dar un tamaño exacto, debido en

gran parte a la escasa información sobre las superficies de los yacimientos por la falta de excavaciones. No hay datos sobre la porción de terreno ocupado intramuros para el hábitat o para otras funciones, así como tan poco se sabe si se ocupó terreno extramuros para alguna función. Por tanto, el tamaño de los yacimientos se ha calculado sobre la superficie amurallada o sobre la delimitada por los accidentes naturales del terreno (cortadas, canchales, barrancos, ríos,...). Aún con esta limitación creemos que se ha calculado la superficie de los asentamientos con bastante acierto y como observó Luis Berrocal-Rangel para los castros de las cuencas del río Sado y del Bajo Guadiana “un asentamiento cuyos restos alcanzan las 20 hectáreas debió de responder a funciones y categorías diferentes a otro que sólo ocupase 3 hectáreas...” (1992: 216).

El segundo factor mencionado es la existencia de elementos defensivos, ya que el fenómeno del amurallamiento, como expuso Berrocal, responde a un desarrollo de la complejidad social, con una estructura jerarquizada, que trae consigo que las élites sociales quieran crear símbolos de su poder económico y político (2004b). Otros autores ven en las defensas una exhibición del poder y de la pujanza de la comunidad son Ruiz-Zapatero (2005: 13) o Álvarez-Sanchís (2007: 246). Sea como fuere todos coinciden en el carácter monumental y político de los sistemas defensivos. Esto explicaría porque se han encontrado poblados amurallados y otros no, aunque la hipótesis que se baraja es que muchos de estos últimos estarían amurallados, pero más bien podrían haber contado con una empalizada de madera o una muralla de adobe, que o bien se ha perdido o no se ha documentado porque no se ha llevado a cabo ninguna excavación.

Los gráficos (Fig. 158-1) han sido elaborados a partir de los testimonios tangibles de los yacimientos del territorio en estudio, por lo tanto futuras excavaciones pueden modificar los datos obtenidos. Así el 43 % de los 84 yacimientos no muestran en superficie elementos defensivos artificiales de ningún tipo, correspondiéndose con aquellos que no tuvieron una entidad política, aunque pudieron contar con una empalizada que delimitara la zona de hábitat y los defendiera de los animales salvajes. Hay un 4% de los yacimientos que se encuentran en el casco urbano y en los cuales no se han llevado a cabo excavaciones, por lo que no se sabe si estarían amurallados o no. Por último, el 53% se podrían considerar como asentamientos con sistemas defensivos artificiales. Este último grupo, formado por 44 yacimientos, se ha dividido en tres categorías (Fig.158-2). El primero está formado por aquellos castros en los que sólo se observa en superficie la muralla, correspondiéndose con el 73% de la muestra, aunque es factible que futuras excavaciones pusieran al descubierto otros elementos defensivos. El segundo conjunto lo conforman el 19% caracterizado por contar con una muralla y un elemento defensivo, consistente en un campo de piedras hincadas o un foso. Estos elementos pueden indicarnos un rango superior al primer grupo, habiéndolos considerado en algunos casos como castros dominantes. El tercero agruparía los castros, un 8%, cuyos componentes defensivos estarían

compuestos por la muralla, las piedras hincadas y uno o dos fosos. Esta última categoría es la menos numerosa, pero la magnitud de sus defensas indica con seguridad que tendrían una entidad política y económica importante en el territorio.

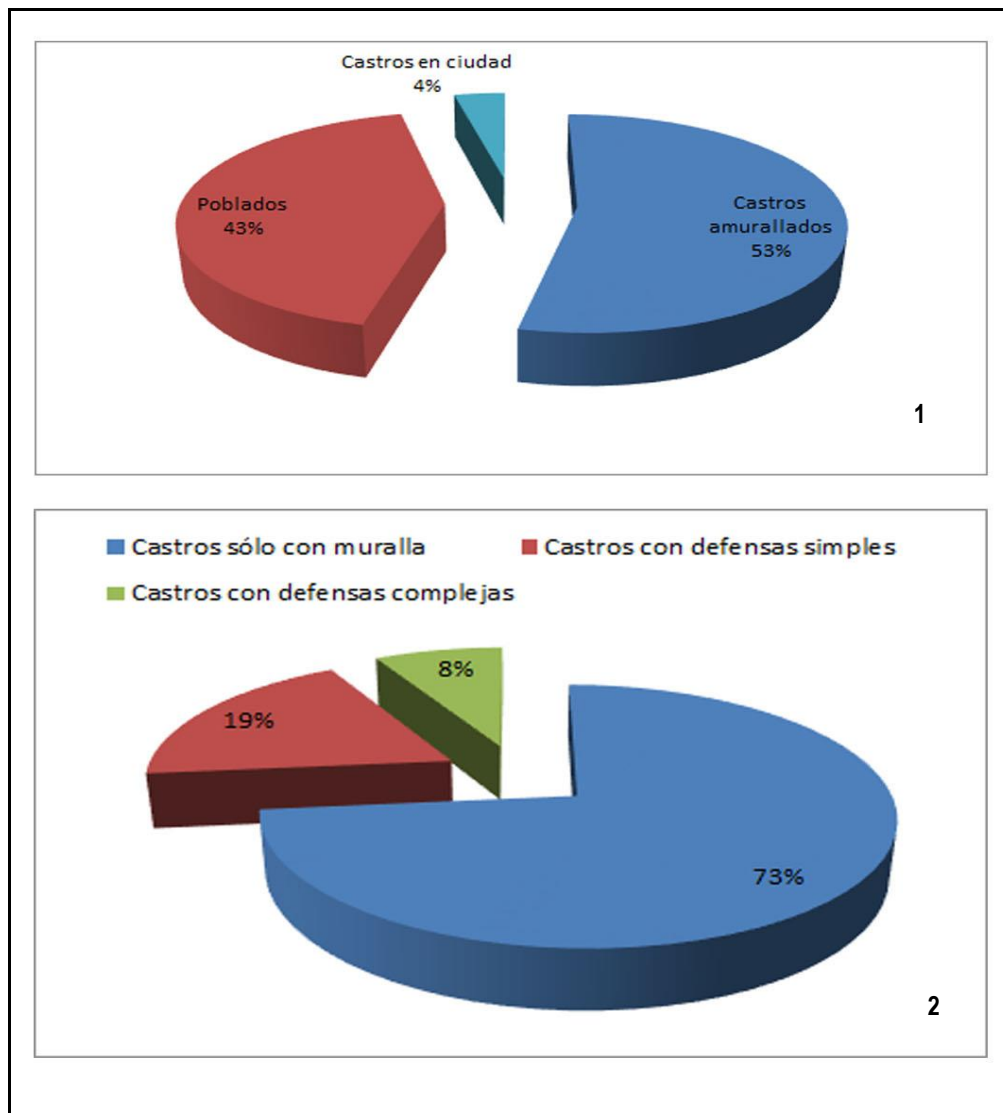


Figura 158: 1. Gráfico que muestra el porcentaje de castros y poblados. 2. Gráfico que muestra el porcentaje de castros que sólo cuentan con muralla, de los que cuentan con sistemas defensivos simples y de los que cuentan con sistemas defensivos complejos (C. Mateos).

De hecho, los yacimientos que componen este grupo son los de mayor tamaño y, además, entre ellos se encuentran los castros elegidos por los romanos para desarrollar su administración en la zona. Respecto a este punto hay que señalar que Luis Berrocal-Rangel observó que los asentamientos más grandes de la cuenca del Sado y del Bajo Gudiana constan de ocupaciones en época romana, medieval y moderna (1992: 216). En el área celtibérica los enclaves que ejercieron de auténticas ciudades fueron aquellos de mayor tamaño como *Segeda* (15 ha.), *Bilbilis* (20 ha.) o *Uxama* (30 ha.) y

en el propio territorio vetón los grandes *oppida*, Las Cogotas, La Mesa de Miranda y Ulaca, tuvieron una extensión de 14,5 ha., 30 ha. y 60 ha. respectivamente (Martín, 2001: 126 y 127).

Centrándonos en el extremo occidental meseteño, el nombre de algunas de estas *civitates*, o más bien *vici* principales, se conocen por cuatro términos augustales que mencionan a *Bletisa*, identificada con Ledesma (Roldán, 1997: 274); *Miróbriga* que se ha asociado a Ciudad Rodrigo (Ibíd., 1997: 275); *Poliba* que la sitúan en Lerilla, aunque tenemos nuestras reservas. *Valuta* que se ha localizado en El Castillo de Saldeana (Hernández, 2001: 240), aunque otros autores identifican este yacimiento con la *Eldana vaccea* (Roldán, 1997: 275). Otros dos *vici* principales serían *Salmántica*, que hace referencia a Salamanca, y *V/Urunia*, asociado con Iruña. Ambos nombres se han documentado en dos inscripciones honoríficas encontradas en los mismos, aunque bastante posteriores a la cronología con la que trabajamos, ya que están dedicadas a *Septimio Severo* y a *Domiciano*<sup>48</sup> (Roldán, 1997: 274 ss.; Hernández, 2001: 241).

Roldán llama *vici* a estos centros, ya que hay muy pocas ciudades que se podría considerar como tal en Lusitania, tales como *Emerita* o *Conimbriga*, verdaderas colonias o *municipio*. Estos *vici* estarían subordinados a *Emerita*, ya que fue la capital de La Lusitania, y tendrían un *ager* asignado para administrarlo, con unas normas semejantes a las ciudades romanas, colonias y municipios (Roldán, 1997). De hecho, en Aldeanueva del Campomojado aparece un epígrafe honorífico del siglo IV d. C. que menciona a un censor de la Lusitania.

Los datos recopilados, indican la existencia en lo alto, de un lugar, lo que podría ser una especie de foro, al que llaman la Plaza<sup>49</sup>. Tiene forma de cuadrilátero grande y llano y hay montículos de lajas, junto a sillares de granito, ladrillos, *tégula* e *ímbrex* que ponen de manifiesto los edificios que lo rodeaban. Incluso en el lado NO debió de existir un templo porque hay una basa ática de granito sin plinto y otras dos basas iguales encuentran en la Cruz del Camposanto. Asimismo, por todo el yacimiento se puede observar pavimentos de baldosas y a su lado tramos de muros, fragmentos de *ímbrex* y escombros, que corresponderían a casas con un marcado carácter romano. Incluso se distingue una estructura con pared de mampostería y argamasa de planta semicircular hecha con lajas, que pudiera corresponder a un horno (Gómez-Moreno, 2003). Mangas también distinguió unas canalizaciones y parte de unas presas de contención de agua (1992: 262). Además existe una inscripción honorífica de finales del siglo II d. C. en la que se menciona el *Ordo Municipii* (V).... Hernández Guerra lo ha transcrito como *Vruniensis* (2001: 161). Por otro parte, existen dos documentos medievales que la mencionan; uno es de 1161 de la catedral de Compostela por el cual el rey Don Fernando II manifiesta su propósito de establecer una sede episcopal en Ciudad Rodrigo y da facultad al arzobispo de Santiago para nombrar obispo. Iruña es nombrada como *Urania* (Mangas, 1992). El otro documento es un privilegio de Fernando II de León, fechado en 1168, por el cual el rey

<sup>48</sup> La referencia de la dedicada a Septimio Severo es CIL II, 863 y la de la dedicada a Domiciano es CIL II, 862.

<sup>49</sup> Este nombre es bastante significativo ya que en Castilla por "plaza" se entiende lugar de reunión de los vecinos, donde se celebran ferias, mercados y demás fiestas públicas.



da el lugar al obispo y a la catedral de Ciudad Rodrigo. Irueña es mencionado en este documento mediante *Oronia*. Estas menciones junto a las pizarras visigodas refuerza la hipótesis de que Irueña fuera un *municipio*, una pequeña ciudad, que perduró hasta la Edad Media.

Estos restos materiales que presenta Irueña son muchos más de lo que se sabe de la etapa romana de cualquiera de los otros tres castros y responderían más al esquema de una “ciudad” con una función destacada dentro del territorio *vettón*. Como ya se ha mencionado no se han encontrado vestigios acerca de esta etapa, debiéndose en el caso de Salamanca<sup>50</sup> y Ciudad Rodrigo, al crecimiento de ambas ciudades. Las continuas remodelaciones urbanas que han sufrido a lo largo de la historia han hecho desaparecer cualquier vestigio material o cualquier construcción de la misma envergadura de las que encontramos en Irueña. En el caso de la capital se han documentado tres infraestructuras municipales: un tramo del acueducto romano, con un trazado NE-SW tendente a N-S, un tramo de estructura vial, calle o acera, que recorre de manera colateral al acueducto, y el puente; todos de cronología pleno imperial, S. II-III d.C., (Alario *et al.*, 1998a: 97; 1998c). En el caso de Ciudad Rodrigo contamos con tres columnas que Salinas asocia con algún edificio público importante (1997: 357), por lo que seguramente fueron también *municipia*.

El crecimiento y la pervivencia de Ledesma también han dificultado la conservación de cualquier vestigio en ella. Los hallazgos que permiten entrever su origen prerromano y la continuidad durante época romana son las casas de la plaza de San Martín (Benet *et al.*, 1991: 117ss.), los niveles de la Edad del Hierro muy arrasados aparecidos en las excavaciones de la fortaleza (Pérez, 1997: 25), los términos augustales, en donde se puede leer *Salm(anticam)*, *Bletisa* y *Mirobr(igam)*; una lapida romana de la Iglesia de Santa María y una inscripción desaparecida cuya traducción era: “Blesso, cónsul, a los dos años de su consulado, reedificó Bletissa y la hizo colonia romana” (Martin y Martin, 2008: 43 y 26). Esta inscripción, de ser auténtica, dejaría claro que el enclave prerromano habría pasado a ser una colonia en época romana. También se han documentado varios tramos de calzada romana, uno al lado de la plaza de San Pedro (Maderalo, 2000) y otro próximo al Puente Mocha (Frades, 1993: 18). Esta calzada tendría un carácter secundario e iría a unirse con la red de calzadas principales, correspondiendo una de ellas a la que uniría *Ocelo Duri* y *Bletisa* (Virgilio, 1978: 274). Por último, filólogos como Llorente o Tovar defienden el origen indoeuropeo del topónimo Ledesma. Llorente dice que está emparentado con los sufijos celtas –briga o con los procedentes de antiguos superlativos en –sama. Tovar demostró que Bletisama es una palabra precéltica quizá iliria, perteneciente a los primeros pobladores indoeuropeos (1970: 150ss.).

---

<sup>50</sup> *Salmántica* fue un vicus hasta que Vespasiano concedió el derecho latino a toda La Península Ibérica, lo cual implicaba contar con una infraestructura urbana e incipientes formas de organización administrativas, con sus edificios correspondientes, por lo que *Salmántica* habría tenido edificios monumentales. Esto se confirma por una inscripción inédita del Museo Provincial de Salamanca (Roldán, 1997: 274), en el que el *ordo salmanticensis* hace una dedicatoria a Caracalla. El hecho de que no se conozca lo mismo para los otros tres y que Salamanca sea la capital de provincia desde hace siglos, hace pensar que los otros tres vici pasaron a estar subordinados a *Salmántica*.

Respecto a Miróbriga existe otra inscripción que atestigua su estatus. En ella se puede leer el nombre de un indígena que pertenece a la *civitates* de *Mirobriga*:

- *Flaccus / Argantoni / Magilanicum / Mirobrigensis / an(orum) XXXV / H(ic) S(itus) E(st). S(it) I(ibi) T(erra) L(evis).*

Hernández Guerra identifica *Valuta* con El Castillo de Saldeana por la gran extensión del mismo y por el material de época romana aparecido (2001: 240). Mangas da distintas interpretaciones sobre esta abreviatura, siendo una de ellas que el término augustal hiciera referencia a una comunidad prerromana situada al sur de *Bletisa* y *Salmantica* y al norte de *Mirobriga*, que quedaron divididos y adscritos entre ambas (1992: 259). Hernández identifica *Mirobriga* con Yecla de Yeltes, basándose en el hecho de que la mayoría de los vestigios encontrados en Ciudad Rodrigo se datan entre los siglos IV y V d. C y los materiales prerromanos de Yecla de Yeltes son más numerosos y en el hecho de que el nombre de los términos augustales tiene que hacer referencia a la comunidad más próxima, la cual es Yecla y no Ciudad Rodrigo.

Roldán (1997: 271) y Mangas (1992: 265) han planteado que Yecla de Yeltes pudo ser la *civitas* que aparece como *Poliba*. Por otra parte, Hernández Guerra (2001: 240) identifica *Poliba* con Lerilla por su pervivencia hasta época visigoda, como demuestran las pizarras aparecidas allí (Velásquez, 1991: 166). Fuera como fuera, la hipótesis de que este castro fuera un *municipium* es factible, aunque el mal estado de conservación no permite distinguir unas estructuras parecidas a las de Irueña; pero la atribución del nombre es dudosa, ya que en el mismo documento medieval que aparece *Urania*, también se nombra a Lerilla, como *Lirela*.

### 1. H. c. 1. Propuesta de organización territorial durante la II Edad del Hierro

La realización de un hipotético mapa del territorio durante la II Edad del Hierro parte de los castros identificados de forma casi segura como *vicus* o *municipia* en época romana. Pero también se ha tenido en cuenta otros parámetros como son el empleo de la piedra; los vestigios arqueológicos; las fuentes literarias; la presencia o no elementos defensivos y la “monumentalidad” de la muralla; el tamaño de los yacimientos; la presencia de verracos y la visibilidad de cada castro sobre el terreno. Así se han identificado una serie de castros dominantes, que pudieron ser o no *oppida*, entendiendo por tal núcleos de extensiones grandes o medianas, que desarrollan artesanías, realizan intercambios a larga distancia y que controlan un amplio territorio circundante (Wells, 1984; Collis, 2000; Ruiz Zapatero, Baquedano, Contreras y Martens, 2007).

Inicialmente, para realizar este estudio se partió de la premisa de una velocidad media de 5 km. /h. de marcha, una medida teórica pero factible que permitiría recorrer 20 km. en un día concreto (ferias, mercados, festividades<sup>51</sup>), con más o menos dificultad; por tanto el radio máximo de extensión del territorio de un castro principal, que se marcó, fue de 20 km. No obstante, según se fue aplicando

<sup>51</sup> La realización de este tipo de actividades es defendida para el castro de Ulaca por su carácter jerarca en el valle del Ambles (Álvarez-Sanchis *et al.*, 2008: 347).

esta premisa, se comprobó que en la mayoría de los casos sólo se podría aplicar un radio aproximado de entre 5 km. y 10 km., pues radios más amplios hacían que se entrecruzasen territorios, como se irá viendo a lo largo de la exposición. Hay que matizar que algunas veces no se ha dibujado más que el radio de 5 km. para facilitar la visualización de los mapas. La riqueza y el poder de cada comunidad se podría ver reflejada en la extensión de su territorio, explicando los cambios en los parámetros, entre 5 y 10 km, que se van a ver a lo largo de todo el estudio. La propia orografía del terreno también se ha tenido en cuenta porque en donde se cruzan territorios de varios castros suelen existir una serie de accidentes geográficos que marcan unas fronteras naturales, como son las montañas o los ríos, que se irán especificando para cada caso según se desarrolle el texto. Otros autores que también emplean estos elementos como delimitadores serían Álvarez-Sanchís que establece la línea del Duero como frontera entre Zamora y el NE de Portugal (1999: 241) o Kelly que considera que los pantanos irlandeses actuaron de marcadores naturales entre los territorios de las poblaciones celtas (2006: 1; 2012: 232-240; 2013: 11). Los castros dominantes resultantes se han organizado en tres grandes zonas:

1. H. c. 1-1. Zona oriental

Salamanca

Los Ocueros (Alaraz)

El Castillo (Forfoleda)

Alba de Tormes

1. H. c. 1-2. Zona occidental, que por su gran tamaño se ha subdividido en áreas.

1. H. c. 1-2. 1. Campo de Vitigudino

El Castillo de Saldeana

Las Merchanas (Lumbrales)

Las Uces

1. H. c. 1-2. 2. Campo de Yeltes

Yecla de Yeltes

Los Castillos (Retortillo)

1. H. c. 1-2. 3. Las Arribes

Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero)

El Castillo (Mieza)

Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña)

El Castillo (Masueco)

Teso del Santo (Gejo de los Reyes)

El Castillo (Monleras)

1. H. c. 1-2. 4. Abadengo

Castelmao (San Felices de Los Gallegos)

1. H. c. 1-2. 5. Campo de Azaba - Campo de Argañán

Irueña (Fuenteguinaldo)

Lerilla (Zamarra)

La Plaza (Gallegos de Argañán)

La Mesa Grande (Castraz)

Ciudad Rodrigo

Los Castillos (Villares de Yeltes)

1. H. c. 1-2. 6. Campo de Ledesma

Ledesma

El Teso del Santo (Santiz).

1. H. c. 1-3. Zona serrana

Alto del Cabezo (Los Santos)

Los Castillos (Cabeza de Béjar),

La Corona (Rinconada de la Sierra)

Los Rodales (Pinedas)

Monleón

Cabezo del Castillo (Fuenterroble)

1. H. c. 1-1. Zona oriental

Esta se identifica con la Penillanura y se han reconocido cuatro castros dominantes y sus subordinados, aunque algunos de ellos aparecen catalogados en el IACyL como “de probable cronología del Hierro II”. Estos enclaves serían: Salamanca, Los Ocuestos (Alaraz), El Castillo (Forfoleda) y Alba de Tormes (Fig. 159).

Comenzaremos por Salamanca (Fig. 159-2), respecto al tamaño hay que decir que la extensión de Salamanca se estima en unas 20,58 ha., mientras que las medias de la generalidad de los poblados considerados como secundarios, las superficies oscilan entre 0,87 ha. y 5 ha. aproximadamente<sup>52</sup>. Además, estos últimos no muestran elementos defensivos.

El siguiente núcleo sería Alba de Tormes (Fig. 159-1) cuya extensión, si aceptamos los orígenes prerromanos de este pueblo, oscila entre 8 y 11 ha., en la zona donde se encuentra el castillo<sup>53</sup>. Por otra parte, las superficies de Las Vegas (Larrodrigo) y la Cuesta de Santa Ana (Garcihernández), se estiman en 0.80 ha. y en 4,92 ha, respectivamente. Los dos últimos asentamientos no cuentan con ningún tipo de sistema defensivo. Además, en el caso de Las Vegas se dan dos condiciones, que impiden considerarlo propicio para ser un enclave principal; su emplazamiento en llano y el hecho de estar sobre terrenos aluviales propensos a inundaciones, por lo que pudo ser un asentamiento temporal para la explotación agropecuaria del terreno. El Teso de Utrera (Mozárbez) y Coca de Alba quedarían descolgados y por cercanía pudieron estar en la órbita de influencia del territorio de Alba, pero la propia duda sobre la adscripción cronológica de ambos

---

<sup>52</sup> Todas las medidas en hectáreas, menos las que se encuentran publicadas, se han tomado empleando el SIGPAC, y hay que tomarlas como orientativas, ya que una prospección intensiva de los terrenos darían una superficie más aproximada.

<sup>53</sup> Se ha elegido como emplazamiento esta zona por analogía con Ciudad Rodrigo o Ledesma, en donde el castro prerromano se ubica tradicionalmente debajo del castillo de la ciudad en el primer caso y en el segundo se documentó debajo de la fortaleza un nivel prerromano muy arrasado (IACyL).



yacimientos pide prudencia y nos impide ir más allá de esta especulación; ya que ambos casos dan muy pocos datos, por estar muy arrasado, en el primer caso, y por estar bajo el pueblo actual en el segundo. Indicios de que Alba de Tormes fue un castro romanizado son los vestigios cerámicos, la situación del emplazamiento, el hecho de que se conserva un tramo de calzada romana, que la uniría a Salamanca (Frades, 1993: 20), el hallazgo de varias estelas y al nombre de *Albocola* que se ha identificado con Alba por semejanza fonética (Salinas, 1997: 354). De época prerromana no se ha conservado nada más que el topónimo *alba* si atendemos a Hubsch y Krahe que lo ligan a un nombre ligur que significa “colonia fortificada, castillo” (Llorente, 2003: 93-94), por lo que es posible que esta población estuviera amurallada en época prerromana, aunque no se conoce nada respecto a este tema porque el pueblo moderno estaría construido sobre él.

La diferencia de tamaños también se observa en el caso de Los Ocuestos (Alaraz) (Fig. 159-11), cuya superficie se calcula en 4,55 ha., frente a las 0,39 ha. de La Ermita del Cristo (Alaraz). Así mismo, el enclave de este último está dominado por su entorno inmediato debido a su posición en un llano mientras que el primero se situó en un cerro amesetado. El último yacimiento, El Castillo (Forfoleda) (Fig. 159-13) está en un cerro en espigón fluvial, dominando el territorio circundante. Fue un asentamiento fortificado y cuenta con un foso en su sector más vulnerable. La cuestión es que, hasta el momento, no se ha documentado ningún posible yacimiento secundario.

Por tanto, en lo tocante a los parámetros territoriales de partida, hay que decir que esta zona oriental queda organizada con estos cuatro castros. No obstante, también se muestran unos vacíos poblacionales en algunos sectores como La Armuña, las Tierras de Alba y El Campo de Peñaranda que, sin embargo, durante el Hierro I sí estaban habitadas. La hipótesis es que el NE del territorio estaría muy poco poblado, centrándose los yacimientos en torno a cuatro enclaves; dos de los cuales estarían próximos al Tormes y los otros dos, con uno o ningún yacimiento subordinado, situados en las proximidades de dos posibles vías de comunicación que ya se han visto en el capítulo 4, las cañadas de La Plata y la de Alba, la cual en esta zona posibilita el paso hacia tierras abulenses. Esta teoría se basa en la escasez de vestigios arqueológicos que se han documentado durante la investigación, ya que tanto los libros como las cartas arqueológicas consultadas han dado resultados negativos respecto a la existencia de hábitats en esta zona durante el Hierro II (Piñel, 1980; Benet, 1998: 325; IACyL). De hecho, las prospecciones más recientes en esta zona dan un mayor índice de ocupación en época romana y altomedieval (Aguilar, 2006; Sánchez, 2007; IACyL). Esta despoblación quedó registrada en los itinerarios del Imperio romano, refiriéndose a estas tierras como deshabitadas (García, 2002: 34).

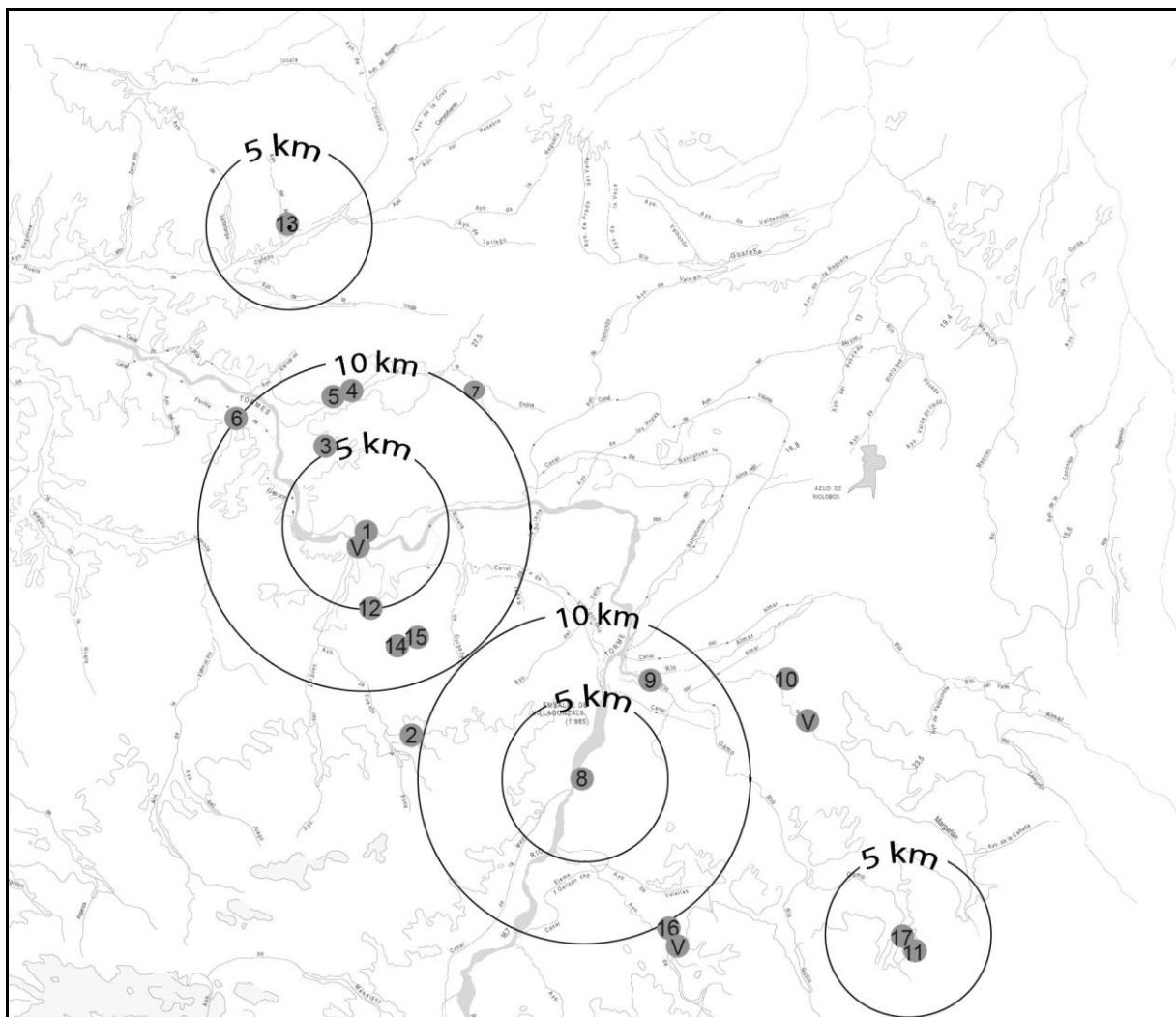


Figura 159: 1. Teso de Las Catedrales (Salamanca). 2. Teso de Utrera (Mozárbez). 3. Teso de San Miguel (Villamayor). 4. Teso de la Encina (Aldeaseca). 5. Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera). 6. Florida de Liébano. 7. Teso de San Cristóbal (San Cristóbal de la Cuesta). 8. Alba de Tormes. 9. Cerro de Santa Ana (Garcihernández). 10. Coca de Alba. 11. Los Ocuestos (Alaraz). 12. Peñas del Gejo (La Pinilla). 13. El Castillo (Forfoleda). 14. Arapil de la Fuente (Arapiles). 15. Tres Palacios (Arapiles). 16. Las Vegas (Larrodrigo). 17. Ermita del Cristo (C. Mateos).

Esta escasez de asentamientos puede responder a varios motivos: por una parte es una comarca muy seca, debido a la inexistencia de ríos caudalosos, ya que el río Tormes la bordea pero no penetra en ella, y los pequeños arroyos, riberas y riachuelos se secan en verano; no pudiendo satisfacer las necesidades básicas de subsistencia (García, 2002: 34). En segundo lugar, la escasez de cerros u otros accidentes geográficos, por no decir su ausencia, similares a los elegidos para otros asentamientos que ya se han mencionado<sup>54</sup>. Una tercera razón, puede ser el carácter fronterizo de este área, ya que es la zona limítrofe entre vacceos y vettones (Álvarez-Sanchís y Sánchez- Zapatero, 2002: 270); quizá una tierra de nadie para evitar conflictos. Por último, durante el Hierro II parece que se produjo un cambio en la mentalidad de la población respecto a la explotación y organización del

<sup>54</sup> Información obtenida del estudio del mapa cartográfico militar de España, Serie L., 1:50000 de La Vallés (452; 13-18).

territorio respecto a la etapa anterior, que trajo consigo una preferencia por emplazamientos en alto y con defensas naturales para los asentamientos permanentes de carácter primario, como ya se ha mencionado. Las características del territorio vacío no respondían a esta nueva mentalidad lo que unido a la falta de recursos hídricos permanentes pudo tener que ver en el hecho de este desierto poblacional; por el contrario en la etapa siguiente el cambio de situación bajo la dominación romana en lo que a organización y explotación del territorio se refiere, los avances en cuestión tecnológica y la idoneidad de estas tierras para el cultivo trajo consigo la creación de asentamientos.

#### 1. H. c. 1-2. Zona occidental

Al acometer el análisis de la zona occidental del área en estudio (Campo de Vitigudino, Campo de Yeltes, Las Arribes, Abadengo, Campo de Azaba y Campo de Argañán) se tuvieron que replantear los módulos de partida, porque los resultados obtenidos no eran satisfactorios al quedar muchos hábitats “descolgados”, tanto castros con una monumentalidad evidente y un enclave dominante, como otros que son todo lo contrario. Por tanto, se redujeron los parámetros a 5 y 10km., como se puede ver en el mapa de la figura 154. Esto se explica tras analizar la distribución de los castros respecto de los afloramientos mineros, la monumentalidad de sus construcciones defensivas, el tamaño y la pervivencia en época romana. Así mismo la gran cantidad de yacimientos localizados en esta zona, respecto a La Penillanura, hace evidente que su organización territorial fue diferente.

La conclusión a la que se ha llegado es que esta zona funciona de forma diferente al resto del territorio y los motivos más evidentes para ello es la actividad minera y la ganadera que la caracterizan secularmente. Como ya se ha visto el Occidente salmantino se caracteriza por la abundancia de tierras propicias para la ganadería y por la gran cantidad de afloramientos de mineral de hierro y estaño, concentrados sobre todo a lo largo de los ríos Águeda, Huebra y Yeltes<sup>55</sup>. Ambas actividades son factores fundamentales para explicar el enclave de muchos castros, ya que les reportarían riquezas, que se traducirían en el prestigio de sus habitantes y en poder sobre el resto de los poblados. La protección las cabezas de ganado y del mineral extraído explicaría el hecho de que muchos castros secundarios cuenten con una muralla tan potente como la construida para los dominantes.

La hipótesis de partida establece como yacimientos dominantes en el Campo de Vitigudino: El Castillo de Saldeana, Las Merchanas (Lumbrales) y Las Uces. En el Campo de Yeltes: Yecla de Yeltes y Los Castillos (Retortillo). En Las Arribes: Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero), El Castillo (Mieza), Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña), El Castillo (Masueco), el Teso del Santo (Gejo de los Reyes) y El Castillo (Monleras). En el Abadengo: Castelmao (San Felices de Los Gallegos). En el Campo de Azaba - Campo de Argañán: Irueña (Fuenteguinaldo), Lerilla (Zamarra), La

---

<sup>55</sup> El estudio más detenido sobre los recursos se ha abordado en el capítulo 4.

Plaza (Gallegos de Argañán), La Mesa Grande (Castraz), Ciudad Rodrigo y Los Castillos (Villares de Yeltes) (Fig. 160).

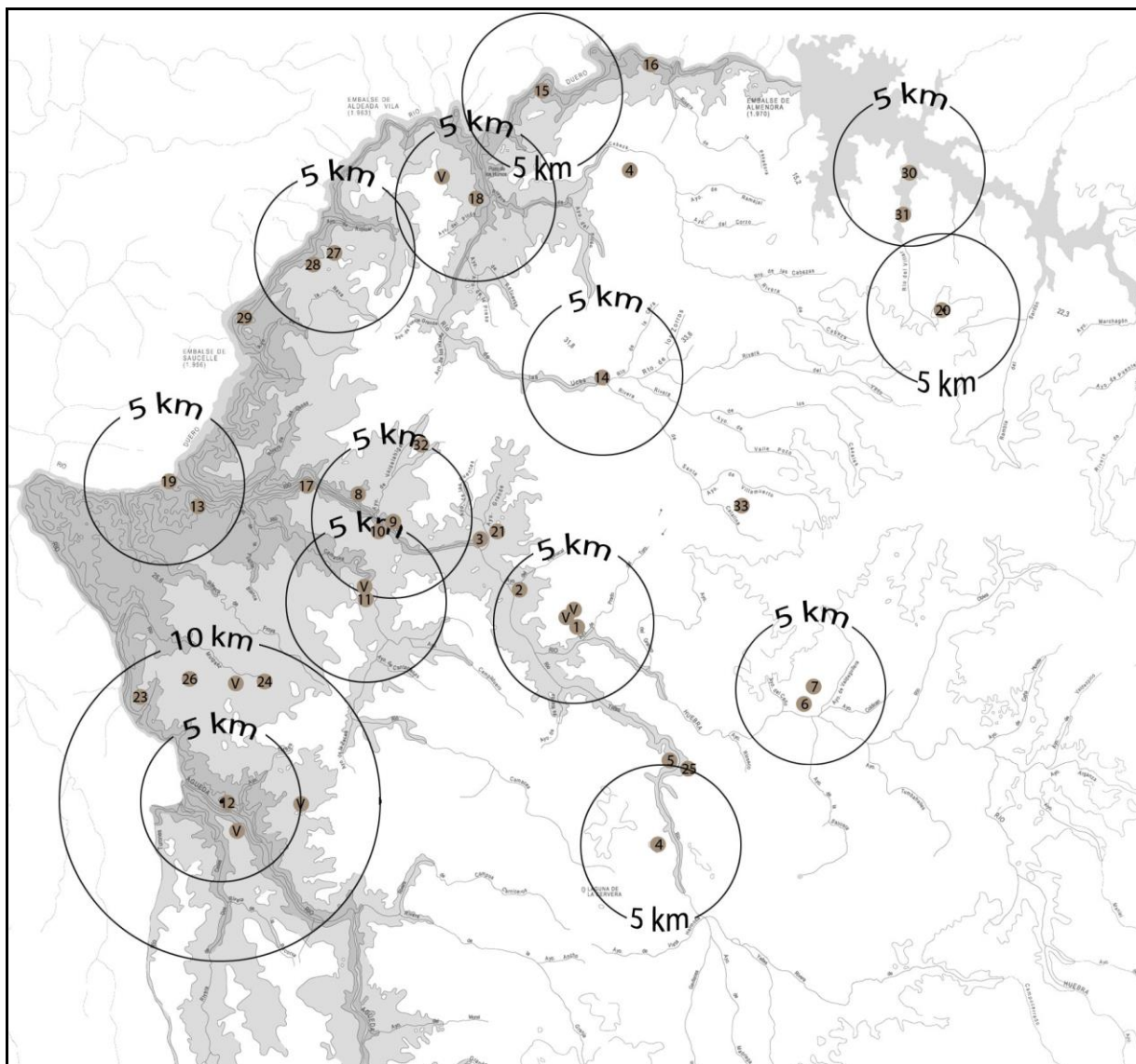


Fig. 160: 1. Yecla de Yeltes. 2. Los Castillos (Gema). 3. Picón de la Mora (Encinasola). 4. Cerro Muriano (Cabeza de Framontanos). 5. Las Cercas (Villavieja de Yeltes). 6. Tres Cuartos (Cubo de Don Sancho). 7. Ermitas (Cubo de Don Sancho). 8. Casa de Quiquín (Barruecopardo). 9. El Castillo de Saldeana. 10. El Castillo de Saldeñuela (Bermellar). 11. Las Merchanas (Lumbrales). 12. Castelmoo (San Felices de Los Gallegos). 13. Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero). 14. Las Uces. 15. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña). 16. Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires). 17. La Malgarrida (Hinojosa del Duero). 18. El Castillo (Masueco). 19. Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero). 20. Teso del Santo (Gejo de Los Reyes). 21. Las Cortinas (Encinasola de Los Comendadores). 22. Muriano (Cabeza de Framontanos). 23. La Colmenera (Sobradillo). 24. Molino Caído (La Redonda). 25. Villares de Yeltes. 26. Sobradillo. 27. El Castillo (Mieza). 28. Balcosio (Mieza). 29. Pandera (Mieza). 30. El Castillo (Monleras). 31. El Castrejón (Monleras). 32. Los Terrizos (Villasbuenas). 33. Valdelascampanas (Peralejos de Abajo) (C. Mateos).

La gran concentración de yacimientos en la zona occidental puede ocasionar dudas; de hecho es la zona que más esfuerzo ha exigido para su análisis.



## 1. H. c. 1-2. 1. Las Arribes

Se ha observado que los castros principales son de menor tamaño que en otras áreas del occidente salmantino, debido seguramente a la orografía del terreno, lo que produce enclaves muy reducidos. A cambio los escarpes tan pronunciados del Duero actúan como elementos defensivos naturales. Así mismo, el río también actúa de frontera natural con los castros de las zonas portuguesas de Mogadouro, Penafiel y Miranda do Douro.

Los castros considerados como dominantes son aquellos con una cierta entidad monumental, con enclaves destacados y, en algunos casos, romanizados. El mejor ejemplo, que aúna todas estas características es el Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero) (Fig. 161-1). En el caso de El Castillo (Mieza) (Fig. 161-2) no hay indicios de su pervivencia en época romana, pero mientras que este castro está amurallado sus yacimientos secundarios, Balcosio, Pandera y El Teso del Dinero, no muestran ningún vestigio de ello.

Los siguientes casos a comentar son los castros del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires) (Fig. 161-7) y el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) (Fig. 161-8). La hipótesis planteada es que éste último es un castro principal por la monumentalidad de sus elementos defensivos, que aunque muy arruinados se intuyen perfectamente, e incluso Maluquer dejó constancia de la presencia de un campo de piedras hincadas, del que en la actualidad no quedan más que alguna en pie (1956a: 93). Hay dos yacimientos que pudieron estar en su órbita el Cerro Muriano, de menor extensión (0.80 ha.) y sin vestigios visibles de sistemas defensivos, y el Teso de San Cristóbal, que está muy desfigurado debido a la constante intervención del hombre en época posteriores (construcción de la ermita, de una pequeña plaza de toros, su acondicionamiento como merendero,...) y, en la actualidad, no queda de este castro más que el supuesto santuario (vide infra, cap. 5.5), el cimientado de un muro en el Norte y los vestigios materiales que se han recogido en las sucesivas prospecciones para realizar las cartas arqueológicas.

El Castillo (Masueco) (Fig. 161-3) es un pequeño enclave amurallado con un posible verraco asociado a él. Se ha puesto como principal pero nos genera dudas, de hecho se ha comprobado que al poner un radio de 10 Km. tanto sobre el Teso de la ermita de La Virgen del Castillo como sobre El Castillo (Mieza) este yacimiento queda en una zona de cruce de ambos territorios. Además, en este caso la orografía no ayuda a delimitar posibles fronteras naturales. Finalmente se ha decantado por considerarlo como principal, ya que en parte reúne parte de las características que se han marcado tales como amurallamiento, asentamiento en alto y defensas naturales y un verraco posiblemente en relación con él.

Los dos últimos enclaves dominantes de Las Arribes son el de El Castillo (Monleras) (Fig. 161-5) y el Teso del Santo (Gejo de los Reyes) (162-4). Actualmente, el primero está cubierto por el embalse de Almendra, pero ha quedado constancia de la existencia de una potente muralla y de su situación en un enclave defensivo, con una extensión de 1,10 ha. Mientras su poblado subordinado, El

Castrejón está emplazado en una suave loma, en principio no cuenta con una muralla y su tamaño se ha estimado en 0,6 ha. Respecto al Teso del Santo, no se ha documentado hasta el momento ningún poblado asociado.

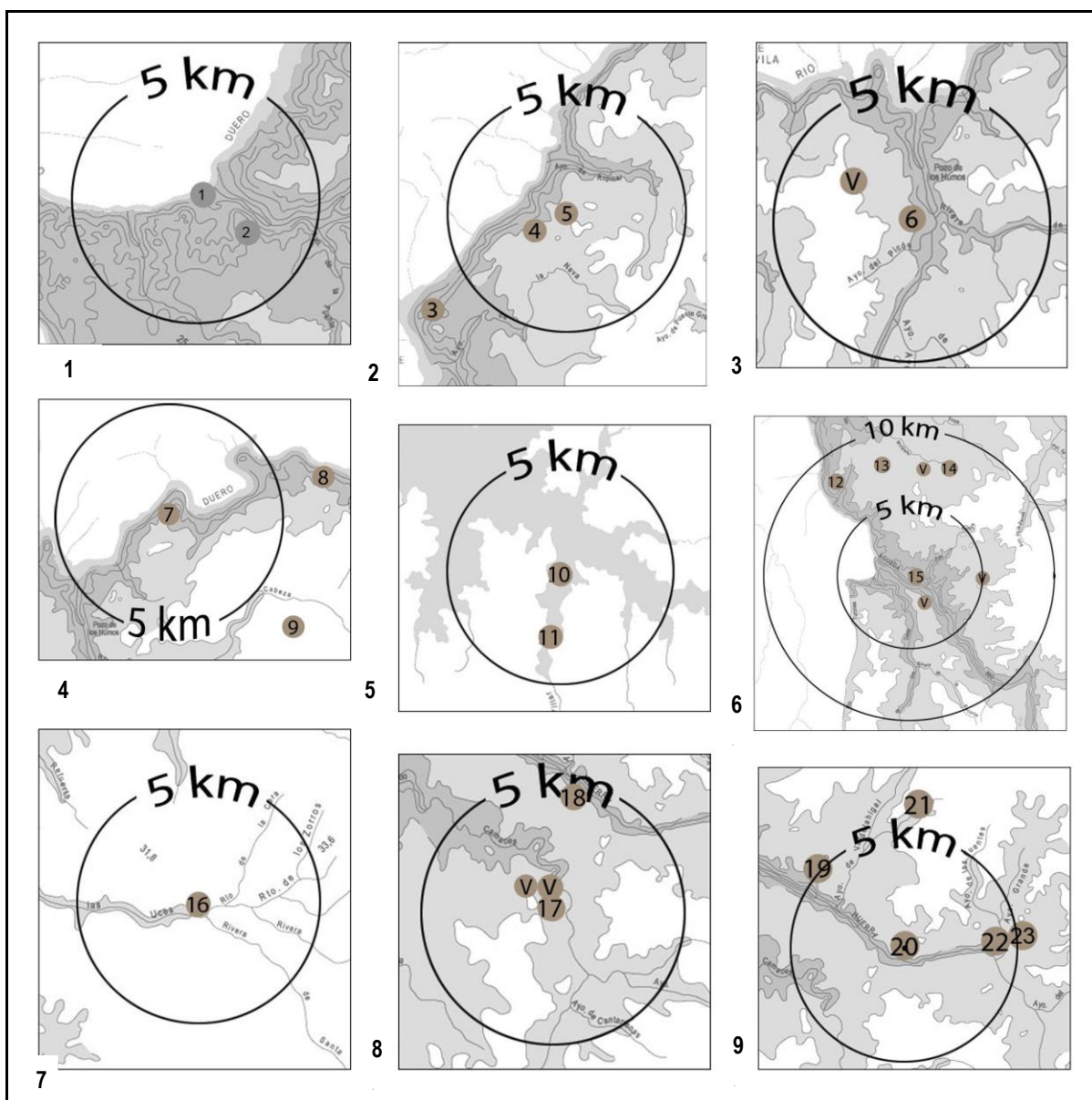


Figura 161: 1. Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa de Duero). 2. Moncalvo (Hinojosa del Duero). 3. Balcosio (Mieza). 4. Pandera (Mieza). 5. Los Castillos (Mieza). 6. El Castillo (Masueco). 7. Teso de San Cristóbal (Villarino). 8. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña). 9. Cerro Muriano (Framontanos). 10. El Castillo (Monleras). 11. El Castrejón (Monleras). 12. La Colmenera (Sobradillo). 13. Sobradillo. 14. Molino Caído (La Redonda). 15. Castelmao (San Felices de Los Gallegos). 16. Las Uces. 17. Las Merchanas (Lumbrales). 18. El Castillo de Saldeñuela (Bermellar). 19. Casa de Quiquín (Barruecopardo). 20. El Castillo de Saldeana. 21. Los Terrizos (Villasbuenas). 22. Picón de la Mora (Encinasola de Los Comendadores). 23. Las Cortinas (Encinasola de Los Comendadores) (C. Mateos).

### 1. H. c. 1-2. 2. Abadengo

El enclave dominante es Castelmao (San Felices de los Gallegos) (Fig. 161-6), ya que reúne todas las características mencionadas: tamaño, 2,20ha.; en sus cercanías hay afloramientos de hierro y estaño; tierras de pastoreo y elementos defensivos de gran monumentalidad frente a la menor preocupación defensiva de Colmenera y al hecho de que Sobradillo y Molino Caído no se han catalogado con toda seguridad como un hábitat del Hierro II. De hecho, en el segundo caso no hay evidencias ni de amurallamiento ni de cualquier otro elemento, a excepción de la existencia de un verraco, hoy desaparecido. Así mismo, el pueblo de Sobradillo se levantaría en el mismo solar que el supuesto poblado. Matizaremos que la garganta tan pronunciada que forma el río Duero en esta zona, actuaría de frontera natural de las áreas de captación, con los territorios portugueses.

### 1. H. c. 1-2. 3. Campo de Vitigudino

Se han localizado varios enclaves. El primero sería Las Uces (Fig. 161-7), en donde el pueblo actual se asienta sobre el prerromano. Al contrario que otros sitios, se pueden observar vestigios que indicarían la importancia de este poblado tales como la muralla prerromana y restos de época altoimperial y tardorromana (Maluquer, 1956a: 118. Morán, 1926: 45; IACyL). No obstante, las prospecciones realizadas en la zona no han sacado a la luz ningún poblado que pudiera estar subordinado.

A continuación, se expondrá los casos de Las Merchanas (Lumbrales) (Fig. 161-8) y El Castillo de Saldeana (Fig. 161-9). Presumimos por pervivencia de ambos en época romana, la monumentalidad de sus defensas y su tamaño, entre 5 y 10 ha., que ambos son principales, aunque sus áreas de dominio se cruzan. Esto sucede en una zona donde la profundidad de las gargantas del Huebra podría marcar una frontera natural de ambos territorios.

El castro de Las Merchanas cuenta con un poblado secundario, El Castillo de Saldeñuela, y El Castillo de Saldeana tiene asociados cuatro, Casa de Quiquín (Barruecopardo), el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), Las Cortinas (Encinasola de los Comendadores) y Los Terrizos (Villasbuenas). Se caracterizan por una extensión inferior, 1,33 y 2 ha., y por su no pervivencia en época romana. Sin embargo, la duda puede surgir con Saldeñuela, ya que su muralla consta de bastiones y un lienzo de gran grosor protegido por un campo de piedras hincadas. Por el contrario, su situación estratégica enfrente de El Castillo de Saldeana, puede dar la respuesta: un castro que controlara esta zona para Las Merchanas, teniendo así acceso al río Huebra, que vertebraría parte de las comunicaciones de esta zona.

El caso del Picón de la Mora parece que está en la órbita de El Castillo de Saldeana (Fig. 161-9). Es un enclave que domina un vado del río, zonas de pastizales y afloramientos de estaño y consta de unas defensas realmente impresionantes, para la extensión que ocupa, 1 ha., y con una superficie para el caserío de menos de la mitad (Martín Valls, 1971). Esta monumentalidad puede tener que ver





#### 1. H. c. 1-2. 4. Campo de Yeltes

Se han identificado varios posibles enclaves. El primero sería Yecla de Yeltes, que tendría como castro secundario Los Castillos de Gema (Fig. 162-1). Este último enclave está amurallado, pero la monumentalidad de los elementos defensivos, la presencia de dos verracos y el tamaño, 5 ha., del primero apoya esta consideración, frente al simple amurallamiento y al menor tamaño, 1,52 ha. del segundo. Así mismo, Roldán considera que Yecla de Yeltes pudo ser una de las cabeceras administrativas romanas del noroeste (1997: 276). Por otra parte, este castro pervivió en época visigoda como demuestran las casas documentadas pertenecientes a dicho momento (Ser Quijano, 2008: 103) hasta, al menos, 1184; momento en el que Fernando II dona al arzobispo de Santiago la villa de *Ecla* (Martín y Martín, 2008: 23). Es decir, esta pervivencia denota una cierta entidad e importancia por lo que es posible que en época prerromana, dicho castro pudiera ser considerado como un *oppida* comarcal.

Quedaría un interrogante al SO de Yecla de Yeltes. En esta zona, los yacimientos de Las Cercas (Villavieja de Yeltes), Villares de Yeltes, Tres Cuartos (Cubo de Don Sancho), Ermitas (Cubo de Don Sancho) y Los Castillos de Retortillo son enclaves pequeños y sin elementos defensivos llamativos, a excepción del último. La hipótesis planteada mantiene como núcleo central a éste (Fig. 162-2) por dos motivos: porque es el único que por su enclave defensivo y por contar con muralla podría encajar en el perfil de castro dominante que se ha establecido. A pesar de que se haya calculado una superficie de 2 ha, frente a las 2,25 de Las Cercas. La cuestión es que este último no está amurallado. Además en Villares de Yeltes todavía no se ha detectado ningún indicio material de un origen prerromano del pueblo, más que una cabeza similar a las de Yecla. No obstante, teniendo en cuenta su proximidad a Las Cercas, cabe la posibilidad de que dicho elemento provenga de aquí.

Aún con esta hipótesis todavía restan dos yacimientos, Tres Cuartos y Ermitas. De ellos se ha recogido material cerámico, pero no permiten su denominación segura como lugares de hábitats, a pesar de que Grande los considere como tal (2007: 40). Teniendo en cuenta esta posibilidad, hay dos opciones: la primera es que ambos estarían englobados en el grupo de poblados secundarios debido a la despreocupación defensiva que demuestran. El problema que plantea esta opción es que no se han podido asociar a ningún castro dominante. La segunda alternativa es que Ermitas estuviera subordinada a Tres Cuartos, ya que el enclave del primero es una dehesa y el del segundo es una zona elevada (Fig. 162-3). Otro indicio que apoyaría esta hipótesis es que Ermitas pervivió en época romana. Esta continuidad de poblamiento en llano puede indicar que los habitantes del alto fueran redistribuidos, tal y como ocurre en la Sierra.

Un yacimiento que se queda descolgado es Valdelascampanas, un enclave en ladera sin ningún tipo de sistema defensivo, aunque con una extensión publicada de 6,33 Ha. No se ha considerado como principal, pero tampoco se ha podido englobar como secundario de ninguno de los castros cercanos, por quedar fuera del radio máximo de extensión del territorio de los asentamientos

principales que se viene observando a lo largo del estudio. En este caso, ni se podría adscribir a las Uces, ni a Yecla de Yeltes ni a Ermitas (Fig. 160). Sea como fuere, la riqueza del Campo de Yeltes reside en la actividad ganadera, ya que no hay afloramientos mineros en el radio de captación de los castros. Esto podría explicar los grabados de animales (caballos, cerdos, vacas,...) que se han identificado en las murallas de Yecla como símbolos de esta ganadería.

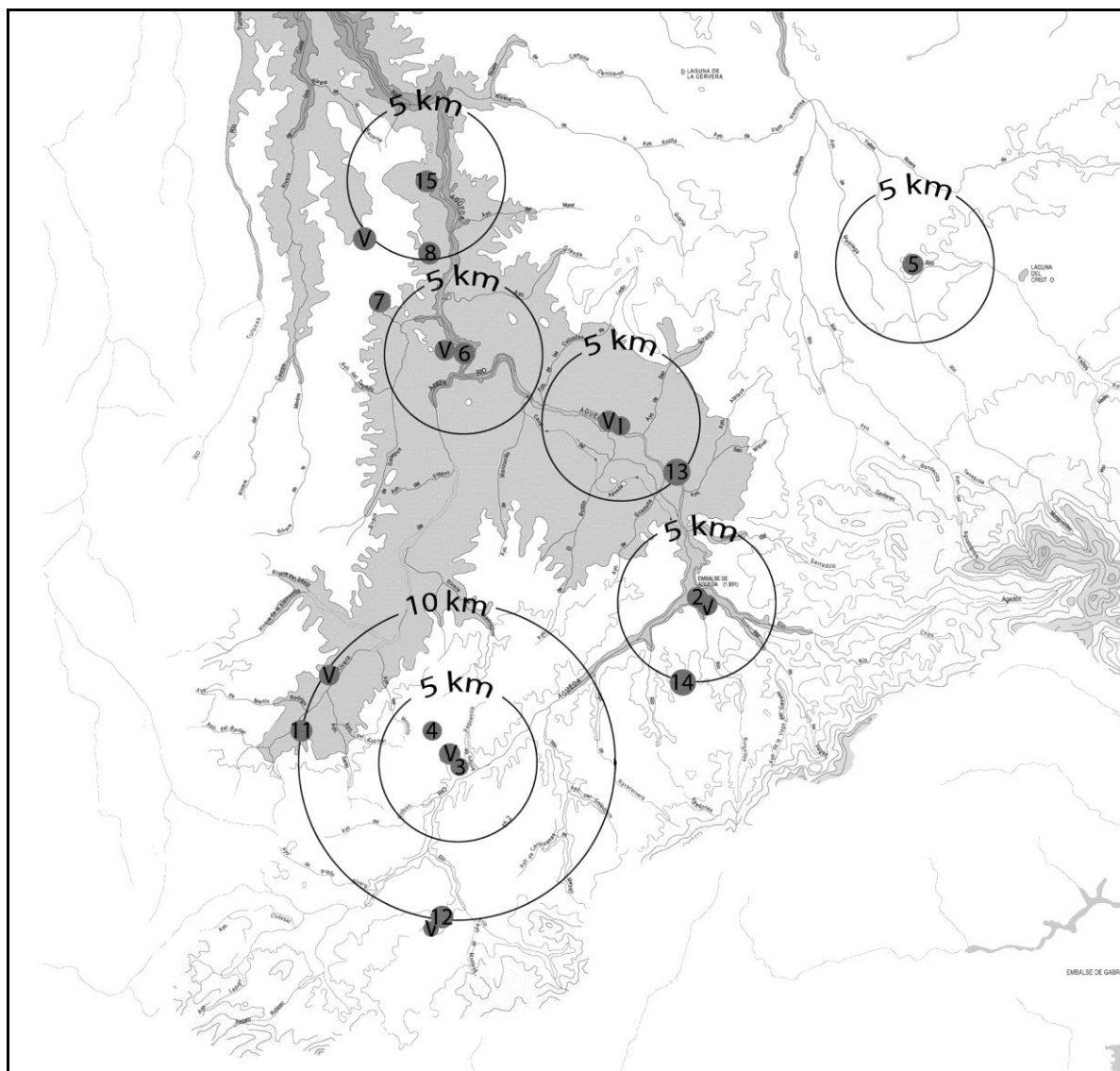


Figura 163: 1. Ciudad Rodrigo. 2. Lerilla (Zamarra). 3. Iruña (Fuenteguinaldo). 4. Fuenteguinaldo. 5. La Mesa Grande (Castraz). 6. La Plaza (Gallegos de Argañán). 7. Los Frailes (Villar de Argañán). 8. Tapao del Santo (Alameda de Gardón). 11. Valle Gutiérrez. 12. Peñaparda. 13. Sanjuanejo. 14. Martiago. 15. Los Castillos (Villares de Yeltes) (C. Mateos).

1. H. c. 1-2. 5. Campo de Azaba - Campo de Argañán

Siguiendo los mismos parámetros en esta área se ha llegado a la conclusión de que es posible que no se hayan localizado todos los yacimientos de la Edad del Hierro, ya que como se verá hay muy pocos yacimientos que se hayan podido considerar secundarios. Lo primero que se observa es que en

las prospecciones realizadas no han documentado una gran cantidad de yacimientos o, mejor dicho, no se pueden adscribir a una cronología segura como en otras zonas. Tan sólo se conocen aquellos con un sistema defensivo contundente, como La Plaza (Gallegos de Argañán), y no se ha detectado ninguno sin un sistema defensivo aparente o en llano. Por otra parte, estos yacimientos prerromanos están clasificados como indefinidos y/o como romano-republicanos, con pervivencia hasta época tardorromana (Cruz y Alonso, 2001-02; STRATO, 2001-02). Al no especificar el material recogido en cada uno, no sabemos si se refieren a poblados creados por los romanos o asentamientos en donde se han documentado elementos romanos de cronología republicana, como sucede en Los Tejares (López *et al.*, 2003). Sin embargo, es probable que en la mayoría de los casos se pueda hablar de una cronología del Hierro II, aunque sin una excavación es entrar en el campo de las conjeturas. En esta situación estarían los yacimientos de Los Frailes (Villar de Argañán) y El Tapao del Campo Santo (Alameda de Gardón). Ambos aparecen en el IACyL catalogados como posibles yacimientos del Hierro II. Se sitúan en zonas fácilmente accesibles, sin elementos naturales que dificulten su acceso, y no se han documentado elementos defensivos artificiales en superficie. En caso de ser poblados de este período, estarían subordinados a La Plaza y Los Castillos (Villares de Yeltes), respectivamente.

Lo segundo es que volvemos a ver como el módulo original de 20 km. no es válido para esta zona. Sí la identificación de los castros dominantes es correcta, Lerilla (Zamarra) Ciudad Rodrigo, La Plaza (Gallegos de Argañán), Irueña (Fuenteguinaldo), Los Castillos (Villar de Yegua) y La Mesa Grande (Castraz), los diámetros establecidos se cruzan en los tres primeros casos. Sin embargo, con la reducción de los parámetros a 5 y 10 km. se lograron resultados similares a los obtenidos en otras zonas del área occidental (Fig. 163). Así mismo, otro indicador de la jerarquización tenido en cuenta es el tamaño de los castros; mientras que la superficie de los dominantes oscila entre 5 y 13 ha., la de los poblados secundarios se encuentra entre 1,15 y 1,95 ha. El primer castro dominante sería Irueña (Fuenteguinaldo) (Fig. 163-3), ya que no se ha identificado ningún otro yacimiento en este extremo de la Sierra de Gata y sus estribaciones que reúna los requisitos para ser considerado como dominante. En relación con este hecho, el módulo que cubre este espacio es de 10 km. Así mismo, los sistemas montañosos de esta zona actuarían de fronteras naturales entre el territorio vetón salmantino y el cacereño, del mismo modo que las estribaciones del Sistema Central separan los territorios vettones de Ávila y Salamanca. Dentro del grupo de posibles poblados secundarios tendríamos Fuenteguinaldo, que ocuparía el solar actual del pueblo. Según Blázquez fue un castro amurallado en la cúspide de la colina. Su recinto defensivo debió estar a media ladera de la colina, a la altura de la calle llamada La Redonda, que forma un círculo urbano y pudo ser un camino de ronda. Sería contemporáneo y perviviría en época romana, ya que hay una calzada, de la que queda algún resto en el llamado Charaíz Redondo, que une el despoblado con el pueblo (1980: 7).

Por otro lado, las prospecciones realizadas han dado como resultado una serie de yacimientos prerromanos indefinidos y otros que han sido clasificados como romano-republicanos (Cruz y Alonso, 2001-02a). La mayoría de estos últimos se caracterizan por ser un enclave en llano o en ladera y sin

una preocupación defensiva. A dos de ellos se pueden vincular dos verracos, que aunque desaparecidos e indefinidos tipológicamente, indicarían la presencia de pobladores durante el Hierro II: Ropino y La Pelada de Mazo. Ambos están en el término municipal de Casillas de Flores, en el cual se han localizado minas de estaño y oro como por ejemplo las situadas en el pago conocido como Las Cuestas (*Ibidem*, 2001-02a: 29). La explotación de minas fue, desde nuestro punto de vista, un factor para elegir un lugar de hábitat. Ambas esculturas se podrían relacionar con la explotación del terreno por parte del gran castro de esta zona, Irueña.

El último poblado secundario de Irueña podría ser el pueblo de Peñaparda (Fig. 163-12), cuyo origen es considerado como romano-republicano y a 5,25 km. de distancia fue hallado el verraco de El Payo. Esta distancia, como ya se ha visto y como se analizará en el capítulo sobre los verracos, entra dentro de los parámetros elegidos para analizar la explotación del territorio circundante de los castros. El caso de Ciudad Rodrigo, su mención en uno de los términos augustales deja claro su condición de *oppidum* durante la Edad del Hierro (Fig. 163-1). Además, es una zona de paso y controla un área rica en pastos y en campos de aptos para ser cultivados a la vega del río como ocurre en Salamanca. Por otro lado, será elegida por Fernando II para establecer allí un centro administrativo que compitiese y minimizase el poder económico-social de Salamanca, cuando esta tierra era la llamada Extremadura del Duero. Por tanto era un asentamiento con suficiente entidad durante el Hierro II como para continuar habitado hasta la actualidad.

Respecto a La Plaza (Fig. 163-6), su sistema defensivo es impresionante, doble foso, campo de piedras hincadas y muralla. Por otra parte, a él se han asociado tres verracos (Cruz y Alonso, 2001-02a: 32). Además, hay otro factor a tener en cuenta y es que está emplazado en una zona rica en afloramientos de hierro y estaño. Un posible poblado secundario es Los Frailes (Villar de Argañán) que, como ocurre en muchos otros casos, está catalogado como un posible asentamiento del Hierro II. En caso de confirmarse su cronología entraría dentro de los asentamientos secundarios porque ni tiene vestigios defensivos, su emplazamiento es una pequeña loma y su extensión es de 1,15 ha. frente a las 5,98 ha de La Plaza.

Como ya se ha dicho, los vestigios arqueológicos de Lerilla, indican su perduración en el tiempo, lo que podría ser un indicio de la importancia de este castro durante el Hierro II. Un posible enclave subordinado sería el pueblo de Martiago que está catalogado como un enclave romano-republicano, pero sin especificar más acerca de esta catalogación (Cruz y Alonso, 2001-02a: 69); es decir, es un yacimiento de fundación romana propiamente dicho o es indígena que surge en este período (Fig. 163-14).



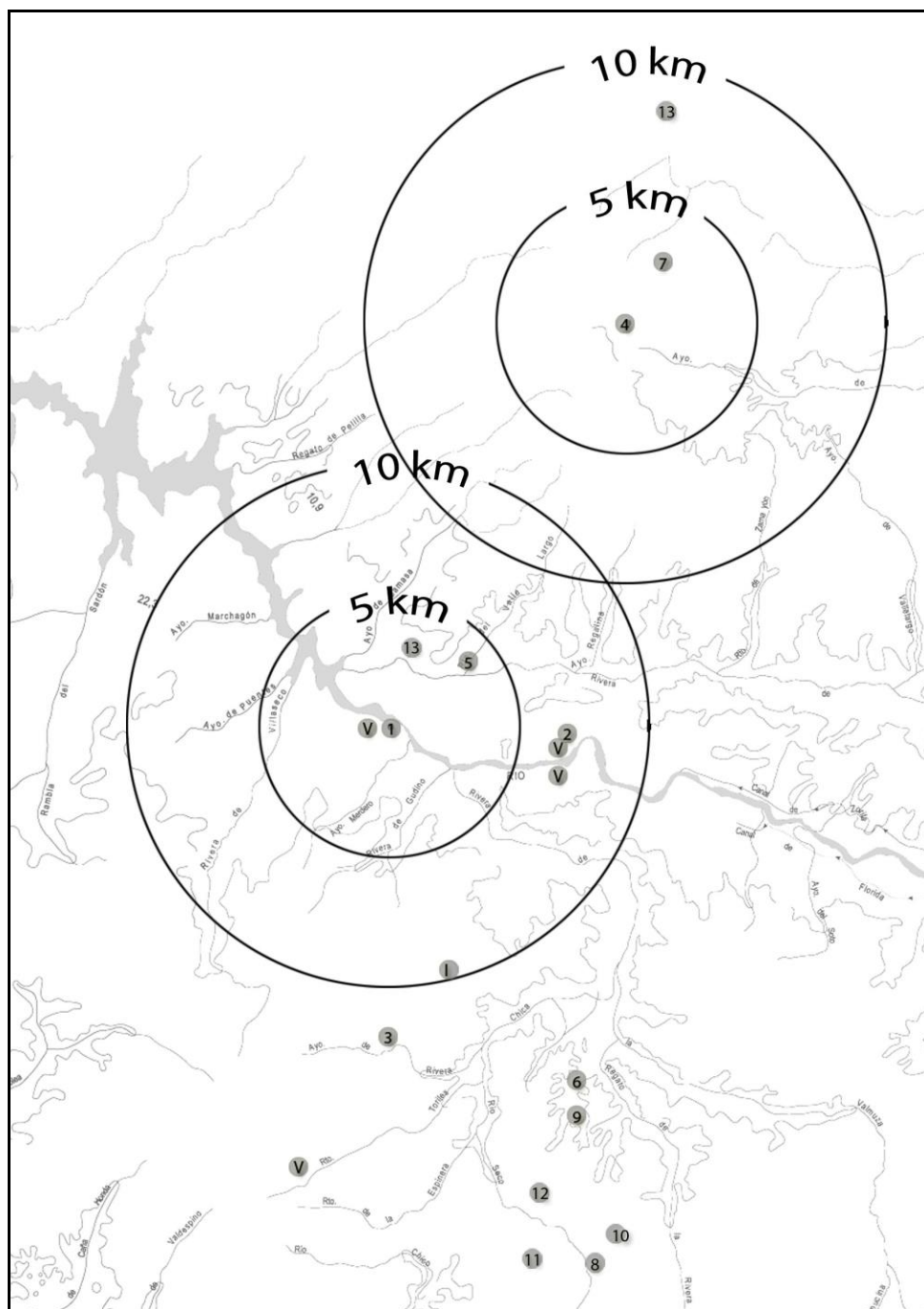


Figura 164: 1. Ledesma. 2. Los Olmillos. 3. Gejo de Diego Gómez. 4. Teso del Santo (Santiz). 5. Teso Santa Olalla (Palacios del Arzobispo). 6. La Manga. 7. Peñausende. 8. Los Praditos. 9. Las Moras. 10. Las Herraduras. 11. Cuadros de la Vega. 12. El Rodeo. 13. El Cañedo (Ledesma). I. Teso de la Higuera (Mata de Ledesma) (C. Mateos).

1. H. c. 1-2. 6. Campo de Ledesma.

Las prospecciones en este área han dejado más interrogantes que soluciones y tan sólo se han podido entrever dos enclaves dominantes: El Teso del Santo y Ledesma (Fig. 164). En ambos casos se aprecia un emplazamiento defensivo y posibles signos de elementos defensivos.

En cuanto a Ledesma (Fig. 164-1), posibles yacimientos secundarios podrían ser: Olmillos<sup>56</sup>, al que se asocian dos verracos y los tesos de Santa Olalla (Palacios del Arzobispo), de La Higuera (Mata de Ledesma) y de El Cañedo (Ledesma). No obstante, los tres primeros han sido clasificados como yacimientos prerromanos de cronología indeterminada o cronología alto-imperial (IACyL) y el último como un santuario (Benito y Grande, 2000). Este último no ofrece problemas, ya que es factible que desde Ledesma la población se desplaza al santuario para realizar sus ritos, pero la cronología tan extensa que ofrecen los otros tres yacimientos hace dudar de si realmente son contemporáneos y, por tanto, pudieron ser poblaciones subordinadas a Ledesma.

Respecto, al Teso del Santo (Fig. 164-4) se han asociados dos poblados: La Tuda y Peñausende, ambos en Zamora. Álvarez-Sanchís los cataloga como un hábitat y como yacimiento indeterminado, respectivamente, y, en principio, no se ha identificado un yacimiento principal en Zamora al que se podrían subordinar (1999: 103). Ambos enclaves basarían su economía en la cabaña ganadera, ya que las tierras circundantes son propicias para pastos.

Esto mismo ocurre la zona Sur del Campo de Ledesma, donde sólo la presencia del verraco de Berrocal de Padierno parece ser fiable. Como se ve en el mapa de la figura 165, hay una gran cantidad de hábitat prerromanos indeterminados. Se han realizado comprobaciones uno por uno con nuestros parámetros, contemplando posibles opciones, y se ha llegado a la conclusión de que de existir un castro dominante debía estar cerca del pueblo de Calzada de Don Diego. Esto no es más que una conjetura ya que realmente, hasta la actualidad, no se ha identificado ningún yacimiento que reúna las características necesarias (vestigios arqueológicos, enclaves defensivos, tamaño...) para ser considerado como castro principal.

En las tierras que marcan la transición entre el Campo de Yeltes y el Campo Charro, ya en la zona oriental, se observa también una reducción del módulo a 5 km. (Fig. 165). Los enclaves dominantes que se han identificado son El Castillo (Carrascal del Obispo) y el Castro de la Mora, tanto por su posición en el paisaje, su visibilidad como por su muro defensivo. Los yacimientos subordinados al primero son Los Lázaros (Las Veguillas) y Castroverde (Narros de Matalayegua). Los Huelmos (Carrascal del Obispo), Villalba de Los Llanos, el Pago de Cabezo de Luño y Teso del Castillo (Matilla de Los Caños) estarían subordinados al segundo. Estos últimos enclaves se caracterizan por una cierta despreocupación por la defensa en su emplazamiento. Están situados en la ladera de la montaña o de una colina, aunque en los tres últimos yacimientos Morán (1940: 54) y Maluquer (1956: 88 y 119) especifican la existencia de un foso. En el caso de Los Lázaros no hay constancia de elementos defensivos en el IACyL.

---

<sup>56</sup> Maluquer (1956: 69) menciona un posible "castro" y el IACyL le asigna una cronología romano-altoimperial con interrogantes.

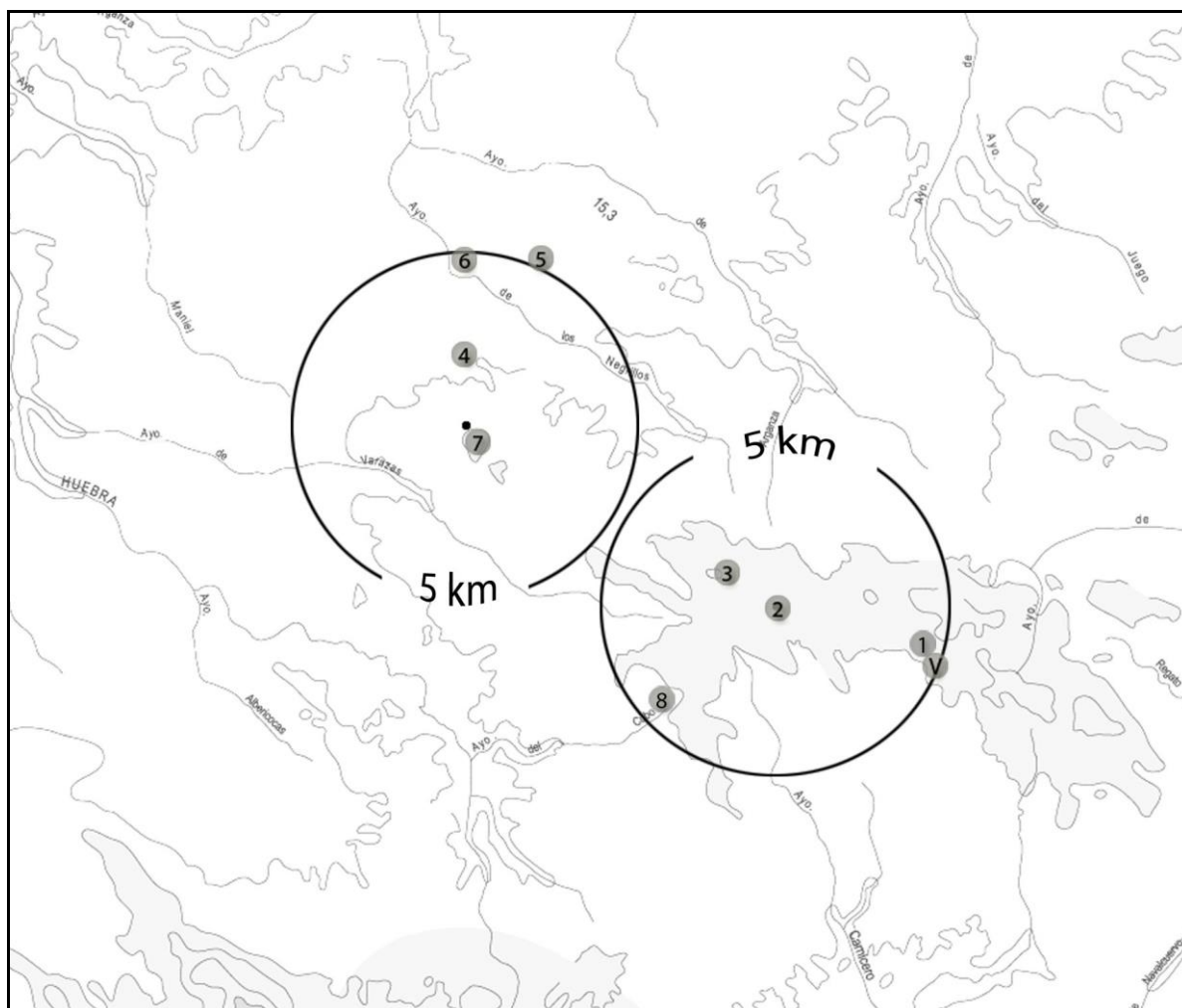


Figura 165: 1. Los Lázaros (Las Veguillas). 2. Castroverde (Narros de Matalayegua). 3. Castro de la Mora (Garcigalindo). 4. Los Huelmos (Carrascal del Obispo). 5. Villalba de los Llanos. 6. Teso del Castillo (Matilla de los Caños). 7. Los Castillos (Carrascal del Obispo). 8. Pago de Cabezo de Luño (Narros de Matalayegua) (C. Mateos).

#### 1. H. c. 1-3. Zona serrana.

Los yacimientos situados en las sierras de Francia y de Béjar siguen, por lo general, el esquema que se ha mencionado (Fig. 166). En estos casos la monumentalidad del sistema defensivo documentado hasta el momento no ha sido un factor clave para señalar los posibles centros dominantes y tan poco se cuenta, hasta el momento, con inscripciones de época romana que den una pista sobre ellos; por lo que se ha recurrido a la presencia de verracos, al enclave y a la comparación con el estudio de El Valle Ambles realizado por Álvarez- Sanchís (1999: 115).

Lo primero que se observó fue que algunos castros con un verraco asociado no contaban con un sistema defensivo y que estaban en cotas bajas de las sierras, controlando zonas de explotación agropecuarias; por el contrario otros castros sin un verraco y en cotas más altas sí contaban con una muralla, aunque no tan monumental como el visto en el área occidental, dándoles esa altitud un gran dominio visual sobre territorio, como se ha visto en el capítulo 4. En dichos poblados, la ausencia de

materiales de época romana<sup>57</sup>, sobre todo teja, elemento que aparece en superficie en la mayoría de los castros romanizados, podría indicar que en la etapa siguiente son abandonados; siendo la población redistribuida entre los centros principales y/u obligada a trasladarse a sitios llanos o a poblados en cotas más bajas. Se sabe que, a lo largo de la historia de la conquista de *Hispania* por los romanos, se han dado muchos casos de poblaciones trasladadas desde los asentamientos en alturas a valles y a llanos (Curchin 1991; Roldán, 1997: 246; Richardson, 1998: 122; Le Roux 2000). Así, *T. Didio* obligó a los de *Termantia* a reubicar su ciudad al llano y prohibió que se fortificara (Apiano, *Iber.*, 99); César en el 59 a. C. hizo lo mismo con los Lusitanos<sup>58</sup>; Augusto mantuvo la misma política durante las guerras cántabro-astures, a los cuales obligó a bajarse a los valles a vivir en su campamento (Floro, *Epitome*, II, 33, 69-60); Décimo Junio Bruto en el noroeste peninsular en la campaña del año 137 creó aldeas de la mayor parte las ciudades del territorio (Estrabón, *Geo.*, III, 3, 5)...:

*“...hasta que los pacificaron los romanos, haciéndoles bajar al llano y convirtiendo en aldeas la mayor parte de sus ciudades...”*

Por otro lado, Estrabón (*Geo.*, III, 3,7) cuando habla de los pueblos peninsulares explica muy bien este sistema de organización, con la existencia de una serie de colonias entre los poblados indígenas para controlarlos:

*“...los romanos, poniendo fin a este estado de cosas, los han obligado en su mayoría a descender de las montañas a los llanos, reduciendo sus ciudades a simples poblados, mejorándolos también con el establecimiento de algunas colonias entre ellos.”*

En la zona de Béjar, sus habitantes seguramente fueron obligados a trasladarse al valle, ya que el asentamiento primitivo podría haber estado en el Alto del Otero (García, 1989). Esta teoría sobre Béjar se sustenta porque hay un documento que prueba que fue Alfonso X el que mandó subir el poblado desde el valle al emplazamiento actual (García, 1989: 52). Todo ello concuerda con la política seguida por los romanos tras la conquista de un territorio, obligar a las poblaciones a instalarse en sitios más fáciles de controlar por un contingente de soldados, ya que debido a la orografía de *Hispania* y sus sistemas sociales era muy difícil mantener estas zonas pacificadas (Curchin 1991; Richardson, 1998: 122; Le Roux 2000). De hecho, al este de Calzada de Béjar, sobre un teso con una gran visibilidad, existe un fortín romano (Maluquer, 1956: 54), seguramente levantado con este fin porque una vez construida la denominada Calzada de la Plata, que comunicaba *Hispania* de Norte a Sur no se podían arriesgar a levantamientos o incursiones que dificultaran el tránsito de mercancías, tropas y personas.

Según Grande, en la comarca de Entresiembras, de los poblados de la Edad del Hierro localizados en la zona sólo unos pocos habrían sobrevivido a la conquista romana (1987: 23). Este

---

<sup>57</sup> Aquí hay que tener en cuenta que quizás alguno de los verracos desaparecidos fueran producidos en época ya romana.

<sup>58</sup> Aunque en este caso, interpretamos de su lectura que César lo que quiso fue un motivo para declararles la guerra, porque él preveía que se negarían.



autor plantea que los pobladores del Alto de la Calera (Los Santos), del Alto del Cabezo (Los Santos) o del Pico Monreal (Casafranca) fueron trasladados a Monleón o a Los Santos, en donde sí se han documentado evidencias de la romanización del entorno, como son elementos arquitectónicos romanos. Además, otro dato a favor de esta hipótesis, es que la Calzada de la Plata discurre a 3 km. al Este de Los Santos pudiendo corresponderse esta población con una puesto de parada (*Ibídem*: 25).

De hecho, en relación con esta reubicación de población se mencionarán los resultados de recientes estudios en Los Tejares (El Tejado de Béjar). Los resultados han revelado que hacia el siglo I a. C el yacimiento sufrió una destrucción programada y sistemática y no se volvió a ocupar. Según los investigadores, sólo un poder como el Imperio romano podría a ver sido capaz de llevarlo a cabo. Esta hipótesis cobra fuerza al entender el cambio de Era como un momento de reubicación de poblaciones en la zona en relación directa, otra vez, con la Vía de la Plata (López y Martínez, 2009: 128).

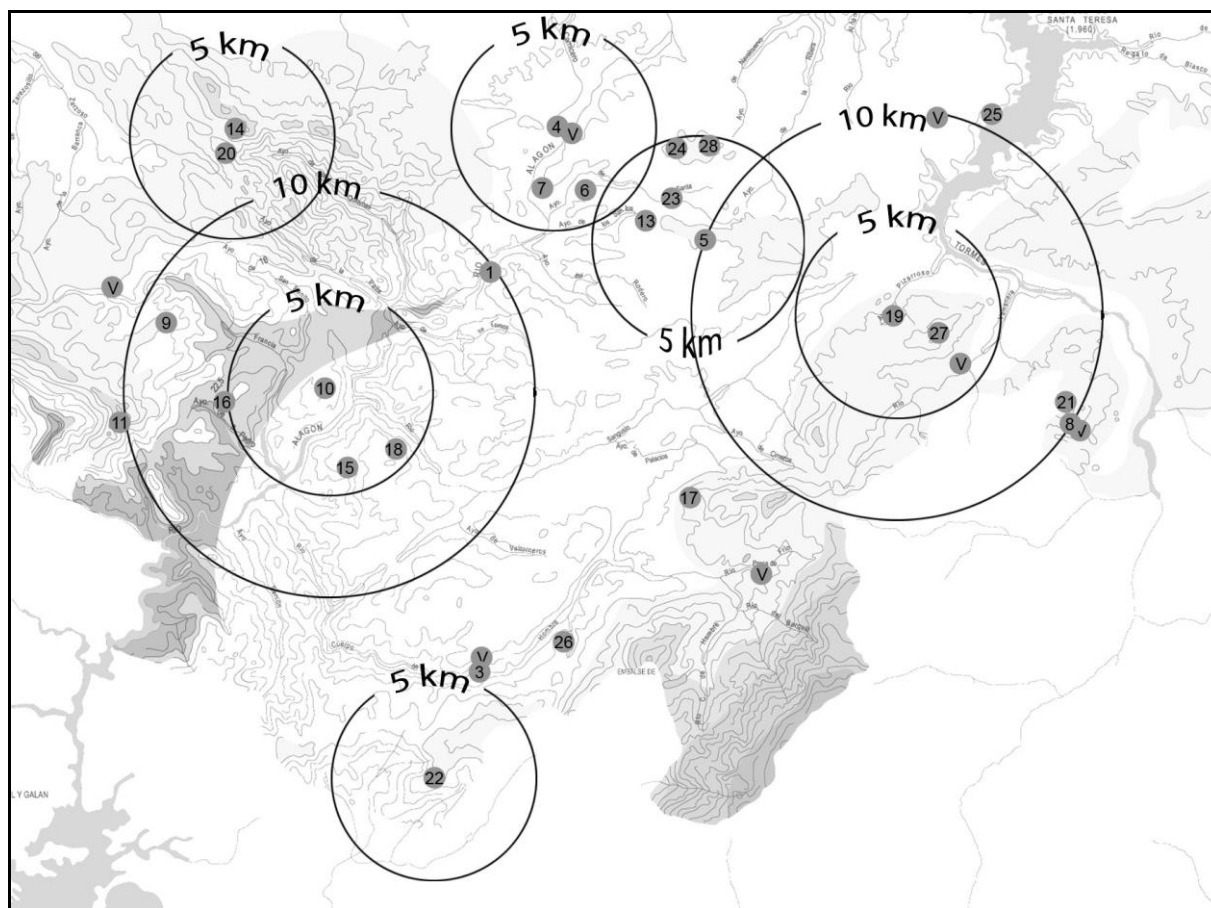


Figura 166: 1. Las Fraguas (Linares de Riofrio). 3. Montemayor. 4. Monleón. 5. Alto del Cabezo (Los Santos). 6. Alto de La Calera (Los Santos). 7. Monte Alcaide (Monleón). 8. El Tejado (Los Tejares). 9. Los Malvanes (Mogarraz). 10. Rodales (Pinedas). 11. Risco de los Altares (Herguizuela de la Sierra). 12. El Rodeo. 13. Los Santos. 14. La Corona (Rinconada de la Sierra). 15. Alto de la Cabeza (Pinedas). 16. Cepeda. 17. La Corvera (Navalmoral de Béjar). 18. Cucurrito (Pinedas). 19. El Castillo (La Cabeza de Béjar). 20. La Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida). 21. Las Paredejas (Medenilla). 22. Cabezo del Castillo (Fuenterroble). 23. Las Navas (Los Santos). 24. Calamorra (Casafranca). 25. Salvatierra de Tormes. 26. Caelionico (Peña Caballera). 27. El Cerro. 28. Pico Monreal (Casafranca) (C. Mateos).

Pasando a nuestro estudio, el mapa de la figura 166 muestra que hay zonas en donde los módulos se cruzan, pero hay que recordar que estamos comprobando la organización jerárquica, que es muy distinta a las distancias que se han tomado para realizar el dominio de cada poblado sobre las tierras cercanas de explotación. Así las cadenas montañosas actuarían de barreras naturales y las distancias están sujetas a ellas, lo que hace posible definir los límites de los territorios<sup>59</sup>. Esta zona muestra el mismo problema que las anteriores y es que muchos yacimientos no tienen una cronología segura, sino que en muchos casos la falta de estudios y excavaciones dificulta enormemente su adscripción a una o varias etapas. Teniendo en cuenta lo anteriormente mencionado los yacimientos que se han considerado como castros principales son el Alto del Cabezo (Los Santos), Los Castillos (Cabeza de Béjar), La Corona (Rinconada de la Sierra), Los Rodales (Pinedas), Monleón y el Cabezo del Castillo (Fuenterroble).

El primer centro a analizar es Los Castillos (Cabeza de Béjar) (Fig. 167-23). Este castro amurallado y con foso cuenta en su órbita con una serie de posibles yacimientos secundarios como son Las Paradejas (Medenilla) (Fig. 167-24) o Los Tejares (El Tejado de Béjar) (Fig. 167-25). El primero no cuenta con unas condiciones defensivas naturales y artificiales destacables (Fabián, 2005) por que encaja en el perfil de poblado secundario. El segundo está situado a media ladera y la existencia de una posible muralla no se ha confirmado (López y Martínez, 2009: 124). El estudio del entorno mediante la Carta Militar en este último da como resultado un enclave dominante hacia el E y el SE, pero dominado en el resto de sus sectores, por lo que creemos que no se puede considerar un enclave dominante. Los otros dos posibles yacimientos El Cerro (Fig. 167-22) y Salvatierra (Fig. 167-26) tienen una cronología muy dudosa así que aunque se han incluido como secundarios están entre interrogantes. Respecto al yacimiento del Risco de Los Altares (Fig. 167-17), la conclusión a la que se llegó tras las prospecciones realizadas por la empresa Arqueotipo, es que las pinturas documentadas fueron realizadas durante el Hierro I (1999-2000b), pero el IACyL establece una cronología para este santuario que abarcaría desde el Bronce Final hasta el Hierro II. Este yacimiento se englobaría dentro de la órbita de Los Rodales (Fig. 167-4), siendo posiblemente un lugar de culto de esta zona a la que acudirían los pobladores de diversos asentamientos como Los Malvanes (Fig. 167-15), Cucurrito (Fig. 167-13) o Los Rodales.

El Alto de Cabezo (Fig. 167-3) engloba varios yacimientos como son el ya mencionado Los Santos (Fig. 167-4), Las Navas (Los Santos) (Fig. 158-5), Calamorra (Casafranca) (Fig. 167-7) y el Pico Monreal (Fig. 167-6). Este último que se ha visitado y estudiar parece responder, por su tamaño (0,88 ha.) y su situación estratégica, controlando una zona de paso natural entre el Valle del Alagón y el del Tormes, a una pequeña atalaya de vigilancia.

<sup>59</sup> Hay que recordar que el radio crea una figura geométrica perfecta, pero el territorio de los castros no lo sería, como ocurre en la actualidad con la extensión de los municipios, sino que el terreno que engloba los diferentes círculos es orientativo.

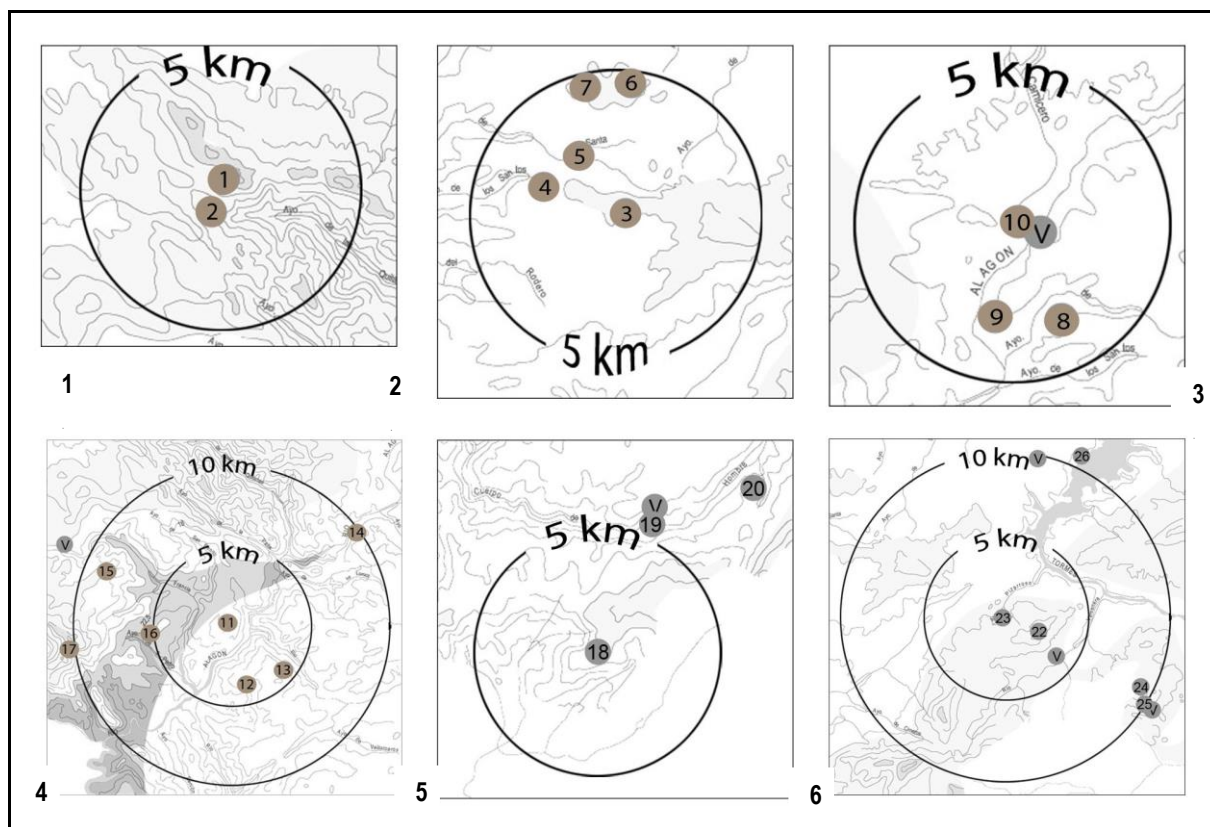


Figura 167: 1. La Corona (Rinconada de la Sierra). 2. Mata del Castillo (Bastida). 3. Alto del Cabezo (Los Santos). 4. Los Santos. 5. Las Navas (Los Santos). 6. Pico Monreal (Casafranca). 7. Calamorra (Casafranca). 8. Alto de La Calera (Los Santos). 9. Monte Alcaide (Monleón). 10. Monleón. 11. Los Rodales (Miranda del Castañar). 12. Alto de la Cabeza (Pinedas). 13. Cucurrito (Pinedas). 14. Las Fraguas (Linares de Riofrío). 15. Los Malvanes (Mogarraz). 16. Cepeda. 17. Risco de los Altares (Herguijuela de Sierra). 18. Cabezo del Castillo (Fuenterroble). 19. Montemayor. 20. Castro-mansio romana. 21. La Corvera (Navalmoral de Béjar). 22. El Cerro. 23. Los Castillos (Cabeza de Béjar). 24. Las Paredejas (Medenilla). 25. Los Tejares (Tejado de Béjar). 26. Salvatierra de Tormes (C. Mateos).

Monleón (Fig. 167-10), castro amurallado y con un verraco, cuenta dos yacimientos Alto de la Calera, que también parece estar amurallado, y Monte Alcaide, aunque este último con grandes dudas respecto a su origen prerromano.

El Cabezo del Castillo (El Cerro) (Fig. 167-18) es un castro primario que cuenta dos posibles asentamientos, uno es Montemayor cuyos únicos vestigios prerromanos son un verraco y una piedra tallada con tres cabezas considerada como un dios tricéfalo (Blázquez, 1958). Pudiera haber acontecido que la población de El Cabezo hubiera sido trasladada a este enclave, ya existente, tras la conquista romana, ya que Montemayor está a menor altitud que el primero en una zona del valle. El otro yacimiento es *Caelionicco* que en principio parece un castra romano en relación con la Calzada de la Plata, pero tan poco se descarta su posible origen prerromano (IACyL).

Por último, cabe mencionar La Corvera (Navalmoral de Béjar) (Fig. 167-21) las prospecciones realizadas hasta la fecha no han identificado ningún yacimiento contemporáneo al que se pueda vincular este poblado fortificado, pero tan poco se puede considerar como principal porque las excavaciones realizadas ponen de manifiesto que su ocupación habría sido intermitente, respondiendo

más a un pequeño fortín desde el que se controlaría, como se ha podido comprobar en el estudio de visibilidad, el valle del río Sangusín por donde pasaba una ruta de comunicación que unía la Meseta con Extremadura y de allí con el valle del Guadalquivir (Fabián, 2012).

Este tipo de jerarquización territorial cuenta con varios paralelos cercanos, como por ejemplo La Mesa de Miranda o Ulaca. Dichos castros fortificados dominan un valle, en el cual se han documentado una serie de aldeas productoras más pequeñas y sin vestigios de un amurallamiento o una monumentalidad que se aproxime al de ambos *oppida*, como Muñogalindo o Padiernos (Álvarez-Sanchís, 1990; 1999: 104; Álvarez-Sanchís, Ruiz Zapatero *et al.*, 2008: 339 y 342.). Las aldeas controlarían tierras de vocación agrícola mientras que los alrededores de los *oppida* son propicios para el pastoreo, por lo que se produciría una dependencia económica, aunque los poblados grandes consolidaron el dominio sobre los pequeños (Blasco, 2008: 130).

El segundo ejemplo sería *Lancia* (Villasabariego, León), para el cual Jesús Célis plantó que habría sido el núcleo principal, aglutinando las funciones de control territorial. Subordinado a él, existirían unos poblados de menor tamaño, alguno de los cuales han sido localizados como por ejemplo “La Griega”, que controlaría el valle del río Moro (1999: 79). Así mismo, en el occidente del valle medio del Duero también se puede observar esta misma pauta de jerarquización, con unos *oppida* que centralizan y vertebran la actividad económica, política y social del territorio frente a otros dependientes de ellos (San Miguel, 1993: 65). Por último, en Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres) se han identificado un hábitat disperso formado pequeñas granjas agropecuarias, carentes de defensas y con diversas fases de ocupación, que pueden responder a un uso periódico, con un claro carácter secundario (Celestino *et al.*, 2009: 204ss.).

Incluso se pueden buscar paralelos en otros territorios de la franja atlántica, en donde se han documentado algunos enclaves datados en la Edad del Hierro, principalmente entre los siglos II y I a. C., que serían granjas o asentamientos secundarios dedicados al cultivo del cereal, a actividades metalúrgicas, textiles,... Éstos no tendrían unas defensas como los *oppida*, sino que serían recintos cercados con una empalizada (Collis, 1996; Cunliffe, 1997:156-164) o sencillamente abiertos (Parreira y Berrocal-Rangel, 1990). Las investigaciones llevadas a cabo en estas aldeas han dado como resultado que estaban subordinadas a grandes ciudades fortificadas, como sucede por ejemplo en Hungría o en La Galia (Collis, 1996: 159, 163).

Por otra parte, autores como César (*B.G.*, I, V) transmiten este sistema de asentamientos en varios párrafos como cuando los helvéticos se preparan para emigrar a otras tierras y queman sus poblados, “doce ciudades y cuatrocientas villas”, o cuando dice “...resolviéndose a quemar las aldeas y caseríos que hay a la redonda de Boya...” (*B. G.*, 7, XIV). Estas ciudades están fortificadas tanto de forma natural como con murallas y fosos (*B. G.*, 1, XXXVIII; 2, XXIX; 7, XII, XIII, XV, XXIII, XLVII, LXVIII...), mientras que en las villas no se hace referencia a ningún tipo de defensa, aunque bien pudieran tener una empalizada, como los vestigios arqueológicos han demostrado en Armónica o en



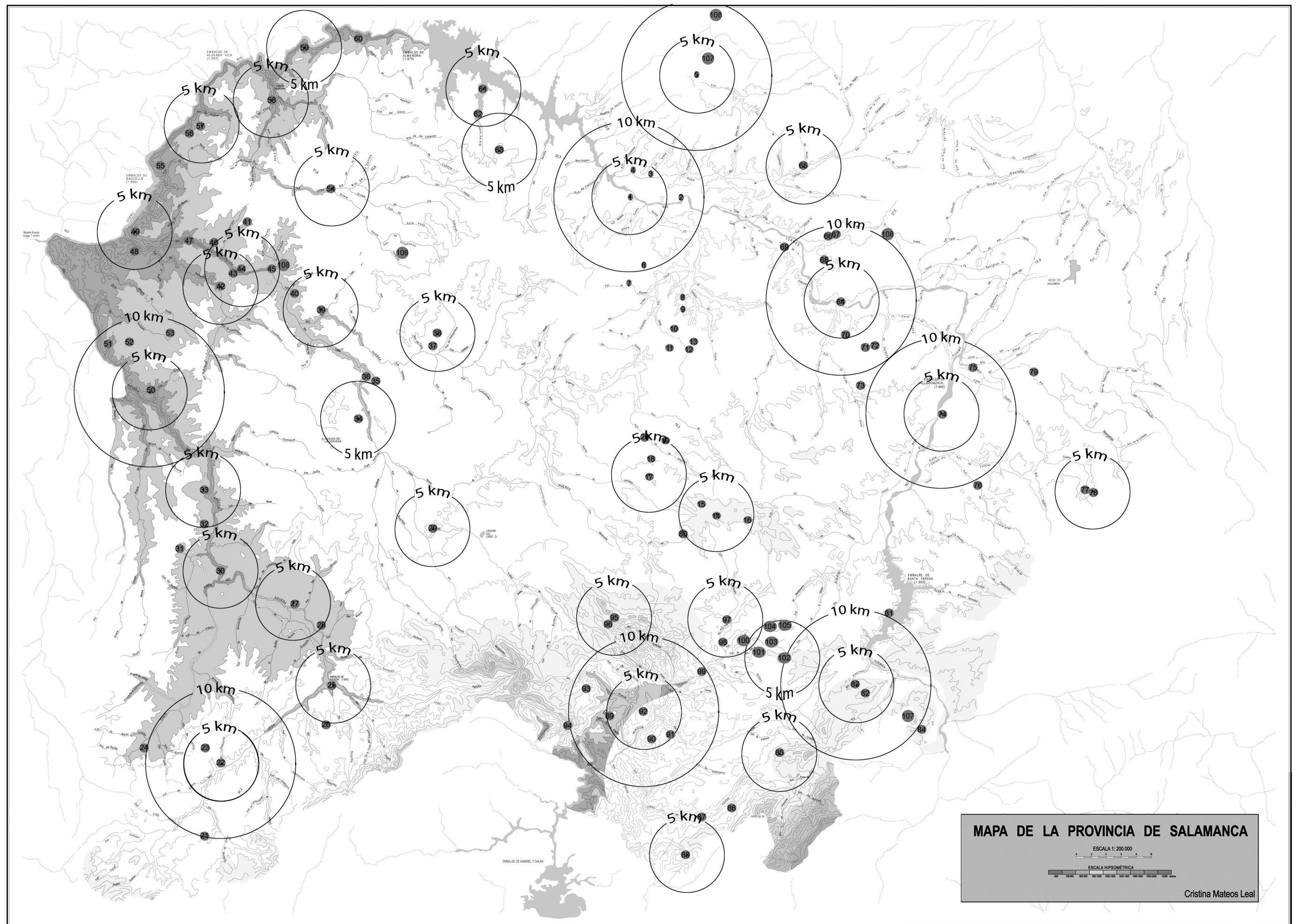


Figura 169: Mapa de la jerarquización hipotética del territorio durante el Hierro II (C. Mateos).

Gran Bretaña, a modo de defensa contra los animales salvajes y para delimitar el territorio de la comunidad (Wells, 1984; Cunliffe, 1997:156-164; Buchsenschutz, 2001: 110ss.).

A modo de conclusión, la figura 169 muestra un general mapa del territorio estudiado sobre la hipotética jerarquización del territorio durante la Segunda Edad del Hierro. Los módulos que se han aplicado organizan gran parte del terreno, pero también deja espacios en blanco, debido a que hasta el momento no se han localizado yacimientos o que los identificados ofrecen serias dudas sobre su filiación cronológica. La hipótesis planteada vendría a demostrar que en este territorio habría unos castros dominantes, muchos de ellos responderían al concepto tradicional de *oppidum*, pese a sus tamaños relativamente reducidos, que tendrían subordinados una serie de hábitats rurales, que si bien Salinas asocia a un contexto romanizado, algunos parten de núcleos preexistentes, que perviven tras la conquista romana del territorio.

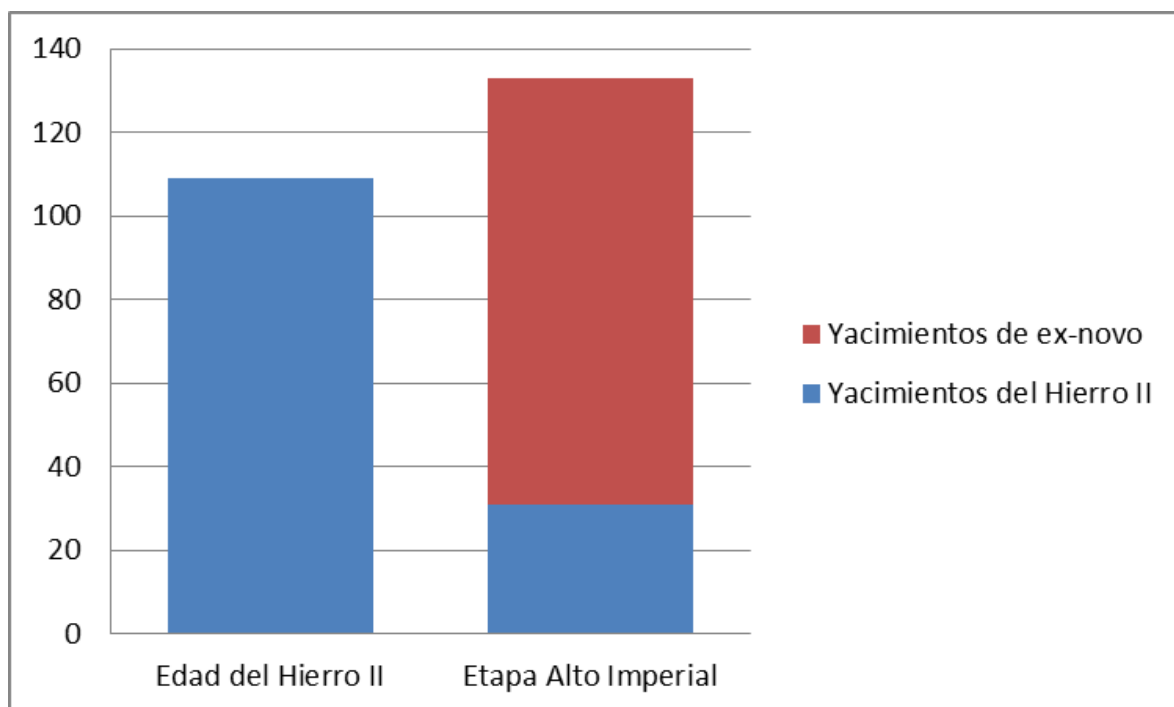


Figura 168: Gráfico de la evolución del poblamiento del Hierro II a la fase Alto imperial (C. Mateos).

La organización del territorio hacia el siglo I a. d.-I d.C. está condicionada por la presencia romana en el territorio y su política de control y afianzamiento de su dominio. Basándonos en los materiales arqueológicos se ha observado una reducción del número de asentamientos propiamente indígenas (Fig. 23) y se aprecia la aparición de unos nuevos tipos de poblados, propios del sistema romano, las *villae* y una serie de yacimientos que no se han podido definir como tales sino como lugares indeterminados de hábitat, quizá esas colonias de las que habla Estrabón (*Geo.*, III, 3,7). El problema con el que nos encontramos es que la falta de excavaciones no permite asegurar si aparecen todos al mismo tiempo o si por el contrario su aparición se dilata en el tiempo. Los castros supervivientes, tales como Salamanca, Yecla de Yeltes, Ledesma o Ciudad Rodrigo, se transformarán

en las *civitates*, o más bien *vici* principales, como los denomina Roldán (1997), de los que ya se ha hablado extensamente.

## **2. TESTIMONIOS ARQUEOLÓGICOS II: ARQUITECTURA INTRAMUROS**

Otros vestigios arqueológicos que han llegado de los poblados se encuentran en su interior y consisten en las casas y su disposición, en su planificación y en otros edificios o espacios de uso público o no. Los yacimientos en estudio han deparado más bien poco sobre todo esto. Existen escasos castros de los que se conozca la organización intramuros o/y sus construcciones, debido a la falta de excavaciones, así que este apartado será susceptible de una profunda revisión en el momento en que se realicen y se obtenga más información.

### **2. A. Arquitectura**

#### **2. A. a. Bronce Final/Hierro I**

Durante esta etapa hay varias técnicas constructivas documentadas en los yacimientos excavados. La zona noreste y sureste del territorio en estudio se encuadra dentro del denominado Horizonte de los “campos de hoyos”, es decir de las estructuras de hábitat sólo queda su contorno, delimitado por una serie de estructuras en negativo.

Como exponente de este tipo de estructuras contamos con los vestigios identificados en el Teso del Cuerno (Forfoleda), el único yacimiento excavado de forma extensiva. Aquí se encontraron hoyos que no tenían en su relleno material arqueológico, sino que el depósito era de tonalidad negra en algunos casos y gris oscura en otros, contrastando con la tierra rojiza donde fueron excavados inicialmente, por lo que se dedujo que sirvieron para levantar postes de madera. Entre estos hoyos, se ha detectado una estructura que parece ser elíptica-ovalada y cuenta en su interior con otros hoyos, hacia el centro y alineados más o menos longitudinalmente, para sujetar la cubierta, la cual sería vegetal (Fig. 170). En la zona sur se detectaron indicios del uso de madera y barro, para levantar los muros, ya que se registraron bloques de adobe con improntas de pajas, y para la construcción de los cimientos se empleó también madera. Otros hoyos tenían una base de piedra y contenían recipientes, como una gran olla de boca ancha y pie pequeño o una olla globular y una quesera. Todo esto hace pensar a sus investigadores que todos los agujeros de este tipo sirvieron como silos de vasijas de almacenamiento, ya que el suelo sobre el que se asienta este poblado es muy húmedo y no es apto para guardar el alimento directamente sobre él (Benito y Jiménez, 1988-89: 263-281).

Otros yacimientos que podrían considerarse como campos de hoyos son La Mesa del Carpio Bernardo y El Castillo del Carpio Bernardo y las estaciones contemporáneas a ellas de Arapil Chico (Arapiles), El Torrejón (Alba de Tormes), Las Ollas (Garcihernández), Castañeda (Villagonzalo de Tormes), La Aceña (Huertas), El Palomar (Aldealengua) y el Teso de la Hojita (San Morales) (Delibes y

Martín Valls, 1972: 19; Martín y Jiménez, 1988-89: 276; Sanz *et al.*, 1991-92: 85; Tejada y Pérez, 1994: 73ss.; Fabián, 1999: 173). Así mismo en Salamanca capital se han detectado este tipo de estructura para una fase de transición entre el Bronce y el Hierro, aunque sin material asociado que los confirme, pero con la presencia de tres fragmentos cerámicos de Cogotas I (González, 2000: 28; Macarro y Alario, 2003: 112 y 2012: 25,61).

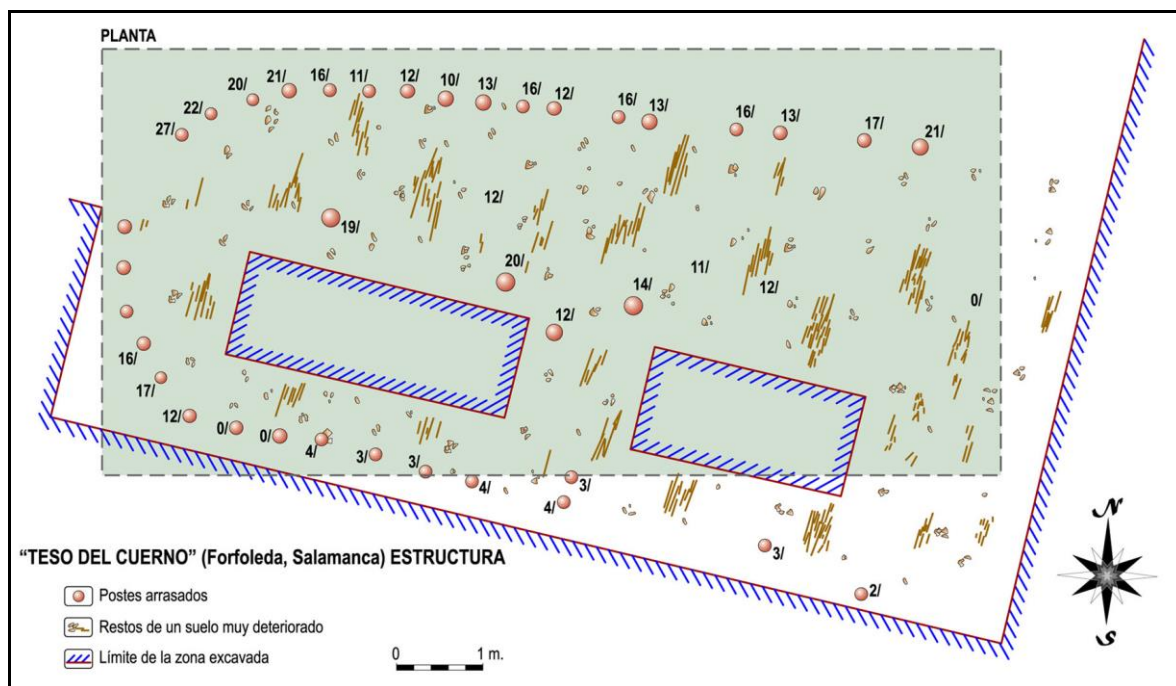


Figura 170: Planta de la cabaña del Teso del Cuerno (Forfoleda). (Vectorizado de Martín Benito *et al.*, 1988-89)

Este sistema constructivo está presente en nuestro territorio desde el Neolítico final y se ha verificado en otros yacimientos meseteños como Los Cuestos de la Estación de Benavente (Célis, 1993); el poblado de Bouça do Frade en el concejo portugués de Baiona (Oliveira, 1988); los yacimientos abulenses de La Viña (López y Blanco, 2005: 229-249) y de La Guaya (Misiego *et al.*, 2005: 207-229); La Aldehuela (Zamora), El Castillejo (Fuensaúco, Soria), el castro de Sacaojos (León) o los localizados en Segovia (Blanco, 2006: 36).

En el Cerro San Vicente se ha querido ver una fase intermedia entre las estructuras de "hoyos de poste" y las casas con muros de adobes, de las que se hablarán enseguida. Macarro y Alario han interpretado los restos de una vivienda circular con dos hileras concéntricas exteriores de hoyos de poste como una inseguridad constructiva propia de estos primeros momentos. En ella, las estacas adosadas al muro de adobe actuarían de puntales de refuerzo (2012: 26).

## 2. B. Hierro I

Las evidencias de Ledesma (Fig. 171) o el Cerro San Vicente (Fig. 172), hablan de estructuras circulares y rectangulares fabricadas con adobes, con una banco corrido adosado a la pared y al lado opuesto del umbral, con un hogar central y sobre elevado ligeramente del suelo, con pavimentos de



barro pisado y sin compartimentación interna. La excepción a esto último sería una de las casas de Ledesma, que cuenta con un muro divisorio interno, levantado con bloques de granito sin escuadrar y sin trabar. Esta estructura delimitaba un pequeño espacio donde se llevaron a cabo actividades artesanales relacionadas con el fuego. Tanto las paredes como los bancos se recubrirían de estuco y se pintaban, ya que ambos poblados se han encontrado restos de este acabado con pintura, revistiendo las paredes y los bancos. Los motivos decorativos por excelencia son los geométricos, líneas y triángulos. Previamente se apreció que el estuco estaría enlucido de rojo y sobre él se realizarían decoraciones monocromas, en rojo o blanco, y/o policromas, en rojo, amarillo y negro (Fig. 173). Otro elemento que se adosaba al paramento interno son las repisas, documentadas en el Cerro San Vicente. Su fábrica es similar a los bancos, pero son menos anchos, se sitúan a una cota inferior y ocupan el espacio sobrante; completando ambos elementos la circunferencia de la casa (Benet *et al.*, 1991; Macarro y Alario, 2010: 35ss.). El diámetro medio de las estructuras consideradas como casas en el Cerro San Vicente oscila entre 5,8 y 6,2 m., mientras que otras estructuras más pequeñas se han interpretado como dependencias auxiliares, de las que se hablarán más adelante. Los muros eran levantados con adobes ligados con arcillas, pudiéndose su aparejo estar realizado a soga o a tizón. Su cimentación muestra una capa de gravas de impermeabilización en la base y adobes complementarios adosados o imbricados al exterior para reforzar el muro y facilita la evacuación de aguas. Los umbrales de las casas de este poblado están orientados hacia el este-sureste, a sotavento, acorde con la climatología local. No obstante, la construcción circular no es la única documentada en el poblado del Cerro San Vicente, ya que se han exhumado casas rectangulares, aunque en menor medida, con la misma técnica constructiva que para las circulares (Benet *et al.*, 1991; Macarro, 1999; Macarro, 2003: 113; Macarro y Alario, 2012: 27ss.) (Fig. 172).

A estas cabañas se les añadirá en fases tardías un vestíbulo de forma trapezoidal, con cimientos se delimitaban con piedras de tamaño medio y grande, y pizarras hincadas; sobre ellos se dispondría un lecho de arcilla y gravilla y, finalmente, se colocaría un suelo de adobes; como se ha podido apreciar en el Cerro San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 37).

El adobe es el material empleado por excelencia y la utilización de otras materias depende de su existencia cerca del poblado: el granito de Ledesma y la arenisca, la pizarra y los cantos rodados de San Vicente, se emplearon para los cimientos, para las canalizaciones de agua, el aislamiento de pavimentaciones, juntas de adobes, hoyos de poste, refuerzos de los manteados de las paredes o para los dinteles de la puerta. La madera se usó a modo de postes de sujeción para la cubierta; como estacas para reforzar las paredes de adobe y en el sistema de techumbre (Benet *et al.*, 1991: 117-136; Macarro, 1999: 25; Macarro y Alario, 2012: 43).

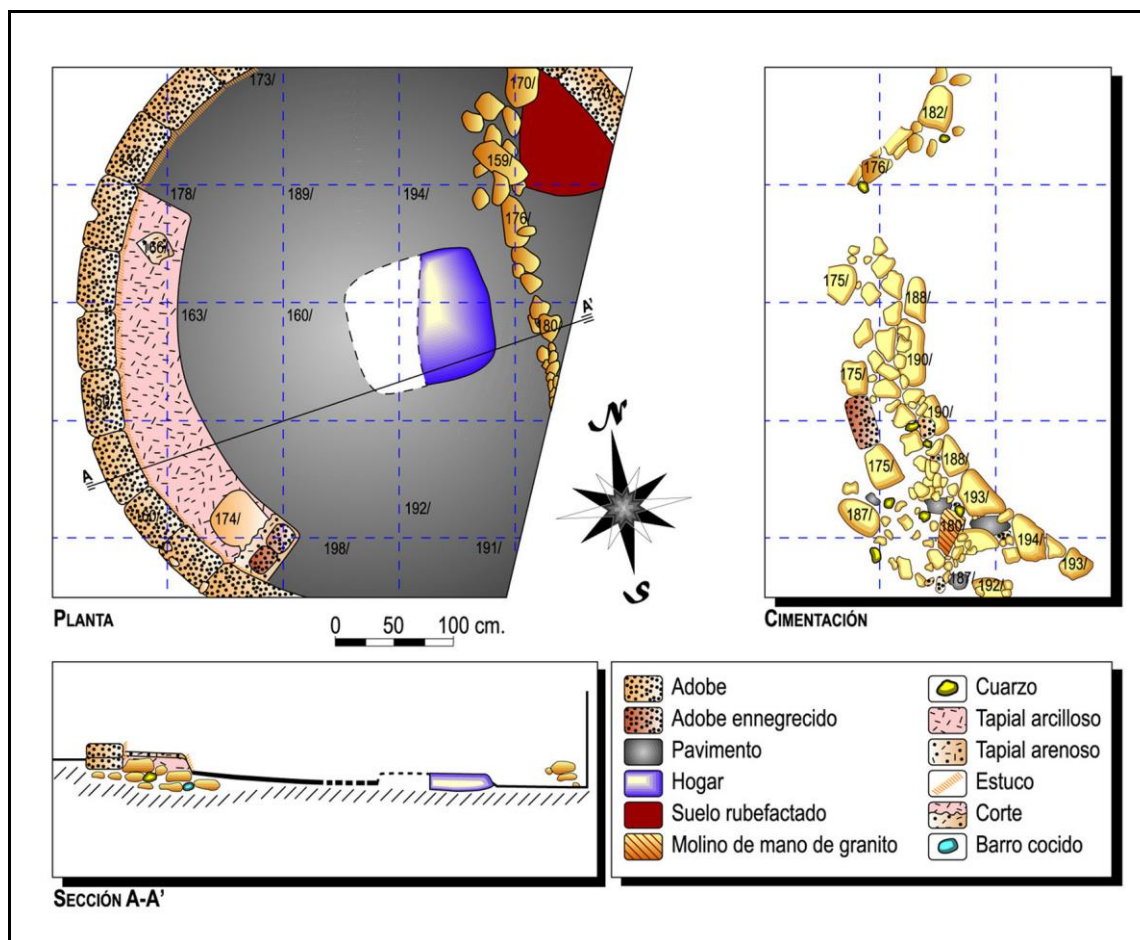


Figura 171: Planta de una cabaña de la tercera fase de ocupación exhumada en la plaza de San Martín (Ledesma). (Vectorizado de Benet *et al.*, 1991)

Este sistema de construcción, con la peculiaridad de que los suelos se apoyaban sobre un preparado de arcilla, gravilla o arena y enchanchados aislantes de pizarra ya arenisca silíceas, se empleó también para estructuras auxiliares interpretados como almacenes, silos y/o cobertizos debido a la capacidad aislante del sistema de preparación del suelo y al hallazgo de cebada en ellos. Este mismo tipo de construcciones se ha documentado en espacios simbólicos y/o rituales, como se puede apreciar en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999; Macarro y Alario, 2012: 40). Estructuras de almacenamiento se han identificado en diversos poblados, levantadas en distintos materiales. Ejemplo de ellas son el posible almacén tipo hórreo de Pajares (Villanueva de La Vera, Cáceres) construido en madera (Celestino, 2008: 105) y las estructuras análogas a descubiertas El Castillo de Montealegre (Valladolid), que contenían restos abundantes de cereal (Heredero, 1993: 289). Otra construcción extramuros de las viviendas que se han identificado son los hornos. En el Cerro San Vicente se levanta con adobes y las paredes son de tendencia abocinada, documentándose varios suelos quemados superpuestos y separados con capas arenosas que se corresponden con varias fases de uso (Macarro y Alario, 2003: 113; 2012: 40).

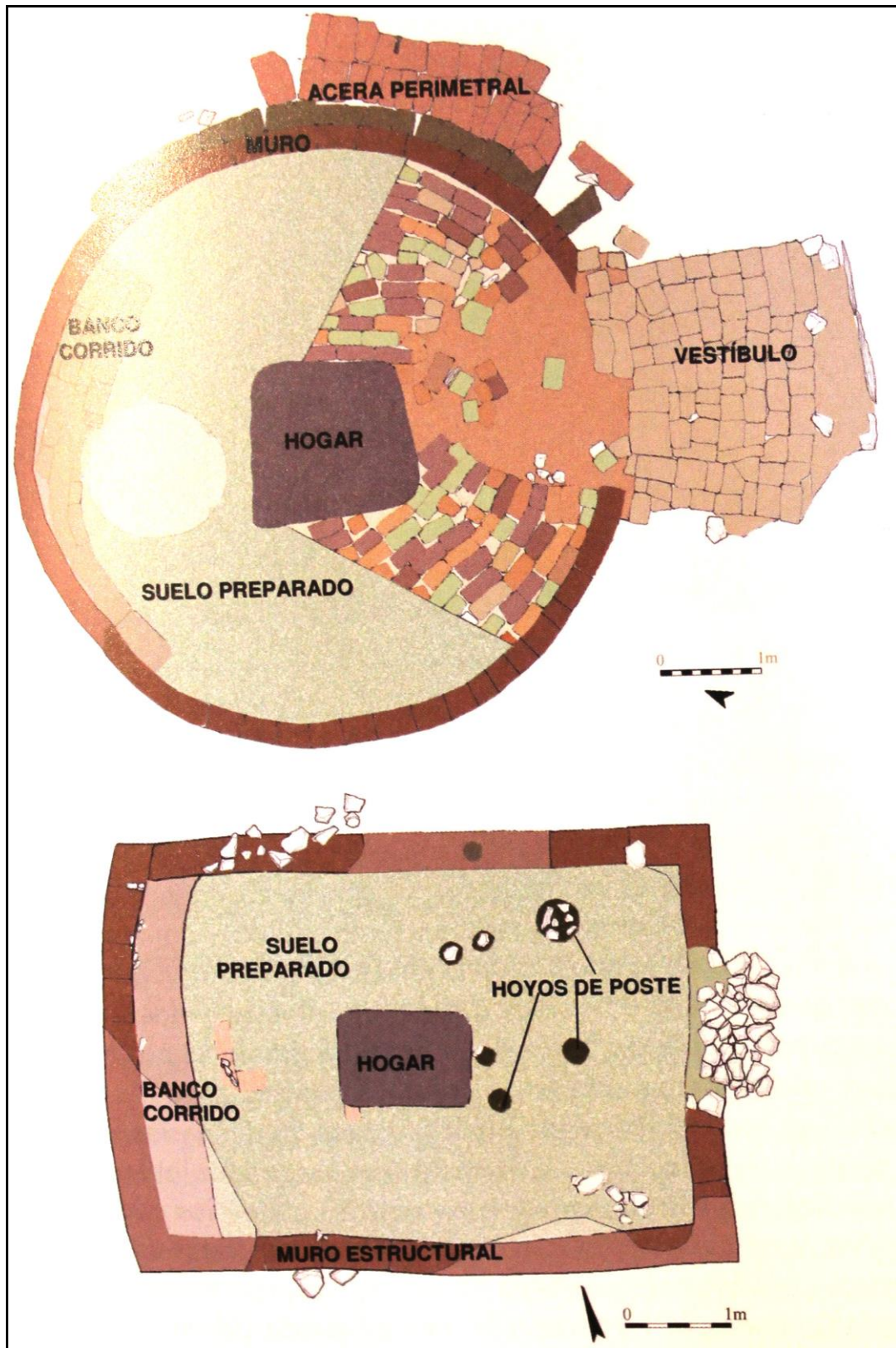


Figura 172: Cabañas del Cerro San Vicente (Según Macarro y Alario, 2012)





Figura 173: Fragmento de estuco de la tercera cabaña de la plaza de San Martín (Ledesma). (Benet *et al.*, 1991)

Cabañas análogas han sido excavadas en yacimientos como Los Cuestos de la Estación de Benavente (Celis, 1993), en Zorita, en Valoria La Buena (Romero, 1992: 184) o El Soto (Palol y Wattenberg, 1974: 188 y 189). En todas sus viviendas, las paredes estaban enlucidas y se registraron temas geométricos en blanco y negro, sobre fondos rojos.

Otras estructuras son una serie de hoyos de poste, que hace pensar en un recinto vallado para la estabulación de ganado, debido al tipo de construcción y a la ausencia tanto de suelos preparados como de indicios de habitación (Macarro, 2000: 12). La estabulación de la cabaña ganadera en pequeños corrales se ha testimoniado en El Raso de Candeleda, llevando en ellos actividades como el ordeño o el esquilado de las ovejas para la obtención de lácteos y lana, productos secundarios que, como ya se ha mencionado, indirectamente están bien documentados entre los pueblos prerromanos con la existencia de queseras fusayolas, pesas de telar.... (Blasco, 2008: 128).

Por último, también en el Cerro San Vicente se han detectado una serie de pequeños encachados circulares situados sobre masas arcillosas quemadas, halladas en contextos de niveles de basurero, que Macarro y Alario han vinculado con la realización de actividades doméstico-artesanales



(2012: 40). El empleo de los basureros para otras actividades también se ha documentado en el vecino El Teso de Las Catedrales, como se verá más adelante.

Como se puede apreciar, la mayoría de los paralelos citados por el tipo de construcción remiten a la Cultura del Soto, aunque la planta circular se genera en tradiciones prehistóricas autóctonas, es una evolución lógica de las plantas ovaladas de la fase anterior. De hecho, la planta redondeada aparecerá durante la primera mitad del I milenio en el occidente meseteño, siendo sustituida por la rectangular a partir del siglo V a. C., permaneciendo en uso tan sólo en el noroeste peninsular (Martín, 2001: 130; Macarro y Alario, 2012: 62) Así, en los yacimientos asociados a “los campos de hoyos” la estructura varía entre circular y elíptica, y en los yacimientos de la Sierra la planta es circular, perdurando durante la fase siguiente, como demuestra el castro de El Castillo de Saldeana o el de El Cabezo (Martín Valls, 1997: 141; IACyL). Hay que señalar que los vestíbulos de acceso y las unidades domésticas diferenciadas en el Cerro San Vicente son inusuales en los otros enclaves soteños investigados durante los últimos años, tan sólo se el poblado de El Soto ha deparado paralelos en una fase avanzada de esta cultura (Macarro y Alario, 2012: 63).

Al noroeste y sureste del territorio se ha documentado un sistema de construcción distinto que bien podría encuadrarse dentro de un Hierro Pleno tipo “Cogotas II”. Existen dos yacimientos excavados, Cancho Enamorado (Maluquer, 1957: 40ss.) y Castil de Cabras (Sánchez *et al.*, 2000d: 61), y un tercero del que sólo se puede citar lo que se ve en superficie pues no se han realizado ningún tipo de intervención: Cañal de Domingo (IACyL). Las casas exhumadas son de planta circular y se caracterizan por unos muros de piedra levantados mediante mampostería en seco, que apoyaban en los canchales de granito que hay repartidos por las cumbres. Los pavimentos son, en su mayoría, de tierra pisada, aunque se ha documentado un enlosado fabricado en parte con piedras de molino inservibles, cuya función sería la de evitar la humedad.

Otros poblado con las mismas características son Los Castillejos (Sanchorreja) y los de la penillanura cacereña, en donde las cabañas también se disponen aprovechando los afloramientos rocosos (Maluquer, 1958b: 9; Fernández, 1995: 115; Esparza y Blanco, 2008: 85).

El tipo de cubierta se basa en los datos obtenidos durante las excavaciones. Se han documentado mogotes de barro quemado con improntas vegetales y restos de madera carbonizada, así como algunas pesas que podrían responder a la tipología de “pesas de tejado”; por lo que se presume una techumbre cónica consistente en un entramado de vigas de madera sobre la que se extenderían escobas o ramajes unidas con pegotes de barro y se utilizarían cuerdas, que se atarían a los postes centrales y se dejarían caer sobre la paja, quedando tirantes por el peso de las pesas. Este mismo sistema se ha documentado en las excavaciones del Cerro San Vicente, en donde se ha atestiguado posiblemente un pie derecho que sujetaría todo el entramado (Macarro, 1999: 62-63; Macarro y Alario, 2012: 32). Así mismo, es posible que esta estructura se sujetase con un sistema de contrapesos, consistente en tirar diversas cuerdas con una piedra en su extremo que actuarían de peso

para anclar esta estructura vegetal, tal como pone en evidencia unas pesas documentadas en el Picón de la Mora (Fig. 174), en Los Tejares (López *et al.*, 2003d) o Las Merchanas (STRATO, 2005a: 64). Este sistema de cubierta vegetal se puede rastrear en todos los poblados hasta la adopción de la tégula y el *imbrex* romanos; no sólo en el territorio de estudio sino también en otros poblados localizados en la Península Ibérica (Blanco, 2006: 36). Este tipo de sujeción se ha documentado en la cultura de los castros galaicos (Viladonga, Zoñán, Santa Tecla), perviviendo hasta nuestros días en las pallozas y en los hórreos de las comarcas orientales de Galicia (Arias y Durán, 1996: 68). Así mismo, Blasco indica que el peso de algunos ejemplares de El Raso (2370 grs.) o Las Cogotas (+400 grs.) hace pensar que sirvieron de contrapeso para sujetar las techumbres (2008: 136).

Por último los hogares que se han documentado están en posición central, acorde con la abertura que tendría la cubierta para dejar salir los humos. Están sobre elevados del suelo ligeramente. Su factura consiste en una placa de arcilla dispuesta sobre una base refractaria compuesta por piedras o fragmentos cerámicos mezclados con arcilla y delimitada por un revoque arcilloso. Asociados a ello se han encontrado adobes exentos y hoyos de poste interpretados como vasares y soportes de madera para colgar recipientes, respectivamente (Benet *et al.*, 1991; Macarro, 1999: 62-63; Macarro y Alario, 2012: 35).



Figura 174: Pesa de granito procedente del Picón de la Mora. (Fotografía de la autora, 2008)

Respecto al “urbanismo” de los yacimientos de esta etapa, no existe una trama planificada como era de esperar, aunque es posible que hubiera una cierta organización premeditada. Así aunque las

cabañas de Cancho Enamorado (Puente Congosto) han aparecido agrupadas en la ladera Sur, debido a que los canchales, que hay por toda la cumbre sobre la que se asienta este castro, no han permitido otra cosa y su orientación no es uniforme, sino que unas están dispuestas hacia el sudeste, como la Be 6, y otras hacia el norte, como la Be 4 y la Be 5 (Maluquer, 1958a: 42). Sin embargo, recientes investigaciones parecen apoyar la existencia de zonas cuyo espacio está especialmente delimitado: de culto, de hábitat y de trabajo (López *et al.*, 2006). Por el tipo de materiales se ha asociado la zona sur de la ladera con un lugar de hábitat mientras que en la meseta superior se realizarían trabajos especializados. Por último, se ha identificado con un posible lugar de uso ritual una zona apartada y delimitada por estructuras de amurallamiento en una pequeña plataforma por encima del resto del complejo (López *et al.*, 2006).

Igualmente en Castil Cabras (San Miguel de Valero) parece que no existió una trama compleja y que las casas eran construidas de acuerdo al espacio disponible y a los canchales existentes del terreno, pero en nuestra opinión habría una organización de los espacios como en Cancho Enamorado, residiendo el problema en que se ha excavado parcialmente (Sánchez *et al.*, 2000b: 61).

Así mismo, en el Cerro San Vicente, aunque las excavaciones realizadas han demostrado que no hay un trazado vial (Macarro, 1999: 22); si se puede intuir una cierta organización del espacio. Así, se han documentado unidades domésticas compuestas por una vivienda y una serie de construcciones auxiliares que en muchos casos aparecen unidas por una especie de “acera de adobes” (Macarro y Alario, 2012: 38) muy similar a las unidades domésticas de la Cultura castreña. Por otra parte, también se observa una ocupación selectiva del suelo que integra áreas vestibulares exteriores, junto a zonas artesanales y basureros. Estos espacios se siguieron empleando, según la estratigrafía, con el mismo fin durante toda la ocupación del cerro (Macarro, 1999: 22). Otro dato que han aportado las excavaciones del cerro es una ausencia de estructuras de habitación junto a la cerca del poblado, apareciendo éstas a una distancia considerable de la misma (Macarro y Alario, 2003: 112). Quizás estemos ante un posible camino de ronda intramuros. Por otro lado, se ha detectado que las unidades domésticas se dispusieron entorno a dos bandas, con unas superficies compactadas de arcilla, cantos y adobes, que siguen un eje NO-SE, en donde se reserva un espacio central libre de edificaciones (Macarro y Alario, 2012: 519). Así mismo, en Ledesma, se podría estar ante la misma distribución espacial, ya que ambos yacimientos se han asociado a la misma facies cultural de El Soto (Benet *et al.*, 1991:117-136, Martín Valls *et al.*, 1991: 137-163).

Esta aparente organización se observó en el poblado abulense contemporáneo de Los Castillejos (Sanchorreja) (Maluquer, 1958b: 9) y en otros pertenecientes a la facies Soto, como en Sacaojos (Santiago de la Valduerna) (Misiego *et al.*, 1995-96: 63). Este tipo de organización interna del hábitat también se ha observado en algunos yacimientos de la zona del Sado-Bajo Guadiana tales como Cantamento de la Pepina o el Castrejón de Bodonal y aunque no se puede asegurar a qué momento pertenece este tipo de poblamiento, Berrocal-Rangel plantea que es atemporal y que en casos



marginales (económica, social y culturalmente) alcanzaría y perduraría con la Romanización (1992: 219). Esto último, como verá más adelante es totalmente factible en nuestro territorio durante el Hierro II.

## 2. B. c. Hierro II

El material utilizado en la construcción de las casas dependió en gran medida del entorno inmediato del castro. Así existen poblados en los que se empleó la piedra y, en otros, el adobe. Las casas tienen, por regla general, una planta rectangular o cuadrangular, sin compartimentación interna conocida, con un hogar central y los pavimentos fabricados mediante barro pisado sobre una capa de guijarros. Las paredes de piedra se levantaron mediante mampostería en seco con piedras pequeñas e irregulares (Martín, 1919; Maluquer, 1968; Benet *et al.*, 1991: 137-163; Martín Valls, 1997; Macarro, 1999a: 42). Esto se ha podido observar en varios yacimientos. El primero que mencionaremos será Los Castillos (Villar de Yegua), en donde quedan vestigios de muros, situados en la zona Oeste del castro, que parecen corresponderse con estructuras rectangulares (IACyL). El segundo es Las Merchanas, en donde se exhumó la única cabaña de esta época (Fig. 175) (Maluquer, 1968).

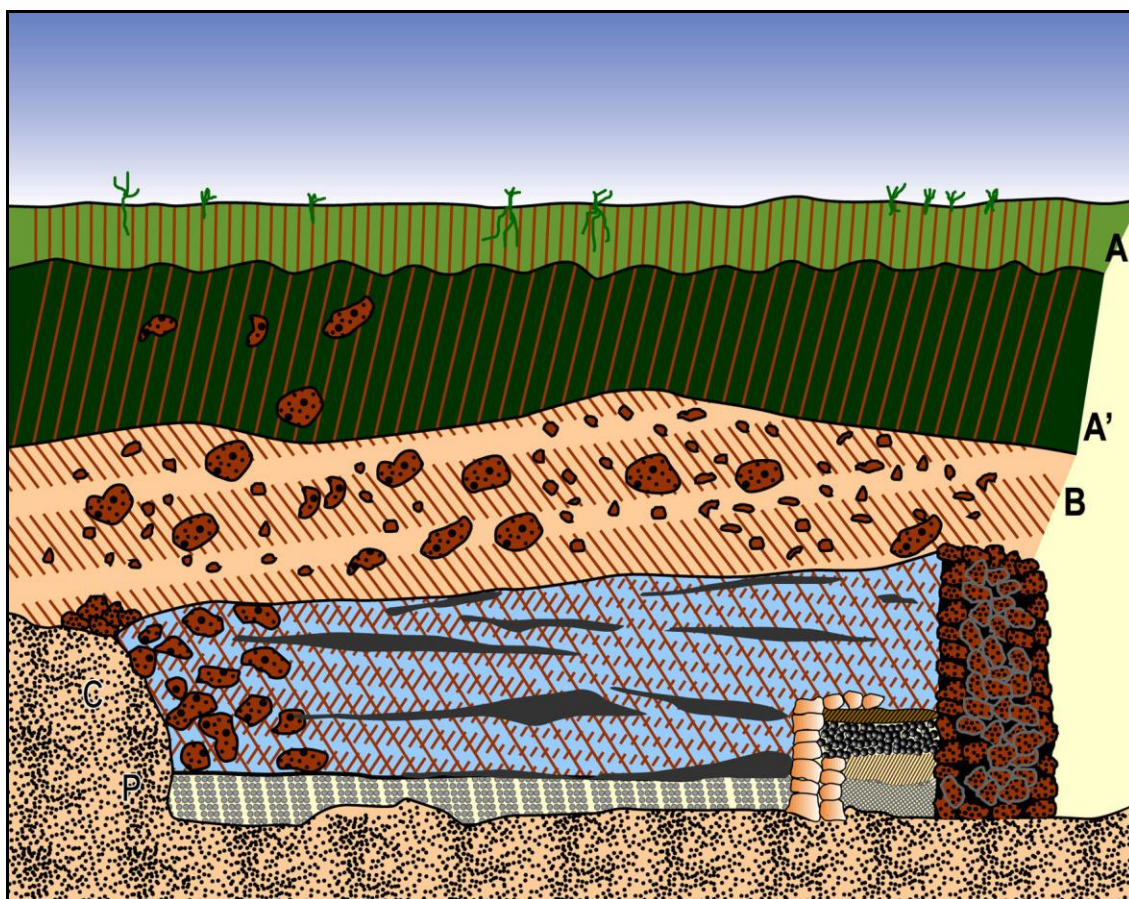


Figura 175: Croquis de la cata de la vivienda del sector occidental de Las Merchanas. (Vectorizado de Maluquer, 1968)



El tercer castro es Yecla de Yeltes, en donde se identificaron muros de una casa (Martín, 1919). El cuarto sería el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña), hay una gran cantidad de piedras rectangulares y cuadrangulares de tamaño mediano y pequeño, amontonadas entre los canchales graníticos que se ha interpretado como materiales constructivos, pero sin poder definir el tipo de planta.

El castro de El Castillo de Saldeana muestra el mismo material de construcción y la misma técnica que otros poblados vecinos, pero las casas cuentan con plantas circulares y rectangulares. El origen de esta planta, como ya se ha planteado, arrancaría de tiempos anteriores como una evolución propia de las comunidades. Cabe aclarar que las viviendas que se ven en superficie, seguramente correspondan a la etapa romana, ya que los materiales que se observan asociados son en su mayoría estelas cuya cronología abarca desde el siglo I al III d. C., e incluso hasta el IV d.C. (Hernández Liborio, 2001: 208-213). Así, la población habría mantenido su sistema constructivo y el uso de su planta redonda, combinándolo con la adopción de la planta rectangular cubierta con la tégula y el *ímbrex* romano, que también se puede observar en superficie. Ante el mismo caso nos encontramos en el yacimiento de La Colmenera (Sobradillo).



Figura 176: Posible aljibe de El Castillo de Saldeana. (Fotografías de la autora, 2005)

Otras estructuras están excavadas en la tierra y sus paredes han sido forradas de piedra (Fig. 176). Este tipo de construcción recuerda a las piletas documentadas en el poblado de Santa Tecla (La Guardia, Pontevedra) para la recogida de agua de lluvia (Martínez, 1998), al aljibe que se documentó en Troña (Ponteareas, Pontevedra), en Elviña (La Coruña) (Criado y González, 2003) y tantos otros castros del NW, por lo que se ha interpretado como una estructura con la misma función. Aparte, llama la atención una cazoleta que está tallada en un bloque de granito, en medio del castro (Fig. 177). Buscando paralelos, se localizó una pieza análoga en el castro de S. Joao das Arribas, que ha sido identificada como un molino (Ser, 2006: 153). Tal vez en este caso también se pueda interpretar así, de hecho hay muchas piedras en el castro que bien podrían haber sido empleadas de molenderas.



Figura 177: Posible molino de El Castillo de Saldeana. (Fotografía de la autora, 2005)

También se puede apreciar una construcción con cinco “silos”, integrados en la estructura de la pared y realizados con lajas de granito, que se ha interpretado como estructuras de almacenamiento (Fig. 178 y 179).

La pervivencia de la planta circular se ha documentado en Monte Alcaide (Monleón). Las excavaciones publicadas hasta el momento lo datan como un poblado altomedieval, aunque la aparición de pizarras visigodas bien podría indicar su origen en una fase anterior (Poveda, 2007: 182). Incluso es posible que, al igual que en Lerilla, se pueda hablar de una fundación prerromana como ya auguraran Morán (1926) y Maluquer (1956).



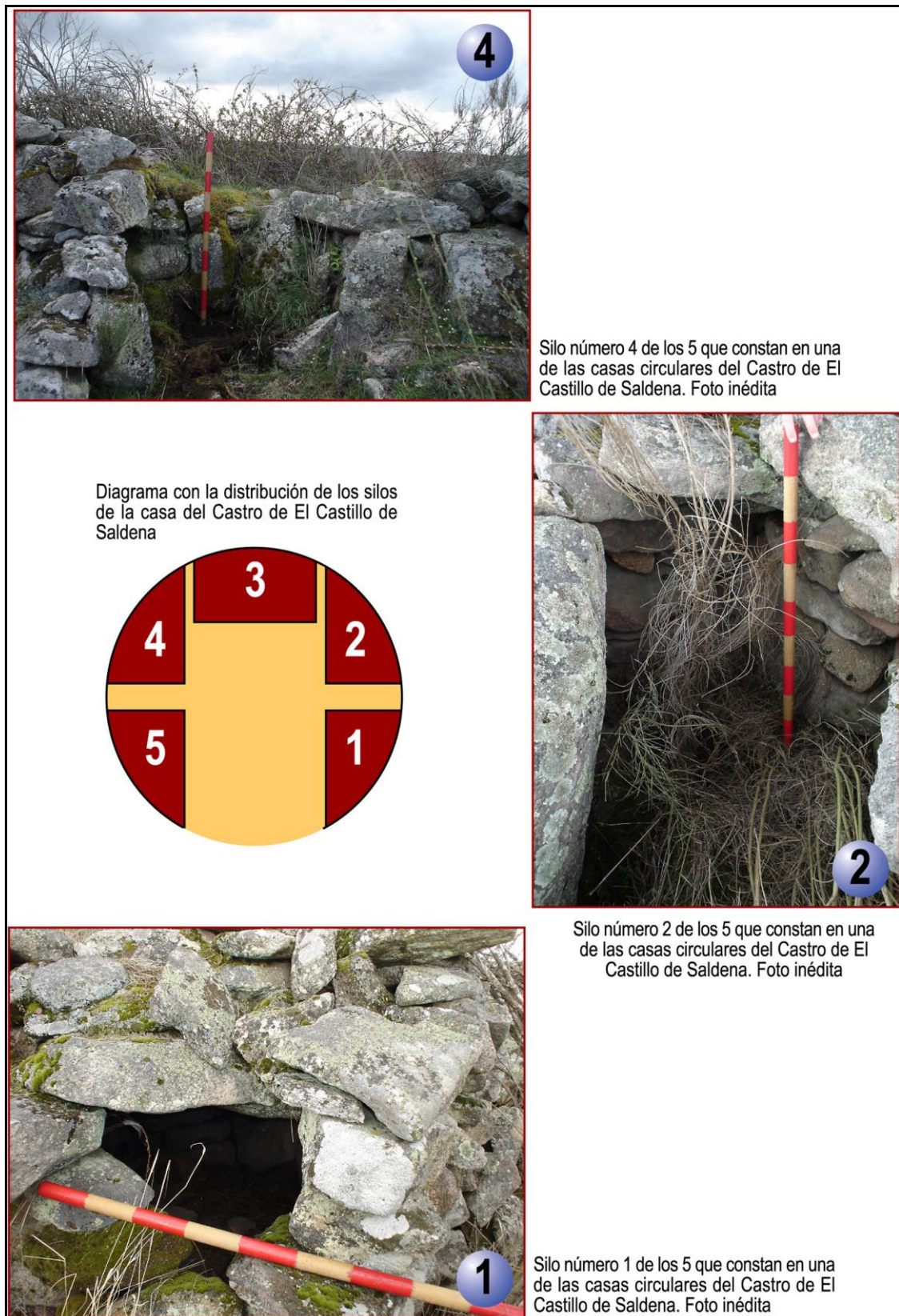


Figura 177: Casa-silo de El Castillo de Saldeana 1. (Fotografía de la autora, 2005)



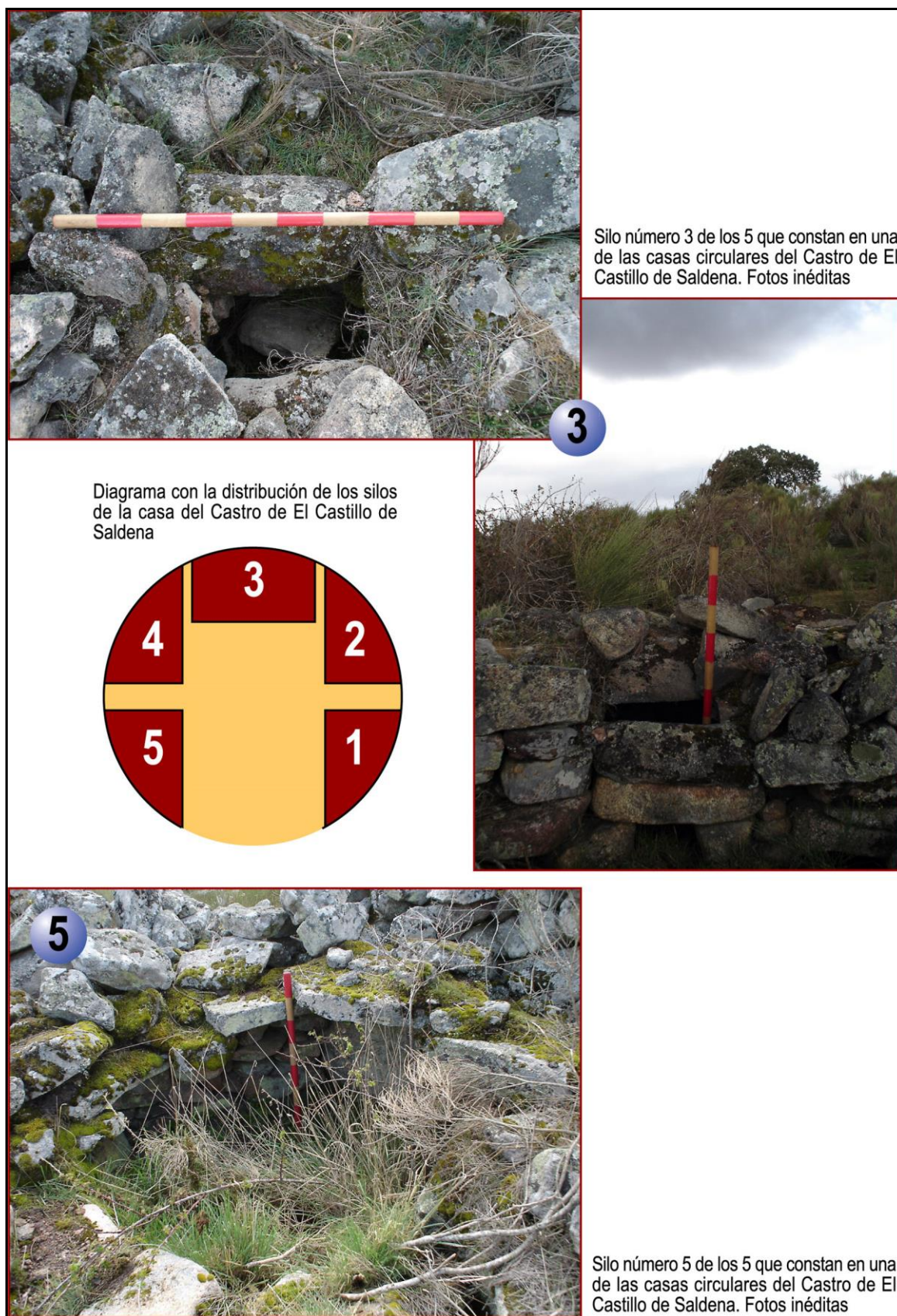


Figura 168: Casa-silo de El Castillo de Saldeana 2. (Fotografía de la autora, 2005)



El Castillo de Saldeana, Las Merchanas, Los Castillos (Villar de Yegua), El Cabezo dan una visión de las plantas de las casas durante el Hierro II en el Área occidental y en la Sierra, hasta que la realización de excavaciones en los yacimientos de esta época que aporte nuevos datos (Maluquer, 1968; Martín Valls, 1997; Poveda, 2007: 182). Estas viviendas son análogas a las documentadas en Las Cogotas, Los Castillejos de Sanchorreja, El Raso de Candeleda o La Mesa de Miranda (Hernández, 1986-87: 430; Fernández, 1986a; González, 2008: 205ss.).



Figura 180: Casa exhumada en el solar del Trilingüe. En primer término, en el ángulo NO, un hogar geminado. A la derecha de él, se aprecia una concentración de pesas de telar (Benet, 2002).

Las casas con muros de adobe sólo se han documentado en Salamanca capital, habiéndose encontrado una con un hogar geminado y un conjunto de pesas de telar *in situ* (Fig. 180) (Benet *et al.*, 1991: 137-163; Benet, 2002; Macarro, 1999a: 42). Los adobes tienen unas dimensiones estandarizadas en torno a 42x12x10 cm. Estaban cocidos y trabados entre sí por una fina capa de arcilla, utilizándose fragmentos de pizarra o cerámica a modo de cuña, de forma esporádica. Estas paredes estarían enlucidas, según se atestiguó un lienzo encontrado en la C/ Arcediano (J. C. L., 1988). Los muros estaban cimentados sobre una solera de pizarras. Los suelos eran un preparado de arenisca triturada y cal mezclada con arcilla, sobre un encanchado de pizarra a modo de solera de aislamiento. En esta fase también se han documentado una serie de estructuras domésticas auxiliares, que bien podrían haber servido para almacenamiento (Macarro *et al.*, 1997/1998: 241-242; Macarro y Alario, 2012: 96). Lo que sí se ha identificado con seguridad es una estructura subterránea excavada en la grava natural interpretada como un silo. Tiene forma subovalada, con un trazo NE-SW a los largo

de 2,20 m y con una anchura de 1,25 y una profundidad de 1,02 m., y traspasa el suelo natural (Alario *et al*, 1998a: 103). Estancias con la función de almacén se han documentado en La Coraja o El Raso y entre los pueblos del Suroeste céltico, en donde las viviendas contaban con una estancia de menor tamaño que pudo estar destinada a tal fin. De igual manera se conocen construcciones circulares exentas que parecen ser posibles despensas (Fernández, 2001: 296-297; Martín, 2001: 129 y 132).

Un corte en el yacimiento de La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández) muestra lo que parecer ser el derrumbe de un “paramento” con mampostería en seco de lajas pequeñas de pizarra. Este se documenta sobre un nivel de cenizas, en el que se aprecian a simple vista cerámicas *vettonas* y una mandíbula de ovicáprido, por lo que la hipótesis que se plantea es que se puede tratar de un derrumbe de cabaña (Fig. 171). Este pequeño muro se ha interpretado como un zócalo o una solera en pizarra, similar a la documentada en Salamanca, sobre el que se levantaría un muro bien de tapial, como es el caso de en El Raso de Candeleda, (Fernández, 1986: 75), o bien en adobe, por analogía con Salamanca.



Figura 181: Foto en la que se aprecia el muro de pizarra de La Cuesta de Santa Ana (Fotografía de la autora, 2004).

Este sistema de construcción es heredera de la tradición de la I Edad del Hierro que ya se ha analizado. Otros yacimientos que pudieron tener las casas de adobe, por la analogía con la Tierra de Campos y con la penillanura vallisoletana y por el hecho de que la piedra escasea en el NE de territorio

son el Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera), el Teso de la Encina (Aldeaseca), el Teso de San Miguel (Villamayor) o El Castillo (Forfoleda).

En Salamanca, se ha constatado una evolución de la vivienda desde época preaugusta hasta el III d. C., con gusto indígena: adobes enlucidos de arcilla, con arcilla y ramajes para la techumbre, aunque en el siglo I d. C. se comienza a emplear el ladrillo para las paredes de los edificios y tégula e *imbrex* para algunas cubiertas y entre Augusto y Nerón se consolida la piedra como elemento de construcción en los zócalos (STRATO, 1994: 82; Alario *et al*, 1998c). Este hecho es frecuente en lugares donde existen más vestigios de elementos tradicionales, por ejemplo en Tiermes y Numancia (Argente, 1991: 216). Por otra parte, los datos recogidos en la excavación del Trilingüe indican que no será hasta el siglo II d.C. cuando se comiencen a construir infraestructuras públicas (acueducto y pavimentado de calles) (Alario *et al*, 1998: 97). Así mismo, los testimonios parecen indicar una cronología bajoimperial para los vestigios documentados en Lerilla (Zamarra), La Plaza (Gallegos de Argañán) o Irueña (Fuenteguinaldo), en donde se ha recogido gran cantidad de columnas y otros elementos constructivos típicos romanos (Gómez-Moreno, 1967; Domingo, 1935).

En este apartado se ha incluido una estructura que se ha distinguido en la Cabeza de El Moncalvo (Hinojosa del Duero). Esta construcción se caracteriza por una planta rectangular con una entrada en embudo muy clara, aprovechando los canchales graníticos para construir los muros<sup>60</sup>. El sistema de construcción del lienzo norte (Fig. 182) es un sencillo aparejo en seco con la mayoría de los bloques de forma regular. En el lienzo oeste Fig. 183) se emplearon unas grandes lajas de granito para construir los paramentos internos y externos, rellenándose con piedras de tamaño mediano-pequeño, con formas rectangulares más o menos regulares, y otras más pequeñas, de formas irregulares a modo de cuña. Este mismo sistema parece haberse empleado en el lienzo sur (Fig. 183), aunque está prácticamente destruido y sólo se pueden observar algunas lajas y bloques de granito que permiten distinguir por donde iría el muro. Del lienzo este no queda nada, pero los tramos norte y sur van a morir a una cerca moderna que hay en esa dirección. Se ha calculado *grosso modo* que la anchura media del muro de la estructura es de 1,12 m. La longitud de sus lienzos es bastante homogénea, 43x44x30 m. Esta estructura está cortada por una cerca moderna y por el camino.

La hipótesis que se baraja es que esta estructura está extramuros del castro y aunque hay indicios (un grabado de la Edad del Hierro) que pudieran indicar lo coetáneo de ambos elementos, no estamos seguros de ello. La teoría que se plantea es que fuera un encerradero de ganado de época moderna que quedó en desuso hace años. Los indicios en los que se apoya son varios. El primero es la extensión del poblado, de unas 1,5 ha., que queda muy delimitado por los accidentes naturales, berrocales y hondonadas muy marcadas del terreno y la estructura en cuestión queda muy alejada de dicha zona. El segundo es la factura del muro que no tiene nada que ver con estos de esta etapa vistos en otros yacimientos mientras que se parecen más a los muros de las cercas tradicionales.

<sup>60</sup> Esta entrada suponemos que es la que viene indicada en el IACyL, como la entrada de la muralla.

El tercer indicio es que el material aparecido en superficie sólo limita la ocupación del castro al Hierro II, ya que el romano se ha documentado en el castro vecino de Cabezo de San Pedro (IACyL; Hernández y Jiménez, 2004); por tanto no hay una extensión del poblado que pudiera sugerir la construcción de la cerca en una etapa posterior. El cuarto es la aparición de un grabado tipo yeclense en uno de los sillares interiores (IACyL). Estos grabados están presentes en diversos castros y, como ya se ha visto, la mayoría parece adscribirse a la Edad del Hierro. Su presencia en este cercado puede responder a la reutilización de esa piedra de la muralla para su construcción y no a que este recinto fuera la muralla como se especifica en el IACyL. Esta reutilización elementos en épocas posteriores está más que documentada. No obstante, sólo se pueden elaborar conjeturas hasta que no se realicen excavaciones o un estudio del terreno a fondo. En todo caso, de ser una estructura de Época prerromana, se barajaría la hipótesis de que hubiera servido de encerradero de ganado, tal vez por un aumento de la cabaña en los momentos finales del mismo, que se ha calculado en torno al siglo I a. C.-I d. C., debido a la ausencia de material romano, que sí se ha recogido en el vecino castro de Cabezo de San Pedro (IACyL).

Al tratar sobre la trama intramuros del Hierro II, es probable que los castros poseyeran una cierta planificación “urbana<sup>61</sup>”, más compleja que en la época anterior.

Salamanca tendría sus paralelos con la arquitectura de los asentamientos prerromanos del Duero Medio, incluso en el tamaño de los adobes empleados para las estructuras de habitación. Este castro responde, por lo que se ha podido entrever en las excavaciones, al modelo de los poblados vacceos, “ciudades” de manzanas compactas ordenadas a partir de una vía central longitudinal y compartimentada por calles transversales. Las manzanas poseen en algunos casos unos 30 m. de anchura y en ellas se disponen dos hileras de casas abiertas cada una a una calle y adosadas en una medianera trasera (Benet, 2001: 27-28). Durante el siglo y medio de dominación romana que abarca el trabajo, la ordenación urbanística de Salamanca no varió mucho respecto a la castreña, como apuntan los vestigios estudiados por Benet (2001: 36), lo que demostraría el peso de la tradición indígena.

---

<sup>61</sup> Cuando se habla de “urbanismo” en estos castros, se deja a un lado la concepción que tenemos del verdadero urbanismo del mundo mediterráneo. Es decir, se cree que en estos castros se observa una organización propia que, difiere de la concepción estatal que tenía el mundo mediterráneo.





Figura 182: La foto superior muestra el lienzo norte del recinto del castro de Moncalvo, en donde se intuye el mampuesto en seco de este tramo. La foto inferior muestra como este mismo lienzo se incurva hacia dentro para formar la entrada en embudo del mismo recinto mencionado. (Fotografía de la autora, Enero, 2007)





Figura 183: La foto superior muestra el lienzo oeste y la foto inferior muestra los canchales utilizados para la construcción del lienzo sur del recinto del castro de El Moncalvo. (Fotografía de la autora, Enero, 2007)

Las estructuras de habitación halladas en los diversos solares investigados muestran una ordenación en trama ortogonal y reticular con un eje dominante de orientación NE-SW, supuesto a partir de la prolongación de la vía y puente romanos, con calles transversales de dirección NW-SE. Todo ello aglutinado por una muralla de planta elíptica adaptada a la geografía (*Ibidem*, 2001: 36). Es decir, a partir de este ejemplo puede plantearse que la trama de los castros de la II Edad del Hierro pudiera responder a una ordenación entorno a viales. No obstante, se ha creído necesario hacer una apreciación. La cronología de esta trama urbana se corresponde con el siglo III-II a. C. en adelante, es decir, coincidiendo con la expansión de la cultura celtibérica por la Meseta occidental (Almagro-Gorbea, 2008: 45ss.). De hecho, una trama protourbana similar se puede ver en Numancia y en otros castros del Área celtibérica (Jimeno *et al.*, 2005; Martín, 2001: 124). Vestigios materiales anteriores a este fenómeno sólo contamos con el verraco y con el sistema defensivo (Martín Valls *et al.* 1991: 145-147, 153-155; González, 2000: 31-33). Por tanto, ¿hasta qué punto esta organización “protourbana” de *Salmantica* no es fruto del proceso de celtiberización de La Meseta?, ¿Es posible, que en esta etapa la estructura urbana se pareciera más a los castros abulenses, como parece suceder en el occidente del territorio?

Existen lugares en donde los canchales graníticos limitarían una organización más allá de la mera separación entre zonas de trabajo y de hábitat, como es el caso del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña), donde el amontonamiento de material de construcción se concentra entre los canchales. Aquí la hipótesis que se plantea es que la población se asentaría en la zona más baja del teso, donde ahora se sitúa la ermita y la casa del ermitaño, y que se ha habilitado como merendero, lo que explicaría el traslado de los materiales constructivos. Cabe la posibilidad de que parte de las casas se construyeran entre los canchales, dando a los habitantes del teso una sensación de seguridad, pero en nuestras visitas invernales se comprobó que no ofrecía las mejores condiciones para su hábitat. Por tanto, la superficie de hábitat ocupa un 39,32% respecto de la total de poblado y se situaba en una zona llana donde si cabe un cierto acondicionamiento para el hábitat.

Otros casos bien distintos son el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), la Casa de Quiquín (Barruecopardo) y el Pico Monreal (Casafranca). En el primero, el canchal y el encerradero de ganado, según los cálculos, ocuparían el 40,41% de una superficie total de una hectárea, dejando tan sólo una zona habitable del 59,59%, donde habría que aterrizar parte de la misma<sup>62</sup>. En el segundo, los canchales graníticos ocuparían aproximadamente un 69,08% de una superficie total de una hectárea, permitiendo sólo asentarse en la zona sureste, en donde se extiende una explanada, que ocuparía el 30,92% del área total. En ambos casos, este terreno habitable está salpicado de pequeños canchales que volverían a condicionar la construcción de las casas y es prácticamente imposible edificar en la zona de los canchales porque son grandes peñas. Por tanto, se plantea la hipótesis de que las casas se levantaran de manera anárquica adaptándose a la topografía, como ocurre en parte

---

<sup>62</sup> De hecho, Francisco Garzón Luengo, propietario de la finca, dijo que en esa zona, “cuando desbrozaba, se veían muros de aterramiento que su familia no había levantado, que ya estaban ahí”.

del poblado de El Raso de Candeleda (Fernández, 1986: 499) o en Ulaca (Álvarez-Sanchís *et al.*, 2008: 342). Como ya se ha mencionado este tipo de organización interna sería atemporal y en casos marginales bien podría perdurar y alcanzar la Romanización (Berrocal-Rangel, 1992: 219), de hecho los datos disponibles hasta el momento para las tierras zamoranas y la cultura castreña indican que la ocupación intramuros sin un plan regular es habitual durante toda la etapa prerromana (Martín, 2001: 128 y 131).

La superficie que ocupa el Pico Monreal (Casafranca) es de 0,88 ha. y sus características, salpicado de canchales permiten especular que la construcción de las casas se adaptaría al terreno, obteniendo un hábitat disperso. Creemos que esto responde al hecho de que este enclave es una atalaya de vigilancia, como ya se ha comentado, y por tanto la hipótesis que se baraja es que la población no sería muy numerosa, a no ser que existiera un barrio extramuros, en el área SO, en la planicie que hay inmediatamente después del foso y antes de lo que se ha considerado como la posible zona de la necrópolis.

Otros yacimientos, más grandes que los anteriores y con canchales que no condicionan tanto por su menor tamaño, por su mayor concentración o por su reducido número, pueden tener una cierta organización mediante “calles” adaptadas al terreno. Quizá, por cercanía con Salamanca y por la orografía del terreno, la mayoría de los castros en esta situación se situarían en su comarca, como por ejemplo La Cuesta de Santa Ana o Alba de Tormes, porque la superficie es llana, sin apenas canchales que puedan condicionar la construcción.

Al oeste del territorio podemos mencionar otros poblados como por ejemplo Yecla de Yeltes, Las Merchanas, Iruña, Lerilla o La Plaza, que bien pudieron responder a este tipo de organización en “calles”. El hecho de que en Yecla de Yeltes parecen dibujarse dos longitudinales, enmascaradas por altos paredones, que limitan campos de cultivos (Martín, 1973) también apunta a una organización de carácter urbano, aunque hay que tener cuidado porque este castro ha sufrido remodelaciones posteriores y sin una excavación que lo confirme, dichas “calles” pueden ser una reorganización posterior del espacio intramuros. En Las Merchanas también se aprecia una “calle” limitada por mojones de piedra y los canchales graníticos, con marcas de rebaje artificial, que organizarían el poblado partiendo de la entrada oriental y desembocando en la puerta meridional, dejando el espacio para que pasara un carro (STRATO, 2005a:16), pero ocurre lo mismo que en Yecla: ¿se corresponde con un vial prerromano o es fruto de una organización posterior?

Este trazado de viales se ha documentado en otros castros prerromanos como por ejemplo Villasviejas del Tamuja (Cáceres), cuyas casas estaban separadas al Norte y al Sur por amplias calles (Hernández, 1986-87: 430), El Raso de Candeleda, en donde las casas están dispuestas de modo regular a lo largo de una calle ancha que cruzaba todo el poblado hacia la entrada principal del castro. Un segundo vial fue un camino de ronda y otro irregular corre entre las manzanas de casas



(Fernández, 1986: 497ss.). Además se busca evitar estar enfrente del vecino o quedar en su zona de paso, lo que implicaría una *consuetudo* consolidado.

Otro dato respecto a la organización intramuros, es que pudo existir una división de zonas, es decir, no toda la superficie interior era útil para el caserío sobre todo en yacimientos grandes, sino que parte de ella pudo servir como encerraderos de ganado (Maluquer 1951: 72 y 1956: 97; Bejarano, 1955: 118; Álvarez-Sanchís, 1999: 151). Esta hipótesis bien puede aplicarse a la mayoría de los castros, pero hay en algunos que no se percibe porque han sufrido muchas remodelaciones debido a una reutilización del espacio, en algunos casos, hasta la época actual. Bien han sido usados como canteras por los pueblos vecinos, destruyéndose posibles trazados que hubieran posibilitado profundizar en su estudio, o bien la falta de excavaciones no permite aventurar la evolución de los yacimientos. Existen una serie de castros tales como Las Merchanas (Lumbrales), Irueña (Fuenteguinaldo), El Teso de las Catedrales-Cerro San Vicente (Salamanca) y el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) en los que sí pudo darse esta separación de zonas para el ganado, lo que indicaría una cierta preocupación por la organización del poblado, ya que en los espacios propicios para encerrar los rebaños, no hay indicios de hábitats.

Por tanto, entre los pueblos prerromanos existirían unas pautas de costumbres con las que organizarían el hábitat. De hecho, en Europa contamos con ejemplos de una organización intramuros en yacimientos del Valle de Aisne. Las excavaciones en Villeneuve-Saint-Germain y Pommiers han revelado una división interna de ambos en cuatro cuadrantes, en los que se han definido unas áreas para viviendas y otras de trabajo (Collis, 1996: 165).

Para concluir este apartado, de todos los datos de los que disponemos, los que han proporcionado más información son los obtenidos en Salamanca capital. Permiten una aproximación bastante fiable a los dos yacimientos que se han identificado: Cerro San Vicente (Hierro I y II) y el Teso de Las Catedrales (Hierro II). La reconstrucción del primero fue realizada Macarro en su tesis (1999) y ya se ha presentado (Fig. 125), por tanto el croquis de la figura 174 se corresponde con el castro de la II Edad del Hierro.

Esta reconstrucción incorpora los datos más recientes que se conocen del *oppidum* salmantino. Tradicionalmente, se defendía un trazado de la muralla rectilíneo, e incluso algunos por un encerramiento de la superficie total del castro, planteándose que tanto la muralla romana el siglo IV-V d. C y la medieval siguiera el trazado del recinto prerromano (Muñoz, 1953: 29-35; Macarro, 1999). En este estudio se aboga por que el lienzo se adaptaría a las curvas de nivel del terreno, obteniéndose un trazado sinuoso, como apuntan los vestigios de tres tramos de la muralla recuperados: en el patio de la Clerecía, en el patio de la facultad de Historia, ambos lienzos contiguos en el espacio, y más recientemente, el documentado en la Rúa Mayor. Respecto al cercado completo, sí bien se documenta que muralla romana y medieval, sí rodearon el núcleo urbano. No está tan claro que con la cerca prerromana sucediera lo mismo. Se han llevado a cabo diversas excavaciones en la ciudad, pero en

este punto interesan dos, las realizadas en la Puerta de Aníbal y en el Jardín del Visir. Este último, fue excavado con motivo de la ampliación del Huerto de Calixto y Melibea, el cual está en el situado en el lienzo sur de la muralla medieval, en la cortada del que va da al río. Los resultados de la excavación son negativos en cuanto a vestigios de muralla se refiere, porque lo que se ha documentado son restos de ámbitos domésticos (Martín Valls, Benet y Macarro, 1991: 143). El terreno en este sector es muy escarpado, como se puede observar en las curvas de nivel del mapa (Fig.184), y permite una defensa natural, con lo cual no sería necesario continuar con la construcción del muro llegados a este punto, y más si tenemos en cuenta el resto de los castros prerromanos, entre los cuales existen muy pocos con una muralla que los rodee por completo y más si existen elementos naturales que sirvan de protección.

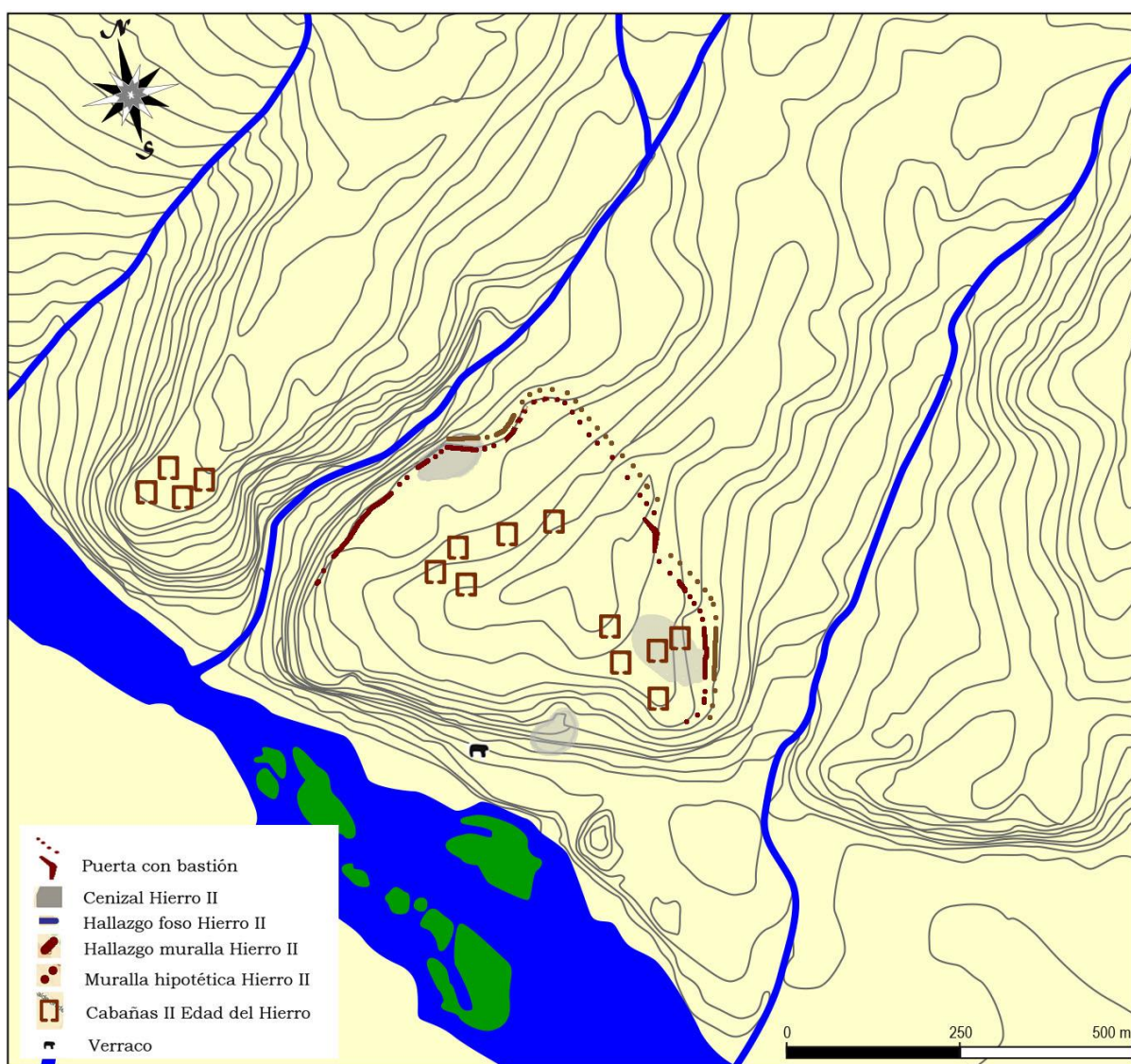


Figura 184: Reconstrucción hipotética del castro de Salamanca durante el Hierro II. (C. Mateos)

En segundo lugar, las intervenciones en la llamada Puerta de Aníbal, de época medieval, no han dado resultados positivos en cuanto a la muralla prerromana se refiere, teniendo en cuenta que en

área las curvas de nivel indican que en este punto el desnivel es menor y posibilitaría un acceso al castro. Tan sólo se ha identificado un basurero de finales del Hierro II y una calzada bajomedieval (Muñoz, 2000: 67). Esta reducción del desnivel pudo ser usado por los habitantes como un acceso al río, ya que queda resguardada; tal y como se ha observado para otros castros del territorio como son Yecla de Yeltes, el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo, Las Merchanas, El Castillo de Saldeana o el Picón de la Mora, que cuentan con portillos o puertas secundarias que dan acceso a fuentes naturales y a ríos o arroyos.

Por último, la cultura material hallada en El Teso de Las Catedrales remite su ocupación como muy temprano al siglo III a. C. (Martín Valls *et al*, 1991: 143; Macarro, 1999a: 48), aunque las excavaciones en el Cerro San Vicente, demuestran que la extensión hacia el segundo teso se produjo progresivamente a partir del siglo V a. C., siendo demolida su muralla en torno a la primera mitad del siglo IV y levantándose la *vettona* (Macarro, 1999: 160, 161, 180; Macarro y Alario, 2012: 92). No obstante, el cerro fue habitado hasta mínimo el siglo III-II a. C., con una fecha calibrada de entre el 349 y el 1 a. C. (Macarro, 1999: 1161).

### 3. LAS NECRÓPOLIS

Sólo se han localizado dos necrópolis prerromanas en el área estudiada: la de Los Tejares (López y Martínez, 2009: 123ss.) y, recientemente, la de Yecla de Yeltes (en prensa)<sup>63</sup>. No obstante, se han aventurado distintas hipótesis sobre la localización de posibles áreas cementeriales de algunos de los castros.

Recientes trabajos en el castro de Yecla de Yeltes han sacado a la luz los restos de una gran necrópolis en la zona Noroeste del asentamiento, la cual estaría activa desde el siglo V a. C. hasta época romana (en prensa)<sup>64</sup>. Este área es donde se han localizado el grueso de las estelas altoimperiales (Fig. 185). Martín Valls dio una cronología para estos elementos del siglo II d. C. (Martín Valls, 1982:182ss.), no habiéndose encontrado ninguno que pudiera ser anterior, lo cual podría implicar que durante todo el siglo I d. C. los habitantes de Yecla de Yeltes continuaron con su ritual de siempre, señalizando, quizá, las tumbas con piedras hincadas a modo de estelas, como ocurre en otras necrópolis prerromanas como *Pintia* (Sanz, 1997: 487). Esto representaría, junto con otros elementos que se observan en las estelas y en la cultura material, un claro predominio de la tradición meseteña sobre la romana durante más de un siglo. El estudio que realizaron Argente y García-Soto en territorio celtibérico demuestra que tras la ocupación romana del territorio, las prácticas funerarias indígenas mantienen la esencia de los ritos, a la vez que la ocupación de los mismos lugares que se venían usando como necrópolis, así la de Carratiermes estuvo en uso desde el siglo VI hasta finales del siglo I/principios el II d. C. (1994: 93).

<sup>63</sup> <https://lagacetadesalamanca.com>. “Descubierta una gran necrópolis vetona en Yecla”. La Gaceta (09/01/ 2013).

<sup>64</sup> *ibidem*.

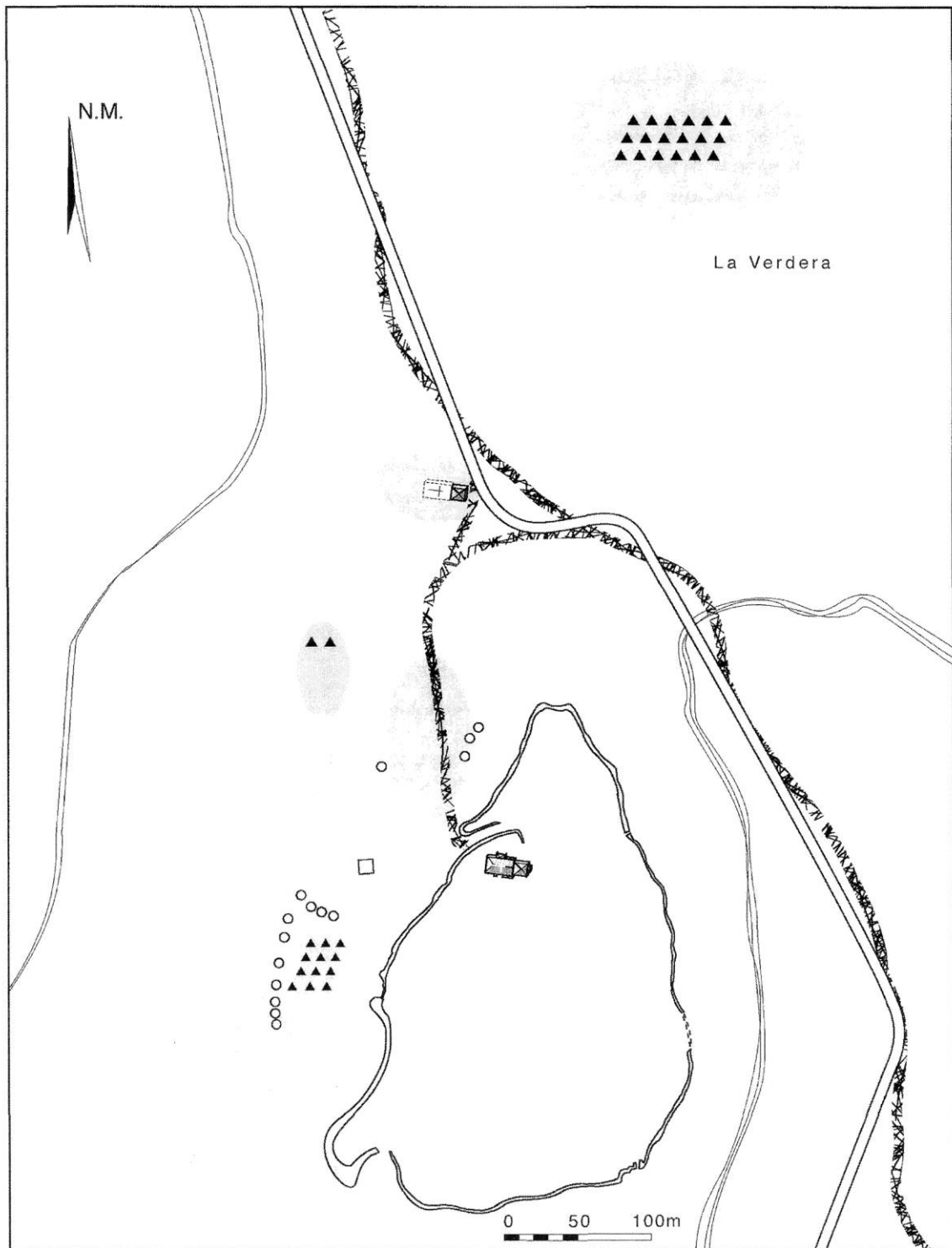


Figura 185: Los triángulos y los círculos señalan las estelas y las posibles áreas funerarias del castro de Yecla de Yeltes, según Martín Valls y Pérez Gómez (2004).



Otra hipotética necrópolis, situada en el mismo complejo arqueológico que la anterior, sería la asociada a Cancho Enamorado, la cual, según la opinión de Francisco Fabián, podría estar en un paraje cercano al poblado que se conoce con el nombre de “La Hoya de los Tesoros” (1986-87: 279).

Martín Valls también aventuró la posible localización de la necrópolis prerromana del Picón de la Mora. Estaría situada a unos 300 m. del lienzo N., después del campo de piedras hincadas, ya que se tiene noticias de la aparición de unos fragmentos cerámicos junto a unas cenizas, que podrían pertenecer a urnas funerarias (1971: 131).

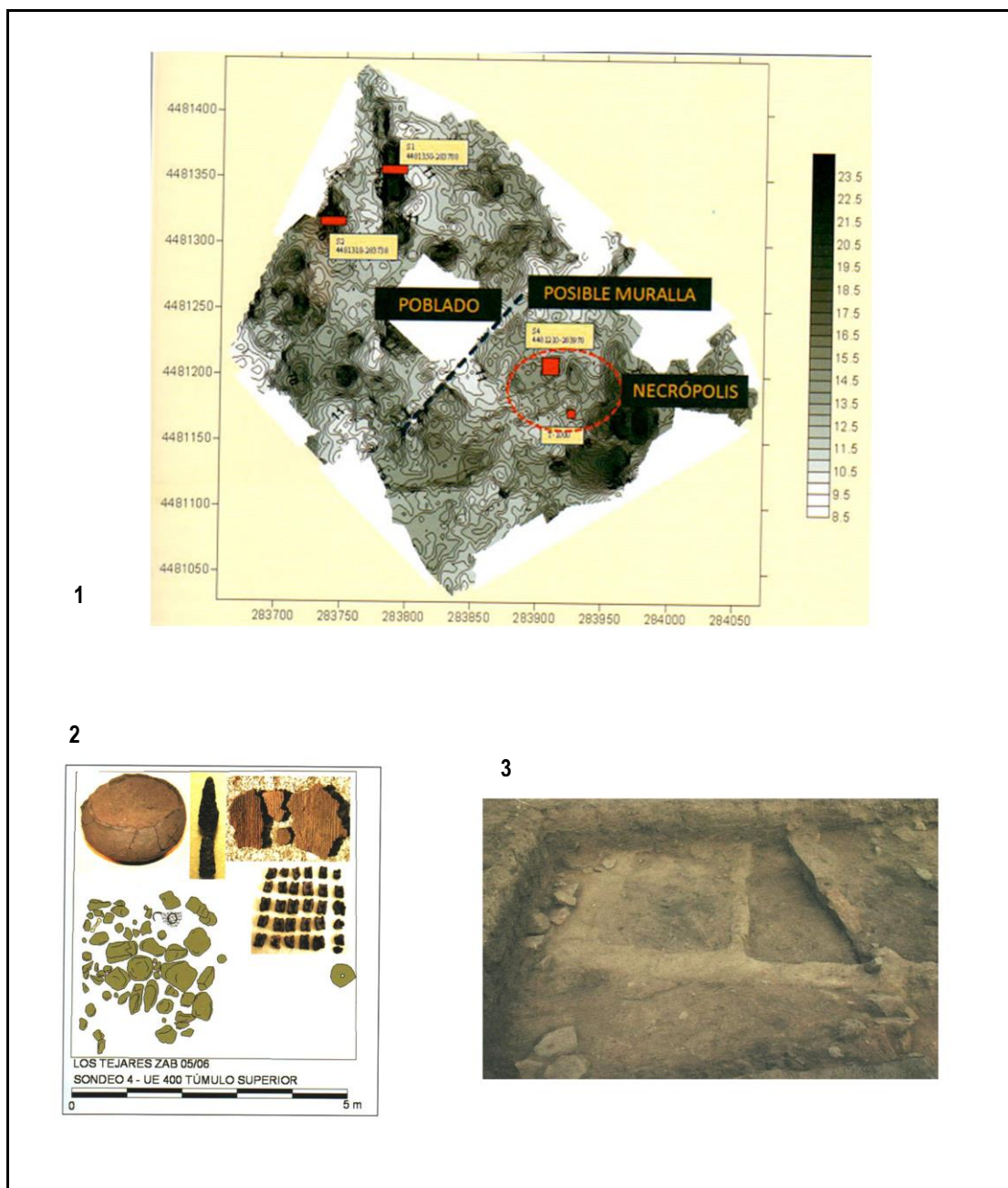


Figura 186: 1. Mapa de situación del poblado de Los Tejares y la necrópolis. 2. Tumor A. Conjunto de la tumba 1: urna cineraria, astrágalos, lanza e improntas de la esterilla. 3. Estructuras de incineración (A partir de López y Martínez, 2009)

En el año 2005 se localizó una necrópolis de la Edad del Hierro asociada, por los investigadores, al yacimiento de Los Tejares, que se encuentra enclavado en el complejo arqueológico de El Berrueco. Está situada a las afueras del poblado al NE (Fig. 186-1) (López y Martínez, 2006). En las excavaciones realizadas se ha podido testimoniar una estructura tumular cubriendo una urna encajada en un hoyo. Su ajuar consistía en una punta de jabalina dentro del recipiente junto a restos de madera y huesos quemados (Fig. 186-2). Alrededor de la urna se registraron una serie de improntas de tipo vegetal, algún tipo de esterilla, realizadas sobre un recubrimiento arcilloso aplicado *ex profeso*. En este espacio se recuperaron 30 astrágulos de ovicáprido. Este enterramiento pertenece a un momento tardío de la Edad del Hierro, ya que encima de este nivel se extiende otro de destrucción y abandono, cuyo materiales no traspasan el siglo I a. C. Por debajo de esta tumba se descubrieron al menos otras cuatro estructuras funerarias alineadas. Estas tumbas se prepararon excavando en el suelo una oquedad cuadrangular rellena de piedras de mediano tamaño. En este relleno se acondiciona un lugar para depositar la urna. Los objetos asociados son cerámicas y piezas de bronce. La mezcla de elementos arcaizantes, aplique con cabeza de Hator, y otros más tardíos, cerámicas de Cogotas II y *vettonas*, nos indica un uso prolongado en el tiempo, desde el siglo IV o III hasta el I a. C. (López y Martínez, 2009: 123ss.).

También se apreciaron algunas zonas que se podrían poner en relación con los denominados *ustrina*. Se trata de receptáculos cuadrados excavados, rellenos con piedras y luego rematados con tierra arcillosa para crear una superficie llana (Fig. 186-3). La arcilla rubefactada sería como consecuencia de la exposición al fuego de los cuerpos (López y Martínez, 2009: 128). En estos lugares tenía lugar la actividad crematoria, siendo posteriormente depositadas en urnas las cenizas y los ajuares para enterrar al difunto. Estos *ustrina* han sido documentados en otros yacimientos como en el *oppidum* vacceo de *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 148), en el celtibérico de Numancia (Jimeno *et al.*, 2004: 305 ss.), en Molina de Aragón, en Las Madrigueras, en Riba de Saelices, en Pinilla Trasmonte o en La Requijada (Ruíz Vélez, 2001: 26, 93; 106). En Numancia y en Molina se han identificado lo que podrían ser *ustrina* o encanchados tumulares, es decir estructuras delimitadas por piedras donde se procedía a la cremación del difunto. Por el contrario, en Riba y en Pinilla la zona de cremación se ha identificado con un espacio libre de enterramientos en donde se ha documentado una capa potente de cenizas y tierra negra con diversos materiales deformados por el fuego (Lorrio, 1997: 125). Más cercano en el espacio, contamos con Las Cogotas, en los canchales situados entre la necrópolis y el castro, con la aparición de cenizas, restos calcinados de huesos y pequeñas escorias de metal, que podrían interpretarse como una zona de cremación de los cadáveres (Martín Valls, 1986-87; Kurtz, 1987; Álvarez-Sanchís *et al.*, 1998; Álvarez-Sanchís, 2001 y 2008).

La ruta de senderismo habilitada en la zona de Los Santos, permite acceder al yacimiento de Pico Monreal (Casafranca) sin ningún problema, y ha proporcionado, indirectamente, un dato importante que podría estar relacionado con las necrópolis. Al llegar a las inmediaciones del castro se constata una zanja excavada para drenar el agua y a unos tres pasos una estela hincada (Fig. 187) en

la tierra de unos 75 cm. de alto, que recuerda a las estelas de La Osera (Baquedano y Martín, 2008: 311ss.) o de la necrópolis II de la Cañada de Pajares (Celestino, 2008: 99). Otra similar se encuentra a unos metros de la ésta y otra más está caída a un lado de la zanja mencionada, debiendo haber estado hincada justo sobre esta cuneta. Esta zona está situada a unos 85m. S/SE del asentamiento, emplazamiento que concuerda con la situación de otras necrópolis meseteñas, como se verá más adelante (Fig. 131-2). Este dato no es más que un apunte, pero sería interesante poder estudiar esta posibilidad, porque es posible que el aislamiento y su abandono a finales del Hierro (ya que no se ha documentado material romano) haya hecho posible la conservación de vestigios desaparecidos en otros yacimientos habitados en sucesivas etapas y expoliados para emplear su material para la construcción o para habilitar la zona para campos de cultivos.



Figura 187: Posible estela hincada del Pico Monreal. (Fotografía de la autora, 2009)

Tanto la cremación como la posible situación del espacio funerario en nuestro territorio se pueden paralelizar con otras necrópolis tanto del territorio *vettón* como de otros yacimientos meseteños, adscritos a la Edad del Hierro. Dentro del primer grupo citaremos Las Cogotas (Cabré, 1932) y La Osera (Cabré *et al*, 1950; Baquedano, 2001, 2007), la de El Raso (Fernández, 1986 y 1997), la del Castillejo de la Orden (Esteban *et al*, 1988), El Mercadillo y el Romazal I-II (Hernández y Galán, 1996).

Por último se ha recuperado una inhumación perteneciente a un neonato bajo una casa del Cerro San Vicente (Salamanca), que se ha puesto en relación con los ritos de la Cultura del Soto (Macarro y Alario, 2012: 67). Hallazgos similares han sido documentados en otros poblados como Roa (Sacristán, 1986: 62-63), el mismo Soto de Medinilla (Delibes *et al*, 1995: 77-79) o La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa) (Misiego *et al*, 1998: 29) y como se ha constatado también es un ritual habitual en el ámbito de los pueblos ibéricos (Prado, 2011: 324).

Poco más se puede decir de los cementerios, pero los pocos datos disponibles hacen posible extrapolar información de otras zonas para nuestro territorio, información que se completa con algunas citas greco-latinas. Autores como Eliano (*De Nat. An.*, X, 22) y Silio Itálico (*Pun.* III, 304-343) que recogen en sus escritos el ritual funerario de la incineración y la exposición de los cadáveres:

*“Los vacceos ultrajan a los cadáveres de los muertos por enfermedad,... y los entregan al fuego...”. “... los celtas asociados en nombre a los iberos... queman sus cuerpos...”*

*“los vacceos... a los que ha perdido la vida en la guerra... los entregan a los buitres...”. “Los celtas asociados en nombre a los iberos. Paz supone para ellos haber caído en la lucha... Al cielo y a los dioses creen ser conducidos si un buitre hambriento desgarrar sus miembros yacentes.”*

Vestigios arqueológicos recogidos en las necrópolis de los territorios mencionados: urnas funerarias, *ustrinas*, ajuares, túmulos,...

Otra práctica funeraria que se puede presumir es la exposición de los cuerpos de los guerreros a los buitres una vez muertos. Esta costumbre también la encontramos extendida entre los pueblos prerromanos como pueden demostrar alguna vasija procedente de Numancia que representan este hecho (Sopeña, 1987, 163, Lám. V); las estelas de Lara de los Infantes y de Zurita, en donde se representa el cuerpo de un guerrero muerto con escudo y un ave de rapiña alrededor (Martín Bueno, 1975: 180) y Las referencias que algunos autores clásicos hacen de esta práctica, como es el caso de Eliano (*De Nat. An.*, X, 22) o de Silio Itálico (*Pun.* III, 304-343).

Aunque estos indicios y testimonios son celtibéricos, este aspecto conceptual alude a la creencia de que los buitres y los cuervos son el vehículo para transportar al difunto al otro mundo (Van, 1909; Benito, 1948 y 1949; Sopeña, 1987: 120-121 y 2008). De esta manera el aire es el medio por el cual las almas ascienden. Este credo está muy extendido entre diferentes culturas a lo largo de la historia de la humanidad (Cumont, 1966: 130 ss.). De hecho, en Numancia los cenotafios localizados que no contenían restos óseos humanos, han sido interpretados como tumbas de individuos cuyos cadáveres no pudieron ser recuperados, quizá individuos masculinos, pertenecientes al estamento de los guerreros (Jimeno *et al*, 1996: 37; Prado, 2011: 324).

Otro aspecto del ritual funerario incluye las ofrendas cárnicas de animales. Los restos óseos han permitido identificar bóvidos, ovicápridos, équidos y suidos en diversas tumbas de Molina de Aragón, Pintia, La Yunta, Aguilar de Anguita, Sigüenza, Ucero o Numancia. Su presencia se ha



relacionado con animales sacrificados para el banquete funerario (Jimeno *et al.*, 1993/94: 35; Cerdeño y García, 2005; Cerdeño, 2010; Sanz y Romero, 2010: 406). Esta práctica funeraria estaba muy arraigada en la Meseta y se ha testimoniado en diferentes etapas (Pereira, 2008: 115).

La estructura funeraria es otro indicador del rango social del individuo, sobre la cual tenemos que volver a especular por comparación. Así, tanto las necrópolis abulenses como las vacceas coinciden en la existencia de varios tipos de estructuras más o menos complejas de acuerdo al rango social. En Las Ruedas la estructura básica consistía en un hoyo cubierto con lajas dispuestas de forma aplanada y señaladas al exterior mediante una estela o piedra hincada (Sanz, 1997: 487). Esta señalización tan sencilla también fue empleada en las extremeñas de El Mercadillo (Villasviejas de Tamuja) y en la necrópolis II de Pajares (Villanueva de La Vera) (Celestino, 2008: 99). Conjuntamente, con esta forma tan simple de marcación, coexiste en los mismos cementerios un grupo de enterramientos con un tratamiento más complejo, consistente en estructuras tumulares y encanchados de piedras (Álvarez-Sanchís, 1999: 172; Lorrio, 2001; Baquedano y Martín, 2010; Cerdeño, 2010). Otra práctica sería la no señalización de las sepulturas, en el caso de las sencillas, colocándose un plato o una laja de piedra encima de la urna cerámica (Prados, 2011: 320).

Por tanto, los nuevos datos, aunque escasos y en proceso de estudio, parecen apuntar a que las necrópolis en nuestro territorio sí que existirían, en contra de la creencia de que su inexistencia (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1995; Berrocal-Rangel, 2001) sino que no se han descubierto por la falta de investigación. No obstante, esto no implica que la cremación y el posterior entierro de los restos humanos coexistieran con otros ritos funerarios, como la exposición de los cadáveres, tal como ocurre en otros territorios meseteños. La aparición y excavación de futuras necrópolis en nuestro territorio darían información acerca de la sociedad y de las costumbres de las gentes que lo habitaban y proporcionaría datos, que no se han podido extrapolar de las excavaciones abulenses por el hecho de la antigüedad de las mismas, ayudando al conocimiento del pueblo vetton; aunque las pocas similitudes conocidas con otros enterramientos *vettones* y vacceos, hacen suponer la existencia de una misma pauta de comportamiento social y cultural.

A modo de conclusión se citará a Álvarez-Sanchís, quien dio varias características de las necrópolis *vettonas*, dos de las cuales coincidirían con las posibles salmantinas citadas: su localización frente a las puertas de los poblados, pasando el campo de piedras hincadas, como se ha observado tras el estudio realizado en el caso salmantino y abulense, entre 150 y 300 m. de distancia, y su intervisibilidad respecto al asentamiento (1999: 172).

## 4. CANTERAS

Este apartado, aunque es más una breve nota, está dedicado a los yacimientos en donde se han identificado marcas de cantería, interpretadas como zonas de donde se extraerían las piedras para la construcción de elementos defensivos, viviendas, verracos o de piezas como los molinos. Los

yacimientos en donde se han identificado señales de cantería son Yecla de Yeltes, el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), la Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero), Castelmao (San Felices de los Gallegos) y El Castillo de Saldeana.

4. A. *Yecla de Yeltes*. En los canchales graníticos que miran al Varlaña se aprecian huellas de extracción de bloques que concuerdan con los empleados para la construcción de la muralla y señales de las cuñas que se emplearon para ello (Fig. 188) (Martín Valls y Romero, 2008: 249).

4. B. *El entorno del Picón de la Mora* muestra marcas de cantería, de las cuñas, alrededor del complejo sagrado (Fig. 189-1). También se aprecian en los roquedos graníticos situados pasado el campo de piedras hincadas, vaciados más o menos forma rectangular que concuerdan con los bloques del lienzo defensivo.

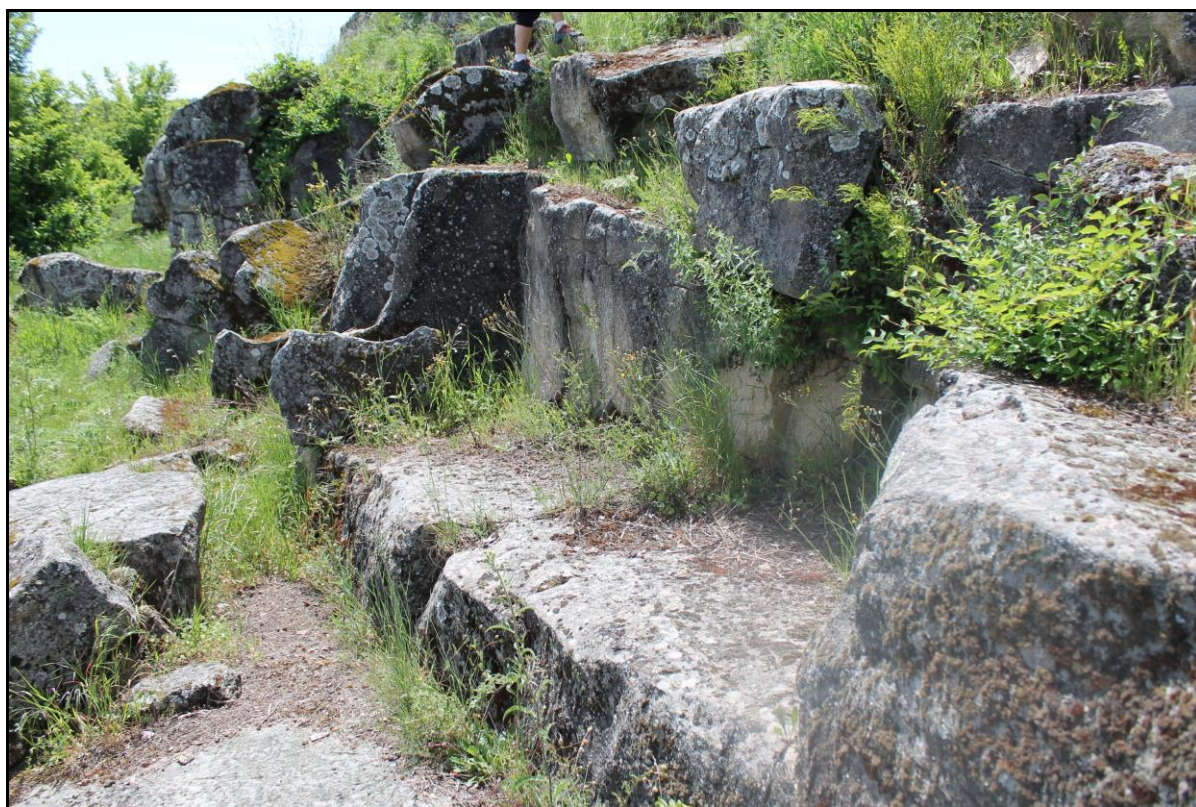


Figura 188: Uno de los berrocales que sirvieron de cantera en el castro de Yecla de Yeltes. (Fotografía de la autora, Mayo 2014)

4. C. *El Moncalvo* está rodeado de canchales graníticos en donde se ven marcas de cantería y bloques a medio trabajar desperdigados por el paisaje.

4. D. *Igualmente, numerosas marcas de cantería se pueden apreciar en El Castillo de Saldeana* en dos zonas: la primera se sitúa en los roquedos existentes al principio del campo de piedras hincadas (Fig. 190-2; 191-1 y 2). En uno de los berrocales se observa la forma triangular, de uno de los bloques que se extrajeron. Seguramente empleados para levantar las piedras hincadas ya

que la forma y el tamaño coinciden, por lo que se ha llegado a la conclusión de que esa zona debió de ser la cantera principal para el campo de piedras hincadas. No obstante, también, se ha observado diversos bloques de granito, cuadrangulares y rectangulares, a media extracción, relacionados quizá con el levantamiento de la muralla. La segunda área de cantera se ha localizado en la ladera Norte. Aquí se aprecia diversas fases de la obtención de piedra, también en los berrocales de granito (Fig. 199). Los signos que se han podido identificar son el vaciado de la piedra y la marcación de los bloques. Estos últimos tienen un tamaño mucho menor que los visto en la otra cantera y se podrían relacionar con la extracción de piedra para la construcción de las casas.

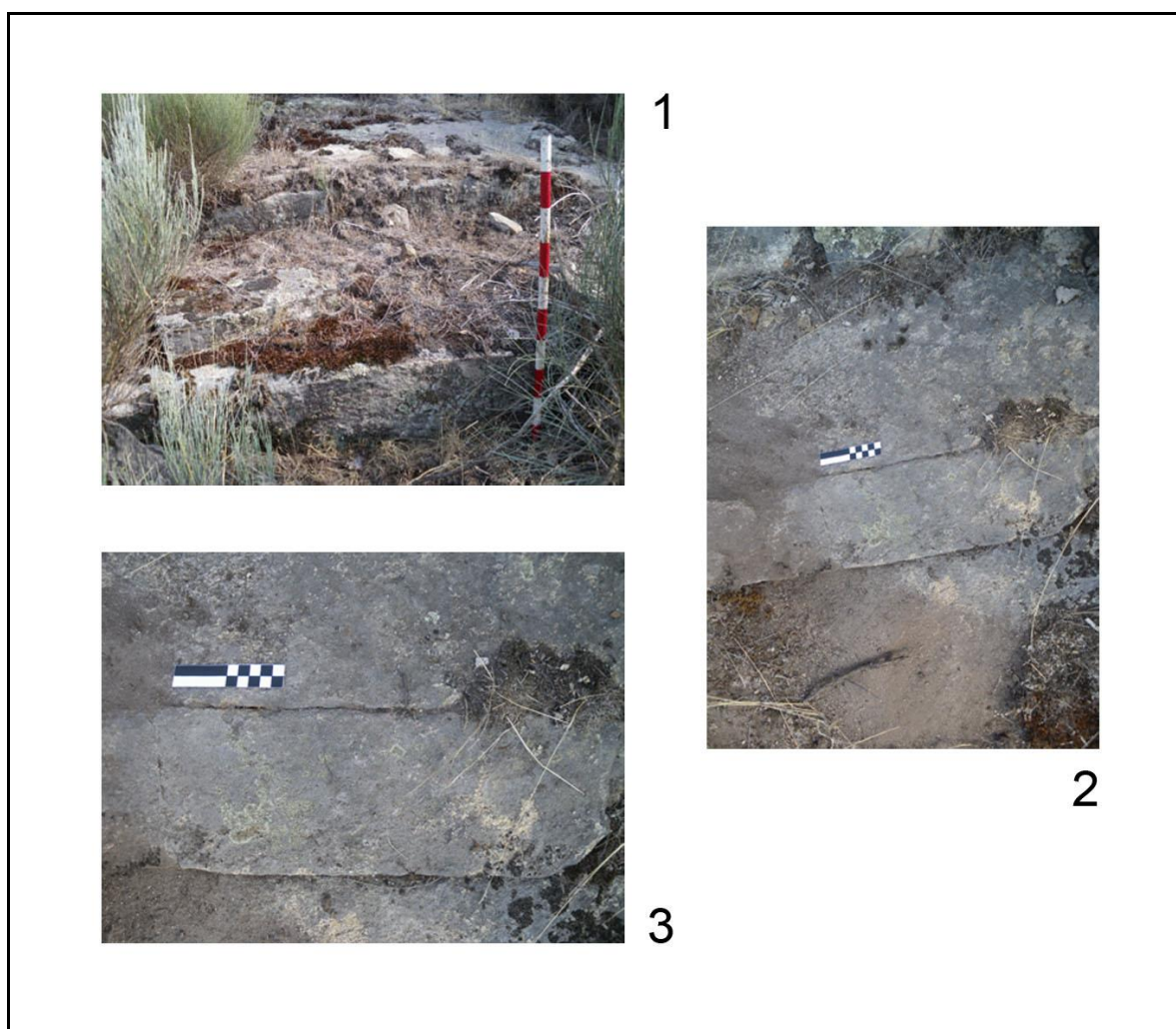


Figura 189: Cantera de la ladera Norte de El Castillo de Saldeana. (Fotografías de la autora, 2011)

4. E. En el castro de *Castelmao* se ha identificado una posible cantera en los canchales de su extremo Sudoeste, siendo las únicas huellas visibles el vaciado de los berrocales y unos bloques allí desechados (Fig. 191-3).





1



2

Figura 190: Vestigios de canteras. 1. Picón de la Mora. 2. Saldeana. (Fotografía de la autora, Agosto 2005; Proyecto Fortificaciones BHA2003-02199)





Figura 191: Vestigios de canteras. 1 y 2. Saldeana: zona del campo de piedras hincadas (Fotografías de la autora, Octubre, 2011). 3. Castelmao. (Fotografía de la autora, Mayo, 2013)

Como ya se ha expuesto en otros capítulos, se sabe que la explotación de la piedra por parte de los pueblos prerromanos fue intensiva en áreas de pedregal como la sierra pobre que cubre buena parte de la provincia abulense, predominando el granito y el cuarcito, y en el sector salmantino de Sayago-Ledesma-Vitigudino, donde destaca la primera de estas rocas (Sánchez, 2000: 211; Rodríguez, 2012). En el caso de las sierras cacereñas, la penillanura trujillana o las comarcas salmantinas de Campo de Argañán, Campo Charro y Sierra de Tamames, la piedra predominante es la pizarra (Sánchez, 2000: 211). En este sentido es interesante recordar que las murallas de pizarra son claras en Irueña o Lerilla y los análisis de estos elementos líticos, empleados en la construcción de las viviendas y la muralla del Cerro San Vicente, concluyeron que son de origen local (Macarro, 2012: 42-43).

Yacimientos análogos se pueden citar en Ulaca, en donde se han documentado dos canteras en el propio castro, así como diferentes fases del trabajo de extracción (Álvarez-Sanchís, 1999: 158). La del sector oeste parece relacionada con la obtención de material para la construcción de las viviendas; mientras que los bloques de la cantera del sector suroeste se asemejan en dimensiones a los sillares de la muralla. Esta división de las canteras para la obtención de materia prima destinada a distintos elementos constructivos se asemeja a la identificada en El Castillo de Saldeana. Cabré cita la existencia de una cantera en las proximidades de la Zona I de la necrópolis de Las Cogotas para la extracción de estelas, en donde se puede observar lajas cortadas pero no empleadas (1932: 17).

El uso de los berrocales próximos como canteras se ha documentado en numerosos castros contemporáneos como en El Molón, cuyo foso está excavado en la roca y sirvió a la vez como cantera de los bloques de la muralla (Lorrio, 1997: 88). En la misma línea, los cerros de la capital salmantina se caracterizan por la abundancia de cuarzo, material sobre el que se han identificado una gran cantidad de piezas en diversos yacimientos (Sánchez, 2002: 13). Como se puede apreciar las canteras de granito se localizan en las proximidades de las poblaciones debido a la abundancia de afloramientos en el terreno, pero también se puede presumir que habría una movilidad en busca de materiales líticos que no se encontraran en las inmediaciones, como demuestra la gran cantidad de cuarzo que se puede observar en superficie en el Picón de la Mora, que habría que buscarlo en las vetas de Las Canteras, situadas a 2,25 Km. al S del mismo (Mapa Geológico, Hoja "Vitigudino") (Mateos *et al.*, 2005-06: 162) o en las existentes en los alrededores de Guadramiro a 5 km de distancia (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36). Así mismo, la presencia de los verracos de granito de Larrodrigo o de Salamanca también indicaría el desplazamiento de los canteros ya que en este área no existen afloramientos de esta piedra. De hecho el análisis petrológico realizado al toro de la capital ha dado como resultado que el granito empleado para su labra procede de la Sierra de Béjar (Martín Valls *et al.*, 1992: 96). Otro ejemplo de movilidad documentado lo encontramos en el castro de La Coraja, en donde las basas de granito de una de las cabañas proceden del batolito de Trujillo, a unos 20 km. de distancia del asentamiento (Redondo *et al.*, 1991: 277).

Aparte de estas huellas dejadas en el paisaje se han identificado una serie de herramientas que bien pudieron ser usadas tanto para cantería como para minería, como se estudiarán en el capítulo siguiente, como son cinceles y escoplos de hierro (Maluquer, 1958a: 48, Fig. 8; Benet *et al.*, 1991: 130). Todo ello habla por sí solo de un grupo de personas especializadas en el arte de la cantería, ya que la labor de reconocer vetas susceptibles de explotación, la marcación y la extracción de bloques, la labra de los verracos o la talla del santuario de Ulaca son procesos duros y laboriosos, en los que se necesitaría de personas especializadas con dedicación a tiempo completo (Álvarez-Sanchís, 1990: 226; Nortes Nolasco, 2010: 130; Rodríguez, 2012: 125).

## 5. SANTUARIOS

Dentro del marco de nuestro estudio se debe hacer referencia a una serie de yacimientos arqueológicos relacionados con el mundo ritual y conocidos, generalmente, como santuarios rupestres. Estos yacimientos son lugares con una entidad arqueológica propia. Se caracterizan a grandes rasgos por tal carácter rocoso, por aprovechar los elementos naturales a su alcance, modificándolos mínimamente; por carecer de arquitectura y por estar, la mayor parte de ellos, orientados hacia corrientes de agua (Benito y Grande, 1994a, 1994b, 2000; Benito *et al.*, 2003; Fabián, 2010). De los 19 complejos identificados como tales en nuestra zona de estudio, sólo 13 se han podido relacionar con poblados de la Edad del Hierro. El mapa de dispersión indica que estarían agrupados en tres zonas, el cuadrante noroccidental (Fig. 192-A), el sudoriental (Fig. 192-B) y el área serrana (Fig. 192-C). En el resto del área estudiada se aprecia un vacío de hallazgos, que puede deberse, no a su inexistencia, sino a un desconocimiento, ya que la identificación de este tipo de santuarios no está exenta de dificultades. La clasificación que aquí se presenta está basada en su posición respecto a los poblados (Moneo, 2003). Se han distinguido cuatro categorías:

### 5. A. Santuarios intramuros

La primera está formada por los santuarios situados en el interior de los poblados, condicionado su emplazamiento por los canchales graníticos disponibles. Contamos con varios ejemplos de este tipo, como es el situado en el Teso de la ermita de La Virgen del Castillo (Pereña) (Fig. 192-5). Benito y Grande (2000: 116-119) basan su carácter sagrado en varios indicios. Primero, la existencia de una estela funeraria, embutida en la fachada de la antigua casa del ermitaño, que se ha interpretado como una prueba de “los cultos y costumbres funerarias en la época de la romanización”. En nuestra opinión este argumento indicaría más bien la existencia de una necrópolis. Segundo, la presencia de un manantial conocido como “Fuente Santa”. Tercero, el asentamiento de una población prerromana. Por último, en los roquedos que hay en la explanada, pudieron existir grabados y otros signos, como demostrarían las cazoletas circular y rectangular que se han encontrado a escasos metros al sur de la casa del ermitaño.



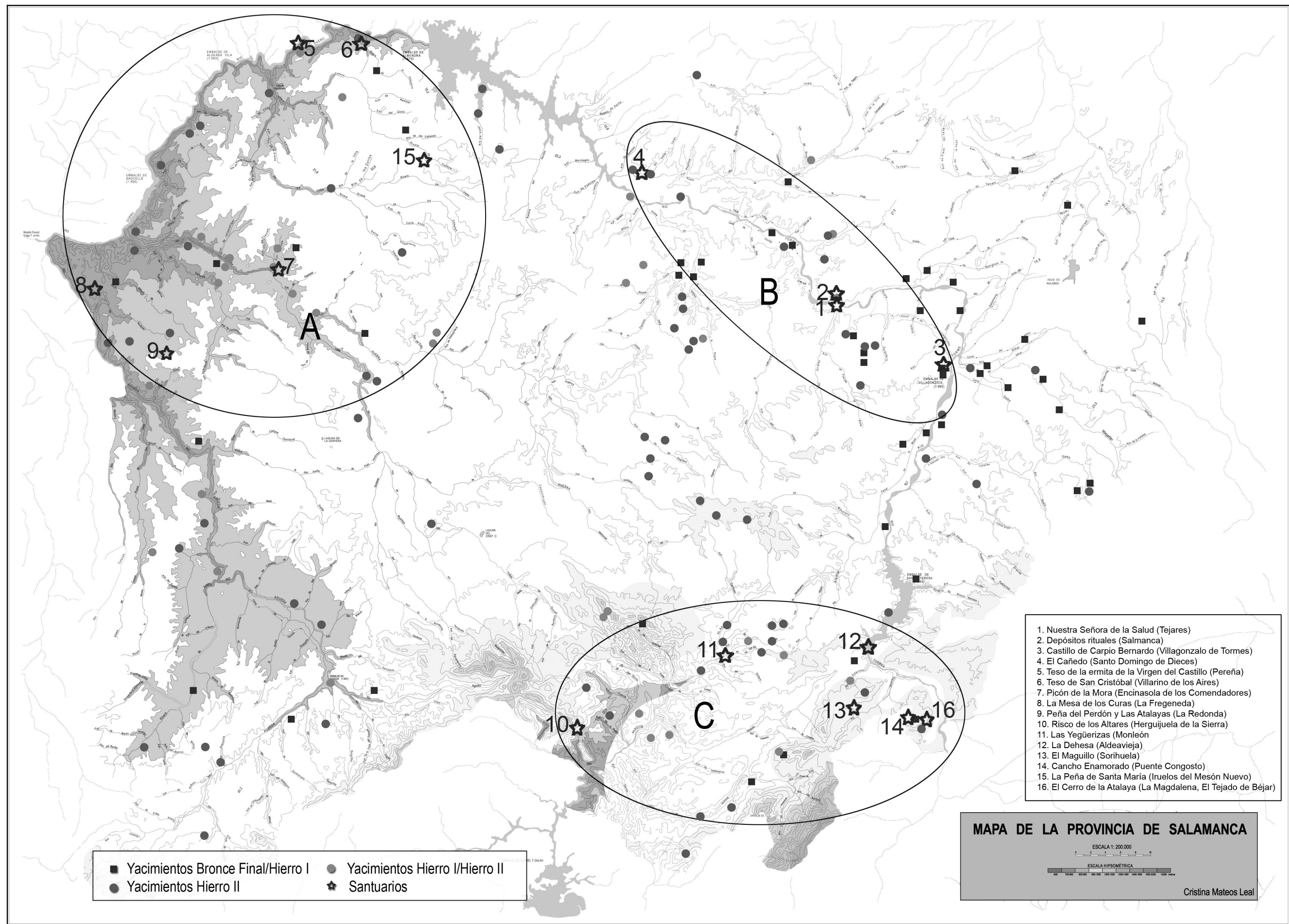


Figura 192: Dispersión de los santuarios (C. Mateos).



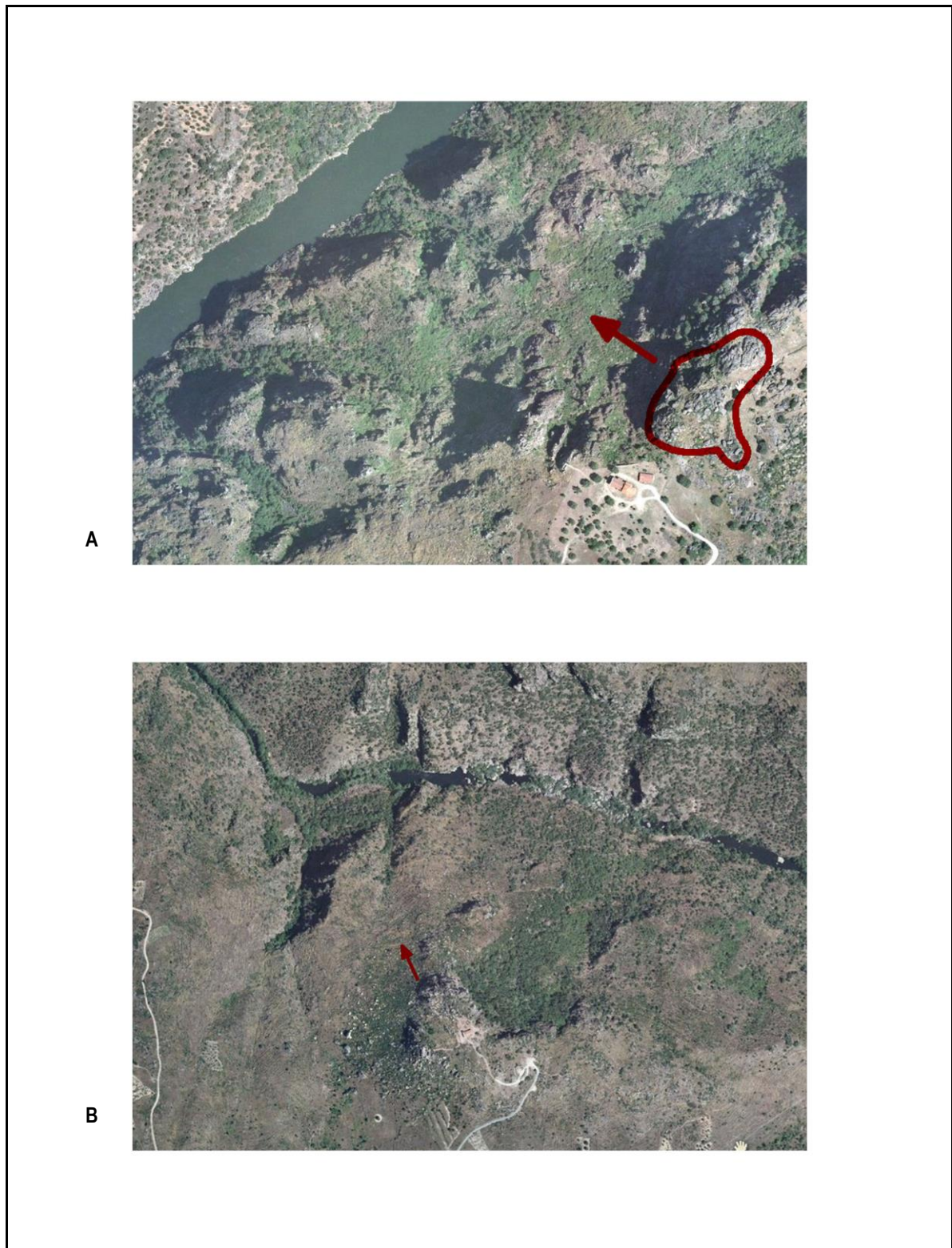


Figura 193: A. Santuario del castro del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña). La línea roja limita aproximadamente el área del santuario. La flecha indica la orientación del complejo sacro hacia el Río Duero. B. Santuario del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires). La flecha indica la orientación del promontorio rocoso hacia el Río Tormes. (Fotografías aéreas tomadas del SIGPAC)



Figura 194: Piscina y cazoletas del Teso de la ermita de La Virgen del Castillo (Pereña). (Fotografías de la autora, Diciembre, 2006.)





1



2

Figura 195: Santuario del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires). 1. Promontorio rocoso. 2. Conjunto de regueras. (Fotografías de la autora, Marzo, 2005.)

Tras la visita al yacimiento, se puede añadir que la zona del santuario se limitaría al área situada por encima de la ermita hacia el NO., la cual está orientada hacia el río Duero (Fig. 193-A). El complejo estaría compuesto por unos berruecos con varios grupos de cazoletas comunicadas entre sí y otras individuales (Fig. 194).

El siguiente santuario de este tipo está emplazado en el Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires) (Fig. 192-6). Consta de un promontorio rocoso, emplazado sobre el río Tormes y orientado hacia el mismo (Fig. 193-B) (Benito y Grande, 1994). El conjunto está formado por una gran mole de roca granítica con un “trono” tallado, con asiento de base irregular y respaldo mirando hacia el abismo (Fig. 195-1). Se constatan varias entalladuras a manera de escalones, al modo de plataformas escalonadas como el zamorano de San Mamede (Villardiegua de la Ribera) (Benito y Grande, 2000: 111) o los recién descubiertos en Bonilla de la Sierra (Ávila)<sup>65</sup> o en Las Hurdes (Cáceres) (Martín, 2011: 67). Al SO y a pocos metros del altar, se halla una huella de pie y junto a ella un hoyuelo semiesférico. Unos metros por debajo y al pie de otra peña, de forma globular, hay un bloque de piedra con tres escalones a la parte derecha y un cuarto a la parte izquierda. A la derecha de todo el conjunto se encuentra lo que los autores han denominado “altar” (Benito *et al.*, 2003: 65, Fig. 5). Consiste en una piedra con tres entalladuras paralelas a manera de huellas de pies o de medios pies. Varios escalones tallados en uno de los lados de la roca permitían el acceso a la parte superior de la misma, en donde había una pila circular con desagüe y con rebaje en el borde superior opuesto (Fig. 195-1). Se observa, además, una pequeña oquedad circular y un serpentiforme (Fig. 196-1). Por último, al lado de las ruinas de la ermita descubrimos una serie de cazoletas (Fig. 196-2) (Benito y Grande, 1994). Sus descubridores opinan que ambos santuarios tendrían un carácter público en cuanto a su uso (Benito *et al.*, 2003: 96). Es decir los ritos aquí realizados serían de cara a la comunidad, ya que se llevarían a cabo dentro del poblado y al aire libre, sin estructuras que limitasen su contemplación.

El último ejemplo de este grupo sería el sacado a la luz tras las últimas excavaciones realizadas en Cancho Enamorado (Fig. 192-14), que han revelado que La Casa del Santo, en la ladera oriental, pudo ser la zona de culto del asentamiento (Fig. 196-3) (López Jiménez, 2006). Con este nombre se conoce un área elevada por encima del resto de la plataforma y delimitada por muros toscos de piedra de unos 4 m. de espesor. En su interior, el material que se documenta está en muy buen estado. Consiste, casi exclusivamente, en restos cerámicos pertenecientes a cazuelas decoradas y vasitos individuales, y en una gran cantidad de fauna, que responde a una dinámica completamente diferente de la que ha aparecido en el resto del yacimiento. Dichos materiales parecen depositados, incluso en algún caso parecen colocados *in situ*, formando este hallazgo un grupo compuesto de una cazuela y dos vasos. Respecto a la fauna, se han identificado fragmentos de huesos de bóvido, de suido y de ovicáprido. En su mayoría presentan alteraciones térmicas, que se pueden interpretar como

<sup>65</sup> Inédito. En prensa en [http://www.diariodeavila\\_digital](http://www.diariodeavila_digital) (10/12/2010). Su descubrimiento se encuadra en los trabajos realizados por el Servicio Territorial de Cultura sobre santuarios rupestres prehistóricos, su difusión y su identificación.



sacrificios o comidas rituales, tal y como se documentó en el altar de Capote (Berrocal-Rangel, 1994: 273).

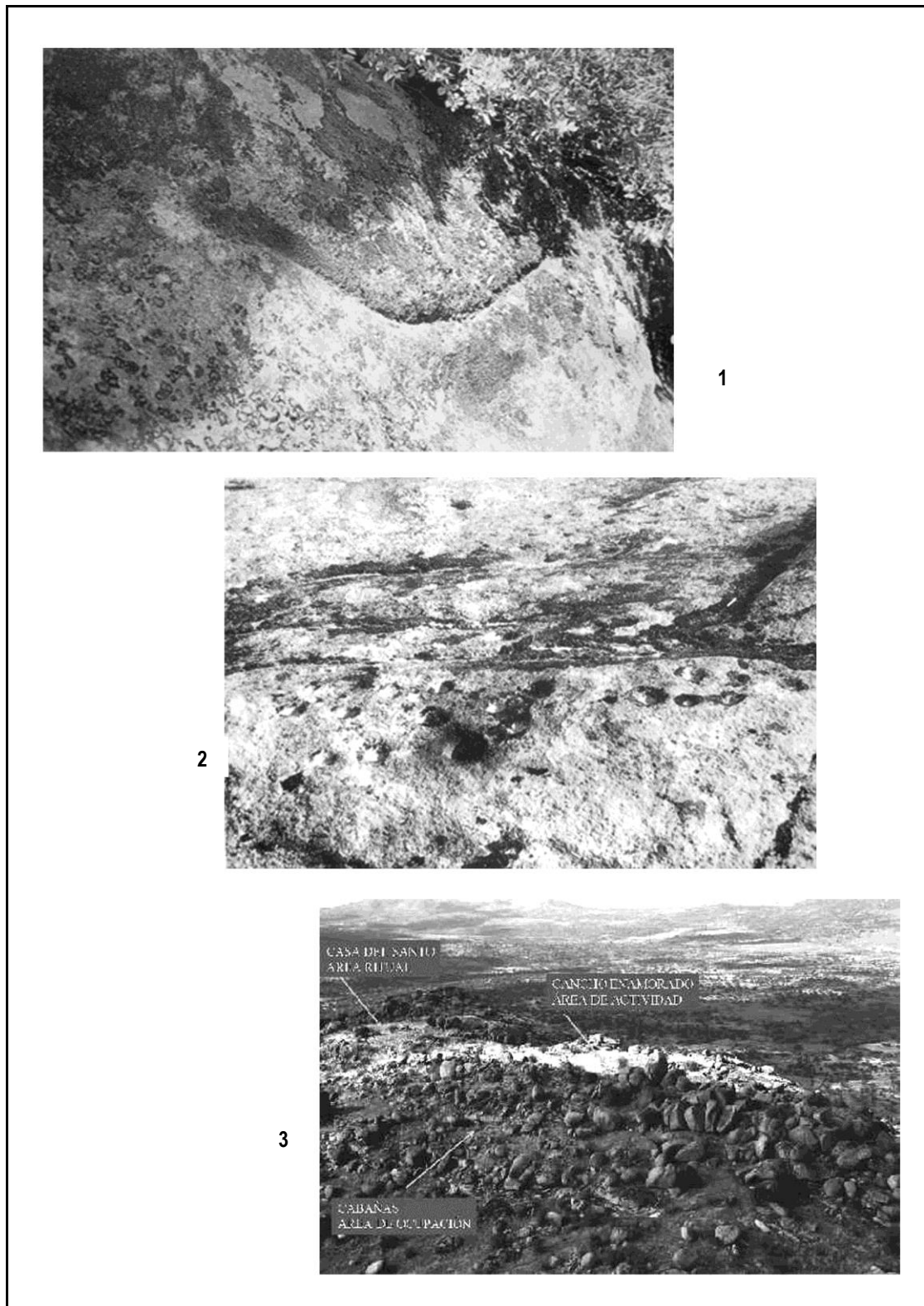


Figura 196: Santuario del Teso de San Cristóbal. 1. Serpentiforme. (Benito y Grande, 1992). 2. Cazoletas de un roquedo situado al Sur de la ermita. (Según Benito y Grande, 1992). 3. La foto muestra las distintas áreas identificadas en Cancho Enamorado (López, 2006).

En contraste, la zona sur del yacimiento responde a un área de hábitat con cerámicas de distintas calidades, habiéndose interpretado las inferiores como vajilla para la cocina. Por otra parte, los restos óseos documentados están fragmentados y muy rodados, son más abundantes que en la zona anterior y muchos pertenecen a animales de caza. Además se han hallado diferentes instrumentos óseos, metálicos y líticos, que responden a las necesidades cotidianas más que a necesidades rituales, como pueden ser el curtido de pieles o la molienda de cereales (López Jiménez, 2006).

Numerosas culturas han tratado de propiciar con el sacrificio de determinados animales, a menudo ejemplares jóvenes, la realización de diversas tareas relacionadas con la vida de la comunidad: producciones artesanales, viajes, guerras, obtención de buenas y abundantes cosechas, la reproducción de sus cabezas ganaderas o con motivo del establecimiento de una nueva ciudad (Sanz y Velasco, 2003: 138 ss.; Brañas, 2007: 404). Existen numerosas referencias documentales y arqueológicas que testimonian sacrificios de animales como parte fundamental de la realización de ceremonias de carácter mágico-religiosas, como pone de manifiesto los santuarios belgas o franceses en los que se han recuperado gran cantidad de animales domésticos tales como bueyes, caballos, perros, gatos,... (Green, 1997:19). También podemos citar los depósitos de Garvão (Aljustre, Baixo Alentejo), Vaimonte (Castelo Branco, Alto Alentejo) y los de las Cuevas de Fuentes de León (Badajoz) (Berrocal-Rangel, 2004a: 106). Berrocal-Rangel, en su estudio sobre los rituales colectivos en el Suroeste peninsular, expone que los vestigios prerromanos muestran una vajilla (asadores, parillas, escudillas) que indicaría que la ingesta de carne era mayor que en los posteriores ritos romanos. Los depósitos de esta etapa revelan una vajilla más orientada al consumo de líquidos con una carga de carne más moderada, ya que es mayor el porcentaje de vasos que de platos y fuentes (2004a: 117).

En este sentido resulta relevante la identificación por parte de Maluquer en Cancho Enamorado de dos asadores y varios fragmentos de “braseros” (1958a: 82 y 102). Ambos elementos han aparecido en contextos religiosos como por ejemplo los santuarios de Capote y Cancho Roano, siendo asociados a elementos rituales (Berrocal-Rangel, 1994: 235; 2004a; Celestino, 1995: 80; Álvarez-Sanchís, 1999: 86; Jiménez, 2002: 134; Mariné y Manso, 2007: 49). Siguiendo los estudios de Cabré diversos investigadores han identificado los asadores como elementos que intervendrían en actividades culinarias relacionadas con comidas rituales (Cabré *et al.*, 1950: 198; Almagro-Gorbea, 1974; Berrocal-Rangel, 1994: 235; Álvarez-Sanchís, 1999: 86; Lorrio y Sánchez, 2009: 353). Así mismo, la asociación de los braseros a asadores, parillas y otros instrumentos relacionados con el fuego en las necrópolis de La Osera, Las Cogotas o Arcóbriga, apoyaría su relación con este tipo de banquete. Al aparecer en tumbas ricas que incluyen panoplias guerreras se han interpretado como objetos de rango o bienes de prestigio propios de las élites (Sánchez, 2009: 70). Por otra parte, las fuentes se han descrito como aguamaniles para usos rituales, tal vez para realizar libaciones.

Por tanto y siguiendo la hipótesis de López, podríamos estar ante el lugar de culto de Cancho Enamorado. En nuestra opinión, dado su reducido tamaño, su situación intramuros y que el enclave es

demasiado pequeño para albergar grandes celebraciones; nos inclinamos a pensar en un santuario comunitario, aunque no de carácter público, en oposición al Teso de la Ermita de El Castillo y al Teso de San Cristóbal. A raíz de los datos que ofrecen las cabañas excavadas por Maluquer (1958a: 43-53) se ha calculado que la superficie media de las mismas es de 29,05 metros cuadrados. Esto no permitiría estar presentes a todos los habitantes del poblado dentro del recinto, por lo que es posible que la población quedara fuera de éste mientras los sacerdotes realizaban los ritos correspondientes.

La pregunta que cabe hacerse es porqué este tipo de santuario está edificado, y no es rupestre, como en el resto de los casos. En este sentido se puede buscar la respuesta en la influencia orientalizante sobre el territorio. Tal y como expuso Celestino, los territorios que hoy ocupan Ávila y Salamanca serían prolongaciones de la zona de influencia orientalizante extremeña (1995: 82). De hecho, se han documentado una gran cantidad de piezas de influencia orientalizante como son las fibulas de doble resorte, las arrancadas, las cerámicas pintadas, los “braseros”, las placas con atributos de la diosa Astarté... Este tipo de objetos se han recuperado en diversos puntos del área en estudio, como Ledesma, Salamanca, el Picón de la Mora,... (Maluquer, 1951: 71, Fig. 9 y 1958: 87; Martín Valls, 1986-87: 62; Macarro, 1999: 145; Benet *et al.*, 1991: 130), pero es significativo que el grueso de las piezas procede de Cancho Enamorado. Por tanto, ¿no sería factible que se adoptara la idea de la construcción de estructuras edilicias para el culto? Por supuesto y tal y como los vestigios dejan claro, no sería un típico templo orientalizante. Simplemente se adaptaría la idea en sí, levantándose una estructura más sencilla, que las documentadas en el Sur peninsular como por ejemplo Cancho Roano (Badajoz), Carambolo, Coria del Río (ambos en Sevilla) o La Muela (Jaén) (Celestino, 1995; Domínguez, 1997: 391ss.; Almagro-Gorbea y Moneo, 2000: 111). Además, la vajilla y la fauna documentada responden, como se ha visto, a un ritual en el que intervenía la ingesta de carne (asadores, fuentes, braserillos, etc.). Este tipo de rito coincide con el practicado en La Muela y en Montelín (Sevilla), que consistía en la cocción y consumo en el lugar de animales sacrificados bien allí mismo o en otros edificios anexos. Los análisis faunísticos ponen de manifiesto el predominio absoluto de las especies domésticas, tal y como sucede en Cancho Enamorado. Los vasos cerámicos se corresponderían con ofrendas líquidas o vegetales (De La Bandera *et al.*, 1999: 214ss.). Las fuentes clásicas aluden a este tipo de banquetes ritualizados en Numancia (Floro, *Hist. Rom.*, I. 34. 12; Orosio, *Hist.*, V. 7. 13-14; Plutarco, *Tib. Gr.* IV)

Para finalizar, santuarios intramuros han sido documentados tanto en el mundo ibérico como en la *Hispania* celtibérica como en la Europa céltica (Lorrio, 1997: 334). Como ejemplos podemos citar los de Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1997: 147), Numancia y Tiermes (Lorrio, 1997: 334; Alfayé, 2005), El Castrejón de Capote (Berrocal-Rangel, 1994), Závist y Trisóv, (Bohemia), Entremont (Francia), Danebury (Inglaterra) (Brunaux 1988: 40 ss.; Cunliffe 1996: 192, 213).

## 5. B. Santuarios extramuros

Son aquellos localizados fuera del poblado o castro, pero están claramente vinculados a éstos. En las poblaciones célticas se han documentado con frecuencia estructuras o cuevas-santuarios ubicadas al exterior del poblado y en relación con la puerta principal del castro. Tiermes cuenta en su puerta SO con una cueva (*Ibíd.*, 2003: 188). También se han localizado a la entrada de Capote indicios de una estructura sacra (Almagro-Gorbea y Berrocal-Rangel, 1997: 581). El santuario del “Altarico” (Mogadouro, Portugal) se encuentra a 100 metros de la entrada del poblado de la Segunda Edad del Hierro “El Picón del Matorral de Aires”. Este complejo sacro se ha relacionado con la presentación de ofrendas (Benito *et al.*, 2003b: 169ss.). Por último, podemos citar el posible santuario de Gastiburu (Arrazua, Vizcaya) que está a un kilómetro en línea recta del Castro de Nabarniz (Valdés, 1994: 139) o el de “Cueva de las Cazoletas” cercano a Arcóbriga (Royo y Gómez, 2005-06: 294). Este tipo de santuarios se han relacionado con ritos de purificación y lustración, de protección y fertilidad de la población, por su relación con el agua, y, en algunos casos, se han asociado con el mundo funerario (Moneo, 2003: 290). Se caracterizan por evidenciar sacrificios de animales y, en el mundo ibérico, por la deposición de exvotos (Domínguez, 1997: 395).



Figura 197: El Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo del Tormes). La estrella señala el emplazamiento del santuario y la flecha su orientación hacia el Tormes. La línea roja indica la extensión aproximada del poblado de La Mesa de Carpio Bernardo (Fotografía aérea tomada del SIGPAC).

En nuestro caso, sólo el santuario del Picón de la Mora podría relacionarse con la puerta principal del castro ya que El Castillo del Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) es un promontorio



situado enfrente del poblado, “La Mesa”, y orientado hacia la vega del río Tormes y La Atalaya está en la ladera de El Berrueco, a un kilómetro de El Tejado (Fig. 197).

En El Castillo (Fig. 192-3) se observó un roquedo granítico con una depresión en su centro, a modo de pila, y en el extremo de ésta una serie de oquedades a modo de cazoletas. Estos elementos son semejantes a los documentados en otros santuarios como los zamoranos de La Peña del Gato (Argañín) y el de Valdecadiella (Villalcampo) (Benito y Grande, 2000) o el descubierto en Monte Torozo (Villarejo del Valle, Ávila)<sup>66</sup>. La hipótesis que se plantea es que El Castillo de Carpio Bernardo podría haber albergado un santuario como otros tantos documentados en este territorio sobre canchales graníticos, asociado a los habitantes de La Mesa. La superficie del promontorio en donde se sitúa abarca 5 ha., lo que sería espacio suficiente para una población estable. No obstante, la situación, en su ladera E., y su orientación hacia el Río Tormes, llevan a plantear la hipótesis de que la gente bien podría haberse situado en la base del promontorio, quedando el oficiante por encima de ellos.

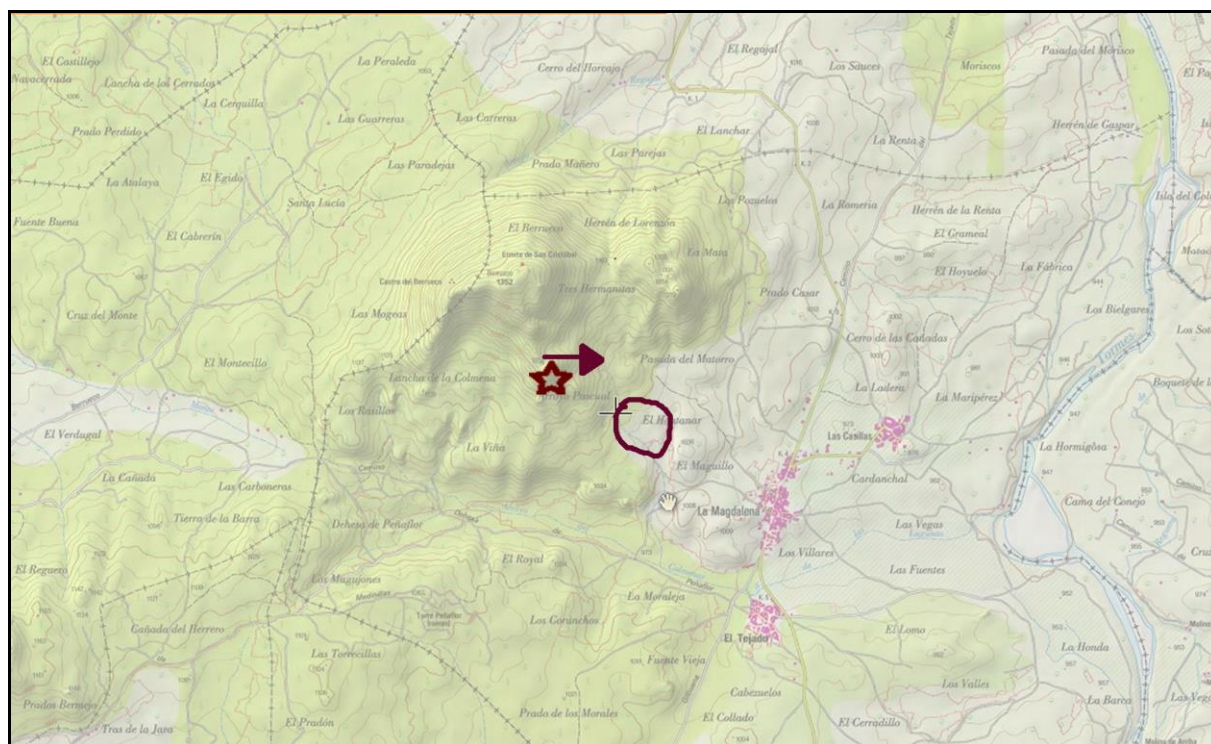


Figura 198: El Cerro de La Atalaya (La Magdalena). La estrella señala el emplazamiento del santuario y la flecha su orientación hacia el Tormes. La línea roja indica la extensión aproximada del poblado de El Tejado. (Imagen tomada del SIGPAC)

<sup>66</sup> Inédito. En prensa en <https://aviladigital.com>, (10/12/ 2010). Su descubrimiento se encuadra en los trabajos realizados por el Servicio Territorial de Cultura sobre santuarios rupestres prehistóricos, su difusión y su identificación. Su estudio será publicado en la prestigiosa revista científica *Madrid Mitterlungen*, del Instituto Arqueológico Alemán.

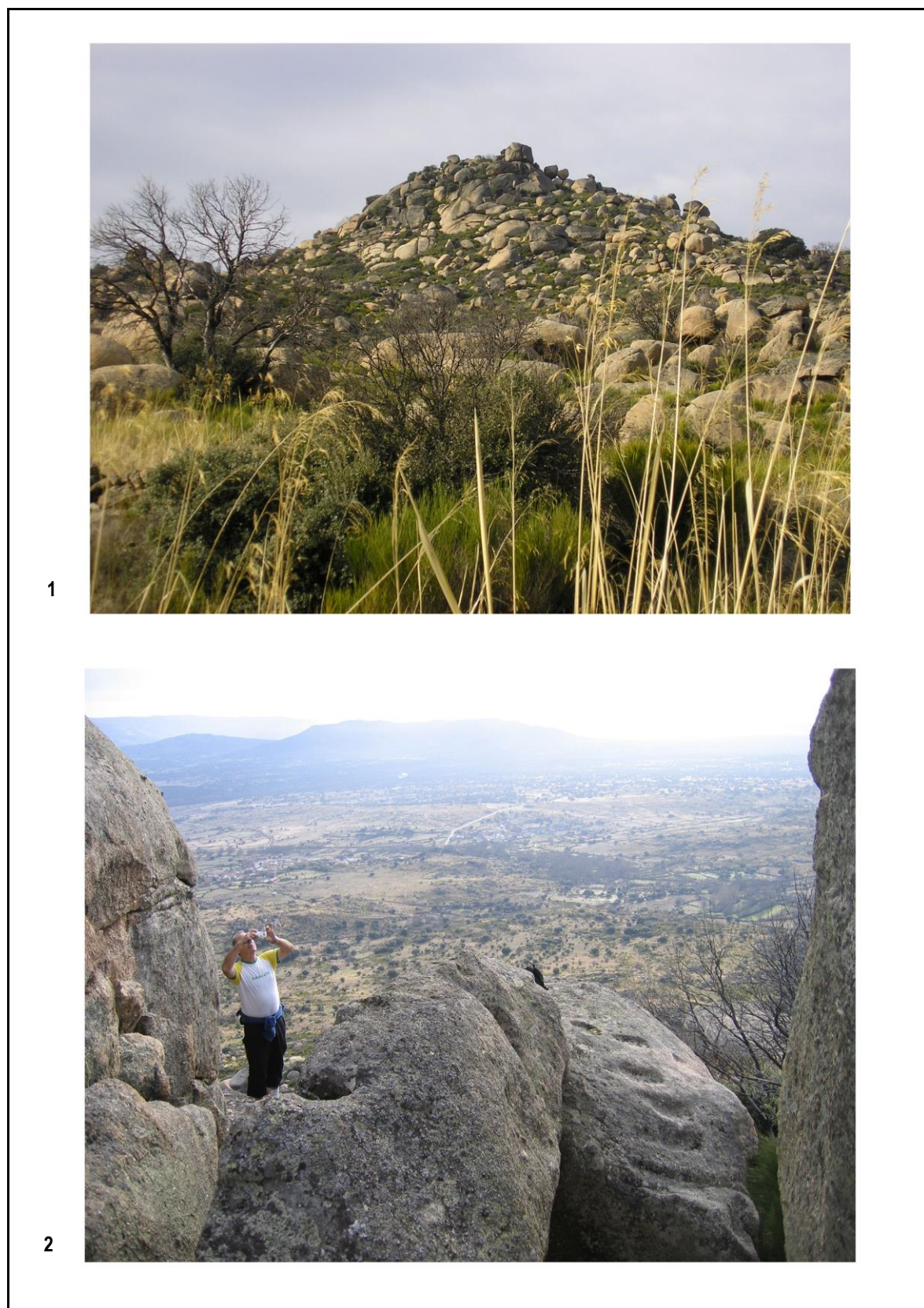


Figura 199: El Cerro de La Atalaya (La Magdalena). 1. Cerro. 2. Vista sobre poblado de El Tejado y el Valle del Tormes. (Fotos de <http://terraeantiquae.com>., 11/07/2015).



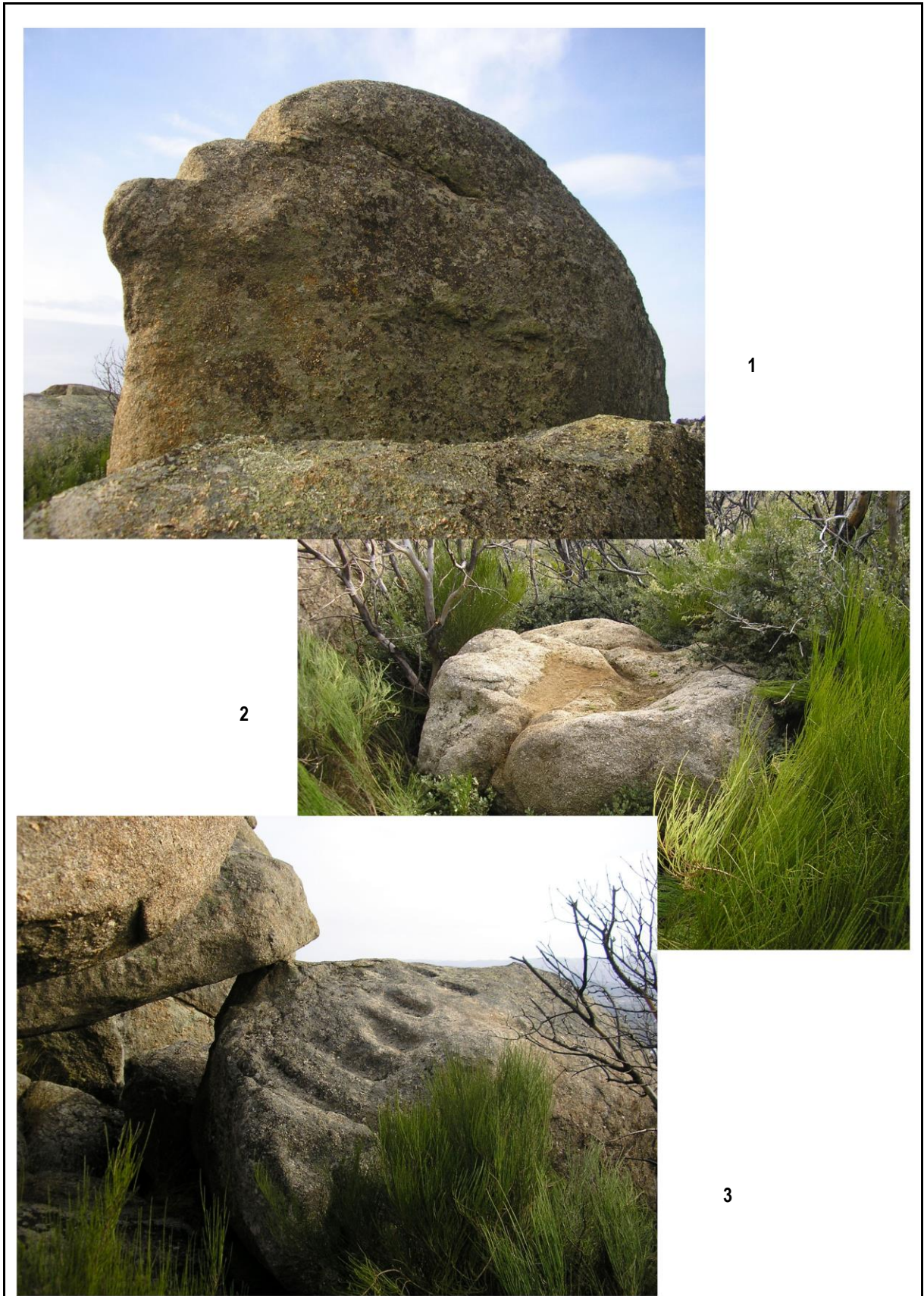


Figura 200: El Cerro de La Atalaya (La Magdalena). 1. Roca antropomorfa. 2. Tercer Altar. 3. Altar con escalones.  
(Fotos de <http://terraeantiquae.com>, 11/07/2015).

El siguiente santuario extramuros sería el emplazado en El Cerro de La Atalaya (La Magdalena), en el complejo arqueológico de El Berrueco (Fig. 192-16). Su situación a un kilómetro de El Tejado, hace pensar en una posible relación entre ambos. A una altitud de 1229 m., orientado hacia el Río Tormes (Fig. 198), se han identificado tres posibles “altares” y sobre uno de ellos una gigantesca roca de aspecto zoomorfo, que recuerda el perfil de un delfín. Dicho canchal (Fig. 200-1) tiene unos diez metros de longitud, cinco de altura y dos de grosor máximo, y está alineado en dirección sureste-noroeste. Presenta en su canto sur, dos impresionantes escotaduras y, en su parte más alta un profundo y cilíndrico hoyo circular. Esta roca y el lugar bien podrían haber sido escogidos, además de por su aspecto, por su alineación, ya que el morro del imaginario pez está orientado hacia el Solsticio de Invierno y su cola hacia el de Verano<sup>67</sup>. El altar pequeño sobre el que se levanta la roca antropomorfa, se compone de seis irregulares escotaduras (Fig. 200-3), a modo de escalones; de una ancha escotadura vertical en el canto de la peña y dos cazoletas de 15 cm. en el otro extremo. Un par de metros al oeste de este berrueco y formando un triángulo con los otros dos, se halla un tercer altar rupestre (Fig. 200-2): una roca, cilíndrica y ligeramente cóncava, de casi dos metros de diámetro y uno de altura, con un rebaje trapezoidal, de setenta por treinta centímetros de promedio. Otras posibles estructuras se localizan a unos metros al sur de los altares, en torno a una espectacular roca caballera existente en el mismo borde del despeñadero que da vista a las poblaciones de La Magdalena, La Casilla y El Tejado (Fig. 199-2). Una de estas estructuras, de ocho por dos metros, se encuentra delimitada por dos alargadas rocas que servían de paramentos laterales y una enorme laja clavada en el suelo que la cerraba por su extremo oeste. De lo que fueran otras probables estructuras, quedan varias escotaduras de distintas formas talladas en las rocas destinadas, quizás a encajar vigas de madera<sup>68</sup>.

Por lo que se refiere al otro ejemplo de santuario extramuros que conocemos en el marco geográfico de este estudio, fue localizado en el castro del Picón de la Mora, a unos 70 m. del campo de piedras hincadas situado en el acceso septentrional del poblado (Mateos *et al.*, 2005-06: 160) (Fig. 192-7). Se presupone que en esta zona es donde se ubica la puerta central ya que es el área accesible del poblado. Además, es aquí donde se centran los elementos defensivos, foso y piedras hincadas que inducirían al visitante hacia dicha puerta, como ya se ha planteado en el capítulo 5. El santuario está orientado al SO, hacia la puesta de sol durante el Solsticio de Invierno<sup>69</sup>. Domina un meandro muy marcado del río Huebra, en su confluencia con el arroyo de La Rebofa (Fig. 201).

<sup>67</sup> En prensa en el Adelanto y en <https://senderosesotericos.files.wordpress.com/2013/05/2011-03-07-la-escuela-de-c3a1vila-santuario-rupestre-de-el-berrueco.jpg> (12/06/2014) y en <http://terraeantiquae.com/profiles/blogs/gran-santuario-rupestre-de-el-berrueco#.VaFIVfnseuk> (11/07/2015).

<sup>68</sup> <http://terraeantiquae.com/profiles/blogs/gran-santuario-rupestre-de-el-berrueco#.VaFIVfnseuk> (11/07/2015).

<sup>69</sup> Comprobación realizada en el 20 de Diciembre de 2005.



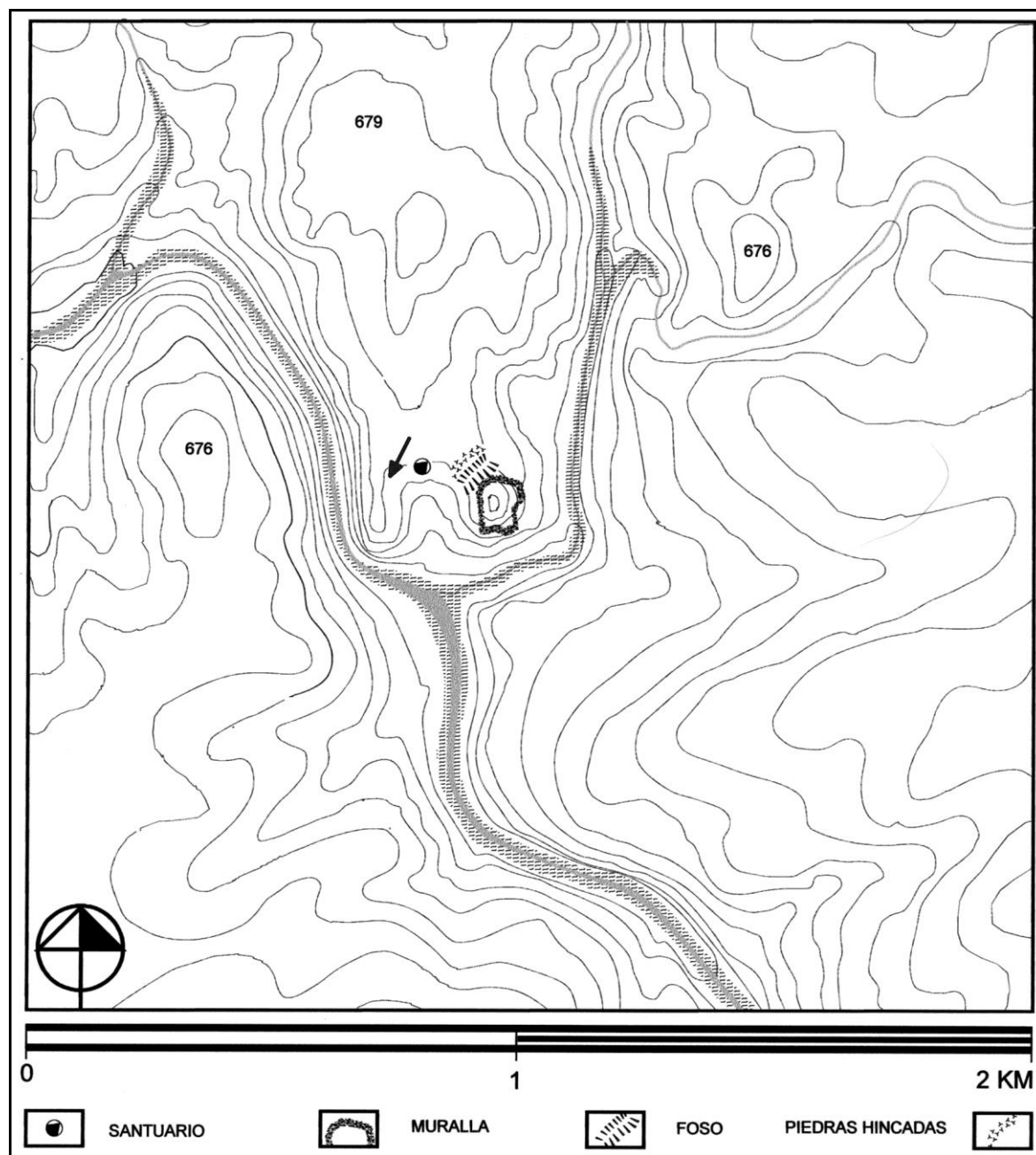


Figura 201: Situación y orientación del Santuario del Picón de la Mora. (Mateos *et al.*, 2005-06)

El complejo está formado por tres grandes rocas de granito, contiguas y escalonadas, que se diferencian del resto de canchales que conforman la ladera del cerro por la presencia en sus superficies de diversas formas talladas, que describiremos a continuación. El conjunto ocupa un área más o menos cuadrada de 11 m. por 10 m. aproximados, variando las dimensiones máximas de las rocas entre los 3 y 5 m., con algunos tramos superpuestos. Estas tres rocas, que denominamos según sus plataformas como “a” y “b” para las dos partes que conforman la primera, y “c” y “d” para las dos restantes, se disponen alineadas siguiendo los desniveles naturales de la pendiente del sustrato lítico, que cae hacia el Huebra (Fig. 247). Ninguna de sus superficies, excepto la superior de la primera y la

inferior de la tercera tienen formas artificiales. Estas dos, sin embargo, aportan evidencias de talla para conseguir, en el primer caso, una estructura subrectangular y, en el segundo, una plataforma rectangular orientada hacia el río. (Fig. 202). Sobre la primera de ellas, hoy fracturada de manera natural (a y b), se observa un espacio hundido de planta subrectangular y paredes talladas, de 2'30 m. de largo por 0'92 m. de anchura máxima. Se trata de una estructura orientada NE-SW, hacia la caída de la pendiente y en su extremo sudoccidental, que se comunica con otra oquedad tallada, ésta de forma más o menos circular abierta por el extremo que cae hacia el río, con unas medidas de 0'50 m. por 0'60 m. La comunicación entre ambas se realiza por un vano de 0,30 m. por 0,20 m. abierto en la pared natural horadada de la estructura principal. A la izquierda de este hueco se repite el mismo esquema, pero la oquedad en este caso es de menor tamaño y no se conserva la parte superior del vano, que debió existir originalmente al apreciarse aún su arranque en la abertura de la pileta. En el caso de esta segunda oquedad se ha llevado a cabo un vaciado en la roca para formar un canal de salida, que también cae hacia la segunda roca, "c", y el río. Sobre esta gran piedra "a" se ha tallado otra oquedad, también de forma circular, pero independiente del resto del conjunto. Esta estaría situada a la derecha de la pileta anterior, también abierta por el borde de la roca. (Fig. 202) (Mateos *et al.*, 2005-06: 162 ss.).

La segunda roca, "c", está situada ligeramente por debajo de la anterior y presenta en su cara Sureste, una serie de oquedades circulares talladas sobre su superficie, a distintas alturas. En este caso, la caída natural de estas oquedades no es hacia el río sino sobre la tercera roca, "d" (Fig. 203-1). Las paredes de estas oquedades están trabajadas por uno de sus lados, donde presentan unos pequeños rebajes a través de los cuales se comunican, logrando una sensación de cascada escalonada que se incrementa con la caída de líquidos como el agua de lluvia. Este mismo sistema se repite en la cara sur de la roca, con tan sólo dos oquedades que se comunican entre sí. A su lado se aprecia un vaciado vertical de gran profundidad, reguera de erosión a modo de canal, cuyas medidas son 0'66 m. de altura, un ancho de 0'45 m. en su parte superior y tan sólo 0'20 m. en la inferior. Las caídas y regueras de estas "piscinas", ya sean naturales como talladas, inciden directamente sobre la pared septentrional de la roca inferior, "d", bajo la que se localizan dos pequeños canales naturales realizados a lo largo de la fractura natural (¿?) del granito. Ambos convergen en un canal principal de mayor tamaño, que cruza transversalmente la roca inferior. Las bocas de estos primeros canales se sitúan bajo los bordes de esta roca "c", coincidiendo con el espacio que queda entre la primera y la segunda. Su entrada es difícil de apreciar, al estar cubierta por una cantidad importante de vegetación. El segundo canal secundario llega hasta el principal desde el lado derecho, situándose su entrada bajo el lateral de la roca (Fig. 204-1). En este caso, la boca es fácilmente apreciable al ser menor la vegetación, llamando la atención la gran regularidad de sus paredes, cuyas medidas son de 0'23 m. por 0'23 m. (Mateos *et al.*, 2005-06: 162 ss.).

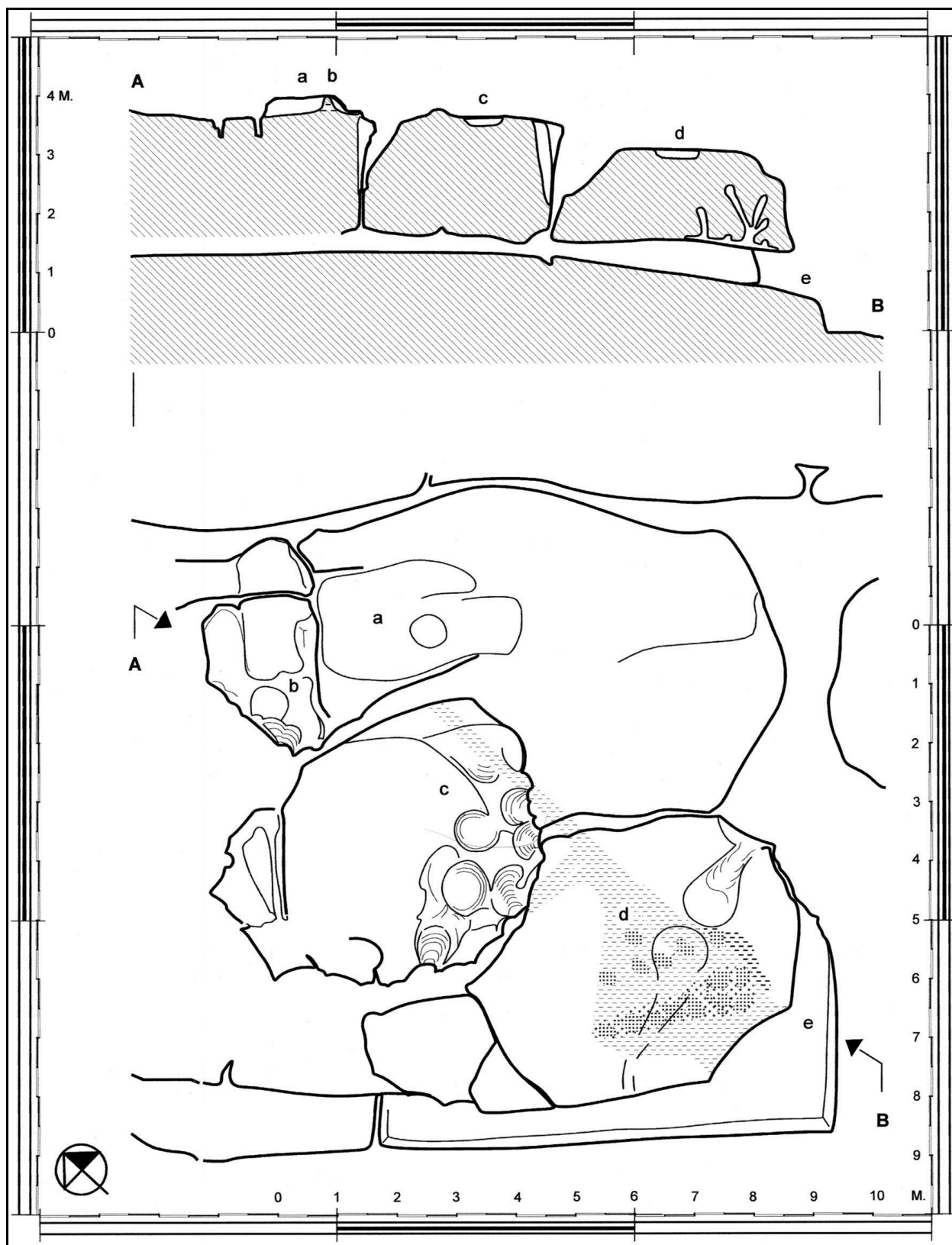


Figura 202: Sección y planta aproximada del complejo sacro de El Picón: “a” y “b” piletas y piscinas de la primera roca; “c” piscinas y regueras de segunda; “d” piscinas y regueras de las roca última; “e” covacha o abrigo con las cazoletas. En trama: canales subterráneos y series de cazoletas. (Mateos *et al.*, 2005-06)

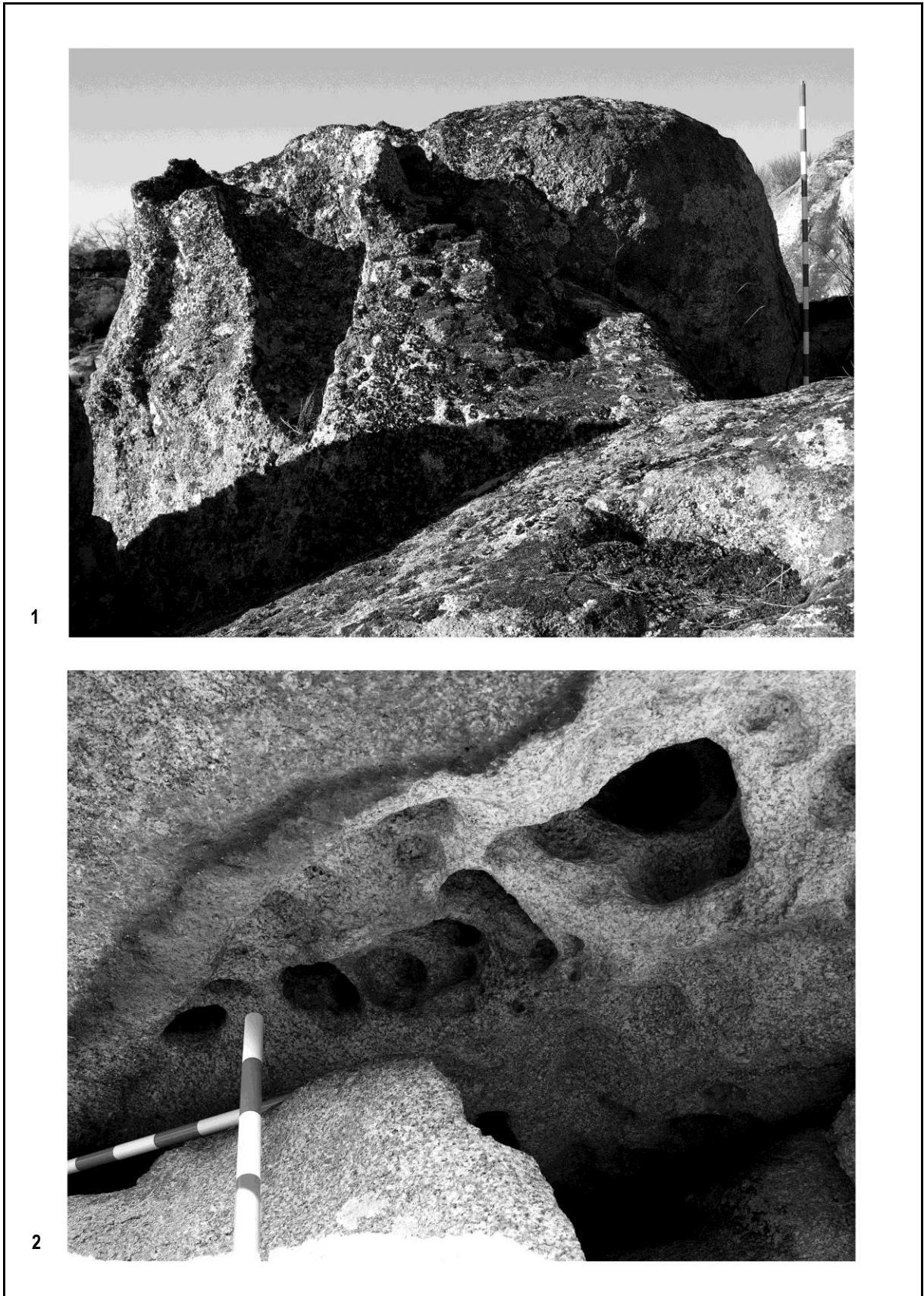


Figura 203: 1. Regueras de la roca "c" con caída hacia la roca "d". 2. Vista de las cazoletas invertidas de la roca "d". (L. Berrocal-Rangel. Diciembre, 2005)



El canal principal, de mayores dimensiones, parece una fractura natural del granito, sobre la que convergen los dos pequeños canales secundarios. Se sitúa bajo la tercera roca (d), y está ligeramente inclinado hacia la ladera que da al río. La boca de salida de este canal, con unas medidas de 0'97 m. de alto por 0'57 m. de ancho, se encuentra bajo el borde de esta roca, coincidiendo con el final del complejo que hemos descrito (Fig. 204-2). Esta última roca cubre dicho canal sobre su superficie, dos oquedades talladas de forma más o menos circular, y abiertas por sendos rebajes laterales mediante un vaciado en el granito, que caen hacia ambos lados de la roca por sendas regueras. Sin embargo, la mayor singularidad de esta roca "d" se encuentra en su interior, al lado meridional hacia el que se orientaban los canales y las caídas de la roca "b". Aquí, coincidiendo con la desembocadura del canal principal citado en la cara sur del conjunto, encontramos un pequeño abrigo, de poco más de 1,5m. de longitud y anchura máximas, y 0,75 de altura (Mateos *et al.*, 2005-06: 162 ss.). El abrigo, capaz de albergar poco más que un cuerpo humano extendido, presenta un techo con dos o tres series de oquedades dispuestas en sucesiones rectilíneas de "cazoletas" elípticas, que están distribuidas transversalmente sobre el tramo final del canal principal, con gran regularidad a lo largo de 0'99 m. Las "cazoletas" presentan dimensiones en torno 0,15 m, aunque algunas alcanzan tamaños mayores. Estos huecos fueron horadados hacia arriba, a veces con tal dimensión interna que, de los mayores salen oquedades de menor tamaño, pero de gran profundidad, llegando a alcanzar el conjunto, en alguna ocasión, los 0,90 m. de hondura. El tamaño es el apropiado para albergar un brazo humano extendido al máximo (<0,65 m.), incluyendo el hombro (<0,80 m.) y alguna herramienta, posiblemente una piedra de grano duro usada para horadar. Así pudo alcanzar la profundidad máxima que hemos podido confirmar, aunque la gran mayoría de las oquedades no superan los 0,30 m. de profundidad. (Fig. 203-2)<sup>70</sup> (Mateos *et al.*, 2005-06: 162 ss.). Un elemento a tener en cuenta y que se comentará más adelante es que a 1,62 km. en línea recta de aire, siguiendo el arroyo de La Rebofa, se encuentra una charca de agua termal, conocida como Charca de La Carbonera<sup>71</sup> (Fig. 205).

A modo de paralelo se puede citar en La Beturia céltica, concretamente los canchales del gran castro de La Pepina, (Fregenal de La Sierra, Badajoz)<sup>72</sup>. En este castro como en el Picón de la Mora se localiza un abrigo o covachuela granítica cuyo techo está repleto de estas oquedades y cazoletas, excavadas hacia arriba. Además comparte un emplazamiento similar, en un acceso inmediato de un castro, sobre un paisaje visual dominado por el meandro de un río, El Ardila, y su subsidiario, El Pedruégano. El resto de elementos: canales y "cazoletas" comunicadas o no se han identificado en el santuario de Ulaca, en el portugués de Panoias (Sánchez, 1997: 132) y en una posible peña sagrada localizada en Las Hurdes (Cáceres), en donde se aprecia un canal de desagüe practicado directamente

<sup>70</sup> Las distintas consultas efectuadas en la Facultad de Geología de la Universidad de Salamanca no pudieron aportar indicios sobre el origen natural de estas oquedades, con una disposición contraria a la gravedad y en rocas de varias docenas de toneladas de peso.

<sup>71</sup> Dato proporcionado por Heliodoro Prieto, vecino del pueblo.

<sup>72</sup> Un conjunto similar en lo referido a las cazoletas y oquedades horadadas en el techo de un abrigo o cueva. Fue localizado por Diego Peral Pacheco y José Manuel de Lla Fuente Serrano, durante la campaña de prospecciones de 1987 dirigida por Luis Berrocal-Rangel (Comunicación personal).

en la pizarra viva y que interconectar una mole de piedra, con escalones tallados, con el curso fluvial del Arroyo de Aceitunilla (Martín, 2011: 67).



Figura 204: 1. Canal secundario septentrional entre la roca "A" y "B". 2. Canal principal y salida bajo la roca "C". Se puede observar las "fauces" con cazoletas. (Mateos *et al.*, 2005-06)



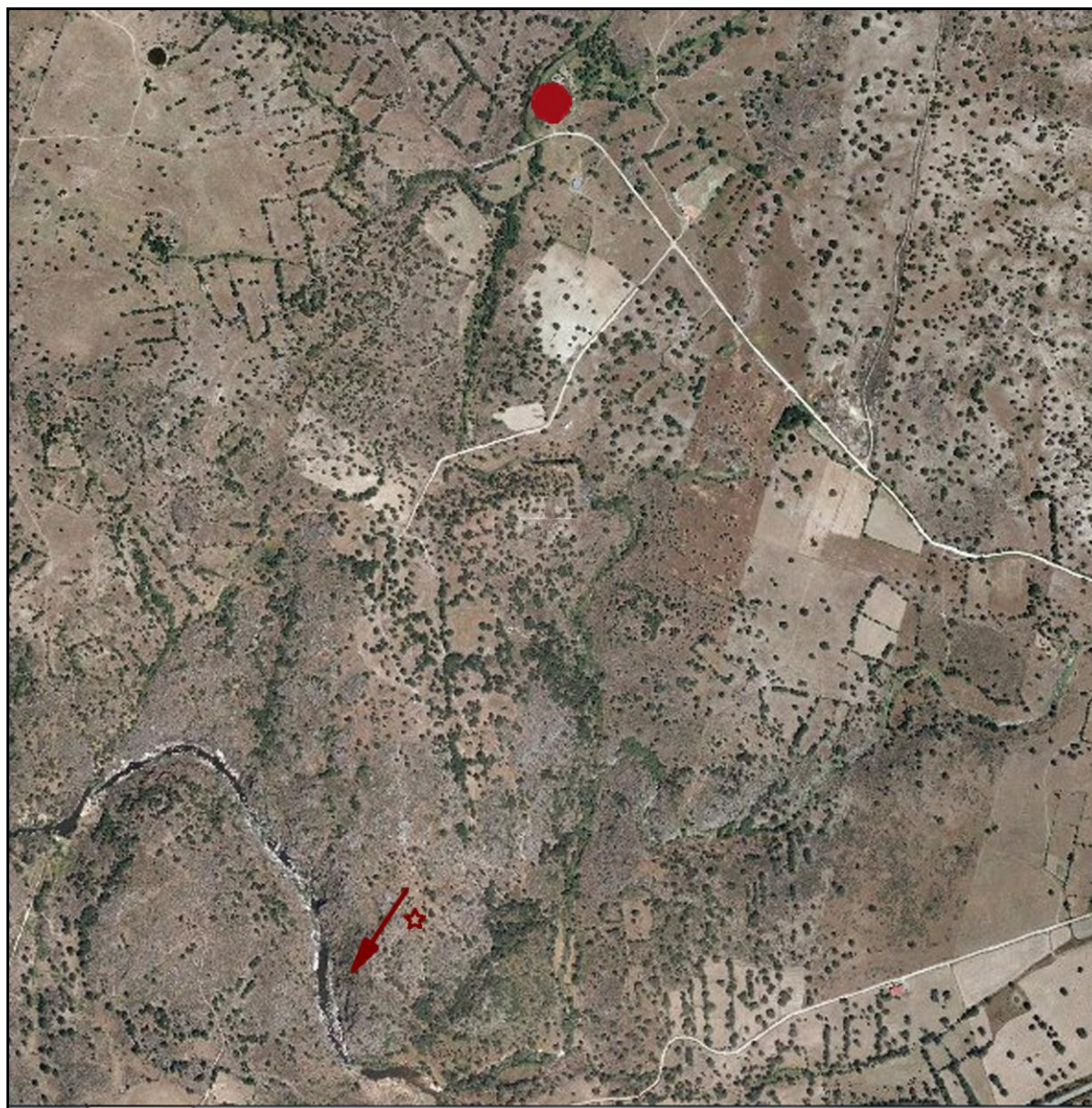


Figura 205: Picón de la Mora. La estrella señala el emplazamiento del santuario y la flecha su orientación hacia el Huebra. El punto rojo indica la situación de la Charca de La Carbonera (Fotografía aérea tomada del SIGPAC).

Pasando al siguiente santuario, tanto el asentamiento del Hierro I como del Hierro II situados en la capital salmantina podrían asociarse con un lugar sagrado propuesto por Benito y Grande (2000: 144). Situado sobre la margen derecha del río Tormes, allí se rendía culto a Nuestra Señora de La Salud en una ermita, hoy desaparecida (Fig. 192-1). Al lado de ella se pueden contemplar restos<sup>73</sup> de un templo romano que estaba dedicado según Morán a la diosa *Salus* (1990: 351), divinidad romana de la fortaleza y la salud corporal (Roldán, 1965: nº 1-2). Fernández-Albalat indica que las ninfas romanas

<sup>73</sup> Según el Catálogo de Edificios de Interés del Ayuntamiento de Salamanca, que se puede consultar en su página web, los restos todavía están *in situ*, aunque se emplazan en el Polvorín de Tejares que al ser propiedad del ejército dificulta su visita.

con connotaciones medicinales absorben a las antiguas deidades acuáticas indígenas (1986: 169-170). Existen numerosos ejemplos análogos en el noroeste de Cáceres como Fuente Santa de Galisteo (Valdelazura) (Sánchez, 1997: 131). Ambos santuarios estarían relacionados con una fuente de aguas minero-minerales. No obstante, el carácter sacro del lugar vendría de antes. Benito y Grande han localizado sus vestigios con una serie de grabados en la pizarra, consistentes en una huella de pie y varias líneas de cazoletas que están orientados hacia la fuente, sobre uno de los afloramientos que buzan hacia el Este (2000: 144). Esta orientación podría indicarnos que el santuario rupestre estuviera, como en el caso del Picón de la Mora, hacia poniente. Por desgracia, el enclave prerromano ha desaparecido por el crecimiento urbano de Tejares.

La continuidad de uso de un enclave sagrado prerromano en época romana es habitual en la Península como por ejemplo los santuarios de Postoloboso (Candeleda, Ávila), de Alondroal (Alentejo), de El Trampal (Alcuéscar, Cáceres), la Cova de les Dones (Millares, Valencia) o la Sima de l'Aigua (Carcagente, Valencia) (Sánchez, 1997: 135-137; Blázquez y García, 1997: 112). En los tres primeros la epigrafía latina muestra como las creencias religiosas prerromanas pervivieron, como mínimo, en los primeros siglos de dominación romana; ya que las aras, dedicadas a los dioses prerromanos *Ataecina*, *Endovelicus* y *Vaelicus* se han datado entre los siglos I-II d. C. (Caballero, *et al.*, 1991: 507-510; Abascal, 1995; Fernández, 2001: 302; Blázquez, 2001: 174; Marco, 2001: 280). También en Cantabria existen lugares como el Pico Dobra, en el valle del Besaya, en donde se ha dejado constancia de su sacralización desde época prerromana a través del ara dedicada al dios cántabro *Erudinus* fechado entre el año 161-286 d. C., (Abascal, 2002: 279).

El último santuario se encuentra en Santo Domingo de los Dieces, sobre la margen derecha de la riera de Cañedo (Fig. 192-4; 206). Consiste en una roca granítica en forma de visera bajo la cual aparece otra peña con hoyuelos semiesféricos y orientada hacia al Sur (Fig. 207-1). A unos metros de distancia hay otra roca en la que se aprecian unos hoyuelos. El conjunto se encuentra a medio camino entre dos castros<sup>74</sup>, uno de ellos con una muralla similar a la documentada en Las Uces (Benito y Grande, 2000: 144).

---

<sup>74</sup> Los autores no especifican el nombre de ninguno de ellos y tan poco se han encontrado referencias en el resto de la bibliografía consultada.





Figura 206: Orientación del santuario del Cañedo (Santo Domingo de los Dieces) hacia el arroyo. (Vista aérea tomada del SIGPAC)

## 5. C. Santuarios sin relación directa con un poblado

Este apartado trata sobre santuarios sin relación aparente con ningún poblado pero, cabe la posibilidad de que tuvieran alguna relación con algún castro de los estudiados aquí. De todos lo que se van a mencionar, sólo en dos casos se ha recogido material de la Edad del Hierro: El Risco de Los Altares (Herguivuela de La Sierra) y Las Yegüerizas (Monleón). Por tanto, las distancias entre estos santuarios y los yacimientos próximos se han tomado como referencia para el estudio del resto de complejos.

Primero se hará una descripción de los sitios sagrados, señalando los recursos hídricos y la existencia, en su caso, de árboles. Esto es debido al carácter naturalista de las religiones prerromanas, que desarrollaremos más adelante. En segundo lugar se explicarán los caracteres para asociar santuarios y lugares de hábitat. Por último se expondrán los resultados obtenidos de dicha asociación.

### 5. C. a. Descripción de los santuarios

Debemos comenzar este apartado por el complejo sagrado de “La Dehesa de Aldeavieja” (Aldeavieja) (Fig. 192-12). Se trata de un afloramiento pizarroso que quedó cubierto por el pantano de Santa Teresa, lo que indica la proximidad del enclave con el Río Tormes. Se apreciaron en él diversas cazoletas (Fig. 207-2) y una pequeña huella de pie, documentándose además un grabado, aunque incompleto, que parece representar la cabeza de un pájaro (Benito y Grande, 2000: 145).

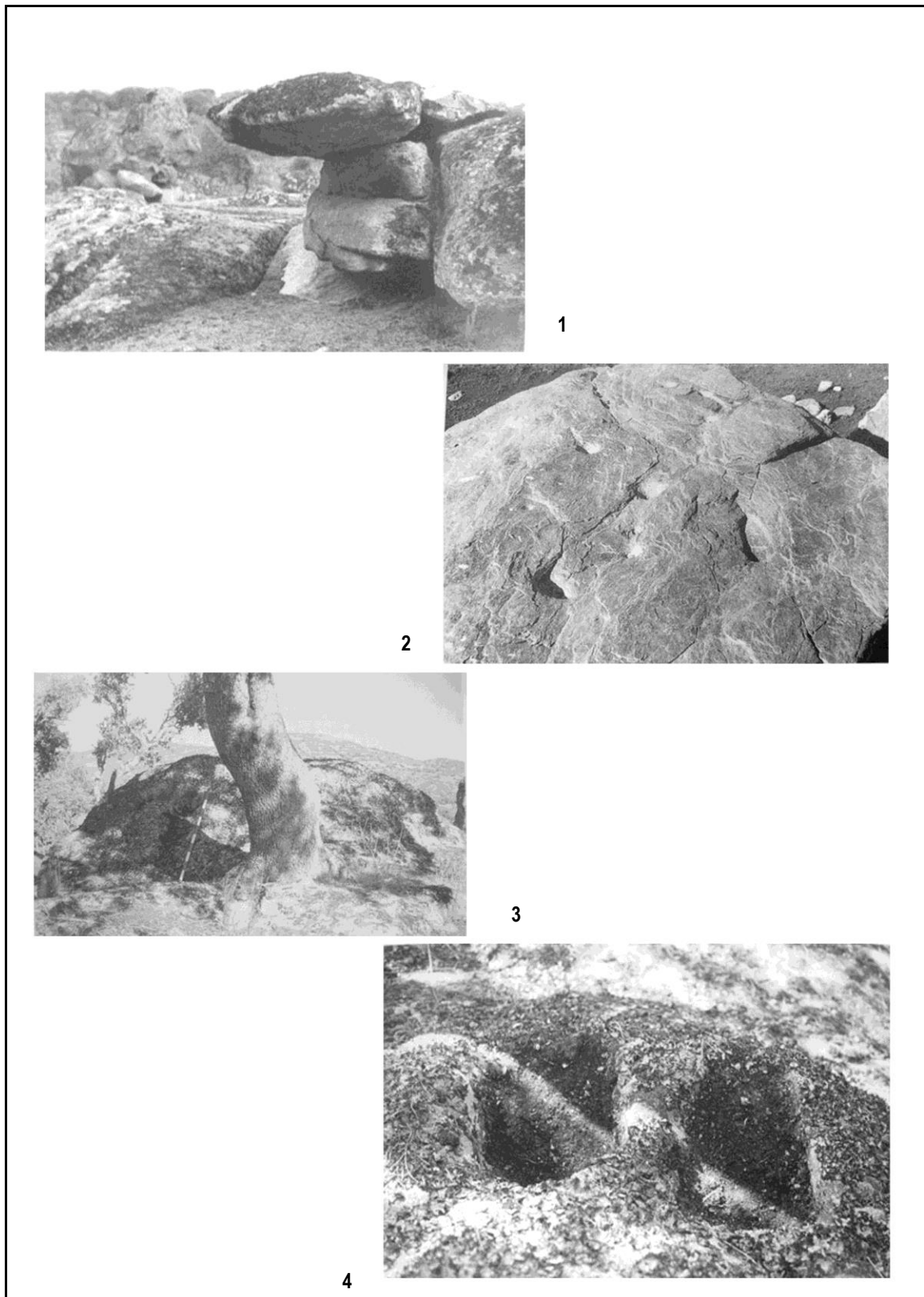


Figura 207: 1. Santuario del Cañedo. Monumento con posibles signos sagrados. La piedra que está debajo de la piedra que forma la visera cuenta con cazoletas. (Benito y Grande, 2000). 2. Cazoletas y oquedades en el lugar sagrado de "La Dehesa" (Aldeavieja). (Benito y Grande, 2000). 3. Santuario "El Maguillo". Roquedo en donde se han documentado varias "hornacinas". (Benito y Grande, 1992). 4. Santuario "El Maguillo". Hornacinas vistas desde arriba (Benito y Grande, 2000)



En segundo lugar se describe el santuario de “El Maguillo”, situado entre el extremo suroccidental del término de Santibáñez de Béjar y el de Sorihuela (Fig. 192-13). Es una roca granítica de dos metros de altura, en cuya parte superior, se observan unas cazoletas grabadas, que están conectadas por medio de canales (Fig. 207-3). Distribuidas por la cara meridional y occidental de la misma, hay unas hornacinas con base plana, agrupadas por pares y a diferentes alturas (Fig. 207-4). Próximo a él discurre el Río Valvanera (Fig. 208) (Benito y Grande, 2000: 137-139).

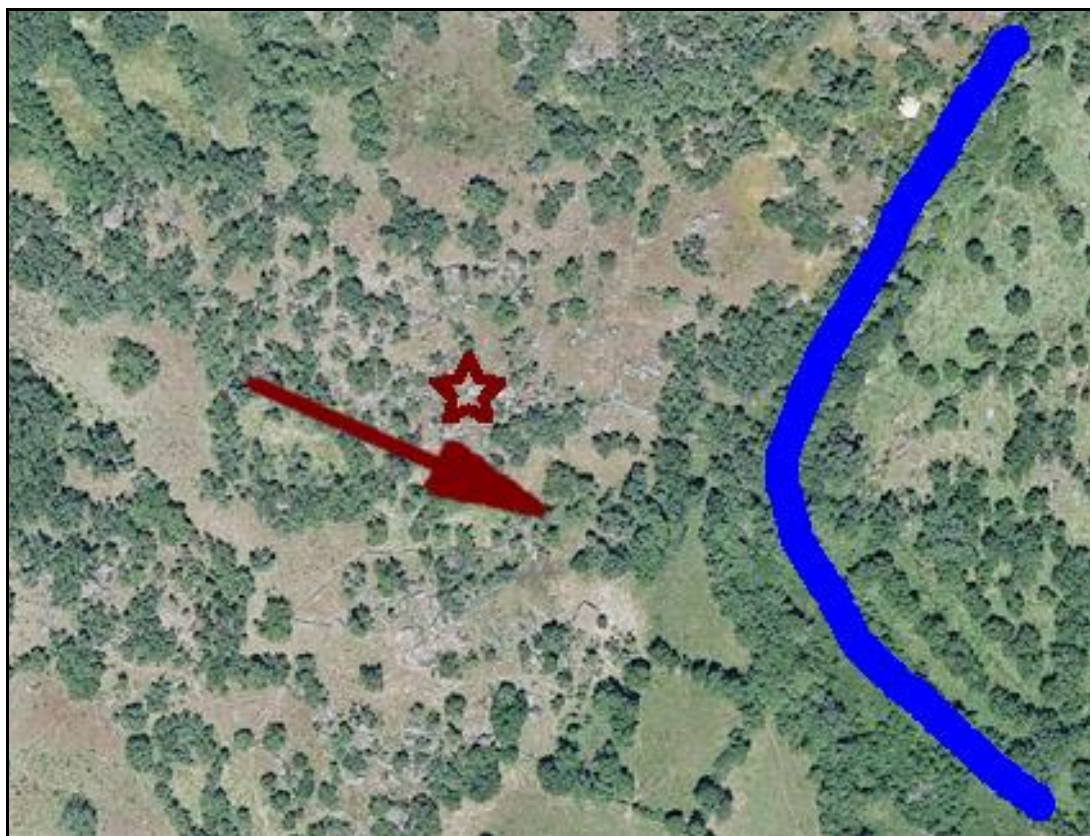


Figura 208: Orientación del santuario “El Maguillo” (Sorihuela) respecto al río Valvanera. (Vista aérea tomada del SIGPAC)

A continuación debe hacerse referencia a El Risco de Los Altares (Herguajuela de La Sierra), situado en el sector Noroeste del término municipal con una orientación hacia el SO, hacia el Río Batuecas (Fig. 192-10 y 209). Consiste en una covacha que mide 5 m. de ancho por 2 m. de profundidad y consta de tres paneles con motivos pintados superpuestos en muchos casos. El primero está compuesto por varios conjuntos y todas las figuras están pintadas con un trazo fino de color ocre. Los motivos que lo componen son herraduras, antropomorfos, líneas, puntos y trazos geométricos en forma de cruz. El segundo panel representa a unos danzantes en función de una supuesta posición jerárquica, puntos y barras pertenecientes a una cronología del Bronce como el primero; pero en el mismo Grande del Brío identificó una serie de pinturas que dató en el Hierro (2009: 247) (Fig.210-A). Este conjunto se compone de una serie de barras y tres antropomorfos. El primero sólo conserva las extremidades inferiores. El segundo se caracteriza por su cabeza globular, los brazos en alto sobre el

tronco, casi rectos y por sendos adornos en el talle y en el tobillo. El último es un jinete y es una imagen habitual en los grabados de Yecla de Yeltes (Grande, 2009: 240).

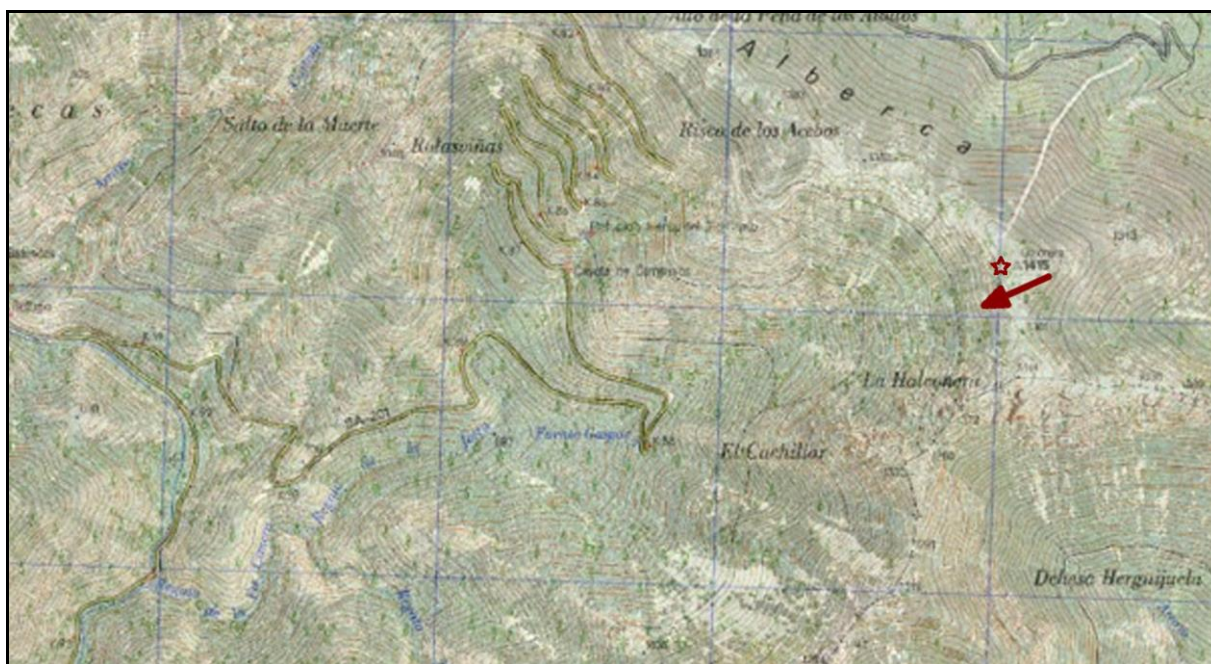


Figura 208: Orientación del santuario “El Risco de Los Altares” (Herguizuela de La Sierra) respecto al río. (Imagen tomada del SIGPAC)

El tercer panel también tiene un trazo fino y entre los motivos abundan los reticulados en color negro y rojo bermellón (interpretados como redes), un círculo deformado con un aspa en su interior (interpretado como una rueda), un ramiforme, diferentes conjuntos de barras, las figuras con brazos en asa y un serpentiforme (Arquetipo, 1999-2000; Grande, 2009: 245) (Fig. 210-B). Este último grupo nos recuerda al trazado de un curso de agua, quizá en referencia al río de Batuecas. Se establece una cronología para este santuario que iría desde el Bronce Final hasta el Hierro II, perteneciendo a una fase avanzada de este período el tercer panel mencionado (Grande, 2009: 247, IACyL). Este santuario tiene una visibilidad limitada en su sector N-NE-S por la orografía del terreno, pero un excelente alcance hacia el valle de Batuecas y el paso de montaña conocido como el corredor Hurdes-Batuecas que permite la comunicación natural con Extremadura; de un modo similar a lo que sucede en La Cueva de Las Cazoletas (Royo y Gómez, 2005-06: 297), con una visibilidad limitada por el N y el S pero con bastante hacia el O donde se encuentra el valle del Jalón y Arcóbriga. Curiosamente, en este caso, no hay, hasta el momento ningún castro dentro de su campo de visión sino que todos los posibles castros asociados a él están hacia el NE como se aprecia en la figura 5. Otra característica es que ambos son abrigos en la roca con paneles decorados, el salmantino con motivos pintados y el segoviano con grabados. Un motivo que coincide en ambos abrigos son las barras. Otro ejemplo de santuario al aire libre fue documentado en Molino Manzán (Alconchel-Cheles, Badajoz), con una pervivencia desde el Paleolítico hasta época contemporánea: los paneles pertenecientes al Hierro



consisten en grabados filiformes, falcatas, cuchillos, caballos, elementos geométricos, un guerrero con lanza... y todo ello fue fechado en torno al V a.C. Curiosamente este santuario también se pudo poner en relación con una corriente de agua: el río Guadiana (Royo, 2005: 166; Collado, 2010).

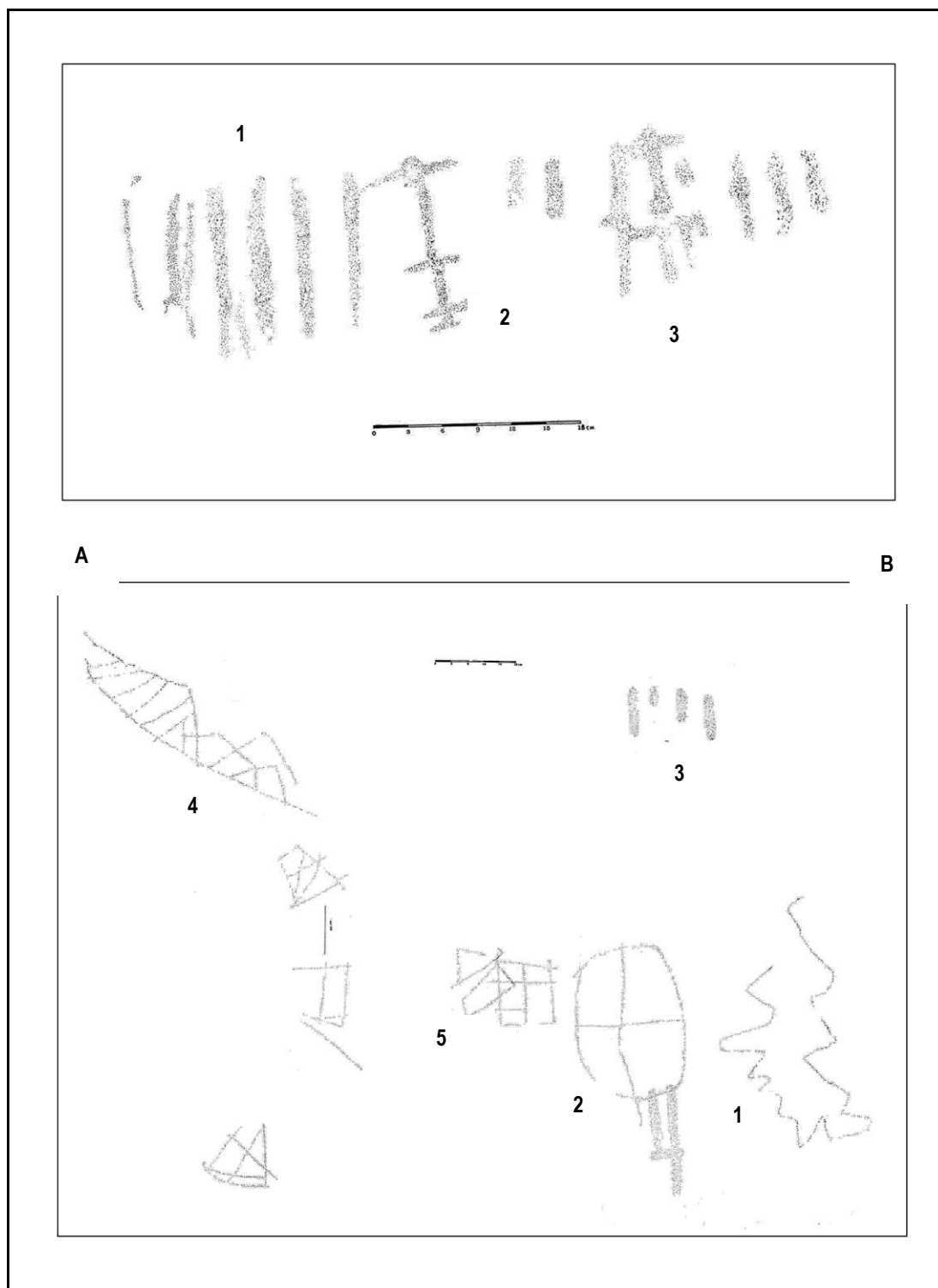


Figura 210: A. Segundo panel de El Risco de Los Altares. 1. Antropomorfo. 2. Antropomorfo. 3. Jinete. El resto de los motivos son barras. B. Tercer panel. 1. Serpentiformes, 2. Posible rueda. 3. Conjunto de barras. 4 y 5. Reticulados. (A partir de Grande, 2009)

El yacimiento de Las Yegüerizas (Monleón) se sitúa sobre el margen derecho del Río Alagón (Fig. 192-11; 211). En este lugar existía una ermita, hoy en ruinas. En sus proximidades, Benito y Grande encontraron un conjunto de berrocales graníticos cuyas rocas presentan indicios de haber sido trabajadas (2000: 147). Este paraje ha sido considerado como un complejo sacro al que han asociado materiales de la Edad del Hierro (Grande, 1987: 133).

Entre los indicios de la sacralidad del lugar se pueden citar los siguientes:

1. La existencia de una fuente, con lo que vuelve a verse la asociación agua-lugar sacro, como en el promontorio de Nuestra Señora de La Salud (Sánchez, 1987: 198),
2. Los vestigios de un gran castañar y un gran robledal, cuya singularidad persistía en el siglo XVI, como demuestran documentos de la época (Grande, 1987: 132).
3. El mismo nombre es significativo pues siguiendo la teoría de Marciano Sánchez, podría venir de *aequerizas*, que quiere decir lugar donde se reúnen los iguales. Por tanto, el topónimo hace referencia a un lugar de reunión. De hecho en este lugar se realizaba una feria, que se trasladó a las afueras de Monleón (1987: 98).
4. Vestigios de elementos tallados en los berruecos, que se describirán a continuación (Grande, 2000: 148):

4. 1) El primer conjunto de rocas muestra una incisión cuadrada y, en una de sus partes laterales, uno o varios vaciado a modo de hornacina de forma rectangular (Fig. 212-1).

4. 2) El segundo está a unos doscientos metros del anterior. Consta de una gran roca, de 2,5x1, 10m., que cuenta en su parte superior con una talla de forma antropoide, aunque no es lo suficientemente profunda como para ser un sepulcro. Junto a esta roca hay otra de menor altura, en cuya superficie se aprecian varias acanaladuras rectilíneas que la bordean y otra que cruza el recinto por el medio, conformando dos rectángulos. Este conjunto está rodeado por una serie de rocas, unas enhiestas y otras en el suelo. Sobre cada una de ellas se ha tallado una figura en forma de triángulo isósceles<sup>75</sup>.

4. 3) El tercer roquedo está situado a unos cientos de metros al Norte del anterior. Muestra seis cazoletas semiesféricas o cazoletas, junto a una lagareta abierta a ras del suelo, en una roca que presenta además una pequeña oquedad a modo de hornacina (Fig. 212-2).

<sup>75</sup> Este berrueco no ha podido ser localizado en la visita realizada y puesto que los autores no tomaron fotografías ha sido imposible adjuntar documentación gráfica.

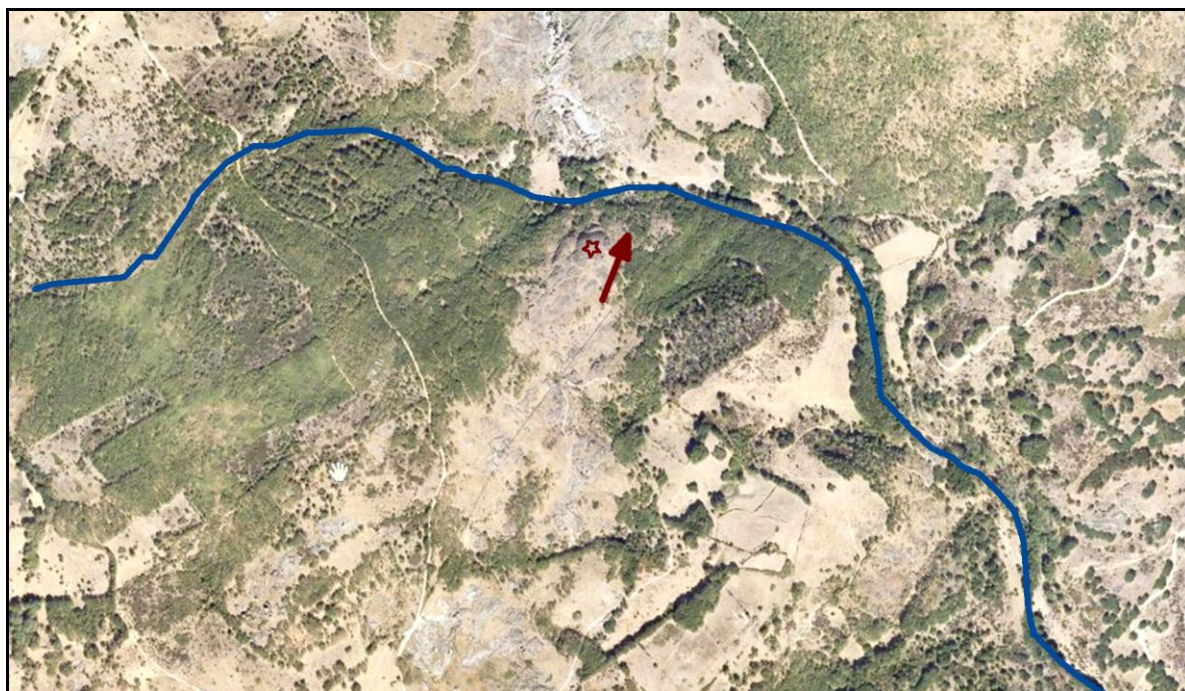


Figura 211: Orientación del santuario de Las Yegüerizas (Monleón). (Vista aérea tomada del SIGPAC)

También está catalogado como santuario el yacimiento de “La Mesa de Los Curas”, emplazado al SO de La Fregeneda, en el límite del pago de Los Berrocales con los cortados del Águeda, poco antes de su desembocadura en el Duero (Fig. 192-8; 213). Este santuario es un complejo formado por varios afloramientos graníticos. Uno de ellos son las peñas que lo delimitan, formando un círculo, y que tienen una cruz en cada una (Benito y Grande, 2000: 133-136). Estas cruces, de la época cristiana, como ya se ha mencionado suelen aparecer como elementos transformadores de los lugares sagrados paganos (Forteza, 1970: 154; Benito y Grande, 2000: 133-136; Martínez y Martínez, 2010: 39). De hecho, hay autores que defienden esta hipótesis para otros santuarios similares como el de Panóias, en Vila Real Portugal (Rodríguez Colmenero, 1999: 86), el de La Peña del Moral, en Villarejo de Medina, Guadalajara, (Martínez y Martínez, 2010) o los documentados en Los Aulagares (Zalamea La Real, Huelva) (Del Amo, 1974). Por último, otro elemento de este complejo sería La Peña Redonda, una gran mole rocosa que podría servir como pórtico del santuario (Benito y Grande, 2000: 134) (Fig. 212-3).

Sin embargo, el *Sancta Santorum* estaría formado por varias peñas, situadas sobre un promontorio. Una piedra orientada hacia el SE consta de banco corrido que tuerce, en ángulo a la izquierda, en su fondo. Sobre él hay dos bloques a modo de cúpula, y varias hendiduras a modo de escalones. Cerca de ella, hay una mesa redonda desbastada en su parte superior, conocida como “La Mesa de Los Curas” (Fig. 212-4). La tradición popular lo considera un altar de sacrificios que se transformó en un altar donde se oficiaban homilías en tiempos de los primeros cristianos, y de ahí su nombre (Benito y Grande, 2000: 137).

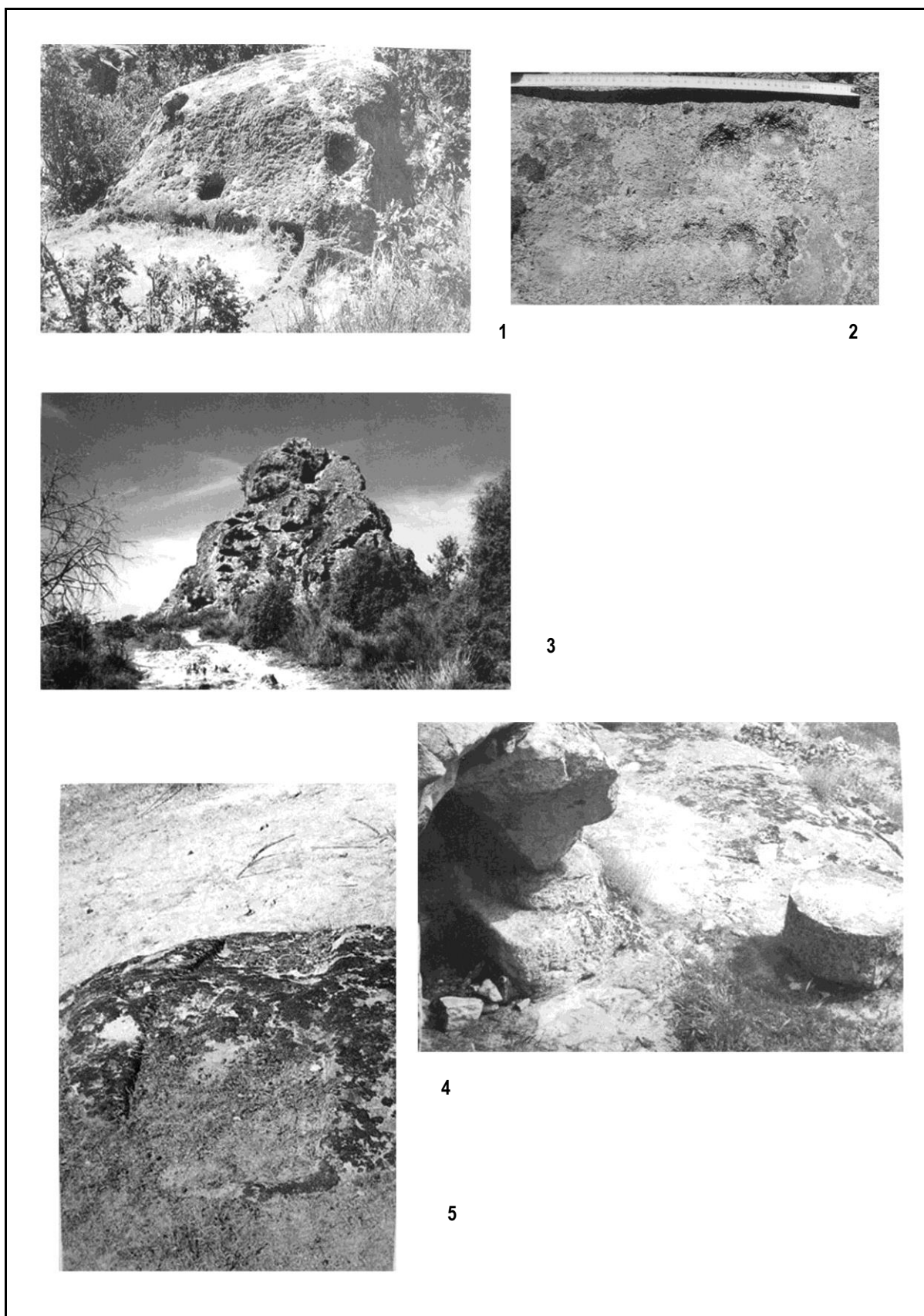


Figura 212: 1 y 2. Santuario de Las Yegüerizas. (Benito y Grande, 2000). 3 y 4. Santuario de “La Mesa de los Curas”. (Benito *et al.*, 2000; 2003). 5. “Las Atalayas”. (Benito y Grande, 2000)





Figura 213: Santuario de “La Mesa de los Curas” (La Fregeneda). 1. Peña Redonda. La línea roja marca la extensión aproximada del complejo sacro. En esta imagen se aprecia la proximidad y la relación del santuario con el Río Duero (Vista aérea tomada del SIGPAC).

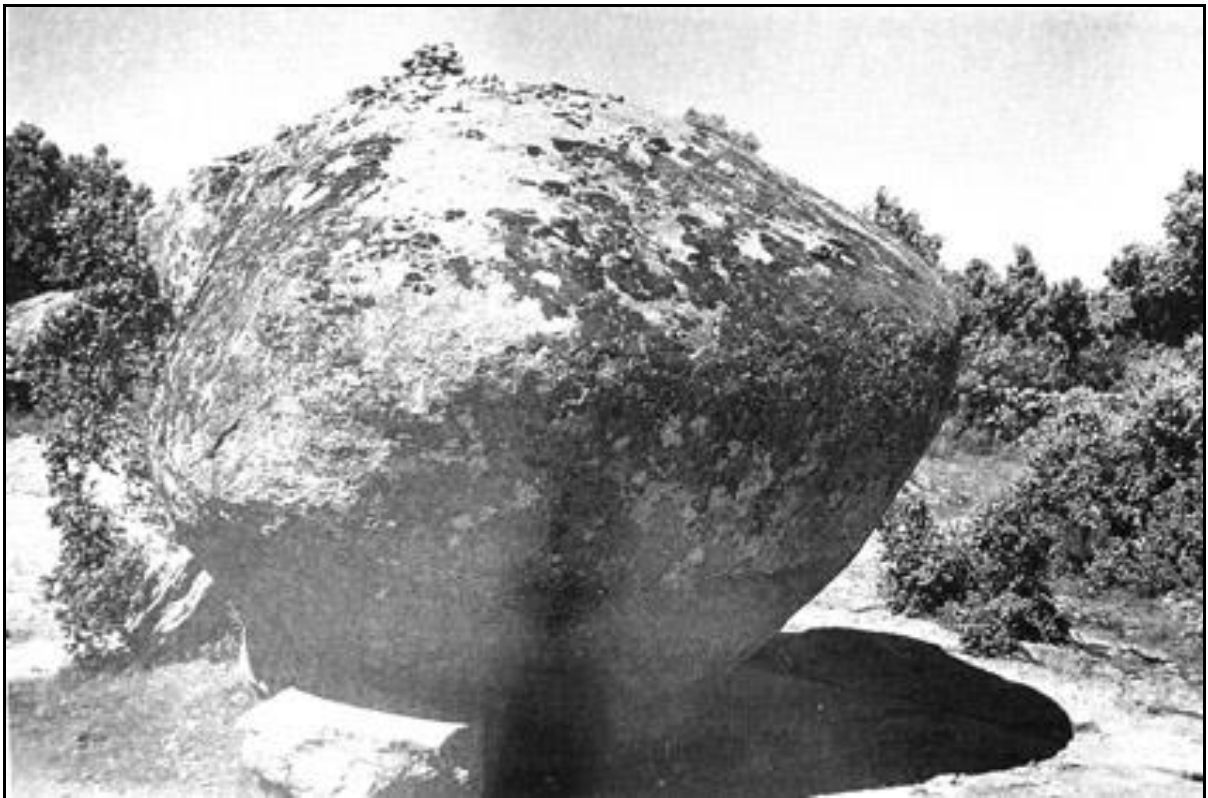


Figura 214: Peña del Perdón (La Redonda). (Benito y Grande, 2000)

El siguiente sitio sobre el que se va a tratar es La Peña del Perdón (La Redonda) (Fig. 192-9). Tiene forma de hongo y presenta un rebaje, en forma de escalón, a pocos centímetros de altura de su base (Fig. 214). Se encuentra ubicada cerca de un camino, antiguamente empedrado. Incluye un grupo de grabados formado por veinticuatro cazoletas talladas, con una orientación E-W. En el camino de “Las Atalayas” se ha documentado otra roca con otras nueve cazoletas alineadas. Asociado a este conjunto tenemos unos sepulcros antropoides excavados en la roca de tipología “olerdolana” y por tanto relacionables con el Cristianismo primitivo medieval (Benito y Grande, 2000: 140-142). Otro elemento de este complejo sería un doble rebaje rectangular en un resalta rocoso del camino (*Ibidem*, 1992: 92). Este complejo no está ligado a ningún río o corriente de agua; pero asociado a él se encontró un verraco (López, 1989: 143).

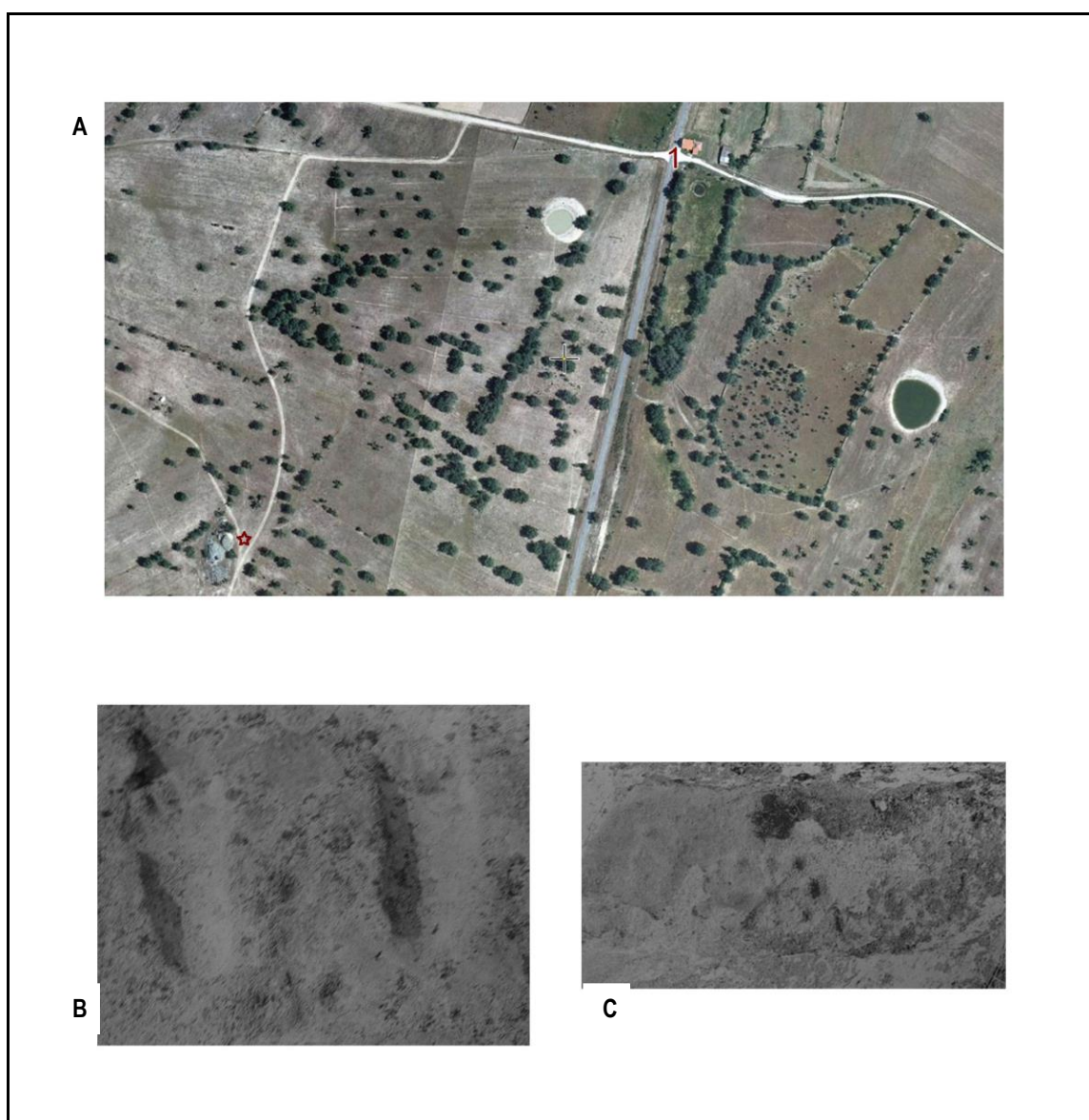


Figura 215: La Peña de Santa María (Irueles de Mesón Nuevo). A. 1. Ermita de la Santísima Trinidad. La estrella marca la situación del santuario. (Vista aérea tomada del SIGPAC). B. Huellas de pies. C. Roseta. (Benito y Grande, 1994a)

El último santuario al que se hará referencia es “La Peña de Santa María” (Iruelos de Mesón Nuevo) (Fig. 192-15), situado a poca distancia de la ermita de la Santísima Trinidad, a cuya vera manan dos fuentes (Fig. 215-A) (Benito y Grande, 1994a: 129). Este conjunto está formado por una mole rocosa de naturaleza granítica, la cual se alza unos dos metros del suelo, y, en cuya parte superior, de forma amesetada, presenta varias figuras talladas por el procedimiento de rebaje o abrasión. Enfrente y debajo de un pequeño nódulo que, a manera de sentadero, sobresale escasos centímetros de la superficie de la susodicha plataforma, hay una figura, que representa de forma fidedigna el aparato genital masculino. A ambos lados de ella, se aprecian dos huellas de pies, una de las cuales corresponde al pie izquierdo y la otra al derecho (Fig. 215-B). Junto a esta última aparece la huella de una mano derecha. Todas tienen indicados claramente los dedos. En la parte lateral de la roca, hacia el SE, se observaron tres grupos de hoyuelos formando círculos, en torno a otro central a modo de roseta (Fig. 215-C) (*Ibidem*, 1994a: 127-128). Su cronología, incierta como la de muchos ejemplos tratados, parece relacionarse con épocas prerromana o romana, con una clara naturaleza indígena.

Santuario	Poblado	Cronología	Distancia/Km.
Dehesa de Aldeatejada, La	Peña de La Mata	Hierro I	2,17
	Salvatierra de Tormes	Hierro II	4,8
Maguillo, El	La Solana	Hierro I	10,58
	El Castillo (Cabeza de Béjar)	Hierro II	1,65
	La Corvera	Hierro I y II	10
Cerro de La Atalaya	Los Tejares	Hierro II	0,90
Mesa de Los Curas, La	Valle Ancho	Hierro I	5,2
	Cabeza de Moncalvo	Hierro II	7,38
	Cabezo de San Pedro	Hierro II	7,32
Peña de Santa María , La	Teso del Santo	Hierro II	10,46
	Las Uces	Hierro II	12,3
	Asentamientos de Monleras	Hierro II	9 y 11
	Cerro Muriano	Hierro II	14,13
	Peña del Castro	Hierro I	13,4
	San Roque	Hierro I	3,73
Peña del Perdón y Las Atalayas	Castelmao	Hierro I y II	8,33
	Colmenera	Hierro II	7,98
	Sobradillo	Hierro?	4,47
Risco de Los Altares	Los Malvanes	Hierro II	5,13
	Los Rodales	Hierro I y II	9,24
	Alto de los Palacios	Hierro I y II	10,1
	Cucurrito	Hierro I y II	13
	Cepeda	Hierro II	5,04
Yegüerizas, Las	Monte Alcaide	Hierro II	0,74
	Monleón	Hierro II?	4,15
	Las Fraguas	Hierro I y II	4,93

Tabla 19: Distancias entre santuarios y yacimientos (C. Mateos).



### 5. C. b. Asociación santuarios-lugares de hábitats

A partir del estudio de Benito del Rey, Bernardo y Sánchez Rodríguez (2003, tomo 2), se han analizado la relación de los santuarios con los yacimientos identificados hasta el momento. Como ya se ha mencionado, los datos de referencia son los obtenidos con Las Yegüerizas y El Risco de Los Altares. En ambos casos se ha medido el trayecto recto en línea de aire que hay entre ellos y los asentamientos cercanos, empleando el SIGPAC. Así, el recorrido mínimo es de 0,74 Km. y el máximo de 13 km. Estas distancias concuerdan *grosso modo* con las de los santuarios extraurbanos del mundo ibérico, los cuales se sitúan entre 10 y 300 m. [sic] (Moneo, 2003: 296). A partir de estos datos se han asociado varios complejos sagrados con lugares de hábitat (Tabla 19), habiéndose plasmado el resultado en los mapas de las figuras 216, 217 y 218.

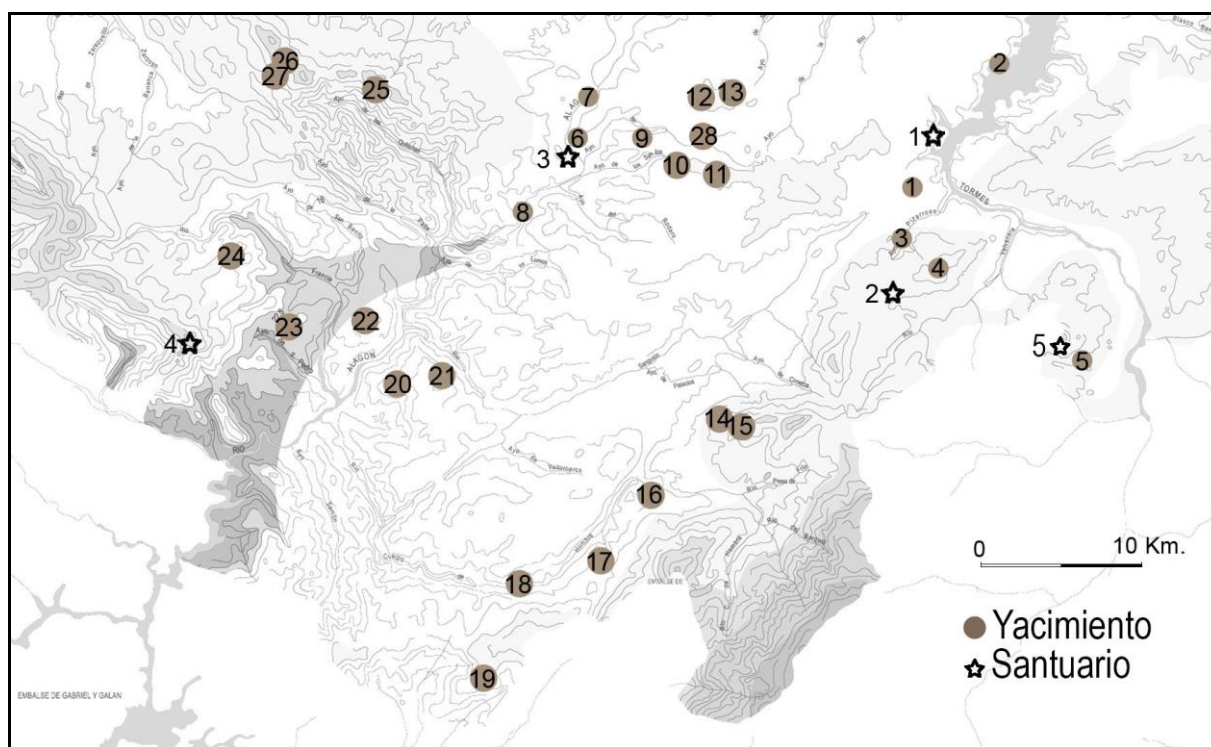


Figura 216: Mapa de dispersión santuarios extraurbanos 1: 1. La Dehesa (Aldeatejada). 2. El Maguillo (Santibáñez de Béjar). 3. Las Yegüerizas (Monleón). 4. Risco de Los Altares (Herguijuela de La Sierra) 5. El Cerro de La Atalaya (La Magdalena). Yacimientos: 1. Peña de la Mata (Guijuelo). 2. Salvatierra de Tormes. 3. El Castillo (Cabeza de Béjar). 4. El Cerro. 5. Los Tejares (El Tejado de Béjar). 6. Monte Alcaide (Monleón). 7. Monleón. 8. Las Fraguas (Linares de Friorío). 9. Alto de la calera (Los Santo). 10 Los Santos. 11. Alto del Cabezo (Fuenterroble). 12. Calamorra (Los Santos). 13. Pico Monreal (Casafranca). 14. La Corvera (Navalmoral de Béjar). 15. La Solana (Navalmoral de Béjar). 16. El Tranco del Diablo (Béjar). 17. Caelionico. 18. Montemayor. 19. El Cabezo del Castillo (Lagunilla). 20. Alto de los Palacios (Pinedas). 21. Cucurrito (Pinedas). 22. Los Rodales (Miranda del Castañar). 23. Cepeda. 24. Los Malvanes (Mogarraz). 25. Castil de Cabras (San Miguel de Valero). 26. La Corona (Rinconada de la Sierra). 27. La Mata del Castillo (La Bastida) 28. Las Navas (Los Santos) (C. Mateos).



Paralelos de lugares sagrados localizados en parajes aislados, sin relación aparente con otros de habitación, es el tan renombrado santuario de Peñalba de Villastar, considerado el centro cultural más importante del dios Lug en la Península Ibérica (Marco, 1986). La inscripción más importante de este complejo es la que alude a una peregrinación hasta la montaña del dios, porque confirma el carácter de santuario extraurbano y no de asentamiento de población del lugar (Olivares, 2002: 112). Para Untermann, la peregrinación a la que se deben los grafitos tuvo lugar hacia el cambio de Era y no duró más de una generación (1995c: 201). Recientemente, se le han asociados diversos asentamientos del entorno tales como “La Escondilla”, Vilel, “Alto Chacón” o Villaespesa (Alfayé, 2005: 230; Marco y Alfayé, 2008: 520).

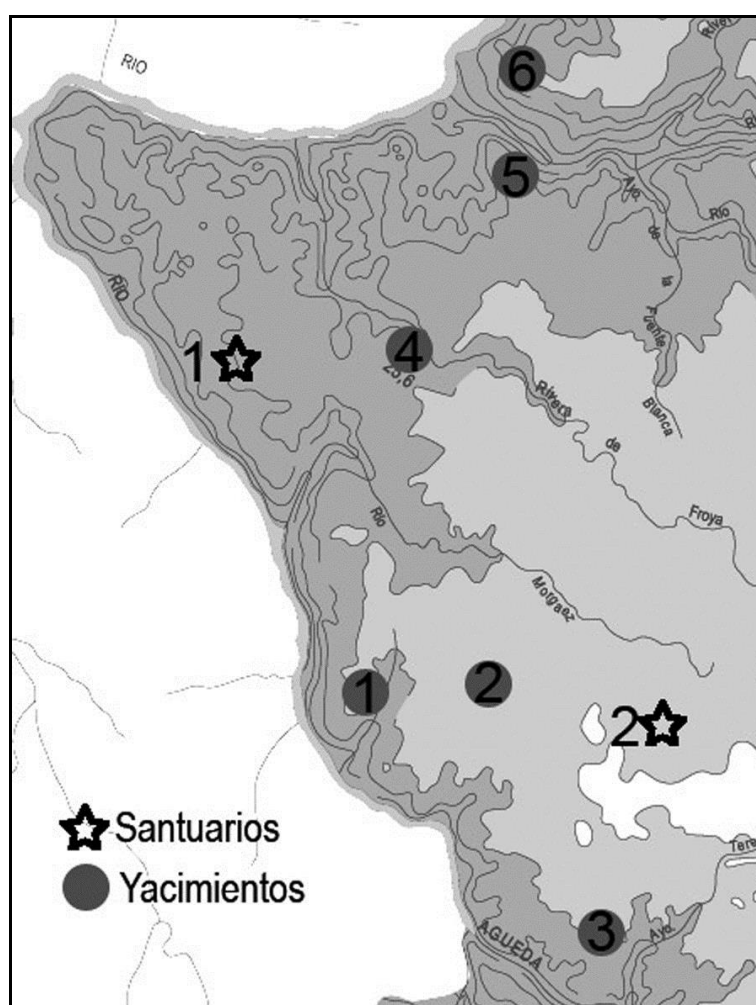


Figura 217: Mapa de dispersión santuarios extraurbanos 2: 1. “La Mesa de Los Curas” (La Fregeneda). 2. Peña del Perdón y Las Atalayas (La Redonda). Yacimientos: 1. La Comenera (Sobradillo). 2. Sobradillo. 3. Castelmoo (San Felices de Los Gallegos). 4. Valle Ancho (Hinojosa del Duero). 5. Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero). 6. Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero) (C. Mateos).

También se pueden citar los santuarios en cuevas, como el de La Griega (Segovia), de la que proceden un buen número de inscripciones votivas; entre ellas una dedicada a una divinidad indígena, *Nemedus Augustus*. La Cueva de San García (Santo Domingo de Silos, Burgos) también depuró una breve inscripción en caracteres ibéricos de difícil interpretación. En ambos caso no existen yacimientos de importancia en sus inmediaciones, por lo que los investigadores creen que los peregrinos acudirían desde distintos puntos del territorio circundante (Lorrio, 1997: 333, Alfayé, 2005: 231).

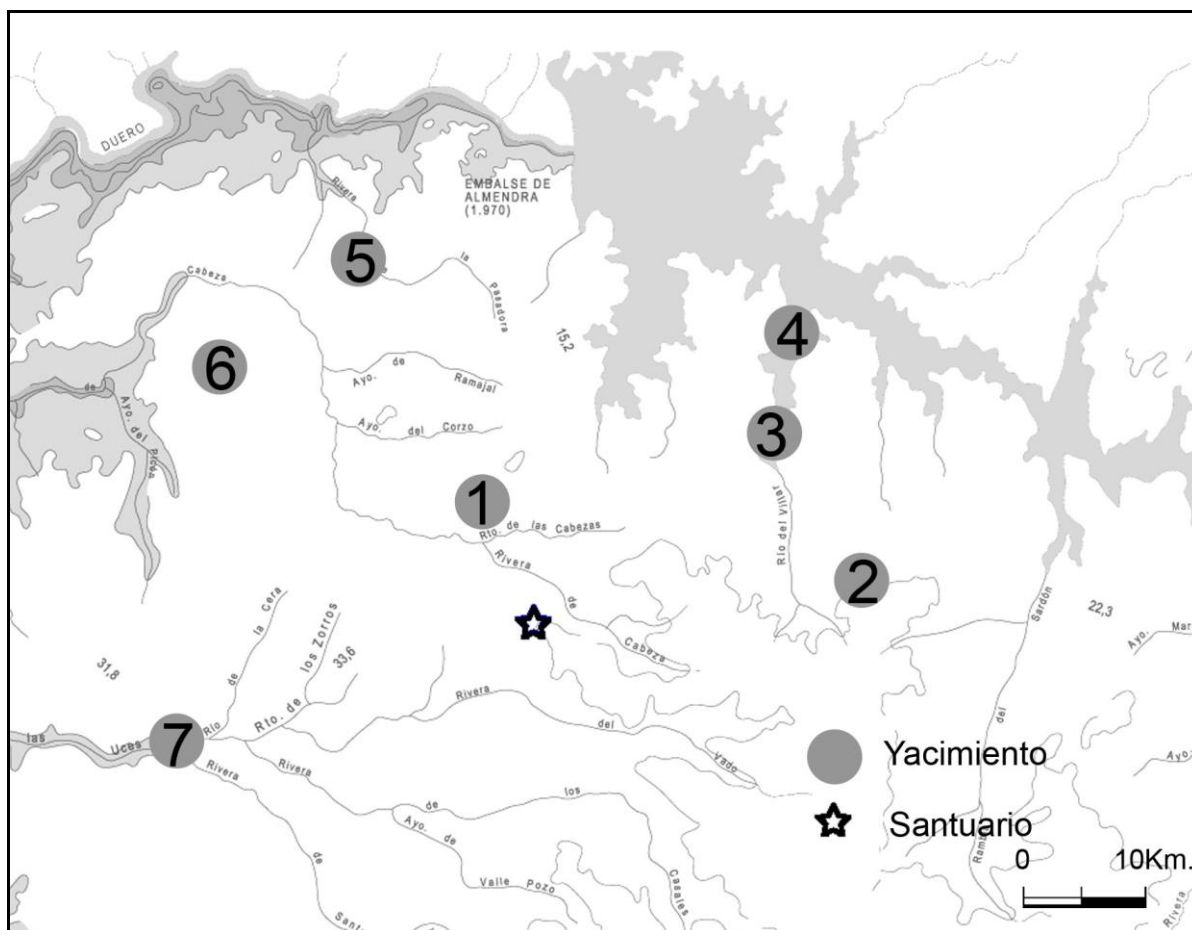


Figura 218: Mapa de dispersión santuarios extraurbanos 3: La Peña de Santa María (Iruelos). Yacimientos: 1. San Roque (Ahigal de Villarino). 2. Teso del Santo (Gejo). 3. El Castrejón (Monleras). 4. El Castillo (Monleras). 5. Peña de Castro (Framontanos). 6. Cerro Muriano (Framontanos). 7. Las Uces (C. Mateos).

Por último, se mencionarán los santuarios *vettones* de El Trampal. Alcuéscar (Cáceres) y de Postoloboso (Candeleda, Ávila) en donde se veneraba a los dioses *Ataecina* y *Vaelicus*, respectivamente. Sánchez Moreno identificó la procedencia de sus devotos sobretudo de los hábitats circundantes, la zona de *Turgalium* para *Ataecina* y el Valle del Tiétar-Vera para *Vaelicus*. Así mismo los practicantes del culto a *Endovelicus* en Alondroal (Alentejo) también procederían de las comunidades asentadas en el territorio circundante (1997: 135). Por lo que se refiere al posible santuario de Gastiburu se ha puesto en relación con un territorio controlado por el oppidum de

Marueza en el que se han identificado al menos cuatro castros menores. Teniendo en cuenta las gradas de este santuario, se ha interpretado como lugar de reunión (Valdés, 2005-06: 335), por tanto cabe la posibilidad de un peregrinaje de los pobladores de los castros mencionados a este enclave religioso. Por último citar el recién descubierto en La Peña del Moral (Villarejo de Medina, Guadalajara), en cuyo entorno se encuentra un poblado celtibérico en Valdeherrereros, con el que podría tener relación, ya que en el santuario no se han efectuado hallazgos arqueológicos que indiquen la ocupación del emplazamiento de forma estable (Martínez y Martínez, 2010: 42-43).

## 5. D. Hallazgos rituales

Aparte de estos lugares sagrados, se han incorporado a este capítulo una serie de hallazgos debido a su carácter ritual (Macarro, 1999; Alario *et al.*, 1998c). El primero procede del Cerro San Vicente (Salamanca). Se trata de un depósito situado dentro de una estructura oval de lajas de pizarra de tamaño medio y grande, a modo de santuario. Se encontró a unos cuatro metros de distancia del primer tramo de muralla (Macarro, 1999: 48). El segundo hallazgo se produjo debajo de una casa excavada en el Teso de Las Catedrales (Salamanca), donde se constató un posible rito de fundación consistente en un enterramiento de un ovicáprido, fechado por los investigadores en el S. III-II a. C. (Alario *et al.*, 1998c)<sup>76</sup>. De hecho, depósitos con una estructura similar se han encontrado en el poblado vacceo de *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 125ss). El depósito del Cerro San Vicente consistía en diversos fragmentos de cerámica hecha a mano, una fusayola sin orificio y restos óseos pertenecientes a varias especies como son el caballo, el cerdo, la vaca, ovicápridos, conejo/liebre y el ciervo. Según Macarro, la construcción y el relleno son semejantes a algunas tumbas de incineración encontradas en contextos celtibéricos de otros yacimientos (Cerdeño y García, 1990: 85-91). No obstante, puede ser una ofrenda ritual, cuyos restos óseos hubieran sido depositados tras su sacrificio, tal vez a modo de depósito fundacional u ofrenda. El estudio de la fauna y los pólenes indica que, en el poblado inicial instalado en el Cerro San Vicente, la actividad principal era la ganadería, completando el aporte cárnico con piezas de caza (Benet, 2001: 19). Así los animales depositados pueden corresponderse con este tipo de economía pecuaria. Esta diferenciación de rituales, dependiendo de la economía predominante, ha sido defendida por Cunliffe a partir de diferentes depósitos, encontrados en asentamientos irlandeses y escoceses. Unos se han asociado con una economía agrícola por contener gran cantidad de semillas. Otros han sido asimilados a una ganadera, por estar formados por animales o por productos derivados de ellos, como la mantequilla (1997: 197).

## 5. E. Consideraciones sobre los santuarios

Antes de empezar con este apartado, hay que aclarar que continuamente se hará referencia al mundo indoeuropeo, y más concretamente al celta; tanto para encontrar paralelos como para apoyar

---

<sup>76</sup> En ambos casos los datos están extraídos de informes inéditos y has ido imposible ponerse en contacto con los investigadores para pedirles permiso para utilizar las imágenes que existieran de los depósitos.

las hipótesis sobre estos lugares sagrados. El motivo no es otro que el hecho de que las poblaciones que habitan esta zona, durante el Bronce y el Hierro I, se consideran “protoceltas” pues sus raíces proceden tanto del Bronce Atlántico como de la Cultura de los Campos de Umas, siguiendo las pautas definidas por Lorrio y Ruiz Zapatero para caracterizar la celticidad hispana (2005). Así mismo, durante el Hierro II se produce una “receltización” con la expansión del mundo celtibérico (Almagro-Gorbea, 2008: 45ss.). Por otra parte, otros investigadores creen que la religión de los pobladores prerromanos del NO peninsular es aparentemente céltica (Olivares, 2002: 258; Alfayé, 2009).

El primer tema que queremos comentar es la presencia de cazoletas en la gran mayoría de los complejos descritos. La presencia de este elemento está documentada en diferentes momentos de la Historia, desde monumentos megalíticos hasta abrigos o roquedos medievales o modernos, bien de forma individual y/o aislados, agrupados o formando paneles simbólicos junto con otros grabados. Así su clasificación e identificación cronológica dependerá de su aparición junto a otros símbolos o elementos clasificables tipológica, estilística o cronológicamente (Royo y Gómez, 2005-06). Por ende, las cazoletas de Yecla de Yeltes mencionadas en el capítulo correspondiente, las de los verracos y las aparecidas en los santuarios del Picón de la Mora o las Yegüerizas podrían fecharse en la Edad del Hierro como sucede con los hallazgos de los abrigos de la Sierra de Albarracín, La Cueva de Las Cazoletas (Royo y Gómez, 2005-06: 307), los castros gallegos (Santos, 2005: 7) o en la estela del poblado de El Cabo de Andorra (Teruel) cuyo contexto estratigráfico permite datarla entre los siglos V y VI a. C. (Royo, 2004: 134). El resto de las cazoletas podrían haber sido o no talladas durante este período, ya que no hay material asociado que lo certifique, pero como se explicará más adelante sí podrían haber formado parte de los ritos de las sociedades del Hierro. Respecto a su posible talla en época medieval o moderna, no parecen responder a los parámetros que Royo y Gómez establecieron en Teruel. Allí, las cazoletas documentadas en yacimientos correspondientes a estos períodos o bien estaban aisladas o bien formaban motivos más complejos identificados con juegos (2005-06: 307). Los santuarios rupestres localizados en el territorio estudiado son 19, de los que 16 han sido asociado a yacimientos “ceranos” con clara datación en la Edad del Hierro (Benito *et al.*, 2003: 51; Mateos *et al.*, 2005-06: 161ss.). Esto no quiere decir que se adscriban a esta etapa exclusivamente. Es factible que se acudiera a ellos en etapas anteriores, continuando su uso hasta época medieval e incluso, indirectamente, hasta la actualidad, como se deduce de la presencia de ermitas y cruces grabadas en muchos de estos parajes. Como ya se ha visto, en Las Yegüerizas, el material aparecido remonta el santuario a la Edad del Hierro (Grande, 1987: 133), lo que no excluye que fuera lugar de culto en épocas anteriores. De hecho, el santuario rupestre de El Castillo (Vilvestre, Salamanca) que se ha podido asociar a poblados calcolíticos, compartiría con Las Yegüerizas las mismas características (Benito *et al.*, 2003a: 351ss.). Así mismo, existe un buen ejemplo de continuidad de uso de un mismo espacio en el tiempo, el santuario de Molino de Manzániz (Alconchel-Cheles, Badajoz).

El segundo apunte es que no parece descabellada su identificación como santuarios rupestres relacionados con el culto a las aguas o, al menos, con algún tipo de ritual donde los elementos líquidos,



como la sangre de sacrificios, jugasen un papel fundamental. Esta idea se deduce del propio diseño de los complejos sacros, en donde se conducirían líquidos, agua de lluvia o libaciones<sup>77</sup>, desde las piscinas circulares, por medio de regueras, hacia el subsuelo. En el caso del Picón de la Mora, las regueras conducirían los líquidos, por medio de los canales, hacia la covacha meridional con las cazoletas en el techo (Mateos *et al.*, 2005-06: 165). Además la orientación de la mayoría de los conjuntos, como se ha ido viendo, suele ser hacia el río, reforzando la relación permanente con el líquido elemento. Esta hipótesis se basa en gran medida en el carácter naturalista de las sociedades prerromanas (Salinas, 1985: 311; Sánchez, 1997: 130; Green, 1997: 24). Las creencias de estas sociedades giran en torno a la naturaleza, al tratarse de comunidades de carácter rural. Por tanto sus sistemas religiosos se centran en los seres que habitan su entorno inmediato, sus campos, sus bosques, sus ríos... Creían en dioses pero no tenían una concepción mediterránea, un dios humanizado, sino que los espíritus habitaban dentro de cada elemento. Es decir, no existía el dios del trueno sino que el trueno era el dios mismo (Green, 1997: 24). Esta concepción cambió a raíz de la conquista romana, que traerá consigo:

- “La humanización de los dioses”, lo cual se puede ver en la iconografía de época romana (Powell, 1958: 163 y 153; Cunliffe, 1997: 187; Green, 1997: 96 y 132)
- La expresión por escrito de sus nombres, como demuestra la epigrafía de la misma época (Powell, 1958: 147 y 154; Green, 1997: 114; Hernández, 2001: 13ss.; Alfayé, 2005: 230)

El carácter naturalista de la religión explicaría que no sólo se construyeran estructuras que delimitasen un espacio sagrado, sino que también se señalizaran con árboles, lagos, fuentes, bosques y rocas con características especiales en medio de un paraje singular, como es el caso del territorio en estudio (Powell, 1958; Laing, 1979: 86; Blázquez, 1982 y 1983: 229; Elenree, 1992; Jane, 1995; Bell, 1996: 156-157; Webster, 1996: 445-464; Cunliffe, 1997; Hidalgo Cuñarro, 1997; Marco, 1999;...). Además, hay que señalar que la ausencia de estructuras en lugares sagrados también se ha documentado en el mundo íbero, por ejemplo en la Bastetania. Aquí, en zonas de gran visibilidad, se ha constatado despeñaderos en donde se han recuperado materiales cerámicos rituales (Sánchez, 2005: 70). En el NO peninsular, hasta el momento, la bibliografía consultada también remite a recintos religiosos no monumentales (Blázquez, 1983; Lorrio, 1997; Álvarez-Sanchís, 1999; Benito, 2003; Mateos *et al.*, 2005-06). No obstante, existe una corriente escéptica que rechaza estos lugares como espacios religiosos porque carecen de la monumentalidad y riqueza que se les presupone tan sólo por su carácter (Bonet y Mata, 1997: 115); sin embargo hasta qué punto se puede equiparar la concepción de monumentalidad de la sociedad romana e incluso la nuestra propia con la de estas sociedades. De hecho, en la actualidad las sociedades indígenas de África o del Amazonas, no occidentalizadas, no tienen los mismos parámetros que nuestra cultura a la hora de medir riquezas o monumentalidad. Por

---

<sup>77</sup> La realización de libaciones sobre rocas simbólicas es atestiguada por Estrabón en *Hispania* e incluso las calificada como “costumbres ancestrales” (Geogr., III, 4, 18).

tanto, cabe la posibilidad de que las poblaciones prerromanas consideraran los berrocales graníticos o las estructuras perecederas entorno a ellas lo “suficientemente monumentales” como lugares sacros.

Centrándose en ese carácter primitivo de la religión, hay que decir que los santuarios aquí presentados se localizan en áreas donde es frecuente encontrar encinares, robledales o castañares, paisajes que los pocos análisis polínicos realizados demuestran que no han cambiado en lo que a su composición se refiere (Sánchez *et al.*, 2001a: 22; Benet, 2001; Blasco, 2008: 132). Las fuentes clásicas asocian continuamente estos lugares con sitios sagrados para los pueblos galos, britanos y celtíberos. Lucano, en su *Farsalia*, hace referencia a un bosquecillo sagrado en Marsella, talado por el ejército de César en el siglo I a. C.: “Los leñadores llegaron hasta un antiguo bosquecillo sagrado. Sus ramas entrelazadas rodeaban un frío espacio central en el que nunca brillaba el sol, pero donde abundante agua manaba de oscuros manantiales... los dioses bárbaros que aquí eran adorados tenían sus altares... Nadie se atrevía a entrar en este bosquecillo excepto el sacerdote...”. (*Fars.*, Libro III)

Del mismo modo, Tácito (*Ann.*, XIV, 29) hace referencia a uno en Anglesey. Aquí se han encontrado ofrendas votivas, datadas entre los siglos II a. C. y I d. C., cerca de un área, que forma parte del lago Llyn Cerring Bach (Powell, 1958: 178; Green, 1996: 471). Estrabón habla del bosque de *Drunemeton*, en Asia Menor (*Geogr.*, XII, 5, 1). Plinio (*Nat. Hist.* XVI, 249-251), recoge el ritual realizado en un encinar sagrado de La Galia. Marcial (*Epigr.*, I, 49, 5-6), menciona el *sancrum Uadaueronen montibus*, quizás la Sierra del Madero, al Este de Numancia, y en la misma línea alude a un bosque sagrado cerca de *Bílbilis*, el *sanctum Buradonis ilicetum* (*Epigr.*, IV, 55, 23). Por otro lado, la documentación medieval habla de la pervivencia de este tipo de cultos; así el documento *De Correctione Rusticorum* prohíbe, a principios de La Edad Media, el culto pagano a los elementos naturales en el área galaica bracarense (Blázquez, 2001: 176). En la misma línea, los historiadores religiosos de época visigoda denominaban a los campesinos que moraban en las inmediaciones de Castelmao, paganos, y se lamentaban de que seguían practicando su religión pagana, como encender velas en los árboles y realizar ofrendas a las fuentes o a los ríos (Ferreira y Sevillano, 1999: 21). Por otra parte, el sufijo *nemeton*, cuyo significado para galos y britanos sería “espacio sagrado”, se identifica constantemente con bosques. Se puede encontrar en lugares que formaron parte del paisaje celta como por ejemplo *Vernemeton* (Inglaterra), *Nemetobriga* (Galicia), *Nemetacum* (La Galia) o *Medionemeton* (Escocia) (Powell, 1958: 16; Herm, 1976: 131; Jane, 1995: 57; Cunliffe, 1997: 198; Fernández Albalat, 1990: 278; Blázquez, 2001: 176; Pons, 2010: 66).

La divinización de la forestas se observa también en que algunos árboles, como el tejo, que fueron venerados por pueblos prerromanos de la antigüedad, formando parte de algunos de sus rituales. Por Silo Itálico (*Pun.*, III, 326-331)<sup>78</sup>, Floro (*Epit.*, II, 33, 50)<sup>79</sup>, Plinio (*Nat. Hist.*, XVI, 1) y San

<sup>78</sup> “El cántabro... Cuando la inútil edad senil comienza a encanecerle, pone fin a sus años, ya no aptos para la guerra, envenenándose con el tejo”.

<sup>79</sup> “En último lugar, el asedio del Monte Medulio, al que rodeaba unas quince millas sin interrupción, vigilado constantemente por la presencia de soldados romanos. Cuando los bárbaros se dieron cuenta de su extrema situación a porfía se

Isidoro de Sevilla<sup>80</sup> se sabe que se suicidaban con veneno extraído de las hojas de este árbol, pues preferían la muerte a ser esclavizados, y de igual forma sacrificaban a los ancianos no aptos para la guerra. Arqueológicamente, se ha podido documentar una posible arboleda sagrada cerca del santuario de Bath, que fue destruida por una calzada romana en el 43 d. C. y repoblada, veinte años después, tras asociar este lugar a la diosa romana Minerva (Cunliffe, 1997: 198). Blázquez planteó la posibilidad de que rituales religiosos se pudieron realizar en los encinares de la Península Ibérica (1982: 9). Así mismo, se puede considerar como un bosque sagrado el santuario a Diana en *Segobriga*, que aún fechado en el cambio de Era, parece ser anterior (Lorrio, 1997: 329). Una lápida recogida en Mieres, en territorio astur, está dedicada al dios *Nimmedus Aseddiagus*, relacionándose con un *nemetón*; lo único que quedaría de este espacio sacro sería la inscripción de época romana, durante la cual se habría producido una humanización del sitio y éste pasaría a convertirse en una deidad (Marco 2002: 46- 47, Green 2001: 75- 77).

Por último, este culto a los árboles subyace en nuestra cultura popular, como demuestra en el nombre de algunas vírgenes actuales, tales como Nuestra Señora del Castañar, a la que se rinde culto en la villa de Miranda del Castañar (Salamanca). Este pueblo es conocido entre la población salmantina por sus bosques de castaños milenarios. Esta identificación entre vírgenes y lugares sacros paganos podría estar en relación, siguiendo la teoría de Roque, con las *matres* celtas (1990: 59ss.). Se trata de una asociación muy frecuente otros lugares como en el territorio celtibérico (Olivares, 2002-03: 212ss) o en el Oeste de Europa (Cunliffe, 1997: 199). De una forma u otra, en el fondo subyace la misma base: la concepción religiosa de los pueblos prerromanos.

Por ejemplo, hasta hace unos pocos años en algunos pueblos del Campo Charro árboles destacados estaban situados en la plaza de los mismos, como el álamo de Los Santos y los olmos de Monleón y del Endrinal (Grande, 1987: 150-151). De hecho, hasta el siglo XIV hay constancia de que el concejo se reunía entorno al olmo que había en La Plaza Mayor, costumbre cuyo origen podría remontarse a época prerromana (Sánchez y Segade, 1987: 8). También en otros territorios de la Península hasta hace poco tiempo era habitual celebrar los denominados concejos abiertos bajo árboles centenarios (las juntas de Trasmiera oficiaban sus reuniones en Hoz de Anero, en Ribamontán al Monte, bajo una gran encina que todavía existe). En palabras de Almagro “el análisis de algunas tradiciones de origen celta recientemente estudiadas como documentos históricos de la Hispania Celta ha puesto de relieve el gran potencial que encierran las tradiciones de origen prerromano conservadas en el folklore hispano, probablemente, uno de los más ricos y mejor conservados de Europa Occidental” (2007: 15). De ahí, que se haya tomado en consideración que la sacralidad de los árboles procede de una tradición anterior al Cristianismo.

---

*apresuraron a buscar la muerte en medio de banquetes, por el fuego, el hierro y el veneno, que allí se obtenía de los árboles llamados tejos, previa la operación de exprimir las piñatas cocidas. Así la mayor parte se libraron de la servidumbre que, a la sazón, se consideraba peor que la muerte para aquellos indómitos luchadores”*

<sup>80</sup> En sus Libros de Etimologías.

El carácter naturalista de esta religión también se puede apreciar en el hecho de que la mayor parte de los lugares mencionados se sitúan al aire libre, con un altar o una pequeña estructura de piedra para llevar a cabo los rituales, como se ha ido viendo. Este tipo de santuarios sólo se conocen en Portugal y España (Benito, 2003), ya que en el resto de Europa lo que se ha documentado son estructuras artificiales, como edificios de madera rodeados de fosos y con empalizadas de madera (Cunliffe, 1997: 197-208; Powell, 1958: 166-170), quizá porque no se han buscado o identificado. Su origen se puede rastrear desde la Edad del Bronce e incluso durante el Neolítico, en buena parte de Europa (Cunliffe, 1997: 208). Actualmente se ha identificado en el territorio celtibérico, en Otor (Peñalba de Villastar, Teruel), una posible estructura similar a las europeas. Aquí apareció una inscripción dedicada a Lug que menciona una estructura con techumbre. No existen evidencias arqueológicas, tan sólo algunos mechinales tallados en diversos tramos del farallón que pudieran identificarse con un modesto edificio religioso; aunque sí se han documentado oquedades en la roca, a veces comunicadas entre sí, en sus salientes, sobre la parte superior de la pared que se han relacionado con ritos sacrificiales y rituales de purificación (Lorrio, 1997: 329; Alfayé, 2005: 230).

Otro elemento que se puede asociar con ese carácter natural es el agua. Como ya se ha mencionado, la mayoría de los santuarios del territorio están cerca de una fuente de agua, ya sea un manantial o un río. Alfayé expone la posibilidad de que los depósitos votivos de Salvacañete (Cuenca) y “San Cabrás” (Soria) se puedan asociar a santuarios celtibéricos al aire libre, localizados en parajes elevados cercanos a puntos de agua y próximos a vías de comunicación (2005: 232). Por tanto, se trata de un hecho importante porque el agua se puede considerar bien como un elemento purificador o bien como el propio objeto de culto, o ambas a la vez (Fernández-Albalat, 1990: 306ss.; Blázquez y García, 1997: 108ss.; Sánchez, 1997: 129; Benito y Grande, 2000: 47-50). El agua como elemento purificador se evidencia en otras religiones como la cristiana, cuando se realiza el sacramento del bautismo, o en la judía, con los baños rituales antes de las bodas (Díaz, 1997: 433, Benito *et al.*, 2003: 226; Nm 8.7; 19.1- 10.20). También se llevaban a cabo ritos purificadores, que consistían en lavarse las manos o todo el cuerpo, antes de realizar ceremonias o entrar en los templos, como ocurría en la cultura egipcia (Orondo, 1995: 22).

Respecto al carácter sacro del agua, las divinidades celtas tienden a dividirse en dos grupos importantes, por un lado las asociadas al cielo y por otro las relacionadas con el agua. El culto a estas últimas se pueden rastrear tanto en España como en Centro Europa en los mismos lugares desde El Bronce Final hasta época romana, con los depósitos documentados en lagos, arroyos, ríos y pantanos (Blázquez y García, 1997: 105ss.). Así mismo, la aculturación de las poblaciones durante el período romano contribuyó a que el nombre de algunas de estas deidades acuáticas prerromanas no se perdiera, ya que o bien su culto continuó tras la romanización o bien se produjo un sincretismo entre ambas culturas (Green, 1997: 25; Sánchez Moreno, 1997: 135-137). Como consecuencia, se conoce el nombre del río Sena que era “Sequana” o que el río irlandés de *Boyne* recibe su nombre de la diosa Boand (García Fernández-Albalat, 1990: 307; Sánchez Moreno, 1997: 25;). Procedente del territorio



estudiado tenemos un ara consagrada a Las Aguas Eleteses (*vide infra*); dicho teónimo está formado, según Blázquez, sobre el nombre del río Yeltes (1975: 28). Otra diosa habría sido *Nabia/Navia*, muy difundida por el Noroeste peninsular, que se ha relacionado con el agua porque su nombre es frecuente en muchos hidrónimos (García Fernández-Albalat, 1986: 153). Otros dioses documentados gracia a la epigrafía tendrían más bien un carácter salutífero como son *Bormanicus* (Alvar, 2000), *Conventina* (Monteagudo, 1947); *Edovius* (Alvar 2000) o las ninfas, como en el caso de la otra ara salmantina procedente de Retortillo (Hernández, 2001: 19, nº8). Por último, cabe citar las deidades relacionadas con las fuentes como Lahus o Laha (García Fernández-Albalat, 1986: 148) o las ninfas mencionada en un ara de Orense (Blázquez, 1962: 190). Este carácter purificador o sacro es entendible en tanto el agua es imprescindible para poder vivir, sobretudo en una sociedad de carácter rural. No contaban con una tecnología similar a la de los romanos para represarla y distribuirla, por lo que es normal que se realizaran ritos con objeto de que no faltara, para dar gracias por su abundancia, para purificar a las personas,... Este tipo de ritos no es exclusivo de las religiones célticas sino que en otras culturas también se llevaba a cabo, como la egipcia, en la que se celebraba la crecida del Nilo cada año con una procesión religiosa y ofrendas, dando gracias a la inundación porque posibilitaba la fertilización de los campos (Schulz y Seidel eds., 1997: 453). También parece que los protosardos adoraban a las aguas por el carácter agrario de su economía (Lilliu, 1988: 567).

Otra interpretación del culto a las aguas está en relación con el Más Allá (García Fernández-Albalat, 1990; Sánchez Moreno, 1997: 131; Blázquez y García, 1997: 114). Fernández Albalat en su estudio sobre la relación entre religión y guerra expone que en el mundo de las creencias celtas la vinculación entre el agua y los dioses de la guerra se inscribe dentro del dogma sobre el Más Allá. Creían que el agua era una entrada al otro mundo y por tanto en ella moraban dioses vinculados con la muerte y por ende con la guerra. Este investigador cita diversas deidades tales como *Nabia* o la galesa *Aer* que se podrían vincular con la guerra y cuyos topónimos se pueden vincular a diferentes ríos (1990: 306ss.). En esta línea, una interpretación para la iconografía de las diademas de Mones (Piñola, Asturias) es que representa una apoteosis guerrera a través del tránsito acuático hacia el Más Allá, propia de la cultura celta (Blázquez y García, 1997: 114; Marco Simón, 1993: 477ss.).

Sea como fuere está claro que el agua tuvo connotaciones sagradas, bien como elemento de adoración en sí o bien como una cualidad de una o varias deidades. Así, la elección de un lugar en el que se encuentre un manantial o haya un río como sitio de culto no resulta extraño; es más a nuestro modo de ver, debe considerarse como un signo diferenciador. De hecho, existen otros santuarios hispanos, emplazados junto manantiales o aguas termales o cercanos a arroyos y ríos, como son Collado de los Jardines (Sierra Morena, Jaén), Cerro de los Santos (Albacete), Nuestra Señora de la Luz (Murcia) (Blázquez y García, 1997: 108), Postoloboso (Candeleda, Ávila) o el Trampal (Alcuéscar, Cáceres) (Sánchez Moreno, 1997: 135-136).

Dentro del bagaje de santuarios estudiados del territorio hay que tener en cuenta el conjunto de “La Peña del Perdón” y “Las Atalayas”. Ninguna corriente de agua importante se ha podido asociar a este grupo de peñas, por lo que cabe la posibilidad de que sea un lugar donde se llevaban a cabo otro tipo de ritos, como el de la adivinación por medio de los sacrificios de animales e incluso personas, como está documentado en otros lugares como en el santuario de Panoias (Sanz y Velasco, 2003: 125), cuya situación es similar a “Las Atalayas”. Se sabe que se realizaban este tipo de ritos por una de las inscripciones aparecidas, que describe los pasos que se seguían para el ritual: a las víctimas se les sacaban las entrañas y se quemaban en las oquedades cuadradas que había al lado, depositándose la sangre en otras similares (Blázquez, 1983: 234):

Así mismo, una pintura correspondiente a la Edad del Hierro y descubierta en Italia, en el valle de Camonica, muestra lo que parece ser una escena de un sacrificio humano (Green, 2005: 77). Por otra parte, el sacrificio de personas está citado en Hispania, precisamente entre los bletonenses, por Plutarco (*Quest. rom.*, 83): *“Enterándose de que los bárbaros llamados bletonenses habían sacrificado hombres a los dioses, llamaron a sus jefes para castigarlos. Pero, habiendo demostrado éstos haberlo hecho según una ley, los dejaron en libertad aunque prohibiéndoselo para lo sucesivo”*.

Estrabón (*Geogr.*, III, 3, 7) asocia este rito específico con los lusitanos y los pueblos del norte y Livio (*Per.*, 49) cuenta que los pactos se sellaban con sacrificio de hombres y de caballos. El empleo de animales en prácticas funerarias y en celebraciones simbólicas de carácter mágico-religiosas queda atestiguado por los ya mencionados sacrificios de perros, gatos, ovejas y cerdos descubiertos en *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 125ss) o por los restos faunísticos de los santuarios del mundo céltico como Ribemont-sur-Ancre, Thaon (Gabaldón, 2003: 224) o la cueva de Byciskala (Bohemia) (Green, 1997: 84).

De forma complementaria a su vinculación a corrientes de agua contamos dentro del área de este estudio con un caso en el que se documenta además la relación con fenómenos astrales, caso del Picón de la Mora. Como ya se ha señalado este complejo se dispone hacia el suroeste, en dirección al río Huebra, divisándose desde el mismo una vista grandiosa sobre el marcado meandro dibuja el río en esta zona y su confluencia con el arroyo de La Robofa. Especialmente significativa es la posición dentro del conjunto de la pileta subrectangular de la primera roca, dispuesta hacia el poniente en el Solsticio de Invierno. Diversas visitas realizadas al yacimiento en esta fecha señalada han permitido comprobar como esta situación, evidentemente intencionada, hace que durante la puesta del sol sus rayos incidan directamente sobre los elementos tallados (Fig. 219 y 220).

Este hecho nos lleva inevitablemente a relacionarlo con otros complejos sacros del territorio vetón, en los que la orientación hacia la puesta del sol en fechas señaladas se ha puesto de manifiesto. En este sentido resulta especialmente significativo el caso de las estelas funerarias de la necrópolis de La Osera, asociada al castro abulense de La Mesa de Miranda, que se han puesto en relación con un calendario solar que marcaría la salida y puesta del sol en el horizonte en el Solsticio

de Invierno, así como la salida del sol en el solsticio de verano, coincidiendo con las fechas de las principales festividades célticas conocidas por las fuentes literarias (Baquedano y Escorza, 2008: 310-322). La misma situación se repite en el santuario rupestre del castro de Ulaca, en el que el sol se proyecta sobre los elementos tallados (Fabián, 2010: 234). Este último comparte con el Picón de la Mora su concepción mediante oquedades talladas en la roca a distintas alturas y comunicadas entre sí, relacionándose tradicionalmente con algún tipo de culto a las aguas, idea ésta que parece reforzar su relación en la práctica totalidad de los santuarios de esta tipología conocidos en el Occidente de la Meseta con cursos de agua. Esta idea se deduce del propio diseño de estos complejos, destinados a conducir líquidos, agua de lluvia o libaciones, o tal vez otros elementos líquidos como la sangre de sacrificios, que en el caso del santuario del Picón de la Mora serían conducidos desde la pileta subrectangular de la primera roca y desde las oquedades circulares de las rocas restantes, hacia el subsuelo, y por medio de los canales hacia la boca del santuario, orientada hacia la ladera que cae hasta el río Huebra (Mateos *et al.*, 2005-06)

A modo de apreciación final, hay que tener muy en cuenta el hecho de que muchos de los parajes mencionados están situados en lugares donde hubo o existen ermitas, e incluso romerías o tradiciones relacionadas con dichos lugares, que se remontan a la Edad Media. Estas tradiciones se han transmitido normalmente de forma oral, si bien en ocasiones se conservan referencias a las mismas en documentos medievales (Grande, 1987; Palacios, 2001; Rubio, 2001). Dichos parajes son una pervivencia de las religiones antiguas (Roque, 1990: 59). La construcción de ermitas en ellos era una forma de cristianizar estos lugares de culto pagano, ya que es más sencilla la adopción de una nueva religión si esta no modifica mucho las costumbres y los lugares de culto.

Por otra parte, se conocen muchas leyendas populares que coinciden en cómo se construyeron las ermitas: a raíz de encontrar la imagen de una virgen en el lugar. En Salamanca se puede citar el caso de Las Yegüerizas o el entorno de Los Santos (Grande, 1987: 64, 129 y 149). Curiosamente, dichos lugares coinciden con muchos santuarios rupestres. Por tanto, estamos ante esa asociación de vírgenes con lugares paganos que ya se ha mencionado anteriormente. Dicha “aparición” pudo usarse, en nuestra opinión, para la total integración al cristianismo de gentes, que durante los primeros siglos de la Edad Media continuaban con ritos paganos, que escapaban al control eclesiástico. Otro ejemplo de ermita en parajes paganos lo encontramos en *Bilbilis*, donde una iglesia en honor a Santa Bárbara fue erigida en el sector religioso principal de la ciudad (Martín Bueno, 1975: 143). Otra fue construida en San Miguel de Mota (Évora, Portugal) en honor a este santo, en cuyo emplazamiento se ha documentado un santuario dedicado a Endovélico (Benito *et al.*, 2003b: 179ss.). Así mismo el santuario de Postoloboso (Candeleda, Ávila) estuvo dedicado al dios *Vaelicus*, como se deduce de la aparición de una veintena de estelas dedicadas a dicha divinidad, levantándose en época cristiana una ermita en honor a San Bernardo (López, 1989: 14). Una ermita a San Pedro, hoy desaparecida, fue erigida en las proximidades del santuario celtibérico de La Cueva de Las Cazoletas (Royo y Gómez, 2005-06: 316).

Un último punto a mencionar es la existencia de unas improntas que recuerdan a huellas de pies y manos, documentadas en los santuarios como son La Peña de Santa María, el Teso de San Cristóbal o La Dehesa de Aldeavieja (Benito y Grande, 1994 y 2000). No se trata de un elemento presente en todos los lugares y se han puesto en relación con el poder taumatúrgico del contacto de unas y otras sobre la roca sagrada. Su simbolismo mágico-religioso está atestiguado en la Antigüedad, siendo consideradas como un reflejo del poder y de la personalidad individual. El acto de la imposición de manos propiciaba la restauración del equilibrio entre fuerzas contrapuestas, devolviendo al afectado las energías deterioradas o perdidas (Benito y Grande, 1994a: 128-129).

Por tanto y a modo de conclusión se puede decir que todos los lugares mencionados en este apartado parecen participar de las mismas características de los santuarios citados en las fuentes clásicas para celtas, germanos y otros pueblos occidentales (César *B.G.* 6, 13 y 16; Tácito *Germ.* 9; Estrabón, *Geogr.*, III.1.4; Marcial, *Epigr.*, IV, 55, 23; Lucano, *Fars.*; Tácito *Ann.* XIV, 30) y de las observadas por otros investigadores en otros santuarios que han aportado más vestigios arqueológicos en Hispania y en Europa (Powell, 1958; Blázquez, 1982; Jiménez, 1982; Lucas Pellicer, 1983; Fernández-Albalat, 1990; Eluere, 1992; Benito y Grande, 1994 y 2000; Jane, 1995; Cunliffe, 1997; Blázquez y García, 1997; Olivares, 2002; Alfayé, 2005; Mateos *et al.*, 2005-06...). El factor de la Naturaleza expresada en arroyos, rocas y bosques es una constante que permite entender estos santuarios rupestres del Campo Charro.

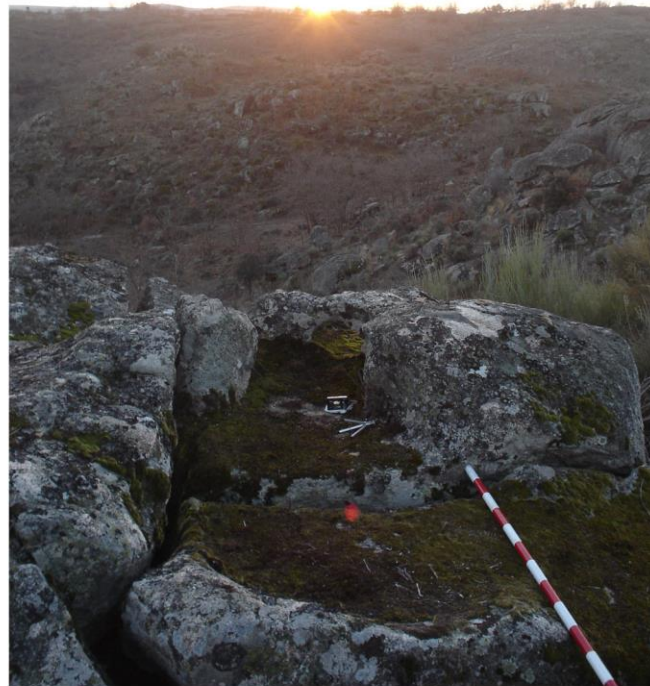
## 6. CONCLUSIONES

El análisis de la evolución y organización del poblamiento partía de la premisa de que desde el Bronce Final, se ha constatado en otros territorios un proceso de creciente jerarquización entre los asentamientos, quedando unos núcleos subordinados a otros, complicándose paulatinamente las formas de organización territorial (Rodríguez, 1993 y 1996; Sanz *et al.*, 1994; Collis, 1996; Chapa y Belén, 1997; González, 2005: 145ss.; Esparza y Blanco, 2008: 90; Álvarez-Sanchís, Ruiz Zapatero *et al.*, 2008: 339 y 342; Celestino *et al.*, 2009: 204ss.). La hipótesis, comprobada en este trabajo, ha establecido una serie de poblados con un carácter secundario, subordinados a otros, siendo estos últimos los considerados como los vertebradores de la región. No obstante, el modelo de poblamiento propuesto se circunscribe, principalmente, a la segunda fase del Hierro debido a los problemas que se han mencionado respecto a la adscripción cronológica de los yacimientos del Bronce Final/Hierro I. Así, el modelo propuesto para este período sólo identifica dos posibles yacimientos principales La Mesa del Carpio Bernardo y el Cerro San Vicente (Salamanca), a los que se subordinarían una serie de hábitats que se caracterizarían por su menor tamaño y por estar situados en zonas llanas y en las vegas del río Tormes; dichos lugares parecen ser que fueron temporales como demostró la excavación de La Aceña (Huertas) (Sanz *et al.*, 1994).





1



2

Figura 219: Santuario rupestre del Picón de la Mora. 1. Desembocadura del canal principal. La foto muestra como inciden los rayos del sol durante el Solsticio de Invierno. 2. Comienzo de la puesta de sol. (Fotografías de la autora, Diciembre, 2007)



Figura 220: Santuario rupestre del Picón de la Mora Diferentes momentos del Solsticio Sobre la Roca "b".  
(Fotografías de la autora, Diciembre, 2007)

Este posible carácter temporal de los yacimientos en zonas de crecida de los ríos y la falta de excavaciones supone un problema que abre múltiples interrogantes de difícil respuesta en el estado actual en que se encuentra nuestro conocimiento sobre estos poblados. Por ello desconocemos hasta qué punto estos asentamientos funcionaron al mismo tiempo o, si por el contrario, su población se desplazaría entre ellos, de modo que los poblados, aunque de carácter secundario, no serían contemporáneos en su ocupación. Poco más se ha podido deducir de esta etapa en lo que a organización del territorio se refiere, aunque en otras regiones se ha propuesto un modelo similar como por ejemplo en el valle de Henares (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano, 1980: 11), en Ávila (Rodríguez, 1993; 1996), en Palencia o en Valladolid (Abarquero, 1997).

Las características comunes de los yacimientos principales observadas durante esta etapa consisten en un emplazamiento en alto, una gran visibilidad sobre el terreno y una mayor extensión que los secundarios. La principal diferencia entre los dos hábitats nucleares mencionados radica en que el Cerro San Vicente estuvo amurallado mientras que La Mesa de Carpio Bernardo no, pero el material parece indicar que ambos no son contemporáneos y, a falta de excavaciones en el segundo, el material de superficie parece apuntar su final en el Bronce Final mientras que el primero parece que tendría su origen en esta fase, perdurando durante el Hierro I, momento al que quizá haya que adscribir la construcción del lienzo amurallado. A raíz de estas características, comprobamos que existen una serie de yacimientos de esta etapa que cuentan con una muralla como son Castil de Cabras (San Miguel de Valero), La Corvera (Navamoral de Béjar), Cancho Enamorado (Puente Congosto) y El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo. No se han podido establecer posibles poblados secundarios, como en el caso de El Cerro de San Vicente, pero el hecho de que la comunidad construyera un muro indicaría que se tratan de asentamientos estables, desde donde moverse para explotar los recursos críticos del entorno.

Por el contrario, los datos sobre la II Edad del Hierro son un poco más claros. El estudio realizado fraguó en un hipotético mapa del territorio durante el Hierro II, en donde se tuvieron en cuenta diversos parámetros tales como los castros identificados como *vico* o *municipia* en época romana, los vestigios arqueológicos, las fuentes clásicas, la existencia o no de sistemas defensivos y su “monumentalidad”, la presencia de verracos, la extensión de los hábitats o la visibilidad sobre el terreno. Así, se observa que el N y NE del territorio estaría muy poco poblado, centrándose los yacimientos en torno a cuatro enclaves Salamanca, Alba de Tormes, Los Ocueros (Alaraz) y El Castillo (Forfoleda). El número de poblados secundarios es muy variable, aunque seguramente este fenómeno esté relacionado con las diferencias existentes en cuanto a las prospecciones realizadas en estos territorios. Así, alrededor de Salamanca se han documentado numerosos enclaves mientras que en torno a los otros tres yacimientos tan sólo se han identificado uno o dos e incluso ninguno como en el caso de El Castillo. La extensión de los castros primarios oscila entre las 20 ha de Salamanca y las casi 5 ha de Los Ocueros mientras que en los secundarios se sitúa entre las 0,80 y las 4 ha. Así mismo, se aprecian importantes vacíos poblacionales en algunos sectores como La Armuña, las Tierras

de Alba y el Campo de Peñaranda que, sin embargo, presentan un mayor índice de ocupación en época del Hierro I, romana y altomedieval (Piñel, 1980; Benet, 1998: 325; IACyL; Aguilar, 2006; Sánchez, 2007). Como ya se ha señalado esta escasez pudo responder a varios motivos. Como por ejemplo las características orográficas y geográficas, que no se corresponden con los patrones elegidos para el asentamiento existentes en el Hierro II; o el carácter fronterizo de esta área, al tratarse de una zona limítrofe entre dos facies culturales, vacceos y vettones (Álvarez-Sanchís y Sánchez-Zapatero, 2002: 270); quizá una tierra de nadie para evitar conflictos. Las prospecciones en el Campo de Ledesma han dejado más interrogantes que soluciones y tan sólo se han podido entrever dos posibles enclaves dominantes: El Teso del Santo (Santiz) y Ledesma; y una serie de poblaciones secundarias, como por ejemplo el Teso Santa Olalla (Palacios del Arzobispo), el Teso de la Higuera (La Mata de Ledesma) o El Cañedo (Ledesma) cuya adscripción cronológica es dudosa. Al sur de Ledesma se localizan una serie de hábitat prerromanos también indeterminados que no aportan una información fiable.

La zona occidental del área en estudio (Campo de Vitigudino, Campo de Yeltes, Las Arribes, Abadengo, Campo de Azaba y Campo de Argañán) se caracteriza por la abundancia de tierras propicias para la ganadería y por la gran cantidad de afloramientos de mineral de hierro y estaño. Ambas premisas son factores fundamentales para explicar el enclave de muchos castros, ya que les reportarían grandes riquezas, que se traducirían en el prestigio de los habitantes de dichos castros y en poder sobre el resto de los poblados. La protección de las cabezas de ganado y del mineral extraído, explicaría el hecho de que muchos castros secundarios cuenten con una muralla tan potente como la construida para los dominantes, aunque sin llegar a su monumentalidad. El tamaño de los poblados primarios tales como El Castillo de Saldeana, Yecla de Yeltes, Las Merchanas (Lumbrerales) o Las Uces, es menor que en la penillanura, con una media de entre 4 y 5 Ha.; mientras que los secundarios, tales como Casa Quiquín (Barruecopardo) o Los Terrizos (Villasbuenas), suelen tener una media de 1 a 2 Ha.

Las superficies de los castros dominantes en la zona SO (Campo de Azaba y Campo de Argañán) oscilan entre las 5 y 13 ha. mientras que los poblados secundarios estarían entre las 1,15 y 1,95 ha. Esta comarca se caracteriza por un número muy bajo de yacimientos adscritos al Hierro II, aunque si con muchos cuya cronología sería “posible Hierro II” (IACyL), tales como Los Frailes (Villar de Argañán) o El Tapao del Campo Santo (Alameda de Gardón), o romano-republicano, como por ejemplos Valle Gutiérrez o Martiago (Cruz y Alonso, 2001-02a: 69), sin que se haya podido comprobar si esta referencia se debe realmente a que se trate de asentamientos creados en esa época por Roma o por el contrario son poblaciones indígenas romanizadas. Así de la mayoría de los castros identificados con seguridad dentro de la Edad del Hierro, ninguno respondería a la categoría de secundarios sin amurallamiento y/o en llano sino que responden en su mayoría a castro principales como puede ser Lerilla (Zamarra), La Plaza (Gallegos de Argañán) o Irueña (Fuenteguinaldo).



La monumentalidad del sistema defensivo documentado hasta el momento no ha sido un factor clave para señalar los posibles castros dominantes en las sierras de Francia y de Béjar. Tan poco se cuenta, hasta el momento, con inscripciones de época romana que indiquen posibles poblados principales como ocurre en otros casos del territorio, con la presencia de los términos augustales. Por tanto los parámetros a los que recurrió fueron la presencia de verracos, a las características del enclave y a la comparación con el estudio del valle del Ambles de Álvarez- Sanchís (1999: 115). Así, los posibles castros identificados como principales están en posiciones elevadas del terreno como son el Alto del Cabezo (Los Santos), El Cerro, La Corona (Rinconada de La Sierra), Los Rodales (Pinedas), La Corvera (Navamoral de Béjar), Monleón y El Cabezo del Castillo (El Cerro); mientras que los secundarios están situados bien en zonas llanas del valle o a media ladera. Las características generales que se observan en los poblados que no tuvieron una entidad política, están marcadas por su menor tamaño, tal y como se ha señalado anteriormente, y por la carencia, al menos hasta donde puede apreciarse en superficie, de elementos defensivos artificiales de ningún tipo, aunque es posible que pudieran contar con una empalizada. Los hábitats considerados como principales tienen una extensión mayor que los anteriores, suelen contar con un sistema defensivo monumental y la presencia de verracos es habitual. La excepción sería la zona occidental en donde se han observado poblados secundarios que cuentan con un sistema defensivo simple (normalmente un único lienzo amurallado), que podrían responder a una necesidad de salvaguardar los recursos críticos, como son las cabañas ganaderas y el mineral extraído.

Este tipo de jerarquización territorial cuenta muchos paralelos: el más cercano se encuentra en el valle del Ambles, en donde se han documentado una serie de castros fortificados, como La Mesa de Miranda o Ulaca, que tendrían subordinadas una serie de aldeas productoras más pequeñas y sin vestigios de un amurallamiento o una monumentalidad que se aproxime al de ambos *oppida*, como Muñogalindo o Padiernos (Álvarez-Sanchís, 1990; 1999: 104; Álvarez-Sanchís, Ruiz Zapatero *et al.*, 2008: 339 y 342.). Las aldeas controlarían tierras de vocación agrícola mientras que los alrededores de los *oppida* son propicios para el pastoreo, por lo que se produciría una dependencia económica, aunque los poblados grandes consolidaron el dominio sobre los pequeños (Blasco, 2008: 130). Otros ejemplos serían *Lancia* con unos poblados de menor tamaño como por ejemplo “La Griega” (Célis, 1999: 79); el occidente del valle medio del río Moro (San Miguel, 1993: 65); la Cañada de Pajares, en donde se ha identificado un hábitat disperso formado por pequeñas granjas agropecuarias, carentes de defensas y con diversas fases de ocupación, que pueden responder a un uso periódico, con un claro carácter secundario (Celestino *et al.*, 2009: 204ss.); o en la franja atlántica, en donde se han documentado algunos enclaves datados en la Edad del Hierro que se corresponderían con asentamientos secundarios, subordinados a los *oppida*, dedicados al cultivo del cereal, a actividades metalúrgicas, textiles,...(Parreira y Berrocal-Rangel, 1990; Collis, 1996: 159 y 163; Cunliffe, 1997:156-164).

El uso de los sistemas defensivos como indicadores del estatus de los yacimientos en la organización del territorio está en la línea de investigación seguida por una serie de investigadores como Collis (1993), Cunliffe (1997), Ruiz Zapatero (2003; 2005), Harding (2003), Berrocal-Rangel (2004) o Álvarez-Sanchís (2007: 246), según la cual las murallas no siempre fueron levantadas con una finalidad exclusivamente defensiva sino que se convirtieron en un símbolo del poder y del estatus de la comunidad o de sus élites. Por tanto, las características de uso de estos elementos son un compendio de funciones; no sólo servirían para otros fines tales como la protección o la reafirmación de la comunidad como tal, sino que se erigen en un símbolo del proceso de jerarquización que se inicia en el Bronce Final y tendrá su apogeo a finales de la Edad del Hierro (Härke, 1982: 200; Collis, 1996; Chapa y Belén, 1997; Cunliffe, 1997: 160, 223-228). El carácter defensivo de la mayoría de los yacimientos es innegable como así lo indica el emplazamiento en zonas altas dominantes con defensas naturales y donde el acceso se restringe a una zona natural de paso, mediante la construcción de las murallas y dispositivos tales como piedras hincadas o fosos que, como demuestra el estudio realizado, organizarían el paisaje exterior, conminando al visitante a acceder al poblado por ese lugar indicado por la orografía del terreno. Al mismo tiempo, estos elementos suponen un obstáculo para el avance del enemigo y permiten una mejor defensa desde la muralla, al ralentizarlos aún más (Ruiz, 2003: 18-19). Estos recintos no sólo protegerían de incursiones humanas sino también de ataques de animales salvajes. No obstante, el proceso de jerarquización al que tanto se ha hecho referencia en este trabajo, va a la par con un cambio en la forma de pensamiento de estas sociedades. La sedentarización, el aumento de riquezas y su defensa, el auge de las élites,... trae consigo un sentimiento de propiedad del territorio donde están asentados, sirviendo la muralla como elemento delimitador y, al mismo tiempo, de ostentación de esa riqueza. El hecho de añadir otros elementos a los sistemas de defensas, tales como las piedras hincadas o los fosos, pudiera indicar *a priori* un auge de la belicosidad entre las comunidades, pero pudiera ser también que hubiera un aumento del sentido de territorialidad y un deseo de las élites de demostrar su poder y su estatus, por medio de la monumentalidad de los poblados donde viven, ya que, como se ha comprobado, no todos los hábitats cuentan con los mismos elementos, y tan sólo en algunos de ellos se documentan sistemas defensivos complejos.

La organización del territorio entre los siglos I a. d. y I d.C. está condicionada por la presencia romana y su política de control y afianzamiento de su dominio sobre este. Basándonos en los materiales arqueológicos se ha observado, por un lado, una reducción del número de asentamientos propiamente indígenas y, por otra parte, la aparición de unos nuevos tipos, propios del sistema romano, las *villae* y una serie de yacimientos que no se han podido definir como tal sino como lugares indeterminados de hábitat, quizá esas “colonias” de las que habla Estrabón (*Geo.*, III, 3,7). El problema con el que nos encontramos es que la falta de excavaciones no permite asegurar si aparecen todos al mismo tiempo o si por el contrario su aparición se dilata en el tiempo. Los castros supervivientes se transformarán en las *civitates*, o más bien *vici* principales, como los denomina Roldán (1997), y serían *Bletisa*, identificada con Ledesma, *Miróbriga*, que se ha asociado a Ciudad Rodrigo, *Poliba* que se sitúa

en Lerilla, *Valuta* que se identifica con El Castillo de Saldeana (Hernández, 2001: 240), *Salmantica*, Salamanca, y *V/Urunia* que se ha asociado con Irueña (*Ibidem*, 241). Los vestigios arqueológicos en los que se basa esta identificación serían los términos augustales, que nos han proporcionado el nombre (Mangas, 1992: 259); ciertos elementos edilicios alto imperiales, en el caso de Salamanca (Alario *et al*, 1998a: 97; 1998c), o bajo imperiales, en el caso de Irueña (Gómez-Moreno, ed. 2003; Mangas, 1992: 262) y otros elementos de la cultura material como son las cerámicas, los materiales de vidrio, las monedas... Esta pervivencia de núcleos prerromanos y su conversión en puntos estratégicos de control del territorio en época romana, e incluso, en algunos casos, su perduración en época visigoda se ha comprobado en otros casos como *Bílbilis* (Martín Bueno, 1975: 199), Numancia (Jimeno *et al*, 2002), *Lancia* (Celis, 1999), *Segóbriga* (Almagro-Gorbea y Abascal, 1999: 15ss.), Tiermes (Hernández, 2007: 128), Medellín o Cogolludo-Lacimurga (Rodríguez, 1995: 108).

Respecto a las estructuras intramuros, se han distinguido un primer modelo constructivo entronca con los denominados “campos de hoyos” de la Edad del Bronce y con la Cultura de Cogotas. Son estructuras de las que sólo nos quedan los agujeros de los postes de madera que sustentarían un entramado vegetal y de adobe. Algunos yacimientos que pueden responder a este modelo son los ya citados del Teso del Cuerno (Forfoleda), El Castillo del Carpio Bernardo, El Torrejón (Alba de Tormes), Las Ollas (Garcíhernández) o La Aceña (Huertas) (Delibes y Martín Valls, 1972: 19; Martín y Jiménez, 1988-89: 276; Sanz *et al*, 1991-92: 85; Tejada y Pérez, 1994: 73ss.; Fabián, 1999: 173).

El segundo tipo se asocia a la Cultura del Soto y se ha identificado en Ledesma, en el Cerro San Vicente y en el Picón de la Mora<sup>81</sup>. Las casas documentadas se caracterizan, en rasgos generales, por ser estructuras circulares y rectangulares fabricadas con adobes ligados con arcilla, con una banco corrido adosado a la pared y al lado opuesto del umbral, con un hogar central y sobreelevado ligeramente del suelo, con pavimentos de barro pisado y sin compartimentación interna. Tanto las paredes como los bancos se recubrirían de estuco pintado con motivos geométricos. Otro elemento que se adosaba al paramento interno son las repisas. Su fábrica es similar a los bancos, pero son menos anchas, se sitúan a una cota inferior y ocupan el espacio sobrante; completando ambos elementos la circunferencia de la casa. En una fase tardía se les añadirá un vestíbulo trapezoidal (Benet *et al*, 1991; Macarro y Alario, 2012: 35ss.). El diámetro media de las consideradas como casas en el Cerro San Vicente oscila entre 5,8 y 6,2 m.; mientras que otras construcciones más pequeñas se han considerados dependencias auxiliares. Su cimentación muestra una capa de gravas de impermeabilización en la base y adobes complementarios adosados o imbricados al exterior para reforzar el muro y facilita la evacuación de aguas. Los umbrales de las casas del Cerro San Vicente están orientados hacia el este-sureste, a sotavento, acorde con la climatología local. No obstante, la construcción circular no es la única documentada en este poblado, ya que se han exhumado casas rectangulares, aunque en menor medida, con la misma técnica constructiva que para las circulares

<sup>81</sup> Este yacimiento no se ha excavado, pero el material arqueológico de superficie apunta a la influencia de la denominada Cultura del Soto (Martín Valls, 1971).

(Benet *et al*, 1991; Macarro, 1999; Macarro, 2003: 113; Macarro y Alario, 2012: 27ss.). Los yacimientos similares más cercanos, en cuanto a técnicas constructivas, son el Soto de Medenilla, Zorita, Camarzana de Tera, El Castillo de Manzanal de Abajo o con Los Cuestos de La Estación de Benavente (Wattenberg, 1959; Romero, 1992).

El tercer patrón se ha denominado “casas de piedra” y se ha documentado en las áreas serrana y occidental, y bien podría encuadrarse dentro del denominado Cogotas II. Existen dos yacimientos excavados, Cancho Enamorado (Puente Congosto) (Maluquer, 1957: 40ss.) y Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez *et al*, 2000d: 61), y Cañal de Domingo (IACyL). Las casas exhumadas son de planta circular y se caracterizan por unos muros de piedra levantados mediante mampostería en seco, que apoyaban en los canchales de granito que hay repartidos por las cumbres. Los pavimentos son, en su mayoría, de tierra pisada, aunque se ha documentado un enlosado fabricado en parte con piedras de molino inservibles, cuya función sería la de evitar la humedad. El sistema de techumbres es mixto; por un lado, una cubierta a dos o cuatro aguas, para las construcciones rectangulares, y por otro una cónica para las cabañas circulares. En ambos casos, estaban con troncos de madera enlazados por varas y cubierto por una capa de escobas, ramajes y terrones de barro y un pie derecho de apoyo (Maluquer 1958a: 46; Benet *et al*, 1991: 117-136; Macarro y Alario, 2012: 32).

Esto en cuanto a los modelos del Hierro I. Los de la etapa siguiente responden a dos prototipos, El primero continúa con las estructuras de adobe, aunque hay un cambio a nivel técnico. Sólo se puede hacer referencia al yacimiento de Salamanca y quizá extrapolarlo a la zona oriental del territorio, a poblados como La Cuesta de Santa Ana, el Teso de la Septa o el Teso de la Encina. Así, en esta fase se generalizan las casas rectangulares con compartimentación interna, con un hogar central, y fabricadas con adobes de dimensiones estandarizadas trabadas entre sí por una fina capa de arcilla, usándose fragmentos de pizarra o cerámica a modo de cuña. Bajo algunos derrumbes se ha descubierto una fina capa blanquecina, vestigio de un enlucido interior de la vivienda (Benet *et al*, 1997: 145; Macarro y Alario, 2012: 96). Estas construcciones se pueden paralelizar con los de la Tierra de Campos y los de la penillanura vallisoletana. Frente a este modelo, se ha identificado un segundo caracterizado por muros de estructuras o bien rectangulares o bien circulares, documentándose en los castro del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo, Los Catillos de Villar de Yegua, Las Merchanas, El Castillo de Saldeana y Yecla de Yeltes. Viviendas análogas serían las de Las Cogotas, Sanchorreja, El Raso o La Mesa de Miranda (Hernández, 1986-87: 430; Fernández, 1986a; González, 2008: 205 ss.). El tipo de cubierta empleado seguiría el modelo definido para las estructuras del Hierro I, por analogía de los vestigios con otros yacimientos afines como “El Castillejo” de Santiago del Campo, La Coraja o Hornachuelos (STRATO, 1994: 82; Alario *et al*, 1998c; Fernández, 1995: 115; Salas *et al*, 1988: 138; Redondo *et al*, 1991: 277; Rodríguez, 1991: 289; Alario, 1999: sector C, U. E 388, pieza nº 82; López *et al*, 2003d).



El siguiente punto a tratar serán las necrópolis. Los datos de los que disponemos tan sólo nos permiten plantear hipótesis respecto a la actividad funeraria y la localización de los espacios funerarios. Así se puede plantear la cremación como ritual funerario, tal y como ha puesto de manifiesto recientes descubrimientos en Yecla de Yeltes (en prensa)<sup>82</sup> y Los Tejares (El Tejado de Béjar), incluso en este último parece haberse identificado una zona que podría ponerse en relación los denominados *ustrina* (López y Martínez, 2009: 123ss). Este tipo de enterramientos coincide con el generalizado en toda la Península durante la etapa prerromana, en yacimientos como Las Cogotas (Cabré, 1932); La Osera (Cabré *et al.*, 1950; Baquedano, 2001 y 2007); El Raso de Candeleda (Fernández, 1986 y 1997); Ulaca (Gutiérrez Palacios, 1955: 195; Álvarez-Sanchís *et al.*, 2008: 350) o Pintia (Sanz y Velasco, 2003: 148). El cuerpo era quemado y sus cenizas y huesos eran introducidas en urnas junto con unos ajuares, los cuales variaban en función del sexo y la condición social del individuo (Álvarez-Sanchís, 1999: 295ss.; Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero, 2001: 64ss.; Sanz y Romero, 2010).

Se han identificado canteras en Yecla de Yeltes (Martín Valls y Romero, 2008: 249), el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), la Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero), Castelmao (San Felices de los Gallegos) y El Castillo de Saldeana. Las zonas documentadas están en relación con la extracción de piedra para la construcción de las murallas las casas, los campos de piedras hincadas, molinos y, quizás, los verracos. Están situadas en las inmediaciones de los castros debido a que la abundancia de afloramientos graníticos del terreno permite no tener que desplazarse más lejos para obtener la materia prima necesaria. Los signos visibles que han podido identificar se centran en el vaciado de la piedra, la marcación de los bloques y bloques a medio tallar o desechados. Otra piedra que se explotó fue la pizarra y la arenisca, a pesar de no haberse localizado ninguna cantera: las murallas de pizarra son claras en los castro de Iruña (Fuenteguinaldo) y de Lerilla (Zamarra). Además, en la construcción de las viviendas y la muralla del Cerro San Vicente se emplearon ambas piedras y los análisis realizados, concluyeron que son de origen local (Macarro, 2012: 42-43), situación lógica si tenemos en cuenta que en los suelos detríticos paleógenos de esta área son habituales las areniscas (Fernández, 2013: 12). Como se puede apreciar aunque las canteras se localizan en las proximidades de las poblaciones, también se presume que habría una movilidad en busca de materiales líticos que no se encontraran en las inmediaciones como demuestra la gran cantidad de cuarzo que se puede observar en superficie en el Picón de la Mora, pero que no se encontraría en el sustrato geológico del asentamientos sino que habría que buscarlo en las vetas de Las Canteras, situado a 2,25 km. al S del yacimiento arqueológico (Mapa Geológico, Hoja "Vitigudino") (Mateos *et al.*, 2005-06: 162) o en la existentes en los alrededores de Guadramiro a 5Km de distancia (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36).

Respecto a la situación de los cementerios parece corresponderse con la tónica de otras necrópolis de territorio *vettón* observadas por Álvarez Sanchís (1999: 172): localizados frente a las

<sup>82</sup> "Descubierta una gran necrópolis vetona en Yecla". La Gaceta, 19 enero 2013.

puertas de los poblados, entre 150 y 300 m. de distancia, y con una intervisibilidad respecto al asentamiento. Los trabajos en el castro de Yecla de Yecla sacaron a la luz los restos de una gran necrópolis en la zona Noroeste del asentamiento en frente de una de las puertas del castro, la cual estaría activa desde el siglo V a. C. hasta época romana (en prensa)<sup>83</sup>. A raíz, de estos datos se aventuró la localización de las posibles áreas cementeriales de algunos de los castros como puede ser la del Picón de la Mora, en donde el espacio extramuros pasado el campo de piedras hincadas es óptimo para usarlo como necrópolis. Igualmente, la presencia de tres estelas hincadas, situadas a unos 85 m. al S-SE del Pico Monreal, recuerdan a las de La Osera (Baquedano y Martín, 2008: 311ss.) o de la necrópolis II de la Cañada de Pajares (Celestino, 2008: 99). Teniendo en cuenta que el estudio del resto del material muestra comunidades con unas pautas sociales y culturales similares al resto de la Meseta, es de suponer que en el aspecto funerario no sería la excepción.

Por último, para completar esta visión del territorio se ha estudiado otro tipo de yacimientos: los santuarios rupestres. Su número ascienden a 18, de los cuales sólo 15 se podrían asociar a yacimientos de la Edad de la Hierro (Benito *et al.*, 2003: 51; Mateos *et al.*, 2005-06: 161ss.). Esto no implica que sean creados ex-novo durante esta etapa, ya que pueden haber sido lugares de culto desde tiempos prehistóricos hasta épocas recientes bien de forma continuada bien con saltos en el tiempo; como corrobora la construcción de ermitas en muchos de estos lugares, como por ejemplo en el Teso de San Cristóbal (Villarino); el complejo sacro de El Castillo de Vilvestre, asociado a un poblado calcolítico situado en el monte “El Sierro” (Benito *et al.*, 2003: 337), o el Las Yegüerizas (Los Santos), en donde el material recogido se correspondería con la Edad del Hierro (Grande, 1987: 133).

El estudio demuestra que las gentes que “los erigieron”, no construían templos o habitáculos de culto, sino que empleaban los elementos naturales ya existentes. Su clasificación se ha basada en su posición respecto a los poblados (Moneo, 2003), estableciéndose tres categorías: intramuros, extramuros y sin relación aparente con ningún hábitat. La primera agrupa a los situados en el interior de los poblados, condicionado su emplazamiento por los canchales graníticos disponibles. Serían lugares de culto cotidianos, destinados a la población del mismo castro, y como ejemplo se puede citar el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo o El Teso de San Cristóbal (Benito *et al.*, 2003: 96). La segunda categoría se localizan fuera del poblado, pero tendrían una clara vinculación a éste, como es el caso del Picón de la Mora (Mateos *et al.*, 2005-06: 163; Mateos y Sánchez, 2013: 100). Este tipo de lugares sacros se han relacionado con ritos de purificación, de lustración, de protección y de fertilidad de la población, por su relación con el agua, y, en algunos casos, se han asociado con el mundo funerario (Moneo, 2003: 290). La tercera serían los santuarios que *a priori* no tienen relación aparente con ningún poblado pero que se han podido asociar con alguno de los castros objeto de este estudio. Los lugares que entrarían en esta hipótesis serían “La Dehesa de Aldeavieja”, “La Peña de Santa María”, “El Maguillo”, “La Mesa de los Curas”, El Risco de Los Altares y Las Yegüerizas. Debido a que

---

<sup>83</sup>*Ibidem*.

sólo en los últimos casos se ha recogido material del Hierro, las distancias entre estos santuarios y los yacimientos próximos se han tomado como referencia para el estudio del resto de complejos, con un recorrido mínimo de 0,74 km. y un máximo de 13 km., concordando *grosso modo* con las de los santuarios extraurbanos del mundo ibérico (Moneo, 2003: 296). Los resultados del estudio revelan que estos seis complejos sacros tendrían un mínimo de dos poblados y un máximo ocho asociados. Es decir, podrían ser lugares de culto común a varias comunidades, las cuales se trasladarían a ellos desde sus poblados para realizar festivales que durarían varios días, ya que como se ha visto las distancias que separan los santuarios de los poblados son, en la mayoría de los casos, excesivas como para ir y venir en una jornada. Paralelos similares serían los santuarios *vettones* de El Trampal (Cáceres) y de Postoloboso (Ávila) donde Sánchez Moreno identificó la procedencia de sus devotos sobretudo de los hábitats circundantes (1997: 135).

Se caracterizan por ser canchales con una morfología extraña sobresaliente en el paisaje o diferente, modificándolos mediante la talla de “cazoletas”, de escaleras, de canalillos para libaciones, de piletas, de grabados o la elaboración de pinturas. Los roquedos elegidos están emplazados en promontorios altos, sobre corrientes fluviales, y orientados hacia las mismas; reforzándose así la relación permanente con el líquido elemento. Tan sólo existen dos excepciones a esta relación con el agua, el conjunto de “La Peña del Perdón” y el de “Las Atalayas”, por lo que cabe la posibilidad de que sea un lugar donde se llevaban a cabo otro tipo de ritos, como el de la adivinación por medio de los sacrificios de animales e incluso personas (Sanz y Velasco, 2003: 125). Ambas prácticas se han atestiguado en otros lugares como en el santuario de Panoias, cuya situación es similar a “Las Atalayas” (Blázquez, 1983: 234). Este tipo de santuarios rupestres se han documentado en otros territorios como por ejemplo en “San Mamede” (Villardiegua de la Ribera, Zamora); en Monsanto da Beira (Idiana-a-Nova, Midanda do Douro, Portugal); Urrós (Mogadouro, Portugal) (Benito del Rey *et al.*, 2003: 171, 182, 291); en Ulaca (Ávila) (Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís, 1993; Álvarez-Sanchís, 1999: 310); en la acrópolis de Termancia o en Arcóbriga (Blázquez, 1983: 228).

La extensión de este modelo de lugares sagrados entre las culturas prerromanas es debida, en gran medida, al carácter naturalista de estas sociedades (Salinas, 1958: 311; Sánchez, 1997: 130; Green, 1997: 24). Sus creencias giran en torno a la naturaleza por tratarse de comunidades de carácter rural; por tanto sus sistemas religiosos se centran en los seres que habitan su entorno inmediato, sus campos, sus bosques, sus ríos... Creían en dioses pero no con una concepción mediterránea, un dios humanizado, sino que las divinidades eran espíritus que habitaban dentro de cada elemento (Green, 1997: 24). Esta concepción explica que no sólo que se construyeran estructuras que delimitasen un espacio sagrado sino que se señalizaran con árboles, fuentes, bosques, rocas,... (Powell, 1958; Laing, 1979: 86; Blázquez, 1982 y 1983: 229; Elenree, 1992; Jane, 1995; Bell, 1996:156-157; Webster, 1996: 445-464; Cunliffe, 1997; Hidalgo Cuñarro, 1997; Marco, 1999;...). El carácter naturalista, los emplazamientos cerca de una fuente o río y el propio diseño de estos complejos inducen a pensar en ritos o cultos a las aguas o algún tipo de ritual donde los elementos líquidos jugasen un papel

fundamental. El culto a las propias corrientes de agua se aprecia primero por su ubicación, orientados hacia ríos. Precisamente, el estudio del caso concreto del Picón de la Mora revela que está diseñado para conducir líquidos desde la plataforma subrectangular de la roca “A” hacia el subsuelo y, en él, por medio de los canales hacia el final del canal de la roca “C”. Como ya se ha señalado, el agua en la religión celta y las celebraciones de los solsticios de invierno parecen estar en relación con el Más Allá, el renacimiento y el ciclo natural de la vida y la muerte, de modo que el carácter acuático de los cultos aquí realizados parece fuera de toda duda (García Fernández-Albalat, 1990; Sánchez, 1997: 131; Blázquez y García, 1997: 114; Mateos *et al.*, 2005-06: 165; Pérez, 2007; Martínez y Martínez, 2010: 40).

Un posible santuario que no cumple con las características mencionadas se ha documentado en Cancho Enamorado. Aquí se ha identificado una construcción cuyo material arqueológico responde a una dinámica completamente diferente a la que ha aparecido en el resto del yacimiento. Dichos materiales parecen depositados, incluso en algún caso se recuperaron prácticamente colocados en el lugar que fueron situados. Así mismo, los restos óseos presentan alteraciones térmicas, interpretadas como señales de sacrificios o comidas rituales, tal y como se documentó en el altar de Capote (López Jiménez, 2006; Berrocal-Rangel, 1994: 273). La pregunta que cabe hacerse es porqué este tipo de santuario está edificado, y no es rupestre, como en el resto de los casos. En este sentido se puede buscar la respuesta en el influjo orientalizante sobre el territorio. Tal y como expuso Celestino, los territorios que hoy ocupan Ávila y Salamanca serían prolongaciones de la zona de influencia orientalizante extremeña (1995: 82), como demuestran la gran cantidad de piezas de influencia orientalizante como son las fíbulas de doble resorte, las arrancadas, las cerámicas pintadas, los “braseros” o las placas con atributos de la diosa Astarté, documentadas en el territorio (Maluquer, 1951: 71, Fig. 9 y 1958: 87). Por tanto, ¿no sería factible que se adoptara la idea de la construcción de estructuras edilicias para el culto? Por supuesto y tal y como los vestigios dejan claro, no sería un típico templo orientalizante. Simplemente se adaptaría la idea en sí, levantándose una estructura más sencilla que las documentadas en el Sur peninsular como por ejemplo Cancho Roano, Carambolo o Coria del Río (Celestino, 1995; Domínguez, 1997: 391ss.; Almagro y Moneo, 2000: 111).

Por tanto y a modo de conclusión final sobre el tema del culto a las aguas, habría que decir que aquí se defiende su presencia en el sustrato indígena desde la Edad de Bronce tanto en la Península como en Europa, y su perduración tras la romanización del territorio por dos motivos: porque en la religión romana también existía, produciéndose en muchos casos sincretismos, y porque las costumbres y las creencias prerromanas están muy presentes durante este período de la Historia, sobre todo en el NO peninsular. No obstante, hay indicios de otras dinámicas que no responden a este culto como son los santuarios de Cancho Enamorado, La Peña del Perdón y “Las Atalayas”, y que parecen corresponderse con otro tipo de ritos. Sea como fuere, la religión de estos pobladores de la Edad del Hierro tendría un claro carácter naturalista y contarían con la presencia de unos oficiantes,



religiosos, sacerdotes... una casta que se ocuparía de este aspecto de la sociedad al igual que entre los celtas se conoce la existencia de los druidas (Green, 2005).

A modo de conclusión, se ha visto que los elementos constructivos que han llegado de los yacimientos estudiados no son tan numerosos como la cultura material, pero sí prometen aportar importante y abundante información en el momento en que se acometa un estudio con excavaciones como el realizado por el CSIC en Los Cavanés o en la zona arqueológica de El Berrueco.



## V. Cultura material





Un elemento imprescindible para el estudio de los diversos yacimientos es el material arqueológico recogido, que generalmente sirve de base para sus dataciones y caracterizaciones. Este capítulo se ha creado de acuerdo a un criterio funcionalista adaptado a otros conceptos muy arraigados en la investigación arqueológica:

1. *Vasijas de cocina, mesa y almacenamiento.*
2. *Instrumental textil.*
3. *Alfarería*
4. *Metalurgia*
5. *Actividades cinegéticas y guerreras*
6. *Agricultura, pesca, recolección y ganadería*
7. *Cantería y minería*
8. *Carpintería y explotación maderera*
9. *Talabartería*
10. *Útiles e instrumentos diversos*
11. *Actividades lúdicas, premonitorias y similares*
12. *Orfebrería y metalistería de adorno y prestigio*
13. *Esculturas y grabados en piedra*
14. *Elementos funerarios y votivos*
15. *Elementos delimitadores*
16. *Importaciones*
17. *Conclusiones*

## **1. VASIJAS DE COCINA, MESA Y ALMACENAMIENTO**

Las vasijas documentadas hasta el momento están realizadas en cerámica. Su análisis se basa en las pautas marcadas por los estudios de investigadores como Almagro-Gorbea, (1977a: 458-461); Berrocal-Rangel, (1994: 65-196); Olaria y Gusi, (1984); Llanos y Vegas, (1974); Calvo *et al.*, (2004); Álvarez-Sanchís (1997: 83); Martín Valls (1973: 94); Watterberg (1978) y, especialmente, los trabajos realizados por Macarro (1999: 71-153) y González (2000: 309-315), sobre la cerámica de los yacimientos excavados de finales de la Edad del Bronce/inicios de la I Edad del Hierro (Cerro San Vicente y Teso del Cuerno, respectivamente).

Este apartado se ha dividido por elementos de estudio de las cerámicas (elaboración, cocción, acabado, desgrasantes, decoración, bases y formas), organizándose a su vez según un criterio cronológico (Bronce Final/Hierro I, II Edad del Hierro y S. I a. C.-I d. C.).

Un dato muy importante a la hora de abordar este estudio es que no se ha accedido al material, ya que este trabajo no versa sobre el mismo, por lo que no se han elaborado gráficos ni se han obtenido porcentajes de cada período. Los datos proceden de distintas publicaciones, del IACyL

y de los informes de excavación depositados en el Museo de Salamanca, por lo que realmente lo que se presenta es una aproximación somera a la cultura material.

## 1. A. Elaboración

Este elemento de estudio hace referencia a su factura: a mano, a torno lento o a torno. El primer método como indica su nombre consiste en la creación de vasos cerámicos por medio de las manos. Se han distinguido cuatro formas diferentes de modelar: a partir de una bola, mediante la técnica del churro, con la de placas o por medio de un molde. Este primitivo modelado se realizaba sobre una base fija, sobre la que se espolvoreaba arena o ceniza, para que el vaso no quedara adherido a la superficie de trabajo y pudiera rotarse tantas veces como fuera necesario. El torno lento consistía en unas ruedas primitivas, que se movían con la mano y giraban sobre un pequeño eje vertical sin llegar a generar fuerza centrífuga que el torno rápido. Ambas técnicas se han identificado a lo largo de toda la Edad del Hierro aunque durante su primera fase serán más comunes, decreciendo su producción hasta el cambio de era; a partir de dicho momento desaparece (Martín Valls y Delibes, 1972 y 1973; Piñel, 1980; Macarro, 1999; Sánchez Palencia *et al.*, 2001; STRATO, 2001-02; Calvo *et al.*, 2004: 10 ss.).

El torno permite al alfarero moldear con las dos manos sobre el disco superior, mientras impulsa con el pie la rueda baja a la que aquél queda unido por el eje. Se generaliza a partir del siglo IV a. C. Estas cerámicas convivirán con la cerámica fabricada a mano, como sucede en otras zonas (San Nicolás, 1996: 731; Álvarez-Sanchís, 1999: 202-206; Sánchez, 2000: 113; Sanz y Velasco, 2003: 177). Esta convivencia se pone de manifiesto con algunas formas cerámicas que aunque se adscriben a niveles del Hierro II, están modeladas como pueden ser las ollitas (STRATO, 2005a: 55; Jiménez *et al.*, 2003a), las cajitas (Balado y Marcos, 2004a: 68), las tapaderas (Balado y Marcos, 2004a: 67) o los quemadores (STRATO, 1995: 158).

## 1. B. Cocción

Se han observado tres tipos: *reductora*, cuando el carbono no se quema por completo y el humo entra en contacto con la arcilla, tiñe la pasta de tonos oscuros como los negros, los marrones y los grisáceos; *oxidante*, cuando la cocción se ha realizado con una clara aportación de oxígeno y proporciona los tonos rojizos y anaranjados; y *mixta*, cuando la cocción es realizada en dos fases, en una hay una aportación de humo tal que la pasta adquiere tonos oscuros (cocción reductora), y en otra fase se alcanzan los grados necesarios con una gran aportación de oxígeno, haciendo que la pasta adquiriera también tonos claros (cocción oxidante) e irregulares, cuando el control del fuego no ha sido uniforme. El tipo de cocción influye en la coloración de la pasta, de este modo, durante el Hierro I predominan los tonos grisáceos, ocre, parduscos/marrones y negruzcos, aunque también se han identificado los rojizos y los anaranjados; los cuales serán los predominantes durante el Hierro II

(Martín Valls y Delibes, 1972 y 1973; Piñel, 1980; Macarro, 1999; Sánchez Palencia *et al.*, 2001; STRATO, 2001-02).

## **1. C. Acabados**

El tercer componente es el tratamiento al que se someten las superficies. Los más frecuentes son:

### **1. C. a. Bruñido**

Consiste en pulir con una piedra lisa o suave o con una herramienta especial la arcilla para que la superficie brille. En temperaturas de cocción superiores a 1093°, el bruñido dejará de tener un efecto brillante (Calvo *et al.*, 2004: 26). Esta manipulación tiene una doble finalidad, por una parte es decorativa y por otra funcional, en relación con el contenido de la vasija.

### **1. C. b. Espatulado**

Algunos autores la consideran como un tipo de bruñido, ya que consiste en pulir las superficies, pero a diferencia del anterior se realiza con una espátula (Calvo *et al.*, 2004: 36). En muchos casos ambas técnicas dejan trazas similares y es complicado identificarlas. No obstante, en nuestro caso se han recuperado bastantes espátulas realizadas sobre hueso, como se verá más adelante, por lo que es factible se emplearan ambas técnicas.

### **1. C. c. Engobe**

Es la aplicación de arcilla líquida con un fin funcional o decorativo. Se le puede añadir pigmentos para darle color, por ejemplo óxidos metálicos, que sirven para aumentar la adhesión sobre la pared del recipiente. Los colores de los engobes que se distinguen en los yacimientos son: anaranjados, marrones claros, ocre y negro.

### **1. C. d. Alisado**

Se realiza cuando la arcilla está húmeda y su objetivo es eliminar las irregularidades más manifiestas y tapar los poros.

En muchas cerámicas, se ha distinguido el uso de más de una técnica, una por la cara interior y otra por la superior (IACyL).

## **1. D. Desgrasantes**

Los más comunes son la mica, el cuarzo, la caliza, los feldespatos y, en menor proporción, se han identificado desgrasantes silíceos y de origen orgánico, de los cuales sólo quedan las improntas que han dejado tras su descomposición. Los cuatro primeros son habituales en otros hábitats del

Hierro como por ejemplo los del territorio vacceo (Sanz, 1997: 227; Blanco, 2010: 260), lo de La Alta Extremadura (Martín, 1999: 77) o los del valle del Baixo Sabor (Portugal)<sup>84</sup>.

## 1. E. Técnicas decorativas

El quinto es la decoración y sus técnicas que son las habituales en cerámicas de la Edad del Hierro. Normalmente, lo que se produce es la combinación de varias de ellas. Durante la primera fase del Hierro la decoración se centra en el exterior de las piezas, debajo del borde, cubriendo buena parte de la superficie de la cerámica; en la parte interior más próxima al borde o en él mismo.

### 1. E. a. La incisión (Fig. 221-1 y 7)

Es la mayoritaria en esta etapa. La norma es que aparezca sobre cerámicas de fabricación más finas, de tamaños pequeños y medianos con perfiles sinuosos y cuenquiformes, aunque existen piezas de manufactura tosca en las que también se ha identificado. Entre las variantes documentadas están: punzadas más o menos cortas, como encontramos en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 399) o en Cancho Enamorado (Puente congosto) (López *et al*, 2003b); incisiones corridas y alargadas, realizada mediante la aplicación larga de un punzón, pudiendo citar los ejemplares del Teso del Cuerno (Forfoleda) (Martín y Jiménez: 1988-89: 269); La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 30, Fig. 24) o El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 119 y 120, Fig. 31); y acanaladas, que emplean la misma técnica que la anterior, pero con una punta más ancha que arrastra la pasta del surco trazado, como se ve en La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 30, Fig. 7, nº 26). Esta técnica decorativa es propia del horizonte cultural de Cogotas, siendo muy característica del Hierro I (Martín Valls, 1986-87: 61-62) y documentándose durante la etapa siguiente en diversas vasijas recogidas en el Teso de Las Catedrales (Macarro, 2004/06b: 109; Muñoz, 2000: 67) y en Los Tejares (López *et al*, 2003d). Piezas análogas han sido documentadas en otros yacimientos vettones como El Raso (Fernández, 1986: 854), El Castillejo de La Orden, El Castillejo de Santiago del Campo, El Alto del Moro... (Martín Bravo, 1986: 242).

La última variante es a peine y los hallazgos son escasos, pudiendo citar tan sólo Yecla de Yeltes (Martín Valls, 1973: 84, Fig. 9), el Teso de Las Catedrales (Salamanca) (Alario, 1999: sector H U. E. 454, pieza 57-73; Balados y Marcos, 2004a: 68), La Cuesta de Santa Ana (Garcíhernández) (Piñel, 1980: 67), Ledesma (Álvarez-Sanchís, 1997: 84), el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) (Martín Valls, 1986-87: 61-62), La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada) (Piñel, 1980: 37), Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López y Martínez, 2009: 126) y el Cerro San Vicente (Salamanca) (Martín Valls, 1986-87: 62). Este tipo de decoración se obtiene bien mediante el arrastre de un peine fino sobre la superficie, una vez endurecida, antes de la cocción, bien mediante la aplicación del peine sobre el barro fresco. Los ejemplares del Cerro San Vicente presentan esta ornamentación en

<sup>84</sup> Agradecemos esta información a José Carlos Sastre, coordinador del equipo de La Edad del Hierro en el proyecto de Aproveitamento Hidroeléctrico do Baixo Sabor/Plano de Salvaguarda do Património.



cerámicas con una factura de mala calidad y de tamaño medio (Macarro, 1999: 117). Sus motivos en esta etapa son geométricos y de elaboración muy sencilla, simples líneas horizontales y alguna ondulada. Estos fragmentos recuerdan a otros recogidos en Sanchorreja (González-Tablas, 1989: 122), en El Raso (Fernández, 1986: 475), en Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 84), en Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 268), en La Mota, Cuellar o en Villanueva de La Vera (Álvarez-Sanchís, 1999: 84).

El material confirma que está presente durante ambas fases de la Edad del Hierro, tal y como sucede en otros yacimientos meseteños como en Olivares del Duero (Seco, 1993: 222) o Roa, en cuya secuencia estratigráfica no rebasan el siglo II a. C. coincidiendo con el auge de las cerámicas pintadas (Sacristán, 1986: 76-79). No obstante, en puntos más esporádicos del centro y oriente de la Meseta algunas piezas perduran hasta fechas más avanzadas (Álvarez-Sanchís, 1999: 202; Sacristán, 1986: 131).

Álvarez-Sanchís (1999: 200) y Sánchez Moreno (2000: 110) defienden para el territorio *vettón* una serie de características que diferenciaría la cerámica decorada a peine del Hierro II de la del Hierro Antiguo (1999: 200):

1. Composiciones más complejas y barrocas, con motivos en zig-zags, sogueados, festones, semicírculos,...
2. Se le asocian el estampillado, las acanaladuras, las protuberancias, los gallones y las oquedades.
3. Los motivos se distribuyen por el vaso en la zona media-alta del galbo, acaparando el 50% o menos de la superficie externa.
4. Incorporación del peine impreso o puntillado.
5. Desaparición o rarefacción de la decoración interna del vaso.
6. Asimilación a cuencos hemisféricos y troncocónicos con borde recto o entrante, a urnas con perfil en "S", a vasos ovoides y globulares, a copas y a recipientes de cuello cilíndrico con borde abierto.
7. Un aumento de su producción.
8. Y en la meseta centro-occidental se asocia a la vajilla realizada a mano de pastas negras o pardas propias de una cocción reductora y con una decoración variada.

Álvarez-Sanchís (1999: 200), Sanz (1996) o Barrio (1988: 368) establecen dos áreas geográficas desde el punto de vista de la ejecución. La primera se extiende a lo largo del valle medio del Duero (Coca, Roa, Tiermes, Padilla...) y se caracteriza por el uso del peine impreso e inciso. La segunda zona ocupa el sector suroccidental de la cuenca (Las Cogotas, Sanchorreja, Salamanca, Villanueva de La Vera...) y se define por el empleo de la incisión. En ambos sectores se distinguen

diferentes regiones estilísticas e incluso se atisban motivos que son dominantes o específicos en ciertos poblados y necrópolis. No obstante, Martín Bravo señala ambas técnicas fueron empleadas para decorar las cerámicas extremeñas, por tanto hay que señalar que es posible que una predomine sobre otra según qué zona, pero no son de uso exclusivo y es posible que en el valle medio del Duero se emplee la incisión, aunque de forma minoritaria; del mismo modo que en el sector extremeño nos encontramos con ambas, como demuestran las piezas de Villasviejas del Tamuja (1999: 233).

Respecto al origen de esta técnica ornamental, la bibliografía clásica lo atribuía a grupos procedentes de Europa, franceses o danubianos (Watttemberg (1959), Savoir (1968) o Hernández (1981). Actualmente, la hipótesis defendida, por investigadores como García-Soto y de La Rosa (1990: 308-309), es que la técnica es autóctona de la Meseta, diferenciándose los grupos culturales por los motivos decorativos, los cuales son totalmente distintos.

#### 1. E. a. 1. *Motivos decorativos Bronce Final/Hierro I:*

1. E. a. 1-1. *Incisiones en triángulos/dientes de lobo y ángulos.* En muchos ejemplares aparecen rellenos con líneas incisas horizontales (Fig. 221-1.1).

1. E. a. 1-2. *Incisiones espigadas simples, dobles o múltiples* (Fig. 221-1.2).

1. E. a. 1-3. *Incisiones formando zig-zags* (Fig. 221-1.4).

1. E. a. 1-4. *Incisiones reticuladas:* romboidales (Fig. 221-1.6) y cuadradas. (Fig. 221-1.5).

1. E. a. 1-5. *Incisiones formando guirnalda*s (Fig. 221-1.7).

1. E. a. 1-6. *Incisiones circulares:* simples (Fig. 186-1.3) y entrelazados. (Fig. 221-1.13).

1. E. a. 1-7. *Incisiones en aspas* (Fig. 221-1.8).

1. E. a. 1-8. *Incisiones lineales:* verticales (Fig. 186-1.9) y horizontales. (Fig. 221-1.9).

1. E. a. 1-9. *Incisiones serpentiformes* (Fig. 221-1.12).

1. E. a. 1-10. *Incisiones en cremallera.* Este motivo consiste en una línea incisa horizontal cruzada en tramos cortos por otras verticales. (Fig. 221-1.11).

1. E. a. 1-11. *Incisiones en "C"* (Fig. 221-1.10).

Los yacimientos donde se han identificado estos tipos decorativos son: el Teso del Cuerno (González, 2000: 178; 1992: 48; Martín y Jiménez, 1988-89: 269, Fig. 2 y 3; 1992: 249); Cancho Enamorado (López, 2003a, 2003b y 2003c; Maluquer, 1958: 47, Fig. 9 y 66; López *et al*, 2003c y 2003a: 21; Fabián, 1986-87: 276, Fig. 2, nº 1 y 2); La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 397; Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores en Alba de Tormes); Salamanca (Martín Valls y Delibes, 1972: 29, Fig. 6, nº 6 y 10; 30, Fig. 7, nº 16, 19 y 21; Martín Valls, 1971: 132, Fig. 7, nº 16), La Aceña (Sanz *et al*, 1991-92: 82); el Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 133 y 132, Fig. 3, nº 4); El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 27, Fig. 4, nº 1, 2

y 5; Martín Valls, 1971: 132, Fig. 7, nº 16); El Castillo de Saldeana (STRATO, 2005: 20); El Pino del Tormes (Martín Valls y Delibes, 1973: 399, Fig. 1); el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 105, nº 12); El Torrejón (Fabián, 1999: 175, Fig. 8); Los Hornos (IACyL); Castil de Cabras (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: piezas 100 y 101); El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 120, Fig. 31) y Yecla de Yeltes (Pérez, 1991-92 57; 1992-993: 104; Aula arqueológica de Yecla de Yeltes).

Dentro de este elenco de motivos, los más frecuentes son las retículas, las espigas, los zig-zags y los triángulos, muchos de los cuales presentan en su interior líneas paralelas incisas o impresiones circulares. Piezas con decoración análoga han sido documentadas en La Pedriza (Arenas, 1990: 97, Fig. 5); en El Castillar (Castiella, 1986-87: 243), El Pago de Gorrita (Romero, 1980: 149); en San Román de La Hornija, en Las Carretas, en Cazurra (Delibes y Martín Valls, 1972: 44ss.); en Las Cogotas (Martín Valls, 1971: 133); en El Castillo de Alange (Pavón, 1995: 64, Lam. 1B) o en los yacimientos de La Alta Extremadura (Martín, 1999: 113).

1. E. a. 2. Motivos decorativos Hierro II:

1. E. a. 2-1. *Incisiones espigadas simples, dobles o múltiples* (Fig. 221-7.2).

1. E. a. 2-2. *Incisiones formando ondas*: una sola línea ondulada (Fig. 221-7.7), sogueados. (Fig. 221-7.9) y eses (Fig. 221-7.8).

1. E. a. 2-3. *Incisiones reticuladas*: cuadrangular (Fig. 221-7.5), romboidal (Fig. 221-7.6) y diseños complejos, que se forma en el ángulo de otros diseños.

1. E. a. 2-4. *Incisiones figurativas*. Se puede observar en un fragmento hallado en el Cerro San Vicente, en el que se distingue un motivo vegetal (Martín Valls *et al*, 1991: 144, Fig. 4) (Fig. 221-7.11).

1. E. a. 2-5. *Puntillado* (Fig. 221-7.3).

1. E. a. 2-6. *Incisiones en zig-zags*. En esta etapa este diseño se ha complicado y para formar una línea de zig-zags, se realizan varios trazos, pudiendo formar en cada ángulo una especie de reticulado (Fig. 221-7.4).

1. E. a. 2-7. *Incisiones lineales*. Normalmente suelen enmarcar otro tipo decorativo, aunque otras veces ellas son la decoración, encontrándonos varias líneas agrupadas tanto en vertical como en horizontal (Fig. 221-7.1).

1. E. a. 2-8. *Incisiones triangulares* (Fig. 221-7.10).

1. E. a. 2-9. *Incisiones circulares*: simples (Fig. 221-7.3) y concéntricos. (Fig. 221-7.13).

1. E. a. 2-10. *Incisiones en V* (Fig. 221-7.14).

1. E. a. 2-11. *Aspas* (Fig. 221-7.12). Encontramos paralelos de estos motivos entre los materiales de diversos yacimientos como, por ejemplo, en Las Cogotas (Cabré, 1930: Lam. XXIII,

XXV); en El Raso (Fernández, 1986: Fig. 458, nº 63-69; Fig. 320, nº 2), Sanchorreja; (Maluquer, 1958b: Fig. 15); en Las Esperillas (García y Encinas, 1990: 323) y en diversos castros extremeños, entre los que se puede mencionar Talavera La Vieja (Jiménez, 2006: 35), Villasviejas del Tamuja o El Cerro del Castillo (Martín, 1999: 168 y 233).

1. E. a. 2-12. *Motivos incisos a peine*: quebrados formando zig-zags (Fig. 221-8.1), motivos en “eses” (Fig. 221-8.2), serpentiformes (Fig. 221-8.3), sogueados (Fig. 221-8.4), motivos lineales horizontales o verticales (Fig. 221-8.5), motivos circulares. (Fig. 221-8.6), soliformes.

Los yacimientos donde han aparecido cerámicas con este tipo de decoración son Ledesma, el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), Yecla de Yeltes (Pérez, 1992-93: 104); El Teso de Las Catedrales (Salamanca) (Alario, 1999: sector H U. E. 454, pieza 57-73; Muñoz, 2000: 66; Balados y Marcos, 2004a: 68), La Cuesta de Santa Ana (Garcíhernández) (Piñel, 1980: 67), el Cerro San Vicente (Salamanca) (Martín Valls et al, 1991: 142, Fig. 3; 144, Fig. 4), El Castillo (Forfoleda) (IACyL), Monleón (Vinuesa y Aparicio, 2007: 69) y Los Tejares (El Tejado de Béjar) (Martín Valls, 1991: 142, Fig. 3; Álvarez-Sanchís, 1999: 201, Fig. 79; García y de la Rosa, 1990: 307, Fig. 1; López, 2003d; 2004: piezas 681 y 569; López, 2004: 14). La cerámica a peine ya ha sido analizada en su apartado correspondiente, por lo que tan sólo mencionaremos algunos yacimientos meseteños donde se aprecian estos mismo motivos como en Las Cogotas (Blázquez y Rodríguez, 2004: 212, Fig. 102); en El Raso, en Sanchorreja (Sánchez, 2000: 110); en Olivares del Duero (Seco, 1993: 213); en Numancia, en Osma o en La Osera (García-Soto, 1990: 308, Fig. 2).

### 1. E. b. La impresión (Fig. 221-2)

Esta técnica se combina siempre con otras y consiste en imprimir mediante el punzón, los dedos o la marquilla temas decorativos como zig-zags, espigas, digitaciones,... que se describirán más adelante. Delibes y Martín Valls observaron en varios estudios sobre cerámica del Hierro I, realizados en Zamora, Valladolid y Salamanca, que cuando los vasos están decorados al interior, esta técnica tan sólo figura en el borde (1972: 13). Es minoritaria en los yacimientos de Finales del Bronce/principios del Hierro, para luego encontrarla en porcentajes mayores durante el Hierro I (*Ibidem*: 13).

#### 1. E. b. 1. *Motivos decorativos Bronce Final/Hierro I:*

1. E. b. 1-1. *Impresiones en triángulos/dientes de lobo* (Fig. 221-2.1).

1. E. b. 1-2. *Impresiones en trazos verticales* (Fig. 221-2.2).

1. E. b. 1-3. *Impresiones de trazos oblicuos*. Suelen estar situadas en los bordes de las piezas cerámicas (Fig. 221-2.3).

1. E. b. 1-4. *Impresiones en zig-zags* (Fig. 221-2.4).

1. E. b. 1-5. *Impresiones obtenidas por marquilla* (Fig. 221-2.5).



1. E. b. 1-6. *Impresiones digitales*. Consiste en la aplicación de las yemas de los dedos y la mayoría se han localizado en el borde de la pieza. (Fig. 221-2.6).

1. E. b. 1-7. *Motivos circulares* (Fig. 221-2.8).

1. E. b. 1-8. *Impresiones reticuladas*. Se han apreciado dos subtipos: romboidales (Fig. 221-2. 10) y cuadradas (Fig. 221-2. 9).

1. E. b. 1-9. *Impresiones unguladas*. Consiste en la aplicación de la uña sobre la pasta y suelen estar localizadas en la parte superior de las cerámicas, bien en el borde o bien en el cuello (Fig. 221-2.7).

Los yacimientos en donde se han identificado estos tipos decorativos son: el Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 132, Fig. 3, nº 1); el Teso del Cuerno (González, 1992: 49, 79 y 155; 2000: 181); Cortinas del Río (IACyL); El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 28, Fig.5, nº 7; 1973: 397 y 400); Fresnillo (IACyL); La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 9, Fig. 6, nº 1 y 2; 29, Fig. 6, nº 7; 30, Fig. 7, nº 15, 19 y 25; Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores); Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 47 y 49, Fig. 10; López, 2003b; Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores); El Torrejón (Fabián, 1999: 175, Fig. 8; Álvarez-Sanchís, 2005: 50); Las Merchanas (Museo Arqueológico de Lumbreras); el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 85, Láminas: Fig. 115, nº 1 y 2); La Aceña (Sanz *et al.* 1991-92: 82); La Mata Chica (IACyL); El Castañar (Álvarez-Sanchís, 2005: 50); El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 119); San Pelayo (Benet y López, 2004: 162); Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: piezas 33, 60, 103, 134, 142); Teso de la Septa (IACyL); El Castillo de Saldeñuela (STRATO, 2001-02: 8); Ledesma (Fabián García, 1999: 56: 164; Benet *et al.*, 1991: 128, Fig. 5, nº 17) y Arapil Grande (IACyL).

Piezas con motivos análogos han sido documentadas en La Pedriza (Arenas, 1990: 97, Fig. 5), en San Román de La Hornija (Delibes *et al.*, 1990, Fig. 19, nº 1-5), en El Castillar (Castiella, 1986-87: 243), en Las Carretas, en Cazorra (Delibes y Martín Valls, 1972: 44ss.), en El Pago de Gorrita (Romero, 1980: 146), en Las Cogotas (Martín Valls, 1971: 132), en La Muralla del Aguijón (Pantoja (Martín, 1999: 172), e incluso se han hallado en El Castillo de Alange fragmentos cerámicos con decoración de ungulaciones que se adscribirían al círculo cultural de Cogotas (Pavón, 1995: 64, Lam. 1B).

La cronología de este tipo de ornamentación a raíz de los datos ofrecidos por las investigaciones en los castros mencionados es de finales del siglo IV al III- II a. C., ya que la fecha que los diferentes investigadores han adjudicado a las primeras cerámicas estampilladas de los yacimientos mencionados remiten al siglo IV a. C. No obstante, la eclosión de este tipo de decoración debió de producirse en todo el occidente meseteño en fechas similares por los datos obtenidos en las investigaciones llevadas a cabo o incluso antes desde motivos más sencillos del Hierro I (Martín, 1999: 240).

1. E. b. 2. *Motivos decorativos Hierro II:*

1. E. b. 2-1. *Impresiones a ruedecilla*. Se agrupan formando bandas que pueden encuadrar otro tipo decorativo.

1. E. c. **Estampillado (Fig. 221- 4 y 9)**

El estampillado consiste en presionar una matriz sobre la pieza aún sin cocer. Durante el Hierro I será una técnica muy minoritaria, y simple, pero en la etapa siguiente experimentará un gran auge, ya que se ha documentado sobre un gran número de recipientes y con una gran variedad de motivos sobre todo en la cerámica tardía (Blanco, 1993: 113-140; González y Sarabia, 2000: 116). Así en el área meseteña podemos citar las cerámicas de Las Cogotas (Cabré, 1930: 64-65 y 73; Álvarez-Sanchís, 1999: 205, Fig. 81, nº 7); de El Raso, donde ha sido fechada en el siglo III a. C. (Fernández Gómez, 1986: 874-875); de Roa (Sacristán, 1986: 326); de Ulaca o de La Osera (Álvarez-Sanchís, 1999: 204-206); o de Coca, en cuyo alfar se usaba con asiduidad, sobre todo en platos, fuentes y cuencos (Blanco, 1993: 113-114). También se han documentado en la cerámica recogida en algunos castros extremeños como La Coraja, La Dehesilla o El Castillejo del Casar, siendo en este último, el único donde se ha encontrado un fragmento de borde con el tema del espigado (Martín Bravo, 1999: 240 y 191, Fig. 88A, nº 6). Los soliformes, los motivos circulares y las rosetas son tipos con gran cantidad de variantes y aparecen en las cerámicas del suroeste y en el área *vettona* con asiduidad. Los reticulados también son frecuentes de dicha zona, del área madrileña y de los castros de la cuenca del Guadiana (Berrocal-Rangel, 1992: 113). Las series de letras, sobre todo “S”, “M” y “E” son muy características de las primeras producciones cerámicas (Martín Valls, 1986-87: 73). Se ha observado que en el territorio estudiado sustituirá en gran medida, por no decir por completo, a la impresión.

1. E. c. 1. *Motivos decorativos Bronce Final/Hierro I:*

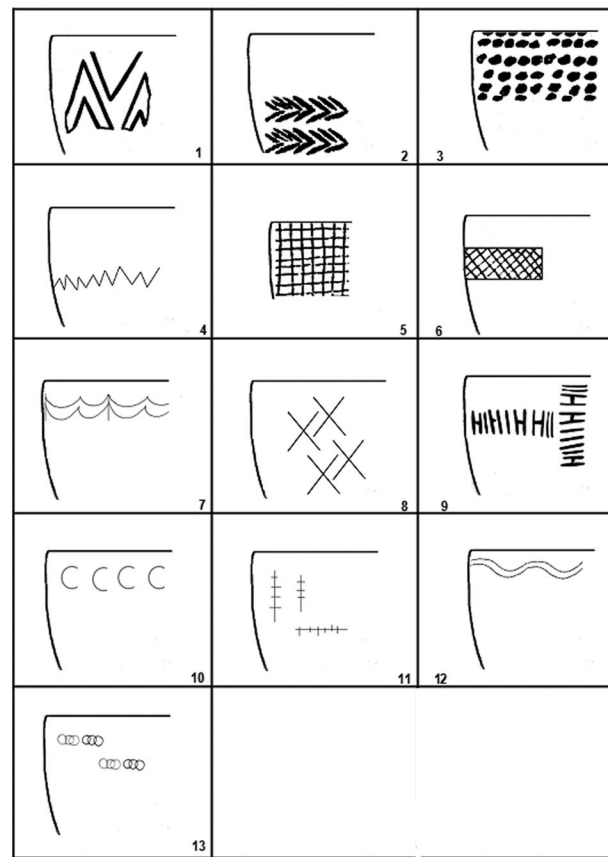
1. E. c. 1- 1. *Motivos circulares o semicirculares* (Fig. 221-4.2).

1. E. c. 1-2. *Motivos espigados* (Fig. 221-4.3).

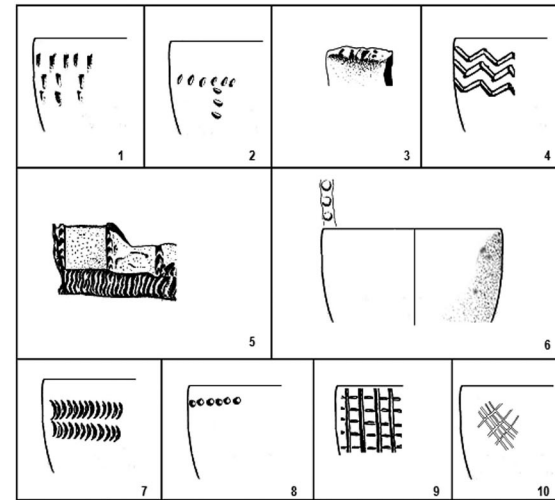
1. E. c. 1-3. *Motivos figurativos*. Tan sólo se ha recogido un fragmento con este tipo decorativo, que fue identificado por Martín Valls y Delibes como un motivo solar (1973: 400, Fig. 3, nº 3) (Fig. 221-4.3).

Este elenco de motivos decorativos se han identificado en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 397); en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 66; López, 2003f: 53; Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores); en La Corona (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: piezas SF/202/307); en La Aceña (Sanz *et al*. 1991-92: 82); en La Mesa del Carpio Bernardo (Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores; Martín Valls y Delibes, 1972: 30, Fig. 7, nº 15); en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 90 nº 5 y 6); en La Mata Chica (STRATO, 2001-02: 10), en La Solana (Navalmoral de Béjar) (IACyL) y en Ledesma (Benet *et al*., 1991: 129).

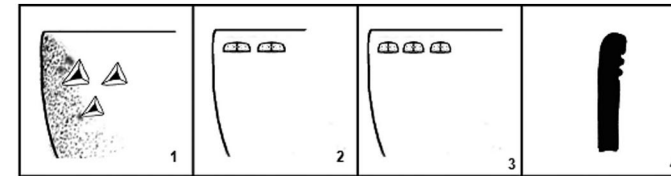
### 1. Motivos incisos



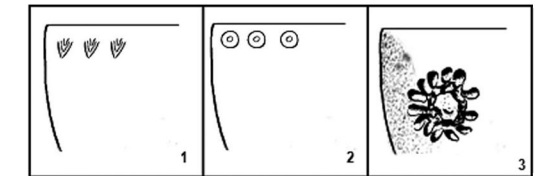
### 2. Motivos impresos



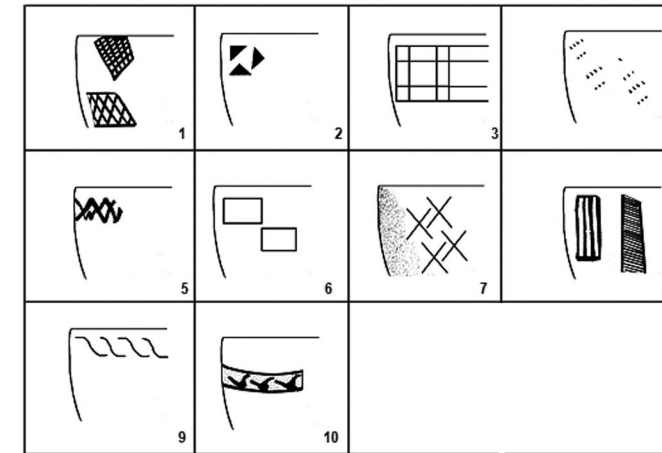
### 3. Motivos excisos



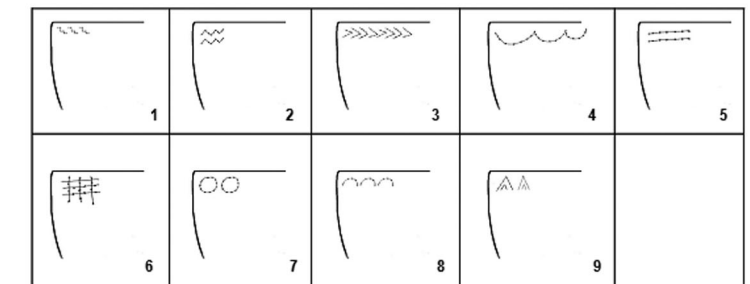
### 4. Motivos estampillados



### 4. Motivos pintados

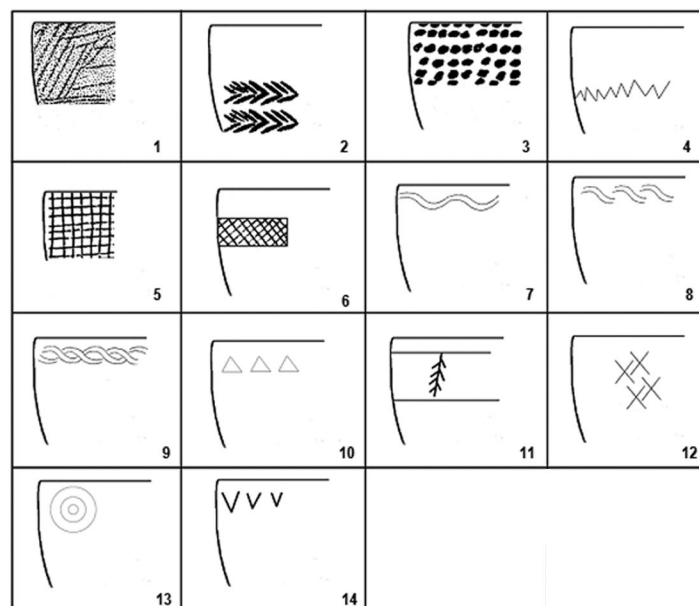


### 6. Boquique

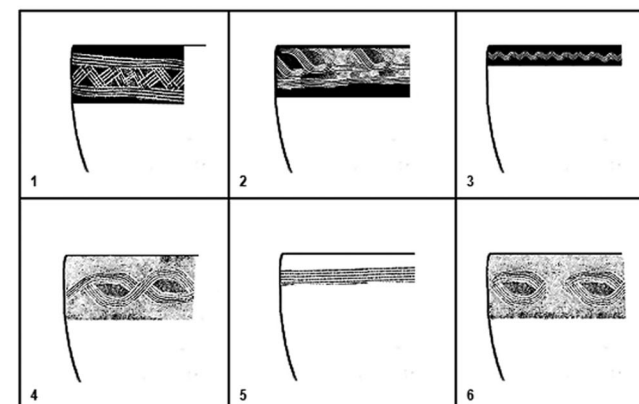


## Primera Edad del Hierro

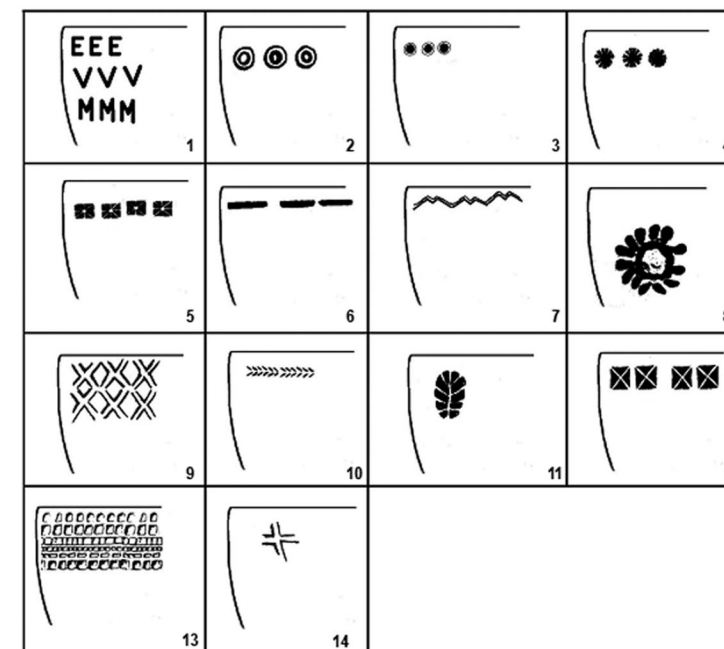
## Segunda Edad del Hierro



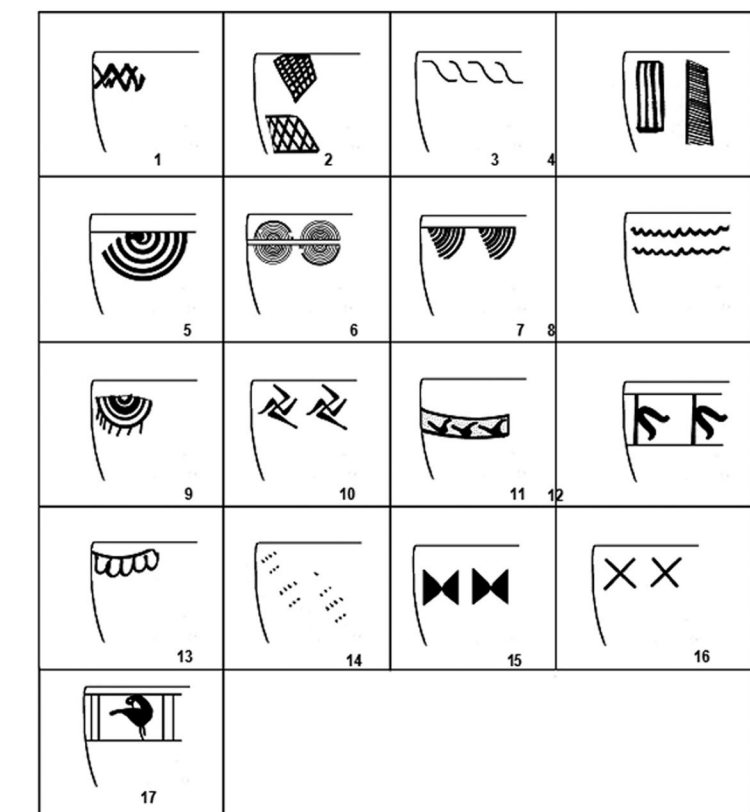
### 7. Motivos incisos



### 8. Motivos incisos a peine



### 9. Motivos estampillados



### 10. Motivos pintados

Figura 221: Motivos decorativos en la cerámica de la Edad del Hierro

### 1. E. c. 2. Motivos decorativos Hierro II:

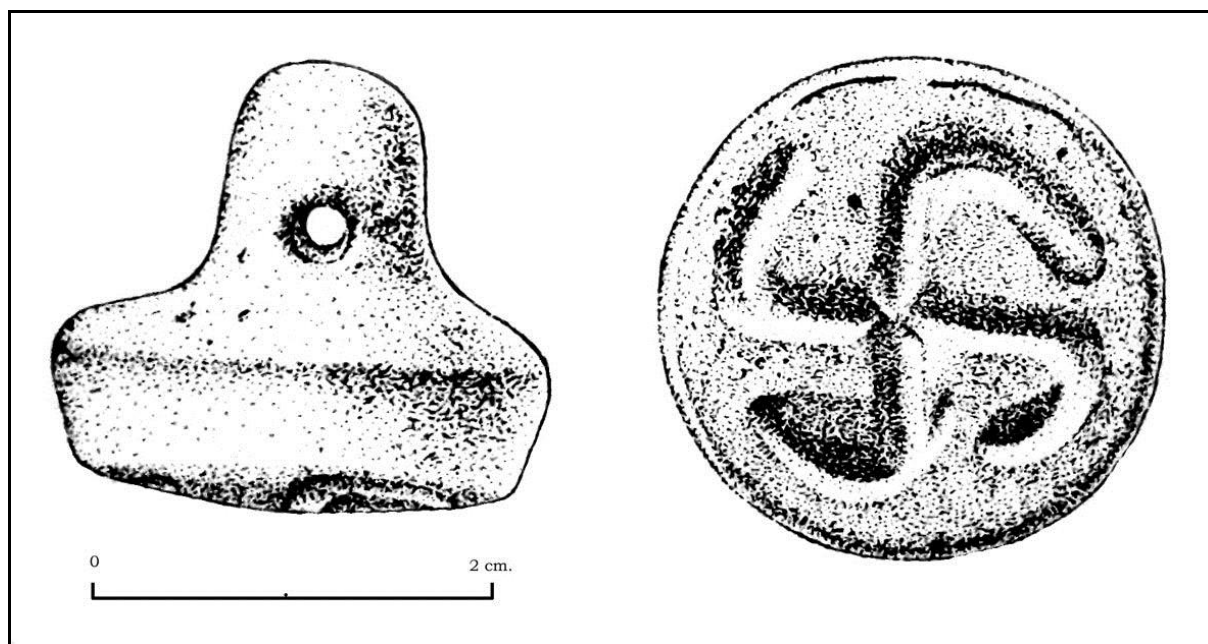


Figura 194: Matriz de Yecla de Yeltes. (Según Martín Valls, 1973)

1. E. c. 2-1 *Esvástica*. En el yacimiento de Yecla de Yeltes se recogió una matriz con este motivo (Martín, 1919: 409-410). Esta decoración es frecuente no sólo en la cerámica pintada sino sobre otros soportes como el armamento o los grabados. Así dentro del territorio contamos con este motivo tanto algunos recipientes cerámicos de Ciudad Rodrigo o Salamanca (Martín Valls, 1976: 375), como en los grabados de los sillares de la muralla de El Castillo de Saldeana (Martín Valls, 2008: 246) y de Yecla (Martín Valls, 1973a: 89). En la Meseta y el Suroeste céltico se han documentado vasijas y armas con este tipo de representación (Sopeña, 1987: 164, Lam. VIB; 166, Lam. VIIIA; Berrocal-Rangel, 1992: 113; Almagro-Gorbea, 2001: 168) (Fig. 194).

1. E. c. 2-2 *Polígonos radiales*. Estos mismo motivos estampillados se han documentado en El Raso, en cerámicas datadas entre el siglo V y el III a. C. (Fernández *et al*, 1986-87: 269). Las identificadas en el Teso de Las Catedrales (Salamanca) capital se han fechado entre el siglo III y II a. C. (Fig. 221-9.5).

1. E. c. 2-3. *Sellos con diferentes letras*. Los grupos de que se han documentado en el Teso de Las Catedrales (Macarro, 1999: 135-136; Macarro, 1999a: 46) (Fig. 221-9.1) son: “SSS”, “EEE”, “VVV” y “MMM”.

1. E. c. 2-4. *Motivos circulares simples o concéntricos* (Fig. 221-9.2).

1. E. c. 2-5. *Espigados*. (Fig. 221-9.10).



1. E. c. 2-6. *Soliformes*. Cerámicas con este motivo se han recogido en Yecla de Yeltes (Pérez, 1992-93: 105) y posiblemente en el Teso de Las Catedrales, aunque la pieza está incompleta y podría ser otro motivo muy similar (González *et al*, 2000: 109, Fig. 37) (Fig. 221-9.8).

1. E. c. 2-7. *Aspas*. Este tipo decorativo es frecuente en la cerámica pintada de El Teso de Las Catedrales y en la base de muchas fusayolas recogidas en los castros estudiados (ARQUETIPO, 1996) (Fig. 221-9.9).

1. E. c. 2-8. *Rosetas*. (Fig. 221-9.4).

1. E. c. 2-9. *Motivos lineales*. (Fig. 221-9.6).

1. E. c. 2-10. *Palmetas*. (Fig. 221-9.11).

1. E. c. 2-11. *Serpentiformes*. (Fig. 221-9.7).

1. E. c. 2-12. *Cruciformes*. Las estampillas con estos temas son relativamente frecuentes, sobre todo en canicas y cajitas, localizándose en muchos asentamientos del Valle del Duero (González y Sarabia, 2000: 116) (Fig. 221-9.14).

Los yacimientos donde se han identificado piezas con ese tipo de decoración son: Yecla de Yeltes (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes; Pérez, 1992-93: 105; Martín Valls, 1973: 91); El Teso de Las Catedrales (STRATO, 1994; 1995a: 166; Macarro, 1999: 135-136; 1999a: 46, Lam. 14; Balado y Marcos, 2004a: 68; Alario *et al*, 1999: U.E. 503, nº 8 y sector C, U. E 367, pieza nº 53; 1998a: 302); Los Tejares (López, 2003d; 2004: pieza 576, 577 y 598) y el Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 133).

### **1. E. d. El boquique y la excisión (Fig. 221-3 y 6)**

Ambas técnicas son singulares de todas las vistas hasta este momento, de ahí que se analicen juntas. Esto se puede explicar por el hecho de que ambas son modos decorativos propios de los primeros momentos de Cogotas I, es decir Bronce Antiguo y Medio (Benet *et al.*, 1991: 132; Abarquero, 1997: 76). Teniendo en cuenta que los yacimientos en donde aparecen están datados en los momentos finales del Bronce y principio del Hierro, la hipótesis es que todavía perdurarían ambas artes, aunque de manera residual. No obstante, la excisión es la menos representada, hasta el punto que en algunos yacimientos como el Teso del Cuerno (Forfoleda) no se ha documentado. La coexistencia de ambas técnicas es habitual en la Meseta central y occidental (López, 1979: 24).

La excisión consiste en la extracción de pasta para la realización de motivos decorativos. En cuanto a la técnica del Boquique, busca simular una decoración pintada y se caracteriza por líneas incisas realizadas a base de puntos y rayas, en las que se suelen incrustar pastas de colores, normalmente blanca, aunque las piezas de Cancho Enamorado (Puente Congosto) muestran el uso de pasta roja (Maluquer: 1958: 64).

Se han documentado en numerosos yacimientos del sector occidental de la Meseta Norte como en San Román de La Hornija, Las Carretas, Cazorra, Las Cogotas o Sanchorreja (Delibes y Martín Valls, 1972: 44ss.; 1973: 396; González-Tablas y Domínguez, 2002). En otros sectores peninsulares, como la zona del Tajo Superior, ambas técnicas son propias de las etapas iniciales del Bronce, desapareciendo durante el Hierro I, aunque en su fase inicial persistirán en determinados ejemplares (Barroso, 2002: 111). Esto mismo se observa en nuestro caso.

1. E. d. 1 *Motivos decorativos con técnica del boquique*

1. E. d. 1-1. *Motivos decorativos Bronce Final/Hierro I:*

1. E. d. 1-1. 1. *Motivos en escalera* (Fig. 221-6. 1).

1. E. d. 1-1. 2. *Motivos en zig-zags* (Fig. 221-6. 2).

1. E. d. 1-1. 3. *Motivos metopados*.

1. E. d. 1-1. 4. *Motivos espigados* (Fig. 221-6. 3).

1. E. d. 1-1. 5. *Motivos formando ondas o guiraldas* (Fig. 221-6. 4).

1. E. d. 1-1. 6. *Motivos lineales* (Fig. 221-6. 5).

1. E. d. 1-1. 7. *Motivos reticulares* (Fig. 221-6. 6).

1. E. d. 1-1. 8. *Motivos circulares o semicirculares* (Fig. 221-6. 7 y 8).

1. E. d. 1-1. 9. *Motivos en triángulos/dientes de lobo* (Fig. 221-6. 9).

Los yacimientos en donde se testimonia esta técnica decorativa son: La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 29, Fig. 6, nº 2); Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 45, 46 y 48; López, 2003a y 2003b); el Teso del Cuerno (González, 1992: 50; 2000: 180); Peñas de La Noria (IACyL); La Aceña (Sanz *et al.* 1991-92: 79 y 82); el Cerro San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 61); Huertamontes (IACyL) y El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 397 y 400).

1. E. d. 2. *Motivos decorativos con técnica excisa*

1. E. d. 2-1. *Motivos decorativos Bronce Final/Hierro I:*

1. E. d. 2-1. 1. *Excisiones en triángulos* (Fig. 221-3.1).

1. E. d. 2-1. 2. *Excisiones en rectángulos* (Fig. 221-3.2).

1. E. d. 2-1. 3 *Excisiones en cuadrados* (Fig. 221-3.3).

1. E. d. 2-1. 4. *Excisiones en forma de acanaladuras* (Fig. 221-3.4).

Este elenco de motivos decorativos se han identificado en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 397); en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 66; López, 2003f: 53; Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores); en La Corona (Sánchez-Palencia *et al*,

2001: piezas SF/202/307); en La Aceña (Sanz *et al.* 1991-92: 82); en La Mesa del Carpio Bernardo (Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores; Martín Valls y Delibes, 1972: 30, Fig. 7, nº 15); en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 90 nº 5 y 6); en La Mata Chica (STRATO, 2001-02: 10), en La Solana (Navalmoral de Béjar) (IACyL) y en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 129).

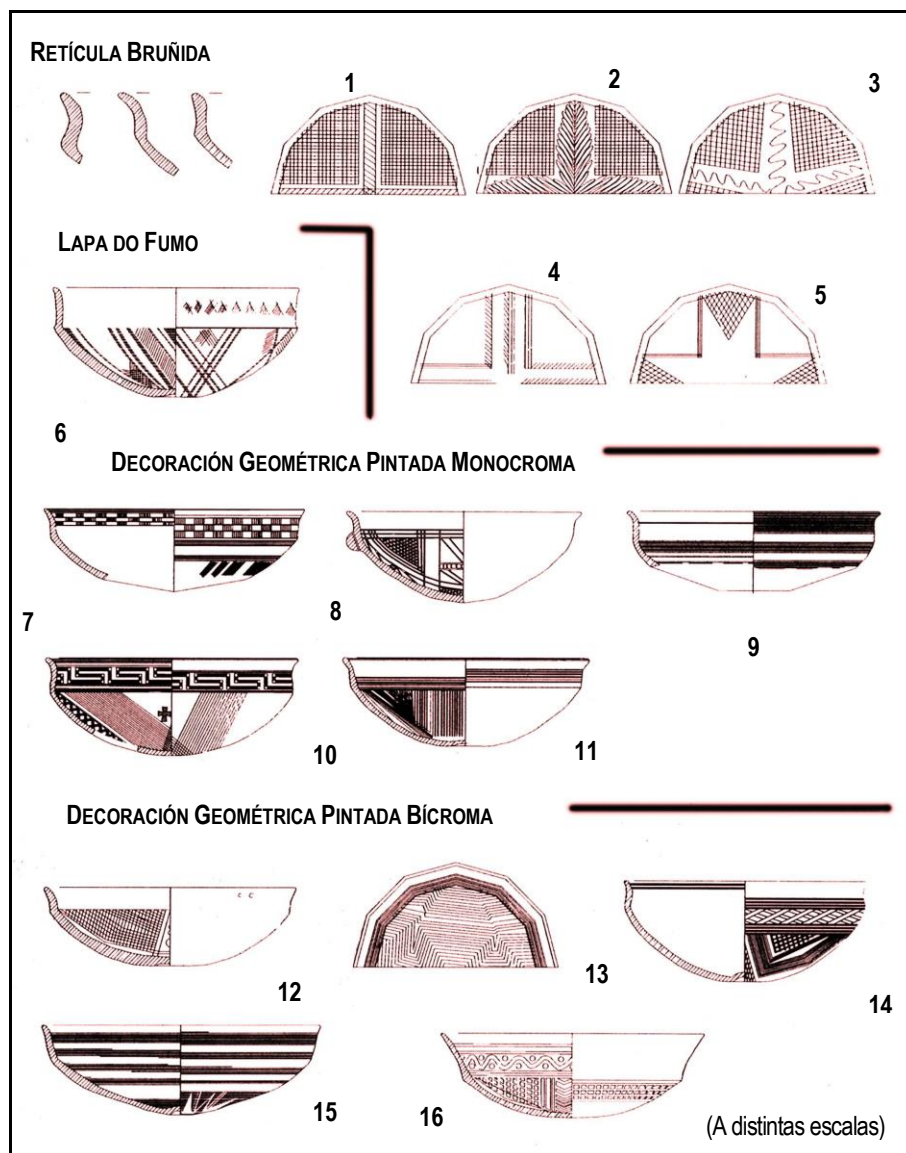


Figura 222: Cuadro de los cuencos decorados de la zona occidental durante el Bronce Final-Hierro I realizado por Benet *et al.* 2004: 167). Del 1 al 5. Cabezo de San Pedro. (Según Blázquez *et al.*, 1979). 6. Alegrios (Vilaça, 1995). 7. Los Alcores (Aubet, 1982). 8. Martinamor (Benet, 1990). 9 y 10.: Las Cumbres (Córdoba y Ruíz Mata, 2000). 11. Medellín (Almagro y Martín Bravo, 1994). 12 y 13. Casa del Carpio (Pereira, 1989). 14. Mengibar (Carrasco *et al.*, 1986). 15. Medellín (Almagro, 1977). 16. Ledesma (Martín Valls, 1998).

### 1. E. e. Decoración pintada (Fig. 221-4 y 10)

Durante el Bronce Final/Hierro I esta decoración sólo se aplicó sobre recipientes de pequeño o mediano tamaño, de boca ancha y fabricados con pastas de buena calidad, mediante cocción

reductora, con paredes finas y alisadas, como son cuencos hemisféricos, casquetes simples y vasos de perfil sinuoso. La técnica consiste en aplicar, post-cocción, sobre sus superficies una base de pintura roja y negra y sobre esta se realizarían las composiciones geométricas, mayoritariamente, bícromas y, ocasionalmente, policromas. Los colores identificados son el amarillo, el blanco, el negro y el azul<sup>85</sup> (Macarro, 1999: 107; Macarro y Alario, 2012: 71). Yacimientos en donde se han recogido cerámicas con este tipo de decoración son La Plaza del Cerro de San Pelayo (Martinamor) (Benet, 1990: 75); Ledesma (Benet *et al*, 1991: 129); Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (López Jiménez, 2002: 375 ss.); el Cerro San Vicente (Salamanca) (Macarro, 1999: 107; Macarro y Alario, 2012: 71) y El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 119).

Actualmente, la hipótesis con más fuerza sobre su origen es que procede de una simbiosis entre los influjos mediterráneos y los centroeuropeos. Estas producciones policromas del “tipo Meseta” derivarían de las bícromas del “tipo Andaluz”, que junto a las del “tipo Medellín”, surgieron a raíz de las monocromas del “tipo Carambolo” (Almagro, 1977a: 454-461). Esta teoría ha sido reforzada por otros autores como Martín Valls y Delibes (1978: 228-229) y Romero Carnicero (1980: 144). Este último investigador, partiendo del ejemplar de La Plaza del Cerro de San Pelayo y de otro similar hallado en Portaceli (Medellín, Badajoz), establece su origen en las copas onubenses del Bajo Guadalquivir, vinculadas al mundo geométrico, cuya introducción en la Península se fecha entre el siglo VIII-VII a. C. (1996: 315) (Fig. 222). Esto hace suponer que la ruta por la que estas cerámicas llegaron a la Meseta sería la ya conocida Vía de la Plata, igual que ocurre con otros elementos materiales, como las fíbulas de doble resorte, de los hablaremos extensamente más adelante. De hecho, como demuestra el estudio de Romero, esta técnica se puede encontrar en numerosos yacimientos en torno a este eje de comunicación (*Ibidem*: 314). Además, las cerámicas de estos yacimientos y los del Valle del Tormes, que abarcan nuestro trabajo, presentan características formales, técnicas y decorativas bastante homogéneas como son diseños que tienden a ocupar la parte superior de los vasos de las paredes exteriores y toda la superficie de las interiores; predominio de los ejemplares bícromos sobre fondo rojo; empleo exclusivo del amarillo y del blanco para el dibujo de los motivos ornamentales; uso del negro, el blanco y el azul como complementos cromáticos de los diseños decorativos y temática geométrica organizada en bandas metopadas enmarcadas por líneas que encierran motivos lineales, rectos, ondulados,... que forman composiciones más complejas. Se les ha conferido un carácter ornamental, ritual o de prestigio, debido a su escasez, y se han vinculado a las élites locales, funcionando como elementos de canje tanto en los circuitos de intercambio comercial como en los contactos derivados de las relaciones políticas entre las comunidades (Benet, 1990; Delibes, 1995; Romero, 1996; Romero y Ramírez, 1996; Baquedano, 1996: 82; Macarro, 1999: 107; Pereira, 2008: 118). Se pueden mencionar gran cantidad de paralelos, ya que esta técnica decorativa se ha documentado varios yacimientos cercanos como Las Paredejas

---

<sup>85</sup> El tono azul sólo se ha documentado en un fragmento cerámico del Cerro San Vicente, en un tono muy claro, y en otro de Ledesma (Macarro, 1999: 107 y 115).



(Medenilla) (Fabián, 1986-87: 281), Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 43-45), El Soto de Medenilla (Delibes, y Treceño, 1995) o La Aldehuela (Santos, 1990: 226-229), extendiéndose significativamente por la Submeseta Sur (Werner, 1990: 51).

La cerámica pintada del Hierro II se encuadran dentro del estilo *vettón* y muestra unas influencias celtibéricas. El contacto con esta nueva técnica en el occidente meseteño, a través de los objetos importados, produjo un proceso de continua aceptación, asimilación e imitación entre los siglos III-II a. C. como se comprueba en otros yacimientos tales como La Mota, Cuéllar, el Soto de Medenilla, en Sanchorreja, en Olivares del Duero, en Roa (Esparza y Martín Valls, 1992: 260; Escudero y Sanz, 1999: 332-33), en Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 207-208) o *Salmantica* (Macarro, 1999a: 42) (Fig. 223 y 224). La vajilla en su etapa inicial se caracteriza por unas pastas de cocción oxidante, con arcillas de buena calidad y superficies bien cuidadas, alisadas o engobadas. El color de estas pastas es el color nuez, el cual será más difícil de encontrar en la etapa siguiente. La pigmentación se aplica antes de la cocción y se compone de diferentes minerales de hierro. En líneas generales, los tonos que se emplearon son el negro, el rojo, el anaranjado y el amarillo, utilizando un color para los motivos y otro para el fondo. Concretamente, en el caso salmantino predominan los colores blanco, rojo vinoso, sepia o marrón y negro, empleándose dos de ellos, que combinados con el tono natural del vaso (pardo amarillento y anaranjados claros), crean el efecto de policromía. Estos tonos son aplicados sobre finos vasos con diámetros pequeños y medios, con perfiles sinuosos, bitroncocónicos y en cuencos (Macarro, 1999a: 42). Esta policromía indica la modernidad de las cerámicas, ya que su empleo se generaliza a partir del siglo II-I a. C. (Burillo, 2008: 174).

Las composiciones que predominan son las bandas anchas de color, blancas o vinosas, enmarcadas por líneas finas, negras o marrones, que se extienden por la zona superior del vaso y en ocasiones invaden parcialmente el borde interno del mismo. A su vez estas bandas encierran frisos metopados, con temática variada, que se analizarán más adelante, como: arcos colgados, rombos tumbados unidos por sus vértices y rellenos de líneas paralelas, aspás, serpentiformes,... Estos motivos se combinaron con ciertos elementos de modelado secundario caso de las molduras, los baquetones, que alcanzarán su mayor barroquismo en los pies y fustes de las copas, y los resaltes. Estos elementos tienen dos funciones, por un lado sirven para separar los diferentes espacios decorativos y por otro refuerzan determinadas zonas en las vasijas. Los motivos más frecuentes son los círculos concéntricos, que fueron trazados con un compás, cuya huella se ha documentado en algunos ejemplares procedentes de otros yacimientos meseteños (Martín Valls *et al*, 1991: 155); se distribuyen de forma continua, colgando de una franja horizontal u opuestos en torno a una línea recta horizontal asemejando meandros.

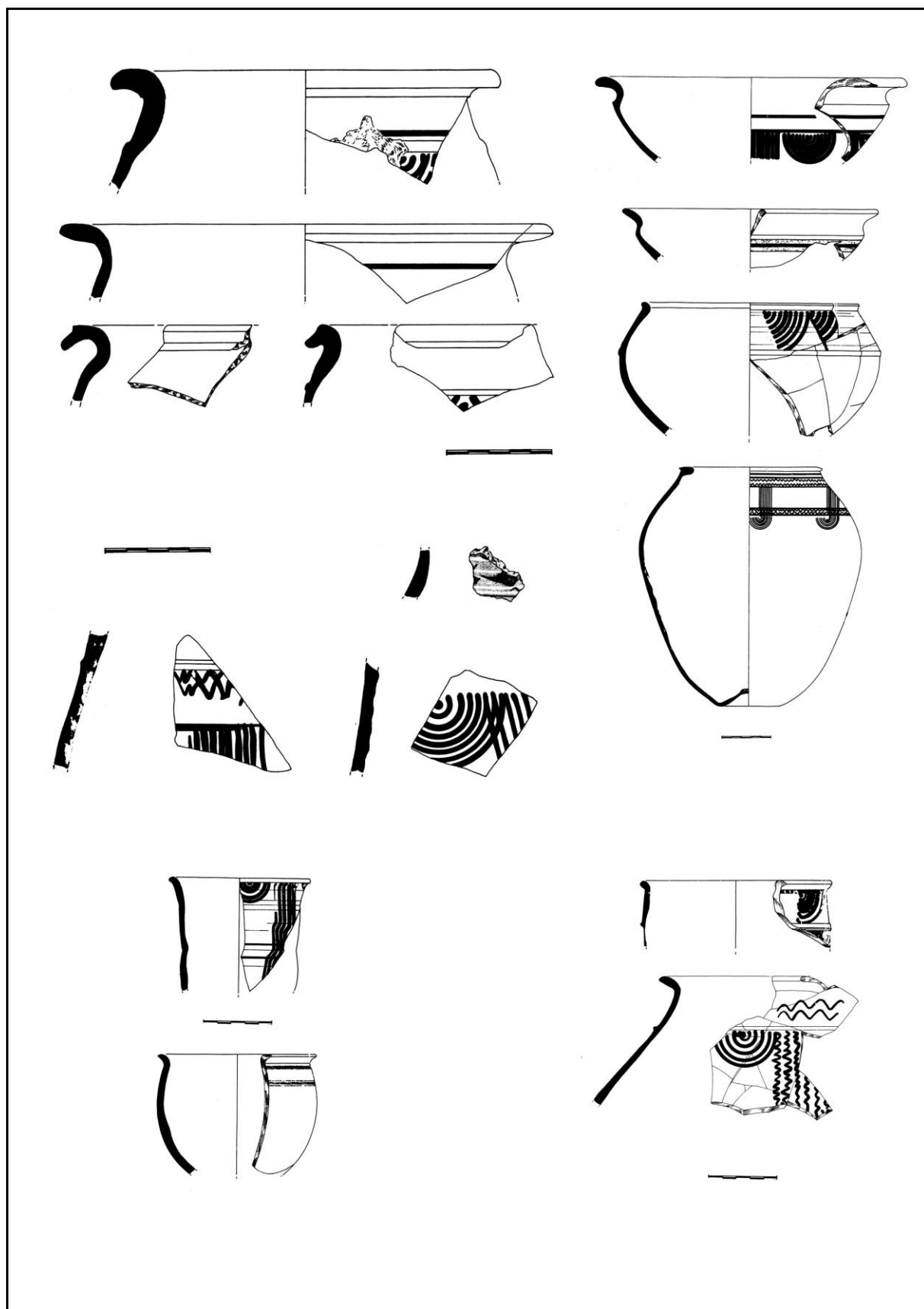


Figura 223: Cerámicas vettonas de Salamanca (A partir de Benet *et al.*, 1991).



Figura 224: Cerámica *vettonas* de Las Merchanas (1) y de Yecla de Yeltes (2). (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes y Museo arqueológico de Lumbrales). (Fotografías de la autora, 2007)

Hacia mediados del siglo I a. C. se constata una continuidad de estas cerámicas, denominándose *vettonas* tardías (Fig. 225), que se caracterizan por la incorporación de la figura humana y zoomorfa como se constata en Salamanca, en Ciudad Rodrigo y en el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) (Martín Valls, 1976: 374; Álvarez-Sanchís, 1997: 208; González y Sarabia, 2000: 114). Las pastas son de color rojizo. Los motivos decorativos de estas cerámicas, cuya técnica de decoración procede del mundo íbero, son propios del mundo celta, inspirándose en mitos, leyendas y costumbres del mismo; como también lo es el estilo curvilíneo de base geométrica de la técnica pictórica empleada (Almagro-Gorbea, 2001: 167). El material recuperado en el territorio estudiado, como se verá a continuación, no muestra apenas motivos figurados y menos escenas, sino que la mayoría de los elementos decorativos son de carácter geométrico.

También existen las cerámicas pintadas de tradición indígena. Bajo este nombre se engloba una serie de producciones cerámicas que comienzan a elaborarse desde el comienzo de la dinastía Julio-Claudia. La huella indígena es algo más que un elemento en la composición de la pieza y, en ocasiones, los vasos no muestran diferencias con productos del siglo I a. C. No obstante, la mayoría de los ejemplares muestran cambios sustanciales por influencia de las vajillas romanas (Abascal, 1986: 22-23). La cerámica de tradición indígena en el territorio en estudio se caracteriza por sus elementos geométricos en color negro sobre fondos claros, que han aparecido asociadas a la *sigillata*, no sólo en los castros romanizados como por ejemplo Salamanca (Macarro, 1999a: 41), sino también en yacimientos plenamente romanos como es el caso de asentamiento rural de “El Cenizal” (Martín Valls, 1976: 374-377; Angoso, 1985: 377). Tecnológicamente, se caracteriza por el empleo de arcillas muy depuradas y de la cocción oxidante, que da como resultado pastas de colores claros, tales como el anaranjado, el amarillo, el blanco y el rosa. En cuanto a su acabado, se han identificado tres técnicas el alisado, el bruñido y el engobado, aunque esta última es escasa. Las formas más frecuentes son cuencos, vasos y jarras.

Este tipo cerámico se ha datado en el alfar de Clunia a finales del siglo I d. C., donde se ha constatado una producción intensiva, con copas y cuencos acampanados que tienen una gran difusión. Entre los motivos más frecuentes de esta producción destacan los triángulos rellenos, los lineales, las ondas, las aspas, los motivos zoomorfos y los fitomorfos (Abascal, 1986: 41ss.). Esta cerámica cluniense supone una síntesis entre las tradiciones cerámicas vacceas y las del valle del Ebro con elementos tomados de la *terra sigillata gálica e hispánica*. El origen de las producciones de este taller debe buscarse en el alfar de Azaila, sobre cuyas formas evolucionarán los motivos clunienses. Aparte de Clunia, se han identificado distintos talleres locales, durante la Etapa altoimperial, en La Meseta Norte y el Valle del Ebro, que muestran variantes respecto a la cerámica cluniense como por ejemplo en las formas, en la coloración y en la tonalidad de los vasos. Estos centros de producción son Tiermes, Arcóbriga o Uxama (Jiménez y Arias, 1983: 90; Abascal, 1986: 53-61).



Por otra parte, dentro de la producción *vettona* tardía se pueden distinguir cerámicas de pastas grisáceas con superficies bruñidas, u ocre como las anteriores, que pueden aportar también decoración estampillada, pintada, incisa,... con los mismos motivos ya mencionados. Este tipo de vasos se adscriben a formas tales como cuencos, vasos de perfil en “S” o copas (STRATO, 1995a: 165-166). La Meseta cuenta con uno de los focos principales de producción de este tipo cerámico en la zona abulense, como por ejemplo Las Cogotas o El Raso, con una cronología en ambos casos del siglo III al II a. C. (Fernández, 1986: 852 y 870; Blanco, 1993: 130-131).

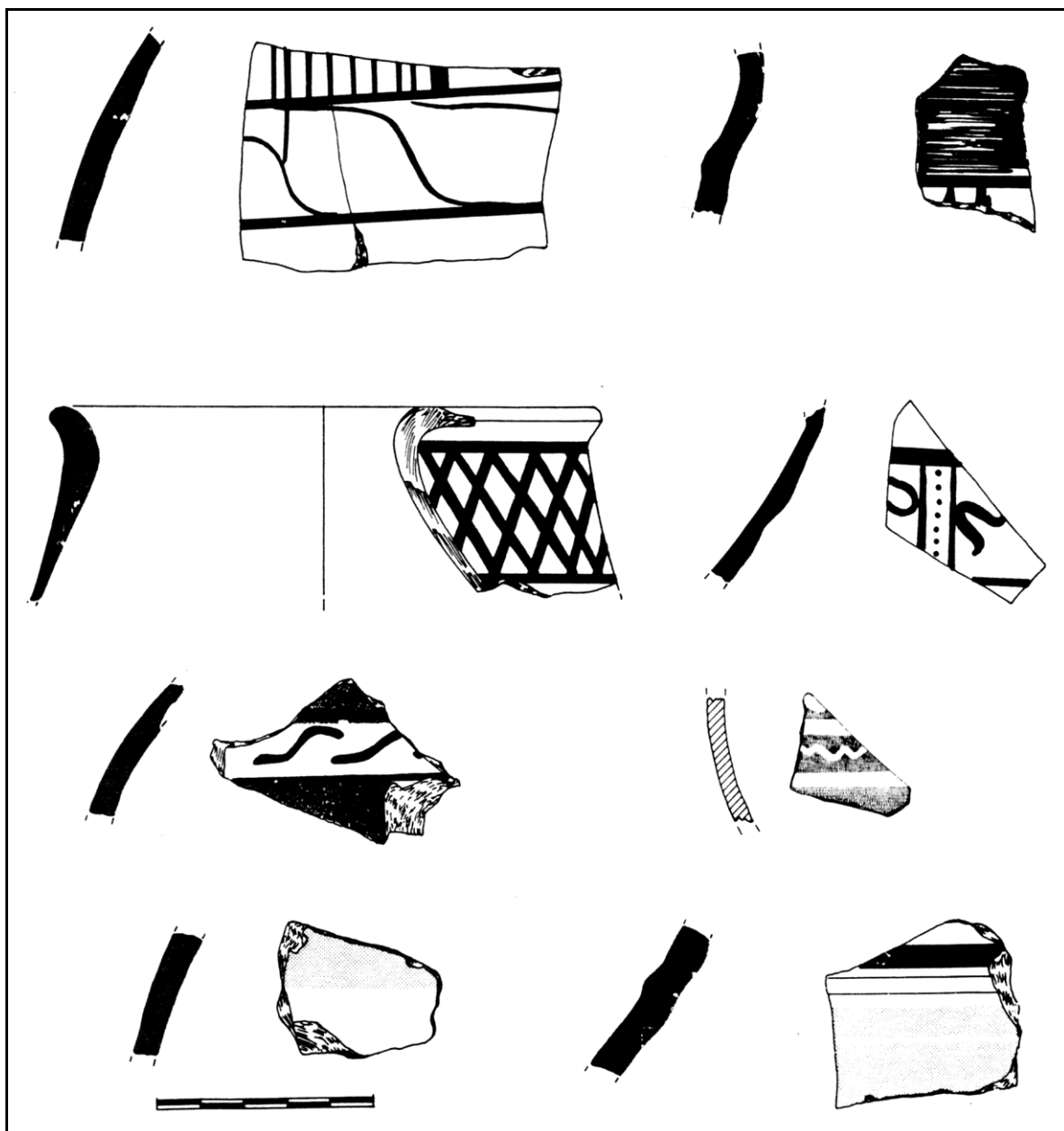


Figura 225: Cerámicas *vettonas* tardías de Salamanca (A partir de Benet *et al.*, 1991).

1. E. e. 1. *Motivos decorativos Bronce Final/Hierro I:*

1. E. e. 1. 1. *Motivos reticulados:* cuadrangulares (Fig. 221-4.1) y romboidales (Fig. 221-4.1).

1. E. e. 1. 2. *Motivos triangulares simples* (Fig. 221-4.2).

1. E. e. 1. 3. *Bandas formando cuadrantes* (Fig. 221-4. 3).

1. E. e. 1. 4. *Punteados* (Fig. 221-4.4).

1. E. e. 1. 5. *Motivos en zig-zags* (Fig. 221-4.5).

1. E. e. 1. 6. *Motivos en “eses”* (Fig. 221-4. 9).

1. E. e. 1. 7. *Motivos rectangulares* (Fig. 221-4.6).

1. E. e. 1. 8. *Motivos en equis* (Fig. 221-4. 7).

1. E. e. 1. 9. *Figurativos*. Tan sólo existe hasta el momento un fragmento cerámico con una decoración de aves estilizadas de tradición hallstática, procedente de Cancho Enamorado. Piezas análogas se han recuperado en Redal, en Logroño o en Simancas (Fig. 221-4. 10).

1. E. e. 1. 10. *Motivos lineales*. Se han pintado tanto líneas agrupadas formando bandas, como individuales. En ambos casos se dibujaron en horizontal y/o en vertical (Fig. 221-4.8).

Todos los motivos citados se pueden apreciar en el plato a torno de tipo post-orientalizante aparecido en San Pelayo (Benet, 1990: 85-90) y en los vasos pintados de Ledesma. Estos han sido considerados “*post-tartésicos*” (Benet *et al.*, 1991: 129, Lam. VI) y su decoración en las cuatro fases prerromanas, que se han identificado en el yacimiento, no varía aunque en la última tiende a ser más lineales. Por último, también se aprecian en las cerámicas recogidas en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Lam.1- Lam.5) y en El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 120, Fig. 31). Yacimientos con piezas análogas se han documentado en Sanchorreja (Maluquer, 1958b), en Las Paradejas (Fabián, 1986-87: 281-283) o en Arenero del Soto (Martínez y Méndez, 1983: 223).

1. E. e. 2. *Motivos decorativos Hierro II:*

1. E. e. 2-1. *Motivos reticulados*. Están compuestos por rombos tumbados unidos por sus vértices y rellenos de líneas paralelas. La cronología dada por Sacristán a las pintadas vacceas con estos motivos se sitúa entre los siglos II y I a. C. (1986: 188) (Fig. 221-10.2).

1. E. e. 2-2. *Motivos lineales*. Dentro de este se podrían distinguir distintos tipos, ya que pueden ser simples líneas horizontales, oblicuas o verticales que enmarcan otros dibujos o grupos de ellas. Estos motivos se pueden rastrear desde el siglo IV a. C. y abarcan toda la secuencia de romanización de los castros meseteños (Fig. 221-10.4).

1. E. e. 2-3. *Motivos punteados*. Se comienzan a documentar a partir del siglo II y I a. C. (González *et al.*, 2000: 108) (Fig. 221-10.14).

1. E. e. 2-4. *Arcos*. Se observan desde el siglo IV a. C., abarcando toda la secuencia de romanización (Macarro, 1999a; Sacristán, 1986). Dentro de este grupo se pueden distinguir tres subtipos: los arcos colgantes, círculos y los arcos colgantes secantes. El primer modelo consiste en líneas semicirculares pintadas en paralelo (Fig. 221-10.5). El segundo parte del prototipo anterior, pintándose de manera afrontada, formando un círculo (Fig. 221-10.6). En el tercero los arcos suelen colgar de una línea superior, bien con un lado adosado a ella o con un ángulo apuntando hacia arriba (Fig. 221-10.7). Este motivo se documenta en Roa (Sacristán, 1986: 186) y en Las Ruedas en la segunda mitad del siglo I a. C. (Sanz, 1993).

1. E. e. 2-5. *Motivos serpentiformes* (Fig. 221-10.8).

1. E. e. 2-6. *Motivos en “eses”*. Estos motivos aparecerán entre los siglos II y I a. C. (González *et al*, 2000: 108) (Fig. 221-10.3).

1. E. e. 2-7. *Motivos en zig-zags*. (Fig. 221-10.1).

1. E. e. 2-8. *Figurativos*. Son escasos durante la etapa plena, siendo más frecuentes en la tardía. Los motivos que se han documentado son los soliformes. (Fig. 221-10.9); las esvásticas (Fig. 221-10.10), los zoomorfos (Fig. 221-10.7), las herraduras (Fig. 221-10. 12) y las series de patos y aves estilizadas (Fig. 221-10.11). Estas últimas proceden de las cerámicas de Ciudad Rodrigo (Martín Valls, 1976: 37, Fig. 2.2; 1965, 88, Fig. 10), de El Teso de Las Catedrales (Martín Valls, 1991: 161; Alario, 1999: sector C, U. E 442, pieza nº 4), de Ledesma (Pérez, 1997: 25), del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Piñel, 1980: 100) y de Los Tejares (Fabián, 1986-87: 287; López, 2004: pieza 610). No obstante, también se ha identificado entre el bagaje cerámico de otros yacimientos, como El Cenizal, Los Calizo o Valvanera, clasificados como asentamientos rurales romanos (Angoso, 1985: 377; IACyL). Estos ánades son muy abundantes en los contextos tardíos y de época imperial. Su producción parece comenzar en la segunda mitad del siglo I a. C., y según Watterberg pondrían haber estado inspirados en el tema de eses encadenadas, considerado como una derivación de los ornitomorfos estampados, identificados como tema pictórico en Padilla desde el IV a. C. (Macarro, 1999a: 42). Relacionado con el tema de los zoomorfos hay que reseñar la cerámica aparecida en El Teso de Las Catedrales, en donde se han representado dos cuadrúpedos estilizados alineados en procesión, pintados en tinta plana y cuyo estilo artístico no ofrece paralelos cercanos (Macarro, 1999a: 41) y una con un friso metopado con animales (STRATO, 1995: 132). Los investigadores en ningún momento especifican los animales representados así como tan poco adjuntan fotos o dibujos con cual no se puede decir nada más. Tan sólo se puede hacer referencia a otros fragmentos *vettones* de La Coraja (Sánchez, 2000: 114) en los que aparecen pintados animales, caballos montados por jinetes. También cabe mencionar, procedente del mismo yacimiento, otro galbo cerámico donde se aprecia un ave doblada sobre sí misma (Fig. 221-10.17). Este tipo de representación es característica del grupo cluniense o de las liebres y los pájaros de cerámica indígena de tradición romana (Sánchez, 2002: 106).

1. E. e. 2-9. *Aspas*. Suelen estar enmarcados por metopas y son habituales en contextos tardíos y en la cerámica de tradición indígena (Fig. 221-10.16).

1. E. e. 2-10. *Festón de ovas* (Fig. 221-10.13).

1. E. e. 2-11. *Triángulos, carretes y triángulos afrontados*. Estos motivos son incluidos por Sacristán dentro de fase plena (1986: 188-189) (Fig. 221-10.15).

Los yacimientos donde se han recuperado cerámicas cuya decoración se ha realizado con pintura son: El Teso de las Catedrales (Martín Valls *et al*, 1991: 150 y 156; Alario, 1999: sector C, U. E 431, pieza nº 37; Macarro, 1999a: 28 y 41; Sánchez *et al.*, 1993-94: 236; Caballero y Retuerce, 1998: 67 y 98; STRATO, 1995: 132; ARQUETIPO, 1996); Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrerales; Gómez Moreno, 1967: 27); Ciudad Rodrigo (Martín Valls, 1976, 375, Fig. 1; 1965: 88); Yecla de Yeltes (Gómez Moreno, 1967: 14; Pérez, 1990-91: 33 y 1991: 40-41; Aula arqueológica de Yecla; Pérez, 1992-93: 105); Monleón (Vinuesa y Aparicio, 2007: 29, 65 y 129); Los Tejares (Fabián 1986-87: 287; López, 2004: pieza 604); Ledesma (Pérez, 1997: 102; EXCAR 1989/90); Los Ocuestos (Piñel, 1980: 1); La Cuesta de Santa Ana (Piñel, 1980: 67; Carabias y García, 2008: 38); Lerilla (Morán, 1924: 17) y el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Morán, 1924: 17, Piñel, 1980: 100). Estos tipos decorativos son muy comunes en otros yacimientos meseteños como Roa (Sacristán, 1986: 183-194); Las Cogotas (Cabré, 1930: 110); Las Quintanas (Gómez y Sanz, 1993: 335-370; Watterberg 1978); Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 272); Tagarabuena (Virgilio, 1978: 161 y 269); El Cerro de los Moros (Torralba, 1989: 58) o en La Coraja (Sánchez, 2000: 114).

### 1. E. f. Calados y perforaciones (Fig. 226)

Las variantes de las perforaciones documentadas son las simples y cónicas en la pared de la pieza, como en los ejemplares procedentes de La Aceña (Huertas) (Sanz García *et al*, 1994: 81), de La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 30, Fig. 7, nº 21), de Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/102/9), de La Corona (Rinconada de la Sierra) (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: pieza SF/202/8), de Cancho Enamorado (Puente Congosto) (López *et al*, 2003: 366) y del Teso del Cuerno (Forfoleda), en donde se caracterizan por ser perforaciones bipolares simétricas (González, 1992: 30; 156, Fig. 80) (Fig. 226). Su dispersión geográfica es amplia y se ha documentado en diversas áreas culturales, pudiendo citar los yacimientos de Los Cuestos de la Estación (Célis, 1993: 120), de La Mota (Seco y Treceño, 1993: 154), de La Aldehuela (Santos, 1990: 226 y 235), la necrópolis de Ucero (García-Soto, 1990: 29, Fig. 7), de Almenara de Adaja (Romero, 1980: 143); de Sanchorreja (González-Tablas, 1988: 119) o de las estaciones del Tajo superior (Barroso, 2002).





Figura 226: Perforaciones. (A partir de Maluquer, 1957; Martín y Jiménez, 1988-89)

Así mismo, perforaciones circulares transversales se atestiguan en la cerámica de El Teso de Las Catedrales durante el Hierro II (González y Sabaria, 2000: 116). Las perforaciones son frecuentes en los yacimientos de la II Edad del Hierro como en Las Cogotas (Sanchís, 1999: 205: Fig. 81, nº 9) o en Alconétar (Martín, 1999: 164).

Pasando a la técnica del calado, consiste en la perforación y eliminación de materia prima en las paredes de los recipientes para elaborar las figuras decorativas que suelen ocupar todo el cuerpo o al menos la banda central del vaso. Se han identificado una gran variedad de motivos como son los ovalados, los circulares, los triangulares o las figuras geométricas afrontadas, que son los únicos que se han documentado en nuestro material por el momento. Esta técnica se ha reconocido sobre vasos hechos tanto a mano como a torno, aunque en nuestro caso sólo se tiene sobre un ejemplar a torno, que responde a los catalogados como “carretes” que veremos más adelante. Es habitual en la comarca del Suroeste, aunque también se ha documentado en la Meseta. Normalmente se empleó para la decoración de los denominados “quemadores” en yacimientos como Las Cogotas, El Raso, Capote, Villasviejas del Tamuja, La Coraja o La Mesa de Miranda (Berrocal-Rangel, 1994; Martín Bravo, 1999; Álvarez-Sanchís, 1999); aunque la diferencia fundamental estriba en que en la comarca del Bajo Guadiana-Sado el calado es una técnica funcional porque se aplica sobre todo el vaso, mientras que en La Meseta es una técnica más bien decorativa limitada a los pies altos (Berrocal-Rangel, 1994: 92).

#### 1. E. f. 1. Motivos decorativos Hierro II:

1. E. f. 1-1. *Figuras geométricas afrontadas*. Sólo contamos con una pieza con esta decoración, expuesta en el Aula arqueológica de Yecla (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 5). Se ha documentado en diversas cerámicas, elaborado con diferentes técnicas decorativas, como por ejemplo en la procedente del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 135); de Tariego (Watterberg, 1978: 64, Forma XXV); de El Castillejo, realizado mediante incisión (Martín, 1999: 152) o en la vajilla de Capote (Berrocal-Rangel, 1994: 91) (Fig. 224-2).

#### 1. E. g. Apliques

Estos elementos dan a la vajilla una determinada estética y están presentes a lo largo de toda la Edad del Hierro, aunque en su segunda etapa los asideros y los mamelones aparecen de forma

residual. Por otro lado, así como de su primera fase anterior contamos con publicaciones y trabajos muy completos (Martín Valls y Delibes, 1973; Macarro, 1999; González, 2000; López *et al*, 2003) y dibujos en los que se ven perfectamente los apliques; para el Hierro II no sucede lo mismo, por lo que se ha limitado a mencionar aquellos que se conocen por los informes consultados en el Museo de Salamanca.

1. E. g. 1. *Bronce Final/Hierro I*

1. E. g. 1-1. *Asas (Fig. 228).*

1. E. g. 1-1.1. *Asas acintadas verticales de sección rectangular*, procedentes del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 19, nº 5; Fig. 43, nº 8; Fig. 58, nº 8) (Fig. 228-1).

1. E. g. 1-1.2. *Asas acintadas verticales de sección subtriangular o triangular*, aparecidas en La Aceña (Sanz *et al*. 1991-92: 82); en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 99), en Cancho Enamorado (López *et al*, 2003a) y en el Teso del Cuerno (González, 2000: 181) (Fig. 228-2).

1. E. g. 1-1.3. *Asas planas horizontales* como las de El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 401, Fig. 4, nº 7); El Pino de Tormes (Martín Valls y Delibes, 1973: 398); Cancho Enamorado (López *et al*, 2003: 351); el Teso del Cuerno (González, 1992: 133, Fig. 57, nº 4) y el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 125, nº 7) (Fig. 228-3).

1. E. g. 1-1. 4. *Asas acintadas verticales, de tendencia ovalada, oblicua ascendente de sección, semicircular o pseudovoidal*, documentadas en el Teso del Cuerno (González, 1992: 160, Fig. 84, 1) (Fig. 228-5).

1. E. g. 1-1.5. *Asas acintadas verticales de tendencia ovalada, oblicua descendente*, aparecidas en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 99); en Cancho Enamorado (López *et al*, 2003: 351 y 374); en el Teso del Cuerno (González, 1992: 160, Fig. 84, nº 2) y en Castil de Cabras, siendo esta de sección pseudorectangular (Sánchez-Palencia *et al*, 2000a: pieza 2000.8) (Fig. 228-6).

1. E. g. 1-1.6. *Asa acintada vertical, de sección circular*. Halladas en La Aceña (Sanz *et al*. 1991-92: 82); en Cancho Enamorado (López *et al*, 2003: 352); en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2000a: pieza 2000.17) y en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 99) (Fig. 228.7).

1. E. g. 1-1.7. *Asas de cintas de tendencia circular*, como la que se aprecian en ejemplares procedentes de El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 400), de San Pelayo (Benet, 1990: 86, Fig. 5, nº 1 y 2), del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 46, nº 4, Fig. 114, nº 5) y de Cancho Enamorado, en donde contaba con una sección ovalada (López *et al*, 2003: 365 y 374). En Castil de Cabras una era de sección circular y otra de sección pseudorectangular (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: pieza SB/51/1; 2000a: pieza 2000.8) (Fig. 228-9).

1. E. g. 1-1.8. *Asas planas horizontales con perforación vertical*, originarias del Teso del Cuerno (González, 1992: 133, Fig. 57, nº 2) (Fig. 228-10).

1. E. g. 1-1.9. *Asas planas verticales* que podemos apreciar en la cerámica del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 109, nº 13) (Fig. 228-8).

Todos los tipos pueden ser simples, es decir una sola asa a un lado; o dobles, es decir dos asas simétricas, cada una a ambos lados de la pieza.

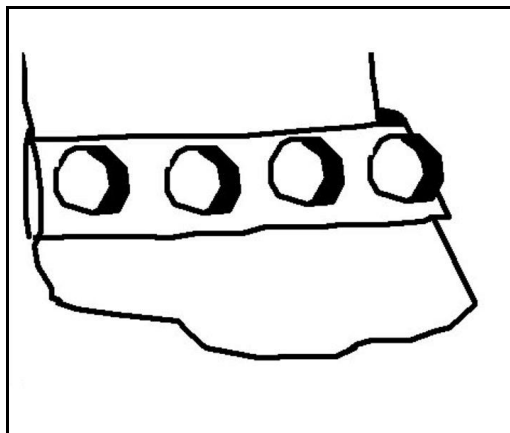


Figura 227: Cordón. (C. Mateos).

1. E. g. 1-2. *Los cordones* (Fig. 227).

Se disponen en las paredes exteriores y en la parte superior de los vasos, horizontalmente y de forma continua. A pesar de la función decorativa, tienen también una función práctica, y es que mejoran la fijación de las ligaduras, permitiendo la suspensión de la pieza o la sujeción de los elementos que cierran la boca (Calvo *et al*, 2004: 92). Los documentados hasta el momento en los poblados estudiados están decorados con ungulaciones, digitaciones y motivos incisos, caso de los cordones recuperados en Cancho Enamorado (López *et al*, 2003f: 53), en Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Pérez coord., 2003: 29), en La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada) (Piñel, 1980), en Los Castillos (Pozos de Hinojo) (Arquetipo, 1999-2000e), en La Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida), en el Risco de los Altares (Herguijuela de la Sierra), en Los Castillos de Gema o en Los Castillejos (Zamarra) (Arquetipo, 1999- 2000b).

Este sistema decorativo se puede rastrear durante la Edad del Bronce y pervivirá durante la etapa siguiente, al igual que ocurre en otras áreas como por ejemplo en la Alta Extremadura, donde se han documentado cordones aplicados con decoración digitada, situados en el cuello o en la zona superior de la panza (Martín Bravo, 1999: 113).

1. E. g. 1-3. *Pastilla* (Fig. 228-11).

Pastilla decorativa de forma cuadrangular, colocada bajo el borde la pieza, que cumple una función prensil (Macarro, 1999: 100). Tan sólo contamos con un ejemplo en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig.1, nº 17) y no está claro que sea un aplique o un mero resalte.

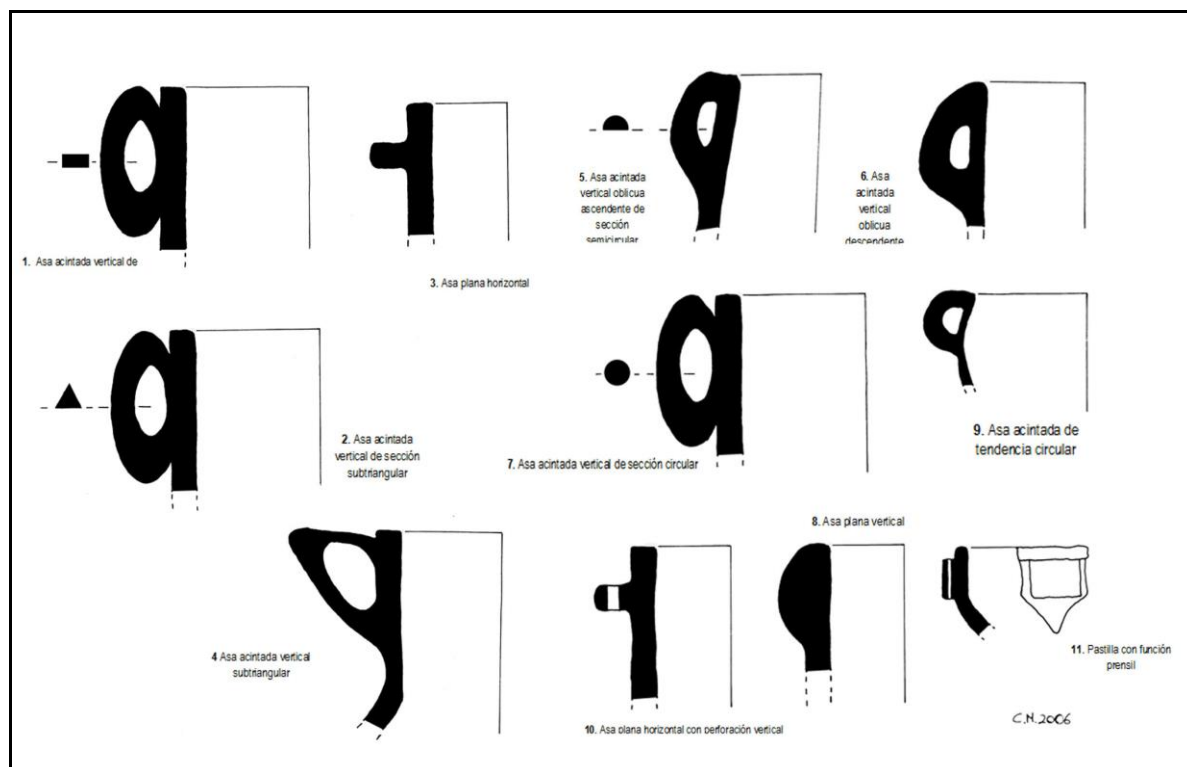


Figura 228: Tipos de apliques del Hierro I. (C. Mateos)

1. E. g. 1-4. *Mamelones* (Fig. 229).

Los tipos que se documentan son muy variados y se asocian a formas simples de cuencos hemisféricos o troncocónicos y casquetes, de tamaño medio y pequeño. Su disposición varía, pudiéndolos encontrar formando hiladas o bajo el borde del recipiente.

1. E. g. 1-4.1. *Mamelones cónicos horizontales sin perforación*, como por ejemplo los identificados en El Cerro de San Vicente (Martín Valls *et al.*, 1991: 140, Fig. 2), en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 28), en Cancho Enamorado (López *et al.*, 2003: 364), en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SB/51/16) y en el Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 272, Fig. 7a y González, 2000: 185-186) (Fig. 229-3).

1. E. g. 1-4.2. *Mamelones ovalados oblicuos ascendentes con perforación vertical*, se han observado en las piezas de San Pelayo (Benet, 1990: 86) y de Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/101/10) (Fig. 1229-1).

1. E. g. 1-4.3. *Mamelones ovalados oblicuos descendentes con perforación vertical*, como los documentados de San Pelayo (Benet, 1990: 82), de Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/101/1) y del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 18, nº 1) (Fig. 229-2).

1. E. g. 1-4.4. *Mamelones cónicos horizontales con perforación*, como los ejemplares recuperados en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 2 y Fig. 93) (Fig. 229.4).



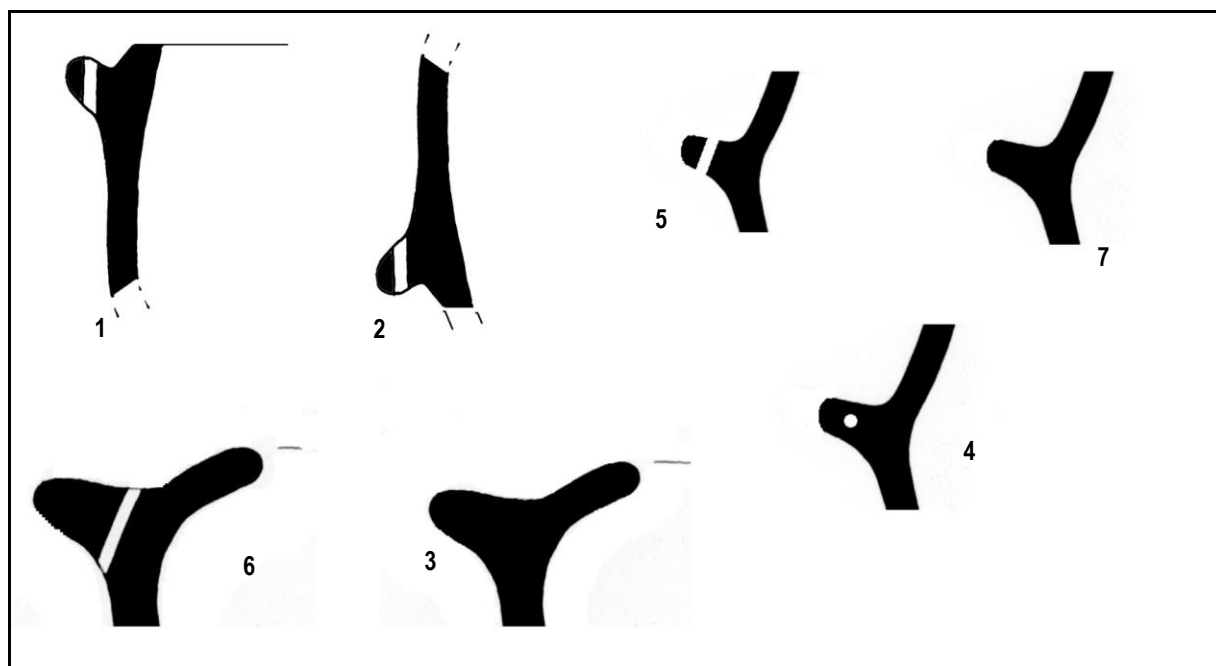


Figura 229: Mamelones y asideros. 1. Mamelón oblicuo ascendente con perforación vertical. 2. Mamelón oblicuo descendente con perforación vertical. 3. Mamelón horizontal sin perforación. 4. Mamelón horizontal con perforación horizontal. 5. Asideros de apéndice horizontal con perforación vertical. 6. Asideros de apéndice horizontal con perforación horizontal. 7. Asideros de apéndice horizontal. (C. Mateos)

1. E. g. 1-5. *Asideros, pezones u orejetas.*

1. E. g. 1-5.1. *Asideros de apéndice horizontal de extremo romo*, procedentes del Cerro San Pelayo (Benet, 1990: 86); de Cancho Enamorado (López *et al*, 2003: 351 y 361); de Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SB/51/17) y del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 100) (Fig. 229-7).

1. E. g. 1-5. 2. *Asideros de apéndice horizontal de extremo romo con perforación horizontal paralela a la pared*, recogidos en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 128, Fig.5, nº 13), en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 17; Fig.19, nº 6) y en Cancho Enamorado (López *et al*, 2003: 351) (Fig. 229-6).

1. E. g. 1-5. 3. *Asideros de apéndices horizontales de extremo romo con perforación vertical*, identificados en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 47, Fig. 9; 50, Fig. 11) y en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 100) (Fig. 229-5).

1. E. g. 2. *Hierro II*

1. E. g. 2-1. *Asas* (Fig. 230)

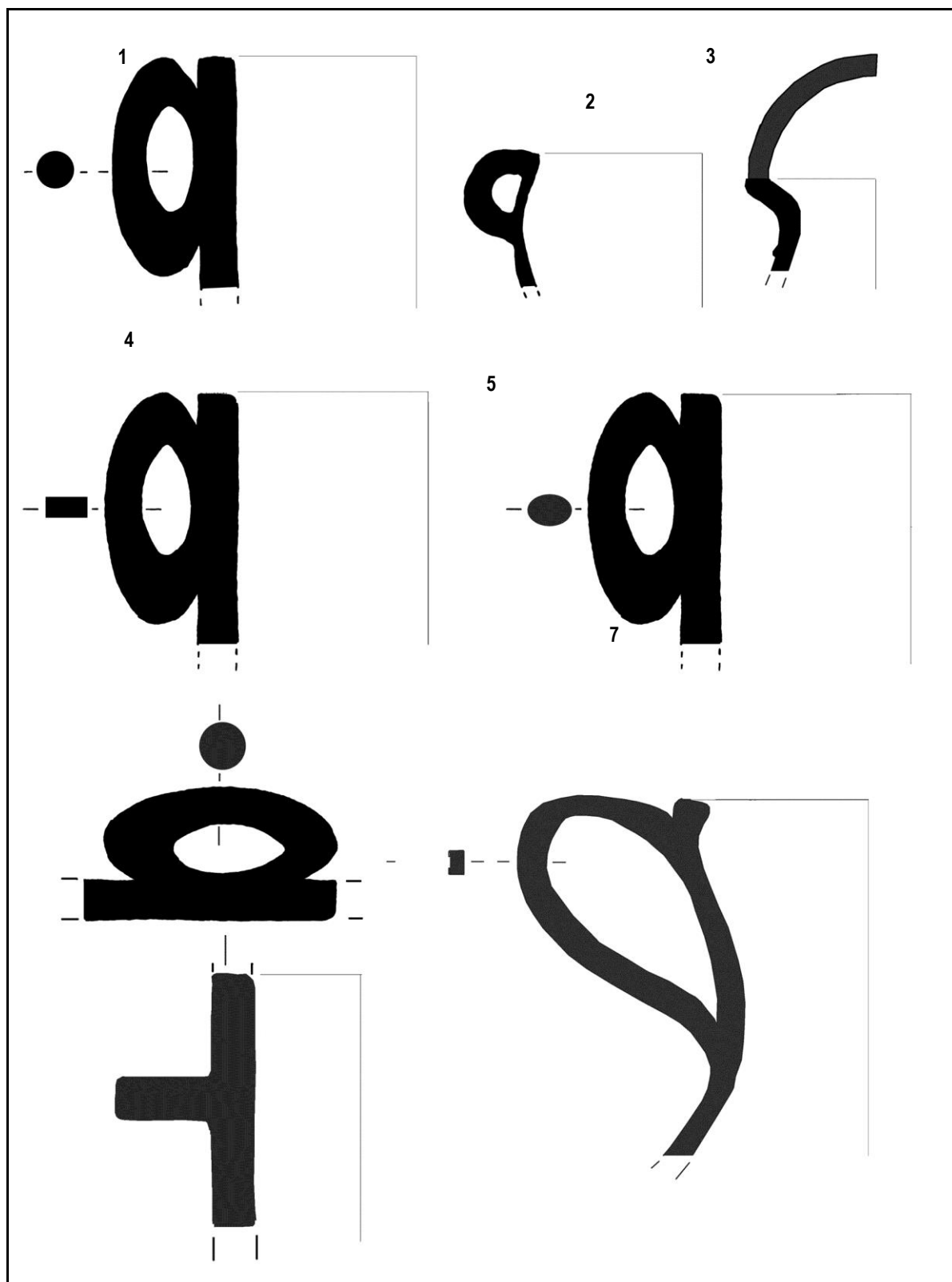


Figura 230: Tipos de asas del Hierro II. 1. Asa de cinta con sección circular. 2. Asa anular. 3. Asa de cesta. 4. Asa de cinta con sección rectangular. 5. Asa de cinta de sección oval. 6. Asa de cinta horizontal de sección circular. 7. Asa de cinta subtriangular. (C. Mateos)

1. E. g. 2-1.1. *Asas anulares* procedentes del Teso de Las Catedrales (Salamanca) (Macarro, 1999a: 52, 73; Alario, 1999: Sector H, UE 497) y en Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López, 2004: pieza 660) (Fig. 230-2).

1. E. g. 2-1.2. *Asas de cinta de sección oval* halladas en el Teso de Las Catedrales (Macarro, 2004-06b: 109) (Fig. 230.5).

1. E. g. 2-1.3. *Asas de cinta vertical de sección circular* documentadas en Los Tejares (López, 2004: pieza 661); El Castillo de Saldeana (STRATO, 2005: 40) y en el Teso de Las Catedrales (STRATO, 1995: 126) (Fig. 230-1).

1. E. g. 2-1.4. *Asas de cintas de sección rectangular* recogidas en Los Tejares (López, 2004: pieza 662) (Fig. 230-4).

1. E. g. 2-1.5. *Asas de cintas horizontales de sección circular* recuperadas en el Teso de Las Catedrales (STRATO, 1995: 214; Balado y Marcos, 2004a: 65) (Fig. 230-7).

1. E. g. 2-1.6. *Asas de cinta de forma subtriangular y de sección subrectangular*, con acanaladuras longitudinales típicas de la cerámica de tradición indígena, halladas en el Teso de Las Catedrales (Sánchez, 2002: 107) y que se observa también en la cerámica de Clunia (Fig. 230-8).

Las asas son elementos habituales sobre todo en jarras y jarros, como se observa en El Soto o en Izana (Forma V y VI de Watterberg, 1978: 25), en Pinilla Trasmonte (Moreda y Nuño, 1990: 175), en Los Castillejo de Estena o en Los Castellanos (Martín, 1999: 163 y 164).

También se conocen, aunque sólo se ha recuperado en Salamanca, unas ollas de perfil globular y cuello estrechado con borde vuelto, sobre el que se superpone diametralmente un asa, a modo de cesta, como las procedentes de La Osera (Forma XXI de Watterberg, 1978: 36); Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 205, Fig. 13); El Castrejón de Santa Ana o Alconétar (Martín, 1999: 164 y 165, Fig. 70). Los vestigios salmantinos consisten en asas anulares que se disponen de forma arqueada sobre la boca el vaso con el frente superior rehundido, una de ellas tiene un fino cordón trenzado cerámico de pasta cremoso-amarillenta (Macarro, 2004/06b: 92).

## **1. F. Análisis de las bases (Fig. 231)**

Este apartado se centra en la parte inferior de los recipientes sobre la que se asientan. Los tipos que se han identificado son:

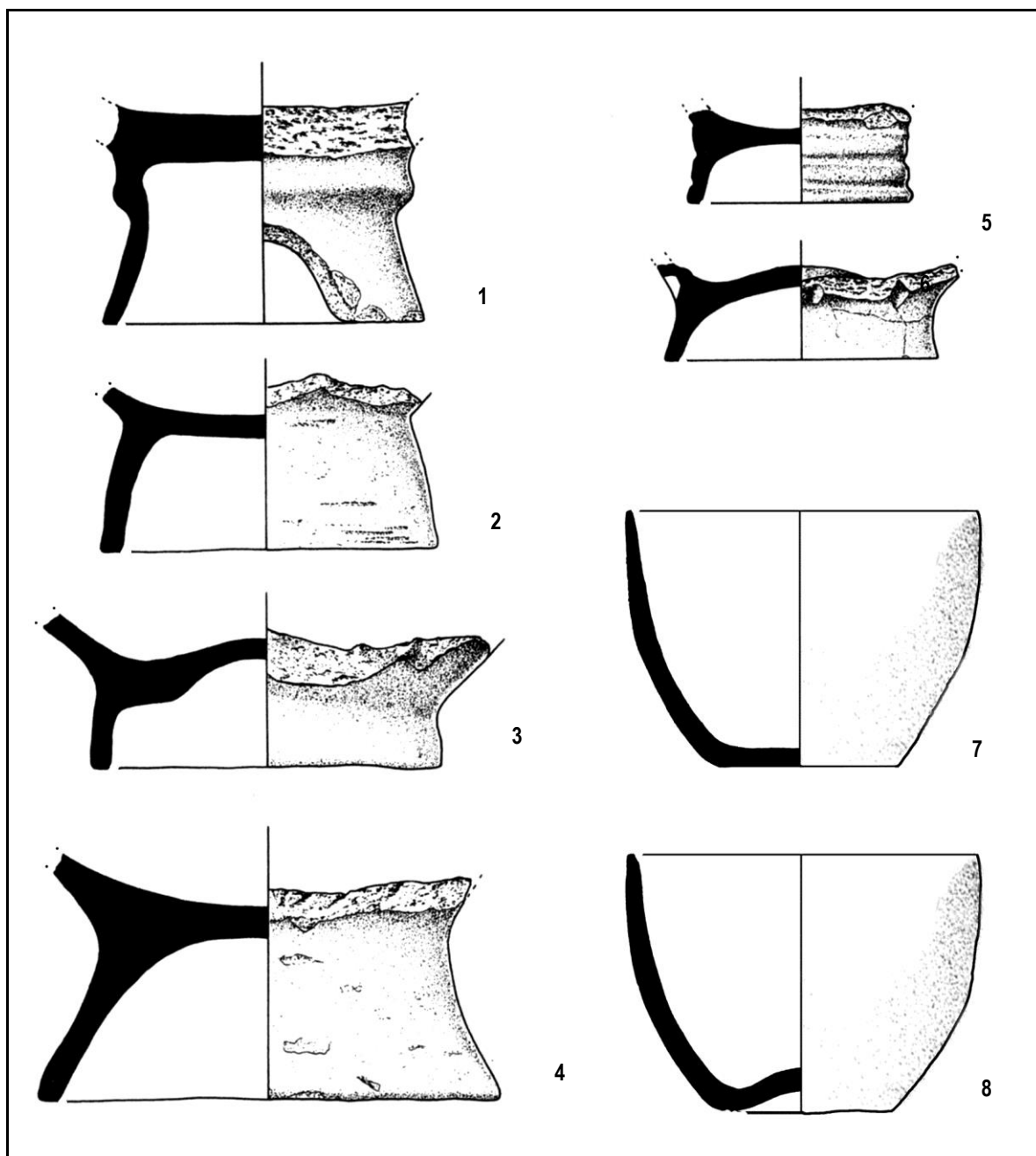


Figura 231: Tipos de bases cerámicas. 1-6 Pies realzados (A partir de Martín Valls *et al.*, 1991). 7 Base plana. 8 Base umbilicada.

### 1. F. a. Planas.

Afectan a todo tipo de formas independientemente del tamaño de la pieza; desarrollando perfiles abiertos troncocónicos y ovoides. Está presente en numerosos ejemplares cerámicos procedentes. Así en el Hierro I las encontramos en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 4, Fig.13, nº 4 y 5, Fig. 36); en El Castillo de Saldeñuela (STRATO, 2001-02: 8); El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: Fig.4, nº 1 y 7); en el Teso del Cuerno (González, 2000); de El Pino del Tormes (Martín Valls y Delibes, 1972: Fig.1); en Cancho Enamorado (Maluquer,



1958: 63, Fig. 15; López *et al*, 2003b); en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: piezas SB/52/13 y SB/51/29 y 39,...); en El Castillo de Saldeana (STRATO, 2005: 35); de La Corona (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: piezas SA/1/1) y en el Cerro de San Pelayo (Benet y López, 2004: 161, Fig. 4; 162, Fig. 6) (Fig. 231-7).

En el Hierro II se han identificado en Monleón (Vinuesa y Aparicio, 2007: 108); en Salamanca (Macarro, 1999a: 58, 81, 91, 94; Balado y Marcos, 2004a: 65); en La Corona (Sánchez-Palencia *et al*, 2001); en Las Merchanas (STRATO, 2005a: 56); en Ledesma (EXCAR, 1989/1990); en El Castillo de Saldeana (STRATO, 2005: 36) y en Los Tejares (López *et al*, 2003). Este tipo de fondo es muy común en los yacimientos de la Edad del Hierro, indistintamente del área cultural a la que se adscriban, como demuestra su existencia en castros vacceos, vettones o celtiberos, tales como Las Ruedas o Carralaceña (Sanz, 1997: 36ss); El Raso (Fernández, 2011); y El Castillejo de la Orden (Martín Bravo, 1999: 147).

#### **1. F. b. Umbilicadas (Fig. 231-8 y Fig. 232-1).**

Este tipo de base se ha identificado a lo largo de toda la Edad del Hierro. Durante su primera fase se han asociado a piezas con fondos convexos de cerámica fina y media, a cuencos y a vasos sinuosos (Macarro, 1999: 97). Suelen llevar decoración impresa de hoyos circulares alrededor del umbo central, junto a trazos incisos, simples o a peine, que parten radialmente de la base y se extienden simétricamente hacia el cuerpo de la cerámica. Contamos con varios ejemplares procedentes del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 97; Láminas, Fig. 17 y Fig.23, nº 8); de Cancho Enamorado (López *et al*, 2003b); de San Pelayo (Benet, 1990: 86, Fig. 5, nº 1) y del Teso del Cuerno, en donde se ha observado una posible base umbilicada, cuya decoración se extiende por el borde y el cuerpo de la pieza (Martín y Jiménez, 1988-89: 271, Fig. 6 inferior).

Los fondos de la II Edad del Hierro cuentan con umbos, más o menos marcado, y pie apenas destacado, formado por una suave curvatura vertical del extremo inferior de las paredes de la vasija (Fig. 231-1). Se ha identificado en Salamanca (Martín Valls *et al*, 1991: 148, Fig. 6; Balado y Marcos, 2004a: 65); en Los Tejares (López *et al*, 2003); en Cortinas del Río (Encinasola de los Comendadores) (IACyL) y en otro yacimiento que Martín Valls no concreta (1997: 177, Fig. 16, nº 3) (Fig. 231-1). Ejemplares análogos existen en yacimientos como Las Cogotas, La Osera o las necrópolis de la Alta Extremadura (Sanchís, 1999: 206 y 209).

#### **1. F. c. Pies realzados (Fig. 231-1 a 7).**

La tipología es variada, pudiendo ser los pies de carácter incipiente o estar bien desarrollados; de tamaño pequeño o muy grande; lisos o decorados con molduras o acanaladuras estriadas (Macarro, 1999: Láminas, 70, nº 4). Sus perfiles varían entre las formas cilíndricas y troncocónicas. Este tipo de bases se han asociado a yacimientos adscritos o en contacto<sup>1</sup> con la cultura del Soto, reduciéndose a el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig.53, nº 1 y 2; Fig.61, nº 6-8; Fig.70, nº 3 y 4; Fig. 76, nº 1-6) y a Ledesma (Benet *et al*, 1991: 128, Fig.5, nº 10). No

obstante en El Teso del Cuerno y en el Teso de la Septa, que en un principio no han sido asociados por ningún investigador a dicha facie cultural, se han identificado perfiles de pie realzado, aunque en una proporción muy pequeña (González, 1992: 29; IACyL). Este mismo hecho ocurre en Valle Ancho (STRATO, 2001-02: 27) y en Casa Quiquín (IACyL).

Este tipo de pies, también llamados anulares, están presentes en el Valle del Ebro y en la cuenca Media del Duero, y aunque su origen es difícil de precisar los encontramos en yacimientos atribuibles al Soto I, como por ejemplo Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 266), El Pago de Gorrita (Romero, 1980: 149), Olivares de Duero (Seco, 1993: 221) o Sacaojos (Misiego *et al.*, 1995-96: 60).

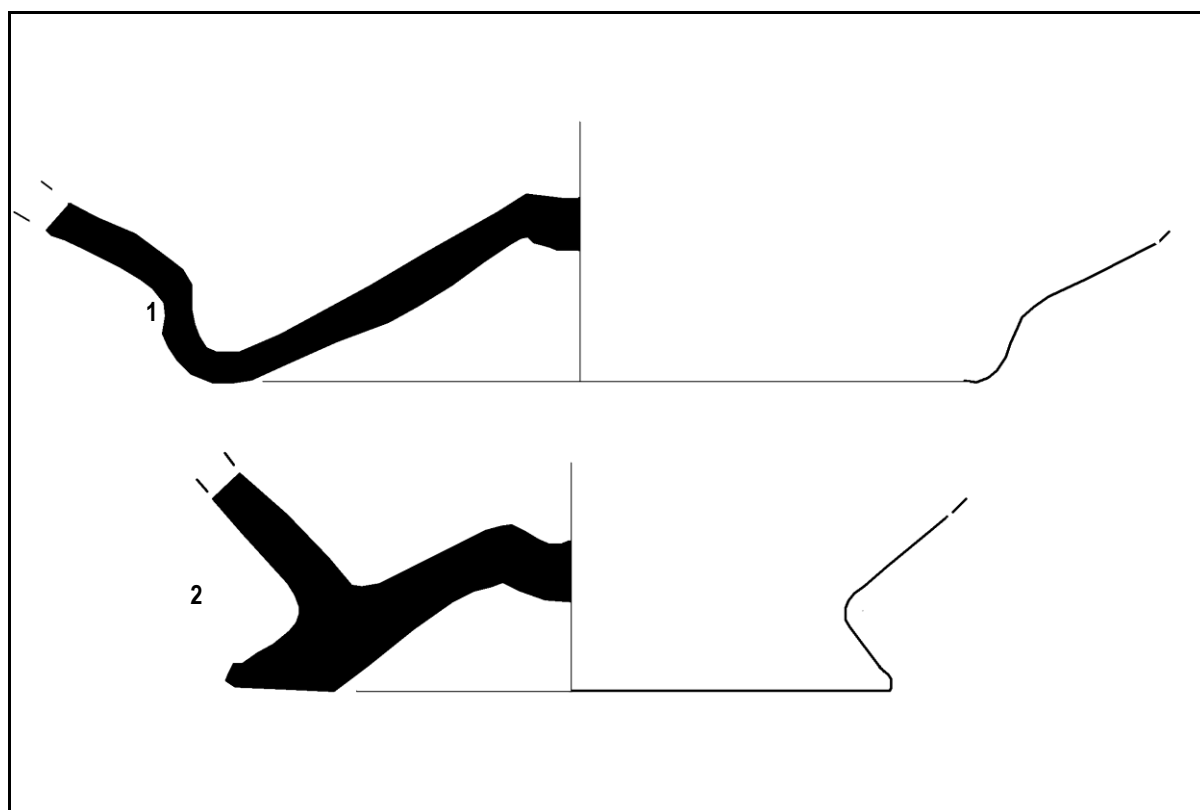


Figura 232: Tipo de bases del Hierro II. 1. Base con umbo. 2. Pie anular. (C. Mateos)

### 1. F. d. Pie anular (Fig. 232-2)

Salamanca es el único yacimiento en donde se han identificado este tipo de base hasta el momento en contextos del Hierro II (Macarro, 2004-06b: 95; Balado y Marcos, 2004a: 65) (Fig. 200-2). Este tipo de fondos es común en la cuenca media del Tago en contextos similares (Cabellos, 1991-92: 99 ss.).

### 1. G. Caracterización de las pastas

Aunando todos los criterios anteriores se ha establecido una serie de categorías según las características de las pastas.

### **1. G. a. Cerámicas finas**

Este grupo durante el Bronce Final/Hierro I se caracteriza por estar hecho a mano con buenas pastas y con desgrasantes depurados. Los acabados de sus superficies se realizan mediante el pulido, el bruñido o el alisado, y están decoradas. Esta categoría estaría representada por cuencos, escudillas y vasos sinuosos, de tamaños pequeños y medios. Se ha interpretado como una vajilla de lujo, bien sea para celebrar un acontecimiento especial, o bien para contener algún tipo de ofrenda o realizar libaciones en algún ritual. Durante el Hierro II también se ha identificado aunque a torno, correspondiéndose a la denominada cerámica *vettona* pintada.

### **1. G. b. Cerámicas a mano toscas o groseras**

Durante la primera fase de la Edad del Hierro son vasijas de mayores dimensiones que las del grupo anterior, con un escaso tratamiento externo, paredes más gruesas, con desgrasantes de gran tamaño y superficies tanto lisas como decoradas. Se observa un predominio de la cocción lenta y reductora. A veces, estas cerámicas son muy porosas como se observa en los ejemplares recogidos en La Mesa del Capiro Bernardo y El Castillo del Capiro Bernardo. Se han asociado con el ámbito de la economía doméstica, identificándolas con vasijas de almacenaje y ollas, las cuales presentan marcas de calentamiento post-cocción (Martín Valls y Delibes, 1972 y 1973). En la fase siguiente sus características se mantienen, pero también se identifican ejemplares de cocción oxidante y mixta. Se han documentado algunas elaboradas a mano, como los trípodes y los quemadores, pero la mayoría son a torno. Se corresponde con la cerámica común *vettona*, aunque es difícil diferenciarla de la romana, sobre todo cuando las excavaciones llevadas a cabo han sido de urgencia. El único yacimiento donde se ha podido realizar esta separación es en El Teso de Las Catedrales cuyos datos han permitido distinguir dos subtipos. El primero engloba las ollas de cuerpo globular y borde vuelto hacia el exterior, presentando, en algunos casos, en la zona superior una uñada muy poco marcada. Este modelo perdurará hasta el siglo I d. C. El segundo grupo agrupa vasijas de cuerpo globular y borde exvasado, que se desarrolla aproximadamente un centímetro, presentando el labio un pico aguzado en su extremo. Su cronología abarca desde el siglo III hasta el II a. C. (González Echegaray, 2000: 122; Alario, 1999: Sector C, UE 367, nº 255-268).

Por último, propio del Hierro II, hay que mencionar un grupo de cerámicas a mano de pequeño o mediano tamaño, pastas negras o pardas propias de una cocción reductora, acabados irregulares, bruñidos o de finos y cuidados. Las piezas decoradas, lo son mediante la técnica del peine. Así mismo, perdurarán algunos elementos decorativos propios de la etapa anterior como demuestran las digitaciones de Yecla de Yecla (Pérez, 1991-92), las impresiones de Las Merchanas (STRATO, 2005a: 52 y 55), las ungulaciones y algún mamelón de Salamanca (Balado y Marcos, 2004b: 16 y 17), todos ellos sobre galbos a torno.

## 1. H. Análisis morfológico de las cerámicas

A continuación, se van a citar las formas cerámicas más comunes identificadas, partiendo para el conjunto de la fase del Bronce Final/Hierro I de la clasificación que Macarro (1999) realizó para el Cerro San Vicente (Salamanca), aunque se ha ampliado y completado con los tipos morfológicos que se han recuperado en otros yacimientos del estudio. Para el Hierro II se ha intentado realizar una tabla de las formas más habituales identificadas hasta el momento, a raíz de los dibujos del material aparecido en Ciudad Rodrigo y en Salamanca, publicados por Martín Valls (1965, 1969, 1976 y 1997), habiéndose guiado por el diámetro de la pieza, en caso de poder hallarlo, para agruparlos por tamaños y funciones. Según Álvarez-Sanchís estos mismos tipos se han encontrado en otros yacimientos como Las Merchanas (Lumbrals), Yecla de Yeltes, La Plaza (Gallegos de Argañán) o el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) (1999: 207).

### 1. H. a. Bronce Final/Hierro I

#### *Forma 1. Cuencos (Fig. 233-1)*

Recipientes abiertos de formas simples hemisféricas y en casquete, con bordes simples o exvasados, de tamaños y calidades diversas. A este tipo de cerámica se le asocia la decoración más delicada, empleando desde la incisión hasta la pintura. Dentro de este grupo, se ha observado que las cerámicas de mejor y más cuidada producción son aquellas que están pintadas, ya que presentan unas superficies alisadas, muy trabajadas, para que la pintura se aplique mejor. Además, se ha visto que en su fabricación se empleó la cocción oxidante, con lo que las superficies adquieren unos tonos claros, que contrastan con los oscuros reductores de los ejemplares con decoración incisa e impresa. Los subtipos que se distinguen son:

Forma 1.1. Hemisféricos, que a su vez se dividen en:

Forma 1.1.1. Cuencos de paredes entrantes, identificadas con la forma 2A.1 de Macarro (1999: 82) (Fig. 233).

Forma 1.1.2. Cuencos de paredes abierta, que se corresponde con la forma 2A.2 de Macarro (1999: 84) (Fig. 233).

Forma 1.1.3. Cuencos de paredes verticales que son la forma 2A.3 de Macarro (1999: 84) (Fig. 233).

Forma 1.1.4. Cuencos con el borde exvasado, igualadas con la forma 2A.4 de Macarro (1999: 84) (Fig. 233).

Este elenco cerámico se documenta en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 82 y 83, F.2. a.); en San Pelayo (Benet, 2004: 161, Fig. 4); en Yecla de Yeltes (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes); en Cancho Enamorado (López et al, 2003: 352, 353, 367 y 377); en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SC/100/7, 9 y 10); en La Corona (Sánchez-Palencia et al, 2001: pieza SF/202/12); en Camino de Cantaracillo (IACyL) y en El Teso del Cuerno (González, 2000: 177,



Fig. 2E 1; 181, Forma F; 183, Fig. 3aa). Se conocen en diversos yacimientos cuya cronología abarca Bronce Final/Hierro I y Hierro I como son Los Cuestos de La Estación (Célis, 1993: 115), La Aldehuela (Santos 1990: 235); Roa (Sacristán, 1986: 319); El Soto (Martín Valls, 1986-87: 63); San Román de La Horquija (Delibes y Martín Valls, 1972: 49, nº 64); las necrópolis del Alto Duero (García-Soto, 1990: 29); la necrópolis de Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990: 117, Fig. 7, nº 9. 3); Sanchorreja (González-Tablas, 1989: 119) o Sansol (Castiella, 1990: 155, Fig. 3, nº 1.12).

Forma 1.2. Escudillas y cuencos. Las variantes documentadas son:

Forma 1.2.1. Fuentes esféricas simples de paredes rectas, que se corresponden con la forma 2B.1 de Macarro (1999: 84) (Fig. 233).

Forma 1.2.2. Fuentes grandes de borde exvasado, que se identifican con la forma 2B.2 de Macarro (1999: 84) (Fig. 233).

Forma 1.2.3. Fuentes bajas, pertenecientes a la forma 2B.3 de Macarro (1999: 84) (Fig. 233).

Forma 1.2.4. Escudillas de bordes entrantes y fondo plano (Fig. 233).

Se han documentado en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 83 y 84, F.2. b.); en Ledesma (Benet et al., 1991: 128, Fig. 5, nº 4 y 15); en el Cerro de San Pelayo (Benet, 1990: 82, Fig. 3); en el Teso del Cuerno (González, 2000: 176, Fig.1b, nº 2; 180, Forma E2; 186) y en Cancho Enamorado (López et al, 2003: 21, 357 y 377).

Forma 1.2.5. Escudillas o cuencos carenados: Son vasos con ruptura del perfil continuo, en su zona media y en su parte inferior se asemejan a una forma pseudocónica. Se han distinguido en el Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 271, Fig. 6 inferior) y en Cancho Enamorado (López *et al*, 2003: 387; López, 2004: pieza 284). Por otra parte, se han recuperado algunas poco profundas, que se han denominado platos, en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/54/1) (Fig. 233).

Otro yacimiento donde se ha documentado escudillas es en Camino de Cantaracillo (IACyL); pero debido a que no se ha conseguido acceder a las piezas, no se han podido englobar en ninguna tipología de las aquí expuestas.

Tenemos paralelos en otros yacimientos meseteños tales como Las Cogotas (Mariné, 2005: 75), La Mota (Seco y Treceño, 1993: 143), Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 265), Roa (Sacristán, 1986: 64), con una cronología que va del siglo VIII al VI a. C; Torremediana (García-Soto, 1990: 29) o en estaciones de áreas colindantes a La Meseta como en la zona del Tajo superior (Barroso, 2002: 191). Las Formas 1.2.1 y 1.2.4 son exponentes de la cultura de Cogotas-I y se conocen en yacimientos como San Román de La Hornija (Delibes *et al.*, 1990), Sanchorreja (Maluquer, 1958b y González Tablas, 1989: 119-120), El Risco (Pavón, 1995: 63), Renedo de Esgueva (Watttemberg, 1957) o El Cerro de San Antonio (Barroso, 2002: 193). Así mismo, la forma 1.2.5 es un vaso de la

tradición del Bronce Final, muy desarrollado en el período orientalizante en ambientes tartésicos, y se ha identificado en diversos yacimientos del Tajo Superior (Barroso, 2002: 110).

### *Forma 2. Vasos de perfil sinuoso (Fig. 233-2)*

Dentro de este grupo se incluyen vasos con perfil en “S” más o menos desarrollado, en los que el punto de inflexión y el desarrollo del borde marcarán las diferencias entre los siguientes subtipos.

Forma 2.1. Vasos toscos, de tendencia globular, con el punto de inflexión localizado en la mitad superior del cuerpo, desarrollando una panza alta y un borde entrante rectilíneo, exvasado o vuelto hacia el interior, pudiendo estar decorados. Tenemos ejemplares procedentes del Cerro San Vicente (Forma 5. a de Macarro, 1999: 90; Láminas, Fig. 63, nº 1-5; 67, nº 1 y 2; 68, nº 1-12; 87, nº 2); de Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 41, Fig. 6; López et al, 2003: 384); del Teso del Cuerno (González, 2000: 180, Forma D; 183, Fig. 3, BB2); de El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 28, Fig. 5, nº 8; 1973: 400, Fig. 3, nº 5); de La Corona (Sánchez-Palencia et al, 2001: pieza SA/1) y de La Mesa de Carpio Bernardo (Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores) (Fig. 187). Esta forma no es muy abundante en los yacimientos pertenecientes a la Cultura del Soto, aunque se ha hallado en alguno como en La Mota (tipo 6.A de Seco y Treceño, 1993: 152). Por el contrario en la zona que será el territorio vettón, los encontramos en los niveles superiores de Sanchorreja, aunque con un cuello cilíndrico más desarrollado que los de San Vicente (tipo 5. a de Macarro, 1999: 90-91); en los yacimientos de la Alta Extremadura (Martín, 1999: 111) o en Sansol (Castiella, 1990: 155, Fig. 3, nº 1.13). La cronología que a la que se adscriben en todos los casos oscila entre el siglo VII y el V a. C. En lo que respecta a su función, los ejemplares que han sido documentados en Cancho Enamorado y en La Corona, fueron catalogados como cazuelas (López, 2003f: 51; Sánchez-Palencia et al, 2001), así mismo los hallados en La Alta Extremadura también fueron definidos del mismo modo por Martín Bravo (1999: 111).

Forma 2.2. Vasos de perfil sinuoso con el punto de inflexión localizado en la mitad media /inferior del cuerpo.

Forma 2.2.1. Vasos de calidad, pequeños, finos y bruñidos. Se caracterizan por unas pastas bien decantadas y paredes finas con decoración. Aparece de manera habitual en los niveles medios y superiores del Cerro San Vicente (tipo 5. b de Macarro, 1999: 91; Láminas, Fig. 85, nº 1-8; 63, nº 6 y 9; 67, nº 3 y 6), en el Teso del Cuerno (González, 2000: 180, Forma 3) y en Ledesma (Benet et al., 1991: 128, Fig. 5, nº 2) (Fig. 233). Ejemplares análogos se documentaron en La Aldehuela (Santos, 1991: 235, Fig. 3, nº 12); en La Mota (Seco y Treceño, 1993: 154), en Roa (Sacristán, 1986: 320, Lam. VII, nº 11); en Los Cuestos de la Estación (Célis, 1993: 119); en San Román de la Hornija (Delibes et al., 1990) y en los niveles superiores de Sanchorreja (González Tablas, 1989: 119 y 121, Fig. 2, nº 4).

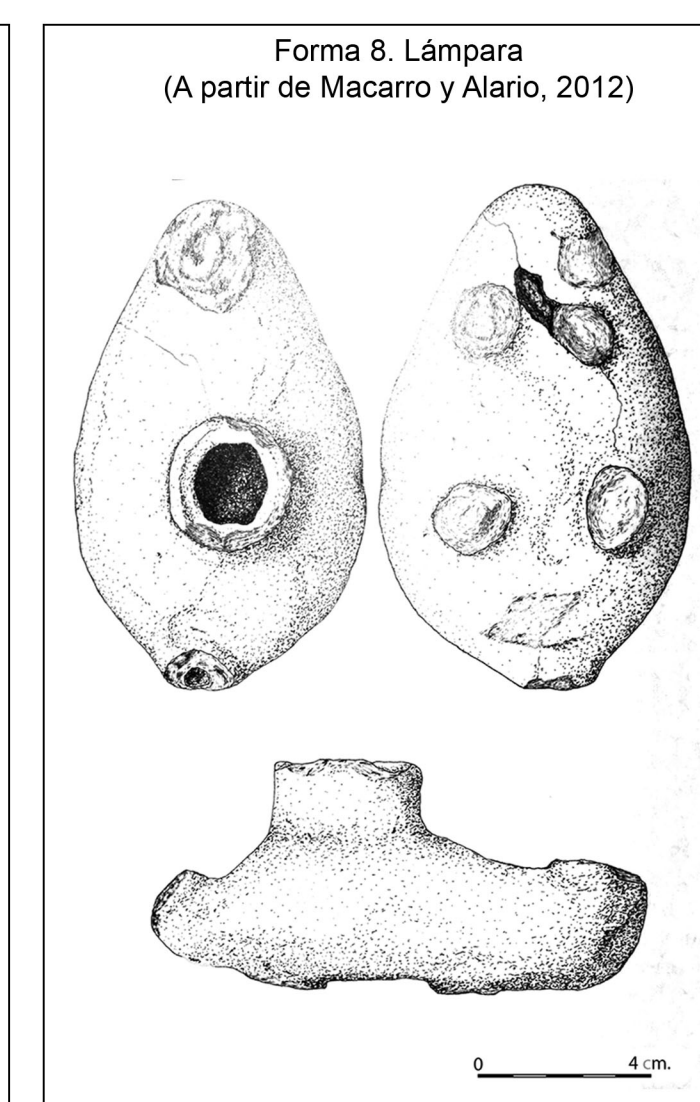
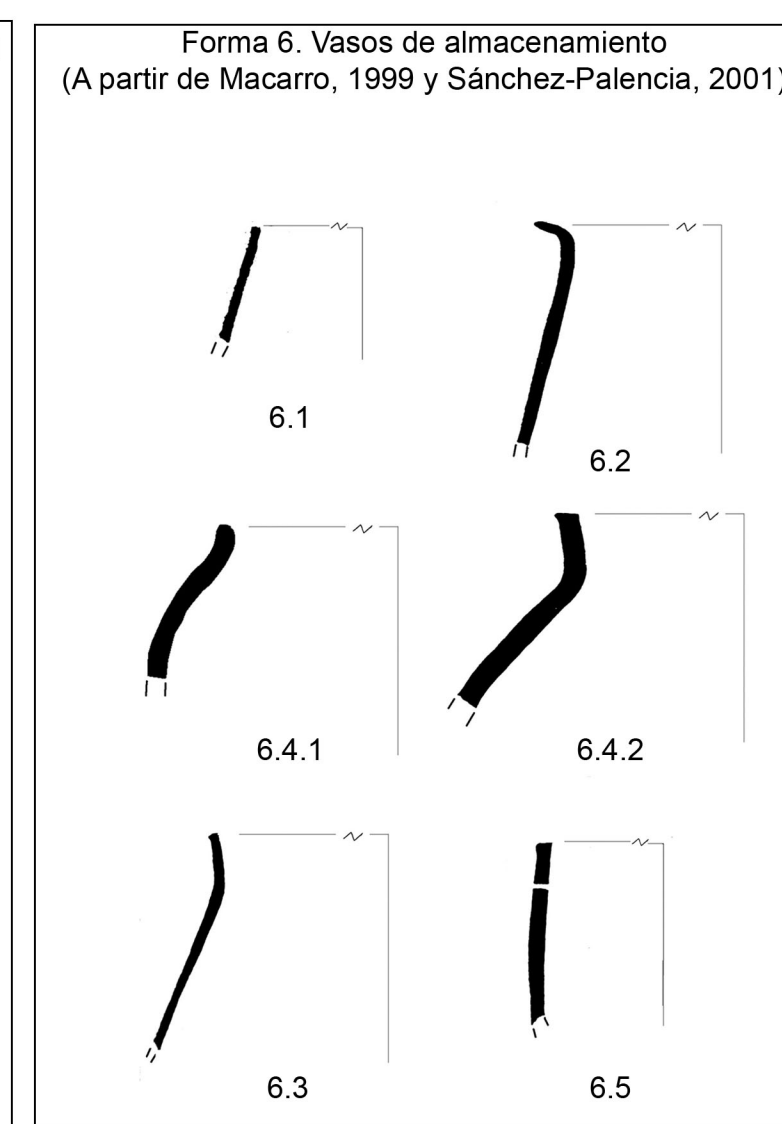
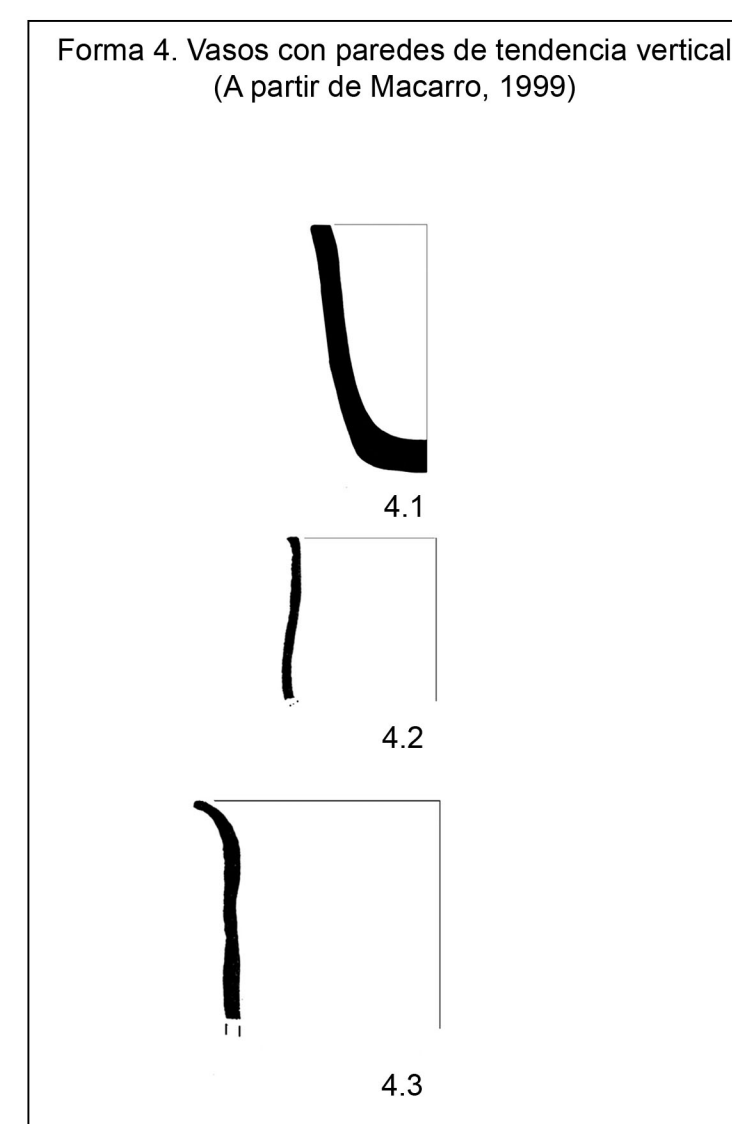
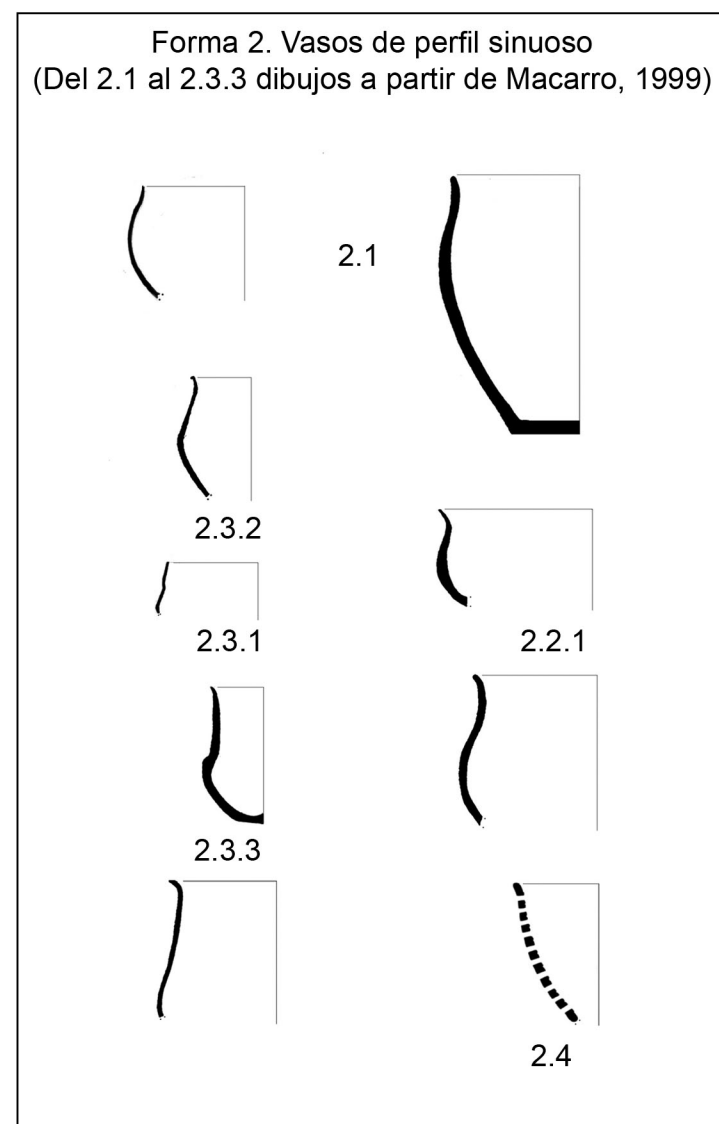
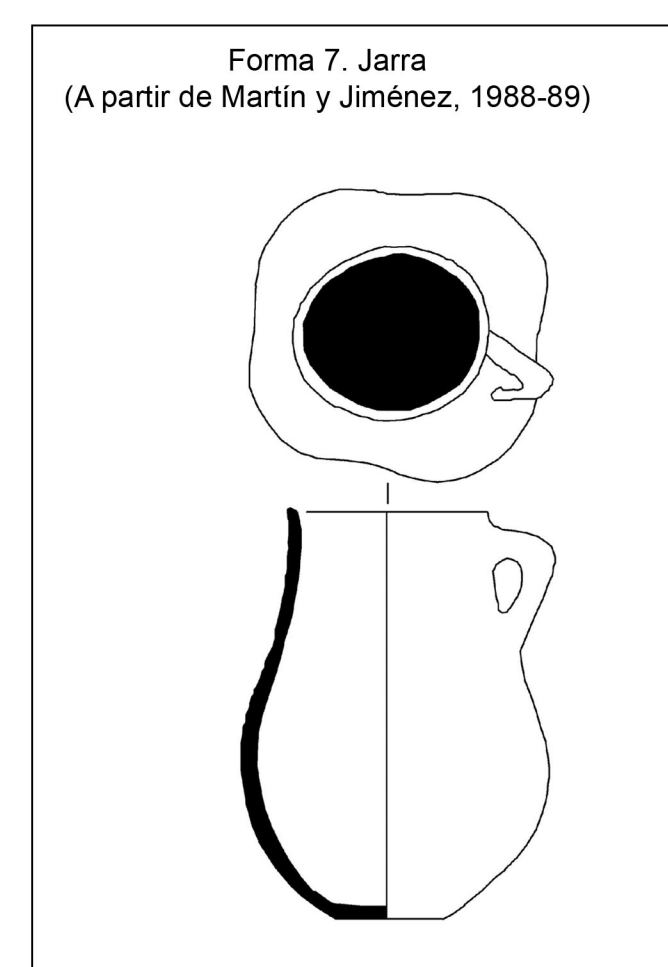
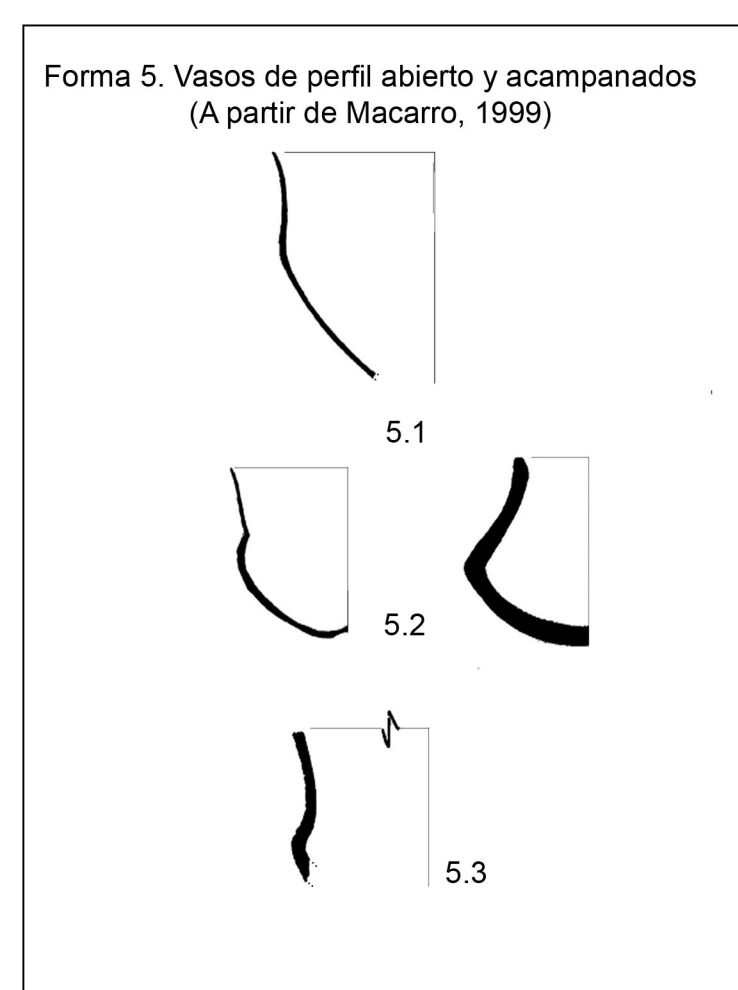
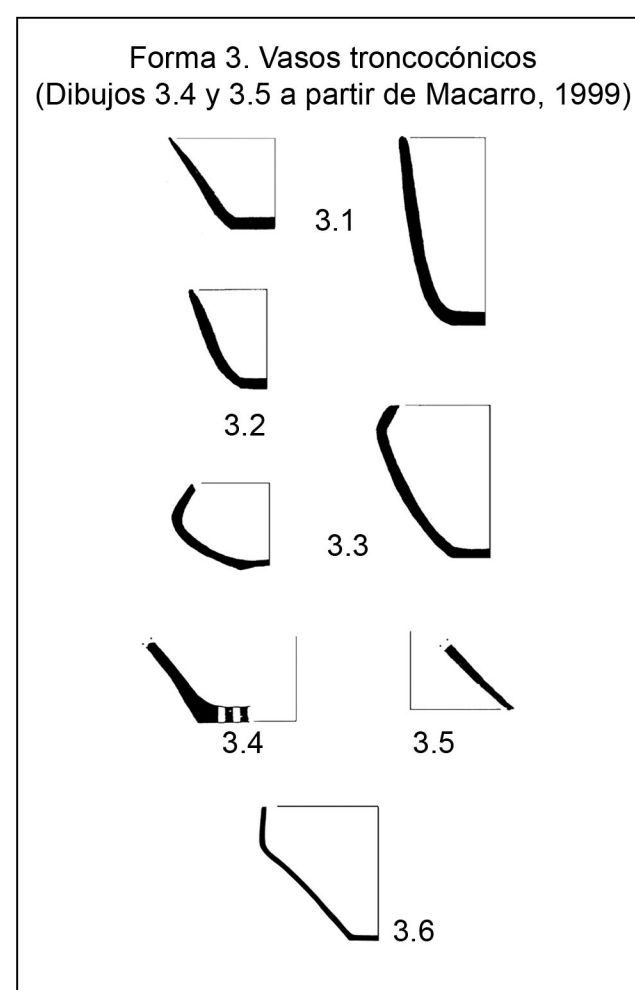
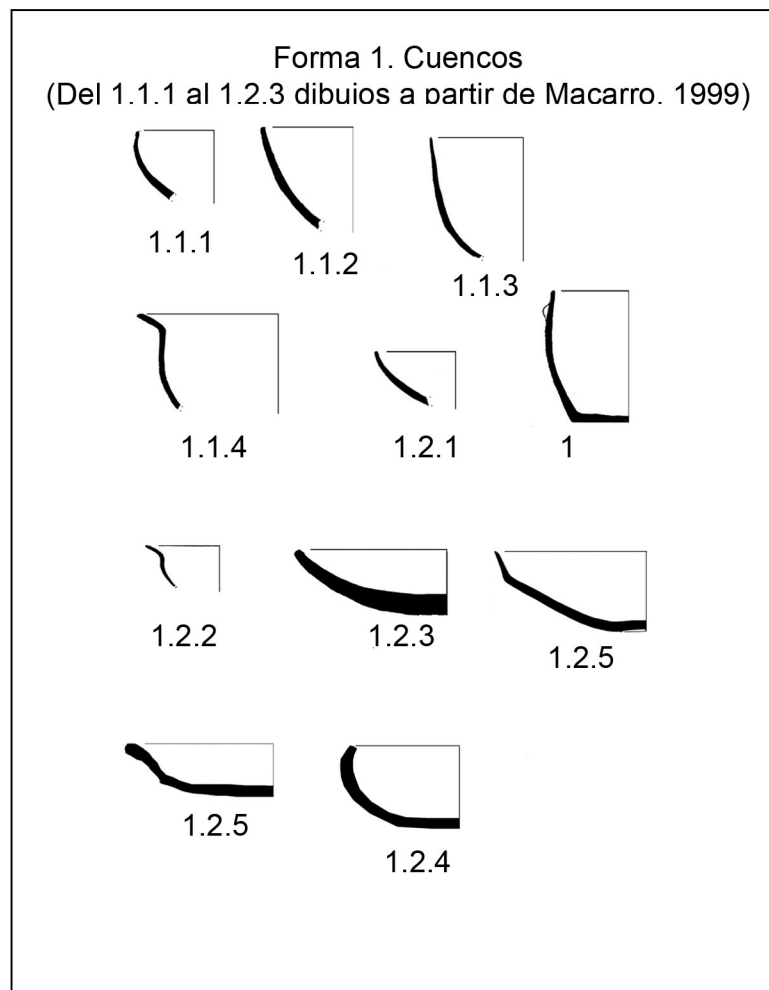


Figura 233: Formas cerámicas de la Primera Edad del Hierro (C. Mateos).

Forma 2.2.2. Vasos comunes, pequeños y medios: ollas y ollitas. Identificados por presentar unas pastas con desgrasantes medios y grandes y una decoración que se reduce a impresiones o incisiones en el labio. Se han puesto en relación con actividades domésticas y de cocina porque presentan superficies rubefactadas por exposición directa al fuego. Estas cerámicas se pueden apreciar en el Cerro San Vicente (forma 5 a y b común de Macarro, 1999: 92; Láminas, Fig. 10, nº 3 y 6; 31, nº 1-5; 50, nº 1-4 y 7); en El Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 272, Fig. 7a); y en Cancho Enamorado (López et al, 2003: 386) (Fig. 233). Esta forma es común en los yacimientos del Hierro I meseteño, pudiendo citar los yacimientos de Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 51, Fig. 14), de Roa (Sacristán, 1986: 65), de Olivares de Duero (Seco, 1993: 221, Fig. 3, nº 1 y 2) o de La Mota (Seco y Treceño, 1993: 152).

Forma 2.3. Vasos con el cuerpo bajo redondeado o en carena roma y cuello más o menos desarrollado, cilíndrico o troncocónico, a veces con borde exvasado. Según Macarro (1999: 93), se corresponde en parte con la forma 6C de la clasificación de Seco y Treceño (1993: 152-154) (Fig. 233).

Forma 2.3.1. Vasos pequeños de cuerpo redondeado o apuntado en carena roma, y cuello destacado, troncocónico entrante. Se caracterizan por ser piezas finas de gran calidad, de tendencia reductora, superficies bruñidas y decoradas post-cocción. Ejemplares de estas piezas hay en el Cerro San Vicente (forma 5 c. 1 de Macarro, 1999: Láminas, Fig. 86, nº 1 y Lam. I, nº 2) y en Cancho Enamorado (López et al, 2003: 347 y 352) (Fig. 233). Ejemplares análogos han aparecido en La Mota (Seco y Treceño, 1993: 152-154), en Roa (Sacristán, 1986: 325) o en Sanchorreja (González Tablas, 1989: 123, Fig. 3, nº 1).

Forma 2.3.2. Vasos pequeños de cuerpo bajo o medio, redondeado y remarcado con carena, con el cuello cilíndrico o troncocónico muy destacado y el borde ligeramente exvasado. No son muy abundantes y tan sólo se han identificado, por el momento, en el Cerro San Vicente (Martín Valls, 1991: 149, Fig. 2; Forma 5. c. 2 de Macarro, 1999: 94-95). Estos vasos, aunque con formas más angulosas y carena muy remarcada, aparecen en los castros sorianos o en El Soto (Macarro, 1999: 94-95) (Fig. 233).

Forma 2.3.3. Vasos de tamaño medio con perfil sinuoso compuesto en el que destaca un cuerpo bajo y globular y un cuello cilíndrico con el borde exvasado. Se distinguen por tener unas pastas arcillosas con desgrasantes medios y gruesos y porque su decoración se limita a impresiones en el labio. Sólo se han documentado en el Cerro San Vicente (Forma 5 c. 3. de Macarro, 1999: Láminas, Fig. 51; 50, nº 6; 60, nº 6) y en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/101/2). Se corresponden con la forma 6c de la clasificación realizada por Seco y Treceño para la cerámica de La Mota (1993: 152-154) y con la Forma 13 de Castiella (1990: 154) para el yacimiento navarro de Sansol. Su cronología abarca del siglo VII al V a. C.



Forma 2.4 Vasos-coladores/queseras. Cuencos de labio redondeado, bordes salientes y paredes agujereadas. Sólo contamos con un ejemplar entero procedente de El Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 272, Fig. 7b superior) y varios fragmentos recuperados en Cancho Enamorado (López, 2003b) y en Los Hornos (IACyL). Este tipo de vasija se ha documentado en otros yacimientos como el de Sacaojos (Misiego *et al.*, 1995-96: 55), la necrópolis de Urrea de Jalón (Pérez, 1990: 113) o San Román de la Hornija (Delibes y Martín Valls, 1972: 15) con la misma cronología, Bronce Final- Hierro I, que los citados aquí.

### *Forma 3. Vasos troncocónicos (Fig. 233-3)*

Este grupo hace referencia a recipientes abiertos de formas simples troncocónicas y bases planas, de tamaños y calidades diversos. Los subtipos que se distinguen son:

Forma 3.1. Vasos troncocónicos de paredes altas y abiertas hacia el exterior. Se caracteriza por su tamaño medio y por contar con unas superficies cuidadas. Tenemos varios ejemplares en el Cerro San Vicente (Forma 1 a. de Macarro, 1999: 78 y 79, F.1a); en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 399, Fig. 2, nº 1) y en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958a: 62; 63, Fig. 15, Be1; López *et al.*, 2003: 339) (Fig. 233). Ejemplares análogos se documentan en La Mota (Seco y Treceño, 1993: 150); en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: Lam. X); en Roa (Sacristán, 1986: 319); en la necrópolis de Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990: 117, Fig. 7, nº 9. 1 y 2); en Sansol (Castiella, 1990: 155, Fig. 3, nº 1. 3) o en El Pago de Gorrita, (Romero, 1980: 146). La cronología de este tipo cerámico, a raíz de los datos recopilados, abarca desde el siglo VII hasta el III a. C.

Forma 3.2. Vasos troncocónicos de paredes altas y poco abiertas. Sólo se han identificado en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 62; 63, Fig. 15, Be2; López, 2004: pieza 591) (Fig. 233). Piezas análogas se conocen en Sansol (Castiella, 1990: 155, Fig. 3, nº 1. 4). En ambos casos, los investigadores los fechan dentro del Hierro I.

Forma 3.3. Vasos troncocónicos con el borde vuelto hacia el interior y perfil casi globular, a partir de la carena. Los ejemplares proceden de Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 63, Fig. 15, Be1 y Be1; López *et al.*, 2003: 388), de La Mesa del Carpio Bernardo (Museo de Prehistoria de los Padres Reparadores) y del Teso del Cuerno (González, 2000: 178, Forma A4) (Fig. 233). Paralelos semejantes se documentan, por ejemplo, en San Román de la Hornija (Delibes *et al.*, 1990: 72) o en Sanchorreja (Maluquer, 1958b).

Forma 3.4. Fuentes-vasos coladores. Vasijas de forma troncocónica y tamaños medios o pequeños. De momento, sólo contamos con varios ejemplares del Cerro San Vicente (Forma 1B. de Macarro, 1999: 79). Este tipo de producciones es común en la cultura de El Soto a partir del siglo VI a. C. (Macarro, 1999: 79; Láminas, Fig. 4 y 56). Ejemplares análogos se encuentran en Los Cuestos de la Estación (Célis, 1993: 124 y 126); en San Pedro de la Viña (Esparza, 1987: 120) o en El Castillo de Montealegre (Heredero, 1993: 297) (Fig. 233).

Forma 3.5. Platos-tapaderas de borde engrosado. Se documentan en todas las fases del Cerro San Vicente, abarcando su cronología desde mediados del siglo VII hasta el siglo V a. C. (Forma 1C. de Macarro, 1999: 80), en El Castillo de Saldeñuela y en Valle Ancho (STRATO, 2001-02: 8 y 27). También se ha hallado un fragmento de tapadera en El Teso de Las Catedrales, adscrita Hierro I, siendo la hipótesis de los investigadores que se empleó en los inicios de la etapa siguiente, tal y como ocurre en otros yacimientos, en los que se atestiguan la producción de cerámica a mano, como reminiscencia de la tradición anterior (STRATO, 1994: 101). Piezas análogas proceden de Sacaojos (Misiego et al., 1995-96: 60); de Almenara de Adaja (Romero, 1980: 139); de Roa (Sacristán, 1986: 64); de Sansol (Castiella, 1990: 155, Fig. 3, nº 1. 19) y de los castros sorianos (Lorrio, 1997: 241) (Fig. 233)

Forma 3.6. Vasos troncocónicos con carena alta y de boca ancha, que pueden estar decorados o no. Como referencia disponemos de varios ejemplares del Teso del Cuerno (González, 2000: 176, Fig. 1a.); de Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 65, Fig. 16 y 17); de El Pino del Tormes (Martín Valls y Delibes, 1973: 398, Fig. 1, nº 1); de El Castillo del Carpio (Martín Valls y Delibes, 1972: 27, Fig. 4, nº 1; 1973: 399, Fig. 2, nº 1); de La Aceña (Sanz García et al., 1991-92: 79) y de La Mesa del Carpio Bernardo (Museo de Prehistoria de Los Padres Reparadores). Ejemplares paralelos se han documentado en Las Carretas, en El Rabio (Delibes y Martín Valls, 1972: 14) y en las estaciones del Tajo superior, como por ejemplo El Turmielo y La Coronilla (Barroso, 2002: 197).

#### *Forma 4. Vasos de paredes rectas (Fig. 233-4)*

Este grupo hace referencia a recipientes simples de cuerpo cilíndrico desarrollado, de tamaños medios y grandes, con superficies rugosas o alisadas y poco tratadas y unas bocas de gran anchura. Los ejemplares identificados con seguridad, y que la fragmentación de los vasos no permite reconocer ninguno más, proceden de La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972; Fig. 7, nº 26, 15; Fig. 6, nº 10).

Forma 4.1. Vasos de paredes rectas y abiertas. No se diferencia el borde del cuerpo cilíndrico de la pieza, pudiendo presentar decoración impresa en el labio y digitaciones o impresiones colgadas en el borde, como se puede apreciar en las piezas procedentes del Cerro San Vicente (Forma 3A. de Macarro, 1999: 85; Láminas, Fig. 6, 26, 27 y 48), o unciones como en el ejemplar del Teso del Cuerno (González, 1992: 70). También se aprecia esta forma en la cerámica lisa como es el caso de un ejemplar de El Pino del Tormes (Martín Valls, 1973: 398, Fig. 1, nº 2) (Fig. 233).

Forma 4.2. Vasos de paredes verticales entrantes y cuerpo convexo de tendencia globular. La decoración impresa en el labio es opcional, como se percibe en los ejemplares del Cerro San Vicente (Forma 3B de Macarro, 1999: 85; Láminas, Fig. 28, 32; 40, nº 1 y 2; 52, nº 1 y 2) o de Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/102/5). Se corresponde, según Macarro, con la Forma 5 de Seco y Treceño (1993: 152 y 153, Fig. 13) (Fig. 233).

Forma 4.3. Vasos con paredes verticales y borde vuelto, casi horizontal. Pueden presentar una decoración impresa en el labio e incisa debajo del borde como advertimos en los ejemplares de Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 129 y 128, Fig. 5, nº 7); de San Pelayo (Benet, 1990: 85); del Cerro San Vicente (Forma 5. c. de Macarro, 1999: 85; Láminas, Fig. 8); de La Mesa de Carpio (Martín Valls y Delibes, 1972: Fig. 6, nº 12); de El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: Fig. 5, nº 7; Fig. 4, nº 4). Se corresponde, según Macarro, con la forma 3A de Seco y Treceño (1993: 151 y 153, Fig. 13) (Fig. 233).

Su extensión geográfica y cronológica es muy amplia y afecta a distintos grupos culturales tanto del ámbito meseteño como de otras áreas, por ejemplo del Tajo superior o La Alta Extremadura (Martín, 1999: 111), durante El Hierro I; como se ha deducido por sus hallazgos en diferentes estaciones como Sanchorreja (González Tablas y Domínguez, 1995: 191), Cortes de Navarra (Maluquer, Gracia y Munillo, 1990: 105), Los Cuestos de la Estación (Célis, 1993: 117), La Mota (Seco y Treceño, 1993: 151-152), Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 265), Pico de Buitre o Los Pinos (Barroso, 2002: 194).

*Forma 5. Vasos de perfil abierto, compuesto y acampanado (Fig. 233-5)*

Este grupo hace referencia a recipientes de tamaño medio y pequeño, de buena calidad, con paredes abiertas y cuerpo globular o carenado. Los subtipos identificados son:

Forma 5.1. Vasos de cuello abierto y una fuerte inflexión que cambia la trayectoria del perfil, insinuando cuerpos carenados o globulares. Se ha documentado en el Cerro San Vicente (Forma 4A de Macarro, 1999: 87; Fig. 9, nº 5; 43, nº 11-13; 25, nº 2 y 3); en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 47, Fig. 9; López *et al.*, 2003: 352) y en El Teso del Cuerno (González, 2000: 183, Fig. 3 BB4) (Fig. 233). Estos ejemplares se adscriben en diversos poblados a los inicios del Hierro I y los investigadores postulan que su origen se rastrearía en el Bronce Final (Macarro, 1999: 88). Hallazgos análogos proceden de Pinilla del Toro (Martín Valls y Delibes, 1975: 460-461); de Sansueña (Delibes, 1977: 251 y 252); de San Cristóbal de Logrosán (Pavón, 1995: 63) o de la necrópolis de Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990: 117, Fig. 7, nº 3). Respecto a su posible función, en el caso de Cancho Enamorado, los investigadores los han catalogado como cazuelas (López, 2003f: 51).

Forma 5.2. Vasos pequeños de cuello abierto, con borde exvasado o entrante y labio redondeado y cuerpos con carena viva o redondeada. Estas vasijas se han identificado en el Cerro San Vicente (Forma 4B de Macarro, 1999: 87; Láminas, Fig. 25, nº 1); en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 50, Fig. 11; 47, Fig. 9; 63, Fig. 15, nº Be2; López *et al.*, 2003: 355 y 369); en El Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: 401, Fig. 4, nº 6); en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/52/1) y en El Torrejón (Fabián, 1999: 175, Fig. 8) (Fig. 233). Al igual que la forma anterior, ésta se encuentra en yacimientos meseteños de diferente adscripción cultural como puede ser Roa (Sacristán, 1986: 323), Los Cuestos de la Estación (Célis, 1993: 117),

Almenara de Adaja (Romero, 1980: 139); El Soto (Palol y Watterberg, 1974: 191-192), en los castros sorianos (Romero, 1991: 250-252); en Sagrajas (Pavón, 1995: 62) o en la necrópolis de Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990: 117, Fig. 7, nº 4). En todos los casos la cronología oscila entre el siglo VII y el VI a. C.

Forma 5.3. Vasos de diámetros amplios y medios, con paredes de grosor medio, con cuerpos bajos carenados y cuellos abiertos. Contamos con cerámicas de este tipo, interpretadas muchas veces como cazuela, procedentes del Cerro San Vicente (Forma 4C de Macarro, 1999: 89; Martín Valls *et al.*, 1991: 140, Fig. 2); de Cancho Enamorado (López *et al.*, 2003: 385); de Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/52/8 y 9); del Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 269, Fig. 3) y de El Torrejón (Fabián, 1999: 175, Fig. 8) (Fig. 233). Ejemplares análogos se han documentado en otros poblados tales como Sanchorreja (González Tablas, 1989: 123), El Cofre, El Risco (Pavón, 62) o La Mota (Forma 6C de Seco y Treceño 1993: 152-153).

*Forma 6. Grandes vasos de paredes inclinadas con perfil bitroncocónico, ovoide o globular (Fig. 233-6)*

Este grupo hace referencia a recipientes de tamaño grande con paredes gruesas, cuyo diámetro mayor estaría en la zona media del cuerpo, y con un perfil compuesto bitroncocónico, ovoide o de tendencia globular.

Forma 6.1. Grandes vasijas bitroncocónicas de paredes gruesas, cuyo borde es una prolongación. Se han documentado en el Cerro San Vicente (Forma 6a de Macarro, 1999: 96); en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/53/4) y en Cancho Enamorado (López *et al.*, 2003: 356, 360 y 384) (Fig. 233).

Forma 6.2. Grandes vasos bitroncocónicos de paredes gruesas y con borde exvasado o vuelto, diferenciado del cuerpo. Los hallazgos proceden del Cerro San Vicente (Forma 6b de Macarro, 1999: 96) y de Cancho Enamorado (López *et al.*, 2003: 348, 354 y 375) (Fig. 233).

Forma 6.3. Vasijas grandes de paredes rugosas y de grosor medio, con un perfil bitroncocónico y un borde exvasado, generalmente decorado con impresiones. Se conocen ejemplares en el Cerro San Vicente (Forma 6c de Macarro, 1999: 96), en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/101/3) y en San Pelayo (Benet y López, 2004: 162, Fig. 6) (Fig. 233).

Forma 6.4. Vasos grandes de tendencia globular y paredes gruesas. Se han distinguidos dos subtipos:

Forma 6.4.1 Vasijas con el borde exvasado, identificadas en el Cerro San Vicente (Forma 6b de Macarro, 1999: 96) y en La Corona (Sánchez-Palencia *et al.*, 2001: pieza SA/1/6) (Fig. 233).

Forma 6.4.2. Cerámicas con el borde recto y poco desarrollado, recuperadas en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/102/1) y en Cancho Enamorado (López *et al.*, 2003b) (Fig. 233).



Forma 6.5. Vasos grandes de perfil ovoide, con superficies rugosas y de borde liso o decorado con o sin impresiones. Se han reconocido en el Cerro San Vicente (Forma 6d de Macarro, 1999: 96) y en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 62) (Fig. 233).

Estas producciones son comunes en los poblados del Hierro I y se registran en otros yacimientos como La Mota (Seco y Treceño, 1993: 154); Los Cuestos de La Estación (Célis, 1993: 119 y 123); Cuellar (Barrio, 1993: 183, 187 y 197); Roa (Sacristán, 1986: 318); El Castillo de Montealegre (Heredero, 1995: 254); El Ceremeño o El Turmielo (Barroso, 2002: 191). Se emplearían, como se ha constatado en estos últimos, como vasijas bien de almacenamiento o bien de cocina. Esta función es una manifestación clara de las actividades de silvicultura y agricultura (Berrocal-Rangel, 1992: 226), aunque en nuestro caso no se puede especificar mucho más debido a la falta de análisis en la mayoría de las excavaciones realizadas. Tan sólo se cuenta con los datos del Cerro San Vicente en donde las especies identificadas (gramíneas salvajes y frutos arvícolas) hablan de una preeminencia de la recolección frente a las especies cultivadas en la fase inicial del yacimiento (Macarro, 1999: 168).

#### *Forma 7. Jarras (Fig. 233-7)*

Este grupo lo conforma un solo ejemplar encontrado en El Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1992: 250). Es una pieza con un cuerpo casi cilíndrico en su mitad superior, mientras que en su mitad inferior tiene una forma tetralobulada y cuenta con un asa acintada subtriangular en su parte alta. (Fig. 15). Ejemplares parecidos se conocen tanto en momentos protocogotas, caso de la jarra de “Los Tolmos” (Caracena) (Jimeno, 1984), como en momentos de Cogotas I, caso del recipiente de San Román de La Hornija (Delibes *et al.*, 1990: Fig. 20, E) o el de “Porrargo” (Fernández *et al.*, 1991: 66, Fig. 2).

#### *Forma 8. Lámpara (Fig. 233-8)*

Objeto con forma de lucerna, modelada a mano, que consta de cuatro mamelones a modo de pies en su base, con la boca de alimentación rematada con un cuello vertical levemente exvasado. Tanto el arranque del apéndice de sustentación como el orificio de la luz están fracturados. Sus superficies están alisadas mediante la técnica del espatulado. Fue recuperada en el Cerro San Vicente y ha sido clasificada como una lámpara de aceite o de grasa animal empleada para iluminar las casas (Macarro y Alario, 2012: 76). Hasta el momento no se han encontrado paralelos a este espécimen en ningún yacimiento contemporáneo.

### **1. H. b. Hierro II**

#### *Forma 1. Cuencos (Fig. 234-1)*

Recipientes abiertos de formas simples hemisféricas y en casquete. Se han distinguido varios subtipos, dentro de los cuales también se aprecian divisiones. Así el esquema queda de la siguiente manera

### Forma 1.1. Cuencos hemisféricos.

Forma 1.1.1. Cuenco con perfil acarenado, cuello desarrollado y borde exvasado. Ejemplar procedente de Salamanca (Martín Valls et al., 1991: 142, Fig. 3, nº 1) (Fig. 234).

Forma 1.1.2. Cuenco de paredes rectas y cerradas. Hallado en Salamanca (Martín Valls et al., 1991: 142, Fig. 3, nº 1) (Fig. 234).

Forma 1.1.3. Cuencos de paredes abiertas y rectas. Aparecido en Salamanca (Martín Valls et al., 1991: 142, Fig. 3, nº 4; Macarro, 1999a: Lam. 1) y en Los Ocuéstos (Alaraz) (IACyL). Esta forma se observa en la cerámica celtibérica, correspondiendo a la número XIX A de la clasificación de Watterberg. La cronología a la que se adscriben oscila entre el siglo III y II a. C. No obstante, en Numancia tipos similares se han fechado con posterioridad al 133 a. C. (1978: 36) (Fig. 234).

Forma 1.1.4. Cuencos de tendencia ovoide de paredes cerradas, cuello incipiente y borde exvasado. Se han recogido en Salamanca (Martín Valls et al., 1991: 142, Fig. 3, nº 4; Macarro, 1999a: Lam. 2) (Fig. 234).

Forma 1.1.5. Cuencos de paredes abiertas y bordes convergentes curvos. Encontrados en Salamanca (Martín Valls et al., 1991: 142, Fig. 3, nº 5; Macarro, 1999a: Lam. 21; 2005: 30; Alario, 1999: sector J, U. E. 597, pieza 142) (Fig. 234).

Forma 1.1.6. Cuenco de paredes abiertas y borde exvasado. Se han documentado en Salamanca (Martín Valls et al., 1991: 142, Fig. 3, nº 9; Macarro, 1999a: Lam. 18) y en Los Tejares (López et al, 2003: 396) (Fig. 234).

Forma 1.1.7. Cuencos de paredes cerradas y borde exvasado, con un perfil de tendencia globular. Hallados en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 12; Macarro, 1999a: Lam. 6) (Fig. 234).

Cuencos con estas mismas morfologías se han documentado en otros yacimientos de la Meseta como por ejemplo en Las Cogotas (Blázquez y Rodríguez, 2004: 212, Fig. 102); en la fase IV, en las necrópolis del Alto Duero (García-Soto, 1990: 34-36); en el castro de El Palomar (Arenas, 1990: 97, Fig. 6); en la necrópolis de Sansol (Castiella, 1990: 155, Fig. 3, nº 2) o en las necrópolis de la Alta Extremadura (Álvarez-Sanchís, 1999: 209, Fig. 83, nº 13). Si atendemos a los datos obtenidos en Pintia, tras el análisis de los contenidos de los cuencos, podemos extrapolarlos y aplicarlos a los nuestros, ya que, seguramente y como ocurre en la actualidad recipientes similares o iguales son empleados para los mismos usos. Así, este tipo de cerámicas son adecuadas para contener productos lácteos y frutos, tanto secos como carnosos (Sanz y Velasco, 2003: 155).

Forma 1.2 Escudillas. Fuentes esféricas, de tamaño medio, cuya finalidad fue contener los alimentos una vez cocinados o su preparación. Recogidas en Salamanca (Martín Valls et al. 1991: 142, Fig. 3, nº 6; Macarro, 1999a: 69; 2005: 87; STRATO, 1995: 200 y 214) y en Yecla (Martín Valls, 1973: 91) (Fig. 234). Este tipo cerámico se adscribe a niveles celtibéricos como sucede en otros

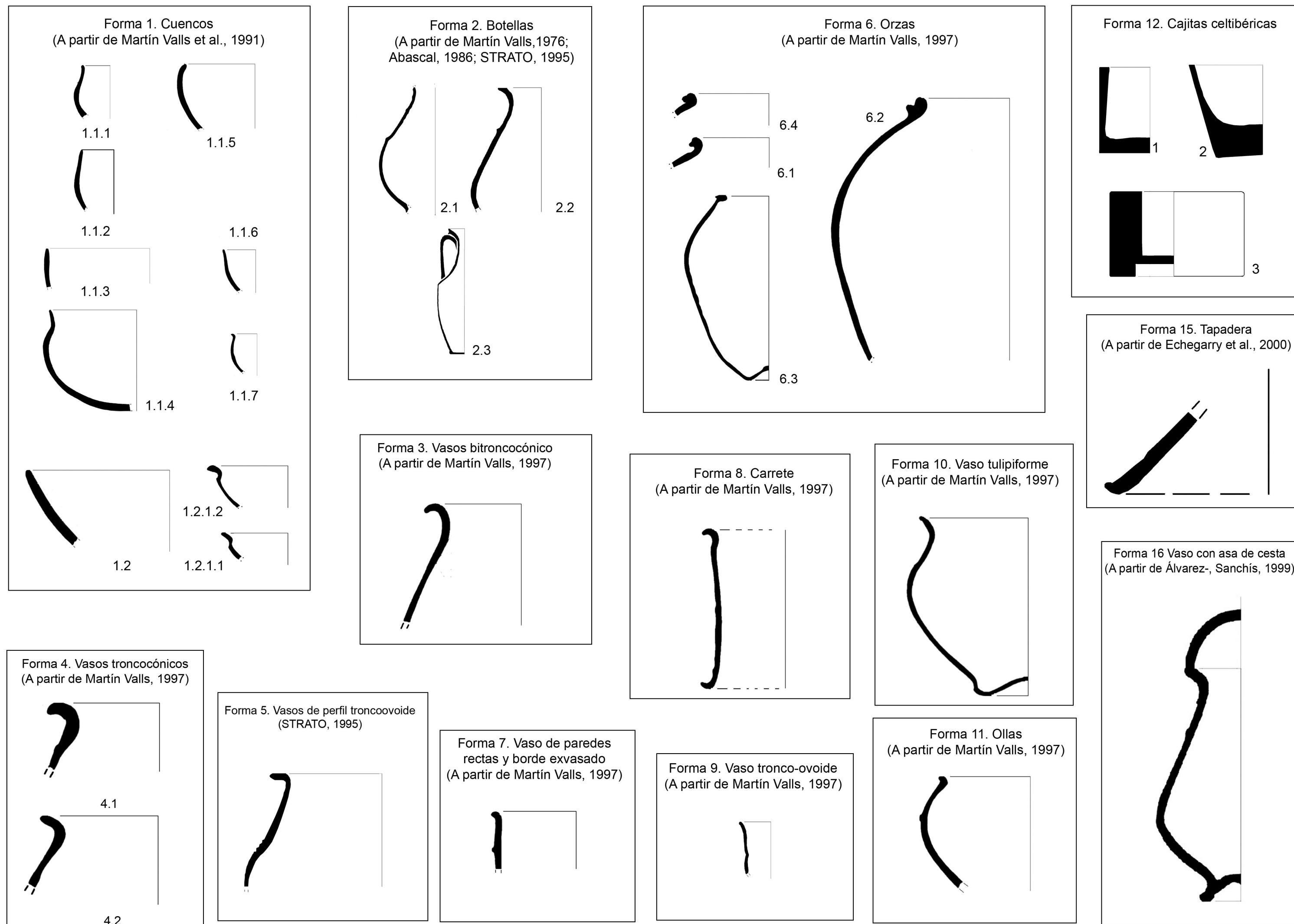


Figura 234: Formas cerámicas de la Segunda Edad del Hierro (C. Mateos).

yacimientos, como es el caso de los situados en Navarra y La Rioja (Castiella, 1990: 154). También se han documentado en las necrópolis de la Alta Extremadura (Álvarez-Sanchís, 1999: 209, Fig. 83, nº 10) y en otros yacimientos como Magacela, La Tabla de las Cañas (Rodríguez, 1995: 120), Simancas, El Soto (Forma XIX B de Wattemberg, 1978: 36), Las Cogotas o El Raso (Sánchez, 2000: 113). Las variantes que se distinguen son:

Forma 1.2.1 Escudillas carenadas. La carena se sitúa en su parte superior. La hipótesis que se plantea es que son formas propias de la etapa anterior, que perdurarán a principios del Hierro II. Los subtipos identificados, de acuerdo al tipo de borde son.

Forma 1.2.1.1 Fuente con borde exvasado. Ejemplar recuperado en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 8; Caballero, 1998; STRATO, 1995: 123, 138 y 184) (Fig. 234).

Forma 1.2.1.2 Fuente con borde vuelto ligeramente apuntado. Procedente también de Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 7; Macarro, 1999a: Lam. 3) (Fig. 234).

### *Forma 2. Botella (Fig. 234-2)*

Las variantes que se han identificado con toda seguridad pertenecen a tres momentos distintos: etapa celtibérica plena, etapa tardoceltibérica y a la cerámica de tradición indígena.

Forma 2.1. Este tipo se caracteriza por un cuello ancho y corto, y por un perfil en “S”; con borde envasado y labio redondeado. Contamos con ejemplares procedentes de Salamanca (STRATO, 1995: 204). (Fig. 234). Responde a un subtipo de botellitas de cuerpos abombados o lenticulares encontrado en diversos yacimientos como Pintia, Las Cogotas (Álvarez Sanchís, 1999: 210, Fig. 84, nº 6) o en El Soto (Forma IX C-2 de Wattemberg, 1978: 29). La cronología de estas botellas según Wattemberg es de mediados del siglo I a. C.

Forma 2.2. Botella de cuello alto y esbelto, separado del cuerpo por un baquetón. Éste tiene forma tronco-globular, con otro baquetón en la inflexión donde comienza la forma globular. Fue encontrada en Ciudad Rodrigo y se corresponde con la producción tardía (Martín Valls, 1976: 375, Fig. 1) (Fig. 234).

Forma 2.3. Botellas “tipo lecitos”. Los fragmentos con los que contamos, posiblemente se corresponden con la forma 6 de Abascal de cerámicas pintadas de tradición indígena (Fig. 234). Estas piezas se caracterizan por una amplia boca con el labio muy saliente, bajo el cual el cuello se estrecha para volver a ensanchar fuertemente al alcanzar la carena que limita el hombro no diferenciado del cuello. El cuerpo de la cerámica es casi cilíndrico y está rematado por una base cuyo diámetro es ligeramente superior al de la boca. Poseen un asa de gran tamaño que arranca bajo el borde y apoya encima de la carena. Su cuello suele estar decorado por un ave con el cuerpo circular y adornado con series horizontales de puntos (Abascal, 1986: 68). Según Abascal, esta forma sería un prototipo de la cerámica cluniense directamente importada de Azaila, cuyas relaciones comerciales con el Mediterráneo están probadas por Beltrán. De ahí, que el parecido con el *lekythos* no sea



casual (1986: 69). Botellas de este tipo han sido recuperadas en Salamanca (Jiménez y Rupidera, 2003: 120).

Forma 2.4. Fragmento de borde moldurado de una botella de cuello alto y estrecho, con arranque de asa. Posiblemente la forma de la botella es de tipo leцитos de la cerámica de tradición indígena, pero no se corresponde con ninguna de las formas de la tipología de Abascal. También se ha documentado en Salamanca (Jiménez y Rupidera, 2003: 120).

Respecto a lo que contenían estas botellas, tan sólo se puede especular a raíz de los datos obtenidos en *Pintia*. Por tanto, este tipo de cerámicas, fáciles de cerrar, pudieron servir como ungüentarios, ya que ocho de las nueve piezas analizadas contuvieron un ungüento a base de aceite. Los investigadores apuntan que este tipo de aceite tuviera un origen meridional, ya que es frecuente encontrarlos en el mundo ibérico en relación con el aseo personal, libaciones religiosas o funerarias. Esta mixtura llegaría desde las zonas meridionales en ánforas y de ahí se vertería en estas producciones locales (Sanz y Velasco, 2003: 157-158). En nuestro caso es complicado saber si tendrían la misma utilidad ya que desconocemos si se ha realizado algún tipo de análisis y sí, en caso afirmativo, se ha publicado. No obstante, la hipótesis es que se podrían extrapolar los datos, ya que, seguramente y como ocurre en la actualidad, recipientes similares o iguales son empleados para los mismos usos.

#### *Forma 3. Vaso (Fig. 234-3)*

Jarro de posible perfil bitroncocónico y labio vuelto ligeramente apuntado. El autor no especifica su procedencia (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 2). El fragmento de cerámica es demasiado pequeño para identificar la forma a la que pertenecería, pero el tipo de bode responde a los denominados zoomorfos; identificándose en la fase tardía de diversos yacimientos como por ejemplo en los de Extremadura (Berrocal-Rangel, 1992: 226 y Martín, 1999), en Morro da Sé (Viseu, Portugal) (Oliveira 2005), en La Corona (Manganeses de La Polvorosa) (Misiego *et al*, 2013: 298), en Roa (Sacristán, 1986: 166-167) o en Las Ruedas (Sanz, 1993: 387, Fig. 5-8) o en Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1999: 206).

#### *Forma 4. Vasos troncocónicos (Fig. 234-4)*

Cerámicas de perfil troncocónico y paredes cerradas, cuyos subtipos son:

Forma 4.1. Vasijas con borde exvasado. Documentados en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 3; Macarro, 1999a: Lam.4) (Fig. 234).

Forma 4.2. Vasos con bordes vueltos redondeados y un baquetón separando el cuello del cuerpo. Procedentes de Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 1; Macarro, 1999a: Lam. 4) y de Yecla (Pérez, 1991: 41, nº 234) (Fig. 234).

Este tipo se documenta en otros yacimientos como en Roa (Sacristán, 1986: 167), en La Romana, en La Zaida (Burillo, 1980: 22), en Simancas o El Soto (Watterberg García, 1978: 41). En

todos estos yacimientos se han asociado a niveles pertenecientes al celtibérico pleno, conformados a mediados del siglo I a. C. No aparece en los conjuntos tardíos.

*Forma 5. Vasos tronco-ovoides (Fig. 234-5)*

Vasos de tamaño medio de perfil tronco-ovoide, de borde envasado y labio redondeado. Recogidos en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 2; STRATO, 1995: 162) y en Monleón (Vinuesa y Aparicio, 2007: 132). Este tipo se ha encontrado en los niveles tardíos de otros yacimientos meseteños como por ejemplo Coca (Romero *et al.*: 1993: 245, Fig. 10-4). Bien podría corresponder con la Forma XXVIII B o C de Wattemberg, en cuyo caso podemos mencionar otros ejemplares aparecidos en Simancas, La Osera, El Soto, Langa o Imana. La fecha varía según los yacimientos, así tenemos el siglo I a. C. según Taracena y Wattemberg o entre el siglo III y II a. C., según Orrego (Wattemberg, 1978: 41).

*Forma 6. Orzas (Fig. 234-6)*

Vasos de tamaños grandes, de perfil tronco-globular, paredes cerradas y bordes vueltos y abultados, de tal modo que el labio inferior suele formar un ángulo agudo con la pared de la vasija. La decoración se concentra en su tercio superior y se limita a motivos pintados con ondas y semicírculos concéntricos. El tipo de base recuperada es umbilicada, aunque en otros yacimientos, como el de *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 82-83) o en los situados en el valle del Baixo Sabor<sup>86</sup>, se han documentado con bases planas.

Dentro de este conjunto se han incluido cuatro variantes:

Forma 6.1. Vasija con cuello de desarrollo incipiente. Son las denominadas “pico de pato” o zoomorfas. Documentadas en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 5; Macarro *et al.*, 1997-98: 286); en La Corona (Sánchez-Palencia *et al.*, 2001: pieza SF/202/183); en Las Merchanas (STRATO, 2005: 56); en Valdelascampanas (IACyL); en Monleón (Vinuesa y Aparicio, 2007: 131) y en Los Ocuestos (IACyL) (Fig. 234).

Forma 6.2. Vasija de paredes verticales. Se han recogido varios fragmentos en Salamanca (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 1; STRATO, 1994) y en Los Tejares (López, 2004: pieza 573) (Fig. 234).

Forma 6.3. Vasija con borde vuelto ligeramente apuntado. Ha sido identificado en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 6) (Fig. 234).

Forma 6.4. Vasija con cuello de desarrollo incipiente y borde engrosado vuelto y redondeado. Se conoce comúnmente como vasijas del tipo “palo de golf”. Se pueden observar en las cerámicas recogidas en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 4); en Yecla de Yeltes

<sup>86</sup> Agradecemos esta información a José Carlos Sastre, coordinador del equipo de La Edad del Hierro en el proyecto de Aproveitamento Hidroeléctrico do Baixo Sabor/Plano de Salvaguarda do Património.

(Iglesias, 1989: 34, nº 6); en Las Merchanas (STRATO, 2005: 49) y en La Plaza (STRATO, 2001-02: 21) (Fig. 234).

Todos estos subtipos se aprecian en otros yacimientos con niveles del hierro pleno como por ejemplo en Roa, donde se han denominado vasos de borde vuelto con “uña” (Sacristán, 1986: 166-167); en la necrópolis vaccea de Las Ruedas (Sanz, 1993: 387, Fig. 5-8); en los poblados vacceos de Las Quintanas (Gómez y Sanz, 1993: 360 y 361, Fig. 12 y 13) y de *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 83); en Numancia (Watttemberg, 1963: 43); en las *vettonas* de Las Cogotas y Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1999: 206, Fig. 82, nº 1 y 6; 210, Fig. 83, nº 12); en los castros de Extremadura (Berrocal-Rangel, 1992: 226 y Martín, 1999) o en los yacimientos de Magacela y de La Tabla de las Cañas (Rodríguez, 1995: 120). En Navarra y en la Rioja esta forma aparece desde finales del siglo IV a. C. (Castiella, 1977: 362), siendo característicos de contextos plenos y raramente se encuentran en los tardíos. Su función queda fuera de toda duda: almacenamiento. En todos los yacimientos mencionados han aparecido restos de estos vasos, pero es llamativo el caso de *Pintia* donde se documentó una incrustada en el suelo con granos calcinados de trigo en su interior, a modo de almacén (Sanz y Velasco, 2003: 83). Esta colocación explicaría porque su decoración se concentra sólo en su parte superior, teniendo en cuenta que la superficie para ornamentar es más bastante amplia. A raíz de esto no es de extrañar que en la necrópolis de Las Ruedas hayan sido también documentadas con la misma función: almacenar comida, a modo de ofrenda votiva para el difunto. Del mismo modo, estas vasijas en el resto de yacimientos mencionados tendrían la misma finalidad (Sacristán, 1986: 167; Castiella, 1990: 154; Berrocal-Rangel, 1992: 226 y Martín, 1999). Como ya se ha mencionado, este tipo de vasijas es propio del desarrollo de actividades agrícolas y/o recolectoras, y más adelante se ahondará en el tema.

#### *Forma 7. Vasos de paredes rectas (Fig. 234-7)*

Cerámicas con paredes rectas y borde exvasado, con o sin una moldura para distribuir la decoración. Se ha identificado con la Forma XXII de la clasificación de Watttemberg (1978: 37) Han sido recogidos en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 10; Macarro, 1999a: Lam. 3). Esta forma ha sido identificada en Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 210, Fig. 83, nº 14), en Aguilar de Anguita, en El Soto, en Fitero o en Monteagudo de las Vicarías (Watttemberg, 1978: 37).

#### *Forma 8. “Carretes” (Fig. 234-8)*

Cerámica de cuerpo cilíndrico, carente de base, que se podría clasificar como soporte, a modo de carrete. Por el momento sólo contamos con la recogida en Yecla de Yeltes (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 5; Aula Arqueológica de Yecla de Yeltes) (Fig. 224). Piezas semejantes a esta han sido documentadas en La Mesa de Miranda, Las Cogotas o El Raso (Mariné y Manso, 2007: 217) y también en el ámbito celtibérico: Arcóbriga (Segovia) (Sopeña, 1987: 171); Caminreal (Teruel) (Mariné, 2001: 435) o Numancia (Soria) (Echívarri, 2005: 41). La mayoría de los objetos han sido

hallados en contextos de hábitat, no habiéndose documentado ninguna en necrópolis, pese a contar con muchas excavadas tanto en la zona *vettona* como en la celtibérica.

Hay que mencionar una pieza hallada en Salamanca, que podría incluirse en esta forma. Es un soporte o pie de perfil troncocónico recorrido por un cordón y que conserva una perforación circular no lejos del borde. Los investigadores creen que debe ponerse en relación con los soportes calados de perfil de carrete o bitroncocónicos, pero sólo son conocidos en cerámica fina y no común, como es el caso de este ejemplar (Balado y Marcos, 2004a: 66).

No se sabe con exactitud su función ya que han aparecido en diferentes contextos de habitación. Así en La Mesa de Miranda se documentó en la cocina de la casa excavada y en El Raso se ha asociado al ritual fundacional de la vivienda (Mariné y Manso, 2007: 217). No obstante, el propio nombre que se les ha dado “soporte” da una idea de su uso: sostener vasijas. Jiménez planteó la hipótesis de que sirvieran de sujeción de cerámicas de base inestable, como parece haber quedado demostrado con los soportes cerámicos que sustentaban unas ánforas en las tumbas de Trayamar (2002: 158). Independientemente del contexto que se ha mencionado para los ejemplares meseteños, creemos que ambos estarían relacionados con la sujeción o bien de vasos de cocina o bien de vasos rituales, siendo su uso generalizado. De hecho, en el Sur peninsular se conocen distintas versiones de estos carretes, desde los más modestos, en cerámica, hasta otros más suntuosos, en bronce; los cuales, según Jiménez habrían sido empleados por toda la sociedad, relacionando los bronceos con la aristocracia tartésica (2002: 160).

González-Tablas establece su origen en importaciones orientales realizadas para la aristocracia de los castros (Mariné y Manso, 2007: 217). Sin embargo, el estudio de Jiménez demuestra que este tipo de soportes son de raigambre peninsular, concretamente del Sur peninsular, en donde los ejemplares más antiguos se pueden rastrear hasta el Calcolítico, perdurando hasta época romana. Así, los soportes aparecidos en los enclaves fenicios sólo se documentan en los peninsulares, por lo que los habrían adoptado y modificado según su gusto (2002: 158-159). Por tanto, la teoría es que estas piezas, a falta de hallazgos más antiguos, llegaron a la Meseta en Época Orientalizante al mismo tiempo que otros objetos tales como fíbulas de doble resorte, braseros de bronce, arracadas,... por la denominada Vía de La Plata y perdurarán por ser un elemento muy práctico. Nuestro ejemplar se acercaría más a la morfología fenicia, ya que su perfil se aproxima a la forma anular más que a la bitroncocónica indígena, definidas por Jiménez (2002: 159).

#### *Forma 9. Vaso tronco-ovoide (Fig. 234-9)*

Representado por un fragmento cerámico con una inflexión en su zona media, que da como resultado un perfil compuesto tronco-ovoide, de paredes abiertas, borde envasado y labio redondeado. Fue recuperado en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176, Fig. 15, nº 11). No se ha encontrado ningún paralelo cerámico exacto tan solo formas similares en la necrópolis de Las Ruedas



(Sanz, 1997: 162); en Quinta das Laranjeiras (Torre de Moncorvo, Portugal)<sup>87</sup>, en contextos del Hierro II.

*Forma 10. Vaso tulipiformes (Fig. 234-10)*

Cerámica con perfil en “S”, borde exvasado y base umbilicada, denominados tulipiformes. Los ejemplares de los que disponemos proceden de Yecla (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 3; Aula Arqueológica de Yecla de Yeltes), de Salamanca (STRATO, 1994: 104) y de Los Ocueros (IACyL). Piezas análogas han sido recogidas en las necrópolis de La Alta Extremadura (Sanchís, 1999: 209, Fig. 83, nº 2) y pueden equiparse con la forma XIIIa de Watterberg, fechada en el primer cuarto del siglo I a. C. (González *et al*, 2000: 108).

*Forma 11. Ollas (Fig. 234-11)*

Vasos de perfil globular u ovoide-globular y borde envasado de labio redondeado, que cuenta con baquetones en su zona media. Se han identificado en Salamanca (Martín Valls, 1991: 148, Fig. 6, nº 3; Macarro, 1999a: 54; 2005: 96; STRATO, 1995: 136) y en Monleón (Vinuesa y Aparicio, 2007: 95). Ejemplares similares han sido documentados en las necrópolis de la Alta Extremadura (Álvarez-Sanchís, 1999: 209, Fig. 83, nº 2) o en El Raso (Fernández, 1986: 161-199).

*Forma 12. Cajitas (Fig. 234-12)*

Bajo este epígrafe se estudia una serie de cajitas que por su morfología se han identificado con las denominadas “cajitas vacceas” de la Meseta. Son piezas realizadas a mano y de perfil habitualmente rectangular, aunque también se han recuperado algunas de planta cuadrada (Sasamón I, Astudillo o en Las Cogotas) y otras más escasas, circulares (Las Cogotas). Las paredes en su mayor parte son verticales, pero, sobre todo en los ejemplares sin patas, son ligeramente abiertas (Sanz, 1998: 315). Pueden llevar asas y los fondos identificados son de tres tipos: planos, planos con pie corrido y planos con patas. Existen ejemplares con asas (Sanz y Velasco, 2003: 82 o Watterberg, 1960-1961: 290-291), aunque en nuestra muestra cerámica no hay evidencias de este. Otra característica son las pastas tamizadas con cocciones oxidantes, aunque también se encuentran una serie de pastas con desgrasantes ostensibles y reductoras como en Las Cogotas o Padilla, que pueden responder a una serie más antigua de las cajitas (Sanz, 1998: 317). De los ejemplares de los que se conocen el tipo de pastas, la de Yecla de Yeltes se correspondería con este último grupo, mientras que la de La Cuesta de Santa Ana (Garcíhernández) se encuadra en el primero.

De este modo la tipología de este grupo quedaría de la siguiente manera:

Forma 12.1. Cajitas de forma rectangular de paredes rectas y abiertas con fondo plano (Fig. 234-12.1 y 2). Se conocen pocos ejemplares de estos objetos cerámicos en la muestra cerámica, caracterizándose por la falta de decoración. Proceden de Yecla de Yeltes (Martín Valls,

<sup>87</sup> Agradecemos esta información a José Carlos Sastre, coordinador del equipo de la Edad del Hierro en el proyecto de Aproveitamento Hidroeléctrico do Baixo Sabor/Plano de Salvaguarda do Património.

1975: 172-173; Pérez, 1992-93: 107), de La Cuesta de Santa Ana (Sanz, 1998: 316) y de Salamanca (Maluquer, 1951: 64; Macarro, 1999: 99; 1999a: 47, 94).

Forma 12.2. Cajitas de forma rectangular de paredes rectilíneas abiertas de fondos planos y pie corrido (Fig. 234-12.3). Sólo contamos con el ejemplar hallado en Salamanca, el cual presenta una decoración perimetral en su borde a base de círculos estampados y en su pared más ancha la decoración está compuesta por motivos excisos en forma de zig-zags y retículas de aspas. El lateral menor aparece liso (Balado y Marcos, 2004a: 68).

Atendiendo a la decoración, se distinguen dos grupos, las decoradas y las lisas. En la Meseta la decoración se circunscribe en las piezas de pasta tamizada o a las de época romana. Su ubicación es variada con una combinación en cuanto a zonas decoradas; así se encuentran en las cuatro paredes, sólo en el labio, en las patas y los laterales, sólo en el labio y el asa,... (Sanz, 1998: 316). Las técnicas empleadas para la decoración del primer tipo son la incisa, la impresión, el estampillado y la excisión. Aunque el estudio de Sanz demuestra que la incisión y la excisión son las técnicas mayoritarias y que el resto aparecen a modo de acompañamiento e incluso no aparecen y sólo se emplea una u otra técnica (1998: 324). Los temas representados suelen ser geométricos: triángulos, rombos, círculos concéntricos, óvalos, zig-zags, líneas,... aunque también se han encontrado zoomorfos como: ánades, figuras de toros o “en cola de milano” (Sacristán, 1986; Martín Valls, 1975; Llanos, 1979; Nieto 1961-1963; Sanz, 1998: 320). Ejemplos de estas piezas se conocen en Las Cogotas (Cabré, 1930: 65-69); en Simanca, en El Soto (Watterberg, 1960-1961: 290-291); en *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 82) o en *La Ciudad* (Moure y Ortega, 1981b: 185).

En cuanto a las cajitas lisas, podemos citar varios fragmentos descubiertos en Toro, en El Viso (Martín Valls y Delibes, 1977: 309; 1978: 309); en Cuéllar (Molinero, 1971: 70); en Arauzo de Torre (Abásolo y García Rozas, 1980: 16); en Roa (Sacristán, 1986: 203); en Herrera de Pisuergra (Watterberg, 1964: 318-320) o en Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 2003: 148, Fig. 55, 8). También son frecuentes en el Suroeste, en Capote (Higuera la Real) o en Garvão (Beja, Portugal) (Berrocal-Rangel, 1999; 2000; 2015)

Como se ve, existen cajitas en prácticamente toda la Meseta, desde el Valle del Ebro hasta el Occidente atlántico. La cronología de esta forma es amplia, ya que se han documentado en diversos yacimientos prerromanos, como las cajitas de Las Cogotas, el cual da una fecha *ante quem*, ya que su destrucción se data en el s. III a. C. (Cabré, 1930: 111). En *Pintia* se encuadran en los siglos III-II a.C., desapareciendo o cambiando sus características a partir del siglo I a. C. (Sanz y Velasco, 2003: 82). La caja de Garvão fue datada entre los siglos IV y III a. C. (Beirão *et al*, 1985-86: 220). El ejemplar de El Soto apareció cubierta por estucos en una vivienda con una cronología de finales del siglo I a. C.; y del mismo modo fue fechado el ejemplar hallado en Simancas, hacia mediados del siglo I a.C. (Watterberg, 1960:7). Las cajitas de La Hoya por su asociación a fíbulas de La Téne se han datado entre finales del siglo III e inicios del II a. C. (Llanos, 1979: 714). Por otro lado, contamos

con una serie de ejemplares más tardíos, de época romana, como las encontradas en Villabermudo (Balil, 1965b: 132-133) o en Calzadilla de la Cueva (Castro, 1975: 265).

Por tanto, el encuadre de estas cajitas sería amplio, entre el IV y el I a. C. como ya propuso Watterberg (1960-61: 291). Sanz en su estudio propone que el origen del tipo se remontara a los inicios del siglo IV y que se mantendría como mínimo en época sertoriana tal y como demuestran los hallazgos de *Pintia*, de El Soto o de Simancas; existiendo un vacío de ejemplares que una estos últimos con los adscritos a época romana (1998: 327). El grueso de los hallazgos debe situarse en plena segunda Edad del Hierro, en torno a los tres últimos siglos antes del comienzo de Era, aunque no cabe descartar su pervivencia en época romana. Nuestros ejemplares debido a sus características y como ya expusieron tanto Macarro (1999: 99) como Martín Valls (1975: 172-173), deben asociarse a los niveles *vettones* de los yacimientos.

Para cerrar este apartado, se hará referencia a las posibles utilidades de estas cajitas, ya que hay diversas posturas. La primera hipótesis planteada por Cabré fue que eran para usos domésticos, tal vez saleros, debido a que en Las Cogotas sólo se documentaron en contextos de habitación y no apareció ninguna en la necrópolis (Cabré, 1930: 68-69). Esta hipótesis se reforzó por la presencia de objetos de similar forma y con esta misma función en la cultura tradicional de los pastores castellanos (Maluquer, 1954: 124; González, 1941: 262). Otros ejemplares encontrados en ambientes domésticos se repite en el caso de El Soto (Watterberg, 1960-61: 290), de La Hoya (Llanos, 1979: 713) o de Los Azafranales (Blanco, 1989: 102). En el caso de La Hoya se postuló la idea de que fueran cajas de ofrendas o pebeteros, que bien podría reforzarse por el hallazgo de la caja de Garvão (Beja, Portugal) en un contexto de depósito votivo, cumpliendo un papel determinado en el ritual que se desarrollara o, como en el caso de Tricio, con la existencia de cajitas con señales de fuego en su interior, a modo de incensarios o quemadores de pebeteros (Watterberg, 1964: 319; Martín Valls, 1975: 174-175; Llanos, 1979: 713; Sanz, 1998: 328-29). La aparición de estas piezas vinculadas a ajuar funerarios se ha producido en *Pintia*, en Cuéllar o en Palenzuela y dio pie a una interpretación como posibles urnas funerarias. No obstante Sanz expone que tanto las dimensiones como la escasa capacidad para contener las cenizas, excluyen su uso en este ámbito; además no se ha documentado hasta el momento ninguna tumba de incineración en que los restos del difunto estuvieran contenido en una cajita (1998: 328-29), por lo que o bien pudieron formar parte del ajuar y contener algún tipo de ofrenda o bien pudieron intervenir en el ritual funerario.

Por lo que se ve existe una clara polivalencia en cuanto a los posibles usos de estas piezas que en ningún caso son excluyentes debido a la multiplicidad de contextos en que aparecen, sus pequeñas variaciones morfológicas o la distinta condición de los personajes cremados y enterrados en las tumbas (hombres, mujeres y niños; tanto de estatus elevado como inferior). Quizá este tipo cerámico se adaptase a unas características específicas, de acuerdo a la función a la que vaya destinada. En el caso de nuestros ejemplares aparecen en niveles de revuelto, por lo que es

imposible determinar su uso, aunque bien pudieron tener diferentes funciones dependiendo del dueño de la cajita, desde guardar pequeños objetos hasta contener algún tipo de ofrendas.

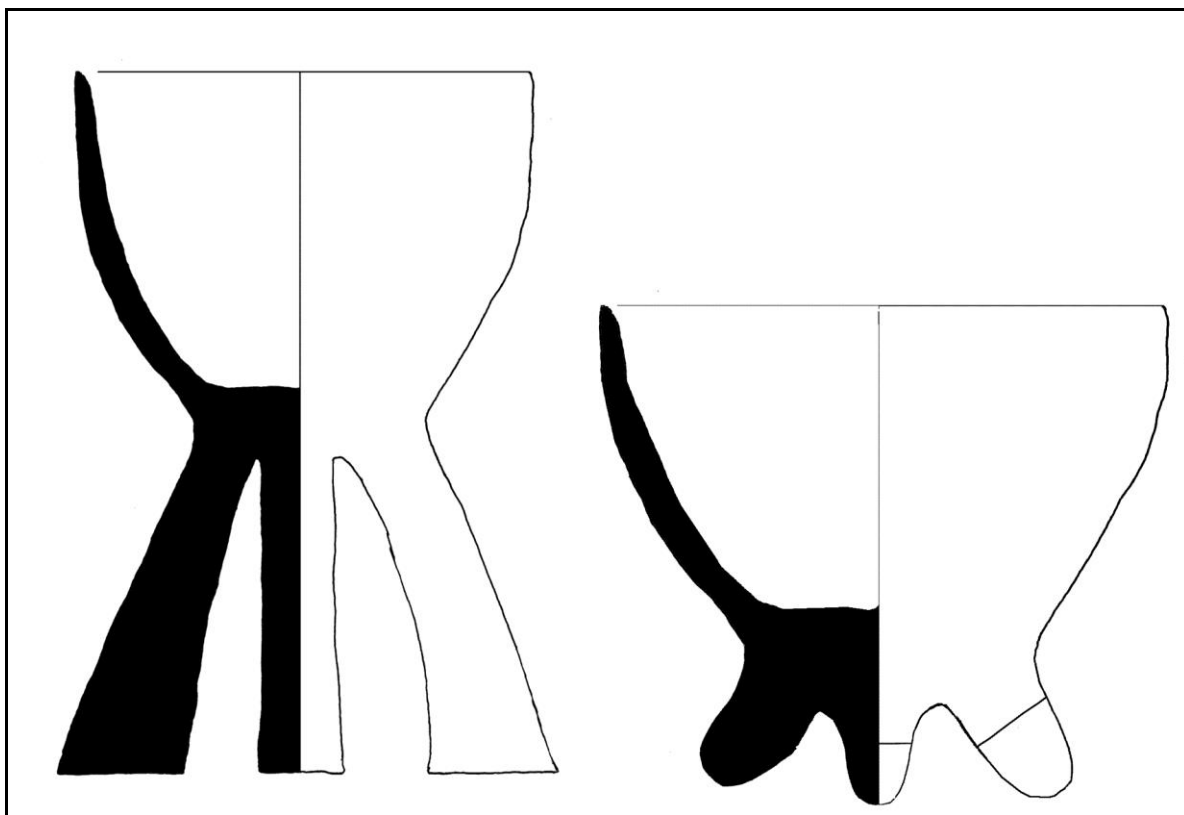


Figura 235: Forma 13. Quemadores. (Posible reconstrucción a partir de los datos de Echegaray *et al.*, 2000 y STRATO, 1995)

### *Forma 13. Quemadores (Fig. 235)*

Vaso, a menudo polípodo, fabricado a mano que es habitual en contextos *vettones*. Su perfil suele ser en “S” o cuenco, con una decoración calada, aunque se desconoce en este caso porque tan sólo nos han llegado los pies (Fig. 235). La cronología de estos tipos cerámicos oscila entre el S. III a. C., remontables al IV como demuestran los ejemplares de Cantamento o de La Mesa, y el I d. C. (Berrocal-Rangel, 1994: 196; STRATO, 1995: 158 y Echegaray *et al.*, 2000: 126). Ejemplares análogos se han documentado en otros yacimientos como Roa (Castro, 1972; Sacristán, 1986: 195-197; Álvarez-Sanchís, 1999), Capote (Berrocal-Rangel, 1994: 191), Las Ruedas (Sanz, 1998: 228), Cuéllar (Barrio, 1988: 381-382), Las Cogotas, El Raso o Villasviejas del Tamuja, los cuales responden a una tipología distinta, ya que el perfil de su cuerpo es semiesférico, con bordes entrantes y pies altos (Martín, 1999: 231). Han sido identificados como “quemadores” o foculi, siendo característica su decoración en forma de figuras geométricas caladas. En cuanto a la materia que se quemaría en ellos hay diversas teorías. Almagro Gorbea los pone en relación con los “foculi” en los que se transportaría el fuego sagrado desde el hogar hasta las piras, en forma de ascuas (1996: 103). El estudio realizado por Berrocal los identifica como posibles quemadores de especias, ya que sólo se observa en un caso



huellas de fuego entre una revisión de varias decenas de ejemplares (Garvão, Capote,...) (1994: 196). No obstante, ambas interpretaciones son plausibles.

#### *Forma 14. Copas (Fig. 236)*

Son normalmente recipientes de forma hemisférica, con fustes moldurados o lisos y bases de morfología muy diversa, aunque predominan las de sección troncocónica. La decoración pintada, suele concentrarse en la parte superior de la pieza, mientras que en el fuste y en el pie no siempre aparece. Los esquemas ornamentales que siguen son muy sencillos: líneas rectas horizontales. Todos los ejemplares han sido documentados en Salamanca (González Echegaray *et al*, 2000: 108; Balado y Marcos, 2004a: 65 y 2004b: 32). Los tipos de copas que se han distinguido son los siguientes:

Forma 14.1. Pie de copa identificada con el tipo IB de Wattemberg (1978: 24). Esta variante es de pie bajo, tronco moldurado, cuerpo abombado y copa de forma acampanada. Su cronología oscila entre finales del siglo III y el primer cuarto del siglo II a. C. (Fig. 236-3).

Forma 14.2. Creemos haber identificado la forma la IVB de Wattemberg (1978: 24), que se caracteriza por un pie acampanado, una copa hemisférica con un labio grueso levemente vuelto, aunque no se ha conservado, y un fuste nudoso sin molduras muy marcadas. La cronología de los yacimientos donde han aparecido indica finales del siglo II o principios del siglo I a. C. (Fig. 236-1). Piezas análogas a ambos tipos han sido documentadas tanto en Las Cogotas (Cabré 1932: 119 y 110) como en Numancia (Wattemberg, 1963: 104).

Forma 14.3. Copa de perfil acampanado en sus dos tercios superiores que se adscribe a la etapa plena de las cerámicas *vettonas*. Ejemplares similares se han recogido en Roa (Sacristán, 1986: 175) y una forma semejante, la III, fue identificada por Wattemberg en El Soto con la misma cronología (1978: 24) (Fig. 236-5).

Forma 14.4. Copa baja de borde moldurado y perfil grueso con un solo nudo o moldura en su fuste. Este fuste se ha asociado, por comparación, con copas con unos cuerpos superiores de panza baja o media, con una carena marcada por sendos baquetones y con un borde exvasado. Entre el borde y la carena se dispone un tramo cilíndrico a modo de cuello. Son de tamaño mediano. Se ha identificado con la forma IIB de Wattemberg (1978: 24). Ejemplares análogos se han identificado en Roa (Sacristán, 1986: 175), en Las Cogotas (Cabré, 1932: 110) o en Las Ruedas (Sanz, 1997: 288). La fecha obtenida, según los datos de los yacimientos, para este subtipo la situaría en la segunda mitad del siglo I a. C. (Fig. 236-4).

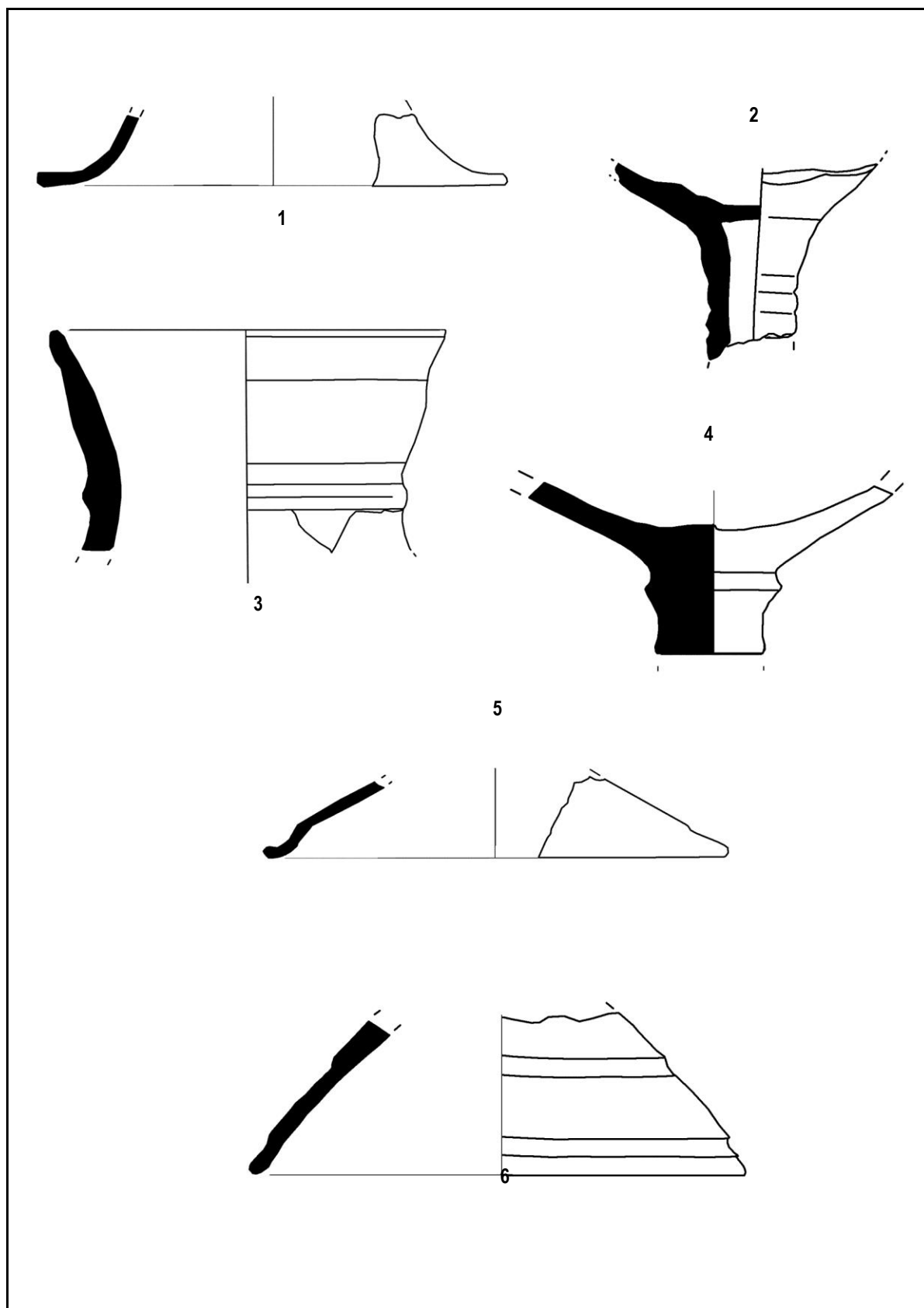


Figura 236: Forma 14. Copas. (A partir de González Echegaray *et al.*, 2000)

Forma 14.5. Fuste con varios nudos o molduras. Al contar sólo con el fuste, se ha identificado con dos posibles formas. La primera puede ser la forma VII de la clasificación de la cerámica de Las Ruedas (Sanz, 1997: 287). El cuerpo de estos ejemplares suele ser de carena baja, borde exvasado y pie acampanado. Son de tamaño pequeño/mediano. Su cronología aproximada sería entre el siglo III e inicios del II a. C. Por otra parte, también se puede identificar con la forma IVA de Watterberg (1978: 25). Dichas copas también se caracterizan por un pie hemisférico, un fuste de varios nudos y un cuerpo semiesférico. Cronológicamente se sitúa en el segundo tercio del siglo I a. C. Ambos tipos se han documentado en Numancia (Sanz, 1997: 289; Watterberg, 1978: 25) (Fig. 236-2). Teniendo en cuenta que los investigadores indican una cronología del siglo I a. C. para la pieza salamantina es más probable que se corresponda con la forma de Watterberg (González Echegaray *et al.*, 2000: 109).

El resto de los pies que aparecen son semejantes a los estudiados por Watterberg Sempere, que los dató entre los años 75 y 29 a. C. (1978: 78). Estos también se pueden apreciar en el conjunto cerámico de Roa adscrito a los siglos II/I a. C. (Sacristán, 1986: 175).

Por otro lado, se han testimoniado ejemplares de cronología más tardía, que se caracterizan por ser recipientes hemisféricos bajos, con un fuste cilíndrico, pies más planos que las copas ya mencionadas y bordes engrosados y ligeramente entrantes. Un lote similar fue documentado en Roa por Sacristán (1986: 241). Responden, cronológicamente, a copas de época *tardovettona*.

También se han recuperado otras, adscritas a la cerámica de tradición indígena. Una es una copa de pie macizo con pastas grises/anaranjadas, decantadas, con desgrasantes finos, engobe anaranjado y decoración pintada (Alario, 1999: 5; González *et al.*, 2000: 112 y 120) (Fig. 237-1). La otra copa se caracteriza por un fuste hueco con paredes externas alisadas (Fig. 237-2). La perduración de estas copas está en relación con la pervivencia de tradiciones indígenas en espacios ya romanizados, como ocurre en otros puntos de la Meseta tales como Herrera de Pisuergra, Julióbriga o Sásamo, oscilando su cronología entre el siglo I y II d. C. (Illarregui y Puente, 2000: 126).

#### *Forma 15. Tapaderas (Fig. 234-15)*

Sólo nos han llegado fragmentos de esta tipo cerámico, que los investigadores han identificado como tapaderas, cuya finalidad es cerrar otros recipientes bien para permitir la mejor cocción de los alimentos o bien para conservar diversos productos. La procedencia es de El Teso de Las Catedrales (González Echegaray *et al.*, 2000: 119). Se puede señalar un fragmento perteneciente a una tapadera convexa de borde recto hecha a mano. Casi todas presentan decoración pintada o un espatulado tanto en la cara interna como en la externa (STRATO, 1995: 211). Así mismo, también

destaca una tapadera plana lisa de gran tamaño de cerámica común, que pertenece a la batería de cocina (STRATO, 1995: 166).

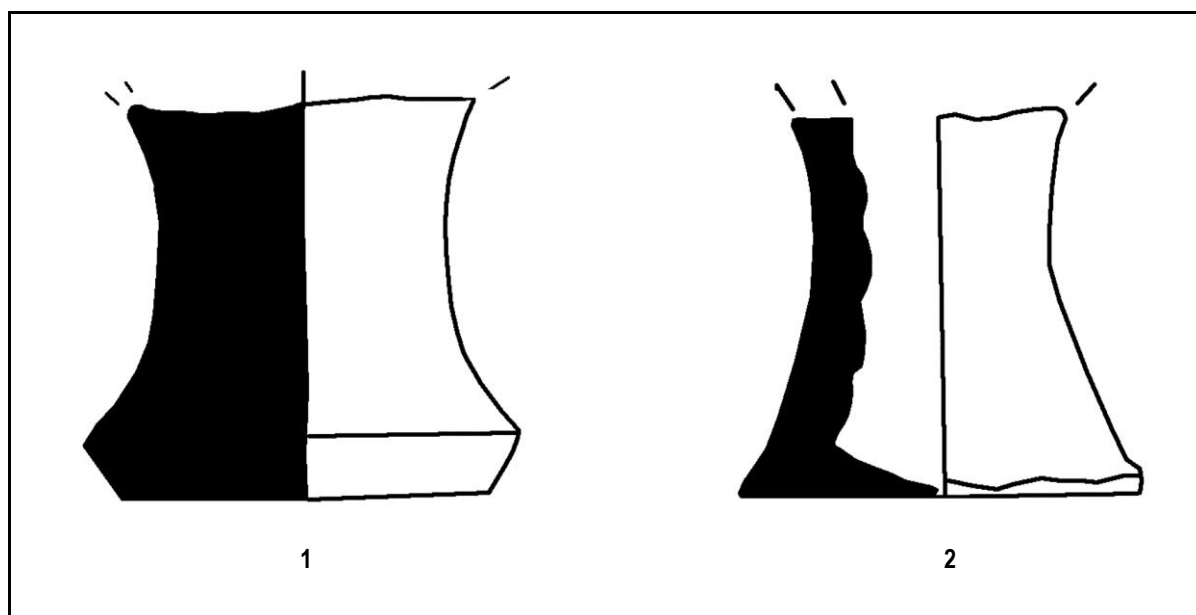


Figura 237: Forma 14. Copas de tradición indígena. (A partir de Echegaray *et al.*, 2000)

#### *Forma 16. Vaso con asa de cesta (Fig. 234-16)*

Esta cerámica se caracteriza por un perfil globular o troncocónico y un cuello estrechado de borde vuelto, sobre el que se superpone diametralmente un asa, a modo de cesta. Curiosamente, el único vestigio reconocible de esta forma es el asa, que procede de Salamanca (Balado y Marcos, 2004a: 65). Esta forma se correspondería con la XXI de la clasificación de Wattemberg (1978: 36). Su cronología oscila entre el siglo III y el I a. C., ya que el nivel donde se documentó se asoció al período *vettón* clásico (Balado y Marcos, 2004a: 65). Así mismo, en ambientes celtibéricos (Numancia) el tipo fue datado con posterioridad al siglo I a. C. mientras entre los vettones (Las Cogotas y La Osera) se adscribió a las fechas finales del castro (Álvarez-Sanchís, 1999: 205).

Por último, la cerámica de época romana, que entrarían dentro de la cronología de este trabajo, son relativamente escasos, lo cual contrasta con la gran cantidad de Época bajoimperial en los castros romanizados. Se han documentado varios vasos aretinos procedentes de Yecla de Yeltes (Gómez-Moreno, 1967: 14) y los tipos de *sigillata* que se han identificado son: itálica, sudgálica (Fig. 239-1) e hispánica (Fig. 239-2 a 8). Por otra parte, las formas más frecuentes que se han identificado hasta el momento son la Drag. 18, Drag. 29, Drag. 24-25, Drag. 27, Drag. 37b, Drag. 35, Drag. 36, Drag. 15-17, Mayet XLIII, Mayet XXXVII, Mayet XXXIVB, Hisp. 37, Hisp. 7, Hips. 70, Hisp. 23 (Sánchez *et al.*, 1993/94; EXCAR S. C. L., 1989; Macarro, 2004-06b) y Dressel 9 (Martín Valls, 1976: 382). La cronología de las formas más tempranas nos habla de siglo I d. C., aunque muchas perviven

durante el hasta mediados del II d. C., con lo cual calibrar fechas exactas es complicado. Este elenco de materiales se ha recogido principalmente en Ciudad Rodrigo y Salamanca (Según Martín Valls, 1976).

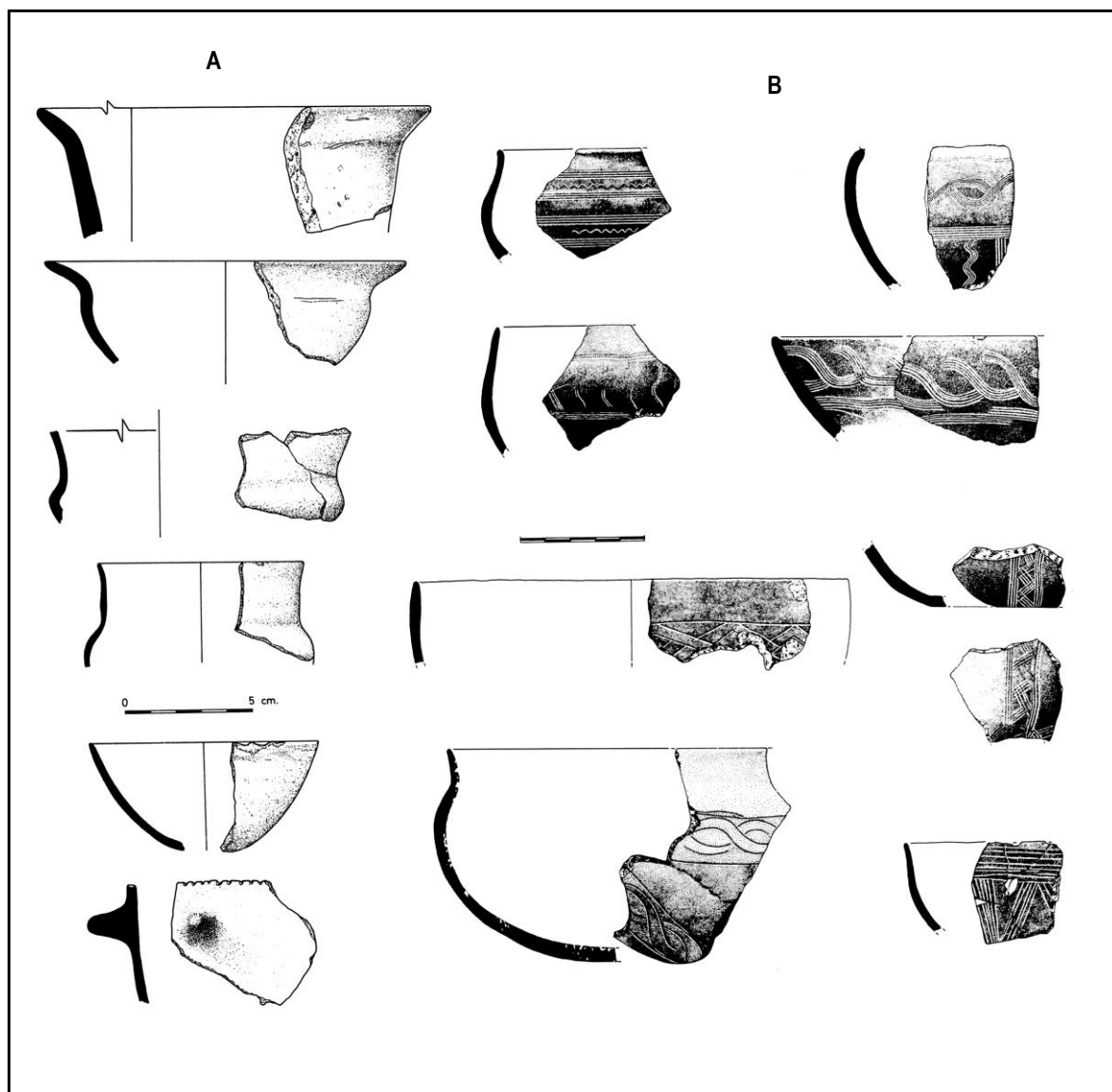


Figura 238: A. Cerámica tipo Soto del Cerro San Vicente. B. Cerámica tipo Cogotas II de Salamanca capital. (A partir de Benet *et al.*, 1991)

Otro tipo cerámico documentado es la común (Fig. 239-13) y la cerámica de paredes finas (Fig. 239-9 a 12). La primera tiene una escasa presencia en Ciudad Rodrigo, aunque en Salamanca es algo más representativa. No obstante, donde ha sido mejor documentada es en los asentamientos romanos rurales como por ejemplo “El Cenizal” (Angoso, 1985: 377). Esta vajilla es muy común para usos domésticos, formando parte del menaje de cocina (ollas, cuencos, *dolia*, jarra, copas, fuentes, tapaderas) o de los objetos del tocador. Tecnológicamente, se caracteriza por pastas poco



depuradas, abundantes desgrasantes y un acabado grosero con unos tonos pardos, grises y amarillentos. Será de gran difusión desde época tardo-republicana (Angoso, 1985: 378), aunque en los castros salmantinos no se conoce todavía en una época tan temprana, ya que las fechas obtenidas para la aparición de esta cerámica en ambos castros es hacia mediados del siglo I d. C. (Martín Valls, 1978: 382; Sánchez, 2002: 108).

El segundo tipo cerámico se caracteriza por el escaso espesor de sus paredes. Está realizada con unas superficies muy cuidadas, recubiertas con un engobe arcilloso, que se trabajan con distintas técnicas. Se destinada a uso doméstico. Cuenta con una representación algo más destacable que la anterior: vasos globulares de color anaranjado y decorados mediante barbotina y a rueda y vasos con decoración vegetal y geométrica y un barniz rojo brillante. Este bagaje material fue fechado por Martín Valls en Ciudad Rodrigo (1978: 382; 1965- 66: 82) y por Sánchez (2002a: 101) en Salamanca hacia mediados /finales del siglo I d. C., aunque la difusión de la cerámica de paredes finas comienza en el siglo II a. C. (Angoso, 1985: 379). En el caso de Salamanca, Sánchez (2002a: 101) cree que esta cerámica se importaría del alfar de Melgar de Tera (Zamora). Al igual que ocurre con la cerámica común, se conoce mejor por los yacimientos rurales romanos como en el de “El Cenizal” (Angoso, 1985: 379).

Respecto a la vajilla de vidrio, los datos de los que disponemos nos hablan de una escasez de la misma en estos últimos siglos que abarca nuestro trabajo, ya que el grueso del conjunto se ha datado a partir del siglo III d. C., incluso en Salamanca o Ciudad Rodrigo que es donde más excavaciones se han llevado a cabo, o en villas romanas. Por mencionar un ejemplo podemos citar una botella exhumada en Ledesma (EXCAR, 1989), cuyo uso abarca desde el siglo II- hasta el III d. C. (Alario *et al*, 1998b).

La escasez, en comparación con la cerámica *vettona* y de tradición indígena, de este tipo de materiales en yacimientos como Salamanca, Ledesma o Ciudad Rodrigo; su ausencia y la gran cantidad de cerámica tardoimperial, indican que en las etapas siguientes a la conquista del territorio, el sustrato indígena continuará con el uso de sus propias cerámicas y otros elementos, bien por comodidad o bien porque las costumbres romanas no arraigan tan bien como en otras zonas, aceptándolas tan sólo una parte de la población, las élites sociales, como puede demostrar la presencia de *marmorata*, considerada como una vajilla de lujo, aunque escasa y poco representativa, en Salamanca, datada en el siglo I d. C. (Alario *et al*, 1998c). Además, en una intervención llevada a cabo en uno de los solares de esta ciudad se documentaron diez niveles de ocupación de época *vettona* plena y tardía con una ausencia total de material romano. Es decir, estamos hablando de que en el siglo I a. C. los *vettones* aquí asentados y bajo dominación romana no contaban entre sus ajueres con elementos de la cultura romana de forma generalizada (Macarro, 1999a). Igualmente, otro dato a tener en cuenta es que en el yacimiento de Los Tejares, hasta el momento, apenas se ha

documentado material romano, tan sólo esporádicos fragmentos de *terra sigillata hispánica*, próxima al cambio de Era, una fíbula de tipo *Nauheim*, otra de tipo *aucissa* y los tesorillos de monedas republicanas.

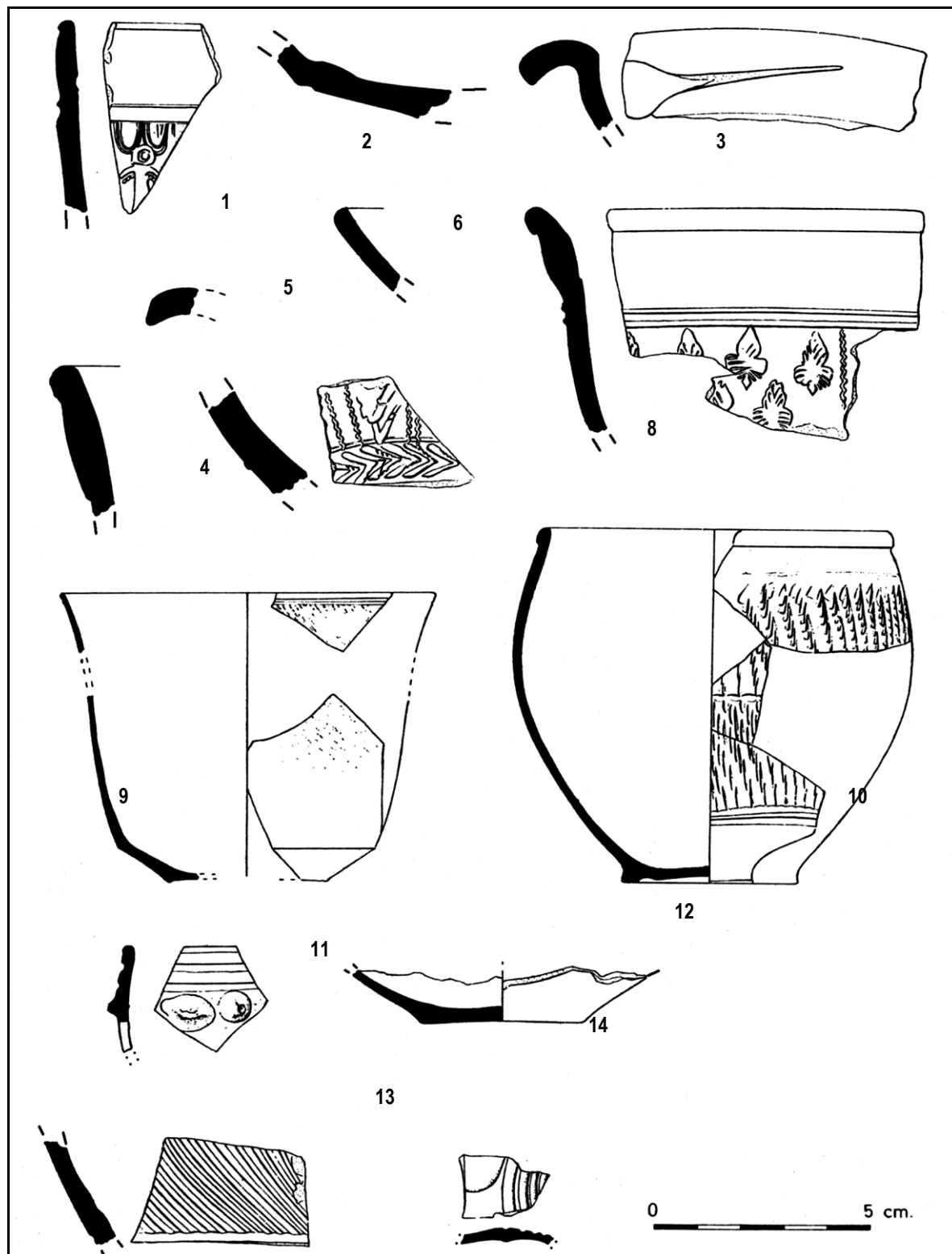


Figura 239: Cerámica romana de Ciudad Rodrigo. 1. Sigillata Sudgálica. 2-8 Sigillata Hispánica. 9-12 Cerámica de paredes finas. 13. Cerámica común. 14. lucerna de volutas. (Según Martín Valls, 1976)

Esta escasez y el tipo de material nos inducen a pensar en la presencia de tropas romanas durante las guerras civiles, más que en una adopción de elementos romanos por parte de la población; mostrándonos quizá una cierta reticencia a la hora de aceptar la cultura romana, que trae como consecuencia un escaso grado de romanización de la zona después de un siglo de ocupación. No obstante, este material, junto a la cerámica de tradición indígena, ha servido para confirmar la pervivencia de algunos castros durante la etapa Altoimperial, ya que las formas Drag. 15 y 17 estuvieron en uso desde el S I. al V d. C. y la Drag 37 entre los siglo II al III d. C. (Sánchez *et al.*, 1993/94: 235).

## 2. INSTRUMENTAL TEXTIL

Dentro de esta actividad se puede distinguir una serie de herramientas que pudieron intervenir en el proceso de transformación textil, seguramente lana, aunque también sería frecuente el lino (Blasco, 2008: 136). Además, las fuentes clásicas hacen referencia a la calidad de algunas lanas como la procedente de La Bética (Estrabón, *Geogr.*, III, 2, 6; Plinio, *His. Nat.* 8, 191; Marcial, *Epigr.*, 1, 96, 5; 37, 3; 9, 61, 3; 12, 98, 2; 12, 63, 3-5; Columela, *De re rust.* 7, 2, 4; Diodoro Sículo, *Hist.* V, 34, 2) y su importancia en la economía de los pueblos que vivían en la Meseta Central y Norte (Polibio, *Hist.*, 31, 4, 4; Séneca, Posidonio, Artemidoro, Asclepiades, Piteas, César, *B. C.* 1, 59) (Blázquez, 1971: 159; Salinas, 1992).

Esta actividad está más que atestiguada por las numerosas pesas de telar, fusayolas, agujas y punzones que se han encontrado. Los datos obtenidos del estudio presentan el hilado como una actividad normal en la vida cotidiana y el hecho de que los útiles hayan aparecido en contextos de hábitat hace suponer que se tratara de una ocupación doméstica común, aunque en El Teso de Las Catedrales se ha identificado un posible complejo artesanal similar al identificado como tenerías en *Contrebia Belaisca*, del que se hablará más adelante (Beltrán, 1991; STRATO, 1994: 8, 94 y 88). La actividad textil cubriría una serie de necesidades básicas como es la obtención de una serie de tejidos para multitud de usos, tales como la elaboración de vestimenta u otros objetos utilitarios como por ejemplo capazos, alforjas o bolsas de transporte (Blasco, 2008: 136).

El tipo de telar identificado y reconstruido, gracias a los restos aparecidos hasta el momento en muchos yacimientos de la Edad del Hierro como Numancia, Las Cogotas, Cancho Roano, Viladonga o *Pintia*, es de tipo rudimentario y de urdimbre vertical (Echevarri, 2005: 44; Arias y Durán, 1996: 110; Berrocal-Rangel, 2003a: 270; Sanz y Velasco, 2003: 80; Blasco, 2008: 136). Estaba compuesto por dos maderos gruesos verticales, llamados pies derechos, que se hincaban en el suelo y sobre los que se colocaba otro transversalmente para atar la trama de la urdimbre, formada por hilos pares e impares, los cuales eran tensados mediante un juego de pesas (Alfaro, 1982; Berrocal-Rangel, 2003a; Chapa y Mayoral, 2007: 169). Era de ámbito doméstico y se situaban en la zona del hogar como se atestigua en Salamanca (Santonja, 2001) o en El Raso (Fernández, 1986a: 234).

Normalmente, los únicos vestigios que han llegado de estos telares son las pesas; aunque cabe mencionar que en una vivienda *Pintia* se recuperó una estructura de madera carbonizada, que estaría adosada a la pared norte, con cinco *pondi* a sus pies (Sanz y Velasco, 2003: 80). Así mismo, en Cancho Roano una serie de piezas metálicas, remaches de hierro, cubos de entubar, arandelas y otras piezas indeterminadas de hierro con fragmentos de madera adheridos fueron interpretados como piezas pertenecientes a un telar, aunque con cierta precaución (Celestino y Jiménez, 1996, pp. 84 y 148 y Fig. 21 y 22). Berrocal-Rangel afinó la identificación de las mismas en el caso de aceptar esta asociación con un telar: los remaches servirían para sujetar con seguridad el larguero cimero, y los dos lizos, a las patas. El cubo de entubar se situaría en un extremo del enjullo, a modo de moderno galápago, sirviendo de tope para evitar que el accionamiento de la clave (manilla con la que se va enrollando el tejido al enjullo) interfiera con el larguero. Las placas remachadas se utilizarían para reforzar la resistencia de elementos planos expuestos a bruscos cambios de tensión. En principio, tal planteamiento y su número par, podría situarlas sobre los apoyos fijos del listón, de forma que los golpes dados con éste, durante el funcionamiento del telar, no lo debilitase con facilidad. Las abrazaderas y arandelas diversas tendrían como posible función sujetar el enjullo al larguero cimero y facilitar tanto su uso como su recolocación, cada vez que hubiese que emplazar el orillo inicial de la urdimbre o extraer el lienzo ya tejido, sin necesidad de desmontar el telar (2003a: 276).

El complejo artesanal que se ha mencionado anteriormente se adscribe al S. I a. C., en los momentos iniciales de contacto con el mundo romano, transformándose en el S. II d. C. en una zona de habitación. De aquí proviene una gran concentración de pesas y vasijas, tal vez para guardar las telas con tinte. Sus suelos cuentan con una capa compacta uniforme e impermeabilizada, que podría reflejar el uso de líquidos. Así mismo, los investigadores identificaron una coloración blanquecina en los solados, tal vez fruto del procesado del tinte. También contaba con unas plataformas, interpretadas como lugar para abatanar o golpear los tejidos. (STRATO, 1994: 8, 94 y 88). Teniendo en cuenta estos indicios y el período de uso, podríamos estar ante un cambio de costumbres relacionado con la presencia de legiones romanas en la zona. Así la actividad textil se diversificaría en este momento en dos direcciones, por un lado la producción familiar y por otro la producción destinada al comercio y al abastecimiento de las tropas.

Es probable que hubiera otras artesanías relacionada con otras fibras vegetales tejidas o modeladas a mano, tales como los juncos, el mimbre o el esparto, con las que se elaboraran utensilios como sogas, capazos, cestos, sandalias,... todos ellos enseres de uso cotidiano, cuya reposición o reparación debían requerir una cierta inmediatez (Blasco, 2008: 136 y 138).

A continuación se detallan los objetos relacionados con esta actividad, recuperados en los castros estudiados.

## 2. A. Pesas de Telar

### 2. A. a. Cerámicas (Fig. 240-3)

Grandes piezas de barro cocido en forma de paralelepípedo y con orificios para suspenderlas de la parte inferior del telar. Están fabricadas con barro modelado cocido o crudo y tienen diversas formas y tamaños. Las más grandes suelen ser muy toscas, sin cocer o rubefactadas por exposición directa al fuego, con un elevado volumen de desgrasantes en la pasta. Las de tamaño mediano y pequeño son de mejor calidad con una buena cocción y unas superficies alisadas (Macarro, 1999: 158-159; Maluquer, 1951: 68; Benet, 2001: 18). Existe un ejemplar decorado con trazos incisos serpentiformes (Benet *et al.*: 1991: 144) (Fig. 240-3). Este tipo de objetos se han documentado en Yecla de Yeltes (Martín Jiménez, 1919: 399-415), el Cerro San Vicente (Benet *et al.*: 1991: 144), San Pelayo (Benet, 1990: 87, Fig.6), Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales), Los Tejares (Morán, 1924:18; López *et al.*, 2004a: 52), La Pinilla (Piñel, 1980: 37) y Cancho Enamorado (Maluquer, 1958a: 53; Martín Valls, 1997: 113). Son piezas con una distribución muy amplia, documentándose en yacimientos de diferentes cronologías, repartidos por toda La Península. Por mencionar unos cuantos ejemplos, Cancho Roano (Berrocal-Rangel, 2003a), Roa (Sacristán, 1986: 209), Numancia (Echévarri, 2005: 46); Las Cogotas (Mariné, 2005: 105); Viladonga (Arias y Durán, 1996: 110) o *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 81-83, 93), con pesos que oscilan entre los 70 y 300 gr.

### 2. A. b. Líticas (Fig. 240-10)

Las pesas se han documentado en Yecla de Yeltes fabricadas en granito (Martín Jiménez, 1919: 400ss), en Cancho Enamorado (Martín Valls, 1997: 113), en el Cerro San Vicente, de donde procede una decorada (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 149, nº 1, 2 y 3; Benet *et al.*, 1991: 144) y en El Teso de Las Catedrales, tallada en arenisca (Alario, 1999: sector C, U.E, 388, pieza nº 82). Piezas análogas se identifican en el castro de Viladonga (Arias y Durán, 1996: 112). Contamos con unas piezas fabricadas sobre pizarra, que se diferencia del resto de las anteriores por su forma circular y aplanada, con una perforación en el centro y contornos pulidos, cuyo diámetro ronda entre los 6 y 7cm. Han sido documentadas en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 155; Maluquer, 1951: 69), en Yecla de Yeltes (Pérez, 1992-93: 113) y en Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales). Estos discos se han visto en dos yacimientos: el Castro de Zoñán (Mondoñedo, Lugo) y en el Castro de Peñas de La Cerca (Rionegrioto, Sanabria)<sup>88</sup>. También se han recuperado en El Castillo del Manzanal (Escribano, 1990: 215), en Fresno de La Carballeda y Sejas (Esparza, 1987: 157 y 200).

<sup>88</sup> Agradecemos a Oscar Rodríguez y José Carlos Sastre su permiso para poder mencionar estas piezas, para el caso sanabrés. Respecto al castro gallego no existen publicaciones en donde se aprecien dichas pesas en fotografía, pero existe un artículo sobre las actuaciones en el yacimiento donde se menciona la aparición de “pesos en xeral” en donde seguramente se englobarían estas piezas (Vigo, 2008: 198).



## 2. B. Fusayolas (Fig. 240-1 y 2)

Pequeñas piezas cerámicas con perforación central vertical y diferentes formas y tamaños: biconvexas, cónicas, globulares, plano-convexas, troncocónicas, interpretadas como pesos y topes de los huesos de las ruecas.

La cocción que se observa en las pastas es tanto oxidante como reductora de ahí los colores anaranjados o grisáceos que se han observado en estas piezas. Algunas de ellas están decoradas mediante la técnica de la impresión o de la incisión, típico en los ambientes prerromanos peninsulares, mientras que otras son lisas (Berrocal-Rangel, 2003a: 232).

Este elemento interviene en la actividad textil desarrollada en los poblados. Las hilanderas toman de la rueca las fibras, realizando una primera torsión con los dedos para regular el inicio del hilo, el cual se ata al huso. Este, fabricado en madera o en hueso, consta de una fusayola en su extremo para reforzar la torsión y el estiramiento del hilo, al facilitar el movimiento giratorio del huso, y para actuar como topete del hilo hasta que se acumule la cantidad suficiente para cortarlo y volver a comenzar. El fin de este paso en el proceso es entrelazar las fibras y asegurar la dureza y homogeneidad del producto. Los resultados de diversos estudios de arqueología experimental y los análisis de estas piezas han puesto de relieve que los diferentes tamaños y pesos de las fusayolas se pueden corresponder al grosor y la resistencia que se quiera conseguir, los cuales varían dependiendo del tejido que se maneje (Berrocal-Rangel, 2003a: 255; Chapa y Mayoral, 2007: 165-169; Gonçalves, 2010: 65). El estudio de las fusayolas llevado a cabo por Berrocal-Rangel en Cancho Roano puso de manifiesto la posibilidad de la intervención de dos fusayolas en el proceso, en base al sistema de la rueca tradicional europea: una la tortera y otra la rocadere, la cual presenta una riqueza decorativa enorme con una gran carga simbólica; lo que podría explicar que hubiera fusayolas con la decoración en la parte superior, correspondiéndose con la tortera, cuya colocación permite que la decoración sea visible; por contra las piezas empleadas como rocadere explicarían que la decoración se situara en las paredes de la mitad inferior de la pieza (2003a: 217 y 225).

Esta actividad textil cubría unas necesidades básicas como era la provisión de vestidos y la elaboración de tejidos para otros usos como por ejemplos sacos, relleno de colchones, cestos,... (Berrocal-Rangel, 2003a: 278; Chapa y Mayoral, 2007: 165-169). Los ejemplares han sido recuperados en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: Láminas, Fig. 113, nº 8; Maluquer, 1951: 68) (Fig. 240-1); en Cancho Enamorado (Maluquer, 1957: 52, Fig. 12; 77, Fig. 21); en Las Merchanas (Maluquer, 1968: 114; Museo Arqueológico de Lumbrerales); en El Teso de Las Catedrales (Macarro, 1999a: 58); en Los Tejares (Morán, 1924: 18; López et al., 2003d); en Ledesma (Benet et al., 1991) (Fig. 240-2) y en El Castillo de Saldeana (IACyL).

En cuanto a los paralelos, son piezas, al igual que las pesas, que se documentan desde la Edad del Bronce en diferentes contextos (funerarios, hábitat o religiosos) (Castro, 1980: 144). Así se han documentado en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 49, Fig. 13), en Lara de los Infantes (Ruiz, 2001:

55), en Roa (Sacristán, 1986: 209), en Numancia (Echénvarri, 2005: 46), Coca (1993: 238), en El Cerro del Castillo (Heredero, 1993: 294), Olivares de Duero (Seco, 1993: 220), en Pintia (Sanz y Velasco, 2003: 285), en las necrópolis de Hornachuelos (Rodríguez, 1995: 104) o en la de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez, 2009: 425ss); en el altar de Castrejón de Capote (Berrocal-Rangel, 1992: 118) o en Los Castellares (Herrera de Los Navarros, Zaragoza), que estaban insertadas a modo de collar o de ábaco (De Sus, 1986: 187).

## **2. C. Punzones (Fig. 240-4 y 5)**

Son perforados que están fabricados generalmente sobre diáfisis, epífisis y costillas de herbívoros (Macarro, 1999: 151), a excepción de uno de Cancho Enamorado que está tallado sobre un metapodio de bóvido (López Jiménez *et al.*, 2003e: 42), rebajando uno de los extremos por ambas partes para lograr una punta de forma triangular. Se han documentado en Cancho Enamorado (Maluquer 1958a: 57, López Jiménez *et al.*, 2003e: 15); en El Castillo de Carpio (Martín Valls y Delibes, 1972: 28) (Fig. 240-5); en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130) (Fig. 202-4); en el Teso del Cuerno (Martín Benito y Jiménez González, 1988-89: 275) y en Salamanca (Benet *et al.*, 1991: 137-163; Macarro, 1999: 150 y 151; 1999a: 47; STRATO, 1995: 114).

Estas herramientas, junto a otras ya mencionadas, sirvieron para la fabricación de textiles pero también pudieron intervenir en el procesado de otros productos, como pieles u otros elementos vegetales (Jimeno *et al.*, 1999: 108 y 111). Piezas análogas han aparecido en otros yacimientos como los castros de Sacaajos (Misiego *et al.*, 1995-96: 62); de Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 325) o de Peñas de Oro (Liesau y Blasco, 1999: 134).

## **2. D. Torteras (Fig. 240-7)**

Piezas similares, en forma, a las fusayolas que han sido recogidas en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130) y en el Cerro San Vicente (Maluquer, 1951: 67; Macarro, 1999: 158) sobre cabezas de fémures. Destaca una hallada por Maluquer sobre un hueso pulido de forma discoidal aplanada por ambas caras y decorada con finas incisiones tanto en el canto, con finas estrías que molduran la pieza, como en la cara superior, con una doble línea circular que delimita el contorno encerrando dos trazos que se cruzan perpendicularmente. También está decorada en la base con un aspa perpendicular de doble y triple trazo que divide el círculo en cuadrantes rellenos por dientes de sierra dispuestos simétricamente. Estas piezas se han interpretado en algunos yacimientos como posibles colgantes debido a la decoración de las mismas, como sería el caso de las encontradas en el castro de Viladonga, (Arias y Durán, 1996: 110), de La Yunta o de Henayo (Liesau y Blasco, 1999: 134); pero también pueden considerarse como torteras o fusayolas.

Nuestras piezas se encuadran durante la I Edad del Hierro y en el caso del Cerro San Vicente se ampliaría el marco cronológico hasta el 400 a. C. (Macarro, 1999: 158; Benet *et al.*, 1991: 130). No obstante, se documentan a lo largo de diversos períodos, Edad del Bronce, del Hierro, Etapa

romana,... Otros yacimientos con este tipo de material serían Castilfrío de La Sierra (Romero, 1991: 324); Las Cogotas (Cabré, 1932); Sanchorreja (González Tablas, 1990: 16) o El Castillar (Castiella, 1986-87: 245).

## **2. E. Agujas (Fig. 240-8)**

Objetos rectos y de tamaño pequeño, afilado en un extremo y con un ojo, por donde se inserta el hilo, en el otro, fabricadas en hueso. Se han documentado en San Vicente, en El Teso de Las Catedrales (Benet *et al.*, 1991:137-163) y en Cancho Enamorado, perteneciendo esta última al tipo de doble terminación (López Jiménez *et al.*, 2003e: 42). Contamos con agujas análogas en los yacimientos de El Cerro del Castillo (Heredero, 1993: 294) o Cancho Roano (Berrocal-Rangel, 2003: 273).

## **2. F. Huso (Fig. 240-6)**

Es un objeto que sirve para hilar fibras y que en su forma más simple es un trozo de madera o hueso largo y redondeado, que se aguza en sus extremos. La materia prima de nuestro ejemplar es el hueso y procede de Las Merchanas (Maluquer, 1968: 113). Piezas análogas se han documentado en Castilfrío de La Sierra o en El Cerro Redondo, en donde se encontró una hebra de lana atada a un huso (Liesau y Blasco, 1999: 134-135).

## **2. G. Peine**

Herramienta de hueso con púas que los investigadores han identificado con un cardador para la lana (STRATO, 1994: 200). Fue hallado en el transcurso de unas excavaciones llevadas a cabo en Salamanca capital. Piezas similares, pero en madera, se han encontrado en la cueva del Aspío (Ruesga, Cantabria) que bien pudieron servir para cardar o para mantener firme la urdimbre (Torres, 2005: 135). También en Cabeça de Vaíamonte (Monforte, Portugal) se reconoció un peine de cardado (Pereira, 2013: 686).

## **2. H. Tensores**

La única pieza que se puede interpretar como tal fue la recogida en Salamanca. Es una pizarra pulida de forma rectangular con cuatro perforaciones dispuestas simétricamente en cruz, identificada por Macarro como posible pesa de telar (1999a: 218). No obstante, comparándola con otras aparecidas en diversos yacimientos y su contexto bien pudiera haber sido una pieza para mantener tensa las fibras durante el proceso de tejido.

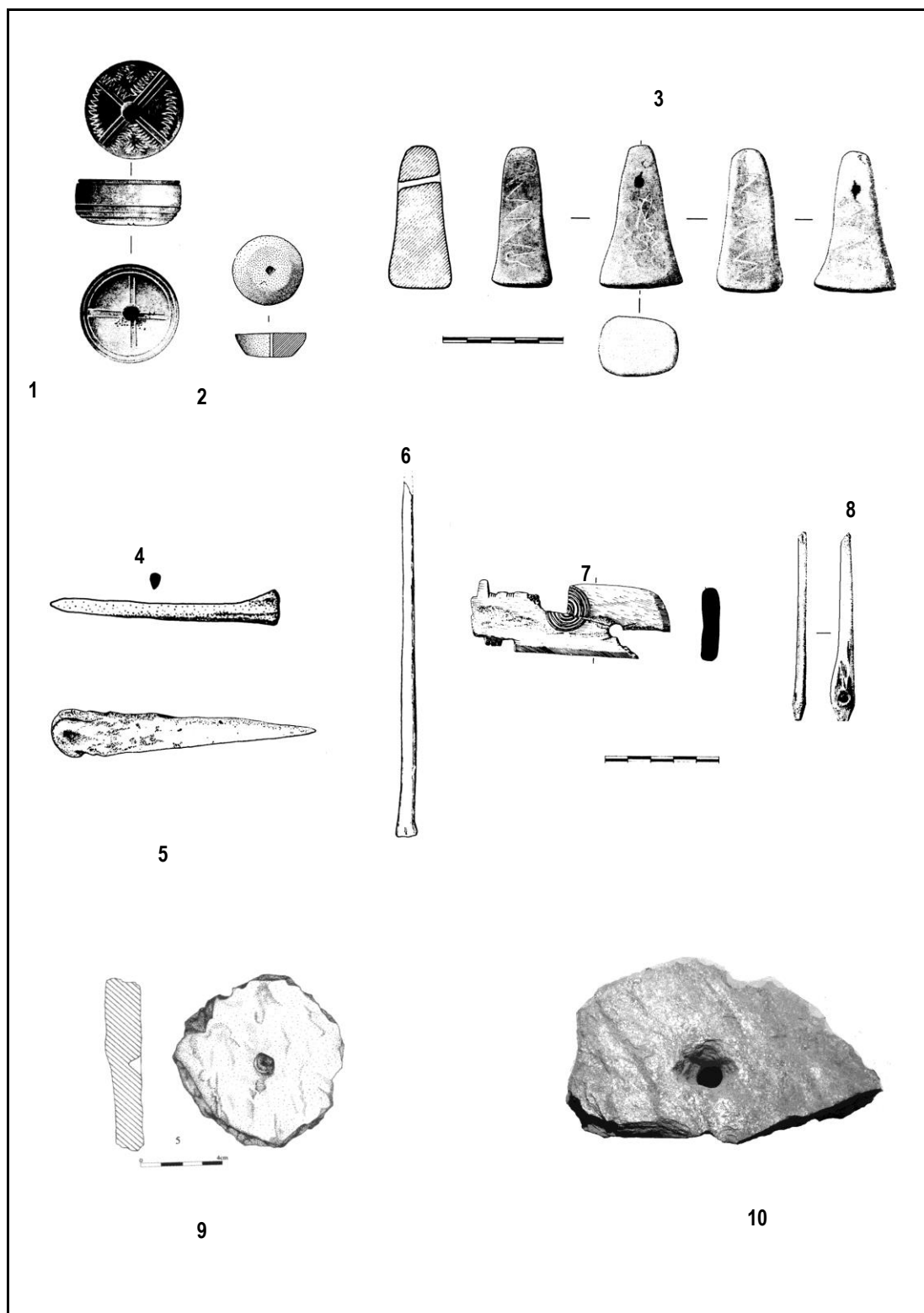


Figura 240: Actividad textil. Fusayolas: 1. Cerro San Vicente. 2. Ledesma (Según Benet et al., 1991). 3. Pesa de telar. Cerro San Vicente (Según Benet et al., 1991). Punzones: 4. Ledesma. (Según Benet et al. 1991). 5. Castillo de Carpio Bernardo (Según Martín Valls y Delibes, 1972). 6. Huso: Las Merchanas (Según Maluquer, 1968). 7. Tortera: Cerro de San Vicente (Según Benet et al., 1991). 8. Agujas: Teso de Las Catedrales (Según Benet et al., 1991). Pesas: 9. Cerro San Vicente (A partir de Macarro y Alario, 2012). 10. Las Merchanas (Fotografía de la autora, 2007)

Piezas con idéntica morfología se han documentado en otros castros de la Edad del Hierro como son los identificados en el valle del Baixo Sabor (Portugal) (Sánchez inédito); en La Corona/El Pesadero, (Zamora) (Misiego et al, 2013: 329, fig. 75); en “La Cuesta del Mercado” (Segovia) (Blanco, 1994: 66); en O Alto do Castro, (Pontevedra) (Cobas y Parceró, 2006: 72) o la pieza del Castro de Viladonga (Lugo) (Arias y Durán, 1996: 110). Pesas de telar con una morfología similar, ya sea con 1, 2, 3 o 4 perforaciones, realizadas generalmente en barro cocido o más raramente en piedra, resultan frecuentes en la mayor parte de la Península Ibérica desde el Calcolítico y la Edad del Bronce (Jover y López, 2013: 159-160), extendiéndose a lo largo de la Edad del Hierro; si bien su identificación no siempre resulta sencilla. En el citado caso del valle del Baixo Sabor, su asociación con pequeños conjuntos de pesos de piedra con entalles laterales, documentada en 5 de los 7 ejemplares, lleva a vincular su uso con estos pequeños pesos que debieron emplearse para mantener tensadas fibras o hilos durante los procesos de tejido, trenzado o entrelazado, en donde se emplearían en combinación con los pesos con varias perforaciones, destinados posiblemente a mantener separados los hilos durante el proceso. Las variaciones en cuanto al número y distribución de las perforaciones, posiblemente, correspondan a las distintas tramas o tipo de trenzado que se deseara obtener (Sánchez, inédito). En el caso de Viladonga su empleo también fue vinculado al trenzado de las fibras (Arias y Durán, 1996: 110).

### **3. ALFARERÍA**

Esta actividad era muy importante en un poblado, ya que de ella dependía la fabricación de numerosos objetos de uso cotidiano tales como fusayolas, bolas o vasijas, indispensables para almacenar alimentos o cocinarlos. Seguramente fue la actividad artesanal más generalizada y la que ocupó más horas de trabajo (Blasco, 2008: 132).

El proceso de fabricación de las cerámicas comenzaba con la obtención de la arcilla y su tratamiento, para pasar después a su modelado bien a mano bien a torno. Una vez obtenida la forma deseada, las superficies de las vasijas, como ya se ha mencionado, podían ser tratadas mediante espátulado, engobado, alisado o bruñido, y decorarse con diversas técnicas como la incisión, la pintura, el estampillado,... El último paso consistía en cocer los vasos en un horno y dependiendo de las condiciones del ambiente de cocción, está resultaba reductora, oxidante o mixta. Los elementos que se asocian con esta actividad en los yacimientos estudiados se reducen a alisadores y espátulas óseos, a la matriz con la esvástica localizada en Yecla de Yeltes y a elementos líticos tales como pulidores o piezas dentadas (Torres, 2011).

En los yacimientos estudiados no se han hallado, por el momento ningún, alfares, como el testimoniado en Ulaca, Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 156), Pintia (Romero, 2001: 139) o El Raso (Blasco, 2008: 134), o un horno que se pueda asociar específicamente con la alfarería, ya que el único que se ha documentado en El Teso de Las Catedrales no se consiguió relacionar con



ninguna actividad concreta (Macarro y Alario, 2003: 113). No obstante, es posible que futuras excavaciones pongan al descubierto uno, igual que se localizó el ya mencionado complejo textil. Hasta que esto ocurra, se debe presuponer que la vía de producción de los objetos cerámicos sería de tipo familiar, para elaborar recipientes y pequeños objetos de uso común como son fusayolas, canicas, placas, pesas de telar,... que no precisaran una temperatura muy alta de cocción. Indicios de esta producción se ha testimoniado en las casas de Las Cogotas por la presencia de pellas de barro con huellas de dedos y piezas que apenas se habían comenzado a modelar, así como instrumentos de alfareros tales como punzones, matrices de estampillas, alisadores,... (Cabré, 1930: 64; Álvarez-Sanchís, 1990: 204; Blasco, 2008: 132)

Cabe la posibilidad de que el tipo de horno empleado durante buena parte de la Edad del Hierro, consistiera en un hoyo excavado en la tierra, recubierto de combustible vegetal, donde se depositarían las cerámicas. Luego se cubriría todo con paja y ramajes más ligeros (Chapa y Mayoral, 2007: 86). En la etapa *vettona* el tipo de horno cambia como queda atestiguado tras el hallazgo de un horno en Salamanca y de otro en Las Merchanas. El primero consiste en una estructura pequeña de planta más o menos regular con esquinas redondeadas, realizada con tapial, y constaba de una bóveda de la que apenas conservamos el arranque de la misma. La solera está formada por un adobe colocado en la entrada del horno y una capa de arcilla con algún fragmento de cerámica que rellena el resto de la solera (Balado y Marcos, 2004a: 49). El horno de Las Merchanas es de planta semicircular, se relleno primero con tierra, luego se dispuso una capa de guijarros y finalmente se extendió una masa de barro depurado que estaba agrietada y endurecida por el fuego (Maluquer, 1968). Hornos análogos se han documentado en El Raso (Fernández, 1986: 483-489) o en Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 156). Las similitudes que hay con el horno de Salamanca son la planta de tendencia rectangular, con una o más soleras, los fragmentos cerámicos utilizados como superficie refractaria y el uso del adobe y el tapial, empleando bloques de adobe en la boca del horno a modo de morillo. Las diferencias se encuentran en la estructura de cierre o cubiertas de dudosa aparición. No obstante los hornos de *Pintia* y La Mota, tipológicamente son todavía más cercanos (Centeno *et al*, 2003: 78ss.; Seco y Treceño, 1993: 134ss.).

A continuación se comentará los elementos asociados a la alfarería.

### **3. A. Alisadores**

Instrumento que sirve para eliminar asperezas. Las materias primas sobre las que se fabricaron son el hueso, cantos de cuarcita, granito y esquistos. Se han identificado en el Teso de Las Catedrales (Benet *et al.*, 1991: 152; Macarro, 1999a: 47; STRATO, 1995a: 128), en La Mesa del Carpio (Martín Valls, 1997: 117), Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 153) y en el Teso del Cuerno (IACyL), y en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130). Se han asociado al curtido de pieles, aunque también pueden relacionarse con la artesanía cerámica para el acabado de las piezas, como lo demuestran las superficies de las cerámicas recogidas en El Cerro de Los Moros (Aniñón) (Torralba,

1989: 57) o en Cantamento de La Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz) (Berrocal-Rangel, 1988: 218). Este tipo de herramientas se han hallado en yacimientos tanto del Hierro I, como por ejemplo Los Cuestos de la Estación (Celis, 1993: 127-128) o La Mota (Seco y Treceño, 1993: 139-143); como del Hierro II, caso de El Castillejo de La Orden (Martín, 1999: 189) o Las Cogotas (Mariné, 2005: 11).

### **3. B. Espátulas (Fig. 241-1)**

Herramientas con punta roma que fueron fabricadas sobre costillas de herbívoros (Macarro, 1999: 151) y asta (Maluquer, 1951: 66). Se conocen en el Cerro San Vicente (Maluquer 1956: 102; Macarro, 1999: 150 y 151), en El Teso de Las Catedrales (Macarro, 1999a: 47; 135) y en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130). A modo de paralelos para los poblados del Hierro I se puede citar las espátulas recuperadas en Los Cuestos de la Estación (Celis, 1993: 127); en La Mota (Seco y Treceño, 1995: 232); en Cortes de Navarra (Maluquer, Gracia y Munilla, 1990: 187-197) o en Sacaojos (Misiego *et al.*, 1995-96: 62). Ejemplares análogos para los yacimientos del Hierro II han sido identificados en Roa (Sacristán, 1986: 210), en Henayo o en Berbeja (Liesau y Blasco, 1999: 134). Se emplearía para el acabado de las piezas cerámicas, de hecho existen gran cantidad de yacimientos en donde se pueden apreciar las huellas de este instrumento, caso del Cerro de Los Moros (Torralba, 1989: 57); en las necrópolis de San Sebastián y Barraco de La Peña (Pérez, 1990: 113, 115); en Casaseca de Las Chanas (Delibes y Martín Valls, 1972: 44 y 50); en Almenara de Adaja (Romero, 1980: 139); en el Cerro San Vicente (Maluquer, 1951: 66-67), en el Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 133) o en La Mesa del Carpio (Delibes y Martín Valls, 1972: 42ss.).

### **3. C. Piezas dentadas (Fig. 241-2)**

Piezas fabricadas en cuarcita o pizarra con un lateral tallado con retoques cubrientes que según la teoría de Maluquer sirvieron para decorar objetos cerámicos, aunque no descartamos su empleo más bien para el curtido de pieles; en cuyo caso se corresponderían con las piezas denominadas “cepillos” en el apartado de la talabartería. Han sido encontradas en Cancho Enamorado (1958: 46 y 59) (Fig. 202-2), en el Cerro San Vicente (Macarro, 1990: 88) y en La Pinilla (Piñel, 1980: 36). La fase a la que se adscribe, cronológicamente hablando, es el Hierro I.

### **3. D. Pulidores**

Herramientas documentadas en El Teso de Las Catedrales sobre pizarras, con un lado recto y el otro con una inflexión convexa, y sobre cuarcitas (Alario, 1999: sector C, U. E 367, pieza nº 429; sector D.3, U. E. 217, pieza 38). Yacimientos en donde se han recuperado piezas similares son San Román de La Hornija, El Pago de Las Maquesas (Delibes y Martín Valls, 1972: 50 y 54) o Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 49, Fig. 13).

## 4. METALURGIA

La metalurgia es fundamental para la confección de todos los instrumentos y objetos de hierro y bronce que se han recogido en los diversos yacimientos. Por regla general, el primero se reserva para herramientas de leñador, carpintero u otras actividades primarias y para algunas armas tales como espadas o lanzas. Las piezas de hierro están bien documentadas, aunque el estado de conservación es tan malo la mayoría de las veces que es difícil identificar qué objeto es. El bronce se destinaba a la elaboración de objetos de atrezo personal tales como fibulas, corazas o broches de cinturón y para pequeñas herramientas tales como leznas, punzones, clavos, puñales, agujas,... No obstante, la información sobre los procesos de elaboración o los lugares de producción de los trabajos metalúrgicos es muy sesgada en nuestro caso; a pesar de contar con vestigios de este procedimiento metalúrgico, es decir crisoles, escorias y gotas de bronce en El Castillo de Saldeana (Maluquer, 1956), Salamanca (Macarro 1999; Alario, 1999; Macarro y Alario, 2012: 73), Los Tejares (López *et al*, 2003), el Alto de la Calera (Grande, 1987), Saldeñuela (STRATO, 2001-02), La Mesa del Carpio (Cruz, 1997), El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito, 1994: 119; Esparza y Blanco, 2008: 89), La Plaza (IACyL; STRATO, 2001-02) y Cancho Enamorado (López *et al*, 2003).

Es posible que se emplearan hornos-vasijas como se ha documentado en otros yacimientos como el de Campa Torre (Maya y Cuesta, 1995: 204), Llagú (Berrocal *et al.*, 2002: 1994 ss.) o los localizados en Baixo Sabor<sup>89</sup>. Tal vez un fragmento de olla de perfil de tendencia globular en cuyo interior se localizaron escorias de fundición (Alario, 1999: 30), y otras estructuras de combustión modestas de poca huella (Alario *et al.*, 1998a: 302), podrían corresponderse con los tipos de horno mencionados. No se han documentado hornos de fundición, aunque sí se han identificados en otros yacimientos del área *vettona* como en El Raso, aunque datados de un fase avanzada del Hierro y como consecuencia de los contactos con Roma (Sánchez, 2000: 211).

En numerosos poblados de los aquí estudiados se han recogido crisoles y escorias que atestiguan la producción metalúrgica, pero el mejor exponente es Salamanca donde se han identificado nódulos de hierro, crisoles y escoria. Concretamente, se localizó una concentración considerable asociada a una cabaña, a la que Macarro le atribuye la realización de actividades relacionadas con la metalurgia del bronce y del hierro, aunque esta última es bastante escasa (1999a: 241, 268 y 310; Macarro y Alario, 2012: 73). Así mismo, en la excavación del Colegio Trilingüe, se atestiguaron varios derrumbes de vivienda datadas entre el siglo III y II a. C., con escorias metálicas; siendo considerada una de ellas como una posible estructura de combustión, ya que contaba con signos de rubefacción, posiblemente vinculada a la fundición de los metales (Alario *et al*, 1998a: 302).

---

<sup>89</sup> Agradecemos esta información a José Carlos Sastre, coordinador del equipo de La Edad del Hierro en el proyecto de Aproveitamento Hidroeléctrico do Baixo Sabor/Plano de Salvaguarda do Património.

Ante el mismo caso, nos encontramos en La Coraja, en donde se identificaron moldes de fundición y desechos de forja en una vivienda interpretada como una herrería (Esteban, 1993: 63).

Por otra parte, los estudios realizados en Cancho Enamorado hacen pensar a los investigadores que esta población conocía perfectamente la metalurgia y explotaban los recursos de su entorno para tal fin (López *et al.*, 2006). Los hallazgos metálicos situados en el sector oriental del yacimiento, muestran todos los elementos de la cadena del proceso metalúrgico como son restos de crisoles, gotas de bronce fundido desechadas durante el trabajo, objetos terminados y un fragmento de molde (López *et al.*, 2003f: 54; 2004a: 15). Además, de aquí proceden unas cuantas varillas, que según la hipótesis de Maluquer, y con la que estamos de acuerdo, serían barras de metal para elaborar otros objetos como fibulas, agujas, punzones,..., ya que se encontraron algunos de ellos a medio fabricar (1958: 81).

En el caso de La Mesa de Carpio Bernardo, como ya se ha mencionado, debió existir una extracción de material, pero además se han recogido alisadores con brillo metálico o ciertas piedras duras alóctonas de superficie pulimentada que pudieron formar parte del instrumental metalúrgico. Esto sumado a los objetos metálicos hallados en el yacimiento de los cuales hay algunos que se creen importados y otros que debido a su sencilla fabricación, pudieron ser elaborados en el propio yacimiento, como son las leznas, los escoplos y las hachas planas, da como resultado una pequeña producción metalúrgica en el poblado (Cruz, 1997: 266).

Otro dato a tener en cuenta y que ya se ha analizado en el capítulo 4, es que el territorio *vettón* se caracteriza por contar con afloramientos mineros de plata, estaño, cobre, oro y hierro, en cuyas proximidades existen grandes *oppida*, con evidencias arqueológicas como instrumental minero y escorias que no dejan dudas sobre el trabajo del metal; a modo de ejemplo se citarán los afloramientos locales de El Raso, o los de Sierra Merina y Arroyo de La Higuera, los cuales se podrían relacionar con la metalurgia documentada en Las Cogotas y en La Mesa de Miranda (Sánchez, 2000: 211 y 262). Casos similares se darían en otras áreas, como por ejemplo en la provincia de Segovia en donde los veneros ferruginosos de las cabezas del Duratón y del Eresma explicarían la metalurgia del hierro identificada en las necrópolis de Cuellar y de Sepúlveda (Martín Valls y Esparza, 1992: 262).

En la mayoría de los casos, las huellas de explotación a gran escala que han llegado son de época romana, como por ejemplo la mina de Los Cavanés (El Cabaco), pero no hay que descartar su explotación en etapas posteriores ya que las fuentes clásicas hablan de esta riqueza, siendo ésta un motivo para el asentamiento de griegos, fenicios y romanos en la Península (Estrabón, III, 2, 9; Plinio, *Nat. Hist.* IV, 119; Mela, 2, 86). De hecho, en otros sectores cercanos al territorio *vettón*, como la Beturia túrdula, se sabe de minas prerromanas de cobre, plata estaño o cinabrio (Rodríguez, 1995: 112 y 116).

Todos los indicios de la actividad metalúrgica responderían a una producción de autoabastecimiento durante toda la Edad del Hierro, por tanto si en el territorio estudiado se han identificado los mismos factores geológicos y los mismos vestigios materiales, por comparación es probable que esta actividad en los yacimientos del estudio tuviera las mismas características. Aparte de las escorias y los crisoles mencionados, se han recuperado otros materiales asociados a la metalurgia como son:

#### **4. A. Moldes bivalvos (Fig. 241-8)**

Tallados sobre soporte de arenisca y descubiertos en El Teso del Cuerno con una cronología del Bronce Final/Hierro I (Martín y Jiménez, 1988-89: 275). Otro fragmento de molde, pero sobre caliza, y para hachas planas procede de Cancho Enamorado (López *et al*, 2004a: 15). Piezas análogas ha sido documentadas en El Castillar (Castiella, 1986-87: 247) o en Caricastro (Delibes *et al*, 2005: 119). Estos moldes estarían relacionados con la metalurgia del bronce.

#### **4. B. Varillas (Fig. 241-3)**

Contamos con unas agujas de bronce de sección cuadrada, plano-convexa y circular, con y sin cabeza arrollada y todas de extremo aguzado, procedentes del Cerro San Vicente (Martín Valls, 1997: 147), El Teso de Las Catedrales (STRATO, 1995: 111; Macarro, 1999a: 106) y Cancho Enamorado (Morán, 1924 y Maluquer, 1958a: 81). La hipótesis de Maluquer es que serían barras de metal para elaborar otros objetos como fíbulas, agujas, punzones,..., ya que se encontraron algunos de ellos a medio fabricar (1958: 81). Otra hipótesis más genérica es que serían un objeto de uso común al menos desde los últimos decenios del siglo VIII a. C. en zonas como el sur de Francia y Cataluña, ya que han aparecido en necrópolis como la de Agullana (Fernández, 1988: 389).

Este tipo de agujas se documentan en Centroeuropa de forma abundante desde el Bronce Antiguo hasta el Hierro I (Audouze y Gaucher, 1981: 27-29; Fernández, 1988: 389). En la Península, se han localizado en yacimientos adscritos a tradiciones de Campos de Urnas como la cueva de Bora Tuna (Gerona) y en el poblado de La Pedrera (Lérida), fechados ambos en el siglo VIII a. C. (Fernández, 1988: 387). También hay ejemplares análogos en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 58) y en Las Paredejas (Fabián, 1986-87: 283), fechados en ambos casos entre los siglos VIII-VI a. C.

Fechadas en el Hierro II, se han recogido unas pequeñas barras de hierro o bronce de sección circular y cuadrada en La Cuesta de Santa Ana (Piñel, 1980: 67) y en Salamanca (STRATO, 1995: 111; Macarro, 1999a: 106; Alario, 1999: UE 591, nº 302 y 303; UE 617, nº 125 y 126). Se plantea la posibilidad de que fueran, como ya mencionamos, piezas para transformar en objetos metálicos, tales como fíbulas o plaquitas, que se fundirían en los propios poblados. Paralelos con las mismas cronologías serían los recuperados en La Corona (Misiego *et al*, 2013: 326).



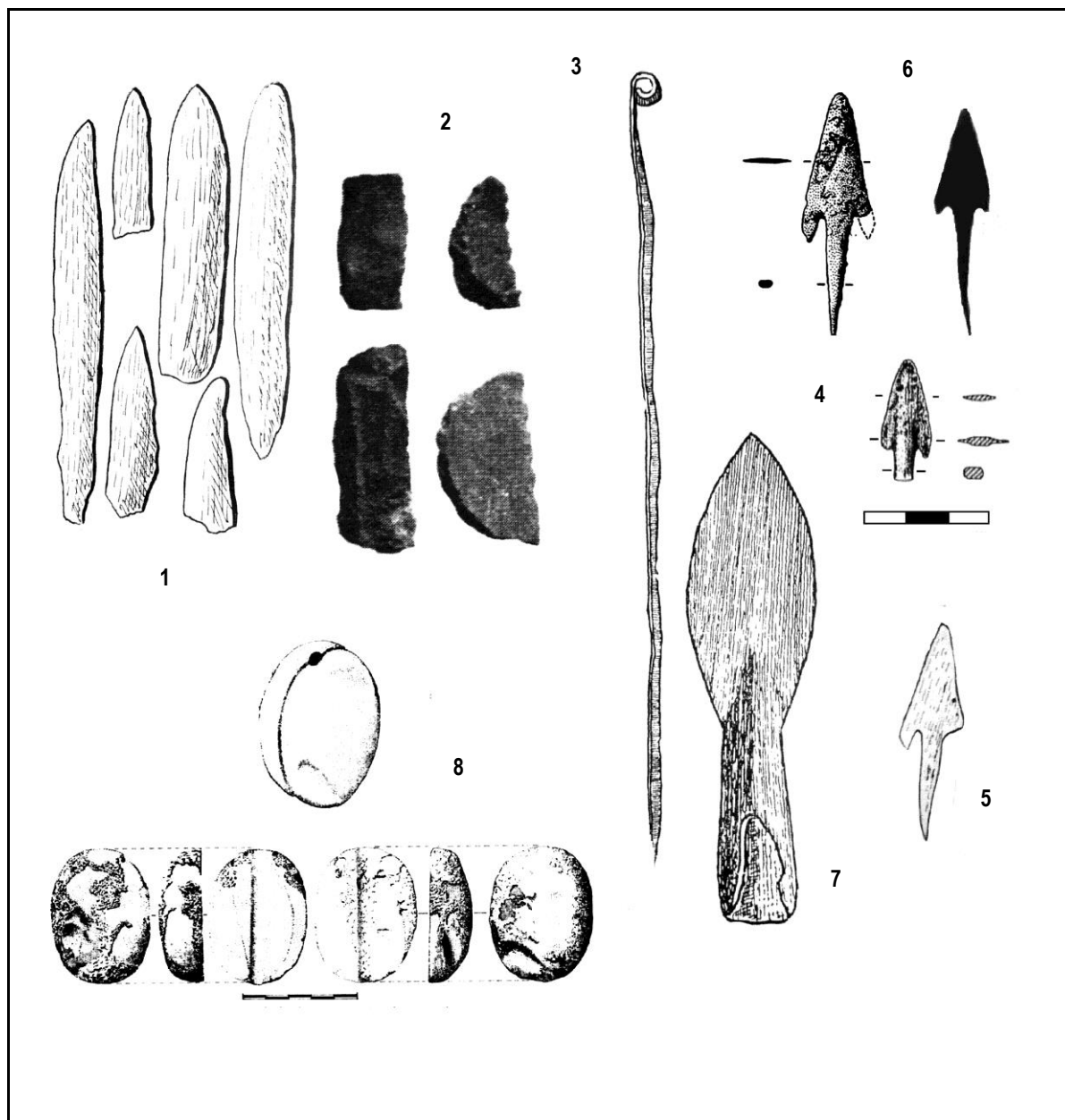


Figura 241: Útiles diversos 2. 1. Espátulas de hueso (Según Maluquer, 1956). 2. Piezas dentadas líticas (Según Maluquer, 1958). 3. Varilla (Según Maluquer, 1958). 4. Punta de flecha (Según Macarro, 1999). 5. Punta de flecha (Según Maluquer, 1958). 6. Punta de flecha (Según Benet *et al.*, 1991). 7. Punta de jabalina (Según Maluquer, 1958). 8. Molde (Según Martín y Jiménez, 1988-89).

## 5. ACTIVIDADES CINEGÉTICAS Y GUERRERAS

Existe una serie de elementos como las puntas de flecha, junto con el arco, y la jabalina que seguramente fueron empleadas para la caza y, en menor medida, en la guerra (Quesada, 1997b: 464; 2003: 91). De hecho, en El Raso se han recogido unas puntas de lanza de pequeño tamaño que

se han relacionado con las actividades cinegéticas más que con las bélicas (Fernández, 2001: 299). Respecto a las flechas, su número es escaso en los yacimientos del territorio *vettón* y rara vez han aparecido en los ajuares funerarios, pero se sabe de su existencia en la Península en ambientes coloniales donde están bien estudiadas (Quesada, 1997b: 464; 2003: 91).

Otros autores como Cabré (1958: 57) y Benet apoyan el empleo de las puntas aparecidas en el Cerro San Vicente (Salamanca) tanto para la caza como para la guerra (2001: 18), aunque hay que matizar que en la sociedad celta era vergonzoso luchar con un arma que no implicara proximidad entre los guerreros, y no será hasta la aparición de los estados cuando, los soldados luchen por una soldada y no por su prestigio, y por tanto se empleen armas que eviten bajas en el ejército, tales como los escorpiones romanos, los arcos o las catapultas (Quesada, 1997b: 470 ss.). Por tanto la teoría de Benet del empleo del arco para guerrear creemos que no es muy adecuada para este caso en concreto, aunque eso no implica que en caso de necesidad no fuera empleado como tal.

La presencia de esta actividad se apoya también en los análisis faunísticos realizados en Salamanca o en El Teso del Cuerno, que revelaron la presencia de animales salvajes, en especial del ciervo y, en menor proporción, del conejo y la liebre. En el caso de Salamanca, la presencia de fauna cinegética se corresponde con el 20% de los restos faunísticos durante el Hierro I, frente al escaso 3% que alcanza en la etapa siguiente, momento en el cual la aportación cárnica cinegética es poco significativa ya que los análisis arqueozológicos realizados muestran un porcentaje muy bajo de la presencia del ciervo, respecto de los animales domésticos como el ganado vacuno y ovicáprido (Macarro, 1999a: 52; Benet, 2001: 19, 25 y 26; IACyL). Sin embargo, la preminencia de los cérvidos como especie de caza se registra también en estudios sobre fauna realizados en otros yacimientos de la Edad del Hierro de la Meseta o de Extremadura (Berrocal-Rangel, 1992: 231; Esparza, 1999: 95; Misiego, 2013: 329).

De acuerdo a estos resultados, la hipótesis que se plantea es que durante el Hierro I parte de la carne de la dieta era aportada por la actividad cinegética, mientras que este aporte se reducirá durante el Hierro II por el aumento de los rebaños domésticos en los poblados. Este mismo hecho se rastrea en otros yacimientos como por ejemplo La Hoya, Peñas de Oro o Berbeia (Liesau y Blasco, 1999: 146). Blázquez tras un estudio de las fuentes clásicas, en donde se menciona la caza, expone que dicha actividad en la Hispania prerromana no tendría una importancia económica positiva, sino que la tendría desde otros puntos de vista, como ejercicio viril en los períodos de paz, como medio de protección de los rebaños, etc. (1971: 18). Este hecho coincide con la escasez de vestigios cinegéticos, en proporción con los animales domésticos, recogidos en los yacimientos de esta época como ya se ha visto.

Las piezas que se han identificado con esta actividad en los yacimientos estudiados son las siguientes:

## **5. A. Puntas de flecha (Fig. 241-4)**

### **5. A. b. Metálicas**

Puntas de pedúnculo y aletas aparecidas en el Cerro San Vicente (Salamanca) (Martín Valls, 1997: 147; Macarro, 1999); San Pelayo (Benet, 1990: 87, Fig. 6) (Fig. 241-6); La Mesa del Carpio Bernardo (Martín Valls, 1997: 117; Piñel, 1980: 145) y Cancho Enamorado (Puente Congosto) (Maluquer, 1958a: 73, Fig.19) (Fig. 241-5). Puntas de flecha con aletas y sin pedúnculos también han sido halladas en La Mesa del Carpio (Martín Valls, 1997: 117). Todas ellas fechadas en la Primera Edad del Hierro. Respecto a las asociadas a la II Edad del Hierro se han identificado unas puntas de flechas pequeña pedunculares de sección plana y desarrollo triangular recogidas en Los Tejares (Maluquer, 1956: 115 y 117; López, 2004: pieza 720) y otra plana con pedúnculo largo y aletas pequeñas que procede de La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández) (Piñel, 1980: 67). Ambas están fabricadas en bronce y parecen una supervivencia del tipo de flechas de la etapa anterior. Contamos con varios paralelos que, cronológicamente, coinciden con nuestras puntas, como son las aparecidas en Sanchorreja (Maluquer, 1958b) o en El Raso (Fernández *et al.*, 1986-87: 266).

### **5. A. b. Líticas**

Se han recuperado flechas en La Pinilla (Carbajosa). Un conjunto se caracterizan por ser toscas, irregulares, foliáceas y con un ligero pedúnculo. Otro grupo lo conforman dos piezas lanceoladas con pedúnculo, aletas apenas insinuadas y retoque invasor (Piñel, 1980).

## **5. B. Puntas de jabalina (Fig. 241-7)**

En el poblado de Cancho Enamorado se hallaron unas de hierro pequeñas, de hoja ancha y lanceolada y con mango tubular (Almagro-Gorbea, 1993: 86; Maluquer, 1958a: 78). Maluquer las identificó como puntas de lanza, pero por el tamaño y su anchura se han clasificado como una punta de jabalina, ya que las lanzas tienden a ser más estrechas en relación con su longitud. Se corresponderían con el Tipo 11 de la clasificación de Quesada, quien las considera como jabalina porque son piezas macizas y muy anchas en relación a su longitud. No especifica una cronología, siendo características de la Edad del Hierro en general. Ejemplares análogos tenemos en el Museo de León, de la cual se desconoce su procedencia, en Las Cogotas, en Padilla o en La Cerrada de Los Santos (1997: 385ss). Otra punta de venablo ha sido recuperada, formando parte del ajuar funerario, de la necrópolis de Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López y Martínez, 2009: 125).

## **5. C. Puñales**

La cabaña Be6 de Cancho Enamorado (Puente Congosto) deparó un puñal de nervio central en bronce con dos clavos para las cachas en la empuñadura, que carece de pomo, la cual se forma mediante el retraimiento de los filos y la pérdida del nervio central (Maluquer 1958a: 53-55). Estos puñales son típicos del Bronce Final-Hierro I atlántico. En la cabaña 2 del mismo yacimiento

contamos con hojas de bronce con clavos para el mango, que se han interpretado como puñalitos toscos (Almagro-Gorbea, 1993: 86). Respecto a la II Edad del Hierro, tan sólo contamos con una vaina de bronce de contera discoidal de tipo evolucionado con decoración de círculos de gránulo o bolitas de bronce, documentada en contexto de habitación en Salamanca (Macarro, 1999a: 42).

### **5. D. Coraza**

Objeto de bronce fabricado con piezas pseudoesféricas engarzadas, que se ha interpretado como el pectoral de una coraza. Ha sido datado en el siglo I a. C. y encontrado en El Teso de Las Catedrales (Salamanca) (Alario *et al*, 1998a: nº 191).

### **5. E. Arma**

Punta de hierro posiblemente de un arma de asta, un regatón, hallada en Salamanca (Macarro, 1999a: 119). Esta pieza es similar al exhumado en la tumba nº 50 de Padilla, fechado en el siglo II a. C (Sanz, 1999: 124).

### **5. F. Arnés**

En El Teso de Las Catedrales (Salamanca) apareció una posible anilla de arnés de bronce con dos piezas conservadas: anillo circular y un apéndice laminar que se cierra formando otro anillo que se ensarta al primero y que continúa longitudinalmente, si bien está roto (Alario, 1999: Sector C, UE 387, nº 27). Los arneses que se conocen en otros yacimientos del área *vettona*, sobre todo en las necrópolis de la zona abulense, son de caballo (Baquedano, 1999: 279 ss.; Álvarez-Sanchís, 1999: 188ss.; Mariné, 2005: 123).

### **5. G. Cuchillos**

Se han documentado dos tipos de cuchillos:

#### **5. G. a. Cuchillos de hoja recta**

Cuchillo de hoja recta de un filo y lengüeta de enmangue, que ocupa la totalidad de la longitud del mango cilíndrico óseo, el cual cuenta con decoraciones incisas circulares. Fue identificado en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999a: 42). Recuerda a un ejemplar de la tumba nº 54 de Padilla fechado entre el último tercio del siglo II a. C. y comienzos del I a. C. (Sanz, 1999: 126, Fig. 27). De este mismo yacimiento proceden unas hojas planas y alargadas de hierro que Macarro ha identificado como hojas de cuchillo (2004/06b: 131). Estos bien pudieron ser herramientas de curtidor, pero no han aparecido asociados a ningún otro útil, por lo que es complicado darles una función concreta, ya que bien pudieron servir para descarnar los huesos como demuestran las marcas de descuartizamiento tanto en el propio yacimiento de Salamanca como en otros asentamientos (Chapa y Mayoral, 2007: 71; Macarro y Alario, 2012: 80).

### 5. G. b. Cuchillos afalcatados

Elaborados en hierro adscritos al Hierro II encontrados en Yecla de Yeltes (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes) (Fig. 242) y en El Teso de Las Catedrales (Alario, 1999: 182). Contamos con piezas análogas procedentes de Las Paredejas (Álvarez-Sanchís, 1999: 73), Sanchorreja, fechados estos últimos entre comienzos del siglo VII y comienzos del V a. C. (González Tablas, 1989: 122), Cancho Roano (Jiménez, 2006: 105), en la casa 3 de El Raso, cuya cronología es el siglo II a. C. (Fernández, 1986: 359) o con el cuchillo de El Zamarill fechado en el mismo siglo que el anterior (Martín, 1999: 143). Más alejado geográficamente, también se documentan en el castro de Celada que se data entre el siglo II y el I a. C. (Museo Prehistórico de Santander) o en la etapa celtibérica de la necrópolis de Sigüenza (Cerdeño y García, 1990: 79, Fig. 4, nº 2). Así mismo, varios cuchillos de este tipo están depositados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, procedentes de contextos celtibéricos y datados entre los siglos V- II a. de C. La necrópolis vaccea de Las Ruedas depuró cuchillos afalcatados en tumbas de la II Edad del Hierro, como la sepultura número 75, que se han asociado con el servicio del banquete funerario. También han sido hallados en otras tumbas de cronología superior, como en la número 68 que ha sido datada entre el siglo I d. C, asociado como la anterior al ágape funerario. Por tanto, su cronología abarca toda la Edad del Hierro, con unos ejemplares antiguos datados entre el siglo VIII-V a. C. y otros más tardíos del siglo I d. C.



Figura 242: Cuchillo afalcatado, Yecla de Yeltes. (Fotografía de la autora, 2007)

En cuanto a su funcionalidad se barajan diversas hipótesis:

5. G. b. 1. *Cuchillos rituales* (Sánchez y Lorio, 2009: 348; Quesada, 1997a:167-168; Berrocal, 1994: 237).

Fernando Quesada al estudiar los cuchillos afalcatados de la cultura ibérica considera que durante el Hierro I estos deben ser entendidos como uno de los más destacados elementos de prestigio que aparecen en las necrópolis, cargados además de connotaciones religiosas por sus contextos y asociaciones, que llevarían a interpretarlos como herramientas de sacrificio (1997: 168).



Los análisis de algunas tumbas ibéricas y celtibéricas apuntan a la realización de sacrificios funerarios de animales en los que el cuchillo sacrificial podría depositarse después entre las ofrendas, junto al ajuar. Pero a partir de los siglos V o IV a. C. habrían perdido su papel como elemento de prestigio en favor de las panoplias guerreras, al mismo tiempo que la falcata adquiere ese carácter sacrificial, como tal vez demuestre su hallazgo cercano al santuario del Castrejón de Capote (Berrocal-Rangel, 1994: 237). Ni en la zona que aquí nos ocupa ni en otras áreas del territorio vetón, disponemos de datos que puedan interpretarse a favor o en contra de un papel similar para los cuchillos afalcatados durante la I Edad del Hierro, si bien llegado el Hierro II sí que disponemos de algunos datos procedentes de la zona abulense que parecen apuntar en este sentido.

En primer lugar no podemos dejar de hacer referencia a la presencia de cuchillos afalcatados en sepulturas en las que se han identificado claramente vasos, jarras y otras piezas cerámicas que contienen ofrendas al difunto, y datos que apuntan, al igual que Fernando Quesada plantea para el mundo ibérico, a la realización de sacrificios de animales vinculados al ritual funerario. Sin embargo más complicado parece poner en relación directamente la presencia del cuchillo afalcatado en la tumba con este ritual. De las 14 sepulturas con cuchillos afalcatados en las que se han podido rastrear la presencia de ofrendas y posibles sacrificios de animales, 6 contienen entre el ajuar armas o herramientas, entre las que pudo contarse el cuchillo al margen de cualquier otro significado. Entre las restantes al menos 3 contendrían objetos de uso doméstico, como piedras de afilar o fusayolas, evidenciando así de nuevo ajuares funerarios en cuya concepción encajaría perfectamente el cuchillo sin poder asegurar que su presencia tenga otro significado más que el puramente funcional (Sánchez y Mateos, 2014: 146). Por tanto, sólo contaríamos con cinco ajuares funerarios, procedentes de las necrópolis de El Raso y de La Osera, que estén claramente marcados por la presencia de vasos y platos cerámicos destinados a contener ofrendas, y en lo que tal vez se pueda interpretar la presencia del cuchillo como una herramienta de sacrificio. Así en los últimos años Isabel Baquedano ha venido defendiendo la existencia de un grupo sacerdotal dentro de la sociedad vettona, y en especial en relación con los espacios sagrados identificados a través del santuario rupestre del Castro de Ulaca y el calendario de las festividades religiosas reconocido en la disposición de las estelas de la necrópolis de La Osera. En especial se ha puesto en relación con este grupo sacerdotal una serie de tumbas, procedentes de la necrópolis de la Osera, cuya característica común es la presencia en sus ajuares de elementos relacionados con el fuego, como trébedes, parrillas, asadores, atizadores, etc., elementos estos que tal vez puedan ponerse en relación con parte del ritual de sacrificios animales que conllevaría la quema de las vísceras y otras partes de los mismos (1998: 97-98). Dichas prácticas quedan de manifiesto en el santuario de Panoias (Blázquez, 1983: 234). En cualquier caso, dentro del tema que aquí nos atañe, cabe destacar la presencia sistemática en los ajuares de estas posibles tumbas de sacerdote de cuchillos afalcatados, que podrían ponerse en relación con el ritual del sacrificio, donde se precisaría algún tipo de arma, ya sea un cuchillo o un estoque para la ejecución

ritual del animal, y sin lugar a dudas, para su despiece y extracción de las partes que fueran quemadas.

5. G. b. 2. *Parte de la panoplia guerrera* (Kurtz Schaefer, 1986-87: 456 o Lorrio, 1992: 312).

La hipótesis de que los cuchillos afalcados eran piezas de armamento, se ha basado tradicionalmente en la frecuente asociación de este tipo de piezas con otras armas del equipo militar de los guerreros de la II Edad del Hierro. Así, es frecuente encontrarlos como parte de los ajuares de guerrero recuperados en las necrópolis de incineración, no sólo de la Meseta sino también del mundo ibérico. Especialmente relevante parece su vinculación con las espadas, ya que suelen hallarse dentro de las vainas de las espadas, pues con cierta frecuencia parece que éstas contarían con un pequeño compartimento destinado a albergar el cuchillo. En otros casos aparecen en ajuares de guerrero más simples, formados exclusivamente por una o dos puntas de lanza y algún elemento del escudo circular o *caetra*. En este sentido, y centrándonos exclusivamente en los castros y necrópolis de la zona abulense, hemos estudiado las asociaciones de los cuchillos en los ajuares de las necrópolis de El Raso, Las Cogotas y La Osera, que por el número de tumbas recuperadas permitirían sacar conclusiones con un mínimo de seguridad, conociendo la proporción real de cuchillos afalcados procedentes de las sepulturas con armas consideradas tradicionalmente como de guerreros. Así, de los 34 cuchillos procedentes de estas necrópolis, el 55% aparecen asociados a otros elementos de la “panoplia” guerrera, frente a un 45% que se asocia a otros útiles o en los que el cuchillo sería el único elemento de ajuar de la sepultura (Mateos y Sánchez Nicolás, 2014: 143). Por tanto, dentro de las necrópolis existiría con una proporción muy alta de piezas que no parecen tener relación alguna con la guerra ni con las panoplias guerreras. Se trata de piezas asociadas a elementos de adorno personal, como fíbulas, brazaletes o cuentas de collar, herramientas de hierro como punzones, fusayolas, y ajuares cerámicos formados por urnas y vasos de ofrendas. En este mismo grupo se incluyen también una serie de sepulturas con cuchillos afalcados asociados a toda una serie de instrumentos vinculados tradicionalmente con el fuego, como son pizas, trébedes, atizadores o parrillas, que puntualmente pueden contar también con algún elemento de armamento, si bien no es lo más común. En todos estos casos, como mínimo sería necesario buscar una funcionalidad distinta de la meramente militar para los cuchillos, pues no parece posible mantener aquí su papel como armas, en ausencia de cualquier otro elemento de ajuar que apunte a una tumba de guerrero (*Ibidem*: 146).

Pero quizás las mayores dudas en cuanto al posible papel como armas de los cuchillos afalcados no venga dado por sus asociaciones en las tumbas a elementos sin relación alguna con el equipo militar de los guerreros vettones, sino más bien por la propia tipología de estas piezas. Si se estudia con detenimiento el armamento vetton de los castros abulenses, e incluso el de los restantes territorios peninsulares, nos encontramos con un patrón común en todas las piezas del llamado armamento ofensivo. Este patrón viene marcado por la tipología de todas estas piezas que,

condicionan a su vez por el tipo de combate para el que fueron concebidas: se caracterizan por ser en todos los casos armas de tipo punzante. Este patrón se ve en el evidente predominio dentro del armamento de las puntas de lanza destinadas a combates frontales, cuyo objetivo es clavarse en la carne del adversario. Esquema que se mantiene en la tipología de espadas y puñales, con hojas de doble filo y extremo apuntado, destinadas a combates cerrados en los que la espada atacaría frontalmente al adversario buscando herir mediante ataques punzantes, clavando la espada en el cuerpo del enemigo, y no por medio de ataques laterales o de barrido, en los que la hoja hiere mediante cortes causados en el cuerpo del enemigo. Incluso las falcatas ibéricas, presentes también con cierta frecuencia entre el armamento de los castros vettones de la zona abulense, comparten esta concepción. Pese a su apariencia, que se asemeja más a la de un sable que a la de una espada del tipo descrito, su principal característica viene marcada por la existencia de un filo dorsal en el tercio distal de la hoja que la convierte en un arma idéntica en su forma de uso durante el combate a las espadas de hoja recta o pistiliforme y doble filo, diferenciándose así de sus precedentes mediterráneos como la machaira griega. Y sin embargo, frente a esta clara concepción común presente en todas estas armas de la Edad del Hierro los cuchillos afalcados rompen totalmente ese patrón con su tipología, basada en la existencia de un único filo cóncavo-convexo, que las convertiría en un arma de corte, poco efectiva como arma punzante al carecer de ese filo dorsal añadido a las falcatas al ser adoptadas por los guerreros hispanos. Por ello, no parece probable que estos cuchillos fueran concebidos como piezas de armamento, pues con toda probabilidad en ese caso su tipología habría estado marcada por las formas de combate de los guerreros de la época, como ocurre con las espadas y puñales, adaptándose su morfología a las necesidades de los mismos. Pero con ello no se quiere decir que estos cuchillos nunca hayan sido usados como armas, o que no tuvieran potencial para serlo. Pese a sus reducidas dimensiones las hojas de estos cuchillos, forjadas a partir de una lámina de hierro golpeada después en frío para endurecerla y bien afilada, podría resultar letales. Un cuchillo de estas características, empleado de forma adecuada, puede cortar perfectamente el cuello de un guerrero, y en ausencia de otra arma no puede descartarse su uso en este sentido, del mismo modo que en caso de necesidad el martillo de un herrero, el hacha de un leñador o la hoz de un granjero pudieron ser usados como armas para hacer frente al ataque del enemigo, si bien, al igual que en el caso de los cuchillos afalcados, no fueran concebidos ni fabricados para este fin (*Ibidem*: 145).

5. G. b. 3. *Cuchillos domésticos* (Sanz, 1997: 420; Quesada, 1997: 167; Jimeno *et al*, 2004: 277).

Pero llegados a este punto, y ya para terminar, parece necesario plantear la posibilidad de que tal vez la funcionalidad real de los cuchillos afalcados no sea de modo alguno restrictiva. Esto es, que si bien parece probable que parte de estos objetos tuviera un uso ritual, ya sea en relación con los sacrificios de animales vinculados al ritual funerario o a otro tipo de celebraciones religiosas realizadas por los pueblos prerromanos, fueran al mismo tiempo empleadas por personas de toda índole, entre las que evidentemente se incluirían los guerreros, como meras herramientas, simples

cuchillos o navajas si se quiere, tal y como las empleamos hoy en día, o tal vez sea más preciso decir tal y como las emplearon nuestros abuelos: herramientas de corte empleadas en un sin fin de trabajos de forma complementaria, o con un uso doméstico, para la preparación de las comidas o incluso como cubiertos durante la comida o los banquetes (Sánchez y Mateos, 2014: 148). A esto parece responder su presencia frecuente dentro de las viviendas, como las del castro de El Raso ya mencionado o la identificación de dos tipos de marcas en los restos óseos del Cerro San Vicente: unas primeras dejadas durante el proceso de descuartización y realizadas con instrumentos más o menos pesados, y otras más finas, causadas por el uso de cuchillos durante el descarnado de los huesos (Macarro y Alario, 2012: 80).



Figura 243: Grabado con escena de caza en uno de los sillares de Yecla de Yeltes. (Fotografía de la autora, Mayo 2014)

## 5. H. Grabados (Fig. 243)

Por último, cabe citar dos escenas de los grabados de Yecla de Yeltes. La primera es una escena de caza con arco<sup>90</sup> (Fig. 243). La segunda es una batida, en la que los jinetes armados con lanzas, persiguen a unos jabalíes, uno de ellos ya herido. Escenas cinegéticas similares se han documentado en grabados de la Edad del Hierro de la región de Côa (Portugal) (Coelho, 2001: 348). Escenas cinegéticas contemporáneas se pueden ver en el norte de la Sierra de Guadarrama o en Vale da Casa (Portugal): en la primera la caza se realiza con el arco, pero en la segunda la escena se desarrolla con una lanza o jabalina (Royo, 2009: 41 y 56). Al margen de la carga simbólica que estas representaciones puedan tener, a través de las pinturas y los grabados de la Edad del Hierro se puede confirmar tanto la existencia de esta actividad como los “instrumentos” que intervenían en ella y que aquí defendemos para tal fin, como son el arco y la jabalina.

## 6. AGRICULTURA, PESCA, RECOLECCIÓN Y GANADERÍA

Los resultados de los análisis del castro de Salamanca capital, informan sobre las condiciones ambientales en las que se desarrolló el poblamiento (Benet, 2001: 19). El resultado fue un paisaje abierto con prados en donde predominan las gramíneas con pequeños bosques de

<sup>90</sup> En la foto no se aprecia muy bien el arco, pero en el calco que se realizó para la musealización del castro y que se puede ver en los paneles explicativos se aprecia perfectamente que el jinete lleva un arco en la mano.

encinas, robles, pinos, abedules, enebros y quejigos. La ribera del Tormes estaba salpicada por avellanos, olmos, negrillos, álamos, sauces y saúcos. Entre los arbustos se desarrollaron las jaras y los brezos, y otras herbáceas como la col, el hinojo, el apio, la zanahoria, el haba, el guisante o la lenteja, entre otras. Los resultados palinológicos evidencian una evolución respecto a la explotación del medio, observándose una actividad agrícola cada vez más acusada, mostrando un predominio de las plantas domésticas sobre las silvestres durante la etapa prerromana del castro, por lo que sus habitantes tendrían una alimentación basada en los cereales (cebada), los cuales serían triturados en los molinos, y complementada con la recolección de frutos, como las bellotas, y otras semillas ya mencionadas. Así mismo, el descenso paulatino de taxones arbóreos y el aumento de arbustos y gramíneas implica una deforestación antrópica del entorno para utilizar el terreno como zonas de explotación agrícola desde la I Edad de Hierro (Benet, 2001: 19; Macarro y Alario, 2012: 76), tal y como ocurre en otras zonas del Noroeste peninsular en donde se han podido llevar a cabo los mismos tipos de análisis (Parcero y Ayán, 2009: 371).

Los frutos y hortalizas que se recolectaban se pueden dividir en aquellos de consumo inmediato y de consumo a medio y a largo plazo, tras haberlos sometido a diferentes procesos de preservación. Entre los primeros contamos con el saúco, las hortalizas y algunos hongos, aunque los dos últimos grupos mediante la deshidratación pueden ser conservados durante un período de tiempo amplio. Dentro del segundo grupo podemos incluir el jugo que se extrae del abedul y en el tercer grupo se pueden incluir las castañas, las nueces, las avellanas y, sobre todo, las bellotas (Torres, 2005: 29 ss.). En Salamanca, por el momento sólo se han documentado la col, el hinojo, el apio o la zanahoria. No obstante, en algunas cerámicas de Las Ruedas se han detectado restos de moras o frambuesas en una conserva elaborada a base de miel y vino (Sanz *et al.*, 2003: 153). Por tanto, y por proximidad de los hábitats, es factible que en los poblados de nuestro territorio también se recolectaran estos frutos, ya que en la actualidad los zarzales de moras son abundantes. Los problemas con que volvemos a toparnos son tanto la falta de excavaciones como de análisis polínicos.

Respecto a la conservación de los productos a medio plazo se realizaría sobre frutos, desecando su carne. Dentro de este grupo se incluye el jugo del abedul cuyo contenido en azúcares permite preservarlo durante un período relativamente largo de tiempo (Torres, 2005: 31). Este árbol estaba presente en el entorno de Salamanca como demuestran los ya citados análisis polínicos.

Por último, tratamos de la conservación de los frutos secos. Dentro de este grupo podemos incluir las castañas, las bellotas, las avellanas, las almendras, la cebada y algunas hortalizas silvestres como las habas, los guisantes o las lentejas. Los tres últimos se han documentado en los análisis polínicos de Salamanca. Para su procesado es necesario pelarlos, pudiéndose aprovechar las vainas y las cáscaras. Su consumo implica el cocinado de estos productos, bien cociéndolos para la rehidratación de las fibras o bien procesándolos con otros alimentos. La recolección de estos tres



productos, ya secos, se ha documentado en el Noroeste peninsular en unos silos (Torres, 2005: 40 y 41). En relación a este grupo de frutos secos, los análisis polínicos realizados en Los Cavanés han aportado datos sobre la foresta que existía antes, durante y después de la presencia romana en la zona. Las muestras prerromanas indican que las especies representativas son el pino, el roble, el aliso, el chopo, el castaño, el avellano, el sauce y el enebro (Sánchez *et al.*, 2001a: 22). En el caso del castaño, en época romana aumenta su presencia, por lo que es posible que fueran los romanos quienes introdujeran su cultivo para una explotación continuada (*Ibidem*: 22). No obstante, la presencia tanto del castaño como del avellano en época prerromana hace factible que se recolectaran sus frutos en estado silvestre.

Como ya se ha mencionado, otro fruto seco testimoniado es la bellota, la cual es un recurso potencial en los pueblos de la Península, siendo consumido de manera masiva en forma de harina, gachas o tortas; de hecho su representación es un elemento ornamental muy frecuente (Torres, 2005: 34, Chapa y Mayoral 2007: 161; Blasco, 2008: 131). Se consumía la bellota de roble, encina o de alcornoque, aunque sólo la de encina permite su consumo directo; árbol, por otra parte muy abundantes en el territorio salmantino. El consumo a medio plazo se puede producir cuando se mantiene viva, pero es más vulnerable a los parásitos y a la germinación si consigue la humedad suficiente. Para su consumo a largo plazo es necesario secarlas, bien en espacios cerrados tales como graneros, almacenes y hórreos o bien dejando los frutos al sol. Este proceso está atestiguado por Estrabón (III, 3, 7) cuando dice “...dejándolas secar”. Para acelerar este proceso se puede pelar las bellotas bien machacándola o bien tostándola, proceso que creemos está atestiguado en por Salamanca en un área de actividad artesanal, fechada entre el siglo I a. C-II d. C, en un momento en el que ya se han introducido elementos propios del mundo romano, ya que se han recuperado varias *dolia* (STRATO, 1995: 84). Consiste en un gran establecimiento compartimentado en habitaciones, con suelos de arcilla apelmazada y con una coloración negra, por haber estado en contacto con el fuego. Contaba con unas cubetas de reborde elevado y unas plataformas, que consistían en unas estructuras de planta rectangular, con cuernos o pilares de adobe en uno de sus laterales. Aquí se han recuperado un centenar de bellotas peladas y carbonizadas, junto a una gran cantidad de molinos. Así, una de las hipótesis planteadas por los investigadores es que estos frutos se lavaban en las pilas, se almacenaban o/y se maceraban una vez molidas o tostadas, ya que las plataformas aguantaban altas temperaturas (STRATO, 1995: 49-87). La torrefacción de estos frutos se ha comprobado en otros yacimientos como es La Cañada de Pajares (Villanueva de la Vera, Cáceres), asociadas también a una gran cantidad de molinos y molenderas, relacionados con la molienda de este fruto (Celestino, 2008: 106); en Torroso (Pontevedra) (Peña, 1992); Briteiros (Guimarães, Portugal) o Troña (Pontevedra) (López Cuevillas, 1952); y Ratinhos (Moura, Portugal), tostadas alrededor de un hogar en el siglo VIII a. C. (Berrocal-Rangel y Silva, 2010; Berrocal-Rangel, 2012-13: 61ss.). La otra hipótesis para este complejo es, como ya se ha mencionado, una posible zona de

transformación textil, pero ¿por qué no pudo concentrarse aquí ambas actividades, cada una en una habitación?, ya que los vestigios recogidos hablan de ambas actividades.

Tras la manipulación y transformación del fruto se debía procesar rápido para que no se perdiera. Este paso tendría dos opciones: almacenar las bellotas en graneros, silos, cerámicas,... o transformarlas en harina mediante su molienda, aunque la preservación de la misma también es problemática porque es un producto frágil (Torres, 2005: 36). Como se ha visto en el estudio cerámico, el almacenaje en cerámicas se ha detectado durante todo el Hierro con la presencia de grandes vasijas para este como también se han detectado en el Cerro San Vicente (Salamanca) estructuras arquitectónicas menores semejantes a las casas, pero con claras funciones de almacenes y graneros, por dos motivos: uno, que en su interior se han detectado abundantes granos de cebada y de bellota. Dos, la clara intencionalidad aislante de las construcciones, con capas arcillosas que recubren sus muros y unos cimientos consistentes en encanchados de pizarra (Macarro, 1999: 23; Macarro y Alario, 2012: 40 y 76).

Lo habitual sería que la molienda de estos productos fuera un proceso familiar, ya que Reynolds establece que en unos quince minutos con un molino barquiforme se puede obtener unos seis kilos de harina de trigo fina, suficientes para una familia de seis miembros (1996: 311). Por tanto, teniendo en cuenta que el complejo artesanal salmantino se adscribe al S. I a. C., en los momentos iniciales de contacto con el mundo romano, y que en el S. I d. C. se transforma en una zona de habitación, es factible que el proceso de transformación de la bellota y de otros frutos se llevara a cabo de forma familiar, de ahí la abundancia de molinos barquiformes y circulares en los yacimientos, ya que seguramente habría uno por familia.

Por otra parte, el consumo frecuente de la bellota y su recolección, está corroborado en los análisis de los residuos de los molinos de otros yacimientos como *Pintia*, El Soto o Numancia; los cuales contenían fitolitos y esqueletos silíceos de cubiertas de cereales y almidones de bellota (Sanz y Velasco, 2003: 103, 312-313; Echévarri, 2005: 52; Checa, 1999: 66). Incluso, en el caso de *Pintia*, los investigadores apuntan a una actividad agrícola con un papel subsidiario en su economía, consiguiendo un rendimiento de subsistencia (Sanz y Velasco, 2003: 103), lo que significa que el consumo de bellotas y otros vegetales recolectados jugarían un papel importante en su dieta. En el yacimiento de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara) también se documentaron restos de bellota en unos recipientes cerámicos en las despensas de dos casas (Cerdeño y Juez, 2001). Así mismo, los análisis polínicos y de fitolitos realizados en los yacimientos tanto ibéricos (Chapa y Mayoral, 2007: 161) como castrexos (Teira y Amado, 2014: 283) revelan la molienda y la recolección de este fruto. Además parte del contenido de la lignina corresponde a los taninos, que se puede diluir en el agua, empleándose para el curtido de las pieles (Renfrew, 1973; Chapa y Mayoral, 2007: 161). Para aprovechar este componente es necesario cocer la bellota prolongadamente, ya que si se tuesta es más complicado su reaprovechamiento.

Por otra parte autores clásicos como Estrabón (*Geogr.* III, 3, 7) o Plinio (*Hist. Nat.*, XVI, 6, 15) escribieron sobre la importancia del consumo de la bellota en la dieta de los pueblos peninsulares tanto para elaborar harina como para hacer dulces. Otra utilidad que se plantea es que su recolección podría estar relacionada como recurso alimenticio al ganado y por qué no se podría emplear para alimentar a las cabañas ganaderas durante el invierno a modo de complemento a los pastos, cuya hierba en invierno es menos nutritiva que la de primavera (Renfrew, 1973; Esparza, 1999: 92).

Junto con la bellota, en el Cerro San Vicente se ha identificado también otro fruto: las almendras (*amygdalus communis*), que también pudieron formar parte de la actividad recolectora (Macarro, 1999: 167-68).

Como ya se ha mencionado, las plantas domesticadas, es decir los cereales, sólo se han documentado en Salamanca, en donde se ha identificado unas semillas de cebada (*Hordeum vulgare*), variedad muy resistente tanto a las inclemencias climatológicas como a los parásitos (Macarro, 1999: 168-68; Benet, 2001). No obstante, el cultivo de cereales está atestiguado en otros asentamientos a través de los análisis realizados a los molinos aparecidos en Numancia, *Pintia* o Castilnegro (Torres, 2005: 44), El Soto (Cubero, 1995: 387) y por la presencia de trigo y cebada carbonizados en las viviendas de otros castro *vettones* como El Raso, Sanchorreja o Las Cogotas (Blasco, 2008: 129); siendo más probable que haya una preponderancia de cultivos en la zona noreste del territorio por su pertenencia a Tierra de Campos, cuyos suelos son propicios para la agricultura (García *et al*, 1978c: 66). Es probable que en el resto del territorio esta agricultura consistiera en pequeñas explotaciones, como ocurre en Los Castillejos, La Martela o Capote (Badajoz) (Berrocal-Rangel, 1992: 226).

El análisis de la fauna recuperada en Salamanca indica varias cosas para la Edad del Hierro: primero las huellas de uso en los huesos del vacuno, de carácter antrópico, informan del aprovechamiento del animal para el aporte cárnico; segundo que el ciervo queda relegado en cuanto a aportación de carne; tercero que los ovicápridos son empleados para la obtención de lácteos, carne o piel y que hay una inclinación por la oveja más que por la cabra; cuarto que el cerdo es un recurso cárnico secundario, aunque muy importante con una presencia de entre el 15 y el 25%, siendo sacrificado cuando ha alcanzado su pleno desarrollo y es posible obtener el máximo provecho; quinto que muchas reses vacunas fueron empleadas como animales de tiro por su avanzada edad de muerte y por las patologías identificadas a cusa de ello en sus restos osteológicos; sexto que hay un predominio de los ovinos respecto a los bovinos que se ha querido relacionar con un sistema de explotación de tipo trashumante, basado en la cercanía de algunos poblados a importantes vías pecuarias; séptimo, el caballo y el perro están presentes en el registro osteológico, pero de manera residual; por último, la existencia de otras especies silvestres como los lagomorfos y los moluscos están presentes pero de manera meramente testimoniales (Macarro, 1999a: 52; Macarro y Alario, 2012: 81-82).

Estos datos coinciden con la información que brindan los escasos repertorios arqueofaunísticos con que se cuentan en el resto del territorio *vettón*. Así, el vacuno resulta ser la especie dominante (60%), mientras que los ovicápridos (predominando la oveja sobre la cabra) y suidos alcanzan porcentajes menores y el resto de las especies domésticas como el caballo, el asno, el perro, el cerdo o la gallina son meramente testimoniales. Aunque en el caso del caballo, su presencia e importancia se puede rastrear a través de los arreos aparecidos en las tumbas, sí bien sería una ganadería minoritaria y vinculada a la clase dominante (Blasco, 2007: 127-128). Esta distribución de la cabaña ganadera coincide con la documentada en otros territorios contemporáneos de la zona Galaica (García, 1999: 313 y 314), del Duero Medio (Sanz y Velasco, 2003: 121; Blasco, 2008: 127), de la Celtiberia (Jimeno *et al*, 2005: 57) o de Extremadura (Berrocal-Rangel, 1992: 232).

Fuera cual fuera la ganadería predominante sería un buen complemento para la agricultura, ya que los animales se comerían los rastros y abonarían el campo con sus heces, tal y como sucede hoy en día. Esta práctica está atestiguada por Columela en su tratado *De Res Rustica* (Sáez, 2001: 173). Las piezas asociadas a la agricultura y/o a la recolección son:

## **6. A. Elementos de hoz**

Los materiales que sirven de soporte para los dientes de hoz son el sílex, el cuarzo y la cuarcita. Se han documentado en El Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 275), en Los Molinos (IACyL), en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130); en La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls, 1997: 117); en Los Hornos (IACyL), en Cancho Enamorado (López, 2004: pieza 349), en Centenera (IACyL) y en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 154). Estas lascas se han considerado como dientes de hoz por comparación con los aparecidos en Sanchorreja (González Tablas, 1990: 16-17), La Mota (Seco y Treceño, 1995: 232), Los Cuestos de la Estación (Celis, 1993: 127-128) o Castilfrío (Romero, 1991: 130). En relación a esto, se ha identificado un posible mango de hoz, fabricado sobre hueso pulido de sección circular (González y Sarabia, 2000: 174). Estas herramientas se han documentado en otros yacimientos como Cancho Roano o Langa de Duero, consistiendo en una hoja de hierro con una acusada curvatura, un filo dentado, de entre 10 y 32 cm. de longitud y un mango de madera o de hueso (Chapa y Mayoral, 2007: 55).

## **6. B. Molinos (Fig. 244)**

### **6. B. a. Molinos barquiformes (Fig. 244-1)**

Son piezas características de la I Edad del Hierro como continuidad de una tradición anterior. Se han documentado en el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) (Martín Valls, 1971: 134); Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130); La Aceña (IACyL); el Teso del Cuerno (Forfoleda) (Martín y Jiménez, 1992: 243); El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 119); en Los Tejares (El Tejado de Béjar) (Maluquer, 1956: 115), seguramente procedente de Cancho Enamorado (Puente Congosto), en donde se recuperaron varios (López, 2003f: 31); en el Teso de La

Hojita (San Morales) (IACyL); en Las Merchanas (Lumbrales) (Museo arqueológico de Lumbrales) (Fig. 244-1); La Regalantona (Espino de la Orbada) (IACyL); La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada) (Piñel, 1980: 36); en Castelmao (San Felices de los Gallegos) (IACyL); Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez-Palencia *et al*, 2001: pieza SB/51/1); Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) (IACyL); Cuesta de la Rúa (Espino de la Orbada) (IACyL); La Corona (Rinconada de la Sierra) (Sánchez-Palencia *et al*, 2000: 61); Yecla de Yeltes (Iglesias, 1999: 3); Los Castillejos de Zamorra (ARQUETIPO, 1999/2000b); La Mesa del Carpio Bernardo (Piñel, 1980: 144); Cerro San Vicente (Salamanca) (Maluquer, 1951: 68; Macarro, 1990: 73); Lerilla (Zamorra)<sup>91</sup> y Cañal de Domingo (Pelayos) (IACyL).

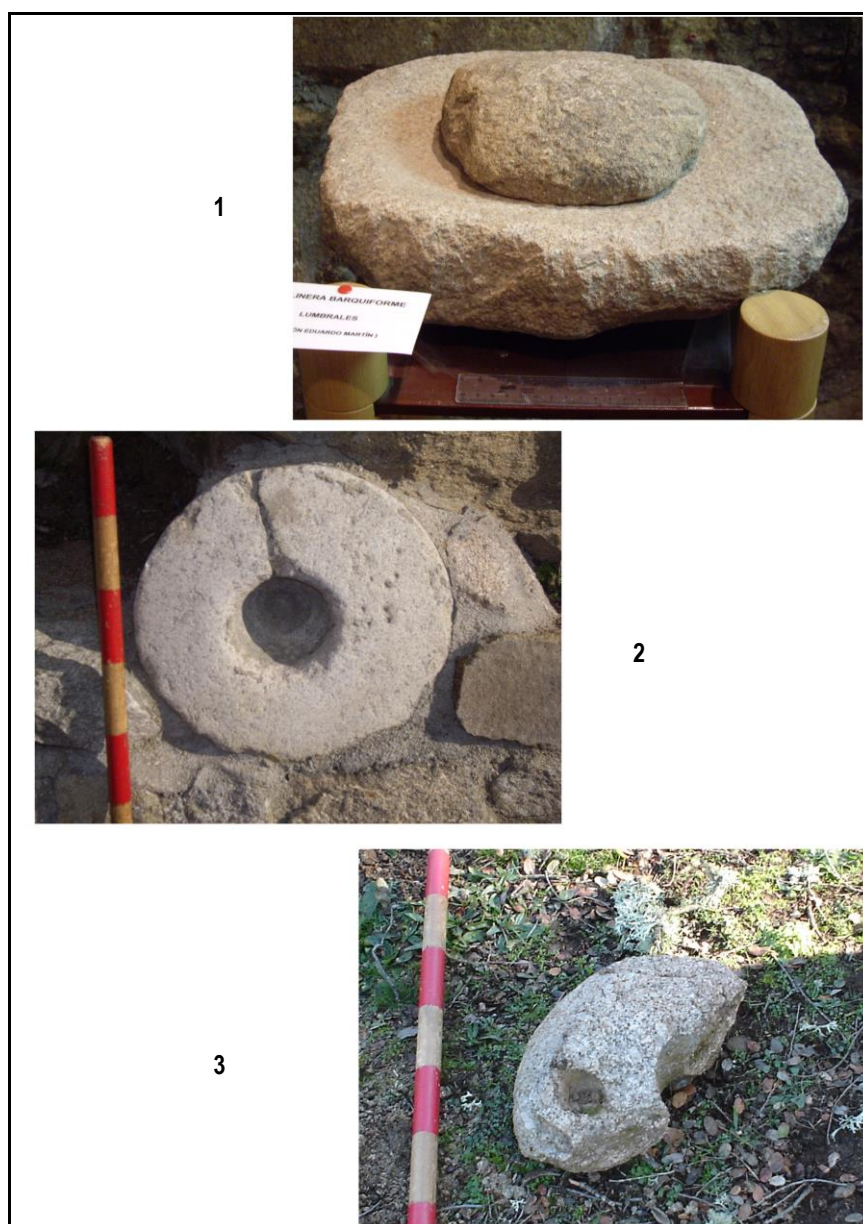


Figura 244: Molinos de la Edad de Hierro. 1. Molino barquiforme de Lumbrales. 2. Molino circular de Ledesma. 3. Fragmento de molino circular en donde se aprecia el orificio para introducir un mango de La Plaza. (Fotografía de la autora. 2006)

<sup>91</sup> Visto *in situ* por la autora.



La materia prima predominante sobre la que están elaborados es el granito, aunque se ha recogido algunas excepciones como el tallado en pizarra de Lerilla, algunos de arenisca, recuperados en el transcurso de las excavaciones del Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 153); uno sobre cuarcita de Herguizuela y otro fabricado sobre esquisto de La Corona (Sánchez-Palencia *et al*, 2000: 61).

Estos molinos constan de dos componentes: una piedra fija o durmiente y las manos molenderas. La durmiente tiene un perfil barquiforme debido al movimiento de vaivén que el operario aplicaba sobre la superficie superior de la base con la molendera (Sanmartín *et al.*, 2000: 170). Las durmientes consisten en cantos rodados de granito y de cuarzo, de forma alargada u oval, procedente de los ríos o de los arroyos cercanos. Se han documentado en Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbreras) (Fig. 244-1), en Lerilla, en el Picón de la Mora<sup>92</sup>, en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 15), en Castil de Cabras (Sánchez-Palencia, 2001: pieza SC/51/2); en El Castillo de Saldañuela (STRATO, 2001-02: 9); en La Mesa del Carpio (Piñel, 1980: 144); en Cancho Enamorado (López *et al*, 2003e: 46), en El Castillo de Saldeana (STRATO, 2005: 37) y en El Teso de Las Catedrales (Macarro, 1999a: 164), de donde proceden una sobre un canto de esquisto fracturado (*Ibidem*, 2004/06b: 111). Son característicos del Hierro I, ya que después se adoptará el molino circular, aunque en el caso numantino ambos tipos coexisten hasta la romanización, debido, tal vez, a la dificultad de abastecimiento de materia prima para su fabricación (Checa *et al.*, 1999: 64) o a usos distintos, ya que cabe la posibilidad de los molinos barquiformes fueran empleados para la trituración de material minero, como sucede en La Mata de Campanario, en donde los análisis realizados recientemente han reflejado la presencia de paritaria entre los dedicados a la molienda de cereales y bellotas; mientras que en otros se han registrado trazas de hematites y otras minerales de hierro (Rodríguez Díaz y Ortiz, 2004: 274).

### **6. B. b. Molinos circulares (Fig. 244-2 y 3)**

Son piezas que constan de dos componentes, una piedra basal y fija, solera, y otra superior, volandera, atravesada por un eje, que enganchaba con la inferior, en torno a la cual giraba, gracias a un mango que se introducía en una ranura (Chapa y Mayoral, 2007: 175). Este tipo de molino es el que se ha registrado en los castros estudiados y se corresponde con el tipo B2.1 de Berrocal-Rangel, de movimiento rotativo (2007: 291).

Este tipo de molino serán frecuentes a partir del siglo IV a. C. en la Meseta, mientras que en el Levante español y el Suroeste francés se reconocen desde finales del siglo VI a. C. Este lapso de tiempo, implica que su difusión no fue tan rápida como cabría esperar, tal vez, como consecuencia de una demanda de alimentos transformados que debían requerir unas características socio-económicas concretas. De hecho, en los yacimientos del Noroeste hispano, no se han documentado hasta la segunda mitad del siglo II a. C. (Berrocal-Rangel, 2007: 291). A diferencia de los molinos barquiformes, estos ejemplares están fabricados siempre sobre granito. Se han identificado en La

<sup>92</sup> Vid nota 60.

Plaza (Gallegos de Argañán) (IACyL), en donde se ha podido observar la ranura por donde se introducía el mango (Fig. 244-3); en Ledesma (Fig. 244-2), el cual está integrado en un muro, cercano a la muralla<sup>93</sup>; en Yecla de Yeltes (Museo arqueológico de Yecla); en Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López y Martínez, 2009); en El Castillo de Saldeana (Morán, 1926: 43); en el Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 134); en El Teso de Las Catedrales (Salamanca) (ARQUETIPO, 1996: 38); en Las Merchanas (Lumbrales) (Museo arqueológico de Lumbrales); en Las Cercas (Villavieja de Yeltes) (ARQUETIPO, 1999-2000d) y en Ciudad Rodrigo (Martín Valls, 1965-66: 96). Este tipo de molinos es frecuente en otros yacimientos contemporáneos como Roa (Sacristán, 1986: 209); Numancia (Echevarri, 2005: 45); Pintia (Sanz y Velasco, 2003: 312); Villasviejas, (Hernández et al, 1986-87a: 427) o El Castillejo de La Hoya (Martín, 1991: 131 y 189).

### **6. C. Morteros (Fig. 245)**

Consiste en un recipiente de piedra, cerámica, madera u otro material con forma de vaso ancho de cavidad semiesférica y un pequeño mazo (mano de mortero) con el que se machacaban materias de diversos tipos. En nuestro caso, se ha reconocido uno tallado en granito procedente del Cerro San Vicente (Benet *et al.*, 1991: 144) (Fig. 245-1) y otro en cerámica identificado en la excavación de una casa en El Teso de Las Catedrales (ARQUETIPO, 1996: 39). Así mismo, existe una pieza que hemos interpretado como un posible mortero, recogido en Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales) (Fig. 245-2). Este elemento se ha documentado en otros yacimientos como por ejemplo en *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 93), en Sepúlveda (Blanco, 1998: 152) y en el Noroeste peninsular (Teira y Amado, 2014: 276).

### **6. D. Hoces, podones y demás instrumental cerealísticos**

A pesar de contar con datos sobre la agricultura y elementos que demuestran el tratamiento del grano, no se han identificado útiles de hierro, tales como hoces, azadas u corquetes, siendo posible que algunos de los fragmentos de hierro irreconocibles encontrados en el Teso de Las Catedrales (STRATO, 1995: 191) o en La Cuesta de Santa Ana (Pel, 1980: 67), puedan corresponderse con alguno de éstos, ya que las hoces una vez afectadas por la corrosión se fracturan con facilidad y se convierten en segmentos de hoja difíciles de reconocer (Chapa y Mayoral, 2007: 55). No obstante, hay que mencionar que este, útil durante el Hierro I, bien pudo consistir en piedras talladas sobre un soporte de madera, ya que lo que sí se han recogido son, como se ha mencionado, numerosos elementos de hoz en cuarcita o sílex. Sin embargo, sabemos que existieron porque sí que se han documentado ejemplares de hoces, azadas, y corquetes en otros yacimientos como en El Raso de Candeleda, en Las Cogotas, en Langa o en Villasviejas (Barril, 1992: 17-19).

---

<sup>93</sup> Visto *in situ* por la autora.

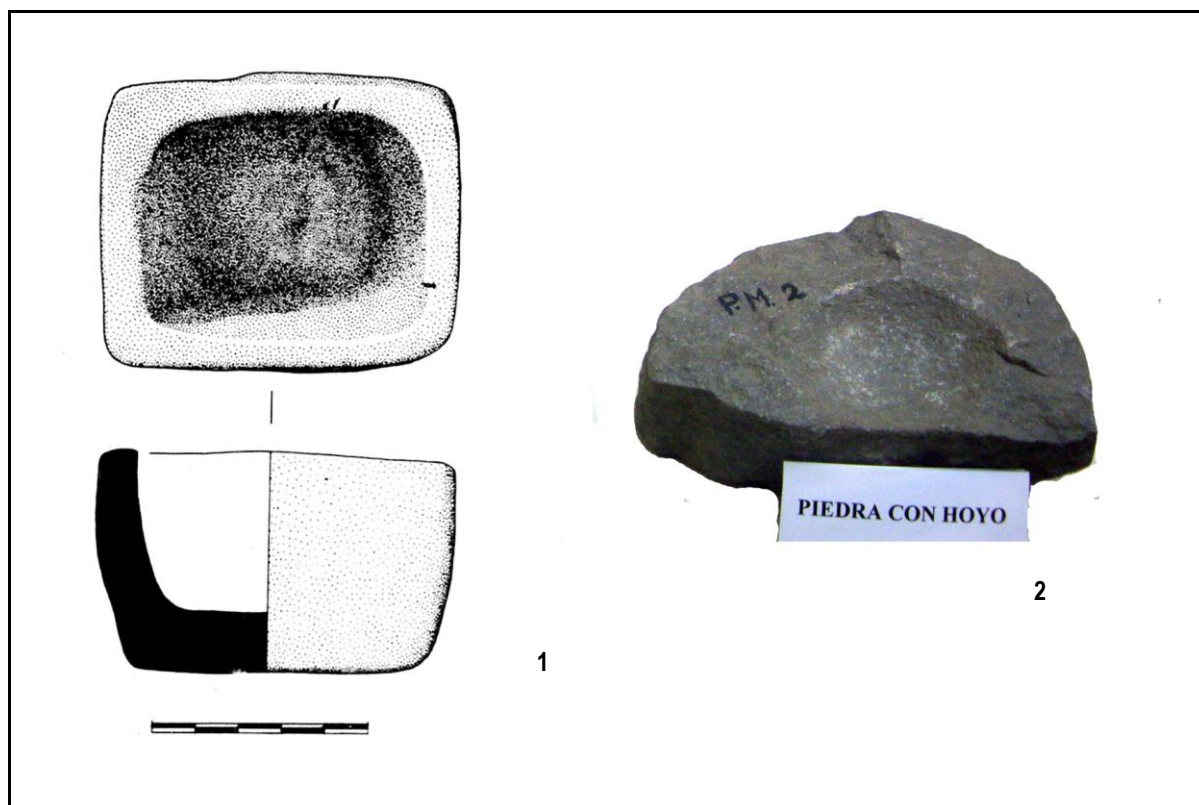


Figura 245: Morteros. 1. Cerro San Vicente (Según Benet et al., 1991). 2. Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrerales). (Fotografía de la autora, 2007)

De la misma manera que no se ha identificado estas herramientas, es posible que otras que se han empleado hasta nuestros días, tales como el trillo, el mayal, las zoquetas, los cestos, los dediles de protección y demás artefactos agropastoriles, simplemente se elaboraran con material perecedero, como la madera que debido a la importante masa forestal de la zona vetona sería un recurso muy probable, y por tanto no hayan llegado hasta nuestros días (Blasco, 2008: 131). De hecho, las fuentes clásicas sí que citan el empleo por parte de la población de una serie de útiles fabricados sobre madera y cuero como Varrón que en su tratado *De Agricultura*, del siglo I a. C, menciona el *tribulum* y la yunta como los medios empleados para la trilla, consistiendo el primero en una tabla con piedras o hierro que separa la paja cuando es arrastrada por la yunta. Incluso Catón en el año 25 a. C. cita una lista de instrumentos para la explotación de la vid y el olivo, siendo muchos de madera tales como, agujadas o rejas de arado; aunque, respecto al arado, Blázquez plantea que la introducción entre los vettones fue posterior a la llegada de los romanos (Barril, 1992: 13-19).

Una prueba arqueológica de la existencia de útiles de madera la tenemos en la necrópolis de Palenzuela, en donde se han hallado una gran variedad de útiles de cerámica en miniatura, algunos de los cuales no se corresponden con ningún vestigios arqueológico conservado hasta el momento, como por ejemplo las artesas o las tablas de lavar, las cuales son idénticas a las empleadas por las

lavanderas de antaño y que se pueden encontrar en la etnoarqueología (Museo de Palencia<sup>94</sup>). La confirmación de que las piezas miniaturizadas son réplicas de objetos empleados en la vida cotidiana de los poblados se apoya en la recuperación de una serie de elementos miniaturizados que sí tienen correspondencia con elementos de la cultura material. Así, en las tumbas 127a y 127b de Las Ruedas se han recuperado elementos miniaturizados para el fuego hierro, unas parrilla y varias pinzas, que se corresponderían con los recuperados a tamaño real en los poblados (Sanz y Romero, 2010, 406-407). Procedente del castro de Viladonga contamos con una réplica en miniatura de una muela superior de molino circular a modo de ofrenda u objeto de juego (Teira y Amado, 2014: 285). Por último, en algunas tumbas de Las Cogotas se han identificado también una serie cerámicas miniaturizadas que se corresponden con las vasijas a tamaño real, asociadas a un ajuar infantil como elementos de juego (Martín Valls, 1986-87: 76; Sánchez, 1966: 166).

## 6. E. Pesas de redes

Durante la documentación para este estudio, nos llamó la atención una pieza de Yecla de Yeltes clasificada como un colgante o idolillo. Consiste en una piedra ovalada de pizarra de 6 cm. de largo por 4 en su parte más ancha por 2, 98 cm. de ancho en su estrangulación central<sup>95</sup> (Pérez, 1991/92: 75). Estas piezas son conocidas en Galicia como “poutadas” y serían colocadas en las redes porque su peso posibilita el sostenimiento en posición vertical de la red, aplicándose tanto en la pesca fluvial como en la marítima. La mayoría se trata de cantos rodados de diversas dimensiones (entre 7 y 10 cm aprox.), de contorno ovalado o circular y de sección transversal elipsoidal (Fig. 246-1). Presentan cortes o entalles, diametralmente opuestos, con la intención de servir de muescas de fijación para cuerdas o hilos (Cardozo, 1980, 45 y 63; Carballo, 1989, 153, Lám. XLIX, n° 600 y 606; Martínez Magarito, 1992: 230, fig. 6; Feugère, 1992: 146; Naveiro, 1991: 101).

Este tipo de piezas han parecido en diversos yacimientos prerromanos y romanos de La Península, identificadas como pesas de pescar, como en el castro de Llagú, aunque también se interpretaron como pesas de telar verticales (Berrocal *et al.*, 2002: 207); en el castro de Vigo (Hidalgo, 1987:132), en el de Mohías (Bodelón, 1994/95: 233), en Briteiros (Cardozo, 1980: 45 y 63) y en diversos yacimientos del Baixo Sabor (Sánchez inédito). Durante la Época Clásica el empleo de redes es conocido en todo el Mediterráneo y su uso nos llega a través de las representaciones figuradas en pinturas y en mosaicos (Ponsich, 1988, 33), pero también es conocida en el mundo prerromano como se deduce de los hallazgos mencionados. Según Martínez Mangato existen diversos indicios que indicarían el uso de redes en un poblado como son los instrumentales para su confección y reparación, como son las lanzaderas y las agujas (1992: 230). En nuestro caso se han identificado numerosos tipos de agujas, como ya se ha indicado, algunas de las cuales bien pudieron servir para confeccionar redes de pesca. Estas pesas no sólo se tallaban piedra, sino que se han documentado

<sup>94</sup> [www.museoscastillayleon.jcyl.es/.../pieza%20mes%20septiembre.pdf](http://www.museoscastillayleon.jcyl.es/.../pieza%20mes%20septiembre.pdf) (20/02/2015)

en cerámica (en forma de fusayolas) y, especialmente, en plomo (Ponsich, 1988, 85, Figs. 32-3 y 4; Feugère, 1992, 147, Figs. 8 a 10; Chapa y Mayoral, 2007: 80).

Otra posibilidad es que los útiles de pesca usados mayoritariamente fueran fabricados en materiales perecederos. Existe un instrumento de pesca conocido como la nasa (Fig. 209-2) de diferentes formas y tamaños, aunque el aspecto usual es el de una especie de jaula alargada, con unos compartimentos estrechos en los que el pez, atraído por el cebo, se introduce, quedando atrapado al no poder volver hacia atrás. Normalmente se suspendía mediante una cuerda sobre el fondo del mar o río o se la amarraba fuertemente a un elemento sustentante en la orilla, indicando su presencia mediante un elemento que flotase. La dificultad de su estudio radica en las escasas posibilidades de conservación de estos objetos, confeccionados con elementos orgánicos de corta perduración. Sin embargo, existen algunos casos realmente excepcionales en los que se han podido recuperar ejemplares completos (Cleyet-Merle, 1990, 175) y además existen referencias sobre su utilización en las fuentes clásicas (Aristóteles, VIII, 20) que, en general, parecen apuntar a un empleo vinculado a capturas de especies de talla pequeña, preferentemente de hábitat fluvial o lacustre, como parece ser el caso del Cerro San Vicente (Martínez Maganto, 1992: 226-27) Sea como fuere, esta actividad es complicada de distinguir y tan sólo se han identificado restos de lagomorfos entre la fauna clasificada en el Cerro San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 82).

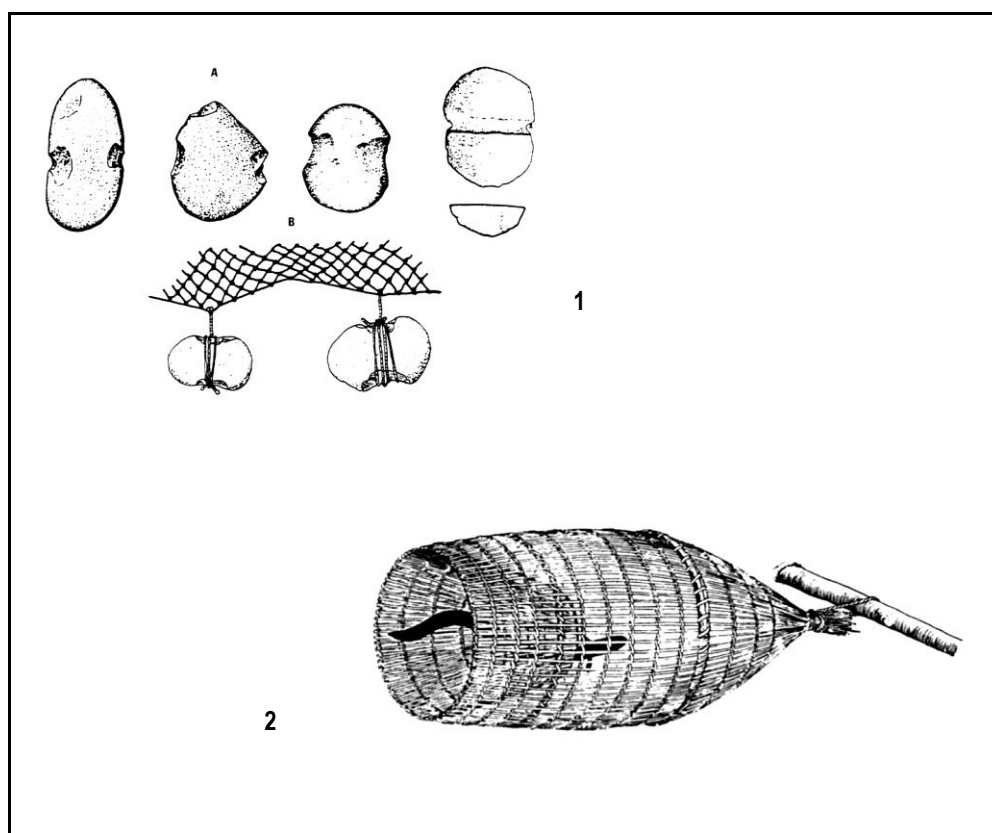


Figura 246: Actividad pesquera. 1. Pesos. Cantos trabajados empleados como pesos de red (A) y recreación de uso (B) (según Cleyet-Merle, 1990, 146, Figs. 3, 4 y 5). 2. Nasa fabricada con elementos vegetales localizada en un yacimiento mesolítico danés (según ToUe-Lassen, 1984, Fig. 8, p. 137). (Martínez, 1992).



Para terminar con este epígrafe, la cabaña ovina se emplearía tanto para la obtención de lana como de leche. De todos los útiles que intervendrían en la elaboración de productos lácteos tan sólo contamos con las denominadas fuentes-vasos coladores del Cerro San Vicente, de El Teso del Cuerno, Cancho Enamorado o Castil de Cabras, que se han interpretado comúnmente como queseras (Martín y Jiménez, 1988-89: 272, Macarro, 1999: 79; Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/53/4; López, 2003b; Benet y López, 2004: 162, Fig. 6). No obstante, otras piezas como son las artesas de desuerar queso, las tablas de amasar o los coladores podrían haberse elaborado en madera, y una vez más remitimos a las cerámicas miniaturizadas de Palenzuela, en donde se pueden ver parte de este tipo de útiles (Museo de Palencia). Así mismo, en el área celtibérica existen unas vasijas en forma de botellones con asas que permiten su suspensión en horizontal y que son idénticas a las mantequeras actuales (Torres, 2005: 64; Blasco, 2008: 128). Todas estas piezas indican la transformación de la leche para conseguir otros productos. Esta actividad supone que la cabaña ganadera sería empleada no sólo para la obtención de carne sino que estaría destinada a otras actividades como la tracción y la obtención de productos tales como la leche, a partir de la cual se obtiene el queso y la mantequilla, las pieles y el cuero, empleado para la elaboración de vestimenta, pellejos, votos...

Por último, dos elementos a tener en cuenta como vestigios irrefutables sobre el carácter ganadero de los pobladores del Campo Charro: son los verracos y sus implicaciones (Álvarez-Sanchís, 2003; Blasco, 2003: 127), de las cuales se hablará más adelante, y así mismo, las características del suelo del Campo Charro que hace que el mejor aprovechamiento de éste sea la producción ganadera, quedando los cultivos de cereales y de forrajes relegados a una actividad secundaria, fuera de la zona Noreste, en la Comarca de la Armuña y la de Peñaranda-Alba que son propicios para el cultivo del cereal (García, 1978: 66; Orteyga Equipo, 1988: 67).

## **7. CANTERÍA Y MINERÍA**

Los vestigios arqueológicos relacionados con esta actividad consisten en:

- las canteras identificadas, como ya se ha dicho, en Yecla de Yeltes (Martín Valls y Romero, 2008: 249), en el Picón de la Mora, en Castelmao, en El Moncalvo y en El Castillo de Saldeana.
- la modelación de los canchales para su transformación en santuarios.
- el empleo del granito para la construcción de elementos defensivos, viviendas, verracos o de piezas como los molinos. En el caso de San Vicente los análisis de los elementos líticos empleados en la construcción de las viviendas y la muralla concluyeron que tanto la pizarra como la arenisca son de origen local (Macarro, 2012: 42-43).

- las marcas de rebaje artificial identificadas en los canchales graníticos de Las Merchanas para realizar una posible calle, que organizara el poblado partiendo de la entrada oriental y desembocando en la puerta meridional, dejando el espacio para que pasara un carro (STRATO, 2005a:16).

Se sabe que la explotación de la piedra en el occidente meseteño durante la Edad del Hierro fue intensiva en áreas de pedregal como la Sierra pobre que cubre buena parte de la provincia abulense y el sector salmantino de Sayago-Ledesma-Vitigudino, predominando el granito, el cual es el material de construcción por excelencia (Sánchez, 2000: 211; Rodríguez, 2012). En el caso de las sierras cacereñas, la penillanura trujillana o las comarcas salmantinas de Campo de Argañán, Campo Charro y Sierra de Tamames, la piedra que domina es la pizarra (Sánchez, 2000: 211) y, por ende, es el material que ha sustituido al granito en la construcción, como atestiguan las murallas de Lerilla, Irueña o La Plaza.

El ejemplo de cantera del territorio vettón es Ulaca. Aquí se han identificado dos, en donde se diferencian las distintas fases del trabajo: bloques esbozados mediante agujeros o “cuñeras”, bloques sin cortar y otros ya terminados, pero no transportados. La del sector oeste parece relacionada con la obtención de material para la construcción de las viviendas, ya que las dimensiones de los bloques son similares a los de las viviendas; sin embargo los bloques de la cantera del sector suroeste se asemejan en dimensiones a los sillares de la muralla (Álvarez-Sanchís, 1999: 158). Utilizando estos datos de referencia, los yacimientos estudiados donde se han identificado hasta el momento marcas de extracción de granito son Yecla de Yeltes, Castelmao, El Castillo de Saldeana y El Picón de La Mora. En relación a esta explotación cercana, los cerros de la capital se caracterizan por la abundancia de cuarzo, material sobre el que se han identificado una gran cantidad de útiles líticos, como los elementos de hoz ya mencionados, no sólo en Salamanca sino en otros muchos yacimientos del estudio (Sánchez, 2002: 13).

En todos los casos, las canteras se sitúan en los berrocales que existen en las proximidades de los asentamientos debido a la abundancia de afloramientos rocosos, pero también se puede presumir que habría una movilidad en busca de materia prima que no se encontrara en las inmediaciones, como demuestra la gran cantidad de cuarzo que se puede observar en superficie en el Picón de la Mora que habría que buscarlo en las vetas de Las Canteras, situado a 2,25 Km. al S del yacimiento arqueológico (Mapa Geológico de España, Escala 1: 50000, 450) (Mateos *et al*, 2005-06: 162) o en las existentes en los alrededores de Guadramiro, a 5Km de distancia (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36). Así mismo, la presencia de los verracos de granito de Salamanca indicaría el desplazamiento de los canteros bien para la labra *in situ* o bien para la obtención de la materia prima y su posterior esculpido en el taller, ya que el sustrato geológico de la capital no es granítico. Por otra parte, los análisis petrológicos realizados a diversos verracos para la tesis de Gregorio Manglano dieron como resultado que algunos fueron realizados con granito de otro

castro, como el caso del toro de Ulaca, tallado con piedra procedente de Chamartín<sup>96</sup>. Los investigadores presumen que para el traslado del granito a media y larga distancia se emplearía carros tirados por bueyes, cuyas huellas se han identificado en varios caminos de Ulaca, El Castillejo de la Orden o en La Burra (Torrejón el Rubio, Cáceres) (Rodríguez, 2012: 118).

A continuación se va a tratar la actividad minera. En el territorio, como ya se ha analizado en el capítulo 4, sobre todo en su Occidente, se localizan gran cantidad de afloramientos de estaño y hierro que bien pudieron ser explotados por las comunidades prerromanas. Así mismo, las prospecciones realizadas en La Mesa del Carpio localizaron afloramientos de estaño en mínimas cantidades incluidos en matrices pizarrosas, por lo que pudo existir una producción *in situ*, que comenzaría con la extracción del material en bruto y terminaría con la elaboración de muchos de los útiles recuperados en este poblado (Cruz, 1997). A la misma conclusión de autoabastecimiento se ha llegado en el caso de El Cerro de San Vicente, en donde el análisis de los colores de las pinturas de la cerámica, determinó que el óxido del hierro y la caolinita empleados para obtener los pigmentos se consiguieron de las vetas que hay en el propio cerro (Macarro, 1999: 106).

Herramientas que podrían estar relacionadas con ambas actividades son las siguientes, aunque hay que advertir que no se han realizado estudios sobre las huellas de uso por lo que la asociación se ha realizado por comparación con otras piezas documentadas en otros yacimientos.

### **7. A. Cinceles**

Útiles formados por una varilla robusta de sección rectangular, por lo general más ancha que gruesa, con una cabeza también rectangular preparada para ser percutidos directamente y un filo biselado y cortante en ángulo cercano a los 45°, que es el ideal para labrar piedras duras como el granito. Son útiles multifunciones de cantería ya que se sirven para devastar una pieza, para labrar las atacaduras o entalladuras perimetrales que sirven de guía para nivelar superficies, borrar las huellas de otras herramientas, practicar ranuras, muescas,... su uso dependerá de las dimensiones del útil, estando los más pequeños destinados a trabajos finos (Rodríguez, 2012: 120). Contamos con unos cinceles fabricados en hierro procedentes de Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130) y otros de sección circular y de bronce de La Mesa del Carpio Bernardo (Piñel, 1980: 145; Martín Valls, 1997: 117). Sobre ambos materiales se recogieron en Cancho Enamorado. Piezas análogas han sido identificadas en yacimientos contemporáneos como en Otero de Sariegos (Delibes y Romero, 1992: 243-245), en La Dehesa de Ayllón, en Las Cogotas (Barrio, 1999: 191) o en El Raso (Fernández *et al.*, 1986-87: 270).

### **7. B. Escoplos (Fig. 250-2)**

Herramienta formada por una recia barra de hierro de sección cuadrada terminada en un filo recto biselado de mayor anchura que el resto de la pieza. Los escoplos se distinguen de los cinceles

---

<sup>96</sup> Información en prensa que agradecemos al Dr. Gregorio Manglano.

por la posición del filo respecto a las caras de la varilla, que en los primeros es común a los lados anchos, mientras que en los cinceles lo es en los lados estrechos (Rodríguez, 2012: 121). Su empleo es similar al de los cinceles aunque su mayor longitud permite ser usado en lugares inaccesibles para los primeros. Los ejemplares proceden de Cancho Enamorado (Maluquer, 1958a: 48) y de La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls, 1997: 117). Se han documentado escoplos similares en Numancia, en El Raso o en Imana (Barril, 1992: 9 y 23).

## **7. C. Núcleos**

Consisten en prismas de cuarzo y cuarcita, en los cuales se aprecian extracciones. No son más que materia prima a partir de la cual se elaborarían útiles líticos, tales como los elementos de hoz ya mencionados, pero funcionan en la cadena de producción como una herramienta más. Se han recuperado en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130); en Cancho Enamorado (López *et al.*, 2003e: 16), en el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 154; Láminas, Fig. 147, nº 4) y en La Mata Chica (STRATO, 2001-02: 11).

## **7. D. Percutores**

Útiles que se caracterizan por ser cantos planos y alargados, con forma ovoide y superficies naturales finamente pulidas (Macarro, 1999: 154). Las materias primas sobre las que se han identificado son el granito y la cuarcita. Su función en la talla lítica es la extracción de piezas de lascado para la fabricación de herramientas de piedra por medio de una serie de técnicas extremadamente variadas. También pudieron intervenir en la actividad minera para golpear los cinceles, como proponen otros autores en áreas mineras bien documentadas (Bosch, Estrada y No Ain Maura, 1996: 64; Villar, 2011: 5 y 6). Los yacimientos donde se han identificado son el Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 154), Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130), Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbreras), El Teso de Las Catedrales (Macarro, 1999a: 47; Alario, 1999: sector C, U. E 442, pieza nº 56) y Cabeza de Moncalvo (STRATO, 2001-02: 27). Los percutores están documentados en otros poblados como Los Cuestos de La Estación (Celis, 1993: 127-128), El Raso (Fernández, 1986a), La Mota (Seco y Treceño, 1993: 139 y 143) o los yacimientos del valle del Baixo Sabor (Sánchez, inédito).

## **7. E. Yunques**

Piedras martilleadas encontradas en El Teso del Cuerno (Forfoleda) (Martín y Jiménez, 1992: 243), que quizás se puedan identificar con yunques o bigornias. Ejemplares similares se han documentado en el valle del Baixo Sabor y se han identificado como un tipo de yunque debido a que rocas presentaban una superficie más o menos plana que era usada como superficie de trabajo; en ella se aprecian numerosas marcas de percusión, que evidencian su uso conjunto con los percutores, destacando algunas piezas con zonas rebajada a causa de la concentración de impactos sucesivos en un mismo punto (Sánchez, inédito).

## 7. F. Lascas

Estos fragmentos líticos fueron encontrados sin talla en Los Turradazos (Aldealengua) (IACyL), en Ledesma (Benet *et al.*, 1991:130), en Las Vegas (San Vicente del Río Almar) (IACyL), en Centenera (Garcihernández) (IACyL), en el Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera) (IACyL), en El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 119), Las Cabezas (IACyL), en el Cerro San Vicente (Salamanca) (Macarro, 1999: 155), La Dehesa (IACyL), en La Pinilla (Piñel, 1980: 36), en La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández) (IACyL), en El Soto (Calvarrasa de Abajo) (Piñel, 1980: 31), en Cancho Enamorado (Puente Congosto) (López, *et al.*, 2003e: 46), en La Aceña (Huertas) (IACyL), en Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez-Palencia *et al.*, 2000a: pieza 2000. 14), en El Corchal (IACyL), en El Teso de la Hojita (San Morales) (IACyL), en El Castillo de Saldañuela (STRATO, 2001-02: 9), en Los Canales (Mozodiél del Camino) (IACyL), en El Castillo de Saldeana (STRATO, 2005: 27). En su mayoría, se han interpretado como restos de talla o materia prima lista para su transformación. Ejemplares similares se han recogido en Llagú, aunque de manera aislada y puntual (Berrocal-Rangel, 2002: 210) y los yacimientos del valle del Baixo Sabor (Sánchez, inédito).

## 8. CARPINTERÍA Y EXPLOTACIÓN MADERERA

El aprovechamiento de los bosques que circundan los poblados tendría como objetivo la obtención de madera para el desarrollo de varias actividades, por un lado la construcción de las estructuras de los poblados y la elaboración de herramientas, y por otro lado la recogida de combustible leñoso para los hogares y los hornos.

Comenzando por los útiles, se ha ido viendo que las herramientas citadas hasta ahora no cuentan con un mango, sino que en la mayoría de los casos se ha perdido. Las materias primas empleadas para la elaboración de estos mangos son tres: la madera, el hueso y las astas de animal. Chapa y Mayoral aluden constantemente a que muchos útiles contarían con mangos de madera e incluso algunos estarían realizados por completo con esta materia prima (2007: 55) y Rodríguez Hernández defiende que la presencia en el territorio vettón de útiles de cantería enmangados habla indirectamente de la existencia de mazos de madera (2012: 123). Así mismo, hay una serie de objetos utilitarios que se fabricarían en madera como son los telares, diversos aperos agrícolas, ganaderos, alfareros, de cantería ... que aunque no se han documentado se conocen por otros yacimientos como los ya mencionados de la necrópolis de Palenzuela, los peines y las espadas para el hilo de Ruesga (Torres, 2005: 135; Blasco, 2008: 131 y 138) o las piezas de medición, trazo y comprobación identificados en Numancia o el Cerro de San Miguel (Llíria, Valencia), que aparte de en metal también pudieron fabricarse en madera por lo que su conservación resultaría compleja (Rodríguez, 2012: 123).



Respecto al empleo de madera para la construcción, los resultados de las excavaciones arqueológicas demuestran que para levantar las estructuras, entre otros materiales, se usó la madera para los postes de sujeción de las cubiertas, en las estacas para reforzar las paredes de adobe y en el sistema de techumbre (Delibes y Martín Valls, 1972: 19; Martín y Jiménez, 1988-89: 276; Sanz *et al*, 1991-92: 85; Tejada y Pérez, 1994: 73ss.; Fabián, 1999: 173; Benet *et al*, 1991: 117-136; Macarro, 1999: 25; Macarro y Alario, 2012: 43). Así mismo, Esparza plantea que los árboles más convenientes para este tipo de labores son el pino silvestre, el quejigo y el enebro (1999: 92); a los cuales las poblaciones tendrían un fácil acceso como demuestran los análisis mencionados sobre el entorno del *oppidum* salmantino.

Por otro lado, la explotación forestal también estaría dirigida a la recolección de leños para el mantenimiento del fuego tanto de los hogares (Martín, 1919; Maluquer, 1968; Benet *et al*, 1991: 137-163; Martín Valls, 1997; Macarro, 1999a: 42) como de los hornos (Maluquer, 1968; Macarro y Alario, 2003: 113); elementos identificados de sobra en los castros estudiados que implican, por tanto, la existencia de herramientas para la tala de troncos y ramas de los árboles del entorno de los poblados. Una madera de combustión lenta, de fuerte energía calórica y que no produce excesivo humo es la encina (Dupré, 1988: 21), la cual estaba presente en el biotopo que rodeaba a los poblados estudiados. Además, por su dureza pudo ser empleada también para la construcción de todos los elementos mencionados como ocurre en Capote (Badajoz), en donde se documentó su uso para la construcción de pies derechos y armazones de vanos de las casas (Berrocal-Rangel, 1992: 230). En el resto del territorio vettón, los escasos análisis disponibles parecen indicar que las maderas usadas para techumbres y sustento de paredes fueron: el pino, el enebro, el castaño, el roble y el fresno (Blasco, 2008: 132). Además, hay que mencionar que es posible que las murallas se rematasen con una empalizada de madera, aunque no nos ha llegado vestigios de la misma (Martín Valls, 1997; Martín *et al*, 2004) y que muchos poblados contasen con una cerca de madera en vez de una muralla, por tanto en la explotación forestal y todo lo que conlleva sería un hecho.

Entre los útiles e instrumentos recuperados, se han identificado una serie de elementos que se podrían asociar con la elaboración y el mantenimiento de aperos de madera y con la obtención de la misma para conseguir tanto combustible vegetal como material para la construcción.

## **8. A. Azuelas (Fig. 247)**

### **8. A. a. Metálicas**

Se trata de un tipo de hacha de mango corto y en ángulo agudo con respecto a la hoja, fabricada en hierro y procedente de Cancho Enamorado (Maluquer, 1958a: 48, Fig. 8: Almagro-Gorbea, 1993: 86) (Fig. 247-2). Este instrumental también se ha encontrado en Lara de Los Infantes

(Ruiz, 2001: 55) y en Las Cogotas, en Imana o en Valdenovillos (Barril, 1992: 23). Esta herramienta, según el estudio realizado sobre el utillaje de hierro, aparecido en la provincia de Soria, y su empleo, pudo intervenir en diferentes actividades como la agrícola, para el mantenimiento de los aperos de labranza, o en el trabajo de la madera, tanto para la elaboración de mobiliario como para trabajos de poda para conseguir combustible vegetal (Barril, 1992: 7 y 9; Jimeno *et al*, 1999: 108-111).

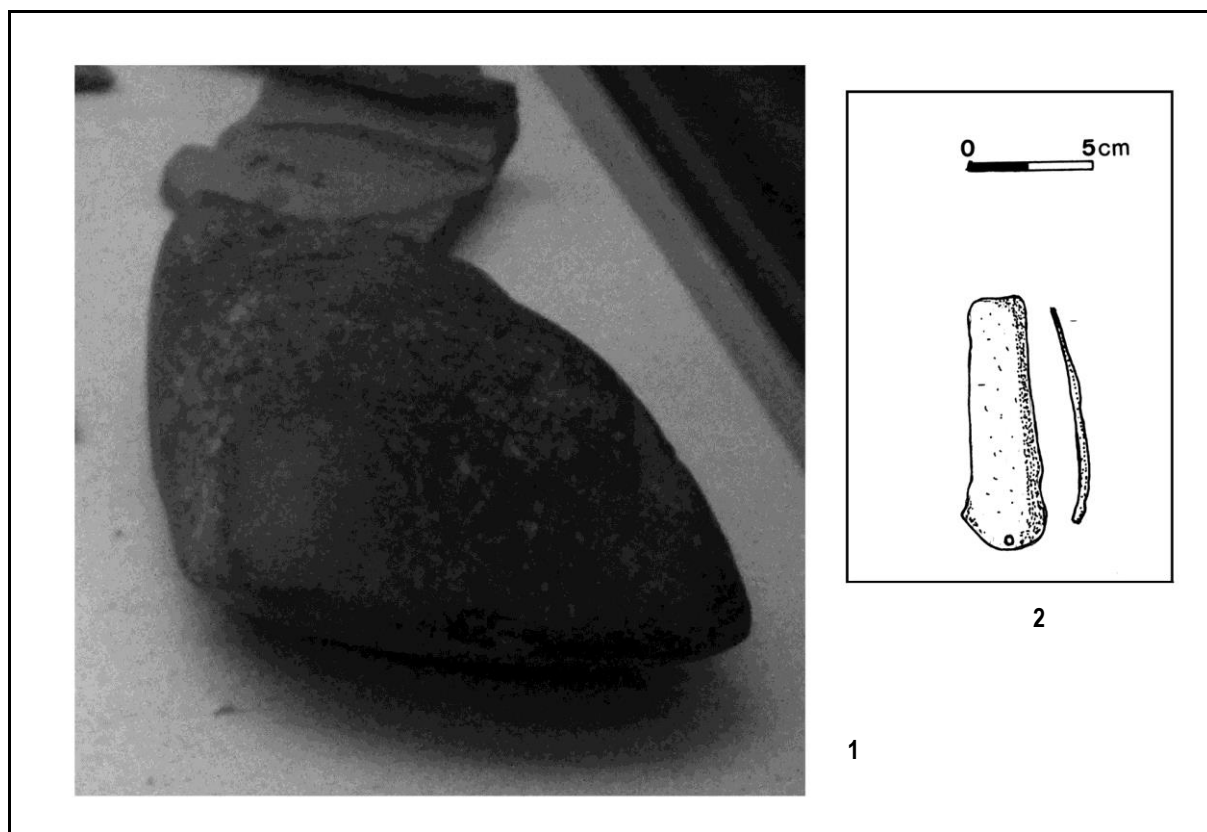


Figura 247: Azuelas. 1. Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales) (Fotografía de la autora, 2007). 2. Cancho Enamorado (Según Maluquer, 1958).

### 8. A. b. Líticas

Azuelas que serviría para la misma función fueron recogida en Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales) (Fig. 247-1) y en el Cerro San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 75), pero fabricadas sobre piedra, análogas a las recuperadas en la vivienda B-4 de El Raso (Fernández, 1986a: 232) o en el Povoado/Quinta de Crestelos (Mogadouro, Portugal) (Sánchez, inédito). No obstante, hay que matizar que estas azuelas fabricadas en piedra también pudieron ser usadas en la extracción de mineral; de hecho la hallada por Macarro estaba fabricada sobre corneana; roca granuda de grano medio o fino que se caracteriza por su gran resistencia y dureza. Esta materia prima fue empleada para la elaboración de una gran variedad de herramientas en el noreste de la península, muchas de ellas relacionadas con la fabricación de herramientas para la extracción

minera: azuelas, picos, hachas,... (Bosch, Estrada y No Ain Maura, 1996: 64; Rich y Martínez, 2008: 52; Weller y Fíguls I Alonso, 2010: 213-223).

## **8. B. Hachas (Fig. 248)**

### **8. B. a. Metálicas**

Herramientas caracterizadas por un filo metálico en su extremo distal. Dos ejemplares proceden de La Mesa de Carpio Bernardo, una es plana y de cobre y la otra tiene una sección rectangular y está fabricada en bronce (Martín Valls, 1997: 117). La tercera pieza es un hacha plana de Los Tejares (Maluquer, 1956: 115 y 117). Serviría tanto para la tala de árboles como para cortar madera, extrapolando los datos del estudio realizado sobre el uso de los utensilios de hierro en la provincia de Soria (Barril, 1992: 9; Jimeno *et al.*, 1999: 111; Blasco, 2008: 138).

### **8. B. b. Líticas**

Contamos con varios tipos:

8. B. b. 1. *Hachas pulimentadas* procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor) (Benet *et al.*, 1990) (Fig. 248-3), El Soto (Calvarrasa de Abajo) (Piñel, 1980: 31); Yecla de Yeltes (Martín, 1919: 400ss.; Pérez, 1992-93: 109); El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 119) (Fig. 248-1); Los Castillos de Gema (ARQUETIPO, 1999-2000b y c); La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández) (Piñel, 1980: 67), de Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López *et al.*, 2004a: 52), de Los Malvanes (Mogarraz) (ARQUETIPO, 1999-2000b y c); La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada) (Piñel, 1980: 36) y del Cerro San Vicente (Salamanca) (*Ibidem*: 109). La materia prima elegida es la anfíbolita, como ocurre con otros ejemplares meseteños o portugueses (Sánchez, inédito).

8. B. b. 2. *Hachas toscas y de sección cilíndrica u oval con los bordes pulidos y tallada someramente*. Se han documentado en Cancho Enamorado (Puente Congosto) (Maluquer, 1958: 58; López *et al.*, 2003e: 46), en La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada) (Piñel, 1980: 36) y en el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), sobre soportes de diorita, de gabro y de basalto (Martín Valls, 1971: 134-135) (Fig. 248-2).

8. B. b. 3. *Hachas fabricadas sobre grabo granulado de bisel simétrico doble convexo* de La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 30, Fig. 7).

La presencia de este útil en los yacimientos es amplia, abarcando toda la Edad del Hierro, aunque es más frecuente durante el Hierro I. Otros yacimientos contemporáneos donde se pueden ver estas piezas son Roa (Sacristán, 1986: 210; Lam. LXXII), La Mota (Seco y Treceño, 1995: 232), La Corona (Manganeses) (Misiego *et al.*, 2013: 329); Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 275), El Pago de Gorrita, El Castro de Sacaosjos (Romero, 1980: 151) o los yacimientos del valle del Baixo Sabor (Sánchez, inédito), siendo útiles frecuentes en la Cultura castreña o en el Norte de Portugal (Blanco, 1994: fig. 23; Almeida, 2005: 14 ss.; Álvarez *et al.*, 2006: fig. 14).

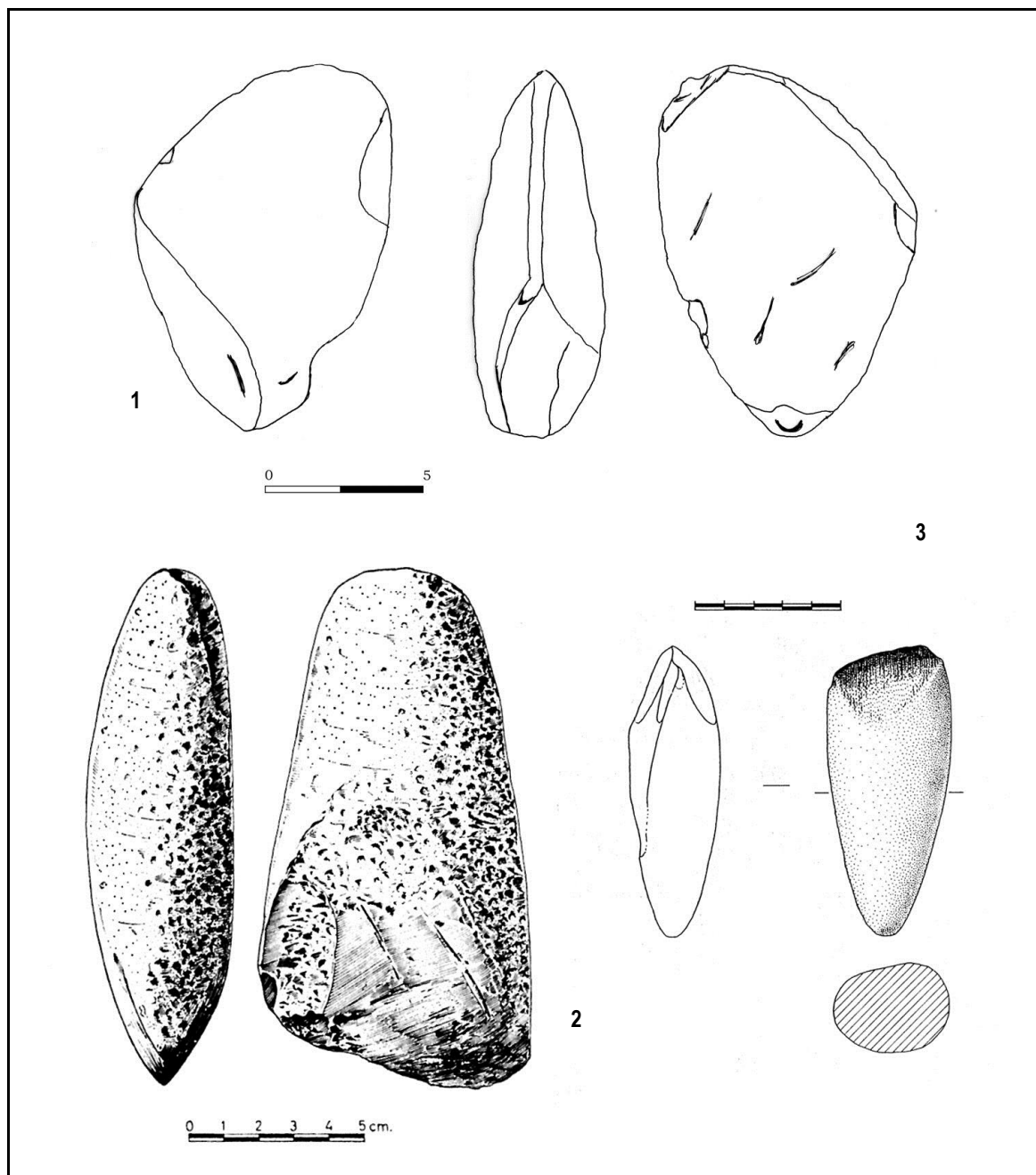


Figura 248: Hachas pulimentadas. (C. Mateos; Martín Valls, 1971 y Benet *et al.* 1991)

## 8. C. Clavos

Este elemento es básico para la construcción con tablones de madera. Adscritos al Hierro I, sólo se han identificado unas puntas de bronce con cabeza esferoidal, procedentes de Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130), sin embargo, asociados a niveles del Hierro II se han documentado los fabricados en hierro de Yecla de Yeltes (Martín Jiménez, 1919: 400ss.) y los de bronce e hierro de

Salamanca (Macarro, 1999a: 47; 79; 115; Alario, 1999: sector D.3, U. E. 218, pieza nº 137; sector G, U. E. 121, piezas nº 173 y 174). Piezas análogas han sido recuperados en Los Castellares (Lorrio *et al.*, 1999: 171); en El Cerro de Los Moros (Torralba, 1989: 56); en Villasviejas, (Hernández *et al.*, 1986-87: 420); en El Zamarril, (Martín, 1999: 143) o en El Raso (Fernández, 1986: 359).

## 8. D. Cantos tallados

Cantos unifaciales y bifaciales se han identificado en El Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 275), en El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín y Martín, 1994: 119), en el Cerro San Vicente (Macarro 1999: Láminas, Fig. 148, nº 1 y 2) y en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130), que bien podrían servir para devastar y/o cortar la madera. Todos ellos asociados a la fase Bronce Final/Hierro I.

## 9. TALABARTERÍA

El curtido de las pieles va dirigido a la obtención de cueros lisos o con pelo, los cuales se empleaba para obtener mantas de montar a caballo y diversos tipos de vestimenta. Los trabajos de talabartería incluirían el descuartizamiento de las reses, la limpieza de las pieles y finalmente la elaboración de objetos. Esta actividad está más que documentada en Numancia y en los poblados de la cultura ibérica, en donde se han identificado varios útiles destinados a curtir las pieles, como por ejemplo en la necrópolis de El Cigarralejo de donde proceden ajuares con chiflas para raspar la piel, tajaderas para cortarla, agujas para coserla, cuernecillos muy apuntados para perforarla y puntas en forma de barrena para darle forma a la piel (Jimeno *et al.*, 1999: 111; Chapa y Mayoral, 2007: 77; Blasco, 2008: 138). Como se verá, en los yacimientos estudiados no se han identificado más que unas pocas herramientas y unas plaquitas ornamentales, en comparación con otras zonas, pero creemos que son lo suficientemente significativas como para asociarlas al curtido de pieles.

En esta misma línea, no se ha producido el hallazgo de vestigios de cuero, pero al ser material perecedero es probable que no se haya conservado; tan sólo en el área ibérica se han recuperado restos de fundas y bolsas de cuero (Chapa y Mayoral, 2007: 76). Así mismo, en La Meseta se conservan piezas como los discos-corazas o las cimeras, que debieron de ir acoplados a piezas de cuero, y elementos como las glebas y las corazas que debieron ser elaborados en este mismo material, ya tanto las fuentes clásicas (Diodoro V, 33 o Estrabón III, 6) como las representaciones de las cerámicas numantinas confirman su existencia.





Figura 249: Instrumental metálico: leznas y agujas de Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales). (Fotografía de la autora, 2007)

Los útiles que se han asociado con la talabartería son:

### 9. A. Agujas (Fig. 249)

Filamentos de bronce, de sección circular, de tamaño relativamente pequeño, generalmente recto, afilado en un extremo y con el otro acabado en un ojal para insertar un hilo. Han sido identificadas en el Picón de la Mora (Martín Valls, 1986-87: 62), en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958a: 48, Fig. 8; López *et al.*, 2003e: 16), en Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales) (Fig. 249), en Los Tejares (López y Martínez, 2009: 126) y en El Teso de Las Catedrales (Alario, 1999: sector C, U. E 450, pieza nº 74). Estas piezas junto a las fusayolas y a las pesas de telar demostrarían la existencia de una industria doméstica y artesanal del tejido y del hilado. Las agujas serían utilizadas para coser el cuero, el lino, la lana, la piel o cualquier otro tipo de material de origen vegetal, aunque es probable que las agujas metálicas sean, en nuestra opinión, más aptas para el cuero por su dureza e incluso para el adorno personal. Ejemplares similares se han recogido en yacimientos peninsulares como son Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 63, Fig. 18), Olivares de Duero

(Seco, 1993: 220), Pintia (Sanz y Velasco, 2003: 84 y 288), Viladonga (Arias y Durán, 1996: 110) o Talavera La Vieja (Jiménez, 2006: 101).

### **9. B. Leznas (Fig. 249)**

Herramienta de corte, de bronce o hierro, de sección cuadrangular o romboidal que constan de punta muy fina y mango. Se utiliza para coser y agujerar el cuero o los maderos. Las hay de diferentes tamaños en función del grueso del hilo o de la anchura de la tireta a introducir. Han aparecido en diferentes fases de la ocupación del Cerro San Vicente (Martín Valls, 1997: 147; Macarro, 1999: 148; Fig. 141, nº 1-3 y 12), en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958a: 48, Fig. 8; López *et al*, 2003e: 16), en La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls, 1997: 117), en Yecla de Yeltes (Martín Jiménez, 1919: 400ss.), en Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrerales) (Fig. 249) y en El Teso de Las Catedrales (Macarro, 2004/06b: 128). Ejemplares similares han sido hallados en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 57); en Los Cuestos de la Estación (Celis, 1993: 124); en Roa (Sacristán, 1986: 323); en Numancia (Jimeno *et al.*, 1999: 111) o en La Mota (Seco y Treceño, 1993: 142).

### **9. C. Punzones (Fig. 250-4)**

Instrumentos de forma cilíndrica o prismática, con uno de sus extremos aguzados, que sirven para realizar perforaciones. Este útil sería usado tanto en el curtido de pieles como en actividades textiles (Barril, 1992: 11; Jimeno *et al.*, 1999: 108 y 111) y también pudieron intervenir en el trabajo de la madera. Fueron fabricados sobre bronce y hierro, como los documentados en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958a: 48 y 75; López *et al*, 2003e: 16) (Fig. 250-4) y en La Mesa del Carpio (Piñel, 1980: 145). En ambos poblados se han datado en el Hierro I. Piezas análogas se han recuperado en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 57) o en Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 154).

### **9. D. Cuchillos (Fig. 250-3)**

Hojas de forma rectangular con espiga fabricadas en hierro halladas en Cancho Enamorado (Fig. 250-3) y que fueron interpretadas por Maluquer como navajas de afeitar (1958: 48, Fig. 8). No obstante, algunas navajas de afeitar de Langa, La Bastida o Covalta, según Plá no serían tal, sino que servirían para limpiar y cortar la piel (Barril, 1992: 23). Teniendo en cuenta que estos objetos estaban junto a otras herramientas asociadas a la talabartería como son las leznas, es probable que intervinieran en el curtido de las pieles. Otra hoja de hierro sin una función determinada, procedente de Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130), puede corresponderse con este tipo de piezas. En ambos poblados se han datado en el Hierro I.

## **9. E. Cepillos, raederas y demás útiles rasuradores**

Hay una serie de útiles líticos identificados con la talabartería que, aunque con diferente morfología, cumplirían la misma función dentro del proceso del curtido de las pieles, como son los cepillos, las raederas y los raspadores.

Los cepillos son piezas fabricadas sobre cantos o lascas de cuarcita, con un frente tallado con retoques cubrientes, que se han recogido. Las raederas se han identificado en El Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 275) y los raspadores en El Teso del Cuerno (Martín y Jiménez, 1988-89: 275), en el Cerro San Vicente (Piñel, 1980: 109) y en Cancho Enamorado (López, 2003e: 46), sobre cuarcita y cuarzo. Así mismo, en San Vicente se han documentado de forma repetitiva unos cantos tallados en el frente a modo de cepillo o rabot, que a pesar del desfase cronocultural son habituales en el poblado y que Macarro relaciona con el trabajo de la madera o el cuero (2000: 14). Macarro plantea la hipótesis de que los cepillos servirían para curtir las pieles, al igual que las raederas de El Soto, los raspadores de Montealegre o los cantos tallados de Ledesma (1999: 155). Un estudio llevado a cabo por los alumnos de arqueología experimental del profesor Baena puso de manifiesto que durante el proceso de curtido habría sido necesario reavivar continuamente los filos de las piezas e incluso cambiarlas (Pineda y Salvador, 1999: 17), por lo que la frecuente presencia de gran cantidad de estos útiles y de núcleos en los poblados del Hierro, teniendo en cuenta que ya se usarían herramientas metálicas, puede responder a la necesidad de materia prima para llevar a cabo el trabajo de curtido. También hay que pensar que quizás estos útiles pudieron convertirse en complementarios a los metálicos, o bien que aquellas personas que no podían acceder a éstas tendrían que recurrir a las herramientas líticas o bien que quedaran relegadas para pequeñas tareas domésticas y no a escala artesanal.

## **10. ÚTILES E INSTRUMENTOS DIVERSOS**

Este apartado engloba una serie de piezas diversas que por su naturaleza pudieron intervenir en una o más de las actividades aquí propuestas.

### **10. A. Afiladeras (Fig. 250-6)**

Se trata de cantos planos y suaves, que se distinguen por el desgaste producido por su uso, al afilar otros utensilios. Las materias primas son variadas: cuarcita, pizarra o esquistos. Los yacimientos donde se han documentado son Iruña (Domingo Sánchez); Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 136) (Fig. 250-6); La Plaza (STRATO, 2001-02: 22); Yecla de Yeltes (Martín, 1919: 400ss.), Salamanca (Macarro, 1999a: 47; Alario, 1999: sector D.3, U. E 277, pieza nº 64), Ledesma (Benet *et al.*, 1991:130), Cerro San Vicente (Macarro, 1999: 153), El Castillo de Saldeana (STRATO, 2005: 36), Cancho Enamorado (Martín Valls, 1997: 110), Las Merchanas (STRATO, 2005a: 25) y La Mesa de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1972: 30). Estas herramientas son muy comunes en los yacimientos peninsulares durante toda la Edad del Hierro, pudiendo citar los poblados de San

Román de La Hornija (Delibes y Martín Valls, 1972: 16), Roa (Sacristán, 1986: 210), El Cerro del Castillo (Heredero, 1993: 294), La Mota (Seco y Treceño, 1993: 139 y 143), Los Cuestos de la Estación (Célis, 1993: 127-128), El Cerro de Los Moros, (Torralba, 1989a: 48) o La Osera (Baquedano, 1990: 281).

### **10. B. Mazas (Fig. 250-5)**

Instrumentos tallados en granito, gruesos y toscos, que cuentan con una ranura para fijar el mango. Se han identificado en Cancho Enamorado (Martín Valls, 1997: 110) (Fig. 250-5). En cuanto a su función quizá pudieron intervenir en la carpintería a modo de martillos.

### **10. C. Enmangues (Fig. 250)**

#### **10. C. a. Metálicas**

Objeto procedente del Cerro San Vicente de forma cuadrangular con un vástago laminar en un extremo y dos pivotes que emergen de una de las caras y cuya función sería insertar la pieza en alguna madera o cuero (Macarro, 1999: 148; Láminas, Fig. 141, nº 7).

#### **10. C. b. Óseas (Fig. 250-7)**

Mangos de útiles domésticos sobre hueso y sobre asta, que dejan el nudo de arranque como tope para que el útil no resbale de la mano. El tamaño de estas piezas viene determinado por el tipo de herramientas que fuera a enmangar, así los pequeños servirían para cuchillos y los grandes para otros instrumentos tales como las hoces.

Estos elementos podían estar decorados, mediante incisiones, o ser lisos. Se han documentado en el Cerro San Vicente, en El Teso de Las Catedrales (Benet *et al.*, 1991: 130; Macarro, 1999: 152; Láminas, Fig. 144), en Yecla de Yeltes y en La Cuesta de Santa Ana (Piñel, 1980: 67). Se observó en el Cerro San Vicente como los mangos relacionados con el contexto cultural del Soto se caracterizan por su sencillez y la escasa variedad tipológica, para pasar a un estadio más desarrollado y con una delicada y rica decoración en los momentos de transición hacia la fase tardía del poblado (Macarro y Alario, 2012: 75). Esto ocurre en otros yacimientos meseteños como en La Mora (Macarro, 1999: 152). Este tipo de útil son muy comunes y abundantes en otros yacimientos durante toda la Edad del Hierro como Roa (Sacristán, 1986: 210-211, Lam. LXXII); Las Cogotas (Mariné, 2005: 101); *Pintia* (Sanz y Velasco, 2003: 188); Numancia (Liesau y Blasco, 1999: 135-136); Lancia (Celis, 1999: 84); La Polera o Lara los de Infantes (Ruiz, 2001: 36; 52). El hallazgo de cuernos de ciervo y colmillos de jabalí en Yecla de Yeltes (Martín, 1919) y en El Teso de Las Catedrales (STRATO, 1995: 200), se ha interpretado aquí como materia prima sin trabajar, aunque en el segundo caso se han documentado astas pulidas, serradas o perforadas, en pleno proceso de transformación.

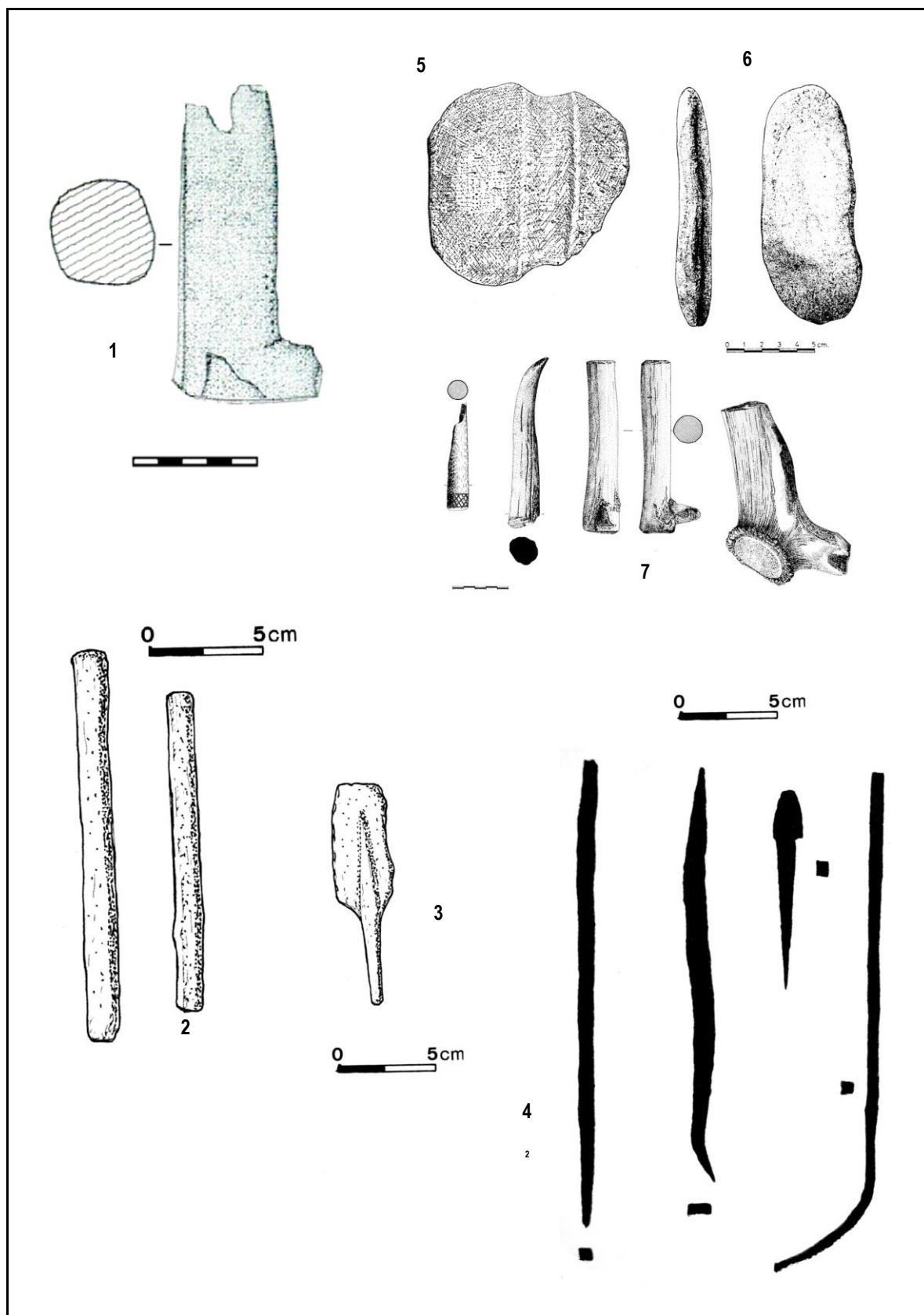


Figura 250: Útiles diversos 1. 1. Mango de hoz. Salamanca (Según González y Sarabia, 2000). 2. Escoplos, Cancho Enamorado (Según Maluquer, 1958). 3. Cuchillo y 4. Punzones. Cancho Enamorado (Según Maluquer, 1958). 5. Maza, Cancho Enamorado (Según Maluquer, 1958). 6. Afiladera, El Picón de La Mora (Según Martín Valls, 1971). 7 Mangos, Teso de Las Catedrales (Según Benet *et al.* 1991).



Este proceso se ha observado en otros yacimientos como Madridanos (Zamora), en donde aparecieron numerosos cuernos de ciervo, con marcas de preparación e incluso restos de hierro de alguna herramienta, para transformarlos en mangos (Virgilio, 1978: 158); El Soto, con piezas semi-elaboradas o poco elaboradas, que nos revelan técnicas de extracción y de trabajo (Liesau, 1988: 187); en El Castillar (Castiella, 1986-87: 247) o en Las Cogotas (Blasco, 2008: 138). A modo de curiosidad cabe mencionar que este trabajo sobre el hueso y las astas es similar al realizado por los pastores hasta hace unos años. Así las astas y el hueso se empleaba para la fabricación de mangos de cuchillos o navajas, los cuales iban decorados con grabados al igual que los mangos recogidos en los yacimientos (García, 1987; Leonardo, 2001; Blasco, 2008: 138).

## **11. ACTIVIDADES LÚDICAS, PREMONITORIAS Y SIMILARES**

Este apartado engloba dos elementos que se ponen en relación con el mundo del juego y las prácticas premonitorias.

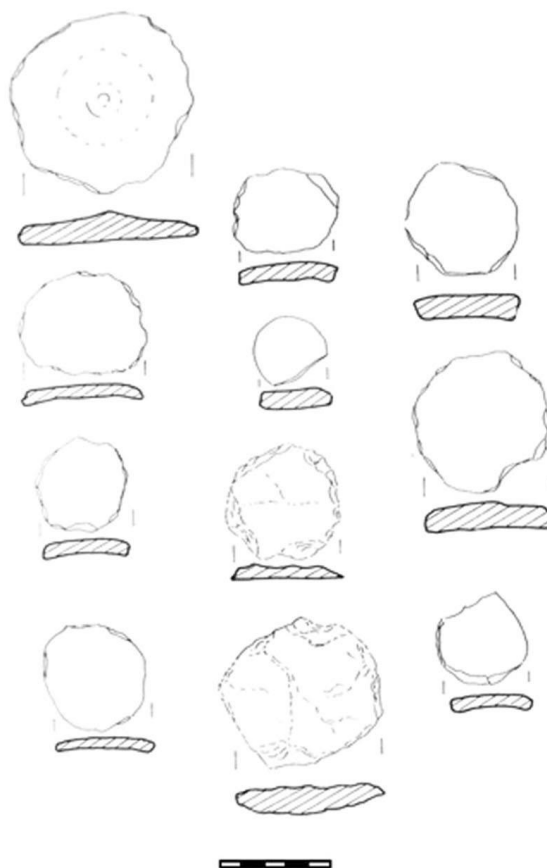
### **11. A. Canicas (Fig. 251-1)**

Bolas esféricas con y sin decoración, identificadas en el Cerro San Vicente, asociadas a la fase III de ocupación del poblado (Maluquer, 1951: 68, Macarro, 1999: 156); en Yecla de Yeltes (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes); en La Cuesta de Santa Ana (Piñel, 1980: 67); en El Teso de Las Catedrales (Macarro, 1999a: 47, 95; Alario, 1999: sector C, U. E 450, pieza nº 73; González y Sarabia, 2000: 167) (Fig. 251-1) y en el Picón de la Mora. Este tipo de piezas, tanto en cerámica como en piedra, son comunes en otros yacimientos de La Meseta como por ejemplo en Roa (Sacristán, 1986: 206), en Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 272), en La Hoya (Vegas, 1983: 411), en Las Cogotas (Mariné: 2005: 107) o en Arcóbriga (Lorrio y Sánchez, 2009: 426).

Los contextos de aparición son dos: habitacionales y funerarios. Por tanto, su función varía, así en los ajuares funerarios pudieron ser elementos votivos y/o de carácter profiláctico, el cual está atestiguado con el hallazgo de lo que parecen una especie de sonajas, pudiendo ser su función la de ahuyentar a los malos espíritus. Estas piezas cerámicas con bolas dentro han sido recuperadas en varias necrópolis vacceas como Las Ruedas o la de Eras del Bosque (Palencia) (Sanz, 1997: 335). En otras tumbas de los mismos cementerios no se han hallado estos recipientes sino que las canicas estaban sueltas, formando parte del ajuar, tal vez como elemento votivo o para que el difunto las disfrutara en el Más Allá (Sacristán, 1986: 206; Sanz y Velasco, 2003: 213) o quizá estuvieron guardadas en un contenedor de material perecedero, de piel o de madera, que no se ha conservado.



1



2

Figura 251: Bolas de piedra y fichas de cerámica y piedra (Según González y Sarabia, 2000).

Sin embargo, en los contextos de habitación estas bolas se han interpretado como juguetes, seguramente a modo de sonajeros o de canicas, ya que han sido halladas en diferentes poblados amontonadas bien dentro de una vasija como en La Hoya, bien sobre una plancha de barro como en *Pallantia*, bien con una mordida infantil (Sacristán, 1986: 206; Sanz y Velasco, 2003: 213; Sanz, 1997: 344) o bien las bolas huecas con arenillas, piedrecillas o bolitas de cerámica en su interior de La Custodia (Labeaga, 1999-2000: 122). No obstante, el carácter lúdico no excluye la función profiláctica ya mencionada si tenemos en cuenta el significado de protección que los sonajeros tenían en la tradición popular (González, 213: 22), por lo tanto aparte de juguetes bien podrían haber sido amuletos. Este uso tan personal explicaría el hecho de que algunos ejemplares estuvieran decorados, incluso es posible que los signos tuvieran alguna explicación de carácter mágico. Otras interpretaciones de estos elementos son: piezas de juego (Cuadrado, 1968: 47), de intercambio o (Sanz, 1997: 345; Labeaga, 1999-2000: 121).

Respecto a la cronología de estas bolas se puede decir, valiéndose de los datos aportados por las excavaciones que están en uso desde el siglo V a. C. al II d. C., por lo que no son una introducción romana sino que ya existían (Sanz y Velasco, 2003: 145-216), de hecho, coincidiendo con el proceso de romanización, su presencia es residual e incluso desaparecen del registro arqueológico en muchos castros como por ejemplo en el de Corporales (Sanz, 1997: 344). Además, serán los romanos quienes adopten estas bolas cerámicas como sustitutas del *glande* de plomo. Llegados a este punto se ve otro posible uso, ya mencionado, de las bolas cerámicas no decoradas, el de proyectiles (Labeaga, 1999-2000: 121). De hecho en numerosos yacimientos celtibéricos, como por ejemplo Numancia, se han documentado estos proyectiles con un peso aproximado de 30 gramos y forma similar a los *glandes* romanos (Echeverri, 2005: 101). Este empleo es lógico, de hecho los investigadores consideran que las bolas cerámicas sustituyeron a las líticas, apareciendo éstas en estratos más antiguos que las de barro. Desde un punto de vista práctico sería más fácil elaborar las de barro que encontrar proyectiles líticos adecuados en peso y forma, sobre todo en entornos donde la piedra no abunde. El material lítico identificado hasta el momento sobre el que están fabricados estos elementos son la arenisca, el granito y el cuarzo (ARQUETIPO, 1995; 1996).

La hipótesis de los investigadores, como ya ha dicho, es que las bolas líticas son más antiguas que las realizadas en cerámica, ya que en el poblado de La Hoya se han identificado en los niveles subyacentes al celtibérico las bolas líticas; mientras que las de barro nunca aparecen en momentos preceltibéricos (Vegas, 1983: 411). Este mismo esquema se ha observado en la necrópolis de Las Ruedas, en donde las bolas en piedra son escasas y cronológicamente se encuadran en los sectores iniciales, hacia el siglo IV a. C. (Sanz, 1993: 379). Así mismo, las bolas cerámicas de Las Cogotas han sido fechada entre los siglos IV-II d. C.; mientras que en la necrópolis de Miraveche (siglo IV a. C.) se han recogido bastantes bolas líticas formando parte de los ajueres funerarios (Ruiz, 2001: 71-84). En el caso del Cerro San Vicente están asociadas a la fase II de ocupación (entre el 550 y el 500 a. C.), mientras que las de barro cocido se adscriben a la fase III (entre el 500 y el 450 a.

C.) (Macarro, 1999: 156). Por tanto, sí parece que las líticas tienen una cierta antigüedad respecto a las cerámicas, y sí que pudieron ser proyectiles de honda, como sugiere el hallazgo de varias de estas bolas en el foso prerromano de la ciudad salmantina apoya la hipótesis de que podrían haber sido empleadas como proyectiles de honda. Las bolas pulidas aquí recuperadas eran de diferentes pesos, oscilando entre unos pocos gramos y el kilo y medio. La hipótesis es que las más grandes y pesadas podrían pertenecer bien a proyectiles de artillería del ejército romano, bien a la famosa incursión de Aníbal (González, 2000: 168), mientras que las de menor tamaño se podrían interpretar como proyectiles de hondas. De hecho se puede citar el caso de la tumba nº 9 de Padilla cuyo ajuar se corresponde con la panoplia de un guerrero, incluyendo unas bolas que mostraban las mismas marcas de combustión que las armas (Sanz, 1997: 344) o la sepultura 119 de la zona VI de La Osera (Cabré *et al.*, 1950). Por tanto, si las bolas líticas sirvieron como proyectiles, sería normal que se añadieran en el ajuar funerario al igual que otras armas o aparezcan en niveles de hábitat. El arma empleada para lanzar estos proyectiles es la honda, pero al fabricarse con material perecedero, el cuero, no ha llegado hasta nuestros días. Sin embargo Estrabón comenta el uso de la honda entre los celtíberos, entre los cuales los autores clásicos incluyen muchas veces a vettones y vacceos, por lo que su presencia se da por sentada.

## 11. B. Fichas (Fig. 251-2)

Piezas subcirculares y circulares confeccionadas a mano, a partir de galbos cerámicos, con los contornos redondeados por pulimento. Se han identificado en Ledesma (EXCAR S. C. L. 1989/1990), en el Cerro San Vicente (Maluquer, 1951: 68; Macarro, 1999: 159), en Cancho Enamorado (López *et al.*, 2003b) y en El Teso de Las Catedrales (EXCAR, 1989; Macarro, 1999a: 100; González, 2000: 129). También se fabricaron sobre pizarra, arenisca y cuarzo, como las recuperadas en Salamanca (Maluquer, 1951: 68; Macarro, 1999a: 231; STRATO, 1995a: 79) o en Yecla de Yeltes (Gómez-Moreno, 1967: 13) (Fig. 213-2). Otros ejemplares de estas fichas se han documentado en Las Cogotas (Mariné, 2005: 107), en Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 272) o en los yacimientos del valle del Baixo Sabor<sup>97</sup>.

No tienen una finalidad conocida clara, aunque la más aceptada es que fueran fichas de juego. De hecho para apoyar esta hipótesis, en el Teso de Las Catedrales apareció un tablero de juego cuyo soporte era una *tégula* romana, fechado en el siglo I d. C. (Macarro, 2004/06b: 15). Este hallazgo se puede paralelizar con varios tableros completos y otros fragmentados, tallados en pizarra, marcados con una cuadrícula incisa con sus correspondientes fichas, procedentes del castro de Viladonga (Arias y Durán, 1996: 122-123). Igualmente, esta misma utilidad se baraja para unas lajas con reticulados y unos cantos rodados documentados en el santuario de Gastiburu (Valdés, 2009: 169) y para una laja con una retícula de La Hoya, en un contexto de habitación del período celtibérico (2002:

<sup>97</sup> Agradecemos esta información a José Carlos Sastre, coordinador del equipo de la Edad del Hierro en el proyecto de Aproveitamento Hidroeléctrico do Baixo Sabor/Plano de Salvaguarda do Património.

191). Arias y Durán mantienen que este tipo de juego no lo introducirán los romanos, sino que ya existiría en el mundo galaico antes de su llegada (1996: 122-123) y de hecho en *Pintia*, se han recogido fichas tanto en contextos prerromanos como romanos (Sanz y Velasco, 2003: 86); por lo que un uso continuado en el tiempo facilitaría que no nos hayan llegado más que los de época romana. Relacionado con este aspecto, se podría barajar otra hipótesis mencionada por Sanz y Velasco: fichas de apuestas. Esto es que servirían como elementos de cambio con un determinado valor según su tamaño, lo que explicaría que se encontraran fraccionadas a la mitad las de mayores dimensiones (2003: 86). A nuestro parecer, es factible juntar ambas hipótesis en una sola. Es decir, el tamaño de las piezas, que se ha visto en las fotografías tanto salmantinas, gallegas, abulenses,..., varía y nunca es uniforme, por lo que podrían pertenecer a un juego de azar como hoy en día tenemos la ruleta de los casinos. No obstante, habría que realizar un estudio muy a fondo sobre todas las piezas encontradas y sus contextos en todo el territorio peninsular para asegurar la última de las dos hipótesis mencionadas, ya que la primera con los tableros aparecidos parece quedar confirmada.

## 12. ORFEBRERÍA Y METALISTERÍA DE ADORNO Y PRESTIGIO

Estos oficios se ha reconocido por la presencia de una serie de piezas tales como las fibulas, los torques, los colgantes,... pero al no haberse podido realizar análisis de ningún tipo no se puede asegurar que las piezas hayan sido elaboradas en los poblados estudiados o por el contrario se traten de importaciones. Es de suponer que algunas de ellas serían importadas, pero que otras, sobre todo las fibulas, por ser objetos de uso cotidiano, fueran realizadas por artesanos en los poblados. Poco más se puede aventurar sobre esta actividad a falta de más datos, pero la existencia de estos artesanos en las sociedades prerromanas ha sido demostrada, no sólo en la Península sino a nivel europeo. Así, es de sobra conocida la orfebrería castreña y en algunos de sus castros se han podido identificar algunas fases de este proceso, como en Viladonga. Aquí se han recogido muestras de la fundición de las pepitas o del polvo de oro, la posterior elaboración de unas planchas y, a partir de estas, unas láminas o hilos a partir de los cuales se comenzaba la realización de la joya. En relación a este proceso, el mundo ibérico ha deparado un pequeño troquel para láminas de oro procedente de Peña Negra de Crevillente (Alicante) (De la Bandera, 1986: 517) y provenientes del mundo celtibérico contamos con unos pequeños yunques, conocidos comúnmente como “tas” y asociados a la orfebrería y a la hojalatería (Berzosa del Campo: 2005: 324). No obstante, los mejores vestigios que nos ha llegado de esta actividad son sus resultados, numerosas piezas que son verdaderas obras de arte como las de la metalistería celtibérica (Jiménez et al., 2005: 64), la ibérica (Maluquer, 1970: 105) o vaccea, como muestran los tesoros de Arrabalde, Padilla o Palencia (Martín Valls y Delibes, 1982: 155; Esparza, 1988-89: 512). Fuera del ámbito peninsular se puede mencionar la orfebrería celta, con los torques, broches, brazaletes... encontrados en Irlanda, Inglaterra o centro Europa (Cunliffe, 1997: 33, 113).



Esta metalistería aporta información no sólo sobre las técnicas empleadas para su elaboración (chapado, fundido, soldadura,...) y decoración (repujado, grabado, filigrana,...); sino también sobre el gusto de los pobladores prerromanos y además nos adentra en el mundo de la simbología, ya que pudieron cumplir distintas funciones, no excluyentes, como son: distintivo de riqueza/rango social y amuletos protectores (De la Bandera, 1986: 515).

A continuación se irán analizando cada grupo de piezas.

## **12. A. Alfileres**

Alfiler de bronce con vástago de sección cuadrada y cabeza pseudoesférica recuperado en el Cerro San Vicente en su fase del Hierro I (Macarro, 1999: 148; Láminas, Fig. 141, nº 9).

## **12. B. Colgantes (Fig. 252-3)**

Un fragmento de varilla con un morcillón, ambos fabricados sobre bronce, fue hallado por Morán en El Berrueco, aunque no fue identificado como tal (Maluquer, 1958: 76). Contamos con numerosos ejemplares análogos como por ejemplo los procedentes de Sanchorreja (Ibídem), El Raso (Fernández *et al*, 1986-87: 266), Las Paredejas, de Solosacho, Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1999: 73 y 75), Solarana (González Salas, 1955: 73), la necrópolis de La Polera (Ruiz, 2001: 37), del depósito de San Esteban del Sil (Cuevillas, 1955: 233) o Caparra (Maluquer, 1958: 76). Maluquer señala que este tipo de adorno es propio del Bronce Final y de la I Edad del Hierro, fechas confirmadas a través de los numerosos hallazgos (Ruiz, 2001), y aunque su área de expansión es amplia, destaca el territorio comprendido en la mitad occidental de La Meseta (Maluquer, 1958a: 75).

## **12. C. Brazaletes**

### **12. C. a. Brazaletes simples (Fig. 252-2)**

Piezas de bronce ovaladas y de sección elíptica, que fueron halladas en Cancho Enamorado. Contamos con ejemplares lisos y otros decorados, mediante incisiones geométricas (Maluquer, 1958a: 48). Estos objetos bien podrían fecharse en torno al siglo VIII-VII a. C., en la transición entre el Bronce Final y el Hierro I, de acuerdo a la cronología dada por otros ejemplares análogos como por ejemplo dos brazaletes de Astorga, que fueron datados entorno al siglo VIII (Fernández, 1981: 183), los de La Montalbana del siglo VII a. C. (González, 1975: 121-122), los aparecidos en los depósitos alemanes de Manfeld y Stockdorf, cuyas fechas oscilan entre el siglo IX y VIII a. C (Muller, 1959: 167-168) y, por último, los ejemplares de la necrópolis de Molá, cuya cronología fue matizada por Almagro Gorbea en torno al siglo VIII a. C. (1977b: 123).

### **12. C. b. Brazaletes acorazonados (Fig. 252-1)**

Pulseras abiertas con tallos de sección cilíndrica y depresión parabólica, cuyos extremos están rematados con unos pequeños botones. Tan sólo contamos con los procedentes de Cancho Enamorado, que Maluquer fechó hacia el siglo VI a. C. (1958: 92). Este tipo de piezas, bien en oro,

plata o bronce, parecen ser habituales en los horizontes orientalizantes del Mediodía peninsular tanto en poblados como en necrópolis. La tipología de estos brazaletes es muy variada y a parte de los ya citados, se han documentado también con la sección circular o en forma de cinta. Así mismo, los remates pueden ser bitroncocónicos, esféricos o, en el caso de los brazaletes de cinta, son sustituidos por unos remates circulares de sección plano-convexa, que pueden ir decoradas mediante incisiones. También han aparecido brazaletes con remates en forma de palmeta fenicia como los de la necrópolis de la desembocadura del Aljucén en Badajoz (Jiménez, 2002: 322). Los más antiguos se han datado en el siglo VII a. C., en la necrópolis de Setefilla y su ausencia en Cancho Roano hace pensar a Jiménez que la fecha terminal de uso es antes del siglo V a. C. Piezas análogas las encontramos en Talavera La Vieja, en Villaricos, en Aljucén (Jiménez, 2006: 95-98), en Sanchorreja (Maluquer, 1958b: 74) o en Lara de los Infantes (Ruiz, 2001: 59), adscritos a la I Edad del Hierro, fecha que coincide con la cronología propuesta para nuestra pieza. El hecho de encontrar brazaletes ovales con las mismas características que los acorazonados en Cruz del Negro, hizo pensar que su apertura sería simbólica y estaría relacionada con la extinción de algún tipo de relación o por la muerte del individuo, pero su hallazgo en zonas de hábitat sugería que la ruptura de relaciones podía ser ocasionada por otros motivos (matrimonio o esclavitud). No obstante, Jiménez Dávila aboga por un uso cotidiano de estos brazaletes, diferenciándose de los objetos de lujo que sólo se lucirían en ocasiones especiales (2006: 95-98).

## 12. D. Anillos (213-6)

Una sola sortija, de cobre, constituida por un aro que se ensancha para formar un chatón ovoide, sobre el que aparece grabado un caballo con las manos levantadas y los cuartos traseros en actitud de saltar hacia la derecha. Esta figura está representada de forma muy estilizada y el fondo del surco que la conforma parece que pudo albergar otro metal (Maluquer, 1958: 109). La representación se asemeja a los équidos que encontramos en las monedas del otro lado de los Pirineos. Su estilo es “latiniense”, diferenciándose así de los anillos de procedencia meridional o levantina (Almagro-Gorbea, Cano y Ortega, 1999) Como ya se ha mencionado, esta pieza se podría encuadra en la corriente estilística afín a los influjos artísticos de La Tène, diferenciada por Almagro-Gorbea (2001a: 165), por la tendencia hacia las líneas curvas del caballo representado y por el propio motivo elegido, ya que los temas ecuestres serán un tema característico de esta tradición. Fue recuperado en El Tejado, cerca del yacimiento de Los Tejares, y Maluquer lo data hacia mediado del siglo II o inicios del I a. C., por lo que perfectamente podría pertenecer a este yacimiento (Ibídem: 111). La representación de équidos en el ornato personal era muy frecuente en el centro-norte de La Meseta. La mayoría de estos encargos han sido adjudicados al grupo rector de la sociedad, los *équites*, como manifestación de su *status* social (Blanco, 2003: 88).



Figura 252: Objetos de uso personal. 1. Brazaletes acorazonados. 2. Brazaletes simples. (A partir de Maluquer, 1958). 3. Colgante amorcillado (Según Maluquer, 1958). 4. Aplique de bronce con cabeza de la diosa Hator (A partir de López y Martínez, 2009). 5. Torques (A partir de Maluquer, 1958). 6. Anillo (Según Blázquez, 1959)

## 12. E. Torques (252-5)

Contamos con un torque de bronce cuyo tallo es de sección circular y de extremos retorcidos, decreciendo del centro a los extremos. Fue encontrada en El Berrueco y Maluquer, le otorga una la cronología análoga a las encontradas en Lara de Los Infantes, adscrito al Hierro I (Maluquer, 1958a: 93; Ruiz, 2001: 59).

En este apartado se incluye una pieza hueca con forma de cabeza de carnero elaborada en bronce que también procede de El Berrueco. Según Maluquer, se correspondería con un remate de un torques, conservando los dos agujeros por los que pasador la sujetaría al extrema de un aro, disimulando la unión varias molduras circulares. La cabeza se caracteriza por su gran expresividad y una sensación de realismo, aunque los detalles sean inexactos, por una decoración de circulitos que la recorre y por unas orejas, tubulares que descansan sobre los cuernos retorcidos (1958: 107). Este aplique también pudo formar parte de un brazalete o una pulsera, ya que Delibes apunta que estas joyas tenían en común que sus extremos eran ornamentados con cabezas de animales (2001: 151). Este tipo de representación animal se corresponde con otras representaciones célticas, como los verracos, las cabezas cortadas o con una tésera celtibérica en forma de cabeza de carnero (Mariné, 2001: 434). Los torques estuvieron muy extendidos por la Meseta y el Noroeste peninsular con penetraciones hacia el Levante y el valle del Guadalquivir (Delibes, 2001: 149), habiendo sido descubiertos en otros yacimientos como por ejemplo en Las Cogotas (Cabré, 1930: 91 y 1932: Lam. LXXXIII) y en el poblado del Collado (Barco de Ávila) (Fabián, 1986-87: 285), con ejemplares similares al nuestro, o en los tesoros de Arrabalde y Padilla del Duero (Delibes, 2001: 153). Delibes los considera como el “más común denominador de la joyería prerromana peninsular”, en uso desde el Bronce Final y que contrasta con los adornos articulados para el cuello del mundo fenicio. Estos elementos tienen connotaciones guerreras como se conoce a través de los textos clásicos en los que se menciona como los guerreros celtas los llevaban en las batallas, pero también religiosas como demuestra su asociación a imágenes religiosas como en el caldero de Gundestrup o en las imágenes francesas de Entremont (2001: 149).

## 12. F. Falera (252-4)

Esta pieza, encontrada en Los Malvanes (Mogarráz), consiste en una placa de bronce con una cara que ha sido interpretada como *falera* por los investigadores. Piezas similares han aparecido en Peñahitero y en la Piñuela, aunque se ha identificado con un elemento militar romano y no con un objeto indígena como en nuestro caso (ARQUETIPO, 1999-2000c; Redero, 2008: 30). Otra posible *falera* ha sido recuperada en la necrópolis de Los Tejares (El Tejado de Béjar), formando parte del ajuar funerario de la estructura 442. Consiste en un aplique de bronce que representa una cabeza femenina (Fig. 252-4). Los investigadores la han asociado con la diosa Hator (López y Martínez, 2009: 126).

## 12. G. Fíbulas (253)

Se han identificado diferentes modelos en toda la Península, cuyas modificaciones se observan en la estructura de la fíbula en el puente, en los resortes y en el pie (Argente, 1994: 51). Estas diferencias han motivado la realización de diversas clasificaciones, como la de Ortego y Frías (1962), la de Schüle (1969), la de Rosario Navarro (1970), la de Cabré-Morán (1977) la de José Luis Argente (1994), Erice Lacabe (1995) o Meriné Isidro (2001a).

La función de estos objetos es triple, por una parte sirve para sujetar las prendas de vestir, dependiendo el tamaño y la robustez de la fíbula del tipo de tejido empleado, ya que no pesa lo mismo una capa de lana que una de lino, por ejemplo. Por otra parte, la complejidad de algunas de estas fíbulas en cuanto a la decoración y el trabajo invertido para realizar algunas de ellas, indican claramente una función ornamental de la fíbula y distintiva del rango social del individuo que la llevara. De hecho, aunque entre nuestros ejemplares no se haya encontrado ninguna de plata u oro, su presencia en el tesoro de Arrabalde o de Padilla del Duero, indican que las elaboradas en metales preciosos serían un elemento no sólo ornamental sino también distintivo de una clase social pudiente del poblado. Por último, bien pudieron servir para sujetar amuletos o como amuletos en sí mismas (De la Bandera, 1986: 515).

### 12. G. a. Fíbulas de codo (Fig. 253-1)

Este modelo se realiza con un solo alambre y se caracteriza porque su puente tiene la forma en ángulo o en codo. La tipología de estas fíbulas se basa tanto en los diferentes perfiles que presenta el codo como en las características del puente, ya que puede ser liso o estar decorado mediante diversas técnicas. Independientemente de estas diferencias, presentan un resorte de muelle, situado en uno de los dos lados de la cabecera del puente, con una o dos espirales. Se tienen diversos ejemplares procedentes todos de Cancho Enamorado, a excepción de uno recogido en Vitigudino. Hay diversos prototipos que se han agrupado en:

12. G. a. 1. *Fíbulas de codo* del tipo 2A de la clasificación de Argente (1994: 46), o de puente con decoración gallonado o “tipo Huelva” (Maluquer, 1958: 87, Fig. 23) (Fig. 253-1). Se definen por presentar en los brazos decoraciones con gallones en el centro de las dos ramas, en que se divide el arco. El codo es muy cerrado y la aguja descansa en una mortaja no muy grande, pero alargada. El resorte es de muelle y consta de una sola espiral. Se corresponde con modelos chipriotas. Ejemplares similares han sido hallados desde la zona de Huelva hacia la Meseta, siguiendo el mismo camino de penetración que la fíbula de doble resorte. Otras zonas, donde ha aparecido este mismo modelo de fíbula, son Burgos, Palencia (Argente, 1994: 48), Ávila (Maluquer, 1958b: 65), Cáceres (Jiménez, 2006: 34, Fig. 9) o Valladolid (Delibes, 1978: 236, Fig. 7, nº 36).

12. G. a. 2. *Fíbulas de codo* del tipo 2D de la clasificación de Argente o tipo de Meseta Castellana (Fig. 253-2) (1994: 46). Estas fíbulas son una producción indígena, elaboradas con un solo alambre, casi siempre de sección circular y sin ensanchamiento apreciables. Su codo se forma en el



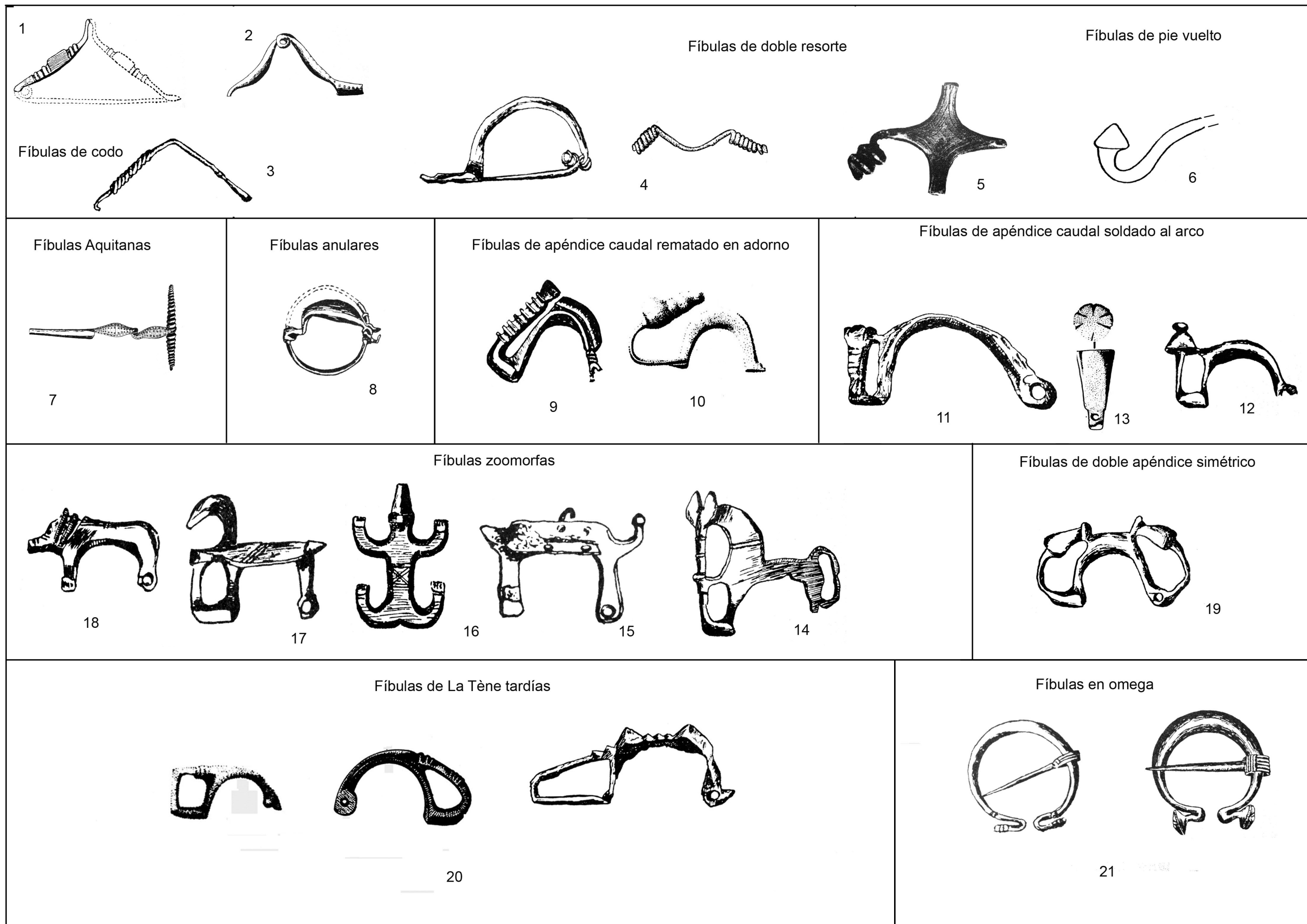


Figura 253: Fíbulas de la Edad del Hierro (C. Mateos).

centro de su longitud y su resorte suele ser unilateral, en los ejemplares más sencillos, aunque lo más común es que se convierta en bilaterales. Se han identificado dos ejemplares de este modelo. La que procede de Cancho Enamorado tiene un codo muy notorio, en ángulo, y en una de sus ramas una decoración que consiste en un alambre enrollado (Morán, 1946: 90, Fig. 53, nº 1) (Fig. 253-3). El ejemplar recuperado en Vitigudino consta de un codo muy notorio, con un puente de alambre, pie largo y en forma recta y un resorte bilateral; este subtipo entroncaría con una fíbula de Sanchorreja (Argente, 1994: 49). Ejemplares análogos se han documentado en las necrópolis de Almuez, Carratiermes (*Ibidem*: 168, 292) o Alcolea de Las Peñas (*Ibidem*, 1994: 371, Fig. 66, nº 609).

Se han situado entre finales del siglo IX y segunda mitad del siglo VIII a. C. (Berrocal- Rangel, 1993; Argente, 1994: 49; 50).

## **12. G. b. Fíbulas de doble resorte (Fig. 253-4)**

Se caracteriza por estar fabricada por un solo alambre, a partir de su desarrollo. Uno de sus extremos conforma la aguja, larga y curvada, y el otro termina en el pie, con una pestaña. Entre ambos, el alambre forma dos resortes de muelles paralelos, realizados en el mismo sentido, pero con direcciones opuestas, unidos por un puente. Se han recuperado en el Cerro San Vicente (Maluquer, 1951: 71, Fig. 9; Martín Valls, 1986-87: 62; Macarro, 1999: 145), en Cancho Enamorado (Maluquer, 1958: 87), en Ledesma (Benet *et al.*, 1991: 130), en Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrerales) y en el Picón de la Mora (Martín Valls, 1986-87: 62). En todos los casos se ha identificado algunas fíbulas de puente filiforme, que se caracteriza por tener el puente y los resortes de sección circular y el pie recto y corto. Este tipo se corresponde con el 3A de la clasificación de Argente (1994: 52). Otros yacimientos como Sanchorreja (González y Domínguez, 1995: 193), Las Cogotas; Roa (Sacristán, 1986: 67 y 70) o Lara de Los Infantes también cuentan con fíbulas de este tipo, aunque en general escasean en La Meseta (Argente, 1994: 55; Ruiz, 2001: 57).

Respecto al origen de este tipo de fíbulas, hay dos hipótesis compatibles: una fue defendida por Cuadrado Díaz (1963), Iniesta (1983) o Sundwall (1943), en la se aboga por una procedencia italiana, que llegarían al Sureste peninsular por el comercio fenicio y de ahí se extenderían por el Sur de Francia y por ende a la zona catalana, desde donde a través del Ebro llegaría la Meseta. La segunda teoría se basa en los hallazgos del área Andaluza, de las colonias fenicias y del Sur de Portugal, de donde proceden los tipos más antiguos, datados en el siglo VIII-VII a. C. y que son del mismo prototipo que los que se han hallado en el territorio salmantino y abulense penetrando por la Ruta de la Plata, desde el área andaluza, rarificándose a medida que avanzan hacia el Norte Martín Valls, 1997: 148; o Jiménez Ávila, 2002: 313). Otros investigadores abogan por una penetración Oeste-Este de los objetos orientalizantes, desde los enclaves fenicios portugueses por las cuencas del Sado-Guadiana, Tajo y Mondego (Arruda, 2000; Pellicer, 2000: 116-117).

Sea como fuere, la llegada al territorio Charro seguiría probablemente los pasos de montaña de la zona de Béjar, por los cuales se ha localizado diferentes vías de comunicación naturales,

paralelas a la Vía de la Plata y a la Real Cañada de La Vizana (Gil, 2006: 16ss.), como ya se ha expuesto en el capítulo 4. De hecho, relacionado con estas rutas contamos con el yacimiento del Berrueco, en donde se han producido la mayoría de los hallazgos de piezas orientalizantes, situado justo en dicha ruta de comunicación. Por otra parte, este modelo de fíbula al llegar a la Meseta desarrollaría diversos tipos, estando vigentes durante un período cronológico amplio. Es decir, serían producciones realizadas en centros indígenas para la sociedad de los mismos, de ahí los diferentes tipos identificados (Jiménez Ávila, 2002: 312).

Una de estas variaciones es la fíbula de doble resorte con el puente en cruz con o sin pie levantado, que se corresponde con el tipo 3D de la clasificación de Argente. Según este investigador correspondería a la última evolución del modelo de doble resorte y se caracteriza por presentar un puente en forma de cruz y, en muchos casos, por un pie levantado y rematado en forma de botón. Los resortes se mantienen robustos y con sección triangular, lo que se ha relacionado con el empleo en prendas gruesas (Argente, 1994: 52-55-57). En Cancho Enamorado fueron halladas dos fíbulas de este tipo, presentando una de ellas una decoración incisa en la cruz (Maluquer, 1958: 88) (Fig. 253-5). Cabré y Morán (1977: 118), por el contrario, Argente (1994: 58) los retrasa a los siglos V-IV a. C.

Ejemplares análogos fueron encontrados en las necrópolis de Alpanseque y Ucero, en el yacimiento de Escobosa (Argente, 1994: 189, Fig. 20, nº 73; 333, Fig. 56, nº 503 y 504; 212, Fig. 26, nº 119); en las necrópolis de Alcolea de las Peñas y de Carabias (*Ibidem*, 1994: 375, Fig. 68, nº 617 y 618; 403, Fig. 76, nº 689 y 690). Otros ejemplares proceden de la necrópolis de Miraveche (Ruiz, 2001: 83) o de *Pintia*, con la misma decoración que nuestra fíbula (Museo Provincial de Valladolid).

#### **12. G. c. Fíbulas de pie vuelto (Fig. 253-6)**

Este modelo presenta una prolongación hacia arriba en el extremo del pie, rematada con un botón terminal plano, cónico o circular. Los ejemplares recogidos proceden de Yecla (Maluquer 1956a: 122), el Picón de la Mora (Martín Valls, 1986-87: 64, Fig. 2), San Vicente (Macarro, 1999: 146, Fig. 141, nº 14; Macarro, 2000: 13) y Las Merchanas (Maluquer, 1968: 114, Fig. 5). Cronológicamente se encuadran entre el siglo VII/VI y V a. C. y se corresponden con el tipo 7A de la clasificación de Argente (1990: 255-256). Piezas análogas han sido documentadas en la necrópolis del Hierro I de Pinilla Trasmonte (Ruiz, 2001: 108). Jiménez Ávila sitúa el origen de estas fíbulas a principios del siglo VII y su desaparición en un momento avanzado del Hierro II, como podría indicar un ejemplar encontrado en El Cerro Naranja con una cronología que oscila entre los siglos IV y III a. C. (2002: 313).

#### **12. G. d. Fíbulas Aquitanas (Fig. 253-7)**

Se caracterizan porque las dos ramas del puente se estrechan en sus extremos, consiguiendo un ensanchamiento en el centro, pudiendo localizarse aquí la decoración; así mismo su perfil es ovalado y plano. Su resorte se encuentra constituido por una sola espiral. Dos de los ejemplares se ajustan a la descripción hecha, habiéndose formado su codo, dando una vuelta

completa sobre un eje, que se eliminaría posteriormente. Poseen un largo pie desarrollado y su decoración es a base de circulitos estampados con un punto central (Maluquer, 1958: 89; Morán, 1946: 90, Fig. 53, nº 3). El tercero es un modelo más sencillo, ya que carece de pie largo desarrollado y sus ramas no presentan un ensanchamiento tan marcado en el centro; así mismo la sección de ambas ramas tiende a ser circular y menos plano que las fíbulas anteriores, a nuestro parecer. Su decoración consiste en circulitos estampados con un punto central (Morán, 1946: 90, Fig. 53, nº 2). Broches similares se han recogido en otras provincias como Soria y Guadalajara, en donde las dos antenas sustituyen al botón (Argente, 1994: 48), en Talavera La Vieja (Jiménez, 2006: 34, Fig. 9).

## **12. G. e. Fíbulas Anulares (Fig. 253-8)**

Se caracterizan por una estructura de anillo, más o menos circular, al que se le unen en ambos extremos la cabeza y el pie del arco o puente. Este modelo de fíbula se dispersa prácticamente en la Península y se adscribe a la II Edad del Hierro. Se caracteriza por la incorporación del aro, en el que se sujetan la cabecera y el pie del puente (Argente, 1990: 257; 1994: 70). Tiene una gran variedad de modelos según la decoración, los resortes, forma de los puentes... los identificados en nuestro territorio son:

12. G. e. 1. *Fíbulas anulares del tipo 6C* de la clasificación de Argente, encontradas en El Berrueco (López, 2004: 365). Su cronología va desde el siglo IV hasta el II a. C. Este prototipo se ejecuta con partes que se funden en molde y partes que se elaboran a mano, así el puente es una pieza fundida que cuenta con perforaciones en la cabecera y en el pie para permitir el paso del alambre, que forma el aro. Este último se puede fabricar por fundición o no, pero se coloca a mano. Por último, la aguja-resorte se realiza y se coloca independientemente, ajustándose al aro con el paso de aquel (Argente, 1994: 68, 76) (Fig. 253-8).

12. G. e. 2. *Fíbulas anulares del tipo 6B* de la clasificación de Argente. Procedente de Las Merchanas (STRATO, 2005a: 66). La cabecera del anillo, se une al aro, donde se enrolla la aguja que en este caso va independiente, y el puente. Se detecta la espiral enrollada en el aro, elemento que sujetaría el arco del puente a su base a la vez que ornamentaría la pieza. La aguja es independiente, como cada una de las piezas de la fíbula siendo del tipo aguja libre, y consta de un muelle que, enroscado por debajo del puente y por encima de la aguja, impide un levantamiento de la misma. Su cronología oscilaría entre el V y el IV a. C. (Argente, 1994: 67).

Otras dos fíbulas de cobre del tipo anular fueron descubiertas en Yecla de Yeltes (Maluquer 1956: 122) y en Las Fraguas (Morán, 1919: 94). Este tipo de fíbula está presente en otros yacimientos como, por ejemplo, La Atalaya, La Torraza (Royo, 1990: 133), La Osera (Baquedano, 1990: 281), Numancia (Flores *et al.*, 1999: 387), El Raso (Fernández, 1986: 874-875), el Castillejo de Alcántara (Jiménez y Ortega, 2004: 133, Fig. 37); La Dehesa de Ayllón (Barrio, 2006: 83), La Mercadera, La Olmeda (Argente, 1994: 73) o Las Cogotas, (Álvarez-Sanchís, 1999: 199). Su origen no está claro y hay diversas teorías. Cuadrado (1957: 5-67; 163: 7) defiende una procedencia "europea" o

“peninsular debido a la “conveniencia de fijar la posición estable de la pieza”, mientras que Almagro Bosch apunta al Mediterráneo oriental (1966: 215 ss.), introducidas por los mercaderes fenicios. Sea como fuere estos investigadores coinciden en apuntar que evoluciono en la Península.

### **12. G. f. Fíbulas de apéndice caudal independiente (Fig. 2153-9 y 10)**

Las características de estas piezas se centran en el pie, cuya prolongación se eleva sobre el puente, al que puede tocar. Están constituidas por un alambre trabajado en una sola pieza, con resorte de muelle, puente forjado para darle la estructura deseada y su pie cuenta con el apéndice caudal moldurado para adornar el extremo. La recuperada se correspondería con el tipo 8A 1 de la clasificación de Argente (1990: 255; 1994: 86). Los ejemplares que se conocen proceden de Salamanca (Benet *et al*, 1991: 154, Fig. 9); de Las Merchanas (Maluquer, 1968: 114, Fig. 5), de El Berrueco (Morán, 1946: 92, Fig. 53a, nº 3) y de Los Tejares (López, 2004: pieza 777). Piezas análogas se conocen en diversas regiones de España, caso de Cataluña, Valencia, Murcia o en La Meseta, en donde han aparecido en yacimientos como La Mercadera, Langa de Duero, Ucero, Luzaga, Aguilar de Anguita, Chera o Lancia (Celis, 1999: 76). La cronología de estas fíbulas en la Meseta abarca desde finales del siglo V hasta finales del IV-mediados del III a. C. (Argente, 1994: 91 y 93).

### **12. G. g. Fíbulas de apéndice caudal soldado al arco (Fig. 253-11)**

Ejemplares de pie vuelto en donde éste es sustituido por una torre; por lo que su origen se rastrea en los tipos tardíos del modelo de pie vuelto. La torre puede contar con varios cilindros alrededor suyo y suele llevar un adorno en la parte superior en forma de esfera, cilindro o cualquier otro motivo. Hay diversos prototipos que se han agrupado en:

12. G. g. 1. *Fíbula del tipo 8A 1 de la clasificación de Argente*, en las cuales el pie se eleva sobre el puente (1990: 256) (Fig. 253-11). Procedentes de El Berrueco (Morán, 1946: 92, Fig. 53a, nº 3) y del Cerro San Vicente (Martín Valls, *et al.*, 1991: 154, Fig. 9, nº 5). Piezas análogas se han recuperado en la necrópolis de Villamorón (Ruiz, 2001: 68, Fig. 16, nº 2).

12. G. g. 2. *Fíbula del tipo 8A 2 de la clasificación de Argente*, en la cual la prolongación del pie se une al puente por medio de un vástago horizontal (1990: 256) (Fig. 253-12). Se han recogido en El Berrueco (Morán, 1946: 92, Fig. 53a, nº 1, 2 y 4; López, 2004: 15) y en Salamanca (Macarro, 1999: 147; 1999a: 45). Piezas análogas se conocen en La Hoya, La Osera, Carratiermes, La Mercadera, Tiermes, Osma (Argente, 1994: 91), La Coraja o en El Castillejo de Valdecañas (Martín, 1999: 182 y 183).

12. G. g. 3. *Fíbula de torrecilla* que se desarrolla en forma de cono invertido (Fig. 253-13). Su sección es circular, con el diámetro máximo situado en su parte superior, reduciéndose conforme se acerca a la cama de la aguja. Tan sólo nos ha llegado esta pieza de la fíbula en El Teso de Las Catedrales (Martín Valls, *et al.*, 1991: 154, Fig. 9, nº 8), Lerilla (Gómez Moreno, 1967: 38) y Los



Tejares (López, 2004a: nº 356). Paralelos de esta fibula se han identificado en La Hoya, en Atxa, en Henayo (Gil y Filloy, 1990: 269) y en el castro cántabro de Caravia (Bohigas, 198-87: 132, Fig.10, nº 12). La cronología oscila muy poco en los distintos lugares mencionados, así en Salamanca se sitúa entre el siglo III-I a. C.; en La Hoya se ha fechado en torno a mediados del siglo V- mediados del IV a. C. y en los otros dos la datación se ha fijado entorno a los siglo IV-III a. C. y IV a. C., respectivamente. Argente fija un período desde mediados del siglo IV hasta mediados/finales del III a. C. (1994: 93).

Estos tres subtipos se corresponden con las denominadas tradicionalmente como fibulas de esquema de La Tène I Cabré y Morán (1982), Navarro (1970), Saleté da Ponte (1973, 1989), Cuadrado Díaz (1978), Argente (1994) y Erice Lacabe (1995). Los modelos de fibulas de La Tène siguen esquemas originarios de centro Europa y se extienden por las distintas zonas del Continente, adquiriendo características regionales propias, incluso locales, que las diferenciarán unas de otras, aunque su estructura es la misma. Según Cuadrado (1978: 331-332) y Cabré y Morán (1982: 6-8) a la Península llegarían desde el Sur de Francia a través de Cataluña y el Levante ibérico y penetrarían por el valle del Ebro hacia la Meseta. No obstante, Iniesta (1983: 96-97) y Argente (1994: 90-91) mantienen la hipótesis de su llegada por pasos interiores de los Pirineos hacia finales del siglo V a. C., ya que la distribución de fibulas similares en la costa sólo se documenta en la Meseta Oriental y zonas próximas, sin sobrepasar nunca la mitad norte. Se apoyan en la crisis del siglo IV a. C., que afecta a Marsella y a todo su territorio comercial, incluyendo dentro de éste a la costa española. Este hecho interrumpiría las relaciones comerciales galas con la costa mediterránea, propiciando las relaciones a través de los pasos interiores de Los Pirineos.

## **12. G. h. Fibulas zoomorfas (Fig. 253-14 a 18)**

Este modelo de fibula presenta en su puente la figura de una animal, habiéndose documentado una gran variedad de subtipos. Estos puentes se ejecutan en molde, con la cabeza perforada para el paso del eje al que llega la aguja y constituye el resorte de muelle, formando el cruce de la cuerda, que forma una espira arrollada al puente, encima de la cabecera, cuyo objetivo es el de sujetarse mejor. Se corresponden con el tipo 8B 1 de Argente (1990: 256). Hay diversos prototipos que se han agrupado en:

12. G. h. 1. *Fibulas de caballito* (Fig. 253-14). Tipológicamente derivan de modelos de finales de La Tène Antiguo o Medio. La figura del caballo presenta una de su pata delantera, unida al pie mientras que la otra se halla en posición levantada y horizontal, unida al hocico por un vástago. Pueden estar decoradas o no. La decoración identificada en nuestro ejemplar consiste en tres círculos concéntricos, por cada cara, alrededor de un punto; uno está en el perfil del cuello, otro cerca del pecho y otro bajo los lomos. Han sido encontradas en Ciudad Rodrigo (Almagro-Gorbea y Torres, 1999: 145), en Salamanca (Alario, 1999: Sector G, pieza 160), en La Cuesta de Santa Ana (García Martín, 1982: 215) (Fig. 254-1), en La Corvera (López, 2003: 133) y en El Berrueco (Morán, 1946: 92, 94, Fig. 53c) (Fig. 254-2). Se han documentado ejemplares en Las Cogotas, en La Osera, (Mariné,

2005: 131), en La Coraja, (Álvarez-Sanchís, 1999: 302), en Numancia (Jimeno et al., 2002: 58-61), en Fuente El Sanz del Jarama, en La Hoya, en Arcóbriga, en Aguilar de Campoo, en Carrión de los Conde, (Argente, 1994: 92), en la necrópolis de Miraveche (Ruiz, 2001: 78) o en Villasviejas del Tamuja (Martín, 1999: 199). Este mismo motivo también se empleó para elaborar lo que se ha interpretado como báculos de distinción, aparecidos también en la necrópolis numantina (Jimeno et al., 2002: 58-61).

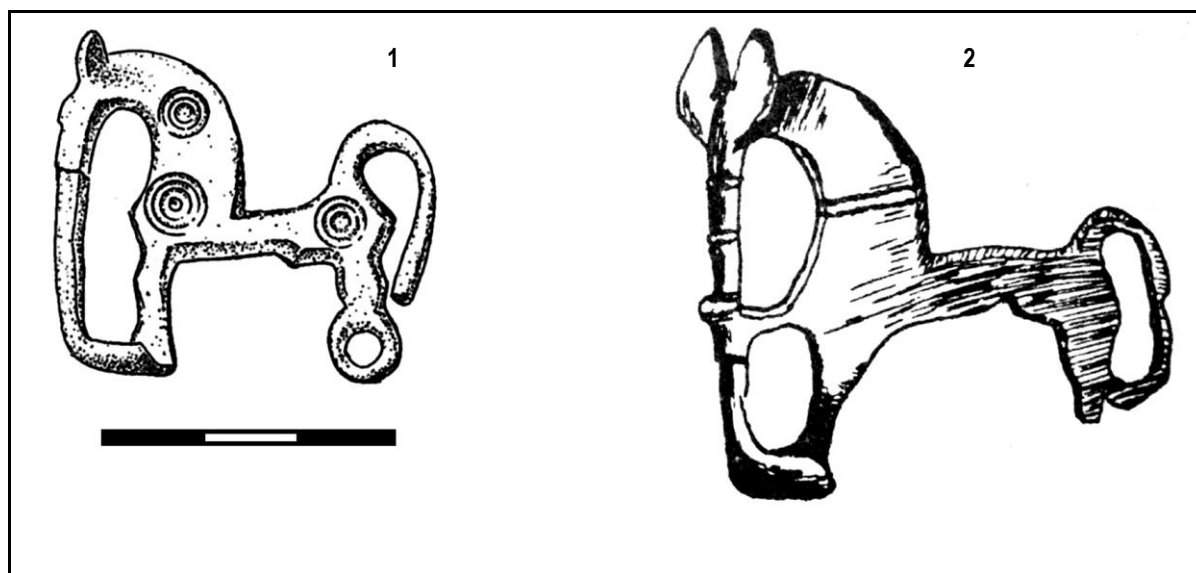


Figura 254: Fíbulas de caballito. 1. La Cuesta de Santa Ana. (Según Álvarez-Sanchís, 1997). 2. El Berrueco. (Según Morán, 1946)

12. G. h. 2. *Fíbulas zoomorfas diversas* (Fig. 253-15 a 18). Sus puentes imitan pájaros, verracos (Fig. 255), tortugas y ranas; habiendo sido recuperadas en El Berrueco (Morán, 1946: 92), en Ledesma (Benet, 2001: 30) y en El Teso de Las Catedrales (Benet, 2001: 30 y Morán, 1946: 92), donde han podido ser datadas en el siglo II a. C. (ARQUETIPO, 1996). Ejemplares análogos se encuentran en otros yacimientos meseteños como Almaluz (Argente, 1994: 177, Fig. 15, nº 34); Numancia (Ibídem, 1994: 199, 250); Alcolea de las Peñas; La Osera (Mariné y Manso, 2007: 147); Las Cogotas, (Argente, 1994: 92) o Villasviejas (Martín Bravo, 1999: 132).

También se ha recuperado una fíbula zoomorfa sin anillas, de carácter laminar y sin forma definida. Hay problemas a la hora de su asignación al poblado de Los Tejares, pero lo que sí es seguro es que proviene de El Berrueco. Es plausible que pertenezca a este yacimiento, primero porque la cronología que Esparza da a estas fíbulas oscila entre el siglo IV y I a. C. (1991/1992), coincidiendo con la cronología de Los Tejares. Segundo, las referencias que tenemos de ella, la sitúan cerca de este yacimiento (Morán, 1946: 92). Ejemplares muy similares se conocen en La Corona (Manganeses), en Las Cogotas o en La Osera (Cabré, 1932, Cabré, Cabré y Molinero, 1950; Misiego et al, 2013: 323).

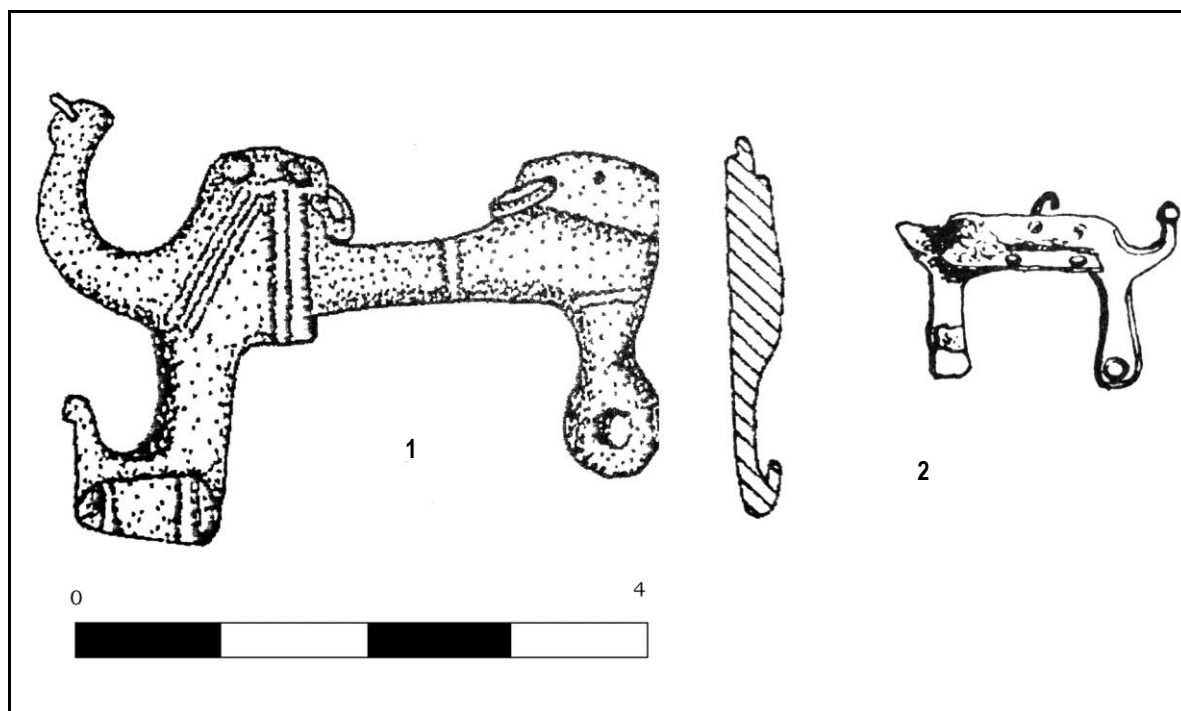


Figura 255: Fíbulas zoomorfas con forma de verraco. 1. Salamanca. 2. El Berrueco. (Según Benet, 2001 y Morán, 1946)

Las fíbulas zoomorfas son características del área celtibérica desde donde se extendieron por toda la Meseta, así como al área vetona cacereña (Almagro-Gorbea y Torres, 1999; Mariné, 2005: 131), a la zona Astur, de donde proceden varias fíbulas zoomorfas esquematizadas, cuya cronología abarca los siglos V al I a. C. y a la zona oriental (Argente, 1994: 92). Todas las variantes mencionadas se pueden encuadrar cronológicamente desde el último cuarto del siglo IV a. C., perdurando a lo largo del siglo III-II a. C., como demuestra la cronología de los yacimientos donde han aparecido. Estas fíbulas participan de las características del arte hispanocelta definidas por Almagro-Gorbea, con tendencia hacia líneas curvas, con cuerpo rectos, pero con marcadas curvaturas en cuello y grupa y con un predominio de la figura del caballo sobre otras especies. Este tema es propio del mundo celta ultrapirenaico y del mundo hispanocelta, en el que las élites ecuestres guerreras compartían una misma simbología (2001a: 167).

## 12. G. i. Fíbulas de doble apéndice simétrico (Fig. 253-19)

Los prendedores están fabricados mediante un alambre trabajado en una sola pieza, con resorte de muelle y puente forjado para darle su estructura. Además consta de una doble prolongación tanto en el pie como en la cabecera del puente. Se encuadran en el tipo 8A 1. 2 de la clasificación de Argente (1990: 256). Fueron recuperadas en El Berrueco (Morán, 1946: 93, Fig. 53a, nº 2, 3 y 4; López, 2004: pieza 716). Se han considerado como una evolución de las zoomorfas y presentan un gran desarrollo en la cultura del Duero, conociéndose en yacimientos como Numancia, Lara de los Infantes, Cuellar, Lancia, Ribera del Ebro, La Hoya, Aguilar de Anguita, Yecla de Santo, Monte Bernorio,... (Argente, 1994: 91). Argente fija la cronología de uso de estas fíbulas desde la

segunda mitad del siglo IV a principios del III a. C. (1990: 93), de ahí que hayamos asociado los ejemplares de El Berrueco con el yacimiento de Los Tejares, ya que las cronologías serían contemporáneas a este yacimiento.

Las fibulas zoomorfas y las de doble apéndice se corresponden con las denominadas tradicionalmente como fibulas de esquema de La Tène II Cabré y Morán (1982), Navarro (1970), Salete da Ponte (1973, 1989), Cuadrado Díaz (1978), Argente (1994) y Erice Lacabe (1995).

### **12. G. j. Fíbulas de La Tène III (Fig. 253-20)**

Los ejemplares de este grupo se caracterizan porque la prolongación del pie se eleva sobre el puente hasta fundirse con él. El final de la aguja da lugar a un resorte de muelle sencillo y el puente suele ser plano, de forma triangular, más ancho en la cabecera; mientras que en el extremo contrario sale una lámina vertical de la que surge la mortaja. Se corresponde con el tipo 8C de la clasificación de Argente (1994: 256). Morán (1946: 93, Fig. 53b, nº 1) recogió una fíbula en el Berrueco, que por la cronología que se asigna a los ejemplares de este grupo, la asociamos al yacimiento de Los Tejares, de donde deben proceder también las reunidas por Maluquer (1956: 115 y 117). Además, investigaciones recientes realizadas en el complejo arqueológico de El Berrueco se han documentado más ejemplares de este tipo en el mismo yacimiento (López, 2004a: nº 739). También se han identificado en Salamanca (Benet *et al*, 1991: 154, Fig. 9; STRATO, 1995: 260) y en Las Merchanas (Maluquer, 1968: 114, Fig. 5). Cabe mencionar una fíbula hallada en Ledesma fabricada en plata con decoración de sobredorado y realizada en dos piezas, que presenta una flexión caudal curva con tres adornos lenticulares y estrías. El apéndice caudal de sección filiforme se fija al puente peraltado, mediante una grapa perteneciente al mismo remate, emplazándose justo encima del resorte, bilateral simple, con extremos rematados en adornos hemisféricos (Pérez, 1997: 105). Se adscribe a niveles de ocupación datados entre el III y el I a. C. Piezas análogas se han recogido en la necrópolis de Fuentelaraña, (Campano y Sanz, 1990: 71, Fig. 6, nº 83), en Numancia, en Osma, en Luzaga, en Aguilar de Anguita, en La Torresabiñán o en La Hoya (Argente, 1994: 92). La cronología de las fíbulas de La Tène III en la Meseta ha sido fijado por Argente (1994: 94) en el siglo I a. C., aunque hay ejemplares que perduran hasta el I d. C.

### **12. G. k. Fíbulas en Omega (Fig. 253-21)**

El aro de la fíbula presenta una forma circular, engrosado en su parte central y decreciendo en sus extremos, en donde se dobla para formar la letra omega, estando rematados con unos botones circulares o rectangulares. Su sección puede ser poligonal, circular o romboidal. La aguja es independiente del aro y puede desplazarse por él. Respecto a la longitud de la aguja, en nuestro hay varios ejemplares en las que es mayor que el diámetro del aro y otros que tienen la misma longitud que el diámetro. La sección de la aguja puede ser circular o cuadrangular. Se han recogido

ejemplares en Los Tejares (Morán, 1946: 95, Fig. 53e, nº 3 y 4; López, 2004: pieza 713), en El Teso de Las Catedrales (STRATO, 1995: 193) y en Las Merchanas (Maluquer, 1968: 114, Fig. 5 y STRATO, 2005a: 25). El momento de su aparición en La Meseta puede remontarse al siglo II a. C o I a. C (Campano y Sanz, 1990: 68) y perdura hasta el siglo V d. C (Mariné, 1978: 387-389), siendo contemporáneas de las fíbulas *auccisa* romanas. Broches análogos han sido documentadas en Numancia, en la necrópolis de Fuentelaraña, (Campano y Sanz, 1990: 71, Fig. 6, nº 81 y 82), en Lancia (Celis, 1999: 79) o castro cántabro de Celada (Bohigas, 1986-87: 128, Fig. 6, nº 8; 129, Fig. 7, nº 13).

## 12. G. I. Fíbulas nauheim

Fíbula de hierro con arco muy rebajado pseudorectangular sin perforación, llamada también “legionaria”, que remite según Werner (Salete, 1973: 176ss.) o López (2004a) a mediados o finales del siglo I a. C. Se ha recuperado en El Tejado (*Ibidem*: 14 y 15).

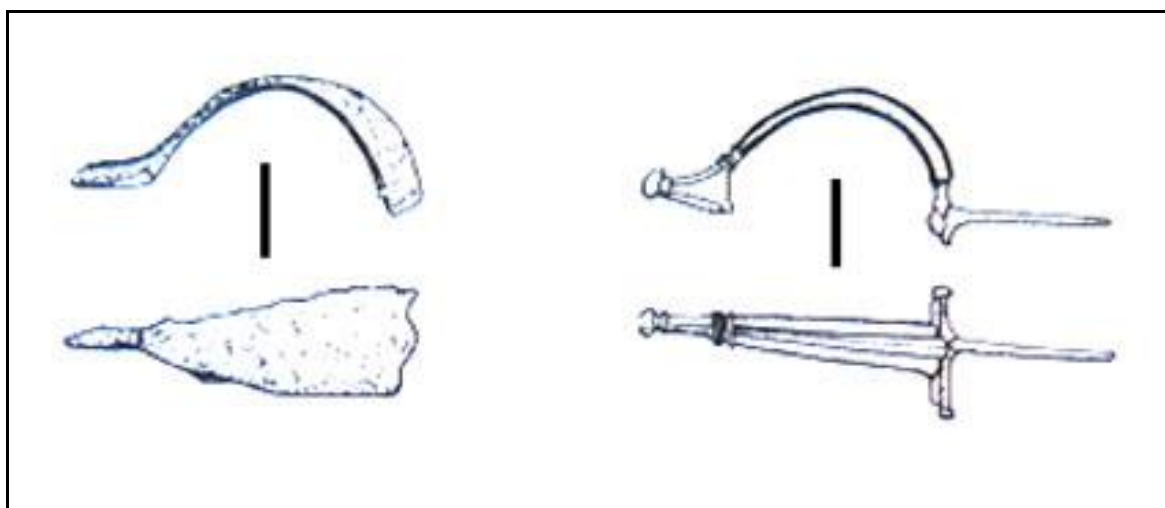


Figura 256: 1. Fíbula *preaucissa*. 2. Fíbula *aucissa*. Procedentes de Salamanca. (A partir de Alario y Macarro, 2007).

## 12. G. m. Fíbulas *preaucissas* y *aucissas* (Fig. 256)

12. G. m. 1. Fíbulas *preaucissas* (Fig. 256-1) del Tipo 19.1.b de Erice (1995: 92). Un broche fue hallado en Salamanca y se ha datado desde la segunda mitad del siglo I a. C. hasta Época augustea (Alario y Macarro, 2007: 225).

12. G. m. 2. Fíbulas *aucissa* (Fig. 256-2). La encontrada en Salamanca se identifica con el Tipo 20.33.e de Erice (1995, 12-113), con baquetón central recorrido por una línea de “perlas” y líneas paralelas en los bordes y se ha datado en Época augustea. El broche de El Tejado se data entorno al siglo I a. C., coincidiendo con la presencia de tropas en el territorio salmantino como demuestra el fortín romano de Calzada de Béjar (Maluquer, 1956a: 54). En general, las fíbulas *aucissas* se han



documentado a comienzos del último cuarto del siglo I a. C., perdurando hasta el II d. C., asociándose a campamentos o establecimientos romanos (Hernández, 1982: 166; Rovira, 1990: 138). En nuestro caso y debido al escaso número de broches descubiertos pueden corresponderse con un intercambio entre la población autóctona y las tropas romanas. Ejemplares de fibulas aucissas se han documentado en Balazote (Albacete), en Eslava (Navarra), en Velilla del Ebro (Zaragoza), en La Torrecilla (Getafe, Madrid) (Rovira, 1990: 138) y en Conimbriga (Salette, 1973: 183 y 176).

A modo de conclusión, el mapa de dispersión de las fibulas muestra una pobreza de hallazgos, en comparación con otras zonas meseteñas; así como una concentración de los mismos, entorno a Las Merchanas, Salamanca capital y El Berrueco (Fig. 257). Esto es debido en nuestra opinión por una parte a las pocas excavaciones llevadas a cabo en los yacimientos y, por otra, a las piezas “recolectadas” tanto por los furtivos como por los dueños de las tierras.

## 12. H. Objetos ornamentales

Macarro recuperó unas chapitas en el Cerro San Vicente (Salamanca) de difícil adscripción e interpretación (1999: 148; Láminas, Fig. 141, nº 10). En la etapa siguiente también contamos con una plaquita cuadrada de bronce moldeada y ornamentada con una estrella que tiene un apéndice rectangular, que termina en un ensanchamiento en donde se localiza un aspa incisa, de la cara opuesta a la estrella sale, formando cuerpo con la placa y un clavo muy corto con la cabeza remachada. Esta pieza procede de Yecla de Yeltes (Martínez Jiménez, 1919). También incluimos aquí, por similitud, los fragmentos de chapitas rectangulares y aplanados, contando algunas con remaches a modo de tornillos, identificadas en El Teso de Las Catedrales (Salamanca) (Macarro, 1999a: 299; 2004-06b: 111; Alario, 1999: sector D.3, U. E 218, pieza nº 143) y en Los Tejares (El Tejado de Béjar), en las cuales se empleó hierro para su fabricación (López *et al*, 2003e: 29). En su necrópolis también se recuperó una cadena formada por pequeñas plaquitas de bronce ensambladas sobre ejes. Estos van enganchados a dos terminaciones en ojal. Sobre uno de ellos se encajan dos placas planas rectangulares de bronce con un pasador del mismo material, que se engancha en el otro ojal (López y Martínez, 2009: 127). La hipótesis que se presenta para estas chapitas es que pudieron servir como adorno de alguna prenda de vestir tal como ocurre con las placas metálicas de cinturón, documentadas en los castros abulenses (Mariné, 2005: 171), o los elementos de oro, plata y bronce documentados en Los Castellones de Céal y que los investigadores asocian con un soporte de cuero (Chapa y Mayoral, 2007: 77).

Por otra parte, se ha identificado en el Cerro San Vicente una pieza de forma cuadrangular, de cuyo extremo parte un vástago laminar y en una de las caras, de tendencia curvada, salen dos pivotes cuya función es ser insertados en alguna pieza. Según Macarro no se han encontrado paralelos que ayuden en su identificación (1999: 148), aunque pudo ser un aplique funcional o de adorno de algún correaje o similar.

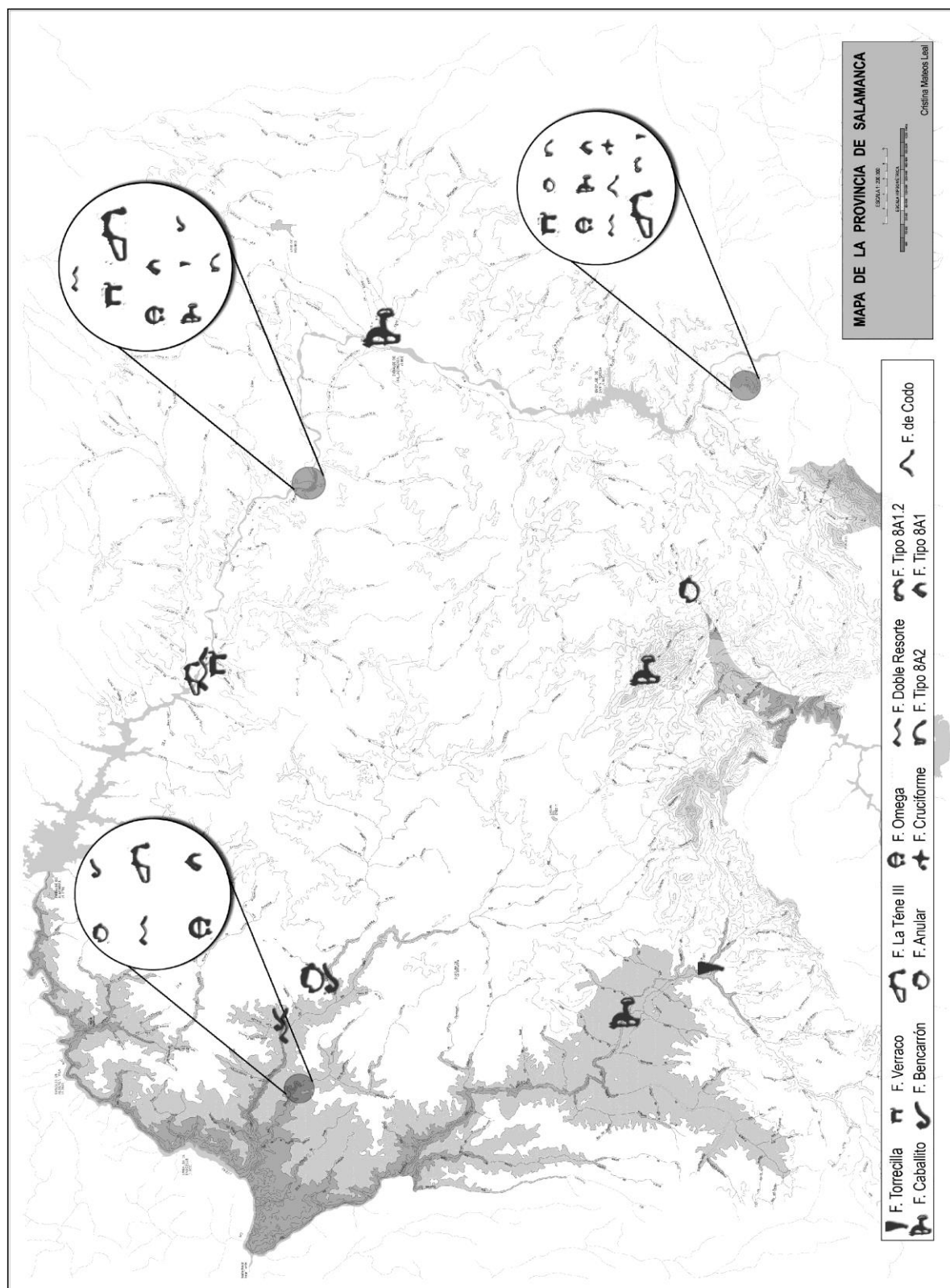


Figura 257: Mapa de dispersión de las fíbulas de la Edad del Hierro. (C. Mateos)

## 12. I. Arrancada

Pendiente realizado mediante una lámina de oro batida doblada sobre sí misma y soldada al interior, formando un cuerpo hueco en forma de creciente. De su parte exterior colgaría la decoración hoy perdida, al igual que su sistema de suspensión, del que sólo queda el remate de uno de sus extremos. El oro tiene un alto contenido de plata. Su cuerpo aparece liso sin trabajo decorativo, rematándose sus extremos mediante un hilo enrollado en muelle y montándose en su base sobre el extremo final de la lámina. A él se han soldado una serie de hilos simples de sección circular y curvados, que se enganchan mediante el mismo sistema a otro hilo torsionado. El conjunto forma una cuenta calada de sección esférica. En el borde exterior del cuerpo se disponen 17 incrustaciones para el acoplamiento de elementos decorativos. El sistema de engarce se solucionaría con unos orificios incisos en la lámina, a los que se acoplaría un espigo, en el cual encajaría la decoración, que posteriormente se soldaría, quedando oculta las uniones bajo un hilo decorado o liso. Es probable que los elementos que forman la crestería, estuvieran rematados con motivos vegetales tipo flores de loto, volutas o palmetas (López, 2004: 27-28). Paralelos para este tipo de arracada han sido documentados en El Tesoro de Aliseda y en la necrópolis de Pajares, siendo típicas de los talleres extremeños desde el siglo VII a. C. y manteniéndose a lo largo del VI y V a. C., momento en el que se han datado los conjuntos de Segura de León y Serradilla (Almagro-Gorbea, 1977a: 222; López, 2004: 29).



Figura 258: Cuentas de collar de pasta vítrea de Yeda de Yeltes (Aula Arqueológica de Yeda de Yeltes). (Fotografía de la autora, 2007)

## 12. J. Cuentas de collar (Fig. 258)

La materia prima sobre la que se fabricaron las cuentas de collar fue muy variada, así las primeras a las que se hará referencia son unas piezas pequeñas talladas en marfil y con una sección más o menos cuadrada. Hasta la actualidad en nuestro territorio sólo se han documentado en El Berrueco (Morán, 1946: 94). El paralelo más cercano para estos objetos son las aparecidas en el yacimiento de Sanchorreja (Maluquer 1958b: 69).

Cuentas de forma bitroncocónica fabricada sobre una roca porosa y blanca, procedentes de San Vicente, que se adscribe a la fase III de ocupación, aproximadamente en el 450 a. C. (Macarro, 1999: 156). Contamos con las fabricadas sobre azurita y ágata de El Berrueco (Morán, 1946: 94); otra

sobre una piedra dura y blanquecina de sección bitruncocónica procedente de La Mesa del Carpio (Piñel, 1980: 145) y las documentadas en Yecla (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes) y en Los Tejares (López, 2004: 686).

Por último, se han recogido muy pocas cuentas de pasta vítrea, pudiendo citar, varias cuentas de color azul de El Berrueco (Fabián, 1986-87: 284-285; López, 2004: 700), las recogidas en

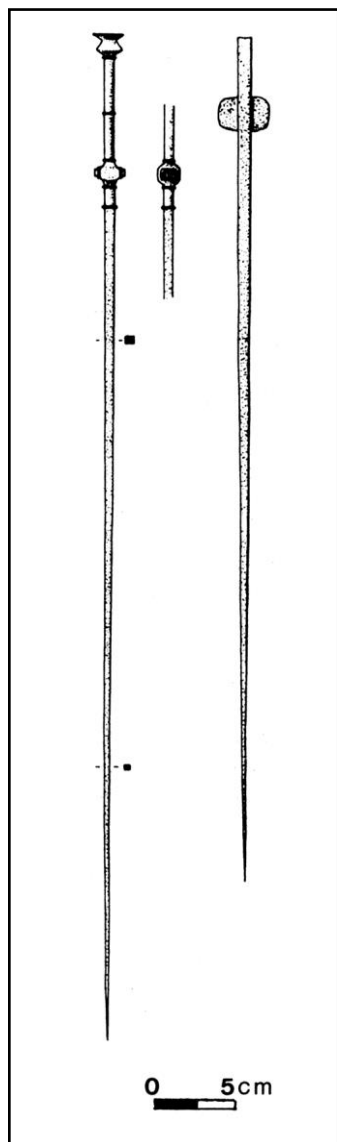


Figura 259: Asadores a partir de los datos de Fernández Manzano, 1986 (Según Álvarez-Sanchis, 1999)

Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrals), en Salamanca (Macarro, 1999a: 145; Caballero y Retuerce, 1998: 38) y en Yecla de Yecla (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes) (Fig. 258). Entre las documentadas en Salamanca, contamos con una de color amarillo y otra de una tonalidad verdosa blanquecina con un perfil de tonelete discoidal (Macarro, 2004/06b: 128). La cronología de estos elementos abarca toda la Edad del Hierro, perteneciendo a su fase más antigua las de El Berrueco y a su fase más tardía las de Yecla de Yeltes o las de Salamanca, las cuales se han asociado a la fase etapa tardía de los castros. Las cuentas en este material son habituales y se consideran como un síntoma de pujanza económica, siendo más comunes en los últimos siglos de la II Edad del Hierro (Esparza y Martín Valls, 1992: 266). Contamos con numerosos yacimientos en donde se han recuperado este tipo de objetos, como es el caso de Sanchorreja, que deparó dos cuentas de collar azules en los niveles arqueológicos que coincidirían cronológicamente con los de El Berrueco (Maluquer, 1958a: 69); Las Paredejas (Macarro, 1999: 156); Villasviejas del Tamuja (Martín, 1999: 196 y 199); el camposanto de Pintia ha deparado varias tumbas con este tipo de material en su ajuar; La Osera y Las Cogotas (Esparza y Martín Valls, 1992: 266); en el nivel III de La Coronilla y en varias en tumbas de La Cerrada de Los Santos (Barroso, 2002: 207); en Cauca, en El Soto, en La Mota (Macarro, 1999: 156) o en el Cabezo de Ballesteros (Pérez, 1990: 117). Eran empleados para el adorno personal bien para la fabricación de collares o bien formando parte de fíbulas brazaletes, pendientes o colgantes, hipótesis planteada por otros investigadores a raíz del hallazgo en 8 tumbas de Numancia de una sola cuenta, mientras que en dos se recogieron un conjunto más amplio, formando sendos collares (Jimeno *et al.*, 2004: 231).

## 12. K. Asadores (Fig. 259)

Son varillas de sección rectangular que posee dos orejetas y están fabricadas sobre hierro y bronce. Fueron identificados por Maluquer en Cancho Enamorado (1958a: 82). Uno de los ejemplares está decorado con un remate en forma de urna o vasija. En este caso, Maluquer lo asoció a la tradición hallstática y explica esta dualidad de arquetipos por una doble tradición; por una parte indígena y por otra parte por influencias de pueblos celtas. Fernández Castro señala esta misma hipótesis, piezas procedentes de una tradición centroeuropea que han sido modificadas por las gentes locales, lo que explicaría la diversidad de tipos, así por ejemplo, el cable enrollado que distingue a la cabecera de las piezas suizas, falta en los ejemplares hispanos (1988: 479). Otros investigadores señalan esta dualidad de tradiciones, e incluso añaden un tercer influjo mediterráneo procedente del Sur peninsular, para diversos elementos de la cultura de los pueblos hispanos (Martín, 2001: 123).

Estos asadores junto con algunos calderos, están datados entre el siglo VII y VI a. C. en pleno Período Orientalizante procedentes de diversos poblados como Cancho Roano, El Risco, El Raso o Sanchorreja, aunque también se han identificado asadores en otros yacimientos con cronologías superiores como Capote, hablarían de rituales de carne ya que han aparecido asociados a otros elementos relacionados con actividades culinarias religiosas como son paletas, badilas o parillas (Maluquer, 1981: 295; Berrocal-Rangel, 1994, 2004a: 235 y 236; Fabião, 1996; Álvarez-Sanchís, 1999: 86). No obstante, para algunos autores, como Fernández Castro esta función no está clara ya que han sido identificadas por otros investigadores como llaves, prendedores del pelo o agujas, teniendo como precedentes las agujas, más cortas, de los Campos de Urnas (1988: 482).

## 12. L. Tésera

Fue descubierta en Las Merchanas y es conocida con el nombre de “tésera de Ciudad Rodrigo” o “tésera de Las Merchanas”, poco más se puede decir ya que desapareció (Salinas, 1997: 294). Ha sido fechada en época de César y el texto dice: *TESERA/CAURIESIS/MAGISTRATUITURI*. Es un documento por el que se establece un pacto de hospitalidad entre la ciudad de Coria y un magistrado indígena llamado *Turos*, el cual debía ser el representante de la comunidad que vivía en este castro (Salinas, 1997: 294).

La hospitalidad era una costumbre asentada entre muchos pueblos de *Hispania* como demuestran la gran variedad de téseras recuperadas. Estos pactos permitían establecer vínculos de protección tanto entre comunidades como entre individuos y se materializaban sobre diversos soportes en los que se escribía el nombre de los individuos o de los grupos. Por tanto, tiene una función de contraseña y salvoconducto, garantizando una serie de derechos y permisos para sus portadores y quizá pagos y obligaciones en relación con las mercancías en movimiento, es decir, los rebaños. Formarían parte de un entramado de relaciones jurídicas de alcance interregional (Sánchez Moreno, 2001 y Salinas Frías, 1999a: 281ss.). Lorrio (1997: 361) ha diferenciado dos grupos: el



primero se caracteriza por una inscripción breve en las que se hace referencia a uno de los participantes, el cual puede ser un individuo particular, una agrupación familiar o una ciudad. Estas se pueden dividir a su vez en dos subgrupos: uno está formado por las que tienen el nombre de la comunidad y la indicación de tésera de la ciudad “X”, a la que pertenecería la nuestra, y el otro se caracteriza por contar uno o varios nombres personales. En estas téseras la comunidad se menciona por medio de un adjetivo y probablemente estaban en poder del individuo que había pactado con la comunidad, a la que no pertenecían, confiriéndole unas garantías jurídicas similares a las que poseían los miembros por nacimiento de la comunidad en cuestión. El segundo grupo consta de una inscripción más extensa, en donde se menciona a las dos partes, un particular o grupo familiar y una comunidad política; algunas, como la recuperada en Luzaga incluye a un testigo. Además, contienen la fórmula onomástica, completa o incompleta, y una serie de palabras, pertenecientes al lenguaje institucional, e interpretadas como sinónimo de tésera de hospitalidad: *karuo kortika*.

Se piensa que debieron de realizarse en parejas, guardando cada parte una mitad y que aparecieron por el contacto con el mundo romano, por dos motivos uno porque de esta cultura procede la práctica de plasmar por escrito los acuerdos legales (Echevarri, 2005: 75-77) y segundo porque, aunque en la mayoría de los casos, se desconoce su contexto arqueológico, parece que aparecen en Época republicana, en el I a. C. (Lorrio, 1997: 361). Se pueden citar gran cantidad de ejemplares análogos, tales como las téseras de *Arekotatos*, de *Libiaka* (Echevarri, 2005: 76), de *Uxama*, de *Arenota* (Lorrio, 1997: 358 y 359) y de Peñahitero (Medrano y Díaz, 2003: 404) en caracteres celtibéricos y otras procedentes de *Contrebia Belaisca* (Almagro-Gorbea y Abascal, 1999: 20), de Paredes de Nava (Hernández, 2007: 130), de Herrera de Pisuergra (Hernández, 2007: 189), y de Peralejo de los Escuderos (Hernández, 2007: 127), que están escritas en latín como la nuestra. Este elenco de téseras nos muestra la gran variedad de formas que adquirieron y que se pueden agrupar en figuras zoomorfas, como por ejemplo el jabalí, el toro, las aves, los peces o los delfines; en figuras geométricas; en representaciones de cabezas humanas y manos y, por último, en placas sencillas rectangulares, como sería el caso de la nuestra.

La pieza que aquí se presenta se ha interpretado como un pacto relacionado con la trashumancia, para que los rebaños de ambos poblados se beneficiaran de los pastos de ambas comunidades. Esta trashumancia Salamanca-Extremadura todavía hoy en día sigue viva, hipótesis fue que expuesta por Gómez Pantoja para la tésera hallada en Fuentes de Claras (Teruel) debido a la presencia de gentes celtibéricas en el territorio de la colonia Metelinense; y al igual que en nuestro caso, hoy en día todavía los pastores de la comarca de Villar del Cobo, próxima a este yacimiento turoloense, siguen bajando a La Serena para pasar el invierno (2001: 206).

## 13. ESCULTURA Y GRABADOS EN PIEDRA

### 13. A. Las cabezas cortadas (Fig. 260)

Las piezas que denominamos cabezas aparentemente humanas proceden del castro de Yecla de Yeltes. Responden a las típicas representaciones “celtas” de cabezas por su estilística: la carencia de oídos, la nariz en forma de triángulo con la base más ancha, una mandíbula sin barba y una prolongación que permitiría empotrarlas en las paredes, según algunos investigadores a modo de decoración (Jacobsthal, 1944; Blanco, 1956; Benoit, 1970; Blázquez 1960). Se caracterizan por estar orientadas, dos mirando hacia la derecha y las otras dos hacia la izquierda, como si hubieran sido colocadas por parejas a la entrada del castro o de una casa, observando a la persona que entra; a modo de vigías, de protectores. Dicha función protectora ya ha sido expresada por otros investigadores tales como Almagro-Gorbea y Lorrio (1990; 2001: 163). Actualmente, dos de ellas han sido donadas al Aula Arqueológica del pueblo y las otras dos continúan embutidas en las paredes de dos casas diferentes del pueblo. Dos de los ejemplares se caracterizan porque sus ojos son dos concavidades sin ningún intento de señalar las cejas o los párpados, ni el ojo propiamente dicho; la nariz es un mero resalte vertical, en la que los lados del contorno apenas se delimitan; la boca es una incisión longitudinal sin labios; son de forma circular y el lado izquierdo está poco rebajado, por lo que da la impresión de encontrarse esta parte hinchada. El mismo defecto se observa en el lado inferior derecho. Las dos restantes son circulares y tienen la hinchazón en el mismo lugar que las anteriores. Hay un intento de señalizar las cejas, los ojos, ya que las cuencas no están vacías, y de representar los párpados entornados.



Figura 260: Cabezas de Yecla de Yeltes. (Fotografías de la autora, 2005)

La jamba de un edificio en ruinas del casco urbano de Villares de Yeltes presenta un ídolo de piedra en granito, más o menos cilíndrico coronado por el relieve de un cabeza humana, similar a las halladas en el castro de Yecla de Yeltes, según la prospección que llevó a cabo la empresa ARQUETIPO (1999-2000d). Otros dos ejemplares proceden de Tamames y están en un edificio frente a la iglesia parroquial (Grande, 1999: 34).

Estas esculturas se pueden paralelizar con piezas procedentes de la muralla de Tarragona (Blázquez, 1960) y las de Riotinto (Huelva) (Blanco, 1962: 40) desde un punto de vista morfológico y estilístico. Sin embargo, contamos con ejemplos más cercanos de cabezas cortadas en lo que sería el territorio vettón como las procedentes de la Vera y de Plasencia (Álvarez- Sanchís, 1999: 312, Sánchez, 2000:147). Así mismo, en la pila bautismal de la ermita de la Virgen de Cabañas (Almunia de Doña Gomma, Zaragoza), se colocaron sendas testas de piedra que debieron ser recogidas de algún yacimiento cercano ya que sus rasgos estilísticos se pueden encuadrar en el arte celta esquemático. Contamos con otros ejemplares procedentes de Durón, donde se ubicó la ciudad celta de *Sekaisa* (Medrano y Díaz, 2000: 173) del castro de Barán, las del castro de Santa Mariña das Aguas Santas (López-Cuevillas, 1989: 268) o del castro de Armea (Almagro-Gorbea, 2001: 164). Por otra parte, se encontraron unas placas áureas en Segura de León (Badajoz) y en Serradilla (Cáceres) en cuya decoración se aprecia la representación de cabezas humanas. La forma de la cara, la ausencia de orejas, el esquematismo a la hora de realizar los ojos y la boca son características propias de los modelos celtas (Berrocal, 1989: 285), coincidiendo las piezas de Yecla, morfológicamente, con los rasgos de las cabezas representadas en estas placas. Tanto Almagro (1977: 229-230) como Berrocal (1989: 289) sitúan cronológicamente estas placas a finales del siglo V a. C. en adelante, momento a partir del cual se extendería la representación de las cabezas por el territorio peninsular, de clara raigambre celta.

Estas representaciones son, a nuestro juicio, una reminiscencia de la costumbre celta de cortar las cabezas a sus enemigos y sujetarlas a su montura, tal y como narran Diodoro Sículo (Hist. V. 29)<sup>98</sup>, Tito Livio (X, 26, 11; XIX, 26, 11; XXIII, 24, 11-12)<sup>99</sup>, Silo Itálico (*Pun.* XIII, 481-482), Floro (III, 4, 2), Estrabón (4,4, 5)<sup>100</sup> o Diodoro de Sicilia (5, 9, 5), quienes describen la decapitación de las víctimas de guerra, para guárdalas como trofeos, para ser entregadas como ofrendas en los santuarios, con un valor apotropaico o para recuperar la dignidad perdida, como narra Livio de una esposa gálata que fue violada por un centurión, al que cortó la cabeza para enviarla a su marido y así

---

<sup>98</sup> "Los galos embalsaman en aceite de cedro las cabezas de sus enemigos más distinguidos y las guardan cuidadosamente en una caja enseñándoselas con orgullo a los visitantes...". "Los celtíberos cortan las cabezas de sus enemigos muertos en el combate y las cuelgan de los cuellos de sus caballos". Diodoro.

<sup>99</sup> "Los jinetes galos, llevando cabezas colgadas delante del pecho de su caballos y clavadas en las lanzas,...". "Los boyos, llevaron los despojos del cadáver y la cabeza cortada del general al templo" Tito Livio.

<sup>100</sup> "...al salir del combate cuelgan del cuello de sus caballos las cabezas de los enemigos matados, y las llevan consigo para fijarlas como espectáculo en lo vestibulos...Las cabezas de las personas importantes las fían a los extranjeros, conservada en aceite de cedro y rehúsan venderlas aún a peso de oro". Estrabón.

recobrar su decoro (*Hist.*, XXXVIII, 24). El carácter de trofeos, defendido por Taracena (1943, López-Cuevillas, 1989), queda atestiguado en la Meseta por los cuatro cráneos hallados en una estancia numantina y que fueron conservados intencionadamente, como lo demuestra el hecho de que ninguno de ellos conservase el maxilar inferior (Sopeña, 1987: 105), y por las fíbulas de caballito con jinete, que cuentan con la representación de una cabeza humana, situada en la intersección del vástago, que une el hocico y la pata delantera, con la pata delantera extendida. Se conservan pocos ejemplares, pero se pueden mencionar los procedentes de Numancia, Quintanas de Gormaz y Luzaga (Argente, 1994: 89). Igualmente, en el poblado de La Hoya, durante la fase de celtiberización, se recuperaron varios testimonios, que sirven a Llanos (2007-2008: 1276-79) para hablar de la presencia de este culto al cráneo en este poblado como son:

- Un recipiente cerámico con el que se puede relacionar una bóveda craneal humana. Llanos la pone lo interpreta como un posible depósito ritual.

- El esqueleto de un varón joven cuya cabeza se encontró separada del tronco. Presenta rastros de decapitación acusada en las vértebras cervicales, donde quedan testimonios del corte que seccionó la cabeza, aunque puede ser una consecuencia más del fin trágico del poblado, sin intención ritual ninguna.

Todos estos vestigios mencionados prueban la existencia de esta costumbre entre los pueblos meseteños, al igual que estaba presente en otras poblaciones celtas europeas, que mencionaremos a continuación; de hecho, Díaz Sanz mantiene que los celtíberos conservaron vivo el sentir religioso céltico original (1989: 33). Casos más cercanos, geográficamente, podemos citar los posibles enterramientos rituales en las torres de la muralla de *Bilbilis*, cuyo sentido es apotropaico (Martín Bueno, 1975: 178-181 y 1982: 101; Alfayé, 2007: 27) o el cráneo del depósito votivo de Garvão, adscrito a la II Edad del Hierro (López Monteagudo, 1987 y Beirão *et al.*, 1985: 60). La necrópolis de La Osera ha deparado dos cabezas cortadas que formaban una línea recta con las estelas centrales del cementerio, en dirección Norte-Sur. Este hecho ha sido relacionado con el ritual céltico que aquí defendemos y que perseguiría dos fines, uno delimitar el espacio físico del cementerio (Álvarez-Sanchís, 2007: 247) y dos contener a los malos espíritus. Todos estos datos, creemos que avalan la vigencia de la costumbre celta de cortar cabezas en la Península Ibérica.

Hay autores que vemos en estos hallazgos un significado apotropaico, ya que los celtas creían que el alma humana, y por tanto la fuerza del individuo, residía en la cabeza, por lo que si las conservaban los malos espíritus no les harían ningún daño (Sopeña, 1987: 103; Cunliffe, 1997: 210; Martínez *et al.*, 2005: 88). De hecho, esta misma interpretación cabe para los colgantes de bronce procedentes de *Bilbilis*, representaciones de cabezas que responden al estilo céltico esquemático. Fueron hallados en contextos funerarios e interpretados como elemento protector del difunto para que su espíritu no fuera perturbado (Díaz, 1989: 35-36). Tras la conquista romana hubo muchas costumbres que se prohibieron. Estas proscripciones quedan reflejadas a lo largo del Imperio

Romano, en el año 97 a. C. (Plinio *Hist. Nat.* XXX, 12), en la época de Domiciano (Plinio *Epist.* IV, 116; Suetonio *Dom.* VIII.; Dion Casio. LXVII, 3), con los Antoninos (Totain, 1918) y con Juliano (Massalsy, 1942). En La *Gallia* los sacrificios humanos se prohibieron, como en África, bajo Tiberio según Plinio (*Hist. Nat.* XXX, 4) y bajo Claudio, según Suetonio (*Claud.* XXV). De hecho, en un documento de Plutarco (*quatest rom.*, 83), respecto de los bletonenses, habla del sacrificio de un hombre “...*habiendo demostrado éstos haberlo hecho según una ley...*”, por lo que entendemos que está aludiendo a los sacrificios humanos, muchos de los cuales implicaban la decapitación, como en el caso específico de Danebury (Cunliffe, 1997: 196), que realizaban estos pueblos y que todavía seguían en vigor tras la conquista romana. Dichas prohibiciones no se respetaban como demuestran los numerosos decretos emitidos o las sucesivas intervenciones del Senado para abolirlas.

Dicha costumbre es reflejada por otros autores como Tácito (*Ann.* XVI, 29) cuando habla de los druidas de Anglesey y que empapaban en con sangre de prisioneros sus altares. Estrabón (III, 155) hace referencia a los pueblos del norte porque sacrificaban sus prisioneros a un dios, asimilado a Ares, y también menciona que los lusitanos “*son muy aficionados a sacrificios y examinan los intestinos sin sacarlos...*” (III, 3, 6). También lo expone Frontino (III, 2, 4) cuando habla de que Viriato sorprendió a los segobrigenses realizando un sacrificio colectivo. Por tanto, es factible que la costumbre de cortar las cabezas, tanto en batalla como en los rituales, quedara reducida a estas representaciones tras la implantación romana, perviviendo la creencia del valor protector de este elemento. Por otra parte, existen representaciones de cabezas en otros materiales que también podrían interpretarse como una pervivencia del concepto de protección al que se ha referido. A modo de ejemplo diremos la fíbula de plata de La Mercadera en cuyo puente se representan dos cabezas, diversas cerámicas de Numancia con este motivo en relieve (Sopeña, 1987: 166, 167), las ya aludidas fíbulas de Gormaz y Luzaga o una estela abulenses cuya decoración consiste en una cabeza muy esquemática y similar a las nuestras (Sánchez, 2000: 158, Fig. 46, nº 1). De hecho, Szabó plantea la misma esta misma hipótesis para una espada sobre la que se representaron dos “cabezas cortadas” (1971: 75; 2003). Es complicado dar una cronología a las esculturas de Yecla debido a que están fuera de un contexto arqueológico, pero si se atiende a la cronología de los ejemplares de Entremont, siglos III-II a. C. (Cunliffe, 1997: 202), de la pieza de *Sekaisa* (Medrano y Díaz, 2000: 173), datada en el siglo II a. C., de las mencionadas cabezas de animales del Noroeste peninsular, fechadas entre los siglos I-II d. C., en castros ya romanizados, no encontrándose hasta el momento en niveles anteriores (Álvarez-Sanchís, 1999: 276 y 280) y, por último, sí tenemos en cuenta que la prohibición a los bletonenses se ha fijado entre los años 96-94 a. C. (Blázquez, 1960: 219); las cabezas charras podrían haberse tallado en el siglo I a. C., momento en que el territorio se integra en el dominio administrativo del Imperio romano. De hecho, las cabezas de los toros y cerdos del Noroeste aparecieron cuando la cultura romana estaba presente en el este territorio, no antes, y la coroplástica celtibérica, entre la que se incluyen las cabezas exentas de terracota de Carratiermes,



Las Cogotas o Numancia se fechan en el siglo I a. C. (Lorrio, 1997: 247); por lo que esto avalaría las fechas que se han acotado para nuestras piezas.

A modo de comentario final, el peso de estas representaciones debió de ser tal que, en la Edad Media, pasaron a ser temas decorativos del arte románico (López-Cuevillas, 1989: 277). Están presentes en varias iglesias como en la portada de Sangüesa, de Puente La Reina (Blázquez, 1960: 226), en la torre del campanario de la iglesia de Villarejo (Sanabria ), en la iglesia de San Cristóbal (Salamanca), en la Iglesia de La Asunción (San Vicente del Valle, Burgos) (Aparicio y de la Fuente, 1993/94: 161) o en una fachada de una casa de la calle de Los Curas (Ledesma) (Martín y Martín, 2008: 35).

En este apartado se han incluido otras dos piezas, que si bien están en relación con las cabezas que se han comentado por su estilo, no tendrían el mismo significado. La primera es el denominado Dios Tricéfalo de Montemayor (Fig. 261-A). Consiste en un bloque de granito cuadrangular formada por tres cabezas contiguas. Sus dimensiones son de 0,50x0, 23x2, 21m. (Blázquez, 1985: 125). Ejemplares análogos se han documentado en el NO de La Península y en otros puntos de Europa por donde se extiende la cultura celta como son los ejemplares de Glossop (Derbyshire, Inglaterra), de Ovingham (Northumberland, Inglaterra) (López-Cuevillas, 1989: 322ss.) o el bronce tricéfalo de Himmerland (Dinamarca) (Ross, 1986). La segunda pieza fue identificada en Candelario y es una cabeza con dos caras conocido como “El Jano Bifronte” (Fig. 261-B), cuyo detalla más evidente es la acanaladura en todo el perímetro central, que estaría destinado a fijar el elemento a un astil de madera o metal para hincarlo en la tierra o en algún tipo de base que no ha llegado hasta nuestros días. Juan Muñoz la identificó con una talla de época romana, encargada por un legionario a un artista local (1953: 71). Blázquez asoció ambos elementos con deidades celtas (1958: 125). Esta última hipótesis es por la que nos inclinamos por dos motivos. El primero es que han aparecido figuras tricéfalas tanto en *Britania* como en *La Galia* se han asociado con la representación de la Diosa Madre, que se disgregaba en tres entidades, de ahí las tres caras (Powell, 1958; Markale, 1989: 121; Green, 2005: 27; Gutiérrez, 2004: 25). Esta división es frecuente en otras religiones, tanto en formas de triadas como siendo tres elementos de una misma entidad, como por ejemplo la triada egipcia de Horus, Isis y Osiris o la creencia cristiana de que Dios, Jesús y el Espíritu Santo son uno. Además, en el caso de la religión celta el número tres tiene connotaciones mágicas, representa la eternidad (Markale, 1989: 128; Delibes, 2001: 151). No se conoce su nombre galo, pero se ha identificado con la diosa Brigit de los textos irlandeses (Markale, 1989: 121). Este culto a las *Matres*, en La Península gozaba de mayor difusión e intensidad en las regiones central y oriental de La Meseta Norte, a juzgar por las numerosas aras que se han documentado, como las procedentes de *Clunia* (Burgos), de Soria, de Palencia, de Segovia, de La Rioja, de Alava o de León (Olivares, 2002: 121). Delibes indica que el tricefalismo también puede hacer referencia a la divinidad ctónica de la Keltiké continental que fue *Esus-Cernunnus-Esmertiros* (2001: 151).

Por otro lado, la representación bicéfala del santuario de Peñalba de Villastar (Teruel) se ha asociado con el dios Lug, al que están consagradas las inscripciones que aparecen en dicho lugar, y por tanto se ha relacionado el santuario con su culto (Cabré, 1910: 241-280; Marco, 1986: 749-750; Olivares, 2002: 111ss.), aunque Alfayé y Marco son muy cautos a la hora de establecer los cultos aquí realizados (2008: 516-517). A este dios y al Mercurio celta son las divinidades a quienes Blázquez asocia esta representación (1958:127). Así mismo, piezas similares han sido descubiertas en Alemania, en Leichlingen y en Holgerlingen (Powell, 1958: 165 y 166), en el santuario de Roquepertuse (Cunliffe, 1997: 133) y en Irlanda, en Corleck datada entre el siglo I a. C. y el III d. C. (Green, 2005: 28), dentro de esa denominada cultura celta. Pero al igual que ocurre con la pieza de Montemayor, las representaciones bicéfalas son comunes en otras culturas como las representaciones romanas de Jano son abundantes (Mayoral y Savirón, 2010).

### 13. B. Los grabados

Son conocidos numerosos grabados sobre piedra en el territorio en estudio, pero son escasos los que se pueden datar o asociar a otros yacimientos contemporáneos. Se apartado se ha organizado por procedencia de los grabados.

#### 13. B. a. Grabados de Yecla de Yeltes

Estos se pueden apreciar en varios puntos del poblado, tanto en su interior, como en su exterior en rocas exentas o en los sillares de la muralla (1973: 81ss.; 2008: 232ss.) (Fig. 229-3). Los grabados extramuros son:

13. B. a. 1. “*Los Siete Infantes de Lara*” como es conocida popularmente la laja localizada a cien metros al sureste de la muralla. Está formada por siete caballos y un perro, un signo cruciforme, el inicio de otro y una marca de difícil clasificación. Todos marchan hacia la izquierda y los caballos aparecen en formación de tres, dos, dos y el perro en el plano inferior (Fig. 262).

13. B. a. 2. “*Cacería*”, está emplazada en un sillar rectangular embutido hacia la mitad del paramento externo de la muralla, y la escena consiste en una batida, en la que los jinetes armados con lanzas, persiguen a unos jabalíes, uno de ellos ya herido. Escenas cinegéticas similares se han documentado en el conjunto de grabados de la Edad del Hierro de la región de Côa (Portugal) (Coelho, 2001: 348).

13. B. a. 3. “*Conjuntos de Caballos*”. Este epígrafe agrupa varios sillares o rocas con una recua de caballos. Uno se ubica en el lienzo que forma el callejón de entrada de la puerta principal, donde hay un sillar rectangular con una recua de cuatro caballos. Varios grabados se han localizado en los sillares del lienzo oriental, próximos al portillo del agua, occidental (Fig. 263-2), pasada la puerta en embudo, y meridional (Fig. 263-3). Se documentan otros équidos en un sillar del cubo que defiende la entrada septentrional y en una roca perpendicular a la muralla y extramuros; encontrándose, en este caso, rodeado por varias cazoletas.

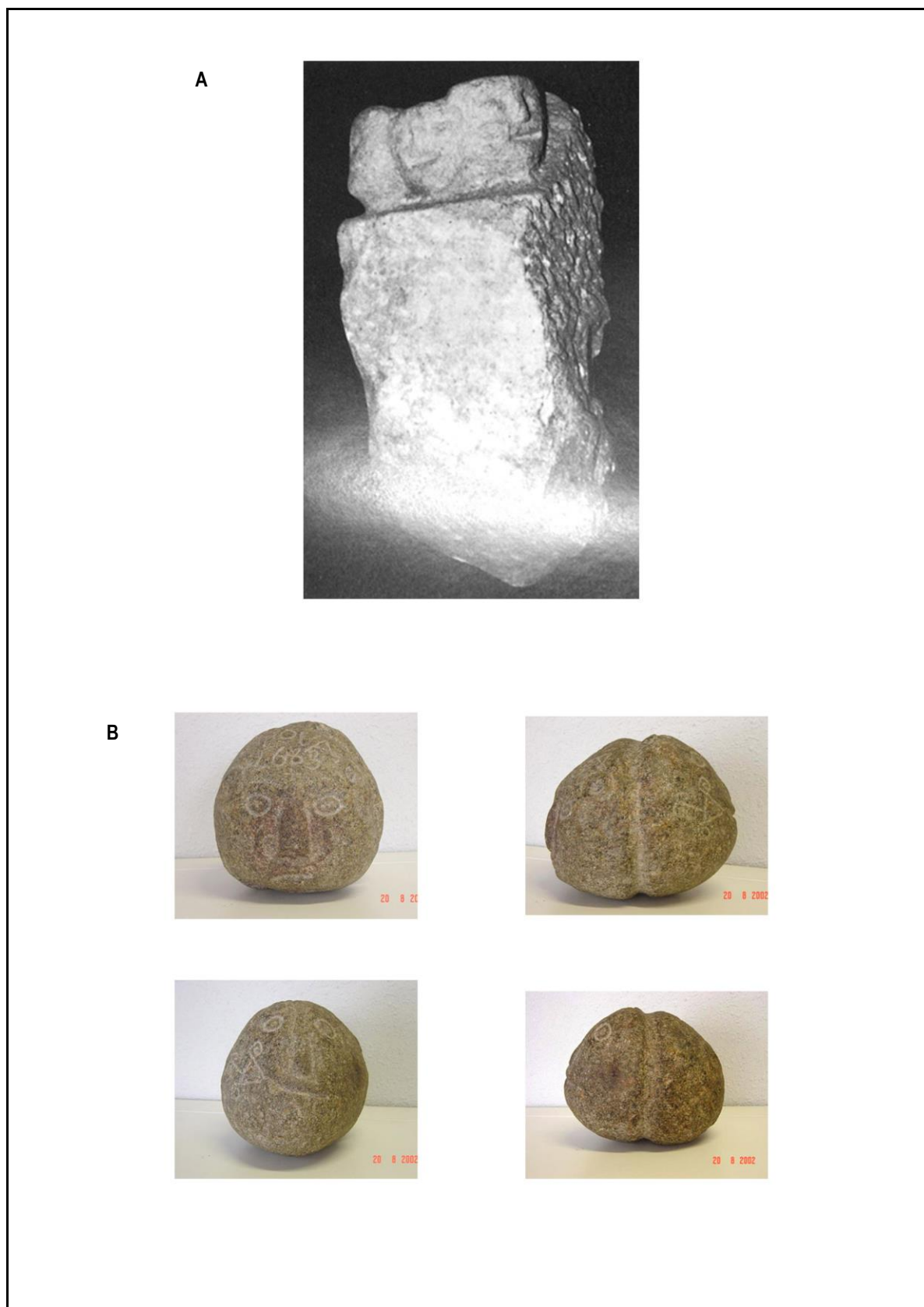


Figura 261: A. Dios tricéfalo de Montemayor. (Según, Blázquez, 1958). B. Jano de Candelario. (Fotografía sacada de la web: <http://www.candelario.info>, 18/5/2010)



Figura 262: Grabado conocido como Los Siete infantes de Lara, Yecla de Yeltes. (Fotografía de la autora, Mayo, 2014)

13. B. a. 4. *Otros conjuntos y figuras aisladas.* Este epígrafe agrupa un elenco de grabados que están cincelados en la misma roca o en los mismos sillares, entre ellas un lobo o canido mostrando sus fauces abiertas.

13. B. a. 4-1. Perpendicular al lienzo oriental, hay una roca en la que se pueden observar ocho caballos, un asno, un felino, una serpiente, un círculo, varias cazoletas sin orden y otras cuatro dentro de una circunferencia, junto a otros signos de difícil interpretación.

13. B. a. 4-2. Al norte de esta peña e inclinada hacia el Varlaña, formando parte de los cimientos de la muralla, contamos con una roca grabada con dieciséis équidos, un cánido, un mustélido, varias cazoletas de distintos tamaños y otros signos (Fig. 263-1).

13. B. a. 4-3. Signos cruciformes que se encuentran en dos peñas al lado de las ruinas de una construcción situada a orillas del Varlaña, teniendo una de ellas otro conjunto asociado, formado por signos cuadrangulares.

La limpieza y la consolidación de la muralla y de los vestigios interiores del castro, así como los trabajos de excavación de las puertas Suroeste y Oeste han dejado al descubierto otra gran cantidad ingente de grabados, en donde se repiten otra vez los mismo motivos antropomorfos, llamando la atención una cierva amamantando a su cría (Fig. 264). Los temas de los grabados intramuros están en varias piedras, todas ellas muy cercanas. Una losa plana, con una representación equina solitaria incompleta por la parte superior; tres piedras con cazoletas, estando

una de ellas enmarcada por una especie de rodete en relieve; otra peña grabada por tres de sus caras, destacando entre los motivos cuatro équidos completos, dos incompletos, tres espiraliformes, una cazoleta central y varias distribuidas sin un orden aparente. La siguiente roca tiene forma prismática y en ella se grabaron seis caballos en su costado septentrional, otro en el meridional y en la parte superior numerosas cazoletas de distintos tamaños y sin ningún orden aparente. A su lado se puede encontrar otra peña de forma piramidal que cuenta con tres laberintos, con una cazoleta central, un caballo y otro incompleto, un idoliforme y otros signos que no se sabe muy bien su interpretación. Hay un sillar, que actualmente se encuentra en un corral del pueblo, cuya representación consiste en un jinete marchando a la derecha de forma muy esquemática.

Estos grabados se han conseguido mediante un piqueteado, que se perfecciona posteriormente con un frotamiento longitudinal que delimita las figuras, dejando el resalte interior del cuerpo de las imágenes. Son muy esquemáticas, ya que sólo se representa el contorno del animal y, en el caso de los caballos la cola. La mayoría presentan una sección en “U”, con sus extremos muy desgastados y el surco más ancho que profundo. Las cruces y los reticulados muestran una sección en “V”, con bordes más angulosos; hechos con un cincel de hierro, distinto al empleado para el resto de los grabados considerándolos posteriores, medievales e incluso alguno moderno (Martín Valls, 1997: 173; Martín Valls y Romero: 2008: 232 ss.). Los estudios realizados en otros conjuntos rupestres de la Edad del Hierro desvelan que una de las técnicas empleadas durante este período para realizar estos grabados es el piqueteado; junto con la incisión y la pintura y que la sección en “U” es una característica de los mismos (Royo, 2005: 178; Royo y Gómez, 2005-06: 300). A modo de paralelo, se puede mencionar el castro de Castelinho (Felgar, Torre de Moncorvo, Portugal). Aquí se han recuperado una ingente cantidad de placas y bloques de pizarra que se caracterizan por el predominio de la imagen del caballo en pesas de telar, pesas de tejado, en empedrados y muros de estructuras, en sillares de la muralla o en rocas sobre las que se asentaba el lienzo defensivo (Sastre *et al.* 2012: 175ss.)

### **13. B. b. Grabados de Las Merchanas**

Fueron realizados mediante la misma técnica que en Yecla (Martín Valls, 1997: 175; Martín Valls y Romero: 2008: 232 ss.) y los motivos no están agrupados formando escenas, sino que se encuentran en los bloques de granito, que forman parte de la hilada de cimentación de la muralla. Debido a su situación, se pueden aglomerar en dos conjuntos:

13. B. b. 1. Un primer grupo se localiza en torno a la puerta sur y los motivos que podemos distinguir son, en su mayoría, geométricos, como una retícula o unos círculos concéntricos. Los motivos reticulares son un motivo clásico en el arte rupestre y la interpretación de su significado ha variado con el tiempo y con la capacidad intelectual otorgada a las diferentes sociedades a las que se atribuyen: redes, casas-cabañas, juegos, mapas de organización espacial, estelas funerarias,... (Valdés, 2009: 168).





Figura 263: Grabados de Yecla de Yeltes 1. 1. Situado en el lienzo oriental. 2. Situado en el lienzo occidental. 3. Localizado en el lienzo meridional. (Fotografías de la autora, 2008)



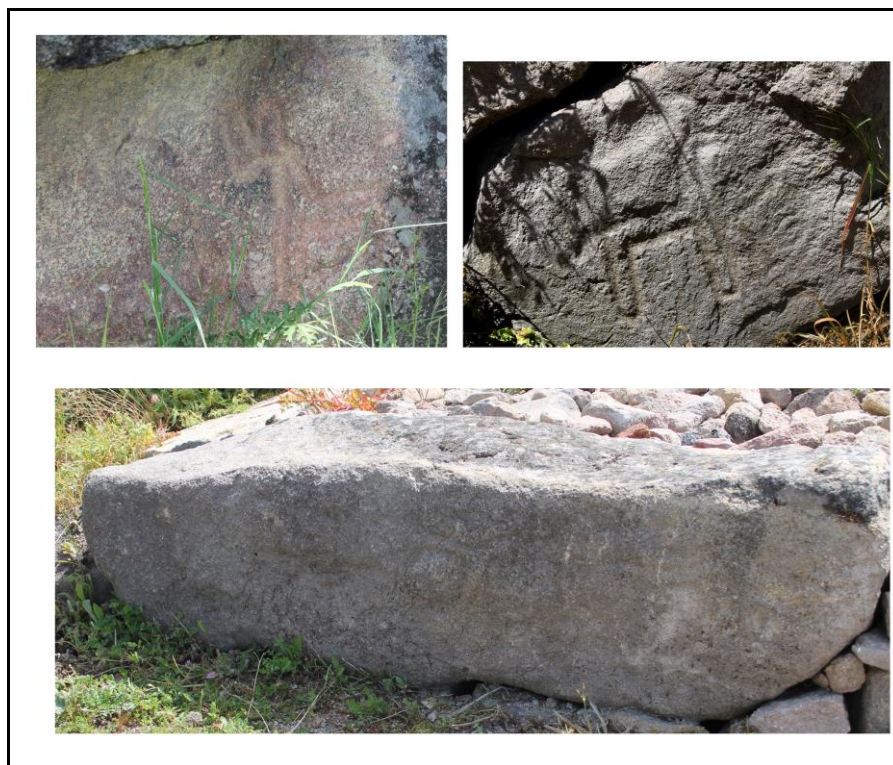


Figura 264: Grabados de Yecla de Yeltes 2. (Fotografías de la autora, Mayo, 2014)

. La primera hilada de piedras del lienzo exterior del torreón cuenta con una animal que se ha identificado en este estudio con una cierva (Fig. 265-2), al compararla con la manera de representar a dicho animal en las estelas funerarias, cuyo estudio se ha realizado en otro capítulo de este trabajo, aunque los investigadores, que la dejaron al descubierto tras los trabajos de recuperación de la muralla, lo identifican con un caballo. Entre los paramentos de la muralla se ha reconocido otro muro intermedio de la misma factura que se levantó para reforzar a la misma; en dicho muro interno se visualiza un grabado reticular (Fig. 265-1) (STRATO, 2005a: 26). Inmediatamente a este torreón se halla el paramento de cierre central que se asocia a una segunda fase de construcción de la puerta meridional, siendo posterior su construcción respecto al torreón citado; en este lienzo se han documentado varios grabados entre ellos una retícula simple (Fig. 265-6), un cuadrado (Fig. 265-4) y un triángulo (Fig. 265-8). El acceso meridional en su última fase de uso está compuesto por dos jambas y un peldaño, que consiste en una losa con un grabado en su superficie, que representa varios círculos concéntricos (Fig. 266-3) (STRATO, 2005a: 29; Vázquez, 2011: 111 ss.).

13. B. b. 2. El segundo grupo se localizan en la puerta oriental del castro, y no difieren de los ya vistos en la puerta sur, repitiéndose los reticulados que presentan diferentes tamaños y configuraciones (Fig. 265-1 al 4, 5 y 7). No obstante, hay motivos distintos como un animal que se ha interpretado como la representación esquemática de un verraco (Fig. 265-5) (Vázquez, 2011: 111 ss.).

### 13. B. c. Grabados de El Castillo de Saldeana

Los trabajos realizados para la musealización del castro de Saldeana, pusieron al descubierto dos grabados sobre dos sillares situados en la base de la muralla. Uno de ellos, desde nuestro punto de vista, debido a su esquematismo guarda parecido con algunos de los prerromanos de Las Merchanas, que se ha visto anteriormente. Consiste en una esvástica destrosa con un reticulado incompleto a su derecha. Otra cruz sinistrosa se ha localizado en otro sillar, unos metros hacia la izquierda de la anterior. Ambos se encuentran cercanos a la única puerta identificada, la Norte, con seguridad del castro (Martín Valls, 2008: 246) (Fig. 266- 1 y 2). Este símbolo se ha documentado en otros materiales recuperados en Yecla de Yeltes, una matriz de barro (Martín, 1919: 409-410); en uno de los sillares de la muralla del mismo castro (Martín Valls, 1973a: 89) y en Salamanca; y Ciudad Rodrigo, en un recipiente cerámico de tradición indígena procedente de Ciudad Rodrigo, (Martín Valls, 1976: 375, Fig. 1). La esvástica se puede observar sobre otros objetos meseteños tales como armas o las cerámicas numantinas (Almagro-Gorbea, 2001: 168).

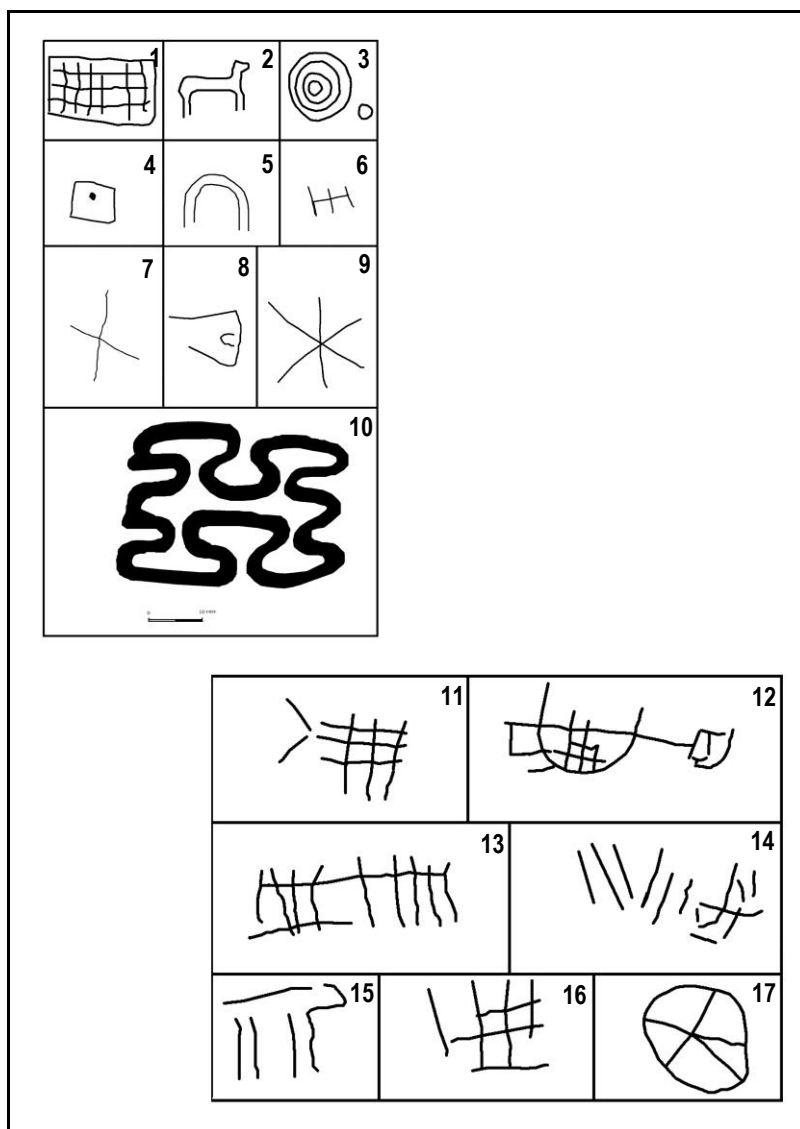


Figura 265: Esquema de los grabados de Las Merchanas. 1-9.

Localizados en la puerta Sur. 10 El localizado por Maluquer. 11-17.

Localizados en la puerta oriental. (Dibujos a partir de los carteles del Museo Arqueológico de Lumbrales)



Figura 266: Grabados. 1 y 2. El Castillo de Saldeana. 3 y 4. Las Merchanas. (Fotografías de la autora, Marzo, 2005 y Abril, 2015)



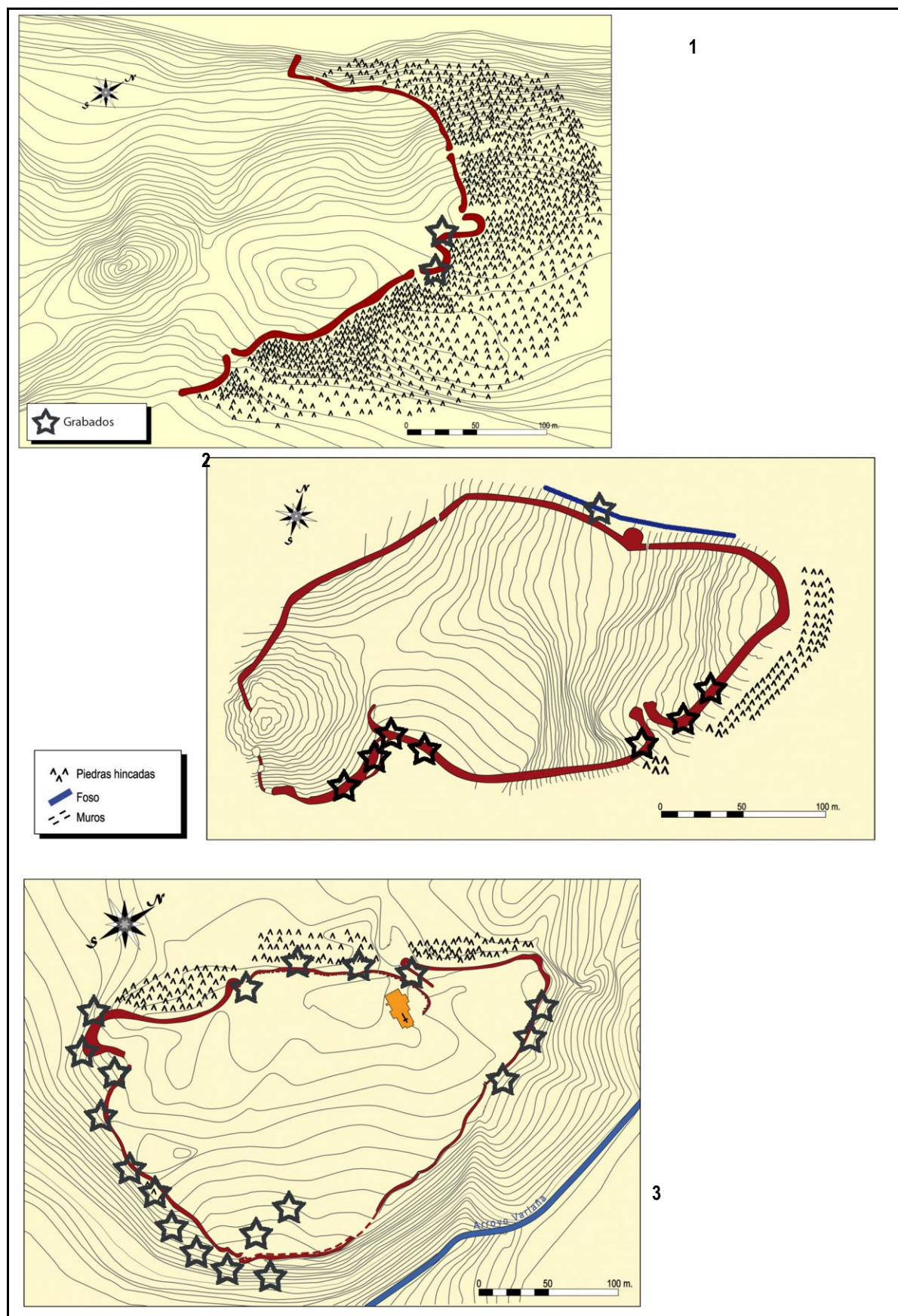


Figura 267: Mapas con la situación de los grabados. 1. El Castillo de Saldeana. 2. Las Merchanas. 3. Yecla de Yeltes. (C. Mateos)



Cabe mencionar dos últimos castros en donde han aparecido grabados. El primero es el de Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero) donde Benet identificó en uno de los sillares del interior un grabado zoomorfo de tipo yeclense (1997). El segundo es el Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires) de donde procede, según el IACyL, una piedra grabada con un caballo y su jinete, caracterizado por su esquematismo y un surco en U.

Por último, Morán localizó en El Cerezo, al sur de Ledesma unos grabados consistentes en una herradura combinada con otros símbolos, pero desafortunadamente no se ha vuelto a documentar (1946; 1950: 613). Esto mismo ocurre con otros localizados por Morán (1940; 1946), por lo que no es factible ni su asociación a alguno de los castros estudiados ni su análisis. Las herraduras suelen estar asociadas a cruces de época cristiana, e incluso en la imaginaria popular suelen ser asociadas a las pisadas del caballo de Santiago; por lo que sin poder estudiar el complejo es difícil pensar en una cronología del Hierro, a no ser que esos otros símbolos de los que habla Morán sean similares a otros documentados y datados en la Edad del Hierro (Morán, 1950: 613; Almazán, 1994; Erkoreka, 1995: 232; Soler, 2002: 79,...).

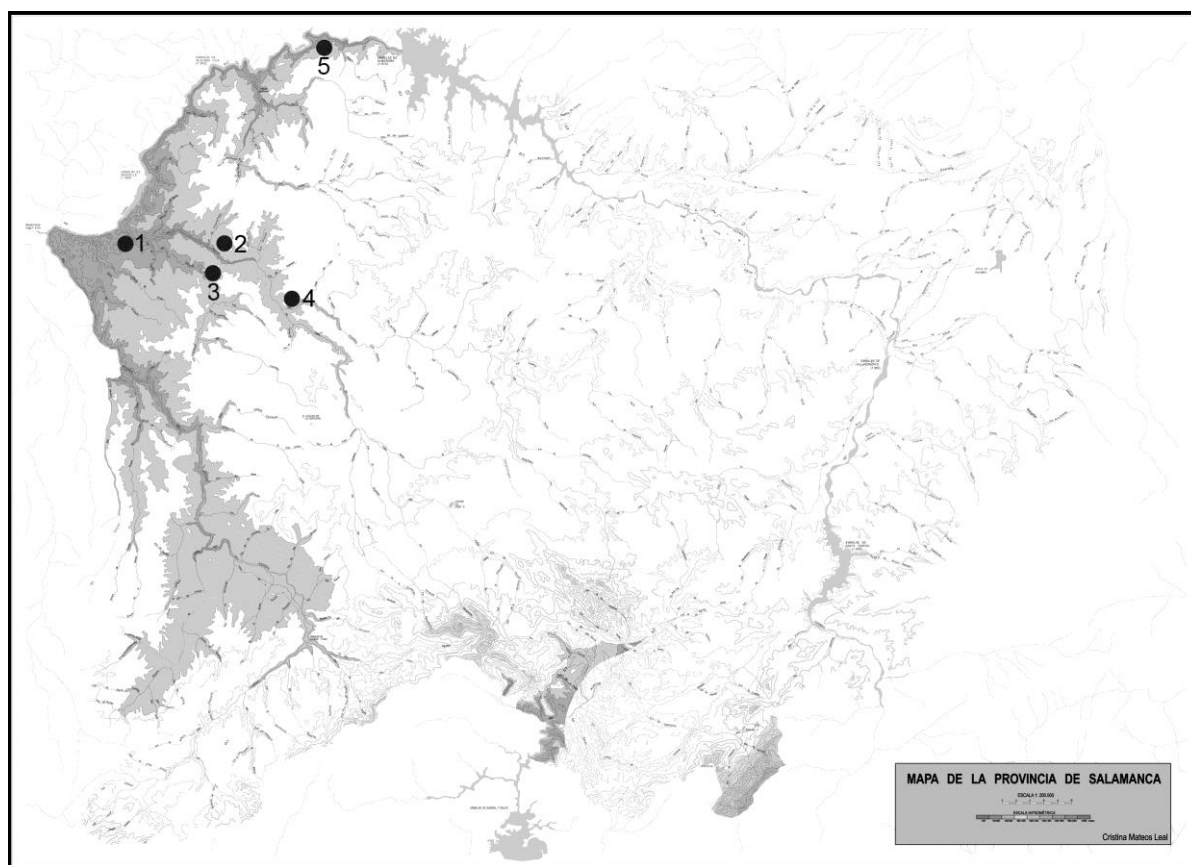


Figura 268: Mapa de dispersión de los grabados. 1. Moncalvo. 2. Saldeana. 3. Las Merchanas. 4. Yecla de Yeltes. 5. Teso de San Cristóbal. (C. Mateos)

El mapa de dispersión de los grabados muestra su concentración en la zona Noroccidental del territorio, sobre todo siguiendo los valles de los ríos Yeltes, Huebra y Camaces, siendo la excepción el documentado en el Teso de San Cristóbal que estaría en relación con el Tormes (Fig. 268). Respecto a su cronología, Morán (1946: 158) y Martín Jiménez (1919: 406) las situaban en la Edad del Bronce. López-Cuevillas (1951: 81), Cabré (1930b: 171) y Martín Valls (1973: 98) las asociaban a la etapa prerromana de los castros y, por último, Maluquer mantenía que fueron realizados durante la etapa romana de los mismos (1956: 128).

Los grabados de Las Merchanas (Fig. 267-2), de El Castillo de Saldeana (Fig. 267-1) y de Yecla de Yeltes (Fig. 267-3) están situados en sillares de sus murallas. Tan sólo, de momento, en el último caso contamos algunas en las rocas sobre las que se levanta su muralla o en peñas situadas en el interior del recinto. Martín Valls expuso que la fecha tanto de unos como de otros debía ser posterior al siglo V a. C., momento a partir del cual se ha datado la muralla (1973: 97). La cronología, siglos V-IV a. C., para los grabados aportada por las excavaciones llevadas a cabo en Las Merchanas (STRATO, 2005a: 34) apoyarían la adscripción de gran parte de los motivos a la Edad del Hierro. Por otra parte, tanto el empleo de la misma técnica para su realización como el repertorio iconográfico concuerdan con otras representaciones del arte rupestre de la Edad del Hierro registrados en la región de Côa (Portugal), en el curso medio y alto del Duero, en el Arroyo del Arcajo (Zaragoza), en el poblado celtibérico del Puntal del Tío Garrillas (Pozondón) o en la estela de Torre Cremada (Valdetormo) (Coelho, 2001: 348; Royo, 2005; Moret *et al*, 2007: 98ss.). De hecho, los de Yecla de Yeltes guardan una similitud estilística con las representaciones del núcleo gallego (Royo, 2005: 168). Así, las características marcadas para este arte en este período han sido definidas por Royo (2005: 178) y son:

- Predominio de la técnica del piqueteado, junto el empleo de la incisión y la pintura.
- Arte esquemático y/o figuras naturalistas más o menos estilizadas, con poco detalle anatómico.
- Los repertorios iconográficos habituales son los antropomorfos (guerreros, cazadores o jinetes); los zoomorfos (caballos, ciervos, jabalíes y, en menor medida, toros, perros lobos y otros cuadrúpedos); armamentístico (lanzas, espadas, cuchillos, alabardas, escudos, cascos,...); estructuras (representaciones geométricas que se corresponden a casas o poblados); geométricos (reticulados y zig-zags); figuras abstractas (espirales, pentalfas, soliformes, esvásticas); y epígrafes (signos aislados o inscripciones en las principales lenguas).
- Motivos agrupados, formando escenas, o aislados.
- Realización en paredes y suelos de abrigo, en rocas o al pie de farallones o acantilados rocosos, siempre al aire libre.

Pero no sólo se puede fechar estas representaciones por estas características sino que también hay que recurrir a la comparación con otros objetos del registro arqueológico, tales como armas, adornos, monedas, cerámicas,...., que sí estén datados, tanto desde el punto de vista temático como estilístico o a grabados que se encuentren en un contextos arqueológicos cerrados, como puede ser el caso de Las Merchanas o los paneles grabados aparecidos en un nivel celtibérico, fechado entre los siglo IV-III a.C., en el Puntal del Tío Garrillas (Pozondón, Teruel) (Royo, 2005: 176).



Figura 269: Piedra con cazoletas reaprovechada en un muro de cronología medieval de Yecla de Yeltes. (Fotografía de la autora, Mayo 2014)

Otro tema recurrente en el arte rupestre son las cazoletas que forman parte de muchos santuarios supuestamente fechados en la Edad del Hierro. Por ejemplo, en Yecla de Yeltes (Fig. 230), el Picón de la Mora (Mateos *et al.*, 2005-06), el Teso de San Cristóbal (Benito y Grande, 1994), La Cueva de Las Cazoletas (Monreal de Ariza, Aragón) (Royo y Gómez, 2005-06: 307) o en El Teso de la ermita de La Virgen de El Castillo (Benito y Grande, 2000: 116-119). Además, y como se tratará en detalle en su apartado correspondiente, se han documentado cazoletas en varios verracos del territorio, casi siempre en su dorso, y pertenecientes al tipo 1, cuya cronología oscila entre el siglo IV y el II a. C. (Álvarez-Sanchís, 1999: 266), como es el caso de los verracos de Berrocal de Padierno (Maluquer, 1956: 52), de La Redonda (López, 1989: 95), de Masueco (Ibídem, 1989: 96) o de Monleón, aunque cabe la posibilidad de que sean de realización posterior. Este hecho no se limita a

los salmantinos, sino que hay muchas esculturas repartidas por las provincias de Zamora, Tras-os-Montes, Segovia, Cáceres,... (López Monteagudo, 1989), en las cuales se pueden observar y que se han interpretado como elementos donde se vertían libaciones en época prerromana.

La situación de los grabados en los sillares de las murallas hace pensar en un carácter protector de los mismos, igual que las esvásticas representadas en las jambas de las puertas del castro de Rubias, en un horno de Santa Tegra y en un enlosado de San Cibrán das Lás e incluso el grabado de una oveja, en la cara interior de una cabaña del castro de Sanfins, fue interpretado como un símbolo de protección que hacía referencia a los depósitos votivos en forma de sacrificios de animales cuando se procedía a la construcción de las cabañas, para ahuyentar a los malos espíritus (López-Cuevillas, 1989: 321). No obstante, en el caso de Yecla de Yeltes, se baraja una dualidad de significados: por una parte imágenes protectoras, pero también símbolos de riqueza. La mayoría de las formas presentes en este castro, se corresponden con équidos, los cuales constituyen uno de los grupos animalísticos más representados en el centro-norte de la Península en diversos objetos tales como cerámicas, morillos, exvotos, pesas de telar, en remates decorativos de mangos de cuchillos, empuñaduras de falcatas, remates metálicos de estandartes o báculos, fibulas, anillos, monedas, broches y placas de cinturón,... (Blanco, 2003: 75ss.; Royo, 2005). La imagen el caballo se ha interpretado como un símbolo de *status* social y del elevado nivel económico de su propietario, relacionándolo con las élites ecuestres. De hecho, está constatada la progresiva importancia que van adquiriendo las clases ecuestres en Hispania a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, hasta convertirse en el grupo social rector de los grandes *oppida*, constituyendo los diversos objetos mencionados, sobre todo los metálicos, una forma de distinción social (Brun, 1995: 20; Blanco, 2003: 88; Royo, 2005: 192). Este mismo hecho se observa en otros territorios como *La Galia* en donde las ricas tumbas de la región de Marne muestran que el carro y el caballo fueron empleados como símbolos de prestigio (Ritchie y Ritchie, 1995: 38-42). Quesada y Blánquez consideran la posibilidad de que los exvotos de caballos encontrados en el santuario de El Cigarralejo no indiquen que la deidad a la que se consagró fuera la Epona celta o la *Despote Hippon* cretense, sino que habría que entenderlos en el contexto de una sociedad con una aristocracia ecuestre y el papel que desempeñaría el caballo en la economía diaria como ayuda en las labores agrícolas, en el comercio, en el transporte,... (1999: 188-89; Blasco, 2008: 128).

Por tanto, la representación de tantos animales, sobre todo el caballo, en la muralla de Yecla, nos adentra en la imaginaria del poder. Es decir, es posible que fueran un indicador de la riqueza de las clases pudientes del castro; cuya base podría ser una gran cabaña ganadera, ya que como se ha indicado, la prosperidad de este castro se basaría tanto en el aprovechamiento agrícola, como, sobre todo, en el ganadero tanto de su territorio inmediato como de las tierras los posibles asentamientos subordinados al mismo. En relación a esto, Royo propone que la representación de caballeros aislados se puede corresponder al uso diario de los équidos en la actividad ganadera (2005: 192); hecho que se puede comparar con el uso del caballo para conducir a los rebaños de bovinos en el

mundo castellano. De hecho, durante la Edad Media, los caballeros pardos de la ciudad de Salamanca eran aquellos encargados de vigilar y conducir los rebaños y, en época de guerra o *razías*, de entrar en combate. Sólo unos pocos tenían acceso a este estatus ya que no toda la población se podía permitir un caballo.

Por otra parte, el carácter apotropaico de la imagen del caballo por sí misma se basa en el indudable valor religioso y ritual que entre los pueblos célticos y paneuropeos tuvo este animal, como han demostrado los contextos ritualizados donde ha aparecido dicho animal (Green, 1997a; Marco, 1988: 120-121). Restos de équidos se han documentado, formando parte de ceremonias rituales practicadas por los galos, desde finales del siglo IV a. C. como por ejemplo en los santuarios de Ribemont-sur-Ancre o de Gournay-sur-Aronde (Gabaldón, 2003: 220ss.). También en los santuarios prerromanos de La Galia Meridional el caballo fue representado en pilares y dinteles (Cunliffe, 1997: 202). Por otro lado, la existencia de *simpula*, cuyo mango fue rematado con imágenes de cabezas de caballos y de toro, procedentes de las necrópolis de Palenzuela (Martín Valls, 1990: 162) y de La Hoya (Llanos, 1989: 19), llevan a pensar a Blanco García que los ritos, en donde intervenían dichos cazos, tenían a ambos animales como centro de la ceremonia (2003: 95). Dichas ceremonias vienen recogidas en las fuentes clásicas como Estrabón (*Geogr.*, III, 3, 7), Silo Itálico (*Ab. Urb., Con.*, III, 4, 361), Livio (*Per.*, 49) o Horacio (*Odas*, III, 4, 34). Esta asociación con el mundo paneuropeo es debido a que hay muchos rasgos comunes en la cultura peninsular del interior y la cultura celta europea como ya se ha comentado a lo largo de este capítulo y se verá en otros; en el caso de los grabados, el arte rupestre peninsular del Hierro tiene características similares con otros núcleos alpinos situados por los valles montañosos entre el SE de Francia y el N. de Italia (Royo, 2005: 158). Situados en este contexto, la principal divinidad relacionada con los équidos en este mundo celta es Epona y su culto ha podido ser documentado en la Península Ibérica (Elorza, 1970; Marco, 1997: 163; Celestino, 2002: 24-26). El carácter sagrado de la diosa que aquí interesa es el doméstico, como protectora del ganado, de la prosperidad y de la abundancia (Alvar, 2000; Green, 1993: 468). Por tanto, se podría relacionar la imagen del caballo con la protección de la economía de los pueblos prerromanos.

Para terminar, respecto a los cruciformes, se han interpretado como un símbolo empleado para cristianizar el lugar como ocurre en otros tanto sitios durante la época del cristianismo primitivo, cuando todavía no había iglesias y los fieles cristianizaron los lugares paganos, que seguían considerando sagrados, grabando estas cruces. De hecho, hay autores que defienden esta hipótesis para santuarios protohistóricos como por ejemplo el de Panóias, en Vila Real (Portugal) (Rodríguez Colmenero, 1999: 86), el de Los Aulagares, en Zalamea La Real (Huelva) o “La Mesa de Los Curas” emplazada al suroeste de La Fregeneda (Salamanca) (Benito del Rey y Grande del Brío, 2000: 133-136). Así mismo en el santuario celtibérico de Las Cueva de las Cazoletas, los cruciformes se han puesto en relación con este hecho, que comenzó en Aragón entre los siglos X y XII y vuelve a reproducirse a partir del siglo XVI hasta el XVIII en ambientes rurales (Royo y Gómez, 2005-6: 305 y 313). Estos motivos también aparecen en otros sitios como dólmenes o pinturas prehistóricas como



en la cueva de Cholones (Priego de Córdoba), o en los abrigos de Palla Rubia (Pereña, Salamanca) o Piedra de Cera (Lubrín, Almería) (Fortea, 1970: 154). Por tanto, las cruces pueden no ser signos contemporáneos al resto de los grabados sino elementos de época cristiana, que solían emplearse como signos transformadores de los lugares sagrados paganos cuando el clero no conseguía desterrar de forma definitiva las antiguas creencias (Fortea, 1970: 154; Benito y Grande, 2000: 133-136; Royo y Gómez, 2005-06: 305ss.).

A modo de conclusión, sobre los elementos emblemáticos estudiados se ve como una y otra vez se recurre continuamente se ha referido al mundo celta para explicar el significado de estas esculturas y es que una vez más, el arte hispanocelta muestra los influjos y contactos con el arte de Hallstatt y de La Tène en cuanto a iconografía e ideología (Almagro, 2001: 159; Martín, 2001: 123).

### 13. C. Verracos

Entre las evidencias arqueológicas con entidad propia de los pueblos que habitaron el occidente meseteño durante la II Edad del Hierro, no pueden dejar de citarse un tipo de esculturas zoomorfas y graníticas, a menudo de gran tamaño, que se extienden por todo el territorio ocupado por los *vettones* y sus áreas periféricas, los verracos (Álvarez-Sanchís, 2003).

Durante el estudio de estos han surgido una serie de inconvenientes importantes que han dificultado su interpretación:

- La ausencia de contextos arqueológicos de aparición, por lo que se carece de toda la información que la metodología arqueológica aportaría, excepto en casos muy puntuales como San Vicente de Ávila (Gutiérrez, 1999 y Martínez y Murillo, 2003).

- La falta de excavaciones en la mayoría de los castros, en donde puede que se encuentre todavía ejemplares enterrados, como ha sucedido en Yecla de Yeltes o en Las Merchanas (La Gaceta, 1999 y 2009).

- La remoción tradicional de las piezas desde su contexto original, ya que son escasas las ocasiones en que se comprobado que se conserven *in situ*. En este sentido los estudios del profesor Gregorio Manglano ha supuesto un gran avance al demostrar tal suposición con los primeros datos científicamente comprobados gracias a las litologías de canteras y verracos (Manglano, 2013; Manglano *et al.*, 2014: 64)

- La destrucción sistemática de estas esculturas en 1835 por orden del gobernador José María Cambrónero, que las consideró un signo de ignominia, mandados colocar en tiempo de Carlos I en las ciudades comuneras (Morán, 1942: 251). Este hecho ha dificultado su estudio aún más, entre otros motivos porque no hay constancia de cuántos se destruyeron exactamente, dónde estaban, sus características,...

- La reutilización de otros ejemplares como piedras de cantería, a veces cortados o retallados. Estos se han empleado para construir cercas, caso de los dos toros del Berrueco Esto

mismo ha sucedido en otros territorios como en Ávila, en donde se encuentran reutilizados a modo de jambas en un caserío inmediato al castro de Las Cogotas (Blázquez y Rodríguez, 2004: 353, Fig.177) o se destruyeron y reutilizaron en las casas nobles y en la muralla medieval de Ávila (Rodríguez Almeida, 1981).

- La destrucción intencionada de muchas de ellas en época recientes, como es el caso del verraco de La Legoriza o El Payo, ambos triturados. El primero fue incluido en el hormigón de la cimentación de la piscina del campamento de la zona y el segundo fue empleado para el engravado de la carretera (Maluquer 1956: 92, nota 64; Sánchez Palencia *et al.* 2000d: 64).

Estos problemas dificultan su estudio, ya que todos han provocado la pérdida de una gran cantidad de datos que en la mayoría de los casos no se podrán recuperar. No obstante, un primer paso en el estudio de este elemento puede ser una clasificación morfológica, dado que eso forma el rasgo principal de los identifica.

### **13. C. a. Morfología de los verracos**

Estas esculturas se tallaron en bloques de piedra, empleando el material más fácil de conseguir en el propio entorno del poblado. En la mayoría de los casos estudiados esta materia prima es el granito. Diversos investigadores han llevado a cabo varios estudios estilísticos sobre estas imágenes, por lo que en este epígrafe tan sólo se va a describir escuetamente sus características (Arias *et al.*, 1986: 11ss.; Martín Valls, 1997; Álvarez-Sanchís, 2003: 231ss.). Así, lo primero que se debe exponer es la división tradicional de estas figuras, a partir del tipo de animal representado en tres grandes grupos:

13. C. a. 1. Toros

13. C. a. 2. Suidos

13. C. a. 3. Indeterminados

#### **13. C. a. 1. Toros**

Siguiendo la clasificación realizada por Álvarez-Sanchís (2003: 213 ss.) se subdividen a su vez en cinco categorías, aunque tan sólo se señalarán aquellas que han sido identificadas en el territorio de estudio:

Grupo 1. Se caracterizan por sus grandes dimensiones, superando los dos metros de longitud. Siempre se diferencia la cara superior del tronco y se realiza los volúmenes que componen la grupa, el espinazo, el morrillo y el arranque de las extremidades. Tienen representados las cornamentas y las tablas, así como la papada, las orejas, la mandíbula, los órganos genitales, las pezuñas, las rodillas, los antebrazos y la testuz. La cola no siempre se talla, pero cuando se hace, se sitúa en el anca izquierda. Otros ejemplares pertenecientes a esta categoría y análogos a los salmantinos se pueden encontrar en Ávila (Las Cogotas, La Mesa de Miranda, Ulaca o Guisando), en

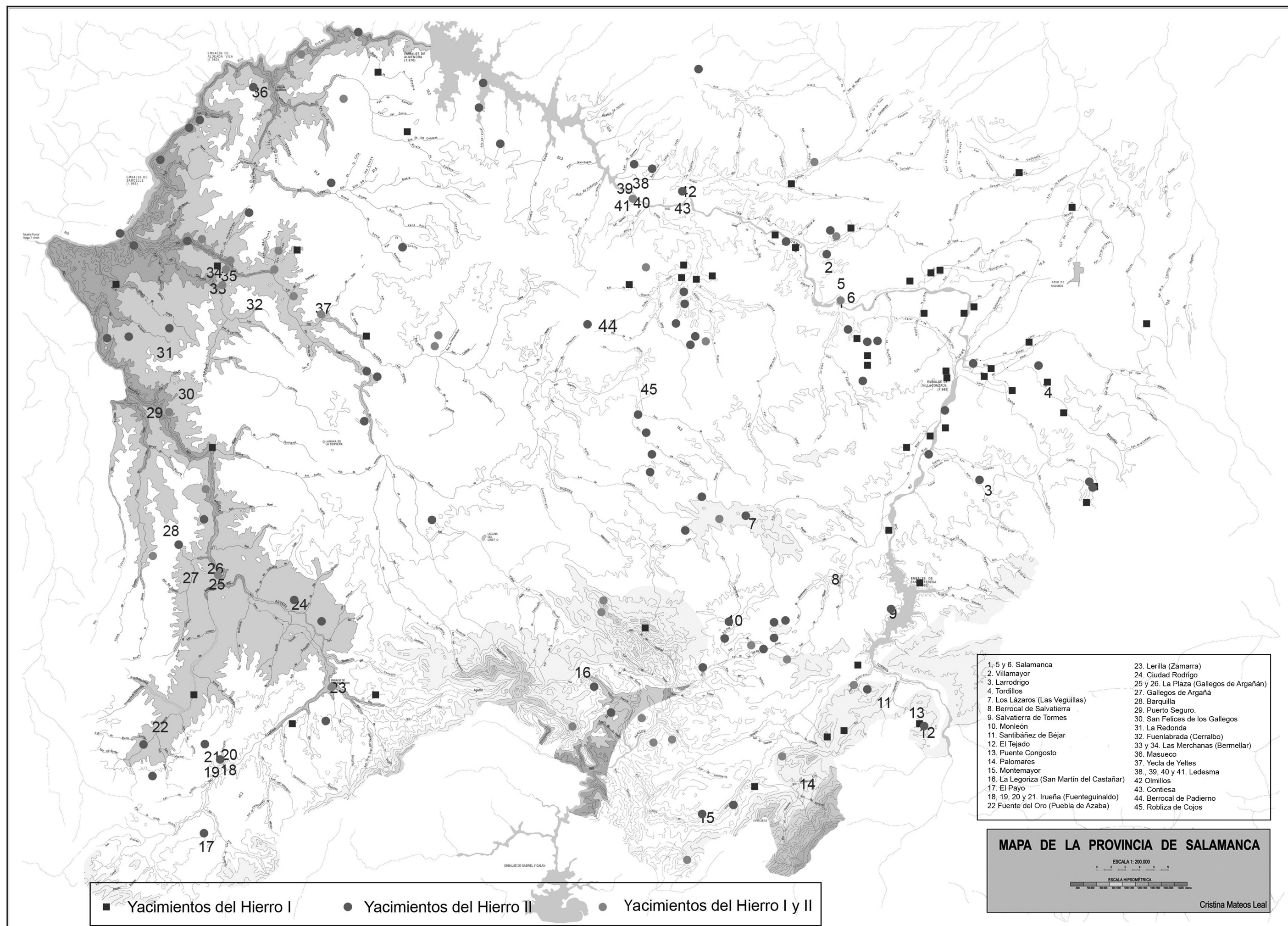


Figura 270: Dispersión de los santuarios (C. Mateos).

Cáceres (Segura del Toro), en Zamora (Villardiegua de la Ribera, Toro o San Vitero) o en Segovia (Álvarez Sanchís, 1999: 231).

Los verracos pertenecientes a este grupo documentados en el territorio son los siguientes:

- Toro de granito situado intramuros, en el extremo Suroeste del castro de Irueña (Fuenteguinaldo) (López Monteagudo, 1989: 94, nº 168, Lám. 58; Maluquer 1956a: 63). Actualmente se conserva allí (Figs. 271-1 y 270).
- Toro de granito, en cuyo dorso se aprecian varias cazoletas. Hallado en las inmediaciones de Salamanca o en su solar (López Monteagudo 1989: 97-98, nº 181, Lám. 62; Maluquer 1956a: 101-102; Martín Valls *et al.*, 1991: 145-147, 153-155). Está ubicado, en la actualidad, al comienzo del Puente Romano de la ciudad (Figs. 271-2 y 270).
- Toro de granito con una serie de cazoletas labradas en el lomo. Se encuentra *in situ* en la dehesa conocida con el nombre de Berrocal de Padierno (López Monteagudo 1989: 98, nº 184, Lám. 63; Maluquer 1956a: 52; Morán 1942: 250). Fue localizado entre unos berrocales, cerca de un arroyo permanente en años hídricos normales<sup>101</sup> (Figs. 271-3 y 270).
- Toro de granito emplazado en un prado conocido como “Prado del Toro”, al Sur del cerro de El Berrueco, entre el yacimiento de Los Tejares y el pueblo actual. La hipótesis de López y Martínez es que enmarcaría la entrada del yacimiento, junto al otro verraco que se menciona aquí (2009: 120). Sus fragmentos se conservaban embutidos en un cerro próximo a La Fuente del Colorín, pero en la actualidad están ubicados en el pueblo de El Tejado (López Monteagudo 1989: 98-99, nº 185; Maluquer 1956a: 115-116; López y Martínez, 2009: 120). (Figs. 270-3 y 270)
- Toro de granito. Procede del castro de Las Paradejas (Medenilla, Ávila). Se puede ver en el pueblo Puente Congosto<sup>102</sup> (Figs. 272-1 y 270).
- Toro de granito emplazado en el pueblo de Monleón. Tradicionalmente se ha asociado a un cerdo (López Monteagudo (1989: 97, nº 178, Lám. 62; Maluquer 1956a: 89), pero el verraco muestra una papada muy clara, característica de los bóvidos. A lo largo del lomo presenta el mismo tipo de cazoletas, pequeñas, observadas en el ejemplar de Berrocal de Padierno. Actualmente se puede contemplar en la puerta de la muralla del pueblo (Figs. 272-2 y 270).

<sup>101</sup> Información obtenida de los actuales dueños de la finca Vaquerín S. A.

<sup>102</sup> <http://www.castrosyverracos.com> (06/05/2011)



Figura 271: 1.Cabeza y basa del verraco de Irueña (Fotografía de López Monteagudo, 1989). 2. Vista lateral y trasera del verraco de Salamanca (Fotografías de la autora, 2007). 3. Toro de Berrocal de Padierno. (Fotografías de la autora, 2007)



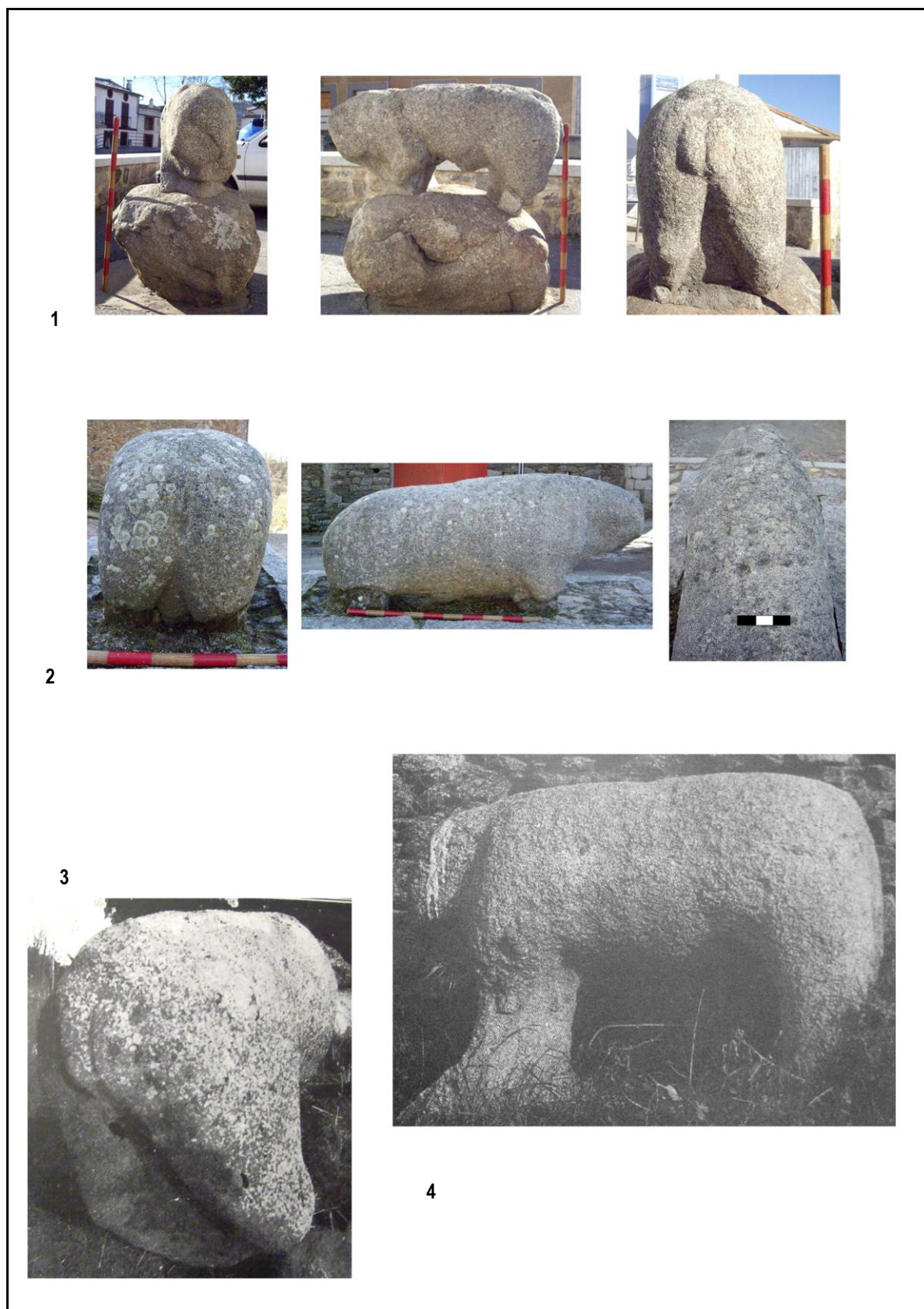


Figura 272: 1. Verraco de Puente Congosto (Fotografías de la autora, 2008). 2. Verraco de Monleón. Vista trasera, lateral y del lomo, donde se pueden apreciar las cazoletas (Fotografías de la autora, 2007). 3. Fragmento del verraco de El Berrueco. (Fotografía de Morán, 1924: Lámina IV). 4. Verraco de Olmillos. (Fotografía de López Monteagudo, 1989)

Grupo 3. El tamaño de sus ejemplares varía entre los 0,90 y 1,50 m. de longitud. La característica principal viene dada por una mayor simplicidad en la labra de sus atributos, de modo que se tiende a formas menos redondeadas, más cúbicas y geométricas, predominando los perfiles rectos. Su cabeza y su cuello apenas se individualizan, hasta el punto de ser difícil distinguir las mandíbulas y la testuz. Las orejas y la cornamenta no se representan, aunque la papada se esculpirá muy pronunciada. Tan sólo contamos para el marco geográfico que aquí atañe con un ejemplar tallado en granito, procedente de la dehesa de Olmillos (Juzbado) (Morán 1946:117; Maluquer 1956a: 69). En la actualidad se conserva en el mismo emplazamiento (Álvarez-Sanchís, 1999: 361). (Figs. 272-4 y 274). Otros ejemplares pertenecientes a este grupo se han documentado en la provincia de Ávila (Arévalo, Tornadizos, Dehesa de Guterreño, Bernuy-Saliner o Riofrío), Zamora (Muelas de Pan, San Mamede o Villarcampo) o Toledo (Totánés, Gálvez y Puebla de Montalbán) (Álvarez Sanchís, 1999: 237).

Grupo 6. Formado por esculturas de toros de tipo indeterminado:

- Verraco de gran envergadura y rasgos toscos tipo Irueña que fue incluido en el hormigón de cimentación de la piscina del campamento de la zona de La Legoriza (San Martín del Castañar) (Sánchez Palencia *et al.*, 2000d: 64) (Fig. 270). Esta efigie se podría asociar al yacimiento de Los Malvanes, ya que la distancia entre ambos podría oscilar entre los 4 y 5 km.<sup>103</sup> Estas medidas entraría dentro de los parámetros empleados en el estudio para establecer la superficie de caracterización económica del entorno de los castros y de los verracos.
- Efigie aparecida al Sur de El Berrueco, entre el yacimiento de Los Tejares y la población actual. Esta figura estaba fracturada en tres partes y aunque ha sido restaurada, está muy deteriorada y erosionada, faltándole los detalles anatómicos de su parte posterior. Su cabeza presenta dos profundas incisiones circulares formando los ojos. Actualmente es propiedad de D. José Luis Sánchez Izquierdo y no es visitable. (Maluquer, 1956a: 115-116; Álvarez-Sanchís, 1999: 363) (Fig. 270)

### 13. C. a. 2. Suidos

Siguiendo, de nuevo, la tipología planteada por Álvarez-Sanchís (2003: 213ss.), los subtipos identificados de suidos serían cuatro, aunque en el área en estudio sólo se han documentado los tres primeros:

Grupo 1. Estos verracos se caracterizan por sus grandes dimensiones, que oscilan entre 1,50 y 2,15 m. de longitud, y una talla tan cuidada, que se marca claramente sus rasgos: ojos, orejas, corvejones, espinazo, que recorre el lomo y el cuello, rabo, genitales y patas. Sus extremidades se pueden encontrar en posición avanzada, como en el caso de las esculturas de Ciudad Rodrigo o

<sup>103</sup> Calculado con las herramientas del programa del SIGPAC.

Gallegos de Argañán, o estática, como se aprecia en uno de los verracos de Ledesma. Ejemplares análogos se documentan en Torralba de Oropesa, en Las Cogotas, en Caparra, en Villar de Pedroso, en Segovia y en la comarca de Tras-os-montes en Bragança, Vila Flor, Picote o Murça de Panoias (Álvarez Sanchís, 1999: 246).

A continuación se detallan los ejemplares del territorio salmantino:

- Cerdo de granito situado en plaza que hay frente al Castillo de Enrique II, en Ciudad Rodrigo (López Monteagudo 1989: 93, nº 166, Lám. 58; Maluquer 1956a: 60). No obstante, Morán señala que estaba en las inmediaciones del puente de dicha ciudad (1950: 611). (Figs. 270 y Fig. 273)
- Cerdo de granito desenterrado en el solar del pueblo de Gallegos de Argañán. Se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Salamanca (López Monteagudo 1989: 94, nº 170, Lám. 59; Maluquer 1956a: 66) (Figs. 270 y 274)



Figura 273: Verraco de Ciudad Rodrigo. (Fotografía de la autora, 2007)

- Cerdo de granito con el dorso cubierto de cazoletas. Descubierto en el paraje conocido como “Molino caído” en La Redonda (Morán 1923:95; Maluquer 1956a: 94; López Monteagudo 1989: 95). Está depositado en el Museo Provincial de Bellas Artes de Salamanca (Figs. 275-1 y 274).



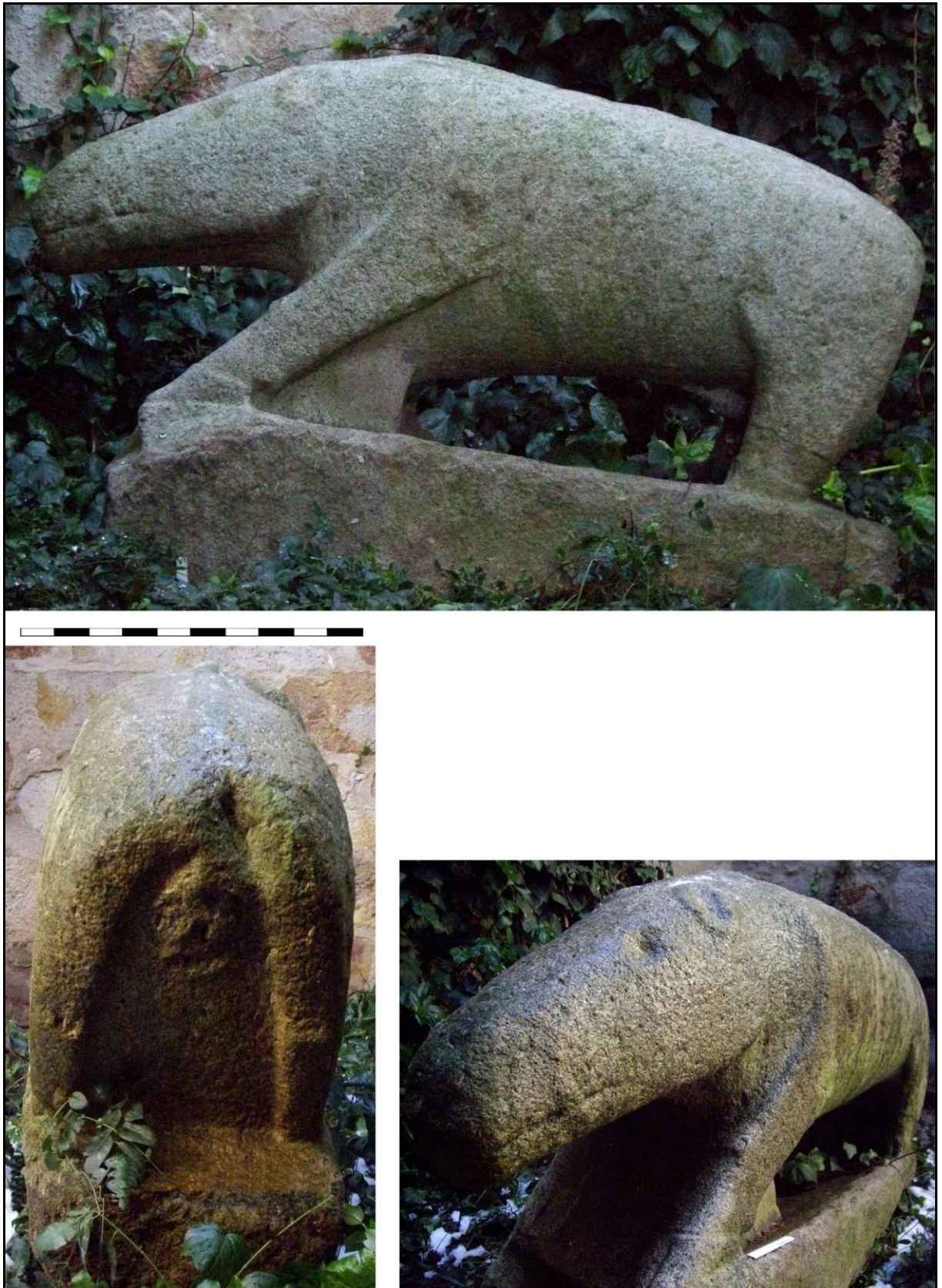


Figura 274: Verraco de Gallegos de Argañán. (Fotografías de la autora, 2008)



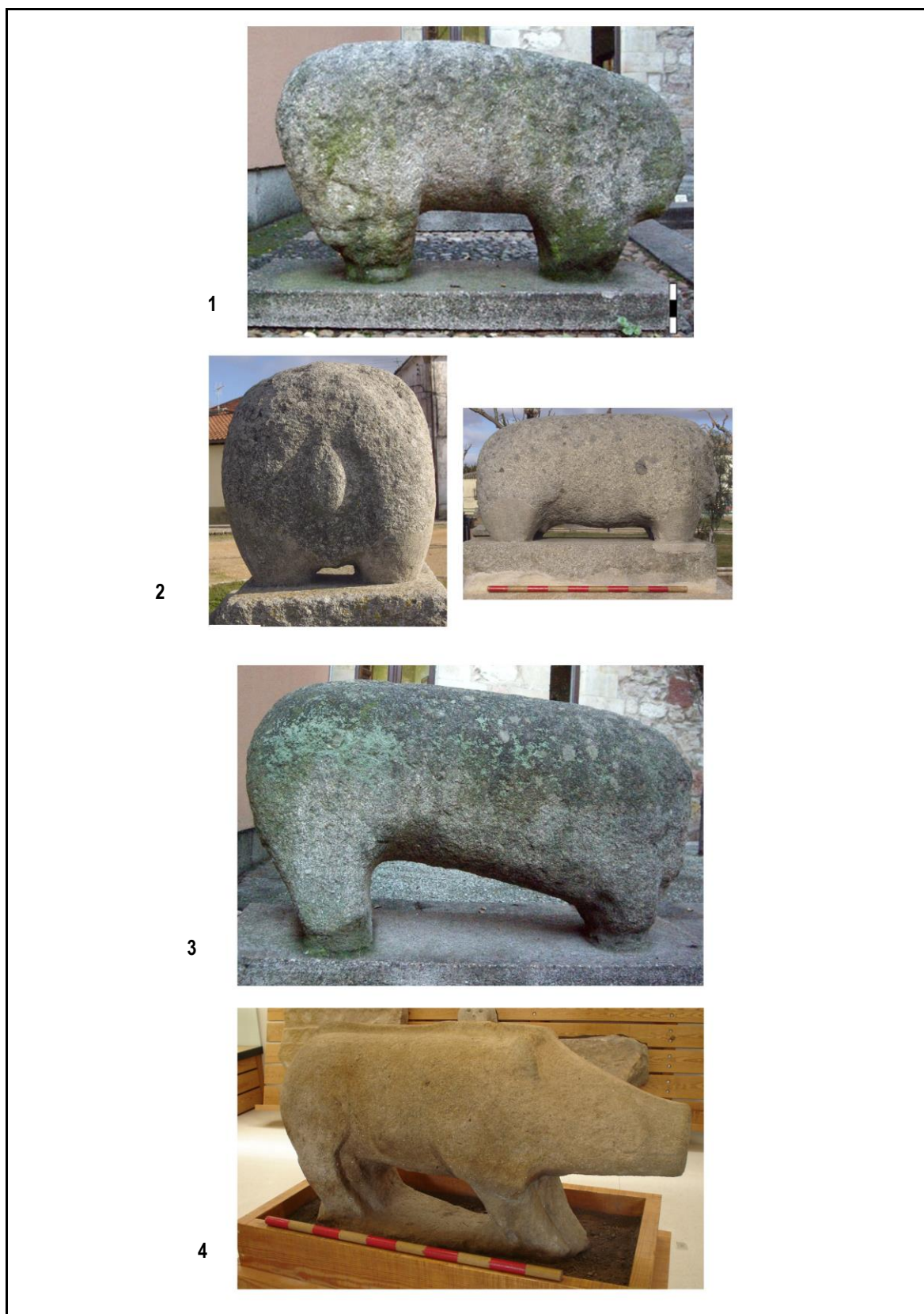


Figura 275: 1. Verraco de La Redonda (Fotografía de la autora, 2008). 2. Verraco de Ledesma. Vista lateral y trasera (Fotografías de la autora, 2007). 3. Verraco de Masueco. (Fotografía de la autora, 2008). 4. Verraco de Yecla de Yeltes (Aula arqueológica de Yecla de Yeltes) (Fotografía de la autora, 2005).



- Cerdo de granito aparecido a 1km. al norte de Masueco, en la salida hacia Aldea Dávila y junto al antiguo camino de Corporario (Morán 1926: 51; Maluquer 1956a: 88). Consta de una inscripción latina ilegible y de varias cazoletas tanto en el dorso como a lo largo del espinazo. Actualmente se conserva en el Museo Provincial de Bellas Artes de Salamanca (Figs. 275-3 y Fig. 274).
- Cerdo de granito procedente de Ledesma. Tiene rotas la cabeza y las extremidades por debajo de los antebrazos (Benet *et al.*, 1991: 117; Álvarez-Sanchís, 1999: 362). Se ha colocado en los jardines que hay enfrente del castillo de la villa. (Figs. 275-2 y 274).

Grupo 2. Estas esculturas también presentan una talla cuidada como los anteriores y sus extremidades en postura avanzada, distinguiéndose del grupo 1 por su tamaño, que varía entre los 0,80 y los 1,50 m. de longitud.

Este conjunto está representado por las siguientes esculturas:

- Jabalí de granito aparecido a 48m. de la muralla de Yecla de Yeltes, entre la entrada principal y otra de menor importancia que se abre más al Sur (Martín Valls *et al.*, 2004: 284-285) (Figs. 275-4 y 270). Hoy día se puede visitar en el aula arqueológica. Varias esculturas con idénticas características fueron halladas en Cabanas de Baixo, en la provincia de Trás-os-Montes (Portugal) (López, 1989: 107, Lám. 75, nº 217 y 219; 108, Lám. 76, nº 221).
- Cerdo de granito hallado a 45 m. de la entrada principal de Las Merchanas, en la zona de las piedras hincadas (López Monteagudo 1989: 96, nº 175, Lám. 61; Maluquer 1956a: 80). Trasladado en su momento a la población de Lumbrales, en la actualidad ha sido reubicado en su posición original (Figs. 276-1 y 3 y 270)
- Cerdo de granito hallado en Las Merchanas. En la actualidad este ejemplar ha sido trasladado a la población de Lumbrales (Figs. 276-2 y 270) (López Monteagudo 1989: 96, nº 176, Lám. 61; Maluquer 1956a: 72). Está situado en unos jardines próximos a la iglesia de Lumbrales.
- Cerdo de granito con cazoletas en su lomo. Proviene de las inmediaciones de San Felices de Los Gallegos o de algún solar del pueblo (Morán 1926: 51; (López Monteagudo 1989: 98, nº 182, Lám. 63). Actualmente se conserva junto a La Ermita del pueblo (Figs. 277 y Fig. 270)

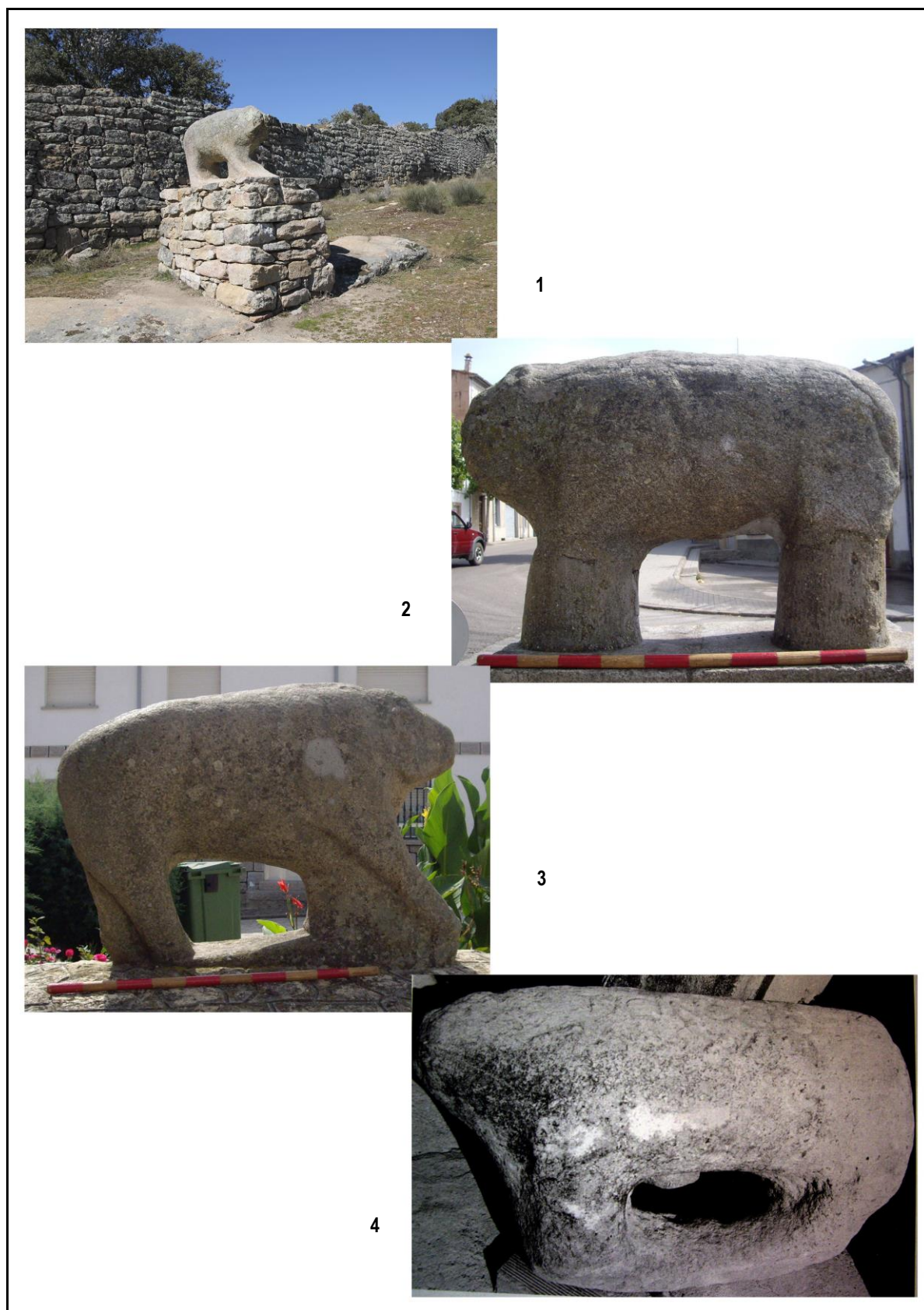


Figura 276: 1, 2 y 3. Verracos de Las Merchanas (Fotografías de la autora, 2007 y 2015). 4. Verraco de Larrodrigo. (Fotografía de Martín Valls y Frades, 1981: 197)



Figura 277: Verraco de San Felices de los Gallegos. (Fotografía de la autora, 2012)

Grupo 3. Las esculturas de este grupo se caracterizan por presentar unas medidas que oscilan entre los 0,80 y los 1,40m. de longitud, esculpiéndose de manera esquemática y geométrica. Otros rasgos que muestran son la progresiva ausencia de rabo, ojos, mandíbulas y orejas y el hecho de que sus antebrazos, jamones, rodillas, corvejeras y pezuñas no se marcaron. Por otro lado, sus extremidades posteriores y anteriores se unen a la base. Además la mayoría de los verracos estudiados en este grupo son asexuados. Sólo existe, hasta la fecha, un ejemplar que responda a estas características, procedente del solar del pueblo de Larrodrigo (López Monteagudo 1989: 95, nº 173, Lám. 60; Martín Valls y Frades Morera, 1981). Sobre uno de sus costados se puede leer la siguiente inscripción latina funeraria: *TVGNOCIO/ AN XXXV*. Hoy por hoy se conserva en casa de D. Benjamín Núñez. (Figs. 276-4 y Fig. 270). Verracos con inscripciones funerarias se han registrado también en Torralba de Oropesa, Tornadizos de Ávila, Montehermoso, Guisando, Ávila o Coca (Martín Valls y Frades, 1981: 196).

Grupo 5. Suidos de tipología indeterminada.

- Cerdo de granito hallado en las inmediaciones de Barquilla y del que se desconoce su paradero (Fig. 270) (Morán 1926:51; Maluquer 1956: 50).
- Suido situado en los alrededores de Contienda en paradero desconocido, aunque el padre Morán indica que sus restos se encontraban embutidos en una pared cerca de la casa de Montaraz (Morán 1933: 260; Maluquer 1956: 120) (Fig. 270).
- Verraco empotrado en una pared en el Valle del Cebón, en Fuenlabrada, cerca de Cerralbo (Morán 1926: 51; Maluquer 1956: 59) (Fig. 270).

- Ejemplar proveniente del interior del Castro de Irueña (Fuenteguinaldo), de su extremo norte (López Monteagudo 1989: 94, nº 169, Lám. 58; Maluquer 1956a: 63) (Fig. 270). En la actualidad se desconoce que ha sido de él.
- Cerdo de granito de procedencia desconocida, sí bien se puede relacionar con el Castro de La Plaza (Gallegos de Argañán) (Martín y Martín, 1994: 128) (Fig. 270). Se encuentra depositado las ruinas del Convento de San Francisco en Ciudad Rodrigo.
- Escultura descubierta en la salida de Peñaparda en dirección a El Payo, a menos de 100m. de las últimas casas del pueblo (López Monteagudo, 1989: 97, nº 179; Maluquer 1956: 92, nota 64) (Fig. 270). Fue destruida y empleada para el engravado de la carretera.

### 13. C. a. 3. Verracos indeterminados

Existen noticias, más o menos fidedignas, una serie de esculturas en el territorio en estudio pertenecientes a la categoría de los verracos, de las que no se ha podido determinar qué animal representan.

- Hay noticias de la existencia de tres verracos más en Irueña (Fig. 270). Uno de ellos se sabe que fue destruido por los dueños del molino Sobrado, al bajarlo rodando hasta allí para su uso particular. El verraco llegó en tan mal estado que lo demolieron y lo usaron como material de construcción. Respecto a los otros se desconoce su paradero (Domingo Sánchez, s/f).
- Ejemplar procedente de Tordillos y del que actualmente no se sabe su paradero (López Monteagudo 1983; Morán 1940: 18) (Fig. 270).
- Representación desaparecida situada en el término de Cabeza de Caballo, que debió de estar en lo que llaman Caballo Mazán (Morán, 1926: 52). Se ignora su paradero.
- Escultura de granito que debía pertenecer al castro del Teso de San Miguel. Fue destruido (Morán, 1919; Maluquer, 1956: 119) (Fig. 270).
- Cuatro verracos ubicados cerca de la puerta septentrional de Ledesma. Fueron tirados al río y desaparecieron (González Dávila, 1596) (Fig. 270).
- Figura procedente del paraje conocido con el nombre de “Los Lázaros”, entre Membribe y Las Veguillas (Ballesteros 1896; Maluquer 1956a:88-89) (Fig. 274). En nuestros días se desconoce su paradero.
- Verraco proveniente de Palomares (Morán, 1933: 260 y 1940: 18; López Monteagudo, 1983: 515) (Fig. 270). No se conoce su enclave actual.
- Efigie de granito encontrada en Berrocal de Salvatierra y destruida en 1926 (Morán 1926: 52; López Monteagudo, 1983: 515) (Fig. 270).



- Escultura de granito ubicada junto al dolmen de Santa Teresa, situado en las inmediaciones de Robliza de Cojos (López Monteagudo, 1989: 97, nº 180, Lám. 62). Hoy por hoy se desconoce su paradero (Figs. 278 y Fig. 270).
- Verraco documentado por Ceán-Bermúdez cerca de Montemayor (1832: 401) (Fig. 270), aunque se ignora su paradero (Jiménez, 1982: 22).
- Gil González Dávila publicó en 1596 la presencia de tres ejemplares más en Salamanca (Fig. 270). No se sabe que fue de ellos.
- César Morán da noticia de la existencia de un verraco, que no se conserva, en las inmediaciones de Lerilla (1926: 37) (Fig. 270).
- Parece que habría otra pieza procedente de Gallegos de Argañán, situada en la actualidad en una finca particular (Fig. 270). Se ha relacionado con el yacimiento próximo de La Plaza (Gallegos de Argañán) (STRATO, 2001-02a: 32).



Figura 278: Verraco de Robliza de Cojos. (Según López, 1989)

- Cruz y Alonso exponen que en la Fuente del Moro o del Oro, cerca de Puebla de Azaba, la tradición sitúa un verraco (2001-02a: 15).
- César Morán señala la existencia de una posible escultura en el término municipal del pueblo de Puerto Seguro, pero en el presente se desconoce tanto su paradero como su



aspecto porque no existen fotografías ni documentos que indiquen su ubicación original (1946: 23).



Figura 279: Piedra que recuerda a un verraco en Santibáñez. (Fotografías de la autora, 2008)

Por último se mencionará un supuesto cerdo de granito localizado a un kilómetro al Suroeste de Santibáñez de Béjar (López Monteagudo, 1989: 98, nº 183, Lám. 63; Maluquer 1956a: 109). Se emplaza en los jardines de La Ermita de La Patrona (1999: 362). Este investigador especifica que la pieza está muy desbastada, habiendo perdido la cabeza y las extremidades. No obstante, en la visita realizada a la citada ermita para fotografiarlo, se observó que no es más que una mole de granito que pudiera recordar la forma de un verraco. No obstante, no se aprecian evidencias de que haya perdido las extremidades y la cabeza, ya que no se intuye el arranque de ninguna de estas partes, ni tan poco se aprecia su sexo o la espina dorsal. Parece, por el contrario, una piedra de granito totalmente erosionada por sus cuatro costados y sin el menor resto de talla. A raíz de estos datos, la hipótesis que se presenta es que no parece tratarse realmente de un verraco, sino una simple piedra, cuya

silueta podría recordar vagamente a la de una de estas esculturas. Hipótesis este con la que coincidieron tanto Benito como Grande (1994a: 129) (Fig. 273)<sup>104</sup>.

Vistos todos los ejemplares conocidos, a modo de conclusión, se aprecia una evolución de las esculturas desde unos toros y cerdos monumentales con una anatomía marcada y naturalista hasta otros esquemáticos y cúbicos. Por otra parte, se observa un foco inicial de estas piezas, centrado en el Valle Ambles (Ávila), que se extiende progresivamente hasta superar las tierras del Tajo y del Duero para, finalmente localizarse en reductos marginales que han tenido o tienen un gran vigor indígena (Álvarez-Sanchís, 1999: 268-274).

El mapa de la figura 270 muestra una distribución marginal de los verracos, en donde la zona central carece de representación. La primera respuesta sería pensar en su inexistencia, pero la desigual intensidad de la investigación obliga a tomar con cautela este vacío pues podría deberse a la falta de hallazgos. Es decir, en los últimos años se han llevado a cabo varias prospecciones en dicha zona que han documentado diferentes yacimientos (STRATO S. C. L., 1999-2000; 2000-2002), por lo que, al igual que se han identificado nuevos asentamientos, podrían existir otros verracos ocultos o desaparecidos. Frente a este vacío, se observa una concentración de esculturas en el occidente del territorio y su extremo oriental, con una agrupación de ejemplares entorno a alguno de los yacimientos, considerados en este estudio como principales, como son Salamanca, Las Merchanas, Irueña o La Plaza, convirtiéndose quizás en un indicador de la importancia de los pobladores del castro y su riqueza. Por otro lado, la dispersión tanto de los verracos como de los yacimientos localizados en sucesivas prospecciones para la realización del IACyL (STRATO S. C. L., 1999-2000; 2000-2002) y de estudios del patrimonio arqueológico (López Jiménez, 2003 y 2004; López Jiménez, Fernández-Posse, y Sánchez-Palencia, 2003; López Jiménez y Martínez Calvo, 2009...) muestra la cercanía existente entre algunos de ellos y, por ende, su posible relación, como se verá a lo largo de estas líneas, tal vez como indicadores de la propiedad de las tierras por parte de las poblaciones asentadas en los castros.

### **13. C. b. Funcionalidad de los verracos**

Por lo que se refiere a las cuestiones funcionales, esto es, al empleo y significado de los verracos, un aspecto muy importante a tener en cuenta es la cronología, ya que el uso de este tipo de manifestaciones escultóricas parece ir cambiando con el correr de los siglos. Inicialmente, los verracos comenzaron a tallarse antes de la llegada de los romanos. La hipótesis generalmente aceptada es que tras la romanización del territorio se siguieron esculpiendo como reminiscencia de la tradición indígena, ante la presencia de un grupo de esculturas consideradas contemporáneas a la ocupación romana, habiéndose podido fechar de forma fiable en esta época el ejemplar localizado en la puerta de San Vicente, Ávila (Álvarez-Sanchís, 1999: 264ss.). Este ejemplar, así como otro hallado

<sup>104</sup> Otra cuestión es que esta piedra no sea el verraco y éste haya sido trasladado.

hace pocos años al otro lado de la puerta, se fechan hacia el año 50 a.C., en los primeros momentos tras la fundación romana la ciudad.

No se han encontrado verracos en yacimientos de la I Edad del Hierro, por lo que esta ausencia facilita un término *ante quem* para datarlos, es decir no parecen ser anteriores al siglo V a. C. Tras el estudio de los datos recopilados (Martín Valls 1969 y 1971; Martín Valls y Delibes 1972 y 1973; Martín Valls y Pérez Gómez 2004; Martín Jiménez 1919; Maluquer 1968; Iglesias *et al.* 1991) el grueso de las figuras se han podido asociar a castros del Hierro II y asentamientos romanos, interpretadas por tanto como un fenómeno que surge hacia el siglo IV a. C., siendo los tipos 1 y 2 los más antiguos.

A favor de esta hipótesis, se podría contar con el estudio realizado en el área abulense, en donde se ha podido documentar el binomio verracos/asentamientos. La mayoría de las esculturas se han asociado a castros con pervivencia o aparición durante el Hierro II. Un ejemplo que se puede citar es Ulaca, cuyos vestigios han permitido fecharlo entre el siglo III y I a. C. (Álvarez-Sanchís, 1993: 272ss.; *Ibidem*, 1999). Análogamente, los verracos de Las Cogotas se situaban en el camino que va al segundo recinto y al campo de piedras hincadas, cuyos materiales dan unas fechas comprendidas entre el siglo III y II a. C. (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 1995). Por otro lado, las excavaciones realizadas en El Raso han proporcionado una cronología que abarca del siglo III al I a. C, acotándose así la fecha del encontrado fuera del recinto amurallado (Fernández, 1986). Así mismo, el material cerámico y numismático recogido en los castros de Villasviejas del Tamuja y del Castillejo de La Orden fija una cronología que va desde el siglo IV al I a. C. y que se ha extrapolado a los verracos asociados a estos yacimientos (Hernández, 1970-71; González *et al.*, 1988: 20; Hernández y Galán, 1996 y Martín, 1993: 347). Finalmente, el único verraco que realmente se ha podido datar fue el localizado en la Puerta San Vicente (Ávila). Dicha pieza fue hallada *in situ* (*vide supra*) y se pudo fechar en el siglo I a. C. de acuerdo a la estratigrafía asociada (Gutiérrez, 1999; Martínez y Murillo, 2003).

Tras la conquista del territorio por los romanos, parece producirse un descenso en la producción de los verracos y un cambio estilístico (Álvarez-Sanchís, 1999: 212ss.). La hipótesis que se baraja para explicar esta posible reducción es que si uno de los usos de los verracos pudo haber sido el de marcadores del territorio, la llegada de los romanos lo cambiaría todo. Esto se debe a la política llevada a cabo para la explotación de los recursos económicos de cada zona por Roma, la cual reorganizaría el territorio, de modo que los verracos quedarían obsoletos. No obstante, los datos indican que la población indígena les dio una nueva función: la de marcadores funerarios (Gómez Moreno 1904: 154; Cabré, 1930; Maluquer 1954: 104; Martín Valls, 1974: 74ss; Álvarez-Sanchís, 1999: 212ss.). Esta perseverancia en el empleo de estas esculturas indica una preferencia clara por las representaciones ancestrales, los cuales tendrían un significado especial para las comunidades.

De ahí que estas esculturas no sólo fueran marcadores del terreno sino que también tendrían un significado simbólico-religioso, como se desarrollara a continuación.

Álvarez-Sanchís distingue además una fase intermedia entre las producciones prerromanas y las romanas, que coincidiría con la talla de los verracos del Tipo 3. Esta fase se ha fechado entorno a finales del II inicios del I a. C. por analogías estilísticas con otros elementos de la cultura material como son las representaciones plásticas en barro o las fíbulas zoomorfas. Estas piezas muestran las tendencias esenciales del arte meseteño durante finales del Hierro/comienzos de la romanización: estilización, geometrización, esquematismo y carácter formulario (1999:270). El empleo como marcadores funerarios supondría una última fase en la producción de verracos. Con la romanización estos parecen pasar de proteger a la comunidad, situados a las puertas de los *oppida*, a proteger el alma del difunto, resurgiendo su talla entre los siglos I y II d.C. Sin embargo dentro de nuestro área de estudio, su talla sólo se documenta tras el cambio de era en reductos marginales donde la cultura indígena tiene un gran peso, apareciendo aquí los ejemplares más tardíos, tipos 4 y 5, fechados durante la dinastía Julio-Claudia (Álvarez-Sanchís, 1999: 278).

El estudio realizado demuestra que estas esculturas pudieron tener diversas, funciones, muchas de las cuales no son excluyentes sino que aunaron diferentes conceptos. Dichas funciones se han dividido en cuatro categorías:

### 13. C. b. 1. Verracos como marcadores territoriales

Ya se ha mencionado sucintamente el empleo de los verracos como hitos territoriales. En este sentido se baraja la teoría de que su presencia no sólo indicaría la propiedad de las tierras sino que también señalaría vías de paso, zonas de abrevadero y/o la idoneidad de esas tierras para su explotación (Álvarez-Sanchís, 1999; Ruíz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2008).

El estudio aquí realizado toma como modelo el trabajo de Álvarez-Sanchís sobre los verracos del Valle Ambles (1999). Así los módulos concéntricos de 1, 2 y 5 km. de radio servirán como referencia para establecer la caracterización económica de los campos próximos a las esculturas. Para obtenerlo, dichos radios se han superpuesto sobre los Mapas de Cultivos y Aprovechamiento de los Suelos, escala 1: 50000. Sólo se ha realizado con 17 verracos que se creen *in situ* o próximos a sus emplazamientos originales, lo cual se corresponde con un 62% del total de la muestra. La situación aproximada de las esculturas no modifica en gran medida los resultados, ya que la diferencia puede ser de unos metros más o menos de zonas agropecuarias. Respecto a su visibilidad, la situación es distinta. Álvarez-Sanchís pudo realizarla en algún ejemplar excepcional como el toro de Villanueva del Campillo (Ávila), pero en nuestro caso al desconocer la posición exacta de la mayoría de los ejemplares, los resultados serían cuanto menos parciales. El emplazamiento en una zona baja o alta de una misma área modificaría en gran medida tanto su visibilidad sobre el paisaje como la referencia visual para quienes lo contemplaran. Por tanto, debido a esto y a la amplitud de campos que abarca este trabajo, se ha desistido de realizar este último estudio. Aclarados estos

puntos, se comenzará el estudio por las esculturas recuperadas en los mismos castros. Cabe la posibilidad de que dichas figuras pudieran estar, si no *in situ*, sí cerca del lugar donde se erigió, tal vez extramuros o cerca de la muralla, marcando la propiedad de las tierras adyacentes que, como muestra la figura 280, en todos los casos son aptas para su explotación agropecuaria. También cabe la posibilidad de que estuvieran situadas a lado de las puertas, como el caso de los verracos de la puerta de San Vicente (Ávila) (Martínez y Murillo, 2003). Sea como fuere, las esculturas en esta situación son las documentadas en Yecla de Yeltes (Fig. 280-1), en Monleón (Fig. 280-2), en Irueña (Fig. 280-3) y en Ciudad Rodrigo (Fig. 280-4). En este caso, los verracos podrían haber cumplido también una función apotropaica como se explicará más adelante.

Otra circunstancia registrada es que el verraco aparezca en un pueblo actual en que se conozca la existencia de un castro protohistórico cercano. Normalmente, en este caso se ha asociado la escultura con dicho hábitat. Así, los ejemplares procedentes de San Felices de Los Gallegos (Fig. 280-5) y de Gallegos de Argañán (Fig. 280-6) se han relacionado con los yacimientos de Castelmao y de La Plaza, respectivamente. En ambos casos la hipótesis barajada es que se encontrarían en su emplazamiento original, habiendo quedado enterrados y construyéndose el pueblo actual encima. Este hecho implicaría que las tierras sobre las que se asientan ambas poblaciones pudieron ser lugar de explotación del castro, como ocurre con la dehesa donde está situado el verraco de Padierno. Un dato importante a tener en cuenta es que en las excavaciones llevadas a cabo en San Felices de Gallegos, una en el patio del castillo y otra en la plaza, los niveles arqueológicos más antiguos registrados se corresponde con la ocupación medieval y hay una ausencia total de material romano y prerromano (Muñoz, 2000a; Muñoz y Serrano, 1998-99). Por tanto hasta el momento no habría indicios que apuntasen a la existencia de un castro en el mismo pueblo al que se pueda asociar el suido.

Otro caso de estudio es el de Berrocal de Padierno. Probablemente esté *in situ*, localizado en una zona de campos de encinas, propicia para pastos y con una gran cantidad de charcas y arroyos, y cerca de una vía natural de tránsito conocida como “Colada de Los Mártires” (Fig. 280-7). Según la información obtenida de los dueños de la finca, el toro fue descubierto en los canchales graníticos próximos a uno de los arroyos que cruza el terreno, muy caudaloso y que en palabras del ganadero “no se queda sin agua ni en los años de sequía”<sup>105</sup>. Por otro lado, la tradición sitúa un verraco en la Fuente del Moro o del Oro, cerca de Puebla de Azaba (Cruz y Alonso, 2001-02a: 15). Según el estudio realizado ocuparía una dehesa con abundantes recursos hídricos, tal y como sucede con el de Berrocal de Padierno (Fig. 280-8).

---

<sup>105</sup> Información obtenida de los actuales dueños de la finca Vaquerín S. A.



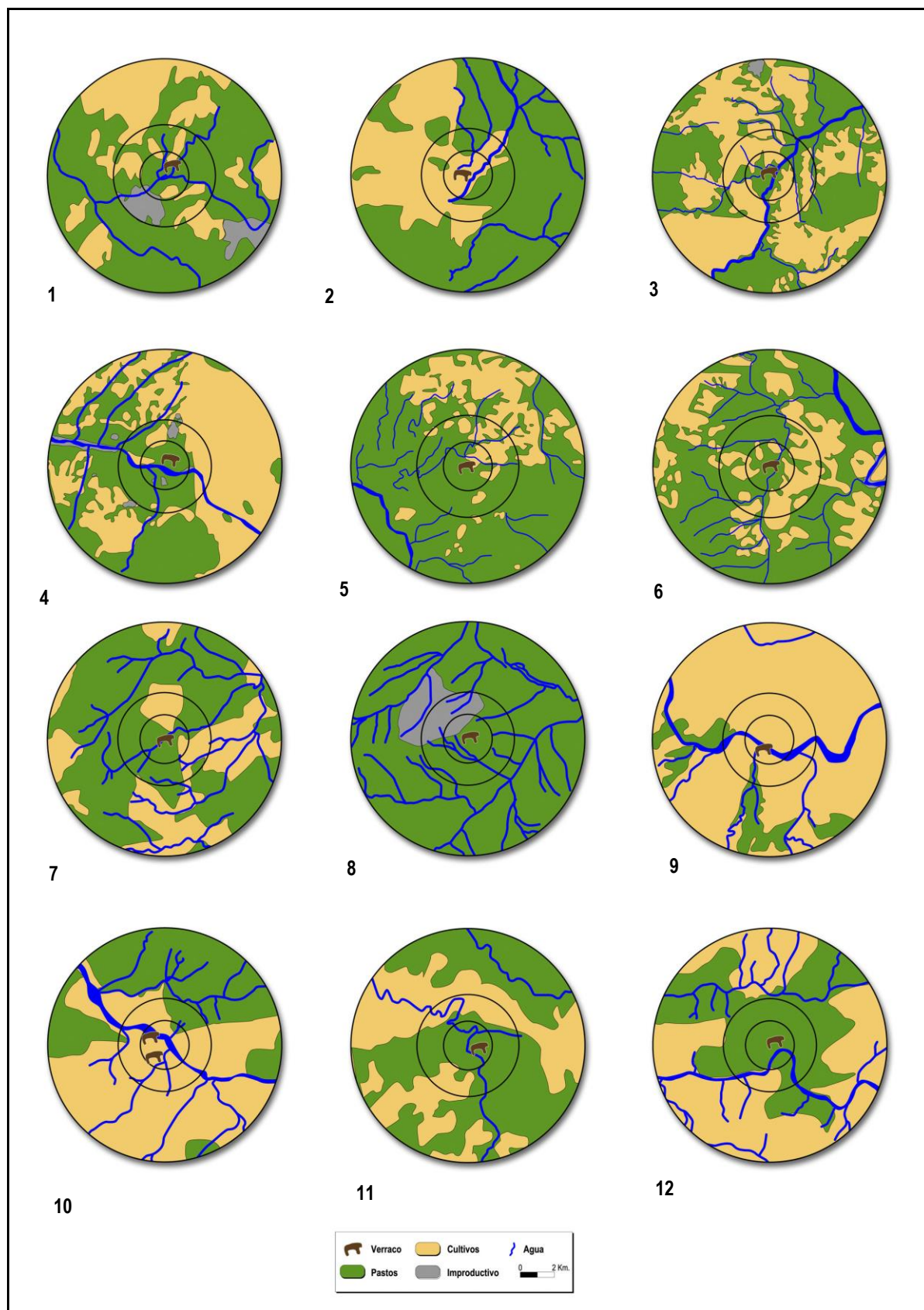


Figura 280: Caracterización económica de los verracos (1). 1. Yecla de Yeltes). 2. Monleón. 3. Iruña. 4. Ciudad Rodrigo. 5. San Felices de los Gallegos. 6. Gallegos de Argañán. 7. Berrocal de Padierno. 8. Puebla de Azaba. 9. Salamanca. 10. Ledesma. 11. Las Merchanas. 12. Olmillos. (C. Mateos)

A continuación, nos centraremos en el ejemplar del puente de Salamanca, que en la actualidad se supone en su posición original según el Fuero de la ciudad del siglo XIII, en donde se alude a él en su epígrafe 96 y lo ubica en la ribera próxima a la población (Martín y Coca, 1985: 73). A finales del siglo XV lo menciona Lucio Marineo Sículo (1971: 141) y en el siglo XVI hace otro tanto González Dávila (1596 y 1606: 14) como también el autor del Lazarillo. Viajeros de los siglos XVIII y XIX, como Antonio Ponz (1988: 684) o Alexander S. Mackenzei (Majada y Martín, 1988: 172), respectivamente, también lo mencionan en sus obras. En todas ellas el toro está situado al principio del puente. En 1834 fue arrojado al río por orden del Gobernador Civil García Cambrónero, momento en que se perdió la cabeza. Hacia 1867 se recuperó y, después de muchas vicisitudes, volvió a ser colocado en el emplazamiento que se cree es el original hacia 1993 (Vaca, 2001: 32-34). Este verraco podría marcar diversos elementos como son: una zona de pastos (Fig. 280-9); un lugar con agua para abreviar el ganado y abastecerse; el paso de la vía natural, conocida como “de La Plata”. Como se expuso, este camino podría haber sido un sendero empleado por las poblaciones prerromanas para moverse dentro del territorio (Gil, 2006: 16ss.) y también tendría una función apotropaica

En el caso de los verracos de Ledesma, su situación abarcaba campos dedicados, actualmente, tanto a la agricultura como a la ganadería (Fig. 280-10). No obstante, según el estudio integral de la dehesa salmantina realizado por investigadores de la UNESCO y el CSIC en 1978, las tierras ledesminas no son lo suficientemente aptas para la primera de estas labores porque sus suelos son pobres, ácidos y retienen mal el agua, por lo que, por naturaleza, su uso más apropiado es para pastos (García *et al.*, 1978: 63). Por tanto, cultivarlos y sacarles rendimiento a un nivel que no fuera de autoabastecimiento, supondría una gran inversión de medios para las poblaciones prerromanas con las que no contarían. No obstante, no se descartan quizá pequeñas explotaciones agrícolas, como se ha mencionado en el capítulo 4. Por otra parte, la ubicación de los verracos en las proximidades del Tormes podría estar marcando al mismo tiempo la presencia de agua, una zona vadeable y los límites del territorio de las comunidades prerromanas asentadas, tema del se ocupará más adelante.

El siguiente ejemplar es el cerdo hallado en la entrada principal de Las Merchanas, que dominaba amplias zonas de pastizales como se puede observar en la figura 280-11, si bien en este caso es evidente que su posición está en relación con la puerta y las murallas.

Tan poco el toro de granito procedente de la dehesa de Olmillos, aunque está embutido en una cerca, puede estar lejos de su emplazamiento original. Dicho ejemplar se ha asociado a un castro cercano situado en zona de berrocales escarpados próximos al Tormes, en un meandro pasado el pueblo<sup>106</sup>. Aquí se vuelve a comprobar la proximidad de un verraco con una vía pecuaria, conocida como La Vereda de Ledesma-Salamanca (Fig. 281) y con una zona de abrevadero, ya que está a

---

<sup>106</sup> IACyL.

menos de 500m. de una vega del río Tormes. Respecto al uso del terreno circundante, se ubica en campos dedicados actualmente al pastoreo (Fig. 280-12).



Figura 281: Mapa que muestra la situación del verraco de Olmillos (punto negro) respecto a la Vereda de Ledesma-Salamanca y al río. (C. Mateos)

Por lo que se refiere al verraco empotrado en un vallado en el Valle del Cebón (Fuenlabrada) no está in situ, si bien podría hallarse cerca de su ubicación real. El topónimo de “cebón” podría indicar la presencia del verraco desde antiguo (Fig. 282-2), como también podría suceder en el caso de los toros de El Berrueco, situados en un prado cercano conocido con el nombre de “Prado del Toro” (Maluquer 956a: 115-116) (Fig. 282-1). En esta misma situación pudo haberse encontrado el desaparecido verraco de Peñaparda (Fig. 282-4), marcando un vado accesible del río Águeda en esa zona. Tal vez el mismo sobre el que se construyó el puente romano.

Las siguientes esculturas zoomorfas estudiadas son la de Masueco (Fig. 282-3) y la aparecida entre Membribe y Las Veguillas (Fig. 282-5). Bien podrían asociarse al poblado de Los Lázaros, la segunda, y al Castro de El Castillo, la primera, señalizando sus territorios de explotación, que a tenor de la información disponible serían propicios para la ganadería y el cultivo, respectivamente.



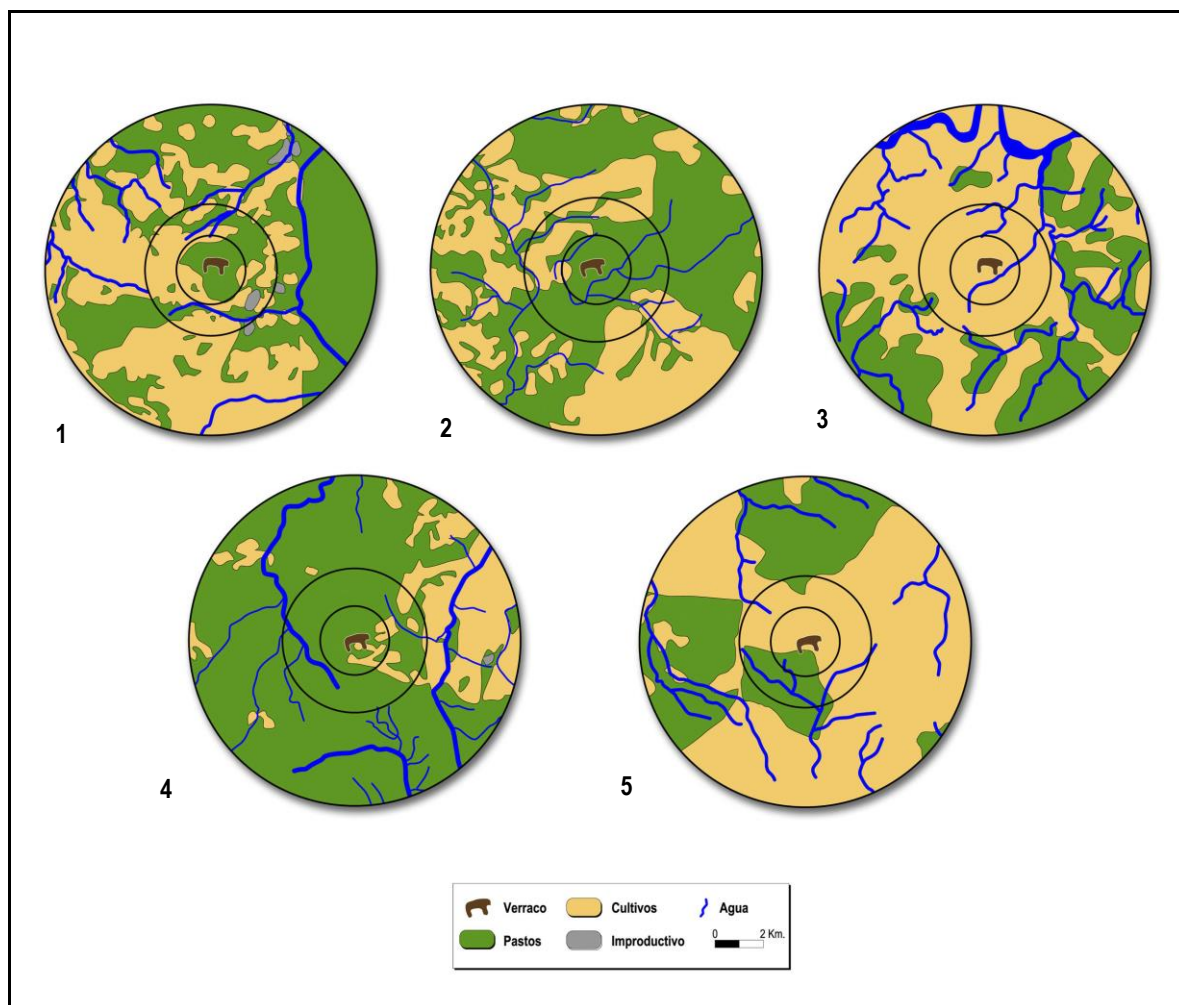


Figura 282: Caracterización económica de los verracos (2). 1. El Tejado. 2. Fuenlabrada. 3. Masueco. 4. Peñaparda. 5. Las Veguillas. (C. Mateos)

El estudio realizado por Álvarez-Sanchís sobre las esculturas zoomorfas, tales como la de Villanueva del Campillo o las de La Alameda Alta (Ávila), no deja dudas sobre la localización en zonas de pastizales y de labor de este tipo de manifestaciones, como ocurre en el extremo occidental de La Meseta. Pero también uno de los verracos de La Alameda Alta tiene en su campo de visibilidad una vía de acceso natural (1999: 289-291). El mapa de la figura 283 muestra la situación de los verracos, en este estudio se han tenido en cuenta el total de la muestra, respecto de las supuestas vías prerromanas que se han planteado en el capítulo 4. El estudio realizado por Gil demostró que paralelo a la Vía de la Plata y a la Real Cañada de La Vizana, se puede apreciar dos caminos naturales uno al este y otro al oeste de ellas. Todos los itinerarios unen el Norte con el Sur de la Península. En algunos tramos todas las rutas se superponen, pero una vez que llegan a la Sierra de Béjar, el Puerto de Baños y el de Béjar, éstos son las únicas zonas de paso hacia la Meseta Norte (2006: 16ss.). Como se muestra en el mapa de la figura 283, en esta zona serrana la situación de los verracos coincidiría *grosso modo* con esos pasos naturales y las posibles vías prerromanas:

1. Hacia el NO, en el municipio de Puerto Seguro se ha identificado una ruta natural que unía las tierras portuguesas de Côa con las del Este del Águeda (Ferreira y Sevillano, 1999: 19), la cual enlaza con un posible camino prerromano conocido como Cañada del Monte (Fig. 283, nº 1). Entorno a dicha vía se puede apreciar la presencia de la escultura de San Felices de Los Gallegos, el castro de Castelmao y el verraco de Puerto Seguro, aunque este último se desconoce cuál era su ubicación exacta, volviéndose a tomar como referencia los datos recogidos por Ferreira y Sevillano (1999). De hecho, el punto geográfico de mayor altitud del pueblo de San Felices de Los Gallegos son 662 m., al situar ahí la escultura y calcular su visibilidad el resultado, como se aprecia en la figura 284, es que ese camino natural está dentro de su campo de visión.

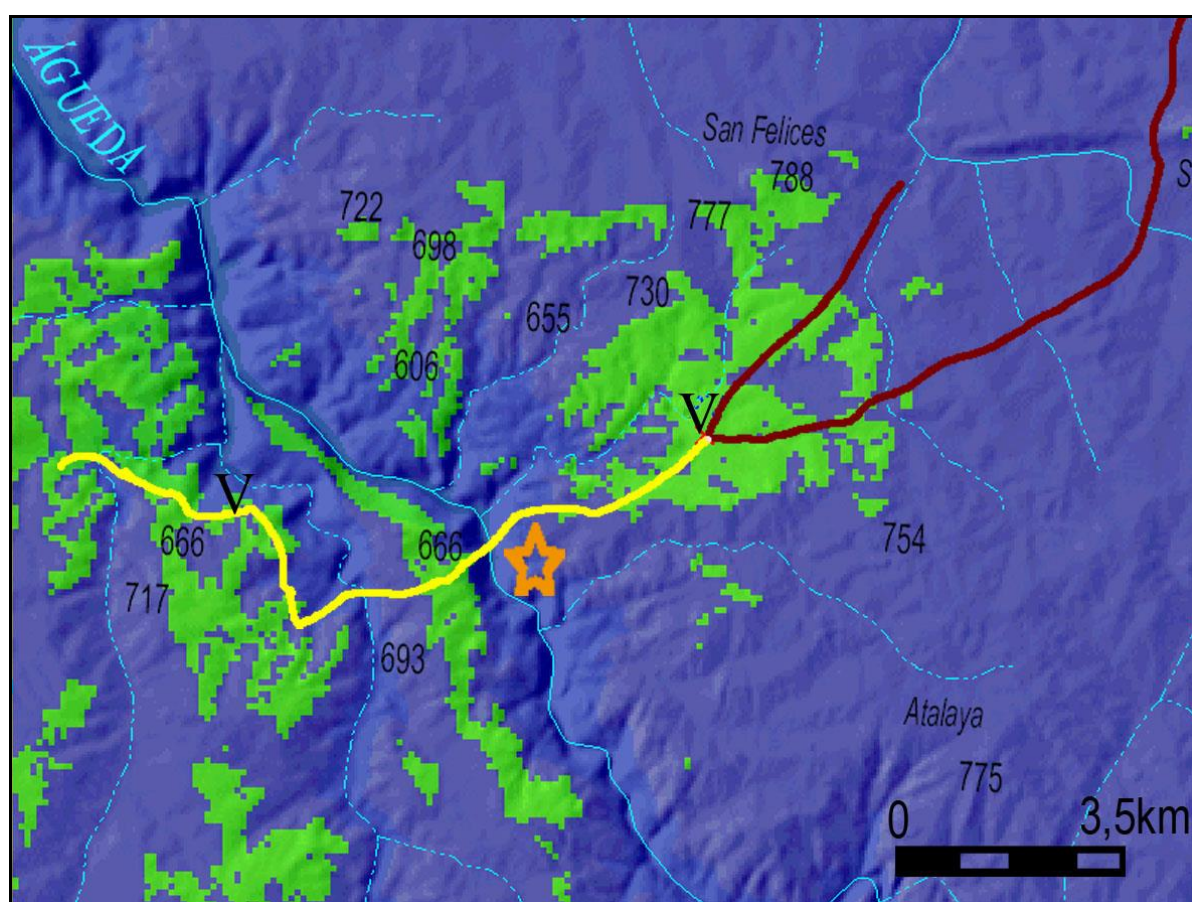


Figura 284: Vía de comunicación en el Águeda. En amarillo la ruta natural y en rojo las posibles rutas prerromanas. La estrella indica la ubicación del Castro de Castelmao y las "V" los posible emplazamiento de los verracos. (C. Mateos)

2. Otra zona de paso sería por la Sierra de Gata al SO, por El Puerto de Perales. Gil (2006: 21). Una vez cruzado el puerto se va a dar al valle del Águeda, en donde se ha marcado una posible vía en torno a la cual se ubican la mayoría de los yacimientos de la Edad del Hierro (Irueña, Peñaparda, Fuenteguinaldo, Ciudad Rodrigo) y de los verracos aparecidos en esta zona (Fig. 283, nº 2).



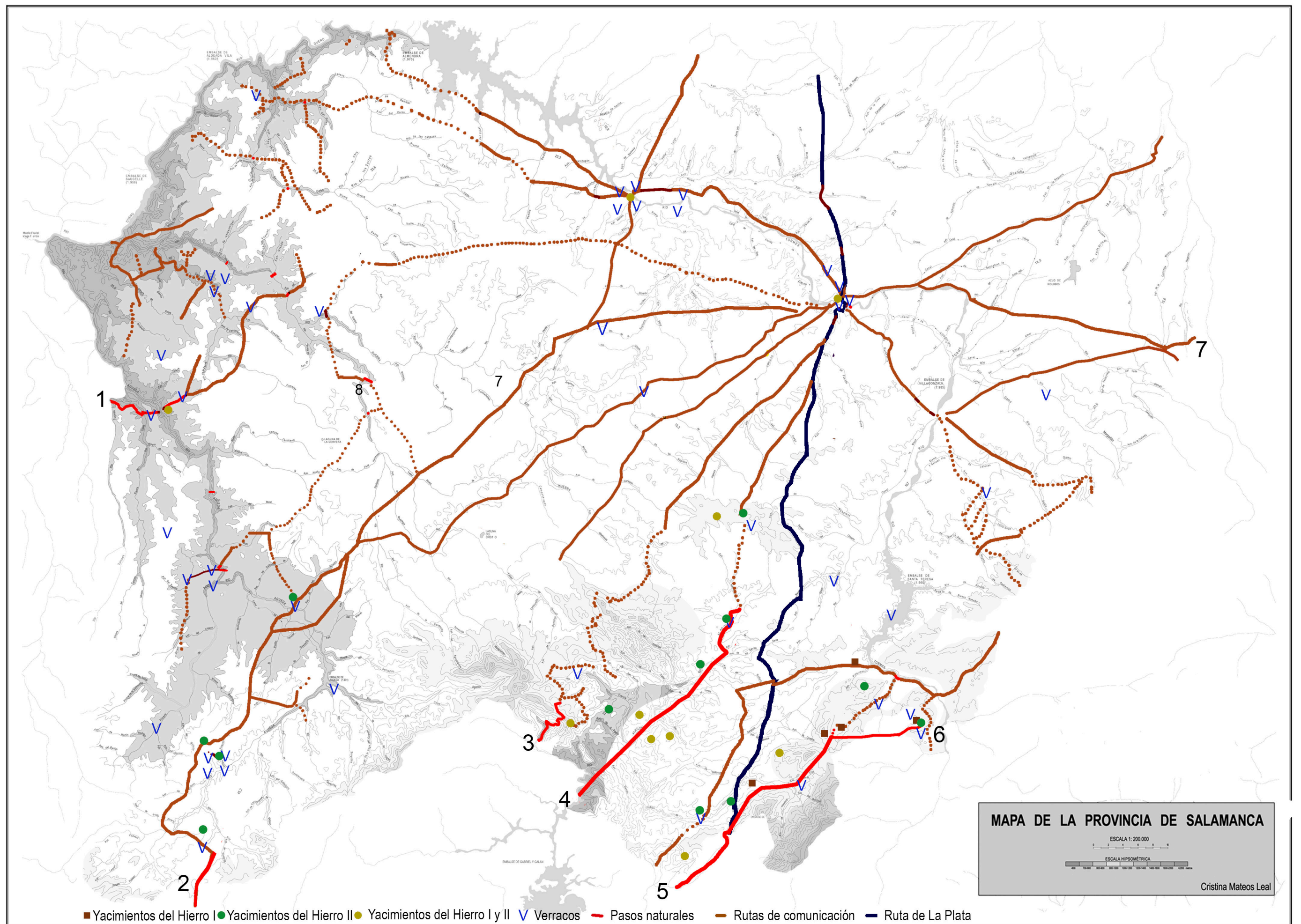


Figura 283: Situación de los verracos respecto de las supuestas vías prerromanas. (C. Mateos). Puerto Seguro. 2. Puerto Perales. 3. Corredor de Las Hurdes/Las Batuecas. 4. Valle del alagón. 5. Cañada de Béjar. 6. Barco de Ávila. 7. Vereda de Madrid (C. Mateos).

3. El caso del corredor de Las Hurdes/Las Batuecas es complejo porque las probables vías marcadas son dudosas, aunque se ha tenido en cuenta los caminos tradicionales, que por esta zona montañosa serían los más adecuados para transitar (Fig. 283, nº 3). En ella sólo se sabe de la existencia de un verraco, el de La Legoriza, y por los datos disponibles es posible que se pudiera asociar a una ruta de comunicación relacionada con este paso de Las Hurdes/Las Batuecas.
4. La siguiente vía es la que conforma el valle del Alagón (Fig. 283, nº 4), que sería el mejor camino natural entre el Tajo y el Duero (Santonja, 1997: 42). El estudio realizado demuestra que el 61% de los castros del Hierro II en la zona serrana se localizan en torno a este río, como por ejemplo Monleón, El Alto de Los Palacio (Pinedas), Las Fraguas (Linares de Ríofrio) o Los Rodales (Miranda del Castañar). Justo al final de este valle está el verraco de Monleón, que bien podría marcar la ruta que se dirige hacia Salamanca, conocida según González Sánchez como la Vereda de Linares (2009). Así mismo, al final de este posible camino se encuentra otro verraco, el de Las Veguillas.
5. La Cañada de Béjar (Fig. 283, nº 5) se superpone con una zona natural de paso, estando en uso hasta los tiempos modernos, cuando se construyó la carretera y quedó como un camino secundario (Morán, 1924: 7; Gil, 2006: 22). Esta cañada pasa por El Berrueco, considerado un cruce de caminos, desde donde partiría otra vía dirección a Extremadura, hacia Plasencia (Morán, 1924: 7). Como se aprecia en el mapa, diversos verracos se emplazarían en torno a ella aparte de distintos asentamientos, cuya cronología abarcaría desde el Paleolítico hasta el siglo I a. C. (Maluquer, 1958a)<sup>107</sup>.
6. El valle del Tormes a su paso por Puente Congosto-Tejado-Barco de Ávila se erige como única zona de comunicación natural con el valle del Jerte, conectando así La Meseta con Extremadura (Fig. 283, nº 6). Así mismo, desde Barco de Ávila habría una ruta, por donde va la actual nacional 110, que comunicaría esta zona con el Valle del Ambles. Este paso está franqueado por El Berrueco, alrededor del cual se ha documentado asentamientos humanos desde el Paleolítico hasta la actualidad, erigiéndose durante el Hierro diversos verracos en esta zona.
7. Hacia el E el ejemplar de Tordillos puede estar en relación con el Cordel de Ciudad Rodrigo, que enlaza con diversas vías que comunicarían las tierras salmantinas con las abulenses en este sector como son la Colada de Cantarcillo, la Vereda de Madrid y la Cañada de Medina del Campo por una zona de paso natural ya que la Sierra de Villanueva y la Sierra de Ávila dificultaría el tránsito por este sector sino es por la zona donde va a unirse todas las

---

<sup>107</sup> El sólo mapa muestra los yacimientos de la Edad del Hierro (Cancho Enamorado, El Tejado, Solana, Las Viñas, Cabezo del Castillo, Tranco del Diablo, La Corvera, Montemayor del Río), por ser esta cronología el ámbito de estudio.

cañadas mencionadas, coincidiendo con la nacional que comunica Salamanca-Madrid y que pasa por tierras de Ávila (Fig. 283, nº 7).

Así mismo, en la zona Norte el mapa muestra como la calzada que uniría el castro de Ledesma con el de Salamanca estaría marcada por diversos verracos, entre ellos los aparecidos en ambas poblaciones y el de Olmillos (Fig. 283). Por otra parte, en el territorio se aprecian una serie de verracos emplazados en cañadas, marcadas en este estudio como posibles vías prerromanas: el de Berrocal de Padierno, el de Salvatierra de Tormes, el de Los Lázaros, el de Larrodrigo, el de Masueco y el de Robliza de Cojos. La primera escultura se puede relacionar con el Cordel de Los Alambres, Vereda del Molino de los Avives y la Colada de Tamames. La segunda estaba emplazada en las inmediaciones de la Cañada de Béjar-Medina. La tercera se ubicó en las proximidades de la Vereda de Linares y en una posible cañada abandonada que se conoce con el nombre de “Camino de ganado de Villar de Leche”, el cual enlaza con el paso natural que sería el valle del río Alagón. El último también se situó cerca de diferentes vías como son la Calzada de Extremadura, el Cordel de Los Alambres y la Colada de Tamames. Igualmente, a pesar de que el verraco de Larrodrigo no está en su posición original, tal y como se ha defendido, es de suponer que su ubicación fuera el área del término municipal de este pueblo, por el cual cruza la Cañada de Alba. También se aprecia la misma situación para el desaparecido ejemplar de Tordillos, en las inmediaciones del Cordel de Ciudad Rodrigo, que enlaza con diversas vías que comunicarían las tierras salmantinas con las abulenses en este sector como son la Colada de Cantarcillo, la Vereda de Madrid y la Cañada de Medina del Campo. Por último, el ejemplar del Masueco está situado cerca de otro posible camino conocido como Vereda Ledesma-Aldeadávila. Se ha estudiado los mapas y la orografía de esta zona por si dicha vereda pudo cruzar el Duero y comunicar las tierras españolas con las portuguesas en un área donde los escarpes de las Arribes dificultan el cruce de unas a otras. El resultado fue negativo, no registrándose ningún vado en las inmediaciones de la vereda. Por tanto, parece ratificarse sobre el terreno, y también en esta zona el uso de los verracos como hitos en el territorio vettón, no sólo de zonas de aprovechamiento agropecuario sino también de vías de comunicación, quizás en relación con la trashumancia de los pueblos prerromanos, defendida por varios investigadores como Gómez Pantoja (2001: 210-11) o Pastor y Novoa, (2003: 33-34) y que ya se ha expuesto extensamente en el capítulo 4.

La conclusión a la que se ha llegado es que la mayoría de los verracos de tipo 1 y 2 desempeñaban claramente varias funciones, relacionadas todas con la economía de carácter ganadero, que predominaba en el territorio en estudio: hitos del terreno en zonas propicias para pastos y cultivos; marcadores de recursos hídricos permanentes; señalizadores de vías de paso y marcadores de etnicidad en zonas de intercambio.



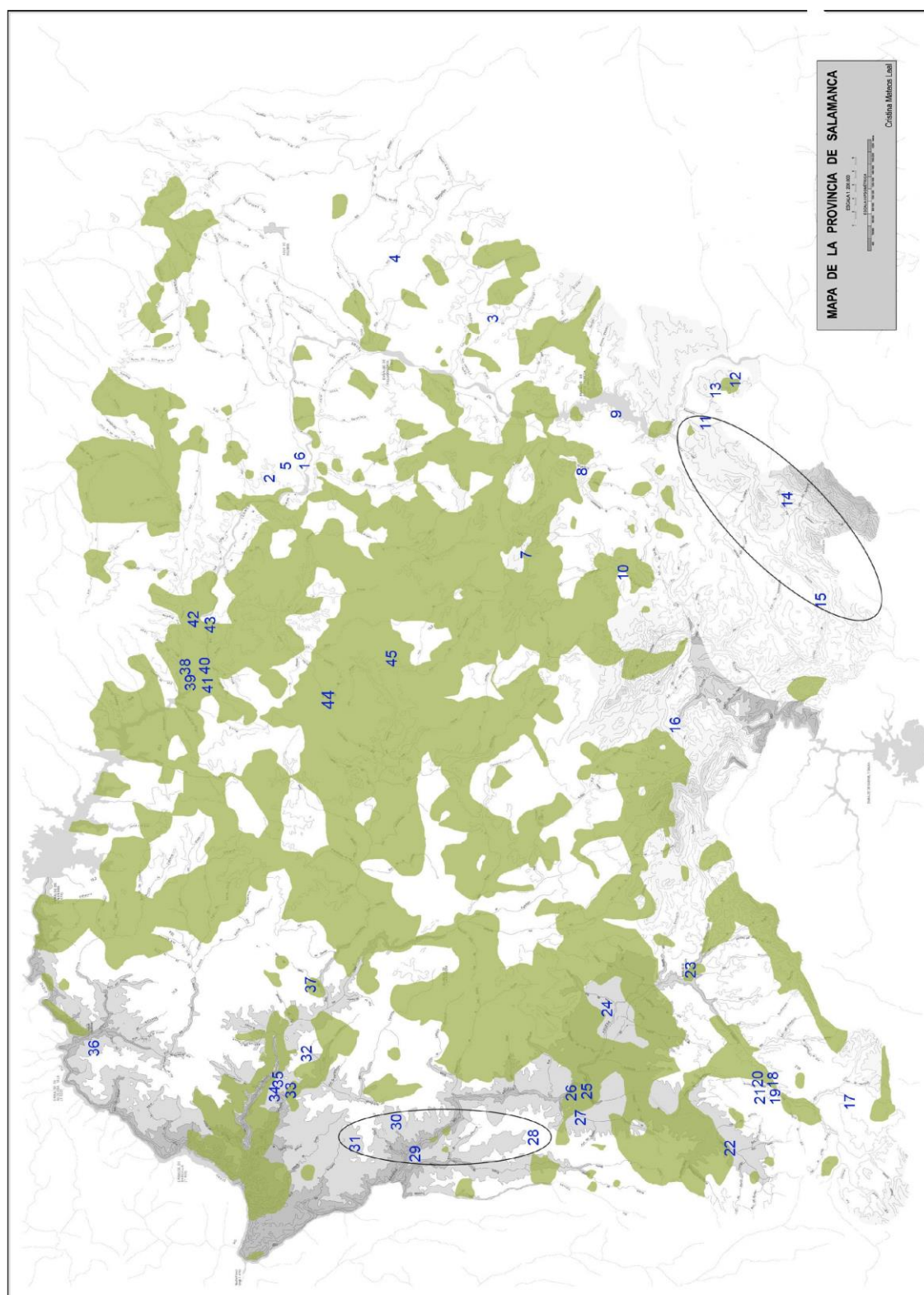


Figura 285: Verracos y dehesas. 1, 5 y 6. Salamanca. 2. Villamayor. 3. Larrodrigo. 4. Tordillos. 7. Los Lázaros (Veguillas). 8. Berrocal de Salvatierra. 9. Salvatierra de Tormes. 10. Monleón. 11. Santibáñez de Béjar?. 12. El Tejado. 13. Puente Congosto. 14. Palomares. 15. Montemayor. 16. La Legoriza (San Martín del Castañar). 17. El Payo. 18, 19, 20 y 21. Iruña (Fuenteguinaldo). 22. Fuente del Oro (Puebla de Azaba). 23. Lerilla (Zamarra). 24. Ciudad Rodrigo. 25 y 26 La Plaza (Gallegos de Argañán). 27 Gallegos de Argañán. 28. Barquilla. 29. Puerto Seguro. 30. San Felices de Los Gallegos. 31. La Redonda. 32. Fuenlabrada (Cerralbo). 33, 34 y 35. Las Merchanas (Bermellar). 36. El Masueco. 37. Yecla de Yeltes. 38, 39, 40 y 41. Ledesma. 42. Olmillos. 43. Contiesa. 44. Berrocal de Padierno. 45. Robliza de Cojos. (C. Mateos)

El estudio realizado demostraría la existencia de una relación entre los verracos y las tierras de explotación económica. El emplazamiento de los verracos vendría a confirmar esta preponderancia económica en zonas de dehesas, como se ha demostrado a nivel individual. No obstante, se adjunta el mapa de la figura 281 donde se aprecia la situación de los mismos respecto de las áreas de dehesas tradicionales del Campo Charro definidas por Cabo (1978: 63-64). Excepto dos grupos, el resto de verracos muestra una buena relación espacial entre las áreas tradicionales de dehesas. El primero de estos grupos se ciñe al cuadrante SE y está formado por las siguientes esculturas: el verraco de Santibáñez, del cual ya se ha expresado el desacuerdo en considerarlo como tal (Fig. 281, nº 11); el ejemplar de Palomares (Fig. 281, nº 14), como ya se ha dicho se desconoce su paradero y el lugar exacto y las condiciones de su descubrimiento, por lo que en el mapa se ha situado en el lugar donde se describe en las fuentes consultadas, principalmente Morán (1933: 260). Su ubicación coincidiría *grosso modo* con la ya mencionada Cañada de Béjar, corredor natural de comunicación (Fig. 279). No obstante, el propio nombre de la vía implica que los ganados trashumantes la empleaban, por lo que en esta área, sin estar considerada como dehesa por el estudio de 1978 debido a su situación montañosa; tendría zonas de pasto; el verraco de Montemayor (Fig. 281, nº 15) estaría en la misma situación que el anterior con el Cordel de Merinas de Puente Congosto (Fig. 279).

El segundo grupo que se sale del patrón antes expuesto se localiza en el Oeste del territorio y está integrado por las siguientes esculturas: los ejemplares de Puerto Seguro (Fig. 281, nº 29) y la Barquilla (Fig. 281, nº 28) aunque al desconocer su situación exacta es complicado realizar estudios de los aprovechamientos ganaderos-agrícolas del entorno, que en la actualidad es explotado por pastores y ganaderos para alimentar a sus rebaños. El primer verraco podría marcar, por la situación mencionada por Morán (146: 23), tanto la ruta natural que comunica las tierras portuguesas de Côa con las del Este del Águeda (Ferreira y Sevillano, 1999: 19), la cual enlaza con una cañada (Fig. 279), como quizá la riqueza minera la zona, consistente en hierro y estaño, de los que se hablará en el siguiente apartado. El segundo también está emplazado en una zona rica en ambos minerales; la escultura de San Felices de Los Gallegos (Fig. 281, nº 30) tan poco se sitúa dentro de las áreas de dehesas, pero el estudio del agropecuario del entorno ha demostrado que los suelos son aptos para pastos.

Por otro lado, los ejemplares de Villamayor, Salamanca, Larrodrigo, Tordillos, y Salvatierra de Tormes (Fig. 281, nº 2, 1, 5, 6, 3, 4 y 9), aunque de estos últimos se desconoce el emplazamiento exacto, no están alejados de zonas adehesadas y, además, se sitúan en la zona Noreste integrada por la Comarca de la Armuña y la de Peñaranda-Alba, con suelos de gran fertilidad. *Per ende*, estas tierras son adecuadas para el cultivo, sobre todo en zona de La Armuña y en el Campo de Salamanca (García, 1978: 66). De hecho, en la figura 280 se puede observar como las tierras del entorno de los verracos de Salamanca se caracterizan por ser, en su mayoría, aptas para las labores agrícolas. Por



tanto, igualmente, podrían estar marcando los recursos económicos de la zona, aunque en estos casos el peso de la agricultura fuera mayor que la de la ganadería.

En resumen, de los 45 verracos de la muestra 35 están situados en zonas trashumantes y 28 se encuentran en zonas agropecuarias, aunque con un predominio de los suelos aptos para pastos. Esta interpretación de los indicios arqueológicos apoyaría lo que los textos clásicos describen sobre el marcado carácter de la economía ganadera de los pueblos de la Meseta y del NO de la Península (Estrabón, *Geo.*, III, 3, 7).

La costumbre de señalización en el paisaje para facilitar la trashumancia o el movimiento de las poblaciones cuenta con antecedentes importantes en la Prehistoria, como se ha puesto de manifiesto en la Meseta Occidental en algunos estudios de dólmenes (Herrero *et al.*, 2011: 196) y los verracos fueron, simplemente, el símbolo elegido durante la Edad del Hierro para llevar a cabo dicha función. La pregunta es ¿por qué estos animales? Es probable que no fuera fortuito sino que pudo responder a varios factores. El primero sería la concepción naturalista de la religión celta, comentada en el apartado de los santuarios (Salinas, 1985: 311; Sánchez, 1997: 130; Green, 1997: 24). El segundo, al carácter ganadero de la sociedad *vettona* (Salinas, 1992; Álvarez-Sanchís, 2003). Y por último, los contactos de los *vettones* con el mundo meridional-levantino (Castelo y Sánchez Moreno, 1995: 325; Álvarez-Sanchís, 2003: 215). Álvarez-Sanchís defiende que los vetones adoptaron de los turdetanos las esculturas de los toros, como evidencian las ranuras paralelas de los cuellos y la disposición frontal de los más “arcaicos”, debido a las relaciones comerciales entre ambos pueblos (2003: 215ss.). Castelo y Sánchez Moreno las vinculan con las manifestaciones plásticas zoomorfas, principalmente leones (1995: 326). Este foco meridional sólo funcionaría de transmisor, ya que después los vetones las adaptarían y las transformarían de acuerdo a su idiosincrasia (Hernández, 1982: 231; Blanco, 1984: 37-38; Castelo y Sánchez Moreno, 1995: 326). El resultado son unas manifestaciones bien diferentes al área meridional, en las que el realismo y la calidad técnica de estas últimas dan paso a un mayor esquematismo en las estatuas vetonas, en las cuales predominaría el simbolismo, quizá en relación también a las dificultades que existen a la hora de labrar el granito, por ser una piedra dura (Castelo y Sánchez, 1995: 326; Rodríguez-Hernández, 2012: 119). A nuestro entender, la representación de suidos habría que entenderla dentro de estas adaptaciones debido a la propia simbología que este animal tendría en el sustrato cultural celta, sinónimo de prosperidad y del mundo guerrero por su fiereza (Green, 1992); de hecho el 64% de los verracos preservados e identificable son suidos. Sea como fuere, lo que aquí se defiende es que la adopción de esta imagen tuvo éxito porque en el base cultural del pueblo *vettón* subyacía una ideología y una serie de elementos similares (estelas/estatuas-menhir), procedentes tanto del mundo atlántico como de la Europa indoeuropea, donde existen diferentes tipos de esculturas con las mismas funciones que los verracos, como se explica más adelante (Ross, 1986: 143; Eluere, 1992: 95, Cunliffe, 1997: 158; Taylor, 2005: 294; Almagro-Gorbea, 2009: 34).

Respecto a los marcadores de zonas con recursos hídricos, existen ejemplos análogos en Ulaca, donde un toro fue localizado en uno de los manantiales próximos al castro conocido como “Fuente del Oso”, situado en la parte baja de la ladera norte (Álvarez-Sanchís, 2008: 342). Nuevamente, hay que remitirse al estudio de Álvarez-Sanchís sobre el toro de Villanueva del Campillo (Ávila), ya que en su zona de visibilidad existen diversos arroyos (1999: 289).

Otro recurso que podrían marcar serían las vetas minerales metálicos; sí bien se ha comprobado que sólo una minoría de los verracos cumplirían esta función, emplazados sobre todo en el occidente del territorio. Así de los 39 verracos que han sobrevivido, tan sólo 6 indicarían la explotación de vetas de estaño, hierro y cuarzo. A los que habría que añadir dos más que no se han conservado o están en paradero desconocido. Estos minerales coinciden con los filones cercanos a los hábitats<sup>108</sup>. En la tabla 20 se detalla el ejemplar y las vetas mineralógicas cercanas. Al igual que con las zonas agropecuarias, en este estudio se han empleado los módulos concéntricos de 1, 2 y 5 km. de diámetro y se han superpuesto sobre los mapas metalogenéticos, escala 1: 200.000, y sobre los Mapa Geológico de España, escala 1:50.000, elaborados por el Instituto Geológico y Minero de España. Los resultados obtenidos se exponen en la figura 286.

Verraco	Vetas
Barquilla	Fe/ Sn
Gallegos de Argañán	Fe
Merchanas, Las	Sn
Molino Caído	Sn
Payo, El	Sn
Puerto Seguro	Fe/ Sn
San Felices de Los Gallegos	Fe

Tabla 20: Verracos con vetas mineralógicas cercanas. (C. Mateos)

Estas relaciones espaciales parecen apoyar la hipótesis de que podría haber existido una cierta correspondencia directa entre los verracos y las vetas minerales, señalizando los primeros los puntos de explotación minera de una comunidad.

La función de marcadores del terreno se correspondería con el proceso de jerarquización, tanto del territorio como de la sociedad, que tiene su máximo desarrollo durante la Edad del Hierro (Álvarez-Sanchís, 2009: 59). Así se desarrollará el sentido de propiedad de las tierras, que se

<sup>108</sup> Remitimos al estudio realizado en el capítulo 4.

consideran de la comunidad y se explotaban en su beneficio, como se puede desprender del pasaje del agrónomo *Frontino*. Dicho autor hace referencia al *agger salmanticenses*, que se ha asociado con el territorio perteneciente a *Salmantica*. Este tipo de propiedad fue respetado por la administración romana, que la adaptó a su patrón político-administrativo (Solana, 1992: 278). Por tanto, estas esculturas podrían haberse empleado para legitimar sus derechos sobre ese territorio, convirtiéndose en un elemento de ordenación y organización del territorio durante el Hierro II.

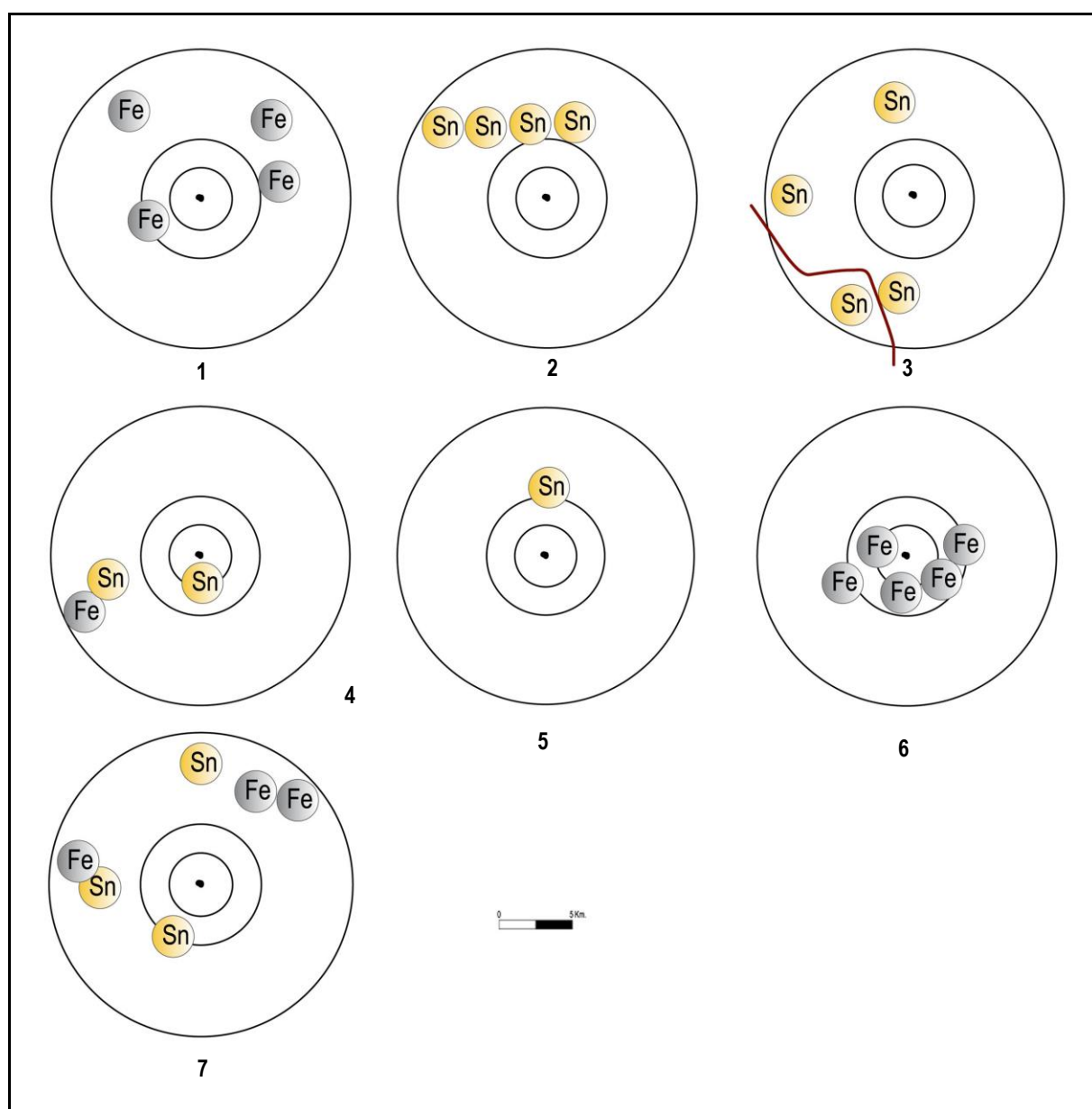


Figura 286: Vetas minerales cercanas a los verracos. 1. Gellegos de Argañán. 2. Las Merchanas. 3. El Payo. 4. Puerto Seguro. 5. Molino Caído. 6. San Felices de los Gallegos 7. Barquilla. (C. Mateos)

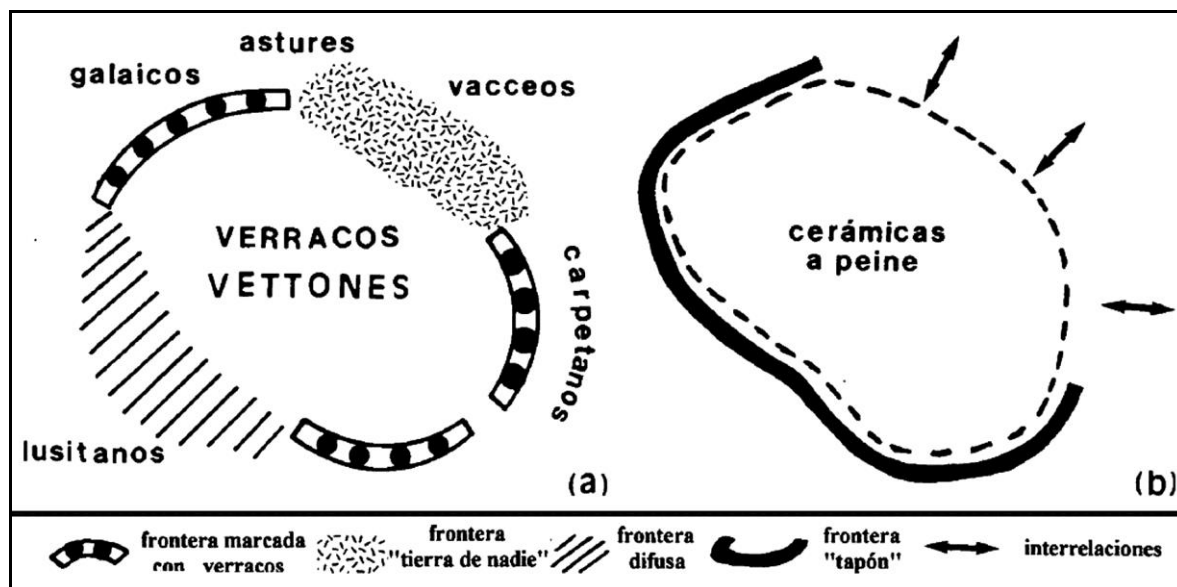


Figura 287: Fronteras del territorio vettón (Según Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero 2002).

En el mapa realizado para este estudio se aprecian dos líneas fronterizas del territorio vettón a la altura del Campo Charro (Fig. 288). La primera, la línea W. separaría los territorios vettón-lusitano, como ya expusieron Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero. Así, se puede observar un trazado (de Sur a Norte) marcado por los verracos de Peñaparda, de Irueña, de Puebla de Azaba, de Barquilla, de Gallegos de Argañán, de Puerto Seguro, de La Redonda, de Fuenlabrada, de San Felices de Los Gallegos, de Las Merchanas y de Masueco. Este limes se ve reforzado por la presencia de diversos castros como Peñaparda, Irueña, Fuenteguinaldo, Valle Gutiérrez, Lerilla, La Plaza, Los Castillos (Villares de Yeltes), El Moncalvo, El Cabezo de San Pedro, Balcosio, Los Castillos (Monleras), El Castillo (Masueco), El Teso de la Ermita de La Virgen del Castillo o El Teso de San Cristóbal. De todas maneras, en esta frontera existirían con otros elementos delimitadores, los naturales. Por el Norte, Los Arribes del Duero, que actúan de frontera natural entre Portugal y España y están formados por barrancos, cañones y escarpes con alturas considerables, que engloban una sucesión de cañones fluviales entallados en un zócalo granítico y pizarroso (Nuche del Rivero, 2001). La segunda línea se dibuja hacia el NE, un posible límite marcado tanto por los verracos de Ledesma, de Salamanca, de Olmillos, de Contiesa, de Villamayor, de Tordillos y de Larrodrigo, como por una serie de asentamientos caso de Ledesma, de Salamanca, de La Cuesta de Santa Ana, de El Castillo (Forfoleda), del Teso de La Encina, del Teso de La Septa, de Teso de San Miguel, de Alba Tormes, de El Teso del Santo, del Teso de Santa Olalla, de El Cañedo, de Florida de Liébano, de Los Ocuestos, de Los Linares, de Las Vegas, de Coca de Alba o de Fresnillo. Estos poblados son los últimos antes del vacío poblacional que ya se ha señalado en La Armuña, en las Tierras de Alba y en el Campo de Peñaranda (Fig. 288). En estas zonas existe una escasez de vestigios arqueológicos y tanto los libros, los informes, como las cartas arqueológicas consultadas (Piñel, 1980; Gómez, 1990; Benet, 1998: 325; IACyL) han dado resultados negativos respecto a la existencia de hábitats en esta

zona durante el Hierro II. De hecho, las prospecciones más recientes en esta franja ratifican este hecho y sus resultados muestran un mayor índice de ocupación en época romana y altomedieval (Aguilar, 2006; Sánchez, 2007).

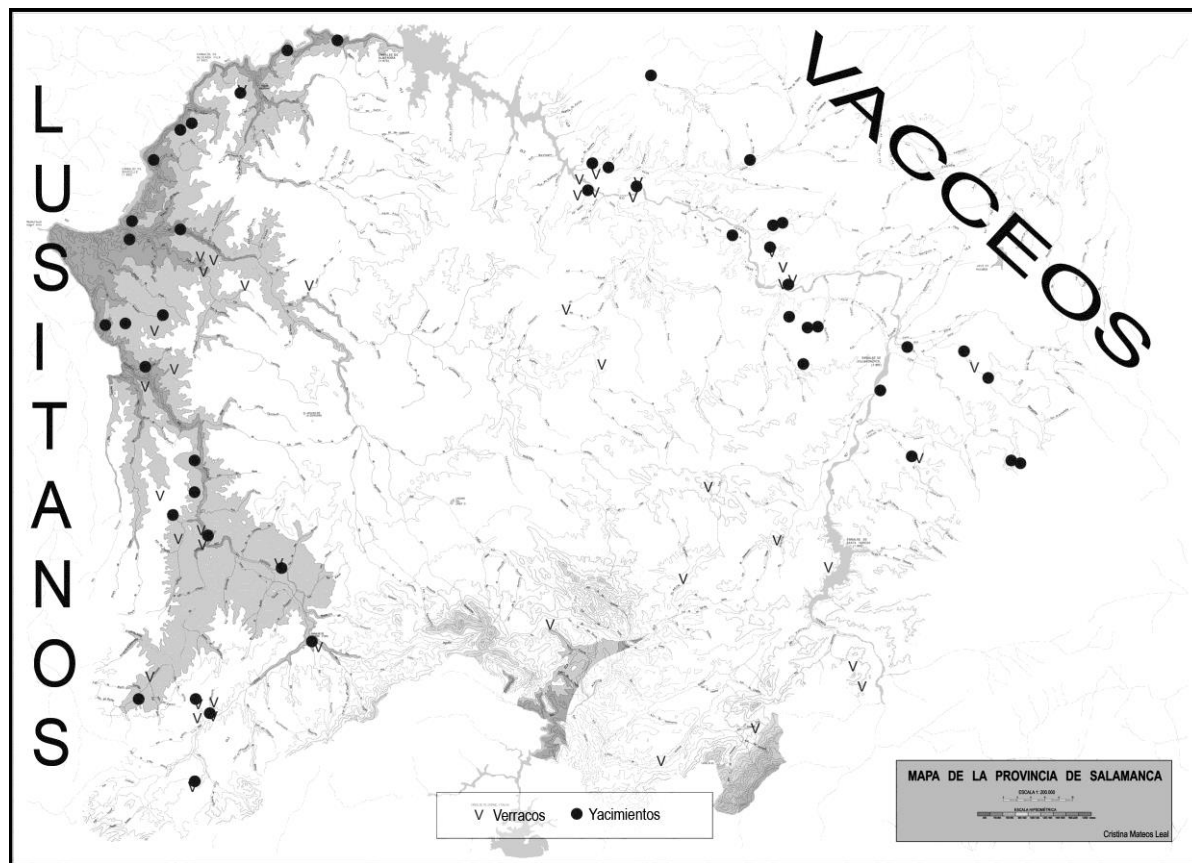


Figura 288: Frontera del territorio vetón a la altura del Campo Charro. Se aprecia la línea W., que separaría los territorios vetón-lusitano, y la línea NE., que marcaría el límite entre los territorios vetón-vaceo. (C. Mateos)

Por tanto, este estudio podría contradecir la postura de los ya mencionados investigadores respecto a la no existencia de verracos u otros elementos que dibujen una frontera con los vacceos (Álvarez-Sanchís y Ruíz, 2002: 260-263 y 270). No obstante, se coincide en que ese vacío poblacional ya mencionado reforzaría este limes NE. Por otro lado, el mapa muestra otro elemento que actuaría de frontera: el río Tormes, y es que los yacimientos mencionados se agrupan en torno al mismo.

### 13. C. b. 2. Verracos como imágenes sacralizadas

Este epígrafe examina dos factores, por un lado el probable carácter apotropaico y por otro la relación que pueden tener los verracos con posibles ritos de fertilidad. Dentro de la primera función los verracos se pueden interpretar como elementos defensores del poblado y de las tierras, aunque sin perder su carácter de marcadores territoriales, debido a la posición que muestran muchos con las patas adelantadas, en una actitud de acometida. Esculturas que se han identificado en esta coyuntura



son los ejemplares de Las Merchanas, el primero de ellos documentado a cincuenta metros junto al camino que va a la puerta principal (Maluquer 1968: 103 y 106); los situados cerca de la puerta septentrional de Ledesma (Gómez Dávila 1596); los de Irueña (Maluquer 1956a: 63; López Monteagudo, 1989: 64) y el de Monleón.

Esta función fue defendida por Cabré (1930: 39-40), Esparza (2003: 173-174) o Álvarez-Sanchís (2003: 279; 2008: 33) para otros verracos, entre ellos los procedentes de La Mesa de Miranda (Ávila), Las Cogotas (Ávila) o del Castillo de Bayuela (Toledo). Los casos abulenses fueron documentados por Cabré en las excavaciones realizadas en dichos castros, en las que varios verracos aparecieron prácticamente *in situ*, fuera de las murallas, pero al lado del camino que conducía a ellos (Blázquez y Rodríguez, 2004: 356). Además, un descubrimiento muy reciente, a tener en cuenta, avala esta hipótesis: las excavaciones llevadas a cabo en Ávila han sacado a luz, en la base de la puerta de San Vicente, un verraco tallado *in situ* en la misma piedra, sobre el sustrato geológico, por lo que los investigadores suponen que este acceso ya existiría cuando se fundara el asentamiento<sup>109</sup>, continuando su uso en época medieval (Gutiérrez, 1999; Martínez y Murillo, 2003). Excavaciones reciente en el mismo lugar exhumaron un segundo verraco (Cantalapiedra, 2007). Por tanto, las esculturas estarían a la vista, flanqueando el paso del poblado primitivo (Álvarez-Sanchís, 2003: 58; 2008: 33). En este mismo sentido se han interpretado de los verracos procedentes de Las Merchanas, para los que se ha planteado la hipótesis de que se ubicaran originalmente uno a cada lado de la puerta principal del castro (Berrocal-Rangel *et al.*, e. p.). Éste carácter apotropaico se ha especulado también para las representaciones de “cabezas humanas”.

Otra hipótesis que se plantea es que los verracos fueran objetos de culto<sup>110</sup> con un significado de fertilidad y prosperidad, implícito al marcar los genitales en las esculturas como símbolos de la fertilidad (Cabré 1930; Morán 1933: 259-260; Santos Junior, 1975: 424-438; Blázquez, 1982: 46; Green, 1992: 116-123 y 218-224; Álvarez-Sanchís, 2003: 58). Igualmente de contextos del Hierro nos llegan una serie de falos líticos, aunque no son muy numerosos, procedentes de los castros de Quinta de Crestelos (Mogadouro, Portugal) (Sánchez inédito), Cabeza de Francos (Monte Aloia, Tui) y Elviña (Monteagudo García, 2003: 47) o los grabados antropomorfos del Valle del Côa (Portugal), con varias figuras que presentan los genitales claramente representados y marcadamente exagerados (Luís, 2009: fig. 5). Por lo que la pregunta de partida sería, ¿estas comunidades realizarían ritos relacionados con la fertilidad en torno a los verracos para potenciar sus bases económicas? Un dato interesante que apoyaría esta hipótesis podría ser las cazoletas talladas en varias de estas esculturas, casi siempre en su dorso. Estos elementos, como ya se ha visto en el capítulo anterior, están presentes en la mayoría de los santuarios o lugares sagrados prerromanos de

<sup>109</sup> No se entrará en el debate de si Ávila es una fundación romana-republicana con gentes desplazadas de los castros de alrededor en el siglo I a. C. o si por el contrario es un asentamiento indígena preexistente elegido por los romanos para reubicar a los moradores de los poblados de colindantes (Centeno y Quintana, 2003, Sánchez-Moreno, 2009: 71).

<sup>110</sup> Entendiendo estos animales como expresión de las cualidades de una deidad determinada (Fernández-Albalat, 1990: 280)

la Meseta y el NO peninsular (Benito y Grande, 1994 y 2000; Santos, 2005: 7; Mateos *et al.*, 2005-06; Royo y Gómez, 2005-06: 295ss.) Tal vez se realizaría algún tipo de libaciones en ellas para propiciar tanto la fertilidad de los campos como la del ganado que en ellos pastaban. Ejemplos de ello podrían ser los verracos de Berrocal de Padierno (Maluquer, 1956: 52), de San Felices de los Gallegos, de Masueco (López, 1989: 96), de Monleón, de Salamanca y de La Redonda (López, 1989: 95) (Lám. 19). De hecho, este último ejemplar se ha asociado a un supuesto santuario que se emplaza al Sur del pueblo, en el paraje conocido como La Peña del Perdón (Morán, 1946, 156). Todos los ejemplares citados pertenecen al Tipo 1, con lo que es probable que en un principio cumplieran este cometido, aunque algunos de ellos en época romana fueran reutilizados como indica la inscripción funeraria del ejemplar de Masueco.

La presencia de cazoletas en el dorso de las esculturas no se limita a los ejemplares estudiados aquí, sino que también se han documentado en Zamora, en Tras-os-Montes, en Segovia, en Cáceres, en Toledo... (López Monteagudo, 1989; Castelo y Sánchez Moreno, 1995: 322). Esta situación de las cazoletas, sugiere que el sacerdote encargado de llevar a cabo las libaciones se coloraría en un lateral; de tal manera, que al derramar el líquido, éste se introdujera en las oquedades, pasando de una a otra en el caso de las que están comunicadas. Desde esta posición, el rito podría ser visto por toda la comunidad, en caso de tener un carácter público, por el cual se aboga. La realización de libaciones sobre rocas simbólicas está atestiguada en Hispania e incluso es calificada como “costumbres ancestrales” por Estrabón (Geo., III, 4, 18). Relacionado con esto mencionaremos, una estela hallada en las inmediaciones de la necrópolis de La Polera (Burgos), fechada entre el siglo V y principios del IV a. C. y cuya decoración responde a las características que Powell, Kruta o Jacobstahl asignaron al arte celta: representación esquemática, discos solares y sogueados. Las cazoletas se sitúan en su mitad superior, ocupando la cabeza y el tórax de la cabeza humana. Estas oquedades se han interpretado como el lugar donde se realizarían las libaciones al difunto (Ruíz, 2001: 23). Cronológicamente, esta pieza estaría en uso al mismo tiempo que los verracos del tipo 1 y 2, lo que podría reforzar la hipótesis de las libaciones sobre soporte lítico.

Relacionado con la sacralidad de los verracos, el ejemplar de Berrocal de Padierno cuenta, en una de sus patas traseras, con un grabado que bien podría representar un báculo o cetro (Fig. 289). Recuerda a los fragmentos de cetros recuperados en el posible santuario romano-celta de Willingham Fen (Cambridgeshire, Inglaterra) o en Le Châtelet (Haute-Marne, Francia) (Green, 1997: 62) o los estandartes celtibéricos del Alto Duero (Lorrio y Sánchez, 2009: 339). Estas piezas suelen estar compuestas por un astil de madera, como demuestra un ejemplar recuperado en Numancia, rematado por una pieza metálica de hierro o bronce de enmangue tubular y forma de horquilla, cuyos extremos están enrollados (*Ibidem*, 340). La hipótesis que se plantea para el representado en el suido es que puede representar un bastón ceremonial, asociado a los sacerdotes y a los ritos que se llevaron a cabo en torno al verraco, ya que los peninsulares se suelen asociar a *signa equitum* (Almagro-Gorbea, 1998, Lorrio, 2005: 198; Lorrio y Sánchez, 2009: 340), estandartes (Schulten, 1931:

271; Mérida *et al.*, 1924: 30) o báculos de distinción (Pastor, 1998; Jimeno *et al.*, 2004: 167). La cronología más antigua de estas piezas se obtiene de los hallazgos de Arcóbriga, de Osma y de Quintanas de Gormaz con unas fechas entorno a mediados-finales del siglo III a.C. y las más modernas se encuentran en la necrópolis de Numancia datadas hacia el siglo I a.C. (Lorrio y Sánchez, 2009: 343). Este encuadre temporal coincide con el que diversos investigadores datan los verracos pertenecientes al Tipo 1, grupo al que pertenece el ejemplar de Berrocal de Padierno (Martín Valls 1969 y 1971; Martín Valls y Delibes 1972 y 1973; Martín Valls y Pérez Gómez 2004; Martín Jiménez 1919; Maluquer 1968; Iglesias *et al.* 1991).

La conjetura sobre la sacralidad de la figura del toro y del cerdo se vería confirmada tanto por otros hallazgos arqueológicos como por las referencias sobre ello existentes entre los autores clásicos, como por ejemplo, Diodoro (*Bibl. Hist.*, IV 18, 3). Este escritor afirma que: “...cada año le sacrificaba el toro más hermoso...” y que “... los toros siguen cuidándose como sagrados en Iberia hasta nuestros tiempos.”. Plinio el Viejo (*Hist. Nat.*, XVI.95) narra cómo los druidas sacrificaban toros blancos. Tanto un autor como otro coinciden en el hecho de que estos pueblos seleccionaban el ganado que iba a ser sacrificado, dotándoles así de un carácter sagrado; el mismo del que se imbuiría a los verracos. Este culto a la figura del toro como símbolo de fertilidad y protección se ha atestiguado en otras culturas como la egipcia, la hitita o la germánica (Herm, 1976). De hecho, tanto el toro como el jabalí parecen haber sido totems muy extendidos y representados en el mundo antiguo (Blázquez, 1983: 257).

Respecto a los vestigios arqueológicos, el más significativo y el que no da lugar a dudas sobre la sacralidad de esta figura son los aparecidos en el santuario de Son Corró de Costil (Mallorca), de carácter indígena y con pervivencia romana. Aquí se exhumaron tres prótomos de toro en bronce a tamaño natural y varios cuernos pertenecientes a otros ejemplares. Estos han sido interpretados bien como exvotos, bien como *akroteria* de embarcaciones ofrendadas en el mismo (Luzón, 1988; Guerrero, 2006: 31; Delgado, 1996; VV.AA., 2001; Sánchez, 2009). No se entrará en esta discusión porque no es el tema que nos ocupa; pero ya fueran unos u otros, no cabe duda de la sacralidad de la figura del toro, ya que los *akroteria* o mascarones se situaron en las embarcaciones a modo de elemento protector en diferentes culturas y épocas (Atkinson, 1990; Rodríguez, 2002: 6). El mismo esquema está presente en los santuarios de la Cultura Castreña del NO peninsular, en cuyas paredes se empotraron cabezas de verracos, como confirma el ejemplar hallado *in situ* en Paderne (Minho) (López Monteagudo, 1989: 143).

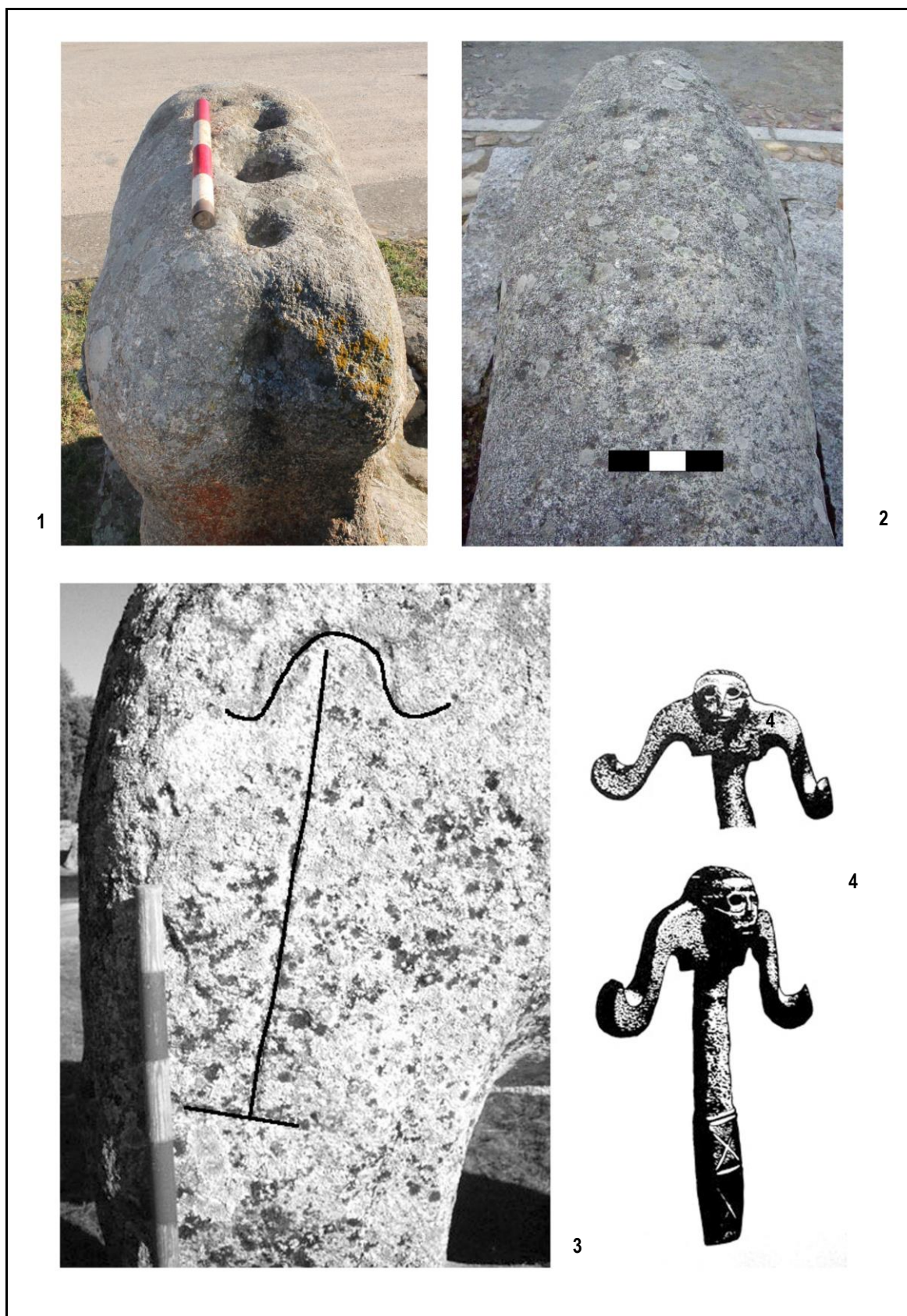


Figura 289: 1 y 2. Cazoletas de los verracos de Monleón y de San Felices de los Gallegos. (Fotografías de la autora, 2012). 3. Grabado del verraco de Berrocal de Padierno. (Fotografía de la autora, Noviembre, 2007). 4. Cetros de Willingham Fen, Cambridgeshire, Inglaterra. (Green, 1997: 62).

Por otro lado, Blázquez consideró como exvotos las figuritas de toros y cerdos de cerámica aparecidos en Numancia (1957b: 32). De este yacimiento, proceden también cerámicas en las que se representan hombres con máscaras de toro y/o unos grandes cuernos del mismo animal enfundados en los brazos. Como ya se ha comentado, una interpretación de estos antropomorfos podría ser la de sacerdotes realizando algún tipo de ritual en el que la figura del toro jugara un papel importante (Jimeno *et al.*, 2002: 60, Fig. 60; Jimeno *et al.*, 2005: 89, Fig. 2). Más cercano al territorio en estudio se descubrió un santuario de planta circular en Picote (Tras –os-Montes), cuyos paralelos de época de La Tène se encontrarían en La Galia y en Britania. Este santuario contenía un verraco, encarado hacia un corredor donde se recuperaron varios huesos de animales y diversos objetos a modo de ofrendas (López Monteagudo, 1989: 143). Del mismo modo, en la inscripción lusitana de Cabeço das Fraguas (Portugal), datada en el siglo II, se asocia a dioses indígenas con el sacrificio de un toro, un cerdo y una oveja (Blázquez, 1983: 224).

Por otro lado, un estudio llevado a cabo por Olivares relaciona la divinidad indígena *Bandua* con el rito del Toro de San Marcos, de marcado carácter agropecuario. Así ha comparado en un mapa la distribución de los lugares donde tenía lugar el rito del Toro de San Marcos con la localización de las inscripciones en honor a dicha deidad. El resultado fue la superposición de ambos territorios. Así mismo establece una asociación entre esta divinidad, el “Marte indígena” y el dios *Cosus* por su relación con el toro en la Península. Por tanto, ¿se podría ver una reminiscencia de un culto o un rito, relacionado con la figura del toro, a *Bandua*, en las fiestas tradicionales? (1997: 208ss.). Para terminar con la imagen del toro, se hará referencia a un dato curioso, y es que siempre ha sido considerado un símbolo de fuerza y fecundidad, reminiscencia tal vez de un culto anterior. Un carácter sacro pagano que la Iglesia no dudó en transformar y cristianizar, como ocurrió con otras manifestaciones que se encuadran dentro de la religiosidad popular. El toro fue revestido de una fuerza indómita del mal que podía ser doblegado por Dios (Flores, 1999: 33-73). Por tanto, lo que aquí interesa, realmente, es el carácter agropecuario del rito del Toro de San Marcos, la condición sacra de dicho animal y su posible génesis en la Edad del Hierro, lo que bien podría avalar la naturaleza sagrada de los verracos.

Hasta el momento se ha hablado de la figura del toro; pero no olvidamos tan poco la figura de los suidos, ya que entre los verracos se representaron cerdos y jabalíes. *A priori*, se podría llegar a pensar que las esculturas de suidos significarían un predominio del ganado porcino sobre el vacuno en nuestro territorio; de hecho, de las 25 esculturas definidas, 17 son representaciones de cerdos. No obstante, las evidencias recuperadas en *Salmantica* indican que no existiría una equivalencia entre la importancia de estas esculturas y el peso del aporte cárnico de los suidos en la dieta de los pobladores, ya que los análisis arqueozoológicos dieron como resultado que el cerdo era un recurso secundario (Macarro, 1999a: 52). Por tanto, la hipótesis que se propone es que tengan el mismo carácter sacro que las figuras de los toros. Green explica que el suido en el mundo celta tendría un gran simbolismo porque sería el animal por excelencia. Éste sería sinónimo de prosperidad, de ahí



que se empleara en los banquetes para el difunto de las clases nobles; de fertilidad, y también era asociado al mundo guerrero por su fiereza (1992: 17). Por tanto, los verracos que representan suidos tendrían un carácter sagrado que indicaría la prosperidad de las comunidades que los levantaron. Este carácter sacro o más bien su importancia en el mundo religioso del territorio de este trabajo, se puede entrever en el Cerro San Vicente. Aquí se ha documentado un depósito ritual, formado por restos de diferentes especies animales, entre ellos el cerdo (Macarro, 1999: 48 y 49; 1999a: 52). Así mismo, aunque en los poblados vacceos los análisis faunísticos también hablan de una presencia escasa de estos animales entre los desechos alimenticios, sus representaciones están presentes en numerosas piezas tales como tahalíes, pomos o fíbulas y sus restos se registran a modo de ofrenda funeraria en las necrópolis, como por ejemplo en Las Ruedas (Sanz, 1997: 446). Esto mismo coincide con lo que ocurre en los cementerios galos, donde los suidos son documentados en las tumbas a modo de ofrenda para el banquete funerario (Green, 1992). Por último, exponer que algunas esculturas de verracos abulenses o cacereños llevan una franja resaltada sobre los brazos. López Monteagudo la relaciona con el *dorsuale* con que se adornaba al animal que era conducido al sacrificio. En este sentido, se confiere a las esculturas el carácter religioso de ofrenda a la divinidad, habiendo sido consagrado previamente. Este mismo carácter de exvotos tienen las estatuillas de toros y cerdos fabricadas en terracota en la Meseta, en piedra en Irlanda y en bronce en la Europa de la Edad del Hierro (1989: 144).

Todos estos datos indicarían rituales relacionados con estos animales. No obstante, hay que pensar que este tipo de culto ya estaría arraigado en el territorio en estudio, siendo estas esculturas una expresión del mismo. La población aquí asentada tendría los mismos ritos y creencias por esa base “protocelta” cultural que se gesta durante el Bronce y el Hierro I y la “receltización” que se produce durante el Hierro II con la expansión del mundo celtibérico (Almagro-Gorbea, 2008: 45ss.).

Por otra parte, estos verracos no son las únicas piedras trabajadas que han aparecido en contextos de la Edad del Hierro con un carácter ritual. Diferentes elementos líticos se han asociado al mundo celta por su decoración, vegetal, geométrica y su simbología, que coincide con la apreciada en la joyería y en otros elementos de su religión (Eluere, 1992: 95). Otra muestra sería la escultura de Hércules con un jabalí embridado empotrado en la Torre de Hércules del Convento de Santo Domingo (Segovia). Esta edificación es de construcción romana y el jabalí ha sido identificado por los investigadores, como por ejemplo Gregorio Manglano<sup>111</sup>, como un verraco. Este conjunto escultórico se trae a colación por la importancia que reviste la asociación de la figura de Hércules con un verraco. Como ya se ha defendido, estas esculturas zoomorfas pudieron tener un significado apotropaico y ser garantes de la prosperidad económica de la comunidad. Por otro lado, en la mitología grecorromana la figura de Hércules no sólo es la manifestación de la fuerza y la preparación para la lucha sino que también se le consideraba protector de la humanidad y garante de la abundancia. Su culto se

---

<sup>111</sup> Comunicación personal.

extendió por toda la Galia y se asoció con deidades indígenas, como los dioses celtas Smertrius y Ogmios, situándolo en la categoría de dioses benefactores y protectores de los hombres (Alvar, 2000). Por tanto, podríamos estar ante un sincretismo religioso, ratificándose así el carácter sagrado de los verracos. Este fenómeno se ha observado a lo largo de toda la historia, siempre y cuando tuvieran el mismo carácter o la misma función, y como mejor ejemplo se puede citar el cristianismo, ya que en el culto a los santos se adoptó tanto algunas características como las festividades de los dioses paganos, para que la nueva religión tuviera mejor acogida (Oronzo, 1995: 24; Blázquez y García-Gelebert, 1997a: 435). Así en Cathedral Hill (Armagh, Irlanda) se conocen tres esculturas, que representarían osos en posición sedente (Ross, 1967: 349, fig. 84 a-b). Este lugar se caracteriza por ser uno de los pocos santuarios célticos irlandeses identificados como tal con cierta seguridad. Se ha datado hacia el siglo III d. C. (Rynne 1972: 79-80; Harbison 1988: 193-194), antes de la llegada del Cristianismo a estas tierras, asociándose al destacado yacimiento de Fort Navan. Es importante remarcar estos datos junto al hecho de que en Irlanda los romanos no llegaron a instalarse como en el resto de Europa, lo que implica que su población hasta su cristianización mantuvo un sustrato más autóctono que otras poblaciones europeas. La intensidad de romanización de los territorio no fue la misma si sólo hubo relaciones comerciales que si se conquistó y se integró en el Imperio (Cunliffe, 1997: 258ss.). Otra pieza relacionada con el tema que nos ocupa es una estatua tallada conservada en Francia, identificada con un dios celta. Representa una figura humana cogiendo un jabalí y se ha datado en el siglo I d. C. (Cunliffe, 1997: 112, Fig. 83; 128). Lo que aquí interesa es la supuesta asociación de la figura del jabalí con un dios porque parte de los verracos representan a este animal. Por ende, esta talla reforzaría la sacralidad de los suidos y su posible culto. Cabe la posibilidad de que esta escultura se correspondiera con la humanización de un dios del panteón celta, hecho frecuente tras la ocupación de un territorio por el Imperio romano. Este dios bien pudo ser Teutatis, que se asimiló a Marte, como demuestra una inscripción de Gran Bretaña dedicada por un liberto a *Mars Toutates* (Alvar, 2000; *CIL* VII 84). Divinidades cuyo carácter astral les vincula con el toro, por un lado, y, por otro, con las divinidades ctónicas, de ahí su relación con el jabalí, que simboliza la fertilidad realizada por la unión del cielo y la tierra (López Monteagudo, 1989: 146).

### 13. C. b. 3. Verracos como marcadores funerarios

Las esculturas aparecidas en contextos funerarios se han asociado a niveles exclusivamente romanos, como el ejemplar de Larrodrigo que presenta una inscripción en caracteres latinos; los del yacimiento abulense de Martiherrero<sup>112</sup> (Ávila), que se datan de época altoimperial; o el cerdo de El Fresno (Ávila), asociado a un yacimiento tardorromano (Fabián, 1995-96: 223). Otros ejemplos más claros son las esculturas que, aunque en minoría si se compara con las estelas, han aparecido

<sup>112</sup> La necrópolis altoimperial presentaba unos monumentos funerarios constituidos por un bloque prismático, el cual contaba con una cavidad para las cenizas y con un canalillo para las libaciones, y encima un verraco. Este tipo monumentos funerarios se han fechado en el siglo II d. C. (Martín Valls y Pérez Herrero, 1976).

asociados a éstas en la necrópolis altoimperial de Ávila y en los castros romanizados de San Esteban (Muelas del Pan) y Santiago (Villalcampo) (Martín Valls y Delibes, 1982: 48-50).

En la misma línea se ha interpretado el jabalí descubierto en Yecla de Yeltes en una de las últimas campañas de excavación. Apareció empotrado en una estructura extramuros, por lo que no estaba *in situ* (Martín Valls y Pérez Gómez 2004: 283). En la construcción de la misma también se emplearon como material de obra estelas altoimperiales, por lo que Martín Valls y Pérez Gómez plantean que tanto las estelas como el verraco podían proceder del mismo emplazamiento: la necrópolis romana del castro (2004: 295). Sí efectivamente proceden de ella, aquí se baraja la posibilidad de que el suido no fuera tallado para tal fin, sino que fuera reutilizado en época altoimperial. Esta hipótesis se basa en que los detalles anatómicos tan claros que muestra (orejas, espinazo, colmillos,...) llevan a clasificarlo dentro de los verracos del tipo 2. Esta categoría, como se ha visto con anterioridad, no parece tener un valor funerario sino, más bien, sus ejemplares funcionarían como marcadores de las zonas de explotación agropecuarias próximas al castro, con valores totémicos de protección y garantes de la fertilidad y la abundancia (Álvarez-Sanchís, 1999 y 2003: 279; Esparza, 2003: 173-174; Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2008). Álvarez-Sanchís asoció los verracos pertenecientes a las tipologías 1 y 2 con castros prerromanos sin romanizar, lo que implica que pertenecen a la II Edad del Hierro y sus funciones podrían variar entre marcadores y totems o combinar ambas. Sin embargo, las esculturas del Tipo 3 se han asociado a castros con continuidad en época altoimperial, pero en ambientes funerarios (1999: 215ss.). No obstante, la consideración de estas esculturas como parte de las tumbas afecta a una parte minoritaria de los verracos conocidos y no hay que descartar que se reaprovecharon otras, como demuestra los ya citados Toros de Guisando (Álvarez-Sanchís, 2008: 34). Por tanto el ejemplar de Yecla de Yeltes podría estar en esta misma circunstancia.

Tradicionalmente, el verraco de Larrodriego se ha incluido en el Tipo 3 (Martín Valls y Frades Morera, 1981, Álvarez-Sanchís, 1999: 251) con una cronología entre el siglo II-I a. C. (Álvarez-Sanchís, 1999: 272). Por otro lado, la inscripción ha sido fechada en el siglo II d. C. por Martín Valls y Frades Morera (1981: 109). *Per ende*, existe un desfase de fechas que nos hace plantear la posibilidad de que durante la etapa altoimperial se produjera un reaprovechamiento del verraco como hito funerario, perdiendo su funcionalidad original. Esta reutilización de elementos indígenas por parte de la población autóctona se documenta en la estela de Chillón, datada entre el Bronce Final y el Hierro I. Fue usada como cipo funerario romano durante el S. I d. C., se reaprovechó la iconografía y se adaptó el texto a ella, ya que la lanza fue modificada para formar parte de la “U” y la “N” en las palabras “Proculus” y “Toutoni” (Fernández Ochoa y Zarzalejos, 1994: 266ss.). Este mismo hecho se aprecia también en la estela de Ibahernando (Cáceres): el difunto era un individuo de filiación indígena, pues presenta un antropónimo de procedencia celta (Almagro, 1966: 92-93).

Sea como fuere el nombre del epígrafe del verraco de Larrodrido es un antropónimo indígena *Tuginocius* (Martín Valls y Frades, 1981: 195). De hecho, de las 25 esculturas con inscripciones documentados en la Península (López Monteagudo, 1989: 126-138), un 44% son ilegibles, pero el 56% restante se podrían asociar con personajes de ascendencia indígena, no sólo por los antropónimos, como por ejemplo *Burrus*, *Reburrus*, o *Tuginocio*, sino también por la formulación empleada, ya que en algunas inscripciones aparece un sólo elemento nominal, propio del sistema indígena y en otras, aunque con menos frecuencia, el nombre seguido de la filiación, considerado por Salinas en su estudio sobre la onomástica en las estelas funerarias un avance hacia la romanización (1997: 344ss.). Sí se añade que el soporte elegido como hito funerario es un verraco, se podría pensar que los difuntos eran oriundos de la región, y el hecho de escoger un símbolo indígena para su tumba avalaría la hipótesis planteada sobre el gran peso de la cultura autóctona frente a la romana.

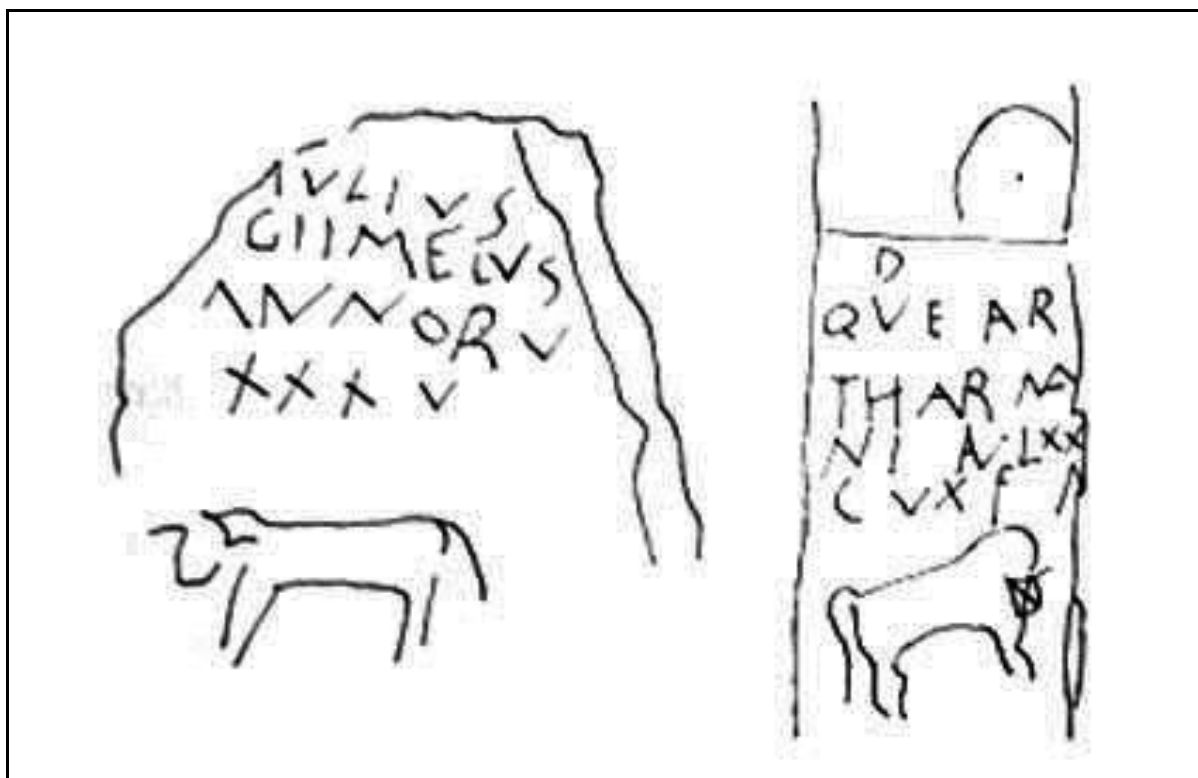


Figura 290: Estelas con imágenes de toros procedentes de Yanguas y El Collazo, Soria. (García y Blázquez, 1994)

En conclusión, todos los casos citados de reutilización de elementos indican una preferencia por las representaciones ancestrales, que para las poblaciones autóctonas debieron tener un significado especial, a la hora de levantar un monumento funerario concebido para perdurar en el tiempo. Esta hipótesis se vería reafirmada por el hecho de que en diversas estelas romanas procedentes de Zamora, de Burgos, de Navarra, de Soria o de Tras-Os-Montes, entre la escasa

decoración figurada, se representan toros o jabalíes (García-Gelebert y Blázquez, 1994: 189ss.; Álvarez-Sanchís, 1999: 276; Redentor, 2002: 165) (Fig. 290). Esto indicaría una vez más la importancia que para estas poblaciones tendrían la figura del toro y del cerdo, como reminiscencia de su culto, pudiendo hacer referencia a los verracos, trasladando su rol apotropaico a la vida de ultratumba. Igualmente, el poder fecundante, que se asocia a estas figuras, se podría haber transpuesto con la perduración de la vida en el Más Allá. Elorza ya relacionó las representaciones de toros de las estelas alavesas con la supervivencia de cultos indígenas en una sociedad en proceso de romanización (1970: 234ss.). Este mantenimiento en la Península Ibérica por parte de las comunidades indígenas de sus cultos tradicionales después de la conquista romana es un hecho común (Espejo Muriel, 2000: 217; García *et al.*, 2007: 109ss.). De hecho, Bradley expone que el gran número y extensión geográfica de las reutilizaciones romanas de monumentos y espacios sagrados prehistóricos en Europa occidental es tal que no representaría un fenómeno cultural aleatorio o marginal. Por tanto, las poblaciones sometidas a Roma mantienen durante largo tiempo una memoria del significado ideológico e identitario de dichos lugares (Bradley, 2002), o en nuestro caso de objetos e imágenes.

## **14. ARAS VOTIVAS Y ESTELAS FUNERARIAS: UN ESTUDIO PROPIO**

Las estelas funerarias y las aras votivas merecen un apartado propio porque, si bien originarias de época romana, se convierten en un elemento importante para conocer algunos aspectos de la tradición indígena anterior a la Conquista. Aunque sólo un porcentaje entrarían dentro de la cronología de este estudio, se han analizados todas para obtener una visión global sobre el grado de romanización, que habría tras la conquista e integración del territorio en el Imperio, y establecer algún aspecto socio-religioso de las comunidades protohistóricas.

El área de estudio ha deparado un gran número de estelas en comparación con las aras como se puede apreciar en el mapa de dispersión (Fig. 291). Por otro lado, este muestra como la mayor concentración de hallazgos se produce en torno a Salamanca (Salinas, 1997: 337; Hernández, 2001: 64ss.), a El Castillo de Saldeana (Hernández y Jiménez, 2000: 155-134; Hernández, 2001: 92ss.), al Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero) (Hernández y Jiménez, 2004) y a Yecla de Yeltes (Martín Valls, 1969: 332-334; 1982: 181-201; Hernández, 2001: 113ss.) con un número de estelas recuperadas superior a 10; mientras que el resto de los hallazgos en la mayoría de los casos suele estar entre 1 y 5 estelas. Los investigadores, debido a las coincidencias formales del conjunto epigráfico de los tres últimos, postulan la existencia de un taller en las inmediaciones del Alto de Cabezo de San Pedro, en donde se han documentado evidencias de las distintas de producción de las estelas (Hernández y Jiménez, 2004: 125-129; Cortés *et al.*, 2011: 203).



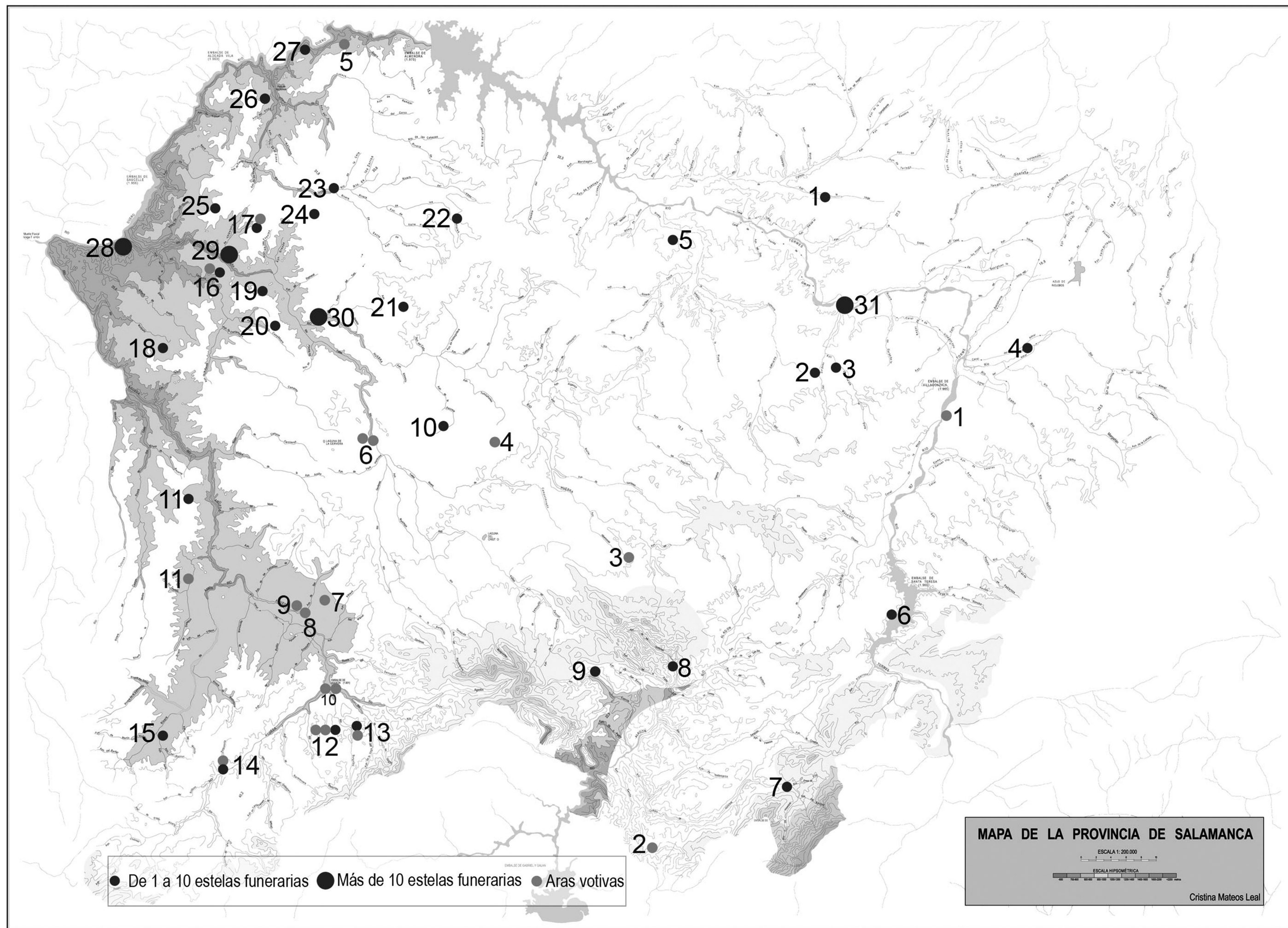


Figura 291: Mapa de dispersión de aras y estelas funerarias. Estelas: 1. Espino de los Doctores. 2. Aldeagallega. 3. Miranda de Azán. 4. San Vicente del río Almar. 6. Salvatierra de Tormes. 7. Béjar. 8. Valero. 9. San Martín del Castañar. 10. Boada. 11. Villar de Yegua. 12. Mariago. 13. Agallas. 14. Irueña. 15. Puebla de Azaba. 16. Bermellar. 17. Villasbuenas. 18. La Redonda. 19. Cerralbo. 20. Campilduero. 21. Traguntia. 22. Espadaña. 23. Las Uces. 24. Valderodrigo. 25. Barruecopardo. 26. Masueco. 27. Pereña. 28. Alto de Cabezo de San Pedro. 29. El Castillo de Saldeana. 30. Yecla de Yeltes. 31. Salamanca. Aras: 1. Alba de Tormes. 2. Lagunilla. 3. Conejos. 4. Boadilla. 5. Almedrilla. 6. Retortillo. 7. Torre de la Mata. 8. y 9. Ciudad Rodrigo. 10. Lerilla, 11. Gallegos de Argañán. 12. Martiago. 13. Agalla. 14. Irueña. 15. Puebla de Azaba (C. Mateos).

## 14. A. Estudio de la formulación y de la onomástica

El primer aspecto que se va a analizar es la onomástica de las inscripciones que parecen en ambos monumentos, a partir de las publicaciones de Salinas (1997), Hernández Guerra (2001), Santos (1992) y Albertos Firmat (1975).

Se distinguen tres tipos de formulaciones nominales: un sólo elemento nominal, propio del sistema indígena; el nombre y el sobrenombre, que es una mezcla entre el sistema romano y el indígena, aunque con poca frecuencia; y la fórmula romana del *tria nomina* que es todavía menos frecuente y no se usaba bien, debido, tal vez, a una ignorancia de la gramática latina o bien, aunque se conociera y se utilizaba el nombre latino, pero se empleaba con la fórmula indígena de forma consciente. Otras fórmulas en las que se aprecian errores son en las abreviaturas de "*Hic situs est*" y "*Sit tibi terra levis*", que muchas veces están incompletas y/o les falta alguna letra, como se verá más adelante.

Por otra parte, la invocación a los "Dioses Manes" en las estelas alto imperiales es escasa, en comparación con las tardorromanas, en donde es frecuente. Lo que indica que este culto no se generaliza en la sociedad hasta aproximadamente el siglo III d. C., siendo otro indicador del grado de romanización del territorio; ya que el culto a los Dioses Manes está muy arraigado en la cultura romana y es de los primeros cultos que las poblaciones locales adoptan porque es el culto a los dioses de los difuntos, que ya estaba presente en las religiones prerromanas (Pastor, 2004: 382).

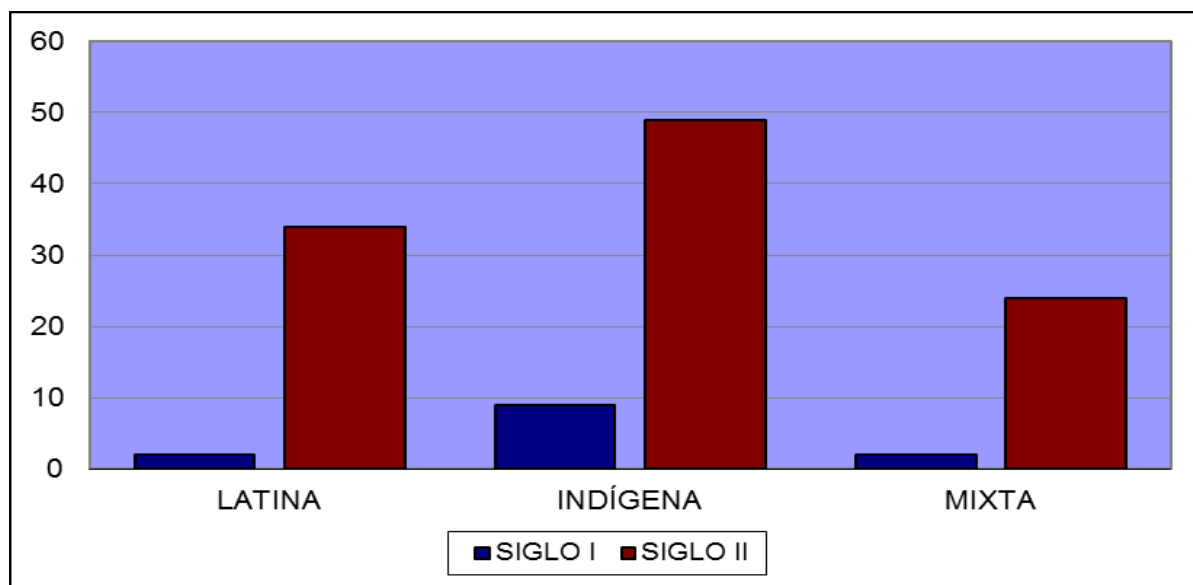


Figura 292: Gráfico del estudio de la onomástica en estelas y aras. (C. Mateos)

Asimismo, el estudio realizado por Salinas sobre la onomástica muestra que hay una convivencia entre la latina y la indígena, pero ésta supera en porcentaje a la primera, produciéndose en algunos casos un nombre mixto, con elementos de ambos, en porcentajes ínfimos (1997: 344ss.;

346, Fig.14). Nuestro estudio se ha centrado tan sólo en los nombres de los siglos I y II d. C., pero el resultado ha sido el mismo que el obtenido por Salinas: los individuos con nomenclatura indígena superan a los nombre latino. Incluso se podría decir que en el siglo I la primera es superior, por lo que la romanización de la población en este aspecto no sería muy alta, tras más de un siglo de integración del territorio en el Imperio romano (Fig. 292).

También, se ha observado que los *praenomina* latinos son escasos y tan sólo se conocen *Caius*, *Lucius*, *Marcus*, *Quintus* y *Titus*. Lo mismo ocurre en el caso de los *nomina*, en comparación con los indígenas: *Accius*, *Aelius*, *Aemilius*, *Antonius*, *Atilia*, *Aurelius*, *Baebius*, *Cassius*, *Festus*, *Iulius*, *Iunius*, *Marcus*, *Valerius*,..., sus derivados y sus formas femeninas. La mayor parte de la onomástica latina está representada por los *cognomina*, usados en nombres de un solo elemento. Estos son: *Albinus*, *Aper*, *Aprodhita*, *Apruncula*, *Avitas*, *Batians*, *Clemens*, *Commoda*, *Compendio*, *Fausta*, *Fetus*, *Flauus*, *Maternus*, *Nepos*, *Pintilisima*, *Placidus*, *Primigenius*, *Rufina*, *Sabinus*, *Silo*, *Valentinus*, *Valeria*,... (Ibídem: 344ss.)

Por otra parte, los antropónimos indígenas se repetían mucho y actuaban como *cognomina*: *Ambatus*, *Ama*, *Arcco*, *Arcoturus*, *Arreius*, *Arronica*, *Arro*, *Boutius*, *Cloutius*, *Compendio*, *Douitenus*, *Maganus*, *Magilus*, *Mentina*, *Reburrus*, *Tancinus* o *Tanginus*, *Tritius*,... con sus correspondientes femeninos y masculinos y sus derivados. Las gentilidades son bastante frecuentes y las que más repiten son: *Acceicum*, *Ammaricum*, *Anocum*, *Arconicum*, *Botiecum*, *Buacum*, *Cambaricum*, *Caurunicum*, *Coilonqum*, *Coilionicum*, *Elanicum*, *Leovasico*, *Lupercum*, *Luponicum*, *Matueniquum*, *Sailcieicon*, *Tritecum*, *Talabonicum*, *Toutoniquum*, *Ubonicum*,... (Albertos, 1975).

No obstante se ha observado que muchos nombres latinos son homófonos de un indígena, como es el caso de los epígrafes del Alto del Cabezo de San Pedro nº 9, 11 y 21 con *Autius*; del nº 41 con *Albus* y del 54 con *Ana*, que puede ser homófono del latino *Anna* o un nombre indígena, por su radical *An-*. Lo contrario se da en muy pocos casos, como por ejemplo en el nº 81 del mismo lugar, con *Caeno* (Hernández y Jiménez, 2004). Esto indica que la población autóctona trasladaba a su propio sistema los elementos romanos, lo cual no era complicado porque ambas lenguas son indoeuropeas y comparten tanto radicales como significados. Por otra parte, hay estelas que contienen padres con nombre latino, pero a sus hijos les han puesto uno indígena, como es el caso de los epígrafes nº 77 (*Elesus* hijo de *Paternus*), nº 2 (*Allia* hija de *Paternus*) y nº 82 (*Lapona* hija de *Lucius*) procedentes de Hinojosa (Ibídem); del encontrado en Miranda de Azán (Hernández, 2001: 60, nº 53), con una tal *Ama* hija de *Festo*; del aparecido en Salamanca (Ibídem: 65, nº 58) con un *Ambatus* hijo de *Patricius*. El caso contrario también se da, aunque tan sólo se ha constatado en Cerralbo (Hernández, 2001: 48, nº 40), con una *Ianua* hija de *Ambatus*.

El hecho de que en seis de los siete casos estudiados, el padre tuviera nombre latino y el hijo nombre indígena, se ha interpretado como que la población conservaba sus costumbres y su sistema onomástico. Este hecho constituye una prueba más del escaso grado de romanización que existe en

el territorio de estudio después de un siglo de integración en el Imperio. Además, no sólo ocurre en el occidente meseteño sino que se acentúa según nos vamos desplazando hacia el Norte peninsular. Así, por ejemplo, en *Pintia*, Sanz y Velasco creen que ocurriría lo mismo, ya que una de las estelas discoidales, que conservaba su inscripción latina, pertenecería a un miembro de las élites locales de origen vernáculo, que conservaría elementos propios de su acervo cultural y adoptaría otros de la sociedad romana (2003: 204ss.). Las estelas de *Pallantia* (Hernández, 1994: 345) y de la zona trasmontano-zamorana (Redentor, 2002: 177) serían otro buen ejemplo, al igual que las procedentes de la Comarca de Liébano (Cantabria) donde igualmente se puede observar la concurrencia de ambas estructuras onomásticas, habiéndose datado las estelas entre el siglo II d. C. y el IV d. C. (Cisneros, *et al.*, 1994: 221ss.). También, como ya se ha visto, en las inscripciones funerarias de los verracos ocurre lo mismo, habiendo sido fechadas entre el I y el II d.C. Además, en este caso la elección de este elemento indígena es un claro exponente del peso de la cultura prerromana entre la población (López, 1989: 126-138).

#### **14. B. Aras votivas**

Este tipo de monumento recoge el proceso evolutivo de las creencias religiosas prerromanas para un momento tardío y ayuda a ver el grado de indigenismo del territorio porque muestran a qué deidad se consagra, manifestándose así ciertos aspectos religiosos de las comunidades, antes y después de la romanización.

Las aras recuperadas en nuestro territorio son muy pocas en comparación con otras zonas vecinas, aunque también es verdad que no hay un estudio intensivo y por tanto las conclusiones a las que se han llegado se han basado en las 19 aras publicadas actualmente, en las que se puede leer el campo epigráfico, ya que hay otras aras en donde el hecho de que haya perdido todo o gran parte del mismo impide su lectura y comprensión (Hernández Guerra, 2001: 13-31; CIL II, 801).

Hernández Guerra realizó una división de la aras en función a las divinidades a las que consagraron, que nos parece adecuada aunque en algunos casos se discrepe sobre la adscripción y se matice (2001):

##### **14. B. a. Aras con deidades romanas**

El primer caso englobaría las aras en donde se mencionan deidades romanas, que al menos serían cuatro:

- Ara procedente de Bermellar de la que se desconoce su paradero actual (S. II-III d. C.) (Hernández Guerra, 2001: 13, nº 1). Carece de decoración y está dedicada a *Jupiter Optimo Maximo*, dios romano cuyo culto fue el principal en Roma (Alvar, 2000).
- Ara de granito procedente de Boadilla (S. II d. C.). Consta de un pequeño frontón triangular con dos cornuas y dos rodets salientes a los lados, entre tres escocias, a

la manera de arquitrabe. Está dedicada a *Jupiter Optimo Maximo* (Hernández Guerra, 2001: 14, nº 2).

- Ara encontrada en la catedral de Ciudad Rodrigo, asociada al castro de Irueña y en paradero desconocido. Dedicada a la diosa romana *Victoria*, por un soldado romano, con su *tria nomina* e incluso la tribu a la que está adscrito. Se ha podido datar en el 21 d. C. (Hernández Guerra, 2001: 17, nº 6).
- Ara de caliza proveniente de la iglesia de San Bartolomé de Cepeda (S. II-III d.C.). Esta dedicada a *Jupiter Optimo Maximo*. Le falta el coronamiento debido a su reutilización y su parte inferior está oculta por un muro que corta perpendicularmente al que contiene la inscripción (Mercado y Sánchez-Medina, 2003: 8-9).

#### 14. B. b. Aras con sincretismo religioso

El segundo grupo estaría integrado por seis monumentos, en donde las divinidades se identifican con sincretismos religiosos:

- Ara votiva hallada en Retortillo o Baños de Montemayor, como señalan algunos autores. Está dedicada a las *Ninfas*, doncellas que vivían en los campos, en las fuentes y en las grutas de tradición griega, cuyo culto se difundió durante el Imperio romano como deidades de los manantiales, de las aguas termales y de los acueductos (Fernández-Albalat, 1986: 169-170; Alvar, 2000; Pastor, 2004: 383). Aunque también hubo ninfas de las montañas, de los campos y de los árboles (Bermejo, 1986: 167); nos hemos inclinado por las primeras porque en Baños de Montemayor hay un balneario que tiene en su parte vieja un *nymphaeum* del cual perdura una cámara circular cubierta con bóveda semiesférica y una piscina con gradas en centro. Además hay otra ara procedente de este balneario, también dedicada a las ninfas. Es, por tanto, muy posible que las aguas de este lugar fueran consideradas medicinales desde tiempos antiguos y se relacionaran con estos seres, ya que contamos con muchos lugares en donde parece haber una relación entre fuentes termales y ninfas, como por ejemplo en diversos yacimientos de Portugal (Blázquez, 1962: 199). La cronología de esta ara no está clara (Hernández Guerra, 2001: 19, nº 8)<sup>113</sup>.
- Ara votiva de mármol procedente de Baños de Montemayor, dedicada a las ninfas y fechado en el siglo II d. C. (Blázquez, 1962, 199).
- Ara votiva prismática de granito procedente del castro de Irueña y actualmente en Ciudad Rodrigo. Su ornamentación se reduce a dos volutas y en la parte inferior un

---

<sup>113</sup> Esta ara Hernández Guerra la considera del primer grupo, pero la onomástica que aparece en ella nos ha inducido a incluirla en el segundo.



creciente lunar enmarcado por dos hojas de hiedra. Está dedicada a *Júpiter* y se data en el siglo II d. C. (Hernández Guerra, 2001: 15, nº 3; Alonso y Crespo, 1999: 169, nº 342).

- Ara votiva prismática procedente de Gallegos de Argañán, de la cual se desconoce su paradero. Está dedicada a *Jupiter Solutorio*. El epíteto *Solutorio* está documentado únicamente en Hispania, en territorio vetón, y gracias a una serie de epígrafes más completos se sabe que se asimiló con el dios indígena *Eaecus*. Dicha deidad apareció en su estado primitivo en Alcántara y Brozas; mientras que en Coria y Oropesa las inscripciones ya muestran ese sincronismo con *Jupiter* (Salas *et al.*, 1983: 245). Salinas expuso que *Eaco* pudo ser una divinidad indoeuropea de carácter celeste identificada con la luz y las cimeras de las montañas (1982: 77). Este ara fue fechada hacia el siglo I d. C. y posiblemente provenga del Castro de La Plaza (Hernández Guerra, 2001: 16, nº 4).
- Ara votiva procedente de El Castro de Lerilla, de la cual también se desconoce su paradero actual. Está dedicada a *La Victoria*. Ha sido datada entre los siglos II d. C. y III d. C. (Hernández Guerra, 2001: 17, nº 5).
- Ara votiva de arenisca procedente de Almendrilla (Villarino de los Aires), encontrada junto al pantano de La Almendra (Fig. 293-1). Presenta un frontón semicircular con dos cornua y su cabecera está separada del campo epigráfico por una doble moldura. Está consagrada a *Silvano*, dios itálico de los bosques que al integrarse entre los celtas es identificado con *Sucellus* (Blázquez, 1982: 11-12; Alvar, 2000; Pastor, 2004: 383). Este dios ha sido identificado como una divinidad infernal (Blázquez, 1982: 12), pero Pastor aboga que el culto a *Silvano* puede enmascarar el culto prerromano a los árboles, a los bosques, del cual ya se ha hablado extensamente en el capítulo de los santuarios (1981: 104). Su cronología oscila entre mediados del siglo II y principios del siglo III (Hernández Guerra, 2001: 19, nº 7).

#### 14. B. c. Aras con deidades indígenas

El tercer grupo lo integran los monumentos dedicados a deidades indígenas:

- Ara votiva de granito troncopiramidal invertida procedente de Agallas, donde está tirada en un corral (S. I d. C.). Su ornamentación se reduce a dos crecientes lunares en cada uno de los laterales, que describen una circunferencia más cerrada. Está consagrada a *Fauilius* o *Fanilius*, posiblemente un dios de carácter salúífero

(Hernández Guerra, 2001: 20, nº 9) (Fig. 293-2). La fisonomía del soporte es muy simple, a pesar de estar fracturado en su zona inferior, y no remite a esas aras romanas talladas más complejas con volutas y molduras. Dicha simplicidad está indicando la fase inicial de adopción de este tipo de monumentos, cuya su labra es más cercana a las estelas prerromanas que a las romanas tal y como se aprecia en la imagen. Este mismo hecho se observa también en las estelas, como se verá más adelante, en una procedente de Saldeana, la cual no se parece en nada a las típicas estelas funerarias hispanorromanas.

- Ara votiva de granito encontrada en Alba de Tormes. Está dedicada a *Natricus*, dios que Solana relaciona con las serpientes, en relación quizá con la abundancia de estos animales en el Tormes (1976). Otra interpretación de esta inscripción fue realizada por Melena, quien la asocia con *Nabia Triforme Coronae/Corniferae/Conseruatrici* (Olivares, 2002: 53). La cronología oscila entre finales del siglo II o principios del III d. de C. (Hernández Guerra, 2001: 21, nº 10).
- Ara votiva hallada en Ciudad Rodrigo, que puede proceder del castro de Iruña y que actualmente está en paradero desconocido. Está dedicada a *Cantunaeco*. Hüber observó una “b” al final de la segunda línea, pero Albertos leyó el teónimo sin dicha letra. De ser así Olivares piensa que esa “b” se referiría al dios *Bandua* (1997: 210). Sea como fuere, la deidad de ésta ara ha sido considerada por diversos autores como una divinidad prerromana (Blázquez, 1975: 52; Olivares, 1997: 210) y adscrita al siglo I d. C. (Hernández Guerra, 2001: 22, nº 11).
- Ara votiva encontrada en las proximidades de Baños de Montemayor, cerca de Lagunilla. Consagrada a *Acpulsoio*, calificado como una deidad prerromana (Blázquez, 1975: 23). Está fechada en el siglo I d. C. (Hernández Guerra, 2001: 23, nº 12).
- Ara votiva de arenisca proveniente de Martiago y actualmente en Ciudad Rodrigo (S. I d. C.) (Fig. 293-4). La ornamentación consiste en una media luna en su parte superior. Está dedicada a *Toga*, divinidad indígena que podría equivaler a La Victoria romana, ya que se ha asociado con la locución *pro victoria* (Hernández Guerra, 2001: 24, nº 13). La base etimológica es el antiguo céltico *togi*, con el irlandés *toigh* que significa “jurar” y ha sido asociado por con el juramento realizado a los dioses guerreros *Nabia*, *Cosus* y *Bandua* (Blázquez, 1975: 173; Fernández-Albalat, 1990: 305). Al hilo de esto, Blázquez la relaciona con otros nombres propios de La Península de la zona del noroeste, cuya raíz es *tong-*, de ahí que se haya llegado a la conclusión de que sea una divinidad prerromana (1962: 127). Olivares va más allá e identifica *Toga* con una deidad vettona, adorada en la región más occidental de la

Sierra de Gata y la Peña de Francia (2002: 50 y 58). La fisonomía de este monumento vuelve a ser muy simple en cuanto a talla como se aprecia en la figura 288-4, en contraposición al altar de Retortillo (Fig. 293-3), que se verá más adelante. Esta última, aunque también tiene una talla simple, ya cuenta con una serie de molduras en la parte superior y una basa, siendo su cronología posterior a la de Martiago; por lo que se vuelve a ver cierta evolución en la adopción definitiva del prototipo de ara hispanorromana (Albertos, 1952: 62).

- Ara votiva de arenisca que puede proceder del castro de Lerilla y que actualmente está en Ciudad Rodrigo (S. II d. C.). Presenta una serie de molduras y baquetones en la parte superior e inferior y está consagrada a *Ilurbeda* (Hernández, 2001: 25, nº 14). La raíz de este nombre aparece en muchos nombres personales ibéricos (Blázquez, 1962: 78), en otros topónimos peninsulares, como *Ilerda* (Lérida), y en muchas estelas peninsulares, de ahí que se haya considerado como una divinidad prerromana (*Ibidem*, 1975: 109). Olivares va más allá y la considera una deidad vettona (2002, 58).
- Ara votiva de granito que se encuentra en Martiago (S. I d. C.) (Fig. 295-4). Su cabecera es semicircular y como elemento decorativo tiene un creciente lunar, con un arco muy abierto. Está ofrendada a *Caesaricieco* (Hernández, 2001: 26, nº 15). La hipótesis Del Hoyo es que este epíteto deriva del nombre celta *Caesarus*, de modo idéntico a *Tanginiciaecus*, apelativo del dios *Arentius* documentado en el área de Castelo Branco (Olivares, 2002: 48). La morfología de esta ara también respondería a un momento temprano de la adopción de este tipo de monumentos por su sencillez en la talla.
- Ara votiva hallada en Torre de La Mata (Ciudad Rodrigo). Dedicada a *Toga* con un voto *pro victoria*, lo que indica la posibilidad de que fuese una divinidad guerrera como ya se ha comentado (CIL, II, 801).
- Ara votiva de mármol blanco que está en Segoyuela de los Cornejos. Está dedicada a *Ilurberda*. Su cronología oscila entre finales del siglo II d. C. y principios del III d. C. (Hernández Guerra, 2001: 29, nº 17). La reinterpretación de una inscripción existente en La Alberca por parte de Stylow, quien lee *Iluberda*, y su cercanía a Segoyuela, hace pensar a Olivares en una difusión del culto a esta diosa por la región circundante a la Peña de Francia (2002: 50 y 58).



Figura 293: Aras votivas. 1. Almendrilla (Villarino de los Aires) <https://www.salamanca24horas>, 06/03/2000). 2. Agallas. (A partir de <https://www.agallas.net>, 25/02/2015). 3. Retortillo (A partir de *Hispania Epigráfica*). 4. Martiago (Según Albertos, 1952, en *Hispania Epigráfica*).

- Ara votiva de arenisca procedente de Retortillo (Fig. 293-3). Está consagrada a Las Aguas Eleteses. Este teónimo está formado, según Blázquez (1975: 28), sobre el nombre del río Yeltes, por tanto podría ser un ara dedicada al río como elemento de adoración en tanto en cuanto se considere esta corriente de agua como una cualidad de una divinidad (García Fernández-Albalat, 1990: 306ss.). Esto no es extraño si tenemos en cuenta el carácter naturalista de la religión celta, explicado extensamente en el capítulo de los santuarios (Powell, 1958; Laing, 1979: 86; Blázquez, 1982 y 1983: 229; Elenree, 1992; Jane, 1995; Bell, 1996:156-157; Webster, 1996: 445-464; Cunliffe, 1997; Hidalgo Cuñarro, 1997; Marco, 1999...). Además al construir el balneario moderno de El Retortillo se hallaron monedas romanas y un enlosado, que podría pertenecer a un edificio relacionado con las curas mediante aguas minero-medicinales de época romana (Blázquez, 1962: 175), basándose su ubicación en la presencia de este culto ancestral. De hecho, en el Campo Charro, Tejares (Salamanca) fue un santuario prerromano relacionado con una fuente de aguas minero-minerales, que continuó en uso en época romana e incluso se rindió culto a Nuestra Señora de La Salud en una ermita allí situada y hoy desaparecida (Morán, 1990: 351; Benito y Grande, 2000: 144). Como ya se ha mencionado, la continuidad de uso de un enclave sagrado prerromano en época romana es habitual en la Península Ibérica, como por ejemplo los santuarios de Postoloboso (Candeleda, Ávila), El Trampal (Alcuéscar, Cáceres), la Cova de les Dones (Millares, Valencia) o la Sima de l'Aigua (Carcagente, Valencia) (Sánchez, 1997: 135-137; Blázquez y García, 1997: 112). Morán fechó esta ara en el siglo II d. C. (Hernández, 2001: 28, nº 16).

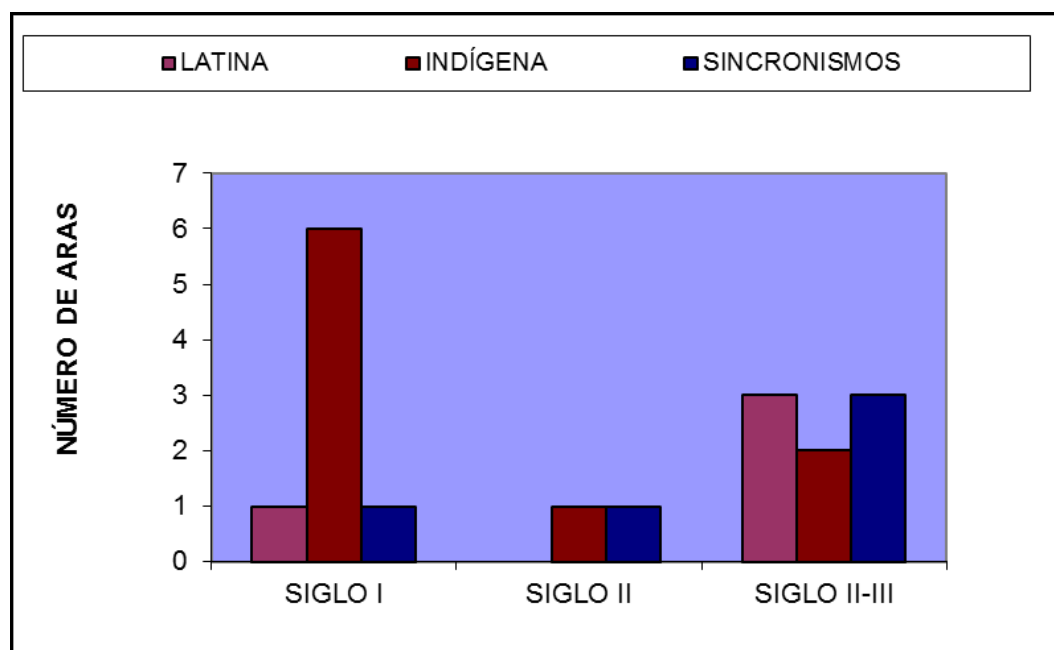


Figura 294: Gráfico del estudio de las aras votivas. (C. Mateos)



- Ara votiva de mármol que estaba en la ermita de Sta. María (Villasbuenas) y que actualmente se encuentra en paradero desconocido (S. I d. C.) (Hernández Guerra, 2001: 29, nº 18). Está consagrada a *Celiborca*, deidad que Blázquez relaciona con una ninfa de aguas termales porque lo asocia la mansión de *Aquae Celenses* (Caldas de Reyes, Pontevedra) que se encontraba citada en el *Itinerario de Antonino* (430, 3), en el camino de *Bracara* a *Asturica* (1962: 174; 1975: 55). Estaríamos ante el mismo caso que *Aquae Eletenses* que ya se ha explicado.

Después analizar de este tipo de monumentos, se ha llegado a la conclusión de que en el siglo I d. C. los habitantes del territorio en estudio continuaban con sus creencias (Fig. 294), sin producirse en la zona de estudio una asimilación mayoritaria de las romanas como ocurre en el S. y SE. peninsular ya que seis (nº 9, 11, 12, 13, 15 y 19) de las once aras del tercer grupo se han fechado en el siglo I d. C., frente a una (nº 3) de las del primer grupo que pertenece a la misma época y que no sería de un indígena, sino de un soldado romano, seguramente afincado en el castro de Irueña o en sus alrededores.

Otra estela datada en el siglo I d. C., la nº 6, está consagrada a Jupiter Solutorio. Seguramente un dios indígena (*Eaecus*) asimilado con el Júpiter romano, por un hispano, ya que aunque su nombre es latino *Vitulus*, su afiliación es indígena, *Arreini* (Blázquez, 1993). Los casos de sincretismo indicarían que aunque se conoce a la deidad romana, realmente se adora a una prerromana. Por tanto, en el siglo I d. C., aunque se conocían los dioses romanos, continuaba el culto a las divinidades celtas, ya fuera directamente, como demuestran las aras del tercer grupo, o indirectamente, mediante el sincretismo religioso. Este fenómeno se ha observado a lo largo de toda la Historia, siempre y cuando tuvieran el carácter o función, y como mejor ejemplo se puede citar el Cristianismo, ya que en el culto a los santos se adoptó tanto algunas características como las festividades de los dioses paganos, para que la nueva religión fuera acogida mejor (Oronzo, 1995: 24). En la Península, este fenómeno se produjo también con cultos orientales e incluso entre dioses lusitanos y del norte (Blázquez, 1982a: 303; Blázquez y García-Gelebert, 1997a: 435).

Durante el siglo II d. C., los datos recogidos revelan que los dioses romanos comienzan a ser adoptados por los indígenas (Fig. 294), según deducimos de una de las inscripciones de Baños de Montemayor en la que tanto el nombre del dedicante como su filiación son indígenas, *Boutius* hijo de *Ambatus*, si bien adora a una deidad romana, Victoria. No obstante, en el siglo II todavía hay aras dedicadas a los dioses prerromanos, igualando en número a las primeras. Así, entre los dedicantes de las cuatro últimas, el de la pieza procedente de Retortillo pudo haber sido un esclavo indígena que al ser liberado adoptó el nombre de su amo, ya que su aparece como *Quintus Mineius Facundus*, lo que explicaría que tengamos un nombre latino asociado a la deidad celta *Iluberda*. Por otra parte, el dedicante de la nº 10 sería otro individuo con apelativo romano, *Valerio Proiecto*, pero prosigue con el culto a una deidad celta, *Natricus*, por lo que seguramente sea un indígena en cierto grado

romanizado. Lo mismo ocurre en la encontrada en Torre de La Mata, un antropónimo vetón *Eaccus* y un patronímico, *Albini*, que ha sido considerado como latino e indígena en Barruecopardo (Abascal, 194: 264-265), y una adoración al río, ya que se dedica a las *Aguas Eletenses*. Por último, el dedicante de la nº 14 sería un indígena con un nombre latino, *Quadratus*, que adora a una supuesta divinidad vettona, *Iluberda*.

Por tanto, de los datos expuestos se desprende que durante los siglos II y III d. C. frente a una población romanizada, todavía quedarían remanentes que no habrían adoptado del todo los usos romanos, por lo menos los religiosos, prefiriendo los propios (Fig. 294). Este hecho, es frecuente en el NO de la Península como demuestra el ara el de Torrelavega (Santander) que testimoniaría el mantenimiento de cultos indígenas en la zona bien hasta el siglo V d. C. (Olivares, 2000: 115). Otro ejemplo análogo serían las aras dedicadas a la diosa prerromana *Ataecina* documentadas en el Santuario de El Trampal (Alcuéscar, Cáceres) y que se han datado entre los siglo I-II d. C. (Caballero, *et al.*, 1991: 507-510; Abascal, 1995). Por último, se pueden citar las votivas latinas dedicadas al dios prerromano *Vaelicus* en el santuario de Postoloboso (Candeleda, Ávila) (Sánchez, 1997: 135).

#### **14. C. Motivos decorativos**

Todas las estelas y aras estudiadas cuentan con elementos decorativos de tradición indígena y romana. Los motivos identificados son los siguientes:

- 14. C. a. Las “ruedas”
- 14. C. b. Crecientes lunares
- 14. C. c. Antropomorfos
- 14. C. d. Zoomorfos
- 14. C. e. Vegetales
- 14. C. f. Arquitectónicos
- 14. C. g. Otros: baquetones, estrías, escuadras...

##### **14. C. a. Las “ruedas”**

De radios curvos o de radios rectos (Fig. 295-1 y 2), se han interpretado como una representación del sol, a raíz de los numerosos indicios arqueológicos europeos que relacionan estas “ruedas” con un culto al sol entre las poblaciones celtas (Hernández Guerra, 1994: 339, Lám. LXIII, nº 237; 342, Lám. LXVI, nº 245; Hernández y Jiménez, 2004: 186, 188, 196). Entre otros muchos ejemplos se puede citar el santuario de Bath, donde se hallaron una gran cantidad de ruedecillas a modo de ofrendas votivas. Este santuario estaba dedicado a la diosa *Sulis*, nombre con connotaciones solares y con capacidad sanadora (Alvar, 2000). Otro ejemplo lo encontraríamos en el templo de Wanborough en Surrey (Green, 1995: 55), donde aparecieron dos tocados encadenados coronados por símbolos de ruedas. Incluso se puede mencionar las estelas de la Alsacia romano-

celta que tienen talladas estos símbolos (Green, 1995: 53), y que serían más afines con el tema aquí tratado.

No obstante, en la Península contamos con otros ejemplos que dejan claro que este elemento pertenece a la simbología astral prerromana de raíz celta. Estas “ruedas” y las esvásticas, según el número de brazos y la dirección en la que miren, se denominan de diferente manera y son abundantes en la cultura castreña del Noroeste peninsular, encontrándose en numerosas piezas a modo de decoración. Como ejemplo aludiremos el Castro de Santa Tecla (La Guardia, Pontevedra) en donde han aparecido un gran número de dichos símbolos, grabados sobre piedra (Martínez Tamuxe, 1998: 129-132). Así mismo, la estela discoidal de Duestos (Caravia, Asturias) está decorada con una esvástica, y con motivos de lacería que la relacionan con los relieves del mundo castreño (Sanz y Velasco, 2003: 205). También se encuentran en Numancia, tanto en las decoraciones de algunos vasos cerámicos como en los umbrales de las casas, y en las estelas vadinienses (Unzueta, 1994: 19ss.; Jimeno *et al.*, 2002: 64, Fig. 63). Este motivo predomina igualmente en las estelas abulenses y en las estelas romanas de la comarca de Liébano, en donde se ha interpretado como un reflejo de las creencias religiosas de los pueblos celtas hispanos, sin que se deba eliminar su posible asociación con modelos bien conocidos en el mundo romano; es decir es una superposición de símbolos en los que unos elementos alóctonos actúan sobre los autóctono (Cisneros *et al.*, 1994: 226; Colín, 1994: 298, Sánchez, 2000: 159).

#### **14. C. b. Crecientes lunares**

Otro elemento corriente en la decoración, sobre todo de las aras votivas, serían los crecientes lunares en cuyas interpretaciones subyace la misma connotación como símbolo de la morada de los muertos (Sopeña, 1987: 119) o un signo indígena que enmascara una deidad relacionada con la muerte (Hatt, 1970). Ejemplos de este motivo estarían en las cabeceras de varias estelas de Hinojosa, en donde se pueden ver medias lunas con los cuernos hacia arriba o hacia abajo (Hernández y Jiménez, 2004: 17, nº 2; 18, nº 3; 48, nº 47; 62, nº 55; 72, nº 82; 57, nº 60). Otros ejemplares procederían del Castro de Irueña (Hernández, 2001: 15, nº 3), de Martiago (*Íbidem*, 2001: 26, nº 15; 24, nº 13) (Fig. 295-4), de San Martín del Castañar (Díez, 1995: 25, foto 2) (Fig. 295-3) o de Agallas (Hernández, 2001: 20, nº 9). Este motivo también predomina en las estelas cacereñas (Sánchez, 2000: 159). Existen numerosos ejemplares de estelas en la Península en donde se aprecia este motivo territorios, como son las estelas Asturias y las cántabras (Sanz y Velasco, 2003: 205).

Tanto las “ruedas” o símbolos solares como los crecientes lunares estarían vinculados con el mundo de los astros y de los muertos, e incluso se pueden relacionar con la muerte y la resurrección, lo cual es común las religiones prerromanas (Suárez, 2002: 195-205). Hay que señalar que la existencia del culto lunar se conoce en todos los pueblos del Norte peninsular gracias a su mención por autores clásicos como Estrabón (*Geo.*, III 4, 16) o *Appiano* (*Ib.* 82), que también hablan de fiestas nocturnas e incluso de la que existió en Galicia de una isla consagrada a la luna (Blázquez, 1962: 29).

Según Marco (1987: 58) y Sopeña (1995: 32ss.), la divinidad lunar se correspondería con un dios reinante en los Infiernos de los que, según los druidas, descendían los Galos y por eso medían el tiempo por noches y no por días. Por tanto, se podría asociar los crecientes con la religión prerromana.

Por otra parte, las ruedas se han relacionado con un culto funerario al sol, que se podría identificar con el dios Lug (Alvar, 2000), por la práctica funeraria de exponer los cuerpos de los guerreros a los buitres. Esta práctica se ha atestiguado tanto en las fuentes clásicas (Eliano, *De Nat. An* X, 22<sup>114</sup>; Silo Itálico III 314-343), como en algunos vestigios materiales, tales como las cerámicas pintadas procedentes de Numancia (Jimeno *et al.*, 2005: 92, Fig. 1) o una estela de Lara de los Infantes (Blázquez, 1957b: 39), en ambos sitios la escena que se reproduce es la exposición de los cadáveres a los buitres.

#### 14. C. c. Antropomorfos

Existe una estela de Yecla de Yeltes que sería la excepción en cuanto a las decoraciones conocidas, ya que en ella se puede apreciar la parte inferior de una efigie grabada con pendientes a los lados, colgante y un torques en el cuello (Fig. 296). Los estudios realizados apuntan a que estos elementos ornamentales se puede rastrear en numerosos yacimientos de Centroeuropa y la fachada atlántica, distribuyéndose por toda La Península desde el Norte hasta el Suroeste a menos desde el Bronce Final (Fernández, 1988: 492). Por tanto, la difunta fue representada con orfebrería indígena, en vez de romana, lo que indicaría el peso del gusto por la ornamentación personal de tradición indígena<sup>115</sup>.

Respecto al nombre de la persona enterrada, Navascués (1966: 206) y Abascal leen *Acinicia*, cuyo origen puede ser indígena, y Hernández Guerra (2001: 156) *Acinicius*, que se ha sido documentado como antropónimo hispano por Albertos (1964: 214); por lo que ya sea un nombre u otro, estamos ante una estela romana, pero con rasgos claramente prerromanos. Dos torques más se pueden apreciar en sendas estelas de Hinojosa, uno entre la cabecera y el epitafio y otro que decora la cabecera con forma de omega. La primera estela contiene un nombre indígena *Lapona* y un *praenomen* latino *Lucius* y se fecha en la segunda mitad del siglo II d. C. Los *cognomina* que aparecen en la segunda parecen ser indígenas, *Semeli* y *Aesus*, y se data en el siglo II d. C. (Hernández y Jiménez, 2004: 72, nº 82; 49, nº 48). Una vez más la decoración reforzaría la hipótesis sobre la escasa romanización de estas comunidades durante los primeros siglos de dominación romana.

<sup>114</sup> “... dan sepultura en el fuego a los que mueren de enfermedad..., más a los que pierden la vida en la guerra... los arrojan a los buitres, que estiman como animales sagrados...”

<sup>115</sup> Los *vettones* eran una tribu de origen celta, por lo que es normal encontrar este tipo de orfebrería, el cual está atestiguado en otros contextos de esta cultura como los castreños (Prieto, 1996; Ladra, 2007), los encontrados en los cementerios alemanes de Waldalgesheim o Reinheim (Powell, 1958: 69-70) o los torques británicos e irlandeses (Green, 2005: 65 y 130).



Figura 295: 1 y 2. Estelas procedentes de Yecla de Yeltes con “ruedas” como decoración (Fotografía de la autora, 2005). 3 Crecientes lunares. Estela de San Martín del Castañar (A partir de Hispania Epigráfica). 4. Ara de Martiago (A partir de Hispania Epigráfica).





Figura 296: Estela de Yecla de Yeltes, donde se aprecia el torques (Fotografía de la autora, 2005).

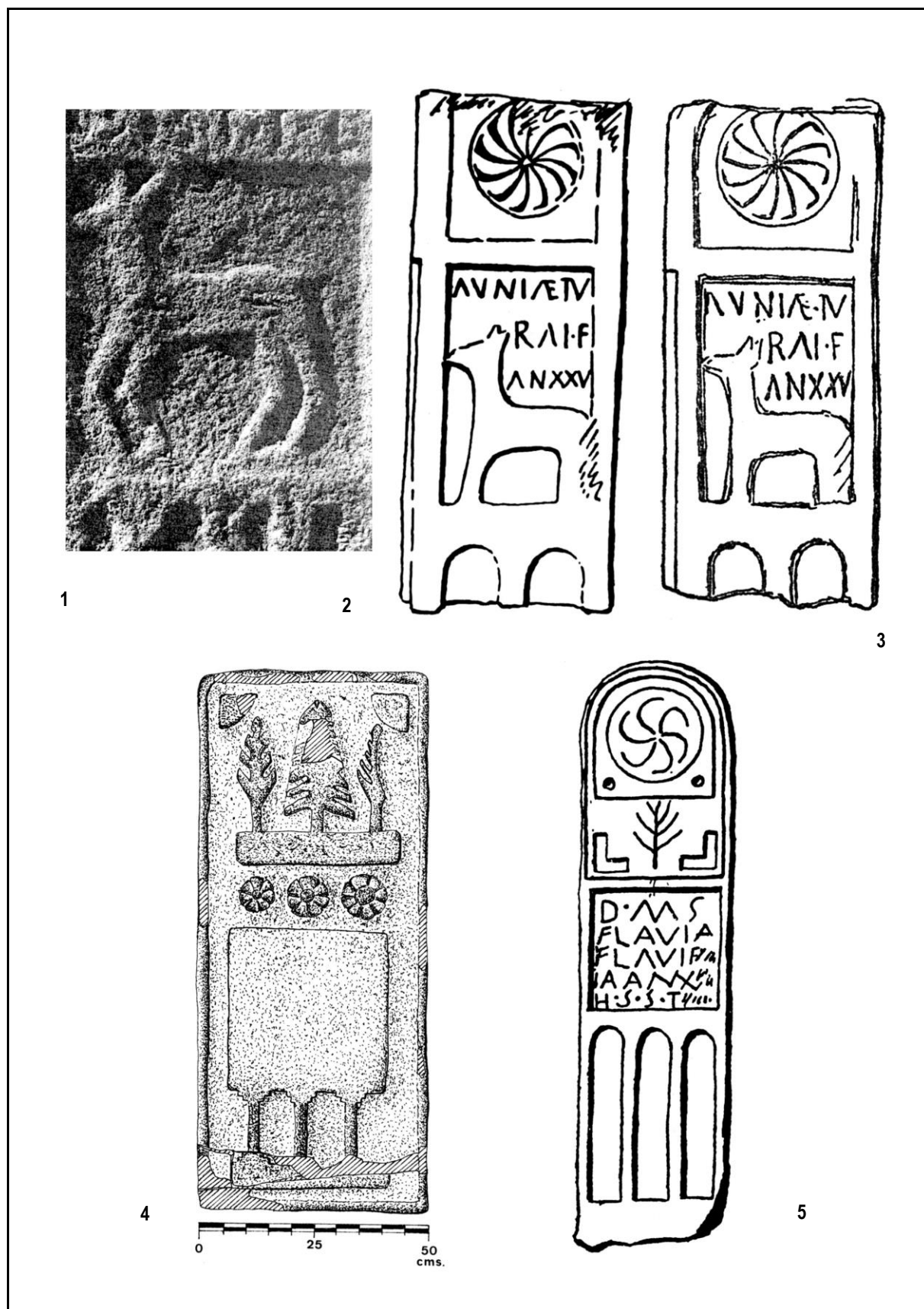


Figura 297: Estelas. 1. Villar de la Yegua (Hernández Guerra, 2001: 306). 2. Yecla de Yeltes según Navascués 3. Rabanales (Gómez Moreno, 1927: 14, nº 26). 4. Laias (Orense) (Fernández y Seara, 1993: 211-220). 5. Hinojosa del Duero (Hernández y Jiménez, 2004: 30, nº 18).

#### 14. C. d. Zoomorfos

Otro elemento decorativo muy frecuente en la iconografía céltica es la cierva, que aparece debajo del epígrafe de Villar de la Yegua (Fig. 297-1), junto a una “rueda” y sendas escuadras (Hernández Guerra, 2001: 306). Se documenta otro cuadrúpedo en una estela de Yecla de Yeltes (Fig. 297-2), que se ha interpretado como una cierva, ya que los cuernos están tan poco desarrollados como en la anterior<sup>116</sup>. Ambas se han comparado con paralelos hispanorromanos con la misma iconografía, como es una estela doble lusitana, en la que aparece una cierva y su cría, debajo respectivamente de cada epitafio, correspondiendo esta última con el de una niña. También contamos con las procedentes de Rabanales (Zamora) (Gómez Moreno, 1980: 14, nº 26) (Fig. 297-3); de León, en la que la cierva se acompaña de un cervatillo y un jabalí (Gómez Moreno, 1925: 27, lám. 1); o las de la zona transmontana (Portugal) (Redentor, 2002: 180ss.). El nombre tanto de la difunta como de su padre, en la estela de León, son indígenas (*Aunia*, hija de *Turaius*). En la región portuguesa también existen diversas estelas con cognómenes indígenas, asociados tanto a ciervas como a ciervos, como es la procedente de San Facundo (Urrós, Mogadouro), con el nombre de *Alla*; o la encontrada en Adeganha (Torre de Moncorvo), en donde dedicante y difunta llevan nombres indígenas, *Palacia* hija de *Abrunus* (Redentor, 2002: 180ss.). Esto es significativo porque se puede asociar un símbolo, como es el ciervo, con *cognomina* prerromanos durante época altoimperial, lo que es indicativo del alto grado de arraigo de la cultura indígena. En la mitología celta es un animal sagrado de carácter oracular (Martín Benito y Martín Benito, 1994: 170), relacionado con los cultos astrales, de fecundidad, con la inmortalidad y con el Más Allá (Marco, 1989: 119-122; Blázquez 1991: 42-43). Tanto su culto como su relación con el mundo de los muertos está atestiguado en otras piezas como es el jarro ritual lusitano de finalidad funeraria de la Colección Calzadilla de Badajoz; el kernos de Mérida, el bronce de la Cadoseira; el Coruche de Portugal o en las esculturas de ciervas en reposo, velando el sueño de los muertos de las necrópolis ibéricas de Caudete y Toya (Blázquez, 1975: 58). Igualmente contamos con una figurita de bronce, con un orificio practicado en su lomo, por lo que formaría parte de una pieza más compleja, y una cornamenta bastante desarrollada. Esta pieza procede de la necrópolis Navarra de La Torraza (Valtierra) y está fechada al final del Hierro I (Maluquer, 1971: 488-489). Por tanto, los cuadrúpedos que aparecen en las estelas podrían interpretarse perfectamente como ciervas, una vez vista que existe una clara relación entre este animal y las representaciones prerromanas del Más Allá.

El empleo de zoomorfos en estelas funerarias es común en el mundo prerromano y se pueden encontrar en las necrópolis de la cuenca del Ebro, ya sean celtibéricas, ibéricas o celtas con representaciones de caballos, los cuales se relacionan con Epona y el tránsito al Más Allá, jinetes u otros mamíferos como la cabra de una estela de La Redonda (Homilleja, Logroño) (Royo, 2005: 187-188). Cabe mencionar que estos no sólo fueron empleados para el mundo de la muerte sino que se

<sup>116</sup> Hernández Guerra (2001: 134, nº 150) la data a mediados del siglo II d. C. y Crespo y Alonso en el siglo I d. C.

han registrado en una gran cantidad de objetos del registro arqueológico, todos ellos con cronologías del Hierro, tales como las mencionadas fíbulas de caballito o los motivos decorativos cerámicos.

Otro rasgo que caracteriza a las representaciones animales en las estelas del noroeste peninsular es la esquematización, ya que se procede a trazar los contornos básicos de la silueta y algún rasgo anatómico, tal como el sexo de animal; además, se realizan en perfil y de pie. Como ya se ha analizado al hablar de los grabados, estas características coinciden con el identificado arte rupestre de la Edad del Hierro tanto en la Península como en otras zonas de Europa (Álvarez-Sanchís, 1999: 221; Redentor, 2002: 168; Royo, 2005: 178). De hecho, Redentor relaciona el carácter geométrico de las figuras de la estela de Santibáñez de Vidriales con los verracos del tipo 3, 4 y 5 de la tipología de Álvarez-Sanchís, cuya característica es la geometrización de los cuerpos de los animales (2002: 168). Por tanto, la factura de los antropomorfos en las estelas altoimperiales, parece ser otro indicador de la tradición indígena de éstos.

#### **14. C. e. Vegetales**

Por otra parte, los elementos vegetales también están presentes en estos monumentos funerarios. Hernández y Jiménez interpretan como palmera el motivo vegetal de una estela de Hinojosa de Duero (Fig. 297-5) (2004: 30, nº 18), pero tras compararlo con otros similares, aunque menos esquemáticos, aparecidos en una estela de Laias (Orense) (Fig. 297-4) (Fernández y Seara, 1993: 211-220), creemos que simplemente representa la esquematización de un árbol. La simbología del árbol es muy frecuente y para algunos representa la beneficencia y la vida futura, así como la del Cosmos, la resurrección y la inmortalidad, ya que por su verticalidad pone en relación los tres mundos: inferior, central y celeste (Morales, 1984: 51). Otros autores creen que las raíces y las ramas de los árboles, evocaban la unión del cielo y del mundo de los muertos (Green, 1995: 56). En conclusión, dicho de una manera o de otra, la idea que subyace entre los investigadores es la relación que hay entre los árboles y el mundo funerario en la religión prerromana. Este motivo arbóreo no es abundante en la iconografía de las estelas funerarias peninsulares, si bien existen algunos ejemplares en la zona de los conventos jurídicos Cluniense y Caesaraugustano así como otros aparecidos en las provincias de Álava, Burgos, Segovia y Albacete (Fernández y Seara, 1993: 214).

El segundo elemento vegetal es la hiedra, que es considerado como tema indígena ya que entre los celtíberos simbolizan la inmortalidad del alma, porque es una planta de hoja perenne (Jimeno, 1980a: 223, Colín, 1994: 297). Este motivo es minoritario en los monumentos que aquí nos ocupan al igual que el anterior, encontrándolo sólo en el ara votiva de Irueña (Hernández, 2001: 15, nº 3), si bien son habituales en la iconografía romana.

Todas estas estelas decoradas con elementos de tradición indígena y romana acompañando textos en latín, en los que prevalecen nombres prerromanos, son frecuentes en el ámbito noroccidental peninsular durante el Alto Imperio, mostrando una romanización escasa o mestiza en comparación con la etapa siguiente (Argente y García-Soto, 1994: 94).





Figura 298: Estelas procedentes de Yecla de Yeltes en donde se aprecian diversos elementos de tradición romana. (Fotografía de la autora, 2005).

#### 14. C. f. Arquitectónicos

Otros elementos ornamentales son los arcos, que han sido interpretados como las entradas a la mansión de los muertos, y que son también propios del mundo funerario romano, adoptados del mundo etrusco y se pueden observar en numerosas estelas romanas en todos los territorios que conformaron el Imperio romano (Mangas, 1971b: 131). Es posible que fuera asimilado sin problemas por la población indígena porque es un símbolo básico de una cueva en el mundo indoeuropeo. Se trata de un elemento presente en la mayoría de las estelas de Yecla de Yeltes (Hernández et al., 1997: 247, nº 8; Hernández Guerra, 2001: 315, Lám. XLI, nº 140) (Fig. 298), del Alto de Cabezo de San Pedro (Hernández y Jiménez, 2004: 162, nº 53; 150: nº 18; 146, nº 8; 144, nº 4), de El Castillo de Saldeana (*Ibidem*, 2000: 123, nº 6; 132, nº 14; Abascal, 2000: 265), de Traguntia (Hernández Guerra, 2001: 303, Lám. XXXI, nº 111) o de Salvatierra de Tormes (*Ibidem*: 301, Lám. XXIX, nº 105).



#### 14. C. g. Otros

Aparte de los arcos existen otros elementos propios del mundo romano como son las volutas (Hernández, 2001: 15, nº 3), en un ara del siglo II y con onomástica indígena. Otra, también del siglo II d. C., tiene como ornamentación un frontón triangular, dos cornucopias y dos rodets y una onomástica latina (*Ibidem*: 14, nº 2). Más elementos propios de esta tradición son las estrías, los baquetones de las cabeceras o las escuadras identificadas en las estelas del Alto de Cabezo de San Pedro, de Yecla de Yeltes (Fig. 298) o de El Castillo de Saldeana (Hernández, 2001: 35, nº23; 42 nº 32; 53 nº 46; 56, nº 49, 61, nº 54).

En conclusión, las características formales de las estelas y las aras permiten establecer una línea cronológica, según la cual no será hasta finales del siglo I d. C. cuando comiencen a usarse este tipo de soportes, ya que no se han documentado hasta el momento ningún ejemplar anterior. No obstante, los ejemplares conocidos no son muy numerosos y no será hasta mediados del siglo II d. C. y durante todo el siglo III d. C., cuando se produce un aumento considerable del grueso de las estelas y las aras, como se aprecia en la gráfica de la gráfica de la figura 299.

No obstante, hay que hacer una pequeña matización, aunque se adoptan las aras romanas y las estelas; la costumbre de marcar la situación de la tumba del difunto con lajas de piedra ya existía en la Península. Estas estelas denominadas protohistóricas por Argente y García Soto (1994: 77), se han identificado desde la I Edad del Hierro hasta el comienzo de la Romanización, aunque con diferente densidad<sup>117</sup>. Además para la identificación de este tipo de soportes, estos investigadores señalaron tres inconvenientes importantes como son la falta de documentación, la no conservación *in situ* de las mismas y la dificultad a la hora de documentarlas debido a su habitual tosquedad y falta de decoración en muchos casos. Aun así, se han documentado en una serie de necrópolis meseteñas (Cabré, 1932; Ruíz, 2001: 69; Sanz y Velasco, 2003); en las extremeñas de El Mercadillo (Villasviejas de Tamuja) y de Pajares (Villanueva de la Vera) (Celestino, 2008: 99) o en las necrópolis del Alto Ebro, como es el caso de La Hoya, (Laguardia), de La Redonda (Hormilleja) o de Arce de Miraperez (Miranda de Ebro) (Llanos, 1990: 141 y 142).

---

<sup>117</sup> La única zona donde se empleó la estela protohistórica de forma significativa fue en los territorios ocupados por los pueblos celtibéricos, mientras que en otros como Cuenca, Ávila o Alicante la cantidad de estelas documentadas es menor. Así mismo, dentro del propio cementerio, no todas las tumbas eran marcadas. También se aprecia que a finales de la I Edad del Hierro eran poco frecuentes mientras que al comienzo y a finales de la etapa siguiente su uso fue mayoritario (Argente y García-Soto, 1994: 80ss.).



Figura 299: Gráfica que muestra la evolución del empleo de las estelas y las aras en nuestro territorio. (C. Mateos)

Estas estelas identificaban, como es sabido, bien un enterramiento concreto o bien un grupo de ellos perteneciente a una misma familia. Tras la conquista del territorio y hasta el siglo I d. C., que se han datado las primeras estelas, es probable que se mantuviera los ritos indígenas y por ende el uso de estas losas hincadas. Cuando los territorios mestezos se van romanizando la población simplemente cambia el tipo de marcador, adoptando la estela romana; por tanto indicar la posición de las tumbas no es algo nuevo que se adopte de la cultura romana, tan sólo lo es la clase de soporte (Argente y García-Soto, 1994: 89, 93-94), si bien es verdad que a partir de ahora se dará una generalización de esta costumbre. Al hilo de esto, se ha apreciado una evolución en esta adopción, ya que se han identificado una serie de estelas, datadas a partir de mediados del I d. C. y principios del II d. C. caracterizadas por su sencillez en la talla, sin ningún elemento romano que podrían corresponderse con un primer momento de adopción de este tipo de monumentos. Posteriormente, las estelas se vuelven más complejas, su talla es mucho más cuidada y se observan una gran cantidad de elementos ornamentales procedentes de ambas tradiciones, respondiendo a las típicas estelas hispanorromanas del resto del territorio peninsular entre el S. II y el III d.C. Por tanto, la cronología nos indica que hasta mediados del S. I d. C. no se comenzarían a usar este tipo de indicadores funerarios.

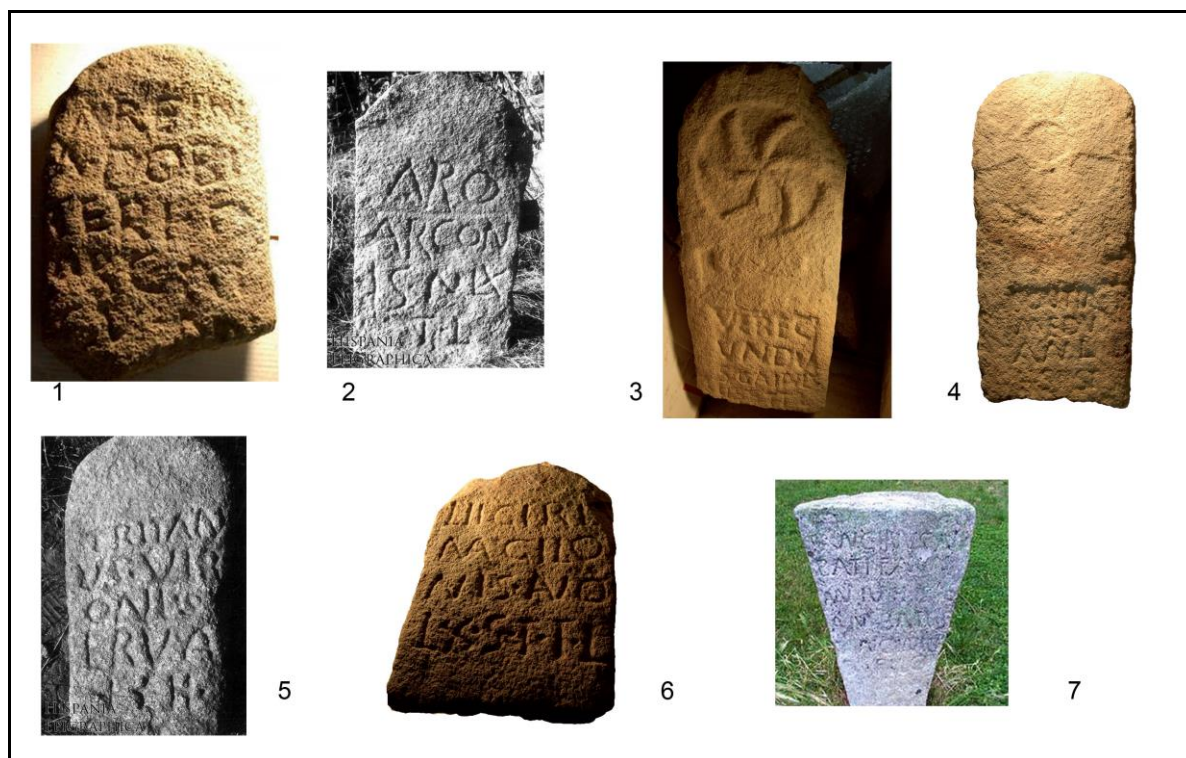


Figura 300: Ejemplos de estelas datadas entre finales del S. I d. C. y mediados del II d. C. 1-6. Procedentes de Yecla de Yeltes. 7. San Martín del Castañar. (A partir de Hispania Epigráfica y Palao y Salinas, 2009 y 2009a)

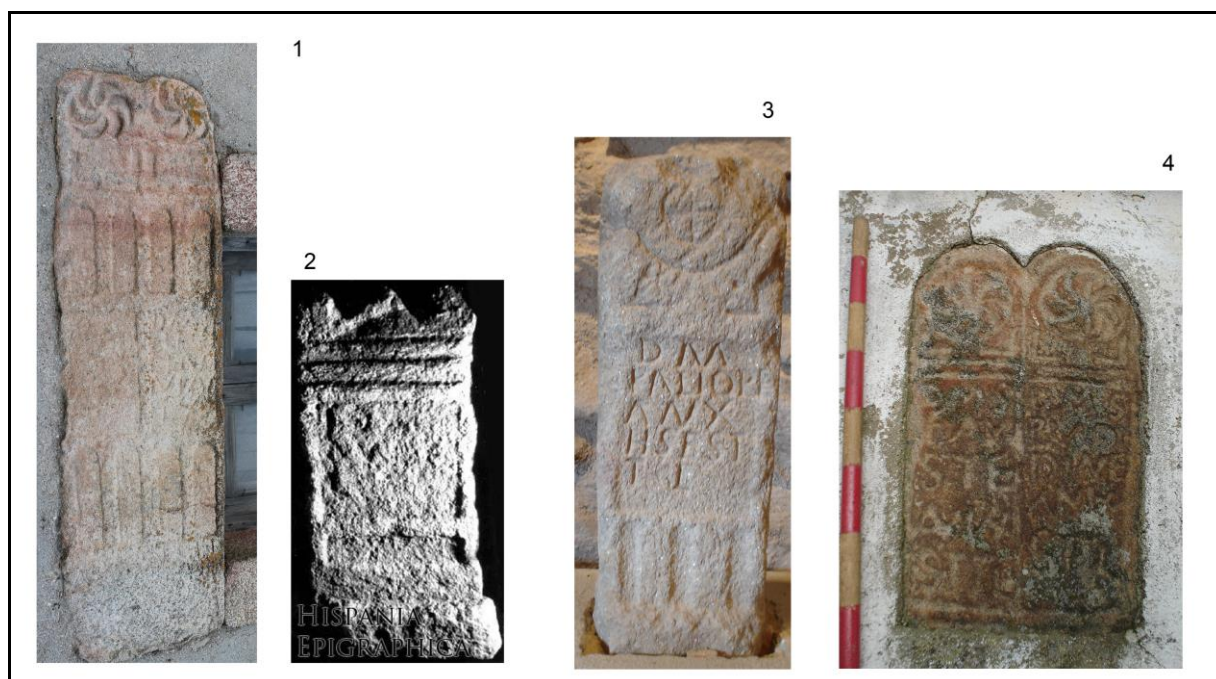


Figura 301: Ejemplos de monumentos epigráficos datados entre finales del S. II d. C. y el S. III d. C. 1. Estela procedente de El Castillo de Saldeana. 2. Ara de Boadilla (A partir de Hispania Epigráfica. 3. Estela de Lumbrales. 4. Estela del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. (Fotografías de la autora)

Yecla de Yeltes, El Castillo de Saldeana o el Alto de Cabezo de San Pedro son yacimientos donde se aprecia muy bien esta evolución debido a que sus conjuntos epigráficos son los de mayor entidad documentados en el territorio, aunque también hay otros sitios en donde se han hallado, sobre todo, estelas pertenecientes al S. II-III d. C., tales como Lumbrales o El Teso de la ermita de La Virgen del Castillo. Los ejemplos de los monumentos sencillos procedentes del Alto de Cabezo de San Pedro son los nº 48, 56, 66 del corpus elaborado por Hernández Guerra y Jiménez Furundarena (2004). En Yecla se han identificado varias: el ejemplar con el torques representado, las publicadas por Palao y Salinas (2009: 175; 184; 193; 2009a: 384) y otras dadas a conocer por Martín Valls (1982: 189, nº 10, 11 o 12) (Fig. 300-1 a 6). Otra estela procedente de San Martín del Castañar también puede englobarse en este grupo (HEp 2, 1990, 617) (Fig. 300-7). El Castillo de Saldeana sólo ha deparado, hasta la fecha, la que se presenta en este trabajo; el resto se englobarían por sus características entre la segunda mitad del siglo II y el siglo III d. C. (Jiménez y Hernández, 2000: 115-127). La misma tónica se ha observado en las aras, evolucionando de soportes simples y sencillos, como la de Martiago (Fig. 293-4), a ejemplares típicos del mundo romano con volutas y frontones, como la ya citada de Boadilla.

Por tanto y a modo de conclusión, en las estelas y las aras se observan elementos romanos, pero conviven hasta bien entrado el siglo I d.C. con bastantes reminiscencias de la cultura indígena tanto en la ornamentación como en la onomástica, tal como ocurre en otros puntos del centro-norte de la Meseta y del NO peninsular en general (Olivares, 2000: 115; Redentor, 2002: 180; Blanco, 2003: 77; Royo, 2005: 187-188).

## 15. ELEMENTOS DELIMITADORES

Se han incluido los hitos terminales fabricados en piedra porque han servido como fuente de información fundamental para el estudio de la organización territorial, ya que por ellos se sabe que al menos cinco castros que sobrevivieron en época romana y fueron tratados como *vici* o *municipi*, dependiendo del caso. Contamos con cuatro hitos:

- CIL II, 5033: ... (*Termin*)*us augustalis* (*inter Mi*(*robrigenses*) (...) *polibedenses*.
- CIL II, 857: *Imp(erator) Caesar Aug(ustus), pontif(ex) maxim(us), tribunic(ia) potestad(e) XXVIII, con(n)s(ul), XII / pater patr(iae). Termin* *us august(alis) inter Mirob(rigenses) Valut(enses) et Salmantic(enses)*.
- CIL II, 858: *Imperator Caesar Aug(ustus), pontif(ex) max(imus), tribun(icia) potest(ate) / XXVIII, con(n)s(ul) XIII, pater patr(iae). Termin* *us august(alis) inter Mirobr(igenses) Valut(enses) et Bletis(amenses)*.

- CILII, 859: *[Imp(erator)].Ca[es]ar.Aug(ustus).Pontif[ex]/[max(imus).tribunic(ia).pot(estate).XXVIIII]/[con(n)s(ul)].XIII.[pater]p[atri]ae./[Terminus.august]al(is).Inter./[Bletisam(enses).et.Mirob]r(igenses).et.Salm(anticenses).*
- CLI II, 859: *Imperator Caesar Aug(ustus), ponti(ifex) / maxim(us), tribunic(ia) pot(estate) XXVIII, / con(n)s(ul) XIII, pater patr(iae).I Terminus augustalis inter Bletisam et Mirobr(igam) et Salm(anticam)*

## 16. IMPORTACIONES

### 16. A. Vasijas de mesa, cocina y almacenamiento

Las piezas cerámicas de facturación romana datadas a partir del siglo III a. C. son la cerámica campaniense y las ánforas republicanas recuperadas en Salamanca. La presencia de este mismo material en las necrópolis de La Osera y El Romazal y en los poblados de Las Cogotas, de Villasviejas, de La Coraja (Sánchez, 2000: 117), de Numancia, de Izana, de Roa, de La Mesa o de Toro, fechada en todos los casos a partir del siglo III a. C. (Esparza y Martín Valls, 1992: 272), sería consecuencia de la presencia de las legiones en el territorio, ya que entre las *canabae* que las acompañaban había mercaderes que realizarían intercambios comerciales no sólo con los soldados, sino también con las poblaciones cercanas al campamento.

### 16. B. Material numismático

El material numismático en el territorio es abundante, pero debido a los límites cronológicos de nuestro trabajo se reduce bastante. A continuación se mostrará un cuadro de elaboración propia con las monedas pertenecientes al período republicano y altoimperial aparecidas hasta el momento de la finalización de este trabajo:

Tipo moneda	Material	Tipo hallazgo	Ceca	Cronología	Procedencia	Referencia bibliográfica
Áureo	Oro	Fortuito	—	81 d. C.	Irueña	Blázquez, 1983: 6
Denario	Plata	Fortuito	—	84 a. C.	Irueña	Blázquez, 1983: 6
Denario	Plata	Fortuito	—	149 a. C.	Irueña	Blázquez, 1983: 6
Denario	Plata	Fortuito	—	Republicano	Irueña	Blázquez, 1983: 6
Denario	Plata	Fortuito	N. de Italia	108-107 a. C.	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 89
Denario	Plata	Fortuito	Roma	106 a. C.	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 89
Denario	Plata	Fortuito	—	Republicano	Lerilla	Martín Valls, 1965-66: 94
Denario	Plata	Fortuito	Lugdunum	Augusto (12 a. C.)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 90
Denario	Plata	Fortuito	—	Augusto (27 a.C.-14 d. C.)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1976: 383
Denario	Plata	Fortuito	—	Augusto (27 a.C.-14 d. C.)	Las Merchanas	Museo Arqueológico Lumbrales



Denario	Plata	—	Lugdunum	Augusto (27 a.C.-14 d. C.)	Cerralbo	Martín y Martín, 1994: 170
Denario	Plata	Fortuito	Lion	Augusto (27 a.C.-14 d. C.)	Cerralbo	Maluquer, 1956: 59
Denario	Plata	Fortuito	—	Tiberio (14-37 d.C.)	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Fortuito	Roma	Vespasiano (69-79 d.C.)	Miranda de Azán	Morán, 1946: 58
Denario	Plata	Tesorillo	Roma	174 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	Roma	154 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	Roma	144 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	Roma	124 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	Roma	—	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	Roma	—	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	104-94 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	99 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	90 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	90 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	89 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	83 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	79 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	46-45 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Tesorillo	—	43 a. C.	El Tejado	Morán, 1924: 23
Denario	Plata	Fortuito	—	Tiberio (14-37 d.C.)	Yecla de Yeltes	Gómez Moreno, 1967: 14
Denario	Plata	Fortuito	—	Domiciano (88 d.C.)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 90
Denario	Plata	Fortuito	Turiaso	—	Pereña	Gómez, 1967: 30
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	—	El Tejado	Martín Valls, 1965-66: 93
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 380.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 380.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 380.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 380.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 380.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.

Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Segobirices	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 381.
Denario	Plata	Tesorillo	Turiaso	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Tesorillo	Arecorata	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Tesorillo	Arecorata	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Tesorillo	Arecorata	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Tesorillo	Arecorata	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Tesorillo	Arsos	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Tesorillo	Arsos	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Tesorillo	Bolscan	77-72 a.C.	Salamanca	García, 1974: 382.
Denario	Plata	Excavación	—	S. I d.C.	Salamanca	Alario, 1999: pieza 164
Denario	Plata	Excavación	—	Tiberio (14-37 d.C.)	Salamanca	Alario, 1999: pieza 96
Denario	Plata	Tesorillo	Roma	Tito (79-81 d.C.)	Armenteros	Figuerola, 1995: 79
Denario	Plata	Excavación	Roma	Adriano (117-138 d.C.)	San Morales	Figuerola, 1990: 249
Denario	Plata	Prospección	—	Augusto	Los Villares	Piñel, 1980: 39
Dupondio	Bronce	Fortuito	Emerita	S. I a. d C.	Villamayor	Figuerola, 1990: 247
Dupondio	Bronce	Fortuito	Emerita	Augusto (27 a.C.-14 d. C)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 89
Dupondio	Bronce	Fortuito	Roma	Tito (73 d.C.)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1976: 383
No definida	—	Excavación	—	83- 72 a. C	Salamanca	Macarro, 2004/06b:128
No definida	Bronce	Prospección	Emérita	Augusto (27 a.C.-14 d. C)	Teso de San Miguel	Piñel, 1980

No definida	Bronce	Fortuito	—	Tito (79-81 d.C.)	Yecla de Yeltes	Gómez, 1967: 14
As sextencial	Bronce	Excavación		Republicano	Salamanca	Macarro, 2005: 4
As	Bronce	Fortuito	Turiaso	Tiberio (14-37 d.C.)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 89
As	Bronce	Fortuito	—	Tiberio (14-37 d.C.)	Salamanca	Martín Valls, 1991: 141
No definida	Bronce	—	Lugdunum	—	Ciudad Rodrigo	Martín y Martín, 1994: 170
No definida	Bronce	—	Roma	—	Ciudad Rodrigo	Martín y Martín, 1994: 170
No definida	Bronce	Fortuito	—	Alto imperial	Yecla de Yeltes	Maluquer, 1956: 121-128
No definida	Bronce	Fortuito	—	Marco Aurelio ( 161-180 d. C)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 90
No definida	Bronce	Fortuito	—	Cómodo (180-192 d.C.)	Baños de Ledesma	Gómez, 1967: 58
As	Bronce	Excavación	Cástulo	1ª 1/2 S. I a.C.	Salamanca	Alario, 1999: pieza 418
As	Bronce	Excavación	Bilbilis	100 a.C.	Salamanca	Alario, 1999: pieza 417
As	Bronce	Excavación	NOPENin.	27 al 23 a.C.	Salamanca	Alario, 1999: pieza 224
As	Bronce	Excavación	Calagurris	S. I a.C.	Encinas	Figuerola, 1990: 247
As	Bronce	Excavación	—	Alto imperial	Salamanca	Alario, 1999: pieza 197
As	Bronce	Excavación	—	Alto imperial	Salamanca	Alario, 1999: pieza 198
As	Bronce	Excavación	—	Alto imperial	Salamanca	Sánchez, 2002b: 117
As	Bronce	Fortuito	—	S. I d.C.	Miranda de Azán	Figuerola, 1990: 243
As	Bronce	Fortuito	—	S. I d.C.	Miranda de Azán	Figuerola, 1990: 243
As	Bronce	Fortuito	—	S. I d.C.	Coca de Alba	Figuerola, 1990: 246
As	Bronce	Excavación	del Ebro	S. I d.C.	Salamanca	Alario, 1999: pieza 25
As	Bronce	Tesorillo	Bilbilis	Republicano	El Tejado	Martín Valls, 1965-66: 93
As	Bronce	Fortuito	Segobirices	Republicano	El Tejado	Martín Valls, 1965-66: 93
As	Bronce	Fortuito	Cesse	Republicano	Puente del Congosto	Martín Valls, 1965-66: 93
As	Bronce	Fortuito	Emerita	Tiberio (14-37 d.C.)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 89
As	Bronce	Fortuito	Calagurris	Tiberio (14-37 d.C.)	Ciudad Rodrigo	Martín Valls, 1965-66: 89
As	Bronce	Excavación	—	Claudio (41-54 d.C.)	Salamanca	Sánchez, 2002a: 94
As	Bronce	Excavación	—	Claudio (41-54 d.C.)	Salamanca	Alario, 1999: pieza 82
As	Bronce	Tesorillo	—	Claudio (41-54 d.C.)	Armenteros	Figuerola, 1995: 79
As	Bronce	Fortuito	Local	Claudio (41-54 d.C.)	Las Merchanas	Museo Arqueológico Lumbrales
As	Bronce	Fortuito	Local	Claudio (41-54 d.C.)	Ciudad Rodrigo	Maluquer, 1956: 60-62
As	Bronce	Fortuito	—	Claudio (41-54 d.C.)	Yecla de Yeltes	Aula arqueológica de Yecla

As	Bronce	Fortuito	Local	Claudio (41-54 d.C.)	Cerralbo	Maluquer, 1956: 59
As	Bronce	Excavación	—	Claudio (41-54 d.C.)	Salamanca	Alario, 1999: pieza 255
As	Bronce	Fortuito	Roma	Domiciano (88 d.C.)	Miranda del Castañar	Figuerola, 1984: 196
As	Bronce	Fortuito	Roma	Domiciano (88 d.C.)	Cerralbo	Maluquer, 1956: 59
As	Bronce	Excavación	—	Nerva (96-98 d. C.)	Salamanca	Macarro, 2005: 7
As	Bronce	Tesorillo	Roma	Faustina (105-141)	Armenteros	Figuerola, 1995: 79
As	Bronce	Tesorillo	Roma	Faustina (105-141d.C.)	Armenteros	Figuerola, 1995: 79
As	Bronce	Fortuito	—	Adriano (117-138 d.C.)	Miranda de Azán	Figuerola, 1990: 243
As	Bronce	Excavación	—	Antonino Pío (138-161 d.C.)	Salamanca	Macarro, 2004/06b
Sestercio	Bronce	Fortuito	Roma	Claudio (41-54 d.C.)	Yecla de Yeltes	Maluquer, 1956: 121-128
Sestercio	Bronce	Fortuito	—	S. II d.C.	Ledesma	Benet <i>et al.</i> , 1991: 118
Sestercio	Bronce	Fortuito	—	Domiciano (88 d.C.)	Picón de la Mora	Martín Valls, 1970
Sestercio	Bronce	Fortuito	—	Adriano (117-138 d.C.)	Calavarrasa	Maluquer, 1956: 54
Sestercio	Bronce	Fortuito	—	Adriano (117-138 d.C.)	Calavarrasa	Maluquer, 1956: 54
Sestercio	Bronce	Fortuito	Roma	Adriano (117-138 d.C.)	Cerralbo	Maluquer, 1956: 59
Sestercio	Bronce	Fortuito	Roma	Adriano (117-138 d.C.)	Las Merchanas	Museo Arqueológico Lumbrales
Sestercio	Bronce	Fortuito	—	Sabina (120-138 d.C.)	Miranda de Azán	Morán, 1946: 58
Sestercio	Bronce	Fortuito	Roma	Antonino Pío (138-161 d.C.)	Cerralbo	Maluquer, 1956: 59
Sestercio	Bronce	Fortuito	Roma	Antonino Pío (138-161 d.C.)	Las Merchanas	Museo Arqueológico Lumbrales
Sestercio	Bronce	Excavación	—	Lucila (164-169 d. C.)	Salamanca	Macarro, 2005: 8
No definida	Bronce	Fortuito	—	Antonino Pío (138-161 d.C.)	Salamanca	Martín Valls, 1991: 141
Semis	Bronce	Excavación	Bascunes	100-80 a. C	Salamanca	STRATO, 1995: 198
Semis	Bronce	Excavación	Turiaso	100-80 a. C	Salamanca	STRATO, 1995: 198
Semis	Bronce	Excavación	Turiaso	100-80a.C	Salamanca	STRATO, 1995: 199
Semis?	Bronce	Excavación	—	S. I d. C	Salamanca	Alario, 1999: pieza 798.

Tabla 21: Hallazgos monetarios. (C. Mateos)

La tabla 21 muestra recoge las monedas halladas en dos tesorillos: el primero en Salamanca, formado por 32 denarios ibéricos. García Bellido lo dató de época de Sertorio (82-72 a. C.). Se ha interpretado como la paga de un mercenario del ejército romano o de uno de sus oficiales indígenas.

García Bellido planteó la posibilidad de que ante la ausencia de plata romana en las zonas donde se desarrollaron gran parte de las guerras sertorianas se pagara al ejército romano con denarios ibéricos (1974: 389).

El segundo tesorillo de monedas republicanas fue hallado en Los Tejares en una vasija, que estaba escondida entre dos peñas. Estaba compuesto por 200 monedas, pero tan sólo han llegado 17 (Morán, 1924: 22 y 23). Su ocultación ha sido atribuida al período que comprende la guerra entre Pompeyo y César, en los años 40. La hipótesis que se defiende, efectivamente, es que los tesorillos salmantinos debieron pertenecer a soldados o mercenarios de los ejércitos romanos, por varios motivos:

- Los tesorillos se han datado en épocas de conflictos: bien las guerras sertorianas bien la guerra entre pompeyanos y cesarianos.

- Son monedas de plata y según Amela las monedas de bronce servirían como moneda fraccionaria para su empleo cotidiano, ya que si hubieran servido de *stipendium* para la tropa durante la guerra entre pompeyanos y cesarianos, al ser la base 1/10 y no de 1/16, y en cobre, los soldados hubieran necesitado 16 ases para formar un denario, perdiendo poder adquisitivo. Esto es porque el as tendría el valor de 1/10 del denario y no de 1/16, según una antigua costumbre de las pagas del ejército (2000: 19-20). De hecho en un barracón militar romano de campaña encontrado el monte de la Espina del Gallego se encontró un tesorillo de nueve denarios republicanos, que data de época de las guerras cántabras, junto a otros enseres militares, aunque el investigador no se pronuncia sobre su significado (Peralta, 2000: 15-16).

- Los romanos en sus ejércitos incluían tropas auxiliares de mercenarios: entre las de Cneo Pompeyo había íberos, celtiberos y lusitanos (Amela, 2000: 14-15).

Estos hallazgos numismáticos, muestran la inestabilidad existente en el territorio durante el siglo I a. C. debido, seguramente, a que la población estaría involucrada en las revueltas que a lo largo de este siglo protagonizan lusitanos y vetones en apoyo de Sertorio durante la Guerra Civil. Esto indica claramente esa resistencia al dominio romano. Como ya se ha mencionado, esta ocultación no es la única que se ha documentado en el siglo I a. C., numerosos tesorillos se han localizado y relacionado con el ambiente de inseguridad creado con las numerosas revueltas así la ocultación de los tesoros de Arrabalde, Ramallas y San Martín de Torres se relacionan con el conflicto de Cántabros y Astures (29-19 a.C.) (Martín Valls y Delibes, 1982: 155; Delibes y Esparza, 1989: 128; Esparza, 1988-89: 514; Martín Valls, Delibes y Esparza, 1996: 38) como de las guerras civiles que Roma trasladó a la Península, como son los tesoros de Palencia o Roa, que se corresponden con el período del conflicto sertoriano (Esparza, 1983: 43; Sacristán, 1986: 216; Delibes, 2001: 154) o el de El Raso o el de Torre Milanera, que se ha relacionado con la guerra entre Pompeyo y César (Esparza, 1983: 43; Amela, 2000: 25).



Partiendo de que los tesorillos se han asociado a un mercenariado, de la escasez de moneda tanto de cecas ibéricas como latinas en época prerromana y del aumento de hallazgos monetarios según va avanzando la etapa romana, se llega a la conclusión de que el sistema monetario no se implantó en la zona hasta bien entrado el siglo I a. C. De hecho, Amela señala que debido al abandono de las acuñaciones de denarios ibéricos, los diferentes bandos enfrentados no pueden pagar a las tropas apoyándose en las acuñaciones indígenas como en época de Sertorio, sino que ellos mismos fabrican sus propias emisiones (2000: 14). Esta teoría se ve reforzada por el hecho de que hasta la fecha, la distribución de los hallazgos monetarios en España demuestra que el sistema monetario estaba implantado en Época republicana en los valles del Ebro, del alto Duero, la costa catalana y la zona minera de Sierra Morena, pero habría zonas donde no existiría o sería una economía muy pobre (García-Bellido, 1981: 383). Una de estas zonas sería el NO peninsular, donde incluimos la zona salmantina; de hecho en los yacimientos romanizados galaicos, como Viladonga, las monedas que han aparecido abarcan un marco cronológico que va fundamentalmente del siglo I al IV d. C., correspondiendo el 99% a emisiones monetarias bajoimperiales, de los siglos IV y V d. C. (Arias y Durán, 1996: 118). Así mismo también podemos citar los castros de Chao de San Martín y Coaña, que son castros de origen prerromano con ocupación en época imperial, cuyos hallazgos monetarios se datan entre el siglo II y III d. C. (Fernández, 1982: 249 y 253). Por tanto, el hecho de que aparezcan tesorillos en las zonas más cercanas a las provincias romanas hispanas, significa que en época republicana la existencia de monedas no implica un sistema monetario, sino que su presencia es ocasional, como paga de algún mercenario o soldado del ejército romano. *Per ende*, es el ejército el que actúa de elemento difusor de las monedas, como han apuntado Esparza y Martín Valls para el caso de Numancia, en donde muchas monedas aparecen en las inmediaciones de los campamentos romanos, los cuales cercaron este castro (1992: 273). Esta situación se mantendrá hasta el siglo II d. C., ya que como muestra el cuadro (Fig. 302), el porcentaje de monedas documentadas es del 7%, sobre un total de 907, el mismo que en la etapa republicana. Como vemos, no será hasta la etapa bajoimperial cuando el sistema monetario se implante, como atestigua la gran cantidad de monedas recuperadas.

El mapa de dispersión de los hallazgos monetarios (Fig. 303) muestra una concentración de los mismos, entorno a los castros que se han considerado como principales en el capítulo anterior Las Merchanas, Salamanca, Yecla..., lo que se traduce en un 65%, de un total de 907 monedas, frente a un 35%, que se correspondería con los hallazgos en otros puntos del territorio. No obstante, se ha calculado que el 51% de los estos se concentrarían entorno a la capital, debido al gran desarrollo urbano que sufrió, respecto a otros castros estudiados; dicho volumen confirmaría, junto con otros vestigios arqueológicos, la importancia de este enclave durante el Hierro II.

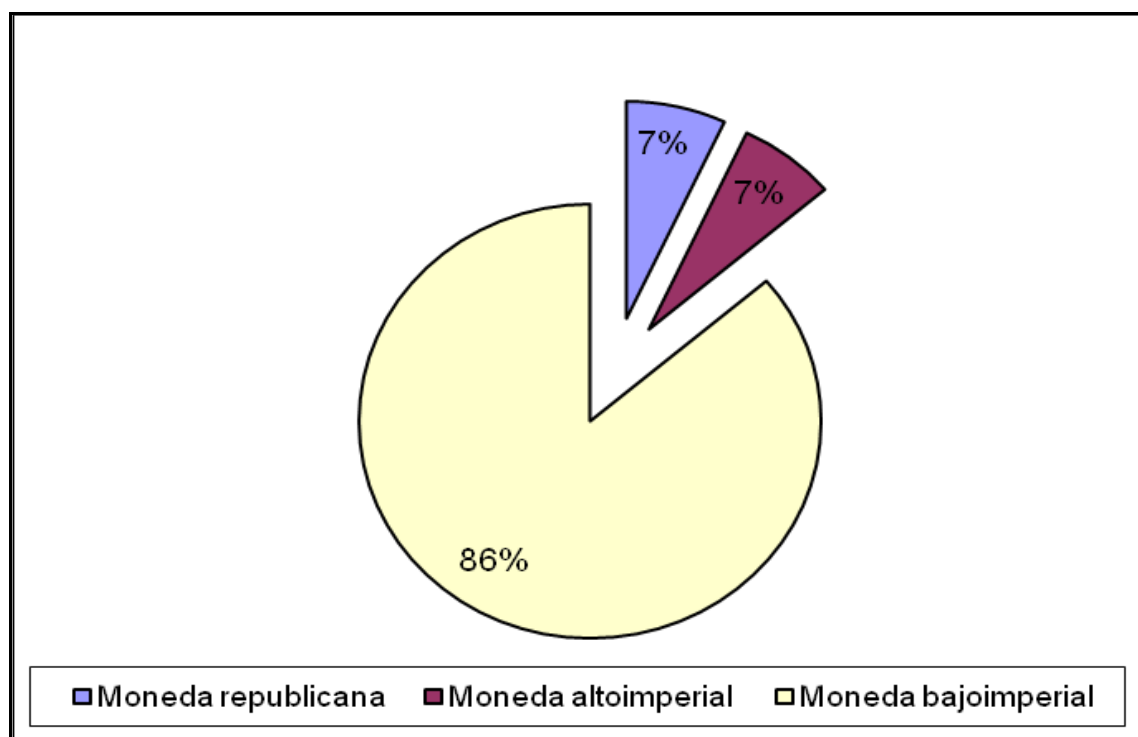


Figura 302: Gráfico de los hallazgos monetarios. (C. Mateos)

Así mismo, se observa una concentración de monedas en el occidente de la provincia, con un 28%, que como ya se ha expuesto, se considera como una zona de gran riqueza ganadera y minera. Por último, en la Sierra, los descubrimientos monetarios se centran en enclaves situados en zonas de paso como son Puente Congosto o El Tejado. Es decir, los hallazgos monetarios se localizan en zonas o enclaves importantes del territorio, sin que afecten hasta el momento, a otros puntos secundarios, porque se convertirán en puntos estratégicos de control de la zona en época romana.

## 16. C. Objetos orientalizantes

Este epígrafe hace referencia a un conjunto de piezas que o bien son importadas de tipo oriental o bien son copias realizadas por artesanos indígenas de piezas importadas ibéricas. Esta denominación se ha tomado del trabajo de clasificación de los recipientes rituales metálicos con “asas de manos” de la Península, realizado por Cuadrado Díaz (1966: 66ss.). Hay diversas opiniones sobre esta clasificación, pero el hecho de que muchas piezas aparezcan descontextualizadas, hace que la mayoría de los autores dividan en dos grupos estos objetos, coincidiendo *grosso modo* con la clasificación de Cuadrado. Así, Celestino mantiene que tras una primera fase en la que los productos son de procedencia fenicia, se abre el denominado período orientalizante pleno, que abarca del siglo VII al V a. C., en el que los materiales encontrados responden a factores indígenas que han asumido la idea oriental (1995: 74). Las piezas que a continuación se estudian se englobarían en este último período; no siendo los únicos casos ya que en Cancho Roano se han documentado otros, como por ejemplos unos jarros orientalizantes, cuyos análisis no dejan dudas sobre su naturaleza local (*Ibidem*, 1995: 74).

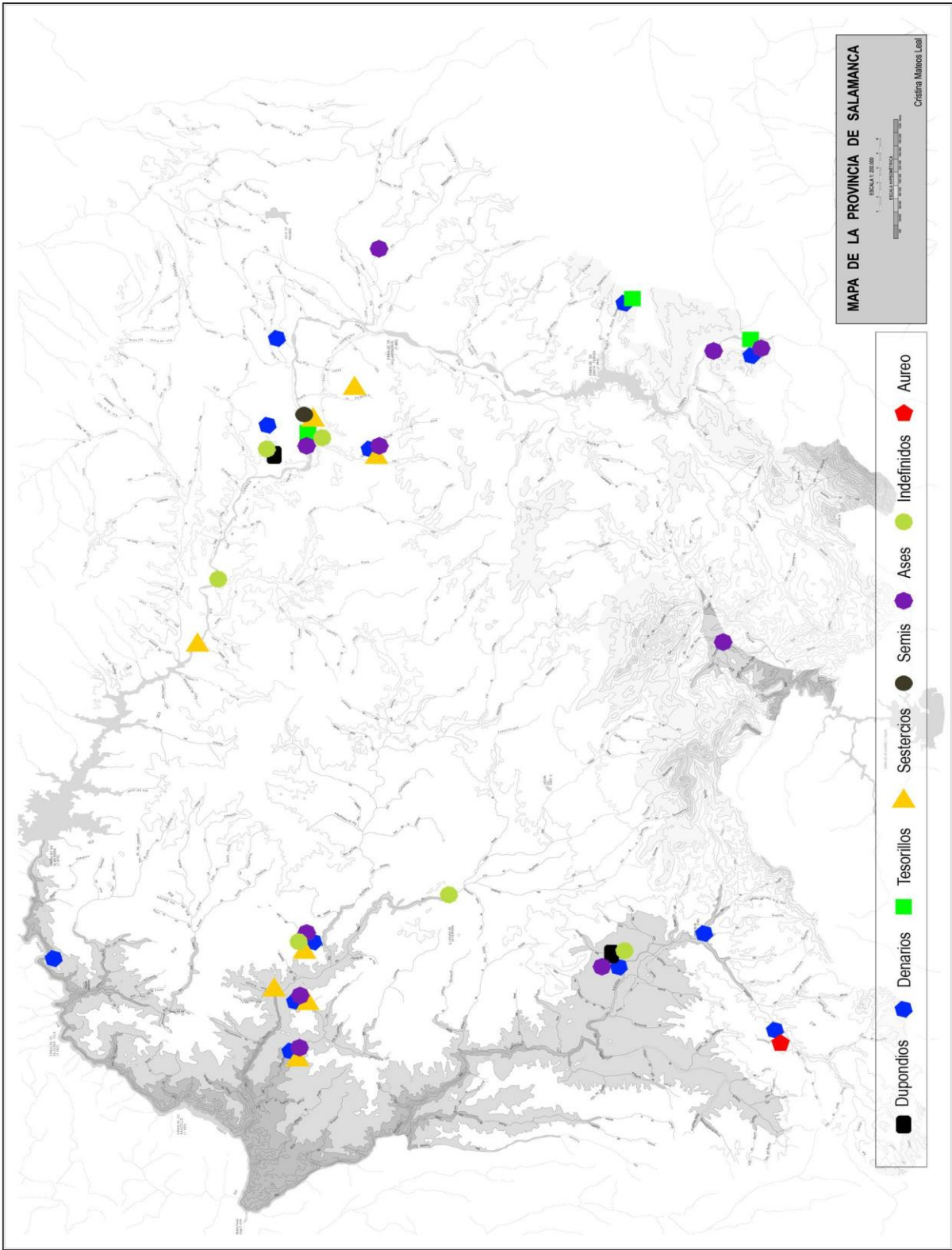


Figura 303: Mapa de dispersión de los hallazgos monetarios. (C. Mateos)

Los hallazgos de cerámicas importadas son escasos en el Campo Charro. El problema reside en que estas piezas se encuentran en su mayoría en las necrópolis (Sánchez, 2009: 70) y, en el territorio estudiado, sólo se ha descubierto una, en la que se ha realizado una única cata de 5x5m. (López y Martínez, 2009: 117ss.). A modo de ejemplo, se puede citar los vasos áticos de barniz negro precampaniense de las necrópolis abulenses de La Osera y El Raso, de donde proceden también cerámica de barniz rojo de remoto origen fenicio y tradición íbero-turdetana, fechadas todas en el siglo IV a. C.; o las necrópolis extremeñas en donde se documentaron cerámicas griegas, que aunque escasas en comparación con la cantidad de ellas aparecidas en la Alta Andalucía o en el Sureste. Están presentes durante un período que abarca los siglos VI, V y IV a. C. (Jiménez y Ortega, 2004). También, se puede mencionar que estas cerámicas fueron imitadas por parte de la población local como demuestra el pithos colonial realizado a mano por un alfarero local, que formaba parte del ajuar de la tumba de Casa del Carpio (Pereira, 2008: 121).

Por el contrario, los hallazgos de piezas metálicas pertenecientes a este grupo son más frecuentes. Procedente del Picón de la Mora contamos con una manecilla de bronce, que es lo único que se ha conservado de la pieza original (Martín Valls, 1971: 136). Este elemento consiste en la representación de una mano con los dedos extendidos, marcados por medio de líneas incisas, y con el dedo pulgar separado, lo que da una cierta peculiaridad. La muñeca está rodeada por un brazalete en relieve y en el arranque de los dedos hay un remache que uniría la pieza fija o soporte al cuerpo del recipiente (Fig. 304-2). Por otra parte, se ha recuperado en El Berrueco, un fragmento del borde de un vaso del tipo oriental en el que perdura una mano del soporte sujeto por un remache, conservando una tachuela en forma de roseta en el otro extremo (Fig. 304-1). Se ven los cuatro dedos largos de la mano, de factura tosca, y separados por surcos rectos. Se desconoce si existió un dedo pulgar, ya que pudo estar en la parte que se perdió. La roseta que constituye su cabeza, visible sobre el borde, tiene unos pétalos muy irregulares, sobre todo en uno de los cuartos del círculo, en que se montan unos sobre otros, concurriendo todo en el botón central. Se han encontrado otras dos piezas similares que pertenecen a las del tipo ibérico. Una<sup>118</sup> es de bronce, cuyo extremo de soporte conservado está roto por el remache central de los tres que debió tener. El hueco conservado del extremo está en el dorso de la mano, la cual es maciza, de extremo apuntado y con separación de los dedos por surcos pocos profundos. Cerca de la muñeca están las huellas de unión de la anilla perdida. El poco espacio entre los dos remaches pudiera suponer que la rotura no se verificó por el central, sino por el segundo de los cuatro que pudo tener (Blázquez, 1968: 109). El otro ejemplar procedía de La Dehesa, en El Tejado, lugar donde existe una necrópolis de cremación, pero sólo contamos con la referencia de Maluquer, ya que se ha perdido (1958a: 102). Otra “asa de mano” de bronce se ha encontrado en Yecla de Yeltes fechándose en la I Edad del Hierro (Blázquez, 1968: 109, nota 1).

<sup>118</sup> Actualmente en el Museo de Bellas Artes de Salamanca.

Estas piezas pertenecían a recipientes rituales conocidos como “braseros”, aunque no cumplirían exactamente la función de contener brasas. Se han asociado con aguamaniles, pero no para el aseo personal, sino para un uso ritual, ya que su profundidad media no es adecuada para la primera acción. Esta hipótesis se ve reforzada por los diversos ejemplares procedentes de la necrópolis de La Joya, de una casa en Alanís de las Villas o de Cancho Roano, que se asocian a jarros de tipo orientalizante con una escasa capacidad; conformando una vajilla ritual (Almagro-Gorbea, 1977a:502-503; Celestino, 1995: 80; Jiménez, 2002: 134; Mariné y Manso, 2007: 49). En el caso de las tumbas, se pueden apreciar marcas de uso, como son muescas dejadas en las asas móviles por el roce continuo con el borde. En el caso del “brasero” de Alanís se aprecia una reparación del mismo con un parche sujeto con remaches (Jiménez, 2002: 130). Por tanto, contamos con diversos contextos, pero siempre con la misma asociación y, por tanto, la misma función. Fuera de la Península, ha sido complicado documentar la asociación jarros-braseros, tan sólo se han identificado dos ejemplos muy claros en Grecia en donde se han hallado en la tumba T-33 de Lefkandi, en Eubea, (Jiménez, 2002: 138) y en el templo consagrado a Artemisa, en Éfeso, donde aparecen ambas piezas y una figura femenina en marfil con un jarro, en una mano, y un aguamanil, en la otra (Celestino, 1995: 80). En otros puntos del Mediterráneo se puede rastrear este conjunto ritual, vinculado siempre con el comercio fenicio como es el caso de Chipre o Etruria (Jiménez, 2002: 138).

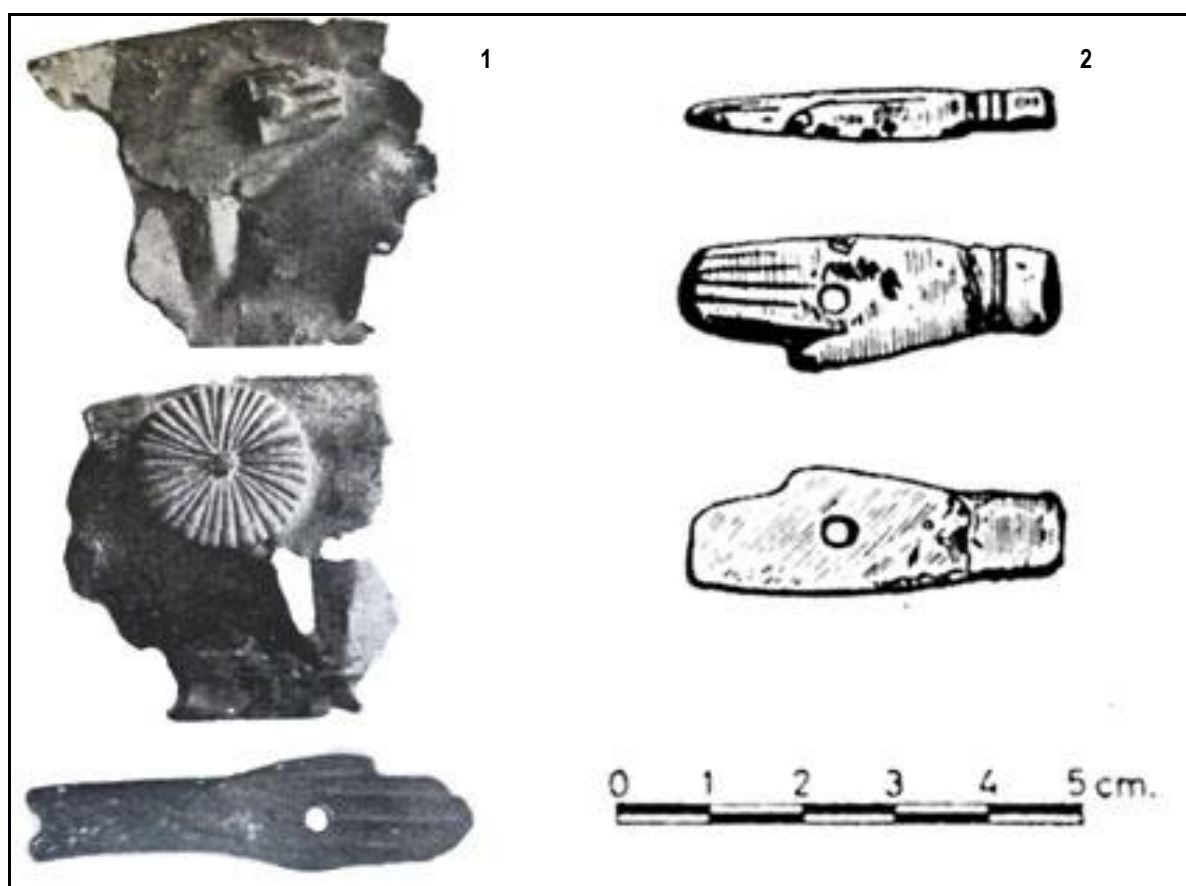


Figura 304: Fragmentos de bronce de recipientes de tradición *tartésica*. 1. Cancho Enamorado (Puente Congosto) (Según Maluquer, 1958). 2. Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores (Según Martín Valls, 1971).



Respecto a la adscripción tipológica, Jiménez mantiene dos grupos, que coincidirían *grosso modo* con la mencionada de Cuadrado (2002: 109 y 110). El tipo 1 estaría formado por vasijas con anchos bordes horizontales bajo los que se adaptan un soporte curvo que sostiene las asas. La presencia de “manos” en los extremos de los soportes es mayoritaria, pero contamos con ejemplares que carecen de ellas. Este grupo se correspondería con el grupo tipo oriental de Cuadrado, sin la restricción de la presencia de manos. El tipo 2 lo conformarían “braseros” en los que el soporte se situaría en su lateral y se caracterizarían por la ausencia de un borde ancho y horizontal. Este grupo se asemejaría con el tipo ibérico de Cuadrado. Los ejemplares salmantinos se encuadran, según Jiménez, en el tipo 1, aunque junto a los ejemplares documentados en Ávila conforman un conjunto geográficamente homogéneo, que se caracterizan por la conformación de unas rosetas de gran tamaño, cuyos pétalos no redondean los extremos; por la realización de los dedos, cortados transversalmente en una brusca línea recta al modo en que lo hacen algunos ejemplares del tipo “ibérico” y el pulgar separado de la mano. Por tanto se podrían considerar como una variante regional que cabría entender como una imitación de los modelos orientales (Jiménez, 2002: 117). No obstante, Cuadrado y Celestino abogan, como ya se ha mencionado, por la existencia de un taller indígena para su producción. Jiménez no descarta esta posibilidad, pero expone que el hecho de no conocer cómo son los “braseros” en el tramo extremeño del Guadiana y el sistema por el que están siendo extraídos, con el detector, dificultan la investigación y el decantarse por una producción autóctona o foránea (2002: 128). Aunque hay que mencionar que diferentes análisis realizados en piezas orientalistas de Cancho Roano (Zalamea de la Sierra), de Pajares (Villanueva de la Vera) o de Casa del Carpio (Cáceres) indican una elaboración oriunda (Celestino, 1995: 74 y 2008: 102; Pereira, 2008: 121).

Cronológicamente, la datación de los “braseros” es complicada porque son materiales de superficie sin un contexto claro. Por tanto solamente queda citar las piezas más cercanas para obtener una referencia: los ejemplares de Sanchorreja han sido fechados en los siglos VII-VI a. C. (Cuadrado 1966; González-Tablas, 1988: 125; Jiménez, 2002: 108); los de El Raso, han sido adscrito al Hierro I (Gil, 2006: 26) y el de Villanueva de La Vera se ha datado en el siglo V a. C. (Jiménez, 2002: 117). Atendiendo a estos datos y a la cronología de los yacimientos donde han aparecido, es probable que nuestras piezas se sitúen entre el VII y el V a. C. esta última fecha, Jiménez la establece como “presumiblemente” conveniente para los “braseros” meseteños, ya que algunos pudieron quedar en circulación y serían los responsables de las producciones meseteñas posteriores, ya que en el resto de la Península hacia el siglo IV, aparecen otros objetos que los sustituyen como es el caso de los jarrones (*Ibidem*, 2002: 117-119).

Otras piezas orientalistas, recogidas en El Berrueco, son tres placas de bronce con la representación de una divinidad femenina (Fig. 305). Dichos objetos se caracterizan porque en el centro de la pieza, formando parte del cuerpo, hay un disco convexo y radial, del que nacen dos pares de alas y unas esquemáticas extremidades, completadas con flores de loto, tan comunes en el Nilo.

El rostro es de facciones duras y los ojos son grandes y alargados, con las pupilas indicadas mediante un punto. La nariz es larga y ancha, los pómulos son salientes y el perfil del rostro es ovalado. La barba es cuadrilonga exactamente a la manera egipcia y el peinado termina en unos rizos idénticos a la moda que se llevaba en Oriente. La forma de realizar la boca mediante un simple y tosco escalón recuerda el sistema empleado en las esfinges del lecho de El Torrejón de Abajo y las facciones de la cara recuerdan al tratamiento de la cabeza leonina del jarro Lázaros (Jiménez, 2002: 297). Así, estas figuras aúnan diversos elementos iconográficos procedentes de Oriente como son las alas, la sujeción de flores y las referencias astrales, que son características de unas divinidades semitas masculinas y femeninas que aparecen en los siglos IX y VIII en Levante y que mantienen su iconografía hasta época púnica. No obstante, el disco solar es un elemento escaso en Oriente, pero frecuente en La Península como demuestran los hallazgos de Villaricos, de Pozo Moro o de Medellín (*Ibidem*, 2002: 297-98). Esta fórmula iconográfica debió de alcanzar cierto éxito en la Península como demuestran otros bronceos orientalizantes con la representación de diosas protectoras similares, como las triadas halladas en Villagarcía de La Torre o en La Joya; las cabezas hathóricas de los braseros (Riaño, 1899: 123; Gómez-Moreno, 1967: 43; Almagro-Gorbea, 1977a: 254; Jiménez, 2002 y 2006), el peine de Medellín o los relieves de Pozo Moro, si se asume la reconstrucción de Blanco (Jiménez, 2002: 297).



Figura 305: Bronces de tradición *tartésica* procedentes de El Berrueco. (Fotografía de Mariné y Manso, 2007)

Estas placas, no están pensadas para sostenerse en pie, por lo que la hipótesis formulada por Jiménez es que pudieron formar parte de la decoración de otro objeto, ya que se aproximan más a las representaciones hathóricas sobre braseros o timiaterios que a las de las figuras de bulto redondo. También es posible que se situasen en los muros de un posible espacio religioso (2002: 294 y 299). Sea como fuere, lo que está claro es que representan a alguna divinidad femenina protectora de los individuos pertenecientes a la élite social. Este hecho fue muy frecuente no sólo en la Meseta, sino también en el resto de la Península, durante la I Edad del Hierro, ya que a partir del siglo VII a. C. se han documentado una serie de figuritas exentas que reproducen a deidades fenicias, como puede ser el llamado “sacerdote de Cádiz”, que representa al dios egipcio Ptah, o la Astarté del museo de Sevilla, a los que se les ha otorga valores apotropaicos. Con el tiempo, estos dioses se indigenizan como se observa en el bronce salutante de Entreríos, fechado en el siglo VI, o en el guerrero de Medina de las Torres, ya del siglo V, ya que mantienen la actitud propia de las figuras fenicias, pero se han incorporado elementos ajenos como son la base plana, las trenzas y el casquete (*Ibidem*, 301).

Respecto a su cronología es complicado darles una fecha exacta, porque no se conoce nada acerca del contexto de su aparición ya que fueron encontradas en la zona de El Berrueco sin más (Maluquer, 1958: 111). No obstante, Almagro-Gorbea, estableciendo una serie de comparaciones con otras piezas, las sitúa entre el siglo VII y el VI (1977a: 255). Por su parte, Jiménez las fecha en torno al último cuarto del siglo VII a. C. (2002: 298).

Tecnológicamente, la hipótesis primera que se barajó es el empleo en su fabricación de un molde (Maluquer, 1958: 114), pero los resultados del estudio realizado por Jiménez concluyeron que fueron obtenidas mediante la técnica de la cera perdida, ya que no presentan trabajo alguno por su parte trasera, su dorso es cóncavo y sus secciones son curvadas. No obstante, las siluetas son coincidentes por lo que Jiménez supone que el modelo de cera se hubiera recortado sobre un mismo patrón (2002: 298). Independiente de la discusión sobre la factura autóctona o foránea de estos objetos, aunque en el interior peninsular los datos parecen avalar más bien la primera opción: la presencia de las piezas orientalizantes es consecuencia de las relaciones e intercambios tanto comerciales como sociales mantenidos con un mundo ibérico, en donde la asimilación, aceptación e imitación de elementos fenicios por parte de la población local es un hecho (Almagro-Gorbea, 1977a: 497; Baquedano, 1996: 77; Barril y Galán, 2007; Álvarez-Sanchís, 1999: 85 y 2000: 68; Esparza y Blanco, 2008: 86; Pereira, 2008: 121; Sánchez, 2009: 71). Por tanto y a modo de conclusión, muchas de estas piezas son fruto de una tradición metalúrgica que se adaptó a la demanda de productos nuevos y distintos, por parte de una sociedad en la que se estaba gestando una jerarquización. Dicho productos se convertirán en los símbolos de diferenciación y status de ésta.

## 17. CONCLUSIONES

En primer lugar, los materiales estudiados permiten identificar una serie de yacimientos ocupados únicamente durante el Bronce Final/Hierro I o el Hierro I como sería el caso de La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes), La Mata Chica (Bermellar), Cancho Enamorado (Puente Congosto), El Castillo (Herguijuela de Ciudad Rodrigo),... En otros casos la ausencia de cerámicas de esta cronología sugiere que su aparición se sitúe entre los siglos IV-III a. C. sin que puedan llevarse más allá del siglo II-I d. C., como es el caso de Los Tejares, La Cuesta de Santa Ana, Las Cercas,... Y por último, se han identificado una serie de asentamientos que nacerán a principios de la Edad del Hierro y pervivirán y se afianzarán en el territorio, convirtiéndose en los núcleos de la organización administrativa romana, dándose en ellos un proceso de aculturación, menos marcado que en otras zonas de *Hispania*, pero que se puede rastrear en el material arqueológico. Este sería el caso de *Salmántica*, Alba de Tormes, Yecla de Yeltes, Iruña (Fuenteguinaldo), Ciudad Rodrigo, Ledesma, El Castillo de Saldeana, Lerilla (Zamarra) o Las Merchanas (Lumbrales).

El estudio cerámico indica varios factores. Primero que durante el Hierro I el territorio que se ha estudiado parece ser un punto de encuentro diacrónico entre dos facies culturales, El Soto y Cogotas, apreciándose la influencia soteña en algunos yacimientos como Ledesma o el Cerro San Vicente con los pies realzados con molduras, las decoraciones incisas a base de triángulos rayados, las digitaciones y las ungulaciones impresas, presentes en el Valle del Ebro y en la cuenca Media del Duero, entre los siglos VII y VI a. C. (Romero, 1980: 145ss.; Ruiz Zapatero, 1995: 1995: 35). Igualmente, también contamos con elementos representativos de la cultura de Cogotas como son los vasos de perfil troncocónico, las decoraciones incisas, sobre todo las típicas de "incrustación", y los recipientes carenados (Martín Valls y Delibes, 1973: 395 ss.; Fernández-Posse, 1986-87: 231ss.; Abarquero, 1997: 73 y 1999: 113 ss.). Así mismo, no se excluye la perduración de formas cerámicas del Bronce Final en los primeros momentos del Hierro como sucede en otras zonas del territorio *vettón* como Sanchorreja (Álvarez-Sanchís, 1999: 79). Segundo, la presencia de las cerámicas pintadas homogeniza los niveles arqueológicos salmantinos con los de otros yacimientos meseteños tales como *Pintia* (Sanz, 1993: 387, Fig. 5-8; Sanz y Velasco, 2003: 82-83); El Raso (Fernández, 1986: 854; Sánchez, 2000: 113; Mariné y Manso, 2007: 217); Sanchorreja; (Maluquer, 1958b: Fig. 15; Sánchez, 2000: 110); Las Cogotas (Cabré, 1930: Lam. XXIII, XXV; Álvarez Sanchís, 1999: 207-208; Blázquez y Rodríguez, 2004: 212; Mariné y Manso, 2007: 217); en Simancas (Watterberg, 1978); y Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1999: 206).

En cuanto a tipologías, los casos cerámicos identificados coinciden con las realizadas por otros investigadores como Almagro-Gorbea (1977: 458-461), Álvarez-Sanchís (1997: 83) o Martín Valls (1973: 94). Así, las vasijas del Hierro I se caracterizarán por estar hecha a mano y con abundantes impurezas. La denominada común tendrá un peor acabado que la decorada, con pastas de mala calidad y paredes gruesas con cocciones, predominantemente, mixtas o reductoras. La

cerámica decorada, también con cocciones reductora o mixta, se caracterizará por paredes más finas que la común y superficies más cuidadas, tratadas mediante alisado o bruñido. Respecto a las técnicas decorativas, se mantiene durante los primeros siglos la tradición de la Edad del Bronce, como el boquique y la incrustación de pastas, aunque la técnica predominante es la incisión que caracterizará las cerámicas de esta fase. Otra técnica identificada es el peine. Los motivos ornamentales se centrarán en el exterior del vaso, debajo del borde o cubriendo una buena parte de su superficie (Maluquer: 1958: 64; Piñel, 1980; Martín Valls, 1986-87; Martín y Jiménez: 1988-89: 269; Álvarez-Sanchís, 1997: 84; Benet *et al.*, 1991: 132; Martín y Martín, 1994: 119 y 120; López y Martínez, 2009: 126). Las formas más corrientes identificadas son los cuencos hemisféricos, las cazuelas y las fuentes carenadas, los vasos globulares y de suave perfil en “S” y los pucheros de diferentes tamaños. Hay un predominio de las bases planas, aunque también se documenta la presencia de bases umbilicadas y pies realzados. Los elementos de agarre identificados son los mamelones, las asas horizontales y las subtriangulares, las perforaciones simples y las asas planas. Paralelos para la cerámica de este período se pueden encontrar en Sanchorreja (Maluquer, 1958 y González Tablas, 1989: 119-123); en Sacaojos (Misiego *et al.*, 1995-96: 55); en Las Cogotas (Cabré, 1930 y 1932; Martín Valls, 1971: 132-133; Mariné, 2005: 75); en Sieteiglesias (Bellido y Cruz, 1993: 265-266); en Roa (Sacristán, 1986: 64-65, 317-325); en San Román de La Hornija (Delibes *et al.*, 1990); en La Mota (Seco y Treceño, 1993: 152-154); en El Soto (Macarro, 1999: 94-95); en los yacimientos de La Alta Extremadura (Martín, 1999: 113)...

Durante el Hierro II habrá una convivencia entre las cerámicas realizadas a torno y las manuales, cuya producción irá decreciendo hasta el cambio de era, momento en el cual desaparecen (Jiménez *et al.*, 2003a; Balado y Marcos, 2004a: 67-68; STRATO, 1995: 158 y 2005a: 55). Las técnicas decorativas principales son, la incisión, la pintura, el peine y la estampilla. Las diferencias de las cerámicas a peine de esta etapa, respecto a con la anterior, son su barroquización, la proliferación de motivos (acanaladuras, aspas, semicírculos, espigados, cesterías,...), su asociación con otras técnicas como la impresión y el estampillado y su agrupación en la zona media-alta de vaso, extendiéndose por parte de la superficie externa y reservado la parte inferior para las decoraciones radiales.

Las vasijas pintadas se caracterizan por sus pastas muy depuradas y claras debido a su cocción oxidante, aunque también se han identificado algunas con una cocción mixta. El estudio de la cerámica decorada ha determinado la presencia dos tipos que se corresponden con dos fases de esta cerámica: una etapa clásica (IV-II a. C.) y otra tardía (finales II-principios del I a. C.). Los vasos de la primera se caracterizan por motivos monocromos de color negro o tonos anaranjados, amarillos o rojos, con unos caracteres geométricos a base de líneas onduladas sobre el labio, el cuello o el hombro, círculos concéntricos, bandas horizontales de “S”... Esta cerámica ha documentado en Las Merchanas (Martín Valls *et al.*, 1991: 155-156), en Salamanca, en Yecla de Yeltes (Martín Valls, 2004: 289ss.), en el Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 131) o en Ledesma. La decoración de la



segunda etapa se caracteriza por la incorporación de figuras humanas y zoomorfas y por su policromía, como las encontradas en Salamanca, Ciudad Rodrigo o en el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) (Álvarez-Sanchís, 1997: 208; Martín Valls, 1976: 374). Existen ejemplares en donde se combinan los motivos pintados con los estampillados o los incisos, tan frecuentes en la región *vettona* (González y Sabaria, 2000: 115). La cerámica tosca de cocina está presente en todos los yacimientos y estaba destinada a vajilla de mesa y de cocina, correspondiéndose con la denominada cerámica *vettona* común. No tienen decoración alguna y su acabado es peor que las anteriores, con cocciones mixtas, predominantemente (González Echegaray, 2000: 122; Alario, 1999: Sector C, UE 367, nº 255-268).

La morfología de los vasos es muy variadas, predominando los perfiles en “S”, los cuencos hemisféricos y troncocónicos, los vasos globulares y ovoides, las copas, los recipientes de cuellos cilíndricos y borde abierto, las cajitas, y las grandes vasijas de almacenamiento con bordes típicamente celtibéricos como el “palo de golf” o el “pico de pato”, que también se verán en otras vasijas. Paralelos para la cerámica de este período se pueden encontrar en El Raso (Fernández, 1986: 854; Sánchez, 2000: 113; Mariné y Manso, 2007: 217); en Sanchorreja; (Maluquer, 1958b: Fig. 15; Sánchez, 2000: 110); en Las Cogotas (Cabré, 1930: Lam. XXIII, XXV; Álvarez Sanchís, 1999: 210; Blázquez y Rodríguez, 2004: 212; Mariné y Manso, 2007: 217); en Numancia (Watttemberg, 1963; García-Soto, 1990: 308; Echévarri, 2005: 41); en Roa (Sacristán, 1986: 166-167); en La Corona (Misiego *et al*, 2013: 298); en Simancas (Watttemberg, 1978); en Pintia (Sanz, 1993: 387, Fig. 5-8; Sanz y Velasco, 2003: 82-83); en Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1999: 206); en El Castillejo de La Orden, en El Castillejo de Santiago del Campo, en El Alto del Moro (Martín, 1986: 242)...

En cuarto lugar, la cultura material del occidente peninsular muestra, a rasgos generales, como, a lo largo del I milenio, se fueron expandiendo tradiciones, creencias o lenguas de origen celta que no fueron asimiladas de la misma manera en todos los territorios. Al mismo tiempo, se estaba produciendo una expansión de los influjos mediterráneos desde el sur peninsular que también afectó a estos territorios (Almagro-Gorbea, 1977a: 497, 2001: 159, 2008: 45ss.; Martín, 2001: 123; Barril y Galán, 2007; Pereira, 2008: 121; Sánchez, 2009: 71). No se puede hablar de un período orientalizante, pero sí se han identificado elementos de raigambre oriental en algunos yacimientos como son Ledesma, Salamanca, Cancho Enamorado, San Pelayo, El Castillo Herguijuela de Ciudad Rodrigo, el Picón de la Mora y Yecla de Yeltes. Hay que aclarar que no es una fase fijada por un estrato arqueológico en los poblados sino que se ha definido a través del hallazgo de sucesivas piezas orientalizantes, sin contexto, tales como las tres placas de bronce de tradición *tartéssica* (Almagro-Gorbea, 1977a: 254; Jiménez, 2002: 297), las manecillas de bronce asociadas a los “braserillos” (Blázquez, 1968: 109; Martín Valls, 1971: 136), la arrancada (López, 2004: 27-28), las fíbulas de doble resorte (Maluquer, 1951: 71, Fig. 9 y 1958: 87; Martín Valls, 1986-87: 62; Macarro, 1999: 14; Benet *et al.*, 1991: 130; Museo arqueológico de Lumbrales) o las cerámicas pintadas Tipo

Medellín (Martín Valls, 1986-87; Benet *et al.*, 1991: 129; Martín y Martín, 1994: 119; Macarro, 1999: 107).

La presencia de estos objetos demuestra no sólo la existencia de las vías de comunicación naturales sino de un comercio con el sur y el sureste peninsular. Estas piezas orientalizantes se localizan desde el Bajo Guadalquivir hasta las zonas altas de Salamanca y Ávila, pasando por La Aliseda y la cuenca baja del Mondego. Señalando así un camino Sur-Norte, que parte del Bajo Guadalquivir hacia el Norte, a través de Extremadura, entrando en La Meseta por el valle de Plasencia y continuando por el curso del Tormes y del Ambles (Celestino, 1995: 68; Álvarez-Sanchís, 1997: 63-100; Cuadrado, 1966). Según Celestino el territorio extremeño no se vería afectado directamente por la colonización oriental, sino que sería un territorio de influencia tartésica a través de la cual se produciría una aculturación por medio del comercio; fruto del cual se adoptarán los objetos orientalizantes (1995: 68). Así mismo, los territorios que hoy son Ávila y Salamanca serían prolongaciones de esta zona de influencia; de ahí los hallazgos de jarrones, braseros, figuritas,... con características orientales pero que se distancian de las formas *tartésicas* que imperan más al sur. La hipótesis de Celestino es que este hecho ocurrió porque el comercio ejercido por los fenicios debió de incrementar el aprovechamiento de los recursos propios de la zona nuclear tartésica, lo que benefició a las élites locales, que conscientes del auge comercial mediterráneo, absorbieron las zonas periféricas, para conseguir unos excedentes que les aseguraran poder hacer frente a la demanda de los fenicios (*Ibidem*: 82). Otros investigadores abogan por una penetración Oeste-Este de los objetos orientalizantes, desde los enclaves “fenicios” portugueses por las cuencas del Sado-Guadiana, Tajo y Mondego (Arruda, 2000; Pellicer, 2000: 116-117).

Sea como fuere los vestigios materiales estudiados se corresponderían con manufacturas propias de talleres tartésicos e íberos y obras de talleres meseteños, que imitan a los anteriores, fechándose las imitaciones en un momento posterior a los primeros, produciéndose así una continuidad entre ambas producciones. Es decir en un primer momento llegan a la Meseta producciones de los focos tartésicos, íberos y fenicios peninsulares, entorno a los siglos VIII - V a. C., y en un segundo momento los productos serán copiados por las poblaciones, entre los siglos IV y III a. C (Cuadrado, 1966; Celestino, 1995: 74). Este hecho está claro porque entre las imitaciones y las piezas originales se aprecian algunas diferencias. Así en el caso de las asas de los recipientes rituales la primera discrepancia consiste en el tamaño de los soportes, siendo más grandes los recipientes orientales que los ibéricos. La segunda es que las manos, de estos últimos, son huecas e independientes mientras que las orientales son macizas y fijas. Por último, los orientales tienen una factura más cuidada y la factura de los segundos es más tosca. También entre las cerámicas tipo Medellín se aprecian diferencias, así los perfiles de las salmantinas son propias del mundo soteño y están hechas a mano, correspondiéndose sólo la forma y la decoración con los tipos orientalizantes (Martín Valls y Delibes, 1978: 228-229). Por tanto y a modo de conclusión, muchas de estas piezas son fruto de una tradición metalúrgica que se adaptó a la demanda de productos nuevos y distintos,

por parte de una sociedad en la que se estaba gestando una jerarquización. Dichos productos se convertirán en los símbolos de diferenciación y status en esta nueva sociedad que se comienza a gestar durante Bronce Final/Hierro I y alcanzará su cenit durante el Hierro II.

Otra información que aportan las diferentes piezas identificadas son las distintas actividades que se realizaban en los poblados durante la Edad del Hierro, para la obtención de materia prima y su posterior transformación en herramientas bien para llevar a cabo otras labores o bien para el mantenimiento de los instrumentos, como es el caso de los afiladores.

Respecto a aquellas actividades para obtener materia prima mencionaremos la cantería y la minería, existen una serie de útiles que abalan su existencia como son cinceles y escoplos. En lo referente a otras labores documentadas, contamos con la talabartería y el hilado para procurarse ropa, cuerdas, capazos, mantas,... aunque no se haya recuperado ninguna muestra textil, sí se han identificado una serie de útiles relacionados con estas actividades como son agujas de bronce y de hueso, tensores líticos, torteras en hueso, las fusayolas y las pesas de telar, las leznas y los punzones de hierro, bronce y hueso o los raspadores líticos (Maluquer, 1958a: 48, 75; Piñel, 1980: 37, 109, 145; Martín Valls, 1986-87: 62; Benet *et al.*, 1991: 137-163; Alario, 1999; López, 2003a: 46; Macarro, 1999a: 218; Macarro, 2004-06b: 128; Macarro y Alario, 2012).

Esta actividad textil junto con los restos faunísticos analizados en Salamanca y los verracos, evidencian la presencia de una cabaña ganadera importante sobre todo a partir del siglo IV a. C. Esta ganadería se complementaría con otras actividades como son la agricultura, la pesca, la recolección y la caza también documentadas a través de los vestigios arqueológicos recogidos, con lo cual la dieta de estos pobladores era variada.

Relacionado con la caza se han recuperado una serie de puntas de flechas, cuya cronología abarca toda la Edad del Hierro; una punta de jabalina procedente de Cancho Enamorado y una escena de caza con arco procedente de uno de los sillares de la muralla de Yecla (Maluquer, 1958a: 78; Piñel, 1980: 67; Martín Valls, 1997: 117 y 147; López, 2004: pieza 720). También por la presencia de una serie de huesos identificados con ciervos, conejos y liebres en las excavaciones realizadas en Salamanca (Benet, 2001: 19) y el Teso del Cuerno (IACyL). El estudio realizado en el primer caso muestra que durante el Hierro I, la caza tendrá más peso con una presencia de entre el 20% y el 7% mientras que en la etapa siguiente, el porcentaje, apenas un 3%, es muy bajo respecto de los animales domésticos (Macarro, 1999a: 52, Benet, 2001: 19, 25-6). La actividad cinegética se ha registrado en otros yacimientos meseteños del Hierro y en otras áreas, como la extremeña, como complemento de la dieta (Berrocal-Rangel, 1992: 231; Esparza, 1999: 95; Liesau y Blasco, 1999: 146; Misiego, 2013: 329).

Respecto a la agricultura, no se han identificado herramientas relacionadas con esta actividad, tales como hoces, azadas u corquetes que se han recuperado en otros yacimientos meseteños (Barril, 1992: 17-19). Esto no significa que no existiera la agricultura sino que la acidez del

suelo charro corroe los metales y la mayoría de los fragmentos de hierro encontrados son irreconocibles y están en un estado de conservación muy precario; por lo que es posible que alguno de estas masas informes pertenecieran a instrumentos agrícolas. Lo que sí que se ha conservado son otros elementos relacionados con esta actividad como los molinos, tanto barquiformes como circulares (Martín Valls, 1971: 134; Benet *et al.*, 1991: 130; Martín y Martín, 1994: 119; IACyL; Sánchez Palencia *et al.*, 2000: 61; Macarro, 1999a: 164), un posible mango de hoz (González y Sarabia, 2000: 174) y tres posibles morteros, dos procedentes de Salamanca (Benet *et al.*, 1991: 144; ARQUETIPO, 1996: 39) y otro de Las Merchanas (Museo arqueológico de Lumbrales). Así mismo, los análisis polínicos realizados en Salamanca demuestran la existencia de cebada (Macarro, 1999: 167-68), cuyo cultivo está atestiguado en otros yacimientos como El Raso, Numancia, *Pintia*, El Soto, Castilnegro (Cubero, 1995: 387; Torres, 2005: 44; Blasco, 2008: 129). Estos mismos análisis también nos indican que desde el Hierro I se produjo un paulatino descenso de taxones arbóreos y un aumento de arbustos y gramíneas que implican una deforestación antrópica del entorno para usar el terreno como zonas de explotación agrícola (Benet, 2001: 19; Macarro y Alario, 2012: 76); patrón que se registra en otras zonas del NW peninsular (Parcero y Ayán, 2009: 371).

La pesca es una actividad difícil de documentar y tan sólo contamos con los restos de lagomorfos entre la fauna identificada en San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 82) y con una pesa, que se ha considerado en este trabajo, como de red, procedente de Yecla de Yeltes (Pérez, 1991-92: 75). La morfología y medidas de esta pesa recuerda a otras identificadas como tal en diversos yacimientos como Llagú (Berrocal-Rangel *et al.*, 2002: 207), Vigo (Hidalgo, 1987: 132), Briteiros (Cardozo, 1980: 45 y 63) o en el valle del Baixo Sabor (Sánchez inédito), todas ellas asociadas seguramente con la pesca.

Al igual que la pesca, la recolección también es complicada de ver en el registro arqueológico con el que contamos, sobre todo por la falta de análisis polínicos<sup>119</sup>; no obstante sí que se han recuperado bellotas, algunas peladas y carbonizadas en Salamanca (STRATO, 1995: 84; Macarro y Alario, 2012: 76), que implican no sólo su recolección sino también su preparación para un posterior almacenado. La bellota es un fruto común en la dieta prerromana peninsular y prueba de ello es tanto su mención por autores clásicos como Estrabón (III, 3, 7) como la gran cantidad de yacimientos donde se han recuperado (Sanz y Velasco, 2003: 103; Torres, 2005: 34; Chapa y Mayoral, 2007: 161; Celestino, 2008: 106; Berrocal-Rangel y Silva, 2010: 269).

La alfarería tan importante en un poblado porque numerosos objetos de uso cotidiano están fabricados a partir del barro, no ha sido documentada en la forma de alfares como sucede en Ulaca (Álvarez-Sanchís, 1999: 156) o en *Pintia* (Romero, 2001: 139), por lo que se presupone como mínimo una alfarería a nivel doméstico. No obstante, si la hipótesis de Blasco es correcta, es factible la presencia de un alfar para la producción industrial en Salamanca, ya que los adobes de las casas

---

<sup>119</sup> Se desconoce si se han realizado análisis polínicos que estén inéditos.

están estandarizados y contamos con la presencia de cerámicas *tardo-vettonas* (2008: 134). Sea como fuere, se han distinguido una serie de objetos que evidencia esta actividad tales como los alisadores (Benet et al., 1991: 130 y 152; Macarro, 1999a: 47; STRATO, 1995a: 128), las espátulas (Maluquer, 1951: 66; Benet et al., 1991: 130; Macarro, 1999: 151), las piezas dentadas (Macarro, 1990: 88; Piñel, 1980: 36) o pulidores (Alario, 1999). Este tipo de instrumental se ha asociado con esta actividad en otros yacimientos como meseteños (Celis, 1993: 127-128; Seco y Treceño, 1993: 139-143; Mariné, 2005: 111).

Por otra parte, la presencia de los instrumentos de hierro y bronce ya mencionados implica la existencia de otro tipo de actividad, la metalúrgica. La información sobre su proceso de elaboración o los lugares de producción es escasa y se ha atestiguado por la identificación de una serie de piezas propias de esta actividad, como son los crisoles, las escorias, las gotas de bronce, moldes bivalvos o las varillas de material listo para elaborar piezas (Maluquer, 1956; Martín y Jiménez, 1988-89: 275; Martín y Martín, 1994: 119; Alario *et al.* 1998a: 302; López *et al.*, 2003f: 54; Esparza y Blanco, 2008: 89; Macarro y Alario, 2012: 73). Todo ello implica que el proceso metalúrgico se realizó en los poblados, aunque también se identificaron una serie de piezas importadas (Cruz, 1997).

Otra actividad que se ha identificado es la orfebrería y metalistería aunque la falta de análisis no permite asegurar al cien por cien que las fibulas, los alfileres, los colgantes, los brazaletes, los torques, las arrancadas y otros objetos de adorno personal hayan sido elaborados en los castros estudiados. Sin embargo, la amplia variedad de piezas recogidas permiten ver los gustos de la sociedad y como en muchos casos, los modelos alóctonos son adoptados y modificados por los artesanos locales, como son los casos de las fíbula de doble resorte, la de codo o las de La Tène que, una vez que llegan a la Meseta, desarrollan diversas variantes (Argente, 1994: 57, 90-91; Martín Valls, Delibes y Esparza, 1996: 35; Jiménez Ávila, 2003: 312). Así mismo hay otros objetos propios de la joyería prerromana peninsular como los torques, cuyo uso se rastrea desde el Bronce Final en la Meseta y el Noroeste peninsular (Delibes, 2001: 149), o las fibulas zoomorfas, características del área celtibérica y de allí se extendieron no sólo al resto de la Meseta sino a áreas limítrofes como el territorio astur (Argente, 1994: 92; Mariné, 2005: 113). Tanto el sincretismo como las joyas de diseño propio son una característica de la orfebrería meseteña (Martín Valls, Delibes y Esparza, 1996: 35).

Muchos de estos objetos de adorno personal aparte de la función práctica, como es el caso de las fibulas, reflejarían la posición del propietario, ya que aunque en los castros estudiados el grueso de los objetos son de hierro y bronce, se conocen piezas de la orfebrería indígena de oro y plata, que han sobrevivido a su fundición posterior, como fíbula de plata de Ledesma (Pérez, 1997: 105), la arrancada de El Berrueco (López, 2004: 27-28) o las piezas procedentes de los tesoros de Arrabalde y Padilla del Duero (Delibes, 2001: 153). Lógicamente estas últimas no estarían al alcance de toda la población y en momento de necesidad de metales preciosos serían los que fundirían para abastecimiento, de ahí quizá el hecho de que no se hayan recuperado tantas piezas de orfebrería en



oro y plata. Salinas y Fatás asocian esta falta a los botines y tributos obtenidos por los romanos. Siguiendo con la concepción de marcadores de estatus dentro de la sociedad, Jiménez distingue un uso cotidiano de ciertas piezas, como los brazaletes de bronce, frente a otras que solo se lucirían en ocasiones especiales (2006: 95-98) y los investigadores adjudica los objetos con decoración de équidos al grupo rector de la sociedad, los *équites*, como manifestación de su estatus social (Almagro-Gorbea, 2001a: 167; Blanco, 2003: 88).

Otra interpretación dada a muchos de estos objetos es la de “amuletos”, función que no es excluyente de la ornamental y funcional ya mencionada. Así, el hecho de que muchas piezas representen animales, tales como las ya mencionadas fibulas zoomorfas o los remates de los torques, se podría relacionar con una función protectora (Bandera, 1986: 515; Labeaga, 1999-2000: 59). Este tipo de representación animalística está presente en otras piezas arqueológicas del noroccidente peninsular tales como los verracos, los ex-votos, los báculos, sillares de las murallas, las estelas funerarias..., y parecen tener un carácter apotropaico-religioso-mágico, y es que en el mundo celta parece que existió una serie de animales totémicos, tales como el caballo o el jabalí, ligados a dioses como Epona en el caso del primero (Cabré, 1930: 39-40; Green, 1992: 17 y 1997: 29; Cerdeño y Cabanes, 1994; Mariné, 2001: 434; Esparza, 2003: 173-174; Celestino, 2002: 24-26; Álvarez-Sanchís, 2003: 279; 2008: 33). Otras piezas a las que se le ha querido ver este mismo carácter protector son las canicas o bolas de barro, ya que se han comparado con las sonajas o sonajeros, que aparte de actuar como juguetes, tradicionalmente se creía que ahuyentaban a los malos espíritus (Labeaga, 1999-2000: 122; González, 2013: 22). Al hilo de esta función apotropaica habría que mencionar también las cabezas cortadas de Yecla (ARQUETIPO, 1999-2000) y Tamames (Grande, 1999: 34), que se han interpretado como elementos monumentales colocadas por parejas con el fin de proteger al poblado (Sopeña, 1987: 103; Cunliffe, 1997: 210; Martínez *et al.*, 2005: 88).

Respecto a los verracos se ha planteado que pudieron tener más de una función en época prerromana (Cabré, 1930: 40; Maluquer, 1954: 103; Ferreira da Silva, 1986: 299; Álvarez-Sanchís, 1990: 227-229). Por otra parte, otro aspecto a tener en cuenta sería que éstos serían un hito cultural celta como se puede deducir por las representaciones similares en cuanto a simbología y factura, procedentes de la Europa céltica (Rynne 1972: 79-80; Harbison 1988: 193-194; Cunliffe, 1997: 158). Esta raíz indoeuropea de la figura del toro es defendida por otros investigadores como Chapa (1986: 154) y García-Gelebert y Blázquez (1997a: 433). No obstante, investigadores como Álvarez-Sanchís defiende que los vetones adoptaron de los turdetanos las esculturas de los toros, como evidencian las ranuras paralelas de los cuellos y la disposición frontal de los más “arcaicos”, debido a las relaciones comerciales entre ambos pueblos (2003: 215ss.). Castelo y Sánchez las vinculan con las manifestaciones plásticas zoomorfas, principalmente leones (1995: 326). Este foco meridional sólo funcionaría de transmisor, ya que después los *vettones* las adaptarían y las transformarían de acuerdo a su idiosincrasia (Hernández, 1982: 231; Blanco, 1984: 37-38; Castelo y Sánchez, 1995: 326) El resultado son unas manifestaciones bien diferentes al área meridional, en las que el realismo

y la calidad técnica de estas últimas dan paso a un mayor esquematismo en las estatuas vetonas, en las cuales predominaría el simbolismo (Castelo y Sánchez, 1995: 326). No obstante, el carácter esquemático de los verracos se puede explicar por el tipo de material en que están tallados; y es que el granito es una piedra dura y difícil de tallar. Por lo tanto, los artesanos que las labraron tuvieron que trabajar con un tipo de material que no era el idóneo para la realización de detalles anatómicos. Se plantea la posibilidad de que la sacralidad de estas esculturas estuviera ligada a la riqueza de la Meseta Central, basada en gran medida en el ganado bovino y ovino, tal como cita Polibio (*Historia Universal bajo la República Romana*, XXXIV 8, 9). También Varron expone que en la Lusitania se producía una raza de cerdos de gran tamaño (*Re. Rust.* II 4, II). Por último, Estrabón relata que los jamones cántabros y cerretanos eran famosos (III, 162) (Blázquez, 1957: 181ss.; Salinas, 1992). Por tanto, no sería extraño que en una sociedad eminentemente agropecuaria existiera un culto destinado a proteger y potenciar sus principales fuente de subsistencia.

Por supuesto y volviendo al temas de las ocupaciones de los pobladores, tan poco hay que olvidar aquellos instrumentos que intervienen en muchas de estas actividades, y que al estar fabricados en material perecedero no se han conservado como pueden ser muchos artefactos agropastoriles (dedales, cardadores, husos, los cestos, las zoquetas...), de cantería (herramientas de medición, trazo y comprobación), útiles cotidianos (bolsas de cuero, telares, tablas de lavar, tablas de amasar, coladores,...), artefactos de pesca (redes, cuerdas, arpones, *nasas*,...) o elementos de enmangue, ya que los únicos que se han identificado están elaborados en hueso (Martínez Maganto, 1992: 226-287; Chapa y Mayoral, 2008; Blasco, 2008: 131; Rodríguez, 2012: 123). Por otro parte, las evidencias arqueológicas demuestran que el sistema de construcción de las viviendas empleaba la madera para los postes de sujeción de las cubiertas, para las estacas de refuerzo de las paredes de adobe o para el sistema de techumbre (Benet *et al.* 1991: 117-136, Fabián, 1999: 173; Macarro y Alario, 2012: 43); así mismo los telares y estructuras similares también estarían fabricados con madera (Torres, 2005: 135; Blasco, 2008: 131). Así mismo, la recolección de leños para el mantenimiento de los hogares identificados implica la existe de unas herramientas acordes para tal fin. Por lo que, tanto las evidencias que no se han conservado como las que sí están presentes hablan de una actividad relacionada con el trabajo de la madera. Al hilo de esto, se han señalado una serie de instrumentos y objetos que bien pueden asociarse con esta actividad tales como las azuelas (Maluquer, 1958a: 48), las hachas líticas y en bronce (Martín, 1919: 400; Maluquer, 1956: 115; Piñel, 1980: 67; Martín Valls, 1997: 117) o los clavos (Benet *et al.*, 1991: 130; Alario, 1999). Por último, nos parece importante remarcar que el uso de los objetos líticos, como se ha visto, pervive durante la Edad del Hierro, aunque en menor proporción que en etapas anteriores. Este hecho no es aislado, sino que la continuidad de esta industria se puede rastrear en muchas zonas, aun cuando adopción tecnológica del hierro está plenamente desarrollada (Villa y Fanjul, 2006; Sánchez, inédito). Quizá la prolongada vida de este tipo de piezas –tal y como avala su magnífico estado de conservación– se

explique por la necesidad de utillaje en épocas de escasez de metales y su resistencia tanto al agua como a la humedad (Domergue, 1987: 187; Álvarez y Pajares, 2011: 192).

Por tanto, el elenco de materiales muestra poblados con una economía autárquica, realizándose diferentes labores destinadas a cubrir sus necesidades básicas. Incluso en muchos casos, a falta de la identificación de talleres especializados, muchas de estas actividades son de subsistencia, tales como la agricultura, la pesca, la caza, la ganadería, la alfarería de productos utilitarios,... realizadas por cada unidad habitacional para cubrir sus necesidades diarias. Por el contrario, habría otras que seguramente serían llevadas a cabo por artesanos especializados tales como la orfebrería o la alfarería de productos de lujo, como las cerámicas pintadas.

Por último, como ya se ha mencionado, la cultura material tardía muestra el grado de aculturación romana que se produjo en el territorio. El estudio revela un porcentaje muy bajo de material romano en los castros romanizados, asociado a contextos de finales del Hierro, en comparación con la gran cantidad de vestigios que se han documentado en Época bajoimperial. Así, la presencia de *terra sigillata* se rastrea desde el I d. C., en porcentajes bajos, y se generaliza a finales del II d. C. (Martín Valls, 1976: 328; Sánchez *et al.*, 1993-94; Alario *et al.*, 1998c; Macarro, 2004-06b). Lo mismo se observa con la cerámica común y la cerámica de paredes finas. El primer tipo se difunde en la Península desde época tardo-republicana y el segundo a partir del siglo II a. C. (Angoso, 1985: 378-79), pero en nuestra área no aparecerán hasta inicios del siglo I d. C. y en muchos casos están asociadas con asentamientos rurales romanos y no con los castros romanizados, siendo su presencia en estos últimos poco representativa hasta el siglo III d. C., momento a partir del cual se datan las vajillas de vidrio (Martín Valls, 1978: 382; Alario *et al.*, 1998b; Sánchez, 2002: 108). Los ejemplares de fibulas de tipo Nauheim, y de tipo aucissa, son escasos por lo que se han puesto en relación con la presencia de legionarios romanos, más que con una adopción generalizada de este tipo de fibulas por parte de la población.

La escasez de vestigios cerámicos romanos republicanos, en comparación con la presencia de la cerámica *vettona* tardía y de tradición indígena, en yacimientos como Salamanca, Ledesma o Ciudad Rodrigo; su ausencia en otros castros y la gran cantidad de cerámica tardoimperial, indican que en las etapas siguientes a la conquista del territorio, el sustrato indígena continuará con el uso de sus propias cerámicas y otros elementos, bien por comodidad o bien porque las costumbres romanas no arraigan tan bien como en otras zonas, aceptándolas tan sólo una parte de la población, las élites sociales que serían las que tendrían más relación o una relación más estrecha con Roma. Además, en una intervención llevada a cabo en uno de los solares de Salamanca se documentaron diez niveles de ocupación de época prerromana plena y tardía con una ausencia total de material romano. Es decir, estamos hablando de que en el siglo I a. C. los *vettones* aquí asentados y bajo dominación romana no contaban entre sus ajueres con elementos de la cultura romana de forma generalizada (Macarro, 1999a). Esta escasez y el tipo de material inducen a pensar en la presencia de legionarios

romanos durante las guerras sertorianas, más que en una adopción de elementos romanos por parte de la población. Otro indicador de este hecho son las monedas. El grueso de los hallazgos numismáticos, el 86%, se centran en Época bajoimperial; mientras que el 14% restante se reparten a partes iguales entre época republicana y altoimperial. Esto señalaría que hasta el siglo III d. C. no se adoptará y afianzará el sistema monetario en el territorio, habiéndose vinculado la presencia de monedas durante la etapa republicana con las pagas de legionarios. Por otro lado, cabe la posibilidad de que las monedas altoimperiales circularan durante el Bajo Imperio como moneda fraccionaria tal y como se baraja para otros yacimientos como la villa tardorromana de Quintanilla (Palencia). Esta posibilidad, no obstante, es complicada de demostrar porque muchas de las monedas han sido recuperadas en prospecciones, con detectores de metales de furtivos o en niveles de revuelto. Por último, el mapa de dispersión muestra como los hallazgos se concentran entorno a esos enclaves principales del territorio que ya se han visto (Salamanca, Irueña, Ciudad Rodrigo...), los cuales serían los que tendrían un contacto directo con la administración romana. Por tanto, estos datos son un indicador más de escasa romanización del occidente meseteño durante los primeros siglos de dominación romana, tónica que concuerda con lo que ocurre en general en el NO peninsular (Arias y Durán, 1996: 118; Fernández, 1982: 249 y 253).





## VI. Conclusiones



A continuación se exponen las conclusiones a las que se han llegado sobre el poblamiento protohistórico del occidente de la Meseta (Sistema Central y Campo Charro), en el período que abarca este estudio, entre el siglo IX-VIII a. C. y el I d. C.

No obstante antes de presentar los resultados de este trabajo es importante señalar que gran parte de los mismos deben entenderse como provisionales, como consecuencia de la falta casi absoluta de yacimientos excavados y estudiados en profundidad, que dificulta enormemente la corroboración de las hipótesis planteadas en los distintos aspectos tratados en los capítulos anteriores. Es decir, todo lo se puede afirmar del territorio estudiado es poco y casi todo lo demás son conjeturas apoyadas por analogías hechas con otras zonas, principalmente el área abulense por su proximidad geográfica pero también por su pertenencia a un mismo acervo cultural. Lo único que se ha podido estudiar de forma más exhaustiva son los sistemas defensivos, pero aquí también existen limitaciones, ya que las excavaciones de los mismos son fundamentales para ver, datar y comprender las remodelaciones y modificaciones que se han efectuado en ellos a lo largo del tiempo.

## **1. PATRÓN DE ASENTAMIENTO DE LAS POBLACIONES.**

El análisis de los patrones de asentamiento ha permitido agrupar los yacimientos, según el tipo de emplazamiento: “en zonas altas” y en “campo abierto”. Así, el primero grupo engloba a los situados en tesos o en cerros y se caracterizan por estar en los sitios más elevados del terreno e integrar, en muchos casos, los propios elementos naturales en sus sistemas defensivos. El segundo conjunto comprende los hábitats ubicados en llano o en ladera y que no reflejan una preocupación defensiva. Los datos disponibles muestra como en la Edad del Hierro existe una preocupación evidente por elegir emplazamientos en zonas altas con defensas naturales (escarpes, barrancos, berrocales,...), tendencia que se acentúa durante el Hierro II, representando un 82% de los 84 yacimientos analizados frente al 60%, sobre 96, que se registra para el período anterior.

Por otra parte, se ha observado una serie de factores que pudieron intervenir en la elección de los lugares de hábitat por parte de las poblaciones protohistóricas, como son motivos relacionados con los recursos críticos explotables, con los hídricos, con el dominio de las vías de comunicación y/o con cuestiones defensivas. El estudio de la caracterización económica de los suelos demuestra que los asentamientos están situados en zonas propicias tanto para la agricultura como para la ganadería, observándose que en muchos casos se da un predominio de uno sobre otro, dependiendo de las particularidades de los mismos. Así en el área serrana del Sur y del Oeste (Sierra de Béjar, Vitigudino, Las Arribes,...), los suelos son pobres, poco profundos, deficientes en base y ricos en materia orgánica. Esto unido a la morfología de la zona, impulsa un aprovechamiento principal enfocado a la ganadería y a lo forestal, existiendo pequeñas zonas de agricultura de autoconsumo en el fondo de los valles fluviales y en las zonas pobladas (Oteyga Equipo, 1988: 67). También la región occidental se caracteriza por unos suelos pobres en base, de moderada a acusadamente ácidos que retienen muy

poca agua, debido a la composición mineralógica de la fracción arcilla y a la escasa o nula permeabilidad de las rocas subyacentes. La vegetación predominante consiste en encinares, robledales y matorrales. Como consecuencia, su uso principal es la producción ganadera, quedando los cultivos relegados a una actividad secundaria (*Ibidem*: 67). Por el contrario, los suelos del sector oriental son de gran fertilidad, factor que los convierte en tierras mucho más adecuadas para el cultivo de cereales, sobre todo la zona de La Armuña y en el Campo de Salamanca. Por tanto, se evidencian territorios aptos para una economía mixta, hipótesis avalada tanto por los hallazgos de la cultura material como por los estudios de la fauna y por los análisis polínicos realizados, aunque estos dos último sólo se han acometido en Salamanca capital. Respecto a este caso concreto, la analítica de los pólenes dio como resultado un entorno con un paisaje abierto con prados en donde predominan las gramíneas con pequeños bosques de encinas, robles, pinos, abedules, enebros y quejigos. La ribera del Tormes estaba salpicada por avellanos, olmos, negrillos, álamos, sauces y saúcos. Entre los arbustos se daban las jaras y los brezos, y otras herbáceas como la col, el hinojo, el apio, la zanahoria, el haba, el guisante o la lenteja, entre otras. El análisis muestra un predominio de los cereales domésticos (cebada) sobre los vegetales silvestres, por lo que los habitantes del castro tendrían una alimentación basada en los primeros y la complementarían con la recolección de los frutos y las semillas anteriores, sobre todo de la bellota, cuya presencia también ha sido documentada (STRATO, 1995: 49-87; Macarro, 1999: 167-68; Benet, 2001: 19). Estos mismos análisis nos muestran como desde el Hierro I parece darse un paulatino descenso de taxones arbóreos y un aumento de arbustos y gramíneas, lo que implica una deforestación antrópica del entorno para usar el terreno como zonas de explotación agrícola (Benet, 2001: 19; Macarro y Alario, 2012: 76); patrón éste que se registra en otras zonas del NW peninsular (Parcero y Ayán, 2009: 371; Blanco, 2008: 119).

El examen de la fauna del yacimiento de Salamanca capital dio como resultado un predominio de los animales domésticos (ganado vacuno, ovicáprido, suido, equino y cánido) sobre los salvajes (mayoritariamente ciervos). Así mismo, el análisis de los restos faunísticos reveló un claro predominio de los individuos de edad avanzada, lo que implicaría que no tendrían un carácter primario para la obtención de carne, sino secundario para la obtención de leche, cuero o lana, o para ser empleados como fuerza de tracción (Benet., 2001: 27; Macarro y Alario, 2012: 76). Respecto al aprovechamiento del ganado para obtener otros productos como leche, queso, mantequilla, nata,... es algo que dan por supuesto los investigadores, pero no tenemos conocimiento de la existencia de análisis arqueométricos en recipientes para determinar su contenido. Así pues remitimos a los realizados en las cerámicas de la necrópolis de Las Ruedas, en cuyos contenidos se han detectado restos de productos lácteos, entre otros. Las únicas cerámicas que indicarían estos derivados serían denominadas queseras documentadas en diversos yacimientos como Cancho Enamorado (Puente Congosto) (López, 2003b) o Los Hornos (Coca de Alba) (IACyL). Igualmente, los objetos que intervinieron en la actividad textil identificados, en especial el cardador de lana (STRATO, 1994: 200), pueden interpretarse como otro

indicador del aprovechamiento secundario del ganado ovino. No obstante, los diferentes tamaños y pesos de las fusayolas, nos hablan no sólo de una manufactura de lana sino también de otras materias primas, ya que las características de esos elementos se ha puesto en relación con el grosor y la resistencia que se quiera conseguir y variarían, dependiendo del tejido que se maneje (Berrocal-Rangel, 2003a: 255; Chapa y Mayoral, 2007: 165-169; Gonçalves, 2010: 65). En cuanto al uso de animales para tracción, está avalado por el estudio de la fauna de otras áreas peninsulares, como el territorio galaico (García, 1999: 313 y 314) o en el Duero Medio (Quintana y Cruz, 1996: 55; Sanz y Velasco, 2003: 121).

Finalmente, en el registro de la cultura material no se han identificado herramientas relacionadas con la agricultura, tales como hoces, azadas u corquetes que sí se han recuperado en otros yacimientos meseteños (Barril, 1992: 17-19). Esto no significa que no existieran ya que la acidez del suelo charro corroe los metales y la mayoría de los fragmentos de hierro encontrados son irreconocibles o están en un estado de conservación muy precario, por lo que cabe la posibilidad de que alguna de estas masas informes pertenecieran a instrumentos agrícolas. Lo que sí que se ha conservado son otros elementos tales como los molinos, tanto barquiformes como circulares (Martín Valls, 1971: 134; Benet *et al.*, 1991: 130; Martín y Martín, 1994: 119; IACyL; Sánchez Palencia *et al.*, 2000: 61; Macarro, 1999a: 164); un posible mango de hoz (González y Sarabia, 2000: 174); tres posibles morteros, dos procedentes de Salamanca (Benet *et al.*, 1991: 144; ARQUETIPO, 1996: 39) y otro de Las Merchanas (Lumbrales) (Museo arqueológico de Lumbrales) y las grandes orzas y vasijas de almacenamiento recuperadas en Salamanca (Martín Valls, 1997: 176-77; Macarro *et al.*, 1997-98: 286; Macarro, 1999: 96); en La Corona (Rinconada de la Sierra) (Sánchez-Palencia *et al.*, 2001: pieza SF/202/183; pieza SA/1/6); en Las Merchanas (STRATO, 2005: 56); en Valdelascampanas (Peralejos de Abajo) (IACyL); en Monleón (Vinuesa y Aparicio, 2007: 131); en Los Ocuestos (Alaraz) (IACyL); en Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López, 2004: pieza 573); en Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/53/4); en Cancho Enamorado (Puente Congosto) (Maluquer, 1958: 62; López *et al.*, 2003: 356, 360 y 384) o en Yecla de Yeltes (Iglesias, 1989: 34, nº 6). Esta situación es análoga a la de otras regiones como la extremeña (Berrocal-Rangel, 1992: 226; Esparza y Blanco, 2008: 85), la celtibérica (Echevarri, 2005: 45) o la abulense (Blasco, 2008: 129), en donde los pobladores debieron de tener en cuenta para asentarse la abundancia de pastos y los recursos cinegéticos y forestales, pero también contarían con zonas cultivables.

Otro recurso estratégico e importante a la hora de la elección de un emplazamiento en algunos casos, sería la proximidad de las vetas minerales y su posible explotación, aunque hay investigadores como Martín Valls (1997: 152) y Salinas (1992-93: 179-180) que restan importancia a este factor. Aquí se considera que si bien no hay unas cantidades elevadas de vetas como para una explotación al “por mayor”, sí que hay mineral suficiente como para abastecer una explotación encaminada a cubrir las necesidades de la propia comunidad. Los mapas metalogenéticos consultados revelan que el complejo



geológico de nuestro territorio consta de pequeñas zonas auríferas, minas de cobre, de hierro y de estaño (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36, 37 y 44). Los datos disponibles hasta la actualidad muestran un 31% de una muestra de 96 yacimientos, con una cronología entre Bronce Final/Hierro I y Hierro I, con filones minerales dentro de su radio de captación de recursos, de un máximo de 5 km., mientras que para la etapa siguiente el porcentaje se reduce a un 24% de los castros, sobre un total de 84 yacimientos. Los porcentajes no son muy altos, pero está claro que los recursos metalogenéticos debieron tener cierto peso a la hora de la elección de algunos asentamientos. Los minerales que parecen buscar son principalmente el estaño y el hierro, aunque también contamos con unos pocos hábitats próximos a vetas de oro. El hecho de que las posibles minas no se sitúen en el entorno inmediato de los poblados no es un caso aislado, ya que el estudio llevado a cabo por Berrocal-Rangel sobre las explotaciones mineras y la posible relación con los poblados en el Sado-Bajo Guadiana, también dio un rango de 5,5 km. como término medio (1992: 238). Así mismo, en el curso alto del río Mesa (Guadalajara) se documentaron afloramientos de hierro de tamaño pequeño, e improductivos en términos actuales de rentabilidad, aunque los investigadores plantean la hipótesis de que fueron explotados en época prerromana, ya que los poblados de la zona están situados en función de dichas vetas. Este planteamiento, como el nuestro, supone que son pequeños depósitos que suministraban el material necesario para la producción del utillaje doméstico y bélico (Martínez y Arenas, 1999). Un caso en el que sí se ha podido establecer una relación directa entre la explotación de las minas y los poblados prerromanos es el de Castilmontán (Soria). Aquí, en sus cercanías, se han identificado una serie de minas, especialmente la de San Salvador (Sagidos), cuyo mineral presenta una composición relacionable con las escorias halladas en el castro (Madroñero *et al.* 1992).

Los hallazgos arqueológicos recuperados en los yacimientos que confirmen estas explotaciones son más bien escasos: apenas unas cinceles (Maluquer, 1958a: 48, Fig. 8; Piñel, 1980: 145; Benet *et al.*, 1991: 130; Martín Valls, 1997: 117; López *et al.*, 2003e: 16; López *et al.*, 2003e: 16) y unos escoplos (Maluquer, 1958a: 48 y Martín Valls, 1997: 117), que también pudieron intervenir en la cantería. No obstante, los indicios de la existencia de una actividad metalúrgica, presuponiendo que gran parte de la materia prima provendría de su entorno inmediato, pueden indicar la explotación de estas vetas. Así, los diferentes hallazgos arqueológicos que avalarían la metalurgia serían una posible vasija-horno (Alario, 1999: 30), los crisoles, las escorias y las gotas de bronce en El Castillo de Saldeana (Maluquer, 1956), en Salamanca (Macarro 1999: 106 y 167; (Macarro, 1999a: 241, 268 y 310; Alario *et al.*, 1998a: 302; Alario, 1999: Sector C, U. E. 437-38, nº 129-132; Macarro y Alario, 2012: 73), en Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López *et al.*, 2003), en el Alto de la Calera (Los Santos) (Grande, 1987), en El Castillo de Saldeñuela (STRATO, 2001-02), en La Mesa del Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) (Cruz, 1997), en El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo (Martín Benito y Martín Benito, 1994: 119; Esparza y Blanco, 2008: 89), en La Plaza (Gallegos de Argañán) (Morán,

1943: 437; IACyL; STRATO, 2001-02) y en Cancho Enamorado (Puente Congosto) (López *et al.*, 2003). Por otro lado, el análisis que realizó Carlos Macarro (1999: 106) a los pigmentos de las cerámicas pintadas procedentes del Cerro San Vicente, determinó que las materias primas para realizarlas se obtuvieron a partir del óxido del hierro y la caolinita, procedentes de las vetas existentes en el propio cerro. Por tanto, contamos con un indicio, aunque mínimo, sobre la existencia de una explotación de las vetas minerales para el autoabastecimiento.

Otro factor, fundamental para la elección de un emplazamiento, sería la presencia de recursos hídricos en las inmediaciones del mismo. Los ríos y los arroyos, a parte de una función defensiva, fueron aprovechados por la población para el abastecimiento de agua, como demuestra la existen de portillos que van a dar a ellos en castros como Yecla de Yeltes, Las Merchanas (Lumbrales) o Iruña (Fuenteguinaldo) (Gómez Moreno, *ed.* 2003). Se ha observado, que en algunos casos existía una fuente bien en el propio asentamiento como es el caso del Teso de la ermita de La Virgen del Castillo (Pereña) o en sus inmediaciones como en el caso de El Castillo de Saldeana; pero otras veces habría que desplazarse hasta el río o el arroyo más cercano, habiendo obtenido una distancia media para recoger agua en los hábitats de la primera etapa de la Edad del Hierro de 0,34 km. mientras que para la segunda etapa se reduce a 0,29 km. Una vez trasladada el agua al poblado sería almacenada, seguramente en grandes vasijas como las recuperado en El Teso de Las Catedrales (Salamanca) (Martín Valls, 1997: 177, Fig. 16, nº 1; STRATO, 1994); en La Corona (Rinconada de la Sierra) (Sánchez-Palencia *et al.*, 2001: pieza SF/202/183); en Castil de Cabras (San Miguel de Valero) (Sánchez-Palencia, 2001: piezas SB/53/4); en el Cerro San Vicente (Salamanca) (Macarro, 1999: 96); en Cancho Enamorado (Puente Congosto) (López *et al.*, 2003: 356, 360 y 384) o en Los Tejares (El Tejado de Béjar) (López, 2004: pieza 573).

Un cuarto factor en la elección de los emplazamientos puede estar relacionado con el control de las vías de comunicación, tanto terrestres como fluviales, entendiendo estas últimas como aquellas que seguían los valles de los ríos, sin que ello suponga necesariamente su navegación. En este sentido el estudio realizado demuestra que la mayoría de los yacimientos se ubican en torno a los valles de los ríos, los cuales actuarían como rutas naturales de tránsito. Así en los castros de la zona occidental los ríos principales serían el Yecla, el Huebra y el Tormes, que es también el mayor vertebrador en la zona oriental. Por su parte, los castros de la zona serrana del sureste se concentran en torno a los ríos principales, como son el Cuerpo de Hombre, el Francia y el Alagón. Esta concentración de yacimientos en torno a las principales líneas de agua presenta numerosos paralelos en otras zonas peninsulares (Castiella, 19886-87: 247; Díaz, 1989: 33; Abarquero, 1999: 114), así como en Centroeuropa (Wells 1989; Collis 1984 y 2000; Cunliffe, 1997; Filtz 2000). Así mismo, los estudios de visibilidad realizados muestran no sólo un emplazamiento en relación con los ríos señalados, sino además en las proximidades de recursos hídricos que con frecuencia entran dentro del

campo visual del asentamiento para asegurarse bien el abastecimiento de agua o bien el control no sólo del valle sino también de los posibles vados.

En la misma línea, el “mapa” con las posibles rutas de comunicación prerromanas realizado demuestra que la mayoría de los poblados están emplazados en posibles zonas de paso, tanto terrestres como fluviales. Esta hipótesis se ha corroborado al realizar el estudio de visibilidad, que ha demostrado que el cien por cien de la muestra tenía en su “dominio visual” y/o en su “paisaje del horizonte” una o varias rutas de las propuestas en el mapa. De hecho, en la zona serrana existe una serie de asentamientos con posiciones estratégicas, que controlaban no sólo dichas rutas de comunicación, sino también los pasos de montaña hacia las llanuras de la Meseta. Como ejemplo de esto último tenemos el complejo arqueológico de El Berrueco, con yacimientos como Cancho Enamorado (Puente Congosto), Las Paradejas (Medenilla), Los Tejares (El Tejado de Béjar) o el Pico Monreal (Casafranca).

La elaboración de este mapa se ha basado tanto en las antiguas cañadas como en las calzadas romanas, que con frecuencia siguen el trazado de caminos utilizados desde antiguo. Un ejemplo muy claro es la denominada Vía de La Plata, espina dorsal de las comunicaciones entre el sur y el norte del Occidente peninsular. Aunque se asocie con la presencia de los romanos en la Península, es un camino anterior empleado por los pobladores prerromanos y acondicionado por los romanos para facilitar el tránsito de sus contingentes (Martín Bravo, 1997: 148; Vaca, 2001: 14; Gil, 2006: 22ss.). Este uso previo se puede rastrear tanto por la presencia de cerámicas del tipo Cogotas I en lugares de Andalucía y Levante (Gil, 2006: 16) como por las piezas orientalizantes (las fibulas de doble resorte, las cerámicas policromas las manillas de los calderos o los bronceos del Berrueco), que se localizan desde el Bajo Guadalquivir hasta las zonas altas de Salamanca y Ávila, pasando por La Aliseda y la cuenca baja del Mondego. Señalando así un camino Sur-Norte, que parte del Bajo Guadalquivir hacia el Norte, a través de Extremadura, entrando en la Meseta por el valle de Plasencia y continuando por el curso del Tormes y del Ambles (Celestino, 1995: 68; Álvarez-Sanchís, 1997: 63-100; Cuadrado, 1966).

Relacionado con el emplazamiento y el entorno, debemos hacer referencia al estudio del dominio visual de los poblados. Los resultados obtenidos reflejan que los asentamientos dominados por su entorno durante el Hierro I suponen tan sólo el 29% de un total de 96, mientras que en la etapa siguiente hay un descenso considerable hasta un 17% de una muestra de 84. Por contra, los yacimientos con una posición dominante absoluta aumentan de una etapa a otra, del 29% al 37%. Buscar posiciones desde las que controlar su entorno será una prioridad, ya sea en su totalidad o concentrándose en determinados recursos estratégicos de los que se han expuesto en los párrafos anteriores, como se ha visto para el caso de La Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida) o Los Tejares (El Tejado de Béjar), ambos “dominantes 2”; pero coincidiendo dichos sectores con zonas naturales de comunicación, como son la Vereda de Vecinos Camaces y el valle del Tormes respectivamente, y con recursos agropastoriles. Todo ello muestra una clara preocupación por escoger entornos dominantes

que se acentúa en el Hierro II, ya que de un 64% se pasa a un 76% de enclaves desde donde se domina el territorio circundante, en menor o en mayor medida.

Por último debe hacerse referencia a la relación entre la elección del emplazamiento y su potencial para la defensa de la comunidad, un elemento fundamental a la hora de analizar los sistemas defensivos. Es decir, existe una serie de castros situados en lugares que facilitan la defensa del mismo como son pequeños cerros, espigones fluviales, mesetas, zonas de acrópolis,... con laderas escarpadas, canchales graníticos integrados en la propia muralla, y una zona de fácil acceso, defendida por elementos antrópicos tales como fosos o campo de piedras hincadas. Como ya se ha dicho, sólo el 26% de los yacimientos del Hierro I fueron levantados en zonas llanas o vegas de ríos, pudiendo considerarse asentamientos estacionales como demuestran las excavaciones llevadas a cabo en La Aceña (Huertas) (Sanz *et al*, 1994). Este porcentaje se reduce visiblemente durante la siguiente etapa con un 5% de poblados en llano o en vegas, aunque bien es verdad que las prospecciones en busca de este tipo de asentamientos han sido nulas. El resto de yacimientos se encuentran situados en zonas con unas ciertas defensas naturales tales como laderas más o menos escarpadas o abruptas y, en su caso, reforzadas con defensas artificiales.

Esta orografía del terreno elegido, junto a los elementos del sistema defensivo, condiciona el grado de adaptación de los lienzos amurallados. Siguiendo los estudios de González-Tablas (1986: 116ss.) y Berrocal-Rangel (1992: 209) sobre los grados de adaptación al terreno, los resultados obtenidos muestran como el 97% de los castros de la II Edad del Hierro en los que se ha determinado ésta variable son adaptados, mientras que el 3% son mixtos; constatándose hasta el momento una inexistencia de recintos autónomos. Respecto al Hierro I, se observa esta misma tendencia, habiéndose podido calcular un 57% de la muestra. Esta adaptación a la morfología del suelo es habitual entre las poblaciones prerromanas, y como ejemplo se puede citar el estudio en la zona del Sado-Guadiana en el que sólo las fundaciones de naturaleza romano-republicano parecen presentar un cierto grado de autonomía, independientemente de las condiciones geográficas (Berrocal-Rangel, 1992: 210-11).

Respecto a los elementos que conforman los sistemas defensivos se han constatado la existencia de tres tipos de construcciones: murallas, piedras hincadas y fosos. Las murallas documentadas asociadas al Hierro I son más bien muros simples de mampostería en seco que apoyan directamente sobre el suelo. El lienzo mejor documentado sería el excavado en el Cerro San Vicente, en donde parece ser que el paramento externo estuvo recubierto de arcilla, lo que dificultaría la escalada al eliminar los resaltes del núcleo lítico. Este tipo de estructuras son análogas a las registradas en La Cabeza (Araya), en El Risco (Sierra de Fuentes) (Esparza y Blanco, 2008: 85) o en Los Castillejos (Sanchorreja) (González *et al.*, 1986: 113-126).

Por el contrario, el esquema de los lienzos del Hierro II es algo más complejo: un paramento externo ataludado de piedras unidas sin ningún tipo de argamasa, otro interno construido con la misma

técnica que el exterior y entre ambos un relleno a base de piedras más pequeñas, cascotes, tierra,... sin ningún tipo de organización, con un engrosamiento del lienzo a modo de “bastiones” en las entradas y un trazado de la muralla que sigue las curvas de nivel. Este lienzo se apoya sobre la roca madre, sin ningún tipo de cimentación previa, de forma similar a la documentada en otros yacimientos del territorio *vettón* (Hernández, 1970-71: 321 y 323; Redondo *et al.*, 1991: 270; Fernández, 1995: 166; Esparza, 2003: 161;).

Respecto al tipo de puertas elegidas tan sólo se han podido analizar las correspondientes a la II Edad del Hierro ya que para el periodo anterior no se han documentado por el momento en las excavaciones realizadas. Así, contamos básicamente con dos tipos: en embudo y en esviaje. La muestra de puertas principales conocidas no es muy amplia, de los 50 yacimientos con muralla tan sólo podemos clasificar las puertas del 26%. Esta muestra es pequeña y está tan condicionada por lugares donde no se han realizado ningún tipo de intervención que creemos que, por el momento, este hecho ni es significativo ni representativo, de modo que no es posible aventurar los motivos que llevan a la elección de un tipo u otro. En relación a las puertas secundarias también nos encontramos con el mismo problema, reduciéndose la muestra a un 12%. No obstante, aquí la diferencia entre los distintos modelos registrados es un poco más amplia como ya se ha visto, debiéndose quizá la elección de las puertas en embudo al hecho de que fueran más fáciles de disimular en el trazado de la muralla y menos costosas en lo que se refiere a esfuerzo/tiempo invertido y por tanto una elección más lógica para puertas secundarias, que en muchos casos debían pasar desapercibidas.

Estos lienzos amurallados se completaron, en algunos castros, con campos de piedras hincadas y fosos. Ambos elementos se circunscriben sólo a yacimientos del Hierro II y son poco frecuentes en este extremo del occidente meseteño, con sólo diez casos de este tipo, tres de ellos dudosos, mientras que los fosos sólo se documentan en 16 de ellos, sobre un total de 50 yacimientos.

Para terminar, el estudio realizado en base a los índices de accesibilidad y al paisaje de los accesos de los yacimientos con este tipo de defensas dio como resultado tres categorías: accesibilidad condicionada, restringida y encauzada hacia una zona de acceso natural, marcada por la orografía del terreno; levantándose en dichas áreas las puertas principales y los elementos defensivos.

## **2. EVOLUCIÓN Y ORGANIZACIÓN DEL POBLAMIENTO DURANTE LA PROTOHISTORIA.**

El análisis de la evolución y organización del poblamiento partía de la premisa de la constatación, desde el Bronce Final, en otros territorios de un proceso de creciente jerarquización entre los asentamientos, quedando unos núcleos subordinados a otros, complicándose paulatinamente las formas de organización territorial (Rodríguez, 1993 y 1996; Sanz *et al.*, 1994; Collis, 1996; Chapa y Belén, 1997; González, 2005: 145ss.; Esparza y Blanco, 2008: 90; Álvarez-Sanchís, Ruiz Zapatero *et al.*, 2008: 339 y 342; Celestino *et al.*, 2009: 204ss.). La hipótesis comprobada en este trabajo, ha establecido la existencia dentro del marco territorial de nuestro estudio de una serie de poblados con



un carácter secundario, subordinados a otros, siendo estos últimos los considerados como los vertebradores de la región, para más tarde convertirse en los *vici* desde donde Roma administrará el territorio. No obstante, el modelo de poblamiento propuesto se circunscribe, principalmente, a la segunda fase del Hierro debido a los problemas que ya se han mencionado respecto a la adscripción cronológica de los yacimientos del Bronce Final/Hierro I. Así, el modelo propuesto para este período sólo identifica dos posibles yacimientos principales, La Mesa de Carpio Bernardo y el Cerro San Vicente, a los que se subordinarían una serie de hábitats que se caracterizarían por su menor tamaño y por estar situados en zonas llanas y en las vegas del río Tormes; dichos lugares parecen ser que fueron ocupaciones temporales o estacionales como demostró la excavación de La Aceña (Sanz *et al.*, 1994). Este posible carácter temporal de los yacimientos en zonas de crecida de los ríos y la falta de excavaciones supone un problema que abre múltiples interrogantes de difícil respuesta en el estado actual en que se encuentra nuestro conocimiento sobre estos poblados. En este sentido, desconocemos hasta qué punto se ocuparon al mismo tiempo o si, por el contrario, su población se desplazaría entre ellos, de modo que los poblados, aunque de carácter secundario, no serían contemporáneos en su ocupación. Poco más se ha podido deducir de esta etapa en lo que a organización del territorio se refiere, aunque en otras regiones se ha propuesto un modelo similar, como por ejemplo en el valle de Henares (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano, 1980: 11), en Ávila (Rodríguez, 1993; 1996), en Palencia o en Valladolid (Abarquero, 1997).

Las características comunes de los yacimientos principales observadas durante esta etapa consisten en un emplazamiento en alto, una gran visibilidad sobre el terreno y una mayor extensión que los secundarios. La principal diferencia entre los dos hábitats nucleares mencionados radica en que el Cerro San Vicente estuvo amurallado mientras que La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) no, pero el material parece indicar que ambos no son contemporáneos y, a falta de excavaciones en el segundo, los hallazgos de superficie parece apuntar su final en el Bronce Final mientras que el primero parece que tendría su origen en esta fase, perdurando durante el Hierro I, momento al que quizá haya que adscribir la construcción del lienzo amurallado. A raíz de estas características, comprobamos que existen una serie de yacimientos de esta etapa que cuentan con una muralla como son Castil de Cabras (San Miguel de Valero), La Corvera (Navamorale de Béjar), Cancho Enamorado (Puente Congosto) y El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo. No se han podido establecer posibles poblados secundarios, como en el caso del Cerro San Vicente, pero el hecho de que la comunidad construyera un muro es indicativo de la existencia de asentamientos estables, desde donde moverse para explotar los recursos críticos del entorno.

Por el contrario, los datos sobre la II Edad del Hierro son un poco más claros. El estudio realizado fraguó en un hipotético mapa del territorio durante el Hierro II, en donde se tuvieron en cuenta diversos parámetros tales como los castros identificados como *vici* o *municipio* en época romana, los vestigios arqueológicos, las fuentes clásicas, la existencia o no de sistemas defensivos y su

“monumentalidad”, la presencia de verracos, la extensión de los hábitats o la visibilidad sobre el terreno. Así, se observa que el N y NE salmantino estaría muy poco poblado, centrándose los yacimientos en torno a cuatro enclaves: Salamanca, Alba de Tormes, Los Ocuestos (Alaraz) y El Castillo (Forfoleda). El número de poblados secundarios es muy variable, aunque seguramente este fenómeno esté relacionado con las diferencias existentes en cuanto a las prospecciones realizadas en estos territorios. Así, alrededor de Salamanca se han documentado numerosos enclaves mientras que entorno a los otros tres yacimientos tan sólo se han identificado uno o dos e incluso ninguno como en el caso de El Castillo (Forfoleda). La extensión de los castros primarios oscila entre las 20 ha de Salamanca y las casi 5 ha de Los Ocuestos mientras que en los secundarios se sitúa entre las 0,80 y las 4 ha.

Las prospecciones en el Campo de Ledesma han dejado más interrogantes que soluciones y tan sólo se han podido entrever dos posibles enclaves dominantes: el Teso del Santo (Gejo de los Reyes) y Ledesma; y una serie de poblaciones secundarias, como por ejemplo el Teso de Santa Olalla (Palacios del Obispo), el Teso de la Higuera (La Mata de Ledesma) o El Cañedo (Ledesma) cuya adscripción cronológica es dudosa. Al sur de Ledesma se localizan una serie de hábitat prerromanos también indeterminados que no aportan una información fiable. Así mismo, se aprecian importantes vacíos poblacionales en algunos sectores como La Armuña, las Tierras de Alba y el Campo de Peñaranda que, sin embargo, presentan un mayor índice de ocupación en época del Hierro I, romana y altomedieval (Piñel, 1980; Benet, 1998: 325; IACyL; Aguilar, 2006; Sánchez, 2007). Como ya se ha señalado esta escasez pudo responder a varios motivos como por ejemplo las características orográficas y geográficas, que no se corresponden con los patrones elegidos para el asentamiento existentes en el Hierro II; o el carácter fronterizo de esta área, al tratarse de una zona limítrofe entre dos facies culturales, vacceos y vettones (Álvarez-Sanchís y Sánchez- Zapatero, 2002: 270); quizá una tierra de nadie para evitar conflictos.

La zona occidental del área en estudio (Campo de Vitigudino, Campo de Yeltes, Las Arribes, Abadengo, Campo de Azaba y Campo de Argañán) se caracteriza por la abundancia de tierras propicias para la ganadería y por la gran cantidad de afloramientos de mineral de hierro y estaño. Ambas premisas son factores fundamentales para explicar el enclave de muchos castros, ya que les reportarían grandes riquezas, que se traducirían en el prestigio de los habitantes de dichos castros y en poder sobre el resto de los poblados. La protección de las cabezas de ganado y del mineral extraído, explicaría el hecho de que muchos castros secundarios cuenten con una muralla tan potente como la construida para los dominantes, aunque sin llegar a su monumentalidad. El tamaño de los poblados primarios tales como El Castillo de Saldeana, Yecla de Yeltes, Las Merchanas (Lumbrerales) o Las Uces, es menor que en la penillanura, con una media de entre 4 y 5 ha.; mientras que los secundarios, tales como Casa Quiquín (Barruecopardo) o Los Terrizos (Villasbuenas), suelen tener una media de 1 a 2 ha.

Las superficies de los castros dominantes en la zona SO (Campo de Azaba y Campo de Argañán) oscilan entre las 5 y 13 ha. mientras que los poblados secundarios estarían entre las 1,15 y 1,95 ha. Esta comarca se caracteriza por un número muy bajo de yacimientos adscritos al Hierro II, aunque si con muchos cuya cronología sería “posible Hierro II” (IACyL), tales como Los Frailes (Villar de Argañán) o el Tapao del Campo Santo (Alameda de Gardón), o romano-republicano, como por ejemplos Valle Gutiérrez (La Alberguería de Argañán) o Martiago (Cruz y Alonso, 2001-02a: 69), sin que se haya podido comprobar si esta referencia se debe realmente a que se trate de asentamientos creados en esa época por Roma o por el contrario son poblaciones indígenas romanizadas. Así de la mayoría de los castros identificados con seguridad dentro de la Edad del Hierro, ninguno respondería a la categoría de secundarios sin amurallamiento y/o en llano sino que responden en su mayoría a castro principales como puede ser Lerilla (Zamarra), La Plaza (Gallegos de Argañán) o Irueña (Fuenteguinaldo).

La monumentalidad del sistema defensivo documentado hasta el momento no ha sido un factor clave para señalar los posibles castros dominantes en la Sierra de Francia y de Béjar. Tan poco se cuenta, hasta el momento, con inscripciones de época romana que indiquen posibles poblados principales como ocurre en otros casos del territorio, con la presencia de los términos augustales. Por tanto los parámetros a los que recurrió fueron la presencia de verracos, a las características del enclave y a la comparación con el estudio del valle del Ambles de Álvarez- Sanchís (1999: 115). Así, los posibles castros identificados como principales están en posiciones elevadas del terreno como son El Alto del Cabezo (Los Santos), El Cerro, La Corona (Rinconada de la Sierra), Los Rodales (Pinedas), La Corvera (Navamoral de Béjar), Monleón y El Cabezo del Castillo (El Cerro); mientras que los secundarios están situados bien en zonas llanas del valle o a media ladera. Las características generales que se observan en los poblados que no tuvieron una entidad política, están marcadas por su menor tamaño, tal y como se ha señalado anteriormente, y por la carencia, al menos hasta donde puede apreciarse en superficie, de elementos defensivos artificiales de ningún tipo, aunque es posible que pudieran contar con una empalizada. Los hábitats considerados como principales tienen una extensión mayor que los anteriores, suelen contar con un sistema defensivo monumental y la presencia de verracos es habitual. La excepción sería la zona occidental en donde se han observado poblados secundarios que cuentan con un sistema defensivo simple (normalmente un único lienzo amurallado), que podrían responder a una necesidad de salvaguardar los recursos críticos, como son las cabañas ganaderas y el mineral extraído.

Este tipo de jerarquización territorial cuenta muchos paralelos: el más cercano se encuentra en el valle del Ambles, en donde se han documentado una serie de castros fortificados, como La Mesa de Miranda o Ulaca, que tendrían subordinadas una serie de aldeas productoras más pequeñas y sin vestigios de un amurallamiento o una monumentalidad que se aproxime al de ambos *oppida*, como Muñogalindo o Padiernos (Álvarez-Sanchís, 1990; 1999: 104; Álvarez-Sanchís, Ruiz Zapatero *et al.*,

2008: 339 y 342.). Las aldeas controlarían tierras de vocación agrícola mientras que los alrededores de los *oppida* son propicios para el pastoreo, por lo que se produciría una dependencia económica, aunque los poblados grandes consolidaron el dominio sobre los pequeños (Blasco, 2008: 130). Otros ejemplos serían *Lancia* con unos poblados de menor tamaño como por ejemplo “La Griega” (Célis, 1999: 79); el occidente del valle medio del río Moro (San Miguel, 1993: 65); la Cañada de Pajares, en donde se ha identificado un hábitat disperso formado por pequeñas granjas agropecuarias, carentes de defensas y con diversas fases de ocupación, que pueden responder a un uso periódico, con un claro carácter secundario (Celestino *et al.*, 2009: 204ss.); o en la franja atlántica, en donde se han documentado algunos enclaves datados en la Edad del Hierro que se corresponderían con asentamientos secundarios, subordinados a los *oppida*, dedicados al cultivo del cereal, a actividades metalúrgicas, textiles,...(Parreira y Berrocal-Rangel, 1990; Collis, 1996: 159 y 163; Cunliffe, 1997:156-164).

El uso de los sistemas defensivos como indicadores del estatus de los yacimientos en la organización del territorio está en la línea de investigación seguida por una serie de investigadores como Collis (1993), Cunliffe (1997), Ruiz Zapatero (2003; 2005), Harding (2003), Berrocal-Rangel (2004) o Álvarez-Sanchís (2007: 246), según la cual las murallas no siempre fueron levantadas con finalidad exclusivamente defensiva sino que se convirtieron en un símbolo del poder y del estatus de la comunidad o de sus élites. Por tanto, las características de uso de estos elementos son un compendio de funciones: no sólo servirían para otros fines tales como la protección o la reafirmación de la comunidad como tal, sino que se erigen en un símbolo del proceso de jerarquización que se inicia en el Bronce Final y tendrá su apogeo a finales de la Edad del Hierro (Härke, 1982: 200; Collis, 1996; Chapa y Belén, 1997; Cunliffe, 1997: 160, 223-228). El carácter defensivo de la mayoría de los yacimientos es innegable como así lo indica el emplazamiento en zonas altas dominantes con defensas naturales y donde el acceso se restringe a una zona natural de paso, mediante la construcción de las murallas y dispositivos tales como piedras hincadas o fosos que, como demuestra el estudio realizado, organizarían el paisaje exterior, conminando al visitante a acceder al poblado por ese lugar indicado por la orografía del terreno. Al mismo tiempo, estos elementos suponen un obstáculo para el avance del enemigo y permiten una mejor defensa desde la muralla, al ralentizarlos aún más (Ruiz, 2003: 18-19). Estos recintos no sólo protegerían de incursiones humanas sino también de ataques de animales salvajes. No obstante, el proceso de jerarquización al que tanto se ha hecho referencia en este trabajo, va a la par con un cambio en la forma de pensamiento de estas sociedades. La sedentarización, el aumento de riquezas y su defensa, el auge de las élites,... trae consigo un sentimiento de propiedad del territorio donde están asentados, sirviendo la muralla como elemento delimitador y, al mismo tiempo, de ostentación de esa riqueza. El hecho de añadir otros elementos a los sistemas de defensas, tales como las piedras hincadas o los fosos, pudiera indicar *a priori* un auge de la belicosidad entre las comunidades, pero pudieron ser también exponente de un aumento del sentido de territorialidad y un

deseo de las élites de demostrar su poder y su estatus, por medio de la monumentalidad de los poblados donde viven, ya que, como se ha comprobado, no todos los hábitats cuentan con los mismos elementos, y tan sólo en algunos de ellos se documentan sistemas defensivos complejos.

Para finalizar, la organización del territorio entre los siglos I a. y I d.C. está condicionada por la presencia romana y su política de control y afianzamiento de su dominio sobre este. Basándonos en los materiales arqueológicos se ha observado, por un lado, una reducción del número de asentamientos propiamente indígenas y, por otra parte, la aparición de unos nuevos tipos, propios del sistema romano, las *villae* y una serie de yacimientos que no se han podido definir como tal sino como lugares indeterminados de hábitat, quizá esas “colonias” de las que habla Estrabón (*Geo.*, III, 3,7). El problema con el que nos encontramos es que la falta de excavaciones no permite asegurar si se crean todos al mismo tiempo o si por el contrario su aparición se dilata en el tiempo. Los castros supervivientes se transformarán en las *civitates*, o más bien *vici* principales, como los denomina Roldán (1997), y serían *Bletisa*, identificada con Ledesma, *Mirobriga*, que se ha asociado a Ciudad Rodrigo, *Poliba* que se sitúa en Lerilla, *Valuta* que se identifica con El Castillo de Saldeana (Hernández, 2001: 240), *Salmantica*, Salamanca, y *VUrunia* que se ha asociado con Irueña (*Ibidem*, 241). Los vestigios arqueológicos en los que se basa esta identificación serían los términos augustales, que nos han proporcionado el nombre (Mangas, 1992: 259); ciertos elementos edilicios alto imperiales, en el caso de Salamanca (Alario *et al.*, 1998a: 97; 1998c), o bajo imperiales, en el caso de Irueña (Gómez-Moreno, ed. 2003; Mangas, 1992: 262) y otros elementos de la cultura material como son las cerámicas, los materiales de vidrio, las monedas... Esta pervivencia de núcleos prerromanos y su conversión en puntos estratégicos de control del territorio en época romana, e incluso, en algunos casos, su perduración en época visigoda se ha comprobado en otros casos como *Bilbilis* (Martín Bueno, 1975: 199), Numancia (Jimeno *et al.*, 2002), *Lancia* (Celis, 1999), *Segóbriga* (Almagro-Gorbea y Abascal, 1999: 15ss.), Tiermes (Hernández, 2007: 128), Medellín o Cogolludo-Lacimurga (Rodríguez, 1995: 108).

Por último, para completar esta visión del territorio se estudió otro tipo de yacimientos que se han identificado: los santuarios rupestres. El número de sitios localizados ascienden a 19, de los cuales sólo 16 se podrían asociar a yacimientos de la Edad de la Hierro (Benito *et al.*, 2003: 51; Mateos *et al.*, 2005-06: 161ss.). Esto no implica que sean creados ex-novo durante esta etapa, ya que pueden haber sido lugares de culto desde tiempos prehistóricos hasta épocas recientes bien de forma continuada bien con saltos en el tiempo; como corrobora la construcción de ermitas en muchos de estos lugares, como por ejemplo la del Teso de San Cristóbal (Villarino) o la del Teso de la Ermita de La Virgen del Castillo (Pereña); el complejo sacro de El Castillo de Vilvestre, asociado a un poblado calcolítico situado en el monte “El Sierro” (Benito *et al.*, 2003: 337), o el Las Yegüerizas (Los Santos), en donde el material recogido se correspondería con la Edad del Hierro (Grande, 1987: 133).

El estudio de todos los santuarios descritos demuestra que las gentes que “los erigieron”, no construían templos o habitáculos de culto, sino que empleaban los elementos naturales que tenían en



su entorno, tallando tan sólo algunos de éstos, como ciertas oquedades y/o los canales o remarcando cazoletas naturales ya existentes. La clasificación de los santuarios se ha basada en su posición respecto a los poblados (Moneo, 2003), estableciéndose tres categorías: intramuros, extramuros y sin relación aparente con ningún poblado. La primera agrupa a los situados en el interior de los poblados, condicionado su emplazamiento por los canchales graníticos disponibles. Serían lugares de culto cotidianos, destinados a la población del mismo castro, y como ejemplo se puede citar el Teso de la ermita de la Virgen del Castillo o El Teso de San Cristóbal (Benito *et al.*, 2003: 96). La segunda categoría se localizan fuera del poblado, pero tendrían una clara vinculación a éste, como es el caso del Picón de la Mora (Mateos *et al.*, 2005-06: 163; Mateos y Sánchez, 2013: 100). En las poblaciones célticas se han documentado con frecuencia estructuras o cuevas-santuarios ubicadas al exterior del poblado y en relación con la puerta principal del castro. Así contamos el Santuario del “Altarico” que se encuentra a 100 metros de la entrada de un poblado del Hierro II (Benito *et al.*, 2003b: 169ss.), o el santuario denominado “Cueva de las Cazoletas” cercano a Arcóbriga (Royo y Gómez, 2005-06: 294). Este tipo de lugares sacros se han relacionado con ritos de purificación, de lustración, de protección y de fertilidad de la población, por su relación con el agua, y, en algunos casos, se han asociado con el mundo funerario (Moneo, 2003: 290).

Por último, los santuarios que no tienen relación aparente con ningún poblado pero a partir de aquí diversos factores, ya explicados en el apartado correspondiente, han podido asociarse con alguno de los castros objeto de este estudio. Los lugares que entrarían en esta hipótesis serían “La Dehesa de Aldeavieja”, “La Peña de Santa María”, “El Maguillo”, “La Mesa de los Curas”, El Risco de Los Altares y Las Yegüerizas. Debido a que sólo en los últimos casos se ha recogido material del Hierro, las distancias entre estos santuarios y los yacimientos próximos se han tomado como referencia para el estudio del resto de complejos, con un recorrido mínimo de 0,74 Km. y un máximo de 13 Km., concordando *grosso modo* con las de los santuarios extraurbanos del mundo ibérico (Moneo, 2003: 296). Los resultados del estudio revelan que estos seis complejos sacros tendrían un mínimo de dos poblados y un máximo ocho asociados. Es decir, podrían ser lugares de culto común a varias comunidades, las cuales se trasladarían a ellos desde sus poblados para realizar festivales que durarían varios días, ya que como se ha visto las distancias que separan los santuarios de los poblados son, en la mayoría de los casos, excesivas como para ir y venir en una jornada. Paralelos de lugares sagrados localizados en parajes aislados, sin relación aparente con otros de habitación, son el santuario de Peñalba de Villastar con diversos asentamientos asociados recientemente como “La Escondilla”, Villel, “Alto Chacón” o Villaespasa (Marco, 1986; Alfayé, 2005: 230; Marco y Alfayé, 2008: 520); los santuarios en cuevas de la Griega (Segovia) o de San García (Santo Domingo de Silos, Burgos) en donde la interpretación de las inscripciones apuntan a que los peregrinos acudirían desde distintos puntos del territorio circundante (Lorrio, 1997: 333, Alfayé, 2005: 231); o los santuarios

*vettones* de El Trampal (Cáceres) y de Postoloboso (Ávila) donde Sánchez Moreno identificó la procedencia de sus devotos sobretodo de los hábitats circundantes (1997: 135).

En general, todos estos lugares sagrados se caracterizan por ser canchales con una morfología extraña sobresaliente en el paisaje o diferente, modificados mediante la talla de “cazoletas”, de escaleras, de canalillos para libaciones, de piletas, de grabados o la elaboración de pinturas. Los roquedos elegidos están emplazados en promontorios altos, sobre corrientes fluviales, y orientados hacia las mismas, reforzándose así la relación permanente con el líquido elemento. Tan sólo existen dos excepciones a esta relación con el agua, el conjunto de “La Peña del Perdón” y el de “Las Atalayas”. Ninguna corriente de agua importante se ha podido asociar a este grupo de peñas, por lo que cabe la posibilidad de que sea un lugar donde se llevaban a cabo otro tipo de ritos, como el de la adivinación por medio de los sacrificios de animales e incluso personas (Sanz y Velasco, 2003: 125). Ambas prácticas se han atestiguado en otros lugares como en el santuario de Panoias, cuya situación es similar a “Las Atalayas” (Blázquez, 1983: 234); en Pintia con los ya mencionados sacrificios de perros, gatos, ovejas y cerdos (Sanz y Velasco, 2003: 125ss) o en otros santuarios del mundo celta como Ribemont-sur-Ancre, Thaon (Gabaldón, 2003: 224) o la cueva de Byciskala (Bohemia) (Green, 1997: 84). Este tipo de santuarios rupestres se han documentado en otros territorios como por ejemplo en “San Mamede” (Villardiega de la Ribera, Zamora); en Monsanto da Beira (Idiana-a-Nova, Midanda do Douro, Portugal); Urrós (Mogadouro, Portugal) (Benito del Rey *et al.*, 2003: 171, 182, 291); en Ulaca (Ávila) (Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís, 1993; Álvarez-Sanchís, 1999: 310); en la acrópolis de Termancia o en Arcóbriga (Blázquez, 1983: 228).

La extensión de este modelo de lugares sagrados entre las culturas prerromanas es debida, en gran medida, al carácter naturalista de estas sociedades (Salinas, 1958: 311; Sánchez, 1997: 130; Green, 1997: 24). Sus creencias giran en torno a la naturaleza por tratarse de comunidades de carácter rural, y sus sistemas religiosos se centran en los seres que habitan su entorno inmediato, sus campos, sus bosques, sus ríos... Sus divinidades no coinciden con la concepción mediterránea de un dios humanizado, sino más bien espíritus que habitaban dentro de cada elemento. Es decir, no existía el dios del trueno sino que el trueno era el dios mismo (Green, 1997: 24). Esta concepción explica no sólo que no se construyeran estructuras que delimitasen un espacio sagrado sino que se señalizaran con árboles, fuentes, bosques, rocas,... (Powell, 1958; Laing, 1979: 86; Blázquez, 1982 y 1983: 229; Elenree, 1992; Jane, 1995; Bell, 1996:156-157; Webster, 1996: 445-464; Cunliffe, 1997; Hidalgo Cuñarro, 1997; Marco, 1999;...). El carácter naturalista, los emplazamientos cerca de una fuente o río y el propio diseño de estos complejos inducen a pensar en ritos o cultos a las aguas o algún tipo de ritual donde los elementos líquidos jugasen un papel fundamental; de hecho Benito y Grande han encontrado una relación bastante clara de esto en el santuario rupestre de Tejares en donde se aúna un lugar prerromano, un templo romano dedicado a *Salus* y una ermita dedicada a nuestra Señora de la Salud, todo ello relacionado con una fuente aguas minero-medicinales (1990: 351; 2000: 66ss. y 144). Todo

parece indicar que el santuario primitivo tuviera relación con la creencia en los poderes curativos de las mismas. De hecho, en la hipótesis sobre el Picón de la Mora se aventura que tal vez la charca termal funcionara a modo de sauna castreña o para baños purificadores como parte de los rituales que se llevarían a cabo en él.

El culto a las propias corrientes de agua se aprecia primero por la propia ubicación de los santuarios estudiados, todos ellos orientados hacia alguno de los ríos que discurren por este territorio salvo dos. Precisamente, el estudio del caso concreto del Picón de la Mora revela que está diseñado para conducir líquidos desde la plataforma subrectangular de la roca "A", a partir de las dos oquedades, realizadas en sus paredes, y desde las piletas circulares de las tres rocas por medio de regueras, hacia el subsuelo y, en él, por medio de los canales hacia el final del canal de la roca "C", donde las series de cazoletas que hay en su parte superior recuerdan con su forma las fauces de un animal, por las que se vertían hacia el río los líquidos libados. A su vez, todo este proceso se ha puesto en relación con el Solsticio de Invierno. Como ya se ha señalado, el agua en la religión celta y las celebraciones de los solsticios de invierno parecen estar en relación con el Más Allá, el renacimiento y el ciclo natural de la vida y la muerte, de modo que el carácter acuático de los cultos aquí realizados parece fuera de toda duda (García Fernández-Albalat, 1990; Sánchez, 1997: 131; Blázquez y García, 1997: 114; Mateos *et al.*, 2005-06: 165). De hecho, tanto la orientación de los santuarios hacia cursos fluviales como la relación de muchos de ellos con los solsticios son comunes, como sucede en los ya citados Collado de los Jardines Cerro de los Santos, La Peña del Moral, Ulaca o el Trampal (Sánchez, 1997: 135-136; Pérez, 2007; Martínez y Martínez, 2010: 40).

En segundo lugar, contamos con la existencia de dos aras procedentes de Retortillo, una dedicada a las Aguas Eletenses y otra a las ninfas. Ambas son de época romana pero como ya se ha visto pueden estar reflejando creencias prerromanas, relacionadas la primera con el culto al río Yeltes y la segunda con las aguas medicinales del Balneario de Retortillo, ya que la filiación y los nombres de los dedicantes en ambos casos son indígenas (Blázquez, 1975: 28) Abascal, 1994: 264-265; Hernández Guerra, 2001: 19, nº 8). La pervivencia de cultos a dioses prerromanos en época romana se puede ver en otros santuarios como en el ya mencionado de Panóias (Rodríguez, 1999) o en muchas aras galaico-romanas, en donde deidades de carácter indígena relacionadas con las aguas y dedicantes indígenas van a la par (García Fernández-Albalat, 1986: 144ss.). Así mismo, en el caso de las ninfas, puede tratarse de un sincretismo religioso con alguna deidad acuática prerromana, ya que tras la conquista romana muchas divinidades autóctonas desaparecieron y pasaron a denominarse comúnmente como ninfas (López Cuevillas, 1955: 234). Así mismo y aunque en nuestro territorio no haya más indicios materiales hasta el momento que demuestren el culto al propio elemento, queda muy claro en toda Europa <sup>120</sup>, en donde desde la Edad del Bronce hasta época romana, se han atestiguado

---

<sup>120</sup> Los depósitos de Alemania están recogidos en Jahres-Bericht des Instituts für Vorgeschichte der Universität, Frankfurt. Los franceses fueron estudiados y publicados por J. Briard en 1965, "Les dépôts Bretons et l'âge du Bronze Atlantique" en

depósitos en lagos, en pantanos, en fuentes y en ríos tales como el Támesis, el Sena, el Marne, el Oise, el Sil, el Esla o el Tajo, entre muchos otros (Almagro, 1940; Cuevillas, 1955: 233ss.; Laing, 1979: 23 ss.; Cunliffe, 1997: 151-155; Taylor, 2005: 69); todo ello a parte de los sincretismos ya mencionados.

Por último, un posible santuario que no cumple con las características mencionadas se ha documentado en Cancho Enamorado. El lado oriental del cerro presenta un área elevada por encima del resto de la plataforma delimitada por unos muros toscos de piedra. El material que se documentó consiste, casi exclusivamente, en restos cerámicos, pertenecientes a cazuelas decoradas y vasitos individuales, y en una gran cantidad de fauna, que responden a una dinámica completamente diferente a la que ha aparecido en el resto del yacimiento. Dichos materiales parecen depositados, incluso en algún caso se recuperaron prácticamente colocados en el lugar que fueron situados. Respecto a la fauna, se han identificado fragmentos de huesos de bóvido, de suido y de ovicáprido que presentan alteraciones térmicas, interpretadas como señales de sacrificios o comidas rituales, tal y como se documentó en el altar de Capote (López Jiménez, 2006; Berrocal-Rangel, 1994: 273). La pregunta que cabe hacerse es porqué este tipo de santuario está edificado, y no es rupestre, como en el resto de los casos. En este sentido se puede buscar la respuesta en el influjo orientalizante sobre el territorio. Tal y como expuso Celestino, los territorios que hoy ocupan Ávila y Salamanca serían prolongaciones de la zona de influencia orientalizante extremeña (1995: 82), como demuestran la gran cantidad de piezas de influencia meridional como son las fibulas de doble resorte, las arrancadas, las cerámicas pintadas, los “braseros” o las placas con atributos de la diosa Astarté, documentadas en el territorio (Maluquer, 1951: 71, Fig. 9 y 1958: 87). Por tanto, ¿no sería factible que se adoptara la idea de la construcción de estructuras edilicias para el culto? Por supuesto y tal y como los vestigios dejan claro, no sería un típico templo orientalizante. Simplemente se adaptaría la idea en sí, levantándose una estructura más sencilla que las documentadas en el Sur peninsular como por ejemplo Cancho Roano, Carambolo o Coria del Río (Celestino, 1995; Domínguez, 1997: 391ss.; Almagro y Moneo, 2000: 111).

Por tanto y a modo de conclusión final sobre el tema del culto a las aguas, habría que decir que aquí se defiende su presencia en el sustrato indígena desde la Edad de Bronce tanto en la Península como en Europa, y su perduración tras la romanización del territorio por dos motivos: porque está presente también en la religión romana, produciéndose en muchos casos sincretismos, y porque las costumbres y las creencias prerromanas se mantienen vigentes durante este período de la Historia, sobre todo en el NO peninsular. No obstante, hay indicios de otras dinámicas que no responden a este culto como son los santuarios de Cancho Enamorado, La Peña del Perdón y “Las Atalayas”, y que parecen corresponderse con otro tipo de ritos. No obstante, y sea como fuere, la religión de estos

---

“Travaux du laboratoire d’anthropologie préhistorique de la Faculté de Sciences de Rennes”. Los italianos fueron registrados por H. Muller Karpe en “Bronzene Gewasser und Höhenfunde ans Italien”. En el Este de Inglaterra, tenemos como ejemplo Flag Fen, en donde se realizaron este tipo culto a las aguas durante la Edad del Bronce y del Hierro (Taylor, 2005: 146).

pobladores de la Edad del Hierro tendría un claro carácter naturalista y contarían con la presencia de unos oficiantes, religiosos, sacerdotes... una casta que se ocuparía de este aspecto de la sociedad al igual que entre los celtas se conoce la existencia de los druidas (Green, 2005).

### 3. APROXIMACIÓN A LOS YACIMIENTOS PROTOHISTÓRICOS.

Los vestigios arqueológicos, tanto la cultura material como los restos arquitectónicos, nos han permitido realizar una caracterización de los yacimientos estudiados, habiéndose distinguido distintas fases de ocupación de los mismos con unas características muy definidas, como por ejemplo el tema de las necrópolis y los datos que estas han aportado en otras zonas sobre muchos aspectos, como puede ser esa jerarquización social que se produce durante la Edad del Hierro. Los datos disponibles tan sólo nos permiten plantear hipótesis respecto a la actividad funeraria y la localización de los espacios funerarios. Así se puede plantear la cremación como ritual funerario empleado, tal y como ha puesto de manifiesto recientes descubrimientos en Yecla de Yeltes (en prensa)<sup>121</sup> y Los Tejares, incluso en este último parece haberse identificado una zona que podría ponerse en relación los denominados *ustrina* (López y Martínez, 2009: 123ss). Este tipo de enterramientos coincide con el generalizado en toda la Península durante la etapa prerromana, como han puesto de manifiesto las necrópolis de Las Cogotas (Cabré, 1932); de La Osera (Cabré *et al.*, 1950); de El Raso de Candeleda (Fernández, 1986 y 1997); de Ulaca (Gutiérrez Palacios, 1955: 195; Álvarez-Sanchís *et al.*, 2008: 350); de Pintia (Sanz y Velasco, 2003: 148); de Numancia (Echevarri, 2005: 91) o de Arcóbriga (Lorrio y Sánchez de Prado, 2009). El cuerpo era quemado y sus cenizas y huesos eran introducidas en urnas junto con unos ajuares, los cuales variaban en función del sexo y la condición social del individuo (Álvarez Sanchís, 1999: 295ss.; Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero, 2001: 64ss.; Sanz y Romero, 2010).

Respecto a la situación de los cementerios parece corresponderse con la tónica de otras necrópolis de territorio *vettón* observadas por Álvarez Sanchís (1999: 172): localizados frente a las puertas de los poblados, entre 150 y 300 m. de distancia, y con una intervisibilidad respecto al asentamiento. Los trabajos en el castro de Yecla de Yecla sacaron a la luz los restos de una gran necrópolis en la zona Noroeste del asentamiento en frente de una de las puertas del castro, la cual estaría activa desde el siglo V a. C. hasta época romana (en prensa)<sup>122</sup>. A raíz, de estos datos se aventuraron las localizaciones de las posibles áreas cementeriales de algunos de los castros como puede ser la del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) y la de El Castillo de Saldeana, en donde el espacio extramuros pasado el campo de piedras hincadas es óptimo para usarlo como necrópolis. Igualmente, la presencia de tres estelas hincadas, situadas a unos 85 m. al S-SE del Pico Monreal (Casafranca), recuerdan a La Osera (Chamartín) (Baquedano y Martín, 2008: 311ss.) o a la necrópolis II de la Cañada de Pajares (Villabuena de la Vera) (Celestino, 2008: 99). Teniendo en

---

<sup>121</sup> "Descubierta una gran necrópolis vetona en Yecla". La Gaceta, 19 enero 2013.

<sup>122</sup> *Ibidem*.



cuenta que el estudio del resto del material muestra comunidades con unas pautas sociales y culturales similares al resto de la Meseta, es de suponer que en el aspecto funerario no sería la excepción.

Centrándonos en las fases de ocupación, la primera de ellas en muchos de los yacimientos estudiados no está clara debido a la falta de excavaciones. Así el IACyL establece para muchos de ellos una cronología muy amplia de Bronce Final/Hierro I. No obstante, el material arqueológico y arquitectónico de que disponemos parece indicar que durante el Hierro I el territorio que se ha estudiado parece ser un punto de encuentro entre dos facies culturales, El Soto y Cogotas. Los yacimientos estudiados que se asocian a la Cultura del Soto son Ledesma, el Cerro San Vicente y el Picón de la Mora<sup>123</sup>. Las casas documentadas se caracterizan, en rasgos generales, por ser estructuras circulares y rectangulares fabricadas con adobes, con banco corrido adosado a la pared, un hogar central, pavimentos de barro pisado y sin compartimentación interna. Tanto las paredes como los bancos se recubrirían de estuco y se pintaban con motivos geométricos. En una fase tardía se les añadirá un vestíbulo trapezoidal. El diámetro medio de las estructuras consideradas como casas oscila entre 5,8 y 6,2 m.; mientras que las estructuras más pequeñas se han considerado dependencias auxiliares. Su cimentación muestra una capa de gravas de impermeabilización en la base y adobes complementarios adosados o imbricados al exterior para reforzar el muro y facilitar la evacuación de aguas. Los umbrales de las casas están orientados acorde con la climatología local. No obstante, la construcción circular no es la única documentada, ya que en el Cerro San Vicente se han exhumado casas rectangulares, aunque en menor medida (Benet *et al.*, 1991; Macarro, 1999; Macarro, 2003: 113; Macarro y Alario, 2012: 27ss.). Los yacimientos similares más cercanos, en cuanto a técnicas constructivas, son El Soto de Medenilla, Zorita en Valoria La Buena, Camarzana de Tera, El Castillo de Manzanal de Abajo o con Los Cuestos de La Estación de Benavente (Wattenberg, 1959; Romero, 1992). El material cerámico asociado a estos sitios también responde al presente en la cuenca media del Duero, con vasijas de pies realzados con molduras, las decoraciones incisas a base de triángulos rayados, las digitaciones y las ungulaciones impresas, presentes en el Valle del Ebro y en la cuenca Media del Duero, entre los siglos VII y VI a. C. (Romero, 1980: 145ss.; Ruiz Zapatero, 1995: 1995: 35). El segundo modelo de estructura doméstica identificado entronca con los denominados “campos de hoyos” de la Edad del Bronce y con la Cultura de Cogotas. Son construcciones de las que sólo nos quedan los agujeros de los postes de madera que sustentarían un entramado vegetal y de adobe. Algunos yacimientos que pueden responder a este modelo son los ya citados de El Teso del Cuerno (Forfoleda), El Castillo del Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes), El Torrejón (Alba de Tormes), Las Ollas (Garcihernández) o La Aceña (Huertas) (Delibes y Martín Valls, 1972: 19; Martín y Jiménez, 1988-89: 276; Sanz *et al.*, 1991-92: 85; Tejada y Pérez, 1994: 73ss.; Fabián, 1999: 173). El tercer modelo se ha denominado “casas de piedra” y se ha documentado en el área serrana y en la

---

<sup>123</sup> Este yacimiento no se ha excavado, pero el material arqueológico de superficie apunta a la influencia de la denominada Cultura del Soto (Martín Valls, 1971).

occidental, que bien podría encuadrarse dentro del denominado Cogotas II. Las casas exhumadas son de planta circular y con muros de piedra levantados mediante mampostería en seco, apoyados en los canchales de granito. Los pavimentos son, en su mayoría, de tierra pisada, aunque se ha documentado un enlosado fabricado en parte con piedras de molino inservibles, cuya función sería la de evitar la humedad. El sistema de techumbres es mixto; por un lado, una cubierta a dos o cuatro aguas, para las construcciones rectangulares, y por otro una cónica para las cabañas circulares. En ambos casos a base de troncos de madera enlazados por varas y cubierto por una capa de escobas, ramajes y terrones de barro y un pie derecho de apoyo (Maluquer 1958a: 46; Benet *et al.*, 1991: 117-136; Sánchez *et al.*, 2000d: 61; Macarro y Alario, 2012: 32; IACyL).

Este tipo de construcciones está emparentado con las casas encontradas en los yacimientos abulenses del Hierro I, que en su mayoría entroncan con una población del Bronce Final, como por ejemplo el castro de Los Castillejos (Maluquer, 1958b: 9): los hábitats de la penillanura cacereña (Fernández, 1995: 115; Esparza y Blanco, 2008: 85); Bouça do Frade en el concejo portugués de Baiona (Oliveira, 1988); los yacimientos abulenses de La Viña (López y Blanco, 2005: 229-249) y de La Guaya (Misiego *et al.*, 2005: 207-229); La Aldehuela (Zamora); El Castillejo (Fuensaúco, Soria), el castro de Sacajos (León) o los localizados en Segovia (Blanco, 2006: 36). Las excavaciones realizadas revelan que las cabañas pertenecientes a la I Edad del Hierro fueron levantadas con esta misma técnica (Ramírez, 1999: 52-54, Blanco, 2006: 36). Por tanto, y teniendo en cuenta la escasez de datos, sería posible que en el territorio estudiado ese tipo de estructuras fueran empleadas durante la transición del Bronce Final al Hierro I, o incluso en muchos yacimientos catalogados como Hierro I, aunque habrá que esperar a futuras excavaciones para comprobarlo.

Esta pervivencia de usos antiguos se aprecia también en la cultura material, con la perduración de tradiciones del Bronce no sólo de las técnicas decorativas, como el boquique y la incrustación de pastas, sino también de algunas formas cerámicas del Bronce Final (Santonja, 1997: 122), hecho que se aprecia en otras zonas del territorio vettón (Álvarez-Sanchís, 1999: 79). Igualmente, dentro de la cultura material contamos con elementos representativos de la Cultura de Cogotas como son los vasos de perfil troncocónico, las decoraciones incisas, sobre todo las típicas de “incrustación”, y los recipientes carenados (Martín Valls y Delibes, 1973: 395 ss.; Fernández-Posse, 1986-87: 231ss.; Abarquero, 1997: 73 y 1999: 113 ss.).

En general, la cerámica de esta etapa se caracterizará por estar hecha a mano y con abundantes impurezas. La denominada común tendrá un peor acabado que la decorada, con pastas de mala calidad y paredes gruesas con cocciones predominantemente mixtas o reductoras. La cerámica decorada, también con cocciones reductora o mixta, se caracterizará por paredes más finas que la común y superficies más cuidadas, tratadas mediante alisado o bruñido. Otra técnica decorativa identificada es el peine. Los motivos ornamentales se centrarán en el exterior del vaso, debajo del borde o cubriendo una buena parte de su superficie (Maluquer: 1958: 64; Piñel, 1980; Martín Valls,

1986-87; Martín y Jiménez: 1988-89: 269; Álvarez-Sanchís, 1997: 84; Benet *et al.*, 1991: 132; Martín y Martín, 1994: 119 y 120; López y Martínez, 2009: 126). El repertorio de las formas cerámicas más corrientes se compone de cuencos hemisféricos, cazuelas y fuentes carenadas, vasos globulares y de suave perfil en “S” y los pucheros de diferentes tamaños. Se ha observado un predominio de fondos planos, aunque también se documenta la presencia de bases umbilicadas y pies realzados. Por último, se han identificado como elementos de agarre mamelones, asas horizontales y subtriangulares, perforaciones simples y asas planas

Por otro lado, la cultura material de esta fase muestra, a rasgos generales, como, a lo largo del I milenio a.C. se fue produciendo una expansión de los influjos mediterráneos desde el sur peninsular que también afectó a estos territorios (Almagro-Gorbea, 1977a: 497, 2001: 159, 2008: 45ss.; Martín, 2001: 123; Barril y Galán, 2007; Pereira, 2008: 121; Sánchez, 2009: 71). No se puede hablar de un período orientalizante en todos los yacimientos, pero sí se ha identificado en algunos como son Ledesma, Salamanca, Cancho Enamorado, San Pelayo, El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo, el Picón de la Mora y Yecla de Yeltes. Hay que aclarar que no es una fase fijada por un estrato arqueológico en los poblados sino que se ha definido a través del hallazgo de sucesivas piezas de aspecto oriental generalmente, sin contexto, tales como las tres placas de bronce de tradición *tartésica* (Almagro-Gorbea, 1977a: 254; Jiménez, 2002: 297), las manecillas de bronce asociadas a los “braserillos” (Blázquez, 1968: 109; Martín Valls, 1971: 136), la arrancada (López, 2004: 27-28), las fibulas de doble resorte (Maluquer, 1951: 71, Fig. 9 y 1958: 87; Martín Valls, 1986-87: 62; Macarro, 1999: 14; Benet *et al.*, 1991: 130; Museo arqueológico de Lumbrerales) o las cerámicas pintadas Tipo Medellín (Martín Valls, 1986-87; Benet *et al.*, 1991: 129; Martín y Martín, 1994: 119; Macarro, 1999: 107). La presencia de estos objetos demuestra no sólo la existencia de las vías de comunicación naturales ya mencionadas, sino también de un comercio con el sur y el sureste peninsular. Estas piezas orientalizantes se localizan, como ya se ha dicho, desde el Bajo Guadalquivir hasta las zonas altas de Salamanca y Ávila, pasando por La Aliseda y la cuenca baja del Mondego. Señalando así un camino Sur-Norte, que parte del Bajo Guadalquivir hacia el Norte, a través de Extremadura, entrando en la Meseta por el valle de Plasencia y continuando por el curso del Tormes y del Ambles (Celestino, 1995: 68; Álvarez Sanchís, 1997: 63-100; Cuadrado, 1966). No obstante, en detrimento de esta vía de penetración, otros investigadores abogan por una penetración Oeste-Este de los objetos orientalizantes, desde los enclaves fenicios portugueses por las cuencas del Sado-Guadiana, Tajo y Mondego (Arruda, 2000; Pellicer, 2000: 116-117).

Sea como fuere los vestigios materiales estudiados se corresponderían con manufacturas propias de talleres tartésicos e iberos y manufacturas de talleres meseteños, que imitan a los anteriores, fechándose las imitaciones en un momento posterior a los primeros, produciéndose así una continuidad entre ambos objetos. Da la sensación de que en un primer momento llegan a la Meseta producciones de los focos tartésicos, iberos y fenicios peninsulares, en torno a los siglos VIII - V a. C.,

y en un segundo momento los productos serán copiados por las poblaciones, entre los siglos IV y III a. C (Cuadrado, 1966; Celestino, 1995: 74). Esta diferenciación parece clara al reconocerse algunas disimilitudes entre las piezas originales y las imitaciones posteriores; así en el caso de las asas de los recipientes rituales la primera discrepancia consiste en el tamaño de los soportes, siendo más grandes los recipientes orientales que los ibéricos. La segunda es que las manos de estos últimos son huecas e independientes mientras que las orientales son macizas y fijas. Por último, los orientales tienen una factura más cuidada y la factura de los segundos es más tosca. También entre las cerámicas tipo Medellín se aprecian diferencias, así los perfiles de las recuperadas en los yacimientos estudiados son propios del mundo soteño y están hechas a mano, correspondiéndose sólo la forma y la decoración con los tipos orientalizantes (Martín Valls y Delibes, 1978: 228-229). Estos objetos se han documentado en otros yacimientos cercanos como Sanchorreja (González-Tablas, 1988: 125; Jiménez, 2002: 108), El Raso de Candeleda (Gil, 2006: 26), La Mesa de Miranda (Fernández, 1995: 191-192), La Aldehuela, Cabezo de San Pedro, La Casa del Carpio (Celestino, 1995: 81) o en la Alcazaba de Badajoz (Berrocal Rangel 1994: 167). Por tanto y a modo de conclusión, se puede decir que muchas de estas piezas son fruto de una tradición metalúrgica que se adaptó a la demanda de productos nuevos y distintos, por parte de una sociedad en la que empieza a producirse un importante proceso de jerarquización. Dichos productos se convertirán en los símbolos de diferenciación y status en esta nueva sociedad que se comienza a gestar durante el Bronce Final/Hierro I y alcanzará su cenit durante el Hierro II.

Finalmente, independientemente del ambiente cultural al que se quieran adscribir los yacimientos de esta etapa, los datos de los que se disponen muestran hábitats con una organización premeditada de los espacios. Así lo demuestran las recientes investigaciones llevadas a cabo en Cancho Enamorado en donde se han identificado una zona de hábitat (Maluquer, 1958a: 42), un espacio para trabajos especializados y un posible lugar de uso ritual, condicionadas todas por la orografía del terreno (López *et al.*, 2006). Por lo tanto, se puede entrever una idea previa de organización de acuerdo a sus necesidades, aunque condicionada por los accidentes del terreno. Las excavaciones del Cerro San Vicente también demuestran una ocupación selectiva del suelo que integra áreas vestibulares exteriores, junto a zonas artesanales y basureros. Estos espacios se siguieron empleando, según la estratigrafía, con el mismo fin durante toda ocupación del cerro (Macarro, 1999: 22). Esta ausencia de “urbanismo”, aunque con una evidente organización previa del espacio, se ha observado en otros yacimientos contemporáneos como por ejemplo Los Castillejos (Maluquer, 1958b: 9); Sacaojos (Misiego *et al.*, 1995-96: 63) y en algunos de la zona del Sado-Bajo Guadiana tales como Campamento de la Pepina o el Castrejón de Bodonal. Aunque no se puede asegurar a qué momento pertenece este tipo de poblamiento, Berrocal-Rangel plantea que es atemporal y que en casos marginales (económica, social y culturalmente) alcanzaría y perduraría con la Romanización (1992: 219).

La segunda fase de los yacimientos estaría adscrita al Hierro II, desde el siglo V al I a. C. Los datos de las excavaciones realizadas en la ciudad de Salamanca parecen apuntar a que los castros se caracterizarán por poseer una cierta planificación, más “compleja” que en la etapa anterior. Aquí se ha detectado un prototipo con claros paralelos con la arquitectura de los asentamientos prerromanos del Duero Medio, incluso en el tamaño de los adobes empleados para las estructuras de habitación, “ciudades” de manzanas compactas ordenadas a partir de una vía central longitudinal de orientación NE-SW y compartimentada por calles transversales en dirección NW-SE (Benet, 2001: 27-28). No obstante, la cronología de esta trama se corresponde con una fase del siglo III-II a. C. en adelante, coincidiendo con la expansión de la cultura celtibérica por la Meseta occidental (Jimeno *et al.*, 2005; Martín, 2001: 124; Almagro-Gorbea, 2008: 45ss.). Los vestigios materiales anteriores a este fenómeno se reducen a un verraco y al sistema defensivo (Martín Valls *et al.* 1991: 145-147, 153-155; González, 2000: 31-33); por tanto, ¿hasta qué punto esta organización “protourbana” de *Salmantica* no es fruto del proceso de celtiberización de la Meseta? ¿Es posible, que entre el siglo V-IV a. C., la estructura del poblado se pareciera más a los castros abulenses, como parece suceder en el occidente del territorio y en la zona serrana? Efectivamente, los datos disponibles para ambas zonas parecen sugerir una organización del hábitat basada en la adaptación a la orografía del terreno, como sucede en las tierras zamoranas y en la órbita de la cultura castreña durante toda la etapa prerromana (Martín, 2001: 128 y 131), caracterizada por una división en zonas, una para el hábitat y otra, en algunos casos, acondicionada para encerrar el ganado (Maluquer 1951: 72 y 1956: 97; Bejarano, 1955: 118; Álvarez-Sanchís, 1999: 151). Esta estabulación del ganado podría perseguir dos fines: por un lado su protección frente al pillaje y los animales salvajes, y por otro su ordeño y esquileo para obtener productos secundarios como leche y lana. Esta hipótesis se podría aplicar a Las Merchanas, a Iruña, a Salamanca y al Picón de la Mora. Dicha separación indicaría una cierta preocupación por la organización del poblado, que en cierto modo se puede considerar como algo preconcebido, pues las zonas supuestamente dedicadas a encerrar el ganado no muestran indicio alguno de estructuras de habitación. Si bien es cierto que parece que en Yecla de Yeltes o en Las Merchanas pudo existir una serie de calles que apuntarían a una organización de carácter complejo similar a la de Salamanca (Martín, 1973), como se ha documentado en otros castros prerromanos como por ejemplo Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1986-87: 430), Las Cogotas, Lara, El Raso de Candeleda (Fernández, 1986: 497ss.). No obstante, hay que ser muy cautos porque estos castros han sufrido muchas remodelaciones posteriores y dichas calles pueden responder a una reorganización posterior del espacio intramuros.

Las estructuras domésticas que caracterizan esta etapa responden a dos prototipos. Las construcciones del primer tipo se levantan en adobe, produciéndose una continuidad con las del Hierro I, aunque hay un cambio a nivel técnico. Sólo se puede hacer referencia al yacimiento de Salamanca y quizá extrapolarlo a la zona oriental del territorio estudiado, a poblados como el de La Cuesta de Santa



Ana, el Teso de La Septa o el del Teso de La Encina. Así, en esta fase se generalizan las casas rectangulares con compartimentación interna, con un hogar central, y fabricadas con adobes con un enlucido interior de la vivienda (Benet *et al.*, 1997: 145; Macarro y Alario, 2012: 96). Estas construcciones se pueden paralelizar con los de la Tierra de Campos y los de la penillanura vallisoletana. Frente a este modelo, se ha identificado otro caracterizado por muros de piedra de mampostería en seo, trabando las lajas grandes con otras más pequeñas, con plantas rectangulares y circulares, documentándose en los castros de Las Merchanas, El Castillo de Saldeana o Yecla de Yeltes. Viviendas análogas se han documentado en Las Cogotas, Sanchorreja, El Raso o La Mesa de Miranda (Hernández, 1986-87: 430; Fernández, 1986a; González, 2008: 205ss.). El tipo de cubierta empleado es probable que siguiera el modelo definido para las estructuras del Hierro I, por analogía de los vestigios documentado con otros yacimientos afines como “El Castillejo” de Santiago del Campo, La Coraja o Hornachuelos (STRATO, 1994: 82; Alario *et al.*, 1998c; Fernández, 1995: 115; Salas *et al.*, 1988: 138; Redondo *et al.*, 1991: 277; Rodríguez, 1991: 289; Alario, 1999: sector C, U. E 388, pieza nº 82; López *et al.*, 2003d).

El análisis de la cultura material no deja dudas sobre la existencia de esa etapa *vettona* con fuerte influencia celtibérica ya mencionada, no sólo en Salamanca capital sino en otros yacimientos de esta etapa. El exponente más claro serían las cerámicas pintadas identificadas. Se caracterizan por sus pastas muy depuradas y claras debido a su cocción oxidante, aunque también se han identificado algunas con una cocción mixta. El estudio de la cerámica decorada ha determinado la presencia de dos tipos que se corresponden con dos fases de esta cerámica: una etapa clásica (IV-II a. C.) y otra tardía (finales II-principios del I a. C.). Los vasos de la primera se caracterizan por motivos monocromos de color negro o tonos anaranjados, amarillos o rojos, con unos caracteres geométricos a base de líneas onduladas sobre el labio, el cuello o el hombro, círculos concéntricos, bandas horizontales de “S”... Esta cerámica ha documentado en Las Merchanas (Martín Valls *et al.*, 1991: 155-156), en Salamanca, en Yecla de Yeltes (Martín Valls, 2004: 289ss.), en El Picón de la Mora (Martín Valls, 1971: 131) o en Ledesma. La segunda etapa, por su parte, va a estar marcada por la incorporación a las decoraciones de figuras humanas y zoomorfas como las encontradas en Salamanca, en Ciudad Rodrigo o en El Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Álvarez-Sanchís, 1997: 208; Martín Valls, 1976: 374). Existen ejemplares en donde se combinan los motivos pintados con los estampillados o los incisos, tan frecuentes en la región *vettona* (González y Sabaria, 2000: 115). También está presente la cerámica tardía común, usada como vajilla de mesa y de cocina, caracterizada por una factura más tosca y un acabado peor que las anteriores, sin decoración y con un predominio de las cocciones mixtas (González Echegaray, 2000: 122; Alario, 1999: Sector C, UE 367, nº 255-268). Este material homogeniza los niveles arqueológicos de esta área con los de otros yacimientos meseteños tales como Roa, Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 207-208), Numancia (Jimeno *et al.*, 2002: 45ss.),...

Estos elementos cerámicos convivirán con otras producciones como las manuales, cuya presencia irá decreciendo hasta el cambio de era, momento en el cual desaparecen (Jiménez *et al*, 2003a; Balado y Marcos, 2004a: 67-68; STRATO, 1995: 158 y 2005a: 55). Las técnicas decorativas principales que se documentan en este momento serían la incisión, la pintura, el peine y la estampilla. Las diferencias de las cerámicas a peine de esta etapa, respecto con la anterior, vienen marcadas por su barroquización, la proliferación de motivos (acanaladuras, aspas, semicírculos, espigados, cesterías,...), su asociación con otras técnicas como la impresión y el estampillado y su agrupación en la zona media-alta del vaso, extendiéndose por parte de la superficie externa y reservado la parte inferior para las decoraciones radiales. La morfología que presentan los vasos es muy variada, predominando los perfiles en “S”, los cuencos hemisféricos y troncocónicos, los vasos globulares y ovoides, las copas, los recipientes de cuellos cilíndricos y borde abierto, las cajitas, y las grandes vasijas de almacenamiento con bordes típicamente celtibéricos como el “palo de golf” o el “pico de pato”, que también se verán en otras vasijas.

Otra característica común a los hábitats de esta fase será la presencia de una serie elementos emblemáticos que entrarían dentro del mundo de la ideología y las creencias de estas sociedades, como son los verracos, las cabezas cortadas y los grabados. La tipología seguida en este trabajo para la clasificación de los verracos fue la establecida por Álvarez-Sanchís, en base a la cual los tipos 1 y 2 se corresponderían con los ejemplares más antiguos (S. V/IV-II a. C.), producidos en ambientes indígenas; mientras que el tipo 3 pertenecería a una fase intermedia entre las producciones prerromanas y las romanas (finales del II inicios del I a. C). La producción de los verracos continuará dentro del territorio de nuestro estudio tras el cambio de Era, pero restringida ahora a zonas marginales donde la cultura indígena tiene un gran peso, como demuestran los ejemplares más tardíos, tipos 4 y 5, durante la dinastía Julio-Claudia o posteriores. Durante esta etapa es factible que también se produjera una reutilización de verracos ya existentes como demostrarían los toros de Guisando y Martiherrero, pertenecientes al Tipo 1 y 2, respectivamente, pero con epígrafes funerarios de época romana (Álvarez-Sanchís, 1999: 274-278).

El estudio realizado plantea la posibilidad de que estas esculturas pudieran desempeñar diversos papeles, las cuales no son excluyentes de modo que una misma pudo aunar diferentes conceptos. Estas funciones serían fundamentalmente la de marcadores territoriales (de zonas agropecuarias, de recursos hídricos, de vías de comunicación, de etnicidad), marcadores funerarios y objetos sacralizados. Se concluye que los verracos de tipo 1 y 2 desempeñaban claramente varias funciones, estando relacionada una de ellas con la economía de carácter ganadero de los *vetttones*. Estas esculturas podrían tener un significado de propiedad sobre las tierras en las que se emplazaban, pero al mismo tiempo su situación en zonas de pasto y con recursos hídricos serviría de referencia a los ganados trashumantes, cuya presencia ya se ha defendido. Así mismo también se han relacionado con la demarcación de otros recursos críticos como son los metalogénéticos, principalmente el estaño y

el hierro. Este pudo ser el caso de los verracos de Berrocal de Padierno, de Salamanca, de Ledesma, de Las Merchanas, de Olmillos, de Masueco, de Santibáñez de La Sierra o del que apareció entre Membribe y Las Veguillas. Aparte, hay otros que no se han podido englobar en ningún tipo, como el de Gallegos de Argañán, el de El Payo, el de Barquilla o el del Valle del Cebón, pero también podrían haber tenido esta misma función. Al mismo tiempo, se ha comprobado que muchas de estas esculturas están situadas en las inmediaciones de vías, muchas de ellas naturales, como el corredor de las Hurdes/Las Batuecas, La Vía de la Plata o La Real Calzada de Extremadura, con toda probabilidad empleadas por los pueblos prerromanos, y convirtiéndose más tarde en auténticas calzadas bajo dominio romano, e incluso muchas se han seguido usando en la actualidad bien como caminos vecinales bien como cañadas, como podría ser el caso de los situados en El Tejado, en El Payo o en Olmillos.

Por último cabe mencionar que los verracos, junto con las cerámicas a peine, podrían ser útiles como indicadores de las fronteras del territorio *vettón* (Álvarez-Sanchís y Ruiz, 2002: 260-63). El estudio realizado muestra dos líneas fronterizas de dicho área a la altura del Campo Charro, una sería la W que actuaría de línea fronteriza entre *vetttones* y lusitanos como ya expusieron Álvarez-Sanchís y Ruiz Zapatero. Así, se puede observar un trazado (de Sur a Norte) marcado por los verracos de Peñaparda, Irueña, Puebla de Azaba, Barquilla, Gallegos de Argañán, Puerto Seguro, La Redonda, Fuenlabrada, San Felices de Los Gallegos, Las Merchanas y Masueco, reforzado por la presencia de diversos castros como Irueña (Fuenteguinaldo), Lerilla (Zamarra), La Plaza (Gallegos de Argañán), Los Castillos (Villares de Yeltes), el Moncalvo (Hinojosa del Duero), Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero), Balcosio (Hinojosa del Duero), Los Castillos (Monleras), El Castillo (Masueco), El Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) o El Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires). Sea como fuere, contamos con otros elementos delimitadores para este límite: los naturales. Por el Norte, Los Arribes del Duero actúan de frontera natural entre Portugal y España, formados por barrancos, cañones y escarpes con alturas considerables, que engloban una sucesión de cañones fluviales entallados en un zócalo granítico y pizarroso (Nuche del Rivero, 2001). La segunda línea se dibuja hacia el NE, un posible límite marcado tanto por los verracos de Ledesma, Salamanca, Olmillos, Contiesa, Villamayor, Tordillos y de Larrodrigo, como por una serie de asentamientos caso de Ledesma, Salamanca, La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández), El Castillo (Forfoleda), Teso de La Encina (Aldeaseca), Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera), Teso San Miguel (Villamayor), Alba Tormes, Teso del Santo (Santiz), Teso de Santa Olalla (Carrascal del Obispo), El Cañedo (Ledesma), Florida de Liébano, Los Ocuestos (Alaraz), Los Linares (Alaraz), Las Vegas (Larrodrigo), Coca de Alba o Fresnillo (Macotera). Estos poblados son los últimos antes del vacío poblacional que ya se ha señalado en La Armuña, en las Tierras de Alba y en El Campo de Peñaranda. Otro elemento que actuaría de frontera en esta área sería el río Tormes, aglutinándose los yacimientos mencionados en torno a él. Estas esculturas tomadas como elementos monumentales a modo de marcadores territoriales y conjugados con las

características funcionales, emblemáticas y políticas de las murallas, habría que interpretarlos como un rasgo propio de las sociedades de jefaturas. De este modo se ha planteado que en estas sociedades se va ir desarrollando un sentido de propiedad de las tierras que se consideran de la comunidad y se explotaban en su beneficio, respondiendo todo a ese fenómeno de jerarquización social y territorial que se produce durante la Edad del Hierro.

La teoría sobre el carácter sacralizado de los verracos, tal vez con un significado de fertilidad, vendría avalada por el hecho de que tienen tallados en relieve sus órganos genitales (Cabré 1930; Morán 1933: 259-260; Santos Junior, 1963: 395-396 y 1975: 424-438; Blázquez, 1982: 46). Otro dato interesante para apoyar esta hipótesis podrían ser las cazoletas talladas en varios de estas esculturas, casi siempre en su dorso, como es el caso de los ejemplares de Berrocal de Padierno (Maluquer, 1956: 52), de La Redonda, (López, 1989: 95) y del Masueco (López, 1989: 96). Los tres ejemplares citados pertenecen al tipo 1, por lo que es probable que en un principio tuvieran esta función, aunque luego los dos últimos fueran reutilizados como indican las inscripciones funerarias latinas de ambos. El hecho de que en los verracos aparezcan cazoletas, no se limita sólo a los citados, sino que se han documentado por todo el territorio *vettón* (Zamora, Tras-os- Montes, Cáceres,...) apareciendo siempre talladas en el dorso del animal (López Monteagudo, 1989). En este sentido quizás pueda plantearse para estos elementos una función relacionado con la realización de algún tipo de libación, las cuales están atestiguadas en Hispania, e incluso son calificadas como “costumbres ancestrales” por Estrabón (Geor., III, 4, 18). Esta conjetura se vería confirmada por una serie de hallazgos arqueológicos y las observaciones realizadas por algunos autores clásicos, como por ejemplo, Diodoro Sículo (*Biblio. Hist.*, IV 18, 3) o Plinio El Viejo (*Hist. Nat*, XVI.95). Tanto uno como otro apuntan que estos pueblos seleccionaban el ganado que iba a ser sacrificado, lo que les confería un carácter sagrado, quizá el mismo que tendrían los verracos. Muchos verracos de los aquí mencionados, encontrados en el camino que va al castro, podrían tener otra función: la apotropaica, como defensoras del poblado. Los casos que se dan en el territorio salmantino son escasos, pudiendo citar tan sólo los verracos de Las Merchanas, (Maluquer 1968: 103 y 106) o de Ledesma (Gómez Dávila 1596). Esta función ha sido defendida para otras estatuas como las de La Mesa de Miranda, las de Las Cogotas o el del Castillo de Bayuela (Álvarez-Sanchís, 2003: 279; Esparza, 2003: 173-174). Del mismo modo, los verracos encontrados en la base norte de la puerta de San Vicente (Ávila), uno de ellos tallado *in situ* en la misma piedra, sobre el sustrato geológico, estaría a la vista y flanquearía el acceso al castro primitivo (Álvarez-Sanchís, 2003: 58; Berrocal-Rangel *et al.*, e. p.), por lo que también pudieron tener una función apotropaica.

Para terminar con el tema de los verracos debe señalarse que una vez que algunos usos romanos son adoptados por los artesanos *vettones* estos no dejan de tallar, si bien se da un importante cambio estilístico y parece producirse un descenso en su producción dentro de nuestro área de estudio (Álvarez-Sanchís, 1999: 219ss.). Un buen motivo para esta reducción, puede deberse a que os

verracos habían sido empleados como marcadores de la propiedad de una comunidad, pero bajo el dominio de Roma con su política de reorganización sistemática del territorio para la explotación de los recursos económicos de cada zona, los verracos pudieron perder su función al tiempo que adoptaban una nueva: la de marcadores funerarios (Gómez Moreno 1904: 154; Maluquer 1954: 104; Fernández Fuster; Martín Valls, 1974: 74ss). Esto se basa en el hecho de que muchas esculturas que han aparecido en un contexto funerario se han asociado a niveles exclusivamente romanos, como por ejemplo las esculturas de Larrodrigo o de Martiherrero. Otros ejemplos más claros nos los darían aquellos verracos que, aunque en minoría si los comparamos con las estelas, han aparecido asociados a estelas altoimperiales en las necrópolis de Ávila y en los castros zamoranos de San Esteban (Muelas del Pan) y Santiago (Villalcampo). Este puede ser el caso del jabalí, del Tipo 3, que apareció en Yecla, en una de las últimas campañas de excavación, según Martín Valls y Pérez Gómez (2004: 295).

Por tanto, a raíz de lo expuesto, los verracos pudieron tener una serie de funciones que no son excluyentes, aunándose más de una en una misma escultura. No obstante, el hecho de que no aparezcan en un contexto arqueológico o *in situ*; la falta de excavaciones en muchos castros, en los cuales puede que se hallen ejemplares enterrados, como ya ha sucedido en Yecla de Yeltes; la destrucción sistemática de las esculturas en 1835, por orden del gobernador José María Cambroner, la pérdida de otros tantos por haber sido usados como material de construcción..., dificulta su estudio, entre otros motivos porque no hay constancia de cuantos se destruyeron, de dónde estaban, de cómo eran,... por lo que es complicado llegar a una hipótesis que se acerque a la realidad sobre su cronología exacta o sobre su función principal, ya que todos los problemas expuestos anteriormente han provocado una falta de datos que en la mayoría de los casos no se podrán recuperar nunca.

Otras dos tallas que están relacionados con el mundo religioso de estas comunidades son el Dios Tricéfalo de Montemayor y el Jano Bifronte de Candelario, asociadas ambas con deidades célticas (Blázquez, 1958: 125). La representación de figuras tricéfalas en Britania y La Galia es habitual y se han relacionado con la Diosa Madre, la cual se disgregaba en tres entidades, de ahí las tres caras (Powell, 1958; Markale, 1989: 121; Green, 2005: 27; Gutiérrez, 2004: 25). Este culto a las *Matres*, en la Península gozaba de mayor difusión e intensidad en las regiones central y oriental de la Meseta Norte, a juzgar por las numerosas aras que se han documentado, como las procedentes de *Clunia* (Burgos), de Soria, de Palencia, de Segovia, de La Rioja, de Alava o de León (Olivares, 2002: 121). Delibes indica que el tricefalismo también puede hacer referencia a la divinidad ctónica de la Keltiké continental que fue *Esus-Cernunnus-Esmertiros* (2001: 151). Por otro lado, las representaciones bicéfalas se han asociado con el dios Lug en el santuario de Peñalba de Villastar (Cabré, 1910: 241-280; Marco, 1986: 749-750; Olivares, 2002: 111ss.). A este dios y al Mercurio celta son las divinidades con quienes Blázquez identifica estas representaciones bicéfalas (1958:127).

Pero los verracos no serían los únicos elementos con este posible carácter presentes en los poblados, como demuestran las ya mencionadas cabezas cortadas de Yecla de Yeltes, de Villares de



Yeltes o Tamames. La presencia de “cabezas cortadas” es habitual en los pueblos de raigambre celta (Laing, 1979: 82; Powell: 158: 130 y 162; Hernn, 1976: 162; Cunliffe, 1997: 202; (Álvarez-Sanchís, 2007: 247 que creían que el alma humana, y por tanto la fuerza del individuo, residía en la cabeza, por lo que si las conservaban los malos espíritus no les harían ningún daño (Sopeña, 1987: 103; Cunliffe, 1997: 210; Martínez *et al.*, 2005: 88; Alfayé, 2007: 2).

El otro elemento que se ha considerado con valores emblemático serían los grabados rupestres localizados en las murallas y en los canchales graníticos de El Castillo de Saldeana, Yecla de Yeltes y Las Merchanas. Tradicionalmente se han adscrito a la Segunda Edad del Hierro debido a que tanto la técnica de realización como el repertorio iconográfico concuerdan con otras representaciones del arte rupestre de este período (Martín Valls, 1973: 97; Royo, 2005: 168-178). Las últimas excavaciones realizadas en Las Merchanas (STRATO, 2005a: 34) y en Yecla de Yeltes parecen confirmar que gran parte de los motivos fueron realizados en ese momento. Las características que definen estos grabados vienen marcadas por un predominio de la técnica de la incisión, la representación de figuras esquemáticas y con pocos detalles anatómicos, su emplazamiento como motivos aislados o agrupados, formando escenas y con un repertorio iconográfico en el que son habituales los antropomorfos (guerreros, cazadores o jinetes); los zoomorfos (caballos, ciervos, jabalíes y, en menor medida, toros, perros lobos y otros cuadrúpedos); armamentístico (lanzas y arco); representaciones geométricas (reticulados, serpentiformes, zig-zags...); y figuras abstractas (espirales, soliformes, esvásticas). La situación de estos grabados en los sillares de las murallas hace pensar en un carácter protector de los mismos, igual que las esvásticas representadas en las jambas de las puertas del castro de Rubias, en un horno de Santa Tegra y en un enlosado de San Cibrán das Lás e incluso el grabado de una oveja en la cara interior de una cabaña del castro de Sanfins, fue interpretado como un símbolo de protección que hacía referencia a los depósitos votivos en forma de sacrificios de animales cuando se procedía a la construcción de las cabañas, con objeto de ahuyentar a los malos espíritus (López-Cuevillas, 1989: 321).

No obstante, en el caso concreto de Yecla de Yeltes, se baraja una dualidad significativa, con la presencia por un lado de imágenes protectoras, pero también símbolos de riqueza. La mayoría de las formas presentes en este castro se corresponden con équidos, los cuales constituyen uno de los grupos animalísticos más representados en el centro-norte de la Península en diversos objetos tales como cerámicas, morillos, exvotos, pesas de telar, en remates decorativos de mangos de cuchillos, empuñaduras de falcatas, remates metálicos de estandartes o báculos, fíbulas, anillos, monedas, broches y placas de cinturón,... (Blanco, 2003: 75ss.; Royo, 2005). La imagen el caballo se ha interpretado como un símbolo de *status* social y del elevado nivel económico de su propietario, relacionándolo con las élites ecuestres. De hecho, está constatada la progresiva importancia que van adquiriendo las clases ecuestres en *Hispania* a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, hasta convertirse en el grupo social rector de los grandes *oppida*, constituyendo los diversos objetos

mencionados, sobre todo los metálicos, una forma de distinción social (Brun, 1995: 20; Blanco, 2003: 88; Royo, 2005: 192). Este mismo hecho se observa en otros territorios como en la *Galía* en donde las ricas tumbas de la región de Marne muestran que el carro y el caballo fueron empleados como símbolos de prestigio (Ritchie y Ritchie, 1995: 38-42). A partir de la representación de tantos animales, sobre todo el caballo, en la muralla de Yecla, puede llevarnos a plantear una relación con un campo tan complejo como es el de la imaginería del poder. De este modo las figuras representadas sobre los lienzo defensivos y canchales del castro pueden interpretarse como un indicador de la riqueza de las clases pudientes de los castros. Por otra parte, el carácter apotropaico de la imagen del caballo por sí misma se basa en el indudable valor religioso y ritual que entre los pueblos célticos y paneuropeos tuvo este animal, como han demostrado los contextos ritualizados donde ha aparecido (Green, 1997a; Marco, 1988: 120-121; Cunliffe, 1997: 202; Gabaldón, 2003: 220ss.; Blanco, 2003: 95). En este sentido, la principal divinidad relacionada con los équidos en este mundo celta es Epona y su culto ha podido ser documentado en la Península Ibérica (Elorza, 1970; Marco, 1997: 163; Celestino, 2002: 24-26). El carácter sagrado de la diosa que aquí interesa es el doméstico, como protectora del ganado, de la prosperidad y de la abundancia (Alvar, 2000; Green, 1993: 468). Siguiendo esta línea, se podría relacionar la imagen del caballo con la protección de la economía de los pueblos prerromanos.

Finalmente, y a antes de pasar a la tercera fase de ocupación de los yacimientos objeto de este estudio, debe hacerse referencia una vez más a la continuidad de esa dualidad de elementos característicos de dos “culturas”, la *vettona* y la *vaccea*, en la zona oriental de nuestro territorio. Exponente de este factor lo encontramos en la ciudad de Salamanca, en la que junto a unas técnicas constructivas y un urbanismo propio del mundo vacceo, se aprecian otros elementos como son los verracos, la cerámica a peine y el sistema constructivo de la muralla que remite sin duda alguna al mundo *vettón*. Los datos disponibles nos llevan a suponer que en esta zona del territorio existiera una frontera o límite entre ambas facies, lo que se traduciría en la aparición de elementos de ambas, aunque tradicionalmente se ha considerado esta área oriental dentro de la órbita de la Cultura del Soto, primero, y del mundo *vacceo*, después (Martín Valls, 1986-87: 60, Benet et al., 1991; Benet, 2001; Macarro y Alario, 2012).

La tercera fase de los castros estudiados abarcaría desde el I a. C. hasta el I-II d. C. Esta etapa se corresponde con el período en que el territorio está integrado en la órbita del poder romano. No obstante, la cultura material muestra que el grado de romanización fue muy bajo. El estudio revela un porcentaje pequeño de material romano en los castros romanizados, en comparación con la gran cantidad de vestigios que se han documentado de Época bajoimperial. Así, la presencia de *terra sigillata* se rastrea desde el I d. C., en porcentajes bajos, y se generaliza a lo largo del II d. C. (Martín Valls, 1976: 328; Sánchez et al., 1993-94; Alario et al., 1998c; Macarro, 2004-06b). Lo mismo se observa con la cerámica común y la cerámica fina. El primer tipo se difunde en la Península desde época tardo-republicana y el segundo a partir del siglo II a. C. (Angoso, 1985: 378-79), pero en nuestra

área no aparecerán hasta el siglo I d. C., estando en muchos casos asociadas con asentamientos rurales romanos y no con los castros. Su presencia en estos últimos es poco representativa hasta el siglo III d. C., momento a partir del cual se datan las vajillas de vidrio (Martín Valls, 1978: 382; Alario *et al.*, 1998b; Sánchez, 2002: 108). Los ejemplares de fíbulas de tipo Nauheim, y de tipo *aucissa* son escasos, por lo que se han puesto en relación con la presencia de legionarios romanos, más que con una adopción generalizada de este tipo de fíbulas por parte de la población autóctona.

La escasez de vestigios cerámicos, en comparación con la presencia de la cerámica *vettona* y de tradición indígena, en yacimientos como Salamanca, Ledesma o Ciudad Rodrigo, y su ausencia en otros castros y la gran cantidad de cerámica tardoimperial puede indicar que en las etapas siguientes a la conquista del territorio el sustrato indígena continuará con el uso de sus propias cerámicas y otros elementos, bien por comodidad o bien porque las costumbres romanas no arraigan con la misma facilidad que en otras zonas, aceptándolas tan sólo una parte de la población, las élites sociales que serían las que tendrían una relación más estrecha con Roma. En la misma línea se puede citar una intervención llevada a cabo en uno de los solares de la ciudad de Salamanca, donde se documentaron diez niveles de ocupación de época *vettona* plena y tardía con una ausencia total de material romano. De este modo, el registro arqueológico parece mostrar que en el siglo I a. C. la población aquí asentada y bajo dominación romana no contaban entre sus ajuares con elementos de la cultura romana de forma generalizada (Macarro, 1999a).

Otro indicador de este mismo factor podemos rastrearlo en las monedas recuperadas. El grueso de los hallazgos numismáticos de esta zona, el 86%, se corresponde con la emisión monetaria de Época bajoimperial; mientras que el 14% restante se reparten a partes iguales entre época republicana y altoimperial, reflejando como hasta el siglo III d. C. no se adoptará y afianzará el sistema monetario en el territorio, habiéndose vinculado la presencia de monedas durante la etapa republicana con la paga de un mercenario. Por otro lado, cabe la posibilidad de que las monedas de cronología altoimperial circularan durante el Bajo Imperio como moneda fraccionaria, tal y como se baraja para otros yacimientos como la villa tardorromana de Quintanilla (Palencia). Esta posibilidad, no obstante, es complicada de demostrar debido a que muchas de las monedas con las que contamos han sido recuperadas en prospecciones, con detectores de metales de furtivos o en niveles de revuelto. Por último, el mapa de dispersión muestra como los hallazgos se concentran entorno a esos enclaves principales del territorio que ya se han visto (Salamanca, Irueña, Ciudad Rodrigo...), en donde el contacto con la administración romana debía ser más directo.

En la misma línea, esta persistencia de las formas culturales indígenas se puede rastrear en la onomástica de las inscripciones conservadas en aras y estelas de este período, en donde la mención de las gentilidades no rebasan el siglo III d.C., fecha en la que la organización familiar indígena habría sido sustituida, definitivamente, por la de tipo romano. Por otro lado, en las lápidas funerarias se observa una convivencia de la onomástica latina e indígena, como se rastrea en otras regiones

*vettonas* y de la celtibérica. En esta línea, según el estudio llevado a cabo por Salinas Frías (1997: 345) la fórmula del *tria nomina* aparece en las inscripciones, pero su uso es incorrecto y observándose además como la indígena bipartita está muy presente, conjugándose en ambos nombres de carácter latino e indígena. Salinas considera, no sin reservas, que el empleo de la fórmula indígena se podría asociar a *peregrini* cuyo escaso índice de latinización se manifestaría de esta manera, del mismo modo que serían ajenos a la organización social y política romana. Por otra parte, considera que el empleo del *tria nomina* indicaría individuos con el estatuto de ciudadanía y, por tanto, integrados en la vida socio-política romana, si bien éstos representarían un porcentaje muy bajo del total de la población (1994: 300 y 301). El hecho de que haya un predominio del primer caso afianza la hipótesis aquí defendida sobre la escasa romanización del territorio, en comparación con los territorios meridionales y levantinos peninsulares. Pero además es importante destacar el hecho de que con frecuencia los hijos de estos sujetos con nombre latino tienen nombres indígenas, lo que parece indicar que los individuos autóctonos tenían predilección por su onomástica.

Otro indicio de la débil romanización se ha podido observar en el estudio de las aras, en las que existe un predominio de los cultos autóctonos, ya que las divinidades romanas son superadas en número, e incluso en el caso de los sincronismos se ha llegado a la conclusión de que los individuos seguirían adorando a sus deidades. Por tanto, a pesar de adoptar algunos usos de la nueva cultura, no hay un afianzamiento de los mismos y prefieren en muchos casos continuar con sus costumbres religiosas. Por otro lado, el análisis del propio soporte también nos permite deducir una importante información. Las características formales del grueso de las estelas altoimperiales más antiguas, que son también las menos numerosas, permiten su datación a partir de finales del siglo I d.C.-principio del siglo II d. C. (Martín Valls, 1982:182ss.; Hernández y Jiménez, 2004; Palao y Salinas, 2009), no habiéndose encontrado, hasta la fecha, ninguna que pudiera ser anterior. Incluso estas primeras estelas se caracterizan por su sencillez en la talla, sin decoración o bien con decoraciones de tradición indígena sin ningún elemento romano, lo cual se ha relacionado con un primer momento de adopción de este tipo de monumentos. Posteriormente, las estelas se vuelven más complejas, su talla es mucho más cuidada y se observan una gran cantidad de elementos ornamentales procedentes de ambas tradiciones, respondiendo a las típicas estelas hispanorromanas del resto del territorio peninsular. Por tanto, este hecho representaría otro indicio claro del predominio de la tradición indígena durante más de un siglo tras la integración del territorio en la administración romana. El estudio que realizaron Argente y García-Soto en territorio celtibérico demuestra que tras la ocupación, las prácticas funerarias indígenas mantienen la esencia de los ritos, a la vez que la ocupación de los mismos lugares que se venían usando como necrópolis, como demuestra el cementerio de Carratiermes, que se mantendría en uso desde el siglo VI a.C. hasta finales del siglo I/principios del II d. C. (1994: 93).

Por último, cabe mencionar el “urbanismo” y las estructuras domésticas. En las excavaciones llevadas a cabo en Salamanca, se ha constatado la evolución de la vivienda desde época preaugusta

hasta el siglo III d. C., con un claro predominio del gusto indígena: adobes enlucidos de arcilla, con arcilla y ramajes para la techumbre, no siendo hasta finales del siglo I d. C. cuando se comienza a emplear el ladrillo para las paredes de los edificios y *tégula* e *imbrex* para algunas cubiertas (STRATO, 1994: 82; Alario *et al*, 1998c). Por otra parte, las excavaciones también confirman que la trama urbana prerromana continuará vigente durante el siglo y medio de dominación romana que abarca este estudio (Benet, 2001: 36), lo que una vez más parece apoyar la idea del fuerte peso de la tradición indígena. Esta pervivencia es frecuente en lugares donde la romanización es menor y, por tanto, existen más vestigios de elementos tradicionales, como por ejemplo en Tiermes y Numancia (Argente, 1991: 216) o en La Galia central (Martín, 1977: 173-183). Por tanto, la cultura material y la arquitectónica muestran que no existió un fenómeno de plena romanización, comparable al del Sur y el Sureste peninsular, al menos hasta el final del ámbito cronológico de este estudio, lo que concuerda con la tónica que se dio en el resto de territorios del NO peninsular (Arias y Durán, 1996: 118; Fernández, 1982: 249 y 253). La “romanización” fue un poco más fuerte en zonas urbanas y de especial interés para Roma, como por ejemplos Las Médulas, y aun así no es comparable ni tan profunda como en el resto de *Hispania*, debido en gran parte al poco interés económico que despertaba en general el territorio (Salas *et al.*, 1983: 244), por lo las poblaciones de esta área mantuvieron sus tradiciones y su cultura (Argente y García-Soto, 1994: 94; Sanz y Velasco, 2003: 204ss.).

Por último hemos realizado un ensayo de síntesis sobre las distintas actividades que se realizaban en los poblados durante la Edad del Hierro. Además de los indicios agropecuarios extraídos del estudio del subsuelo, relacionada con la caza se han recuperado una serie de puntas de flechas, cuya cronología abarca toda la Edad del Hierro, una punta de jabalina procedente de Cancho Enamorado y una escena de caza con arco procedente de uno de los sillares de la muralla de Yecla (Maluquer, 1958a: 78; Piñel, 1980: 67; Martín Valls, 1997: 117 y 147; López, 2004: pieza 720). Estos objetos se han puesto en relación con la actividad cinegética (Cabré, 1958: 57; Benet, 2001: 18; Fernández, 2001: 299; Quesada, 2003: 91), que en este caso se apoya también en la presencia dentro de la muestra osteológica recuperada en las excavaciones de Salamanca (Benet, 2001: 19) y del Teso del Cuerno (IACyL) de huesos de cérvidos, conejos y liebres. El estudio realizado en el primer caso muestra que durante el Hierro I, la caza tendrá más peso con una presencia de entre el 20% y el 7% mientras que en la etapa siguiente, el porcentaje, apenas un 3%, es muy bajo respecto de los animales domésticos (Macarro, 1999a: 52, Benet, 2001: 19, 25-6). Otro indicio de su existencia sería su representación en los grabados rupestres de la muralla de Yecla de Yeltes. La actividad cinegética se ha registrado en otros yacimientos meseteños del Hierro y en otras áreas, como la extremeña o la portuguesa de Tras-os-Montes, como complemento de la dieta (Berrocal-Rangel, 1992: 231; Esparza, 1999: 95; Liesau y Blasco, 1999: 146; Royo, 2009: 41 y 56; Misiego, 2013: 329).

La pesca, por su parte, es una actividad difícil de documentar y tan sólo contamos con los restos de lagomorfos entre la fauna identificada en el Cerro San Vicente (Macarro y Alario, 2012: 82) y



con una pesa, considerado por nosotros como un peso de red, procedente de Yecla de Yeltes (Pérez, 1991-92: 75). La morfología y medidas de esta piza recuerda a otras identificadas como tal en diversos yacimientos como Llagú (Berrocal-Rangel *et al.*, 2002: 207), Vigo (Hidalgo, 1987: 132), Briteiros (Cardozo, 1980: 45 y 63) o en el valle del Baixo Sabor (Sánchez, inédito), todas ellas asociadas con la pesca. Al igual esta, la recolección es otra actividad difícil de documentar a menudo en el registro arqueológico con el que contamos, sobre todo por la falta de análisis polínicos<sup>124</sup>; no obstante sí que se han recuperado bellotas, algunas peladas y carbonizadas en Salamanca (STRATO, 1995: 84; Macarro y Alario, 2012: 76), que implican no sólo su recolección sino también su preparación para un posterior almacenado. La bellota es un fruto común en la dieta prerromana peninsular y prueba de ello es tanto su mención por autores clásicos como Estrabón (*Geor.*, III, 3, 7) como la gran cantidad de yacimientos donde se han recuperado (Sanz y Velasco, 2003: 103; Torres, 2005: 34; Chapa y Mayoral, 2007: 161; Celestino, 2008: 106; Berrocal-Rangel y Silva, 2010: 269).

La actividad textil y la talabartería también parecen estar representadas, a pesar de no haberse recuperado ninguna muestra de tejido, ya que si se han identificado toda una serie de útiles relacionados con estas actividades como son agujas de bronce y de hueso, tensores líticos, torteras en hueso, las fusayolas y las pesas de telar, las leznas y los punzones de hierro, bronce y hueso o los raspadores líticos (Maluquer, 1958a: 48, 75; Piñel, 1980: 37, 109, 145; Martín Valls, 1986-87: 62; Benet *et al.*, 1991: 137-163; Alario, 1999; López, 2003a: 46; Macarro, 1999a: 218; Macarro, 2004-06b: 128; Macarro y Alario, 2012). Esta actividad textil junto con los restos faunísticos analizados en Salamanca y los verracos, evidencian la presencia de una cabaña ganadera importante sobre todo a partir del siglo IV a. C. y también agrícola, con el lino. Esta ganadería se complementaría con otras actividades como son la agricultura, la pesca, la recolección y la caza también documentadas a través de los vestigios arqueológicos recogidos, que parecen indicar la existencia de una dieta relativamente variada para las poblaciones objeto de este estudio.

Importante también sería la alfarería, en gran medida por la gran cantidad de objetos de uso cotidiano que produce, tales como fusayolas, vasijas, fichas, bolas,... Hasta el momento no se ha documentado ningún gran alfar como el de Las Cogotas (Álvarez-Sanchís, 1999: 156) o el de Pintia (Romero, 2001: 139) en ninguno de los castros estudiados, por lo que se presupone como mínimo una alfarería a nivel doméstico. No obstante, si los parámetros establecidos por Blasco (2008: 134) son correctos, es factible presuponer la presencia de uno para la producción masiva en Salamanca, ya que contamos con la presencia de cerámicas tardías. Sea como fuere, se han distinguido una serie de objetos que intervienen en dicha actividad tales como los alisadores (Benet *et al.*, 1991: 130 y 152; Macarro, 1999a: 47; STRATO, 1995a: 128), las espátulas (Maluquer, 1951: 66; Benet *et al.*, 1991: 130; Macarro, 1999: 151), las piezas dentadas (Macarro, 1990: 88; Piñel, 1980: 36) o los pulidores (Alario,

<sup>124</sup> Se desconoce si se han realizado análisis polínicos que estén inéditos en otros yacimientos englobados en esta investigación.

1999). Este tipo de instrumental se ha asociado con esta labor en otros yacimientos meseteños (Celis, 1993: 127-128; Seco y Treceño, 1993: 139-143; Mariné, 2005: 111).

Otra actividad que podría haberse desarrollado es la metalistería, aunque la falta de análisis no permite asegurar al cien por cien que las fíbulas, los alfileres, los colgantes, los brazaletes, los torques, las arrancadas y otros objetos de adorno personal hayan sido elaborados en los castros. No obstante, la amplia variedad de piezas recogidas permiten ver los gustos de la sociedad y como en muchos casos, los modelos alóctonos son adoptados y modificados por los artesanos locales, como son los casos de las fíbula de doble resorte, la de codo o las de tipo La Tène, que una vez que llegan a la Meseta, desarrollan diversas variantes (Argente, 1994: 57, 90-91; Martín Valls, Delibes y Esparza, 1996: 35; Jiménez Ávila, 2003: 312). Así mismo, hay otros objetos propios de la joyería prerromana peninsular como los torques, cuyo uso se rastrea desde el Bronce Final en la Meseta y el Noroeste peninsular (Delibes, 2001: 149), o las fíbulas zoomorfas, características del área celtibérica, desde donde se extenderían no sólo al resto de la Meseta sino a áreas limítrofes como el territorio astur (Argente, 1994: 92; Mariné, 2005: 113). Tanto el sincretismo como las joyas originales son una característica de la orfebrería meseteña (Martín Valls, Delibes y Esparza, 1996: 35), y se han documentado bien en nuestra área de estudio.

Muchos de estos objetos de adorno personal aparte de la función práctica, como es el caso de las fíbulas, reflejarían la posición del propietario, ya que aunque en los castros estudiados el grueso de los objetos son de hierro y bronce, hecho habitual en el mundo celtibérico (Sanz, 2005: 340), se conocen piezas de la orfebrería indígena de oro y plata, que han sobrevivido a su fundición posterior, como fíbulas de plata de Ledesma (Pérez, 1997: 105) o Numancia (Sanz, 2005: 343), la arrancada de El Berrueco (López, 2004: 27-28), las piezas procedentes de los tesoros de Arrabalde y Padilla del Duero (Delibes, 2001: 153). Lógicamente estas últimas no estarían al alcance de toda la población y en momento de necesidad de metales preciosos serían los que fundirían para abastecimiento, de ahí quizá el hecho de que no se hayan recuperado tantas piezas de joyería en oro y plata. Salinas (1986: 132ss.) y Fatás (1973: 110SS.) asocian esta falta a los botines y tributos exigidos por Roma durante la conquista del territorio.

Siguiendo con la concepción de marcadores de estatus dentro de la sociedad, Jiménez Ávila distingue un uso cotidiano de ciertas piezas, como los brazaletes de bronce, frente a otras que solo se lucirían en ocasiones especiales (2006: 95-98) y los investigadores adjudica los objetos con decoración de équidos al grupo rector de la sociedad, los *equites*, como manifestación de su estatus social (Almagro-Gorbea, 2001a: 167; Blanco, 2003: 88). Otra interpretación que se ha dado a muchos de estos objetos es la de “amuletos”, papel que no es excluyente del uso ornamental y del funcional, ya mencionada. Así, el hecho de que muchas piezas representen animales, tales como las ya aludidas fíbulas zoomorfas o los remates de los torques, como es el caso de la cabeza de carnero de El Berrueco (Maluquer, 1958: 107), se podría relacionar con una función protectora (Bandera, 1986: 515;

Labeaga, 1999-2000: 59). Este tipo de alegoría animalística está presente en otras piezas arqueológicas del noroeste peninsular tales como los verracos, los ex-votos, los báculos, sillares de las murallas, las estelas funerarias..., y parecen tener un carácter apotropaico-religioso-mágico, y es que en el mundo celta parece que existió una serie de animales totémicos, tales como el caballo o el jabalí, ligados a dioses, como Epona en el caso del primero (Cabré, 1930: 39-40, Green, 1992: 17 y 1997: 29; Cerdeño y Cabanes, 1994; Mariné, 2001: 434; Esparza, 2003: 173-174; Celestino, 2002: 24-26; Álvarez-Sanchís; 2003: 279; 2008: 33). También se le ha querido ver este mismo carácter protector a las canicas o bolas de barro, ya que se han comparado con las sonajas o sonajeros, que aparte de actuar como juguetes, tradicionalmente se creía que ahuyentaban a los malos espíritus (Labeaga, 1999-2000: 122; González, 2013: 22).

Otra actividad importante desarrollada por las poblaciones de la Edad del Hierro sería la cantería, que se ha detectado por el reconocimiento de canteras en los yacimientos de Yecla de Yeltes, el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores), la Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero), Castelmao (San Felices de los Gallegos) y El Castillo de Saldeana. Las zonas documentadas están en relación con la extracción de piedra para la construcción de las murallas, las casas, los campos de piedras hincadas, molinos y, quizás, los verracos. Están situadas en las inmediaciones de los castros debido a que la abundancia de afloramientos graníticos del terreno permite no tener que desplazarse más lejos para obtener la materia prima necesaria. Los signos visibles que han podido identificar se centran en el vaciado de la piedra, la marcación de los bloques y bloques a medio tallar o desechados. Otra piedra que se explotó fue la pizarra y la arenisca, a pesar de no haberse localizado ninguna cantera: las murallas de pizarra son claras en los castro de Iruña (Fuenteguinaldo) y de Lerilla (Zamorra). Además, en la construcción de las viviendas y la muralla del Cerro San Vicente se emplearon ambas piedras y los análisis realizados, concluyeron que son de origen local (Macarro, 2012: 42-43), situación lógica si tenemos en cuenta que en los suelos detríticos paleógenos de esta área son habituales las areniscas (Fernández, 2013: 12). Como se puede apreciar las canteras de granito se localizan en las proximidades de las poblaciones pero también se puede presumir que habría una movilidad en busca de materiales líticos que no se encontraran en las inmediaciones como demuestra la gran cantidad de cuarzo que se puede observar en superficie en el Picón de la Mora, pero que, como ya se ha indicado, no se encontraría en el sustrato geológico del asentamientos sino que habría que buscarlo en las vetas de Las Canteras, situado a 2,25 Km. al S del yacimiento arqueológico (Mapa Geológico, Hoja "Vitigudino") (Mateos *et al*, 2005-06: 162) o en la existentes en los alrededores de Guadramiro a 5Km de distancia (IGME, Mapa metalogenético de España, Escala 1: 200000, 36). Así mismo, el trabajo de Gregorio Manglano (2013) ha demostrado el movimiento de estas rocas para la talla de verracos, arrojando distancias de hasta 30 km. y descartado otras superiores que pueden ser consecuencia de acarreo medievales o modernos.

Se sabe que la explotación de la piedra por parte de los pueblos prerromanos fue intensiva en áreas de pedregal como la sierra que cubre buena parte de la provincia abulense, predominando el granito y el cuarcito, y en el sector salmantino de Sayago-Ledesma-Vitigudino, donde impera el granito (Sánchez, 2000: 211; Rodríguez, 2012). En el caso de las sierras cacereñas, la penillanura trujillana o las comarcas salmantinas de Campo de Argañán, Campo Charro y Sierra de Tamames, la piedra predominante es la pizarra (Sánchez, 2000: 211). Por tanto estamos ante la existencia de un grupo de especialistas en el arte de la cantería, ya que la labor de reconocer vetas susceptibles de explotación, la marcación y la extracción de bloques, la labra de las esculturas de piedra (verracos, cabezas cortadas y dios tricéfalo) o la talla de los santuarios son procesos duros y laboriosos, en los que se necesitaría de personas especializadas con dedicación a tiempo completo (Álvarez-Sanchís, 1990: 226; Nortes, 2010: 130; Rodríguez, 2012: 125).

Por supuesto, tan poco hay que olvidar aquellos instrumentos que intervienen en muchas de estas actividades, y que al estar fabricados en material perecedero no se han conservado como pueden ser muchos artefactos agropastoriles (dedales, cardadores, husos, los cestos, las zoquetas...), de cantería (herramientas de medición, trazo y comprobación), útiles cotidianos (bolsas de cuero, telares, tablas de lavar, tablas de amasar, coladores,...), artefactos de pesca (redes, cuerdas, arpones, *nasas*,...) o elementos de enmangue, ya que los únicos que se han identificado están elaborados en hueso (Martínez Maganto, 1992: 226-287; Chapa y Mayoral, 2008; Blasco, 2008: 131; Rodríguez, 2012: 123). Por otro parte, las evidencias arqueológicas demuestran que el sistema de construcción de las viviendas empleaba la madera para los postes de sujeción de las cubiertas, para las estacas de refuerzo de las paredes de adobe o para el sistema de techumbre (Benet *et al.* 1991: 117-136, Fabián, 1999: 173; Macarro y Alario, 2012: 43); así mismo los telares y estructuras similares también estarían fabricados con madera (Torres, 2005: 135; Blasco, 2008: 131). Del mismo modo, la recolección de leños para el mantenimiento de los hogares identificados implica la existe de unas herramientas acordes para tal fin. Por lo que, tanto las evidencias indirectas, que no se han conservado, como las que sí están presentes hablan de una actividad relacionada con el trabajo de la madera. Al hilo de esto, se han señalado una serie de instrumentos y objetos que bien pueden asociarse con esta labor tales como las azuelas (Maluquer, 1958a: 48), las hachas líticas y de bronce (Martín, 1919: 400; Maluquer, 1956: 115; Piñel, 1980: 67; Martín Valls, 1997: 117) y los clavos (Benet *et al.*, 1991: 130; Alario, 1999).

Por tanto, el elenco de materiales muestra poblados con una economía autárquica, realizándose diferentes labores destinadas a cubrir sus necesidades básicas. Incluso en muchos casos, a falta de la identificación de talleres especializados, muchas de estas actividades deben considerarse como parte de una economía de subsistencia, tales como la agricultura, la pesca, la caza, la ganadería, la alfarería de productos utilitarios,... realizadas por cada unidad habitacional para cubrir sus necesidades diarias. Por el contrario, habría otras que seguramente serían llevadas a cabo por

artesanos especializados tales como la orfebrería o la alfarería de productos de lujo, como por ejemplo las cerámicas pintadas.

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES.

En resumen, el poblamiento que presenta el occidente meseteño (Sistema Central y Campo Charro) desde el siglo IX-VIII a. C. hasta el siglo I d. C. refleja una densidad notable, con una organización territorial y un proceso de jerarquización de los poblados que se acentuará a partir del siglo V a. C., momento en que desaparecen algunos asentamientos, otros se consolidarán y se fortificarán y otros surgirán de ex-novo. Sobreviven en época romana los castros principales, que aglutinarán a la población y se convertirán en los ejes vertebradores del territorio, al transformarse en la herramienta de la administración romana para controlar esta zona.

El incremento del control de los recursos de su entorno, el comercio de materiales exóticos destinados a una clase social aristócrata, el aumento progresivo de hábitats debido a un crecimiento de población y a la necesidad de controlar recursos críticos de su entorno son elementos fundamentales de este proceso, cuyas manifestaciones más singulares serían, por un lado la monumentalidad de los sistemas defensivos en aquellos castros considerados principales dentro de ese modelo de jerarquización del territorio que se ha propuesto para la Segunda Edad del Hierro, no sólo con elementos tales como los campos de piedras hincadas o las murallas sino también con la presencia de grabados, sobre todo de équidos, grupo animalísticos más representados en el centro-norte de la Península. Su imagen se ha interpretado como un símbolo de *status* social y del elevado nivel económico de su propietario, relacionándolo con las élites ecuestres. De hecho, está constatada la progresiva importancia que van adquiriendo las clases ecuestres en *Hispania* a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, hasta convertirse en el grupo social rector de los grandes *oppida*, constituyendo los diversos objetos mencionados, sobre todo los metálicos, una forma de distinción social (Brun, 1995: 20; Blanco, 2003: 88; Royo, 2005: 192). Por otro lado, los verracos considerados elementos monumentales que conjugan diversos usos como el de marcadores territoriales, combinados con las características funcionales, emblemáticas y políticas de las murallas, se han interpretado como un rasgo propio de las sociedades de jefaturas con las que culmina este proceso, dando como resultado un modelo con una estructura social y unas creencias religiosas complejas.

Tras la implantación del dominio romano en este territorio, todos los datos que hemos manejado apuntan hacia una escasa aculturación de las poblaciones de la Edad del Hierro, con una romanización muy por debajo de los niveles detectados en el registro arqueológico de la provincia Citerior y una cultura indígena profundamente arraigada, cuyo peso resulta evidente hasta el siglo II-III d.C.



## VII. Bibliografía



ABAD MARTÍNEZ-LOSA, M.E., 2008: *Oficios tradicionales de Arnedo*. Gobierno de La Rioja.

ABARQUERO MORAS, F. J., 1997: "El significado de la cerámica decorada de Cogotas I". Universidad de Valladolid. B. S. A. A., XLIII. pp. 71-96.

- 1999: "Rasgos de identificación de la cerámica de tipo Cogotas I fuera de La Meseta". En R. de Balbín y P. Bueno (eds.). *Actas del II Congreso de Arqueología Peninsular (Zamora 1998)*. Tomo III, *Primer Milenio y Metodología*. pp. 113-127.

ABASCAL PALAZÓN, J.M., 1986: *La cerámica pintada romana de tradición indígena en La Península Ibérica. Centros de producción, comercio y tipología*. Madrid.

- 1994: *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*. Murcia.
- 1995: "Las inscripciones latinas de Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) y el culto a Ataecina en Hispania". *Archivo Español de Arqueología*, 71-72. Pág. 31-105.
- 2000: "Inscripciones romanas de Saldeana (Salamanca)". *Archivo Español de Arqueología*, 73. Pág. 265.
- 2002: "Fasti consulares, fasti locales y horologia en la epigrafía de Hispania". *Archivo Español de Arqueología*, 75. pp. 269-286.

ACERO, J., 2003: "Los puentes de La Vía de La Plata en el tramo de Mérida-Baños de Montemayor. Consideraciones acerca de su tipología y cronología". *Bolskan*, 20. pp. 105-117.

AGUILAR GÓMEZ, J. C., 2006: *Excavación de los Melgares. La Vellés (Salamanca)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

AGUILAR Y GAMBOA, E., 1916: *Las necrópolis ibéricas*. Madrid.

ALARIO GARCÍA, C., 1999: *Inventario arqueológico de los materiales extraídos en la excavación del Solar del Trilingüe (Salamanca)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

ALARIO GARCÍA, C.; PÉREZ GÓMEZ, P. L. y MACARRO ALCALDE, C., 1998a: *Informe técnico de las excavaciones arqueológicas del Solar del Trilingüe. Salamanca. Vol. I*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1998b: *Informe técnico de las excavaciones arqueológicas del Solar del Trilingüe. Salamanca. Vol. II*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 1998c: *Informe técnico de las excavaciones arqueológicas del Solar del Trilingüe. Salamanca. Vol. III*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

ALARIO GARCÍA, C. y MACARRO ALCALDE, C., 2003: *Informe técnico de la excavación arqueológica realizada en la Parcela I de El Cerro de San Vicente de Salamanca. Agosto-Noviembre*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 2007: "La ciudad romana de *Salmantica* a través de la secuencia estratigráfica del solar del Trilingüe". *Arqueología en la Vía de la Plata (Salamanca)*. pp. 213-242.
- 2008: *Trabajos de desbroce, limpieza, consolidación, señalización y excavación de sondeos*

arqueológicos en la Calzada Romana del Pinar de Alba en Terradillos (Salamanca). [http://www.ayto-terradillos.com/portal/RecursosWeb/DOCUMENTOS/5/0\\_815\\_1.pdf](http://www.ayto-terradillos.com/portal/RecursosWeb/DOCUMENTOS/5/0_815_1.pdf) (09/10/2010).

ALBERTOS FIRMAT, M. L., 1952: "Nuevas divinidades de la antigua Hispania". *Zephyrus* 3. pp. 49-63.

1964: "Nuevos antropónimos hispánicos". *Emérita*, XXXII. pp. 128-143.

- 1975: "Organizaciones suprafamiliares de la Hispania Antigua". *Studia Archaeologica*, 37. Valladolid.

ALFARO GINER, C., 2001: "Vías pecuarias y romanización en La Península Ibérica". *Los rebaños de Gerión, pastores y trashumancia en Iberia Antigua y Medieval*. Colección de la casa de Velázquez. Gómez-Pantoja (Ed.). pp. 215-231.

ALFAYÉ VILLA, S. M., 2005: "Santuarios celtibéricos". *Celtíberos, tras la estela de Numancia*. Diputación Provincial de Soria. Soria. pp. 293-300.

- 2007: "Rituales relacionados con murallas en el ámbito celtibérico". *Paleohispánica*, 7. pp. 9-41.
- 2009: *Santuarios y rituales en la Hispania céltica*. (Tesis doctoral). BAR IS, nº 1963.

ALMAGRO BASCH, M., 1966: Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas. *Ampurias*. XXVIII. Barcelona. pp. 215-236.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1940: "El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa". *Rev. Ampurias*. Barcelona.

- 1966: *Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular*. Madrid.
- 1974: "Los asadores de bronce del Suroeste peninsular". *Revista de Archivo, Bibliotecas y Museos*, LXXVII, 1. pp. 351.
- 1977a: "El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura". *Biblioteca Praehistórica Hispana*, XIV. Madrid.
- 1977b: "El Pic dels Corbs, de Sagunto y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica." *Saguntum*, 12. Valencia.
- 1993: "La introducción del hierro en La Península Ibérica. Contactos precoloniales en el período protoorientalizante". *Complutum*, 4. Pág. 86.
- 1996: *Ideología y poder en Tartessos y el Mundo ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- 2001: "El arte celta en La Península Ibérica". *Celtas y Vettones*. Diputación provincial de Ávila. pp. 159-169.
- 2007: "Las fortificaciones tartésicas en el Suroeste peninsular". *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro: Las murallas protohistóricas de la Meseta y la Vertiente Atlántica en su contexto europeo*. Berrocal-Rangel y Moret (Eds.). Real Academia de la Historia y Casa de Velázquez. Madrid. pp. 36-55.
- 2007a: "La etnología como fuente de estudios de la Hispania celta". *Pasado y presente de los estudios celtas*. pp. 15-75.
- 2008: "Celtas y Vettones". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del Hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 44-62.

- 2009: "Lusitanos y Vettones". *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa, Alto Alentejo y Cáceres*. Sanabria Marcos (Ed.). Museo de Cáceres. pp. 15-43.

ALMAGRO-GORBEA, M. y ABASCAL, J. M., 1999: *Segóbriga y su conjunto arqueológico*. Real Academia de La Historia. Madrid.

ALMAGRO-GORBEA, M. y ÁLVAREZ-SACHÍS, J. R., 1993a: "La Sauna de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico". *Cuadernos de Arqueología de La Universidad de Navarra*, I. pp. 177-221.

ALMAGRO-GORBEA, M. CANO, J.J. y ORTEGA, J., 1999: "El anillo argénteo del Cerro de La Mesa y los anillos con caballito de la Hispania romana". *Complutum*, 10. pp. 157-165.

ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMINGUEZ, A. y LÓPEZ, F., 1990: "Cancho Roano. Un palacio orientalizante en La Península Ibérica". *Madrid Mitteilungen*, 31.

ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A., 1990: "Tetés humaines dans l'art celtique de la Péninsule Ibérique". 115 *Congrès national des Sociétés savantes (Avignon)*.

ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M., 1999: *Las fibulas de jinete y de caballito: aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Institución Fernando El Católico. Excm. Diputación de Zaragoza. Zaragoza.

ALMAZÁN DE GRACIA, A., 1994: "Guía de las leyendas sorianas". *Revista de Soria*, 4.

ALMEIDA, H., 1999: *Martinamor. Un pueblo de la Tierra de Alba de Tormes*. Diputación de Salamanca y Ayuntamiento de Martinamor.

ALMEIDA, S., 2005: *A Idade do Ferro no Planalto de Viseu: o caso do Morro da Sé*. Dissertação de Mestrado em Arqueologia.

ALONSO ÁVILA, A. y CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, S., 1999: *Corpus de inscripciones romanas de la provincia de Salamanca*. Valladolid.

ALONSO i MARTÍNEZ, N. (coord.), 2003: *Chevaux de frise i fortificació en la primera edat del ferro europea: Reunió Internacional Chevaux-de-Frise i Fortificació en la primera Edat del Ferro Europea (2000. Lleida)*. Lérida Universitat de Lleida.

ALONSO MARTÍNEZ, N.; JUNYENT SÁNCHEZ, A.; LAFUENTE REVUELTO, A. y LÓPEZ MELCIÓN, J. B., 1998: "Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca." *Actas del Congreso internacional de Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad Ibérica*. Barcelona. pp. 354-371.

ALVARADO, M.; BUENO, P.; MUNICIO, L. y GONZÁLEZ, A., 1988: "El yacimiento de El Jardinero (Valencia de Alcántara, Cáceres)". *Extremadura Arqueológica*, I. Junta de Extremadura, Conserjería de Educación y Cultura. pp. 89- 102.

ALVAR EZQUERRA, J. (Ed.), 2000: *Diccionario Espasa de mitología universal*. Madrid.

ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y.; LÓPEZ GONZÁLEZ, L. F.; LÓPEZ MARCOS, M. A., 2006: "La secuencia cultural del Castro de Vilela". *Cuadernos de Estudios Gallegos*, LIII: 9-31.

ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1990: "Los verracos del valle de Amblés (Ávila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica". *Trabajos de Prehistoria*, 47. pp. 201-233.



- 1999: *Los Vettones*. Real Academia de La Historia. Madrid.
- 1993: "Los castros de Ávila". En M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.). *Los celtas: Hispania y Europa*. Actas. Madrid.
- 2001: "Los vettones." *Celtas y Vettones*. Ávila. pp. 259-277.
- 2003: *Los señores del ganado, arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia*. Akal. Madrid.
- 2007: "El poblado fortificado de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila) y su relación con el poblamiento prerromano del Valle Amblés". *Paisajes fortificados de La Edad del Hierro: Las murallas protohistóricas de La Meseta y la Vertiente Atlántica en su contexto europeo*. Berrocal-Rangel y Moret (Eds.). Real Academia de la Historia y Casa de Velázquez. Madrid. pp. 237-254.
- 2008: "El descubrimiento de los vettones. Las Cogotas y la cultura de los verracos". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 15-42.
- 2009: "Antes de los Oppida. Los vettones y La Edad del Hierro". *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa, Alto Alentejo y Cáceres*. Sanabria Marcos (Ed.). Museo de Cáceres. pp. 45-64.

ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. y RUIZ ZAPATERO, G., 2001: "Cementerios y asentamientos: bases para una demografía arqueológica". *Entre celtas e iberos: las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. L. Berrocal-Rangel (ed.). *Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 8. pp. 61-77.

- 2002: "Etnicidad y arqueología: tras la identidad de los Vettones". *Spal. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 11. pp. 253-275.

ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R., RUIZ ZAPATERO, G., MARÍN C. y FALQUIN A., 2008: "El oppidum vettón de Ulaca (Solosancho, Ávila) y su necrópolis". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 339-361.

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V y PAJARES BORBOLLA, G, 2011: "¿Hachas, mazas o martillos? un lote de percutores líticos en el extremo occidental de la marina asturiana". *Férvedes*, 7. pp. 185-194.

AMELA VALVERDE, L., 2000: "Acuñaciones de Cneo Pompeyo hijo en Hispania". *Numisma*, 244. pp. 7-34.

ANGOSO GARCÍA, L., 1985: "El asentamiento rural romano de El Cenizal (60-70 d. de C.- fines del siglo IV d. de C.)". *Revista provincial de estudios salmantinos*, 16-17. pp.341-387.

APARICIO BASTARDO, A. y DE LA FUENTE, A., 1993/94: Estudio arqueológico e intervención arquitectónica en la iglesia de La Asunción en San Vicente del Valle (Burgos). *Numantia*, 6. pp. 153-171.

APIANO, 1980: *Historia romana I*. Traducción, introducción y notas de Antonio Sancho Royo. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

ARENAS ESTEBAN, J. A., 1990: "La necrópolis protohistórica de La Cerrada de Los Santos (Aragoncillo, Guadalajara)". Algunas consideraciones en trono a su contexto arqueológico". *II Simposio sobre los celtiberos. Necrópolis celtibéricas*. Burrillo Mozota (Coord.). pp. 93-99.

ARENAS ESTEBAN, J. A., 1990: "La explotación del Hierro en el curso alto del río Mesa (Guadalajara) en época celtibérica". *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía*. Burrillo Mozota (Coord.). pp. 203-212.

ARGENTE OLIVER, J. L., 1990: "Las fibulas en las necrópolis celtibéricas". *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*. Burrillo Mozota (Coord.). pp. 247-265.

- 1991: "Tiermes, la roca como base para la vivienda doméstica en época romana", en *La casa urbana hispanorromana. Ponencias y comunicaciones*. Zaragoza. pp. 213-232.
- 1994: "Las fibulas de la Edad del Hierro en la Meseta oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural". *Excavaciones arqueológicas en España*. Ministerios de Cultura.

ARGENTE OLIVER, J. L. y DÍAZ DÍAZ, A., 1990: *Tiermes. Guía del yacimiento arqueológico y museo*. Soria.

ARGENTE OLIVER, J. L. y GARCÍA-SOTO MATEOS, E., 1994: "La estela funeraria en el mundo preclásico en la Península Ibérica". *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias. Vol. I*. Carlos de la Casa (Ed.). Soria. pp. 77-97.

ARIAS, G., 1987: *Repertorio de caminos de la Hispania romana*. Madrid.

ARIAS VILAS, F. y DURÁN FUENTES, M<sup>a</sup>. C., 1996: *Museo do Castro de Viladonga*. Junta de Galicia.

ARIÑO GIL, E., 2007: "Un epígrafe funerario romano inédito junto a la mansio Caelionicco de La Vía de la Plata (Puerto de Béjar/Peñacaballera, Salamanca)". *Arqueología en la Vía de la Plata (Salamanca)*. pp. 243-256.

ARIÑO GIL, E. y DE QUEVEDO GÓMEZ, M., 2007: "Al norte de *Salmantica*: vía, estructura territorial y poblamiento". *Zephyrus*, 60. pp. 265-268.

ARMADA, X-L, 2005: "Asadores de la Península Ibérica y cuestión orientalizante un ensayo de síntesis", en Celestino y Jiménez (Eds.). *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del mediterráneo Occidental. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXXV. Mérida. pp. 1249-1267.

ARQUETIPO, S. C. L., 1996: *Informe de las actuaciones arqueológicas en la C/Corral de Guevera, 3-5-C/Las Mazas. Noviembre 1995 - Enero 1996*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1999-2000a: *Prospección arqueológica. Área Serrana y Campo Charro. Campaña 1999-2000. Tomo I: Memoria*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 1999-2000b: *Prospección arqueológica. Área Serrana y Campo Charro. Campaña 1999-2000. Tomo II: distribución por municipios (Abusejo-Fuenteliante)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 1999-2000c: *Prospección arqueológica. Área Serrana y Campo Charro. Campaña 1999-2000. Tomo III: distribución por municipios (Garcibuey-Pozos de Hinojo)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 1999-2000d: *Prospección arqueológica. Área Serrana y Campo Charro. Campaña 1999-2000. Tomo IV: distribución por municipios (Puebla de Yeltes-Zamarra)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1999-2000e: *Prospección arqueológica. Área Serrana y Campo Charro. Campaña 1999-2000. Tomo V: Inventario de materiales*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- ARRIBAS, A. y JIMÉNEZ, E., 1978: "Esquema geológico-litológico de la provincia de Salamanca". *Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina 1. Estudio fisiográfico-descriptivo (2º fascículo)*. Contribución a proyectos UNESCO-M. A. B. Salamanca-Jaca.
- ARRUDA, A. M., 2000: "Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal". Universidad Pompeu Fabra. Barcelona.
- ATKINSON, I., 1990: *Los barcos vikingos*. Akal.
- AUBET SEMMLER, M. E., 1981: "La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla). Túmulos A y B". En *Andalucía y Extremadura*, I. pp. 53- 160.
- AUDOUZE, F y GAUCHER, G., 1981: "Typologie des objets de L'Age du Bronze en France". Fasc. IV. Epingles.
- BALADO ACHÓN A. y MARCOS HERRÁN F. J., 2004a: *Excavaciones arqueológicas en el solar de la ampliación de la Facultad de Geografía e Historia. Informe de excavación*. Unveinte S. L. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2004b: *Excavaciones arqueológicas en el solar de la ampliación de la Facultad de Geografía e Historia. Inventario de materiales*. Unveinte S. L.
- BALIL A., 1961: "Casa y urbanismo en la España prerromana". *Revue Archéologique*, II. París. 220-242.
- 1965: "Varia hellenístico-romana". *Archivo Español de Arqueología*, XXXVIII. pp. 106-139.
  - 1965b: "Varia hellenístico-romana". *Archivo Español de Arqueología*, XXXVIII. pp. 132-133.
- BAQUEDANO BELTRÁN, I., 1990: "Elementos relacionados con el caballo en tumbas inéditas de La Osera". En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 279-286.
- 1996: "Elementos de filiación mediterránea en Ávila durante la I y II Edad del Hierro". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36. pp. 73-90.
  - 2007: "Perspectivas ante el más allá: las necrópolis vettonas." En Barril Vicente, M.; Galán Domingo, E. y del Ser Quijano, G. (coord.): *Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona*. [exposición] del 9 de marzo al 15 de julio de 2007, Torreón de los Guzmanes, Plaza del Corral de las Campanas, Avila. pp. 167-172.
- BAQUEDANO BELTRÁN, I. y MARTÍN ESCORZA, C., 1998: "Alineaciones astronómicas en la necrópolis de la Edad del Hierro de La Osera". *Complutum*, 9. pp. 85-100.
- 2008: "Sacerdotes vettones: el sol y las estrellas. Un mapa estelar en la necrópolis de La Osera". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del Hierro*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 310-322.
  - 2009: "Orientaciones astronómicas en las necrópolis tumulares de La Osera (Ávila) y El Cigarralejo (Murcia)". *Complutum*, Vol. 20, nº 2. Pp 121-140.

- 2010: "Rito y estructura social en la necrópolis de La Osera (Chamartín, Ávila)", en F. Burillo (Ed.). *Ritos y Mitos. VI Simposio sobre Celtiberos*. pp. 421-432.

BAQUEDANO PÉREZ, E.; CONTRERAS MARTÍNEZ, M.; MÄRTENS, G. y RUÍZ ZAPATERO, G., 2007: "El oppidum carpetano de "El Llano de la Horca" (Santorcaz, Madrid)". *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania: registro arqueológico, secuencia y territorio. Vol 2*. Comunidad de Madrid, Museo Arqueológico Regional.

BARBERO CASTRO, L., 2002: *Prospección arqueológica de superficie en el Valle del Alagón (Comarca Sierra de Francia, Salamanca)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

BARRIL VICENTE, M., 1992: "Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional". *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, X. Madrid. pp. 5-24.

BARRIO, M., 1996: "El Cerro del Berrueco (Salamanca). Nuevas propuestas para un problema olvidado". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 36. pp. 47-71.

BARRIO MARTÍN, J., 1988: *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas, Cuéllar (Segovia)*. Diputación provincial de Segovia.

- 1990: "La temprana metalurgia del hierro en la Sierra de Ayllón a partir de los elementos féreos de la necrópolis de la Dehesa (Ayllón, Segovia)". *II Simposio sobre los celtiberos. Necrópolis celtibéricas*. Burrillo Mozota (Coord.). pp. 181-193.
- 1993: "Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid. pp. 173-212.
- 2006: *La necrópolis celtibérica de La Dehesa en Ayllón*. Estudios y Catálogos, 16. Museos de Castilla y León. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

BARROSO BERMEJO, R. M<sup>a</sup>, 2002: *El Bronce Final y los comienzos de la Edad del Hierro en el Tajo Superior*. Diputación de Guadalajara y Universidad de Alcalá.

BEIRÃO, C.M., SILVA, C.T., SOARES, J., GOMES, M.V. y GOMES, R.V., 1985-86: "Um depósito votivo da III Idade do Ferro, no sul de Portugal, e as suas relações com as culturas da Meseta", *Veleia*, 2-3: 207: 277.

BELLIDO BLANCO, A. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J., 1993: "Notas sobre el yacimiento protohistórico de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid)". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

BELTRÁN LLORIS, A. *et alii*, 1987: *Arcóbriga, excavaciones por el Marqués de Cerralbo*. Zaragoza.

BELTRÁN LLORIS, A. *et alii*, 2005: "Novedades epigráficas en Peñalba de Villastar (Teruel)". *Acta Paleohispanica*, IX. pp. 911-956.

BELTRÁN LLORIS, A., 1991: "Las Casas del poblado de Contrebia Belaisca. Planteamiento de problemas y estado de la cuestión", en *La casa urbana hispanorromana. Ponencias y comunicaciones*. Zaragoza. pp. 181-202.

- 1992: "El Bronce de Botorrita. Aportaciones al problema del sustrato en la edad antigua hispana".

*Complutum*, 2-3.

BENET JORDANA, N., 1990: "Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca)". *Numantia* III. Valladolid. pp. 77-93.

- 1995-96: "Actividades arqueológicas (1995-1996): Salamanca". *Numantia*, 7. pp. 277-284.
- 2001: "La ciudad de Salamanca. De su formación a la repoblación". En *Salamanca, Ciudad Europea de la Cultura 2002*. Salamanca.

BENET, N.; JIMÉNEZ, M. C. y RODRÍGUEZ, M. B., 1991: "Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: La excavación en la Plaza de San Martín". *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Conserjería de Cultura y B. Social. Salamanca. pp. 117-136.

BENET, N., MACARRO ALCALDE, C., MARTÍN VALLS, R., 1991: "Arqueología de Salamanca". *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Conserjería de Cultura y B. Social. Salamanca.

BENET N. y MARTÍN VALLS, 1997: "Investigación y restauración del Castro de Yecla la Vieja". Armando Redentor (ed.). *Coloquio o Iº milenio a. c. no noroeste peninsular a fachada atlántica e o interior*. Bragança

BENET, N. y SANTONJA, M., 1990: "Excavaciones de urgencia en la provincia de Salamanca 1984-1988". *Numantia*, III. pp. 281-293.

BENITO DEL REY, L. y GRANDE DEL BRÍO, R., 1994a: "Nuevos santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca". *Zephyrus*, XLVII. pp. 113-131.

- 1994b: *Santuarios rupestres prehistóricos en las provincias de Zamora y Salamanca*. Edición de Iberdrola, Zamora-Salamanca.
- 2000: *Santuarios rupestres prehistóricos en el centro-oeste de España*. Librería Cervantes. Salamanca.

BENITO DEL REY, L.; BERNARDO, H. y SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, M., 2003a: *Santuarios rupestres prehistóricos en Miranda do Douro, Zamora y Salamanca*. Tomo I. Miranda do Douro-Salamanca.

- 2003b: *Santuarios rupestres prehistóricos en Miranda do Douro, Zamora y Salamanca*. Tomo II. Miranda do Douro-Salamanca.

BENIOT, F., 1948: "Le geste d'imposition de la main à Entremont". *Revue Archéologique*, XXIX-XXX.

- 1949: "L'aire Méditerranéenne de la tête coupée". *Revista di Studi Liguri*.
- 1970: *Le symbolisme dans les sanctuaires de la Gaule*. Bruxelles.

BEJARANO, V., 1955: "Fuentes antiguas para la historia de Salamanca". *Zephyrus*, VI. pp. 89-199.

BELL, M., 1996: "People and nature in the Celtic World". En *The Celtic World*. Miranda J. Green (ed.). Routledge. New Cork. pp. 145-158.

BELTRÁN, M., 1990: *Guía de la cerámica romana*. Libro Pórtico. Zaragoza.

BERIÃO, C., 1985: "Depósito votivo da II Idade do Ferro do Garvão". *O Arqueólogo Português*, III, 4. pp. 45-135.

BERMEJO BARRERA, M. V., 1986: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, II. Akal. Madrid.

BERROCAL-RANGEL, L., 1988: "Materiales cerámicos de La Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la



Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz)". *CuPAUAM*, 15. pp. 215-252.

- 1989: "Placas áureas de La Edad del Hierro en la Meseta Occidental". *Trabajos de Prehistoria*, 46. pp. 279-291.
- 1992: "Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica". *Complutum, Extra 2*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- 1994: *El altar prerromano de Capote. Ensayo etno-arqueológico de un ritual céltico en el suroeste peninsular*. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
- 2000: "Dinámicas demográficas y procesos de colonización en el Alentejo y Extremadura: cuestiones a debate." En Jorge, V. O. (coord.): *3º Congresso de Arqueologia Peninsular: UTAD, Vila Real, Portugal*. pp. 247-264.
- 2001: "Aproximaciones metodológicas a la demografía protohistórica". En Berrocal-Rangel, L. y Gardes, F. (coord.): *Entre celtas e íberos: las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. pp. 89-105. Real Academia de la Historia. Casa de Velázquez.
- 2003: "La expansión meridional de los chevaux de frise: los castros célticos del Suroeste". *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*. pp. 209-232.
- 2003a: "El instrumental textil en cancho roano: consideraciones sobre sus fusayolas, pesas y telares". en S. Celestino (ed.), *Los materiales de Cancho Roano*, Mérida, Junta de Extremadura. pp. 211-298.
- 2004a: "Banquetes y rituales colectivos en el Suroeste Peninsular". *CuPAUAM*, 30. pp. 105-119.
- 2004b: "Sobre las funciones emblemáticas de las murallas". *Gladius XXIV*. pp. 27-98.
- 2009: "El poblado fortificado de el Castrejón de Capote y su paisaje: la fortificación de lo sagrado". *Paisajes fortificados de La Edad del Hierro: Las murallas protohistóricas de La Meseta y la Vertiente Atlántica en su contexto europeo*. Berrocal-Rangel y Moret (Eds.). Real Academia de la Historia y Casa de Velázquez. Madrid. pp. 254-280.
- 2012-2013: "Del campo a la mesa: aproximación a la alimentación y la cocina prehistórica en el Occidente peninsular". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. Nº 47. Pp 61-76.
- 2015: "Célticos, esos lejanos parientes del suroeste..." *Vaccea Anuario*, nº 8. pp. 12-22.

BERROCAL-RANGEL, L., MARTÍNEZ SECO, P. y RUIZ RIVIÑO, C., 2002: *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo): un castro astur en los orígenes de Oviedo*. Real Academia de la Historia.

BERROCAL-RANGEL, L. y SILVA, A. C., 2010: *O Castro dos Ratinhos. (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*. O arqueólogo português. Suplemento, 6. Museo Nacional de Arqueología, Lisboa.

BERZOSA DEL CAMPO, R., 2005: "Uillaje y herramientas de trabajo de los celtiberos". *Celtiberos: tras la estela de Numancia*. Coord. por Antonio Chaín Galán, José Ignacio de la Torre Echávarri. pp. 319-328.

BLANCO, A., 1956: "Cabeza de un castro del Norte. Notas sobre el tema de la cabeza humana en el arte

céltico". *Cuadernos de Estudio Gall.*, XXXIV.

BLANCO FREIJEIRO, A., 1962: "Antigüedades de Riotinto". *Zephyrus*, XIII. pp. 31-46.

BLANCO GONZÁLEZ, A., 2008: "Tendencia del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro inicial". *Zephyrus*, LXII. pp. 101-123.

BLANCO GARCÍA, J. F., 1993: "La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la Cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)". *B.S.A.A.*, LIX. pp. 113-139.

- 1994: "El castro protohistórico de La Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)". *CuPAUAM*, 21: 35-80.
- 1998: "La Edad del Hierro en Sepúlveda". *Zephyrus*, 51. pp. 137-174
- 2003: "Iconografía del caballo entre los pueblos prerromanos del centro-norte de Hispania". *El Caballo en la Antigua Iberia*. Quesada y Zamora (Eds.). Real Academia de la Historia. pp. 75-123.
- 2012: "La cerámica vaccea". *De la Región vaccea a la arqueología vaccea*. Romero y Sanz (ed.). pp. 257-291.

BLASCO BOSQUET, M<sup>a</sup> C., 2005: "Sobre la economía de los celtiberos". *Celtíberos, tras la estela de Numancia*. Diputación Provincial de Soria. Soria. pp. 293-300.

- 2008: "Las actividades productivas en el mundo vetón". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 127-139.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1957a: "La economía ganadera de la España Antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas". *Emerita*, XXV. pp. 159-184.

- 1957: "Aportaciones al estudio de las religiones primitivas de España". *Archivo Español de Arqueología*, XXX. pp. 15-86.
- 1958: "Dios tricéfalo de la villa de Montemayor (Salamanca)". *Archivo Español de Arqueología*, 58. pp. 125-128.
- 1960: "Cabezas inéditas del castro de Yecla, Salamanca". VII C.N.A. Barcelona, 1960. Zaragoza. pp. 224.
- 1968: "Economía de los pueblos prerromanos del área ibérica hasta la época de Augusto. Estudios de economía antigua en La Península Ibérica". Barcelona.
- 1968: "Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente". *Acta Salmanticensia*, 58. Salamanca.
- 1971: "Economía de Hispania al final de la República romana y comienzos del Imperio según Estrabón y Plinio". *Estudios de Historia Económica* I, nº 78. Madrid. pp. 57-143.
- 1975: *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*. Madrid.
- 1982: *Religiones primitivas de Hispania I: fuentes literarias y epigráficas*. Biblioteca de la Escuela española de Historia y Arqueología en Roma. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 1982a: *Primitivas religiones ibéricas, tomo II: religiones prerromanas*. Ediciones cristiandad, Madrid.

- 2001: "La religión celta en Hispania". *Celtas y Vettones*. Diputación provincial de Ávila. pp. 171-181.
- 2001a: "Teónimos indígenas de Hispania. Addenda y corrigenda". *Palaeohispanica*, 1. pp. 63-85.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M<sup>a</sup> y GARCÍA GELEBERT PÉREZ, M. P., 1992: "Relaciones entre la meseta y Oretania". *Complutum* 2-3. Madrid. pp. 45-55.

- 1994: "Estelas funerarias con imágenes de toros". *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*. Vol. I. Carlos de la Casa (Ed.). Soria. pp.189-199.
- 1997a: "Carácter sacro y funerario del toro en el mundo ibérico". *Quaderns de prehistòria i arqueologia de Castelló*, 18. pp. 417-442.
- 1997b: "El culto a las aguas en La Hispania prerromana.". En Peréx Agorreta (Ed.). *Termalismo Antiguo. I Congreso Peninsular*. Actas. Madrid. pp.105-115.

BLÁZQUEZ PÉREZ, J. y RODRÍGUEZ NUERE, B. (ed.), 2004: *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Instituto de Patrimonio Histórico Español, Universidad Autónoma de Madrid y Museo de San Isidro. Madrid.

BLÁZQUES POLO, A., 1983: *Irueña, una milenaria ciudad hoy desaparecida totalmente*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

BOHAN-LONG, R.: *Stone carvings of the Irish Iron Age*. Celtic Isle Publications. Londres.

BOHIGAS ROLDÁN, R., 1986-87: "La Edad del Hierro en Cantabria. Estado de la cuestión". *Zephyrus*, XXXI. pp. 119-138.

BONNAUD, CH., 2002: "Vetonia Antiqua: Les limites ethniques et administratives d'un peuple de l'ouest de la Meseta dans Antiquité". *Studia Historica*, 20. *La ciudad en el mundo antiguo*. Universidad de Salamanca. pp. 171-199.

BRAÑAS ABAD, R., 2007: "Entre mitos, ritos y santuarios. Los dioses galaico-lusitanos". En González García, F.J. (coord.). *Los pueblos de la Galicia céltica*. Akal. Madrid. pp. 377-443.

BRUNAU, J. L., 2001: "Un enfrentamiento sangriento entre galos". *Mundo Científico*, 223. pp. 44-47.

BUCHCENSCHUTZ, O., 2001: "Habitat et société celtique: la tentation urbaine". *Entre celtas e iberos: las poblaciones protohistóricas de las Galias e Hispania*. L. Berrocal-Rangel (ed.). *Bibliotheca Archaeologica Hispana* ; 8. pp. 109-113.

BODELÓN GARCÍA, S., 1994/95: "La alimentación de los astures: rastreo arqueológico por algunos yacimientos". *Memorias de historia antigua*, 15/16. pp. 229-248.

BONET ROSADO, H. y MATA PARREÑO, C., 1997: "Lugares de culto edetanos. Propuestas de definición". *Espacios y lugares de culturales en el Mundo ibérico. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18. pp. 115-142.

BOSCH ARGILAGOS, J.; ESTRADA MARTÍN, A. y NO AIN MAURA, M. J.: "Minería Neolítica en Gavá (Baix Llobregat, Barcelona)". *TP* 53, n.º 1, 1996, pp. 59-71.

BUENO RAMÍREZ, P., 1991: "Estatuas menhir y estelas antropomorfas en La Península Ibérica. La situación

cultural de los ejemplares salmantinos". *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Conserjería de Cultura y B. Social. Salamanca.

BURILLO MOZOTA, F., 1987: "Sobre el origen de los celtíberos." *I Simposium sobre los Celtíberos*. Zaragoza. pp. 75-93.

BURILLO MOZOTA, F., CANO DÍAZ-TENDERO, M<sup>a</sup> A., SAIZ CARRASCO, M<sup>a</sup> E., 2008: "La cerámica celtibérica". *Cerámicas hispanorromanas: un estado de la cuestión*. Coord. por Darío Bernal Casasola, Albert Ribera i Lacomba. Asociación Rei Cretariae Romanae Fautores. Congreso Internacional. Cádiz. pp. 171-188.

BURNHAM, B. C., 1996: "Celts and Romans, towards a romano-celtic society". En *The Celtic World*. Miranda J. Green (ed.). Routledge. New York. pp. 121-141.

BRUN, P., 1995: "From chieftdom to state organization in Celtic Europe". *Celtic Chieftdom, Celtic State. The evolution of complex social system in Prehistoric Europe*. Arnold and Gibson (Eds.). Cambridge. pp. 13-25.

CABALLERO ZOREDA, L. y RETUERCE VELASCO, M., 1998: *Excavación arqueológica en el patio de La Catedral de Salamanca*. Mayo. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

CABALLERO ZOREDA, L. ALMAGRO GORBEA, M., MADROÑO DE LA CAL, A. y GRANDE SANZ, A., 1991: "La iglesia de época visigoda de Sta. Lucía del Trampal. Alcuéscar (Cáceres). *Extremadura Arqueológica II*. pp. 497-523.

CABELLO CAJA, R., 1991-1992: "La cerámica pintada de la II Edad del Hierro en la Cuenca Media del Tajo". *Norba*, 11-12. pp. 99-128

CABERO DIÉGUEZ, V., 1985: *El espacio geográfico Castellano-leonés*. Ed. Ámbito. Valladolid.

CABO ALONSO, A., 1978: "Antecedentes históricos de las dehesas salmantinas". *Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina I*. UNESCO y CSIC. Salamanca. pp. 63-98.

CABRÉ, J., 1930: "Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). I. El Castro". *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 110. Madrid.

- 1930b: "El ídolo de Ciudad Rodrigo. El castro de Lerilla y sus pizarras grabadas con inscripciones y grabados". *Actas y memorias de la S. E. A. E. P.*, IX. Madrid.
- 1932: "Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). II. La Necrópolis". *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 120. Madrid.

CABRÉ DE MORÁN, E. y MORÁN CABRÉ, J. A., 1977: *Fíbulas en las más antiguas*. pp. 109-143.

- 1982: "Ensayo cronológico de las fíbulas con esquema de La Tène en la Meseta hispánica." *Boletín de la Asociación Española de Amigos de Arqueología*, nº 15. pp. 4-27.

CABRÉ, J., CABRÉ, M<sup>a</sup> E. y MOLINERO, 1950: "El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de La Sierra (Ávila)". *Acta Arqueológica Hispánica*, V. Madrid.

CALO LOURIDO, F., 1983: "Arte, decoración, simbolismo, e outros elementos da cultura material castrexa. Ensaio de síntese". *Estudos de Cultura castrexa e de Historia antiga de Galicia*. Universidad de Santiago de Compostela. Santiago de Compostela.

CALVO TRÍAS, M., FORNÉS BISQUERRA, J., GARCÍA ROSSELLÓ, J., GUERRERO AYUSO, V., JUNCOSA

VECCHIERINI, E., QUINTANA ABRAHAM, C. y SALVÁ SIMONET, B., 2004: "La cerámica prehistórica a mano: una propuesta para su estudio". El Tall. Mallorca.

CAMPANO LORENZO, A. y SANZ MÍNGUEZ, C., 1989: "Fíbulas de doble resorte de puente en cruz". B. S. A. A., LV. Valladolid.

- 1990: "La necrópolis celtibérica de <Fuenteleraña>, Osma (Soria)". En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 65-73.

CANTALAPIEDRA, R., 2007: "Un nuevo verraco en el arco de San Vicente". *Diario de Ávila*, 28-29 de noviembre.

CARABIAS ORGAZ, M. y GARCÍA FIGUEROLA, 2008: *Apuntes para la historia de Huerta*. Diputación provincial de Salamanca.

CARDOZO, M. 1980: *Citania de Briteiros e Castro de Sabroso*. Guimarães.

CARO BAROJA, J., 1983: *Tecnología popular española*. Madrid.

CARRETERO HERNÁNDEZ, A., LÓPEZ GARCÍA, P. y LÓPEZ SANZ, A., 2003: "Estudio paleoambiental y paleoeconómico de la cuenca media del Guadiana durante el I milenio BC: El Cerro del Castillo de Alange y El Cerro de La Muela de Badajoz". *SPAL*, 12. pp. 259-282.

CARROCERA FERNÁNDEZ, E., 1990: "El castro de San Isidro: Informe de las excavaciones arqueológicas 1986." *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-86*. Oviedo. pp. 157-162.

- 1995: "El territorio de los astures: los castros". *Astures, pueblos y culturas en la frontera del Imperio romano*. Gijón. pp. 53-65.

CASTAÑEDA RIVERA, G., 2010: *Puente y calzada romanos de Becilla de Valderaduey*. Diputación de Valladolid.

CASTELO RUANO, R. y SÁNCHEZ MORENO, E., 1995: "De verribus vettonum". *Zephyrus*, XLVIII. pp. 317-330.

CASTIELLA RODRÍGUEZ, A., 1977: *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*. Pamplona.

- 1986-87: "Aspectos Generales del poblado Protohistórico de El Castillar de Mendavia". *Zephyrus*, XXXI. pp. 239-249.
- 1990: "Enterramientos en el contexto protohistórico de Sansol (Muru-Astrain, Navarra). En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 149-157.

CASTRO, L., 1972: "El vaso trípode en la Segunda Edad del Hierro". *Boletín de la Institución Fernán González*, 178. Burgos. pp. 111-115.

- 1975: "Cerámica romana de Viminacium. Calzadilla de la Cueva (Palencia)". *Sautola I*. pp. 251-265.

CEAN-BERMÚDEZ, J. A., 1832: *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*. Madrid.

CEHAK-HOLUBOWICSOWA, H., 1958a: "Der Slezaberg und seine Umgebung in den zahnjähigen forschungen der polnisehen Archäologen". *Sleza I. Biblioteka Archeologii Slaska, I* (Wrocław). pp. 3ss.

- 1958b: "Kamiene kregi kultowe na Raduni i Slezcy". *Archeologia Polski*, 3. pp. 76ss.

CELESTINO PÉREZ, S., 1995: "El Período orientalizante en Extremadura". *Extremadura Arqueológica*, IV. Junta



de Extremadura, Conserjería de Educación y Cultura. pp. 67-89.

- 1991: "Cancho Roano. Un complejo urbano orientalizante en Zalamea de la Serena (Badajoz)". En *La presencia del material etrusco en la Península Ibérica*. Barcelona.
- 2008: "La Cañada de Pajares (Villanueva de La Vera, Cáceres). El influjo orientalizante en territorio vetón". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 94-114.

CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J., 1996: "El Palacio-santuario de Cancho Roano, V- El sector Oeste.", en CELESTINO, ed. *El Palacio-santuario de Cancho Roano*, V-VI-VII. Badajoz. pp. 13-224.

CELESTINO PÉREZ, S., SALGADO CRAMONA J. A. y CAZORLA MARTÍN, R., 2009: "El siglo V a. C. en la Alta Extremadura". *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa, Alto Alentejo y Cáceres*. Sanabria Marcos (Ed.). Museo de Cáceres. pp. 197-208.

CELIS SÁNCHEZ, J., 1993: "La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de Los Cuestos de la Estación, Benavente (Zamora)". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid. pp. 93-132.

- 1999: "Reseña de la ocupación prehistórica en Lancia". Lancia, historia de la investigación arqueológica. Célis Sánchez y Gutiérrez González (Coord.). Diputación Provincial de León e Instituto Leonés de Cultura. pp. 75-84.

CERDEÑO SERRANO, M.L. (2010): "Veinte años después: el ritual funerario de los celtíberos del Alto-Tajo, Alto-Jalón", en F. Burillo (ed). *Ritos y Mitos. VI Simposio sobre Celtíberos*. pp. 315-330.

CERDEÑO SERRANO, M. L. y GARCÍA HUERTA R., 1990: "Las necrópolis de incineración del Alto Jalón y el Alto tajo". En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 75-91.

- 2005: "Las necrópolis celtibéricas del Alto-Tajo y Alto-Jalón". *Celtíberos. Tras la estela de Numancia*. Soria. pp. 239-244.

CERDEÑO SERRANO, M. L. y JUEZ GARCÍA P., 2002: "El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)". *Monografías Arqueológicas del S. A. E. T.*, Nº 8. Zaragoza.

CERDEÑO SERRANO, M. L. y CABANES E., 1994: "El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular". *Trabajos de Prehistoria*, 51-2. pp. 103-119.

CHAPA BRUNET, T. y MAYORAL HERRERA, V., 2007: *Arqueología del trabajo. El ciclo de la vida en un poblado ibérico*. Akal.

CHECA, A., JIMENO A., BENITO J., SAZ, A. y TRESSERAS, J., 1999: "Molienda y economía doméstica en Numancia". En *IV Simposio sobre los celtíberos: economía*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 63-68.

CISNEROS CUNCHILLOS, M., CISNEROS CASTILLO, A. y RAMÍREZ SÁDABA, J. L., 1994: "Las estelas funerarias romanas de la Comarca de Liébano (Cantabria)". *Actas del V Congreso Internacional de estelas funerarias*. Volumen I. Soria. pp. 221-228.

CLARK, G. y PIGGOTT, S., 1965: *The History of Humana Society. Prehistoric Societies*. Hutchinson & CO (publishers) LTD. Londres.

CÓFRECES, E., 2005: "El valor arqueológico del asentamiento de Monte Alcalde se sabrá en febrero". *La Gaceta de Salamanca*, año LXXXIV, nº 27.323. 3 de noviembre. Pág. 19.

CONDE MORENO, J.F.; REINA PEREDA, P. y SILVESTRE

COLÍN VINUESA, C., 1994: "Pervivencia de elementos indígenas en las estelas romanas de la provincia de Soria. Iconografía". *Actas del V Congreso Internacional de estelas funerarias*. Volumen I. Soria. pp. 297-300.

COLLIS, 1984: *Oppida. Earliest Towns Orth of the Alps*. Sheffield.

- 1993: "Structures d'habitat et enceintes de l'Age du Fer". En A. Daubigney (ed.). *Fonctionnement Social de l'Age du Fer. Operateurs et hypothèses pour la France*. Lons-le-Saunier. pp. 231-238.
- 1996: "The First towns". En *The Celtic World*. Miranda J. Green (ed.). Routledge. New York. pp. 159-175.
- 2000: "Celtic Oppida". En H. Herman Hansen (Ed.) *A Comparative study of thirty city-state cultures*. The Royal Danish Academy of Sciences and Letters. Copenhagen. pp. 299-239.

CORTÉS BÁRCENA, C.; VEGA MAESO, C. y CARMONA BALLESTERO, E., 2011: "Nuevos epígrafes latinos en las Uces (Valsalabroso, Salamanca)". *Zephyrus*, LXVII. pp. 195-206.

COSTAS GOBERNA, J.; HIDALGO CUÑARRO, A.; SOBRA, J. M. y VIÑAS CUE, R., 1996: *Raíces de Nigrán, desde os petroglifos ata o arco Visigodo*. Concejo de Nigrán. Pontevedra.

CRIADO-BOADO, F. y GONZÁLEZ MÉNDEZ, M., 2003: *Planear el pasado: ideas para la recuperación del Castro de Elviña*. Universidad de Santiago de Compostela.

CRUZ SÁNCHEZ, P. J., 1997: "Nuevos puñales de remaches de bronce procedentes de La Mesa del Carpio (Villagonzalo de Tormes, Salamanca)". *Zephyrus*, L. Salamanca. pp. 263-272.

CRUZ SÁNCHEZ, P.J. y ALONSO GREGORIO, O., 2001-02a: *Trabajo de prospección arqueológica para la realización del Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca: Ciudad Rodrigo, Campo de Azaba y Sierra de Gata. Campaña 2001-2002. Informe previo*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 2001-02b *Trabajos de prospección arqueológica para la realización del Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca: Ciudad Rodrigo, Campo de Azaba y Sierra de Gata. Campaña 2001-2002. Resultados de los trabajos de campo de la anualidad 2001 y fichas diario. Informe previo*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

CUADERAY, 1994: "Los medios de identificación de los transportes sanitarios protegidos". *Revista Internacional de la Cruz Roja*, 123. pp. 269-282.

CUADRADO, DÍAZ E., 1957: "La fíbula anular hispánica y sus problemas". *Zephyrus*, VIII. pp. 5-76.

- 1963: "Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica". *Trabajos de Prehistoria*, VII. Madrid.
- 1966: "Repertorio de los recipientes rituales metálicos con <asas de manos> de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, XXI. Madrid.

- 1978: “Fíbulas de La Tène en el Cigarralejo”. *Trabajos de Prehistoria*, XXXV. Madrid. pp. 307-336.
- CUADRADO BASAS, A. y SAN MIGUEL MATÉ, L. C., 1993: “El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo”, en Romero, Sanz y Escudero (Eds.). *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media de Duero*. Valladolid. pp. 303-334.
- CUEVILLAS, F., 1955: “Armas de bronce ofrendadas al río Sil”. *Zephyrus*, VI. pp. 234-240.
- CUMONT, F., 1966: *Recherches sur le symbolisme funéraire des Romains*. Paris.
- CUNLIFFE, B., 1997: *The ancient celts*. Oxford University Press.
- 1988: *Greeks, Roman and Barbarians: spheres of interaction*. Londres.
- DE LA BANDERA ROEMRO, M<sup>a</sup> L., 1986: “Introducción al estudio de la joyería prerromana peninsular. Técnicas”. *Habis*, 17. pp. 515-219.
- DE LA BANDERA ROEMRO, M<sup>a</sup> L., CHAVES TRISTÁN, F. y FERRER ALBELDA, E., 1999: “Ganado, sacrificio y manipulación de carnes. Una propuesta aplicada al período orientalizante”. *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo III. Priemr Milenio y Metodología*. Balbín y Bueno eds. pp. 213-219.
- DEL AMO, M., 1974: “Los grabados rupestres de Los Aulugares, Zalamea La Real (Huelva)”. *Miscelánea arqueológica*, 71. pp. 47-51.
- DELIBES DE CASTRO, G., 1977: “Un lote de objetos metálicos del Bronce Final en el Museo Diocesano de León”. *Archivos leoneses*, 62. pp. 239-256.
- 1978: “Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)”. *Trabajos de Prehistoria*, 35. Madrid. pp. 245.
  - 1999: “Del Neolítico al Bronce”. *Historia de Ávila I, Prehistoria e Historia Antigua*. Institución “Gran Duque de Alba” de la Excm. Diputación de Ávila y Caja de Ahorros de Ávila. Ávila. pp. 23-106.
  - 2001: “La orfebrería”. *Celtas y Vettones*. Diputación provincial de Ávila. pp. 149-157.
- DELIBES G. y ROMERO F., 1992: “El último milenio a. de C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural”. En Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum*, 2-3. pp. 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. y RODRÍGUEZ MARCOS, J., 1990: “Cerámica de la plenitud Cogotas-I: el yacimiento de San Román de La Hornija (Valladolid)”. *B. S. A. A.*, LVII.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROMERO F. y MORALES MUÑIZ, A., 1995: *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. C. en el Duero Medio*. Junta de Castilla y León. Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. y HERRAN MARTÍNEZ, J. I., 2005: “Los bronce de Valdevimbre y la metalurgia Cogotas I”. Célis, Delibes, Fernández y Grau (Eds.). *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en La Península Ibérica*. Estudios y Catálogos. Museos de Castilla y León. Junta de Castilla y León y Diputación de León. pp. 107-131.
- DELGADO BORRAJO, M. y GRANDE RODRÍGUEZ, M., 2009: “La Gallaecia antigua: diversidad, paisaje rural, estructura social y poblamiento”. *Herakleion*, 2. pp. 61-92.

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1995: "Extremadura prerromana". *Extremadura Arqueológica*, IV. Junta de Extremadura, Conserjería de Educación y Cultura. pp. 91-121.
- DÍAZ-GUARDAMINO URIBE, M., 1997: "El grupo megalítico de Villamayor (Salamanca)". *Complutum*, 8. pp. 39-56.
- DÍAZ, C., 1997: *Manual de historia de las religiones*. Descleé de Brouwer. Bilbao.
- DÍAZ SANZ, M. A., 1989: "Sacrificios humanos en La Celtiberia Oriental". *Actas I. Arqueología, Prehistoria, Arquitectura y Urbanismo y Arte. II encuentro de estudios bilbilitanos*. Calatayud. pp. 33-37.
- DÍEZ ELCUAZ, J. I., 1995: *La villa de San Martín del Castañar*. Diputación de Salamanca.
- DÍEZ DE VELASCO, F., 1998: "Termalismo y religión: la sacralización del agua termal en la Península Ibérica y el norte de África en el mundo antiguo". *Ilus*, 1.
- DIODORO SÍCULO, 1976: *España en la Biblioteca Histórica*. Introducción, traducción y notas por M<sup>a</sup> Nieves Muñoz Martín. Instituto de Historia del Derecho. Universidad de Granada.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., 1997: "Los lugares de culto en el mundo ibérico: espacio religioso y sociedad". *Espacios y lugares culturales en el Mundo ibérico. Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18. pp. 391-404.
- DOMINGO SÁNCHEZ, 1935: *Exploraciones y excavaciones en Irueña*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- EGEA VIVANCOS, A., 2012: "Agua sagrada y agua ritual en los cultos urbanos y suburbanos de Carthago Nova". *Gerión*, 30. pp. 219-242.
- ELIANO, CLAUDIO, 1984: *Historia de los animales, Libros LX-XVII*. Traducción y notas por José María Díaz-Regañón López. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.
- ELÍAS PASTOR, L. V. y NOVOA PORTELA, F., 2003: *Un camino de ida y vuelta. La Trashumancia en España*. Lunwerg editores. Barcelona.
- ELORZA, J.C., 1970: "Estela romanas en la provincia de Álava. E.A.A. pp. 234-250.
- ELUERE, C, 1995: *The Celts. First Masters of Europe*. Thames and Hudson Ltd.
- ERICE LACABE, R., 1995: *Las fibulas del nordeste de la Península Ibérica: siglos I a.e. al IV a.e.* Institución Fernando el Católico.
- ERKOREKA, A., 1995: "Catálogo de "huellas" de personajes míticos en Euskal Herria". *MUNIBE (Antropología-Arkeologia)*, 47. pp. 227-252.
- ESCRIBANO VELASCO, C., 1990: "Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de El Soto de Medenilla (Valladolid)". En Delibes, Romero y Morales (Eds). *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a. de C. en el Duero Medio*. Valladolid. pp. 179-218.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y SANZ LÓPEZ, C. 1999: "Algunas reflexiones a propósito de la llegada del torno cerámico al Valle Medio del Duero". *Simposio sobre los Celtíberos*. Coord. por Francisco Burillo Mozota. pp. 323-340.

ESPARZA ARROYO, A., 1983: "Joyas celtibéticas de Zamora en el Museo Británico". B.S.A.A., 49. pp.39-46.

- 1987: *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Diputación de Zamora. Zamora.
- 1988-89: "Noticia preliminar sobre el nuevo tesoro de Arrabalde (Zamora)". *Zephyrus*, 41-42. pp. 511-516.
- 1991/1992: "Cien años de ambigüedad: sobre un viejo tipo de fibulas de la Edad del Hierro de la Meseta Española". *Zephyrus*, XLIV-XLV. Salamanca.
- 1999: "Economía de la meseta prerromana". *Stvd. Hist., Ha Antig.* 17. pp. 87-123.
- 2003: "Castros con piedras hincadas del oeste de la Meseta y sus alrededores". *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edad del ferro europea*. Natalia Alonso et al. (Coord.). Universidad de Lérida. Lérida. pp. 155-179.

ESPARZA ARROYO, A. y MARTÍN VALLS, R., 1992: "Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica". *Complutum*, 2-3. pp.

ESPARZA ARROYO, A. y BLANCO GONZÁLEZ, A., 2008: "El solar de Vettonia, antes de los vettones". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 82-93.

ESTEBAN ORTEGA, J., 1993: "El poblado y la necrópolis de "La Coraja", Aldeacentenera-Cáceres." *Cuadernos Emeritenses*, 7. pp. 55-112).

ESTEBAN ORTEGA, J.; SÁNCHEZ ABAL, J. L., y FERNÁNDEZ, J. M., 1988: *La necrópolis del castro del castillejo de la Orden, A*

*Alcántara (Cáceres)*. Conserjería de Educación y Cultura. Cáceres.

ESTRABÓN, 1992: *Geografía, Libros III-IV*. Biblioteca Clásica Gredos. Traducciones, introducciones y notas de M<sup>a</sup> José Meana y Félix Piñero. Madrid.

ESTRABÓN, 2003: *Geografía, Libros XI-XIV*. Biblioteca Clásica Gredos. Traducciones, introducciones y notas de M<sup>a</sup> Paz de Hoz García-Bellido. Madrid.

EXCAR S. C. L. Gabinete arqueológico, 1989/1990: *Informe sobre las excavaciones arqueológicas de urgencia en la plaza del matadero – Plaza de San Martín- (Ledesma, Salamanca)*. Primera fase. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1989: *Informe sobre las excavaciones en el Solar Villa Felisa (esquina C/San Vicente Ferrer-Doyagüe de Salamanca)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

FABIÁN GARCÍA, J. F., 1986/87: "El bronce Final y la Edad de Hierro en el Cerro del Berrueco (Ávila-Salamanca). *Zephyrus*, XXXIX- XL.

- 1995-96: "Actividades arqueológicas (1995-1996): Ávila". *Numantia*, 7 pp. 221-229.
- 1999: "La Transición del Bronce Final al Hierro I en el Sur de la Meseta Norte". *Trabajos de Prehistoria*,



56, nº 2. pp. 161-180.

- 2005: *Guía del Castro de Las Paredejas: Medenilla, Ávila. Cuadernos de patrimonio abulense*, 7. Gran Duque de Alba, Diputación de Ávila.
- 2010: "Altarese repestres, peñas sacras y rocas con cazoletas. Ocho nuevos casos abulenses y uno salmantino para la estadística, el debate y la reflexión". *Madridrider Mitteilungen*, 51 pp. 222-267.
- 2012, en red: "La Corvera (Navalmoral). Un punto de vigilancia de hace más de 2000 años". <http://www.bejar.biz>.

FATÁS, 1973: Un aspecto de la explotación de los indígenas hispanos por Roma: los botines de guerra en La Citerior, Caesaraugusta. pp. 101-110.

FERNÁNDEZ GARCÍA, M<sup>a</sup> I. y ROCA ROMOUMENS, M., 1999: *Terra sigillata hispánica. Centros de fabricación y producciones altoimperiales*. Servicios de Publicaciones de la Universidad de Málaga y Jaén. Málaga.

FERNÁNDEZ CASTRO, M. C., 1988: *Arqueología protohistórica de la Península Ibérica (siglos X al VIII a. de C.)*. Madrid.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1986: *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (I y II)*. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.

- 2001: "El Raso de Candeleda". *Celtas y Vettones*. Diputación provincial de Ávila. pp. 295-303.

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; ALONSO DE LA SIERRA FERNÁNDEZ, J. y LÓPEZ FERNÁNDEZ, M. T., 1986-87: "Evolución y cronología de El Raso (Candeleda, Ávila)". *Zephyrus*, XXXI. pp. 265-271.

FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. y SEARA CARBALLO, A., 1993. "La estela romana de Laias, un nuevo y curioso ejemplar funerario de la provincia de Orense". *Actas del V Congreso Internacional de estelas funerarias*. Volumen I. Soria. pp. 211-220.

FERNÁNDEZ MANZANO, J., 1981: "Dos brazaletes de la Edad del Bronce procedentes de los alrededores de Astorga." *Numantia*, 1. Soria. pp. 181-184.

FERNÁNDEZ MANZANO, J. y PALOMINO LÁZARO, 1991: "Cogotas I en Tierra de Campos: el yacimiento de Porrago en Bolaños (Valladolid)". *B. S. A. A.*, LVII. Universidad de Valladolid. pp. 181-184.

FERNÁNDEZ OCHOA, C., 1982: *Asturias en la época romana*. Madrid.

FERNÁNDEZ OCHOA, C., y ZARZALEJOS PRIETO, M., 1994: "Estela de Chillón (Ciudad Real). Algunas consideraciones acerca de la funcionalidad de las "estelas de guerrero" del Bronce Final y su reutilización en época romana". *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias. Vol. I*. Carlos de la Casa (Ed.). Soria. pp.263-270.

FERNÁNDEZ POSSE, M. D., 1982: "Consideraciones sobre la técnica de Boquique". *Trabajos de Prehistoria*, 39. pp. 137-159.

- 1986-87: "La cerámica decorada de Cogotas I". *Zephyrus*, 39-40. pp. 231-237.
- 1998: "La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia". *Arqueología Prehistórica*, 1, Madrid.

FERNÁNDEZ POSSE, M. D. y SÁNCHEZ PALENCIA, F. J., 1988: "La Corona y El Castro de Corporales II.

Campaña de 1983 y prospecciones en La Bandería y La Cabrera (León).” *Excavaciones arqueológicas en España*, 152. Madrid.

FERREIRA DA SILVA, A. C., 1986: *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*. Museo Arqueológico de Citania de Sanfins Paços de Ferreira.

FERREIRA SUÁREZ, J. y SEVILLANO LEDESMA, G., 1999: *Puerto Seguro y su entorno*. Diputación provincial de salamanca.

FLORES ARROYUELO, J. F., 1999: *Correr los toros en España. Del monte a la plaza*. Biblioteca Nueva. Madrid.

FLORES, R., JIMENO, A., MORALES, F. y GÓMEZ L. M., 1999: “Marcas y fibulas anulares de Numancia”. *En IV Simposio sobre los celtíberos: economía*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 387-393.

FLORO, 2000: *Epítome de la Historia de Tito Livio*. Introducción, traducción y notas de Gregorio Hinojo Andrés e Isabel Moreno Ferrero. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

FICHTL, 2000: *La ville celtique. Les Oppida de 150 av. À 15 ap. J-C.*, Paris. Errance.

FIGUEROLA GARCÍA, M., 1984: “Hallazgos numismáticos en la provincia de Salamanca I”. *Revista provincial de estudios*, 14. pp. 189-197.

- 1990: “Hallazgos Numismáticos en la provincia de Salamanca (II y III)”. *Revista provincial de estudios*, 26. pp.237-255.
- 1995: “El depósito de Las Quintanas, Armenteros (Salamanca)”. *Numisma*, 236. pp. 65-124.

FRADES, Mª J., 1993: *Impronta romana en la provincia de Salamanca*. Diputación de Salamanca. Salamanca.

FORT, R., y GONZALO, F., 1984: “Las mineralizaciones de Sn-ti del borde occidental de la cuenca de Ciudad Rodrigo”. *VI Reunión de Xeología e Minería do N. Oo Peninsular. Resumes*, 2. pp. 203-220.

FORTEA, J., 1970: “Grabados rupestres esquemáticos en la provincia de Jaén”. *Zephyrus*, XXI. pp. 139-156

GABALDÓN MARTÍNEZ, Mª. M., 2003: “El caballo en el mundo celta. Significado y simbolismo de los équidos entre los pueblos galos”. *El Caballo en la Antigua Iberia*. Quesada y Zamora (Eds.). Real Academia de la Historia. pp. 219-240.

GALAN DOMINGO y MARTÍN BUENO, 1991-92: “Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo”. *Zephyrus*. XLIV-LXV. pp. 193-205.

GALICHE, A., 1953: “Dos hachas de bronce de Fuenteliante”. *Zephyrus*, IV. Salamanca. pp. 517.

GAILLEDROT, E. y MORET, P., 2003: “La fortification de Pech Maho (Sigean, Aude) et le problème de ses pierres plantées.” *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edad del ferro europea*. Natalia Alonso et al. (Coord.). Universidad de Lérida. Lérida. pp. 119-133.

GARCÍA BELLIDO, MªP., 1974: “Tesorillo salmantino de denarios ibéricos”. *Zephyrus*, XXV. Salamanca. pp. 379-397.

GARCÍA CARRILLO, A. y ENCINAS MARTÍNEZ, M., 1990: “Cerámicas incisas del conjunto funerario 44-45 de la necrópolis de Las Esperillas (Santa Cruz de La Zarza, Toledo)”. *En II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis*

*celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 317-326.

GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, B., 1986: "Las llamadas divinidades de las aguas". En Bermejo Barrera, M. V.: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana, II*. Akal. Madrid.

- 1990: *Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania antiguas*.

GARCÍA GÓNZALEZ, F., 1994: *La Vallés. Centro-capital de la Armuña*. Salamanca.

- 2002: *La Armuña. Algo más que trigo y lentejas*. Salamanca.

GARCÍA HERAS, M., 2005: "La tecnología cerámica". *Celtíberos, tras la estela de Numancia*. Diputación Provincial de Soria. Soria. pp. 359-366.

GARCÍA MARTÍN, J., 1982: "La fibula zoomorfa de caballito hallada en Garcihernández. Provincia de Salamanca". *Provincia de Salamanca*, 1. Salamanca, p 215.

GARCÍA MARTÍN, P., 2000: *Cañadas, cordeles y veredas*. Junta de Castilla y León. Salamanca.

GARCÍA MARTÍNEZ, C., 1989: *Béjar en su historia. Libro 1*. Librería Cervantes, Salamanca.

GARCÍA MEDINA, C. 1987: *Arte pastoril*. Diputación de Salamanca. Salamanca.

GARCÍA MERINO, C., 1990: "Cerámica celtibérica pintada de Uxama". *Archivo español de arqueología*, 63. pp. 115-135.

GARCÍA MORALES, M., 1983: "Bibliografía básica para la prehistoria y arqueología de la provincia de Salamanca". *Provincia de Salamanca*, 9-10. Salamanca. pp. 113-129.

GARCÍA QUINTELA, M. V., 1999: *Mitología y mitos de la Hispania prerromana, III*. Akal. Madrid.

GARCÍA SANJUÁN, L., GARRIDO GONZÁLEZ, P. y LOZANO GÓMEZ, F., 2007: "Las piedras de la memoria II. El uso en época romana de espacios y monumentos sagrados prehistóricos". *Complutum*, 18. pp.109-130.

GARCÍA-SOTO, E., 1990: "Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero". En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 13-38.

GARCÍA-SOTO, E. y DE LA ROSA MUNICIO, R., 1990: "Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte". En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 305-310.

GARCÍA, M.P.; MUÑEZ, M.C.; FORTEZA, J.; LORENZO, L.F. y NAJAC, N., 1993: "Estudio analítico de una secuencia de suelos situada en la Sierra de Béjar". *El cuaternario en España y Portugal: actas de la 2 Reunión del Cuaternario Ibérico, Madrid 25-29 de Septiembre de 1989*. Instituto Tecnológico Geominero de España. pp. 569-576.

GARDES, P., 2001: "La problématique de la transhumance protohistorique". *Los rebaños de Gerión, pastores y trashumancia en Iberia Antigua y Medieval*. Colección de la casa de Velázquez. Gómez-Pantoja (Ed.). pp. 281-

GASCÓN BERNAL, J. y CABALLERO ARRIBAS, J., 2004: *Proyecto de recuperación del perímetro amurallado y otros elementos de la defensa del castro de Las Merchanas, en Lumbrales (Salamanca)*. Fundación del patrimonio de Castilla y León. Valladolid.

GUERRERO AYUSO, V., 2006: "Nautas baleáricos durante la Prehistoria (parte II). De la iconografía naval a las

fuentes históricas". *PYRENAE*, 37, vol. 2. pp. 7-45.

GUERRERO AYUSO, V.; CALVO TRIAS, M. y GORNÉS HACHERO, S., 2006: *Historia de las Baleares. Tomo 2. Mallorca y Menorca en la Edad del Hierro*. El Mundo-Día de Baleares. Palma.

GIL CAMARÓN, M.M., 2006: "Helmántica en las rutas de comunicación peninsulares durante época prerromana". *Salamanca, Revista de estudios*, 53. pp. 13-33.

GIL FARRÉS, O., 1966: *La moneda hispánica en la edad antigua*. Madrid.

GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I., 1990: "Las fibulas de la necrópolis celtibérica de La Hoya (Laguardia-Álava). En *II Simposio sobre los celtiberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 267-271.

MARCOS CONTRERAS, G. J.; MISIEGO TEJADA, J. C.; MARTÍN CARBAJO, M. A.; SANZ GARCÍA, J. y REDONDO MARTÍNEZ, R., 2007: "Contribuciones de los estudios de impacto ambiental al conocimiento de la arqueología romana en las inmediaciones de la Vía de la Plata en la provincia de Salamanca". *Arqueología en la Vía de la Plata (Salamanca)*. pp. 257-277.

GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, A. M., 1989: "Los Vacceos. Estudios sobre los pobladores del valle medio del Duero durante la penetración romana". *Bibliotheca Salmanticensis, Dissertationes*, 5. Universidad Pontificia de Salamanca.

GONZÁLEZ CORDERO, A., DE ALVARADO GONZALO, M. Y BARROSO GUTIERREZ, F., 1988: "Esculturas zoomorfas de la provincia de Cáceres." *Anas 1*. Museo Nacional de Arte Romano de Mérida. Mérida. pp. 19-33.

GONZÁLEZ DÁVILA, G., 1596: *Declaración de la antigüedad del toro de piedra del puente de Salamanca y de otros que se hallan en ciudades y lugares de Castilla*. Salamanca.

- 1994: *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca (1606)*. Estudio introductorio y notas de Baltasar Cuat Moner. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.

GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (Coord.), 2000: *El colegio de la Compañía de Jesús en Salamanca (Universidad Pontificia)*. *Arqueología e Historia*. Universidad Pontificia de Salamanca.

GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J.M., 1992: *La cerámica de un "campo de hoyos" en Forfoleda (Salamanca), adscrita al marco cultural de Cogotas-I*. Inédito. Tesis doctoral de la Universidad de Salamanca. Salamanca.

- 1994: "Interpretación arqueológica de un Campo de Hoyos en Forfoleda (Salamanca)". *Zephyrus*, XLVI. Universidad de Salamanca. Salamanca. pp. 309-315.
- 2000: "Tipología cerámica de un yacimiento arqueológico en Cogotas I en Forfoleda (Salamanca). *Revista de estudios. Salamanca*, 44. Salamanca.
- 2005: "Estudio de las transformaciones del hábitat en los yacimientos de la Edad del Bronce en Salamanca". Blanco, Cancelo y Esparza (Eds.). *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. pp. 142-155

GONZÁLEZ PARTS, A., 1975: "El campo diurnas de La Montalbana". *Archivo de Prehistoria Levantina*, vol. XIV. Valencia.

GONZÁLEZ SALAS, 1955: "Lerma, Solarana (Burgos)". *NAH*, II.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, J. 2009: *Rutas por las cañadas de Salamanca. Vías pecuarias desde la capital*. Salamanca.

GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J., 1989: "Los niveles superiores de Sanchorreja. La primera Edad del Hierro en el borde meridional de La Meseta". *Trabajos de Prehistoria*, 46. pp. 117-128.

- 1990: "La necrópolis de Los Castillejos de Sanchorreja. Su contexto histórico". *AS*, 69.
- 2001: "Los castros de Ávila". *Celtas y Vettones*. Diputación provincial de Ávila. pp. 289-293.
- 2002: *Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila): campañas 1981, 1982 y 1985*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.
- 2009: "Las murallas de Las Cogotas y La Mesa de Miranda". *Zephyrus*, LXIV, Julio-Diciembre. pp. 63-79.

GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F. J., ARIAS GONZÁLEZ, J. M. y BENITO ÁLVAREZ, 1986: "Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce-Edad del Hierro)". *Arqueología espacial*, 9. pp. 113-126.

GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. y DOMÍNGUEZ CALVO, A., 1995: "Cerámicas pintadas postcocción: Fósil guía y conjunto cultural". *Zephyrus*, XLVIII. pp. 187-198.

GONZALO ANES y GARCÍA SANZ, A., 1994: *Mesta, trashumancia y vida pastoril*. Valladolid.

GÓMEZ-GUTIÉRREZ, J. M., 1977: "Utilización". *Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina I*. UNESCO y CSIC. Salamanca. pp. 205-243.

GÓMEZ-MORENO, M., 1904: "Sobre arqueología primitiva en la región del Duero". *Boletín de la Real Academia de Historia*, XLV, p. 147-160.

- 1925: *Catálogo Monumental de España. Provincia de León*.
- 1980: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Zamora (1903-1905)*.
- 1967, Ed. 2003: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*. Ed. Caja Duero.

GÓMEZ NIETO, M<sup>a</sup> del M., 1990: *Informe sobre la prospección arqueológica realizada en el trayecto correspondiente a la provincia de Salamanca del oleoducto Valladolid-Salamanca*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

GÓMEZ PANTOJA, J., 2001: "Pastio agrestis". *Los rebaños de Gerión, pastores y trashumancia en Iberia Antigua y Medieval*. Colección de la casa de Velázquez. Gómez-Pantoja (Ed.). pp. 177-213.

GÓMEZ PÉREZ, A. y SANZ MÍNGUEZ, C., 1993: "El poblado vacceo de las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): aproximación a su secuencia estratigráfica". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

GÓMEZ TOSCANO, F., 2006: *El final de la Edad del Bronce entre el Guadiana y el Guadalquivir*. *Madrider Mitteilungen*, 47. pp. 24-42.

GRANDE DEL BRÍO, R., 1987: *La comarca de Entresieras*. Mancomunidad de Entresieras. Junta de Castilla y León. Salamanca.



- 1999: *Historia de la villa de Tamames*. Diputación provincial de Salamanca. Salamanca.
- 1998: *Pinedas, un rincón-atalaya en la Sierra de Francia*. Salamanca.
- 2001: *El Cubo de Don Sancho, una fortaleza junto al Huebra*. Ayuntamiento del Cubo de Don Sancho. Salamanca.
- 2004: *Historia de Narros de Matalayegua y sus anejos*. Diputación provincial de Salamanca.
- 2007: *Las Veguillas, de la repoblación medieval a las romerías de Cabrera*. Ediciones de la Diputación de Salamanca, Ayuntamiento de Las Veguillas y Caja Duero. Salamanca.
- 2009: "Las Pinturas Rupestres del «Risco de los Altares» (Salamanca)". *Zephyrus*, 28. Recuperado de <http://revistas.usal.es/index.php/0514-7336/article/view/709>. pp. 234-249.

GREEN, M. J., 1992: *Symbol and image in Celtic Religion Art*. London.

- 1993: "La religión celta". Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero (Eds.). *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid. pp. 451-475.
- 1995: *Mitos celtas*. Akal. Madrid.
- 1996: "The gods and the supernatural". En *The Celtic World*. Miranda J. Green (ed.). Routledge. New Cork. pp. 465-488.
- 1997: *The world of the druids*. Thames & Hudson.
- 1997a: "The symbolic horse in pagan celtic Europe: an archeological perspective". Davies y Jones (Eds.). *The Horse in Celtic Europe. Medieval Welsh Perspectives*. Cardiff. pp. 1-22.
- 2005: *The world of the druids*. Thames&Hudson. London.

GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1986-87: "Tipología defensiva de La Cultura Castreña de la montaña leonesa". *Zephyrus*, XXIX-XL. pp. 329-335.

GUTIÉRREZ MILLÁN, M<sup>a</sup> E., 2004: *Montemayor y su tierra, su historia y herencia*. Diputación provincial de Salamanca.

GUTIÉRREZ PALACIOS, A., 1955: "Resumen de la campaña de excavaciones de 1950 en Ulaca (Solosancho)". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II. pp. 195-196.

GUTIÉRREZ ROBLEDO, J.L., 1999: "Un verraco en las murallas". *Descubrir el arte*, 8. pp. 112-113.

HARBISON, P., 1968: "Castros with Chevaux-de-Frise in Spain and Portugal". *Madriider Mitteilungen*, 9. pp. 116-147.

- 1988: *Pre- Christian Ireland. From the first settlers to the early celts*. Thames and Hudson. Londres.

HÄRKE, H., 1982: "Early Iron Age hill settlement in West Central Europe: patterns and developments". *Oxford Journal of Archeology*, 1 (2). pp. 187-211.

HASELGROVE, C. C., 1984: "Romanisation before the conquest: Gaulish precedents and British consequences." *En Military and Civilian*. Dirigido por T.F.C. Blagg y A.C. Kings. pp. 5-63.

HATTY, J.J., 1970: "Les croyances funéraires des gallo-romains d'après la décoration des tombes". *REA*, 21. pp.

65-66.

HEREDERO GARCÍA, R., 1993: "Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre)". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

HERNÁNDEZ, F., 1981: "Cerámica con decoración a peine". *Trabajos de Prehistoria*, 38. pp. 317-326.

HERNÁNDEZ GUERRA, L., 1994: "Epigrafía urbana en La Meseta Norte: el conjunto de *Pallantia* (Palencia)". *Actas del V Congreso Internacional de estelas funerarias*. Volumen I. Soria. pp. 339-348.

- 2001: *Epigrafía de época romana de la provincia de Salamanca*. Centro Buendía y Universidad de Valladolid.
- 2007: *El tejido urbano de época romana en la Meseta septentrional*. Ediciones Universidad de Salamanca.

HERNÁNDEZ GUERRA, L. y JIMÉNEZ DE FURUNDARENA, A., 2000: "Epigrafía romana de la orilla derecha del río Huebra. Provincia de Salamanca". *Veleia*, 17. pp. 115-134.

- 2004: *El conjunto epigráfico de época romana de Hinojosa de Duero, Salamanca*. Ediciones Universidad de Salamanca.

HERNÁNDEZ GUERRA, L.; SOLANA SAINZ, J. M<sup>a</sup> y JIMÉNEZ DE FURUNDARENA, A., 1997: "Epigrafía romana de Yecla de Yeltes y Salamanca". *Veleia*, 14. pp. 241-254.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., 1970-71: "Excavaciones en el castro de las Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)". *Zephyrus*, XXI-XXII. pp. 321-329.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. y GALÁN, E., 1996: "La necrópolis de "El Mercadillo" (Botija, Cáceres)". *Extremadura Arqueológica* VI. Cáceres.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., GALÁN, E. y MARTÍN BRAVO, A. M<sup>a</sup>, 2008: "La necrópolis prerromana de El Romazal I (Plasenzuela, Cáceres)". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 322-338.

HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ LÓPEZ, D. y SANCHÉZ SÁNCHEZ, M. A., 1986-87: "Hallazgo *in situ* de unos útiles de trabajo". *Zephyrus*, XXXIX-XL. pp. 419-426.

- 1986-87a: "Aportación al estudio del hábitat en la Edad del Hierro". *Zephyrus*, XXXIX-XL. pp. 427-431.

HERM, G., 1976: *The Celts*. Weidenfeld & Nicolson Ltd. Londres.

HIDALGO CUÑARRO, J. M., RODRÍGUEZ SOBRAL, J. M. y DOMÍNGUEZ PÉREZ, M., 1997: *Castro de Vigo*. Concejo de Vigo y Consejería de Cultura. Vigo.

HIDALGO CUÑARRO, J. M., 1987: "Materiales del Castro de Vigo". *Lucentum*, VI. pp. 123-134.

HOYOS GÓMEZ, P., 1982: *La Alberca. Monumento Nacional*. Diputación provincial de Salamanca. Salamanca.

IGLESIAS DEL CASTILLO, L., 1989: *Informe de los trabajos de limpieza, restauración y excavación arqueológica en la muralla del castro salamantino de Yecla de Yeltes (15-IX al 14-XII de 1989)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1999: *Inventario de materiales. Seguimiento arqueológico de la concentración parcelaria en el Lugar viejo, Yecla de Yeltes. Febrero/Mayo*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

IGLESIAS, L., MARCOS, M.S., RODRÍGUEZ, M.B., 1991: "Arqueología y Prehistoria de Salamanca: Intervenciones y bibliografía actualizada". *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Conserjería de Cultura y Bienestar Social. Salamanca.

ILLARRREGUI, E. y PUENTE, M. A., 2000: "Cerámica común y de almacenaje de la Villa Romana de Quintanilla de la Cueva". *La villa romana de Quintanilla de la Cueva (Palencia). Memoria de las excavaciones 1970-1981*. Diputación de Palencia.

INIESTA SANMARTÍN, A., 1983: *Las fibulas de la región de Murcia*. Murcia.

JACOBSTHAL, P., 1944: *Early Celtic Art*. Oxford.

JIMÉNEZ ÁVILA, J., 2002: *La teorética orientalizante en la Península Ibérica*. *B. A. H.*, 16. Madrid.

- 2006: "El conjunto orientalizante de Talavera la Vieja (Cáceres)". *Memorias*, 5. Museo de Cáceres. Mérida.

JIMÉNEZ ÁVILA, J. y ORTEGA BLANCO, J. 2004: *La cerámica griega en Extremadura*. *Cuadernos emeritenses*, 28. Mérida.

JIMÉNEZ GONZÁLEZ y ARIAS GONZÁLEZ, 1983: "Dos nuevos yacimientos romanos imperiales en la provincia de Salamanca". *Revista de Estudios*, 8. pp. 81-103.

JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, S., 1982: *La villa de Montemayor. Historia y Monumentos*. Conjunto Histórico Artístico Nacional (B.O.E. 1982).

JIMENO MARTÍNEZ, A., 1980: *Epigrafía romana de la provincia de Soria*. Soria.

- 1984: "Los Tolmos de Caracena (Soria)". *Excavaciones arqueológicas en España*, 134. Madrid.

JIMENO MARTÍNEZ, A.; MARTÍNEZ NARANJO, J. P., 1999: "El inicio de la Edad del Hierro en el núcleo hidrográfico Alto Jalón – Alto Duero". En J. Arenas y D. Palazón, eds., *El origen del Mundo Celtibérico*. pp. 165-189.

JIMENO MARTÍNEZ, A., TRANCHO, G. J., MORALES, F., ROBLEDO, B. y LÓPEZ-BUEIS, I., 1993-94: Ritual y dieta alimenticia: la necrópolis celtibérica de Numancia. *Numantia*, 6. Junta de Castilla y León. pp. 31-44.

JIMENO MARTÍNEZ, A., CHAÍN GALÁN, A. y de la TORRE ECHÁVARRI, J. I., 2005: *Celtíberos, tras la estela de Numancia*. Diputación Provincial de Soria.

JIMENO MARTÍNEZ, A., REVILLA, L., BERZOSA, R., MARTÍNEZ, J. P. y de la TORRE ECHÁVARRI, J. I., 2002: *Guía arqueológica de Numancia*. Junta de Castilla y León y Asociación de Amigos del Museo Numantino. Soria.

JIMENO MARTÍNEZ, A., BERZOSA, R., MARTÍNEZ, J. P. y de la TORRE ECHÁVARRI, J. I., 2004: *La necrópolis celtibérica de Numancia*. *Memorias Arqueología en Castilla y León*. Junta de Castilla y León. Salamanca.

JIMENO MARTÍNEZ, A., BERZOSA, R., GRANDA, R. y de la TORRE ECHÁVARRI, J. I., 1999: "El utillaje de hierro en Numancia y su información económica". En *IV Simposio sobre los celtíberos: economía*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 103-113.

KELLY, E.P., 2006: "Kingship and Sacrifice: Iron Age Bog Bodies and Boundaries". *Archaeology Ireland Heritage Guide No. 35*.

- 2012: "An Archaeological Interpretation of Irish Iron Age Bog Bodies". En S. Ralph (ed.), *The archaeology of violence: interdisciplinary approaches*. The Institute for European and Mediterranean Archaeology Distinguished Monograph Series 2, State University of New York Press. pp. 232-40
- 2013: "The bog body from Cashel Bog, Co. Laois". *Ossory, Laois and Leinster* 5. pp.1-18.

KURTZ, W.S., 1986-1987: "El armamento en la necrópolis de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)." *Zephyrus*, XXXIX-XL. pp. 459-472.

- 1987: "La necrópolis de Las Cogotas. Ajuares". Vol I. *B.A.R. International Series*.

LABEAGA MENDIOLA, J.C., 1999-2000: *El poblado de La Custodia*. Trabajos de arqueología, Navarra, 14.

LAING, LI., 1979: *Britain before the conquest. Celtic Britain*. Routledge & Kegan Paul Ltd. Londres.

LEORNARDO PLATÓN, A., 2001: "El arte de los pastores en Castilla y León". *Estudios de etnología en Castilla y León*. Junta de Castilla y León.

LLANOS ORTIZ, A., 1979: "Cajas de cerámica celtibéricas del poblado de La Hoya (Laguardia, Álava)". *Actas XV CNA*. Zaragoza. pp. 709-720.

- 1990: Necrópolis del Alto Ebro. En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas (Daroca 1988)*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 137-147.
- 2002: "Tableros de juego en el patrimonio arqueológico de Álava". *E. A. A.*, 19. pp. 191-198.
- 2007-2008: "El rito de las cabezas cortadas, en el poblado de la hoya (Laguardia, Álava)". *VELEIA*, 24-25. pp. 1273-1281.

J. C. L., 1986: *Informe sobre las excavaciones de urgencias en la Calle del Silencio (Salamanca)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

Ladra Fernández, X.L., 2007: "Dous novos remates de torques castrexos". *Anuario brigantino*, 30. pp. 167-178.

LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C, 1988: "Estudio de la industria en asta de ciervo de El Soto de Medenilla". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid*, 15. Madrid. pp. 183-213.

LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. y BLASCO BOSQUET, Mª C., 1999: "Ganadería y aprovechamiento animal". En *IV Simposio sobre los celtíberos: economía*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 119-147.

LILLIU, G., 1988: *La civiltà dei Sardi dal Paleolitico all'età dei nuraghi*. Turín.

LORRIO, A., 1992: "El armamento de los celtas hispanos". En Almagro-Gorbea (coord.): *Los celtas: Hispania y Europa*. Actas de El Escorial, Madrid.

- 1997: Los celtíberos. *Complutum extra*, 7.

LORRIO, A. y RUIZ ZAPATERO, G., 2005: "The Celts in Iberian". *E- keltoi*, 6.

LORRIO, A., GÓMEZ RAMOS, P., MONTERO, I. y ROVIRA, S., 1999: "Minería y metalurgia celtibérica". En *IV*

*Símpoio sobre los celtiberos: economía*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 161-180.

LORRIO, A., y SÁNCHEZ DE PRADO, M<sup>a</sup> D., 2009: *La necrópolis celtibérica de Arcóbriga (Monreal de Ariza, Zaragoza)*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza.

LÓPEZ BARJA, P., 1993: *Epigrafía Latina. Las inscripciones romanas desde los orígenes al siglo III d. C.* Tórculo Ediciones. Santiago.

LÓPEZ-CUEVILLAS. F., 1951: "La clasificación tipológica del arte rupestre del noroeste hispánico y una hipótesis sobre la cronología de alguno de sus tipos". *Zephyrus*, II.

- 1952: "Castro de Cameixa (Carballino, Orense). Campañas 1944-45." *Noticiario Arqueológico Hispánico*. Vol. I. Madrid.
- 1989: *La civilización céltica en Galicia*. Istmo. Madrid.

LÓPEZ FRAILE, F.J., URBINA MARTÍNEZ, D., MORÍN DE PABLOS, J., ESCOLÁ MARTÍNEZ, C., FERNANDEZ CALVO, M., LÓPEZ RECIO, M. Y URQUIJO ÁLVAREZ DE TOLEDO, C., 2009: "El Castro de La Sierra de la Estrella (Toledo). Las reconstrucciones 3D. Una herramienta para la investigación arqueológica." *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa, Alto Alentejo y Cáceres*. Sanabria Marcos (Ed.). Museo de Cáceres. pp. 83-93.

LÓPEZ JIMÉNEZ, O., 2003: "Dataciones radiocarbónicas en la protohistoria del Sudoeste de la Meseta Norte. Consideraciones para un trabajo por hacer". *Trabajos de Prehistoria*, 60-2. pp. 131-142.

- 2004a: *Memoria de las actuaciones para el año 2004, zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado, Salamanca)*. 1-30 de septiembre de 2004. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2004b: *Memoria de las actuaciones para el año 2004, zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado, Salamanca)*. Anexos. 1-30 de septiembre de 2004. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2005: "Frontera y margen en el ámbito orientalizante: procesos históricos en la zona sudoccidental de la Meseta Norte." En Jiménez Ávila, J. y Celestino Pérez, S. (coord.): *El periodo orientalizante: Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Protohistoria del Mediterraneo*. Vol. 2. pp. 1015-1024.

LÓPEZ JIMÉNEZ, O., FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. y SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F. J., 2003a: *Proyecto de actuaciones para el año 2003. Zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado-Puente de Congosto, Salamanca)*. *Inventario de materiales (Vol. I)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 2003b: *Proyecto de actuaciones para el año 2003. Zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado-Puente de Congosto, Salamanca)*. *Inventario de materiales (Vol. II)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2003c: *Proyecto de actuaciones para el año 2003. Zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado-Puente de Congosto, Salamanca)*. *Inventario de materiales de Cancho Enamorado (Vol.III)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.



- 2003d: *Proyecto de actuaciones para el año 2003. Zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado-Puente de Congosto, Salamanca). Inventario de materiales (Vol. IV)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2003e: *Informe preliminar. Zona arqueológica del cerro del Berrueco (El Tejado y Puente Congosto, Salamanca)*. Madrid. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2003f: *Memoria de los trabajos realizados en la zona arqueológica del Cerro del Berrueco (El Tejado-Puente del Congosto, Salamanca). 1-28 de septiembre de 2003*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

LÓPEZ JIMÉNEZ, O. y BENET, N., 2004: "Nuevos resultados en la investigación sobre La plaza de Toros de El Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca): un enterramiento tumular con inhumación en los inicios del I milenio en el área occidental de la Meseta Norte". *Trabajos de Prehistoria* 61 (1). pp. 157-175.

LÓPEZ JIMÉNEZ, O. y MARTÍNEZ CALVO, V., 2009: "Nuevos resultados en la investigación de la Segunda Edad del Hierro en el Cerro de El Berrueco (Salamanca): el poblado y la necrópolis prerromana de Los Tejares". *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa, Alto Alentejo y Cáceres*. Sanabria Marcos (Ed.). Museo de Cáceres. pp. 117-130.

LÓPEZ JIMÉNEZ, O., MARTÍNEZ CALVO, V. y GIPSIA, S. L., 2006: *El proyecto zona arqueológica del Cerro de El Berrueco*. Arqueo Web, revista sobre arqueología en Internet.

LÓPEZ MONTEAGUDO, G., 1979: "Consideraciones sobre la cerámica de Boquique". *Archivo español de arqueología*, 139-144. pp. 21-26.

- 1982: "Las esculturas zoomorfas célticas de la Península Ibérica y sus paralelos polacos". *Archivo Español de arqueología*, 55, pp. 15.
- 1986: "Relaciones entre la cultura de los verracos y la cultura castreña". *Trabajos de Prehistoria*, 43.
- 1987: "Las cabezas cortadas en la Península Ibérica". *Gerión*, 5. pp. 245-252.
- 1989: *Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica*. Anejos de Archivo español de Arqueología X. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.

LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. T., 1985: *Terra sigillata hispánica tardía decorada a molde de la Península Ibérica*. Universidad de Valladolid. Salamanca.

LÓPEZ SÁEZ, J. A. y BLANCO GONZÁLEZ, A., 2005: "La mutación Bronce Final/Primer Hierro en el sector suroccidental de la Cuenca del Duero (provincia de Ávila): ¿cambio ecológico y social?". *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica; encuentro de jóvenes investigadores*. Ediciones Universidad de Salamanca. pp. 229-251.

LUCANO MARCO ANNEO, 1984: *Farsalia*. Introducción, traducción y notas de Antonio Holgado Redondo. Biblioteca Clásicos Gredos. Madrid.

LUZÓN, J. M., 1988: "Los *hippoi gaditanus*". *Congreso Internacional «El Estrecho de Gibraltar» (1987), tomo I*, Madrid. pp. 445-458.

LLORENTE MALDONADO DE GUEVARA, A., 2003: *Toponimia salmantina*. Edición compilada, ordenada y

completada por Rosario Llorente Pinto. Diputación de Salamanca. Salamanca.

MACARRO ALCALDE, C., 1990a: Excavación arqueológica en El Cerro de San Vicente (Salamanca). Mayo-Junio, 1990. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1999: *El primitivo asentamiento de Salmántica: aportaciones al conocimiento de la Cultura de El Soto en el valle del Tormes*. Inédito. Tesis doctoral inédita de la Universidad de Salamanca. Salamanca.
- 1999a: *Excavación arqueológica en el solar C/San Vicente Ferrer-esquina C/ Carvajal de Salamanca. Mayo-junio, 1999*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2000: *Excavación arqueológica en el solar C/de San San Narciso, nº 8-10. Cerro de San Vicente (Salamanca). Marzo, 2000*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2004: *Informe técnico: sondeo arqueológico en el solar de la C/ Cuesta de Carvajal nº 5 de Salamanca. Abril de 2004*. Fundación Vega. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2004-06a: *Informe técnico: Excavación y control arqueológico en el solar correspondiente a la parcela nº 5 de la C/ Carvajal y nº 80-82 de la C/San Pablo de Salamanca. Septiembre 2004/mayo 2006. Vol. 1*. Fundación Vega. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2004-06b: *Informe técnico: Excavación y control arqueológico en el solar correspondiente a la parcela nº 5 de la C/ Carvajal y nº 80-82 de la C/San Pablo de Salamanca. Septiembre 2004/mayo 2006. Vol. 2*. Fundación Vega. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

MACARRO ALCALDE, C.; LUIS PÉREZ, P. y SERRANO PIEDECASAS, L., 1997-1998: *Excavaciones arqueológicas del Solar Botánico (Salamanca). Campaña 1997-1998*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

MACARRO ALCALDE, C. y ALARIO GARCÍA, C., 2012: *Los orígenes de Salamanca. El poblamiento protohistórico del Cerro de San Vicente*. Centro de Estudios Salmantinos.

MADERALO, L.: Periódico Tribuna de Salamanca. 20-7-2000.

MAJADA, J. y MARTÍN J., 1988: *Viajeros extranjeros en Salamanca (1300-1936)*. Centros de Estudios Salmantinos. Salamanca.

MALUQUER DE MOTES, J., 1951: "De la Salamanca primitiva". *Zephyrus*, II. pp. 61-72.

- 1952: "Una figurita de guerrero de bronce con espada al hombro procedente del Cerro de El Berrueco". *Rev. de Guimaraes*, vol. LXII; nº 3-4. pp. 233.
- 1953: "Lumbrales (Salamanca), Castro de Las Merchanas". *N.A.H.* II, Madrid. pp. 235.
- 1954: "Pueblos celtas". En R. Menéndez Pidal (Dir.), *Historia de España, Tomo 1, vol. 3*. Madrid. pp. 5-194.
- 1956a: *Carta arqueológica de la provincia de Salamanca*. Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca.
- 1956: "La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro". *Zephyrus*, VII, 2. pp. 179-206.

- 1958a: *Excavaciones arqueológicas en el Cerro de El Berrueco*, Salamanca.
- 1958b: *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja*. Ávila-Salamanca.
- 1968: "Excavaciones arqueológicas en El Castro de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca)". *Pyrenae*, 4. Barcelona. pp. 101-129.
- 1970: "Desarrollo de la orfebrería prerromana en la Península Ibérica". *Pyrenae*, 6. Barcelona. pp. 79-110.
- 1971: " ". *Archivo Español de Arqueología*, 44. pp. 488-489.
- 1981: "El Santuario Protohistórico de Zalamea de La Serena (Badajoz)". Maluquer y Aubet (Eds.). *Andalucía y Extremadura*. pp. 225-409.

MALUQUER DE MOTES, J.; GRACIA ALONSO, F. y MUNILLA CABRILLANA, G., 1990: "Alto de la Cruz. Cortes de Navarra. Campaña, 1986-1988". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 9.

MALUQUER DE MOTES, J. y otros, 1986: "El Santuario Protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajo)". *Programa de Investigaciones Protohistóricas*, V. Barcelona.

MANGAS MANJARRES, J., 1971b: "Nuevas inscripciones latinas de Salamanca y Provincia". *Archivo Español de Arqueología*, 44. pp. 127-136.

- 1985: "Organización económica y social del valle del Duero en época romana". *Romanización y germanización de la Meseta Norte. Historia de Castilla y León*, vol. II. pp. 51-53.
- 1992: "Ciudades antiguas de la provincia de Salamanca (siglo III a. de C.-Diocleciano)". *Actas I Congreso de Historia de Salamanca*, vol. 1. Salamanca. pp. 251-269.

MANGLANO VALCÁRCER, G.R., 2013: *Los verracos un patrimonio arqueológico singular en el ámbito de la Península Ibérica. Estudio de los contextos de aparición y procedencia, identificación funcional y valoración patrimonial*. Tesis doctoral, U. A. M.

MANGLANO VALCÁRCER, G.R.; GARCÍA GIMÉNEZ, R., y BERROCAL RANGEL, L., 2014: "La litología como herramienta arqueológica". *Tierra y tecnología*, 45. pp. 61-64

- e.p.: "When the archaeological contexts lacks. Lithology and spatial analyses, new approaches to an old subject". *Journal of Archaeological Sciences*.

MANGLANO VALCÁRCER, G.R.; GARCÍA GIMÉNEZ, R., BERROCAL RANGEL, L. y GONZÁLEZ DE VEGA BUENAVENTURA, D. M., 2015: "La litología como herramienta arqueológica". *Agua Zarca*, 14. pp. 25-30.

MANRIQUE MAYOR, M. A., 1980: *Instrumentos de hierro de Numancia*. Soria.

MAÑANES PÉREZ, T., 1991: "Vacceos". *En las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana. Anejos de la Hispania Antiqua*. Universidad de Valladolid. pp. 235-269.

MARINÉ ISIDRO, M., 1978: "Las fibulas romanas del cerro del Villar (Monreal de Ariza, Zaragoza)". *Trabajos de Prehistoria*, 35. pp. 371-397.

- 2001: *Fibulas romanas en Hispania: la Meseta*. CSIC.
- 2005: *El descubrimiento de los vettones: Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de*

*la exposición*. Diputación provincial de Ávila e Institución Gran Duque de Alba. Ávila.

MARINÉ ISIDRO, M. y RUIZ ZAPATERO, G., 1988: "Nuevas investigaciones en Las Cogotas. Una aplicación del 1% cultural". *Revista de Arqueología*, 84. pp. 46-53.

MARCO SIMÓN, F., 1987: "La religión de los Celtíberos". *I Simposium sobre los celtíberos (Daroca 1986)*. Zaragoza. pp. 55-74.

- 1988: *Illud Tempus. Mito y Cosmogonía en el mundo antiguo*. Zaragoza.
- 1993: "La religiosidad en la Céltica hispana". En Almagro Gorbea, M. (coord.): *Los celtas: Hispania y Europa*. pp. 477-512.
- 1999: "El paisaje sagrado en la España indoeuropea". *Religión y Magia en la Antigüedad*. Generalitat valenciana. pp. 147-165.
- 2001: "La religión de los vettones". *Celtas y Vettones*. Diputación provincial de Ávila. pp. 279-287.
- 2005: "Religión celta y celtíbera". *Celtíberos, tras la estela de Numancia*. Junta de Castilla y León. Soria. pp. 213-222.

MARCO SIMÓN, F. y ALFAYÉ VILLA, S. M., 2008: "El santuario de Peñalba de Villastar (Teruel) y la romanización religiosa en la Hispania indoeuropea". En Xavier Dupré Raventós, Sergio Ribichini, Stéphane Verger (coord.): *Atti del convegno Internazionale Saturnia Tellus: definizioni dello spazio consacrato in ambiente etrusco, itálico, fenicio-púnico, ibérico e céltico*, Roma. pp. 507-526.

MARKALE, J., 1989: *Druidas*. Taurus.

MARINÉ ISIDRO, M. y MANSO MARTÍN, E. (Coord.), 2007: *Ecos del Mediterráneo: el mundo ibérico y la cultura vettona*. Diputación provincial de Ávila e Institución Gran Duque de Alba. Ávila.

MARINEO SICULO, L., 1971: *Cartulario de la Universidad de Salamanca. La universidad en el Siglo de Oro*. Salamanca. Tomo III. Reproducido por Beltrán de Heredia.

MARTÍN, J. L. y COCA, J., 1985: *El fuero de Salamanca*. Diputación de Salamanca.

MARTÍN BRAVO, A. M<sup>a</sup>, 1993: "El poblamiento de la comarca de Alcántara (Cáceres) durante la Edad del Hierro." *Complutum*, 4. Madrid. pp. 337-360.

- 1999: *Los orígenes de Lusitania. El I milenio a. C. en la Alta Extremadura*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- 2001: "Las casas y el urbanismo". *Celtas y Vettones*. Diputación provincial de Ávila. pp. 123-133.

MARTÍN BENITO, J.I. y MARTÍN BENITO, J.C., 1994: *Prehistoria y romanización de la tierra de Ciudad Rodrigo*. Ciudad Rodrigo (Salamanca).

MARTÍN BENITO, J.L. y MARTÍN PUENTE, S., 2008: *Historia de Ledesma*. Ediciones de la Diputación de Salamanca y Ayuntamiento de Ledesma.

MARTÍN BENITO, J.I. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M.C., 1988-89: "En torno a una estructura constructiva en un campo de hoyos de la Edad del Bronce de la Meseta Española (Forfoleda, Salamanca)". *Zephyrus*, XLI-XLII. pp. 263-281.

- 1989: "El campo de hoyos del Teso del Cuerno". *Revista de Arqueología*, 99. pp. 18-24.
- 1992: "El Teso del Cuerno: un campo de hoyos de la Edad del Bronce en Forfoleda (Salamanca)". I Congreso de Historia de Salamanca. Salamanca.

MARTÍN BUENO, M. A., 1975: *Bilbilis, estudio histórico-arqueológico*. Zaragoza.

MARTÍN GONZÁLES, S., 2011: "Noticia de un posible santuario rupestre vetón en Las Hurdes (Cáceres)". *Gerión*, 29, nº2. pp. 61-69.

MARTÍN JIMÉNEZ, J.L., 1919: "Una estación prehistórica en Yecla de Yeltes". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 75. pp. 399-415.

MARTÍN SÁNCHEZ, L., MUÑOZ GARCÍA, M. A. y PÉREZ GÓMEZ, P. L., 2004: *Patrimonio cultural de San Felices de Los Gallegos, llamado el Grande*. Diputación Provincial de Salamanca. Salamanca.

MARTÍN VALLS, R., 1965: "Investigaciones arqueológicas en Ciudad Rodrigo". *Zephyrus*, 16. Salamanca. pp. 71-98.

- 1966-68: "Prospecciones arqueológicas en Ciudad Rodrigo". *N.A.H.*, X, XI y XII. Madrid. pp. 245-247.
- 1969: "Inscripciones funerarias inéditas de Yecla de Yeltes". *B.S.A.A.*, 34-35. pp. 332-334.
- 1971: "El castro del Picón de la Mora (Salamanca)". *B.S.A.A.*, 37. pp. 125-144.
- 1973a: "Insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes: nuevos hallazgos y problemas cronológicos". *B.S.A.A.*, 39. pp. 81-103.
- 1973: "Notas sobre la epigrafía romana de Yecla de Yeltes (Salamanca)". *Durius*, vol.1. pp. 37-43.
- 1974: "Variedades tipológicas en las esculturas zoomorfas de La Meseta". *Studia Archeologica*, 32. pp. 69-72.
- 1975: "Sobre las cajitas celtibéricas". *Sautola*, I. pp. 169-175.
- 1976: "Nuevos hallazgos arqueológicos en Ciudad Rodrigo". *Zephyrus*, 26-27. pp. 373-388.
- 1982: "Las necrópolis del castro de Yecla de Yeltes. Datos arqueológicos y epigráficos para su estudio". *Zephyrus*, XXXIV-XXXV. Salamanca. pp. 181-201.
- 1983: "Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos". *Zephyrus*, XXXVI. pp. 217-233.
- 1986-87: "La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización". *Zephyrus*, XXXIX-XL. pp. 59-138.
- 1997: "La Edad del Hierro". *Historia de Salamanca I. Prehistoria y Edad Antigua*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca. pp. 125-178.

MARTÍN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G., 1972: "Nuevos yacimientos de La I Edad del Hierro en la Meseta Norte". *B.S.A.A.*, XXXVIII. Valladolid. pp. 5-54.

- 1973: "Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca". *B.S.A.A.*, XXXIX. Valladolid. pp. 395-403.



- 1975: "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora". *B. S. A. A.*, XL-XLI. Valladolid. pp. 446-476.
- 1978: "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora". *B. S. A. A.*, XLIV. Valladolid. pp. 321-346.
- 1982: "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora". *B. S. A. A.*, XLVIII, Valladolid. pp. 45-70.

MARTÍN VALLS, R., DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, A., 1996: *Los tesoros prerromanos de Arrabalde (Zamora) y la joyería celtibérica*. Series monográficas y estudios. Fundación Rei Afonso Heriques.

MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A., 1992: "Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica". *Complutum*, 2-3. pp. 259-277.

MARTÍN VALLS, R. y FRADES MORERA, 1981: "Un verraco con inscripción latina en Larrodrido (Salamanca)". *Numantia*, 1. pp. 195-198.

MARTÍN VALLS, R. y PÉREZ GÓMEZ, P. L., 2004: "El verraco de Yecla de Yeltes: consideraciones sobre su interpretación". *Zephyrus*, 57. pp. 283-301.

MARTÍN VALLS, R. y PÉREZ HERRERO, E., 2004: "Las esculturas zoomorfas de Martiherrero (Ávila)". *B.S.A.A.*, XLII. pp. 67-88.

MARTÍN VALLS, R. y ROMERO CARNICERO, F., 2008: "Las insculpturas del castro de Yecla de Yeltes. Nuevas perspectivas para su estudio". *Arqueología vetona, La Meseta occidental en La Edad del Hierro. Zona arqueológica*, 12. pp. 233-251.

MARTÍNEZ GARCÍA, C. y MARTÍNEZ GARCÍA, O., 2010: "Nuevo santuario rupestre en Villarejo de Medina (Guadalajara)". *Revista de arqueología*, 363. pp. 38-43.

MARTÍNEZ MAGANTO, J., 1992: "Las técnicas de pesca en la antigüedad y su implicación económica en el abastecimiento de las industrias de salazón". *CuPAUAM*. 19. pp. 219-244

MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. y MÉNDEZ MADARIAGA, A., 1983: "Arenero de Soto: yacimiento de fondos de cabaña del horizonte Cogotas I". *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileños*.

MARTÍNEZ LILLO, S. y MURILLO, J.I., 2003: "Últimas actuaciones arqueológicas en las murallas". En A. Barrios (coord.). *La muralla de Ávila*. Fundación Caja Madrid. Madrid. pp. 268-291.

MARTÍNEZ TAMUXE, 1998: *Citania y Museo arqueológico de Santa Tecla*. Patronato Municipal del Monte de Santa Tecla, La Guardia.

MARTÍNEZ TOMÉ A. y VALIENTE CÁNOVAS S., 2001: "Cabañas y corrales de pastores". *Estudios de etnología en Castilla y León, 1992-1999*. Junta de Castilla y León.

MARTINS, M. y JORGE, S., 1992: "Substrato cultural das etnias pre-romanas do Norte de Portugal". *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Almagro y Ruiz Zapatero (eds). *Complutum*, 2-3. pp. 347-372.

MASSALSKY, N., 1942: *Los sacrificios humanos del emperador Juliano en Hungría*.

MATEOS LEAL, C. M.; SÁNCHEZ NICOLÁS, D. y BERROCAL-RANGEL, L., 2005-06: "El Santuario Rupestre del Picón de La Mora (Encinasola de Los Comendadores, Salamanca)". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 44. pp. 161-178.

MATEOS LEAL, C. M. y SÁNCHEZ NICOLÁS, D., 2013: "El poblado fortificado de El Picón de La Mora: la

fortificación de un paisaje sagrado en la ribera del Huebra”. Actas de las I Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero. Zamora, 16-18 de Noviembre de 2011. pp. 99-108.

- 2014: “El cuchillo afalcado. Análisis tipológico y funcional de los cuchillos de los yacimientos abulenses durante la II Edad del Hierro”. Acta de las III Jornadas de Jóvenes Investigadores del Valle del Duero. Salamanca, 20-22 de Noviembre de 2013. pp. 135-150.

MAYA, J. L. y CUESTA, F., 1995: “El castro astur de Campa Torres”. *Astures, pueblos y culturas en la frontera del Imperio romano*. Gijón. pp. 201-211.

MEDRANO MARQUES, M. y DÍAZ SANZ, A., 2000: “Novedades acerca de las ciudades celtas de *Contrebia Belaisca* y *Nertobriga*”. *Salduie*, 1. pp. 165-180.

- 2003: “El patrimonio arqueológico de Fiero (Navarra)”. *Salduie*, 3. pp. 395-405.

MERCADO, C. y SÁNCHEZ-MEDINA, E “Dedicación a Júpiter Óptimo Máximo en Cepeda, Salamanca”. *Ficheiro epigráfico*, 74. pp. 8-9.

MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M<sup>a</sup> A., 1961: *Terra Sigillata hispánica*. Tomo I. Ed. F. Doménech. Valencia.

MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN, 1985: *Evaluación de Recursos agrarios. Mapa de cultivos y aprovechamiento*. E. 1:50000. Salamanca. Hoja 478. Madrid.

MISIEGO TEJADA, J. C.; MARCOS CONTRERAS, G.; MARTÍN CARBAJO M. A.; SANZ GARCÍA, F. J. y VILLANUEVA MARTÍN, L. A., 2005: “Guaya (Berrocalejo de Aragona, Ávila): reconstrucción de la vida y economía de un poblado en los albores de la Edad del Hierro”. *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica; encuentro de jóvenes investigadores*. Ediciones Universidad de Salamanca. pp. 207-229.

MISIEGO TEJADA, J. C.; MARCOS CONTRERAS, G.; MARTÍN CARBAJO M. A.; SANZ GARCÍA, F. J. y LARRÉN IZQUIERDO, H., 1998: “Arqueología en territorio Astur. La Corona/El Pesadero (Zamora)”. *Revista de arqueología* 208. pp. 24-35.

MISIEGO TEJADA, J. C.; MARCOS CONTRERAS, G.; MARTÍN CARBAJO M. A. y SANZ GARCÍA, F. J., 1999: “Un complejo artesanal documentado en la calle Arcedianos de Salamanca”. *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo IV. Arqueología romana y medieval*. Balbín y Bueno eds. pp. 195-209.

MISIEGO TEJADA, J. C.; MARCOS CONTRERAS, G.; MARTÍN CARBAJO M. A. y SANZ GARCÍA, F. J., 1995-96: “Excavaciones arqueológicas en el castro de Sacaojos (Santiago de La Valduerna, León). *Numantia*, 7. pp. 43-65.

MISIEGO TEJADA J.C.; MARTÍN CARBAJO, M. A.; MARCOS CONTRERAS, G. J.; SANZ GARCÍA, F. J.; PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J.; DOVAL MARTÍNEZ, M.; VILLANUEVA MARTÍN, L. A.; SANDOVAL RODRÍGUEZ, A. M.; REDONDO MARTÍNEZ, R.; OLLERO CUESTA, F. J.; GARCÍA RIVERO, P. F.; GARCÍA MARTÍNEZ, M. I. & SÁNCHEZ BONILLA, G., 2013: *Las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de «La Corona/El Pesadero», en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el Norte de la provincia de Zamora*. Memorias Arqueología en Castilla y León 19. Junta de Castilla y León Consejería de Cultura y Turismo, Edición Electrónica, formato pdf.

MONEO, T., 2003: *Religión ibérica, santuarios, ritos y divinidades (SVII-I a. C.)*. Real Academia de la Historia. Madrid.

MONEO, T. y ALMAGRO-GORBEA, 2000: *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.

MOLINERO PÉREZ, A., 1958: *Los yacimientos de La Edad del Hierro en Ávila y sus excavaciones arqueológicas*.

MORALES MARIN, J. L., 1984: *Diccionario de iconología y simbología*. Taurus Ediciones, S.A. Madrid.

MORÁN BARDÓN, C., 1919: *Investigaciones a cerca de Arqueología y Prehistoria en la región de Salamanca*. Salamanca. pp. 119.

- 1922: *Epigrafía salmantina*. Salamanca. pp. 28-29.
- 1924: "Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Medinilla, Ávila; El Tejado y Puente del Congosto, Salamanca). Memoria de los trabajos realizados en 1923". *Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, 5, 65. Madrid.
- 1926: "Prehistoria de Salamanca". Coimbra.
- 1933: "Salamanca en la Prehistoria". Homenaje a Martins Sarmento. Sociedade Martins Sarmento. Guimaraes. pp. 257-260.
- 1940: *Mapa histórico de la provincia de Salamanca*. Salamanca.
- 1942: "Toros y verracos de La Edad del hierro". *Archivo Español de Arqueología*, 15. pp. 249-251.
- 1943: "Noticias de algunos castros y sepulturas rupestres". *Archivo Español de Arqueología*, 16. pp.436-441.
- 1946: *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*. Acta Salmanticensia, II (nº 1). Salamanca.
- 1950: "Antiguas vías de comunicación en Salamanca". *Revista de Obras Públicas*, 98, tomo I (2828). pp. 602-615
- 1990: *Obra etnográfica y otros escritos, vol. I-II*. Edición preparada por M<sup>a</sup> J. Frades. Diputación Provincial. Salamanca.

MOROTE BARBERA, G, 1981: "Una estela de guerrero con espada de antenas en la necrópolis ibérica de Altea La Vella (Altea, Alicante)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, Vol. XVI. pp. 417- 446.

MOREDA BLANCO, J. y NUÑO GONZÁLEZ, J., 1990: "Avance al estudio de la necrópolis de la Edad del Hierro de El Pradillo, Pinilla Trasmonte (Burgos)". *En II Simposio sobre los celtiberos: necrópolis celtibéricas*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 171-181.

MORET, P., 1991: "Les fortifications de l'âge du fer dans la Meseta espagnole: origine et diffusion des techniques de construction." *Melange de la Casa Velásquez*, XXVII. pp. 5-43.

- 1996: Les Fortifications ibériques: de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine. *Collection de la Casa de Velázquez*, 56.

MORET, P., BENAVENTE SERRANO J. y GORGUES, A: *Íberos del Matarraña: investigaciones arqueológicas en Valdetormo, Calaceite, Cretas y la Fre*. Taller de arqueología Alcañí. Teruel.

MOURE ROMANILLO, J. A., 1987: "El arte paleolítico". *Manual de Historia Universal I. Prehistoria*. Ediciones Nájera, Madrid. pp. 219-252.

MOURE ROMANILLO, J. A. y ORTEGA MATEOS, L., 1981a: "Fíbulas con esquema de La Tène, procedentes de Paredes de Nava (Palencia)". *Numantia*, 1. Soria. pp. 133-146.

- 1981b: "Nuevos hallazgos de cajitas celtibéricas en la provincia de Palencia". *Numantia*, 1. Soria. pp. 185-188.

MULLER KARPE, H., 1959: *Beiträge zur Chronologie der Umenfelderzeit Nördlich und Südlich der Alpen*. Berlín.

MUÑOZ GARCÍA, 1953: "El Jano de Candelario". *Zephyrus*, IV. pp. 69-73.

MUÑOZ, J.M., 1953: "Las murallas salmantinas y sus puertas". *Zephyrus*, IV. pp. 29-35.

MUÑOZ GARCÍA, M. A., 2000: *Control arqueológico en la Puerta del Río y subidas adyacentes*. Salamanca. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 2000: *Control arqueológico en la plaza de España, San felices de los Gallegos*. Salamanca. Junta de Castilla y León. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

MUÑOZ GARCÍA, M. A. y SERRANO-PIEDRECASAS FERNÁNDEZ, L. M., 1998-99: *1º campaña de excavaciones arqueológicas en el Castillo de San Felices de los Gallegos*. Salamanca. Junta de Castilla y León. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

NAVARRO, R., 1970: *Las fíbulas en Cataluña*. Publicaciones eventuales de la Universidad de Barcelona. Barcelona.

NAVARRO CABALLERO, M. y J.L. RAMÍREZ SÁDABA (coord.), 2003: *Atlas antroponímico de la Lusitania romana*, Mérida-Burdeos.

NAVASCUÉS, J.M., 1963: "Caracteres externos de las antiguas inscripciones salmantinas. Los epitafios de la zona occidental". *B.R.A.H.*, CLII. Madrid. pp. 159-223.

- 1966: "Onomástica salmantina en época romana". *B.R.A.H.*, CLVIII-CLVIX. Madrid. pp. 181-230.
- 1970: "La estela funeraria de Cármenes". *AEArq.*, 43.

NEIRA CAMPOS, A.; ALONSO HERRERO, E.; MATÍAS RODRÍGUEZ, R.; FUERTES PRIETO, N.; PÉREZ ORTIZ, L. y SAN ROMÁN FERNÁNDEZ, F., 2005: "La más antigua minería metálica en tierras de León". Célis, Delibes, Fernández y Grau (Eds). *El hallazgo leonés de Valdevimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en La Península Ibérica*. Estudios y Catálogos. Museos de Castilla y León. Junta de Castilla y León y Diputación de León. pp. 221-236.

NIETO, G., 1961-1963: "Cajas de barro célticas con decoración excisa". Homenaje al profesor Cayetano Mergelina. Murcia. pp. 659-664.

NUCHE DEL RIVERO, R. (editor), 2001: *Patrimonio Geológico de Castilla y León*. Enresa. Madrid.

OLIVARES PEDREÑO, J.C., 1997: "El dios indígena Bandua y el rito del Toro de San Marcos". *Complutum*, 8. pp. 205-221.

- 2002 "Los dioses de la Hispania Céltica". Real Academia de la Historia.

- 2002-2003: “Religión romana y religión indígena en las ciudades de la céltica hispana”. *Lucentum*, XXI-XXII. pp. 207-225.

OLIVEIRA JORGE, S. (1988): “O povoado da Bouça do Frade (Baiona). *No quadro do Bronze Final do norte da Portugal. Grupo de Estudos Arqueológicos do Porto. Monografias Arqueológicas 2.*

OLIVER MOSCARDÓ, S. y LUIS CALABUIG, E., 1978: “Factores termopluviométricos”. *Estudio integrado y multidisciplinario de la dehesa salmantina 1. Estudio fisiográfico-descriptivo (1º fascículo).* Contribución a proyectos UNESCO-M. A. B. Salamanca-Jaca.

ONGIL VALENTÍN, M<sup>a</sup> I., 1988: “Excavaciones en el poblado de Villavieja del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres). 1ª Campaña”. *Extremadura Arqueológica*, I. Junta de Extremadura, Conserjería de Educación y Cultura. pp. 103-108.

ORONZO, G., 1995: *Religiosidad popular en la Alta Edad Media*. Gredos. Madrid.

ORTEGO Y FRÍAS, T., 1962: “Evolución de la fibula hallstática de doble resorte, en la lata Meseta Castellana”. *Atti*, VI; vol. III. Roma.

ORTEYGA Equipo, 1988: *Análisis del Medio Físico de Salamanca. Delimitaciones de unidades y estructura territorial*. Conserjería de Fomento. Junta de Castilla y León.

PALACIOS PALOMAR, C. J., 2001: “Historias y leyendas en trono a los árboles singulares de la provincia de Burgos”. *Estudios de Etnología en Castilla y León (1992-1999)*. Consejería de Educación y Cultura. Junta de Castilla y León. Valladolid. pp. 310-319.

PALAO VICENTE, J. J., y SALINAS DE FRÍAS, M., 2009: “Dos nuevas organizaciones suprafamiliares en la provincia de Salamanca.” *Veleia*, 26. pp. 381-386.

- 2009a: “Nuevas inscripciones latinas del castro de Yecla de Yeltes (Salamanca)”. *Habis*, 40. pp. 171-196.

PALOMAR LAPESA, M., 1957: *La onomástica personal presatina de la Antigua Lusitania*. Salamanca.

PALOL, P. y WATTEMBERG, F., 1974: *Carta arqueológica de España*, Valladolid. Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Valladolid. Valladolid.

PALOL *et alii*, 1991: “Clunia: centro productor y receptor de *Terra Sigillata Hispánica*”. *En Clunia 0. Studia Varia Cluniensia*. Diputación Provincial de Burgos. pp. 399-408.

PARCERO OUBIÑA C. y AYÁN VILA, X. M., 2009: “Almacenamiento, unidades domésticas y comunidades en el noroeste prerromano”. *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Rosario García Huerta, David Rodríguez González (coord.). pp. 367-402.

PARREIRA, R. y BERROCAL-RANGEL, L., 1990: “O Povoado da Il Idade do Ferro da Herdade do Pomar (Ervidel, Aljustrel)”. *Conimbriga* 29. pp. 39-69.

PASTOR MUÑOZ, M., 1981: “El culto al dios Silvano en Hispania ¿innovación o sincretismo?”. *Memorias de historia antigua*, 5. pp. 103-144.

- 2004: “Los dioses manes en la epigrafía funeraria bética”. *Mainake*, XXVI. pp. 381-394.

PAVÓN SOLDEVILA, I., 1995: “La Edad del Bronce”. *Extremadura Arqueológica*, IV. Junta de Extremadura,



Conserjería de Educación y Cultura. pp. 35-65.

PELLICER, M., 2000: "El proceso orientalizante en el Occidente ibérico". *Huelva Arqueológica*, 16. pp. 91-134.

PERALTA LABRADOR, E., 2000: "Las Guerras Cántabras". *Historia* 16, 286. pp. 10-24.

PEREIRA SIESO, J., 2002: "Bellotas, el alimento de la Edad de Oro". <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/4-2/pereira.pdf>

- 2008: "La tumba de Casa del Carpio y el comercio en el valle del Tajo". *Arqueología vettona. La Meseta occidental en La Edad del Hierro. Zona Arqueológica*. Museo Arqueológico Regional. Madrid. pp. 115-124.

PEREIRA, T.R., 2013: "Por um fio: tipologia e função do conjunto de cossoiros de Cabeça de Vaíamonte (Monforte/Portugal)". *Arqueologia em Portugal – 150 Anos*. pp. 681-691.

Peréx Agorreta, M<sup>a</sup>.J., 2012: "Uso terapéutico del agua en época romana: el caso de Navarra". *Trabajos de Arqueología Navarra*, 24. pp. 131-141.

PÉREZ, M. A., 1999: "Excepcional hallazgo de un verraco milenario junto al castro prerromano de Yecla". *La Gaceta de Salamanca*, 17 de febrero. Pág. 19.

PÉREZ GUTIÉRREZ, M., 2007: *Astronomía de La Edad del Hierro peninsular. Orientaciones astronómicas en los castros celtas de la provincia de Ávila*. Tesis doctoral Inédita. Universidad de Salamanca-Escuela politécnica superior de Ávila.

PÉREZ CASAS, J. A., 1990: "Las necrópolis de incineración en el Bajo Jalón". En *II Simposio sobre los celtiberos: necrópolis celtibéricas*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 111-121.

PÉREZ GÓMEZ, P. L., 1990-91: *Informe de los trabajos de limpieza y restauración en la muralla de El Castro de Yecla de Yeltes (1-9-90/28-2-91)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1991-92: *Informe de los trabajos realizados en El Castro de Yecla de Yeltes (15-9-91/15-3-92)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 1992-93: *Informe de los trabajos de limpieza y restauración efectuados en el castro e Yecla de Yeltes (1-10-92/31-3-93)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 1997: *Informe técnico de las excavaciones arqueológicas en la fortaleza de Ledesma*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2002: *Informe de las excavaciones arqueológicas en el exterior de la puerta suroeste de la fortaleza de Ledesma*. Junta de Castilla y León. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

PÉREZ VITELA, L., 1991: *El especialista religioso entre celtiberos, lusitanos y vascones. Estado de la cuestión y perspectivas*. La Historia Social en España, Actualidad y perspectivas. Actas I Congreso de la Asociación de Historia Social, Zaragoza. 1991. P. 171. Comprobar que es esta publicación.

- 2000: *Lusitania. Historia y Etimología*. Biblioteca Archaeological Hispana, 6. Real Academia de La Historia. Madrid.

PINEDA CABELLO, L. y SALVADOR RODRÍGUEZ, A., 1999: "Un modelo de experimentación en el curtido de

pieles (o como morir de frío en el estadio isotópico 5)". *Boletín de Arqueología Experimental*, 3. pp. 16-18.

PIÑEL, C., 1980: *Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca*.

PLUTARCO, 1992: *Cuestiones romanas*. Traducción y Exégesis de M. A. Marcos Casquero. Akal. Madrid.

PONZ, A., 1988: *Viage de España en que da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ellas*. Tomo XII. Aguilar. Madrid.

PONS PUJOL, LI., 2010: *Hispania et Gallia: dos provincias del occidente romano*. Ediciones Universitat de Barcelona.

POLIBIO, 1981: *Historias, Libros I-IV*. Introducciones, traducciones y notas de A. Díaz Tejera y M. Balasch Recort. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

POLIENO, 1991: *Eneas El Táctico, Poliorcética y Polieno, Estratagemas*. Introducciones, traducciones y notas de J. Vela Tejada y F. Martín García. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

POVEDA GARCÍA, J. A., 2007: *Entresieras por los caminos históricos, Salamanca*. Asociación Alto Aragón.

PRADOS TORREIRA, L., 2011-12: "El ritual funerario durante la II E. del Hierro en la Península Ibérica. Algunas reflexiones sobre los grupos marginados por la investigación". *CuPAUAM* 37-38. pp. 317-331.

PRATS PÉRES, L. y MARTÍN POLO, J.L., 1928: *Las necesidades de cal en los suelos ácidos de la provincia de Salamanca (España). I. Trabajo de divulgación*. Instituto de Orientación y Asistencia Técnica del Oeste.

PRIETO MOLINA, S., 1996: "Los torques castreños del noroeste de La Península Ibérica". *Complutum*, 7. pp. 195-223.

POWELL, T. G. E., 1958: *The Celts*. Londres.

QUESADA SANZ, F., 1997a: "¿Jinetes o caballeros? En torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular". *La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania*. Ministerio de Defensa. Madrid. pp. 185-194.

- 1997b: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en La Cultura Ibérica (siglos VI-I a. C.)*. Vol. 1. Ediciones Monique Mergoïl. Montagnac.
- 2003: "De los fosos de Troya a la línea Sigfrido. Las "piedras hincadas" en el contexto de la historia de las fortificaciones". *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edad del ferro europea*. Natalia Alonso et al. (Coord.). Universidad de Lérida. Lérida. pp. 69-100.

QUESADA SANZ, F. y BLÁNQUEZ PÉREZ, J., 1999: "El santuario ibérico de El Cigarralejo. Nuevas perspectivas en su estudio". *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Las colecciones madrileñas*. Madrid. pp. 175-189.

DE PRADA JUNQUERA, M., 1986: "Nuevas aportaciones al repertorio de los recipientes rituales metálicos con <asas de manos> en la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 43. pp. 99-142.

RALSTON, I., 2006: *Celtic fortifications*. Tempus. Gran Bretaña.

RAMÍREZ RAMÍREZ, M. L., 1999: "La casa circular durante la I Edad del Hierro en el Valle del Duero". *Numantia*, 7. pp.67-94.

REDONDO RODRÍGUEZ, J. A.; ESTEBAN ORTEGA, J. y SALAS MARTÍN, J., 1991: "El Castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres". *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica*, II. pp. 269-282.

REDERO BELLIDO, A., 2008: *Encinas de Abajo. Memorias de un pueblo*. Diputación provincial de Salamanca. Salamanca.

REDENTOR, A., 2002: "Representações zoomórficas na epigrafia funeraria trasmonstano-zamorana occidental na Época Romana". *Congresso Internacional de Arqueologia Iconográfica e Simbólica. Meda e Vale do Côa*. Portugal. pp. 163-177.

REDONDO, A., MARI HERRERA, P. y DEL REY G, J.A., 1995: *Topoguía de La Ruta de la Plata*. Grupo ecologista Alagón. Salamanca.

Renfrew, J., 1973: "Paleoethnobotany: The Prehistoric food Plants of The Near East and Europe". New York.

REYNOLDS, P. J., 1996: "The food of the prehistoric Celts." *Food in Antiquity*. Wilkins, Harvey & Dobson. Eds. University of Exeter Press. Exeter. U. K. pp. 303-315.

RIAÑO, J.F., 1899: "Efigie gnóstica de Bronce". *B.R.A.H.*, 34. pp. 123-132.

RISCH, R. y MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, F., 2008: "dimensiones naturales y sociales de la producción de hachas de piedra en el noreste de la Península Ibérica". *TP* 65, N.º 1. pp. 47-71.

RICHARDSON, J.S., 1998: *Hispania y los romanos. Historia de España, II*. Crítica. Barcelona.

RITCHIE, J.N. G. y Ritchie, W. F., 1995: "The army warriors and fighting". Green (ed.). *The Celtic World*. Londres/N. York. pp. 37-58.

RODRIGO MORA, F., 2009: "Consumo humano de bellota". *El Ecologista*, 61. <http://www.ecologistasenaccion.es/article20331.html>.

RODRÍGUEZ COLMENERO, A., 1999: "O Santuario Rupestre Galaico-Romano de Panóias (Vila Real, Portugal). *Novas achegas para sua reinterpretação global*.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1991: "Proyecto Hornachuelos: 1986-1990 (Ribera del Fresno, Badajoz)". *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica*, II. pp. 283-300.

RODRÍGUEZ DÍAZ, A, ORTIZ ROMERO, P., y PAVÓN SOLDEVILA, I., 2000: "El complejo arqueológico de La Mata (Campanario, Badajoz) en el contexto socioeconómico del post-orientalizante extremeño". *III Reunión sobre Economía en el Món Iberic. SAGVNTVM-PLAV*, Extra-3. pp. 101-107.

RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, J., 2012: "Los procesos técnicos de la cantería durante la Segunda Edad del Hierro en el occidente de La Meseta". *Zephyrus*, LXX. pp. 113-130.

RODRÍGUEZ MARCOS, J. A., 1993: "<El Carrizal> (Cogoces del Monte, Valladolid): un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I". *Numantia*, 4. pp. 61-74.

- 1996: "La Cuesta de la Horca en Cívico Navero (Palencia): Un nuevo yacimiento amurallado de facies Proto/Cogotas I". *Congreso de Historia de Palencia*, Tomo I. Palencia. pp. 93-115.

RODRÍGUEZ MONTERRUBIO, O y SASTRE BLANCO, J.C., 2014: "El poblamiento de la Edad del Hierro en la Sierra de la Culebra: fortificaciones y control de los recursos minerales". *Acta de las III Jornadas de Jóvenes*

*Investigadores del Valle del Duero. Salamanca, 20-22 de Noviembre de 2013.* pp. 205-220.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, M<sup>a</sup> I., 2002: "Los mitos del mar en la Grecia clásica: proyección antropológica y cultural". *Revista de arqueología, año XXIII*, 260. pp. 26-33.

ROMERO CARNICERO, M<sup>a</sup> V., ROMERO CARNICERO F. y MARCOS CONTRERAS, 1993: "Cauca en La Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L., 1996: "La cultura del Soto". *Complutum*, extra 6-I. Madrid.

- 2001: "Sobre el "celtismo" de la "cultura" del Soto". *B.S.A.A.*, LXVII. pp. 49-80.

ROMERO CARNICERO, F., 1980: "Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero". *B.S.A.A.* XLVI. pp. 137-153.

- 1991: *Los castros de la Edad del Hierro en el norte de la provincia de Soria*. S. A., 80.
- 1992: "Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro". En Baez Mezquita, J.M. (Coord), *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio*, Valladolid: 175-211.
- 2001: "La artesanía: cerámica, bronce, hierro". *Celtas y vettones*. Diputación Provincial de Ávila. Ávila. pp. 135-147.
- 2005: "La cerámica numantina". *Celtíberos, tras la estela de Numancia*. Diputación Provincial de Soria. Soria. pp. 351-358.

ROLDÁN HERVÁS, J.M., 1965: "Las lápidas votivas de Baños de Montemayor". *Zephyrus*, 16. pp. 223-50.

- 1969: *Repertorio de epigrafía y numismática latinas*. Salamanca.
- 1997: "La conquista romana". *Historia de Salamanca I, Prehistoria y Edad Antigua*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca. pp. 181-239.
- 1997: "La integración administrativa". *Historia de Salamanca I, Prehistoria y Edad Antigua*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca. pp. 239-281.

ROLDÁN, BLÁZQUEZ y DEL CASTILLO, 1989: *Historia de Roma, Tomo II: El Imperio romano (siglos I-III)*. Cátedra. Madrid.

ROSS, A., 1967: *Pagan Celtic Britain. Studies in Iconography and tradition*. Londres.

- 1986: *The pagan Celts*. B.T. Batsford Ltd. Londres.

ROQUE, M. A., 1990: "Las matres celtibéricas y los relatos sobre los orígenes de los territorios comunales castellanos". *Revista de Folklore*, 10. pp. 59-67.

ROSEN-PRZEWORSKA, J., 1962: *Les sculptures de Sleza et le problème celtique en Pologne*. *Bull de l'Academie Polonaise des Sciences*, 25.

ROVIRA LLORENS, S., 1990: "La fíbula tipo aucissa: análisis tecnológico de algunos ejemplares hispánicos". *CuPAUAM*, 17. pp. 137-141.

ROYMANS, N., 1983: "The north Belgic tribes in the first century BC: a historical-anthropological perspective". En *Roman and Native*. Dirigido por R. Brant y J. Slofstra. pp. 43-70.

ROYO GUILLÉN, J. I., 1990: "La necrópolis de los Campos de Urnas del Valle medio del Ebro como precedente del mundo funerario celtibérico". En *II Simposio sobre los celtíberos: necrópolis celtibéricas*. Burrillo (Coord.) Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 123-136.

- 2005: "Las representaciones de caballos y de élites ecuestres en el arte rupestre de la Edad del Hierro de la Península Ibérica". *Cuadernos de Arte Rupestre*, 2. pp. 157-200.

ROYO, J.I y GÓMEZ F., 2005-06: "La "Cueva de las Cazoletas" de Monreal de Ariza (Zaragoza y sus grabados rupestres: un santuario celtibérico al aire libre". *Kalathos*, 24-25. Teruel. pp. 293-321.

RUBIO MARCOS, E., 2001: "*Creencias, supersticiones, cuentos y leyendas de la provincia de Burgos*". Estudios de Etnología en Castilla y León (1992-1999). Consejería de Educación y Cultura. Junta de Castilla y León. Valladolid. pp. 305-311.

RUIZ ENTRECANALES, R., 2005: Castro de Las Cogotas. *Cuadernos de patrimonio abulense*, 7. Gran Duque de Alba, Diputación de Ávila.

RUIZ GÁLVEZ, M., 2001: "La economía celtibérica". En Almagro Gorbea, Mariné y Álvarez-Sanchís (Eds). *Celtas y vettones*. Diputación Provincial de Ávila. Ávila. pp. 209-217.

RUIZ GÁLVEZ, M. y GALÁN DOMINGO E., 1991: "Las Estelas del suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales". *Trabajos de Prehistoria*, 48. pp. 257-273.

- 2001: "Rutas ganaderas, transterminancia y caminos antiguos". *Los rebaños de Gerión, pastores y trashumancia en Iberia Antigua y Medieval*. Colección de la casa de Velázquez. Gómez-Pantoja (Ed.). pp. 263-278.

RUIZ VÉLEZ, I., 2001: *El ritual funerario en las necrópolis burgalesas de la Edad del Hierro*.

RUIZ ZAPATERO, G., 1991: "Las Cogotas (Cardeñosa)". En Mariné y Teres (Coord.): *Museo de Ávila 1986/1991. Exposición del 18 de mayo al 31 de julio de 1991*. Ávila.

- 1995: "El sustrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones". En F. Burillo (coord.). Poblamiento celtibérico. III simposio sobre los Celtíberos. Institución Fernando el Católico. Zaragoza. pp. 25-40.
- 2003: "Las fortificaciones de la Primera Edad del Hierro en La Europa templada." *Chevaux-de-frise i fortificació en la primera edad del ferro europea*. Natalia Alonso et al. (Coord.). Universidad de Lérida. Lérida. pp. 13-34.
- 2005: *Castro de Ulaca. Solosancho, Ávila*. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 3. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.

RUPIDERA, A. y JIMÉNEZ M. C., 2000: *El Jardín histórico de El Bosque de Béjar (Salamanca)*. *Propuestas de actuación para el citado BIC*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

RYNNE, E., 1972: *Celtic stone idols in Ireland*. En C. Thomas (Ed.). *The Iron Age in the Irish Sea Province*. Council for British Archaeology. Research Report 9: 79-98.



SACRISTÁN DE LAMA, J. D., 1986: *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Universidad de Valladolid y Junta de Castilla y León. Valladolid.

SÁEZ, P., 2001: "Los agrónomos latinos y la ganadería". *Los rebaños de Gerión, pastores y trashumancia en Iberia Antigua y Medieval*. Colección de la casa de Velázquez. Gómez-Pantoja (Ed.). pp. 159-175.

SALAS MARTÍN, J. y ESTEBAN ORTEGA, J., 1988: "1ª Campaña de excavaciones en el castro de Santiago del Campo (Cáceres)". *Extremadura Arqueológica*, I. Junta de Extremadura, Conserjería de Educación y Cultura. pp. 129-142.

SALAS, J., REDONDO, J. y SÁNCHEZ ABAL, J. L., 1983: "Un sincretismo religioso en La Península Ibérica: Júpiter Solutorio Eaeco". *Norba* IV. pp. 243-261.

SALETE DA PONTE, M., 1973: "Fíbulas pre-romanas e romanas de Conimbriga". *Conimbriga*, 12. pp. 159-198.

- 1989: "A Génese das fíbulas no NW Peninsular." *Actas do Noroeste Peninsular*. Guimaraes.

SALINAS DE FRÍAS, M., 1982: *La organización tribal de los vettones. Pueblos prerromanos de Salamanca*. Salamanca.

- 1985: "La religión indígena en la Hispania Central y la conquista romana". *Studia Zamoriensia*, 6. pp. 307-332.
- 1986: *Conquista y romanización de Celtiberia*, Salamanca.
- 1992: *Problemática socioeconómica del mundo indígena lusitano, El proceso histórico de Lusitania oriental en época prerromana y romana*. Mérida.
- 1992-93: "El poblamiento rural antiguo de la provincia de Salamanca: modelos e implicaciones históricas". *Studia Histórica. Historia Antigua*, 10-11. pp. 177-188.
- 1994: "Onomástica y sociedad en la epigrafía antigua de las provincias de Salamanca y Ávila". *Zephyrus*, XLVII. pp. 287-309.
- 1997: "Salamanca romana: Economía, sociedad y mentalidad". *Historia de Salamanca I, Prehistoria y Edad Antigua*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca. pp. 281-412.
- 1999a: "Entorno a viejas cuestiones: guerra, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana". En Villar y Betrán (eds.) *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre lenguas y cultura paleohispánicas*. Zaragoza. pp. 281-293.
- 1999: "Guerra, trashumancia y ocupación del territorio del suroeste peninsular durante la República romana". *Economie et territoire en Lusitanie romaine*. Casa Velázquez. pp. 39-53.
- 2001: *Los Vettones. Indigenismo y romanización en el Occidente de La Meseta*. Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca.

SAN MIGUEL MATÉ, L. C., 1993: "El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

SAN NICOLÁS PEDRAZ, Mª PILAR, 1996: "La evolución de l poblamiento protohistórico en la Península Ibérica".

*Prehistoria II*. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid.

SÁNCHEZ, M<sup>a</sup> A., 2009: *Toros de Costitx*. Museo Arqueológico Nacional.

SÁNCHEZ CORRIENDO, J., 1997: “¿Bandidos lusitanos o pastores trashumantes? Apunte para el estudio de la trashumancia en Hispania”. *Hispania. Antiqua*. XXI. pp. 69-92.

SÁNCHEZ GARCÍA, F. J.; MARCOS CONTRERAS, G. J.; MARTÍN CARBAJO, M. A.; MISIEGO TEJEDA, J. C. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., 1993/94: “La Iglesia de San Cebrián o la Cueva de Salamanca”. *Numantia*, 6. Junta de Castilla y León. Conserjería de Educación y Cultura. Valladolid.

SÁNCHEZ IGLESIAS, J. L., 2007: *Los señores del Azogue, un viaje a la Salamanca medieval de finales del siglo XIII*. Edifisa, Salamanca.

SÁNCHEZ MORENO, E., 1995-96: “El caballo entre los pueblos prerromanos de La Meseta Occidental”. *Studia Histórica. Historia Antigua*, 13-14. pp. 207-229.

- 1996: “Aproximación social a la meseta occidental prerromana: riqueza y jerarquización en la necrópolis de El Raso (sector el arenal). Candeleda, Ávila”. *CuPAUAM*, 23. pp.164-190.
- 1997: “El agua en la manifestación religiosa de los vetones. Algunos testimonios”. En Peréx Agorreta (Ed.). *Termalismo Antiguo. I Congreso Peninsular. Actas*. Madrid. pp.129-139.
- 2000: *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. UAM ediciones. Madrid.
- 2001: “La hospitalidad en la Hispania prerromana: hacia una disección socio-económica”. En Hernández, Sagrado y Solana (eds.) *Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua. La Península Ibérica hace 2000 años*. Valladolid. pp. 383-392.
- 2009: “Vetones y Vettonia: etnicidad versus ordenatio romana”. *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa, Alto Alentejo y Cáceres*. Sanabria Marcos (Ed.). Museo de Cáceres. pp. 65-81.

SÁNCHEZ NICOLÁS, D., e.p.: “La industria lítica de la Edad del Hierro en el yacimiento del Povado/Quinta de Crestelos (Mogadouro, Portugal)”. IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del valle del Duero (Segovia, 2014).

SÁNCHEZ-PALENCIA, F. y FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>a</sup> J., 1985: “La corona y el castro de Corporales I: Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981”. *Excavaciones Arqueológicas en España*. Madrid.

SÁNCHEZ PALENCIA, F. J., RUIZ DEL ÁRBOL, 2000: *Zona arqueológica de las Cavanés de El Cabaco (Salamanca). III. 2ª parte e inventario de materiales. Sondeos de prospección y excavación en la zona minera y en los yacimientos y estructuras asociadas*. Instituto de Historia del CSIC y Ayuntamiento de El Cabaco. Madrid. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

SÁNCHEZ PALENCIA, F. J., RUIZ DEL ÁRBOL, M y LÓPEZ JIMÉNEZ, O., 2000a: *Zona arqueológica de las Cavanés de El Cabaco (Salamanca). IV. Anexos I. Sondeos de prospección y excavación en la zona minera y en los yacimientos y estructuras asociadas*. Instituto de Historia del CSIC y Ayuntamiento de El Cabaco. Madrid. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 2000b: *Zona arqueológica de las Cavanés de El Cabaco (Salamanca). IV. Sondeos de prospección y excavación en la zona minera y en los yacimientos y estructuras asociadas*. Instituto de Historia del

CSIC y Ayuntamiento de El Cabaco. Madrid. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 2001a: *Zona arqueológica de las Cavanés de El Cabaco (Salamanca). IV. Sondeos de prospección y excavación en la zona minera y en los yacimientos y estructuras asociadas. Anexos 2*. Instituto de Historia del CSIC y Ayuntamiento de El Cabaco. Madrid. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2001b: *Zona arqueológica de las Cavanés de El Cabaco (Salamanca). V. Actuaciones en la zona arqueológica y excavaciones en la Sierra de Las Quilamas. Volumen II: inventario de material y documentación gráfica*. Instituto de Historia del CSIC y Ayuntamiento de El Cabaco. Madrid. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

SÁNCHEZ PALENCIA, F. J., RUIZ DEL ÁRBOL, M., LÓPEZ JIMÉNEZ, O. y MORENO GUERRERO E., 2003: *Tierra, agua y oro, arqueología del paisaje en la Sierra de Francia*. Junta de Castilla y León.

SÁNCHEZ PASO, A. y SEGADÉ DE ILLÁN, A., 1987: *Historia de Béjar*. Salamanca.

SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, M., 1987: "Las Yegüerizas, un enclave hierático en Monleón (Salamanca)". *Revista de folklore*, 7. pp. 197-201.

SÁNCHEZ, E., 2002: *Informe de seguimiento e intervención arqueológica durante las obras en el solar del nº 49 de la C/San Pablo (Salamanca)*. Adobe, gestión del patrimonio. Salamanca. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 2007: *Informe de prospección intensiva para determinar la afección arqueológica en las parcelas 9 a 16 y 28 del polígono 511 en el término municipal de La Vellés (Salamanca)*. Adobe, gestión del patrimonio. Salamanca. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

SANTONJA, M. *et al*, 1986/87: "El <Castillo Viejo> de Valero (Salamanca): análisis de sus características y de su cronología". *Zephyrus*, XXXIX-XL. pp. 365-374.

- 1991: "Comentarios generales sobre la dinámica del poblamiento antiguo en la provincia de Salamanca". *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Conserjería de Cultura y B. Social. Salamanca.
- 1997: "Los tiempos prehistóricos". *Historia de Salamanca I. Prehistoria y Edad Antigua*. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca. pp. 105-122.

SANTONJA M., CERRILLO J., FABIÁN J. F., MOYANO, A. F. y MORALES, M. G<sup>a</sup>., 1986/87: "El <Castillo Viejo> de Valero (Salamanca): análisis de sus características y de su cronología". *Zephyrus*, XXXIX-XL. Salamanca.

SANTOS JUNIOR, J.R., 1963: "Berroezinhos do Castro de Santa Luzia (Freixo de Espada-a-Cinta)". Homenaje al profesor Pedro Bosch Gimpera. México. pp. 395-402.

- 1975: "A Cultura dos Berroes no Nordeste de Portugal". *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 22 (4). pp. 353-515.

SANTOS, J., 1992: "Pervivencias indígenas en la Salamanca Romana. Las unidades organizativas". *Actas I Congreso de Historia de Salamanca, vol. 1*. Salamanca. pp. 285-300.

SANTOS VILLASEÑOR, 1990: "Un yacimiento de la Primera Edad del Hierro con cerámicas pintadas, en La

Aldehuela (Zamora)". *Actas* (1990). pp. 225-240.

SANZ GARCÍA, MARCOS CONTRERAS, MARTÍN CARBAJO, MISIEGO TEJADA Y PÉREZ RODRÍGUEZ, 1994: "La Aceña, (Huertas, Salamanca), un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes". *Numantia*, 5. Junta de Castilla y León. Conserjería de Educación y Cultura. Valladolid. pp. 73-86.

SANZ MÍNGUEZ, C., 1990: "Rituales funerarios en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla del Duero (Valladolid)". En *II Simposio sobre los celtiberos: necrópolis celtibéricas*. Burillo (Coord.). Institución Fernando El Católico. Zaragoza. pp. 159-170.

- 1993: "Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla del Duero (Valladolid): cuatro tumbas para la definición de una estrategia horizontal". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.
- 1996: "La cerámica a peine. Nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el grupo vacceo". *II Congreso de Arqueología Peninsular*. Zamora
- 1997: *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Memorias, arqueología en Castilla y León. Junta de Castilla y León.
- 2005: "Broncistas, herreros y orfebres". *Celtiberos: tras la estela de Numancia*. Coord. por Antonio Chaín Galán, José Ignacio de la Torre Echávarri. pp. 337-344.

SANZ MÍNGUEZ, C. y VELASCO VÁZQUEZ, J. (Ed.), 2003: *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*. Universidad de Valladolid. Valladolid.

SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; OLTEAN, T.; GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R., 2010: "Los sistemas defensivos de Pintia". *Vaccea Anuario 2009, III*. Centros de Estudios Vacceos "Federido Wattenberg". Universidad de Valladolid. Valladolid.

SANZ MÍNGUEZ, C y ROMERO CARNICERO, F. (2010): "Mujeres, rango social y herencia en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, Pintia (Padilla del Duero/Peñaflor/Valladolid)", en F. Burillo (Ed.). *Ritos y Mitos. VI Simposio sobre Celtiberos*. pp. 403-420.

SASTRE, J.C.; SANTOS, F.; SOARES DE FIGUEIREDO, F; ROCHA; PINHEIRO, E. y DIAS, R., 2012: "El sitio fortificado del Castelinho (Felgar, Torre de Moncorvo, Portugal). Estudio preliminar de su diacronía y las plaquetas de piedra con grabados de la Edad del Hierro". *Complutum*, 23-1. pp. 165-179.

SAVORY, H. N., 1968: *Spain and Portugal. The prehistory of the Iberian Peninsula*. Londres.

SER QUIJANO, DEL GREGORIO, 2006: *Ruta de castros y verracos de Ávila, Salamanca, Miranda do Douro, Mogadouro y Peñaflor*. Diputación de Ávila y Diputación de Salamanca.

SCHATTNER, T. (Ed.), 2003: *Die Lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen*. Madrider Mitteilungen 44, Teill, 1-310. Mainz am Rhein.

SCHULTEN y MALUQUER DE MOTES, 1987: *Fontes Hispaniae Antiquae según Pomponio Mela, Plinio El Viejo y Claudio Ptolomeo, VII*. Instituto de Arqueología y Prehistoria de Barcelona. Barcelona.

SCHULTEN, 1959: *Fontes Hispaniae Antiquae*, VIII. Facultad de Filosofía y letras de la Universidad de Barcelona. Barcelona.

SCHULZ, R. y SEIDEL, M., 1997: *Egipto, el mundo de los faraones*. Könnemann. Colonia.

SECO VILLAR, M., 1993: "Cerámica "a peine" de Olivares de Duero (Valladolid)". *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid.

SECO VILLAR Y TRECEÑO LOSADA, 1993: "La temprana iberización de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de "La Mota", Medina del Campo (Valladolid)", en *Arqueología Vaccea, estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Valladolid. pp. 133- 171.

- 1995: "Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: La Mota Medina del Campo", en *Arqueología y Medio Ambiente. El primer Milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid. pp. 219- 246.

SEVILLANO S. JOSÉ, M. C., 1991: "Conexiones de las estelas antropomorfas salmantinas y extremeñas. Análisis de nuevos datos para su estudio en la provincia de Salamanca". *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y B. Social. Salamanca.

SHÜLE, W., 1969: *Die Meseta culturen der iberischen halbinsel*. Berlín. pp. 142-163.

SOLANA SÁINZ, J. M<sup>a</sup>., 1992: "Fuentes antiguas de Salamanca". *I Congreso de Historia de Salamanca, 1989. Tomo I*. Martín Rodríguez, J. L. (ed.) Salamanca. pp. 269-300.

SOLANA-LÁZARO SASTRE, J. M<sup>a</sup>., 1976: "Nueva aportación para el estudio de la teonimia de la Hispania romana: El ara de Alba de Tormes", en *Durius*, vol. 4, fas. 7-8, 1976, p. 573.

SOLER CARNICER, J., 2002: *Leyendas y tradiciones de Castellón*. Carena, Editores. Valencia.

SOPEÑA GENZOR, G., 1987: *Dioses, ética y ritos. Aproximación para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.

- 1995: *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- 2008: "Celtiberian Ideologies and Religion". *The Celts in the Iberian Peninsula*. E-Keltoi, Vol. 6.

SUÁREZ PIÑEIRO, A., 2002: "Las estelas funerarias galaico-romanas a la luz de la nueva arqueología epigráfica". *Actas del VII Congreso Internacional de estelas funerarias*. Tomo I. Santander.

SUNDWALL, J., 1943: *Die alterer Italischen fibeln*. Berlín.

STRATO S. C. L., 1994: *Excavaciones arqueológicas en la Calle Arcediano, nº 10-12 .Vol. I*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

- 1995a: *Trabajos de lavado, siglado, inventariado y dibujo del material procedente de la excavación arqueológica realizada en el solar de los números 10-12 de la Calle Arcediano de Salamanca. Vol. II*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 1995: *Excavaciones arqueológicas en la Calle Arcediano 6-8 de Salamanca*. Informe inédito depositado



en el Museo de Salamanca.

- 1999-2000: *Trabajo de prospección arqueológica para la realización del Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca. Campaña 1999-2000. Zona del Campo de Ledesma-Vitigudino y Arribes del Duero. Memoria Final, vol. II.* Gabinete de Estudios sobre Patrimonio Histórico y Arqueológico. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2001-2002: *Trabajo de prospección arqueológica para la realización del Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca. Campaña 2001-2002. Abadengo y Campo de Argañán. 2ª fase: trabajos de campo.* Gabinete de Estudios sobre Patrimonio Histórico y Arqueológico. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2001-02a: *Trabajo de prospección arqueológica para la realización del Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca. Campaña 2001-2002. Abadengo y Campo de Argañán. Informe técnico, vol. I.* Gabinete de Estudios sobre Patrimonio Histórico y Arqueológico. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2001-02b: *Trabajo de prospección arqueológica para la realización del Inventario Arqueológico de la provincia de Salamanca. Campaña 2001-2002. Abadengo y Campo de Argañán. Informe técnico, vol. II.* Gabinete de Estudios sobre Patrimonio Histórico y Arqueológico. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2005: *Informe técnico de los trabajos arqueológicos integrados en la ejecución del proyecto de Recuperación del Perímetro Amurallado y otros elementos de las defensas del Castro del Castillo, en Saldeana (Salamanca).* Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.
- 2005a: *Informe técnico de los trabajos en la ejecución del proyecto de recuperación del perímetro amurallado y otros elementos de la defensa del castro de Las Merchanas (Lumbrerales, Salamanca).* Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

SZABÓ, M., 1971: *Sur les traces celtes en Hongrie*. Ed. Corvina. Budapest.

- 2003: "Guerreros galaicos – Sculpture laténienne. En guise de conclusion, mit 3 textabbildungen." *Madriider Mitteilungen*, nº 44. pp. 290-297.

TÁCITO, C., 1980: *Anales, Libros XI-XVI*. Traducción y notas de José L. Moraleja. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

TARACENA, B., 1943: "Cabezas trofeos en la España Céltica". *Archivo Español de Arqueología*, XVI.

TAVERA, J., 1995: *Cayo Julio César. Comentarios de La Guerra de las Galias y Guerra Civil*. Editorial Porrúa. Méjico.

TAYLOR, T., 2005: *The Time Teme Guide to the archaeological sites of Britain and Ireland*. Transworld Publishers, Londres.

TAYLOR, T. y ASTON, M., 1999: *Atlas de arqueología*. Acento editorial. Madrid.

TEIRA BRIÓN, A. y AMADO RODRÍGUEZ, E., 2014: "Molinos fuera de lugar. Fronteras y contextos de la

molienda en la arqueología de la Edad del Hierro del noroeste ibérico". *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 24. pp. 271-287.

TITO LIVIO, 1990: *Historia de Roma desde su fundación, Libros IV-VII*. Traducción y notas de J. A. Villar Vidal. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

- 1993: *Historia de Roma desde su fundación, Libros XXI-XXV*. Traducción y notas de J. A. Villar Vidal. Biblioteca Clásica Gredos. Madrid.

TORRALBA MARTÍN, J., 1989: "El yacimiento celtibérico del Cerro de los Moros de Aniñón (Zaragoza). II Materiales de época celtibérica". *Actas I. Arqueología, Prehistoria, Arquitectura y Urbanismo y Arte. II encuentro de estudios bilbilitanos*. Calatayud. pp. 43-53.

- 1989a: "El yacimiento celtibérico del Cerro de los Moros de Aniñón (Zaragoza). III Conclusiones". *Actas I. Arqueología, Prehistoria, Arquitectura y Urbanismo y Arte. II encuentro de estudios bilbilitanos*. Calatayud. pp. 55-60.

TORRES MARTÍNEZ, J. F., 2005: *La economía de los celtas de la Hispania atlántica II*. Toxosoutos.

- 2011: *El cantábrico en La Edad del Hierro*. Real Academia de La Historia.

TSCANO, V y CERDEÑO SERRANO, M<sup>a</sup> L. y CÓRDOBA DE OYA, B.: "El origen de los mastines ibéricos: la trashumancia en los pueblos prerromanos de la meseta". *Complutum* 9. 1999. pp. 117-135.

TOTAIN, T., 1957: *Les cultes païens dans L'Empire Romain. III*. París.

TOVAR LLORENTE, A., 1949: *Estudio sobre las primitivas lenguas hispánicas*.

UNTERMANN, J., 1965: "Elementos de un atlas antroponímico de la Hispania antigua". *Biblioteca Praehistorica Hispana*, vol. VII. Madrid.

UPSA, 1996: *Claustro de la comunidad de la Universidad pontifica (Real Clerecía)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

UNZUETA PORTILLA, M., 1994: "La estela prerromana en Bizkaia: nuevas aportaciones y ensayo de interpretación histórica". *Cuadernos de antropología-etnografía*, 10. pp. 19-38.

VACA LORENZO, A., 2002: "La vía de la Plata a su paso por Salamanca". *Revista de Estudios*, 48. Salamanca. pp. 13-50.

VALDÉS, L., 1994: "Las estelas del santuario protohistórico de Gastiburu, Arrazua, Vizcaya. Aproximación al mundo estilístico de los Caristos (S. II a. C.)". *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias. Vol. I*. Carlos de la Casa (Ed.). Soria. pp. 139-145.

- 2009: *Gastiburu. El santuario vasco de la Edad del Hierro*. Real Academia de la Historia.

VALDÉS, L. y PUJANA, I., 2002: "El santuario protohistórico de Gastiburu, y el calendario estacional (siglos IV al I a. C.)". *Bolskan*. 19. pp. 249-254.

VALLEJO RUIZ, J.M., 2005: "Antroponimia indígena de la Lusitania romana". *Veleia, Anejos minor* 23, Vitoria-Gasteiz.

VÁZQUEZ, E., 2013: "Hacia la crianza moderna. Las transformaciones en el concepto de infancia en España y

su repercusión en los bebés (ca. 1800–1960)". *Bebés. Usos y costumbres sobre el nacimiento. Catálogo de la exposición temporal*. Museo del Traje. CIPE Madrid, 21 de diciembre 2012 - 17 de marzo 2013. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

VÁZQUEZ MARCOS, C., 2011: "El castro de Las Merchanas (Lumbrales, Salamanca) y sus insculturas." En Cubas Martín, N.; Hidalgo Rodríguez, D. y Salinas de Frías, M. (coord.): *Arqueología, patrimonio, prehistoria e historia antigua de los pueblos "sin pasado". Ecos de la Lusitania en Arribes del Duero*. pp. 111-124.

VEGAS ARAMBURU, J. J., 1983: "Las canas como material arqueológico. Revisión y nueva interpretación". *Estudios de Arqueología Alavesa*, 11: pp. 407-425.

VELÁZQUEZ, I., 1991: "Pizarras escritas de época visigoda en Salamanca". *Del Paleolítico a la Historia*. Junta de Castilla y León. Conserjería de Cultura y B. Social. Salamanca.

VIANA ABEL, 1955: "Citania de Santa Luzia (Viana do Castelo, Portugal)". *Zephyrus*, VI. Salamanca. pp. 61-88.

VIGO GARCÍA A., 2008: "O Castro de Zoñán (Mondoñedo, Lugo): campaña 2007, resultados preliminares". *Gallaecia*, 27. pp. 195-204.

VILLAR MOYO, R. M., 2011: *Aproximación a la historia de la minería*.

VINUESA CHAO, M. y APARICIO ALONSO, F., 2007: *Informe de la intervención arqueológica en la Muralla medieval de Monleón (Salamanca), Tramo I-C*. Vacceo Integral de Patrimonio S. L. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

VIRGILIO SEVILLANO, F., 1978: *Testimonio arqueológico de la provincia de Zamora*. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo. Zamora.

VV. AA., 1997: *Museo de las Civilizaciones anatolianas*. Ankara.

VV.AA. (2001): *El toro y el Mediterráneo. Catálogo de la Exposición*. Patrocinado por Caja Duero y Centro de Cultura "Sa Nostra", 193.

WATTENBERG, F., 1957: "Hallazgos arqueológicos en Renero de Esgueva (Valladolid). *B. S. A. A.*, XXIII. pp. 189-191.

- 1959: *La región vaccea, celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero. Bibliotheca Praehistorica Hispana*. Madrid.
- 1960-1961: "Cajitas excisadas de la Meseta Central". *Ampurias*, XXII-XXIII. PP. 288-294.
- 1963: "Las cerámicas indígenas de Numancia". *Biblioteca Praehistorica Hispana*, X. Madrid.
- 1964: "Una nueva cajita celtibérica". *B.S.A.A.*, XXX. pp. 318-321.

WATTENBERG GARCÍA, E., 1978: *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga (yacimientos de Tariego, Soto de Medenilla y Simancas)*. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid.

WELLER, O. y FÍGULS I ALONSO, A., 2010: "Las herramientas líticas del'Solsonià': distribución de los útiles de corneana e intercambios durante el Neolítico medio catalán. La Vall Salina'de Cardona y la minería de la sal. *Minerales y rocas en las sociedades de la Prehistoria*, 213-223.

WELLS, P., 1984: *Farms, villages and cities: commerce and urban origins in late Prehistoric Europe*. Ithaca.

WERNER ELLERING, S., 1990: *La cerámica pintada geométrica del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro*. Madrid.

1989: *Informe sobre las excavaciones arqueológicas de urgencia en la calle Libreros/esquina calle La Latina (Salamanca)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

1990/1991: *sobre las prospecciones arqueológicas en once términos municipales de la provincia de Salamanca (Almenara de Tormes, Arapiles, Barbadillo, Cabeza del Caballo, Cepeda, Fuenteguinaldo, Garcihernández, Ledesma, Los Santos, Saucelle y Vitigudino)*. Informe inédito depositado en el Museo de Salamanca.

#### **Páginas web consultadas:**

<http://www.sigpac.mapa.es>

<http://www.celtiberia.net>

<http://www.candelario.info/historia/janofotos.htm>

<http://www.artehistoria.com>

<http://www.eda-bea.es> (Hispania Epigráfica online).

<http://www.dialnet.unirioja.es>

<http://www.academia.edu>

#### **Otras fuentes:**

Carta Digital Militar de España v. 2.0

Cartografía Militar de España. Serie L. Escala 1: 50000.

Cartografía Militar de España. Serie L. Escala 1: 25000.

Mapa geológico de España. Escala 1: 50000, 551 (11-22). Instituto Tecnológico geominero de España.

Mapa metalogenético de España. Escala 1: 200000, 37. Salamanca. Instituto geológico y minero de España. 1974.

Mapa metalogenético de España. Escala 1: 200000, 44. Ávila. Instituto geológico y minero de España. 1974.

Mapa metalogenético de España. Escala 1: 200000, 36. Vitigudino. Instituto geológico y minero de España. 1974.

*Gran Enciclopedia Larousse. Atlas de España, 1*. Planeta, 1995.

Inventario Arqueológico de Castilla y León (IACyL).

## VIII. ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1: Mapa geográfico .....	33
Figura 2: Mapa litológico y mapa pluviométrico .....	34
Figura 3: Mapa meteorológico .....	35
Figura 4: Cuencas hidrográficas del Duero y del Tajo .....	38
Figura 5: Mapa de dispersión de yacimientos del Bronce Final/Hierro I .....	40/41
Figura 6: Mapa de dispersión de yacimientos del Hierro II .....	40/41
Figura 7: Gráfico del estudio de dominio sobre los octantes de los yacimientos en meandro .....	42
Figura 8: Gráfico del estudio de dominio sobre los octantes de los yacimientos en espigón fluvial .....	42
Figura 9: Emplazamientos en meandro: Ledesma y Casa Quiquín (Barruecopardo) .....	43
Figura 10: Emplazamientos en espigón fluvial: Lerilla (Zamarra) y El Castillo de Saldeana .....	44
Figura 11: Emplazamientos en cerro 1: La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) y Arapil Chico (Arapiles) .....	46
Figura 12: Emplazamientos en cerro 2: Alto del Cabezo (Fuenterroble) y Pico Monreal (Casafranca) .....	47
Figura 13: Gráfico del estudio de dominio sobre los octantes de los yacimientos en cerro .....	48
Figura 14: Gráficos que comparan los yacimientos con y sin posición defensiva durante la Edad del Hierro .....	50
Figura 15: Gráficos de comparación de dominios visuales en las fases de la Edad del Hierro .....	51
Figura 16: Poblamiento de la zona serrana durante el Bronce Final/Hierro I. ....	53
Figura 17: Poblamiento de la zona serrana durante el Hierro II. ....	54
Figura 18: Poblamiento de la zona oriental durante el Bronce Final/Hierro I .....	55
Figura 19: Gráfico que muestra la distribución de los yacimientos en torno a los ríos de la zona oriental .....	56
Figura 20: Poblamiento de la zona oriental durante el Hierro II .....	57
Figura 21: Poblamiento de la zona occidental durante el Bronce final/Hierro I .....	59
Figura 22: Poblamiento de la zona occidental durante el Hierro II. ....	60
Figura 23: Mapa del territorio entre el siglo I a. C. y el I d. C. ....	62/63
Figura 24: Caracterización económica 1: Alba de Tormes; Los Lázaros (Las Veguillas); La Pinilla (Carbajosa de la Sagrada); La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández); Los Villares (Cantalpino); Salamanca; Pico Monreal (Casafranca); Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires); El Teso del Cuerno (Forfoleda) .....	64
Figura 25: Caracterización económica 2a: Casa Quiquín (Barruecopardo); Los Castillos (Gema); Los Castillos (Carrascal del Obispo); Las Cercas (Villavieja de Yeltes); Los Castillos (Pozos de Hinojo); Las Merchanas (Lumbrales); El Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña); Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores); El Castillo de Saldeñuela .....	66
Figura 26: Caracterización económica 2b: Castelmao (San Felices de los Gallegos); La Plaza (Gallegos de Argañán); Yecla de Yeltes; Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero); La Corona (Rinconada de la Sierra); Los Omiños (Juzbado); Los Tejares (El Tejado); Ledesma .....	67
Figura 27: Caracterización económica 3: Los Castillos (Villar de Yegua); Ciudad Rodrigo; Los Ocuestos (Alaraz); Cancho Enamorado (El Berrueco); Alto del Cabezo (Fuenterroble); Iruña (Fuenteguinaldo); Monleón .....	69



Figura 28: Caracterización económica 4a: minería zona de Golpejas.....	73
Figura 29: Caracterización económica 4b: minería zona de Alba de Tormes.....	74
Figura 30: Caracterización económica 4c. Minería zona oriental: El Teso de Utrera (Mozárbez); Gejo de Diego Gómez; Cabeza de Diego Gómez; La Mesa del Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes); Los Castillos (Villalba de Los Llanos); Tapao del Santo; Teso de la Higuera (La Mata de Ledesma).....	75
Figura 31: Caracterización económica 4d. Minería zona occidental 1: Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero); Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores); 3. Castelmao (San Felices de los Gallegos); Las Cercas (Villavieja de Yeltes); Los Castillos (Retortillo); El Castillo de Saldeñuela; Los Castillos (Gema); Casa Quiquín (Barruecopardo); La Mata Chica (Bermellar); Las Merchanas (Lumbrales); Valle Ancho (Bermellar); Los Castillos (Pozos de Hinojo).....	77
Figura 32: Caracterización económica 4e. Minería zona occidental 2: Los Castillos (Villar de Yegua); Los Frailes (Villar de Argañán); La Plaza (Gallegos de Argañán); Valle de la Gutiérrez (Alameda de Gardón); Fuenteguinaldo .	78
Figura 33: Caracterización económica 4f. Minería zona serrana: Las Fraguas (Linares de Riofrío); Los Santos; El Castillo (Cabezo de Béjar); Peña de La Mata (Guijuelo); Los Malvanes (Mogarraz); La Corona (Rinconada de la Sierra); Los Rodales (Pinedas); Ropino (Pinedas); Alto de La Calera (Los Santos) .....	80
Figura 34: Recursos hídricos 1: El Castillo de Saldeñuela y La Plaza (Gallegos de Argañán) .....	83
Figura 35: Recursos hídricos 2: La Pinilla (Carbajosa de La Sagrada) y Teso de San Miguel (Villarmayor) .....	84
Figura 36: Mapa con los hallazgos orientalizantes y su introducción al interior peninsular .....	91
Figura 37: Vías y vados identificados en el entorno del castro de Salamanca .....	92
Figura 38: Calzada de Salamanca-Alba-Piedrahita y la Ruta de La Plata.....	95
Figura 39: Vereda de los Los Mártires.....	98
Figura 40: Propuesta de las posibles vías principales de la Edad del Hierro .....	100/101
Figura 41: Dominio visual 1. Risco de Los Altares (Herguijuela de la Sierra) y Los Malvanes (Mogarraz) .....	104
Figura 42: Dominio visual 2. Cancho Enamorado (Puente Congosto) y El Castillo (Cabeza de Béjar).....	107
Figura 43: Dominio visual 3. La Solana (Navamoral de Béjar) y Peña de la Mata (Guijuelo).....	108
Figura 44: Dominio visual 4. El Tranco del Diablo (Béjar) y Montemayor del Río .....	109
Figura 45: Yacimientos del valle del Alagón.....	110
Figura 46: Dominio visual 5. Monleón y Alto del Cabezo (Fuenterroble de Salvatierra).....	112
Figura 47: Dominio visual 6. Los Lázaros (Las Veguillas) y Alto de La Calera (Los Santos) .....	113
Figura 48: Dominio visual 7. Los Santos y La Corvera (Navamoral de Béjar).....	115
Figura 49: Dominio visual 8. La Corona (Rinconada de la Sierra) y La Mata del Castillo (Cilleros de La Bastida) ...	116
Figura 50: Yacimientos del valle del Águeda.....	117
Figura 51: Dominio visual 9. Los Castillos (Villar de Yegua) y Los Castillos (Pozos de Hinojo).....	119
Figura 52: Dominio visual 10. La Plaza (Gallegos de Argañán) y El Lombo del Castillo (San Felices de los Gallegos) .....	120
Figura 53: Dominio visual 11. Ciudad Rodrigo e Iruña (Fuenteguinaldo) .....	121
Figura 54: Real calzada de Extremadura a su paso por el territorio y yacimientos situados en sus inmediaciones .	122
Figura 55: Dominio visual 12. El Castillo de Herguijuela de Ciudad Rodrigo y Lerilla (Zamarra) .....	123
Figura 56: Valle del Yeltes.....	124

Figura 57: Dominio visual 13. Los Castillos de Gema y La Mesa Grande (Castraz) .....	125
Figura 58: Dominio visual 14. Los Castillos de Retortillo y Las Cercas (Villavieja de Yeltes).....	126
Figura 59: Valle del Huebra .....	128
Figura 60: Dominio visual 15. Cabeza de Moncalvo (Hinojosa del Duero) y El Castillo de Saldeñuela .....	130
Figura 61: Dominio visual 16. El Castillo (Carrascal del Obispo) y Ermitas (Cubo de Don Sancho) .....	131
Figura 62: Dominio visual 17. Tres Cuartos (Cubo de Don Sancho) y Cabeza de Diego Gómez .....	132
Figura 63: Dominio visual 18. Alto de Cabezo de San Pedro (Hinojosa del Duero) y El Castillo (Alaraz) .....	133
Figura 64: Dominio visual 19. Ermitas del Cristo (Alaraz) y Fresnillo (Macotera) .....	135
Figura 65: Dominio visual 20. Los Hornos (Coca de Alba) y Las Herraduras (Barbadillo) .....	136
Figura 66: Dominio visual 21. La Regalantona (Espino de la Orbada) y Los Jerónimos (Alba de Tormes) .....	137
Figura 67: Valle del Tormes.....	138
Figura 68: Dominio visual 22. El Castillo (Monleras) y Gejo de Diego Gómez .....	140
Figura 69: Dominio visual 23. Los Canales (Mozodiel del Campo) y Cerro Muriano (Cabeza de Framontanos) .....	141
Figura 70: Dominio visual 24. La Aceña (Huertas) y Ledesma .....	144
Figura 71: Dominio visual 25. Teso de la Encina (Aldeaseca) y Teso de la Septa (Castellanos de Villiquera) .....	145
Figura 72: Dominio visual 26. Las Cabezas (Florida de Liébano) y El Castillo (Forfoleda) .....	146
Figura 73: Dominio visual 27. Teso de San Miguel (Villamayor) y Teso de la Hojita (San Morales) .....	147
Figura 74: Dominio visual 28. Cerro San Vicente (Salamanca) y El Teso de Las Catedrales (Salamanca).....	148
Figura 75: Dominio visual 29. La Mesa de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) y El Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes) .....	150
Figura 76: Dominio visual 30. El Sierrro (Golpejas) y Valdefuentes (Golpejas) .....	151
Figura 77: Dominio visual 31. Casa de Domingo (Golpejas) y La Dehesa (Golpejas).....	153
Figura 78: Dominio visual 32. Alba de Tormes y Los Tejares (El Tejado de Béjar).....	154
Figura 79: Situación de Yecla de Yeltes. Mapa topográfico 1: 25.000 .....	155
Figura 80: Visibilidad de Yecla de Yeltes 1: hacia el Este y el Oeste. ....	157
Figura 81: Visibilidad de Yecla de Yeltes 2: hacia el Norte y el Sur.....	158
Figura 82: Dominio visual de Yecla de Yeltes.....	160
Figura 83: Dominio visual de Yecla de Yeltes sobre sus recursos críticos.....	161
Figura 84: Situación del Picón de la Mora. (Imagen tomada del SIGPAC).....	162
Figura 85: Dominio visual del Picón de la Mora.....	164
Figura 86: Visibilidad del Picón de la Mora 1: hacia el Norte y el Sur.....	165
Figura 87: Visibilidad del Picón de la Mora 2: hacia el Este y el Oeste .....	166
Figura 88: Dominio visual del Picón de la Mora sobre sus recursos críticos .....	167
Figura 89: Situación del Pico Monreal. (Imagen tomada del SIGPAC).....	168
Figura 90: Dominio visual del Pico Monreal.....	170
Figura 91: Paisaje del horizonte del Pico Monreal.....	171

Figura 92: Situación del Teso del Cuerno. (Imagen tomada del SIGPAC) .....	173
Figura 93: Dominio visual del Teso del Cuerno .....	176
Figura 94: Paisaje de los accesos S-SE. Teso del Cuerno .....	177
Figura 95: Vista de la Sierra de Béjar desde el Teso del Cuerno .....	178
Figura 96: Dominio visual del Teso de Cuerno sobre sus recursos críticos .....	178
Figura 97: Situación del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. (Mapa topográfico 1:25000) .....	179
Figura 98: Dominio visual del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo .....	181
Figura 99: Dominio visual del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo sobre sus recursos críticos.....	183
Figura 100: Situación del Teso de San Cristóbal de la Cuesta. (Mapa topográfico 1:25000).....	184
Figura 101: Visibilidad del Teso de San Cristóbal 1: hacia el Norte y el Sur .....	185
Figura 102: Dominio visual del Teso de San Cristóbal .....	187
Figura 103: Dominio visual del Teso de San Crsitóbal sobre sus recursos críticos.....	188
Figura 104: Situación de El Castillo de Saldeana. (Mapa topográfico 1:25000) .....	189
Figura 105: Dominio visual de El Castillo de Saldeana .....	192
Figura 106: Visibilidad de El Castillo de Saldeana: hacia el Norte, Nordeste y Este .....	193
Figura 107: Dominio visual de El Castillo de Saldeana sobre sus recursos críticos .....	194
Figura 108: Paisaje del horizonte de El Castillo de Saldeana .....	194
Figura 109: Situación del castro de Castelmao. (Mapa topográfico 1:50000) .....	195
Figura 110: Dominio visual del castro de Castelmao.....	198
Figura 111: Dominio visual del castro de Castelmao sobre sus recursos críticos .....	199
Figura 112: Visibilidad del castro de Castelmao: hacia el Norte y el Este .....	200
Figura 113: Situación de La Cuesta de Santa Ana. (Imagen tomada del SIGPAC) .....	201
Figura 114: Emplazamiento de La Cuesta de Santa Ana .....	202
Figura 115: Visibilidad La Cuesta de Santa Ana hacia el Norte .....	203
Figura 116: Dominio visual de La Cuesta de Santa Ana .....	204
Figura 117: Visibilidad del La Cuesta de Santa Ana hacia el Sur, el Noroeste y el Oeste .....	205
Figura 118: Dominio Visual de La Cuesta de Santa Ana sobre sus recursos críticos .....	206
Figura 119: Situación de Las Merchanas. (Mapa topográfico 1:50000) .....	207
Figura 120: Dominio visual de Las Merchanas .....	209
Figura 121: Puerta secundaria de Las Merchanas .....	210
Figura 122: Visibilidad de Las Merchanas: hacia el Norte, el Noroeste y el Nordeste.....	211
Figura 123: Dominio Visual de Las Merchanas sobre sus recursos críticos.....	212
Figura 124: Paramento de la muralla del Cerro San Vicente (Salamanca) .....	220
Figura 125: Reconstrucción del asentamiento del Cerro San Vicente (Salamanca) .....	221
Figura 126: Derrumbe de la muralla de Los Castillos de Herguijuela de Ciudad Rodrigo.....	222
Figura 127: Gráfico del porcentaje de yacimientos amurallados durante el Hierro I.....	223

Figura 128: Murallas de Yecla de Yeltes y Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) .....	225
Figura 129: Reconstrucción de la empalizada de madera de la muralla de La Corona (Rinconada de la Sierra) .....	226
Figura 130: El Teso de Las Catedrales (Salamanca): Foso prerromano, base de la cimentación de la muralla y muralla del Hierro II.....	227
Figura 131: Croquis de las murallas de Los Castillos (Herguijuela de Ciudad Rodrigo) (C. Mateos) y del Pico Monreal y plano de El Castillo de Saldeana .....	230
Figura 132: Planos de Yecla de Yeltes e Iruña (Fuenteguinaldo).....	231
Figura 133: Mapa de dispersión de las piedras hincadas.....	233
Figura 134: Campo de piedras hincadas del castro de Castelmao (San Felices de los Gallegos).....	234
Figura 135: Planos del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) y Las Merchanas (Lumbrales).....	235
Figura 136: Campos de piedras hincadas de La Plaza, (Gallegos de Argañán), El Castillo de Saldeana, y Las Merchanas (Lumbrales) .....	236
Figura 137: Croquis campos de piedras hincadas de La Plaza (Gallegos de Argañán) y El Castillo de Saldeñuela .....	237
Figura 138: Gráfico del porcentaje de sistemas defensivos con y sin piedras hincadas .....	242
Figura 139: Mapa de dispersión de los campos de piedras hincadas en la Península.....	243
Figura 140: Caminos de ronda .....	244
Figura 141: Entrada principal del castro de El Castillo de Saldeñuela .....	245
Figura 142: Croquis de la entrada principal del castro de El Castillo de Saldeñuela.....	246
Figura 143: "Bastiones" de Yecla de Yeltes y Las Merchanas (Lumbrales) .....	247
Figura 144: "Bastiones" circular del castro de El Castillo de Saldeñuela.....	248
Figura 145: Foso interno y externo de La Plaza (Gallegos de Argañán) y foso del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores).....	250
Figura 146: Foso del Pico Monreal (Casafranca) .....	251
Figura 147: Corte del foso de Salamanca en el Patio de La Clerecía (Salamanca) .....	252
Figura 148: Gráfico de sistemas defensivos con foso y sin foso .....	252
Figura 149: Puerta en embudo de Yecla de Yeltes .....	254
Figura 150: Puertas del castro del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña).....	256
Figura 151: Cubo de la puerta monumental del castro de Salamanca .....	257
Figura 152: Gráficos del tipo de puertas existentes en los recintos amurallados .....	259
Figura 153: Detalle de la supuesta muralla prerromana de Ledesma .....	260
Figura 154: Gráfico de yacimientos secundarios y aquellos que están amurallados en el occidente del territorio....	263
Figura 155: Gráfico de yacimientos en altura y en llano .....	265
Figura 156: Planos de la organización de los accesos mediante el uso de las piedras hincadas .....	270
Figura 157: Mapa de los posibles yacimientos subordinados a La Mesa del Carpio (Villagonzalo del Tormes) y el Cerro San Vicente (Salamanca) .....	273
Figura 158: Gráfico que muestra el porcentaje de castros y poblados y gráfico que muestra el porcentaje de castros que sólo cuentan con muralla, de los que cuentan con sistemas defensivos simples y de los que cuentan con sistemas defensivos complejos.....	275

Figura 159: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona oriental.....	282
Figura 160: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona occidental 1.....	284
Figura 161: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona occidental 2.....	286
Figura 162: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona occidental 3.....	288
Figura 163: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona occidental 4.....	290
Figura 164: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona occidental 5.....	293
Figura 165: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona occidental 6.....	295
Figura 166: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona serrana 1.....	297
Figura 167: Jerarquización del territorio durante el Hierro II. Zona serrana 2.....	299
Figura 168: Gráfico de la evolución del poblamiento del Hierro II a la fase Alto imperial .....	301
Figura 169: Mapa de la jerarquización hipotética del territorio durante el Hierro II.....	300/301
Figura 170: Planta de la cabaña del Teso del Cuerno (Forfoleda) .....	303
Figura 171: Planta de una cabaña de la tercera fase de ocupación exhumada en la plaza de San Martín (Ledesma).....	305
Figura 172: Cabañas del Cerro San Vicente (Salamanca) .....	306
Figura 173: Fragmento de estuco de la tercera cabaña de la plaza de San Martín (Ledesma) .....	307
Figura 174: Pesa de granito procedente del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) .....	309
Figura 175: Croquis de la cata de la vivienda del sector occidental de Las Merchanas (Lumbrales).....	311
Figura 176: Posible aljibe de El Castillo de Saldeana.....	312
Figura 177: Posible molino de El Castillo de Saldeana .....	313
Figura 178: Casa-silo de El Castillo de Saldeana 1.....	314
Figura 179: Casa-silo de El Castillo de Saldeana 2.....	315
Figura 180: Casa exhumada en el solar del Trilingüe (Salamanca) .....	316
Figura 181: Foto en la que se aprecia el muro de pizarra de La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández).....	317
Figura 182: Recinto del castro de Mocalvo (Hinojosa del Duero) 1 .....	320
Figura 183: Recinto del castro de Mocalvo (Hinojosa del Duero) 2 .....	321
Figura 184: Reconstrucción hipotética del castro de Salamanca durante el Hierro II.....	325
Figura 185: Mapa con las posibles aras funerarias de Yecla de Yeltes.....	327
Figura 186: Necrópolis de Los Tejares (El Tejado de Béjar) .....	328
Figura 187: Posible estela hincada del Pico Monreal .....	330
Figura 188: Cantera de Yecla de Yeltes .....	333
Figura 189: Cantera de la ladera Norte de El Castillo de Saldeana .....	334
Figura 190: Canteras del Picón de la Mora (Encinasola de los comendadores) y El Castillo de Saldeana.....	335
Figura 191: Canteras del Alto de Castelmao (San Felices de los Gallegos y El Castillo de Saldeana.....	336
Figura 192: Mapa de dispersión de los santuarios .....	338/339



Figura 193: Santuarios del castro del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) y del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires).....	339
Figura 194: Elementos del santuario del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) .....	340
Figura 195: Elementos del santuario del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires) .....	341
Figura 196: Santuarios del Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires) y Cancho Enamorado .....	343
Figura 197: Posible santuario de El Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo del Tormes) .....	346
Figura 198: Mapa de situación de El Cerro de La Atalaya (La Magdalena).....	347
Figura 199: Elementos del santuario de El Cerro de La Atalaya (La Magdalena) 1 .....	348
Figura 200: Elementos del santuario de El Cerro de La Atalaya (La Magdalena) 2 .....	349
Figura 201: Situación y orientación del santuario del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores).....	351
Figura 202: Dibujo del santuario del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) .....	353
Figura 203: Elementos del santuario del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) 1.....	354
Figura 204: Elementos del santuario del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) 2.....	356
Figura 205: Orientación santuario del Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) .....	357
Figura 206: Orientación del santuario del Cañedo (Santo Domingo de los Dieces) .....	359
Figura 207: Elementos de los santuarios del Cañedo (Santo Domingo de los Dieces), de "La Dehesa" (Aldeavieja) y "El Maguillo" (Soriuela).....	360
Figura 208: Orientación del santuario "El Maguillo" (Soriuela) .....	361
Figura 209: Orientación del santuario "El Risco de Los Altares" (Herguijuela de La Sierra).....	362
Figura 210: Paneles del santuario "El Risco de Los Altares" (Herguijuela de La Sierra).....	363
Figura 211: Orientación del santuario de Las Yegüerizas (Monleón) .....	365
Figura 212: Santuarios de Las Yegüerizas (Monleón) y "La Mesa de los Curas" (La Fregeneda) .....	366
Figura 213: Santuario de "La Mesa de los Curas" (La Fregeneda) .....	367
Figura 214: Peña del Perdón (La Redonda) .....	367
Figura 215: La Peña de Santa María (Iruelos de Mesón Nuevo).....	368
Figura 216: Mapa de dispersión santuarios sin relación directa con los poblados 1 .....	370
Figura 217: Mapa de dispersión santuarios sin relación directa con los poblados 2 .....	371
Figura 218: Mapa de dispersión santuarios sin relación directa con los poblados 3 .....	372
Figura 219: Santuario rupestre del Picón de la Mora: Solsticio de Invierno 1.....	383
Figura 220: Santuario rupestre del Picón de la Mora: Solsticio de Invierno 2.....	384
Figura 221: Motivos decorativos de la cerámica de la Edad del Hierro .....	408/409
Figura 221a: Matriz de Yecla de Yeltes .....	409
Figura 222: Cuadro de los cuencos decorados de la zona occidental durante el Bronce Final-Hierro I.....	412
Figura 223: Cerámicas vettonas de Salamanca .....	415
Figura 224: Cerámica vettonas de Las Merchanas y de Yecla de Yeltes.....	416
Figura 225: Cerámicas vettonas tardías de Salamanca .....	418

Figura 226: Perforaciones.....	422
Figura 227: Cordón.....	424
Figura 228: Tipos de apliques del Hierro I.....	425
Figura 229: Mamelones y asideros.....	426
Figura 230: Tipos de asas del Hierro II.....	427
Figura 231: Tipos de bases cerámicas: planas, pies realzados y umbilicadas.....	429
Figura 232: Tipo de bases del Hierro II.....	431
Figura 233: Formas cerámicas de la Primera Edad del Hierro .....	434/435
Figura 234: Formas cerámicas de la Segunda Edad del Hierro .....	442/443
Figura 235: Forma 13: quemadores .....	451
Figura 236: Forma 14: copas.....	453
Figura 237: Forma 14: copas de tradición indígena.....	455
Figura 238: Cerámica tipo Soto del Cerro San Vicente y cerámica tipo Cogotas II de Salamanca capital.....	456
Figura 239: Cerámica romana de Ciudad Rodrigo .....	458
Figura 240: Actividad textil.....	465
Figura 241: Útiles diversos .....	472
Figura 242: Cuchillo afalcatado .....	476
Figura 243: Grabado con escena de caza en uno de los sillares de Yecla de Yeltes .....	480
Figura 244: Molinos de la Edad de Hierro .....	486
Figura 245: Morteros.....	489
Figura 246: Actividad pesquera .....	491
Figura 247: Azuelas.....	498
Figura 248: Hachas pulimentadas .....	500
Figura 249: Instrumental metálico: leznas y agujas.....	502
Figura 250: Útiles diversos .....	506
Figura 251: Bolas y fichas.....	508
Figura 252: Objetos de uso personal.....	514
Figura 253: Fíbulas de la Edad del Hierro .....	516/517
Figura 254: Fíbulas de caballito.....	522
Figura 255: Fíbulas zoomorfas con forma de verracos.....	523
Figura 256: Fíbula preaucissa y fíbula aucissa.....	525
Figura 257: Mapa de dispersión de las fíbulas de la Edad del Hierro.....	527
Figura 258: Cuentas de collar de pasta vítrea de Yecla de Yeltes .....	528
Figura 259: Asadores de El Berrueco.....	529
Figura 260: Cabezas de Yecla de Yeltes.....	532
Figura 261: Dios tricéfalo de Montemayor y Jano de Candelario .....	538

Figura 262: Grabado conocido como Los Siete infantes de Lara de Yecla de Yeltes .....	539
Figura 263: Grabados de Yecla de Yeltes 1 .....	541
Figura 264: Grabados de Yecla de Yeltes 2 .....	542
Figura 265: Esquema de los grabados de Las Merchanas.....	543
Figura 266: Grabados de El Castillo de Saldeana y de Las Merchanas.....	544
Figura 267: Mapas con la situación de los grabados de El Castillo de Saldeana, de Las Merchanas y de Yecla de Yeltes.....	545
Figura 268: Mapa de dispersión de los grabados.....	546
Figura 269: Piedra con cazoletas reaprovechada en un muro de cronología medieval de Yecla de Yeltes.....	548
Figura 270: Mapa de dispersión de los verracos .....	552/553
Figura 271: Verracos de Irueña, Salamanca y Berrocal de Padierno.....	554
Figura 272: Verracos de Puente Congosto, Monleón, El Berrueco y Olmillos.....	555
Figura 273: Verraco de Ciudad Rodrigo .....	557
Figura 274: Verraco de Gallegos de Argañán.....	558
Figura 275: Verracos de La Redonda, de Ledesma, de Masueco y de Yecla de Yeltes .....	559
Figura 276: Verracos de Las Merchanas y de Larrodrigo.....	561
Figura 277: Verraco de San Felices de los Gallegos.....	562
Figura 278: Verraco de Robliza de Cojos .....	564
Figura 279: Piedra que recuerda a un verraco en Santibáñez .....	565
Figura 280: Caracterización económica de los verracos 1: Yecla de Yeltes; Monleón; Irueña; Ciudad Rodrigo; San Felices de los Gallegos; Gallegos de Argañán; Berrocal de Padierno; Puebla de Azaba; Salamanca; Ledesma; Las Merchanas y Olmillos .....	570
Figura 281: Mapa que muestra la situación del verraco de Olmillos respecto a la Vereda de Ledesma-Salamanca y al río .....	572
Figura 282: Caracterización económica de los verracos 2: El Tejado; Fuenlabrada; Masueco; Peñaparda; Las Veguillas .....	573
Figura 283: Situación de los verracos respecto a las supuestas vías prerromanas .....	574/575
Figura 284: Vías de comunicación en el Águeda.....	574
Figura 285: Verracos y dehesas .....	577
Figura 286: Vetas minerales cercanas a los verracos: Gallegos de Argañán; Las Merchanas; El Payo; Puerto Seguro; Molino Caido; San Felices de los Gallegos y Barquilla .....	581
Figura 287: Fronteras del territorio vettón.....	582
Figura 288: Frontera del territorio vettón a la altura del Campo Charro.....	583
Figura 289: Cazoletas de los verracos de Monleón y de San Felices de los Gallegos y grabado del verraco de Berrocal de Padierno .....	587
Figura 290: Estelas con imágenes de toros procedentes de Yanguas y El Collazo, Soria.....	592
Figura 291: Dispersión de las aras y las estelas funerarias.....	592/593
Figura 292: Gráfico del estudio de la onomástica en estelas y aras.....	594

Figura 293: Aras votivas: Almendrilla (Villarino de los Aires); Agallas; Retortillo y Martiago .....	601
Figura 294: Gráfico del estudio de las aras votivas .....	602
Figura 295: Estelas procedentes de Yecla de Yeltes y de San Martín del Castañar y Ara de Martiago.....	607
Figura 296: Estela de Yecla de Yeltes con posible antropomorfo con torques.....	608
Figura 297: Estelas de Villar de la Yegua; de Yecla de Yeltes; de Rabanales ; de Laias (Orense) y de Hinojosa del Duero .....	609
Figura 298: Estelas procedentes de Yecla de Yeltes .....	612
Figura 299: Gráfica que muestra la evolución del empleo de las estelas y las aras en nuestro territorio.....	614
Figura 300: Estelas datadas entre finales del S. I d. C. y mediados del II d. C. procedentes de Yecla de Yeltes y de San Martín del Castañar .....	615
Figura 301: Ejemplos de monumentos epigráficos datados entre finales del S. II d. C. y el S. III d. C. Estelas procedentes de El Castillo de Saldeana, de Lumbrales y del Teso de la ermita de la Virgen del Castillo. Ara de Boadilla .....	615
Figura 302: Gráfico de los hallazgos monetarios.....	624
Figura 303: Mapa de dispersión de los hallazgos monetarios .....	625
Figura 304: Fragmentos de bronce de recipientes de tradición tartésica procedentes de Cancho Enamorado (Puente Congosto) y el Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores) .....	627
Figura 305: Bronces de tradición tartésica procedentes de El Berrueco .....	629

## IX. ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1: Yacimientos sobre los que se ha realizado el estudio agropecuario del entorno .....	62
Tabla 2: Caracterización económica 4: los yacimientos y las vetas metalogenéticas cercanas.....	72
Tabla 3: Cuadro de algunas vías pecuarias del territorio con los topónimos asociados.....	96
Tabla 4: Paisaje de los accesos. Yecla de Yeltes.....	156
Tabla 5: Paisaje de los accesos. Picón de la Mora (Encinasola de los Comendadores).....	163
Tabla 6: Paisaje de los accesos. Pico Monreal (Casafraca).....	169
Tabla 7: Paisaje de los accesos. Teso del Cuerno (Forfoleda) .....	174
Tabla 8: Paisaje de los accesos. Teso de la ermita de la Virgen del Castillo (Pereña) .....	180
Tabla 9: Paisaje de los accesos. Teso de San Cristóbal (Villarino de los Aires) .....	186
Tabla 10: Paisaje de los accesos. El Castillo de Saldeana .....	190
Tabla 11: Paisaje de los accesos. Castro de Castelmao (San Felices de los Gallegos) .....	196
Tabla 12: Paisaje de los accesos de La Cuesta de Santa Ana (Garcihernández).....	202
Tabla 13: Paisaje de los accesos. Las Merchanas (Lumbrales).....	208
Tabla 14: Paisaje de los accesos del castro de La Plaza (Gallegos de Argañán).....	238
Tabla 15: Paisaje de los accesos del castro de El Castillo de Saldeñuela. ....	239
Tabla 16: Paisaje de los accesos del castro de Lerilla (Zamarra). ....	240
Tabla 17: Paisaje de los accesos de Irueña (Fuenteguinaldo) .....	257
Tabla 19: Distancias entre santuarios y yacimientos .....	369
Tabla 20: Verracos con vetas mineralógicas. ....	580
Tabla 21: Hallazgos monetarios. ....	621